
UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01566901 3

OBRAS

DE

LOPE DE VEGA

X

OBRAS

DE

LOPE DE VEGA

PUBLICADAS

POR

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Tomo X 

CRÓNICAS Y LEYENDAS DRAMÁTICAS DE ESPAÑA

CUARTA SECCIÓN



MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
PASEO DE SAN VICENTE, NÚMERO 20

1899

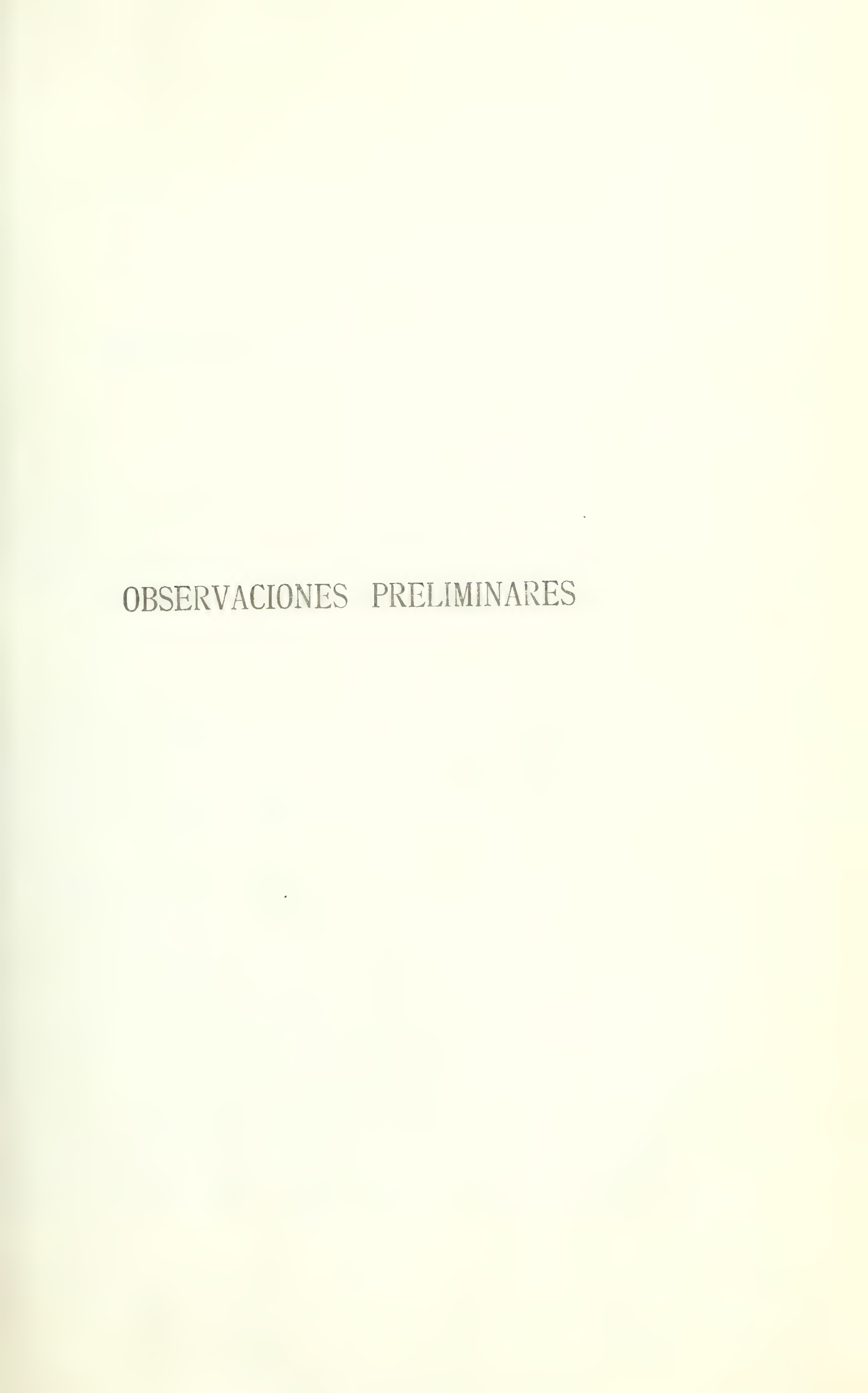
EJEMPLAR NÚM. 165

DE

MR. H. WELTER

CRÓNICAS Y LEYENDAS DRAMÁTICAS DE ESPAÑA

CUARTA SECCIÓN



OBSERVACIONES PRELIMINARES

OBSERVACIONES PRELIMINARES.

Las piezas incluídas en este tomo comprenden el período que media entre el advenimiento de la dinastía de Trastamara y los primeros años de los Reyes Católicos. Como son tan numerosas las que Lope dedicó á la historia de estos gloriosos monarcas, ha sido preciso reservarlas casi todas para el volumen siguiente.

I.—EL PRIMER FAJARDO.

Esta comedia, impresa en la Parte VII de Lope (Madrid y Barcelona, 1617), es probablemente la misma que con el título de *Los Fajardos* está citada en la primera lista de *El Peregrino en su patria*, y ha de ser anterior, por tanto, al año 1604; fecha que, de otra parte, parece bien confirmada por el desorden de la traza, la viciosa contextura de la fábula y el desaliño del estilo, que son notas características de la primera y más ruda manera de Lope, sobre todo en sus piezas históricas y novelescas.

Es comedia genealógica de las más destartaladas, confundiéndose en ella sucesos y personajes de muy diversas épocas. Por mero capricho se pone la acción en el reinado de D. Enrique II. El conde D. Juan Manuel que en la comedia figura, es D. Juan Sánchez Manuel, Conde de Carrión, que efectivamente tuvo el Adelantamiento de Murcia en tiempo de aquel Monarca y era primo de la reina doña Juana Manuel; es también personaje histórico Juan Gallego Faxardo, pero es enteramente fabuloso el cerco de Lorca; y nada hay que decir del reto del moro Abenalfajar, y de su vencimiento por Juan Gallego, que toma de él parte de su apellido: lugar común repetido hasta la saciedad en las leyendas de linajes, aunque en este caso pudo tener cierto fundamento histórico en un hecho de un Faxardo posterior, como luego veremos.

En la parte heráldica Lope anduvo más exacto, y las palabras del más famoso y autorizado cronista del reino de Murcia pueden servir de comentario á sus versos:

La villa de Santa Marta
De Hortiguera es el solar
De este mi nombre; que el mar
Cerca de su sitio aparta.
Y cuando de armas te acuerdes
Y tengas mil lunas, moro,
Yo tengo en campo de oro
Tres matas de ortigas verdes.
Siete hojas cada mata,
Hace el blasón mi solar,
Sobre tres rocas del mar
Con ondas de azul y plata.

«La casa de Faxardos (escribe el licenciado Francisco de Cascales) es de Galicia, cuyo solar, muy antiguo, y muy noble, está en Santa Marta de Hortiguera: primero se llamaban *Gallegos*..... Las armas de los Faxardos (que las hay dentro de los muros de Santa Marta de Hortiguera, y en el Porto, y en la fortaleza de la dicha villa) son tres aguilones sobre ondas de azul y plata, con tres hortigas verdes, siete hojas en cada rama, en campo de oro» (1).

El primero de este linaje que pasó á Murcia (según refiere el mismo verídico historiador), fué Juan Faxardo, «que siguió las partes de D. Enrique en las guerras que tuvo con su hermano el rey D. Pedro; y muerto que fué (éste) en Montiel, se vino juntamente con el Conde de Carrion, á Murcia, para tomar la posesion de este Reyno por D. Enrique».

No constan muy particulares hazañas suyas, pero Lope le atribuyó las de su hijo Alfonso Yáñez Faxardo, de quien dice Cascales: «Éste fué muy belicoso caballero, y halló aquí aparejo para hacer demostracion de su persona, por ser frontera de Granada y Aragon. Tuvo grandes victorias, principalmente la que llaman del puerto de Olivera, donde don Farax Aben Reduan, caudillo de la casa de Granada, llevó mil y quinientos hombres de á caballo, y mucha gente de á pie: y saliendo Alonso Yañez Faxardo con el pendon real de Murcia con cuatrocientos ginetes y algunos peones, los desbarató y venció, y mató muchos, y traxo muchos cautivos á la ciudad de Murcia. En las guerras que tuvo el rey D. Juan el Primero contra Portugal, le sirvió Alonso Yañez Faxardo, y estando en la Puebla de Montalban, á siete dias de Noviembre de 1383 años, le hizo el Rey Adelantado mayor de este Reyno.....»

Su gloria fué muy pronto eclipsada por otros de su linaje, cuyas memorias andan también revueltas con las suyas en esta comedia, á la cual cuadraba bien el nombre colectivo de *Los Faxardos* (que es el que Lope la había dado primitiva-

(1) *Discursos históricos de la muy noble y muy leal ciudad de Murcia..... Año de* 1775. *En Murcia, por Francisco Benedito.* Hojas 8-10 de los preliminares, sin foliar. La primera edición de esta Historia es de 1621, por lo cual se ve que Lope no pudo disfrutarla para esta comedia. Hubo de valerse de algún nobiliario anterior.

mente) puesto que en un solo personaje compendió cuatro generaciones. Fué el primero de estos insignes adalides otro D. Alonso Yáñez Faxardo, hijo del anterior, «que alcanzó una gran victoria en el sitio de la ciudad de Vera contra los moros de ella y de Granada, y allí le mataron á su hijo Don Juan Faxardo; y otra que llaman la victoria del Algibe de los Cabalgadores, contra infinitos granadinos que venian á entrar en el reyno de Murcia; y otra en que tomó la villa de Huercal; y otra en el famoso sitio que puso á Baza contra infinidad de moros, que les constriñó á hacer pactos dentro de ciertos dias, y recibió en rehenes 300 moros, gente principal y algunos parientes del Alcayde. Celebrada es la guerra que hizo en el Marquesado de Villena á Don Enrique, Infante de Aragon, pues le reduxo á la Corona Real, con muchos hechos señalados y derramamiento de sangre, por cuyos servicios le dió el rey Don Juan el Segundo (á quien sirvió en esta empresa) la villa de Mula; y luego por la cayda del Condestable Don Ruy Lopez Dávalos, le hizo Adelantado mayor de este Reyno, año 1424.

»Sucedió á Alonso Yañez el segundo, su hijo primogénito Don Pedro Faxardo, así en su estado como en sus hechos insignes, y en el cargo de Adelantado mayor de este Reyno, el qual se ha ido perpetuando en esta casa sin interpolacion alguna..... Hubo muchas victorias de enemigos, como fueron la del vado de Molina, la que llaman de San Francisco; y muchas escaramuzas y reencuentros sobre la ciudad de Vera..... Señalose en el sitio y toma de la ciudad de Cartagena, que la tenia Don Beltran de la Cueva, y el Rey Don Enrique Quarto hizo á Don Pedro Faxardo, Señor de Cartagena, con título de Conde de ella; y esta merced la confirmaron los reyes Don Fernando y Doña Isabel, como parece por carta suya, dada en Madrid á 15 dias del mes de Abril, año 1477.....

«Y entrando mil y quinientas lanzas de la casa de Granada en el Reyno de Murcia, para tomar la villa de Caravaca, donde él estaba acaso, salió contra ellos de improviso, y, cuerpo á cuerpo, mató un caballero Moro muy valiente, llamado Zatorre, que le pidió desafío, y desbarató el campo y le hizo huir.»

Pero ninguno de estos Adelantados de Murcia es el Fajardo heroico por excelencia, el que tuvo la fortuna de ser enaltecido, no solamente por la historia, sino por la musa épica del pueblo castellano, sino otro Alonso Fajardo, alcaide de Lorca, glorioso vencedor de la morisma en la batalla de los Alporchones. En honra suya se compuso aquel romance fronterizo, lleno de ímpetu bélico, que comienza:

Allá en Granada la rica, — instrumentos oí tocar,
En la calle de Gomeles, — á la puerta de Abdilbar.....,

y á él debe referirse también, como atinadamente juzgó Wolf, otro romance no menos popular, que conviene transcribir íntegro, en su texto más antiguo, aunque menos correcto, porque Lope fundó en él una de las mejores escenas de su comedia (1):

---

(1) Sigo la lección de la *Primavera* de Wolf (núm. 83), que la entresacó del *Cancionero de Romances* de Amberes, sin año.

Jugando estaba el rey moro — y aun al ajedrez un dia
Con aquese buen Faxardo, — con amor que le tenia.
Faxardo jugaba á Lorca, — y el rey moro á Almeria;
Jaque le dió con el roque; — el alférez le prendia.
Á grandes voces dice el moro: — «La villa de Lorca es mia.»
Allí hablara Faxardo, — bien oireis lo que decia:
«Calles, calles, señor rey, — no tomes la tal porfia,
Que aunque me la ganases, — ella no se te daria;
Caballeros tengo dentro — que te la defenderian.»
Allí hablara el rey moro, — bien oireis lo que decia:
«No jugemos más, Faxardo, — ni tengamos más porfia,
Que sois tan buen caballero, — que todo el mundo os temia.»

Lope, en la tercera jornada de su comedia, pone en acción la partida de ajedrez entre el Rey y Fajardo, dándola mayor realce con hacer que dos músicos canten al mismo tiempo los versos del romance, que seguramente todos los espectadores acompañarían en coro:

Jugando estaba el Rey moro
En rico ajedrez un día
Con aquese gran Fajardo,
Por amor que le tenía.
Fajardo jugaba á Lorca,
Y el Rey jugaba á Almería;
Que Fajardo, aunque no es rey,
Jugaba cuatro ó seis villas.....

De este modo lo épico se enlaza con lo dramático, y consigue el poeta que la ilusión realista no se destruya á pesar del brusco tránsito del diálogo al canto. No en boca de los músicos, sino del Rey mismo, están puestos los famosos versos:

Perdiste, amigo Fajardo;
La villa de Lorca es mía.....

Aunque esta anécdota sea notoriamente fabulosa (1), y no reconozca otro origen que los tratos amistosos que el alcaide de Lorca tuvo con los últimos reyes moros

---

(1) Era, por otra parte, un lugar común en los romances. Recuérdese la partida entre Moriana y el moro Galván:

Juegan los dos á las tablas
Por mayor placer tomar.
Cada vez que el moro pierde,
Bien perdia una cibdad;
Cuando Moriana pierde,
La mano le da á besar.

(Número 121 de la *Primavera* de Wolf.)

de Granada (1), no han faltado historiadores y genealogistas que tuviesen el lance por verídico; y tanto Argote en su *Nobleza de Andalucía*, como Cascales en los *Discursos de Murcia y su Reino*, copiaron el romance como documento histórico, llegando el segundo á querer puntualizar la fecha del caso, añadiendo curiosos pormenores, recibidos acaso de la tradición oral; pero incurriendo, á mi modo de ver, en una confusión entre los dos primos Fajardos Alonso y Pedro.

«Ya era llegado el año 1466, cuando por ciertos enojos y guerras que tuvieron entre sí Mulei Albohacen, Rey de Granada, y su hermano Mulei Boabdelin, que vulgarmente llamaron el Zagal (que también se intitulaba Rey, y sobre eso era la discordia), el dicho Boabdelin, huyendo de su hermano, que le apretaba demasiadamente, se vino con algunos Moros en su compañia á la ciudad de Lorca, donde el Adelantado Don Pedro Faxardo estaba, y se puso en su poder, pidiéndole le amparase de la furia de su hermano. El Adelantado le recibió benignamente, y no sólo le defendió y aseguró de aquel peligro, pero le hizo muy honrado hospedaje y tratamiento. Este agasajo y favor lo escribió é intimó encarecidamente á su madre la Reina Horia (que así se llamaba), la cual estaba en Almeria, y desde allí por cartas rogó al Adelantado que le amparase y defendiese, y, en señal de agradecimiento, le envió sesenta mil doblas. Todo esto se supo luego, y el Rey Mulei Albohacen le escribió tambien luego al Adelantado con sus embaxadores, que le entregase á su hermano, y le daria mucha mayor cantidad que la que de parte del Rey Zagal le habian ofrecido. Tratándose sobre esto entre algunos caballeros y criados del Adelantado, cuál de estas dos ofertas seria mejor que aceptase, dixo el Adelantado, muy como Príncipe, que ni queria la una ni la

(1) En estos tratos no quedó muy bien parada la fidelidad de aquel arrogante magnate, que se aprovechó, como tantos otros, de la anarquía del reinado de Enrique IV para hacerse una soberanía casi independiente. «Alonso Yáñez Fajardo, el vencedor de los Alporchones, se había constituído régulo de Murcia y Cartagena, con apoyo de su yerno Garci-Manrique, é indiferente á los mandatos del Rey....., dictaba leyes á la comarca y las ejecutaba á punta de lanza. Don Enrique autorizó á los émulos de D. Alonso para hacerle la guerra á sangre y fuego; y en virtud de esta facultad, el capitán Gonzalo Carrillo invadió los estados de aquel señor, maltratando á sus vasallos y haciendo daños incalculables con talas é incendios. Enfurecido don Alonso, reunió la gente de su yerno, la de su primo Juan de Ayala, señor de Albudeyte, y pidió también socorro al Rey de Granada, con quien mantenía íntimas relaciones; al propio tiempo escribió una carta insultante al Monarca de Castilla, refiriendo sus proezas y sus servicios en la guerra, y quejándose de que autorizase á sus enemigos para hostilizarle *á sangre y fuego*. Como sabía que sus reconvenciones eran desatendidas si no las apoyaba con lanza vencedora, corrió con su hueste en busca del capitán, que le atacó en la huerta de Murcia. La fortuna le fué adversa: su gente desapareció, muerta y dispersada; casi todos sus castillos se rindieron, y el mismo señor, con escasos restos, se encerró en el de Lorca: aquí resistió valiente, y no se rindió hasta conseguir partidos ventajosos y la devolución de los estados que le disputaban sus émulos. Entonces cortó comunicaciones con la corte, y sin reconocer rey ni superior en aquella tierra, mandaba como señor y juzgaba como árbitro.» Lafuente Alcántara (Don Miguel), *Historia de Granada*, edición de Baudry. París, 1852; II, 163.

otra, sino tenerle seguro, sin entregarle á su hermano ni dar lugar á que recibiese daño alguno, y soltalle libremente cuando él se quisiese ir, pues habia venido á su poder con la confianza que de él tuvo. Y así se quedó en Lorca, debaxo de su amparo, algunos dias. En éstos, sobremesa se puso á jugar un dia el Rey Boabdelin con el Adelantado, y en el juego le sucedió lo que el romance vulgar cuenta.....

»Entretenido aquí el Rey Zagal, cuando vió tiempo de volverse, pidió licencia al Adelantado, despidiéndose de él con mucho agradecimiento, y el Adelantado le envió con mucho amor y cortesia, dándole gente que le acompañase hasta Almeria. Dentro de poco tiempo se puso en Granada, y desde allí le envió al Adelantado veinte y quatro caballos, tres espadas ginetas, y algunas adargas finas, y aderezos de caballos. Esto recibió y no otra cosa, de muchas, y de mucho valor, que juntamente le fueron presentadas» (1).

Tanto Cascales como los historiadores particulares de la ciudad de Lorca (2), aceptan la identificación del Fajardo de la partida de ajedrez con el Adelantado Pedro Fajardo; pero mucho mejor se comprende el origen de la leyenda, si la referimos á su tiránico y desaforado primo Alonso Fajardo, el vencedor de los Alporchones, llamado por sobrenombre *el Malo;* ya que de éste y no de aquél fueron los tratos con los moros, que él mismo viene á confesar implícitamente en la carta, por mil razones notable y llena de elocuencia y brío, que dirigió á Enrique IV: «Y no debeis, Señor, aquexarme tanto, pues sabeis que podria dar los castillos que tengo á los moros, y ser vasallo del Rey de Granada, y vivir en mi ley de christiano, como otros hacen con él..... Y si vos, Señor, me negais la cara, por donde yo error haya de hacer, la destruicion del rey Don Rodrigo venga sobre vos y vuestros Reynos, y vos la veais, y no la podais remediar, como él hizo.»

Lope de Vega conoció seguramente esta carta, aunque no atinó dónde pudo leerla, pues el libro de Cascales, que es el primero que la trae, á lo menos de los que yo conozco, fué impreso bastantes años después de la composición y aun de la representación de esta comedia. Verdad es que el autor de las *Tablas poéticas* era amigo y panegirista de Lope (si bien con reservas clásicas), y pudo comunicarle manuscrito este documento. Pero que le tuvo presente no admite duda, puesto que en el acto tercero copia casi á la letra una de sus cláusulas:

Por un clavo, famoso rey Enrique,
Se pierde una herradura.....
Por una herradura, un buen caballo;
Por un caballo, á veces un jinete;
Por un jinete, un campo, y por un campo

(1) Cascales, *ubi supra*, páginas 273 y 274.

(2) *Antigüedad y blasones de la ciudad de Lorca..... Su autor el R. P. Fr. Pedro Morote Perez Chuccos.....* Murcia, 1741.—*Historia de la ciudad de Lorca por D. Francisco Cánovas y Cobeño.* Es publicación de estos últimos años, pero en ninguna parte del libro consta la fecha.

Se pierde un reino: tú, señor, procura
Honrar los caballeros que defienden
Los que heredaste, y los ajenos ganan.

«Oh Rey muy virtuoso (leemos en la carta de D. Alonso), soy en toda desesperacion, por ser así desechado de V. Alteza: soez cosa es un clavo, y por él se pierde una herradura, y por una herradura un caballo, y por un caballo un caballero, y por un caballero una hueste, y por una hueste una ciudad y un reino» (1).

La leyenda de la partida de ajedrez parece mero trasunto de un cuento árabe, mucho más antiguo, consignado en Abdalguahid y otros historiadores, cuyas noticias recogió Dozy en sus *Scriptorum arabum loci de Abbadidis.* En cierta ocasión, Alfonso VI de Castilla invadió en són de guerra los estados del Rey de Sevilla Al-Motamid, que se hallaba desprevenido para la defensa. Pero su primer Ministro, Aben-Ammar, encontró un ingenioso medio de detener al ejército invasor, presentando á Alfonso un magnífico tablero de ajedrez, con piezas de ébano y de sándalo, incrustadas en oro, é invitándole á jugar con él, previa la promesa de concederle luego el favor que le pidiera. El Rey jugó y perdió, y el precio de la partida fué la retirada de su ejército, que, fiel á su palabra, ejecutó en seguida, contentándose con el doble tributo y los ricos presentes que le entregó Al-Motamid (2).

Todavía hay que añadir algo sobre la parte histórica de esta comedia. Los anacronismos y confusiones que en ella se notan son enteramente voluntarios y nacidos del propósito de reducir todos los Fajardos á uno para concentrar el interés dramático. Por lo demás, Lope estaba perfectamente impuesto en la historia real y fabulosa de aquella familia, tan prepotente en el reino de Murcia. Se advierte este conocimiento aun en los pormenores más nimios. Interviene, por ejemplo, en la fábula de nuestro poeta un comendador Lisón, y la historia nos dice que á la batalla de los Alporchones concurrió Alonso de Lisón, Comendador de Aledo, con 15 hombres de á pie y siete de á caballo. También es personaje histórico el D. Gonzalo de Saavedra, á quien el Rey envía contra Fajardo en el acto tercero. No sabemos si era Veinticuatro de Sevilla, como le llama Lope, pero de su empresa da cuenta Cascales (3) en los términos siguientes, refiriéndola al tiempo de Enrique IV y á los disturbios promovidos por Alonso Fajardo, *el Tirano:*

«El Adelantado D. Pedro Faxardo, con el poder que tenia del Rey, y con el favor de esta ciudad (*Murcia*), sacó gente en campaña, y con ella, y con la que el Rey habia enviado primeramente con Martín de Sosa, y despues mucha más *con Don Gonzalo de Saavedra, Comendador mayor de Montalvan,* marchó para Lorca, donde estaba Alonso Faxardo con mucha gente granadina, y de tal manera le apretaron el Adelantado y el Comendador de Montalvan, que entraron en la ciudad, y

(1) *Apud* Cascales, fol. 271.
(2) *Histoire des Musulmans d'Espagne.* Leyde, 1861, tomo IV, 162-167.
(3) Página 270.

mataron gran número de moros, y cautivaron más de docientos. Retiróse Alonso Faxardo al castillo, y no se quiso rendir si no le concedian, lo uno, perdon general para sí, y para Garci-Manrique, Maestre de Santiago, su yerno, casado con doña Aldonza Faxardo, su hija, á quien habia dado en dote la villa de Mula, que habia usurpado de la casa y estado del Adelantado; lo otro, que el Rey concediese tregua con el Rey de Granada por cinco meses. Con la nueva de esta victoria fué al Rey Juan de Soto, caballero y regidor de Murcia, y de secreto llevó una carta de Alonso Faxardo, por la cual representaba al Rey sus servicios, y de sus pasados, y pretendia perdon de su yerro.»

Ya hemos tenido ocasión de citar algunas sentencias de esta famosa y arrogante carta, que es una de las buenas muestras de la prosa política del siglo xv; verdadero memorial de agravios, ó manifiesto sedicioso, en que de todo se trata menos de pedir perdón, con paz sea dicho del candoroso y simpático humanista, á quien tanto deben los anales murcianos.

Lope, que tan buen instinto tenía para apoderarse de los rasgos históricos más característicos y salientes, parafraseó con mucha valentía los conceptos de esta carta en las palabras que pone en boca del ofendido Fajardo, después de su derrota, dirigiéndose á Sayavedra:

¿Así paga el señor Rey
Lo que le debe á Fajardo?
¿Este es el premio que aguardo?
¿Esto es justicia, esto es ley?
. . . .
El ganar cuatro ciudades
Y diez villas, sin tener
Sueldo ó soldada; el perder
Por él tantas amistades;
El tener tantas heridas,
De los pies á la cabeza,
Por servicio de Su Alteza
Cara á cara recibidas;
El tener de todo apenas
Más que un caballo, una lanza,
Y alguna corta esperanza
De estas ganadas almenas;
Hacer temblar á Granada.....,
Señor Veinticuatro, ¿es ley
Justa que os mandase el Rey
Que me desciñáis la espada?
¡Ésta, con que he detenido
Tantos moros africanos,
Me la quita de las manos
El mismo que he defendido!
¡Ésta, por quien duerme allá

Seguro en bordada cama,
En tanto que la recama
Fajardo de sangre acá! (1).

Otro episodio caballeresco, tradicional hoy mismo en Lorca, aparece levemente desfigurado en esta comedia de Lope, por el empeño de atribuir la hazaña á uno del apellido Fajardo. Me refiero á la famosa victoria *de los cuarenta* y al rapto de la novia de Serón. Consignó por primera vez esta tradición en pésimos metros el ingenioso novelista y admirable escritor en prosa Ginés Pérez de Hita, en cierto poema ó más bien crónica rimada que en 1572 compuso con el título de *Libro de la poblacion y hazañas de la muy noble y muy leal ciudad de Lorca*, y que sin gran mengua de las letras patrias ni del nombre ilustre del autor de las *Guerras civiles de Granada*, ha permanecido inédito hasta nuestros días, estragándose más y más en las repetidas copias, después de haber servido de fondo principal á la narración en prosa del P. Morote.

Refiere, pues, el vate de Mula en el canto XV de su poema que cuarenta caballeros lorquinos salieron secretamente de su ciudad con intento de correr la frontera de Granada, y llegados á cinco leguas de Baza, entraron por el río de Almanzora, y se emboscaron en unos pinares junto á Serón, esperando que pasase algún moro:

Seis dias estuvieron aguardando
Tan sólo por hacer muy buena presa.
. . . .
Estando en estas cosas maginando,
Unos moros venir ven á gran priesa:
Éstos sólo son doce, segun cuenta,
Que á una novia llevaban su parienta.
De Seron estos doce habian salido,

(1) Compárese el texto de la carta de Fajardo:

«En acrecentamiento de vuestra corona Real, yo, Señor, peleé con la gente de la casa de Granada....., y con el ayuda de Dios y vuestra ventura los vencí....., por cuya causa están los Moros en el trabajo que V. Señoría sabe. Yo, Señor, combatí á Lorca, y la entré por fuerza de armas, y la gané y tuve; á donde se prendieron docientos Moros, y hube gran cabalgada, ropas, bestias y ganado. Yo gané, Señor, á Moxácar, donde se hicieron tan grandes fechos de armas que las calles corrian sangre..... Yo descerqué el castillo de Cartagena, que vos tenían en toda perdicion. Y agora en galardon destos servicios, y otros muchos muy notorios que dexo de escrevir, mandais hacerme guerra á fuego y sangre, y dais sueldo á vuestras gentes por me venir á cercar y destruir. Y esto, Señor, lo he á buena ventura, que más quiero ser muerto de leon que corrido de raposo..... Yo, Señor, no soy para ser conquistado de caballeros de Rey, que estoy en este Reino solo, y no tengo otro reparo sino á vos que sois mi Rey y mi Señor, y siempre llamándome vuestro me defenderé, y vuestro nombre en mi boca y de los míos será loado..... Miémbrese V. Señoría de mi agüelo y seis hijos y nietos que habemos vencido diez y ocho batallas campales de Moros, y ganado trece villas y castillos en acrecentamiento de la corona Real de Castilla.....»

Camino van de Baza muy derechos,
Mas hales al revés acaecido
De aquello que pensaban en su pecho,
Porque los emboscados han salido,
Y les acometieron muy de hecho,
Prendieron á los once prestamente,
Cautivando á la Mora juntamente.
Un moro de los once se fué huyendo
Camino de Seron muy prestamente;
Doscientos de á caballo muy corriendo
Salieron de Seron muy de contado (1).
Los de Lorca se estaban atendiendo,
Mostrando cada cual ser muy valiente;
Mas Diego Lopez luego ha preguntado
De dó es aquella gente que ha asomado.
Un moro respondió de los cautivos:
«Un capitan de Baza allí parece,
Que quema á los cristianos casi vivos,
Y de ellos hace cuanto le parece:
Gustareis de sus golpes tan esquivos,
Que cada cual de vos bien lo merece,
Pues habeis á la novia cautivado
Y á todo su linaje deshonrado.»
Luego, pues, los de Lorca en un momento
Aquellos once moros degollaron,
Y á los otros les salen al encuentro,
Que muy cerquita de ellos allegaron:
Dos moros se adelantan de ardimiento:
«¿De dónde sois, cristianos?», preguntaron.
Respóndeles Morata prestamente:
«De Lorca somos todos juntamente.
Mas (si de ello gustareis) luego entremos
En la cruda batalla y peligrosa,
En donde nuestras fuerzas probaremos
Con gente que es en guerra valerosa,
Y nuestro gran valor os mostraremos,
Que sabémoslo hacer en cualquier cosa,
Y aunque los que venís sois tres doblados,
No os tienen los de Lorca en tres cornados.»
Enojado el morisco, muy furioso
Revuelve su caballo prestamente,
Y puesto en los estribos valeroso,
La lanza le tiró muy crudamente.

(1) Aquí, como en otras partes, falta la rima. Ya he dicho que las copias del poema de Ginés Pérez son modernas y detestables.

Morata, que lo vió, fué muy mañoso,
Del golpe se guardó ligeramente;
Su lanza por un lado ha terceado,
Y al moro atravesó por un costado.
Cayó del golpe el moro muerto en tierra,
Dando muy doloroso y gran gemido;
Trabóse en un momento allí la guerra,
Y todos los de Lorca han acudido.

. . . .

Los cuarenta guerreros lorcitanos
Se meten en los moros como alanos.
Mataron más de veinte en el encuentro;
Rodaba por el suelo la rüina;
Espántase de ver tal ardimiento
Aquella mala gente sarracina;
Mostraban los cristianos grande aliento;
Cualquier de los cuarenta, determina
En el asalto ser aventajado,
Y mostrarse en el lance señalado.
No hubo tempestad tan repentina,
Ni truenos tan terribles y espantosos,
Ni lluvia que cayese tan aína
De piedras en los sotos muy frondosos;
No causó su furor tanta rüina
Como aquestos cuarenta tan famosos,
En aquella tan bruta y vil canalla,
Al tiempo que rompieron la batalla.
Por medio travesaron la otra parte
Del escuadrón morisco tan malvado;
Por tierra derribado su estandarte,
Que de labores era muy preciado:
Aprietan con los moros con tal arte,
Que ya el morisco bando está espantado;
Mas viendo que son pocos, dan en ellos,
Pensando de matallos ó prendellos.

. . . .

Mas los de Lorca, diestros en la guerra,
Juntos iban entrando y van saliendo;
Muchos moros estaban por la tierra,
De golpes muy crueles pereciendo;
Sonaba aquel rumor por cualquier parte:
Socorro de Seron viene corriendo;
Forzoso á los de Lorca es retirarse,
Y á un punto todos juntos apartarse.

. . . .

El moro bando piensa muy de veras
Que alguna gran celada se aprestaba.....

Con este gran temor nadie se osaba
Á los pocos de Lorca el acercarse.....
Viendo aquesto la novia, allí lloraba,
No pudiendo consigo consolarse,
Y dijo: «Caballeros generosos,
Mirad que soy mujer: sedme piadosos.»

. . . .

Tomás Morata dijo prestamente:
«Volvamos esta mora, caballeros,
Pues no es de gran valor este presente;
Mostremos el valor de ser guerreros,
Y llévela su esposo justamente;
Nosotros no venimos por dineros,
Sino por ganar honra eternamente.
Mostremos cortesia aquí al presente.»
Y los de Lorca, visto ser muy bueno
Lo que Morata dice, y provechoso,
Asieron á la mula por el freno,
Á do la novia va muy de reposo:
Luego al morisco bando sarraceno,
El dón le presentaron tan famoso.
Quedó el bando morisco allí espantado
De un hecho de virtud tan señalado.
Si los de Lorca dicen son furiosos
Y en casos de la guerra señalados,
No menos son, por cierto, virtuosos,
Y en casos de virtudes muy preciados.
Bien se muestra en tal acto ser famosos
Varones, en cualquier cosa esforzados.
Grande honra han ganado en este dia
Mostrando su valor y bizarria.

. . . .

Los de Lorca muy luego se volvieron
Con honra de aquel hecho bien ganada,
Y al rio de Almanzora lo corrieron,
De do sacaron grande cabalgada;
Con la presa en su patria aparecieron,
Que aun no sabia Lorca de ellos nada,
Hasta verlos entrar con la gran presa,
Y holgándose bien todos de la empresa (1).

Quedan en Lorca varios recuerdos de esta hazaña: un cuadro que la representa, en la sala de sesiones del Cabildo municipal, y otra pintura de mano antigua, aun-

(1) *Ginés Pérez de Hita. Estudio biográfico y bibliográfico, por D. Nicolás Acero y Abad.* Madrid, 1889, páginas 341-368. En este curioso libro se ha publicado por primera vez el poema histórico de Lorca á que nos referimos.

que torpe, en el crucero de la capilla mayor del templo de Nuestra Señora de las Huertas. Cuenta además el P. Morote (y esto no lo dice Pérez de Hita), que agradecida la mora á la cortesía de aquellos caballeros, regaló al que hacía de jefe de ellos (cuyo apellido, según el P. Morote, era Guevara) una rica joya de oro y pedrería, y además la cabezada de la mula en que montaba. «Consérvase hasta hoy (escribía Morote por los años de 1741) la dicha joya y precioso freno, con cuatro borlas de finísima seda azul, con sus cordones notablemente curiosos, y tan finos sus colores, que dudo puedan salir semejantes, en estos tiempos, del tinte. Guárdanles los caballeros Rendones.»

Hoy, según testifica el novísimo y bien informado historiador de Lorca, D. Francisco Cánovas y Cobeño (1), no se conserva ya la joya, pero sí la cabezada ó freno, vinculado en la familia de Alvarez Fajardo. Es un curioso ejemplar de las industrias granadinas, y tiene lindas guarniciones de cobre dorado y esmaltes (2).

De esta leyenda, que en nuestros días ha sido cantada en seis romances por el ilustre murciano D. Lope Gisbert (3), tuvo conocimiento Lope, no sé si por el manuscrito de Ginés Pérez, ó por algún otro documento, que no adivino cuál pudiera ser. Pero la transformó, según cuadraba á su intento, sacrificando al obscuro capitán Tomás Morata en aras del famoso alcaide de Lorca, llamado por unos *el Bravo*, y por otros *el Malo*, terror de moros y pesadilla de cristianos. A él, pues, adjudicó la hazaña de los cuarenta caballeros, que redujo á cuatro para mayor efecto dramático; puso el robo de la novia en la misma noche de bodas, y logró de ese modo las escenas más bizarras y animadas del segundo acto de su comedia. Un confidente morisco trae á Fajardo la noticia de las bodas:

Como el alcaide de Baza,
Y Alcindo, alcaide de Vera,
Sus hijas casan, Fajardo,
Y esta noche son las fiestas,
Vera está toda alterada,
Sus moros las armas dejan,
Y los jacos y las lanzas
Por música y tocas truecan.
Ya de los guardados muros
Y de su justa defensa,
No se acuerdan, ocupados
En las damas que festejan.
Las yeguas que á la campaña

(1) *Historia de la ciudad de Lorca*, pág. 299.

(2) Amador de los Ríos (D. Rodrigo), *Murcia y Albacete*, pág. 696 (en la colección *España y sus monumentos*).

(3) *La hazaña de los cuarenta (episodio de la historia de Lorca)*; composición premiada en los *Juegos florales* de Murcia el 9 de Mayo de 1875, transcrita por el Sr. Acero en la obra citada (343-358).

Ayer sacaron ligeras,
Hoy las plazas y las calles
A cuadrillas desempiedran.
Los que con tanta algazara
Por esa verde alameda,
La cara del sol cubrían
Con las disparadas flechas;
Los que pasaban los muros
De Lorca, y en sus almenas
Dejaban blandiendo el asta
De arrojadizas jinetas,
Ya con el amor lascivo,
Sobre alcatifas de seda,
Requiebran noches y días
Las moras de Cartagena.
Si tienes gente, Fajardo,
Buenas lanzas y ballestas,
Yo te enseñaré un portillo
Por donde ganes á Vera.
. . . .

FAJARDO.

¡Oh, Garcijofre famoso!
Armas y caballo apresta,
Y al Comendador de Aledo
Di que los suyos prevenga;
Que pues de aquestos alarbes
Sabemos todos la lengua,
Disfrazados con marlotas
Hemos de entrar en las fiestas.

Cambia la decoración, y nos encontramos en una zambra morisca, donde se canta y danza esta letra, demasiado madrigalesca y anacreóntica para el caso, pero de todos modos bastante linda:

Durmiendo estaba Xarifa
Entre las flores de un prado.....
Bajó de un árbol Amor,
Que sabe y anda en los ramos,
Y mirándola en la boca,
Quísola medir los labios,
Y llegando quedito, pasito,
Besóla callando y fuése volando.

Entran Fajardo y sus tres compañeros, disfrazados de moros, hacen respectivamente *el paseo de la morisca ó de la danza de hacha*, y se llevan en brazos á la novia, como en són de fiesta. Los infieles, estupefactos, no caen en la cuenta de lo ocurrido hasta que oyen gritar á Zaide:

¡Traición, Alcaide, traición!
—¿Cómo traición?
—De la villa
De Lorca salía Fajardo,
Ese espanto de los moros,
Ese honor de los cristianos.
Salió con este concierto,
Y vistiendo tres soldados
De los que más se confía,
Vino á haceros este engaño.
Apenas sacó de aquí
Á Felisalva en los brazos,
Cuando en la playa la puso
Á las ancas de un caballo.
Y primero que entendiese
Lo que llevaban trazado,
A las puertas van corriendo,
Dos á dos y cuatro á cuatro.
Apenas salen de Vera,
Cuando á voces por el campo
Van diciendo: «¡Viva! ¡Viva!
¡Viva el alcaide Fajardo!»
Salí á verlos, y del polvo
Que llevan, por largo espacio
Perdí de vista á los hombres
Y vi por el aire el rastro.....

Aun del regalo de la mora hay, si no me engaño, una reminiscencia en este trozo de romance, puesto en boca de la sultana Fátima:

Caballero Abindarráez,
Pues os partís á la guerra,
Y para el reino de Murcia
Hacéis alarde y reseña,
Si viéredes á Fajardo,
Aquel de la cruz bermeja,
Aquel alcaide de Lorca
De quien tantas cosas cuentan,
Aquel que de ver su sombra
Tiemblan los moros de veras,
Aquel que mató á Alfajar
Y que arrastró sus banderas,
Pues yo sé que es vuestro amigo,
Y que no alzaréis las vuestras
Para quitalle sus villas
Ni hacer á su gente ofensa,
Decidle cómo en Granada

Fátima rogando queda
A Mahoma por su vida
Y por sus altas empresas;
Decidle que de su fama
Está enamorada y tierna.....
Decidle que pudo el nombre
De Fajardo en mi dureza,
Más que de Zayde el amor,
Y que há un año que me inquieta;
Y decidle, que aunque sé
Que el amarle es cosa honesta,
Sé que es el verle imposible,
Y que siéndolo se aumenta;
Y que le labro un pendón
De seda, oro, plata y perlas,
Que le daré de mi mano
Si quiere Alá que le vea.....

Ya queda advertido que esta comedia de *El primer Fajardo* es una de las más informes y atropelladas de Lope; pero basta con los trozos transcritos para comprender que hay en ella vida poética y una imitación continua y feliz del estilo de los romances fronterizos. No es maravilla, por consiguiente, que haya sido traducida al alemán por Rapp (1) y que hayan fijado en ella la atención varios críticos, tales como Enk (2) y Grillparzer (3). Este último, con el seguro instinto dramático que le caracterizaba, se fija especialmente en las escenas del rapto de la mora, que considera como las mejores de la obra. «Estos episodios (dice), naturales, sencillos, excelentes, abundan hasta en las piezas más endebles de Lope.»

II.—LOS NOVIOS DE HORNACHUELOS.

Dos manuscritos de esta comedia existen en la Biblioteca Nacional. El que perteneció á la librería de Osuna está falto de la tercera jornada, por más que el frontis (de letra moderna) diga: «Comedia en *dos actos* de Luis Vélez de Guevara», afirmación tan segura como la de ser *autógrafa*, según reza también el disparatado rótulo ó anteportada. La verdadera portada, de letra del siglo XVII, atribuye también la comedia á Luis Vélez, y estampa la fecha de 1627. Parece copia de teatro, con bastantes atajos. La letra recuerda algo la de D. Antonio de Mendoza.

El segundo manuscrito comprende las tres jornadas: la primera es copia del

(1) En el tomo III de su *Spanisches Theater* (Leipzig, 1869), páginas 95-197, *Der erste Fajardo.*

(2) *Studien über Lope de Vega Carpio* (Viena, 1839), 276.

(3) *Studien zum spanischen Theater*, 128.

siglo XVIII; las dos restantes del XVII, con la particularidad de que la tercera jornada es de la misma mano que escribió las dos del anterior manuscrito, que quedará completo cuando se reencuaderne como debió estar.

Al fin dice: «Saquéla en 12 de Abril de 1629 años en casa de Bartolomé Romero y por su mandado.

»Puédese representar esta comedia intitulada los nobios de hornachuelos en Valladolid á 15 de Octubre de 1629.—Dr. Garcés.»

Esta licencia no es original. Tampoco se dice en este manuscrito de quién sea la comedia, porque no tienen valor alguno la afirmación de la portada modernísima, donde han escrito con lápiz «Luis Vélez de Guevara», ni la nota, de letra moderna también, en la portada antigua, que dice «*de Medrano*». Esta misma atribución se repite en el catálogo de Huerta.

La única edición antigua (suelta, pero rarísima) que conocemos de esta comedia, la da por obra de Lope de Vega; y por suya la tuvieron Durán, Schack y Hartzenbusch, si bien este último se inclinaba á creer que está refundida ó por lo menos mutilada. Pero las razones que alega no tienen mucho peso, siendo la principal la brevedad de los dos actos segundo y tercero, en contraste con la extensión del primero. Por mi parte, encuentro en ella todos los caracteres del estilo de Lope, y no vacilo en seguir el testimonio del impreso con preferencia al del manuscrito.

Hartzenbusch reimprimió *Los Novios* en el tomo III de su colección escogida de las obras de nuestro poeta. Hay una traducción francesa muy abreviada (ó más bien un extracto) en el libro de Du Perron de Castera, *Extraits de plusieurs pièces du Théâtre espagnol, avec des réflexions et la traduction des endroits les plus remarquables.* (París, 1738, vol. II, páginas 41-87.)

Fúndase la parte cómica de esta deliciosa fábula en un antiguo refrán, ó más bien dicho popular, que Juan de Mal-Lara trae y comenta en su *Philosophia vulgar:*

«*Los novios de Hornachuelos, que él lloró por no llevarla, y ella por no ir con él.*»

«Para declarar dos que en casándolos comienzan á desagradarse el uno del otro. Y para buscar éstos no es menester ir á Hornachuelos, que es un lugar de Extremadura, sino irse á los juzgados y audiencias, que allí se hallarán novios desta condicion: porque en Hornachuelos vinieron dos á casar hijo y hija, sin que ellos se hubiesen visto, y desposados, en viéndose concibieron grande odio el uno del otro, por ser tan feos y tan mal acondicionados, que no se halló cosa que del uno agradase al otro. Y casados ya, quando el novio la avia de llevar, en lugar del plazer que suele aver en esto, comenzaron á llorar de gana ambos. Preguntado por qué, respondia el novio que no queria ir con ella, respondia ella que no queria ir con él, y así estavan conformes y differentes de un parecer, y muy contrarios de una misma voluntad, y muy apartados sin haber algun medio» (1).

(1) *La Philosophia vulgar de Joan de Mal-Lara, vezino de Sevilla..... Primera parte, que contiene mil refranes glosados. En la calle de la Sierpe. En casa de Hernando Díaz. Año* 1568. Folio 103 vuelto.

De este cuentecillo, tan seco y desabrido, sacó la risueña fantasía de nuestro poeta todas las escenas rústicas y villanescas en que intervienen los desposados Berrueco y Marina, y el Alcalde. Esta especie de entremés, lleno de chistes y buen humor, tiene quizá el defecto de ser un poco largo, y de distraer demasiado la atención del grande y trágico asunto de la pieza. Pero se conoce que Lope quiso justificar el título y sacar partido de la popularidad del refrán, que expresamente cita dos veces:

Cuya desconforme boda,
Nunca de esta suerte vista,
Si primero deseada,
Después llorada y reñida,
La hará la memoria eterna,
Ya que no en bronces escrita,
Por *los novios de Hornachuelos*,
En el refrán de Castilla.
(ACTO SEGUNDO.)
. . . . Y con esto
Da fin el refrán antiguo
De *los novios de Hornachuelos*.

Pero con el refrán solo no hubiera podido hacerse más que una farsa. El conflicto dramático esencial tuvo que inventarle Lope, ó más bien le adaptó, según creemos, de una grandiosa obra suya que reputamos anterior: *El rey D. Pedro en Madrid y el Infanzón de Illescas*. Excusamos repetir aquí el paralelo entre ambas piezas, que largamente hicimos en el prólogo anterior á éste. *El Infanzón de Illescas* y *Los Novios de Hornachuelos* parecen en sus escenas capitales un mismo drama, con título y personajes diversos. Lope Meléndez, *el lobo de Extremadura*, hace y dice en Hornachuelos las mismas cosas que Tello García en Illescas; pondera en los mismos términos sus riquezas; perpetra los mismos desafueros; desacata del mismo modo la potestad real, y es humillado y castigado de idéntica manera.

Esta semejanza en los pormenores no llega á la identidad en el total de la composición. *Los Novios de Hornachuelos* queda manifiestamente inferior á su admirable original, no sólo por faltarle el prestigio de lo sobrenatural y fatídico que envuelve en una atmósfera de terror profundo el argumento de *El rey don Pedro en Madrid*, sino porque la arrogante figura del Monarca cruelmente justiciero, se levanta mucho en la historia y en la fantasía popular sobre la pálida y doliente sombra de D. Enrique III, que fué una esperanza de gran rey, pero que apenas tuvo tiempo para reinar por sí: alma fuerte encerrada en un cuerpo debilísimo que le hizo inhábil para el ejercicio de las armas, y le impidió realizar grandes ideas políticas que ningún otro de su dinastía tuvo antes de la Reina Católica; «ca él presumia de sí que era suficiente para regir é gobernar», como dice de él con mal velada censura un grande escritor de su tiempo, que no le era, á la verdad, muy afecto, como no lo fué tampoco á D. Álvaro de Luna ni á nadie de los que intentaron

poner el pie sobre el duro cuello de la nobleza castellana (1). Con triste simpatía contemplamos la semblanza de aquel infeliz Monarca, aun en las páginas del ceñudo cronista, que acierta como siempre, por arte no aprendido, á ponernos delante de los ojos la realidad viva, física y moral á un tiempo, de todos los hombres que conoció y trató, que amó ú odió: «Fué de mediana estatura é asaz de buena disposicion: fué blanco é rubio, é la nariz un poco alta; pero cuando llegó á los diez é seis años hubo muchas é grandes enfermedades que le enflaquescieron el cuerpo, é le dañaron la complesion, é por consiguiente se le dañó é afeó el semblante, no quedando en el primero parecer; é aun le fueron causa de grandes alteraciones en la condicion, ca con el trabajo y afliccion de la luenga enfermedad hizose mucho triste y enojoso. Era muy grave de ver, é de muy áspera conversacion, ansi que la mayor parte del tiempo estaba solo é malenconioso..... Él habia gran voluntad de ordenar su hacienda, y crecer sus rentas, é tener el Reyno en justicia; é cualquier hombre que se da mucho á una cosa, necesario es que alcance algo della..... É lo que negar no se puede, alcanzó discrecion para conocer y elegir buenas personas para el su consejo; lo qual no es pequeña virtud para el Príncipe. É ansí con tales maneras tenia su hacienda bien ordenada, y el Reyno pacífico é sosegado..... Nunca ovo guerras ni batallas en que su esfuerzo pudiese parescer, ó por la flaqueza que en él era grande, que á quien no le vido seria grave de creer, ó porque de su natural condicion no era dispuesto á guerras ni batallas.»

Lope reprodujo con pasmosa verdad este tipo de príncipe valetudinario, sostenido únicamente por la energía moral. Le presentó temblando con el frío de la cuartana en el momento mismo en que hace rendir la espada al tirano de Extremadura y le pone el pie sobre la cabeza. La insolencia de D. Lope está pintada con rasgos que poco ó nada tienen que envidiar á los del *Infanzón*. La escena con el faraute del Rey es de primer orden:

LOPE.

Vengáis con bien. ¿Cómo queda
El Rey?

REY DE ARMAS.

Su indisposición
Ordinaria le acompaña;
Pero con tanto valor,
Que estando enfermo en la cama,
No lo está el gobierno.
—Son
Los castellanos muy cuerdos.
—Esta carta me mandó
Que en la mano te pusiese:
Véla y responde.
—Yo estoy (Aparte.)

---

(1) Capítulo II de las *Generaciones y semblanzas* de Fernán Pérez de Guzmán.

Desta novedad confuso.
Mostrad, hidalgo, que yo
La leeré y responderé
Despacio.
—La ejecución
De lo que Su Alteza manda
Pide menos dilación.
No he de apartarme de aquí,
Porque así me lo ordenó
Enrique, sin la respuesta.
—¡Notable resolución!
—Obedezco al Rey así,
Que es mi natural señor.
—Puntüales me parecen
Los reyes de armas.
—No honró
Poco Enrique tu persona,
Cuando por embajador
Desta carta un rey te envía
De armas, y como yo;
Que nosotros no salimos
Á menos ardua facción,
Meléndez, que á un desafío
De un rey ó un emperador.
—Desta suerte, el Rey sin duda
Me desafía.
—Eso no;
Que eres tú muy desigual
De Enrique, pues sois los dos,
Él tu rey, tú su vasallo;
Y los que yo he dicho son
Solamente sus iguales.
Enrique te hace este honor
Porque tienes en Castilla
Tan grande nobleza.
—Estoy
Por arrojar, Mendo, á este
Rey de armas, por un balcón,
Al foso deste castillo;
Que viene muy hablador.

. . . .

Hazme, Mendo, relación
De aquesa carta del Rey.

MENDO.

Así dice.

LOPE.

Atento estoy.

REY DE ARMAS.

Ya que tú has tomado asiento,
Yo le tomo; que es razón
Que un mensajero del Rey
Te merezca este favor.

LOPE.

Mendo, ¡por Dios, que este rey
De armas me ha de sacar hoy
De paciencia!

MENDO.

Esto es debido
Á cualquier embajador.

LOPE.

El desembarazo es
Quien más me cansa.

MENDO.

Señor,
Trae dentro del cuerpo al Rey.

LOPE.

¿Qué importa donde yo estoy?

MENDO.

Como representa á Enrique,
Cumple con su obligación.

LOPE.

Traerle, si así ha de ser,
Mendo, una cama es mejor;
Que si Enrique siempre enfermo
Asiste en ella, mejor
Representación hará
En ella su embajador.....

MENDO.

Lee.

«Lope Meléndez.....»

LOPE.

Prosigue.

MENDO.

«De Extremadura.....»

LOPE.

Él me dió
Por apellido la tierra
Donde soy tan gran señor.

MENDO.

«Luego que os dé mi rey de armas
Este pliego.....»

LOPE.

Aguarda. ¿No

Pone ahí el Rey *primo nuestro*?

MENDO.

En este primer renglón
No escribe otra cosa más.

LOPE.

Olvidósele, ¡por Dios!
Que á mí no me escriben menos
Los reyes, desde que dió
Á mi apellido en Castilla
Nombre el heroico blasón
De sus condes y jüeces;
Pero perdónoselo
Por enfermo. Mendo, pasa
Adelante.

REY DE ARMAS.

No se vió
Mayor soberbia.

MENDO.

«Saldréis,
Sin más otra prevención
Que vos y cuatro criados,
Y mi rey de armas con vos,
Del lugar en que al presente
Estuviereis: desde hoy
En treinta días, os mando,
Sin hacer innovación,
Que parezcáis ante mí,
Porque al servicio de Dios
Y al mío importa. En Madrid
Y Septiembre veintidós.
Yo el Rey.»

LOPE.

Despacio está el Rey,
Y no me espanto; que son
Flemáticas las cuartanas.

REY DE ARMAS.

Por él la palabra os doy
Que le tiemblan en Castilla
Más que él os tiembla.

LOPE.

Al humor
Me atengo con todo eso.

REY DE ARMAS.

Yo á su heroico corazón.....

LOPE.

«Mensajero sois, amigo,
Non merecéis culpa, non».

Esto mismo don García,
Rey de León, respondió
Á un antepasado mío
En semejante ocasión..... (1).
Estése Enrique en Madrid,
Que es hermosa población,
Y para su enfermedad
Eligió el cielo mejor
Que tiene villa en España;
Que á ser herbolario yo
Ó médico, fuera allá
Á curarle la cesión
Prolija de que adolece;
Ó á no estar en Aragón
Y en Navarra sus hermanas
Casadas, Blanca y Leonor,
También fuera á desposarme
Con cualquiera de las dos;
Porque, según dicen todos,
Enrique tiene opinión
De honrado hidalgo en Castilla.
Y con esto, guárdeos Dios.....
Y no dejen de llevarle
De comer á este infanzón
Á su posada, Jimeno;
No diga el Rey que llegó
Criado suyo á mi casa
Sin sacar algún honor.

REY DE ARMAS.

Yo no vengo á descansar
Ni á comer, sino á ser hoy
De las órdenes del Rey
Tan legal ejecutor,
Que he de volverme á la corte
Desde aquí.

LOPE.

Vaya con vos
El cielo.

REY DE ARMAS.

El Rey tomará
La justa satisfacción
Que piden desobediencias
Tan grandes.

LOPE.

Tomara yo

(1) Suprimo un trozo bellísimo que ya he citado al hablar de *El Infanzon de Illesças.*

Que fuera de espada á espada,
Porque viéramos los dos
Quién ser por valor merece
Vasallo ó rey.

REY DE ARMAS.

Yo me voy
Por no ocasionarle más
Á tu libre condición
Desacatos contra el Rey.

LOPE.

Cuerdo andáis, atento sois,
Antes que por el atajo,
Desde aquese corredor
Os ponga yo en el camino
De Madrid.....

Aunque sobre las justicias de D. Enrique *el Doliente* no llegó á formarse una leyenda tan compleja y rica como la de D. Pedro, no faltaron gérmenes ó rudimentos de ella, entre los cuales debe mencionarse un célebre cuento, cuya primera redacción conocida se halla en las adiciones que un autor anónimo del tiempo de Enrique IV hizo al *Sumario de los Reyes de España por el despensero de la reina D.ª Leonor* (1).

«E acaesció que á cabo de quatro años que este Rey reynó, estando en Burgos casado con la Reyna, acostumbraba de ir á caza de quodornices á la rivera: é un dia que con sus cazadores é donceles fué á caza, quando vino, que era hora de visperas, non falló guisado de comer para él é para la Reyna, que comian continuamente en uno: é mandó llamar al despensero, é díxole que porqué non avia aparejado de comer. El qual le dixo, que non avia que gastar; que de la tasa que le tenian puesta sus caballeros para su cámara é tabla, que todo era gastado; é que aun él tenia empeñadas todas sus prendas; é aunque le libraban maravedís, non le pagaban sus recabdadores. El Rey desto ovo grande enojo, é comenzó á decir: «¿Cómo es esto? el rey de Castilla tiene sesenta cuentos de maravedís de renta en cada un año é non tiene para su tabla?», é mandóle que le comprase dos espaldas de carnero, y empeñase su balandrán. El qual lo fizo así, é de esto, é de las quodornices que cazó comió él, é la Reyna doña Catalina: é fizo andar sirviendo al dicho Despensero desnudo en jubon en tanto que comió. E en aquel tiempo andaban continuamente con este Rey en su corte el dicho Don Pedro Tenorio Arzobispo de Toledo, é Don Fadrique, Duque de Benavente, tio deste Rey, hermano bastardo del Rey Don Juan su padre, fijo del Rey Don Enrique, y Don Pedro Condestable de Castilla, y el Conde Don Enrique Manuel, y Don Gaston Conde de Medinaceli, y Juan de Velasco, y Don Alonso Conde de Niebla, y Juan Furtado de Mendoza, el viejo ayo

(1) Publicado por D. Eugenio de Llaguno y Amirola en la colección de Crónicas del editor Sancha, 1781.

del Rey, y el Almirante Don Diego Furtado, y Diego Lopez de Estúñiga, y Gomez Manrique Adelantado de Leon, y Perafan de Rivera Adelantado de la Frontera, y Don Gonzalo Nuñez de Guzman, Maestre de Calatrava, y Don Lorenzo Xuarez de Figueroa Maestre de Santiago, y Rui Lopez de Avalos, que despues fué Condestable de Castilla, y Juan Furtado de Mendoza Mayordomo mayor del Rey: é tenian estos Caballeros por costumbre de comer todos en uno un dia con uno, é otro con otro, asi pasaban su vida. E fué así que aquella noche cenaban todos con el Arzobispo de Toledo Don Pedro Tenorio: y el Rey se fué mucho disfrazado para la sala donde cenaban, é vido cómo cenaban muchos pavones, é capones, é perdices, é otras muchas viandas valiosas: é desque ovieron cenado, comenzaron de fablar cada uno en las rentas que tenia, é cada uno de aquellos caballeros decia lo que le rentaban sus tierras de renta ordinaria, é asimismo de lo que avia de las rentas del Rey. É el Rey, desque esto oyó, fuése para el castillo de Burgos, é acordó de los prender é matar á todos veinte, ca oido cómo así le tomaban sus rentas, y pechos, y derechos, y la vida que tenian, é como él non tenia qué comer: é otro dia antes que amanesciese envió á decir al dicho Arzobispo de Toledo, que fuese al castillo; que se queria morir del enojo que avia avido el dia antes quando de cazar viniera (ca ya lo sabian todos) é que daba orden de facer su testamento. El qual dicho Arzobispo luego que lo oyó fué al dicho castillo, é non llevó consigo más de un camarero; é como entró en el castillo, cerraron las puertas, que no dexaron entrar con él á ninguno. E tenia el Rey de secreto en el dicho castillo bien seiscientos omes de armas de sus oficiales, que al tiempo que allí entraron non sabian unos de otros. E por esta manera envió á llamar á todos, é fueron venidos é entrados los dichos Caballeros de suso nombrados, solos, sin ninguno de los suyos, é estovieron en la gran sala, que el Rey nunca quiso salir á ellos fasta hora de medio dia. E quando salió de la cámara á la gran sala vino tomando una espada desnuda con su mano derecha, é asentóse en su silla real, é mandó asentar á los Caballeros: é dixo al Arzobispo de Toledo, que de cuántos Reyes se acordaba: y él respondió que se acordaba del Rey Don Pedro, y del Rey Don Enrique, y del Rey Don Juan su padre, y dél, que eran quatro Reyes. E ansí desta manera preguntó á todos los otros cada uno por sí, que de quántos Reyes se acordaba en Castilla: é dixo él que de más se acordaba, que de cinco Reyes. Y este Rey Don Enrique dixo que cómo podia ser, porque él era mozo de poca edad, é se acordaba de veinte Reyes en Castilla. Y los Caballeros dixeron que cómo podia ser: y el Rey respondió que ellos, é cada uno de ellos eran Reyes de Castilla, y no él, pues que mandaban el Reyno, y se aprovechaban dél, y tomaban las rentas y pechos y derechos dél, perteneciéndole á él como á Rey y señor dellos, y non á ellos: y que agora non avia un solo maravedí para su despensa: é que pues asi era, quél mandara á todos cortar las cabezas, é tomarles los bienes. E luego dió una voz, y abrieron la gran sala, y á la puerta y ventanas se mostró la gente que tenia armada. E luego entró Mateo Sanchez su verdugo, y puso en medio de la sala un tajon, y un cuchillo, é una maza, é muchas sogas, con las quales les mandaba atar las manos. Y el dicho Arzobispo, como era Perlado de gran corazon, é sabio (aun-

que él, é todos los otros temian que de allí non avian de salir vivos, mirando cómo estaban en tan gran fortaleza, y en poder de Rey mancebo é tan ayrado como se mostraba contra ellos, é que non tenian socorro nin amparo alguno salvo el de Dios) fincó las rodillas en el suelo, é pidió al Rey clemencia é perdon por sí é por los otros: é el Rey les otorgó las vidas con tal condicion, que le diesen antes que de allí saliesen todas las fortalezas que en su Reyno tenian suyas del Rey, é cuenta con pago de quanto cada uno le avia tomado de sus rentas. Los quales así lo ficieron, que estovieron allí por espacio de dos meses que nunca del castillo salieron fasta que todas las fortalezas fueron entregadas por sus cartas á quienes el Rey mandó: é asimismo les alcanzó, é pagaron ciento y cincuenta cuentos de maravedís de lo que avian tomado de sus rentas. E así los asombró en tal manera, que nunca Rey de Castilla se apoderó tanto del Reyno como este Rey Don Enrique, é de los Caballeros, é Escuderos, é de las comunidades dél. E en su tiempo nunca fué echado pecho nin pedido, nin monedas al Reyno. E porque asimismo este Rey Don Enrique se asentaba públicamente en auditorio general tres dias cada semana á juzgar los agravios é sinrazones que se facian en sus Reynos, y él por su persona los proveia: por estas cosas susodichas, é por otras muchas cosas loadas que fizo en su tiempo, fué muy amado é temido, así de su Reyno é de los suyos como de los Reyes comarcanos.»

No creemos que esta conseja sea muy anterior al primer libro en que se halla. Todavía en el siglo XV debía de estar muy poco divulgada, puesto que ní siquiera figura en el *Valerio de las Historias* del arcipreste Diego Rodríguez de Almela, á pesar de lo aficionado que era á este género de anécdotas, y de haber dedicado un capítulo entero (1) á ponderar la magnanimidad y las virtudes del rey Enrique III, en términos que contrastan notablemente con la acerba sequedad de Fernán Pérez, y prueban que la memoria de aquel buen Rey iba subiendo en la estimación de los castellanos, que veían en él uno de los más dignos precursores de su gran Soberana. El recuerdo de las primeras conquistas de Canarias, de la maravillosa embajada al Tamorlán, y otros hechos que prueban un espíritu de expansión y curiosidad geo-

(1) Es el VII, tít. I del lib. III del *Valerio* (pág. 83, edición de 1793): «Y como fuesse muy cathólico y noble en condiciones, cobdiciando facer, y faciendo justicia á todos, assí á grandes como á pequeños; de manera que era muy amado de los Perlados y Estado Ecclesiástico, y de los ricos hombres y caballeros, fijos-dalgo, y de todos los plebeos. E non solamente era de los suyos amado, mas aun de los estraños que oian su gloriossa fama. Ca sin echar pedido, ni monedas, ni otros pechos foreros en sus Reynos, eran pagados los Caballeros fijos-dalgo, y los otros que tenian dél tierra, allende de los grandes gastos que facia, y reparo de Castilla y fortalezas, en especial los de la frontera. Ca él fizo el alcázar de Murcia, y la cassa y cerca de Miraflores sin otros edificios. E allende desto era muy magnífico en rescebir los Embajadores que á él venian, y otros grandes Señores de otros Reynos, á los quales daba muy grandes dádivas. E allende desto allegó muy grandes thesoros con voluntad, si Dios le diesse salud y vida, de facer guerra á Moros y conquistar el reino de Granada..... Muy grande fué la pérdida suya en morir de tan poca edad.»

gráfica hasta entonces no conocido en Castilla; los grandes proyectos que se le atribuían en orden al reino de Granada, y con respecto de la política oriental; y sobre todo, el orden que puso en las rentas reales, la parsimonia y severa economía con que supo administrarlas, sin perjuicio de la esplendidez, de que á veces hizo oportuno alarde; el contraste, en suma, de aquella administración prudente y honrada, con el despilfarro y anarquía de los dos reinados subsiguientes, hacían grata la memoria del enfermizo Príncipe, aunque no pudieran recordarse grandes hazañas suyas: y expresión simbólica de esto fué la leyenda transcrita, nada heroica, en verdad, sino doméstica y llana como cuadraba al sujeto.

Por eso, sin duda, hizo tanta fortuna en los libros de historia de los siglos XVI y XVII, aceptándola como verídica el cándido Garibay en su *Compendio historial*, dilatándola con su habitual nervio y elocuencia el P. Juan de Mariana, sin que la omitiesen, por de contado, Gil González Dávila en la crónica particular que escribió de Enrique III (1638), ni el Dr. Eugenio de Narbona en su elegante biografía del arzobispo de Toledo D. Pedro Tenorio (1624). Pero quien dió á la fábula los últimos toques, amplificándola con el gracioso barroquismo de su retórica y la viciosa abundancia de su dicción, fué el Dr. Cristóbal Lozano, primero en su *David perseguido*, y luego en su historia anovelada de los *Reyes nuevos de Toledo*. Y finalmente, el hecho estuvo pasando por histórico hasta que Ferreras primero, y Berganza después, mostraron la inverosimilitud y falta de fundamento del lance, en que nada hay cierto sino la estancia del Rey en Burgos en 1394 y la prisión del Duque de Benavente.

No creo que la famosa *cena* de *Burgos* fuese tema de ninguna poesía popular. En el *Romancero general* de 1604 y 1614 hay un romance sobre este asunto (núm. 982 de Durán), pero es de poeta culto, como todos los de aquella colección, y me inclino á creer que sea del mismo Lope de Vega, puesto que los cuatro versos con que principia son idénticos á los de esta relación, puesta en boca del mismo Monarca en la presente comedia de *Los Novios de Hornachuelos*.

El enfermo rey Enrique,
Tercero en los castellanos,
Hijo del primer don Juan,
Á quien mató su caballo,
Comenzó, Lope Meléndez,
A reinar de catorce años;
Porque entonces los tutores
Del reino le habilitaron.....
El Rey, bien entretenido,
Pero mal aconsejado,
En la caza divertía
Atenciones á los cargos.
Dormido el gobierno entonces,
La justicia á los agravios
De los humildes servía,

Más que de asombro, de aplauso.....
Volvió á Burgos una noche
De los montes, más cansado
Que gustoso: cenar quiso,
Y ninguna cosa hallando,
Al despensero llamó,
Y preguntóle enojado
Qué era la ocasión. Él dijo:
«Señor; no ha entrado en Palacio
Hoy un real, y en la corte
Estáis de crédito falto,
Y no hay nadie que les fíe
A vos ni á vuestros criados.»
Quitóse entonces el Rey
Un balandrán que de paño
Traía, y al despensero
Se le dió para empeñarlo.
Una espalda de carnero
Le trujo..... ¡En qué humilde estado
Se vió el Rey! Comióla, al fin,
Porque en semejantes casos,
Hacer valor del defecto
Siempre es de pechos bizarros.
Díjole, estando á la mesa,
El despensero: «Entretanto
Que vos, señor, cenáis esto,
Con más costoso aparato
Los grandes de vuestro reino
Están alegres cenando
De otra suerte, en cas del Duque
De Benavente, tiranos
Siendo de las rentas vuestras
Y del reino, que os dejaron
Sólo para vos, Enrique,
Vuestros ascendientes claros.»
Tomó el Rey capa y espada
Para salir deste engaño,
Y en el banquete se halló
Valeroso y recatado,
Y escuchó tras de un cancel,
Con arrogantes desgarros,
Todo lo que cada cual
Refería que usurpado
Al patrimonio del Rey
Gozaba con el descanso
Que pocos años de Enrique
Aseguraban á tantos.

Publicó Enrique á otro día
Que estaba enfermo, y tan malo
En la cama de repente
De su accidente ordinario,
Que hacer testamento le era
Forzoso, para dejarlos
El gobierno de Castilla
En los hombros. No faltaron
En el palacio de Burgos
Apenas uno de cuantos
En cas del Duque la gula
Tuvo juntos, esperando
Que orden para entrar les diesen;
Cuando de un arnés armado,
Luciente espejo del sol,
Con un estoque en la mano,
Entró por la cuadra Enrique,
Dando asombros como rayos.
Temblando y suspensos todos,
Con las rodillas besaron
La tierra, y sentóse el Rey
En su silla de respaldo,
Y al condestable Rui López,
Vuelto con semblante airado,
Le preguntó: «¿Cuántos reyes
Hay en Castilla?» Él, mirando
Con temeroso respeto
Dos basiliscos humanos
En el Rey por ojos, dijo:
«Señor, yo soy entre tantos
El más viejo, y en Castilla,
Con vos, señor soberano,
Desde Enrique, vuestro abuelo,
Con vuestro padre gallardo,
Tres reyes he conocido.»
«Pues yo tengo menos años,
Replicó Enrique, y conozco
Aquí más de veinticuatro.»
Entonces, cuatro verdugos
Con cuatro espadas entraron,
Y el Rey dijo: «Hacedme rey
En Castilla, derribando
Estas rebeldes cabezas
De estos monstruos castellanos,
Que atrevidos ponen montes
Sobre montes, escalando
El cielo de mi grandeza,

El sol de quien soy retrato,
Y sobre todos fulminen
Rayos de acero esos brazos.»
Lágrimas y rendimientos
Airado á Enrique aplacaron;
Que á los reyes, como á Dios,
También les obliga el llanto.
Con esto restituyeron
Cuanto en Castilla, en agravio
Del Rey, los grandes tenían;
Y dos meses encerrados
En el castillo los tuvo,
Y desde entonces vasallo
No le ha perdido el respeto,
Sino sois vos, que tirano
De Extremadura, pensáis,
Lope Meléndez, que estando
En cama Enrique, no tiene
Valor para castigaros;
Respondiendo á cartas suyas
Con tan grande desacato,
Que le obligáis que en persona
El castigo venga á daros
Que merecéis, porque sirva
De temor á los contrarios,
De ejemplo á todos los reyes,
De escarmiento á los vasallos.

Son cuatro, por lo menos, las obras dramáticas posteriores á ésta de Lope, que reproducen las tradiciones relativas á D. Enrique *el Doliente*. Dos de estas piezas pertenecen al teatro antiguo, y otras dos á la época romántica. En la *Parte nona de comedias escogidas de los mejores ingenios de España* (1657), ocupa el último lugar una comedia *de seis ingenios*, harto infeliz, por cierto, como podía esperarse de tan exagerada división del trabajo. En el libro impreso no constan los nombres de estos ingenios: dice Barrera, no sé con qué datos, que fueron Zabaleta, Rosete, D. Sebastián de Villaviciosa, Martínez de Meneses, Cáncer y Moreto. En el final pide perdón un autor solo, que puede ser el del último retazo, y que se declara *Toledano*, lo cual no conviene á ninguno de los seis, pero puede, en sentido lato, aplicarse á Moreto, que si no nació en Toledo, pasó allí gran parte de su vida, y allí murió:

Y vuesastedes perdonen
Rudezas de *un Toledano*,
Tosca planta de aquel monte.

Comedia distinta de ésta, y un poco menos mala, es *El rey D. Enrique el tercero, llamado el Enfermo*, que se encuentra en ediciones sueltas, ya con el nombre

de un ingenio, ya con el de D. José de Cañizares, á quien tengo por su verdadero autor. En la primera jornada se presenta, no en relato, sino en acción, el episodio de la cena de Burgos. Los actos segundo y tercero desarrollan, aunque con torpeza, una intriga análoga á la de *El mejor alcalde el Rey*. En 1847 aparecieron simultáneamente *El Gabán del Rey*, drama histórico en cuatro actos, de D. Gregorio Romero Larrañaga, y *Don Enrique el Doliente*, cuadro dramático en un acto, de don Ceferino Suárez Bravo.

Ninguna de estas producciones tiene relación directa con *Los Novios de Hornachuelos*, y todas quedan á buena distancia de ésta, que bien puede contarse entre las obras más selectas de Lope. Sus mayores bellezas se hallan en los diálogos entre el Rey y el Infanzón, pero toda la comedia está admirablemente escrita; debiendo mencionarse como cuadrito de género, franca y magistralmente ejecutado, el romance de la segunda jornada, en que se describe la ridícula boda de Marina y Berrueco, con su grotesco acompañamiento.

III. — PORFIAR HASTA MORIR.

Tiene por segundo título *Macías el Enamorado*. Esta preciosa comedia es de los últimos tiempos de Lope, y no fué impresa hasta 1638, en la póstuma *Parte veinte y tres*. Hartzenbusch la incluyó en el tomo III de su colección selecta. Hay una traducción francesa de Angliviel de la Beaumelle (1829), con el título de *Persévérer jusqu'à la mort* (1).

Es héroe de esta comedia el desventurado trovador Macías, poeta gallego, no solamente de escuela y de lengua, sino también de nacimiento, según testimonio de su mayor amigo y coetáneo, Juan Rodríguez del Padrón, en el final de *Los siete gozos de amor:*

Si te plaze que mis días
Yo fenezca mal logrado
Tan en breve,
Plégate que con Macías
Ser meresca sepultado,
Y decir deve
Do la sepultura sea:
«*Una tierra* los crió,
Una muerte los levó,
Una gloria los possea» (2).

(1) En la colección de *Chefs-d'œuvre des théâtres étrangers*, publicada por el librero Dufey. Tomo XV (primero del Teatro de Lope), páginas 258-383.

(2) Obras de Juan Rodríguez de la Cámara (ó del Padrón), edición de la *Sociedad de Bibliófilos españoles*, pág. 13.

Juan Rodriguez quiso que sus nombres fuesen inseparables, y los juntó, no sólo en el pasaje citado, sino en esta linda canción, que tiene algo del humorismo de Enrique Heine:

Sólo por ver á Macias
É del amor me partir,
Yo me querria morir,
Con tanto que resurgir
Pudiese dende á tres dias.
Mas luego que resurgiese,
¿Quién me podria tener
Que en mi mortaja non fuesse,
Lynda sennora, á te ver,
Por ver que planto farias,
Sennora, ó qué rreyr?
Yo me querria morir,
Con tanto que resurgir
Pudiese dende á tres dias.

En su novela *El Siervo libre de amor*, concreta más el lugar del nacimiento de su amigo, que al parecer fué en la Roca del Padrón ó en sus cercanías: «nascido en las faldas dessa agra montaña». Pero todo es obscuro en su vida, y lo es hasta el tiempo preciso en que floreció, puesto que mientras la general opinión pone su muerte entre 1404 y 1414, no falta quien la retrasa hasta 1434, y aun quiere fijar fecha posterior.

Pero lo que tiene de obscura su vida real, lo tiene de celebridad inmensa y popular su nombre, que es para los españoles uno de los mitos simbólicos del amor trágico y fatal, como los amantes de Teruel son otro. Nada influye en tal representación legendaria el mérito de las pocas canciones amatorias (1) que de él tenemos, y que pueden contarse sin escrúpulo entre las más insípidas de su género. Macías vive, no en las páginas de los Cancioneros, que son digno cementerio de sus mezquinas é insulsas querellas rimadas, sino en la fantasía popular y en las obras de otros ingenios, que, más afortunados que el trovador gallego, han acertado á declarar de una manera apasionada y poética lo que el alma ardorosa de Macías hubo de sentir, sin duda, pero no pudo expresar más que vaga y desaliñadamente.

La casuística amorosa de la Edad Media, mal avenida, en general, con la obser-

(1) El Marqués de Santillana sólo conoció cuatro, y quizá sean las únicas auténticas: «..... é aquel grand enamorado Macías, del qual non se fallan sinon quatro canciones, pero ciertamente amorosas é de muy fermosas sentencias.» Estas cuatro, y una más, son las que se leen en el *Cancionero de Baena* (números 306, 307, 308, 309 y 31.) Dos de ellas están en gallego, las restantes en castellano muy agallegado. Otras poesías se le atribuyen en diversos Cancioneros, pero todas ó casi todas se encuentran también á nombre de otros poetas. Ninguna pasa de lo trivial dentro de su género, que por desgracia abunda tanto en aquellas colecciones. *El gentil niño Narciso* (única que merecería indulgencia) es de Fernán Pérez de Guzmán.

vancia rígida del nono precepto del Decálogo, creó en todas las escuelas de trovadores un tipo de poeta mártir del amor adúltero, llegando á veces á la más extravagante é inmoral apoteosis: en Francia, el de Raul de Coucy, amante de la dama de Fayel; en Cataluña, el de Guillén de Cabestanh; en Galicia y Castilla, el de Macías. La leyenda de éste parece tener algún fundamento histórico, y en sí misma no encierra nada de inverosímil; pero no hay bastante conformidad en los detalles, y ya en el primer tercio del siglo XVI, cuando el Comendador Griego escribía su glosa á Juan de Mena, tuvo que recoger la tradición *remendada y á pedazos*. Esta versión del Comendador, retocada y perfilada en algunos detalles por el docto Argote de Molina en su *Nobleza de Andalucía* (lib. II, cap. CXLVIII), es, por decirlo así, la oficial, la que ha servido de base á todos los dramas, poemas y novelas sobre este argumento. Oigamos, pues, al comendador Hernán Núñez:

«La historia de Macías, que tan nombrada es entre los que siguen la malicia del amor, *aunque he mucho procurado por saberla enteramente cómo passó, hasta agora no me ha acontecido hablar con alguno que me la supiesse relatar sino remendada y á pedazos*. Lo que he podido collegir entre *muchas é diversas opiniones que he oydo*, es esto, que Macías fué un gentilhombre criado del Maestre de Calatrava D.....(1), el qual tenia una donzella de gran hermosura, de la qual se enamoró Macías, y passó por sus amores mucha pena assaz tiempo sin que della pudiesse alcanzar cosa alguna. Andando el tiempo, el Maestre desposó esta dama suya. É ni por esto Macías cessó de la servir como de primero. De lo qual como sintiéndose por agraviado el esposo, quexóse al Maestre: y el Maestre castigó mucho de palabra á Macías: mandóle por muchas vegadas que se dexase de aquello: pero Macías, preso de amor de la señora, no se pudo retraer de la amar, y el Maestre, importunado de las continuas quexas del esposo, prendió á Macías, y estando en la prision concertóse el esposo con el carcelero que le tenia en guarda, que le abriese un agujero por el tejado que caia sobre la cárcel donde estaba presso Macías: y echóle por allí una lanza y matóle. Fué enterrado su cuerpo en un lugar del Andaluzía, cinco leguas de Jaen, que se llama Arjonilla.»

Argote de Molina, erudito muy respetable para su tiempo, pero de ideas y propensiones un tanto novelescas, amplió este relato, apoyándose, al parecer, en tradiciones locales del reino de Jaén y en reminiscencias de las propias canciones de Macías, que había leído en el *Cancionero de Baena* (existente entonces en El Escorial), del cual copió la primera y más célebre, *Cativo de miña tristura*. Supone Argote muy gratuitamente que Macías compuso tales versos cuando estaba preso en la torre de Arjonilla, y que estas sandias coplas fueron las que irritaron al celoso marido, que era un hidalgo de la villa de Porcuna, y le movieron á la sangrienta venganza que tomó, no del modo alevoso que refiere el Comendador Griego, sino

(1) En la edición de la glosa que tengo á la vista (*Copilacion de todas las obras del famosísimo poeta Juan de Mena*..... Sevilla, 1528, fol. XXXVI), está en blanco el nombre del Maestre, pero Argote de Molina y todos los que le siguieron, dicen que fué D. Enrique de Villena.

en un rapto de furor, arrojándole una lanza cuando le vió asomado á la ventana de la prisión cantando sus empecatadas trovas. El homicida se refugió en el reino de Granada; el cuerpo de Macías fué llevado, en hombros de los caballeros y escuderos más nobles de la comarca, á la iglesia de Santa Catalina de Arjonilla, donde se le dió honrada sepultura, y en su tumba se depositó el hierro de la lanza, poniendo, á modo de epitafio, estos versos del mismo trovador, que forman parte de una de las poesías suyas que aun tenemos:

Aquesta lanza syn falla,
¡Ay coytado!
Non me la dieron del muro,
Ny la prise yo en batalla.
¡Mal pecado!
Mas viniendo á ty seguro,
Amor falso é perjuro
Me firió, é sin tardanza,
É fué tal la mi andanza,
Sin ventura (1).

(1) Creo oportuno transcribir íntegro el texto de Argote, tanto por lo apacible de su narración, como por ser, á mi juicio, el que Lope tuvo más presente:

«Entre el rigor de las armas bien se permiten discursos de amor. Y assi no será improprio deste lugar darle al famoso español Macías, pues fué y vivió en este Reyno (el de Jaén), y acabó en él la vida por causa dellos, cuya historia, copiada de mis *Escarmientos de Amor* (?), es ésta:

«Florecian en el Reyno de Jaen, en la frontera del Reyno de Granada, los hijosdalgo no tan solamente con esclarecidos y famosos hechos en las armas, mas con notables acaecimientos en amores. Era á esta sazon Maestre de Calatrava don Enrique de Villena, famoso por sus curiosas letras, cuyo criado era Macías, ilustre por la constancia de sus amores. El cual, dando al Amor la rienda que su edad y lozanía le ofrecian, puso los ojos en una donzella que al Maestre su señor servia. Y siendo estos amores con voluntad della tratados con gran secreto, no sabiendo el Maestre cosa alguna, y estando Macías ausente, la casó con un principal hidalgo de Porcuna. No desmayó á Macías este sucesso, porque acordándose del amor grande que su señora le tenia, y que no era posible en tanta firmeza aver mudanza, sino que forçada de la voluntad del Maestre habia acetado matrimonio. Conociendo por secretas cartas que vivia su nombre en la memoria de su señora, confiado que el tiempo le daria ocasion de mejorar su suerte, la siguió y sirvió con la misma confiança y fee que antes que llegara á aquel estado. Como amores tan seguidos el tiempo no los pudiesse encubrir, el marido vino á entenderlos. Y no atreviéndose á dar muerte á Macías (por ser Escudero de los más preciados de su señor), parecióle mejor acuerdo dar cuenta dello al Maestre. El qual, llamando á Macías, le reprehendió grandemente, que no sólo siguiesse, mas ni imaginasse continuar semejante causa, y le mandó se dexasse dello. Tenia el Amor tan rendido y sujeto á Macías, que viéndose atajado de todas partes creció el aficion, con que las cosas de mayor resistencia son más desseadas. Y poniendo sus hechos á todo trance no quiso perder el continuo ejercicio de requestar y servir á su señora, tanto que el Maestre, no hallando otro remedio (porque le consideró tan perdido, que consejo ni otra razon alguna serian con él de alguna consideracion), lo mandó llevar preso á Arjonilla,

Es más que dudoso que tal epitafio haya existido, y hasta pudiera sospecharse que estos versos alegóricos, interpretados á la letra, dieron motivo al detalle de la lanza; pero si Macías no hubiese acabado trágicamente (en lo cual todos concuerdan), su leyenda no hubiera tenido razón alguna de existencia, puesto que sus canciones no eran tales que bastasen á separarle del grupo de los más adocenados trovadores, ni á darle esa peculiar representación erótica. El analista de Jaén, Ximena (1), describiendo la ermita de Santa Catalina, que en otro tiempo fué iglesia parroquial, dice que el epitafio, *de letras antiguas*, contenía sólo estas palabras: *Aquí yace Macías el enamorado.*

Pero hay otra versión más antigua y seguramente más romántica. Es la que consigna el condestable D. Pedro de Portugal en una de las glosas (2) de su *Sátira de felice é infelice vida.* Este condestable D. Pedro (Rey intruso en Cataluña después de la muerte del Príncipe de Viana) no fué contemporáneo de Macías, ni pudo conocerle (como por distracción afirman Amador de los Ríos y Puymaigre, confundiéndole, sin duda, con su padre el Infante), lo cual quita alguna fuerza histórica á su testimonio, trayéndole á los días de Enrique IV; pero de todos modos, estaba

---

lugar de la Orden á cinco leguas de Jaen, por no hallar otro camino para atajar las quexas que dél se davan.

»Estava preso con ásperas cadenas Macías en Arjonilla, donde lamentando sus dolores, no hallando otro reparo para el alivio dellos, con canciones lastimosas dava mil quexas de su triste suerte, y enviándolas á su señora se entretenia con algunas vanas esperanças. Entre los otros cantares suyos nos ha quedado uno que dize assi, como se vee en un libro de Trobas antiguas en la Real Librería de San Lorenço el Real.

(Copia la cantiga *Cativo de miña tristura.*)

»Llegaron á manos del marido de la dama estas canciones y las continuas cartas de Macías. Y no pudiendo sufrir tanta inquietud quanta zelos públicos le davan, acordó de acabar de una vez con esta historia. Y subiendo en su caballo, armado de adarga y lança, fué á Arjonilla, y llegando á la cárcel donde Macías estaba, vióle dende una ventana della lamentándose del Amor. Y no pudiendo sufrir tan importuno enemigo, le arrojó la lança, y passándole con ella el cuerpo, con dolorosos sospiros el leal amador dió el último fin á sus Amores, y escapándose el caballero por la ligereza de su caballo, se passó al Reyno de Granada. El cuerpo de Macías fué sepultado en la Iglesia de Sancta Catalina del castillo de Arjonilla, donde llevado en hombros de los caballeros y escuderos más nobles de la comarca le dieron honrosa sepultura. Y poniendo la sangrienta lança encima della, quedó allí su lastimosa memoria en una letra, que assi dezia:

Aquesta lança sin falla.....

(Nobleza del Andaluzía..... En Sevilla, por Hernando Díaz. Año 1588. Folios 272 y 273.)

La relación que trae Fr. Baltasar de Vitoria en el *Theatro de los dioses de la gentilidad*, no es más que una amplificación retórica de la de Argote.

(1) *Anales eclesiásticos del obispado de Jaén*, por D. Martín de Ximena Jurado, 1654, página 171.

(2) Publicó por primera vez esta glosa íntegra el Sr. Paz y Melia, en su edición de las *Obras de Juan Rodríguez del Padrón*, páginas. 401-402.

más próximo á los tiempos del *leal amador*, que Hernán Núñez y todos los que le han copiado. Dice así este curiosísimo pasaje:

«Macías, natural fué de Galicia, grande é virtuoso mártir de Cupido, el qual, teniendo robado su corazon de una gentil fermosa dama, assaz de servicios le fizo, assaz de méritos le meresció, entre los quales, como un dia se acaesciesen amos yr á cavallo por una fuente, assy quiso la varia ventura que por mal sosiego de la mula en que cabalgaba la gentil dama, volcó aquélla en las profundas aguas. É como aquel constante amador, no menos bien acordado que encendido en el venéreo fuego, nin menos triste que menospreciador de la muerte, lo viesse, aceleradamente saltó en la fonda agua, é aquel que la grand altura de la puente no tornaba su infinito querer, ni por ser metido debaxo de la negra é pesada agua no era olvidado de aquella cuyo prisionero vivia, la tomó á do andaba medio muerta, é guió é endereszó su *cosser* (corcel) á las blancas arenas, á do sana é salva puso la salud de su vida. É despues el desesperado gualardon, que al fin de mucho amor á los servidores non se niega, por bien amar é sennaladamente servir ouo, ca fizieron casar aquella su sola señora con otro. Mas el no movible é gentil ánimo en cuyo poder no es amar é desamar, amó casada aquella que donzella amara. É como un dia caminasse el piadoso amante, falló la causa de su fin, ca le sallió en encuentro aquella su sennora, é por salario ó paga de sus señalados servicios le demandó que descendiesse. La qual, con piadosos oydos oyó la demanda é la complió; é descendida, Macías le dixo que farta merced le havia fecho, é que cavalgasse é se fuesse, porque su marido allí non la fallase. É luego ella partida, llegó su marido, é visto así estar apeado en la mitad de la vía á aquel que non mucho amaba, le preguntó qué allí fazía. El qual repuso: «Mi señora puso aquí sus pies, en cuyas pisadas yo entiendo vevir é fenescer mi triste vida.» É él, sin todo conocimiento de gentileza é cortesía, lleno de scelos, más de scelos que de clemencia, con una lanza le dió una mortal ferida. É tendido en el suelo, con voz flaca é oios revueltos á la parte do su sennora iba, dixo las siguientes palabras: «¡O mi sola é perpetua sennora! ¡A do quiera que tú seas, ave memoria, te suplico, de mí, indigno siervo tuyo!» É dichas estas palabras con grand gemido, dió la bienaventurada ánima. É assy fenesció aquel cuya lealtad, fe é espeiado é limpio querer, le fizieron digno, segund se cree, de ser posado é asentado en la corte del inflamado fijo de Vulcan, en la secunda cadira ó silla, más propinca á él, dexando la primera para más altos méritos.»

Por raro capricho de la suerte, Macías, que tuvo en su vida la poesía que falta en sus canciones, vino á obscurecer con su fama la de todos los trovadores galaico-portugueses, y hoy mismo se cifra en este romántico nombre y en el de Juan Rodríguez del Padrón (en quien realmente termina esa escuela) todo el recuerdo que los gallegos guardan de su pasado poético. La verdadera poesía está en otra parte, en los juglares obscuros y cuasi anónimos del Cancionero Vaticano; pero la encarnación de aquel ideal poético en la vida, no cabe duda que la realizó Macías, rubricándola con su sangre.

Y si él no tuvo la fortuna de escribir hermosos versos, á lo menos dió inspiración

y tema inagotable para que otros vates más afortunados los escribiesen y los pusieran en su boca. El Marqués de Santillana, en la *Querella de amor*,

Ya la gran noche pasaba.....,

composición de melancólico lirismo, en que aparece Macías herido por aguda flecha y lamentándose de la pérdida de su amada:

Su cantar ya non sonaba
Segunt antes, nin se oía,
Mas manifiesto se oía
Que la muerte lo aquejaba;
Pero jamás non cesaba,
Nin cesó con grant quebranto
Este dolorido canto
Á la sazon que espiraba.....

Cuando la alegoría dantesca invadió por completo nuestra literatura, Macías fué personaje obligado en todos los *Infiernos de amor*, desde el que compuso D. Íñigo López de Mendoza (traduciendo en parte (1) el episodio de Francesca y Paolo para aplicársele muy inoportunamente al trovador gallego y á la dama por quien sucum-

(1)

É por ver de qué trataban,
Muy paso me fuí llegando
Á dos que vi razonando
Que en nuestra lengua fablaban.
Las quales, desque me vieron
É sintieron mis pisadas,
Una á otra se volvieron
Bien como maravilladas.
«¡Oh ánimas affanadas
(Yo les dixe), que en Espanna
Nacistes, si non m'enganna
La lengua, é fuestes criadas!
»Decidme ¿de qué materia
Tractades despues del lloro,
En este limbo é miseria
Do Amor hizo su Thesoro?.....
Ansy mesmo vos imploro
Que yo sepa do nacistes,
É cómo é por qué venistes
En el miserable choro.»
É bien, como la serena
Cuando plañe á la marina,
Comenzó su cantilena
La una ánima mezquina,
Diciendo: «Persona dina
Que por el fuego passaste,
Escucha, pues preguntaste,
Si piedad algo te inclina
»La mayor cuyta que aver
Puede ningun amador

bió), hasta los que metrificaron Guevara y Garci Sánchez de Badajoz. Este ultimo trovador, del tiempo de los Reyes Católicos, que fué un segundo Macías y tiene una leyenda semejante á la suya, le presenta así:

En entrando vi assentado
En una silla á Macías,
De las heridas llagado
Que dieron fin á sus días,
Y de flores coronado,
En son de triste amador,
Diciendo con gran dolor,
Una cadena al pescuezo,
De su canción el empiezo:
«Loado seas, Amor,
Por cuantas penas padezco» (1).

Antes, y mejor que ninguno de estos poetas, le había hecho hablar Juan de Mena en el *Orden de Venus*. La aparición de Macías es uno de los mejores trozos del *Labyrintho*:

Amores me dieron corona de amores,
Porque mi nombre por más bocas ande.....

Es membrarse del placer
En el tiempo del dolor;
É ya sea que el ardor
Del fuego nos atormenta,
Mayor dolor nos aumenta
Esta tristeza é langor.
»Ca sabe que nos tractamos
De los bienes que perdimos
É del gozo que passamos
Mientra en el mundo vivimos,
Fasta tanto que venimos
Á arder en aquesta flama,
Do non se curan de fama
Nin de las glorias que ovimos.
»É si por ventura quieres
Saber por qué soy penado,
Pláceme, porque si fueres
Al tu siglo transportado,
Digas que fuy condepnado
Por seguir d'Amor sus vías:
É finalmente, Macías
En España fuy llamado.....»

(1) Creo que el último de los poemas de este género en que figura Macías es la *Residencia de Amor*, de Gregorio Silvestre, uno de los poetas que en el siglo XVI conservaron mejor el gusto y traza de las coplas de la centuria anterior, y se mostraron más rehacios á la imitación toscana. Esta composición termina dando el Amor la palma á Macías entre los poetas eróticos, aunque pienso que no tanto por sus versos como por su trágica muerte. También intervienen

Los enamorados iban ó fingían ir en peregrinación á su tumba, como vemos en un decir dialogado del bachiller Juan de San Pedro:

POETA.

Sepultura de Macías,
¡Guárdeos Dios!

SEPULTURA.

Hayáis muy alegres días;
¿Quién sois vos?.....

Ninguno de los poetas del amor le igualó en fama, por muchas extravagancias y locuras que hiciesen: ni Juan Rodríguez del Padrón, ladrando á modo de perro rabioso («Ham, ham; huyd, que rabio»), ni Garci Sánchez, perdiendo el seso por una parienta suya, hasta morir frenético y en cadenas. Su celebridad no se limitó á Castilla y á Portugal, sino que penetró en Cataluña, menos abierta, en el siglo XV, á la influencia castellana; y así, en la *Comedia de la gloria de Amor*, de Fra Rocaberti, le vemos figurar en su puesto natural, al lado de otro famoso mártir de amor, el rosellonés Cabestanh.

Macías, como Don Juan (que en cierto modo puede considerarse como su antítesis), es un personaje que no muere nunca. Pasada la generación que le admiró como poeta, y le declaró, por boca de Juan Rodríguez del Padrón, «único merecedor de las *frondas de Dafnes*», continuó viviendo como *ídolo de los amantes*, nombre que con mucha propiedad se le da en el acto segundo de *La Celestina*. Apenas es posible abrir ningún poeta español de cualquier tiempo, sin encontrar alusiones al cuitado amador.

---

en la fábula Juan Rodríguez del Padrón, Juan de Mena, Guevara y D. Diego López de Haro, que son los que conducen á Macías á la presencia del Amor, que hace oficio de juez:

Viéronse salir al punto
Cuatro enlutados ya en días,
Trayendo como en trassumpto
En los huesos á Macías,
Flaco y vivo, aunque difunto;
La piel enjuta, y tostada
Sobre la carne arrugada,
Abierto el pecho y costado,
Retrato al vivo sacado
De la vida enamorada.
Paróse en medio el pasaje,
Y al Jüez le saludó,
Mas dió al Amor vasallaje,
Y humillado le habló
En nuestro antiguo lenguaje.....
En esto el Jüez sentenció
Que son todas niñerías
Que la ocasion levantó,
Y el fino amante Macías
Que por sólo amor murió.

¡Vive Dios, que fué contigo
Macías niño de teta!

exclama un gracioso en la comedia de Calderón *Para vencer á Amor, querer vencerle.*

¿Habéis estado en Teruel?
¿Conocisteis á Macías?

responde una dama presumida, en la comedia del mismo ingenio *¿Cuál es mayor perfección?* Y en *No hay cosa como callar:*

¿Por qué pensáis que Macías
Enamorado murió?
Porque nunca consiguió.

Hasta en un libro de Mitología, el *Teatro de los dioses de la Gentilidad*, de fray Baltasar de Vitoria, se habla largamente de Macías como del más famoso personaje entre los llagados por las saetas de Cupido.

Lope de Vega, en su largo camino por la historia tradicional y poética de España, no podía menos de encontrar á Macías y aprovechar tan magnífico argumento. Hízole, pues, héroe de una hermosa comedia, ó más bien conmovedora elegía dramática, *Porfiar hasta morir*, donde el alma apasionada y turbulenta del gran poeta llega á identificarse con el suave lirismo de que su protagonista es símbolo. Es una de las obras de Lope que han obtenido de la crítica más unánimes elogios. Schack dice que «rebosa de estro poético en la pintura del joven trovador; que está llena de rasgos tan delicados como naturales en todos sus accesorios, de arrebatadora viveza en su exposición, y que por tales conceptos aventaja en gran manera á todas las piezas posteriores sobre el mismo argumento».

Ya hemos dicho que *Porfiar hasta morir* pertenece á la última manera de Lope, lo cual equivale á decir, no sólo que está muy esmeradamente escrita, con la discreción y el buen gusto que son característicos de los dramas de su vejez, sino, además, reflexivamente combinada, hasta con refinamiento en la técnica. La acción, que se desarrolla conforme á la lógica de los caracteres y de las pasiones, es bastante rica sin ser desordenada; las escenas se suceden sin confusión; el artificio es ingenioso, pero disimulado; los mayores efectos teatrales brotan con naturalidad suma, y la pieza es de tal manera regular, que apenas contraviene á las famosas unidades, pues dura muy pocos días, y pasa toda en Córdoba y sus alrededores.

La primera jornada es un modelo de exposiciones en acción, como Lope las prefería. Màcías, estudiante de Salamanca, que ha trocado los libros por las armas, se dirige á Andalucía con cartas del señor de Valdecorneja para el Maestre de Calatrava (*de Santiago* debiera decir). Al llegar á las ventas de Alcolea con su criado Nuño, tiene ocasión de salvar la vida á un caballero á quien tres bandidos acometían con ventaja. Era el propio Maestre, según sabe poco después por relación de unos servidores suyos que venían buscándole:

¡Ah, hidalgos! ¿Vieron pasar
Un caballero, por dicha,
Con un gabán de color,
Plumas negras y pajizas,
Las espuelas plateadas,
De oro y verde la mochila
De un alazán, cabos negros.....?

En compañía de aquellos escuderos se encamina, pues, á casa del Maestre, que le recibe con toda la cortesía y buen acogimiento que eran de esperar después de tal servicio, y le da desde luego sueldo y acostamiento entre sus más íntimos familiares. Servía á la Condesa una dama, D.ª Clara, de la cual se enamora Macías en cuanto la ve, con súbito y fatal enamoramiento, que sería inverosímil en otro caso, pero que es el único digno de la pasión trágica que aquí se representa y del carácter legendario del protagonista. Macías, el enamorado por excelencia, no puede haberse enamorado como el vulgo: la pasión debió herirle como un rayo. El amor se enseñorea de su espíritu, y le arrastra con fuerza inevitable á la catástrofe. El mismo Macías lo declara con palabras hábilmente tomadas de una composición suya:

Justa fué mi perdición;
De mis males soy contento.....

Y su criado Nuño exclama, reflejando el íntimo pensamiento de Lope de Vega:

¡Qué propio amor de poeta!
No hay gente á amor tan sujeta.

Con grandísima habilidad escénica ha dispuesto Lope las cosas de modo que Macías haga la confidencia de su amor al mismo Tello de Mendoza, prometido esposo de la joven:

Señor Macías, esa bella dama,
Sirviendo á mi señora la Condesa,
Tiene de honesta, como hidalga, fama,
Y en todos actos la virtud profesa.
Un caballero que la quiere y ama,
Y que públicamente lo confiesa,
La sirve agora, y de casarse trata,
Y ella, aunque honesta, no le mira ingrata.
. . . .

MACÍAS.

Pues ya que me habéis dicho quién es Clara,
Decidme quién es Tello de Mendoza.

TELLO.

Luego ¿no lo sabéis?

MACÍAS.

Deseo sabello;

Que le quiero envidiar.

TELLO.

Pues yo soy Tello.

Con esto queda lanzada la semilla del odio entre ambos escuderos. Pasiones como la de Macías no ceden ante un rival preferido, y además, Clara, con ingenua coquetería, muy finamente notada por el poeta, tan experto en estos matices del carácter femenino, recibe de buen talante sus versos, y le contesta de tal modo, que no deja enteramente cerrada la puerta á á las pretensiones de su exaltada fantasía:

Ha poco tiempo que fuera
Á ese amor agradecida,
Que era mía, y soy ajena.
Trata casarme con Tello
Mi señora la Condesa;
Y aunque no me ha dicho nada,
Basta saber que concierta
Su Señoría estas bodas
Para que *yo la obedezca.*
Creedme, á fe de hijadalgo,
Que ese amor agradeciera,
Porque vos lo merecéis.
No puedo: dadme licencia.

Tales explicaciones no podían desalentar á Macías, ni es maravilla que exclame:

Pues ¿qué importa que la quiera?
¿Quítaseme á mí el amor
Porque diga que es ajena?
Si ella me diera un remedio
Con que yo la aborreciera,
Aunque fuera más hermosa,
Yo dejara de quererla.
Pero si con más amor
Con lo que dice me deja,
Y si antes celos no tuve,
Ya con los celos se aumenta,
¿Cómo la puedo olvidar?

NUÑO.

Con imaginar las prendas
Del que ha de ser su marido;
Que no es razón que te atrevas
Á un hombre de su valor.

MACÍAS.

¿Qué bendición de la Iglesia
Tiene ese hombre, majadero?
Déjame adorar en ella
Mientras que no tiene dueño.

NUÑO.

¿Y después, cuando le tenga?

MACÍAS.

Entonces la querré más;
Que no hay cosa que más crezca
El amor que un imposible.....

Es vulgaridad repetida en muchos libros de crítica, el decir que en Lope de Vega lo mejor son siempre los primeros actos. Muy exigua parte de su repertorio debían de conocer los que tal sentencia escribieron. Innumerables ejemplos hay de lo contrario, y por lo que toca á esta comedia, las mayores bellezas están en los actos segundo y tercero. Busca Macías la gloria ó la muerte en la frontera de Granada, hácese notar por sus hazañas, y pide al Rey, en recompensa de ellas, la mano de Clara. Opónese el Maestre de Santiago, porque ya la Condesa, su mujer, había dispuesto de ella, y estaban hechos los desposorios. Macías se desespera, tiene una entrevista con Clara, persiste en su desatinada pasión, presencia encubierto las bodas, y ronda en la primera noche de novios la puerta de los recién casados. Tal es la estructura sencillísima de esta segunda jornada, en que la acción camina rapidísima y sin tropiezo, con la lógica rectilínea de la pasión furiosa y desbordada. Son dignos de citarse, como trozos de esmerada ejecución, el romance noble y entonado en que Macías hace relación al Rey de su persona y servicios; y la despedida de Clara, en que se mezclan hábilmente la afectuosa compasión, ó más bien tierna y mal velada inclinación por Macías, y el cuidado que la dama tiene de su propia honra:

CLARA.

Pues ¿qué será lo que quieres,
Siendo cosa tan honesta?

MACÍAS.

Que te dé lástima el verme.

CLARA.

¿No quieres más?

MACÍAS.

No, ¡por Dios!
Que pedirte que te pese
Fuera gran descompostura.

CLARA.

Pues, hidalgo noble, advierte:
No sólo me has dado pena
De la que amándome tienes;
Pero á no estar ya casada,
Fuera tuya eternamente.
Esto sin que haya esperanza
Ni atrevimiento que llegue
Á pasar tu amor de aquí;
Porque el día que esto fuese,

Yo propia diré á mi esposo,
Honrado como valiente,
Que te quitase la vida.

El comedimiento y suave decoro que hay siempre en las palabras de Clara, presentada de intento por el poeta como una criatura algo fría, contrasta con el frenesí amatorio de Macías, que está admirablemente expresado en las décimas que pronuncia después de presenciar las bodas:

En la noche confiado,
Que, en fin, encubre mejor
Cualquiera efecto de amor,
Entré con el desposado.
Llevaba el color mudado,
Como quien va á desafío.....
Llegué, volví atrás, temblé,
Paró el pie la confusión.....
Parecióme que no vía
Lo mismo que viendo estaba;
Sin oir lo que escuchaba,
Lo que imaginaba oía.....
Como al crepúsculo frío
Del alba, entre luces rojas,
Abre una rosa las hojas
Para beber el rocío,.....
Levantóse del estrado,
Y la Condesa con ella;
Llegó el desposado á ella
Más dichoso que turbado,
Y con el padrino al lado.
La sala se suspendió.
Luego el padrino llegó,
Y tomándoles las manos.....
¡Cómo, cielos soberanos,
Vivo yo, si lo vi yo!
Preguntó á Tello (¡ay de mí!)
Si por mujer la quería.
Dijo que sí, y yo vivía,
Que aun faltaba el otro sí.....
Yo no sé cómo viví;
Pero, ¿quién habrá que crea
Que me pareciese fea
Al tiempo que dijo sí?
Mas por dicha no entendí
La causa que pudo haber.
Hermosa debió de ser,
Porque son todas las cosas,

Nuño, mucho más hermosas
Cuando se quieren perder.

. . . .

Pero ya las dos serán,
Y siento que se levantan;
Que ya ni danzan ni cantan,
Antes pienso que se van.
¡Ay, Dios! La muerte me dan
Con ver acortar los plazos
De sus regalos y abrazos;
Que si una mano que dió
Clara á Tello me mató,
¿Qué haré si le da los brazos?

Finalmente, es de reparar el tino y delicadeza con que está salvada la dificilísima situación del final de este acto, que en manos de otro poeta hubiera resultado grotesca é indecente. Sólo pueden tildarse tres ó cuatro versos de mal gusto puestos en boca del gracioso Nuño, que en lo restante de la pieza hace alarde de un chiste de la mejor ley.

La descripción del juego de sortija con que empieza el acto tercero hubiera podido reducirse á menor espacio. Era un lugar común de nuestra poesía dramática, un pretexto para bizarras octavas, y Lope no perdía ocasión de hacerlas. Pero no puede decirse que sea enteramente episódica, puesto que el mantenedor de la justa había sido Tello de Mendoza, y Macías el encubierto aventurero del caballo negro y pavonadas armas que ganó la joya. Todo esto contribuye á mantenernos en la pura atmósfera romántica, que es la que convenía á esta pieza.

El Rey se propone curar á Macías de su insensato amor; le aconseja el olvido, y para alejarle de Córdoba le hace merced de la alcaidía de Arjona. Pero él corre ciego y desatentado á su perdición: su propio talento literario aumenta la escandalosa publicidad de su porfía; sus versos amorosos corren por toda Castilla; hasta los niños los repiten en las calles de Córdoba; hasta los moros de Granada los traducen en su lengua. Están, pues, muy justificados los celos de Tello, á quien Lope por ningún concepto ha querido hacer ridículo ni odioso, si bien no disculpe su bárbara venganza. Las palabras con que se queja al Maestre, su señor, son muy razonables y discretas:

Bien sé que Clara es honrada,
Bien conozco su virtud;
Mas una necia inquietud
Y voluntad porfiada,
Un siempre constante amor,
Que en los ojos muestra el pecho,
Á muchas buenas ha hecho
Dejar de serlo, señor.
¿Quién se puede prometer
Vivir honrado y seguro?

¿Cercó Dios de foso y muro
Los ojos de una mujer?
¿Qué guardas puso en su pecho
Para que pueda el honor
Vivir del ajeno amor
Agraviado y satisfecho?
. . . .
¿Tengo yo de estar sin miedo
Mientras se desvela aquél,
Y no puedo guardar dél
El alma que ver no puedo?
¿Qué sé yo si vendrá día
En que á Clara desvanezca
Su hermosura, y la enternezca
De un loco amor la porfía,
Y atropellando la honra,
Pueda comenzar á amar
De lástima, y acabar
Su lástima en mi deshonra?
Fuera desto, ¿es bien, señor,
Que se atreva un hombre así,
Fiado en el Rey y en ti,
Á querer manchar mi honor?
. . . .
¿Es bien que esto se prosiga
Después de casado yo?.....

La escena culminante de este acto es el dúo entre Macías y su amada, á quien se presenta de improviso á orillas del Guadalquivir. Ni el fino amador desmiente la pureza ideal de que en sus sentimientos hace alarde, ni la dama su prudencia y su buen sentido familiar y honrado, que contrastan con los arrebatos líricos de Macías:

Hermosa Clara, ocasión
De mis versos y mis penas,
Vuelve esas luces serenas
Á mi obscura confusión.
No pido más galardón
De amor tan desatinado,
Que saber que mi cuidado
Halló lástima en tu pecho,
Para morir satisfecho
De que fué bien empleado.
No quiero yo de ti más
De que digas (oye, advierte):
«Hombre, pésame de verte
En el estado en que estás».
¡Mira tú qué premio das

Tan fácil á mi tormento!
Bien sabes tú que no intento
Cosa que ofenda tu honor,
Porque éste fué de mi amor
El mayor atrevimiento.

CLARA.

. . . .

El que no estima el disgusto
Que da el quitarle la fama,
Ése no estima su dama,
Que sólo estima su gusto.
Tú eres discreto, y no es justo
Que esté á tu pluma sujeta.
No escribas; que se inquïeta
Mi marido, y no es razón
Que á costa de mi opinión
Ganes fama de poeta.
Tus canciones y favores
Son para lágrimas mías:
Escribe guerras, Macías,
Deja de escribir amores.....
Más que me sirves, molestas;
Y advierte que las casadas
Perdemos por celebradas
La opinión de ser honestas.....
A una casada le basta
Para estimación honrosa,
No el saber que ha sido hermosa,
Sino saber que fué casta.
¿Tú piensas que me contrasta
La vanidad que previenes
Del grande ingenio que tienes?
Pues en tan locos engaños,
Escribe tus desengaños,
Y no escribas mis desdenes.

Tello, mucho más sensato que los celosos de Calderón, ni por un momento sospecha de la inmaculada fidelidad de su mujer, la trata siempre apacible y cariñosamente, y no duda en hacerla partícipe de sus cuitas de honor:

¿Quién ha visto voluntad
Tan necia en hombre discreto?
Si es para sólo el efeto
De escribir, ¿por qué ha de ser
El sujeto mi mujer?
¿Falta en el mundo sujeto?.....

El final del drama es conforme á la versión de Argote de Molina. El Maestre

manda encarcelar á Macías, más que para castigarle, para ponerle á cubierto de la venganza de Tello, el cual, irritado por las nuevas canciones que músicos enviados por el trovador vienen á cantar debajo de las ventanas de Clara, le arroja una lanza por entre las rejas de la torre. Macías muere con el nombre de su amada en los labios, y repitiendo en melancólica glosa su mote de *Porfiar hasta morir:*

¡Ay, Clara, que me has costado
La vida; que no tenía
Más que te dar, si te había
Todas mis potencias dado!
Honestamente te he amado,
Que tú lo puedes decir;
Pero de amar y servir,
Justo galardón me alcanza,
Pues quise, sin esperanza,
Porfiar hasta morir.
Di al Maestre, mi señor,
Que á Tello perdono aquí,
Pues yo la ocasión le dí,
Y él ha guardado su honor.....

Tal es esta obra dramática, en que el poeta salvó con mucho tino la grave dificultad de interesar y conmover con un amor no inculpable, sin hacer por eso concesión alguna al adulterio, ni siquiera al adulterio de pensamiento. Quizá sea ésta la más profunda diferencia entre el modo cómo la antigua y la moderna poesía trataron este argumento.

Hemos visto que Lope respetó los datos esenciales de la leyenda, pero modificó más ó menos arbitrariamente algunas circunstancias. El Maestre que interviene en la acción no puede ser D. Enrique de Villena, puesto que aquel docto prócer no tuvo en tiempo alguno el Maestrazgo de Santiago, sino el de Calatrava, ni su mujer se llamaba D.ª Juana de Lara, sino D.ª María de Albornoz. El cambio puede ser intencionado, y acredita la sobriedad de medios con que Lope quiso proceder en esta obra. Precisamente por tener D. Enrique fisonomía tan característica y leyenda tan propia, no convenía mezclarla con la de Macías, ni atraer hacia él la atención que debía concentrarse en el protagonista. Es anacronismo evidente el que Macías hubiera estudiado en las escuelas de Palencia, que florecieron en tiempo de Alfonso VIII, y probablemente habían desaparecido ya en la época de San Fernando; no menos que el hablar de la adoración de los indios al Sol, y citar en profecía el episodio de Angélica y Medoro del Ariosto. Pero más singular que estos veniales descuidos (de que en nuestro Teatro y en el inglés hay tantos ejemplos) es el haber cambiado la patria de Macías, convirtiéndole de gallego en montañés:

Yo soy Macías, hidalgo
De los buenos que descienden
De la Montaña á Castilla.....

La verdad es que ni Argote de Molina ni el Comendador Griego, únicos textos que probablemente conocía Lope, dicen la patria de Macías, y en la duda, él optó por naturalizarle en la tierra de sus padres, en la que él llamaba *primera patria suya*, y de la cual quería que procediese todo lo bueno: afecto filial que los montañeses debemos agradecer á Lope, no menos que al gran Quevedo.

Hay en la Parte 48 y última de la gran colección de *Comedias escogidas* (1704), una de tres ingenios, que lleva por título *El Español más amante y desgraciado Macías.* Uno de estos ingenios era Bances Candamo (1) que escribió la primera jornada y algo más: no consta quiénes fuesen sus colaboradores. Es obra ingeniosa, aunque alambicada en el estilo, y muy distante de la pureza y sencillez de Lope, á quien los autores siguen en lo fundamental, pero complicando mucho más la intriga, según el gusto de su tiempo, y procurando acercarse más á los datos tenidos por históricos. Así, la escena pasa en el reino de Jaén, y no en Córdoba; el Maestre es D. Enrique de Villena, haciéndose repetida mención de sus estudios y de su fama de astrólogo judiciario. Y á Macías se le asigna su verdadera patria en Galicia y en la villa del Padrón:

Aquí nací, pues, en donde
El mar hidrópico oculta
Aquella nave de piedra,
Aquella nadante urna
Con que el Apóstol de España,
Sobre túmulo de espumas,
En cóncavo errante escollo,
El piélago undoso surca.....

Se ve que los tres poetas tuvieron presente la comedia de Lope, y en realidad calcan sus principales situaciones, pero transponiéndolas é introduciendo una porción de variantes pueriles. Por ejemplo, la persona á quien ampara Macías contra los salteadores, no es el Maestre, sino su criado Garci-Téllez, el prometido esposo de Margarita, la dama que va á ser ídolo de Macías. Ambos rivales se disputan á estocadas una rosa que Margarita había dejado caer. Hay trueque de papeles, disfraces, confusión nocturna, rivalidad entre dos damas, escondites, todo el embrollo vulgar de una comedia de capa y espada, como las hacían los imitadores de Calderón. El final es ridículo sobre toda ponderación: ¡Macías muere de un pistoletazo!

Por supuesto, que el enamorado trovador no volvió á levantar cabeza en la atmósfera glacial del siglo XVIII; pero apenas llega la revolución romántica, resucita con nuevos bríos y vuelve á sus amores desesperados, invadiendo simultáneamente las tablas escénicas y las páginas de la novela, bajo los auspicios de un grande y desventurado ingenio, que le toma bajo su protección, y quiere identificarse con él en su vida y hasta en su muerte. El segundo drama romántico en el orden de los

---

(1) Por eso se reprodujo esta comedia en el tomo II de sus *Poesías cómicas* (edición póstuma), 1722.

tiempos (inmediatamente después de *La Conjuración de Venecia,* de Martínez de la Rosa), y primero de los compuestos en verso, tiene por asunto la trágica historia de *Macías;* y otro tanto acontece con la primera novela histórica digna de leerse entre las compuestas á imitación de Walter-Scott (excluyendo, aunque son anteriores, las de Trueba y Cosío por haber sido escritas en lengua inglesa).

Singular es, por cierto, esta manera de atracción y fatídico prestigio que ejercía sobre Larra la figura del *doncel de D. Enrique el Doliente.* ¿Qué afinidades podía haber, fuera de la pasión amorosa, entre el alma sencilla del trovador gallego del siglo XV, y el negro humorismo que fermentaba en el espíritu tormentoso y sutil de Larra, convirtiendo en hiel para su autor hasta los donaires de su pluma? Pero es cierto que la predilección existió, y que si se descompone en dos mitades el genio de Larra, Fígaro será la crítica y la sátira, y Macías la pasión y la locura de amor, aquella especie de exaltación imaginativa, más bien que fiebre de los sentidos, que ya en nuestro siglo XV había dado un precursor á Werther en el *Leriano* de la *Cárcel de amor.*

Dícese comúnmente, pero no puede admitirse sin distinciones, que en Larra las facultades de artista productor eran muy inferiores á las que tenía como pensador y crítico. Tal sentencia sería justa si recayese tan solo sobre su teatro, sobre su novela, sobre sus versos líricos y satíricos; todo lo cual es, ciertamente, labor de imitación, muy distinguida á veces, pero que no vale tanto en conjunto como cualquiera de sus artículos más selectos. Pero Larra es grande artista en otro arte que está fuera de los encasillados retóricos y que se explaya en las libres regiones de la fantasía humorística. No sólo tuvo más ideas que ningún español de su tiempo, sino que acertó á dar forma, en cierto modo poética, á su concepto pesimista del mundo, á su interpretación siniestra, pero trascendental, de la vida.

No hay, pues, grande injusticia en la postergación que sufren sus obras puramente imaginativas, respecto de aquellas otras en que depositó la esencia más honda de su espíritu y la última palabra de su desolada filosofía. Pero de aquí á tenerlas por indignas de él ó por cosa de poco momento, hay distancia grande. De tales ingenios nada puede desdeñarse, y además, Larra ponía, hasta en sus obras menos inspiradas, un sello de distinción y buen gusto, que basta para recomendarlas. *El Doncel de D. Enrique el Doliente* (1834) es novela muy endeble si se la considera como cuadro histórico. Ni los estudios ni las inclinaciones de Larra le hacían apto para la reconstrucción de lo pasado; y el que buscara en su obra colorido arqueológico, se llevaría solemne chasco. Apenas conocía la Edad Media más que por las novelas de Walter-Scott y por algunos romances y retazos de crónicas que leyó superficialmente antes de ponerse á su tarea. Pero lo que distingue á *El Doncel* de otras frías y cansadas rapsodias seudo-caballerescas, que por aquel tiempo pulularon, es (aparte de la pulcritud y singular esmero del estilo, que es más castizo que en el resto de sus obras) la llama de la pasión culpable y misteriosa que por todo el libro serpea, y que en realidad le inspiró. Bajo el transparente disfraz del siglo XV hay una novela íntima, demasiado *histórica* para desgracia de su autor. No brotó de

pura imaginación literaria, como tantas otras de su género, sino que se realizó íntegramente en la vida, con fatal y trágico desenlace, no muy diverso del que había imaginado el poeta.

Caracteres hay dos, el de Macías y el de su amada, débilmente bosquejados uno y otro, y tan forasteros en la Castilla del siglo XV, como podían serlo Werther y Carlota, Jacopo Ortis y Teresa. Su erotismo refinado, mezcla de impulsos sensuales y de sofismas éticos, viene, en línea recta, de Juan Jacobo Rousseau, ciudadano de Ginebra. Tal como es esta novela, agrada por lo bien escrita, interesa aunque no entusiasme, y hoy mismo conserva lectores, lo cual no ha de atribuirse meramente al gran nombre de su autor, pues no es menos popular Espronceda, y con todo, pocos serán, entre sus más fervorosos admiradores, los que hayan podido dar cima á la soporífera lectura de los seis volúmenes de *Sancho Saldaña.*

Menos que la novela de *El Doncel* vale el *Macías*, drama en cinco actos y en verso, representado con éxito en 24 de Septiembre del mismo año 1834. Por el sentimiento pertenece al teatro romántico; por la forma es obra de transición ó más bien de innovación tímida. Larra no tenía verdadero genio dramático, y además, sus versos, hasta cuando son mejores (y los hay muy notables en esta pieza), no pueden compararse con su prosa, en nervio, en concisión acerada, en movimiento rápido y fácil. Todas estas ventajas las pierde como poeta, tornándose seco y difícil.

Ni en la novela ni en el drama da Larra indicio alguno de haber conocido la comedia de Lope. Tampoco creo que se inspirase en la de los tres ingenios. Las únicas reminiscencias que en el *Macías* he advertido, son de un drama francés anterior en pocos años al de Larra, el de Alejandro Dumas, *Henri III et sa cour*, estrenado en 1829. La situación en que la Duquesa de Guisa se encuentra respecto de su amante St. Mégrin, es análoga á aquella en que Fernán Pérez de Vadillo coloca á su esposa Elvira respecto de Macías, y ambas escenas tienen un desarrollo parecido; pero aquí se detiene la semejanza.

En cuanto á la verdad histórica, está tan poco respetada en el drama como en la novela. Nada más lejano, por ejemplo, del D. Enrique de Villena que nos presentan las crónicas, tan estrafalario en sus gustos, tan indigesto en su ciencia, tan inhábil para la vida política y guerrera, tan candorosamente sensual y bonachón; que aquella especie de tirano feudal, ambicioso y sombrío, que imaginó Larra.

IV.—PERIBÁÑEZ Y EL COMENDADOR DE OCAÑA.

La fecha de esta comedia puede fijarse con aproximación entre 1609 y 1614. Lope se introduce episódicamente en la fábula con el nombre de Belardo, y habla, como de cosa reciente, de su entrada en el estado eclesiástico, la cual corresponde al primero de los años citados:

PERIBÁÑEZ.

¿Tan viejo estáis ya, Belardo?

BELARDO.

El gusto se acabó ya.

PERIBÁÑEZ.

Algo dél os quedará
Bajo del capote pardo.

BELARDO.

¡Pardiez, señor capitán,
Tiempo fué que el sol y el aire
Solía hacerme donaire,
Ya pastor, ya sacristán.
Cayó un año mucha nieve.....
Y á la Iglesia me acogí.

En la fecha de su ordenación tenía Lope cerca de cuarenta y siete años; pero en los versos que siguen parece que se rebaja algunos ó que habla en chanza. Por su cuenta no resultan más que cuarenta y dos:

PERIBÁÑEZ.

¿Tendréis tres dieces y un nueve?

BELARDO.

Esos y otros tres decía
Un aya que me criaba;
Mas pienso que se olvidaba.
¡Poca memoria tenía!
Cuando la Cava nació,
Me salió la primer muela.

PERIBÁÑEZ.

¿Ya íbades á la escuela?

BELARDO.

Pudiera juraros yo
De lo que entonces sabía;
Pero mil dan á entender
Que apenas supe leer,
Y es lo más cierto, á fe mía;
Que como en gracia se lleva
Danzar, cantar ó tañer,
Yo sé escribir sin leer,
Que á fe que es gracia bien nueva.

Lord Holland poseyó un manuscrito antiguo de esta comedia, con enmiendas de otra letra que se parecía á la de Lope, al decir de Chorley; pero carecía de fecha. La primera edición conocida es de 1614, en la Parte IV de Lope, impresa tres veces aquel año, en Madrid, Pamplona y Barcelona. Hartzenbusch incluyó el *Peribáñez* en el tomo III de su colección selecta de Lope.

Fortuna tuvo con Lope el reinado de Enrique III, á pesar de haber sido tan breve. Puso en él la acción de tres comedias, y todas tres excelentes. Linda é interesante es la de *Los Novios de Hornachuelos;* bella y sentida *Porfiar hasta morir;*

pero á una y otra vence con mucho *Peribáñez*, que es una de las obras selectas del repertorio de su autor, y del Teatro español en general. El villano de Ocaña puede hombrear sin desdoro con *García del Castañar*, con la ventaja de no deberle nada, puesto que la comedia de Lope es muy anterior á la de Rojas, no impresa hasta 1650.

No sabemos si la fábula de *Peribáñez* tiene algún fundamento histórico, pero seguramente le tiene tradicional. Brotó, como otras muchas obras de Lope, de un cantar ó de un fragmento de romance. Este contacto con la musa popular fué siempre benéfico para la inspiración de nuestro poeta, que se engrandecía con el, al paso que se asfixiaba en la imitación puramente erudita. El pedazo de romance á que me refiero está hábilmente intercalado en una escena del acto segundo de la comedia, y viene muy oportunamente á tranquilizar los celos de Peribáñez, que al entrar en su pueblo le oye cantar á unos segadores:

MENDO.

Canta, Llorente, *el cantar*
De la mujer de nuesamo.....

LLORENTE.

La mujer de Peribáñez
Hermosa es á maravilla;
El Comendador de Ocaña
De amores la requería.
La mujer es virtuosa,
Cuanto hermosa y cuanto linda;
Mientras Pedro está en Toledo,
Desta suerte respondía:
«*Más quiero yo á Peribáñez*
Con su capa la pardilla,
Que no á vos, Comendador,
Con la vuesa guarnecida.»

Probablemente los cuatro últimos versos eran los únicos populares. Con ellos le bastó á Lope para levantar su fábrica. Nó creo que tuviese motivo particular para escoger la época de D. Enrique *el Doliente* y el último año de su reinado; pero en el relato que hace de las Cortes de Madrid y de los preparativos de la guerra contra el reino de Granada, fué escrupulosamente fiel á la historia, según acostumbraba. La escena primera del acto tercero de esta comedia no es más que una versificación del capítulo primero de los que sirven de introducción á la *Crónica de D. Juan II.* Lope lleva su escrupulosidad hasta el punto de copiar íntegra la lista de los Prelados, Caballeros y Procuradores que asistieron á aquellas Cortes (1). Fácil es cercio-

«Cap. I. *Cómo el rey Don Enrique partió de Madrid é vino á Toledo.*

»Donde así fué, que estando este excelente rey Don Enrique en la villa de Madrid, quasi en fin del año de la Incarnacion de nuestro Redentor de mil é quatrocientos é seis años, determinó de venir á Toledo, con propósito de ir poderosamente por su persona á hacer guerra al Rey de

rarse de ello cotejando el texto de la comedia con el de la *Crónica*, que reproduzco al pie. Esto es lo único que en *Peribáñez* pertenece á la historia externa; pero todo lo demás es también altamente histórico, con otro género de realidad más honda que la que puede reflejarse en las páginas de los cronistas. *Peribáñez* es un drama social, á la vez que un drama de pasión y un maravilloso cuadro de género, en que el gran pintor realista alcanza la perfección de su arte, y parece que se recrea amorosamente en su propia obra, apurando los detalles gráficos con especial fruición. Nunca la poesía villanesca, la legitima égloga castellana, hija del campo y no de los libros, saturada de olor de trébol y de verbena, se mostró tan fresca, donosa y gentil, como en esta obra. Los rústicos de Lope son verdaderos rústicos, no cortesanos disfrazazados como los de Rojas. Lo que en los unos es espontáneo, es reflexivo en los otros. Su amor al campo nada tiene de literario. Sienten con bárbara energía la vida de la naturaleza, y casi se identifican con la tierra que labran.

Yo admiro, ¿y quién no? el idilio conyugal con que da principio *García del Castañar*, y cuya placidez forma tan bello contraste con la acción trágica que viene á interrumpir la felicidad de los dos esposos. Pero prescindiendo de que este contraste le inventó Lope, nadie dará ventaja á los dos pulidos sonetos que recitan

---

Granada, porque le habia quebrantado la tregua é la fe que le habia dado de le restituir el su castillo de Ayamonte en cierto tiempo que era pasado, é le no habia pagado las parias que le debia; sobre lo qual le habia mandado requerir algunas veces, é ni lo uno ni lo otro habia querido cumplir. Para lo qual mandó allí hacer ayuntamiento de los Grandes de sus Reynos, así Perlados como Caballeros; é mandó llamar los Procuradores de sus cibdades é villas, porque con acuerdo é consejo de todos la guerra se comenzase, é para ello se diese el orden que convenia, así de la gente de armas é peones, como de pertrechos, é artillerías, é bastimentos, é dinero para seis meses pagar sueldo á la gente que se hallase ser necesaria, para que su persona entrase en el Reyno de Granada, como convenia al honor de tan alto Príncipe quanto él era. É venido á Toledo, adolesció de tal manera, que no pudo entender como quisiera en las cosas ya dichas, é mandó al Señor Infante Don Fernando, su hermano, que en todo entendiese como su persona propia entendiera, si para ello tuviera disposicion. El qual envió mandar á los Perlados é Caballeros, que allí se hallaron, é á los Procuradores de las cibdades é villas que eran ende venidos, que todos para el siguiente dia fuesen en el Alcázar de la dicha cibdad, donde el Señor Rey habia mandado hacer asentamiento para tener las Cortes. É los Perlados é Caballeros é Procuradores que ende se hallaron, son los siguientes: Don Juan, Obispo de Sigüenza, que entonces sede vacante gobernaba el Arzobispado de Toledo, despues del fallescimiento del Reverendísimo Arzobispo Don Pedro Tenorio; é Don Sancho de Rojas, Obispo de Palencia, que despues fué Arzobispo de Toledo; é Don Pablo, Obispo de Cartagena, que despues fué Obispo de Burgos; é Don Fadrique, Conde de Trastamara, que despues fué Duque de Arjona; é Don Enrique Manuel, primo del Rey; é Don Ruy Lopez Dávalos, Condestable de Castilla; é Juan de Velasco, Camarero mayor del Rey; é Diego Lopez Destúñiga, Justicia mayor de Castilla; é Gomez Manrique, Adelantado mayor de Castilla; é los Doctores Pero Sanchez del Castillo, é Juan Rodriguez de Salamanca, é Periañez, Oidores del Audiencia del Rey é del su Consejo.....»

Toda esta retahila de nombres propios, sin omitir ninguno, tuvo que poner Lope en un romance, á la verdad de asonante facilísimo.

D. García y D.ª Blanca, sobre las cándidas y pintorescas quintillas con que mutuamente se requiebran los recién casados de Lope:

PERIBÁÑEZ.

No hay camuesa que se afeite
Que no te rinda ventaja,
Ni rubio y dorado aceite
Conservado en la tinaja,
Que me cause más deleite.
Ni el vino blanco imagino
De cuarenta años tan fino
Como tu boca olorosa;
Que como al señor la rosa,
Le huele al villano el vino.
Cepas que en Diciembre arranco
Y en Octubre dulce mosto,
Ni Mayo de lluvias franco,
Ni por los fines de Agosto
La parva de trigo blanco,
Igualan á ver presente
En mi casa, un bien que ha sido
Prevención más excelente
Para el invierno aterido
Y para el verano ardiente.

. . . .

CASILDA.

En mañana de San Juan
Nunca más placer me hicieron
La verbena y arrayán,
Ni los relinchos me dieron
El que tus voces me dan.
¿Cuál adufe bien templado,
Cuál salterio te ha igualado?
¿Cuál pendón de procesión,
Con sus borlas y cordón,
Á tu sombrero chapado?
No hay pies con zapatos nuevos
Como agradan tus amores;
Eres entre mil mancebos
Hornazo en pascua de Flores,
Con sus picos y sus huevos.
Pareces en verde prado
Toro bravo y rojo echado;
Pareces camisa nueva,
Que entre jazmines se lleva
En azafate dorado;
Pareces cirio pascual

Y mazapán de bautismo,
Con capillo de cendal,
Y paréceste á ti mismo,
Porque no tienes igual.

Todo el mundo sabe de memoria la encantadora relación de *García del Castañar*, «*Más precio á la primer luz*.....» No es mi intento disminuir en un ápice la estimación debida á tan célebre fragmento, que siempre sonará grato en oídos españoles, aunque esté un poco gastado ya á fuerza de oirle repetir en el teatro y verle en todas las colecciones de trozos selectos. Á los que buscan alguna novedad en sus impresiones estéticas y gustan salir de los senderos trillados, les recomiendo, como útil objeto de comparación, esta pintura que la Casilda de Lope hace de su felicidad doméstica:

Cuando se muestra el lucero,
Viene del campo mi esposo,
De su cena deseoso:
Siéntele el alma primero,
Y salgo á abrille la puerta,
Arrojando el almohadilla;
Que siempre tengo en la silla
Quien mis labores concierta.
Él de las mulas se arroja,
Y yo me arrojo en sus brazos;
Tal vez de nuestros abrazos
La bestia hambrienta se enoja.....
Mientras él paja les echa,
Ir por cebada me manda;
Yo la traigo, él la zaranda,
Y deja la que aprovecha.
Revuélvela en el pesebre,
Y allí me vuelve á abrazar;
Que no hay tan bajo lugar
Que el amor no le celebre.
Salimos donde ya está
Dándonos voces la olla,
Porque el ajo y la cebolla,
Fuera del olor que da
Por toda nuestra cocina,
Tocan á la cobertera
El villano de manera,
Que á bailalle nos inclina.
Sácola en limpios manteles,
No en plata, aunque yo quisiera;
Platos son de Talavera,
Que están vertiendo claveles.
Aváhole su escudilla

De sopas con tal primor,
Que no la come mejor
El señor de muesa villa;
  Y él lo paga, porque á fe,
Que apenas bocado toma,
De que, como á su paloma,
Lo que es mejor no me dé.
  Bebe y deja la mitad,
Bébole las fuerzas yo,
Traigo olivas, y si no,
Es postre la voluntad.
  Acabada la comida,
Puestas las manos los dos,
Dámosle gracias á Dios
Por la merced recibida;
  Y vámonos á acostar,
Donde le pesa á la aurora
Cuando se llega la hora
De venirnos á llamar.
. . . .
  No hay en esta villa toda
Novios de placer tan ricos;
Pero aun comemos los picos
De las roscas de la boda.

Los que prefieren la refinada elegancia virgiliana á la rusticidad (también sabia y refinada á su modo) de Teócrito, darán la preferencia á Rojas sobre Lope; pero tampoco faltarán justos apreciadores para esta llaneza tan primitiva y tan poética, para este sano y confortante realismo. Lo que en él pudiera haber de excesivamente rudo ó de colindante con lo vulgar, queda atenuado por la intervención frecuente de un elemento lírico y musical. Los segadores son el coro de esta égloga dramática, pero no coro desligado y de puro ornato, sino con voz y acción en la fábula, á cuyas principales peripecias se asocian. Ellos son los que festejan con música y danza las bodas de Peribáñez; ellos los que velan, como perros fieles, á la puerta del buen labrador, é interrumpen con sus guitarras el silencio de la alta noche, de cuyas sombras quiere aprovecharse el Comendador para saltear aquel hogar honrado; ellos los que, con las palabras del romance, disipan la nube de celos que va acumulándose sobre la cabeza de Peribáñez.

Algunas de estas canciones pertenecen á la lírica artística. Así la danza y folía de las bodas en el acto primero:

  Dente parabienes
El Mayo garrido,
Los alegres campos,
Las fuentes y ríos.
Alcen las cabezas

Los verdes alisos,
Y con frutos nuevos
Almendros floridos.
Echen las mañanas,
Después del rocío,
En espadas verdes
Guarnición de lirios.
Suban los ganados
Por el monte mismo
Que cubrió la nieve,
Á pacer tomillos.
Y á los nuevos desposados
Eche Dios su bendición;
Parabién les den los prados,
Pues hoy para en uno son.
Montañas heladas
Y soberbios riscos,
Antiguas encinas
Y robustos pinos,
Dad paso á las aguas
En arroyos limpios,
Que á los valles bajan
De los hielos fríos.
Canten ruiseñores,
Y con dulces silbos
Sus amores cuenten
Á estos verdes mirtos.
Fabriquen las aves,
Con nuevo artificio,
Para sus hijuelos
Amorosos nidos.....

Pero en otros casos la inspiración es francamente popular, y el motivo mismo parece aprendido de labios del pueblo. Tal sucede en la siguiente letra, tan picaresca como linda:

Trébole, ¡ay Jesús, cómo huele!
Trébole, ¡ay Jesús, qué olor!
Trébole de la casada
Que á su esposo quiere bien;
De la doncella también,
Entre paredes guardada,
Que, fácilmente engañada,
Sigue su primero amor.
Trébole, ¡ay Jesús, cómo huele!
Trébole, ¡ay Jesús, qué olor!
Trébole de la soltera
Que tantos amores muda;

Trébole de la vïuda
Que otra vez casarse espera,
Tocas blancas por defuera
Y el faldellín de color.
Trébole, ¡ay Jesús, cómo huele!
Trébole, ¡ay Jesús, qué olor!

El ambiente local de esta comedia es enteramente manchego, pero de la Mancha de Toledo y de su parte más amena, muy diversa de la Mancha Baja, donde se desenvuelve la acción de *El Galán de la Membrilla*. Lope hace sentir perfectamente estos matices y diversos grados de abundancia rústica. Todo está admirablemente estudiado, el paisaje y las costumbres. Nadie ha sabido tanto de España como Lope sabía por instinto y por amor. Nada en su poesía es vago ni abstracto; todo habla á los ojos. Las labradoras visten al uso de la Sagra, con patenas, sartas, sayuelo y sombreros de borlas; la basquiña de Constanza es de palmilla de Cuenca; las mulas que el Comendador regala á Peribáñez fueron compradas en la feria de Mansilla, y cumplen «á estas yerbas los tres años». La junta de la cofradía de San Roque y el donoso proyecto de restauración de la imagen del Santo; el viaje en carro, con alfombra y reposteros, á la fiesta de Agosto en Toledo; el tumulto y algazara de la siega....., son una serie de escenas que producen la ilusión de la vida. Otros poetas serán más *sugestivos*, harán pensar más, pero pocos tienen como Lope este poder de la visión, inmediata, total y luminosa, de la realidad concreta. Es el poeta natural por excelencia, *naturdichter*, como le llamó Grillparzer; es, sobre todo, el poeta de la alegría fácil y del vivir risueño.

Dos caracteres excelentes hay en esta pieza: el de Peribáñez y el de su mujer. El Comendador es un personaje brutal y odioso, á quien el poeta no concede ninguna cualidad amable; y así convenía que fuese para la ejemplaridad del castigo. Casilda es un dechado de honestidad, y al mismo tiempo de brío, desenfado y gracia; una mocetona sanísima de alma y de cuerpo, alegre como unas pascuas, enamorada de su marido con delirio, y capaz de defender por sí misma su honor en todo trance. Léase el admirable romance en que responde al disfrazado Comendador que la requiere de amores:

Labrador de lejas tierras,
Que has venido á nuesa villa
Convidado del agosto,
¿Quién te dió tanta malicia?
Ponte tu tosca antipara,
Del hombro el gabán derriba,
La hoz menuda en el cuello,
Los dediles en la cinta.
Madruga al salir del alba,
Mira que te llama el día,
Ata las manadas secas
Sin maltratar las espigas.

Cuando salgan las estrellas,
Á tu descanso camina,
Y no te metas en cosas
De que algún mal se te siga.
El Comendador de Ocaña
Servirá dama de estima,
No con sayuelo de grana
Ni con saya de palmilla.
Copete traerá rizado,
Gorguera de holanda fina,
No cofia de pinos tosca
Y toca de argentería.
En coche ó silla de seda
Los disantos irá á misa;
No vendrá en carro de estacas
De los campos á las viñas.
Dirále en cartas discretas
Requiebros á maravilla,
No labradores desdenes,
Envueltos en señorías.
Olerále á guantes de ámbar,
Á perfumes y pastillas,
No á tomillo ni cantueso,
Poleo y zarzas floridas.
Y cuando el Comendador
Me amase como á su vida
Y se diesen virtud y honra
Por amorosas mentiras,
Más quiero yo á Peribáñez
Con su capa la pardilla,
Que al Comendador de Ocaña
Con la suya guarnecida.
Más precio verle venir
En su yegua la tordilla,
La barba llena de escarcha
Y de nieve la camisa,
La ballesta atravesada,
Y del arzón de la silla
Dos perdices ó conejos,
Y el podenco de traílla,
Que ver al Comendador
Con gorra de seda rica,
Y cubiertos de diamantes
Los brahones y capilla;
Que más devoción me causa
La cruz de piedra en la ermita,
Que la roja de Santiago

En su bordada ropilla.
Vete, pues, el segador,
Mala fuese la tu dicha;
Que si Peribáñez viene,
No verás la luz del día.

COMENDADOR.

Quedo, señora..... ¡Señora!.....
Casilda, amores, Casilda,
Yo soy el Comendador;
Abridme, por vuestra vida;
Mirad que tengo que daros
Dos sartas de perlas finas
Y una cadena esmaltada
De más peso que la mía.

CASILDA.

¡Segadores de mi casa,
No durmáis, que con su risa
Os está llamando el alba!
¡Ea, relinchos y grita!
Que el que á la tarde viniere
Con más manadas cogidas,
Le mando el sombrero grande
Con que va Pedro á las viñas.....

No se puede negar que en *García del Castañar*, obra de un arte más moderno y reflexivo, hay una maestría técnica que se echa de menos en *Peribáñez.* Los defectos de construcción de este drama son tan obvios, que apenas hay que indicarlos. La acción, que realmente es muy sencilla, hubiera podido regularizarse mucho más, sin perder ninguno de los datos poéticos esenciales. El incidente del retrato tiene algo de inverosímil y amanerado, y poco de ingenioso; estaría mejor en un drama novelesco y palaciego, que en una tragicomedia de costumbres campesinas, tan acentuada y vigorosa como es ésta. Cualquier otro recurso hubiera parecido más natural para despertar los celos de Peribáñez. Las tercerías de que se vale el Comendador son repugnantes para el gusto de ahora, pero el público las toleraba en tiempo de Lope, y además son necesarias para justificar el exceso feroz de la venganza de Peribáñez, que no se sacia sino con la sangre de todos los que han sido viles instrumentos en las maquinaciones contra su honra. Finalmente, hay en esta obra, al lado de versos divinos, dos ó tres pasajes de un mal gusto abominable: el abecé de amor en el primer acto, y lo que todavía es más grave, porque está en las situaciones más culminantes del tercero, un estúpido juego de palabras que hace Peribáñez sobre Ocaña y la caña, y unos impertinentes chistes sobre el gallo y las gallinas. ¡Y esto inmediatamente antes de caer en la escena nada menos que tres cadáveres! Grima da ver tales manchas en tan riquísimo paño.

Pero estas manchas, aunque graves, son las únicas, y no quitan á la tragicomedia de Lope su prodigiosa fuerza poética, ni tampoco su sentido histórico y humano,

que es, á mi juicio, más permanente que el de *García del Castañar*, y más comprensible en todo lugar y en todo tiempo. La parte sofística y convencional que algunos encuentran en el conflicto planteado por Rojas, y sobre todo en la famosa fórmula *Del rey abajo, ninguno*, no existe en *Peribáñez*, que es un drama profundamente democrático. Para comprenderle, no hay que transportarse á otro siglo, ni sutilizar sobre el punto de honra y la veneración debida á la persona del monarca; basta ser hombre y sentir como tal. Peribáñez no tiene una historia romántica como la que invoca tan á tiempo García del Castañar; no *esconde generosa sangre* bajo el traje de villano; no es ningún conde encubierto y proscripto, á quien la alteza de su linaje comunica alientos para vengarse. Es sencillamente un hombre de bien, un labriego acaudalado y bienquisto en toda su tierra,

Cristiano viejo y rico, hombre tenido
En gran veneración de sus iguales.....,
Porque es, aunque villano, muy honrado.

Vale personalmente demasiado García del Castañar para que no parezca una flaqueza en Rojas, una concesión á las preocupaciones de su tiempo, aquella prosapia que tan á deshora le finge:

No soy quien piensas, Alfonso,
No soy villano, ni injurio
Sin razón la inmunidad
De tus palacios augustos.....

En idéntica situación, manchado como García con la sangre del enemigo de su honor, se presenta al Rey Peribáñez, ofreciendo su cabeza, que en Toledo ha sido puesta á precio (1), y comienza con estas sencillas palabras:

..... Yo soy un hombre,
Aunque de villana casta,
Limpio de sangre, y jamás
De hebrea ó mora manchada.
Fuí el mejor de mis iguales,
Y en cuantas cosas trataban
Me dieron primero voto,
Y truje seis años vara.
Caséme con la que ves,
También limpia, aunque villana.....

Es cierto que el Comendador le ha armado caballero, después de nombrarle capitán de la escuadra de labradores; pero este incidente tiene tan poca importancia, y pasa con tal rapidez, que la impresión que el espectador saca es que Peribá-

---

(1) Situación análoga á la de otra comedia de Lope, *El piadoso veneciano*, fundada en un cuento de Giraldi Cinthio. Análogo desenlace tienen la comedia de Montalbán *No hay vida como la honra*, y otra atribuída á Tirso, *El honroso atrevimiento*.

ñez, con caballería ó sin caballería, hubiera hecho lo mismo que hace. En su defensa ante el Rey ni siquiera lo menciona, y hasta el mismo Lope, que con nombre de *Belardo* interviene en la escena, parece que se burla un poco de la ceremonia:

Yo, de mi burra manchada,
De su albarda y aparejo,
Entiendo más que de armar
Caballeros en Castilla.....

Sirve, no obstante, esta escena para que el novel capitán confíe al Comendador la guarda y defensa de su casa y de su honra, lo cual hace más negra la alevosía de aquél; y para el lindo contraste, expresado en estos versos de Peribáñez al despedirse de su mujer:

¿No parece que ya os hablo
Á lo grave y caballero?
¡Quién dijera que un villano
Que ayer al rastrojo seco
Dientes menudos ponía
De la hoz corva de acero,
Los pies en las tintas uvas,
Rebosando el mosto negro
Por encima del lagar,
Ó la tosca mano al hierro
Del arado, hoy os hablara
En lenguaje soldadesco,
Con plumas de presunción
Y espada de atrevimiento!
Pues sabed que soy hidalgo,
Y que decir y hacer puedo;
Que el comendador, Casilda,
Me la ciñó, cuando menos.....

Superfluo es advertir que en *García del Castañar* hay muchas cosas bellísimas que nada tienen que ver con *Peribáñez:* unas son originales de Rojas, y otras imitadas ó adaptadas con mucho talento de varias composiciones más antiguas, especialmente de *El Villano en su rincón*, de nuestro Lope, de *La Luna de la Sierra*, de Luis Vélez de Guevara; y de *El Celoso Prudente*, de Tirso. Con tales elementos hizo el poeta toledano una obra muy próxima á la perfección, conducida con extraordinaria habilidad, rica de nobles y puros afectos, en que alternan la idílica dulzura y el terror trágico. Es el drama más moderno en su estructura que puede encontrarse en todo el Teatro antiguo: por eso comparte con *El Desdén*, de Moreto, el privilegio de ser representado sin refundición alguna. Hasta los más indoctos le comprenden, y sienten sus peculiares bellezas, ni más ni menos que los espectadores del siglo XVII. *Peribáñez* tiene condiciones de otro orden: no es tan simpática ni de tan fácil acceso; es menos teatral, pero lo que le falta de artificio le

sobra en intensidad de vida poética, y en representación animada de las costumbres nacionales. Schack la considera como una de las joyas más preciadas de la corona del gran poeta.

Hay una rara comedia de tres ingenios, *La Mujer de Peribáñez.* Hállase también atribuída á Montalbán, pero es imposible que sea suya, tanto por el estilo como por la inverosimilitud de que un discípulo de Lope tan respetuoso como Montalbán, fuera á poner la mano en una de las obras capitales de su maestro para enmendarle la plana. Montalbán imitaba constantemente á Lope en la traza dramática, pero no le refundió nunca. Esta comedia tiene que ser posterior á su tiempo, y obra colectiva, como en su encabezamiento se expresa. La fábula es exactamente la misma que en la tragicomedia de Lope, aunque la acción se pone en tiempo de Enrique IV. Los personajes son casi los mismos, si bien algunos con distintos nombres; idénticas las principales situaciones. Hay un poco más de regularidad, pero se nota gran menoscabo de fuerza dramática. La parte lírica ha desaparecido casi del todo. La dicción poética es pintoresca y elegante en muchos pasajes: el haberse arrimado á la buena sombra de Lope, trajo fortuna á los autores. Es comedia bien escrita en general, y por estar tan olvidada, juzgo oportuno dar alguna muestra de sus fáciles versos, que no desagradarán, aun después de leídos los de Lope.

Dice Casilda á Peribáñez:

En casa luego, aliñada,
Te espera la cama abierta,
De rica ropa alhajada,
De varias flores cubierta
Y de blanca red colgada.
Blanca camisa, labrado
De mi mano el cabezón,
Te servirá mi cuidado,
Oliendo á aquella sazón
Que se le pegó del prado.
Manteles que el otro día
Lavé, mi amor te reserva,
Que al tenderlos parecía
Qne sobre la verde yerba
Nevaba lo que tendía.
Luego la cena, aunque llana,
Abundante y de sabor,
Traerá tu familia ufana,
Que solamente el olor
Te renovará la gana.
Y luego, sin embarazo,
Yo á tu lado, dulce dueño,
Después de uno y otro abrazo,
Por no embarazar el sueño,
Aun no moveré el regazo.

Peribáñez á un amigo suyo que le aconseja que no permita salir de casa á su mujer durante su ausencia:

¡Qué necia desconfianza!
¡Qué pensamiento tan vil!
¡Qué discurso tan extraño!
¡Muy bueno quedara el año
Si se encerrara el Abril!

¿Casilda no salir fuera
En este florido mes?
¿De la selva, sin sus pies,
Qué vale la primavera?

Su sol, que los campos dora,
¿Así queréis ocultar?
¿Quién había de enjugar
Las lágrimas de la aurora?

Sus labios, siempre fïeles,
¿Era bien hecho esconder?
¿Dónde habían de aprender
Á teñirse los claveles?

. . . .

Salga Casilda: no esté,
Por un riesgo sospechado,
Quejoso el año y el prado
De que los deja su pie.

No haya fiesta en toda aquesta
Comarca en que no se halle;
Que sin su brío y su talle
Nada ha de llamarse fiesta.

Vaya á la iglesia, aliñada,
Salga al prado y á la fuente;
Que bien caben en lo ausente
Las señas de bien casada.

Cubra el pecho de patenas,
Vaya, aunque lo contradigas,
Á visitar sus amigas,
Que siendo suyas, son buenas.

Salga con trenzas y rizos
Á los bailes, como todas,
Hállese siempre en las bodas,
Nunca falte en los bautizos.

Licencia he de concederla
De salir donde quisiere,
Y si en casa se estuviere,
Tendré más que agradecerla.

Casilda á su vecina D.ª Beatriz, que tercia en los amores del Comendador y la ofrece tenerla en su casa como criada:

No prosigáis: ¿quién os dixo
Que sois más rica que yo?
¿Para qué son bizarrías
Con las pobres labradoras?
Que yo sé que las señoras
Os pasáis con hidalguías.
Venid á mi casa vos,
Ya que vuestra voluntad
Da en aquesta necedad,
Adonde, gracias á Dios,
Tengo con estilo llano
Todo cuanto el gusto traza;
Que lo que el noble en la plaza,
Tiene en su casa el villano.
Palomas de veinte en veinte
Veréis volar y volver,
Que me enseñan á querer
Á Peribáñez ausente.
Sin salir á las vecinas
Á darles enfados nuevos,
Las gallinas me dan huevos,
Los huevos me dan gallinas.
La uva, que en varios modos
Servir al gusto la vi,
Ó se cuelga para mí,
Ó se exprime para todos.
La fruta el árbol desgaja
En estas huertas que ves,
Por el otoño, y después
Hago otras huertas de paja.
En casa, por engordallos,
Crío con regalo aquellos
Que es vergüenza el no comellos
Y desvergüenza el nombrallos.
La leña que ya se arruga,
Se echa al fuego sin cuenta,
Que de muy lejos calienta,
Que de algo menos enjuga.
Tengo de cosecha mía,
Sin que lo salga á pedir,
Aceite para lucir
Aunque fuera noche y día.
La harina, cuya blancura
Exceder la nieve vi,
Algo más que para mí
Para los otros se apura;
Que aunque este pobre axuar

Tan pequeño llega á ser,
Que no me da qué vender
Ni me deja qué comprar,
A vos no os sobresalte
Que porque sin Pedro estoy,
Me olvide de lo que soy
Porque el regalo me falte.
Y porque anochece, á Dios,
Y quedad asegurada,
Que yo para ser honrada
No os he menester á vos (1).

V.—EL CABALLERO DE OLMEDO.

Ignoramos la verdadera fecha de esta preciosa *trágicomedia*, que no aparece en ninguna de las dos listas de *El Peregrino*, de donde inferimos que ha de ser posterior á 1614; suposición que, por otra parte, se confirma atendiendo á la corrección del estilo y á la maestría en la ejecución, que son características de la última manera de Lope. Fué impresa, después de la muerte de su autor, en la *Veintiquatro parte perfeta* de Zaragoza, 1641. Reimpresa por Hartzenbusch en el tomo II de *Comedias escogidas de Lope*, de la colección Rivadeneyra. Traducida al francés por Eugenio Baret.

Dijo por equivocación Schack, y han repetido Chorley, La Barrera y otros, que en la biblioteca del Duque de Osuna existía un manuscrito de esta comedia con la fecha de 1606 y la licencia de 1607. Pero el único manuscrito que de esta procedencia se guarda en la Biblioteca Nacional, y que efectivamente tiene dicha fecha y la indicación de haber sido representada la obra por Morales, no es de *El Caballero de Olmedo* de Lope, sino de otro *Caballero de Olmedo*, enteramente distinto, de autor anónimo ó de tres ingenios, que ha sido reimpreso modernamente (1887) por Schaeffer, y sobre el cual haré luego las advertencias necesarias.

Esta obra dramática, como otras de las mejores de Lope, procede de un cantarcillo tradicional, interpretado por el poeta:

Que de noche le mataron
Al caballero,
La gala de Medina,
La flor de Olmedo.

Quién fuese este caballero, en qué tiempo floreció y qué circunstancias intervi-

(1) Sabemos que el Sr. D. Melchor de Paláu, digno y benemérito correspondiente de nuestra Academia, tiene hecha una refundición del *Peribáñez*, pero no ha sido impresa ni representada hasta ahora.

nieron en su muerte, es punto en que las tradiciones no andan conformes. En el Nobiliario de Alonso López de Haro (1622) está consignada la versión que parece más auténtica; y probablemente no será el primer libro en que se halle: «D. Juan de Vivero, caballero del hábito de Santiago, señor de Castronuevo y Alcaraz, fué muerto viniendo de Medina del Campo de unos toros, por Miguel Ruiz, vecino de Olmedo, saliéndole al encuentro, sobre diferencias que traian, por quien se dijo aquellas cantilenas que dicen:

Esta noche le mataron — al caballero,
La gala de Medina, — la flor de Olmedo» (1).

López de Haro, según mala costumbre de los genealogistas, omite la fecha, pero afortunamente consta en un libro (inédito aún, según creemos) que á mediados del siglo pasado compuso el presbítero D. Antonio Prado y Sancho, y que con título de *Novenario de Nuestra Señora de la Soterraña, con siete recuerdos históricos, panegíricos y morales*, es, en realidad, una pequeña historia de la villa de Olmedo, de la cual es patrona aquella imagen. El relato de Prado merece fe, puesto que se apoya en los protocolos notariales, y además en algún documento del archivo del convento de la Mejorada, donde el matador buscó asilo:

«D. Juan de Vivero, caballero hidalgo de la villa de Olmedo, pidió unos galgos á D. Miguel Ruiz de la Fuente, caballero hidalgo de la misma ciudad, el cual no los quiso dar, motivando esta negativa el deseo de venganza de parte de D. Juan. Encontráronse en el campo, y D. Juan cruzó con una vara el rostro á D. Miguel, pero el ofendido caballero no tuvo valor para vengarse en aquella ocasion. Cuando su madre lo supo, cuentan que dijo: «No sea yo D.ª Beatriz de Contreras si no te vengas de D. Juan, y de no hacerlo te echaré mi maldicion.» Obligado por la amenaza determinó lavar su afrenta, y fué de esta manera: En el dia 2 de Noviembre del año 1521 tuvo noticia que Vivero venia de Medina; le esperó poco antes de la Senovilla, y en el sitio que desde entonces se llama *La Cuesta del Caballero*, y al ponerse el sol, le mató traidoramente. D. Miguel se retiró al monasterio de la Mejorada, siendo perseguido por las justicias de Valladolid, Medina y Olmedo, pues era el caballero muerto muy calificado, y de su casa descienden los Condes de Fuensaldaña. Padeció el monasterio muchos trabajos, hasta el punto que los religiosos tuvieron que llevar el Santísimo Sacramento á Olmedo. Para concluir, el matador huyó disfrazado, encaminándose á México, donde tomó el hábito de lego de Santo Domingo, y donde murió á los sesenta años de su edad, en grande opinion de santidad, declarando á la hora de su muerte su patria y la causa de su retiro. Siguióse el pleito para los alimentos de la Sra. D.ª Beatriz de Guzman, mujer del difunto, y le adjudicaron todos los bienes que por herencia paterna tenia D. Miguel de la Fuente, segun sentencia del juez, y ante Alonso Sanchez de Villacorta, escribano

(1) *Nobiliario genealógico de los Reyes y títulos de España, compuesto por Alonso López de Haro.* Madrid, Luis Sánchez, 1622. Segunda parte, lib. IX, cap. VII.

de Olmedo, y hoy está en el oficio de Francisco Polo, donde se puede ver extensamente» (1).

Esta forma, que es la más antigua de la tradición, no es la más poética, pero es probablemente histórica en todos sus detalles. Acaso no la conocieron los poetas, ni en rigor era menester que la conociesen, puesto que con el cantar les bastaba, y su misma vaguedad misteriosa era un nuevo atractivo para la fantasía. El suceso había acontecido, como vemos, en tiempo de los Reyes Católicos; Lope le puso en el reinado de D. Juan II; el autor ó autores de la obra anónima, en el de D. Enrique III. Lope llamó al muerto D. Alonso, sin apellido, y á los asesinos, que en su drama son dos, D. Rodrigo y D. Fernando. En la pieza de 1606, D. Alonso lleva los apellidos de Vivero y Girón, y el matador es un Conde inglés, á quien ayuda otro extranjero llamado Rodulfo. Los motivos de la catástrofe son, en ambas obras, lances de amor y celos, competencias y bizarrías de fiestas y toros. Pero aquí se detiene la semejanza, siendo en todo lo demás independientes dichas fábulas, y tan admirable la de Lope como detestable la del poeta ó poetas incógnitos.

El teatro, que, como luego veremos, trató, no sólo en serio, sino también en burlas este argumento, pudo contribuir á que su recuerdo no se borrase, y lo cierto es que ha llegado á nuestros días, y se cuenta en Olmedo y en Medina, y está enlazado con sitios y tradiciones locales. Y aun ha habido un curioso caso de *contaminación* con otra leyenda de carácter geográfico (2). Se dice que cierta dama, burlándose del caballero de Olmedo, le dijo que sería suya cuando las aguas del Adaja pasasen por Medina. El caballero la pidió un año de término, y, en efecto, cambió el cauce del río, abriendo una zanja de dos leguas para llevarle á confluir con el Zapardiel, al pie de la colina donde se alza el castillo de La Mota. Hay, en efecto, allí restos de un canal enteramente cegado, y de aquí nació esta conseja, que pudiéramos llamar *hidráulica*, y que tiene visos de antigua.

En un libro anónimo y bastante desatinado, que, con el título de *Recuerdos de un viaje por España*, salió en 1849 de las prensas de Mellado, se lee un relato enteramente novelesco de las aventuras del caballero de Olmedo, á quien caprichosamente se llama D. Juan Maldonado, así como D.ª Ana á la señora en cuyo servicio abrió la famosa zanja. El final es del gusto romántico más desaforado. Doña Ana, para librarse de ser esposa de D. Juan, discurre matarle por medio de un pajecillo de quien estaba enamorada. Le asalta el paje, en efecto, y le hiere de muerte en el

---

(1) Copió este curioso pasaje D. Juan Ortega Rubio en su libro *Los pueblos de la provincia de Valladolid*. Valladolid, 1895. Tomo I, páginas 261-62.

(2) Vid. *Revista contemporánea*, t. CVII, número de 15 de Julio de 1897, páginas 82-94. *El Caballero de Olmedo*, artículo de D. Felipe Romero y Gil Sanz, ingeniero jefe de montes en la provincia de Valladolid.

La leyenda que trae nuestro académico D. Víctor Balaguer en su libro *Historias y Tradiciones* (Madrid, 1896, páginas 26-34) parece inspirada por la letra de la comedia de Lope, más bien que recogida de la tradición oral.

camino de Medina; pero ¡cuál sería su terror al presentársele de repente su madre, exclamando á vista del cadáver: «¡Desgraciado, ese hombre era tu padre!» El paje huyó no se sabe adónde; D.ª Ana se metió en un convento, y al caballero le enterraron en el jardín de la viuda, poniendo en su sepulcro este epitafio:

Aquí murió quien de cortesía usó,
Quien pudiendo matar, no mató.

Estas invenciones de algún romántico melenudo y febricitante, de los que por aquel tiempo abundaban en Castilla la Vieja, han pasado á varias *Guías del viajero*, entre ellas la que publicó el mismo Mellado; y no será gran maravilla que en la misma comarca que fué teatro de la tragedia, comiencen á incorporarse con la narración antigua, desvirtuándola; cuando precisamente lo mejor que tenía era la vaguedad, como advirtió muy bien Quadrado: «Lo cierto es que al llegar á la cuesta *del Caballero*, donde sucedió la catástrofe, á la hora del crepúsculo, siente uno estremecerse, y al través de los pinares cree divisar la triste sombra y percibir el gemido del héroe de la leyenda, que cuanto más desconocido y vago, más vivamente impresiona la fantasía» (1).

Dícese vagamente que hubo romances sobre el caballero de Olmedo. El único que ha llegado á mi noticia no es popular, sino artístico, y de poeta muy conocido, el Príncipe de Esquilache. Tiene alguna relación con la comedia de Lope, pero no procede de ella:

Enamorado en Medina
El caballero de Olmedo,
Galán se parte á las fiestas
La víspera de San Pedro.
No repara en su peligro,
Porque el amante más cuerdo,
Si es valiente con amor,
Es temerario con celos.
La noche le acompañaba
En tan obscuro silencio,
Que hasta las hojas y flores
Guardó en prisiones el sueño.
Un criado le acompaña,
Segundo galán del pueblo,
En sus amores testigo,
Y en su muerte compañero.
¡Qué fuera está de pensar
De su jornada el suceso;
Que son desdichas mayores
Las que no se previnieron!
Del *Cancionero* repite,

(1) *Valladolid, Palencia y Zamora* (en la colección *España y sus monumentos*, pág. 214).

Cantando, los tristes versos:
«Si por ti pierdo la vida,
¡Oh qué bien, señora, muero!»
Sólo en el monte escuchaba
Silbos, y vozes de lexos,
De los perros el cuidado,
De las ovejas el miedo.
Llegó primero á Medina
Que al monte dixo el lucero
Que dormir quiere la noche
Y salir el sol despierto.
Llegó apenas, cuando vino
De su dama un escudero,
A darle la bienvenida
Al desdichado mancebo,
Y á dezirle que esta noche,
Mas seguro y más secreto,
Por el jardín, como suele,
Entrar podrá en su aposento.
¡Qué largo rezela el día!
Y agradecido y suspenso,
Con mil anuncios se viste,
De las fiestas cuadrillero.
Quedó deshecho en pedazos
En sus manos el espejo,
Y el caballo de la entrada
Cayó de repente muerto.
Todo le anima y le enoja;
Que siempre son los agüeros
Espuelas de los amantes
Y enfados de los discretos.
¡Qué galán salió á la plaza,
Vestido de azul y negro,
Para muestra de su amor,
Para galas de su entierro!
Con las damas apacible,
Con los toros bravo y fiero,
Robó á doña Ana los ojos
Cuando llevó los del pueblo.
Todo es enojo y ofensa
Á su marido y sus deudos,
Á quien descubrió el criado
De aquella noche el concierto.
Acabáronse las fiestas
Aquella tarde más presto;
Que anochece más temprano
Para desdichas el tiempo.

Apenas salió vestido
De sus lumbreras el cielo,
Cuando don Juan desdichado
Acudió galán al puesto.
En él armado le espera
Con sus parientes don Diego,
Caballeros de Medina,
No en el valor caballeros.
¿Tantos aceros se juntan
Contra un amoroso yerro?
¿Tan gran valor es vengarse?
¿Matarle tan gran trofeo?
¡Qué bien se miran y escuchan
Entre el rumor y el estruendo,
De las espadas los golpes,
De las centellas el fuego!
¡Oh, qué bien riñe don Juan!
¡Oh, qué bizarro y qué diestro!
Mas son los contrarios muchos
Y yace el criado muerto.
Ni vozes ni luzes sirven
Á su vida de remedio,
Que entre ofensas y venganzas
Él y otros dos la perdieron.
Desde entonces le cantaron
Las zagalas al pandero,
Los mancebos por las calles,
Las damas al instrumento:
Esta noche le mataron al caballero,
Á la gala de Medina, la flor de Olmedo (1).

Es para mí de toda evidencia que la comedia descubierta y reimpresa por Schaeffer, precedió en bastantes años á la de Lope de Vega. Así me lo persuaden, no sólo la fecha de 1606 consignada en el manuscrito de la biblioteca de Osuna, sino la consideración de que si hubiera existido ya sobre el mismo asunto una obra tan bella como la de nuestro gran poeta, el autor ó autores de esta otra la habrían tenido presente, la habrían refundido, como era costumbre, ó á lo menos habrían

(1) *Las obras en verso de D. Francisco de Borja, Príncipe de Esquilache..... Amberes, en la Emprenta Plantiniana de Balthasar Moreto*, 1654; páginas 557-58. La primera edición de las poesías de Esquilache (donde ya se halla este romance) es de 1648.

En *El Artista* (1835), t. I, páginas 112-115, se encuentra una leyenda romántica en variedad de metros, compuesta por D. Pedro de Madrazo, con el título de *El Caballero de Olmedo*. Pero nada tiene que ver con la tradición antigua, y sólo se llama así por ser natural de Olmedo el protagonista. La acción pasa en Toledo y en tiempo de Alfonso VI.

dejado algún rastro de ella. ¡Qué insigne torpeza hubiera sido huir de tal modelo, para trocar su interesante, amena y bien trazada fábula, por lances tan disparatados é inconexos; sus vivos afectos, su pulida y deliciosa versificación, por un estilo tan bárbaro y pedestre! Además, ya he dicho que todas las condiciones exteriores de la obra de Lope, que se acerca mucho á la perfección en su género, la colocan en los últimos años del poeta, cuando su gusto estaba completamente formado, cuando era maestro en la técnica teatral, cuando escribía con más reposo, con más dominio y conciencia de su genio. Hasta el empleo frecuente de ciertos metros, como la décima, parecen marcar esta fecha; y, por otra parte, tenemos un dato capital, que es la semejanza de muchas escenas con otras de la *Dorotea*, hasta el punto de encontrarse en la primera jornada de *El Caballero* un romancillo que también se lee con variantes en el acto tercero, escena segunda, de aquella famosa acción dramática no representable. Y es bien sabido que la *Dorotea*, calificada por Lope de «*obra póstuma* suya, *y por ventura la más querida*», no apareció hasta 1632.

El texto del anónimo *Caballero de Olmedo*, hallado por Schaeffer en un rarísimo y desconocido tomo de *Comedias varias* que él posee, falto de portada y preliminares, pero que por varias circunstancias que aquel erudito alemán discretamente nota, parece impreso entre 1612 y 1616, está de tal suerte estragado, que en muchos lugares apenas hace sentido (1). Mucho podría corregirse con ayuda del manuscrito de la Biblioteca Nacional, pero es dudoso que nadie tenga valor para reimprimir tal engendro, que no sólo carece de belleza poética, sino hasta de sentido gramatical.

¿Á qué pluma ha de atribuirse esta obra tan desatinada y ridícula? El final de la comedia dice:

¡A Dios mundo, no más redes!
Hoy, Elvira se despide
De ti.

DON RODRIGO.

Carrero, Telles y *Salas* piden
Perdonen vuesas mercedes.

No hay noticia de ningún Carrero ó Portocarrero que fuese poeta dramático en aquel tiempo. *Salas* hace pensar en Salas Barbadillo, y *Telles* en Fr. Gabriel Téllez (aunque en sus comedias, por lo menos en las profanas, usó siempre su seudónimo literario); pero ¿quién podría atribuir semejante adefesio á dos tan excelentes y cultos escritores como Tirso y Salas? Además, el tercer renglón de esa redondilla es pura prosa; tiene que haber alguna palabra interpolada, y *piden* no es consonante de *despide*. El poeta que pide perdón ha de ser uno solo: ¿quién es ese poeta?

(1) *Ocho comedias desconocidas, de D. Guillén de Castro, del licenciado Damián Salustio del Poyo, de Luis Vélez de Guevara, etc., tomadas de un libro antiguo de comedias nuevamente hallado, y dadas á luz por Adolf Schaeffer.* Leipzig, F. A. Brockhaus, 1887; t. I, páginas 263-338.

Creemos que ninguno de los que tienen obras en el tomo descubierto por Schaeffer: no puede ser ni D. Diego Ximénez de Enciso, ni el licenciado Damián Salustio del Poyo, ni Luis Vélez de Guevara, ni D. Guillén de Castro, porque todos éstos eran autores de gran mérito, incapaces de escribir los desatinos que en esta obra se leen. Tampoco sería justo atribuírsela al representante Juan Bautista de Villegas, que fué poeta no despreciable, hasta el punto de que una comedia suya *(La despreciada querida)* ha podido pasar á los ojos del mismo Hartzensbuch por obra de Lope. Hay que buscar un ingenio de menor cuantía que éstos, y no se me ocurre más nombre que el de Andrés de Claramonte, cuyo estilo zafio y grosero es el que campea en esta pieza, de la cual acaso tampoco sea autor primitivo, sino mero refundidor. Y es de advertir que borrando los nombres de *Carrero, Telles* y *Salas* (que probablemente serían los cómicos que representaron la pieza), y poniendo en su lugar el de *Claramonte*, queda bien el verso:

De ti.
—*Claramonte pide*
Perdonen vuesas mercedes.

Pero no vale la pena de apurar el magín para descubrir el autor de una obra tan mala, que no tiene más recomendación que su rareza y su asunto tradicional. Y aun de éste apenas acertó á sacar partido el autor incógnito, salvo en una situación que era patética de suyo, y tenía que resultar así por muy mal tratada que estuviera; y realmente la desempeñó, si no con mucho arte, á lo menos con bastante sentimiento. Me refiero al final del segundo acto, en que D. Rodrigo Girón encuentra moribundo á su hijo D. Alonso, muerto alevosamente entre Olmedo y Medina por el Conde extranjero y su cómplice Rodulfo. Esta escena está evidentemente inspirada en los romances de Valdovinos y el Marqués de Mantua. Transcribo lo principal de ella, porque es lo único que de esta comedia merece conocerse, y no ha de pesar su conocimiento:

(Sale D. Rodrigo Girón, la espada desnuda y la capa revuelta al brazo.)

DON RODRIGO.

.....Al fin salí
De estas espesuras, donde
Me metió el caballo.

DON ALONSO.

(Con voz lastimera.)

¡Ah, Conde,
Nunca yo te merecí
Esta muerte!

DON RODRIGO.

¡Ay, santo Dios,
Y qué voz tan dolorosa!

DON ALONSO.

Ya de hoy más, querida esposa,
No nos veremos los dos.

DON RODRIGO.

Voz débil, mas parecida
Á la de mi hijo querido.....
Pondré á do suena el oído;
Que me va en ello la vida.

. . . .

Ya no puedo reprimir
La pena del corazón:
¡Cielos, estas voces son
Que á la muerte me hacen ir!
Con la oscuridad no acierto
Con quien está voces dando;
Espada, id ramos cortando.

DON ALONSO.

¡Ay!

DON RODRIGO.

Camino he descubierto;
En esta maleza está.

DON ALONSO.

¡Que al fin sin confesión muero!

DON RODRIGO.

¡Buen ánimo, caballero!

DON ALONSO.

¿Quién este ánimo me da?

DON RODRIGO.

Un caballero viandante.

DON ALONSO.

¿Vais á la corte?

DON RODRIGO.

No, amigo.

DON ALONSO.

¿Conocéis á don Rodrigo
Girón?

DON RODRIGO.

Como á mí.

DON ALONSO.

Bastante
Es ese conocimiento,
Para que en tan triste calma
Se detenga un poco el alma.
¿Vais á Olmedo?

DON RODRIGO.

Sí, al momento.
¿En qué os podré allá servir?

DON ALONSO.

Decidle..... ¡ay, dolor prolijo!
Que haga bien por su hijo.

DON RODRIGC.

¿Á quién se lo he de decir?

DON ALONSO.

Á don Rodrigo Girón.

DON RODRIGO.

¿Quién diré me lo ha encargado?

DON ALONSO.

Don Alonso el desdichado,
Su hijo.

DON RODRIGO.

¡Ay, mortal pasión!
¿Qué veo, qué oigo, hijo mío,
Ante cuyos pies me postro?
Muestra, limpiaréte el rostro.
¿Eres tú?.. . . . .

DON ALONSO.

¡Abrazadme, haced buen pecho,
Llegad ese rostro acá!
Besaré ese rostro amado.....
Ahora es justo me valgas.
¡Alma, tan presto no salgas!
Detente, si un desdichado
Puede, muriendo, contigo.
Padre mío, ¿no me habláis?
¡Ved que otra muerte me dais!

DON RODRIGO.

. . . .
¿Para qué estas canas son?
¿Por qué en el mundo me dejas?

DON ALONSO.

Inútiles son las quejas
Que dais.

DON RODRIGO.

Mi Alonso, ¿quién son
Los homicidas.

DON ALONSO.

El Conde.

DON RODRIGO.

¿Qué Conde?

(Salen Galapagar y un religioso, con linterna.)

GALAPAGAR.

Mi padre, apriesa.

HERMITAÑO.

¿Vive?

GALAPAGAR.

Sí.

HERMITAÑO.

Ventura es esa;
Dios su clemencia no esconde.

DON RODRIGO.

¡Hijo, ánimo!

DON ALONSO.

Ya le tengo;
Padre, dejadme, entretanto
Que en este mortal quebranto
Vida al alma le prevengo.

DON RODRIGO.

Confiésate enhorabuena.

HERMITAÑO.

Allí, señor, á aquel lado
Podéis estar apartado.

DON RODRIGO.

Si no me acaba la pena.

. . . .

DON ALONSO.

De todo pido perdón
Á Dios.

HERMITAÑO.

Que os le dará, fío.

DON ALONSO.

Llegaos acá, padre mío,
Dadme vuestra bendición.

DON RODRIGO.

¡La de Dios te alcance, hijo!

DON ALONSO.

¡Jesús, María!

DON RODRIGO.

Acabóse:
¡Dios haya su alma!

DON RODRIGO.

¡Acabóse
Mi regalo y regocijo!
Ahora sí que decir puedo
Que triunfas ¡oh muerte indina!
De la gala de Medina
Y el que fué la flor de Olmedo.
¡Boca que hablarme solía
Y quitarme mil enojos,
Labios cárdenos y rojos

Que erais toda mi alegría.....
¿Cómo no me habláis, decí?

(Mesándose las barbas.)

¿Estas canas, qué os han hecho?

HERMITAÑO.

Señor, esforzad el pecho.

GALAPAGAR.

¡Ay, mi señor! ¡Ay de mí!

HERMITAÑO.

Con este infortunio os prueba
Dios, como á su siervo Job:
Recebid, como Jacob,
De aqueste golpe la nueva.
Dios os le quitó; otro alguno
No pudiera; dalde ya
Las gracias; que él os dará
Cien hijos por este uno.

DON RODRIGO.

¡Montes deste campo impío,
Causa de mi triste luto,
Ruego á Dios que no deis fruto
Ni os dé el cielo su rocío!.....
Las aves que por el cielo
Fueron con alas abiertas,
Caigan al momento muertas
Si cruzan por vuestro suelo.
¡Mal Conde, por agua gaste
Tu aleve sangre este lago
Que á Duero camina, en pago
Del hijo que me quitaste!
¡Y las fieras más crueles
Que aqueste monte crió,
Me den muerte cuando yo
Comiere pan á manteles;
Cuando la barba peinare,
Camisa limpia vistiere,
Noche en poblado hiciere,
Ó en cama el cuerpo acostare;
Cuando hubiere regocijo
En mí, de ninguna suerte,
Hasta que vengue la muerte
De don Alonso mi hijo!

HERMITAÑO.

Las venganzas, dice Dios
Que se le dejen á él;
Que la sangre deste Abel

Él la vengará.

DON RODRIGO.

Los dos
Me ayudad, amigos míos,
Á sacar deste desierto
Á este noble cuerpo muerto,
Siendo á mis lágrimas píos.

HERMITAÑO.

Lleguemos.

DON RODRIGO.

La mayor parte
Sobre mi pecho cargad,
Pues es suya la mitad.

HERMITAÑO.

¡Quiera el cielo perdonarte!

Los rasgos naturales y afectuosos de esta escena contrastan de tal modo con lo restante de la monstruosa composición, que hacen sospechar refundición de un texto anterior, para lo cual, como veremos luego, no faltan otros indicios. El final de la tragicomedia es cruento sobre toda ponderación; la propia dama mata á puñaladas al asesino del caballero de Olmedo, á quien había atraído con el señuelo de una cita amorosa, catástrofe que se encuentra también en las *Audiencias del rey D. Pedro*, de nuestro Lope, y que fué muy del gusto de varios dramaturgos menores, como Montalbán y Monroy, en quienes se acentuó la tendencia melodramática.

Nada tomó Lope de la comedia anónima, y dispuso la acción de una manera enteramente diversa. Los dos primeros actos de *El Caballero de Olmedo* son una deliciosa comedia de costumbres, una intriga de amor algo primaveral y *celestinesca*. La gracia y la viveza de estas escenas contrastan con el terror trágico, que es tan hondo y dominante en el acto tercero. Schack, tan admirador de Lope, y que muchas veces llega á la hipérbole tratándose de obras muy inferiores á ésta, no me parece haber percibido debidamente el enlace entre las partes de esta fábula, que sin duda leyó muy de prisa, puesto que tacha á su autor de *incomprensible ligereza*, precisamente en una de las obras que escribió con más reflexión y cuidado. Reconoce Schack, como es justo, que los dos primeros actos son excelentes y de una fuerza cómica inimitable; pero encuentra brusca la transición y discordante el tono en la tercera jornada. Para mí, por el contrario, brilla el arte del poeta en la manera de preparar y vencer esta dificultad, que él mismo se crea como para hacer vistoso alarde de sus facultades en los estilos más opuestos. Los dos primeros actos no son enteramente cómicos, aunque estén llenos de chistes y agudezas de dicción y presenten cuadros de costumbres, y aun de malas costumbres, trazados con pincel fácil y atrevido. Una especie de sombra fatídica pesa sobre los personajes, y ahoga con frecuencia en sus labios la voz del placer: se comprende que están predestinados para algo siniestro; que su juventud, su amor, su gallardía, no serán parte á detener la inexorable suerte; viven entre presagios y agüeros, aunque se rebelan

contra su influjo: las malas artes de la hechicería alternan con las del lenocinio. Amor que comienza con mágicos cercos y conjuros; que se fragua en las tinieblas por ministerio de una bruja, cuyo poder se encarece en estos términos:

Fabia, que puede transponer un monte;
Fabia, que puede detener un río,
Y en los negros ministros de Aqueronte
Tiene, como en vasallos, señorío;
Fabia, que deste mar, deste horizonte,
Al abrasado clima, al Norte frío
Puede llevar un hombre por el aire.....,

tiene mucho más de trágico que de cómico, y no puede anunciar un final muy placentero. Un fatalismo tétrico, pero que no carece de poesía á su modo, y que además está templado por las escenas de donaire y por la mórbida y suave manera del poeta, es el alma de la composición. Lope, ingenio radicalmente popular, tenía algo y aun algos de supersticioso; lo es hasta en composiciones de carácter íntimo, como en la égloga *Amarilis*, tristísima confesión de sus postreros amores. Difícil sería determinar qué grado de fe concedía á los prestigios diabólicos y á las artes mágicas; pero todo induce á creer que, á pesar de las cristianas y repetidas salvedades que leemos en esta comedia:

Ven á Medina y no hagas
Caso de sueños y agüeros,
Cosas á la fe contrarias.
. . . .
No creo en hechicerías,
Que todas son vanidades;
Quien concierta voluntades,
Son méritos y porfías,

las consideraba algo más que como un recurso literario. Y precisamente de esta tendencia supersticiosa suya nace la sincera emoción con que está tratada la parte fantástica de *El Caballero de Olmedo:*

DON ALONSO.
De decirte me olvidaba
Unos sueños que he tenido.

TELLO.
¿Agora en sueños reparas?

DON ALONSO.
No los creo, claro está;
Pero dan pena.

TELLO.
Eso basta.

DON ALONSO.
No falta quien llama á algunos

Revelaciones del alma.

. . . .

Hoy, Tello, al salir el alba,
Con la inquietud de la noche,
Me levanté de la cama,
Abrí la ventana aprisa,
Y mirando flores y aguas
Que nuestro jardín adornan,
Sobre una verde retama
Veo ponerse un jilguero,
Cuyas esmaltadas alas
Con lo amarillo, añadían
Flores á las verdes ramas.....
Sale un azor de un almendro,
Adonde escondido estaba,
Y como eran en los dos
Tan desiguales las armas,
Tiñó de sangre las flores,
Plumas al aire derrama.
Al triste chillido, Tello,
Débiles ecos del aura
Respondieron, y no lejos,
Lamentando su desgracia,
Su esposa, que en un jazmín
La tragedia viendo estaba.
Yo, midiendo con los sueños
Estos avisos del alma,
Apenas puedo alentarme;
Que con saber que son falsas
Todas estas cosas, tengo
Tan perdida la esperanza,
Que no me aliento á vivir.

Con tales anuncios desde el acto segundo, no pueden cogernos de improviso los fantasmas que asedian al caballero desde que sale por las puertas de Medina, los cantos lúgubres que escucha antes de llegar á la cuesta fatídica, los avisos del cielo, que le exhortan á volverse, todo aquel aparato terrorífico que le anticipa los funerales. Hemos visto, al tratar de *El Infanzón de Illescas*, cuán frecuentes son en Lope de Vega las apariciones de muertos. Á todas las que citamos hay que añadir ésta de *El Caballero de Olmedo*, que es más original y sorprendente que ninguna, porque es la duplicación de la personalidad de D. Alonso, cuyos bríos llegan hasta retar á su propia sombra. No recuerdo más situación semejante que la de Ludovico Enio en otra comedia de Lope de Vega, *El mayor prodigio ó el purgatorio en vida*, imitada luego por Calderón en su *Purgatorio de San Patricio.*

Al retirarse D. Alonso, una Sombra con una máscara negra y sombrero, y puesta la mano en el puño de la espada, se le pone delante.

DON ALONSO.

¿Qué es esto? ¿Quién va? De oirme
No hace caso. ¿Quién es? Hable.
¡Que un hombre me atemorice
No habiendo temido á tantos!
¿Es don Rodrigo? ¿No dice
Quién es?

LA SOMBRA.

Don Alonso.

DON ALONSO.

¿Cómo?

LA SOMBRA.

Don Alonso.

DON ALONSO.

No es posible.
Mas otro será; que yo
Soy don Alonso Manrique.
Si es invención, meta mano.....
Volvió la espalda.

Vase la Sombra.

Seguirle
Desatino me parece.
¡Oh imaginación terrible!
Mi sombra debió de ser.
Mas no, que en forma visible
Dijo que era don Alonso.
Todas son cosas que finge
La fuerza de la tristeza,
La imaginación de un triste.
¿Qué me quieres, pensamiento,
Que con mi sombra me afliges?
Mira que temer sin causa
Es de sujetos humildes.....

Prosigue D. Alonso su triste y solitaria jornada, y oye á un rústico el cantar de su muerte, aquel cantar tradicional que ha sido germen de este maravilloso drama:

DON ALONSO.

Lo que jamás he tenido,
Que es algún recelo ó miedo,
Llevo caminando á Olmedo;
Pero tristezas han sido.
Del agua el manso rüido
Y el ligero movimiento

Destas ramas con el viento,
Mi tristeza aumentan más;
Yo camino, y vuelve atrás
Mi confuso pensamiento.
De mis padres el amor
Y la obediencia me lleva,
Aunque ésta es pequeña prueba
Del alma de mi valor.
Conozco que fué rigor
El dejar tan presto á Inés.....
¡Qué obscuridad! Todo es
Horror, hasta que el aurora
En las alfombras de Flora
Ponga los dorados pies.
Allí cantan. ¿Quién será?
Mas será algún labrador
Que camina á su labor.
Lejos parece que está.....
Pero acercándose va.
Pues ¡cómo! Lleva instrumento;
Y no es rústico el acento,
Sino sonoro y süave.
¡Qué mal la música sabe
Si está triste el pensamiento!

UNA VOZ.

Canta desde lejos y viene acercándose.

Que de noche le mataron
Al caballero,
La gala de Medina,
La flor de Olmedo.

DON ALONSO.

¡Cielos! ¿Qué estoy escuchando?
Si es que avisos vuestros son,
Ya que estoy en la ocasión,
¿De qué me estáis informando?
Volver atrás, ¿cómo puedo?
Invención de Fabia es,
Que quiere, á ruego de Inés,
Hacer que no vaya á Olmedo,

LA VOZ.

Dentro.

Sombras le avisaron
Que no saliese,
Y le aconsejaron

Que no se fuese
El caballero,
La gala de Medina,
La flor de Olmedo.

DON ALONSO.

¡Hola, buen hombre, el que canta!

LABRADOR.

¿Quién me llama?

DON ALONSO.

Un hombre soy
Que va perdido.

LABRADOR.

Ya voy.
Veisme aquí.

DON ALONSO.

Todo me espanta. (Aparte.)
¿Dónde vas?

LABRADOR.

Á mi labor.

DON ALONSO.

¿Quién esa canción te ha dado,
Que tristemente has cantado?

LABRADOR.

Allá en Medina, señor.

DON ALONSO.

Á mí me suelen llamar
El caballero de Olmedo,
Y yo estoy vivo.

LABRADOR.

No puedo
Deciros deste cantar
Más historia ni ocasión,
De que á una Fabia le oí.
Si os importa, ya cumplí
Con deciros la canción.
Volved atrás; no paséis
Deste arroyo.

DON ALONSO.

En mi nobleza
Fuera ese temor bajeza.

LABRADOR.

Muy necio valor tenéis.
Volved, volved á Medina.

DON ALONSO.

Ven tú conmigo.

LABRADOR.

No puedo.

DON ALONSO.

¡Qué de sombras finge el miedo!
¡Qué de engaños imagina!
Oye, escucha. ¿Dónde fué,
Que apenas sus pasos siento?
¡Ah, labrador! Oye, aguarda.
«Aguarda», responde el eco.
¡Muerto yo! Pero es canción
Que por algún hombre hicieron
De Olmedo, y los de Medina
En este camino han muerto.
Á la mitad dél estoy:
¿Qué han de decir si me vuelvo?
Gente viene..... No me pesa.
Si allá van, iré con ellos.

Por no pecar de prolijo, no insertaré ni la escena de la muerte alevosa dada al caballero, ni el llanto de su fiel servidor, en cuyos brazos rinde el alma. Todo ello es un modelo de nerviosa y viril poesía, donde no hay palabra que huelgue.

Verdad es que en toda esta tragicomedia el estilo es purísimo é intachable, así en la parte cómica como en la seria. Hay en los dos primeros actos muchas imitaciones felices y deliberadas de la *Celestina*. Parecerá, á primera vista, singular que para conseguir fines de amor honesto y encaminado á matrimonio, se valga el caballero de Olmedo de tercerías y equívocos mensajes que no pueden menos de traer el fatal resultado de infamar la casa de un anciano y honrado caballero. Pero téngase presente que *El Caballero de Olmedo* no es una comedia de costumbres contemporáneas, sino un drama novelesco y tradicional, cuya acción se coloca en tiempo de D. Juan II, y en que el autor procura y consigue poner todo el color local adecuado al argumento. Por eso hace tanto uso de las supersticiones, que efectivamente pululaban en aquel reinado (que fué de grandísima anarquía y relajación moral), como lo prueban los ordenamientos legales, tantas veces repetidos por lo mismo que en la práctica resultaban infructuosos, contra los que «usan de agüeros de aves, é de estornudos, é de palabras que llaman *proverbios*, é de suertes, é de hechizos, y catan en agua ó en cristal, ó en espada ó en espejo, ó en otra cosa lucia, ó fazen hechizos de metal ó de otra cosa cualquier, de adevinanza de cabeza de ome muerto ó de bestia ó de palma de niño ó de mujer virgen, ó de encantamientos, ó de cercos, ó de desligamientos de casados, ó cortan la rosa del monte..... é otras cosas de estas semejantes, por haber salud é por haber las cosas temporales que cobdician» (1). Aberraciones todas que se reflejan en aquel memorable y siniestro episodio de *Las Trescientas*, de Juan de Mena, en que los próceres de Castilla,

(1) *Pragmática del Infante de Antequera y de la reina D.ª Catalina, gobernadores del Reino*, dada en Córdoba en 9 de Abril de 1410. (*Documentos inéditos para la Historia de España*, XIX, 781.)

malcontentos con la dominación de D. Álvaro de Luna, acuden á una hechicera que moraba en Valladolid, para saber, mediante sus artes, el destino que aguardaba al privado; consulta rigurosamente histórica, como la que hicieron simultánameente los partidarios del Condestable á un fraile nigromante que vivía en el convento de la Mejorada, cerca de Olmedo. Véase, pues, cómo Lope, haciendo á sus personajes vivir y moverse en aquel mismo tiempo y en aquellos mismos lugares de Castilla la Vieja, donde tanto había arraigado esta venenosa planta, procedió con la más nimia y plausible exactitud arqueológica.

Y lo mismo ha de decirse de las escenas de amores y tercerías. No pertenecen al siglo XVII, sino al siglo XV; son contemporáneas de *El Corbacho* y de *Calixto y Melibea*. Lope no las hubiera puesto en una comedia de costumbres urbanas y caballerescas de su tiempo; las hubiera relegado á otros círculos dramáticos de su obra, tan vasta como el mundo, al círculo en que campean los personajes de *El Rufián Castrucho*, de *El Arenal de Sevilla*, de *El Anzuelo de Fenisa*, y aun de la *Dorotea*. A un medio social muy distinto corresponden las figuras de *El Caballero de Olmedo;* pero como pertenecen también á una época muy diversa, su amor no sigue los decorosos trámites de una comedia de capa y espada, sino los pasos ocasionados y peligrosos que siguió el mancebo Calixto desde que entró buscando su falcón en las huertas de Melibea y quedó súbitamente prendado de la hermosura de la doncella. Y también sigue Lope el rastro del autor de la inmortal tragicomedia en hacer simpáticos, pero no exentos de culpa, á sus amantes, mostrando patente en su lastimero fin la ley de la expiación, si bien en *El Caballero* recaiga sobre culpas más veniales. Tal moralidad parece resumirse en estos dos versos:

¡Cuántas casas de nobles caballeros
Han infamado hechizos y terceros!

Ponderar la maestría de Lope en estas escenas que tan del natural había estudiado, parece cosa superflua para quien conozca las que del mismo género hay en su *Dorotea*, que es, de todas las imitaciones de la obra del bachiller Fernando de Rojas, la que más próxima está á su inaccesible modelo. Ni es preciso tampoco señalar una por una estas imitaciones, por lo mismo que son tan obvias. ¡Cuántos rasgos profundamente cómicos pueden sacarse de todos los diálogos en que interviene Fabia! ¡Qué gracia y desenfado en sus redondillas!

La fruta fresca, hijas mías,
Es gran cosa, y no aguardar
Á que la venga á arrugar
La brevedad de los días.

. . . .

¿Veisme aquí? Pues yo os prometo
Que fué tiempo en que tenía
Mi hermosura y bizarría
Más de algún galán sujeto.

¿Quién no alababa mi brío?
¡Dichoso á quien yo miraba!
Pues ¿qué seda no arrastraba?
¡Qué gasto, qué plato el mío!
Andaba en palmas, en andas;
Pues ¡ay Dios! si yo quería,
¡Qué regalos no tenía
Desta gente de hopalandas!
Pasó aquella primavera,
No entra un hombre por mi casa;
Que como el tiempo se pasa,
Pasa tambien la hermosura.....

La astucia de introducirse el amante ó su criado en hábito de dómine ó clerizonte en casa de la dama, so pretexto de darla lecciones de latín y de canto para la vida de monja que finge escoger, se encuentra ya en una comedia de las más antiguas de Lope, *El dómine Lucas*, y reaparece en el saladísimo dómine Berrio de *Marta la piadosa*.

Para que todo sea profundamente histórico en *El Caballero de Olmedo*, lo es hasta el carácter de D. Juan II, que apenas hace más que atravesar la escena, pero no sin que el poeta condense en cuatro versos la flojedad y desidia de su carácter, y la especie de servidumbre moral en que le tenía D. Alvaro de Luna:

REY.

No me traigáis al partir
Negocios que despachar.

CONDESTABLE.

Contienen sólo firmar:
No has de ocuparte en oir.

Al lado de esta enérgica pincelada, poco monta el leve anacronismo que el poeta comete, atribuyendo á la época de D. Alvaro el *Ordenamiento* de la reina D.ª Catalina *sobre el encerramiento de judíos y moros*, que realmente fué dado en Valladolid á 2 de Enero de 1412, cuando D. Juan II reinaba ya, pero aun no había cumplido los siete años. Pero no yerra ni en cuanto á los términos sustanciales del decreto, ni en cuanto á la influencia que en él tuvo San Vicente Ferrer. Tan menudamente estaba enterado Lope de los fastos de Castilla.

Entre los autores que han tratado de esta comedia, ninguno la ha ensalzado tanto ni ha sentido tan bien sus peculiares bellezas, como el traductor francés Eugenio Baret (1). En algunos puntos acaso habría que moderar su entusiasmo; pero es tarea que á mí, comentador y apologista de Lope, no me incumbe. Véanse sus palabras:

«Será posible pintar las pasiones con más profundidad, pero nunca se las pintará

(1) *Œuvres dramatiques de Lope de Vega. Traduction de M. E. Baret.* París, Didier; segunda edición, 1874. Tomo I, páginas 204-272.

tan vivas como en este drama. No se concibe tragedia más patética y dolorosa. La juventud y la belleza, el heroísmo y la ternura, nunca serán representados con más ideales colores. ¿Es novela? ¿Es drama? ¿Es página de alguna epopeya perdida? Algo hay de todo esto en el cuadro de *El Caballero de Olmedo*, que tiene á veces la amplitud de la epopeya, y siempre el interés de la novela, el movimiento y las emociones del drama, y tiene, sobre todo esto, un incomparable hechizo poético.

»¿Quién es el crítico que ha podido negar á Lope el talento de pintor idealista, como si esto fuese un distintivo peculiar del genio de Calderón? ¿Se concibe una figura más ideal que la de D. Alonso Manrique? En ninguna parte reproduce Calderón con tanto acierto los rasgos de carácter favoritos de la nación española: entusiasmo y generosidad, valor y ternura, honor sin mancha, culto místico de la belleza. ¡La belleza! ¿Cuándo se presentó más seductora que en el relato que abre este drama? Seguimos con Alonso las huellas de la encantadora Inés en la feria de Medina; asistimos, con deliciosa emoción, á ese juego mudo de las miradas, á esa sonrisa entre las dos hermanas, que han adivinado quién es el joven caballero (1). ¿Y la escena épica y caballeresca de la fiesta de toros, que el poeta logra, con pocos rasgos, hacernos contemplar íntegramente; el cuadro de Inés sonriendo confusa á su amante, vencedor y aclamado; y los plácemes del Rey y el entusiasmo de la multitud?

»Y ¡qué lenguaje habla aquí el sentimiento! La lengua castellana, heredera en este punto de la de los trovadores, sobresale en expresar esas delicadezas del corazón, infinitas, inagotables, que divinizan en algún modo á la mujer, pero que muchas veces son difíciles de expresar en una traducción.

»Una sola palabra será bastante para dar la medida del valor de esta obra: le falta muy poco para igualar á *Romeo y Julieta*. Todo el mundo convendría en ello si *El Caballero de Olmedo*, que ahora por primera vez se traduce, fuera más conocido. No se encontrarán en el poeta español las imágenes fúnebres que prodiga la melancolía del genio inglés. Su drama es menos brutal que el de Shakespeare, y el mismo papel de Fabia es menos chocante que el de la nodriza. El carácter de don

---

(1)

Miró á su hermana, y entrambas
Se encontraron en la risa,
Acompañando mi amor
Su hermosura y mi porfía.
En una capilla entraron;
Yo, que siguiéndolas iba,
Entré, imaginando bodas.
¡Tanto quien ama imagina!
. . . .
En ella estuve turbado;
Ya el guante se me caía,
Ya el rosario; que los ojos
Á Inés iban y venían...

Alonso es más varonil que el de Romeo y mejor dibujado. Una sola mirada decide de la suerte de Inés, como de la de Julieta: es la misma pasión invencible y fatal, pero más púdica en Inés. El mismo peligro amaga sin cesar á los dos amantes; y el camino de Olmedo á Medina no es menos conocido de D. Alonso Manrique, que el de Mantua á Verona lo es de Romeo. En fin, la inmortal escena de la separación de los dos amantes italianos «al canto matinal de la alondra, mensajera y precursora del día», está reproducida aquí, con matices propios de las costumbres españolas.

»Como cuadro de la Edad Media, no dudo en dar la preferencia á *El Caballero de Olmedo* sobre *Romeo y Julieta*..... Los usos románticos, los detalles pintorescos de la vida española del siglo XVI (mejor diría del XV), Lope los ha prodigado sin esfuerzo alguno en este drama. Aquí, las lanzas, los caballos, la seda y el brocado, los arzones y caparazones brillantes, las adargas decoradas de motes y divisas, todo lo que la lengua castellana expresa con estas palabras intraducibles: *gala*, *bizarría*, *gentileza*, mezcla de la guerra y del amor, de lo brioso y lo elegante. Y después, las citas nocturnas al pie de las rejas, los dulces coloquios interrumpidos por la llegada de un padre ó de un rival celoso, las largas espadas de historiada empuñadura, que brillan y chocan; y allá, á lo lejos, el claustro.

»Es verdad que á Lope le inspiraba la tradición y le servía de modelo. El carácter de Fabia ha sido imitado evidentemente de la *Celestina*. Pero en el uso que Lope ha hecho de su impuro modelo, ha mostrado gran discreción, y no ha tomado de él más que lo preciso para añadir algunos detalles pintorescos á la realidad de su cuadro. Diríase que, enamorado de su obra, como todos los grandes artistas, ha temido empañar la atmósfera elevada y pura en que gusta de colocar á sus encantadoras heroínas.»

Tan popular fué el argumento de este poema dramático de Lope, que obtuvo hasta los honores de la parodia, y por cierto muy donosa. Quizá la mejor comedia burlesca ó de disparates de nuestro antiguo Teatro (aunque entren en cuenta *Las Mocedades del Cid* y *La Muerte de Baldovinos*, de Cáncer), es *El Caballero de Olmedo* de D. Francisco Antonio de Monteser, publicada por primera vez en 1651, en la colección de piezas escénicas de varios autores impresa en Alcalá de Henares, que lleva por título *El mejor de los mejores libros que han salido de comedias nuevas* (1651). Después ha sido reimpresa varias veces, y hasta en la Biblioteca de Rivadeneyra figura. Un manuscrito de la Biblioteca Nacional, procedente de la de Osuna, nos declara su fecha (1621) y nos da la noticia de que esta *fiesta burlesca* fué representada ante S. M. ¿Cuál es la tragicomedia que Monteser parodió? Á mi parecer, ninguna de las dos que tenemos ahora. Claro es que en una fábula de puro pasatiempo y broma, en que no se trata más que de excitar la risa, poniendo en boca de los personajes los mayores desatinos, boberías é incongruencias, no puede buscarse una acción ordenada y racional; pero siempre hubiera quedado en la parodia algún vestigio de lo parodiado. Y aquí todo es diverso, siendo de advertir que la comedia anónima ó de tres ingenios, ofrecía, por

ser tan mala, ancho y libre campo á los chistes del maligno y zumbón entremesista Monteser, que tenía allí tela cortada para un esperpento todavía más gracioso que el que hizo. Y sin embargo, la dejó intacta, probablemente porque no la conoció. Con Lope de Vega coincide en algunos nombres (D. Alfonso, D. Rodrigo, D. Pedro y el criado Tello), pero difiere en otros (D.ª Elvira, D.ª Juana); prescinde de un personaje tan importante como Fabia, y los lances que pone en caricatura son análogos, pero no los mismos. Téngase en cuenta, además, que la comedia de Monteser es bastante más antigua de lo que se suponía, y hasta es posible que haya antecedido á la de Lope. Todo induce á sospechar que el original de la parodia fué otro *Caballero de Olmedo*, distinto de los dos que tenemos, pero más próximo al de Lope que al descubierto por Schaeffer.

VI.—EL MILAGRO POR LOS CELOS Y D. ALVARO DE LUNA.

Su verdadero título parece ser *El Milagro por los celos y excelente Portuguesa*, según se infiere de los últimos versos. Don Alvaro de Luna no interviene en ella sino como personaje muy secundario. Esta comedia no se halla más que en ediciones sueltas, y tiene todas las trazas de estar refundida, porque el estilo, en muchas partes, no es el de Lope, sino más bien el de cualquier poeta de gusto calderoniano. La creemos auténtica, sin embargo, aunque muy mediana y muy estropeada.

Lo que de histórico contiene esta obra es muy poco. Quizá estaría mejor entre las comedias devotas. La protagonista, D.ª Beatriz de Silva, fué una dama portuguesa á quien D.ª Isabel la Católica cedió en 1484 una pequeña parte de los llamados en Toledo *palacios de Galiana*, para fundar el monasterio cisterciense de la Concepción, que pasó (después de la muerte de la fundadora, en 1492) á ser convento de religiosas franciscanas (1). Con esta fundación se enlaza la piadosa leyenda que recogieron nuestros poetas dramáticos del siglo XVII, trasladando anacrónicamente á D.ª Beatriz á la corte de D. Juan II, y haciéndola triunfar milagrosamente de la pasión amorosa del Rey y de los celos de la Reina, su segunda mujer, doña Isabel de Portugal. Ni la historia acusa de tal género de devaneos al flaco y pusilánime Monarca, de quien dijo Fernán Pérez de Guzmán que, «si bien, en opinion de algunos, era de su natural condicion cobdicioso é lujurioso é aun vindicativo, no le bastaba el ánimo para la execucion de ello»; ni hay más verdad, en lo que se refiere á la hermana del primer Conde de Cifuentes, que la ya citada fundación del monasterio de la Concepción, aunque en época muy diversa, y sin que interviniese ningún accidente sobrenatural. Lo que realmente pertenece á la historia es el carácter de D. Alvaro y el odio de la Reina contra el poderoso favorito, que trajo con

(1) Amador de los Ríos, *Toledo pintoresca* (Madrid, 1845), pág. 180. Vizconde de Palazuelos, *Guía de Toledo* (1890), pág. 1.101.

ella, de Portugal, el cuchillo para su garganta. La poquedad de D. Juan II y el abatimiento de su voluntad, están exagerados hasta lo sumo:

Ley es en mí lo que el Maestre ordena.....

Con buen acuerdo se le hace presidir una Academia literaria, como cuadra á un Rey trovador y Mecenas de los doctos. En oposición á tan pálida figura está la del Condestable, que es muy hombre, pero político nada sincero, tal como las crónicas le muestran. La Reina es una furia, que el poeta llama

Cruel, como portuguesa;
Como mujer, vengativa.....

Tales elementos hubieran bastado para hacer un buen drama sobre la caída de D. Alvaro, pero desgraciadamente Lope no siguió esta pista. Se entretuvo en una fábula ascética y conventual, nada interesante de suyo; y no es maravilla que la ejecución resultase floja y soñolienta. Pero como no hay obra de Lope que no tenga algo útil, pueden citarse como curiosidades de esta comedia:

a) Una sentencia política, muy repetida después, hasta el punto de convertirse en lugar común:

Los Reyes, ¡oh gran señor!
Tienen la virtud del fuego,
Que abrasan cuando están cerca,
Y calientan cuando lejos (1).

b) Una alusión á la supersticiosa creencia en agüeros («vivir de agüeros»), que se suponía vinculada, entre otras ilustres familias castellanas, en la de los Mendozas, quizá por su parentesco con la casa montañesa de la Vega, á la cual pertenecía aquel Garcilaso que hubo mala muerte en Soria, y del cual dice el cronista de D. Alfonso XI que «era ome que cataba mucho en agüeros et traia consigo omes que sabian desto»:

Más agüeros he tenido
Que un Mendoza de Buitrago.

c) Una adaptación de la sabida fábula esópica de *El Perro y la sombra:*

Un perro una vez pasaba
Otro río como el Duero,
Y un pedazo de carnero

(1) De aquí proceden, sin género de duda, aquellos sabidos versos de *García del Castañar:*

Tuve yo un padre muy fiel
Que muchas veces decía,
Dándome buenos consejos,
Que tenía certidumbre
Que era el Rey como la lumbre,
Que calentaba de lejos
Y desde cerca quemaba.

Entre los dientes llevaba.
La sombra, que no era poca,
Dentro de las aguas vió,
Y por cogerla soltó
Lo que llevaba en la boca.
Fué á asirla, y su desvarío
El perro al instante vió;
Volvió á su carne, y halló
Que se la llevó el tal río.....
No busquéis al dueño mío,
Señor Conde de Cifuentes;
Dejáronla vuestros dientes;
Ya se la ha llevado el río.

d) Una alusión á la famosa *Forneira*, ó panadera de Aljubarrota, de la que se cuenta que con su pala ahuyentó y deshizo á innumerables castellanos:

Desto hallarás más testigos
Que dió palos á enemigos
La pala de la Forneira (1).

e) El principio de un romance (no popular, sino artístico, pero que no recuerdo haber visto en otra parte) á la muerte de D.ª Inés de Castro:

Con mil mortales heridas,
Rosas de un cándido pecho,
Yace doña Inés de Castro
En los campos de Mondego.....

Hay una comedia del maestro Tirso de Molina (parte 4.ª, 1635), *Favorecer á todos y amar á ninguno*, que tiene el mismo argumento que ésta de Lope. El breve análisis que hizo de ella Hartzenbusch, bastará para mostrar la semejanza, que llega á ser identidad, en lo fundamental de ambos poemas:

«Doña Beatriz de Silva, dama portuguesa, prima de la reina Isabel, mujer de D. Juan II de Castilla, era obsequiada por su rara hermosura de cuatro caballeros castellanos, á quienes solía conceder algún favor honesto y de pura cortesanía, porque los miraba con indiferencia á todos: el mismo rey D. Juan, que se prenda también de la hermosa portuguesa, obtiene de ella aún menos que sus competi-

(1) «Los Portugueses se glorían (dice un historiador del siglo xvi) de que una hornera con la pala mató siete castellanos.» (*Historia de la union del reino de Portugal á la corona de Castilla, de Jerónimo de Franchi Conestagio, caballero genovés. Traduzida de lengua italiana en nuestra vulgar castellana por el Dotor Luis de Bavia*..... Barcelona, 1610, fol. 124 vto.)

Hay una pieza dramática, de que es protagonista esta *virago: Auto novo e curioso da Forneira de Aljubarrota, en que se contem a vida e façanhas desta gloriosa matrona.* (Lisboa, 1794.)

dores. Sabedora la Reina de la inclinación de D. Juan, se venga en la inocente camarera de un modo terrible: la encierra en un armario, y la tiene allí tres días sin comer, beber ni respirar, donde hubiera muerto bien pronto, á no interponerse la mediación divina. La Virgen la socorre, y la aconseja se retire del mundo: obedece Beatriz, huye de Tordesillas á Toledo, y aparécesele en el camino San Antonio de Padua, que le anuncia que saldrá del convento de Santo Domingo el Real para fundar el de la Concepción.»

Cotejadas ambas comedias, hallo que la de Tirso está mejor escrita que la atribuída á Lope, pero creo que ni una ni otra importan nada para la gloria de sus autores.

VII.—LA PALOMA DE TOLEDO.

Es comedia muy rara, que se halla sólo en una *Parte veintinueve* de las llamadas *extravagantes*, impresa en Huesca por Pedro Blusón en 1634.

El estilo en muchas partes no es indigno de Lope, pero en otras presenta indicios de refundición, y aun podemos dar una prueba indirecta de ello. En el acto tercero se leen estos versos, evidentemente intercalados, pues no es posible que Lope tuviese la candidez de hablar de sí mismo en tales términos:

Heroico Plauto español,
Vega ilustre, á cuya frente
Es corona conveniente
Los nobles rayos del sol:
Describe esta heroica hazaña,
Pues á ti conviene solo
Ser el coronista Apolo
De acciones de un Rey de España.

Se ve que el refundidor era hombre de bien, y que quiso pagar modestamente su tributo al poeta cuya obra remendaba.

Es comedia genealógica, hecha adrede para ensalzar al linaje toledano de los Palomeques, representado por la protagonista D.ª Violante, que resiste heroicamente á las pretensiones del Rey:

Sabes que desciendo
De una de las ocho
Casas de Toledo.
Don Tel Palomeque
Fué mi bisabuelo,
Á quien degolló
El bravo don Pedro.
En San Antolín,
Á honor yace nuestro,

Coronado el nombre,
Sin cabeza el cuerpo.....

Esta D.ª Violante, llamada por su nítida hermosura *La Paloma de Toledo*, es un débil trasunto de las constantes heroínas de *La Niña de plata*, de *La Estrella de Sevilla* y de *Lo cierto por lo dudoso*, tan finas apasionadas de sus galanes como fuertes y hábiles para defender su honor de las persecuciones regias:

Y mis palomas saldrán
Más lozanas de su nido,
Con un Guzmán por marido,
Que con un rey por galán.

El Rey es el pobre D. Juan II, que hace aquí el mismo papel que en la pieza anterior y con el mismo resultado. También interviene en la acción el viejo señor de Batres, Fernán Pérez de Guzmán, presentado en algunas escenas con menos decoro del que cuadraba al ceñudo historiador y austero moralista que jamás condescendió con las flaquezas regias. Los lances de la comedia son triviales: celos y cuchilladas, ronda nocturna, un encuentro entre dos rivales cerca del castillo de San Cervantes, trueque y confusión de un papel.

Pero la versificación merece alabanza. Ya desde la primera escena nos encontramos con la pintura de un potro,

Que con andaluz desgarro
El freno tasca bizarro,
Desempedrando el portal.

Versos que en seguida traen á la memoria estos otros de D. Juan Ruiz de Alarcón en *La Verdad sospechosa:*

Ya tus caballos están
Viendo que salir procuras,
Probando las herraduras
En las guijas del zaguán.

En el acto segundo hay tres romances demasiado largos, pero de muy briosa y caballeresca entonación, sobre todo el último de ellos:

Honor de los Palomeques,
Cuya generosa sangre,
Del alba que ilustra á Tormes
Hermosea los celajes.....
Y tú, noble padre mío,
A quien comunica Batres
Escaques de sus Toledos,
Armiños de sus Guzmanes.....

Si la parte seria de esta pieza se distingue por lo noble y urbano del estilo, no

vale menos la parte jocosa, especialmente por la originalidad del tipo del gracioso, que en esta pieza es un arbitrista, empeñado en quitar

La niebla á Valladolid,
Y los lodos á Madrid,
Y las cuestas á Toledo;

y que expone en estos términos su programa, no anticuado del todo, según creemos:

Mi estudio, señor, no trata
En cosas de ratería,
Si nos traen mercadería
Ó si nos llevan la plata;
Si oro sale, si entra cobre,
Si ganan chento por chento,
Si con uno y otro asiento
Tienen á Su Alteza pobre;
Si está su renta caída,
Pues esto viene á parar
En que al Rey hemos de dar
La hacienda, como la vida.
Si es bien moderar el traje,
Rapar al mozuelo el moño;
Sólo trato que en otoño
Tenga melones Getafe,
Ciempozuelos mucho ajo,
La Mancha las trojes llenas,
Y zocatas berenjenas
Todas las huertas del Tajo.
Que es una cosa muy vil,
Digna de que la repares,
Que esté cerca Manzanares
Y dependamos de Abril.
Y con un ingenio mío,
Si en Castilla le dispones,
Con menos de mil millones
La ha de regar este río.

Abundan los rasgos de grato color local, que indican que esta pieza se compuso en Toledo:

Yo, cuando amo más tierno,
Doy sólo, á lo toledano,
Albarcoques en verano,
Y membrillos en invierno.
De noche, sin alborotos,
Me lo ofrecen los frutales,

Saltando los cigarrales
Y vadeando los sotos.

Algunas de las redondillas que pronuncia Galván podrían correr sueltas como donosos epigramas, v. gr.:

Uno sé yo tan pesado,
Que á la corte tiene ahita,
Que hizo á un grande una visita
La noche de desposado.

Nótese, finalmente, una alusión al romance viejo del conde Claros (acto segundo).

VIII.—EL PIADOSO ARAGONÉS.

El original de esta comedia (firmado por Lope en 17 de Agosto de 1626, y acompañado de aprobaciones para que se representase aquel año en Madrid, el siguiente en Zaragoza, y en 1631 no sabemos dónde, por estar rota en parte la última hoja del manuscrito) se conserva en la Biblioteca Nacional, y procede de la de Osuna. A él va ajustada nuestra edición, aunque en nada esencial difiere del que se publicó en la *Parte* 21 (1635), que Lope dejó dispuesta para la imprenta, y dió á luz su yerno Luis de Usátegui. Como todas las obras de la vejez de Lope, está correctamente escrita y abunda mucho en décimas y romances. No le faltó motivo al censor Pedro de Vargas Machuca para encomiar la «singular dulzura de estilo y bondad de versos» de esta pieza, si bien en toda ella reina cierta languidez y amaneramiento, que son resultado de un vicio radical de concepción, es decir, de la manera falsa y pueril con que Lope, deslumbrado esta vez por preocupaciones indignas de tan gran poeta, ó cediendo acaso á sugestiones extrañas al arte, trató el magnífico argumento del Príncipe de Viana, profanando aquella noble figura histórica, y dejando en su obra un triste documento de abyección y servilismo, que desearíamos arrancar de las páginas en que se leen maravillas tales como *Peribáñez* y *Fuente Ovejuna*. *El Piadoso Aragonés* es una falsificación continua y sistemática de la historia, y de una historia tan conocida y famosa que pone grima tanta audacia, y el efecto resulta enteramente contrario á los propósitos del autor. Todo es falso, convencional y frívolo en esta pintura. ¡Con decir que *el piadoso aragonés* es el terrible D. Juan II, que no hace durante todo el curso de esta monótona pieza más que perdonar á su hijo y gemir y lloriquear por su ingratitud y rebeldía! La apoteosis de D.ª Juana Enríquez subleva el ánimo: su glorioso hijo, que no tenía para qué figurar en esta pieza, puesto que se trata de hechos anteriores á su aparición en la arena política, y en los cuales, afortunadamente, no intervino, aunque en provecho suyo refluyesen, está convertido en un galancete ridículo, y presentado sin nobleza ni decoro alguno. Y, finalmente, aquel Príncipe de Viana, tan culto, tan humano, tan dolorosamente simpático, cuyo irresistible atractivo personal fanatizaba a las muchedumbres, cuya

triste sombra, vagando por nuestros anales, ha llenado de piedad á los más severos jueces; aquel que Juan de Mariana apellidó «mozo dignísimo de mejor fortuna y de padre más manso», se presenta en el engendro dramático de Lope como un ambicioso insensato y brutal, como un mal hijo que, vencido y perdonado una vez y otra, no piensa más que en afrentar las canas de su padre. No es preciso ser apologista ciego del Príncipe de Viana, como lo son modernamente algunos historiadores catalanes y navarros, ni darle toda la razón en aquella especie de lucha civil, para comprender que, cualesquiera que fuesen sus yerros políticos, y aun, si se quiere, las flaquezas ó extravíos de su voluntad en tal ó cual circunstancia de tan complicado litigio, y especialmente en la primera provocación á la guerra, el derecho estaba de su parte, y nunca extremó la defensa hasta el punto que hubieran querido sus más ardientes parciales. Más que de temerario pecó siempre de irresoluto; su misma capacidad especulativa, sus refinados gustos literarios, su amor á la vida reposada y estudiosa, le inclinaban á la paz y le estorbaban para la acción tumultosa y violenta. Si descendió á ella, fué, más que por impulso propio, como instrumento de pasiones é intereses ajenos. Su condición blanda y sencilla, su candoroso abandono, le condenaron á ser, más bien que caudillo de una parcialidad, constante prisionero de ella, de los beamonteses en Navarra, de los concelleres en Barcelona. No fué un grande hombre, pero le salva el haber vivido la vida intelectual y el haber sido tan infeliz. Sus veleidades de ambición, si las tuvo, resultaron frustradas por la radical antinomia que en su carácter había entre los propósitos y la ejecución; y una especie de trágico destino pareció burlarse de todos sus conatos, que unos tras otros se deshacían, como la trama sutil de que se forjan los sueños. Gran triunfo hubiera sido para la soberana musa de Lope dar vida dramática á esta especie de Hamlet de la historia; pero, lejos de intentarlo siquiera, hizo una caricatura absurda, como, por otra parte, lo son todos los personajes de esta pieza. ¿Quién reconocerá, por ejemplo, al férreo batallador, al astuto político D. Juan II de Aragón, tan inaccesible á la compasión como al temor, en el afeminado, caduco y plañidero viejo que en esta comedia nos hastía con sus sermones sobre el amor paternal? ¡Buena manera de glorificar al Rey á cuya imposible apología se endereza este drama! ¡Cuánto hubiera ganado presentándole en su nativa fiereza, con aquella fibra de la voluntad que faltaba á su hijo; tal, en suma, como se mostró en la desesperada resistencia de diez años, que, viejo y ciego y abandonado de todos, sostuvo contra la formidable revolución catalana y contra todos los aliados y defensores que ella buscó en Castilla, en Portugal, en Francia!

Para que todo sea rematadamente malo en esta comedia (á excepción del estilo), la fábula es descolorida, insulsos los episodios (bautizo de un hijo natural de D. Carlos; amores del príncipe D. Fernando en Zaragoza). La historia, no sólo está falseada en lo sustancial, sino también en la parte externa, con monstruosos anacronismos, tanto más reprensibles, cuanto que no nacen de ignorancia. La guerra civil de Navarra, que comenzó en 1452, se supone acaecida después de la muerte del Magnánimo Alfonso V, que no falleció hasta 1458, precisamente cuando estaba refugiado en su corte el Príncipe de Viana. Don Fernando el Católico, que hizo sus primeras

armas en la batalla de los Prados del Rey, derrotando al Condestable de Portugal en 1465, es decir, cuatro años después de la muerte del Príncipe su hermano, aparece ganando batallas contra él, y por añadidura casado con la Reina Católica, matrimonio que no se efectuó hasta 1469, como ningún español ignora. Y no son éstos los únicos desatinos, aunque sean de los más salientes.

El espíritu político de esta pieza no es ya el sentimiento monárquico puro de *El mejor Alcalde, el Rey*, ni siquiera el hiperbólico y bastardeado, pero todavía grandioso y terriblemente dramático, que admiramos en *La Estrella de Sevilla*, en *García del Castañar* y en otros muchos dramas nuestros, sino la mezquina adulación palaciega, sin freno ni conciencia. Júzguese por estos consejos que su privado Rocaberti da al Rey, exhortándole á apoderarse en rehenes de un niño recién nacido, fruto de los amores del príncipe D. Carlos con D.ª Elvira Abarca:

Y aun no sé si es inocente,
Porque me atrevo á pensar
Que le podemos culpar
Por hijo de inobediente.
Bien sé que el niño no siente
En lo que puede culparse,
Pero no puede excusarse
De que culpa le alcanzó,
Pues su padre le engendró
Cuando pensó rebelarse.....

Tratándose de obra tan baladí como ésta de Lope, y de tan conocido tema como el de las desgracias del Príncipe de Viana, creo superfluo entrar aquí en ningún género de disquisiciones eruditas. Baste dejar sentado que la verdadera poesía de este argumento debe buscarse en la historia, donde afortunadamente sobran medios para conocerle á fondo. Ya Zurita narró los hechos con aquella severidad y pleno desinterés que le da el primer puesto entre nuestros analistas, manteniendo fiel la balanza, sin mostrar excesiva predilección ni al Príncipe ni á su padre. Menos imparciales se han mostrado, por un afecto muy disculpable, los cronistas navarros, extremándose en ello el jesuíta continuador de los *Anales* del P. Moret, que habló del asunto con su habitual acrimonia en todo lo que de cerca ó de lejos toca á los príncipes de estirpe castellana. Quintana, en sus *Vidas de españoles célebres*, levantó á la memoria del infortunado D. Carlos un monumento clásico, de sobria y elegante arquitectura. Pero desde 1807, fecha de su biografía, que puede considerarse como el mejor resumen de los trabajos anteriores, la exploración más frecuente de los archivos de Navarra y Cataluña, y especialmente la publicación de los documentos que el de la Corona de Aragón guarda sobre las turbulencias de fines del siglo XV (1), han renovado por completo el tema, dando ocasión en España y fuera

(1) *Colección de documentos inéditos sacados del Archivo de la Corona de Aragón*, tomos XIV, XV, XVI, XVII y XXVI.

de ella á nuevas y copiosas (1) monografías que no tenemos que juzgar aquí, pero que prueban el interés, siempre vivo, de este episodio histórico, en el cual á veces se ha mezclado más de lo justo la levadura de las pasiones políticas modernas.

El Príncipe de Viana es héroe de varias composiciones dramáticas de nuestro siglo, que van, naturalmente, por rumbo muy distinto del que siguió Lope. Recuerdo entre ellas la de D. José Zorrilla, *Lealtad de una mujer y aventuras de una noche* (1840), que, salvo lo histórico del personaje, es una comedia de capa y espada, á estilo de las de Calderón; y *El Príncipe de Viana*, drama trágico de D.ª Gertrudis Gómez de Avellaneda, representado é impreso en 1844, é inspirado principalmente en la biografía escrita por Quintana, que también había proyectado una tragedia clásica sobre el mismo argumento (2).

IX.—LOS VARGAS DE CASTILLA.

Comedia muy rara, que se halla sólo en una *Parte XXVII* de las *extravagantes* (Barcelona, 1635), de la cual se conservan fragmentos en un tomo colecticio de la biblioteca de Osuna (hoy de la Nacional). Es texto incorrectísimo, como la mayor parte de los de su clase. La atribución á Lope no ofrece duda, y está confirmada en los últimos versos. Por el estilo parece composición de su juventud, escrita probablemente en Sevilla, donde Lope residió largas temporadas desde fines de 1600 hasta Mayo de 1604. Las alusiones locales son continuas y tienen mucha vida y frescura, como impresión de cosa presente:

Ahora, cuando Sevilla
Sale á buscar viento frío
Á la Barqueta ó al río,
Hacia el Beto ó la Almenilla,
Y á Guadalquivir, que está
Lleno de enramados barcos,
Que forman triunfantes arcos
Para el que á embarcarse va,
Siendo su corriente ufana,
Con variedad de hermosuras,
Una selva de aventuras

(1) Cutchet (D. Luis), *Cataluña vindicada*. Barcelona, 1858.

Desdevises du Dezert, *Don Carlos d'Aragon, Prince de Viane. Étude sur l'Espagne du Nord au XV^e siècle*. París, 1889.

Ruano Prieto (D. Fernando), *Don Juan II de Aragón y el Príncipe de Viana*. Bilbao, 1897.

(2) No faltan tampoco ensayos novelescos, en verso y prosa, acerca del Príncipe de Viana. Recuerdo cinco romances del difunto académico y estimable poeta navarro D. Joaquín Mencos, Barón de Bigüezal (después Conde de Guendulain), publicados en *El Artista* (1835), t. I, páginas 221-224.

Desde Sevilla á Triana.....

. . . .

Junto á Gradas, porque acaso
Un amigo me brindó
En cal de Bayona, y yo
Hice la razón de paso.

. . . .

Adiós, Sevilla soberbio,
Teatro del mundo, esfera
De la discreción, y centro
De la grandeza de España,
Y cifra, y mundo pequeño;
Pan de Gandul de mi vida,
Roscas de Utrera del cielo,
Alcaparrón como el puño,
Aceitunas como el cuerpo;
Sábalos del Alamillo,
Ostiones en cárcel presos
Por valerosos pescados,
Sardinas, lenguados frescos.....;
Camarón con lima, vino
De Cazalla blanco y negro;
Que á Castilla y Aragón,
Á comer siempre carnero
Me llevan, por mi desdicha,
Travesuras de don Tello.

El primer acto es muy movido, muy interesante, está dialogado con soltura y bizarría: promete un buen drama de costumbres caballerescas. Pero en el segundo, todo se echa á perder, y la obra degenera en una comedia genealógica, de las más vulgares y destartaladas, que sólo pudo ser grata á los caballeros del apellido de Vargas. De histórico no creo que tenga más que los nombres de D. Enrique IV y D. Juan II de Aragón, envueltos en una intriga enteramente fabulosa, como lo es también la procedencia sevillana que Lope atribuye á los antiquísimos Vargas de Madrid.

Por un curioso pasaje de esta pieza inferimos que Lope no era aficionado ni apologista de las corridas de toros:

MILLÁN.

Si fuera alguna sortija
En Castilla ó en Granada,
Alguna justa ó torneo
Entre personas humanas,
Fuera justo verlas; pero
Una fiesta temeraria
Con animales feroces

Que tienen cuernos por armas,
Y no se rinden ni vencen
Á razones ni á palabras,
Y viene á ser el mejor
Aquel que más hombres mata,
¿No es mal gusto verla?

DON TELLO.

Estás
Filósofo, y no te falta
Razón; que esta fiesta bruta
Sólo ha quedado en España;
Y no hay nación que una cosa
Tan fiera y tan inhumana,
Sino es España, consienta.

MILLÁN.

Yo no sé ¡por Dios! qué hallan
En ver un toro correr
Tras un hombre, y si le alcanza,
Verle volar por los cuernos
Y verle bajar sin bragas.....
¿Éste es buen gusto? ¿Por esto
Un hombre discreto pasa,
Pudiendo estarse entretanto
Tendido al fresco en su casa?
Y no: «¡Bravo toro es éste!
Veisle, en el arena escarba;
Él hará más de una riza,
Ni se dormirá en las pajas.
Dios te guarde, caballero:
¡Bravo rejón! ¡Linda lanza!
Si le quiso, no le quiso.
¡Qué lindo acero de espada!
La cola le corté á cercen.
¡Vive Dios, si el toro aguarda,
Que le lleva todo el lomo!
Echen otro; aparta, aparta.
Vuelvan á cerrar la puerta:
¡Qué furia del toril saca!»
Luego le dice: «Abragado;
Él es de famosa casta;
Ya partió tras de aquel pobre;
No hay onza como él; dos brasas
Tiene por ojos. ¡Ah, perro,
Éste se come las capas!»
¿Hay disgusto semejante?
¡Qué calor! ¡Qué sol! ¡Mal haya
Si yo pagare tablado,

Si yo subiere á ventana
Á ver toros en mi vida,
Aunque á dar lanzadas salgas!

Esta viva y graciosa pintura puede dar idea del mérito que tiene, sobre todo en la parte de locución y estilo, el primer acto de esta ignorada comedia, digno de andar en mejor compañía que la de los dos restantes.

X.—EL MEJOR MOZO DE ESPAÑA.

Texto de la *Parte XX* de Lope (1625), qué fué reimpresa tres veces, sin variante alguna (Madrid, 1627 y 1629; Barcelona, 1630). También figura en la coleccion selecta de Hartzenbusch (tomo III).

La epístola que precede á esta comedia es curiosa, por más de un concepto, para la historia anecdótica del siglo XVII. Lope se la dedicó *al mejor mozo* que en España había en su tiempo, á excepción, por supuesto, de Felipe IV, «dejando en su veneración la dignidad real, siempre desigual á toda comparación». Este buen mozo no era otro que el famoso alguacil de corte Pedro Vergel, á quien la maldiciente y venenosa pluma del Conde de Villamediana hizo blanco continuo de atroces injurias en muchas composiciones satíricas (1), de las cuales la posteridad sólo recuerda un epigrama que ha bastado para clavar al pobre ministril en la picota de la infamia:

---

(1) En su interesante libro sobre *El Conde de Villamediana* (Madrid, 1886), apéndice segundo, páginas 239-243, ha reunido nuestro académico electo D. Emilio Cotarelo todas estas sátiras, tan ingeniosas como desvergonzadas, y que tienen por único tema la paciencia y mansedumbre conyugal de Vergel.

No fué Villamediana el único de sus detractores. En el curiosísimo proceso formado en 1609 á Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo por haber escrito *unos versos que trataban de cuernos*, leemos lo siguiente:

«Preguntado si es verdad que entre los dichos quadernos y papeles tenia este confesante unos versos ó sátira contra *Pedro Berxel*, Pero de Sierra y Gerónimo Ortiz, alguaciles desta corte, en que hablaba de los susodichos y sus mujeres mal, diga y declare quándo lo hizo, dixo que este confesante tenia entre los demas papeles el que se le ha preguntado, en el qual decia de los dichos alguaciles *la causa de su salida desta corte que avia sido por ser pacientes*, y que los avia hecho para sí y no los avia publicado á nadie, y luego yncontinente el dicho señor alcalde mandó á mí el presente scribano le mostrase al dicho Alonso de Salas los versos que le fueron hallados..... el qual abiéndolos visto reconozió ser la cancion que hizo á los dichos alguaciles.....»

(Documento de Simancas, publicado por D. F. R. de Uhagón en el prólogo de *Dos novelas de Salas Barbadillo, reimpresas por la Sociedad de Bibliófilos españoles* (Madrid, 1894), página XXVIII.)

¡Qué galán que entró Vergel
Con cintillo de diamantes!
Diamantes que fueron antes
De amantes de su mujer.

Fué buena y caritativa acción (suponiéndola desinteresada) la de nuestro gran poeta en vindicar á Vergel de tales afrentas y vituperios, á los cuales manifiestamente alude en algunos párrafos de esta dedicatoria; y en cubrirle con su manto y asociarle á su gloria, escribiendo su humilde nombre al frente de una de sus obras, y haciendo saber á la posteridad las buenas prendas que tuvo y lo bien quisto que fué de todo el mundo: «¿Á quién no mueve el ánimo, para estimar á vuesa merced, amarle y conocerle, ver juntas en un sujeto tantas cosas tan dignas de alabanza, que de cualquiera dellas se honrararan muchos? La persona, el brío, el buen gusto, el donaire, la gala, la condicion, la liberalidad, la honrada lengua, el espíritu levantado á cosas grandes, la destreza en las armas y el valor en la ejecucion, con tan notables ejemplos, que habiendo hecho pedazos (con sola la capa y la espada) dos toros ferocísimos en Lisboa, preguntaban algunos fidalgos á los criados de Su Majestad «si »vuesa merced era portugués ó habia deseado serlo». No me atrevo á referir tantas cosas como pudiera en razon de su gallardo ánimo por no despertar la envidia; diré solamente, en prueba de servicios de criado de la casa y corte de Su Majestad, el que hizo al Rey nuestro señor Felipe III en la jornada de Francia (á que yo me hallé presente) cuando en aquella tempestad entre Irún y Fuenterrabía, airado el cielo, soberbio el mar y perdido el camino, estuvo cerca de perder la vida, pues no fué menos que dársela en tanto desamparo conducirle al puerto. Estos y muchos servicios á reyes, príncipes y señores, extranjeros y propios, le han hecho á vuesa merced tan amable y bien recibido entre ellos, que tendria por hombre bajo, de viles costumbres y entendimiento quien no sintiese de sus méritos y partes lo que aprueban y abonan tan altos príncipes. De la envidia dijo un sabio «que carecia de »sueño por no perder un instante el ejercicio de su infame lengua». Vuesa merced con la espada y yo con la pluma echémosla deste lugar; que á vuesa merced ayudará el capitan Contreras (1) y á mí el licenciado Juan Perez de Montalban, que nació donde vuesa merced y yo nacimos. Reciba, pues, agora, con el gusto que suele defender mis cosas de los malos poetas en los teatros públicos, esta comedia..... Haga y diga la envidia lo que quisiere, que se quedará para quien es, y yo satisfecho de que lo sienten conmigo cuantos con desapasionado juicio miran y censuran las virtudes con la balanza de la razon, fieles de los pesos falsos que hace la malicia de los que nacen bárbaros y sin conocimiento de sus defetos. Mejor lo ha hecho vuesa merced, que sólo ha tenido manos para defender amigos, lengua para honrar enemigos y vara para prender voluntades.»

A esta amena y bien intencionada dedicatoria sigue la comedia, que, aunque lite-

(1) ¿Quién sería este capitán Contreras? ¿Tendría algún lance con Villamediana? Averígüenlo los curiosos.

rariamente no pasa de mediana ni debe ponerse entre lo escogido del Teatro de su autor, ha encontrado gracia á los ojos de algunos críticos por lo simpático de su asunto, por su fácil desempeño y por no alejarse demasiado de la historia en sus principales circunstancias.

Con el extraño nombre de *el mejor mozo de España* designa Lope al Rey Católico cuando joven, aplicándole la palabra *mozo* en doble sentido: el de mancebo hermoso y gallardo, y el de mozo de mulas, disfraz que toma aquel Príncipe para venir encubierto á hacer sus bodas en Castilla.

La más extensa y puntual relación de las novelescas circunstancias que intervinieron en los desposorios de los Reyes Católicos es la que consignó en el libro XII de sus *Décadas* latinas (inéditas aún) el cronista Alonso de Palencia, que intervino mucho en todos aquellos viajes y negociaciones (1). No creo que Lope acudiese á esta fuente, porque los códices de las *Décadas* son muy raros, y hasta por los historiadores de profesión han sido mucho menos estudiadas de lo que debieran. Pero pudo valerse, y se valió seguramente, de uno de los dos compendios (en sustancia idénticos) que en lengua vulgar corren de una parte de estas *Décadas*, y son el *Memorial de diversas hazañas* de mosén Diego de Valera, y la llamada con impropiedad *Crónica castellana de Alonso de Palencia*, puesto que la versión no es suya, sino de intérprete desconocido y asaz imperito. Es cierto que ninguna de estas dos obras estaba impresa en tiempo de Lope (la atribuída á Palencia no lo está todavía), pero ya hemos podido comprobar en otros casos que á Lope no le arredraban las crónicas inéditas, y que estaba profundamente versado en la historia nacional. Por otra parte, las copias de la llamada *Crónica de Palencia* abundan más que muchos libros impresos: no hay biblioteca de mediana importancia que no tenga varias; y en tiempo de Lope debían de ser todavía más vulgares, pues hubo furor de transcribir en el siglo XVI este libro, acaso porque su publicación ofreciese entonces algunos inconvenientes. Con Palencia se conforma también Zurita, que además examinó, como de costumbre, los documentos originales, para tejer la relación de estos sucesos, que detalladamente expone en varios capítulos del libro XVIII de sus insignes *Anales de Aragón*.

El asunto era novelesco de suyo, y quizá lo parece más en las *Décadas* de Palencia que en la comedia de Lope, á pesar del vivo realismo con que éste trazó las escenas del viaje, acomodándose más á la libertad de la comedia romántica que á la gravedad del drama histórico. Interpuso también algunos incidentes fabulosos, pero que ya corrían con crédito entre el vulgo, como la embajada de los castellanos al Duque de Segorbe para proponerle la boda con la Princesa, intento que resulta

(1) Véase sobre este punto la *Ilustración 2.ª* de las que D. Diego Clemencín añadió á su *Elogio de la Reina Católica* (*Memorias de la Academia de la Historia*, t. VI, 1821, páginas 62-106). El *Elogio* (dicho sea de paso) no debe considerarse más que como el prólogo de las sabias *Ilustraciones* ó disertaciones, que son las que dan verdadero valor á este libro, uno de los mejores de historia que se han publicado en España.

frustrado por la altanería con que les da á besar su mano, provocando esta sangrienta ironía de D. Gutierre de Cárdenas:

¡Qué lindas manos tenéis!
¡Qué blandas y bien tratadas,
Á los guantes enseñadas,
En que siempre las ponéis!
La paz se os echa de ver
Que en esta tierra gozáis.
Parece que os las curáis:
¡Cuidado debe de haber!
Como allá los castellanos
Andamos siempre en la guerra
De la conquistada tierra,
Tenemos ásperas manos.
La manopla no las hace
Tan blandas, señor, en fin,
Como el guante y el jazmín
Que por estas huertas nace.
Mil años gocéis las manos,
Y mirad qué nos mandáis.
. . . .
Pensamientos fueron vanos. (Aparte.)
Él tiene muy lindas manos,
Pero no para Isabel.

Ignoro el fundamento de esta hablilla, nacida probablemente de malquerencia contra la casa de Cardona ó de inquina provincial entre valencianos y castellanos. Lo cierto es que entre los numerosos pretendientes á la mano de D.ª Isabel, de que habla la historia, no figura el Duque de Segorbe. Es histórica, por el contrario, la embajada del Cardenal de Arrás, que vino en nombre del rey Luis XI de Francia á proponer á la Princesa el matrimonio con su hermano Carlos, duque de Berry y de Guiana. Doña Isabel respondió (según dice Palencia y repiten las crónicas castellanas) «que ella habia de seguir lo que las leyes destos reinos disponian en gloria y acrecentamiento del ceptro real dellos. Con esta respuesta, el Cardenal, malcontento, se partió á Francia.»

Antes de dar esta respuesta evasiva, y para no proceder de ligero, la Princesa (como refiere el mismo cronista, tan enterado de todos estos particulares) «habia enviado en Francia un capellan suyo, hombre fiable, llamado Alonso de Coca, para que mirase al Duque de Guiana, y con gran solicitud supiese de sus costumbres, y lo mesmo hiciese de D. Fernando, príncipe de Aragon, porque pudiese á la Princesa y á la Reina (viuda, su madre) aconsejar lo que más convenia. Y venido relató á la Princesa todo lo que conoció destos príncipes, diciendo en cuántas excelencias excedia el Príncipe de Aragon al Duque de Guiana; como el Príncipe fuese de gesto y proporcion de persona muy hermosa y de gentil aire y muy dispuesto para toda

cosa que hacer quisiere, y que el Duque de Guiana era flaco y femenino, y tenia las piernas tan delgadas que eran del todo disformes, y los ojos llorosos y declinantes á ceguedad, de manera que antes de poco tiempo habia menester más quien le adestrase que caballo ni armas para usar de caballeria. Y allende desto decia las costumbres de los franceses ser muy diferentes de las de los españoles..... Lo cual todo la Princesa oyó alegremente, porque en todo favorecia al deseo de su voluntad, que era casarse con el Príncipe de Aragon.»

Lope dejó sin utilizar estos y otros detalles no menos peregrinos y característicos, que hubieran dado á su cuadro la entonación de que carece. La escena con el embajador francés es insignificante, y también está ligerísimamente tratado el episodio del Maestre de Calatrava, D. Pedro Girón, del cual, con más reposo hubiera podido sacar tanto partido. También aquí la prosa del cronista vale más que los versos de la comedia. Quizá ese capítulo esté inspirado por una parcialidad rencorosa (que no era Palencia historiador de los que tienen á raya, ni menos de los que disimulan, sus predilecciones y sus odios); quizá hoy resulte en parte invalidado con el reciente hallazgo de importantes documentos, entre ellos el testamento del propio Maestre (1); pero ¡qué hermosa materia para la psicología dramática ofrecía aquel arrogante caballero, herido de súbito por el brazo de la muerte, precisamente cuando creía llegar al logro de todos sus sueños de ambición y de gloria, y que muere blasfemando porque Dios no le había concedido cuarenta días más de vida! El cronista ha rodeado esta historia de terrores y prestigios sobrenaturales. En la catástrofe del Maestre ve patente la intervención divina, lograda por las lágrimas y oraciones de la Princesa: «Como la infanta doña Isabel fuese certificada del propósito con que el maestre de Calatrava venia, estuvo un dia y una noche sin comer ni dormir, en mui devota contemplacion, suplicando á nuestro Señor umildemente que le pluguiese de una de dos cosas, hacer matar á ella ó á él, porque este casamiento no hubiese efecto» (2). Al lado de lo maravilloso cristiano, interviene con gran efecto poético la superstición de los agüeros, una de las más vetustas del paganismo ibérico: «Aqui parece dina cosa escrebirse un caso maravilloso acaecido siete dias antes de la muerte del Maestre, el qual fué que como partiese de la villa de Porcuna para continuar su viaje, fué á dormir á un castillo llamado el Barrueco, que es de la cibdad de Jaen, donde casi á hora de vísperas vido venir por el camino quel avia traydo una muy gran muchedumbre de cigüeñas, que era maravilla de las ver, viniendo delante de todas una que las guiaba; y llegando encima del castillo, allí estuvieron un gran rato faciendo tan gran ruido con los picos, que era extraña cosa de ver, é juntándose todas ficieron una redondeza tan grande, que aunque facía sol muy claro, el castillo escureció poco menos que si fuera de noche; de lo qual el Maestre fué mucho turbado é preguntó á todos qué les parecia de

(1) Publicado por D. F. R. de Uhagón en los apéndices á su discurso de recepción en la Academia de la Historia (1898).

(2) Crónica castellana llamada de Palencia, año XI.

aquello, los quales respondieron que no sabian qué decir, salvo que nunca vieron semejante cosa, y el Maestre mandó que mirasen qué camino seguian las cigüeñas, é fallaron que llevaron el derecho camino que otro dia el Maestre habia de llevar» (1).

Parece imposible que Lope dejara perder estos poderosos elementos de terror trágico que tenía tan á su alcance y que tanto se acomodaban á la índole popular y legendaria de su poesía. La escena de la muerte del Maestre es rematadamente insulsa, cómo otras varias de esta comedia, respecto de la cual siento no poder participar del entusiasmo de Schack, que encuentra en ella «vigorosa poesía» y «cuadros bellísimos de la historia de España». Lo que falta precisamente en este poema dramático es vigor y elevación histórica. Un asunto tan grande como la unión de los dos reinos en la cabeza de sus príncipes más gloriosos, está tratado como un cuento de viejas. No sólo carece este drama de unidad orgánica, de motivos serios, de interés concéntrico (para no hablar de los caracteres, que no están ni siquiera esbozados), sino que la acción está desmigajada, por decirlo así, en una serie de escenas mezquinas y pobres de vida poética. ¡Cuánto más efecto producen las *Décadas* (que aquí son Memorias) de Alonso de Palencia cuando nos hace seguir paso á paso el viaje del Príncipe, con todos aquellos interesantes detalles de la barjuleta ó bolsa del dinero que se dejó olvidada Ramón de Espés en un mesón, y recobró con increible presteza Juan de Aragón; de la llegada nocturna de D. Fernando al Burgo de Osma y encuentro con el Conde de Treviño, entre el fulgor de las hachas y el alegre clamor de las trompetas; del juego de cañas de Valladolid y la caída del joven Troylos Carrillo, hijo del Arzobispo de Toledo; de la primera y misteriosa visita de los desposados en las casas de Juan de Vivero, entrando el novio por el postigo que daba al campo! Todas estas y otras circunstancias no menos pintorescas, que por sí solas hablan á la imaginación y adquieren nuevo realce tratándose de monarcas tan preclaros, se echan de menos en la comedia de Lope, y desgraciadamente, lo que puso de su propia invención no basta para suplir lo que á manos llenas le ofrecía la historia.

XI.—EL MÁS GALÁN PORTUGUÉS, DUQUE DE BERGANZA.

Texto de la *Parte VIII* de Lope de Vega (1617). Lord Holland poseyó una copia manuscrita con el solo título de *El Duque de Berganza*.

Fúndase esta comedia en un romance viejo y seguramente no muy posterior á la catástrofe que narra. El texto más antiguo, pero no el más completo de este romance, se halla en la segunda parte de la *Silva* de Zaragoza (1550), y tiene el número 107 en la *Primavera*, de Wolf:

(1) *Memorial de diversas hazañas*, en el tomo III de *Crónicas* de la colección Rivadeneyra, página 40.

Un lunes á las cuatro horas,—ya despues de mediodía,
Ese Duque de Berganza—con la Duquesa reñía;
Lleno de muy grande enojo,—de aquesta suerte decía:
—Traidora sois, la Duquesa,—traidora, fementida.—
La Duquesa, muy turbada,—de esta suerte respondía:
—No soy yo traidora, el Duque,—ni en mi linaje lo había;
Nunca salieron traidores—de la casa do venía.
Yo me lo merezco, el Duque,—en venirme de Castilla,
Para estar en vuestra casa—en tan mala compañía.—
El Duque, con grande enojo,—la espada sacado había;
La Duquesa, con esfuerzo,—en un punto á ella se asía.
—Suelta la espada, Duquesa,—cata que te cortaría.
—No podeis cortar más, Duque,—harto cortado me había.—
Viéndose en este aprieto,—á grandes voces decía:
—¡Socorredme, caballeros,—los que truje de Castilla!—
Quiso la desdicha suya—que ninguno parecía,
Que todos son portugueses—cuantos en la sala había.

Hay otra redacción mucho más completa y más rica de pormenores pintorescos en el Cancionero llamado *Flor de enamorados*, que recopiló Juan de Linares (Barcelona, 1575), y se halla también, aunque con variantes de poca monta, en la *Rosa española*, de Juan de Timoneda. Preferiré la lección de Linares, supliendo dos versos que se omitieron en ella y están en la de Timoneda:

Lunes se decía, lunes,—tres horas antes del día,
Cuando el Duque de Braganza—con la Duquesa reñía.
El Duque, con grande enojo,—estas palabras decía:
—Traidora me sois, Duquesa,—traidora, falsa, malina,
Porque pienso que traicion—me haceis y alevosía.
—No te soy traidora, Duque,—ni en mi linaje lo había.—
Echó la mano á la espada—viendo que así respondía.
La Duquesa, con esfuerzo,—con las manos la tenía.
—Dejes la espada, Duquesa,—las manos te cortaría.
—Por más cortadas, el Duque,—á mí nada se daría;
Si no, vedlo por la sangre—que mi camisa teñía.
¡Socorred, mis caballeros,—socorred por cortesía!
No hay ninguno allí de aquellos—á quien la favor pedía,
Que eran todos portugueses,—y ninguno la entendía,
Sino era un pajecico—que á la mesa la servía.
—Dejes la Duquesa, el Duque,—que nada te merecía.
El Duque, muy enojado,—detrás del paje corría,
Y cortóle la cabeza,—aunque no lo merecía.
Vuelve el Duque á la Duquesa;—otra vez la persuadía:
—Á morir teneis, Duquesa,—antes que viniese el día.
—En tus manos estoy, Duque,—haz de mí á tu fantasía,
Que padre y hermanos tengo—que te lo demandarían,
Y aunque no estén en España,—allá muy bien se sabría.

—No me amenaceis, Duquesa;—con ellos yo me avernía.
—Confesar me dejes, Duque,—y mi alma ordenaría.
—Confesaos con Dios, Duquesa,—con Dios y Santa María.
—Mirad, Duque, esos hijicos—que entre vos y mí había.
—No los lloreis más, Duquesa,—que yo me los criaría.
Revolvió el Duque su espada;—á la Duquesa hería:
Dióle sobre su cabeza,—y á sus pies muerta caía.
Cuando ya la vido muerta—y la cabeza volvía,
Vido estar sus dos hijicos—en la cama do dormía,
Que reían y jugaban—con sus juegos á porfía.
Cuando así jugar los vido,—muy tristes llantos hacía;
Con lágrimas de sus ojos—les hablaba y les decía:
—Hijos, ¡cuál quedais sin madre,—á la cual yo muerto había!
Matéla sin merecello,—con enojo que tenía.
¿Dónde irás, el triste Duque?—De tu vida, ¿qué sería?
¿Cómo tan grande pecado—Dios te lo perdonaría?

Este romance, mucho más afectuoso y patético que el primero, es, sin embargo, menos primitivo y tiene muchos resabios juglarescos, advirtiéndose en él una deliberada imitación del famosísimo del *Conde Alarcos*, aunque sin llegar, ni con mucho, á sus inmortales bellezas de sentimiento. Wolf puso á estos romances la siguiente nota: «Doña María Tellez, esposa del infante D. Juan de Portugal, Duque de Braganza, hijo del rey D. Pedro y de D.ª Inés de Castro, fué muerta á manos de su esposo por haberle inspirado injustos zelos contra ella su misma hermana doña Leonor y excitado su ambicion con la oferta de la mano de D.ª Beatriz, hija suya y del rey D. Fernando, y heredera presuntiva del trono de su padre, habiendo trazado este enredo D.ª Leonor, envidiosa de que si D. Juan llegase al trono, D.ª María, siendo reina, la seria superior, y fingiendo asegurar el cetro á su hija, si uniese sus derechos á los de D. Juan por el matrimonio de ambos. Conocido es que los cómplices en este delito no lograron el fruto de sus ambiciones, habiendo alzado los portugueses por sucesor de D. Fernando al maestre de Avís D. Juan, hijo tambien bastardo del rey D. Pedro.»

Pero, con paz sea dicho del ilustre colector de nuestros cantos populares, tengo por cosa indudable que los romances en cuestión aluden á una tragedia muy posterior á la de Doña María Téllez, y acaecida, no en tiempo del rey D. Fernando, sino en tiempo del rey D. Manuel: la muerte de D.ª Leonor de Mendoza, Duquesa de Braganza, por celos de su marido el duque D. Jaime, á quien, como en expiación de tal crimen, envió el Rey, en 1513, á la conquista de Azamor. Ya Luis Enríquez, que tomó parte en aquella jornada, lo indica en el poemita en octavas de arte mayor que sobre ella compuso y viene inserto en el *Cancionero* de Resende:

Onde per ele lhes fuy decrarado
Toda a tençao del rey, seu senhor,
Que foy *envial-o sobre Azamor*
Pola maldade do erro passado.....

Los cronistas de la casa de Niebla, á la cual pertenecía esta señora (hija de don Juan de Guzmán, Duque de Medina-Sidonia), callan cuidadosamente las circunstancias de su muerte. Pedro Barrantes Maldonado se limita á decir (1):

«En esta sazon (1503) casó el duque Don Juan de Guzman á su hija mayor Doña Leonor de Mendoza, é hija de su primera mujer Doña Isabel de Velasco, con el duque de Braganza Don Jaime, que era sobrino del rey Don Manuel de Portugal, hijo de su hermana, el qual era estimado en Portugal por la principal persona de aquel reino despues del rey su tio. Dióle el duque de Medina en dote treinta quentos de maravedis en dineros, joyas é axuar, que era en aquella sazon el mayor dote que se avia dado en España.....

»Don Jayme, de quien es nuestro intento, fué el quinto duque de Braganza, que yo conocí, persona de muy grande estado y valor, al qual despues de averse concertado el casamiento con Doña Leonor de Mendoza, mandó hazer el duque de Medina en la su villa de Sanlúcar muchas y muy grandes fiestas, y para las hazer más cumplidas se vino á la cibdad de Sevilla donde se hizieron las fiestas más complidas y costosas, á las quales se juntaron todos los deudos y amigos de la casa de Niebla y los mayores señores del Andaluzia, en que uvo torneos de pie y de caballo, justas, juegos de cañas, toros, aventuras y todo género de grandezas en que hizo muchos y muy grandes gastos, y enbióla á Portogal á Villaviciosa tan acompañada de señores é cavalleros como si fuera una princesa, y de Portogal vinieron por el semejante muy grandes señores y gran cavalleria de deudos y criados, vasallos y amigos del Duque con él, á recebirla.

»Tuvieron estos señores Don Jaime, duque de Braganza, y la duquesa Doña Leonor de Mendoza, su mujer, un hijo y una hija: el hijo es Theodosio, duque de Braganza, que oy tiene el estado, y la hija es la infanta Doña Isabel, que el hermano Don Theodosio casó con el infante Don Duarte, hermano del rey Don Juan de Portugal, tercero deste nombre.....

»En este año de 1513 á tres dias del mes de Setiembre ganó Don Jaime, duque de Braganza (cuñado del duque de Medina), á los moros de África la cibdad de Azamor con veynte mil onbres castellanos é portogueses que llevó en su armada.»

El mismo sospechoso silencio guarda Pedro de Medina en su *Crónica de los Duques de Medina-Sidonia* (2), escrita en 1561. Y también se envuelven en afectado misterio los antiguos historiadores portugueses, si bien Manuel de Faria y Sousa parece como que quiere levantar una punta del velo en estas intencionadas líneas de su *Europa portuguesa:* «Aunque este Príncipe era dominado de una profunda tristeza, á cuya obediencia obraba cosas extrañas, como desconocerse á sí mismo, y reputarse por alguna de las insensibles, con que á veces se abstenia del natural sustento, hubo de casarse, instado de los Reyes, con D.ª Leonor, hija de D. Juan de

(1) *Ilustraciones de la casa de Niebla.* (En el *Memorial Histórico Español*, t. x, páginas 416, 426 y 453.)

(2) Publicada en el tomo xxxix de la colección de *Documentos inéditos.*

Guzman, tercero duque de Medina-Sidonia. Recibido con ella faustísimamente assi por el dote como por las fiestas con que se celebró este Sacramento entonces, puesto en un caballo, con un criado solo se ausentó del regno, dexando una carta para el Rey, en que le pedia tuviesse por bien dar aquel Estado de que le habia hecho tan liberal merced, á su hermano Dionis, porque él se iba á pasar la vida en Jerusalen, guiado del intento que siempre habia tenido de vivir adorando el Sacrosanto sepulcro. Vuelan por mar y tierra mensajeros despachados de aquel zeloso príncipe, con la ansia que si en Jayme se le hubiera perdido la Alma. Gobernábanle los religiosos franciscanos de la Observancia de piedad, con quien tenia devocion extremada. Alcanzáronle en Calatayud de Aragon..... Hubo de obedecer al ruego y al mandato de su Rey, porque semejantes personajes, por el gusto de sus reyes súbito deponen el suyo. Logró á su esposa, de que tuvo poca, pero feliz sucesion: porque siendo solos dos hijos, Teodosio le sucedió en el Estado, y Isabel mereció por marido el infante D. Duarte, hijo de D. Manuel. Mirad el variar del discurso de los dias. Este Príncipe que los antecedentes dexaba el regalo de una esposa ilustre, tierna y bellísima por hazer vida penitente, fallecida ella, se enamoró de D.ª Juana de Mendoza, hija del Alcayde mayor de Mouram D. Diego, en calidad, sino en estado, benemérita desta Real fortuna: y aun sin la calidad lo pudiera ser, porque el amor mil vezes sustituye entre grandes príncipes una hermosura amada (singularísimo mérito de las hembras) por toda la grandeza; y más si en aquel encanto del albedrío se juntan el entendimiento y la modestia que en Juana competian con la forma: cosa rara en el mundo» (1).

Faria evita, como se ve, la relación del asesinato, pero insinúa el disgusto conyugal del Duque, y parece anteponer la prudencia y modestia de la segunda mujer á las cualidades menos loables de la primera. Algo de esto parece traslucirse también en el más antiguo y autorizado de los cronistas del rey D. Manuel, en Damián de Goes, que tenía doce años cuando ocurrió esta lamentable historia en los palacios de Villaviciosa: «Depois da morte da qual senhora elle (el Duque) se casou no de 1520 com uma dama formosa, prudente e discreta, por nome D. Joanna de Mendonça.»

El proceso original de esta tragedia existe en el Archivo de la Torre do Tombo (2), y si hemos de atenernos á él, no admite duda la feroz venganza del marido, y parece probado el adulterio de la Duquesa:

«*Aos dois dias do mez de novembro de* 1512, *duas horas ante-manhã pouco mais ou menos, em Villa-Viçosa nas casas do Reguengo, onde ora pousa o sur. duque de Bragança, foi chamado o bacharel Gaspar Lopes, ouvidor e juiz, perante mi tabellião, que elle tinha morta a senhora duqueza, sua mulher D. Leonor, e assi*

(1) *Europa portuguesa.* Segunda edición. Tomo II, 1679, 511-12.

(2) Gav. 11, leg. 8, núm. 16. El auto sumarial ha sido publicado varias veces, la primea creo que por Ignacio Pizarro de Moraes Sarmento, en las notas á su *Romanceiro portuguez o collecção de romances da historia portugueza.* (Porto, 1846.)

Antonio Alcoforado, filho de Affonso Pires Alcoforado, moço fidalgo da sua casa, per os achar ambos, e achar que dormian ambos, e lhe commeterem adulterio; pelo que o dito ouvidor e juiz se foram a uma camara, onde a dita senhora sohia dormir; e ahi jazia morta a dita senhora duqueza, e assi o dito Antonio Alcoforado, junto na dita camara, um junto do outro, o qual foi vista a dita senhora pelo dito ouvidor e juiz, e Gonçalo Lourenço, tabelliāo que era presente, e eu Alvaro Pacheco; e tinha uma grande ferida por baixo da barba, degolada, que cortara o pescoço cerce todo, e outra grande ferida por detraz, na cabeça, que lhe cortaba a cabeça quasi toda, que lhe apparecian os miolos; e junto com a dita ferida tinha outras tres muito grandes feridas. E o dito Alcaforado tinha o pescoço corto; e em a cama da dita senhora estava um barrete, dobrado de voltas, preto, que diziam esses que ahi estavam que era do dito Antonio Alcoforado e o dito ouvidor e juiz mandaram fazer este auto, para por elle perguntarem algumas testemunhas sobre o dito caso, e mándaram ao dito Gonçalo Lourenço e a mim tabelliao que assignássemos este auto; a qual a dita senhora duqueza estava vestida, e tinha uma cota de velludo negro barrado de setim preto, com uns perfiles de tafetá amarello, e um sainho de velludo negro, e uma cinta de setim raso o leonado; e assi o dito Antonio Alcoforado estava vestido; e tinha um gibāo de fustāo prateado, com meias mangas, e colar e pontas de velludo roxo, e umas calças vermelhas, e uns borzeguins pretos, e çapatos, e um saio preto, e uma custa de coiro preto com uma guarniçao de prata: e antes que se acabasse este auto de fazer chegaram Diogo de Negreiros, escrivāo, deante o dito ouvidor, e viu os sobreditos na dita camára jazer mortos.....»

Tan bárbaro asesinato quedó impune, como era de suponer dadas las ideas de la época y la alta jerarquía del matador. El Duque de Braganza llamó por edictos á los parientes de la Duquesa que quisieran vindicar su inocencia. Ofrecióse á la empresa D. Pedro Girón (célebre luego por la parte que tomó en la guerra de los comuneros y por la defección que les hizo), retando á su cuñado á espada y lanza; pero el de Braganza se excusó de aceptar el reto, alegando su condición de príncipe heredero del reino, y quedó la cosa en tal estado.

A pesar del instrumento judicial que hemos transcrito, hubo desde muy antiguo una tradición favorable á la inocencia de la Duquesa, en la cual pudo entrar por mucho la compasión que naturalmente había de excitar su trágico fin. La poesía popular, siempre caritativa y generosa, se puso resueltamente de su parte: uno por lo menos de los romances que se refieren á ella se cantaba seguramente antes de 1550, fecha de su primera edición. A este movimiento de simpatía popular se asociaron mucho más tarde algunos genealogistas portugueses. Parece que fué el primero de ellos en volver por la honra de D.ª Leonor, un Tristán Guedes de Quirós, fallecido en 1696, el cual, bajo la fe de ciertas *Memorias antiguas* que decía haber consultado en el archivo de la casa de Braganza, explicaba la catástrofe por un error novelesco, que recuerda bastante el caso de la desdichada Estefanía y de D. Fernán Ruiz de Castro, á semejanza del cual fué probablemente inventado. El Du-

que habia dado una joya á su mujer, quien se la entregó á una de sus criadas, y ésta á su amante, Antonio Alcaforado. Vió el marido la joya en el sombrero de su criado, y de aquí nacieron sus infundadas sospechas, bárbaros celos y espantosa venganza.

En el tomo v de la *Historia genealógica da Casa Real portugueza*, voluminosa compilación de carácter casi oficial que Antonio Caetano da Sousa (á quien pudiéramos llamar el Salazar y Castro de Portugal) publicó en tiempo de D. Juan V, bajo los auspicios de la antigua *Academia de Historia portugueza* (1), se aceptó la versión de Guedes, ampliándola con otros testimonios tradicionales favorables á D.ª Leonor. Mencía Vaz, mujer de buena vida y devota, con fama de santidad en el Alemtejo, había dicho á muchas personas nobles que la Duquesa asesinada era una santa, que su sangre se había conservado fresca por muchos años, y que el Duque había dado tormento á las criadas para obligarlas á declarar contra su ama. Una religiosa, también de gran virtud, había hecho la misma aseveración, fundándose en el dicho de su padre, que había sido criado del duque D. Jaime, y que estaba persuadido, como todos sus servidores, de que la Duquesa había muerto inocente. Un religioso contemplativo, Fr. Martinho, había exclamado al ver entrar el féretro de D.ª Leonor en el monasterio de Montes-Claros: «*Vinhaes, embora minha santa comadre, que por vos estava esperando.*» Al día siguiente, diciendo misa por el alma de la Duquesa, tuvo un éxtasis de tres horas, durante el cual vió que una paloma blanca revoloteaba sobre el altar. Para disculpar de algún modo la barbarie del Duque, suponían unos, como D. Francisco Manuel de Melo, que desde mucho antes estaba loco («adoleció del seso»), y otros, como el ya citado genealogista Sousa, que había obrado por sugestiones diabólicas. Claro es que para la crítica histórica ningún valor tiene todo esto; cítase sólo como expresión de un sentimiento popular, y arraigado aún hoy en el ánimo caballeresco de nuestros vecinos. La verdad sólo Dios la sabe (2).

Lo cierto es que el Duque se negó á pagar las deudas de su mujer y á cumplir ninguna disposición suya, y conservó su rencor hasta la hora de la muerte, como lo prueban estas palabras de su testamento, recientemente exhumado por Fernando Palha (3): «*Segundo direito, de meus filhos Theodosio e Isabel é toda a fazenda que da duquesa sua māe ficou, e porque «se perdeu pela culpa», eu pratiquei com letrados e acharam que me nāo valiau testamento nem havia obrigaçāo de se cumprir; ainda que alguma cousa d'isto pareça nāo se cumpra, nem alvarás de promessas, nem dividas, nem cousa nenhuma, porque as cousas feitas com entençāo*

(1) *Historia Genealogica da Casa Real Portugueza, por D. Antonio Caetano de Sousa, Clerigo Regular, e Academico do numero da Academia Real.* Tomo v. *Lisboa Occidental, na Officina Sylviana, da Academia Real,* 1738; páginas 575 y 58.

(2) El ingenioso novelista Camilo Castello Branco, que era también erudito no despreciable, trató por dos veces del caso de la Duquesa, primero en su libro *Excavaçoes* (páginas 19-34), y después en los *Traços de D. João III (Narcoticos*, Porto, 1882, páginas 99-109), alegando la mayor parte de los datos que van citados en el texto, y sosteniendo la culpabilidad de D.ª Leonor.

(3) En su libro *O casamento do infante D. Duarte con D. Isabel de Bragança.*

damnada não devem haver effeito, porque algums alvarás que me requereram algumas pessoas eu os não quiz cumprir, antes me descontentaram muito emprestarem dinheiro a minha mulher em segredo pois eu lhe dava o que lhe cumpria.»

Pero el mismo erudito portugués que dió á conocer este documento, que por lo menos prueba el odio inextinguible de D. Jaime contra la memoria de su mujer, cree en la inocencia de D.ª Leonor, y traza de su marido esta vigorosa semblanza, en que se disciernen todos los rasgos de un desequilibrio ó degeneración mental muy pronunciada: «Era singular el carácter del Duque, lleno de contradicciones é inconsecuencias. Los actos de toda su vida más parecen concebidos por diversos individuos, que pensados y ejecutados por un solo hombre. Humilde con exceso, hasta el punto de abandonar su casa y estado para ir á profesar en Roma, escogiendo el hábito de San Francisco, el más pobre de los hábitos; delicado en puntos de honra hasta el extremo, tan contrario á la humildad cristiana, de asesinar bárbaramente, por meras sospechas, á su primera mujer; valiente cuando á la cabeza de las tropas reales y de las suyas propias acometía en Africa la plaza de Azamor; tímido cuando respondía al desafío que de Castilla le mandó el Conde de Ureña, por causa de la muerte de D.ª Leonor, excusándose para no aceptarle con la calidad de heredero del reino, que ya no tenía; pródigo cuando á su costa armaba y vestía cinco mil infantes y quinientos caballeros para la empresa de Azamor, ó cuando por bajo precio vendía Vidigueira y Villa de Frades á Vasco de Gama para facilitarle el obtener el título de conde; mezquino cuando rehusaba á su hija el dote necesario para casarse con un príncipe de sangre Real; altivo hasta ser insolente cuando trataba de mostrar al Rey cuán en poco tenía su alianza, ó cuando adoptaba la orgullosa divisa de «*depois de vós, nós*»; rebajándose hasta la súplica cuando se quejaba al mismo Rey del olvido en que tenía sus servicios y de no atender á las continuas peticiones que le hacía en favor de sus hijos..... Naturalmente desconfiado, no amando á la mujer que le habían impuesto, fácil le fué dar acceso en su ánimo á las calumniosas insinuaciones con que un familiar de su casa, por motivo desconocido, tal vez de buena fe, manchó la reputación de la Duquesa..... Yo no creo en el crimen de D.ª Leonor; creo, sí, en el testimonio de los contemporáneos que unánimes pregonan su inocencia.»

Tal era *el más galán portugués* á quien Lope convirtió en héroe de esta comedia (que así debe llamarse, y no tragedia, puesto que tiene fin alegre y placentero), donde la historia está caprichosa y sustancialmente alterada, no por ignorancia, que nadie puede presumir en persona tan conocedora de la historia de España, y mucho menos tratándose de un suceso reciente, que había sido tan cantado y sonado en Portugal y en Castilla, sino por el empeño de conciliarlo todo y agradar á todo el mundo, sacando á salvo, por una parte, la honra de D.ª Leonor, y por otra la reputación de su marido, y limpiando de esta fea mancha el nombre de la Casa de Braganza. En cuanto á la de Niebla, no sólo imitó el prudente silencio que habían observado los cronistas de ella, sino que absolutamente no mentó su apellido, y dió á D.ª Leonor un abolengo fantástico, suponiéndola hermana de un marqués de Astorga, de un gran prior de San Juan y de un condestable. Las bodas se cele-

bran en Valladolid y no en Sevilla, y para que acabe de perderse más y más el verdadero rastro de la historia, se atrasa la acción hasta el reinado de Alfonso V, en vez de ponerla en el de D. Manuel, que es al que verdaderamente pertenece.

Que todas estas alteraciones son intencionadas, lo prueba el uso que Lope hizo de uno de los romances relativos á la catástrofe de D.ª Leonor. Según su costumbre, intercaló en una escena culminante (acto tercero) muchos versos de él, pero alteró todo lo demás para acomodarlo á la fábula que él había inventado, en la cual la Duquesa no sólo resulta inculpada, sino que se libra de la muerte. El romance, así remendado, dice de esta manera:

Mediodía era por filo,
Eclipsado el sol salía,
Cuando el Duque de Berganza
Con la Duquesa reñía:
Comiendo una vez estaba,
Cuando arrojando una silla
El Duque, se levantó
Con la cara denegrida.
Dejan la mesa los dos:
Capa y espada pedía.
«Traidora me sois, Duquesa,
Falsa, aleve y fementida.»
Á quien con valor responde
Ella, que su sangre imita:
«Yo no soy traidora, Duque,
Ni en mi linaje lo había.....»
Cuando aquesto oyera el Duque,
Fuego echando por la vista,
Empuñando la su espada,
Desenvaina la cuchilla.
Y como si fuera un moro,
Para la Duquesa se iba;
La Duquesa, con las manos
Parece se defendía.....
Y viendo que la mataba,
Á grandes voces decía:
«¡Valedme, mis escuderos,
Los que traje de Castilla!»
Todos eran portugueses,
Ninguno el habla entendía;
No porque no la entendiesen,
Sino porque no querían (1),
Si no fuera un pajezuelo

(1) Estos dos versos los añadió Lope, sin duda por parecerle imposible que ningún portugués dejara de entender el castellano.

Que llamaban Mendocica,
Que porque á doña Mayor
Con mucha lealtad servía,
De verle el Duque con ella,
Celos el Duque tenía;
Pero conmovido el paje,
Entra con lengua atrevida,
Diciendo, sin tener miedo
Ni á su muerte ni á su vida:
«Suelta, Duque, á la Duquesa,
Que ella nada te debía.»
El Duque fué contra el paje,
Por los corredores iba;
El paje, como es ligero,
Por la escalera corría,
Pidiendo justicia al cielo,
Pero el Duque le seguía.
Estando en aqueste punto,
Llegué yo (1) con osadía
Donde la Duquesa estaba,
Y, entre los brazos asida,
La saqué por una puerta
Que por el jardín salía,
Y hacia un pedazo de monte,
Entre unas verdes encinas,
Y á las ancas de un caballo,
Que volaba y no corría,
La puse á los pies del Rey,
Donde le pide justicia.

Lope se valió de un recurso novelesco de los más vulgares. Supuso que el paje, á quien llamó Mendocica, (sin duda por reminiscencia del apellido de Mendoza, que era realmente el de la Duquesa), y que por sus intimidades con ella despierta los rabiosos celos del Duque, era una dama de pocos años y muchos bríos, que por travesuras de amor andaba en hábito de hombre. Con esto, y con detener á tiempo el brazo del Duque, y hacer que sus víctimas se pongan en salvo, todo se arregla del mejor modo posible: queda patente la inocencia de la Duquesa; su hermano el Gran Prior, que viene de Castilla á retar al marido (como en efecto lo hizo D. Pedro Girón), obtiene el desagravio más cumplido y cordial; y la doncellita andariega, que tuvo la culpa de todo el embrollo, encuentra al burlador perjuro que la había dejado sola en el monte, le reclama la palabra de esposa, y se casa con él en haz y en paz de la Iglesia, terminando todo con esta sabia sentencia:

La verdad siempre se aclara,
Y aunque adelgaza, no quiebra.

(1) El escudero Ortuño que habla.

Tal es el cuento disparatado é insulso con que Lope echó á perder, por vanos escrúpulos, á lo que entiendo, una leyenda trágica que, bien manejada, y dejándose llevar de las felices inspiraciones del romance, hubiera podido producir un drama tan patético, interesante y conmovedor, como *La Fuerza lastimosa*, del mismo Lope, fundada en el bellísimo romance de *El Conde Alarcos.*

Mala de todas veras es la comedia de *El más galán portugués*, pero todavía parece peor por el lamentable estado del texto, que en algunos pasajes de la tercera jornada llega á ser ininteligible. Las dos primeras están mejor conservadas y también mejor escritas, sobre todo la segunda, en la que se lee un buen monólogo del celoso Duque de Braganza, que refleja bien su carácter desigual, contradictorio, receloso y vano, tal como le presenta la historia (1).

Este tema tradicional ha dado motivo á varias composiciones de ingenios portugueses modernos, entre los cuales recuerdo un *solão* ó leyenda romántica de Ignacio Pizarro de Moraes Sarmento; un drama trágico de Luis de Campos, y otro del

(1) ¿Osaré decirme á mí
La causa de esta tristeza?
¿Pondré el alma á tal bajeza?
No me atrevo á decir sí;
Pero si conmigo aquí
No descanso de mi mal,
¿Quién puede ser más leal
Para mi bien que yo mismo,
En este confuso abismo
Donde llego á estar mortal?
Mas ¿para qué es poner velos
Al dolor que ha de salir?
Acaba, amor, de decir
Que todo mi mal son celos.
¡Ya lo dije, santos cielos!
¡Que quepa tan gran maldad
En mi sangre y calidad!
Pero celos es posible;
Lo que parece imposible
Es que quepa la verdad.
¡Qué mal consolada está
El alma que ha de sufrir,
Si me falta de decir
El que los celos me da!
¿Cómo pronunciar podrá
La lengua de un hombre sabio
La causa de tal agravio?
Porque si sale, imagino
Que ha de abrasar el camino
Desde el corazón al labio.
¿Quién no dirá que los tengo
De un rey, de un hombre mi igual,
De Castilla ó Portugal,
De donde soy, donde vengo?
Mas ¿para qué me detengo?

brasileño Antonio Gonsalves Dias (*Leonor de Mendonça*). Este último no figura en la colección de sus obras, publicada en Leipzig, 1865, única que conozco; pero debe de tener algún mérito, porque Gonsalves Dias era excelente poeta romántico, uno de los mejores de su tiempo y escuela, no sólo en el Brasil, sino en toda la literatura portuguesa.

La *Tragedia del Duque de Verganza* que escribió Alvaro Cubillo de Aragón, y está inserta en su libro *El Enano de las Musas* (1654), no tiene relación alguna con esta comedia de Lope, ni se refiere al Duque D. Jaime, sino á otro Duque de Braganza, decapitado en la plaza de Évora, el año 1483, por orden del rey don Juan II.

Se enlaza, por lo tanto, con otra comedia de Lope, que paso á examinar inmediatamente. La pieza de Cubillo fué de circunstancias, escrita con motivo de la insurrección de Portugal en tiempo de Felipe IV, y con el propósito de concitar los ánimos contra los Braganzas, pintándolos como una familia de

---

De un paje mis celos son;
Éste, en aquesta ocasión,
Me desvela noche y día,
Si no es de mi fantasía
Alguna loca ilusión.....
  Cielos, ¿qué es esto? ¡Que un hombre
De mi calidad se apure
Tanto, que no se asegure
De un mozuelo gentilhombre!
Mas ¿no es justo que me asombre,
Si alguna mañana ha entrado
Adonde estoy acostado?
¡Y que una loca mujer
Se fíe de quien ayer
Era un villano atezado!
  ¡Mendocica en el jardín,
Y Mendocica en la mesa,
Mendocica á la Duquesa
Si se le tuerce el chapín;
Mendocica en todo, en fin,
Y que yo no tenga celos!
¡Quitadme los ojos, cielos,
Y dejádmelos sentir;
Que mal se pueden sufrir
Tan espantosos desvelos!

En este mismo acto segundo se halla la siguiente imitación de una fábula esópica:

  Isopo cuenta que había
Un hombre en cierta nación,
Que para su recreación
Una perrilla tenía;
Ésta, al entrar cada día
En su casa, si tardaba,
Le halagaba y retozaba,
Por cuya causa á la mesa,

ambiciosos y desleales. Esta intención se manifiesta claramente en los últimos versos:

Dé fin la trágica muerte
Del gran Duque de Verganza,
Cuyo mayor descendiente,
Siguiendo los mismos pasos,
Hoy á Castilla se atreve.

Lope, que tuvo la fortuna de no alcanzar tan tristes acontecimientos, y que escribía en circunstancias políticas muy diversas, cuando los Braganzas pasaban por fieles servidores de la Monarquía española, procuró más bien lisonjear á aquellos leales magnates, tanto en esta comedia y en la que sigue, como en el poemita, asaz culterano, que publicó en 1621 con el título de *Descripción de la Tapada, insigne monte y recreación del insigne Duque de Berganza*, dedicado al que lo era entonces, D. Teodosio (1).

Con la más segura presa
El señor la regalaba.
Atalayando un jumento
Desde su caballeriza,
Que porque le solemniza
Le daba siempre sustento,
Con asnal atrevimiento
Una mañana salió,
Y en dos pies se levantó,
Y puso en el pecho todo
Las manos llenas de lodo,
Y aun dicen que le besó.
Aplico y digo que he sido
Este animal insensato,
Que en tu pecho, sin recato,
Poner la mano he querido;
Confieso que he merecido
Lo que el asno mereció,
Á quien el señor mandó
Que le diesen muchos palos,
En lugar de los regalos
Que entre sus piensos pensó.

(1) Por cierto que en este poema, aunque de un modo muy revesado, no dejó de aludir Lope á la tragedia de D.ª Leonor de Mendoza, pues se introduce al hablar de ella, de su marido y de su hija, con el preludio de estas dos extrañísimas octavas:

No se precie Alejandro que su padre
Fué Júpiter adúltero, *ni Alcides*
De la deshonra de su incasta madre,
De que hoy, Anfitrión, justicia pides;
No es bien que origen *fabuloso* cuadre,
Roma, á los montes con que el cielo mides;
Olvida los dos hijos de la loba,
Que la gentilidad al cielo roba.

XII.—EL DUQUE DE VISEO.

Citada en la segunda lista de *El Peregrino*, y, por consiguiente, anterior á 1614. Impresa en la *Parte VI* de Lope (Madrid y Barcelona, 1617). También la incluyó Hartzenbusch en el tomo III de su colección selecta.

Aunque esta notable *tragedia* (como la llamó su autor) se titula *El Duque de Viseo*, comprende realmente dos catástrofes distintas, pero muy enlazadas entre sí, hasta el punto de ser la una consecuencia y complemento de la otra: el suplicio del Duque de Braganza, D. Fernando (á quien constantemente se llama Duque de Guimaraens en esta pieza), mandado degollar como traidor en 1483 por su cuñado el rey de Portugal D. Juan II, y el asesinato del Duque de Viseo, á quien el mismo Monarca mató á puñaladas por su propia mano. Daremos á conocer estos hechos guiándonos principalmente por la más antigua y autorizada de las Crónicas que de aquel Rey se escribieron, la que lleva el nombre de Ruy de Pina (1), de la cual es un puro plagio la de García de Resende.

Don Juan II, que moralmente distó mucho de merecer el título de *príncipe perfecto* con que sus contemporáneos le designaron, fué por el talento político, por el vigor indomable de la voluntad, por la astucia serena, por las grandes cosas que emprendió y ejecutó, uno de los mayores príncipes del Renacimiento. Luchó á brazo partido con el poder de la Nobleza, que había sido omnipotente durante el reinado de su predecesor Alfonso V; la venció, abatió y humilló por fuerza y maña; levantó sobre sus ruinas el prestigio de la Monarquía aliada con el pueblo; reconstruyó un reino desquiciado; cerró definitivamente la Edad Media en Portugal, y abrió las puertas al período espléndido de su historia. Como todos los reyes que en aquellos tiempos llamaban *justicieros*, no distinguió la justicia de la venganza, ni retrocedió ante el asesinato político, ni fué escrupuloso en la elección de medios, triunfando á

Vano subes allá, loco Faetonte,
Desvanecida afrenta de Climene,
Aunque corriendo al estrellado monte
Cuentes los paralelos que el sol tiene;
Tú, sol; tú, *padre incierto*, á mirar ponte
De quién familia tan dichosa viene,
Para que vean Alejandro, Roma
Y Alcides, que más alto origen toma.

Si la intención de estos versos fué la que sospechamos, flaco servicio hizo Lope al Duque con este panegírico de sus ascendientes.

(1) *Collecção de livros ineditos de historia portugueza*....., *publicados de orden da Academia Real das Sciencias de Lisboa por José Correã da Serra*..... Tomo II. Lisboa, 1792. *Chronica d'El Rei Dom Joao II. Escrita por Ruy de Pina, Chronista mór de Portugal, e Guarda mór da Torre do Tombo*, páginas 18-60.

veces con tan malas artes como Luis XI de Francia, cuya obra política tiene mucha semejanza con la suya. Dos episodios capitales de esta terrible lucha con sus grandes vasallos, son la tragedia de Évora y la de los palacios de Setúbal.

El Duque de Braganza era el magnate más poderoso del reino, y quizá de toda España. Tenía el señorío de más de 500 villas, ciudades y fortalezas; podía poner en pie de guerra 3.000 caballeros y 10.000 infantes. Y toda esta grandeza y poderío se acrecentaba con la alianza de sus tres hermanos, el Condestable de Portugal, el Conde de Faro y el Duque de Viseo, poseedores todos de grandes Estados. Esta familia había sido árbitra de Portugal en tiempo del débil Alfonso V; entre ella y D. Juan II se levantaba, además del antagonismo político, la ensangrentada sombra del glorioso infante D. Pedro (abuelo del Rey), traidoramente inmolado en la celada de Alfarrobeira.

Desde que el Rey comenzó á desarrollar en las memorables Cortes de Évora (1482) su pensamiento político, mandando examinar todas las donaciones, gracias y privilegios; ordenando á los corregidores entrar en las tierras de señorío, en cumplimiento de los mandatos regios; cercenando el derecho de éstos, prohibiendo la intrusión de los hidalgos en los oficios y elecciones municipales, y prescribiendo la forma en que habían de hacer pleito homenaje á la Corona los alcaides y tenientes de castillos y fortalezas, la Nobleza vió inminente su ruina, y el Duque de Braganza, su jefe natural, no contento con protestar contra la nueva forma de homenaje, se lanzó á la conspiración, que había de serle tan funesta. La relación de Ruy de Pina no deja duda alguna sobre la existencia de estas tramas, que en vano han sido negadas después por los historiadores cortesanos y afectos á los Braganzas:

«Encomendó el Duque al bachiller Juan Alfonso, Veedor de su hacienda, que fuese á Villaviciosa, donde tenia el cofre de sus donaciones y escrituras especiales y secretas, y dellas buscase y trajese las que para el caso de su protesta le cumplian. Y el bachiller, por otras ocupaciones que tenia, ó bien por negligencia....., encargó la busca de las escrituras á un hijo suyo mozo de quien mucho fiaba, y cuando estaba registrando el dicho cofre, acertó á llegar Lope de Figueiredo, escribano de la misma hacienda del Duque, hombre en quien por su oficio tenia mucha confianza. El cual, por encomienda é informacion del mozo, ayudando á buscar las escrituras que hacian á aquel propósito, topó, sin industria ni especial aviso que para esto tuviese, con algunas cartas é instrucciones de Castilla, y para los reyes de Castilla, unas en limpio y otras en minutas, enmendadas y apostilladas de la propia mano del Duque. Y viendo que tocaban muchas cosas contra el estado, honra y servicio del Rey, las apartó, y recatándolas del mozo, las recogió y guardó con determinada intencion de mostrarlas al Rey, lo cual puso luego en ejecucion, partiendo escondidamente de Villaviciosa y encaminándose á Évora, donde tuvo manera de hablar secretamente con el Rey, á quien con cautelas y protestaciones que primero hizo de buen portugués y leal vasallo, se lo mostró todo, afirmando que para hacerlo no habia sido inducido por odio ni por otra pasion que contra el Duque tuviese, antes tenia mucha obligacion de amarle y servirle; ni tampoco le habia movido esperanza

de merced ni acrecentamiento que del Rey pudiera esperar, sino solamente el ser vasallo leal y buen cristiano, y principalmente el tener que dar cuenta á Dios de tantos males si por culpa suya no se atajaban. El Rey, despues de verlo todo por sí mismo, y de agradecerlo como era razon, quedó asaz pensativo y triste, y mandó á Anton de Faria, su camarero, que de aquellas escrituras y cartas reconociese las de mayor importancia, y con mucha prisa y gran sigilo las trasladase, como las trasladó; y los originales se los devolvió al dicho Lope de Figueiredo para que por su mano los volviese á poner en el cofre de donde los habia sacado, diciendo que así convenia para quitar sospechas de lo pasado y poder en lo futuro aprovechar otros papeles semejantes á éstos que pudieran hallarse en el mismo cofre. Y aunque estas cosas daban al Rey mucho cuidado y turbacion, él, con muestras de gran reposo, las disimuló y encubrió hasta el tiempo oportuno, como luego se dirá. Pero de allí en adelante concibió muchas sospechas contra el Duque y no le tuvo buena voluntad.» (Capítulo v.)

Al año siguiente de 1483 recibió el Rey, hallándose en Almeirim, la visita de los Duques de Viseo y Braganza y de otros muchos señores de su reino, á los cuales hizo grande honra y agasajo. Y deseando sosegar principalmente la voluntad del Duque de Braganza, le llamó aparte en la capilla de su palacio, y en presencia de su capellán mayor D. Fernando González de Miranda, Obispo de Viseo, le hizo el siguiente razonamiento:

«Muy honrado duque: las cosas que tengo que deciros, por ser dichas en la casa donde estamos, habeis de creer que son tan verdaderas como si ante Dios os las dijese. Estoy informado de que vos contra lo que me debeis á mí y á mi estado y servicio, y sin tener cuenta con lo que á vuestra honra y lealtad pertenece, teneis en Castilla algunas pláticas é inteligencias, á las cuales no me atrevo á dar fé. Pero si en algo de eso habeis tomado parte, por alguna imaginacion errada, sabed que mi voluntad y verdadero deseo es olvidarme de todo, y así os lo quiero perdonar como si tales culpas fuesen probados merecimientos, por lo cual, con toda la eficacia que puedo, y más de la que debo, os ruego que posponiéndolo todo, querais estar conforme conmigo, pues Dios me hizo heredero de esta corona de Portugal, que en tantas cosas, por merecimientos vuestros y de aquellos de quienes vos descendeis, os ha sido y es tan liberal..... Y por tanto, á mí á quien esta casa de Portugal cupo por gracia de Dios en sucesion, habeis siempre de ayudar en todo y favorecer, no solamente con el buen consejo que teneis, sino con las armas y fuerzas cuando me cumpliere, y así os ruego y encomiendo otra vez que lo hagais.» (Cap. x.)

El Duque, oído esto, respondió luego como esforzado caballero y muy leal vasallo, diciendo: «Señor, beso las manos á Vuestra Alteza por esta que para mí por muchas causas es muy grande y muy singular merced..... Y ahincadamente os pido que no creais de mí, sino que siempre he de vivir y morir por vuestro servicio; y á esto no contradice el estar yo por ventura agraviado de vos, en cosas de que Vuestra Alteza me desagraviará, como es justo, con mercedes, honras y acrecentamientos como espero, porque tales achaques no se excusan entre señores y servidores ni

aun entre padres é hijos; pero mis agravios no son de tal calidad que mengüen en mí el grande amor y mucha lealtad con que siempre os he de obedecer y servir en todo lo que á vuestra honra, estado y servicio y al bien de estos Reinos cumpliere.»

A pesar de la buena y leal intención que estas palabras manifestaban, se afirmó que el Duque, en recogiéndose á su posada, había mostrado gran contentamiento de lo que con el Rey había pasado, interpretando sus palabras, tan reales y tan esforzadas, como hijas del miedo y del poco esfuerzo. De lo cual se siguió que el Duque de Viseo y el Duque de Braganza y sus hermanos se juntaron luego en Vimieiro, donde tuvieron plática sobre eso.....; y, según cuentan algunos de los que allí estuvieron presentes, tomaron todos por resolución determinada y conforme, no consentir la entrada de los corregidores en sus tierras, sino resistirla á viva fuerza.

El Rey cedió por entonces, y con esto se envalentonaron más los descontentos, prosiguiendo sus tratos é inteligencias con Castilla, hasta formalizar una capitulación y convenio en deservicio del Rey, cuyos términos refiere con toda puntualidad el cronista, y que llegaban hasta prometer que darían entrada por sus tierras al ejército castellano y se pondrían al servicio de sus reyes. (Cap. XI.)

Llegó muy pronto á oídos de D. Juan II todo el proceso de esta traición, que le fué revelada por un hidalgo llamado Gaspar Jusarte, cuyo hermano había intervenido en estos tratos. Y con aquella profunda habilidad política que nunca le falló en los trances más críticos de su vida, empezó por entenderse con los Reyes Católicos, satisfaciendo algunas de sus demandas y estrechando vínculos de amistad y parentesco con ellos. De este modo se captó su alianza, y vinieron á quedar desamparados de todo apoyo los rebeldes, sobre cuyas cabezas cayó inflexible el cuchillo de una justicia bárbara, que dió á sus víctimas aureola de mártires. Ruy de Pina refiere en estos términos la prisión y muerte del Duque (cap. XIV):

«A 29 dias del mes de Mayo de 1483, el Duque, sin llamamiento del Rey, con propósito de despedirse de él é irse con su consentimiento para sus tierras, vino por la tarde á sus Palacios donde el dicho señor estaba con sus oficiales en audiencia ordenada. Y en llegando el Duque, el Rey, con la honra acostumbrada, le hizo sentar junto á sí, y despues de haber tomado resolucion en algunos negocios pendientes, hizo desocupar de toda la gente el camarin en que estaba, y el Duque quedó solo con el Rey, platicando de muchas cosas, al fin de las cuales tocó el punto de las sospechas que contra él habia, y pidió al Rey por merced que no las creyera, puesto que él estaba determinado, segun otra vez le habia dicho en Almeirim, á morir por su honra, estado y servicio, cuando cumpliese. Y que por eso debia dar el Rey, y él le pedia que diese, muy ásperos castigos á aquellas personas que tamaños yerros le achacaban falsamente; y al mismo tiempo, porque no pareciese que él por recelo de alguna culpa se acautelaba, el dicho señor se informase bien de la verdad, y conforme á ella procediese en razon y justicia. El Rey le fué respondiendo á cada una de las cosas en particular, segun que á cada una cumplia, y cuando hubo de responderle á lo último que habia insinuado, antes de todo le dijo

que «por cuanto era ya muy tarde, y la casa en que estaban muy oscura, que se su»biesen á un guardarropa suyo que estaba encima». Y despues de subidos, el Rey le dijo que «en cuanto á las cosas que se decian de él, segun habia apuntado, sobre »las cuales pedia que se informase de la verdad, su requerimiento era justo, y que »él determinaba de hacerlo así: y que para prevenir inconvenientes, y para que la »informacion se hiciese con mayor seguridad, era necesario que el Duque estuviese »detenido allí, pudiendo estar cierto y seguro de que su honra, con su defensa y »justicia le seria enteramente guardada». Y dicho esto, dejó al Duque en el guardarropa en poder de Aires de Silva, su camarero mayor, y de Anton de Faria, su camarero, que guardada su preeminencia, le pusieron la guardia que por entonces cumplia. El Rey se subió á otra cámara, donde luego mandó venir algunos hidalgos y caballeros de su casa, á quienes encomendó la guardia y servicio del Duque: y tambien mandó juntar los condes y personas principales y de autoridad que habia en la ciudad, para tener luego consejo sobre el caso: lo cual se cumplió con tan gran turbacion y espanto como la novedad del caso requería. Y en cuanto la nueva fué derramada por la ciudad, como el caso tocaba en deslealtad contra el Rey, fué tan contraria á los oidos y corazones leales de los portugueses, que la gente toda de la ciudad, no solamente aquella que para las armas era dispuesta, mas aun la que por vejez ó pocos años para tal ejercicio era excusada, entraron en tumulto en Palacio hasta que no cabian más en él, encendidos todos en ira, clamando por una cruel venganza, olvidados, por ser tal el crimen, de toda clemencia y piedad, y deseosos y dispuestos á acudir en socorro y defensa de la vida y persona del Rey como si fuera la propia de cada uno. Y juntos con el Rey muchos de su consejo en el cual habia algunos buenos letrados, dicho señor, con aquella templanza que en un muy justo y virtuoso Rey se requiere, les mostró luego por causa y fundamento de la prision del Duque las cartas é instrucciones de que atrás se hizo mencion.....»

Prosigue el relato de las incidencias de la causa, que abreviaremos para llegar á la conclusión. Entregáronse al Rey todas las villas y fortalezas del Duque sin resistencia alguna; refugiáronse en Castilla sus principales deudos y más comprometidos partidarios; hízose un simulacro de proceso, fulminándose veintidós capítulos de acusación contra el de Braganza, y éste se encomendó á la clemencia del Rey, sin intentar siquiera defenderse:

«Y cuando estuvo concluido el pleito, los jueces, que eran en número de veintiuno, se juntaron dentro de los aposentos del Rey, en una sala adornada con paños que representaban la historia de la severidad y justicia del emperador Trajano, donde se puso una mesa, aparejada para aquel acto como cumplia, en torno de la cual, de una banda y otra, estaban asentados los jueces, y en la cabecera de ella el Rey, y á su lado, en una silla, el Duque, á quien el Rey guardó toda cortesía y ceremonia..... Pero al tercer dia, en que públicamente habian de ser interrogados los testigos en presencia del Duque, excusóse de comparecer, y siendo llamado de orden del Rey por Ruy de Pina (el propio cronista que escribe), le respondió estas palabras: «Decid al Rey, mi señor, que hoy he confesado y comulgado, y que ahora

»estoy con el padre Pablo, mi confesor, hablando en cosas de mi alma y del otro »mundo; que esas para las que me llama son del cuerpo y de este mundo, y tocan »y pertenecen á su reino, de quien él es juez; que él las juzgue y determine como »quisiere, porque la asistencia de mi persona no es necesaria.» Con esta respuesta, mandó el Rey luego despejar la sala para tomar los votos de los jueces sobre la final sentencia, y antes de votar les hizo una plática en que les encomendó lo que debia como bueno y justo Rey, y no sin muchas lágrimas, que todos aquella noche vieron correr, por muchas veces; pues á cada voto por la muerte del Duque, el Rey lloraba con grandes sollozos y mucha tristeza. Y en el votar se detuvieron dos dias, mañana y tarde, y en la última noche, poco antes de amanecer, sentenciaron que, «vistos los méritos del proceso, conformándose en este caso con las leyes del Reino »y las imperiales, y con la pura y muy antigua lealtad que á los Reyes de este Reino »de Portugal se debia sobre todos, acordaban que el Duque muriese de muerte na»tural, y fuese en la plaza de la ciudad de Évora públicamente degollado, y per»diese todos sus bienes, así los patrimoniales como los de la Corona, para el fisco y »Real Corona del Rey».

»Firmada esta sentencia, tomó el Rey acuerdo con todos sobre lo que en la ejecucion de ella se habia de hacer. Y á los veinte dias del mes de Junio de este año de 1483, en amaneciendo, sacaron al Duque de los palacios, y montado en una mula le llevaron con buena seguridad á la plaza, y al salir siempre creyó el Duque que le llevaban á alguna fortaleza; mas cuando se vió meter en los arcos de la plaza, conoció luego la verdad, que más claramente le fué manifestada por su confesor, el cual ya le estaba aguardando. Y despues de darle, con muchas exhortaciones y consuelos, nueva tan amarga, él la recibió con palabras que parecian de mayor paciencia que tristeza. Dictó luego una cédula de testamento..... en que por descargo de su alma declaraba algunas cosas. Especialmente pidió á la Duquesa, su mujer, por merced, y tambien á sus hermanos, y se lo encomendó á sus hijos con su bendicion, y se lo mandó á sus criados, que por el caso de su muerte no tuviesen odio ni escándalo contra ninguna persona que la hubiese causado, y mucho menos contra el Rey, su señor, porque en todo lo que hacia era verdadero ministro de Dios y muy entero ejecutor de su justicia. No declaró si era ó dejaba de ser culpado en el caso por que moria; pero todas las palabras que dijo fueron como de varon cuerdo y muy animoso, y sobre todo católico y buen cristiano. Mandó pedir perdon al Rey con palabras de mucha humildad y acusacion de sí propio, y pidió que antes de padecer supiese que se lo habia pedido, y así se hizo. Fué vestido de una loba rozagante y un sombrero y caperuza, todo de duelo; atáronle delante del cinto los pulgares de las manos, diciéndole al atárselos que tuviese paciencia y no se escandalizase, porque así estaba acordado por el Rey, y él, mansamente y sin ninguna saña, respondió: «Sufrirlo he, y además un dogal en el pescuezo, si Su Alteza lo »mandare.» Salió á un cadalso, que de madera estaba hecho á buena altura, pegado con los balcones de las casas por donde habia de salir, cubierto todo tambien de paños de duelo; y delante dél, confesores y religiosos con la cruz, unos rezando ora-

ciones devotas y encomendando su alma á Dios, y otros diciéndole palabras propias de tal hora, con grande esfuerzo y mucha confianza en Dios. Mas ciertamente él se mostró siempre tan esforzado y tan entero en la fe, y estuvo tan en su acuerdo, que pareció que para su salvacion no las habia menester. Y como la gente principal del reino acudió toda al Rey, estaba la plaza llena de gentes de armas, y la ciudad alborotada, y confortábanle mucho para que de vista y rumor tan espantoso no se turbase. Mas él, en saliendo al cadalso, hincó las rodillas en tierra, y poniendo los ojos en la iglesia de San Anton, que estaba enfrente, hizo oracion á Dios, encomendándole su alma, y despues de levantarse, antes de entregar su cabeza al agudo y severo cuchillo de la justicia, dijo: «Yo no me turbo ni agravio de lo que decís, porque si »no es temeridad el decirlo, Jesucristo nuestro Señor no murió muerte tan honra- »da.» Y al acabar un espantoso pregon que dió un rey de armas con dos pregoneros conforme á la sentencia ya dicha, un verdugo vestido de negro le cortó la cabeza, cubierta primero con una toalla. A este verdugo fué dado luego libre perdon por la calidad de la justicia que hiciera en tal persona; y verdaderamente, yo que lo ví, lo testifico y afirmo, que el Duque recibió la muerte con tanto arrepentimiento y con tan entera acusacion de sus pecados, y con tanta paciencia y contricion, que cuanto á Dios y á él, bien podriamos como cristianos llamar su muerte bienaventurada, pues en ella se vieron muy claras señales de verdadera salvacion de su alma, á lo cual su vida, revuelta en las cosas de este mundo, parecía antes ser muy contraria. Estuvo así el cuerpo del Duque públicamente en el cadalso por espacio de una hora, y de allí, sin que doblasen las campanas ni hubiese otra señal de duelo, el Cabildo, Órdenes y clerecía de la ciudad lo llevaron cantando solemnemente, con muchas antorchas encendidas, al monasterio de Santo Domingo, donde fué enterrado; y en la corte nadie se puso luto por él, salvo el Rey, que estuvo tres dias sin salir, vestido siempre de paños de lana prietos y capuces cerrados.....»

Con ser tan viva y eficaz esta narración, todavía conmueve más, por su sencillez misma, la que escribió el P. Paulo de Santa María, que asistió al Duque en los últimos momentos. No la transcribo por ser muy larga y hallarse reproducida en un libro reciente (1), pero en ella, mejor que en ninguna otra, pueden admirarse la grandeza de alma, la fortaleza cristiana, la suprema dignidad con que murió el Duque, despertando la compasión y la simpatía de los que más le habían odiado. No hay rastro en este autor de la única expresión poco piadosa que Ruy de Pina atribuye al Duque; todas sus palabras respiran humildad y resignación cristiana, sin jactancia ni abatimiento. El final de este relato toca en lo sublime: «Y ya tenia el rostro cubierto con la toalla, y queriéndome yo apartar de él, le dije al oido: «Encomendad »vuestro espíritu á Dios, y á él plazca teneros en breve consigo.» Y dicho esto me acosté á sus pies, juntando el rostro con el tablado, y no vi su sangre ni cómo le degollaron, pero sonó en mis oidos una voz muy grande y estruendosa como torbellino

(1) *O Principe Perfeito* (obra póstuma, y desgraciadamente no terminada, del gran artista histórico Oliveira Martins). Lisboa, 1896; páginas 87-89.

de todo el pueblo, que decía «Jesús», y en el punto mismo de pronunciar este monbre, creo que el Salvador recibió su alma en la gloria.»

Esta sangrienta ejecución, que hasta en la forma recordaba el muy reciente suplicio del Duque de Nemours en Francia, no aterró por de pronto á los conspiradores, antes, ardiendo sus ánimos en sed insaciable de venganza, tramaron en Santarem nueva conspiración, que tenía por objeto asesinar á D. Juan II y proclamar rey al Duque de Viseo, hermano de la reina D.ª Leonor, y heredero presunto de la corona. Más de sesenta nobles y grandes señores entraron en esta conjura, de la cual fué principal instigador el Obispo de Évora, D. García de Meneses. No tenemos que detallar las bárbaras venganzas á que se entregó D. Juan II contra todos ellos. Sólo nos incumbe lo relativo al asesinato del Duque de Viseo. Oigamos, ante todo, á Ruy de Pina, en el cap. XVIII de su *Crónica:*

«De estos segundos y desleales movimientos comenzó el Rey á ser primeramente avisado por Diego Tinoco, de quien el Obispo de Évora hacia gran confianza, por tener de manceba á una hermana suya, á quien era muy aficionado..... Y el mismo Diego Tinoco, por mayor disimulacion, fué en persona á hablar con el Rey en el monasterio de San Francisco de Setúbal, vestido en hábitos de fraile. Y ora fuese nacida su delacion de pura lealtad, como es más de creer, ó de codiciosa esperanza de la gran merced que recibió, lo cierto es que el Rey con palabras y obras se lo agradeció mucho, como aviso tan provechoso merecia, porque luego *incontinenti* le dió cinco mil cruzados en oro, y además le daba de renta seiscientos mil *reis* por beneficios sobre los cuales habia ya suplicado al Papa, y le estaban concedidos, pero esta concesion no tuvo efecto, porque el dicho Diego Tinoco falleció antes que se expidieran las bulas.....

»Y estando el Rey en Alcacer do Sal, sabiendo el Duque y los demás conjurados que habia de volver por mar, determinaron esperarle en la playa, y allí, al salir de los bateles, matarle. Avisado de este peligro el Rey por D. Vasco Coutinho, desistió de la ida por mar, y tomó el camino de la Landeira por tierra, bien acompañado de gente de su guardia, la cual fingiendo otro ataque, y sin alboroto alguno, mandó apercibir..... Llegó el Rey á Setúbal á veinte y siete dias de Agosto de 1484, y al otro dia Sábado mandó venir al Duque de Viseo, de Palmella donde posaba, y en cerrando la noche, le llamó á su gabinete, que era en las casas que fueron de Nuño de Acuña, en las cuales entonces el Rey posaba. Entró el Duque sin compañía alguna, y á las pocas palabras, el Rey le mató por sí mismo á puñaladas; estando presentes á todo D. Pedro de Eça, y Diego de Azambuja, y Lope Mendes. Despues de la muerte del Duque fué hecho un auto por el Dr. Nuño Gonsalves, como juez, y por Gil Fernandez, escribano de Cámara, en que el Rey verbalmente dijo las causas y razones que habia tenido para matarle, las cuales luego fueron escritas, siendo interrogados como testigos D. Vasco y Diego Tinoco, que con sus declaraciones aprobaron y justificaron la muerte del Duque. Mandó después el Rey llamar y venir ante sí al señor D. Manuel, que entonces yacia doliente, y con él á Diego de Silva, su ayo, á quien en sustancia, dijo: «que habia dado muerte al Duque su

»hermano, porque él le habia querido matar; y como quier que todas las cosas que »él en su vida habia poseido, quedasen por su muerte libremente á merced de la Co»rona, él, sin embargo, hacia para siempre al dicho D. Manuel pura donacion de »todas ellas, porque Dios sabia que él le amaba como á propio hijo; para prueba »de lo cual le decia que si el Príncipe su hijo falleciese, y él no tuviera otro hijo le»gítimo que le sucediese, que de aquella hora para en adelante le tenia por su hijo »y heredero de todos sus reinos y señoríos.» Y esto fué dicho y oido, de una y otra parte, con mucho espanto, y no sin muchas lágrimas y dolor, y con loable acusacion que el Rey hizo de sí mismo, atribuyendo tamañas desventuras en alguna manera á sus pecados. Y el señor D. Manuel puso las rodillas en tierra, y sin larga respuesta le besó las manos. Y el Rey trocóle el título de Duque de Viseo, porque no se intitulase como su hermano, y tuvo por mejor que se llamase Duque de Beja y Señor de Viseo, como de allí en adelante lo hizo.....»

Todavía más que la crueldad de D. Juan II repugna en este lance la humillación y apocamiento de D. Manuel *el Venturoso*, en quien se sobrepuso á la piedad por el hermano muerto, la ambición del trono, que con aquel crimen se le mostraba inmediato, y en el cual presidió, sin mérito propio, la más grandiosa evolución del genio portugués en la historia.

Otras relaciones corren de este suceso, posteriores todas, más detalladas, más pintorescas, y, por lo mismo, sospechosas. De ellas se hicieron intérpretes los historiadores retóricos y moralistas del siglo XVII, tales como el irrestañable polígrafo Manuel de Faria y Sousa, y el turbulento cuanto infortunado D. Agustín Manuel de Vasconcellos. Dice así este último, con quien sustancialmente concuerda el primero, aunque tan á menudo le maltrate: «Tenia el Rey prevenidos tres valientes caballeros de quien se confiaba, en un aposento retirado de palacio, cuyos nombres eran don Pedro Deza, Diego de Asambuja y Diego Mendez del Rio. Llegado el Duque, disimuladamente le tomaron las puertas, y el Rey, entrando en el aposento como para otra cosa, con grandes fiestas y agasajo lo asió del brazo, y le dixo: «Primo, ¿qué hiziérades á quien tratara de mataros?» Respondió, turbándose: «Se»ñor, si pudiera, matárale.» Replicó el Rey: «Vos os sentenciais.» Y echando mano á un puñal, le mató con muchas heridas» (1).

Pero la versión más curiosa de todas, por contener pormenores que no hay en ninguna, es la de un viajero alemán contemporáneo, Nicolás de Popielovo (Poplau), que se hallaba en Lisboa en 1484, y refleja las impresiones de los cortesanos que se daban por mejor informados del hecho:

«El dia de las vísperas de la Exaltacion de la Santa Cruz, el Rey de Portugal, en la ciudad de Setúbal, mató al duque D. Pedro de Viseo, hermano de la Reina..... Algunos cortesanos afirmaban haber estado presentes á lo ocurrido; mas en sus cuentos no andaban conformes. La voz comun del pueblo decia que el Rey fué pre-

(1) *Vida y acciones del Rey D. Juan el II, décimo tercero de Portugal. Madrid, por María de Quiñones, 1639.* 4.°

venido á tiempo de que el dia de su vuelta á la ciudad en un barco, debia caer víctima de los conjurados; pero llevó armas ocultas debajo de su vestido, llamó al príncipe, y le mostró las cartas que habia escrito á sus cómplices, y agarrándole luego con una mano, le hundió con otra su puñal en el pecho. En el instante mismo acudieron dos individuos ocultos en la real cámara, los cuales le traspasaron el lado derecho y el izquierdo. Otros pretendian tambien que el Duque fué el primero que echó las manos al Rey, diciéndole: «Ahora quiero ver quien de los dos lucha mejor», y el Rey, arrancándole el puñal levantado, se lo hundió en el cuerpo. En todo caso aunque el Príncipe hubiese podido conseguir su intento, no hubiera podido herir á su víctima, porque tenia una cota de malla debajo de su traje. Se me dijo tambien que la Reina, al saber la muerte de su hermano, se arrancaba los cabellos, se torcia los brazos y prorrumpia en gritos y sollozos desesperados. Informado el Rey, la amenazó, si continuaba así, con envolverla en la misma causa de traicion de su hermano, y entonces se quedó quieta» (1).

La poesía popular se puso inmediatamente de parte de las víctimas. Un romance castellano, que debe de ser casi coetáneo, y que está ya impreso en el *Cancionero de romances*, sin año, anterior al de 1550, pone estas quejas en boca de la Duquesa viuda de Guimaraens y Braganza:

Quéjome de vos, el Rey,—por haber crédito dado
Del buen Duque, mi marido,—lo que le fué levantado.
Mandástemelo prender,—no siendo en nada culpado.
¡Mal lo hecistes, señor,—mal fuistes aconsejado!
Que nunca os hizo aleve—para ser tan mal tratado;
Antes os sirvió, mezquina,—poniendo por vos su Estado;
Siempre vino á vuestras cortes—por cumplir vuestro mandado.
No lo hiciera, señor,—si en algo os hubiera errado,
Que gente y armas tenia—para darse á buen recaudo;
Mas vino, como inocente—que estaba, de aquel pecado.
Vos, no mirando justicia,—habéismelo degollado.
No lloro tanto su muerte—como vello deshonrado
Con un pregon que decia—lo por él nunca pensado.
Murió por culpas ajenas,—injustamente juzgado:
Él ganó por ello gloria,—yo para siempre cuidado,
Y prisiones muy esquivas—en que vos me habeis echado,
Con una hija que tengo,—que otro bien no me ha quedado;
Que tres hijos que tenia—habéismelos apartado:
El uno es muerto en Castilla,—el otro desheredado,
El otro tiene su ama;—no espero verlo criado:
Por el cual pueden decir—inocente, desdichado.

---

(1) *Viajes de extranjeros por España y Portugal en los siglos* XV, XVI *y* XVII. *Colección de Javier Liske (año de 1878). Traducidos del original y anotados por F. R.* (Félix Rozanski). Páginas 38-39.

Y pido de vos enmienda,—Rey, señor, primo y hermano,
Á la justicia de Dios,—de hecho tan mal mirado,
Por verme á mí con venganza—y á él sin culpa desculpado.

(Número 108 de la *Primavera* de Wolf.)

Á esta misma corriente vindicatoria pertenece el drama de Lope. Aquí, como en tantos otros casos, el espíritu de la tradición vulgar persistió en el teatro. Pudo influir también la autoridad de los eruditos portugueses contemporáneos de Lope, especialmente la de su grande amigo Manuel de Faria y Sousa, que afeaba mucho á D. Juan II entrambas muertes (1).

La crítica galo-clásica del siglo pasado, representada para el caso por Montiano en sus *Discursos sobre las tragedias españolas*, tachó de falta de unidad esta obra de Lope; y en efecto, no puede negarse que comprende dos acciones trágicas enteras y cabales, pero tan enlazadas en la historia, que la primera es antecedente necesario de la segunda, pues sin el suplicio del Duque de Braganza no hubiera tenido razón de ser la conspiración del Duque de Viseo. Dada la libertad del sistema romántico en que Lope trabajaba, no es monstruoso el haber incluído ambas acciones en una misma crónica dramática; pero podían y debían estar mejor enlazadas, y en esta parte el reparo tiene fundamento. Siendo el Duque de Viseo quien da nombre á la tragedia, parece que en él había de concentrarse el interés; y la verdad es que en los dos primeros actos interviene muy poco, y quien se lleva la atención es el Duque de Guimaraens.

A uno y otro, así como á los hermanos del Braganza, el Condestable, el Conde de Faro y D. Alvaro de Portugal, trata Lope con singular cariño, procurando apartar de ellos hasta la más remota sospecha de culpabilidad. No por eso está presentado D. Juan II como un tirano, aunque sus actos dieran harta materia para ello. No es todavía *el Príncipe perfecto* que vamos á ver en otras comedias, pero sus feroces justicias se explican suponiéndole víctima de un engaño, á la verdad demasiado burdo para que cayera en él un príncipe tan ladino, sagaz y avisado, tan dies-

---

(1) Del Duque de Braganza dice: «Assi aquel excelente Príncipe, que en la vida no produxo en el pueblo deseos de su muerte, y que en su muerte despertó tantos para procurarle vida, pagó con un golpe y estruendo grandes culpas que no lo eran; si en lo escondido de los príncipes tienen licencia de entrar los discursos populares. Y si la tienen, más se puede afirmar del Rey el presumirle con alguna culpa para darle aquella pena, que dél haber padecido aquella pena por tener culpa que la mereciese. Lo cierto es que fué mayor la desgracia del Rey por verse empeñado á matarle, que la dél en ser muerto, porque en su muerte fué siempre más público su valor, que su crimen; y en el Rey más sospechado el rencor de hombre que la justicia de príncipe.»

Y después de contar la tragedia del Duque de Viseo, exclama: «Teniendo más justificacion en esta muerte que en la de D. Fernando, tuvo en ambas igual desayre; porque en esta pareció parte y en aquella verdugo.»

(*Europa portuguesa*, t. II, parte tercera, cap. IV, páginas 441-443.)

tro en todas las artes de la disimulación y del espionaje. Los Braganzas sucumben como inocentes víctimas de una trama urdida por cortesanos malsines, y favorecida por apariencias engañosas que transforman en crímenes políticos acciones de todo punto inocentes. Ni siquiera son motivos políticos los que acarrean su ruina. Ya desde antiguo se habían supuesto otros agravios más fútiles entre el Rey y el Duque de Braganza. Decíase, entre otras cosas, que el primero había condenado á muerte al segundo por vengarse de ciertos palos que le había dado, sin conocerle, en un sarao de máscaras en Evora (1). Lope inventó una intriga amorosa bastante insustancial, y dió á la muerte del Duque de Braganza dos causas, á cual más ridículas: la venganza de un familiar ó privado del Rey, llamado D. Egas, en cuya sangre había puesto nota el Condestable de Portugal, tachándole de mezcla de linaje africano por parte de su abuela; y la mal empleada entereza del Duque, que después de haber dado un bofetón á una dama de palacio en un rapto de indignación grosera, que ni se explica ni se excusa, se niega á casarse con ella «por no casarse á bofetones», y prefiere que le corten el pescuezo.

De este modo se convierte en farsa y entremés lo que en la historia es horriblemente trágico. Y aquí también hay que dar la razón al buen Montiano: estos lances desdicen de la gravedad y decoro de la tragedia. El tercer acto es cosa muy distinta: hay en él bellezas de primer orden. Sólo una cosa sobra: la escena en que Lope, plagiándose inoportunamente á sí mismo, aplica al Duque de Viseo (retirado en el campo por huir del odio cortesano, en la sencilla compañía de los labradores) el juego en que le coronan y proclaman rey de burlas; artificio que es tan pueril aquí como oportuno y gracioso había sido en la comedia de la infancia de Ciro, titulada *Contra valor no hay desdicha.*

Lo que debe alabarse sin restricciones son las escenas que preceden á la catástrofe, y que tienen aquella misma solemnidad fúnebre, aquel terror indefinible que hemos reconocido en *El Caballero de Olmedo* y en *El Infanzón de Illescas*, y que procede en parte del osado y familiar realismo con que Lope presentaba las visiones del otro mundo:

> En aquella encrucijada
> Donde me dejaste, Brito,
> Tiene todo aquel distrito
> Una lámpara colgada
> Á la imagen venerada
> De la santísima cruz:
> Quise leer en su luz
> El papel, y cuando llego,
> Sale della un trueno y fuego
> Como si fuera arcabuz.
> Luego..... que apenas resisto

(1) *Historia das conjuraçoes acontecidas no reyno de Portugal.* Manuscrito anónimo citado por Oliveira Martins, pág. 81.

Las lágrimas y el espanto.....
Veo con el blanco manto
Y la roja cruz de Cristo
El que de mis ojos visto
Fué en palacio degollado,
Aquel Duque desdichado
De Guimarans. Mas al punto,
Él fué el vivo, yo el difunto.....
Todo el cabello erizado.
Pálido el rostro y sangriento,
¡Ay! dijo no más, turbada
La voz; yo entonces, la espada
Con manos de hielo tiento;
Y aunque con atrevimiento
Tal vez el cuello ha cortado
Del toro en Duero criado,
Ó del africano moro,
Allí cayó mi decoro
Por la tierra desmayado.

Esta aparición del Duque de Guimarans es visible á los ojos de los espectadores, y resulta más eficaz porque el muerto habla muy poco. Viene además preparada por la ingeniosa escena del estudiante astrólogo (en que interviene el mismo género de superstición de que tanto partido sacó Schiller en *Wallenstein);* por el canto lastimero que suena á lo lejos; por el ruido de cadenas y roncas trompetas. Este final de ópera está magistralmente graduado, y á pesar de ser tan elementales los medios y de haberlos repetido el poeta en varias obras, es de imponente efecto.

En cuanto al estilo, pertenece *El Duque de Viseo* á la que podemos llamar segunda manera de Lope, la cual sirve como de transición entre el desorden de la primera y la reflexiva madurez de la última. Quiere esto decir que, en general, está muy bien escrita. El mismo Montiano lo reconoce así, y rinde las armas en este punto: «Por lo que mira á la diccion y á la sentencia, no seré yo tan presuntuoso que me atreva á poner tacha; porque los versos de Lope llevan generalmente la executoria del buen lenguaje, y de los mejores conceptos» (1). ¡Qué pompa y bizarría, por ejemplo, en las octavas del acto primero, en que se describe un presente de caballos y jaeces! ¡Qué gracia y limpieza en algunas redondillas, que, al modo de la canción popular, encierran en cuatro versos una sentencia y una imagen:

Los reyes son como nieve,
Que tratados se deshacen.
Para ser mirados nacen;
Nadie á tocarlos se atreve.

---

(1) *Discurso sobre las tragedias españolas.....* Madrid, 1750; pág. 50.

Lope de Vega, que gustaba de jugar con todas las dificultades rítmicas, introdujo en el acto segundo de esta pieza, cerca del final, una escena entera en endecasílabos con rima intercalar, al modo que los usó Garci-Lasso en su égloga 2.ª, imitando á los poetas napolitanos de su tiempo, especialmente á Jacobo Sannazaro.

Hemos indicado ya que el discreto poeta granadino Álvaro Cubillo, en *La Tragedia del Duque de Berganza* (1) trató el mismo argumento de los dos primeros actos de esta pieza, pero con criterio abiertamente hostil á los Braganzas, y en verdad más histórico que el de Lope, y más ajustado al testimonio de las crónicas, que acaso no conoció directamente, sino á través del libro, entonces tan sonado, de don Agustín Manuel de Vasconcellos, arbitrista de rara y tortuosa índole, que después de haber coadyuvado al levantamiento de D. Juan IV, murió decapitado por conspirador contra él, en 1641. Escrita la pieza de Cubillo con un fin político y patriótico, resulta más grave y doctrinal que la de Lope, como fundada en motivos de orden superior; pero poéticamente agrada menos, porque el simpático autor de *Las Muñecas de Marcela*, excelente en la comedia de costumbres, vale mucho menos en el drama heroico, donde suele usar de tintas muy apagadas. Dígalo la aparición de la sombra, que plagió de Lope, pero tan inoportuna y fríamente, que para nada sirve ni contribuye en nada al efecto trágico.

Conviene, finalmente, hacer mérito de la tragedia clásica de D. Manuel José Quintana, *El Duque de Viseo*, representada en 1801; aunque sólo sea para advertir que ninguna relación tiene con estas antiguas comedias españolas, puesto que su argumento, enteramente fabuloso, está derivado de un drama inglés de Lewis, *The Castle Spectre*. El primitivo autor ni siquiera había puesto la escena en Portugal. Hízolo Quintana, pero fuera de los apellidos de Viseo y Ataide, nada hay de peninsular en este drama, concebido y ejecutado en la manera abstracta y rígida de Alfieri.

XIII Y XIV.—EL PRÍNCIPE PERFECTO (PRIMERA Y SEGUNDA PARTE).

Pensó nuestro poeta componer una trilogia sobre el reinado de D. Juan II de Portugal, pero no llegó á escribir más que las dos primeras partes, anteriores una y otra á 1614, puesto que el manuscrito autógrafo de la segunda, que se conserva en la colección dramática que fué de los Duques de Osuna, tiene fecha de 23 de Diciembre de aquel año. Lope las publicó separadamente, la primera en la *Parte XI* de sus comedias (1618), la segunda en la *Parte XVIII* (1623). Hartzenbusch reprodujo una y otra en el tomo IV de obras escogidas de Lope (Biblioteca de Rivadeneyra).

Son, en efecto, muy selectas, están correctamente escritas, y en su género de

(1) *El Enano de las Musas. Comedias y obras diversas, con un poema de las Cortes del Leon y del Aguila, acerca del Buho gallego. Su autor, Alvaro Cubillo de Aragón..... Madrid, por María de Quiñones, 1654.* 4.º, páginas 441-878.

crónicas dramáticas muy pocas son las que las aventajan entre las innumerables de su autor. Mas para juzgarlas con rectitud es preciso no olvidar su carácter de crónicas, y no buscar en ellas más unidad que la que el poeta quiso darles; es decir, la unidad del carácter del protagonista, cuyo reinado se expone íntegro, suprimiendo sólo los dos sangrientos episodios de Évora y Setúbal, que Lope había tratado ya en *El Duque de Viseo*, y que aquí deliberadamente omite para no afear con tales recuerdos la imagen del *Príncipe perfecto*, dechado y espejo de todas las virtudes monárquicas, la cual se propuso trazar conforme á las historias portuguesas, leídas con aquella predilección y cariño que siempre mostraron nuestros grandes ingenios castellanos hacia las cosas de aquel reino.

Tiene esta pieza, además del interés histórico, un interés y fin político que el autor declara en la dedicatoria de la segunda parte al Marqués de Alcañices, don Alvaro Enríquez de Almanza, montero mayor de Felipe IV, para cuya particular instrucción, cuando todavía era Príncipe, parece haberse escrito este drama pedagógico sobre las obligaciones de la realeza. «El nuestro (Príncipe), que Dios guarde (dice Lope), es tan divino ejemplar en tan tiernos años, que pudiera excusar la historia propuesta, á no ser justo proponer estas excelentes acciones en mayores progresos á tan heroico Príncipe.» No se trata, pues, de una obra escrita á la ligera como tantas otras, ni de un libre juego de la fantasía, sino de una especie de política en acción y en ejemplos, á la cual da mayor viveza y realce la forma poética. El esmero singular del estilo y el detenido estudio de la historia que esta obra revela, y hasta el hecho de haberla extendido á dos partes, anunciando una tercera, prueban la importancia que tenía en el pensamiento de Lope.

La *perfección* de D. Juan II se manifiesta en este drama de dos maneras: ó por las descripciones que de las virtudes y altas prendas del Rey hacen diversos sujetos; ó por los actos de justicia, de piedad religiosa y filial, de cortesía, de valor caballeresco, de magnanimidad, que ejecuta durante todo el curso de la pieza. Claro es que para presentarle en esta luz, ha habido que atenuar ó que borrar del todo muchos rasgos y perfiles del D. Juan histórico, del nivelador sin escrúpulos, del político maquiavélico, encarnación grandiosa del absolutismo del Renacimiento. Pero al practicar esta depuración, exigida por la evolución de las ideas políticas, que eran en el siglo XVII más honradas y cristianas que á fines del siglo XV, procedió Lope con tal arte, que sin desfigurar á su héroe, ni falsear el texto de las crónicas, antes bien traduciéndolas literalmente en muchos casos, supo hacer resaltar la parte más favorable. Es curioso, por ejemplo, cotejar la relación que hay al principio del acto segundo, con el penúltimo capítulo de la crónica de Ruy de Pina (ó de la de Resende), en que se traza la semblanza del Rey y se describen y ponderan sus *feiçoes, virtudes, custumes, manhas*. El texto portugués que pongo al pie mostrará la fidelidad con que Lope acostumbraba seguir sus originales históricos (1).

(1) *Foy El Rey Dom Joham homem de corpo mais grande que pequeno, muy bem fecto, e em todos seus membros mui proporcionado; teve ho rostro mais comprido que redondo, e de barba em*

Es hombre proporcionado
De suerte en mediano cuerpo,
Con tal rostro y gravedad,
Que entre mil hombres diversos
Le conocerán por rey;
Que luego obliga á respeto.
En las cosas de placer
Es afable, aunque modesto,
Y en las que son de importancia,

---

boa conveniencia povoado..... E os olhos de perfeita vista, e aas vezes mostrava nos brancos delles hũas veas, e magoas de sangue, com que nas cousas de sanha, quando era della tocado, lhe faziam o aspeito mui temeroso. E porem nas cousas d'honra, prazer e gasalhado, mui alegre, e de mui Real, e excelente graça..... Foy princepe de maravilhoso engenho, e subida agudeza, e mui mixtico pera todalas causas..... Foy de mui viva e esperta memoria, e teve ho juizo craro e profundo: e porem suas sentencias e falhas que inventava e dezia, tinham sempre na envençam mais de verdade, agudeza, e autoridade que de doçura..... Foy Rey de mui alto, esforçado, e sofrido coraçam, que lhe fazia sospirar por grandes, e estranhas empresas; polo qual com quanto seu corpo pessoalmente em seus Regnos andasse polos bem reger como fazia, porem seu espirito sempre andava fora delles, com desejo de os acrecentar. Foy Princepe mui justo, e mui amigo de justiça, e nas execuçoes della mais rigoroso e severo que piedoso; porque sem algũa excepçam de pessoas de baixa, e alta condiçam, foy della mui inteiro exequtor: cuja vara e leys nunca tirou de sua propria seeda, por asentar nella sua vontade, nem apetitos; porque as leys que a seus vassallos condanavam, nunca quis que a si mesmo asolvessem; ca seendo senhor das leis, se fazia logo servo dellas, pois lhe primero obedecia..... Foy Princepe sobre todos em suas detriminações tam constante, e nas palavras tam verdadeiro, que em sua soo palavra, quando a dava, hiam os homens mais contentes e seguros do que poderiam hir nos assinados, e seelos de muitos. Foy Rey de tam grande, e tam geeral nobreza, sem magoa, nem vicio de prodigo, que nunca pode, nem soube dar pouco, nem a poucos, mas muito, e a muitos..... E porem d'ouro, e prata, e dinheiro, e outras semelhantes cousas foy sempre, e per muitas maneiras tam solicito adquiridor, como liberal e mui manifico gastador..... Foy manhoso, e desenvolto em todalas boas manhas, que a hũ alto Princepe comvem; foy singular cavalgador, especialmente da gineta, deestro, braceiro, bõo dançador, e com gracioso despejo, bem desenvolto em todalas danças. Foy grande Monteiro, mas muito maior caçador d'altanaria, a que era mui incrinado, e pera que sempre teve muitas, e mui singulares aves, e bõos caçadores..... Foy Princepe mui ceremonial, polo qual as cousas de sua honra, e Estado, quis que em todolos tempos sempre a elle fossem fectas e guardadas com grande veneraçam, e muito acatamento, de maneira que em todas parecia sempre lhe esquecer que era homen, e nunca lhe leixava de lembrar que era Rey e grande Senhor. Foy em todas suas palavras muy honesto, e temperado, e no auto da carne acerqua de molheres, depois de ser Rey, foi sobre todos mais continente. Foy sobre tudo Princepe mui devoto, e amigo de Deos, e nunca o Nome de Jesus chegou a suas orelhas, que o nom recebesse no coraçam cõ os giolhos em terra: nem se passou dia em que con muita devaçam nom ouvisse Missa, e os Officios Divinos; nem nocte que em seu Oratorio secreto nom rezasse e s'encomendasse a Deos..... E pera se o culto divino celebrar e facer perfeitamente, e com muita solepnidade, trouxe sempre em sua capella muitos capellaães, e singulares cantores.....

(*Inéditos de historia portugueza*, t. II, páginas 193-198.)

Humanamente severo.
En lo blanco de los ojos,
Venas de color sangriento
Airado le hacen temido,
Que pone el mirarle miedo,
Como alegre confïanza
Verle cuando está contento,
Porque las venas de sangre
Vuelve de color de cielo.
Es bien hecho á maravilla,
Y galán por todo extremo,
La habla apacible y mansa,
En los donaires discreto
Y en las sentencias tan sabio,
Que ningún romano ó griego
De cuantos celebra el mundo
Habló mejor á su tiempo.
Es hombre, sin arrogancia,
De tan altos pensamientos,
Que en sus acciones parece
Que el mundo le viene estrecho.
Es justiciero y piadoso,
Y piadoso justiciero,
De suerte, que es la prudencia
De los extremos el medio:
En mercedes y castigos
Mucho se parece al cielo.
No hay excepción de personas:
Quita al malo y premia al bueno.
Sabe todos los que son
En su reino beneméritos,
Y aunque ausentes, no olvidados,
Se acuerda de darles premios.....
Guarda las leyes que hace
Como si fuese sujeto
Á las leyes el que es Rey;
Y es Rey de tan alto extremo
En cosas de religión,
Que admira tan alto celo.....
Es don Juan en sus palabras
Tan cierto y tan verdadero,
Que si promete una cosa
Va tan alegre y contento
El hombre á quien la promete,
Como si fuera el efecto.....
Es en el dar Alejandro,
Pero da mejor que no el griego;

Que él miró la propia fama,
Y éste el ajeno provecho.....
Y con dar á todos tanto,
Por otra parte le vemos
Solicitar cuidadoso
Su prosperidad y aumento,
Ya con las nuevas conquistas
Del moro, del indio y negro,
Ya con piadosos arbitrios
De las rentas de sus reinos.....
Es desenvuelto y mañoso,
Danza muy galán y diestro,
Y anda tan bien á caballo,
Que hasta agora no sabemos
Quién lleve en entrambas sillas
Más fuerte y airoso cuerpo.
Corta de un revés cuatro hachas,
¡Tal fuerza el brazo derecho
Alcanza, y tal compostura
De gruesas venas y niervos!
Gusta mucho de la caza,
Ya con aves, ya con perros;
Al jabalí por el monte,
Y á la garza por el viento.
Los más domingos y fiestas
Sale á caballo, moviendo
Los corazones á amor
Con rostro alegre y risueño;
Que lo que ha de ser amado
Es cosa forzosa verlo,
Porque solamente á Dios
Le amamos y no le vemos.
Las cosas de su capilla,
Como plata y ornamentos,
No reconocen igual;
La música, sólo el cielo.
Es su devoción muy grande
Á los divinos misterios,
Y al pan de amor es su amor
Exceso, porque es exceso.
Tiene en cuantas casas tiene,
Oratorios bien compuestos,
Adonde todas las noches
(Que es loable y santo celo)
Se retira en oración.
Son sus entretenimientos
Músicas, toros y danzas,

Ver luchar fuertes mancebos,
Y ejercitar varias armas.....
Pero vanamente emprendo,
No siendo yo Jenofonte,
Pintaros con rudo ingenio
Tan nuevo cristiano Ciro;
Porque tengo por muy cierto
Que para ejemplo de reyes
Hizo este Príncipe el cielo.

Es, en efecto, una especie de *Ciropedia* dramática la que escribe Lope; y no es cosa singular, por tanto, que falten en este retrato de D. Juan II algunas sombras que pone Ruy de Pina en el suyo. Guárdase, por ejemplo, de recordar, cuando tanto pondera la elocuencia del Rey, la pronunciación gangosa, de que nos informa el cronista; y todavía menos aquella petulancia y suficiencia que le hacía confiar demasiado en el propio saber y atender á los consejos de otros menos de lo que debía. Por supuesto, borra la nota de seco de condición y poco humano; y se calla la interpretación que algunos daban de los ayunos, oraciones y continuas prácticas devotas del Rey, viendo en ellas fingida devoción y refinada hipocresía, en lo cual podían pasarse de maliciosos, porque la naturaleza humana es muy compleja, y don Juan II tenía verdaderos y grandes crímenes que expiar, por lo cual no es maravilla que le acosasen los remordimientos y que buscase contra ellos la mejor defensa ó alivio.

Para completar su enumeración de las virtudes del Rey, se aprovechó Lope diestramente de otros capítulos de la *Crónica*. Por ejemplo, la noticia contenida en estos versos:

Contáronle un cierto día
Que en una casa de juego
Se blasfemaba el divino
Nombre de Dios, y sintiendo
Este agravio de su honor,
Mandó que pusiesen luego
Fuego á la casa, y ardió
Hasta los mismos cimientos,

hállase puntualmente en Ruy de Pina (cap. XL):

«En este año de 1490, estando el Rey en Évora antes de la venida de la Princesa, siendo certificado que en Lisboa, en las casas de un Diego Piriz, que estaban junto á la plaza de la Paja, se jugaban dados y cartas y otros juegos con que Dios Nuestro Señor era deservido, y su nombre y el de sus Santos renegado y blasfemado; como en todo era príncipe muy católico, por evitar la causa de tamaño mal mandó que con pregones de justicia fuesen dichas casas públicamente quemadas en la mitad del dia.»

La misma puntualidad histórica hay en otras circunstancias de este drama, que

contrasta con la libertad novelesca de los dos anteriores. Se habla de los amores del Príncipe con D.ª Ana de Mendoza, y del fruto que de ellos logró en el bastardo D. Jorge, pero como de cosa ya pasada cuando la acción da comienzo. De este modo, ni aun aquel devaneo juvenil turba la serenidad del *Príncipe perfecto*, cuya continencia llega hasta el punto de rechazar, no con esquiva dureza, sino muy gentil y caballerescamente, los amores de una dama locamente prendada de él:

Ya no estoy para galán;
Pero cuando lo estuviera,
También sé que no le hiciera
Tan grande ofensa á don Juan (1);
Que es honrado caballero,
Y mi amigo, y me llevó
Á vuestra casa, á quien yo
Hacer agravio no espero.
Llevad, Leonel, esta dama
Con seguridad; que soy
Como puedo, desde hoy,
Galán de sola su fama.
Y de ser su defensor
Desde aquí quiero ofrecelle;
Que es muy justo agradecelle
Que nos tenga tanto amor.

El pensamiento de esta escena parece tomado de una linda y delicadísima narración de Boccacio, de la cual es héroe el gran D. Pedro III de Aragón. Es la novela 7.ª de la nona jornada *(Il Re Piero, sentito il fervente amore portatogli della Lisa inferma, lei conforta, et appresso, ad un gentil giovane la marita e lei nella fronte basciata, sempre poi si dice suo cavaliere).*

Es histórico el desatinado viaje del Monarca portugués Alfonso V á Francia para implorar el auxilio de Luis XI después de la derrota de Toro; y lo es también su proyecto de peregrinación á Jerusalén, la renuncia del trono en su hijo, que efectivamente fué aclamado rey en Santarem en 10 de Noviembre de 1477; su vuelta inesperada, muy propia de la inconstancia de sus resoluciones; y la filial sumisión con que D. Juan II le devolvió el cetro, que sólo cuatro días había estado en sus manos (2). Compendiosamente narra el caso Manuel de Faria: «Partió luego el Príncipe á recibir á su padre, que estaba en Oeyras. Allí, con las rodillas en el suelo, le besó la mano, y le volvió á poner en ella el cetro. Díxole el Rey que no; antes se quedase como estaba, y que él en su vida se llamaría Rey del Algarve, de donde atendería á las cosas de Africa. El Príncipe, ó porque fuese entera su obediencia, ó

(1) Don Juan de Sosa, que servía á la dama, cuyo nombre es D.ª Clara.

(2) Sobre estos hechos véase á Ruy de Pina en la *Crónica de Alfonso V* (*Inéditos de historia portugueza*), t. I, capítulos CXCIV á CCIII.

porque no se quebrase el aforismo de todo ó nada, no quiso parte alguna en el Reyno hasta su muerte» (1).

Quizá hubiese más de política que de generosidad en la acción de D. Juan II; pero con ella le bastó á Lope para un brillante final de acto, del cual parece haberse acordado Calderón en la última escena de *La vida es sueño*. Por lo menos hay expresiones análogas:

REY.

¿Es el Rey?

PRÍNCIPE.

No, mi señor;
Que el Rey vos sois, que yo tengo
Sólo en ser hechura vuestra
Y sólo en ser hijo vuestro
Tanta gloria, que es mayor
Que los mayores imperios.....
Tomad, señor, la corona,
Volved á honrar vuestro reino,
Mejoradle de señor,
De luz, de amparo y gobierno.
Sin vos, estábamos todos
Con notable desconsuelo.
¡Gracias á Dios que vinisteis!
¡Gracias á Dios que habéis vuelto!
Mil veces beso esos pies.

REY.

Levántate, Juan, del suelo,
Si no quieres que se humille
Tu padre á tus pies.

PRÍNCIPE.

Teneos;
Teneos, mi padre amado;
Que yo soy quien no merezco
Besar la tierra que pisan
Los pies que á sus pies han puesto
Tanta tierra, tanto mar,
Tantos climas tan diversos,
Desde el etíope adusto
Hasta el español soberbio.
Venid conmigo, señor,
Á Portugal, donde quiero
Daros cuanto me habéis dado,

(1) *Europa portugueza*, t. II, parte tercera, cap. III. Aunque Manuel de Faria es un mero compilador que goza de poco crédito, se le debe citar en estos casos, porque, dada su intimidad con Lope, es verosímil que á él debiese nuestro poeta la principal noticia que tuvo de las historias portuguesas.

Dando mil gracias al cielo
Que me dió para pagaros
Reino, si me disteis reino.

REY.

¡Hijo discreto en el mundo,
Hijo con el mismo extremo
Piadoso! Lágrimas sean
Palabras, porque no puedo
Responder, enternecido.....
¡En hora buena te dieron
Ese ser estas entrañas,
Donde de nuevo te vuelvo.....
Porque volviendo á nacer,
Me debas dos nacimientos!..... (1).

Casi idénticas son las últimas palabras del Rey de Polonia, Basilio, en el drama calderoniano:

Hijo, que tan noble acción
Otra vez en mis entrañas
Te engendra, príncipe eres.
Á ti el laurel y la palma
Se te deben; tú venciste:
Corónente tus hazañas.

Aunque Lope no se propuso presentar en D. Juan II el ideal del príncipe guerrero, sino del príncipe prudente y justiciero, no podía echar en olvido la parte épica de su reinado, los descubrimientos y conquistas ultramarinas, que fueron su más espléndida corona, aunque personalmente no concurriese á ellas. Así, en el acto segundo asistimos al bautismo de un rey etíope (2) que viene trayendo al Rey de Portugal un magnífico presente:

De granos de oro puro
De nuestras ricas minas,
Te traigo cantidad, aunque son viles,
Y el oro queda obscuro
Con tus luces divinas;
Y los dientes que acá llamáis marfiles,
De que labráis sutiles
Hermosas diferencias;
Y traigo cien diamantes
Al sol tan semejantes,

(1) Estas palabras, que estarían llenas de ternura puestas en boca de una madre, resultan grotescas en boca de un padre, por la inoportuna imagen fisiológica que sugieren. Es una falta de gusto imperdonable.

(2) De la conversión de éste ó de otro rey africano trata el cap. LXII de la Crónica de Ruy de Pina.

Que suplirán de noche sus ausencias;
Y de esmeraldas finas
Dos peñas, arrancadas de sus minas;
Un hermoso elefante,
Á jugar enseñado
Con mil habilidades, y de olores
Traigo copia bastante,
Y un pabellón pintado
Que de dosel te sirva cuando comas;
De los mares que domas,
Nácares relucientes,
Y con varias labores
De plumas de colores,
Pintadas mil historias diferentes;
Fiado en que tu Alteza
Perdonará mi bárbara pobreza.

Episódicamente aparece Cristóbal Colón en esta comedia, cuando, de vuelta de su primer viaje, tuvo que entrar, muy á pesar suyo, por la barra del Tajo. Lope, aquí, como en lo demás, se ajusta á la versión de los cronistas portugueses, es decir, á la de Ruy de Pina, de la cual se derivan todas, y que merece gran fe, como testigo ocular: «En el año 1493 y dia 6 de Mayo arribó á la playa de Restello Cristóbal Colon, italiano, que venia del descubrimiento de las islas de Cipango y de Antilia, que por mandado de los reyes de Castilla habia hecho, de la cual tierra traia consigo las primeras muestras de la gente y oro y algunas otras cosas que en ellas habia, y fué de ellas intitulado Almirante. Y siendo el Rey avisado inmediatamente de esto, le mandó venir á su presencia, y mostró recibir enojo y sentimiento, así por creer que el dicho descubrimiento estaba hecho dentro de los mares y términos de su señorío de Guinea (lo cual podria dudarse), como porque el dicho Almirante, por ser de su condicion un poco altanero, y porque cuando contaba sus cosas excedia siempre los términos de la verdad, pintaba este negocio mucho mayor de lo que era en la cuantía de oro, plata y riquezas. Y en especial se acusaba el Rey de negligente, por haber rehusado entrar en esta empresa y no haber tenido confianza en ella cuando Colon vino por primera vez á ofrecérsela. Y á pesar de que algunos instaron al Rey para que le hiciese matar, porque con su muerte no podrian los reyes de Castilla proseguir el descubrimiento, y que esto se podria hacer sin sospecha de que el Rey lo hubiese mandado ni consentido, puesto que siendo él tan descortés y alborotado, fácilmente podian trabar pendencia con él, de tal modo que su muerte pareciese resultado de su propia soberbia y presuncion; con todo eso el Rey, como era príncipe muy temeroso de Dios, no solamente no lo permitió, mas antes le hizo honra, y mucha merced, y con ella le despidió» (1).

---

(1) Capítulo LXVI.

Ya hemos indicado que Lope no conoció directamente la Crónica de Ruy de Pina, que estuvo

Ni el portugués más entusiasta de las glorias de su patria hubiera podido tratar este episodio con más calor patriótico que Lope:

¿Cómo el rey don Juan había
De envidiar los castellanos,
Si sus fuertes lusitanos
Llegan donde nace el día?

Y la verdad es que no habían llegado aún, puesto que la expedición de Vasco de Gama, aunque proyectada desde el tiempo de D. Juan II, no salió hasta 1497, en pleno reinado de D. Manuel. Pero Lope altera en este punto la historia en obsequio á su héroe, y hace volver de la India las naves de Gama al fin de la segunda parte.

Para que nada falte al *Príncipe perfecto* de esta comedia, se le supone dotado de grandes fuerzas corporales. Algo decían de esto los historiadores: así Faria: «Cortaba algunas hachas juntas de un golpe, y decia que el verdadero portugués no necesitaba de espada larga, porque su verdadero herir era con los tercios, con las guarniciones y con los puños» (pág. 474). Lope exagera esto hasta lo sumo, y no sólo le presenta despejando una calle él solo y haciendo huir á tres embozados, después de matar á uno, sino entreteniéndose, por puro deporte, en torcer el brazo á un ganapán de los más forzudos, y en otros alardes atléticos, propios de un Milón de Crotona ó de un Diego García de Paredes. Tales valentías eran frecuentes en la corte de D. Juan II: Ayres Telles de Meneses, uno de los poetas del *Cancionero de Resende*, dejó más fama que por sus trovas, por el brío incontrastable de sus puños y por su destreza en la lucha. Él, ó algún otro caballero poeta de su escuela, pudo ser el héroe de la anécdota referida por Lope:

Que delante de los Reyes
De Castilla, como á bueyes
Á cinco toros ó á seis
En Arévalo cortó
Los pescuezos con la espada.

Lances y bizarrías de toros se atribuyeron al mismo rey D. Juan, y no los olvida

---

inédita hasta el siglo pasado; pero se valió de la de Resende, que es copia de ella, y de la cual, en su tiempo, ya existían tres ediciones. (Lisboa, 1554, 1596, 1607.) Creemos que Lope tuvo presente la primera, es decir, la que lleva el título de *Livro das obras de Garcia de Resende.....*, y no el de *Chronica* que tienen las posteriores. La razón que tengo para esto es hallarse en *El Príncipe perfecto*, como apuntaré luego, una anécdota que no está en la Crónica, sino en la *miscelánea*, que fué suprimida en ediciones posteriores. Ésta de 1554 es de grandísima rareza.

Para los hechos del príncipe D. Juan antes de ser rey (que no traen Ruy de Pina ni su plagiario Resende, porque el primero los pone en la Crónica de Alfonso V, que había escrito antes), la fuente de Lope debió de ser la *Chronica do Principe D. Joan*, de Damián de Goes (Lisboa, 1567).

Lope, poniendo en escena uno de ellos, referido así por Manuel de Faria: «Estando en Alconchete, pasaba desde palacio á la plaza, con la Reyna de la mano, por ver toros. Soltóse acaso uno, y venia furioso por el camino que el Rey llevaba. Desampparáronle todos los caballeros (que debian ser ó muy rapaces ó muy viejos) que iban delante, entrándose por los portales de las casas, y él púsose delante de la Reyna con la espada en el puño, esperando la fiera segurísimo: y ella tomó por el otro lado, acaso haciendo reverencia á tan real constancia» (pág. 470).

A nuestro poeta le pareció, sin duda, algo inverosímil esta *reverencia*, é hizo que el Rey rematase la suerte, dando una gran cuchillada al toro. Ésta debió de ser una de las escenas más aplaudidas, y hoy mismo lo sería con certeza.

Pero, naturalmente, lo que se encarece más en D. Juan son sus dotes de Príncipe justiciero, sus hechos y dichos prudentes y sentenciosos, sus audiencias, sus fallos *ex æquo et bono*, de los cuales está llena la pieza. Algunos son por extremo candorosos, y recuerdan la jurisprudencia de Sancho Panza más que la de Salomón. Varias de estas infantiles narraciones se habían aplicado ya á otros monarcas más antiguos, especialmente á D. Pedro de Castilla y á su coetáneo D. Pedro I de Portugal; pero Lope se valió de ellas, sin escrúpulo, para enriquecer su floresta. Uno de los libros que á este propósito parece haber consultado, es la *Chronica dos Reys de Portugal*, de Duarte Nunes de León (1600). Dos, por lo menos, de los cuentos que hay en esta comedia, proceden de allí y están atribuídos al extravagante tirano D. Pedro. Uno es el del mancebo cuya bastardía adivina el Rey al saber que había maltratado á su padre, y es luego confesada por la madre (1). Otro el del clérigo y el albañil (en otras versiones zapatero), que también se cuenta del D. Pedro castellano, y como rasgo suyo figura en la comedia de Lope *Audiencias del rey D. Pe-*

---

(1) *Tambem se affirma que em Santarem avia hum homem honrado, et rico, que como el Rey ahi estava, sempre o servia com frutas de suas herdades, por as ter boas, e via muitas vezes a el Rey mui familiarmente, como hum amigo ve a outro. Sendo el Rey fora de Santarem muito tempo, e tornando depois, como este seu familiar o não visitava, cuidou que era morto, e perguntando por elle, lhe disserão que vivo era, mas que avia muitos dias, que não sahia fora de caza de anojado, por hũa cutilada pelo rostro, que lhe dera seu proprio filho, e que por isso não iria ver sua Alteza. El Rey, pesaroso do caso, e maravilhado, mandou dizer aquelle homem, que o fosse ver. E indo el Rey lhe perguntou por seu desastre, e elle lho contou com muitas lagrimas, attribuindo todo a seus peccados. El Rey o consolou com muitas palavras, e lhe disse que lhe mandasse la sua mulher, que a queria ver. A mulher acompanhada daquelle seu filho foi ao paço, e el Rey a recebeo cortesmente, e a apartou a huma camara, e apertou muito com ella, que lhe descobrisse cujo era aquelle filho, porque não podia crer, que fosse de seu marido, que se o fora, não levantara mão para elle. A mulher vendose apertada descobrio a el Rey, que hum certo Religioso forçosamente dormira com ella, e a emprenhara daquelle filho, o que ella calara por sua honra, e de seu marido.....*

(*Chronica dos Reys de Portugal, reformada pello Licenciado Duarte Nunes do Liam.* Lisboa, *na officina de Francisco Villela*, 1677; fol. 153 vto. La primera edición es de 1600, como queda dicho.)

dro. Sin duda por no repetirse del todo, cambió aquí la condición de uno de los dos personajes, haciéndole gobernador en vez de prebendado. Este alejamiento de la leyenda primitiva me lleva á suponer que las *Audiencias* son anteriores á la segunda parte de *El Príncipe perfecto.*

LOPE.

Éste, señor, está preso
Porque mató con violencia
Un gobernador.

REY.

La causa.....

LOPE.

La causa, señor, es ésta:
Que el gobernador mató
Á su padre.

REY.

Un poco espera.
Di, hombre, ¿no era mejor
Pedir la muerte, y que fuera
Castigado por justicia?

FERNANDO.

Ya la pedí, y la sentencia
Del jüez fué la ocasión
Para que muerte le diera.

REY.

Pues ¿en qué le sentenció?

FERNANDO.

En que dos años, por pena,
No pudiese ejercitar
Su oficio.

REY.

¡Extraña sentencia!

FERNANDO.

Yo, viéndole libre ya,
Puesto que sin vara vuestra,
Con el agravio y la sangre,
Le maté, y aun no me pesa.

REY.

¿Dos años le suspendió
Del oficio?

LOPE.

Así se prueba.

REY.

¿Qué oficio tienes?

FERNANDO.

Señor:
Zapatero de obra gruesa.

REY.

Pues yo mando que en dos años
Coser zapatos no puedas,
Y te suspendo de oficio (1).

FERNANDO.

¡Viva mil años tu Alteza!

(Parte segunda, jornada tercera.)

Hasta conocidas fábulas esópicas figuran en esta colección de chistes y agudezas atribuídos á D. Juan II. Un letrado se libra de la muerte prometiendo hacer hablar en veinte años á un elefante. ¿Cómo no recordar aquí el donoso apólogo, tan popular entre nosotros por la versión de Samaniego:

No temáis, señor mío
(Respondió el charlatán), pues yo me río:
En diez años de plazo que tenemos,
¿El Rey, el asno ó yo, no moriremos?

A través de la multitud de escenas episódicas, que hacen difícil la exposición de esta comedia, hay dos episodios, uno en cada parte, en los cuales parece condensarse la mayor suma de interés dramático: en la primera, el de una dama castellana á quien D. Juan de Sosa, el mayor privado y favorito del Rey, había dado en Toledo palabra de matrimonio, que tiene que cumplir por mandato del justiciero Prín-

---

(1) *Estando el Rey em Evora, veyo a elle huma mulher de Santarem queixarse que hum Clerigo honrado e rico da mesma villa, lhe matara sem causa alguma seu marido; a qual elle disse, que como elle fosse a Santarem lho lembrasse. Indo el Rey a Santarem a mulher lho lembrou. E vendo el Rey estar hum mancebo pedreiro trabalhando, que parecia homem valente, o mandou chamar, e lhe disse se conhecia aquelle dito Clerigo, e dizendo elle que si, lhe encarregou que o matasse, e que trabalhasse por se salvar, que se não deixasse prender. O mancebo vendo o Clerigo em huma procissao o matou, e nao se podendo acolher, foi preso, e el Rey mandou que se não despachasse seu feito, se não perante elle. E á mulher do morto mandou, que desse de comer ao preso. E que para isso pedisse dinheiro ao seu esmoler. Vindo o processo a ser concluso, os parentes do Clerigo, que accusavao, importunavao a el Rey por despacho. El Rey mandou vir o feito perante si, e junctos os desembargadores, foi lido de verbo a verbo, não constando por elle do homem, que o Clerigo matara. El Rey fazendo que o ignorava, perguntou se aquelle Clerigo era brigoso, ou se tinha feito algum delicto, per onde se pudesse presumir sua morte: porque não podia crer, que aquelle homem o matasse sem alguma cousa. Os desembargadores responderão que avia dias, que aquelle Clerigo matara hum homem, de que ja era livre. Então perguntou el Rey, que pena lhe fora dada por aquelle homicidio, e dizendolhe que pelo Ecclessiastico fora condenado que nao disesse mais Missa, nem usasse de suas ordenes, el Rey mandou que se pozesse por sentença. Que visto como ao dito Clerigo por matar a hum secular, lhe nao fora dada mais pena no Juizo Ecclesiastico que privalo do officio de Sacerdote, condenava no seu juizo secular aquelle Reo, que sob pena de muerte, não usasse mais do officio de pedreiro, e que logo fosse solto. Depois o mandou el Rey chamar, e o casou com aquella viuva, e lhe fez merce per onde vivesse sem usar do officio de pedreiro.* (Fol. 153 vto.)

cipe; en la segunda, el del juvenil amor del príncipe D. Alfonso por otra dama, castellana también, de cuya inclinación, peligrosa para entrambos, procura disuadirle su padre con suma habilidad y discretos razonamientos:

Á cazar el blanco armiño
Van los cazadores diestros,
Y alrededor de la cueva
Le ponen de lodo un cerco.
Él sale para buscar
Por la campaña el sustento,
Y en viendo el lodo se para,
Tan turbado sólo en verlo,
Que allí se deja coger,
Porque más quiere ser muerto
Que ensuciar tanta blancura.
Harto os he dicho; entendeldo.
Sosa, aunque es vuestro criado,
Es honrado caballero;
Antes de hacelle traición,
Dejaos morir, que es lo menos;
Porque no habéis de manchar
La blancura que os ha puesto
La real naturaleza,
Sino antes morir sufriendo.
Para con vos esto basta.
Armiño sois de mi pecho;
No manchéis tanta blancura
Por un deleite tan feo.

Entre los variadísimos elementos poéticos que en esta obra, tan rica como desordenada, se acumulan, no podía faltar alguna escena del orden sobrenatural, que acabase de mostrar en toda su fiera energía el temple de alma de D. Juan II. La hay, en efecto (parte primera, acto tercero), y coincide en muchas cosas con otra de *El Marqués de las Navas*, así como ésta tiene singulares analogías con *Dineros son calidad*, y aun con *El Burlador de Sevilla*. Retraído D. Juan en su oratorio, recibe en altas horas de la noche la inesperada y terrorífica visita de un difunto, á quien había dado muerte en una pendencia:

REY.

¿Quién llama? ¿Quién está ahí?
¿Hay confusión que á ésta iguale?
¿Si es don Juan, que aun no se fué?
¿Quién llama? Quiero llamar.
Mas no es justo alborotar
Hasta que otro golpe dé.

Llaman.

¡Otra vez! ¡Hola! ¿Quién es?
Pero ¿qué dudo de abrir,
Pues puedo verle salir,
Y sea quien fuere después?
Aunque en ser en mi aposento
Me ha causado gran temor.
Mas la fuerza del valor
Anima el atrevimiento.....
Y si conjurados son,
Morir, la espada en la mano.
Yo abro.

Abre el Rey la puerta, y sale un difunto empuñando una espada.

¿Eres cuerpo vano,
O fantástica ilusión?
¿Ó eres sombra de mí mismo,
Que con esta luz se causa?
Entra, pues; dime la causa;
Que aunque del obscuro abismo
Vengas, no has de hallar temor
En este pecho. ¿Quién eres?

EL MUERTO.

Huélgome que no te alteres.

REY.

Mal conoces mi valor.

MUERTO.

Un hombre soy, rey don Juan,
Á quien tú mismo mataste
Una noche que rondaste.

REY.

Pues ¿qué cuidados te dan
Este deseo de hablarme?

MUERTO.

Cosas de mi alma son.

REY.

Habla.

MUERTO.

No es ésta ocasión
En que puedo declararme;
Que la Reina está despierta.
¿Atreveráste á seguirme?

REY.

¿No me ves seguro y firme?
Vuelve el rostro hacia esa puerta;
Que un mozo quiero llamar
De mi cámara. ¡Ah, García!

GARCÍA.

Señor.....

REY.

¿Dormías?

GARCÍA.

Dormía;
Que tardas mucho en rezar.

REY.

Dame una capa y sombrero,
Y toma esa luz allá.

GARCÍA.

¿Es hombre aquél?

REY.

Sí será.

Vase García.

Bien ves que á obscuras te espero.

MUERTO.

Valor soberano tienes.

REY.

¿Dónde me quieres llevar?

MUERTO.

Aquí, orillas de la mar.

REY.

¡García!

GARCÍA.

Dentro.

¡Señor!

REY.

¿No vienes?

Sale García con la capa y el sombrero del Rey.

GARCÍA.

Aquí tienes lo que pides.

REY.

Vete.

GARCÍA.

¿Dónde vas, señor?

REY.

Vete, necio.

MUERTO.

Tu valor
Con tu nacimiento mides.
Sígueme.

REY.

Parte delante;

Que con la espada en la mano
Y las armas de cristiano,
No hay ilusión que me espante.

No hay para qué insistir en las semejanzas con las comedias antes citadas, puesto que son tan obvias. Véase lo que decimos de ellas al tratar de *El Infanzón de Illescas*. Esta, como las restantes, debe su mayor prestigio á la osada y familiar llaneza con que Lope aplica su realismo, inmediato y evidente aunque parezca superficial, á las cosas del otro mundo.

Del mérito de la forma poética, que es notable en ambas partes, y quizá mejor en la segunda, donde se advierte mayor corrección, aunque menos frescura que en la primera, puede juzgarse por los trozos que ocasionalmente hemos transcrito. Pero no quiero omitir una linda glosa, donde se ve que Lope quiso remedar en algo la manera de los trovadores del *Cancionero general* y del *Cancionero de Resende*, si bien dejándolos á mucha distancia:

En la fuente está Leonor,
Lava el cántaro llorando,
Sus amigas preguntando:
«¿Vistes por allá mi amor?»
«No le hemos visto, Leonor.»
Leonor, á su amor buscando
Y (de amor la mayor prueba),
Agua á la fuente sacando,
Más que en el cántaro lleva,
La restituye llorando.
El curso murmurador
Aumenta con sus enojos,
Pues que, buscando su amor,
Con dos fuentes de sus ojos,
En la fuente está Leonor.
Sus amigas que la ven,
Están de verla admiradas,
Y ella se guarda también;
Que hay lágrimas envidiadas
Cuando son por querer bien.
La fuente se está alegrando
De las perlas que atesora,
Y ella, en fin, disimulando,
Porque no piensen que llora,
Lava el cántaro llorando.
Mas viéndose retratar
Del agua, como de espejo,
Por él quiere preguntar:
Quiere mudar de consejo;
Que no es remedio llorar.
Como se aumenta callando

Lo que el corazón inflama,
Quiere descansar hablando,
Porque descansa quien ama,
Sus amigas preguntando.
Fuera de que es natural
Al amoroso accidente,
Descansa el remedio igual;
Que decir lo que se siente
Mucho disminuye el mal.
Comunicando el dolor,
El alma en descanso está,
Y así les dice Leonor:
«Si el mío veis por acá,
¿Vistes por allá mi amor?»
«Tu amor, le responden ellas,
Habemos visto, serrana,
En esas lágrimas bellas
Con que toda la mañana
Llora el sol por dos estrellas.
Puede ser que á tu pastor,
Olvido, Leonor, detenga,
Porque, fuera de tu amor,
Amor que este nombre tenga
No le hemos visto, Leonor.»

XV.—FUENTE OVEJUNA.

Citada en la segunda lista de *El Peregrino* (1614). Impresa en la *Parte XII* de Lope (1619). Lord Holland poseyó un manuscrito de ella. Hartzenbusch la insertó en el tomo III de su colección. Ha sido traducida al alemán por Schack (1), y dos veces al francés, por Angliviel La Beaumelle (2) y por Damas-Hinard (3). Sé, por conducto fidedigno, que existe también una versión rusa que suele representarse con grande aplauso en los teatros de aquel Imperio. Tal popularidad no sorprende, porque se trata de una de las obras más admirables de Lope, aunque, por raro capricho de la suerte, no sea de las más conocidas en España.

El hecho, enteramente histórico, que en ella se dramatiza, hállase referido de este modo en la *Crónica de las tres Órdenes militares*, de Rades y Andrada (1572), donde seguramente le leyó nuestro poeta. El concienzudo analista funda esta na-

(1) *Spanisches Theater.* Frankfurt. 1845. Tomo II, páginas 3-156.

(2) En la colección *Chefs-d-œuvre des Théâtres étrangers.* París, 1829. Tomo I de Lope, páginas 134-257.

(3) *Théâtre de Lope de Vega*, tomo II, páginas 87-152.

rración, según tiene cuidado de expresar al margen, en documentos del Archivo de Calatrava, cajón 22.

«Estando las cosas desta Orden en el estado ya dicho, don Fernan Gomez de Guzman, comendador mayor de Calatrava, que residia en Fuente-ovejuna, villa de su Encomienda, hizo tantos y tan grandes agravios á los vezinos de aquel pueblo, que no pudiendo ya sufrirlos ni disimularlos, determinaron todos de un consentimiento y voluntad alzarse contra él y matarle. Con esta determinacion y furor de pueblo ayrado, con voz de Fuente-ovejuna, se juntaron una noche del mes de Abril del año de mill y quatrocientos y setenta y seys, los Alcaldes, Regidores, Justicia y Regimiento, con los otros vezinos, y con mano armada entraron por fuerza en las casas de la Encomienda mayor, donde el dicho Comendador estava. Todos apellidaron «Fuente-ovejuna, Fuente-ovejuna», y dezian: «vivan los Reyes don Fer»nando y doña Isabel, y mueran los traydores y malos christianos.» El Comendador mayor y los suyos quando vieron esto y oyeron el apellido que llevaban, pusiéronse en una pieza la más fuerte de la casa con sus armas, y allí se defendieron dos horas sin que los pudiessen entrar. En este tiempo el Comendador mayor á grandes vozes pidió muchas vezes á los del pueblo le dixessen qué razon ó causa tenian para hazer aquel escandaloso movimiento, para que él diesse su descargo, y desagraviasse á los que dezian estar agraviados dél. Nunca quisieron admitir sus razones, antes con grande ímpetu, apellidando «Fuente-ovejuna» combatieron la pieza, y entrados en ella mataron catorce hombres que con el Comendador estavan, porque procuravan defender á su señor. Desta manera con un furor maldito y rabioso, llegaron al Comendador, y pusieron las manos en él, y le dieron tantas heridas, que le hizieron caer en tierra sin sentido. Antes que diesse el ánima á Dios, tomaron su cuerpo con grande y regozijado alarido, diziendo: «vivan los Reyes y »mueran los traydores», y le echaron por una ventana á la calle; y otros que allí estavan con lanzas y espadas, pusieron las puntas arriba, para recoger en ellas el cuerpo que aun tenia ánima. Despues de caydo en tierra, le arrancaron las barbas y cabellos con grande crueldad; y otros con los pomos de las espadas le quebraron los dientes. A todo esto añadieron palabras feas y descorteses, y grandes injurias contra el Comendador mayor, y contra su padre y madre. Estando en esto, antes que acabasse de espirar, acudieron las mugeres de la villa, con panderos y sonages, á regozijar la muerte de su señor; y avian hecho para esto una vandera, y nombrado Capitana y Alférez. Tambien los muchachos á imitacion de sus madres hizieron su capitanía, y puestos en la órden que su edad permitia, fueron á solemnizar la dicha muerte; tanta era la enemistad que todos tenian contra el Comendador mayor. Estando juntos hombres, mugeres y niños, llevaron el cuerpo con grande regocijo á la plaza; y allí todos, hombres y mugeres le hizieron pedazos, arrastrándole y haziendo en él grandes crueldades y escarnios; y no quisieron darle á sus criados para enterrarle. Demas desto dieron sacomano á su casa, y le robaron toda su hazienda. Fué de la Corte un Juez Pesquisidor á Fuente-ovejuna con comision de los Reyes Cathólicos, para averiguar la verdad deste hecho, y castigar á los culpados; y aun-

que dió tormento á muchos de los que se avian hallado en la muerte del Comendador mayor, nunca ninguno quiso confessar quáles fueron los capitanes ó primeros movedores de aquel delicto, ni dixeron los nombres de los que en él se avian hallado. Preguntávales el Juez: «¿quién mató al Comendador mayor?» Respondian ellos: «Fuente-ovejuna.» Preguntávales: «¿quién es Fuente-ovejuna?» Respondian: «todos los vezinos desta villa.» Finalmente todas sus respuestas fueron á este tono, porque estavan conjurados que aunque los matassen á tormentos no avian de responder otra cosa. Y lo que más es de admirar que el Juez hizo dar tormento á muchas mugeres y mancebos de poca edad, y tuvieron la misma constancia y ánimo que los varones muy fuertes. Con esto se bolvió el Pesquisidor á dar parte á los Reyes Cathólicos, para ver qué mandavan hazer; y sus Altezas siendo informadas de las tyranías del Comendador mayor, por las quales avia merescido la muerte, mandaron se quedasse el negocio sin más averiguacion. Avia hecho aquel Cavallero mal tratamiento á sus vasallos, teniendo en la villa muchos soldados para sustentar en ella la voz del Rey de Portogal, que pretendia ser Rey de Castilla; y consentia que aquella gente hiziesse grandes agravios y afrentas á los de Fuente-ovejuna sobre comérseles sus haziendas. Ultradesto, el mismo Comendador mayor avia hecho grandes agravios y deshonrras á los de la villa, tomándoles por fuerza sus hijas y mugeres, y robándoles sus haziendas para sustentar aquellos soldados que tenia, con título y color que el Maestre don Rodrigo Tellez Giron su señor lo mandava, porque entonces seguia aquel partido del Rey de Portogal. Dexó el Comendador mayor muchos hijos, uno de los quales fué Juan Ramirez de Guzman, que tuvo el hábito de Calatrava, como paresce por los Actos del capítulo general de ella, que se celebró en Medina del Campo. Los de Fuente-ovejuna, despues de aver muerto al Comendador mayor, quitaron las varas y cargos de justicia á los que estavan puestos por esta Orden, cuya era la jurisdiccion; y diéronlas á quien quisieron. Luego acudieron á la ciudad de Córdova, y se encomendaron á ella, diziendo querian ser subjetos á su jurisdiccion, como avian sido antes que la villa viniesse á poder de don Pedro Giron. Los de Córdova recibieron á Fuente-ovejuna por aldea de su ciudad, y de hecho despojaron á la Orden del señorío de ella, y pusieron justicia de su mano. La Orden se quexó deste despojo y fuerza ante los Reyes Cathólicos, y despues ante el Romano Pontífice; y tiene sentencia dada en la audiencia de Rota en su favor, y executoriales y provision Real, para que le sea restituyda la possesion. En el processo deste pleyto se cuenta lo que tenemos dicho de la muerte del Comendador mayor, y está en el Archivo de Calatrava» (1).

---

(1) *Chrónica de las tres Ordenes y Cavallerías de Santiago*, *Calatrava y Alcántara; en la qual se trata de su origen y successo*, *y notables hechos en armas de los Maestres y Cavalleros de ellas; y de muchos Señores de título y otros Nobles que descienden de los Maestres; y de muchos otros Linajes de España. Compuesta por el licenciado Frey Francisco de Rades y Andrada*, *Capellan de su Magestad*, *de la Orden de Calatrava..... En Toledo*, *en casa de Juan de Ayala. Año* 1572. Folios 79-80.

Nació de este trágico suceso un dicho popular, que Covarrubias registra en su *Tesoro de la Lengua castellana* (1611): «Y para que conste el origen que tuvo un proverbio trillado, «Fuente Ovejuna lo hizo», es de saber que en el año de mil y quatrocientos y setenta y seis, en el qual se dió la batalla de Toro, como toda Castilla estuviesse revuelta con parcialidades, los de Fuente Ovejuna una noche del mes de Abril se apellidaron para dar la muerte á Hernan Perez de Guzman, Comendador Mayor de Calatrava, por los muchos agravios que pretendian averles hecho, y entrando en su misma casa le mataron á pedradas, y aunque sobre el caso fueron enviados juezes pesquisidores, que atormentaron á muchos de ellos, assi hombres como mugeres, no les pudieron sacar otra palabra mas de esta: «Fuente Ovejuna lo hizo.»

Hubo acaso algún romance popular sobre este argumento, y pueden ser resto de él estos cuatro versos, engastados en un cantarcillo de Lope:

Al val de Fuente Ovejuna
La niña en cabellos baja;
El caballero la sigue
De la cruz de Calatrava.....

Con tan exiguos materiales hubo de levantar nuestro poeta su edificio dramático, que es de sencilla é imponente grandeza: un drama épico en toda la fuerza del término. En *Peribáñez*, en *El mejor Alcalde, el Rey*, y en otras obras que pueden parecer análogas á ésta por su pensamiento, se trata de justicias ó de venganzas particulares. En *Fuente Ovejuna* lo que presenciamos es la venganza de todo un pueblo; no hay protagonista individual; no hay más héroe que el *demos*, el concejo de Fuente Ovejuna: cuando el poder Real interviene, es sólo para sancionar y consolidar el hecho revolucionario. No hay obra más democrática en el Teatro castellano, no ya con la patriarcal democracia de *Los Jueces de Castilla*, sino con la tumultuosa y desbordada furia de los tumultos anárquicos que iluminaron con siniestra luz las postrimerías de la Edad Media y los albores de la Moderna; de la *jacquerie* en Francia; de los *pagesos de remensa* en Cataluña; de los *forenses* en Mallorca; de los *agermanados* en Valencia; de los *aldeanos* en Alemania. El genio, otras veces tan dulce y apacible, de nuestro poeta, se ha identificado maravillosamente con las pasiones rudas, selváticas y feroces de aquellas muchedumbres; y ha resultado un drama lleno de bárbara y sublime poesía, sin énfasis, ni retórica, ni artificios escénicos; un drama que es la realidad misma brutal y palpitante, pero magnificada y engrandecida por el genio histórico del poeta, á quien bastaría esta obra, sin otras muchas, para ser contado entre los más grandes del mundo. En *Fuente Ovejuna*, el alma popular que hablaba por boca de Lope, se desató sin freno y sin peligro, gracias á la feliz inconsciencia política en que vivían el poeta y sus espectadores. Hoy, el estreno de un drama así promovería una cuestión de orden público, que acaso terminase á tiros en las calles. Tal es el brío, la pujanza, el arranque revolucionario que tiene; enteramente inofensivo en Lope, pero que, transportado á otro

lugar y tiempo, explica el entusiasmo de los radicales de Rusia por una obra donde á cada paso se leen máximas de este tenor:

Un popular motín mal se detiene.....
No volverán atrás. Cuando se alteran
Los pueblos agraviados, y resuelven,
Nunca sin sangre ó sin venganza vuelven.
. . . .
¿Qué es lo que quieres tú que el pueblo intente?
—Morir ó dar la muerte á los tiranos,
Pues somos muchos, y ellos poca gente.
. . . .
Si nuestras desventuras se compasan,
Para perder las vidas, ¿qué aguardamos?
Las casas y las viñas nos abrasan:
Tiranos son: á la venganza vamos.

Y todo esto no queda en palabras, sino que se pinta y representa con los más vivos colores la orgía de la venganza popular, una furiosa saturnal demagógica, donde hombres y mujeres rivalizan en crueldad y ensañamiento:

De Fuente Ovejuna vengo,
Donde, con pecho inclemente,
Los vecinos de la villa
Á su señor dieron muerte.....
Que vasallos indignados,
Con leve causa se atreven.
Con título de tirano,
Que le acumula la plebe,
Á la fuerza de esta voz
El hecho fiero acometen;
Y quebrantando su casa,
No atendiendo á que se ofrece,
Por la fe de caballero,
Á que pagará á quien debe,
No sólo no le escucharon,
Pero con furia impaciente
Rompen el cruzado pecho
Con mil heridas crueles,
Y por las altas ventanas
Le hacen que al suelo vuele,
Adonde en picas y espadas
Le recogen las mujeres.
Llévanle á una casa muerto,
Y á porfía, quien más puede,
Mesa su barba y cabello,
Y apriesa su rostro hieren.

En efeto fué la furia
Tan grande que en ellos crece,
Que las mayores tajadas
Las orejas á ser vienen.....
Saqueáronle la casa,
Cual si de enemigos fuese,
Y gozosos, entre todos
Han repartido sus bienes.

Como se ve, ni siquiera falta en el cuadro su toque *colectivista*.

Para preparar y aun para justificar esta espantosa venganza que nuestro dramaturgo pone no sólo en relato, sino también en acción (y por cierto con gran rapidez, nervio y eficacia), no ha perdonado en los dos primeros actos medio alguno que pudiera excitar la indignación de todo pecho generoso contra la tiranía feudal encarnada en el Comendador mayor de Calatrava. Y esto lo hizo por arte consumado, no con las declamaciones que en caso análogo emplearía un sectario vulgar, sino con la exposición de hechos vivos que llenan el alma de ira y espanto: forzamientos de doncellas y casadas, afrentas de padres y maridos, violaciones oprobiosas de la justicia, escarnio de la veneranda institución municipal, degradación sistemática de la persona humana, todos los crímenes y abominaciones que pueden nacer del despotismo de arriba y del servilismo de abajo, vistos y estudiados en el campo y entre villanos, para que resulte mayor su diabólica eficacia. La ficción poética es aquí más verdadera que la historia misma. En parte alguna puede encontrarse un cuadro tan espantosamente verídico de lo que fué la anarquía y el desenfreno moral que se paseó triunfante por Castilla en el infausto reinado de Enrique IV, y que sucumbió bajo el cetro de hierro de los Reyes Católicos. Lope, con aquella intuición histórica que era parte esencialísima de su genio, marcó el punto culminante de esta lucha en el episodio, secundario en verdad, pero tan curioso y significativo, de *Fuente Ovejuna;* drama que simboliza el pacto de alianza entre la monarquía y el pueblo, el allanamiento de las fortalezas señoriales y la ruina de las jurisdicciones privilegiadas.

Porque este drama, tan profundamente democrático, es también profundamente monárquico. Ambas ideas vivían juntas en el pueblo español; y en Lope, su poeta, su intérprete, tenían que ser inseparables:

El Rey sólo es señor después del cielo,
Y no bárbaros hombres inhumanos.....

Los matadores de Fernán Gómez aclaman simultáneamente á los Reyes Católicos y al pueblo de Fuente Ovejuna; asaltan el castillo del Comendador, pican sus armas, rechazan el señorío de la Orden de Calatrava y ponen las armas Reales en el concejo:

¿Adónde se han de poner?
—Aquí, en el Ayuntamiento.

—¡Bravo escudo!
—¡Qué contento!
—Ya comienza á amanecer
Con este sol nuestro día.
¡Vivan Castilla y León,
Y las barras de Aragón,
Y muera la tiranía!

En vano el juez pesquisidor quiere indagar á fuerza de tormentos quién mató al Comendador. La libertad ha transformado en héroes á los menguados siervos de ayer; y hombres y mujeres, ancianos y niños, resisten impávidos el potro y la cuerda, sin que salga de sus labios más voz que la de «Fuente Ovejuna», como si un corazón solo latiese en todos sus pechos. El Rey Católico tiene que recibirlos bajo su protección cuando se le encomiendan:

Señor, tuyos ser queremos.
Rey nuestro eres natural.

Poco tienen que agradecer, ciertamente, á Lope los Comendadores de las Órdenes militares. Si el de Ocaña es un libertino desalmado, de quien hace justicia el puñal de Peribáñez, Fernán Gómez, el de Fuente Ovejuna, es un monstruo ebrio de soberbia y de lujuria, á quien sus vasallos acosan y cazan como á una alimaña feroz y dañina. No conserva más cualidad buena que el denuedo personal, única que no podía faltar en quien llevaba al pecho la cruz de aquella gloriosa milicia. Así le vemos desafiar desarmado, solo y en el monte, las iras y la ballesta de Frondoso.

Sería absurdo atribuir al gran poeta animadversión ni malquerencia alguna contra instituciones cuyo aspecto heroico tenía que serle grato, en su condición de poeta popular y locamente enamorado de todas las cosas tradicionales de su patria. Él mismo exaltó, por ejemplo, las glorias de los Maestres de Santiago, en *El Sol parado*. Por otra parte, la anulación política de estas instituciones las hacía completamente inofensivas en tiempo de Lope, y aunque rodeadas todavía de gran prestigio social, no eran ya un peligro para el derecho común, ni para la integridad de la soberanía, ni para cosa alguna. Su tiempo había pasado, y no eran más que una antigualla venerable y codiciada por lo honrosa y aun por lo lucrativa. Pero al poner en escena el duelo á muerte entre la Corona y sus grandes vasallos, al presentar el levantamiento tumultuoso de un pueblo de señorío que pasa á ser realengo, era natural que la elección del poeta recayese, no en un señorío individual, por robusto que fuese, sino en el poder más formidable que á fines del siglo xv podía levantarse enfrente del poder del Trono. Un Maestre de Calatrava había estado á punto de ser rey de Castilla; otro había entrado á sangre y fuego en Ciudad Real, decapitando á sus defensores y azotando y arrancando la lengua con tenazas á muchos de la plebe y gente menuda: un clavero de Alcántara, hombre de hercúleas fuerzas y desapoderada ambición, fatigaba con bandos y contiendas á Extremadura, y trataba de

igual á igual con la Reina Católica. Estos personajes y estos tiempos son los que Lope describía con pasmosa verdad moral, con cierta política de instinto y de sentimiento (1), y sin ningún propósito ulterior, que en su tiempo hubiera sido impertinente.

El ambiente campesino en que se mueven los personajes de esta pieza, da lugar, como sucede de continuo en Lope, á lindas escenas villanescas y á cuadros de género que dulcifican algo la siniestra impresión del conjunto (2). Pero de todos mo-

(1) Nótense, por ejemplo, estas palabras del alcalde Esteban (acto segundo):

..... Y esto baste;
Que reyes hay en Castilla
Que nuevas órdenes hacen,
Con que desórdenes quitan.
Y harán mal, cuando descansen
De las guerras, en sufrir
En sus villas y lugares
Á hombres tan poderosos
Por traer cruces tan grandes.
Póngasela el Rey al pecho;
Que para pechos reales
Es esa insignia, y no más.

(2) Véanse, por ejemplo, estos deliciosos versos, puestos en boca de Laurencia, en la jornada primera, que recuerdan otros de *Peribáñez* y de *García del Castañar*:

¡Pardiez! más precio poner,
Pascuala, de madrugada,
Un pedazo de lunada
Al fuego para comer,
Con tanto zalacatón
De una rosca que yo amaso,
Y hurtar á mi madre un vaso
Del pegado cangilón;
Y más precio al mediodía
Ver la vaca entre las coles,
Haciendo mil caracoles
Con espumosa armonía;
Y concertar, si el camino
Me ha llegado á causar pena,
Casar una berenjena
Con otro tanto tocino;
Y después un pasatarde,
Mientras la cena se aliña,
De una cuerda de mi viña,
Que Dios de pedrisco guarde;
Y cenar un salpicón
Con su aceite y su pimienta,
Y irme á la cama contenta,
Y al inducas tentación
Rezalle mis devociones;
Que cuantas raposerías,
Con su amor y sus porfías,

dos, no es el idilio lo que domina, ni ha querido el autor que dominase: las atrocidades del Comendador son tales, que bastarían para convertir en infierno la pastoril Arcadia. El elemento cómico está sobriamente distribuído. Lope tuvo el arrojo y la habilidad de introducirle en una escena de tortura, que sin él hubiera resultado intolerable.

Hay mucho que aplaudir en esta comedia, ó más bien casi todo es excelente. Se ve que el poeta camina derecho á su fin y está en plena posesión de sus medios. No rige su pluma la improvisación fugaz de otras veces, sino una lógica dramática, tan sencilla como infalible en sus procedimientos. No camina al acaso, sino puestos siempre los ojos en la inminente catástrofe. Están finamente indicados los caracteres de la honrada y fuerte Laurencia; del valiente y enamorado Frondoso; del venerable y sesudo alcalde Esteban; de Juan Rojo, tan tímido al principio y el más arrojado después; del sensual y gracioso Mengo, á quien los tragos de vino consuelan de los dolores del tormento. Pero más que la psicología individual importa aquí la pasmosa adivinación de la psicología de las muchedumbres, que se encuentra en Shakespeare como en Lope, pero que es tan rara en el Teatro moderno, acaso porque el abuso del *dilettantismo* literario ha cortado la comunicación entre el poeta y su pueblo, borrando en el drama todo vestigio de sus orígenes épicos.

Don Cristóbal de Monroy y Silva, ingenio andaluz (natural de Alcalá de Guadaira), refundió, á mediados del siglo XVII, esta comedia con el mismo título de *Fuente Ovejuna*, regularizando algo la fábula y atenuando las crudezas realistas que abundan en el original de Lope, pero que eran necesarias para la íntegra y sincera ejecución poética y aun para la ejemplaridad moral. Esta refundición no es despreciable. Monroy era poeta de mérito, entre los de segundo orden, y no carecía de fuerza melodramática. Pero la obra de Lope no necesitaba ser refundida ni morigerada. Tal como está, puede desafiar impávida las tormentas de la crítica y el fallo de las edades (1).

M. Menéndez y Pelayo.

Tienen estos bellacones;
 Porque todo su cuidado,
Después de darnos disgusto,
Es anochecer con gusto
Y amanecer con enfado.

(1) Para completar las indicaciones bibliográficas acerca de *La Estrella de Sevilla*, contenidas en el prólogo anterior, creo oportuno mencionar una valiente defensa de Lope contra los reparos críticos de Cienfuegos, publicada en *El Regañón general ó Tribunal Catoniano de Literatura, Educación y Costumbres*, números de 17 y 21 de Diciembre de 1803.

EL PRIMER FAJARDO

COMEDIA FAMOSA

DE

EL PRIMER FAJARDO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

El conde D. Juan Manuel.
Juan Gallego.
El comendador Lisón.
Garcijofre.
Abenalfajar.
Xarifa, *mora.*
Zulemilla, *jardinera.*
El Rey de Granada.
Tarife, *moro.*
Zayde, *Alcaide del Alhambra.*
Learimo y Sultano.
Abindarráez.
Fajardo y un Alférez.
Pacheco.
Riba y Trillo, *soldados.*
Ardinelo, *moro.*
Gualemo, *moro.*
Felisalva.
Alcindo, *Alcalde.*
Learín, *Alcalde.*
Cardela.
Fátima.
Gonzalo de Saavedra.
El rey D. Enrique.
Don Rodrigo Manrique.
Diego de Lasa.

ACTO PRIMERO.

Salen el conde D. Juan Manuel, Juan Gallego, el comendador Lisón, Garcijofre y soldados.

CONDE.

¡Bravamente cerca Lorca
El moro Abenalfajar!

GARCIJOFRE.

No lo están mejor del mar,
Fuerteventura ó Mallorca.

LISÓN.

Querrá Caller que signifique (1)
Otra Numancia ó Monviedro.

JUAN.

La muerte del rey don Pedro
Y elección de don Enrique,
Que en toda Castilla ha hecho
Tan notable novedad,
Á mayor temeridad
Esfuerza su alarbe pecho.

GARCIJOFRE.

¡Gentil ejército tiene!
En grandeza no le vales..... (1)

CONDE.

De descanso, armas iguales,
Garcijofre, mejor viene;
Mas no sé si de valor:
Díganlo aquellas banderas.

JUAN.

Cuando tú aquí no vinieras,
General, Conde y señor,
Yo solo valiera más
Que todos estos paganos,
Aunque no has dado á mis manos

---

(1) Este verso no consta ni hace sentido. Acaso escribiría Lope:

Quizá Lorca signifique.

(1) En la edición original *iguala*, pero es errata evidente, porque falta la rima.

Sola una empresa jamás,
De que estoy harto corrido;
Pues ha que dejé mi tierra
Dos años, y que en la guerra,
Como sabes, te he servido;
Que de armarme caballero,
Dos mil palabras me has dado,
Mas como soy desdichado,
Ya de este honor desespero;
Que algunos, con menos pruebas
De su sangre y su valor,
Le han gozado, y tú, señor,
De un día en otro me llevas;
Pero satisfecho estoy:
Perdona el atrevimiento;
Que lo soy por nacimiento,
Si por armas no lo soy.

CONDE.

Eso juraré yo bien,
Y que ningún hombre ha sido
Mejor que vos bien nacido;
Pero para que se os den
Las armas con más razón,
Por la costumbre de España,
Quisiera que alguna hazaña
Os diera un noble bastón;
Que las armas heredadas,
Aunque tengan Real valor,
No pueden dar tanto honor
Como las que son ganadas.
La verdadera nobleza,
Más Real que más altiva,
En la virtud propia estriba,
Que no en la naturaleza;
Corona de inútil mimbre
Sus armas quien las herede;
Pero el que ganarlas puede,
Ponga mil palmas por timbre.

Tocan cajas.

JUAN.

Yo estoy de ti satisfecho.

GARCIJOFRE.

Señal una caja ha hecho.

LISÓN.

Moros de batalla son.

Á caballo ó á pie, éntre Abenalfajar con lanza y adarga.

ABENALFAJAR.

Cristianos del rey don Pedro,
Que hoy sois del rey don Enrique,
Para que sin que Abel fuese,
Tenga el mundo dos Caínes,
Éste, haciendo que no reina,
Y aquél, que no sacrifique:
Cuidado me ha dado el ver
Que vuestro ejército pise
Estas campañas de Lorca,
Y que á deslorcarla aspire;
Porque yo os tengo por buenos,
Y aun os estimo ¡Alá vive!
Entre los buenos hidalgos
Que espadas doradas ciñen.
Y de mis soldados pienso,
No porque mi sueldo tiren,
Que ningunos son mejores
De cuantos hoy le reciben.
Traéis fuertes capitanes,
Yo gallardos adalides;
Los vuestros nobles en sangre,
Los míos en sangre insignes.
Limpias armas traen los vuestros,
Fuertes lanzas en el ristre,
Caballos que el Tajo beben,
Y son de su margen cisnes,
Tan hijos de nuestras yeguas,
Que apenas la planta imprimen
En estas arenas, cuando
Las obliga á que relinchen
Con distinto natural
Del que su especie percibe.
Buenos paveses traen todos,
Que ya tercian, ya dividen,
Con castillos, con leones,
Cadenas y flor de lises.
Los nuestros, de buena malla,
Blancas jacerinas visten,
Que cubren, por mayor gala,
Con albornoces fecíes;
Los cascos, de fuerte acero,
Como botones, revisten
Laberintos de bengala
Y de tocas mangas libres;
Jinetas como una entena,
No estorban que no las vibren,
Besándose hierro y cuentos,
Que en el viento herido gimen;
Ricos alfanjes sustentan
Tachonados tahalíes,
Nielados como los frenos
Con que los caballos rigen.
No hay adarga de ante blanco,
Que algún mote no autorice,
Con más promesas que hiciera
Sobre Troya, á Grecia, Aquiles.
Siendo así, y que tengo á Lorca
Tan sujeta, que se rinde
Porque no llega el socorro
Que tan tarde le trujiste,
Y que no queréis volveros,
Pues venís á resistirme,
Ni yo volver las espaldas
Si todo el mundo me embiste,
Paréceme que poner,
Pues no es la fortuna firme,
En peligro la victoria,
De iguales armas y ardides,
Y aventurar tanta sangre,
Será conocido crimen,

Pudiéndose averiguar
Entre dos espadas libres;
Y aunque entre muchos que traigo,
Pudiera alguno servirme,
Mejor es que de la mía
Tan honrosa hazaña fíe.
Salga de vosotros uno,
Que si, como agora dije,
Me venciere, alzaré el campo
Que á Lorca cercada oprime.
Y si no, me la daréis,
Para que el Rey os envíe
Á otra empresa bien tratados,
Sin que yo una pluma os quite.
Y por el alto Profeta,
Cuyo cuerpo en Meca asiste
Con mil lámparas de plata
Y cuatro mil alfaquíes,
De cumplir el juramento,
Luego que podáis rendirme;
Que ningún rey en palabra,
Con mi firmeza compite.
Á esto salí del campo;
El que me quisiere, pique;
Que en esta vega le espero
Solo, hasta que el sol se eclipse.

Vase.

CONDE.
Salir quiero á aquesta empresa;
Dadme mis armas.

GARCIJOFRE.
Señor,
Aunque ninguno mejor
(De que lo digas nos pesa),
Aquí está Garcijofré.

LISÓN.
Yo también estoy aquí.

JUAN.
Por no te enojar á ti,
El arrogante se fué;
Que á no temer darte pena,
Castigara su locura.
Pero pues hoy mi ventura
Que te satisfaga ordena,
Dame licencia de hacer
Con el moro desafío,
Para que del honor mío
Te pueda satisfacer.

CONDE.
Si salís con esta hazaña,
Yo os armaré caballero,

JUAN.
Que he de ser, en Dios espero,
De los mejores de España.

Vanse.

Salga Abenalfajar.

ABENALFAJAR.
Temblando quedan ¡por Alá supremo!
Del desafío que les hice á todos;
Sin duda su temor, á vela y remo,
Huir pretende por diversos modos.
Desciendo yo de Muza, que no temo
Por herencia la sangre de los godos;
No ha pasado linaje como el mío
Hasta Genil del Mutaceno río.
Ya parece que el pecho les escarba
El hierro de la lanza desde lejos;
Al más valiente le tembló la barba
De ver al Sol villano los reflejos.
¡Quién la arrojara en la cristiana parva,
Á ver si los escudos, como espejos,
Tan llenos de la banda, empresa y mote,
Estaban firmes de la punta al bote!
Poner quiero el teñido fresno en tierra,
Y recostado en esta adarga blanca,
Dormir seguro de cobarde guerra;
Sombras convidan y compaña franca.
Mi yegua ese pequeño soto encierra,
Grama despunta y céspedes arranca:
¡Conde don Juan, pues otras veces sueles,
Muestra el claro valor de los Manueles!

Sale Juan Gallego con su lanza y adarga.

JUAN.
Generosos pensamientos
Levantad el corazón,
Pues que llegó la ocasión
De vuestros merecimientos.
Mirad que os incita y llama
En altas voces agora,
Con su trompeta sonora,
Desde su templo la Fama.
El conde don Juan Manuel
No quiere armar caballero
Al que no muestre primero
Que cabe este nombre en él.
Y tan de su parte estoy,
Que lo contrario condeno,
Pues no importa nacer bueno
Si yo por mí no lo soy.
¡Válame Dios! ¿Dónde está
El moro del desafío?
Olmos de ese manso río,
¿Dónde fué, por dónde va?
Harto aprisa le seguí:
Allí relincha una yegua;
Debe de estar una legua,
Y paréceme que aquí.
Mas ¿qué estoy imaginando?
¿No es aquéste que estoy viendo?
Pues ¿cómo, moro, durmiendo
Cuando te vengo alcanzando?
¿Cómo señalas el plazo,
Y estás, cuando pides guerra,
Tendida la lanza en tierra
Y sobre la adarga el brazo?
¡Ah, moro! ¿Qué digo? ¡Ah, moro!
¿Es cama ó campaña aquésta?

Mejor duerme aquí la siesta,
Que sobre alcatifas de oro.
¡Ah, moro!

ABENALFAJAR.

¿Quién es?

JUAN.

Un hombre.

ABENALFAJAR.

¿Qué quieres?

JUAN.

¿Ya se te olvida
La batalla apercibida?

ABENALFAJAR.

¡Ah, sí! Y bien, ¿cómo es tu nombre?

JUAN.

¿Qué quieres hacer con él?

ABENALFAJAR.

Saber tu nobleza quiero.

JUAN.

Noble soy, soy caballero.

ABENALFAJAR.

¿Eres tú el conde Manuel?

JUAN.

No soy el conde don Juan,
Un soldado noble soy.

ABENALFAJAR.

Bien echado, amigo, estoy;
Vete, y llama al Capitán.

JUAN.

Despierta, moro.

ABENALFAJAR.

No quiero;
Que con quien yo puedo hacer
Campo, es fuerza que ha de ser
Noble, hidalgo y caballero:
Esto he jurado á Mahoma,
¿Cómo lo puedo quebrar?

JUAN.

Pues levántate, Alfajar,
La lanza y la darga toma:
Nobleza gano y heredo.

ABENALFAJAR.

Sólo en batalla rompida
Puedo aventurar la vida;
Que cuerpo á cuerpo no puedo.
Y así, es razón que imagines
Que tengo por mis mayores,
Cordobeses Almanzores
Y afros Miramamolines.
Si tuvieras calidad,
Yo saliera al desafío.

JUAN.

Moro, del linaje mío
Es grande la autoridad.
Si un Zayde, un Abindarráez,
Por tu nobleza responde,
Por mí el generoso conde
Don Rodrigo de Narváez.
Y no hablo de malicia,
Que dél desciendo, ¡por Dios!,
Fué señor de Monterrós
En el reino de Galicia.
Fué del conde don Remón
Hijo, que honrando su ley,
Lo fué segundo del rey
Don Fruela de León
Y de doña Emilia hermosa,
Infanta de Ingalaterra;
Mira si este brazo encierra
Sangre ilustre y generosa.
La villa de Santa Marta
De Sortiguera el solar
De éste mi nombre, que el mar
Cerca de tu sitio aparta.
Y cuando de armas te acuerdes
Y tengas mil lunas, moro,
Yo tengo en campo de oro
Tres matas de ortigas verdes;
Siete hojas cada mata,
Hace el blasón mi solar,
Sobre tres rocas del mar
Con ondas de azul y plata.
Si esta jura te obligó,
Sal, pues mi nobleza entiendes,
Pues si de reyes desciendes,
De reyes desciendo yo.

ABENALFAJAR

Si eres tan noble, no puedo
Dejar de salir contigo.

JUAN.

Á Dios pongo por testigo.

ABENALFAJAR.

Basta; satisfecho quedo:
Toma tu caballo y vamos;
Que aquí mi yegua quedó.

JUAN.

Atado le tengo yo
De esta alameda en los ramos.

ABENALFAJAR.

Ya que sabes que me nombro
Alfajar, ¿cómo es tu nombre?

JUAN.

Juan Gallego.

ABENALFAJAR.

Si eres hombre,
Hoy llevas un monte al hombro.

JUAN.

¿Eres el monte?

ABENALFAJAR.

Pues ¿quién?....

JUAN.

Yo soy el mundo.

ABENALFAJAR.

¿Tú?

JUAN.

Sí;
Y pues que te tengo en mí,
¡Guarte, Alfajar, de un vaivén!

ABENALFAJAR.

¡Qué bien me sabes honrar;
Que soy monte tan pesado,
Que aunque mundo te has llamado,

Te puedo yo hacer temblar!
Hoy, si tiemblas, yo me fundo,
Que fué porque fuerte fuí,
Y guarda que caiga en ti,
Que harás que derribe el mundo:
Yo también soy español.

JUAN.

Sí; pero si te haces monte
Conmigo, harás que no monte
Lo que un átomo en el sol.
Embraza el adarga bien,
Verás que un monte derribo.

ABENALFAJAR.

Y tú verás cómo privo
Del mundo al mundo también.

JUAN.

Mundo soy que no consiento
Un monte tan arrogante.

ABENALFAJAR.

Yo monte como Atalante,
Que tengo el mundo en la frente.

JUAN.

¿Qué mundo?

ABENALFAJAR.

Aquel superior;
Que tú, en su circunferencia,
Del punto haces diferencia,
Porque eres mucho menor.

JUAN.

Eso es hablar; ven conmigo,
Que mi palabra te doy,
Que eso pierdo de quien soy,
Que estoy hablando contigo.

ABENALFAJAR.

Cristiano, sin menosprecios,
Mejor es callar y obrar,
Sino es porque el mucho hablar
Está vinculado en necios.

JUAN.

Que te detengas me pesa,
Bárbaro.

ABENALFAJAR.

Camina, loco.

JUAN.

Pésame que seas tan poco
Para mi primera empresa.

Vanse.

Salen Xarifa, mora, y Zulemilla, moro, jardinero.

XARIFA.

Ninguna cosa, Zulema,
De cuantas miro me agrada;
Hasta esa Sierra Nevada
Es un balcón que me quema.
Estas aguas de Genil
No pueden darme templanza,
Ni está verde mi esperanza
Con haber llegado Abril.
¿Qué se me da á mí que rife
El viento, ya en flor, ya en hoja,
Ó en el agua con que moja
Cuadros de Generalife?
¿Que corra el ciervo ó que cante
El ave entre estas acequias,
Si son funestas obsequias
De la vida de un amante?
No hay gusto para un ausente,
Todo á tristeza se llama;
Quien le tiene y dice que ama
Mientras está ausente, miente.
Ausente, Zulema, estoy;
Abindarráez se fué
Á la guerra, y yo quedé
En fe de que suya soy.
Sólo he descansar contigo,
Que en este jardín que labras,
De nuestras dulces palabras
Fuiste secreto testigo:
Es lo que puede aliviarme
De no tener carta suya.

ZULEMILLA.

Estar la condición tuya
Para acabarte, acabarme.
¡Válate Dios, qué querelde!
Si el Rey enviar de aquí
Bendarráez para mí,
Lo que estar causa sabelde.

XARIFA.

¿Por qué causa le envió
Á la guerra?

ZULEMILLA.

Eso decer;
Mas sabemos que es querer
Gradecelde no mató.

XARIFA.

¡Matar!

ZULEMILLA.

¡Oh! Quien ama é sabe
Que otro le quetar el ben,
Logo le busxar tambén
Granganilia con que acabe.
Estar el Rey tan celoso
De que Bendarráez amar,
Que al guerra á Murcia enviar,
Donde matalde es forzoso.

XARIFA.

¿Tanto pueden celos?

ZULEMILLA.

Tanto,
Que competir con los cielos.

XARIFA.

Pues ¿qué son celos?

ZULEMILLA.

Son celos,
Del maginación espanto,
De la voluntad aumento,
Zorriaga del memoria,
É de la amorosa gloria,
Infierno, pena é tormento.
Ser noble de corazón,
Desmayo de la brosona,

Del corpo eterna tahona,
Y fogo del corazón.
Ser gosanillo del pecho,
Ser polilla del honor,
Guacil que prende al temor,
Del alma cárcel estrecho.
Ser infamia del oído,
Ser quemera de los ojos,
Ser del pensamento antojos,
Ser alquimia del sentido.
Ser un sér todo al revés
Cuando se ve, fenalmente,
Poner premero en la frente
Lo que ha de vener después.

XARIFA.

Si el Rey le envió á la guerra
Por celos que de mí tiene,
Creer, Zulema, conviene
Que no volverá á esta tierra.
¿Quién duda que allá se trate
Que le mate un falso amigo,
Que le prenda un enemigo
Y no le dé por rescate?
Esta carta escribí ayer,
Y no hallé de quién fialla.

ZULEMILLA.

Calla, geniora, é mí dalla,
Que el camino ben saber,
Del tempo que estar cautivo.

XARIFA.

Luego ¿tú la llevarás?

ZULEMILLA.

Ése pode, he de hacer más;
Mandaldo mentras que bebo:
¡Joro á Dios que no tenelde
Amigo como estar yo!

XARIFA.

Qué ¿la llevarás?

ZULEMILLA.

¡Pues no!

XARIFA.

¡Ay, Zulema!

ZULEMILLA.

¿Qué tenelde?
Dadla acá, é no tener pena.

XARIFA.

¿Dónde la metes?

ZULEMILLA.

Aquí.

XARIFA.

El Rey es éste. ¡Ay de mí!

ZULEMILLA.

Hoy tener beliaca cena.

Sale el Rey de Granada, y Zayde, Alcaide de la Alhambra.

REY.

Siempre con este villano,
Xarifa.

XARIFA.

Y tú siempre vienes
Celoso.

REY.

Muestra: ¿qué tienes
En esa grosera mano?

ZULEMILLA.

Acá ser cosas de horta.

REY.

Papel le dabas, sin duda.

XARIFA.

No es nada.

REY.

El color te muda,
Y es cierta señal que importa.
Vete del jardín.

XARIFA.

Permite
Que se me vuelva el papel.

REY.

En viendo lo que hay en él.

ZULEMILLA.

¡Oh Mahoma! Hoy me derrite
Dos libras en la barrega
De lo que tú no comer.

REY.

Muestra.

ZULEMILLA.

Aquí podelde ver.

XARIFA.

Mi mal á su extremo llega.
Voyme; mas piensa, señor,
Si es amor el que te fuerza,
Que no hay buen amor por fuerza,
Ni fuerza donde hay amor.

Vase.

REY.

¿Qué carta es ésta, Zulema?

ZULEMILLA.

Xenior mío, no saber
Esta beliaca escreber;
Ben poder, que tal de enema.

REY.

Di la verdad.

ZULEMILLA.

¡Por tu vida,
Que á Murcia enviar á mí,
No saber á qué!

REY.

Yo sí.
Está loca, está perdida
Por Abindarráez.

ZULEMILLA.

¿Aquésta?

REY.

Aquésta.

ZULEMILLA.

¡Oh pota, oh vellana!
¡Joro á Dios logo mañana
Querer tiralde un baliesta!
¡Alcaboto hacer á mi

É de aquel loco andrajillo!
¡Viva Dios! ¡Tomar cohillo
É matar! Guardadle aquí.

REY.

No, no; detente, que quiero
Leer.

ZULEMILLA.

¡Ah, mi señor Alcaide!
Vobed algo, bon Alcaide:
¡Valedme: la muerte espero!

ALCAIDE.

No tengas pena, que el Rey
Sabe que no estás culpado.

ZULEMILLA.

Leyendo, estar enojado.

ALCAIDE.

Ama, y es forzosa ley:
Celos enojan amando.

ZULEMILLA.

. . . . (1).
Hoy me alargar el vezgozo,
Esparto estalde majando.

REY.

¿Esto se sufre?

ZULEMILLA.

¡Ay de mí!

ALCAIDE.

¿Qué escribe?

REY.

Dos mil favores,
Con más regalo y amores,
Que vienen letras aquí.
Ahorcadme ese hombre luego.

ZULEMILLA.

Hasta ¡ay! tener echado.
¡Ah, xenior!

ALCAIDE.

No está culpado
Zulema; por él te ruego.

REY.

Con que lleve otro papel
Le perdonaré.

ZULEMILLA.

Aquí estar:
Ir Murcia, ir pelegro, ir mar.

REY.

Pues, Zayde, esto escribe en él.
Que mando á Abenalfajar,
Que en Murcia tiene mi gente,
Cual general, cual teniente,
Que estuviere en su lugar.
Ocupen de tal manera
Á Abindarráez, en puesto
Tan peligroso y dispuesto
Para que en la guerra muera,
Que eternamente en Granada,
Xarifa le vuelva á ver.

ZAYDE.

Yo voy.

(1) Falta un verso.

REY.

Tú puedes hacer,
Zulema, aquesta jornada;
Que si guardas el secreto,
Tendrás justo galardón.

ZULEMILLA.

Hauéldeme, corazón;
Alá, é vos tener sujeto:
Zayde, hacer lo que al Rey plugo.
¡Oh, qué mal salto haber dado!
¡Estar alcaboto honrado,
É haber venedo á verdugo!

Vanse.

Salen el Conde, Garcijofre, Lisón y soldados.

CONDE.

No muestra la tardanza buen suceso.

GARCIJOFRE.

Era mozo don Juan no ejercitado,
Y el valiente Alfajar, de los mejores
Que á Castilla han pasado de Granada.

CONDE.

Ya me ha pesado que á tan grande empresa
Saliese quien no fuese igual al moro.

LISÓN.

¿Quién es aquel hidalgo que se apea
De aquel caballo, todo envuelto en sangre
Desde las escarcelas á la gola?

GARCIJOFRE.

Don Juan, sin duda, que la cabeza trae,
Por los cabellos, del valiente moro.

LISÓN.

¡Notable hazaña!

CONDE.

¡Digna de memoria!

GARCIJOFRE.

¡España cante su famosa historia!

Sale D. Juan con la cabeza de Abenalfajar.

JUAN.

Gran Conde de Carrión,
Valeroso castellano,
De sus leones corona
Y de sus castillos lauro:
Al moro Alfajar salí,
Que estaba en el verde campo
De Lorca, á sombras de un olmo,
Como Polifemo, echado;
La adarga por alcatifa,
Tiernas flores marchitando,
Y la lanza dividiendo
La verde yerba del campo.
Habléle, y menosprecióme
Por no saber si era hidalgo;
Mi nacimiento le dije
Y el valor de mis pasados;
Que bien saben los presentes
Cómo mi ascendencia traigo

De los Reyes de León,
Los ingleses y navarros.
Levantóse y enfrenó
Su yegua, y yo mi caballo,
Subiendo sin los estribos,
Él de dos, y yo de un salto.
No me acometió Alfajar
Tan presto, que reparando
La adarga, firme á su lanza,
Comenzó á medir el llano.
Á sus vueltas y galopes
Siempre le estuve esperando,
Hasta que sentí blandiendo
El asta en el fuerte brazo.
Tiróme un bote al través
Y alzó la lanza gallardo,
Porque vió que de otro mío
Le pasé el ante al soslayo.
Cruzó la lanza y corrió,
Pensando que por un lado
Me arrojara de la silla,
Que fué pensamiento extraño.
Saqué el caballo y pasó
Donde, por valerle el jaco,
Por entre el brazo y la adarga
Hizo mi freno pedazos.
Volvióme á buscar el moro,
Y respondíle: «Africano,
Suelta la lanza, pues eres
Abenalfajar el bravo.»
«Si la perdiste, me dijo,
¿Qué te lamentas, cristiano?
Que nunca ha sido cordura
Dejar armas peleando.
Reparéle en el pavés
Con destreza un bote y cuatro,
Y entrándome por la lanza,
Se la quité de las manos.
Cayóse en tierra, y entonces
El corvo alfanje sacando,
Comenzó á esgrimir su acero
Sobre el pavés acerado.
Yo con tal prisa le hería,
Que de la furia de un tajo
Le llevé, sin resistencia,
Toca, plumas, casco y cascos.
No fué muy grande la herida;
Volvió en sí y vengó el agravio,
Llevándome con la malla
Lo que del hombro señalo.
Mas cortéle de un revés
Del brazo derecho tanto,
Que despreciando la adarga,
Tomé el alfanje á dos manos.
Peleó, mas de una punta
Cayó de la silla abajo,
Dando licencia á la yegua
Que diese nuevas del caso.
Bajé, y poniéndole el pie
Sobre la cerviz, derramo
La sangre con la soberbia,
Y el alma del cuerpo aparto;
El cual poniendo en la silla,
Al ejército pagano
Camino, y entre los moros
Aquestas palabras hablo:
«Este es vuestro General,
Granadinos africanos;
Recibilde sin cabeza,
Pues no la tuvo en guardaros;
Y el que vengarle quisiere,
Salga, que en el campo aguardo;
Un hombre soy, ya me veis,
Don Juan Gallego me llamo.»
Por todos en aquel punto
Discurrió un temor helado,
Mirando el tronco del cuerpo
Caliente sangre brotando,
Y como los filisteos
A su capitán dejaron,
Así huyen, así corren,
El cerco de Lorca alzando.
Si merezco, ilustre Conde,
No por mis abuelos altos,
Sino por mis propias obras,
Que es el blasón más hidalgo,
Que me des lo que pretendo,
Hónreme tu heroica mano,
Y verás el edificio
Que en esta piedra levanto.

CONDE.

Don Juan, no sólo es razón,
Á fuer de Castilla, daros
Las armas que pretendéis
Por hazaña y valor tanto,
Pero los brazos de todos,
Y con los brazos las manos
De amistad y parentesco,
Y en cada mano mil lauros.
Á nuestro rey don Enrique,
De premiaros dejo el cargo,
Que de lo que puedo yo
Este blasón quiero daros:
Ya no sois don Juan Gallego;
Que del nombre celebrado
De este moro, os llamaréis,
De Alfajar, don Juan Fajardo.
Y pues sois Maestre, y sois
Caballero, por mi mano
Seréislo de Calatrava,
Que con su cruz quiero honraros.
Ayer murió en la batalla
El Comendador mayor (1),
La encomienda es vuestra.

FAJARDO.

Y yo,
Hechura de vuestras manos.

CONDE.

¡Viva el Maestre don Juan!
Decid que viva, soldados.

---

(1) Falta la asonancia.

FAJARDO.
¡Viva el Rey, señor!
CONDE.
Y viva
Esa espada y ese brazo;
Que sois nuevo caballero
Y sois el primer Fajardo,
Siendo desde hoy más asombro
Del más valiente africano.

Desde aquí se llama Fajardo.

Ya es Fajardo vuestro nombre;
Lorca, que habéis descercado,
Es de hoy más vuestra Alcaidía.
FAJARDO.
Las manos quiero besaros.
CONDE.
Mula y Lebrilla son vuestras.
FAJARDO.
Tanta merced.....
CONDE.
Si no igualo
El premio al valor, el Rey
Suplirá lo que yo falto.
Vamos juntos á la iglesia;
Caballero quiero armaros;
Mañana oiremos la misa,
Velad las armas, Fajardo.
GARCIJOFRE.
Parabién os damos todos.
FAJARDO.
De vuestros pechos hidalgos
Espero grandes favores.
GARCIJOFRE.
Vos hacéis á España tantos,
Que vivirá vuestro nombre,
Fajardo, siglos tan largos,
Que llegue hasta fin del mundo.
LISÓN.
¡Qué hazaña!
CONDE.
Ha sido un milagro.

Váyanse.

Salgan Tarife, moro, Abindarráez y Zulemilla.

TARIFE.
¡A qué buen tiempo con las cartas vienes!
Si son de aviso, ya el aviso es tarde;
Murió Abenalfajar, perdióse Lorca.
ZULEMILLA.
El Rey mandar que siendo Fajar morto,
Te dar la carta á ti.
TARIFE.
Yo la recibo;
Pero la gente vuelve con tal furia,
Que si la emplea en otra igual empresa,
Se pasarán á Córdoba ó Sevilla.
ABINDARRÁEZ.
Lee las cartas, pues se pierde poco.
ZULEMILLA.
¡Hola, señor Tarife! Oidme aparte.
TARIFE.
¿Qué quieres?
ZULEMILLA.
No leer delante de éstos,
Que así avisar á mí.
TARIFE.
La carta dice:

Lea.

«Por cosas que en ausencia de Abindarráez se le prueban, contra la lealtad debida á mi corona, me conviene que, habiendo guerra, le pongáis en puesto tan peligroso, que le maten ó cautiven, y no habiéndola, le hagáis matar, que de ello me tendré por bien servido.—*El Rey.*»

¡Extraño y nuevo caso! Oye, Zulema,
¿Supiste allá la causa de esta carta?
ZULEMILLA.
Sí, señor.
TARIFE.
Y ¿cuál es?
ZULEMILLA.
Furiosa rabia,
Ira, cólera, engaño.
TARIFE.
No te entiendo.
ZULEMILLA.
Mira: dos hijos dicen en mi tierra
Que tuvo el diablo.
TARIFE.
¿Cuáles son sus hijos?
ZULEMILLA.
Amor y celos; que como del fogo
Saltar centellas, de la misma sorte
Salir del alma que tener deseo:
Y desde Bendarráez tener celos,
Y por ellos matar su pobre vida,
Nocente, joro á Dios, como Mahoma.
TARIFE.
Las cosas de los reyes, sean, Zulema,
Acertadas ó no, no le es debido
Al súbdito el querer examinallas,
Porque sólo es razón obedecellas;
Yo te daré dos moros que ejecuten
La voluntad del Rey, de quien no es justo
Que tú ni yo sepamos toda el alma:
Alá sólo es jüez de nuestros reyes,
Nosotros, de los reyes los ministros;
Su voluntad es ley obedecella.
ZULEMILLA.
Me conseja tambén lo que decelde.
TARIFE.
Abindarráez.....
ABINDARRÁEZ.
¿Qué es lo que mandas?
TARIFE.
Este aviso del Rey te toca.

ABINDARRÁEZ.

¿Cómo?

TARIFE.

Zulema te dirá lo que te manda,
Á quien daré dos moros que te guarden,
Por si hubiere peligro.

ABINDARRÁEZ.

Cualquier cosa
Que el Rey me mande, es honra de mis mé-
[ritos,
Blasón de mi linaje y de mi sangre.

TARIFE.

Yo los voy á escoger.

ABINDARRÁEZ.

Dime, Zulema,
¿Viste á Xarifa?

ZULEMILLA.

¿Cómo?

ABINDARRÁEZ.

¿Supo, acaso,
Que venías á Murcia?

ZULEMILLA.

Es percebida,
Que dar cartas á mí; mas beliaco
Quitarlas logo.

ABINDARRÁEZ.

Mi ventura es esa:
¿Está hermosa?

ZULEMILLA.

Venir por el camino,
É contarte mil cosas que sabemos.

ABINDARRÁEZ.

¡Ay, dulce ausente de mis tristes ojos!

ZULEMILLA.

¡Ay, diablo quelievar á ti y al poto
Que se enamora!

ABINDARRÁEZ.

¿Cuándo será el día,
Xarifa, que te goce el alma mía?

Vanse.

Salgan á un cuerpo de guardia algunos soldados, Pacheco, Ledesma y un alférez, descubriéndose las armas por allí colgadas.

PACHECO.

Llega esa tabla, jugaremos todos,
Pesar del poco argén y del bastardo
Que trae guerra por tan bajos modos,
Que envidio un monte y un capote pardo.

LEDESMA.

Bien haya aquella sangre de los godos
Del muerto Pedro, antecesor gallardo,
Que nos premiaba: atento á lo que pasa,
¿Quién por servir al Rey deja su casa?

PACHECO.

Esta pobreza juego, seor Ledesma,
Y no es poco milagro, que anda Marte,
Como si fuera Venus, de cuaresma.

LEDESMA.

Á diez.

PACHECO.

Digo.....

ALFÉREZ.

Tendremos todos parte.

PACHECO.

¡Qué gentil cuchillada de una sesma
Le diera agora al inventor del arte!

LEDESMA.

Más á ocho.

PACHECO.

¡Que siempre aquél me tulle!

Salen Garcijofre y Lisón.

GARCIJOFRE.

¡Ya se juega, por Dios!

LISÓN.

Dinero bulle.

GARCIJOFRE.

Llegue vuesa merced.

PACHECO.

¡Válgate el diablo!

GARCIJOFRE.

¿Para qué, sino Dios?

PACHECO.

Yo digo aquesto,
Que no estoy de rodillas á un retablo,
Sino jugando agora hecho un cesto.

GARCIJOFRE.

Es porque suena mal ese vocablo,
Y es honra del soldado el ser compuesto.

PACHECO.

¿Compuesto yo? ¿Soy libro ó chanzoneta?
Compóngase él, que yo no soy poeta

GARCIJOFRE.

¡Ea, Pacheco, no dejéis el juego!

PACHECO.

Sí, quiero; pues un diablo causa enfado,
Y tengo de llamar trescientos luego,
Y el infierno también, si estoy picado.
¿Esto sufren mis hígados? ¡Reniego
Del puto que me trujo á ser soldado!
Pierde un hombre su hacienda, y quiere un
[necio
Que se componga como copla en precio:
Compóngase ellos, lindos almidones,
Alfeñiques, alcorzas, mantequillas,
Guardados como vidrio en algodones,
Llenos de presunción y lechuguillas;
Busquen los más ligeros morrïones,
Y vístanse las armas más sencillas,
Para poder huir con menos peso,
Y si juegan y pierden, tengan seso.
Pesar del que me trujo de mi tierra
Á ver estos mandones y Guzmanes,
Siguiera ovejas por helada sierra,
Y no aquí remendados tafetanes;
No hay fortuna ¡por Dios! como la guerra:
Baja á buenos y sube ganapanes.

LEDESMA.

Un diablo le enfadó al señor valiente.

ALFÉREZ.
Azar.
GARCIJOFRE.
Reparo.
ALFÉREZ.
Digo echaré veinte
PACHECO.
No, sino hablemos como monja al torno,
Con la voz delicada, enferma y tierna,
Que nunca, como á mula de retorno
Ó posta, corto á un diablo oreja ó pierna;
No me fuera yo á ser trapo de un horno,
Ó maulero de noche con linterna,
Por no ver estos rábanos de alcorza,
La pluma al viento, y el sombrero á orza.

Sale D. Juan Fajardo.

FAJARDO.
¿Con quién, señor Pacheco, es el enojo?
PACHECO.
¡Ay! Es sobre un diablo que ha enojado
Un hidalgote aquí, de París Rojo;
No sé si diga en campo azafranado.
FAJARDO.
¿Habéis perdido acaso?
PACHECO.
Pierdo un ojo;
Y con saber que juego de picado,
Quieren que no lo sienta, viendo al moro
Que á costa de esta sangre cambia el oro.
FAJARDO.
Quisiéralo tener para prestallo,
¡Por vida de Fajardo! buen Pacheco;
Mas si queréis, jugad sobre el caballo
Que ayer me dió Garcijofré por trueco
PACHECO.
No tiene el Rey más principal vasallo:
Qué, ¿estás tan pobre?
FAJARDO.
Hame dejado en seco
Este verano, como á humilde arroyo,
Y el Conde ausente, que era, en fin, mi apoyo.
Gasté, cuando me armaron caballero,
Tres mil maravedís ¡por Dios bendito!
En galas, en banquetes y en acero;
Que aunque soy pobre, á un Alejandro imito.
Parad, Pacheco, por mi fe, el overo,
Mientras al moro otro mejor le quito.
Jugaré yo también sobre otra cosa.
PACHECO.
¡Qué condición tan noble y generosa!
Á no la conocer, no lo tomara.
Llego á la mesa, y de picado llego.
LEDESMA.
¿Paráis, Pacheco?
FAJARDO.
Mi caballo pára.
PACHECO.
El overillo de Fajardo juego.
FAJARDO.
También yo paro.
ALFÉREZ.
Ande moneda clara.
FAJARDO.
Un moro juego.
ALFÉREZ.
Á diez.
FAJARDO.
Paro.
PACHECO.
Estoy ciego,
Que agora no paré.
ALFÉREZ.
Más.
PACHECO.
Topo.
ALFÉREZ.
¡Suerte!
FAJARDO.
Reparo.
ALFÉREZ.
¡Digo! Aquí tengo de verte.
Gané dos moros.
FAJARDO.
Otros dos le paro.
PACHECO.
¡Que perdiese el overo! Mas recelo
Que no lo perdí todo.
ALFÉREZ.
Eso está claro.
PACHECO.
Alférez, yo jugué el caballo en pelo.
¡Juego las guarniciones!
ALFÉREZ.
¡Cuento raro!
PACHECO.
Es el caparazón de terciopelo.
ALFÉREZ.
¿Á cómo juega, seor Fajardo, el moro?
FAJARDO.
Á como pasa el juego, á escudo de oro.
PACHECO.
Perdí el overo y perderé la silla.
GARCIJOFRE.
¿Hay tal ventura? ¡Perderé mil sesos!
ALFÉREZ.
Nadie juega mejor de aquí á Sevilla.
PACHECO.
Algún demonio vive en estos huesos;
Que una suerte no más dé, maravilla.
¡Oh puntos, en la cara estéis impresos
Del infame que os hizo! ¡Agora un once!
¿Soy de bayeta yo?
FAJARDO.
¿Yo soy de bronce?
PACHECO.
¡Qué bien, por Dios, el edificio canjo,
Con perder cada día mil pellejos!
FAJARDO.
Y yo, ¿tendré jamás granja ni granjo,

Ó casa labraré con azulejos.

PACHECO.

¡Un azar y otro azar! ¿Soy yo naranjo?

GARCIJOFRE.

Parecéislo en que os sienten desde lejos.

ALFÉREZ.

No juego más.

PACHECO.

Yo sí.

ALFÉREZ.

¿Sobre qué olivos?

PACHECO.

Luego ¿esta silla nunca tuvo estribos?

ALFÉREZ.

Yo os la doy, que perdiéndolos, sospecho
Que me habéis de jugar las herraduras.

PACHECO.

Perdí el rocín, Fajardo.

FAJARDO.

Está bien hecho.

LEDESMA.

Todo les ganáis con mil venturas.

ALFÉREZ.

Si allá no son, Fajardo, de provecho
Los moros que he ganado, y tú procuras
Parecer puntual, dámelos luego;
Que el más hidalgo crédito es el juego.

FAJARDO.

Yo no tengo los moros por agora,
Y haréisme gran merced en esperarme.

ALFÉREZ.

¿Jugáislos sin tenellos?

FAJARDO.

¿Quién ignora
Que es tener á tenellos obligarme?
Esperadme hasta término de un hora,
Que yo los traigo aquí, y podrá fiarme
Garcijofré.

GARCIJOFRE.

Yo digo que lo fío.

Vase Fajardo.

ALFÉREZ.

¡Ved con quién juego el dinerillo mío!
Al juego se me vienen los Guzmanes
Á jugar los morillos que no han visto,
Por ganar el dinero á capitanes
Como yo, que con sangre los conquisto.

PACHECO.

Seor Alférez, con menos ademanes:
Fajardo es caballero y es bienquisto;
Si él juega moros, él sabrá pagallos.

ALFÉREZ.

¿Por qué, si no los tiene, ha de jugallos?

PACHECO.

Porque es Fajardo un hombre que, si acaso
No se le van por pies, sabrá vencellos.

ALFÉREZ.

¿Á cuatro?

PACHECO.

Á cuatro mil en campo raso,
Herrar sus manos y enlazar sus cuellos.

ALFÉREZ.

Yo le quisiera ver.

PACHECO.

Hablemos paso.

ALFÉREZ.

Si él los trujere, daré diez por ellos.

PACHECO.

Quien dude que Fajardo no lo intente,
Y lo cumpla mejor, digo que miente.

ALFÉREZ.

¡Oh perro! ¿Á mí?

PACHECO.

Respeto al sitio guardo,
Y acá fuera le espero, seor vinagre.

GARCIJOFRE.

¿En el cuerpo de guardia?

PACHECO.

Acá le aguardo,
Donde por liebre á Marte le consagre.

ALFÉREZ.

¿Esto me hacéis sufrir?

PACHECO.

¿Vos á Fajardo,
Hombre que le rotulan con almagre
Los moros en la Alhambra de Granada?

GARCIJOFRE.

Idos, Pacheco.

ALFÉREZ.

Cuanto ha dicho es nada.

GARCIJOFRE.

¡Sed preso!

ALFÉREZ.

¿Á mí, por qué?

GARCIJOFRE.

Porque no quiero
Que salgáis sin hacer las amistades.

ALFÉREZ.

Vos sabéis que aquél es un palabrero,
Y que en su vida dijo tres verdades;
Que Fajardo yo sé que es caballero
Y digno de vivir por mil edades.

GARCIJOFRE.

Habláis muy bien; Ledesma vaya luego
Por Pacheco.

ALFÉREZ.

¿Esto sufro?

GARCIJOFRE.

Todo es juego.

Vanse.

Salgan los moros, Learimo, Sultano, Abindarráez y Zulemilla, con espadas desnudas.

ABINDARRÁEZ.

Con engaño, en fin, me habéis
Quitado, amigo, la espada,
Si este nombre merecéis.

LEARIMO.

Esta es la carta firmada
De aquel Rey que obedecéis.

ABINDARRÁEZ.
Pues Alá vive en el cielo,
Á cuyo poder y celo
Lo más oculto descubre
El sol caro en cuanto cubre
De sombras, de envidia el suelo.
Él juzgará con rigor
Aquesta muerte algún día,
Y tú, Zulema, traidor
Fuiste en la sentencia mía.

ZULEMILLA.
¡No me culpar, mi señor!
Mandar el Rey que querelde.
¿Qué le podemos hacelde?

ABINDARRÁEZ.
¡Que, en fin, tengo de morir!

ZULEMILLA.
Querer Rey: caliar, sufrir,
Él no resistir rebelde.
¿Qué sabía Alá si pesar?

LEARIMO.
Si otro que el Rey lo mandara,
Bien nos pudieras culpar.

ABINDARRÁEZ.
¡Ay, Xarifa! ¡Ay, prenda cara!

ZULEMILLA.
Cara pedelda llamar.

ABINDARRÁEZ.
No me quiero resistir,
Pues es más justo morir
Que no verla en su poder.

LEARIMO.
¿Qué tardas, si se ha de hacer?

ZULEMILLA.
Coméndate Alaquibir,
É mera qué me comendas
Que á tu Xarifa le diga.

ABINDARRÁEZ.
Que se acuerde de las prendas
De fe con que amor la obliga.

ZULEMILLA.
¿Deber algo por las tendas,
Calatín, Alcaicería?
¿Haber sacado fiado?
¿Haber tomado algún día
Algún mohatra ó prestado?

ABINDARRÁEZ.
¡Sólo debo el alma mía,
Y ésta ya la restituyo
Al dueño!

ZULEMILLA.
Tener la espada
Solta.

ABINDARRÁEZ.
¿Por qué, si no huyo
La muerte?

Sale Fajardo.

FAJARDO.
Alguna emboscada,
De tanto silencio arguyo.
Pero ¿moros hay aquí?

ABINDARRÁEZ.
¿Habéis de matarme?

LEARIMO.
Sí.

ABINDARRÁEZ.
Pues ¿qué aguardáis?

LEARIMO.
¡Dale, pues!

FAJARDO.
¡Oh perros, para uno tres!

ZULEMILLA.
¿Es cristiano?

FAJARDO.
Sí; ¡ay de ti!
Mas ¡ay de vosotros!

LEARIMO.
¡Muera!

ABINDARRÁEZ.
¡Que no tuviera yo espada
Para ayudarte siquiera!

LEARIMO.
Los tres no valemos nada.

FAJARDO.
¿Sabes quién soy?

ZULEMILLA.
¡Tente, espera!
¿Quién eres?

FAJARDO.
Fajardo soy;
¡Rendíos, perros!

LEARIMO.
No seas
Cruel: las armas te doy.

ZULEMILLA.
¡Fajardo!....

FAJARDO.
¡Ah, moro, no creas
Huirte: en el campo estoy!

ZULEMILLA.
Mescordia, Fajardo, á mí,
Que estar yo medio cristiano.

FAJARDO.
¿Matábante éstos á ti?

ABINDARRÁEZ.
Sí, Fajardo, que un tirano
De un Rey lo mandaba así.

FAJARDO.
¿Eres noble?

ABINDARRÁEZ.
Mi linaje,
De Granada es el mejor.

FAJARDO.
¿De qué sangre?

ABINDARRÁEZ.
Abindaraje.

FAJARDO.
¿Quién duda que por amor
Te ha hecho el Rey este ultraje?

ABINDARRÁEZ.
Por celos, matar me manda.

FAJARDO.
¿Cómo?
ABINDARRÁEZ.
Enamorado anda
De quien es mi alma y mi ley.
FAJARDO.
¿De qué lo ha entendido el Rey?
ABINDARRÁEZ.
De que le dió cierta banda
En una zambra ó festín,
Una noche en un jardín;
Y porque ella me la dió,
Y el Rey con ella me vió
Correr por el Zacatín,
Aquí á la guerra me envía:
Y viendo que no me matan,
Por gozar la prenda mía,
Y que este bien le dilatan,
Pensando verme algún día,
Al moro Alfajar que has muerto,
O á su teniente, ha mandado
Matarme en este desierto.
FAJARDO.
¡Á muy buen tiempo he llegado!
ABINDARRÁEZ.
Yo, con esperanza al puerto:
Que conozco tu valor.
FAJARDO.
¿Cómo es tu nombre?
ABINDARRÁEZ.
Señor,
Abindarráez me llamo.
FAJARDO.
Por tu buen nombre te amo;
Que la fama de tu amor
Ha hecho á los castellanos
Gran lisonja en voz y manos,
Componiendo mil canciones
De tus galas é invenciones.
ABINDARRÁEZ.
¡De mis pensamientos vanos!
Mi vida está en tu poder.
FAJARDO.
Las cuatro tengo jugadas
Á un alférez desde ayer:
Dadme todas las espadas,
Sabréis lo que quiero hacer
Y seguidme por aquí.
ABINDARRÁEZ.
¡Qué venturoso que fuí!
SULTANO.
¡Qué desdichado que he sido,
En Fajardo haber caído!
ZULEMILLA.
¡Joro á Dios pringar á mí!

ACTO SEGUNDO.

Salen Fajardo, Alférez y los moros.

FAJARDO.
¿Heos pagado honradamente?
ALFÉREZ.
Contento estoy y pagado.
FAJARDO.
¿Puedo jugar llanamente
Estos moros que he jugado?
ALFÉREZ.
Estos cuatro y otros veinte;
Que es tal, Fajardo, esa espada,
Que los que están en Granada,
Como los que están aquí,
Podéis jugar.
FAJARDO.
Para mí,
Basta una palabra honrada.
Y así, quiero que sepáis
Que, pues los moros tenéis,
De que ya pagado estáis,
Que quiero que me los deis:
No digo que los volváis.
ALFÉREZ.
Serviros, diréis, con ellos.
FAJARDO.
No, sino con defendellos,
Para que os los quite yo
Con esta espada.
ALFÉREZ.
Eso no,
Por el mundo ni por ellos.
Ya soy de Pacheco amigo;
Que no os ofendí: ¡por Dios!
Y él se adelantó conmigo.

Salen Garcijofre y Pacheco.

PACHECO.
Al campo salen los dos.
GARCIJOFRE.
Á despartillos me obligo:
Fajardo, tú nos alteras
Cuando en tanta paz nos ves,
Como si enemigo fueras.
ALFÉREZ.
Digo que no solos tres,
Pero que si mil trujeras:
Y no porque me acobardo
De tus hazañas, Fajardo,
Sino porque estimo al doble
La amistad de hombre tan noble,
Que cuantos moros aguardo.

PACHECO.
Dice el Alférez muy bien:
Y fuera de eso, nos hizo
Garcijofre amigos.

GARCIJOFRE.
Bien
Se disculpó y satisfizo:
No hay de qué culpa le den.

FAJARDO.
Yo soy hombre que si digo
Que traigo cuarenta moros,
Más en mi palabra obligo,
Que valen diez mil tesoros.

GARCIJOFRE.
Fajardo, ya es vuestro amigo:
Él lo cree, y basta ansí.

FAJARDO.
Cuando prometiera allí
Los huesos que en Meca están,
Rompiera su piedra imán,
Y dellos lo fuera aquí.
Ya sabe el mundo quién soy:
Por eso al Alférez doy
Estos moros.

ALFÉREZ.
No los quiero,
Pues de tan buen caballero
En tanta desgracia estoy.

FAJARDO.
Tomaldos, ¡por vida mía!

ALFÉREZ.
Si me los has de quitar,
Mayor necedad sería.

FAJARDO.
Pues yo tengo que pagar
Cuanto debiere este día:
Mirad vos cómo ha de ser.

ALFÉREZ.
No siendo yo vuestro amigo,
¿Cómo los puedo querer?

FAJARDO.
Digo que á serlo me obligo
Por tan noble proceder.
Ésta es mi mano, y mi espada
Tendréis siempre á vuestro lado.

ALFÉREZ.
Mostráis la sangre heredada;
Aunque ya estáis más honrado
De la gloria conquistada.
Más precio vuestra amistad,
Que ser de Murcia señor.

FAJARDO.
Yo, Alférez, la voluntad,
Que es alma de ese favor.

GARCIJOFRE.
¡Qué nobleza!

PACHECO.
¡Qué bondad!

FAJARDO.
Servíos de aquestos moros.

ALFÉREZ.
Si valieran mil tesoros.....

FAJARDO.
Mirad que palabra os dí,
Y que en no cumplirla ansí,
Se ofenden nuestros decoros.
Si no pago lo que debo,
¿Quién ha de jugar conmigo?

ALFÉREZ.
Que no me los deis os ruego.

FAJARDO.
No hacéis oficio de amigo,
Cuando lo que pierdo entrego;
Esto conviene á mi honor.
¡Moros, ya tenéis señor!

ZULEMILLA.
El que perdelde, pesar.

FAJARDO.
¿Cómo así?

ZULEMILLA.
Porque cobrar
Á tus azanias amor.

FAJARDO.
¡Buen dueño tienes!

ABINDARRÁEZ.
En ti
Lo tenía yo á mi gusto.

ALFÉREZ.
Yo los acepto.

FAJARDO.
Y yo ansí
Quedo libre del disgusto
Que en no pagar recibí.
Ya sabrán todos que pago,
Y que cuando digo y hago
Sobre moros que no tengo,
Voy á buscarlos; que vengo
Donde á todos satisfago.

ALFÉREZ.
¿Quién mejor lo puede hacer?

FAJARDO.
Y pues ya quedas pagado,
Porque los he menester,
De los cuatro que te he dado,
Dos moros me has de vender.

ALFÉREZ.
Servirte con todos quiero.

FAJARDO.
Por la fe de caballero,
De no los tomar, si no es
Por rescate de interés.

ALFÉREZ.
Basta: que escojas espero.

FAJARDO.
Esta cadena te doy.

ALFÉREZ.
Es un precio sin medida.

FAJARDO.
Más doy, pues doy lo que soy,
Aventurando mi vida
Cuando por los moros voy.

Más estimo yo ver rota,
Una malla de la cota,
Que un eslabón de cadena,
Que esmalte, ó color tan buena,
Como de sangre una gota.
Tomadla.

ALFÉREZ.

Yo os obedezco:
Escoged.

FAJARDO.

Dadme estos dos.

Escoja á Abindarráez y á Zulemilla.

ALFÉREZ.

Vuestros son, y á mí me ofrezco
Por más esclavo ¡por Dios!
Si es que serviros merezco.

Vase el Alférez con sus moros.

FAJARDO.

Moro, escucha.

ABINDARRÁEZ.

¿Qué me quieres?

FAJARDO.

No te espantes si te dí
Después de saber quién eres,
Que es palabra que cumplí.

ABINDARRÁEZ.

Conmigo más fama adquieres.

FAJARDO.

No lo he podido excusar;
Pero, en efecto, he podido
Tu persona rescatar,
Y de este moro, que ha sido
Tu secreto en tu lugar,
Al cual también darte quiero
Porque ayude á tus amores,
De quien ha sido tercero,
Dejando estos dos traidores
Donde más venganza espero;
Que de quitarles la vida
No pudieras tomar tanta.

ABINDARRÁEZ.

Hoy tu fama esclarecida
Á los cielos se levanta,
De verde laurel ceñida.
¡Oh Fajardo, plega al cielo
Que me ponga en ocasión
Que pueda pagar tu celo!

Salen Riba y Trillo, soldados.

TRILLO.

Alzando un blanco pendón,
Á verte viene Ardinelo,
Aquel travieso morillo
Que suele jugar las tablas
Contigo.

FAJARDO.

¿Entró en el castillo?

RIBA.

No quiere si no le hablas.

FAJARDO.

Oid, ¡por mi vida! Trillo:
Vos y Ribera habéis de ir
Á este moro acompañando,
Hasta que pueda salir
De nuestra tierra.

TRILLO.

Esperando
Estoy siempre en qué servir.

RIBA.

Yo lo mismo, Capitán.

FAJARDO.

Hidalgo moro, aquí están
Dos ballesteros cristianos,
Que como mis propias manos
Tu vida en salvo pondrán.
Mira si acaso otra cosa
Me mandas, y da á tu esposa
De mi parte un gran recado.

ABINDARRÁEZ.

Yo sé que en ella has comprado,
Fajardo, una esclava hermosa;
Que en mí no hay valor bastante
Para poderte pagar
Una merced semejante.

FAJARDO.

Así suelo yo obligar
Un caballero y amante.

ABINDARRÁEZ.

Zulema, vamos de aquí.

ZULEMILLA.

¿Deceldo de veras?

ABINDARRÁEZ.

Sí;
Ya Fajardo nos rescata.

ZULEMILLA.

No haber en el mondo blata
Para rescatalde á mí.
Irte con Dios, vosancé,
Que mí la vida que guardo,
Larga ó corta me la dé
Mahoma, servir Fajardo
En jucara moriré.
Jera Dios volver Granada
Como si nunca le vemos.

ABINDARRÁEZ.

Si quedar con él te agrada,
Las libertades troquemos.

ZULEMILLA.

Gavienar no decir nada.

FAJARDO.

Moro, ¿conmigo te quedas
Pudiéndote ir libremente?

ZULEMILLA.

Del bon sangre que tú heredas,
Decirme que estar variente
De Mahoma, é que concedas
Á Zulema vosancé,
Está agra esta razón.

FAJARDO.
Digo que te estimaré.
ZULEMILLA.
Tener vasme el corazón
Desde el punto que os hablé.
Granada servir un poto;
En un horta, más querer
Á un cristiano que de un boto
De lanza dejar ayer
Todo un ejército roto.
FAJARDO.
Pues bien, quédate conmigo.
Abindarráez, adiós.
ABINDARRÁEZ.
Quede, Fajardo, contigo.
FAJARDO.
Acompañalde los dos.
TRILLO.
Guía por aquí.
ABINDARRÁEZ.
Ya os sigo.

Váyanse Abindarráez y los dos soldados.

FAJARDO.
Ardinelo viene acá.
GARCIJOFRE.
Vender querrá sus parientes.
PACHECO.
Antes, á jugar vendrá.
GARCIJOFRE.
Merece que le contentes
Por el peligro en que está.

Sale Ardinelo, moro

ARDINELO.
¡Oh Alcaide, guárdete el cielo!
FAJARDO.
Seas bien venido, Ardinelo:
¿Hay de nuevo alguna cosa?
ARDINELO.
Pudiérala haber famosa,
De las más que ha visto el suelo.
FAJARDO.
¿Cómo?
ARDINELO.
El Alcaide de Baza,
Y Alcindo, Alcaide de Vera,
Sus hijas casan, Fajardo,
Y esta noche son las fiestas.
Vera está toda alterada,
Sus moros las armas dejan;
Y los jacos y las lanzas,
Por música y tocas truecan.
Ya de los guardados muros
Y de su justa defensa,
No se acuerdan, ocupados
En las damas que festejan.
Las yeguas que á la campaña
Ayer sacaron ligeras,
Hoy las plazas y las calles
Á cuadrillas desempiedran.
Los que con tanta algazara
Por esa verde alameda,
La cara del sol cubrían
Con las disparadas flechas;
Los que pasaban los muros
De Lorca, y en sus almenas
Dejaban blandiendo el asta
De arrojadizas jinetas,
Ya con el amor lascivo,
Sobre alcatifas de seda,
Requiebran noches y días
Las moras de Cartagena.
Si tienes gente, Fajardo,
Buenas lanzas y ballestas,
Yo te enseñaré un portillo
Por donde ganes á Vera.
FAJARDO.
¡Ah! ¡Mal haya las batallas,
Las disensiones y guerras
Que con el de Portugal
El Rey de Castilla ordena,
Que tan sin gente permite
Que tengamos la frontera,
Que se burle la ocasión
Mostrándonos la melena!
Pero, pues gente nos falta,
Porque á Zamora la llevan,
Valgámonos de la industria
Adonde falta la fuerza.
La mora quiero robar,
Por dar espanto á esta tierra
Con una hazaña tan grande.
GARCIJOFRE.
¿Qué dices, Fajardo? Espera.
FAJARDO.
¡Oh, Garcijofre famoso!
Armas y caballo apresta,
Y al Comendador de Aledo
Di que los suyos prevenga;
Que pues de aquestos alarbes
Sabemos todos la lengua,
Disfrazados con marlotas
Hemos de entrar en las fiestas.
PACHECO.
¿Vestidos de moros dices?
FAJARDO.
Sí, Pacheco, porque sea
La burla más celebrada
Que en las historias se cuenta.
ZULEMILLA.
Á mí, senior, escuchalde.
FAJARDO.
¿Qué es lo que quieres, Zulema?
ZULEMILLA.
Para más disimulamos,
Á las ancas de la yegua
Llevar Zulema contigo.
FAJARDO.
Llama, Zulema, á Oropesa,

Y di que me den mis armas.

ARDINELO.

¡Plegue á los cielos que tengas,
Famoso don Juan Fajardo,
La victoria de esta empresa!

FAJARDO.

Guía, Ardinelo, y camina.

ZULEMILLA.

¿Qué yegua querer?

FAJARDO.

La overa.

ZULEMILLA.

¿Estar bona?

FAJARDO.

Como un viento.

ZULEMILLA.

¿Estar vosancé de piernas?

FAJARDO.

Cálzame los acicates.

ZULEMILLA.

¿El cecate? ¡Hola!

FAJARDO.

No creas
Que perdamos la ocasión.
Ánimo llevo á la empresa;
El cielo vaya conmigo.

ZULEMILLA.

Dar Mahoma el que mereza,
Que á fe de moro hedalgo,
Que servirte con más veras
Que no aquel potro beliaco
Que estar canzarón de Meca.

Vanse, y salen de boda los moros que puedan, con sus instrumentos, y vengan moras con la desposada, y los dos Alcaides, Alcindo, de Vera, y Learín, de Baza.

ALCINDO.

Siéntense por orden todos;
Que las salas del Alhambra,
Pintadas de varios modos,
Puede envidiar nuestra zambra,
Ó el Alcázar de los godos,
Las galas y hermosura
De caballeros y damas.

GUALEMO.

Para aumentar mi ventura,
Te pregunto si me amas,
Sol en luz, luna en blancura;
Que de haberte merecido
Estoy de suerte contento,
Que sólo guardo el sentido,
Porque yo sé, si no siento,
Cuanto he ganado he perdido.

FELISALVA.

Si tengo valor en algo,
Á tu valor se atribuya;
Soy luz que en tu cielo salgo,
Pues en decir que soy tuya
Sé conocer lo que valgo.
Más precio ser tu mujer,
Que ser reina de Granada.

GUALEMO.

De ti recibo este ser.

LEARIMO.

Bien podéis ya, si os agrada,
Danzar, cantar ó tañer.

Dancen y canten esta zambra entre cuatro.

Durmiendo está Xarifa
Entre las flores de un prado,
Donde la Naturaleza
Bordó una cama de campo.
Bajó de un árbol Amor,
Que sabe y anda en los ramos,
Y mirándola en la boca,
Quísola medir los labios.
Y llegando quedito, pasito,
Besóla callando y fuése volando.

ALCINDO.

¡Buena zambra!

LEARIMO.

Es el cantar
Y la destreza extremada.

ALCINDO.

Poco debe de agradar
Al novio y la desposada.

LEARIMO.

Oid, que vuelve á danzar.

Canten y dancen.

Si una rosa en un jardín,
Si una azucena en un cuadro,
Se está arrojando á los ojos,
Porque la corten las manos,
¿Qué mucho que Amor, vencido
Del clavel que está mirando,
En la boca de Xarifa
Haga lo que hicieran tantos?
Y llegando quedito, pasito,
Besóla callando y fuése volando.

Sale Ardinelo, y siéntense todos.

ARDINELO.

Cuatro moros disfrazados,
Una zambra danzar quieren;
Todos son nobles y honrados.

LEARIMO.

Entren, sean los que fueren;
Descubiertos ó embozados,
Que hoy todos tienen licencia.

ARDINELO.

Tocad la morisca; entrad.

ALCINDO.

¡Buen traje!

LEARIMO.

¡Buena apariencia!

FAJARDO.

Hacia la novia llegad
Con recato y advertencia.

Salen Fajardo, Garcijofre, Pacheco y Zulemilla, de moros muy bizarros; entren el paseo de la morisca ó de la danza de la hacha, y hecha la reverencia, llegan los dos y tomen en brazos la novia, y sacándola como que á la fiesta, se la lleven.

LEARIMO.
Sin duda que este picón
Va al novio.
GUALEMO.
No habéis tenido
En consentirlo razón.
ALCINDO.
Calla, Gualemo, que ha sido
De la máscara invención.
GUALEMO.
Si la tuvieran trazada
Conmigo, yo consintiera
Que entrara la desposada,
Aunque de cualquier manera
Parece burla pesada.
¿No se pudiera hacer esto
Con otra mora del puesto?
LEARIMO.
Sin duda tú lo has trazado,
Y te nos finges picado
Para picarnos con esto.
GUALEMO.
Mas los dos, para picarme,
Lo habéis trazado con ellos.
ALCINDO.
Bien finge.
GUALEMO.
¿Aun queréis burlarme?
ALCINDO.
¿Quién son? Viene Zayde entre ellos.
GUALEMO.
Es esto desesperarme:
Habéis trazado el picón
Y preguntaisme quién son.
ALCINDO.
Yo á lo menos no lo sé.
LEARIMO.
Ni yo lo vi ni tracé.

Sale Zayde, y levántense.

ZAYDE.
¡Traición, Alcaide, traición!
GUALEMO.
¿Cómo traición?
ZAYDE.
De la villa
De Lorca salía Fajardo,
Ese espanto de los moros,
Ese honor de los cristianos.
Salió con este concierto,
Y vistiendo tres soldados
De los que más se confía,
Vino á haceros este engaño.
Apenas sacó de aquí
Á Felisalva en los brazos,
Cuando en la plaza la puso
Á las ancas de un caballo.
Y primero que entendiese
Lo que llevaban trazado,
Á las puertas van corriendo,
Dos á dos y cuatro á cuatro.
Apenas salen de Vera,
Cuando á voces por el campo
Van diciendo: «¡Viva! ¡Viva!
¡Viva el alcaide Fajardo!»
Salí á verlos, y del polvo
Que llevan, por largo espacio
Perdí de vista á los hombres
Y vi por el aire rastro.
GUALEMO.
Agora conoceréis
Si he sido ó si sois culpados,
Y cómo vuestro descuido
Me puso en descuido tanto.
Mal haya la infame fiesta
Causa del presente daño,
Y el que primero en las bodas
Hizo fiestas y saraos;
Que como vísperas son
De tan notables trabajos,
Quiso con el bien de un día
Cubrir mal de tantos años.
LEARIMO.
Fajardo, Alcaide de Lorca,
¿Fué autor de este infame caso?
¿En qué pienso? ¿Qué imagino?
Alto: el alcance sigamos.
Salgamos, Alcindo amigo.
ALCINDO.
Aunque el suceso y engaño
De este cristiano me obliga
Á no mirarlo despacio,
Considerando que puede,
Si vamos desordenados,
Con poca gente vencernos,
Detengo el furor y paso.
Ya la afrenta es recibida;
Si venganza deseamos,
No la tomemos de suerte
Que la demos al contrario.
Yo soy más viejo, Learín;
Oid atento: no vamos
Adonde en celada tenga
Fajardo algunos soldados.
Pidamos gente á Almanzor,
Y en tres partes dividamos
Un ejército que pueda
Dividirlo y molestarlo.
Yo iré sobre Cartagena,
Tú á Murcia, y tú por tu agravio,
Y sobre Lorca, Gualemo.
¡Muera de una vez Fajardo!
Que no pudiendo acudir
Á tres cercos sus cristianos,
Saldrá del reino esta vez
Ó morirá peleando.

LEARIMO.
Bien has dicho.
GUALEMO.
Y ¡cómo bien!
Es Alcindo viejo y sabio,
Y el ingenio y la experiencia
Producen efectos raros:
Vamos á escribir al Rey.
ALCINDO.
¡Qué justa venganza aguardo!
GUALEMO.
¡Oh cristiano cauteloso!
LEARIMO.
¡Oh cristiano temerario!

Vanse.

Salen el Rey de Granada y Xarifa.

REY.
Lee esa carta, y verás
Cómo Abindarráez es muerto.
XARIFA.
Si es, mi daño será cierto;
No quiero informarme más.
¿Adónde murió?
REY.
En la guerra
De Lorca, muy estimado,
Pues recibe por soldado
La mayor honra en la tierra;
Tanto, que con ser quien soy,
Y Rey de esta ciudad bella,
Su muerte codicio della;
Xarifa, informado estoy.
Hoy en la mezquita quiero
Colgar pendones cristianos
Que les quitó por sus manos
Como honrado caballero.
Déme Alá tal fin á mí.
XARIFA.
Harto bien te le procuras
Entre las verdes frescuras
Del Alhambra y Yaraguí;
No hayas miedo que te ponga
Pendones en la mezquita
El sucesor que te imita,
Cuando Alá tú fin disponga.
No hayas miedo que me digan
Lo que me cuentas aquí
De Abindarráez.
REY.
Á mí.
Mayores cosas me obligan;
Tú, Xarifa, hablas furiosa
De su muerte.
XARIFA.
Yo, ¿por qué?
REY.
Ya sabes tú que lo sé;
Amaina, que es justa cosa.
Ten respeto, vuelve á ver
Lo que desprecias.
XARIFA.
¡Pendones
De un hombre que has muerto pones!
¡Qué glorias de tu poder!
¡Oh Almanzor, cuán mal te están,
Pues en ellos se ha de ver
Que ganar una mujer
Te costó tal capitán!
Ponlos, por tu fe, doblados
En las astas, de tal suerte,
Que nadie llore en su muerte
La infamia de tus cuidados.
REY.
¿Matéle yo?
XARIFA.
Pues ¿quién?
REY.
¿Yo?
XARIFA.
Tú mismo, con mano ajena;
Y al rey que tal mal ordena,
Llamo injusto, que rey no.
REY.
Pasaráse este furor
De su muerte, y pedirás
Perdón á quien culpa das
De sólo tenerte amor.
¡Qué disonancia cruel
Hacen en ti la hermosura
Y la crueldad! Por ventura,
¿No tengo más parte que él?
Si mirases mi paciencia,
De mi humildad sacarías
Sujeto con que darías
Á mi amor correspondencia.
¿No te obligo con sufrir?
XARIFA.
Ya no puedes obligarme;
Que aunque Rey, no puedes darme
Lo que te puedo pedir.
REY.
¿No? Pues ¿habrá qué me pida
Tu gusto, y que tenga el suelo?
XARIFA.
Si como Rey fueras cielo,
Yo te pidiera una vida.
REY.
¿De Abindarráez acaso?
XARIFA.
Pues ¿de quién?
REY.
¡Terrible estás!
XARIFA.
Con esto me obligarás.
REY.
Notables desprecios paso;
Advierte, Xarifa bella,
Ya que amor corrido calla,
Que fuí Rey para quitalla,
No cielo para volvella,

Y que ha de llegar un día
En que arrepentida estés.

Sale Abindarráez.

ABINDARRÁEZ.
Dame, gran señor, tus pies.

REY.
¿Esto es sueño ó fantasía?
¡Abindarráez!

ABINDARRÁEZ.
Aquí
Llego á servirte en ausencia
De Alfajar.

REY.
Tendré paciencia.

XARIFA.
¡Mi bien!

ABINDARRÁEZ.
¡Xarifa!

REY.
¡Ay de mí!

ABINDARRÁEZ.
Dame licencia, señor,
Para que la pueda hablar.

REY.
¿Á qué más puede llegar
En tal poder tanto amor?
¿De qué me sirvió que fuese
Á la guerra este enemigo,
Y que yo al mayor amigo,
Que le matase escribiese?
¿De qué me sirvió entender
Que hicieran mi voluntad,
Cuando no por amistad,
Por miedo de mi poder?
¿De qué me sirvió alegrarme
Que era muerto, si el contento
Y el amor tienen aumento
Viviendo para matarme?
Y ¿qué vale, finalmente,
Todo mi amor y poder,
Pues que no pueden hacer
Que ame á una mujer ausente?

ABINDARRÁEZ.
¿Cómo has estado?

XARIFA.
Sin ti;
Que no hay más que encarecer.

ABINDARRÁEZ.
Has hecho como mujer,
En olvidarte de mí.

XARIFA.
En este amor atrevido
Lo verás, sin que me espante
Ver un poderoso amante
En su presencia ofendido.
Contóme que estabas muerto.

ABINDARRÁEZ.
Intentólo, y un cristiano
Me ha librado, en cuya mano
Halló mi esperanza puerto.
¿No se dicen por acá
Las hazañas de Fajardo?

XARIFA.
Escríbenle tan gallardo
Los moros que están allá,
Que Fátima, enamorada
Por fama, muere por él,
Hablando más tierna en él
Que si estuviera en Granada.
Sus colores ha sabido,
Y se viste sus colores,
Haciendo efectos mayores
Que no la vista, el oído.

ABINDARRÁEZ.
Hase empleado muy bien,
Tendrá buen tercero en mí.

XARIFA.
¿Que él te ha dado vida?

ABINDARRÁEZ.
Sí.

XARIFA.
¿Y la libertad?

ABINDARRÁEZ.
También.

Sale Zayde, moro.

ZAYDE.
Esta carta te envían los Alcaides
De Baza y Vera.

REY.
Muestra, que en tu rostro
Señales veo de tristeza y pena.

Carta.

«El Alcaide de Lorca, Juan Fajardo,
Llegó á tanto valor y atrevimiento,
Que nos robaba á nuestros mismos ojos
Nuestras hijas, tomando nuestro traje.
Juntamos, de corridos, nuestro ejército,
Dimos en Murcia, Cartagena y Lorca;
Gualemo tomó á Murcia, á Cartagena
Alcindo, y yo de suerte puse el cerco
Á Lorca, que Fajardo y sus soldados
Han comido las yerbas, los caballos
Las correas, los antes, las adargas,
Y dejado la villa finalmente.
Dícenme que á su Rey pide socorro,
Y que en el Marquesado de Villena
Junta gente y pretende la venganza.
Envía un capitán con la que puedas,
Pues sabes lo que importan estas villas,
Y que Fajardo es hombre que, enojado,
Hasta en Granada te dará cuidado.»

REY.
¿Has oído esta carta, Abindarráez?

ABINDARRÁEZ.
Estoy alegre de esa gran victoria.

ZAYDE.
Mira, señor, que al castellano Príncipe

Pide gente Fajardo, y si la tiene,
No sólo ha de ganar lo que ha perdido,
Pero pasar hasta Antequera y Baza.

REY.

No hará, que yo enviaré cuatro mil hombres,
De quien á Abindarráez doy el cargo;
Que es justo que á quien sirve de esta suerte
Le pague el Rey con semejantes honras.
Venid conmigo; alístese la gente;
Demos favor, que es justo, á los Alcaides.

ABINDARRÁEZ.

Obedecerte es justo.

REY.

Ven, Xarifa;
Que tengo que te hablar.

XARIFA.

¡Extraño caso!
Donde se acaba un mal, otro comienza.

ABINDARRÁEZ.

¡Qué mal podrá escaparse de la muerte
Un flaco amor contra poder tan fuerte!

Vanse.

Salen Garcijofre, Fajardo, Diego de Lasa y Pacheco

PACHECO.

Esta es la carta del Rey.

FAJARDO.

Muestra, veamos qué escribe.
Á quien tan sujeto vive
Á su voluntad y ley.

Carta.

«Fajardo, yo holgué mucho en vuestra carta, aunque me pesó del mal suceso; las guerras que tengo con el Maestre de Avís, sobre cobrar á Portugal, no me permiten que os envíe socorro, antes me lo podéis vos dar, viniendo á servirme aquí con vuestra persona, que estimaré mucho; desamparad esas villas y partíos luego, que más me importa un reino que dos ciudades.—*El Rey.*»

FAJARDO.

¿Qué os parece?

GARCIJOFRE.

Que las deja
El Rey por cosa perdida.

FAJARDO.

¿Cómo, mientras tenga vida?

PACHECO.

¡Qué mal el Rey se aconseja!

FAJARDO.

No aconseja sino bien
Para lo que hacer emprendo,
Pues si al Moro las defiendo,
Es razón que me las den.
¿Ya el Rey nos las ha dejado?

GARCIJOFRE.

Su carta lo dice.

FAJARDO.

Quiero
Dar, como gran caballero,
Alto principio á mi estado.
Yo las tengo de ganar,
Pues la gente que he traído,
Á mi costa y ruego ha sido.

GARCIJOFRE.

Bien las puedes conquistar;
Que mejor están en ti
Que no en el Moro.

PACHECO.

Si el Rey
Á los de bárbara ley
Los quiere dejar ansí,
Gánalas tu, gran don Juan,
Y da principio á tu casa;
Que si la ocasión se pasa,
Los moros favor tendrán.
Y si una vez entra gente
Del Rey de Granada en ellas,
Bien puedes de Lorca y de ellas
Despedirte eternamente.

LASA.

Quiérote dar un consejo
En razón de esta conquista;
Que á quien no pierde la vista,
Sirve el amigo de espejo.
Si conquistas las ciudades,
No te llames señor de ellas,
Porque no engendres por ellas
Envidias en voluntades;
Que dirán al Rey que emprendes
Hacerte rey, ú otra cosa
Diferente y sospechosa
De la verdad que pretendes.
Gánalas, y Alcaides nombra
Que en nombre del Rey las tengan,
Porque enemigos no vengan
Á cubrir tu sol de sombra;
Que el Rey, viendo tu lealtad,
Te dará buen galardón.

GARCIJOFRE.

Bien dice Lasa, en razón
De conservar su amistad.
Pero si Murcia es cabeza
Del reino, esa es justa ley
Que se tenga por el Rey
Y esté en nombre de Su Alteza.
Cartagena, Lorca y Vera
No importa, pues es razón
Que las goce en galardón
El que ganallas espera.

LASA.

Bien dice Garcijofré.

FAJARDO.

Y Lasa me aconsejó
Como hidalgo, y ansí yo,
Por el Rey quiero que esté
En Murcia, si la conquisto,
Y que, en fin, su Alcaide sea.

LASA.
Bien quien te sirve se emplea.
FAJARDO.
Sois hidalgo, y sois bienquisto.
Alcaide en Murcia seréis.
PACHECO.
Y ¿qué traza tienes dada?
FAJARDO.
Zulemilla, el de Granada,
Que sirve, como sabéis,
Y es mi privanza y favor,
Me ha dicho que entrando allá,
Una puerta se abrirá
Del alba al primer albor,
Por donde, hallando dormidos
Los moros, pueda vencellos.
PACHECO.
¿Podrá entrar?
FAJARDO.
Entrará á ellos
Con propia lengua y vestidos.
PACHECO.
Aquí viene.

Sale Zulemilla.

FAJARDO.
¿Qué hay, Zulema?
ZULEMILLA.
Quedito, calialde un poco.
FAJARDO.
¿Qué traes? Sosiega, loco.
ZULEMILLA.
Yo loco, é tú estar me tema.
En Murcia tener pensado
Entrar para abrirte el borta.
FAJARDO.
¿De qué suerte?
ZULEMILLA.
En esta borta,
Un bostego estar cerrado;
Yo le abrir para salir
Al campo por trabajar,
É tú con presteza entrar,
Y con el gente acudir.
FAJARDO.
Bien dice; muy bien está.
ZULEMILLA.
Entrad presto; adiós.
FAJARDO.
Adiós.

Vanse.

Salen Alcindo, Guaremos y moros.

ZULEMILLA.
¡Ay de mí! ¡Matalde dos!
¡Ay, Alá; quedito, Alá!
¡Ay, Mahoma, huilda presto!
GUAREMOS.
¡Huyamos!
ZULEMILLA.
¡Ah, perro, huir!
ALCINDO.
¿Qué es aquesto?
ZULEMILLA.
Alá quibir.
GUAREMOS.
Moro, ¿qué tienes, qué es esto?
ZULEMILLA.
Venir con cartas, senior,
Del rey Manzor de Granada,
Aquí á Murcia; estar guardada
Mientras que venir favor.
É Fajardo haber tomado,
É dejarme morto aquí.
ALCINDO.
Luego ¿hasta aquí llega?
ZULEMILLA.
Sí,
Hasta el muro haber llegado.
GUAREMOS.
Mándale meter adentro,
Sabremos lo que es mejor.
ALCINDO.
¿Hiriéronte?
ZULEMILLA.
Sí, señor.
GUAREMOS.
¿Dónde?
ZULEMILLA.
Aquí.
GUAREMOS.
Aquí no.
ZULEMILLA.
Estar dentro.
ALCINDO.
Cualquiera intento nos quiebra.
GUAREMOS.
Meterle adentro los dos.
ZULEMILLA.
¡Ah, beliacos! ¡Joro á Dios
Que Fajardo dar culebra!

Vanse.

Sale Fátima al balcón.

XARIFA.
Hoy se parte Abindarráez,
Prima mía, á la frontera.
FÁTIMA.
Con él enviar quisiera,
Xarifa, á mi esclavo Páez,
Por escribir á Fajardo,
Y parecióme locura
Cansar con desenvoltura
Á un cristiano tan gallardo.
¿Y quien no me ha conocido,
Que podrá juzgar de mí,
Pues amé lo que no vi
Haciendo vista el oído?

XARIFA.

Píntanle tan cortesano,
Que tendrá por más favor
Sin verle tenerle amor,
Fátima, siendo cristiano.
Pues escucha el mensajero,
Pues va quien sabes allá,
Que con Fajardo será
En tus amores tercero.
Que puesto que el Rey le envía
Contra él, no va muy bien,
Sino á tratar que le den
Su libertad y la mía.

FÁTIMA.

Si deseas mi contento,
Ruégale que la amistad
Dure en la misma lealtad
Y que no estorbe su intento.
Gane sus villas Fajardo,
No se lo estorbe tu esposo.

XARIFA.

Llegará tan perezoso,
Aunque sale tan gallardo,
Que ya Fajardo no tenga
Temor á todo el poder
Del mundo.

FÁTIMA.

Alá puede hacer
Que Fátima á verle venga.

Salen soldados moros en orden, caja y bandera, un paje con adarga y lanza, y Abindarráez detrás con bastón.

ABINDARRÁEZ.

Haced alto mientras llego
Á ver por este balcón,
De mi guerra la ocasión,
Y la esfera de mi fuego;
El centro de mi memoria,
La quietud de mi recelo,
De mis deseos el cielo,
Y el infierno de mi gloria;
De mis trabajos la palma,
El premio del dolor mío,
La prisión de mi albedrío,
Y la libertad del alma.
¡Oh gran mar de mi fortuna!
¡Oh cielo á mi fe cruel!
No está solo, pues en él
Salen el sol y la luna.
¡Xarifa!

XARIFA.

¡Mi bien!

ABINDARRÁEZ.

Ya es tarde
Para llamarme tu bien,
Pues todos hacer me ven
De tantos males alarde;
Que éstos que á tu parecer
Soldados, señora, son,
Son penas de la razón
Con que me voy á perder.
Soy un capitán amante,
Todo mi campo es desvelos,
Todos mis soldados celos,
Toda mi empresa inconstante.
Tengo por contrario un Rey,
Y por espía un temor.

XARIFA.

Si quien os paga ese amor
Vive en esa misma ley,
Y en esta guerra milita,
¿De qué os podéis lamentar?

ABINDARRÁEZ.

De quien ha dado lugar
Á lo que el Rey solicita.
Pero no es tiempo de quejas
Cuando los muchos agravios,
Enterneciendo los labios,
Endurecen las orejas.
Dar lugar al poderoso
Es de corazón discreto;
Que con el fuerte, el sujeto
Siempre ha de estar sospechoso.
Yo, Xarifa, á Murcia voy;
Ya sabes tú quién me envía,
Y aunque aquesta gente es mía,
Del Rey á quien sirvo soy.
No sé si voy de esta suerte
Á morir, porque sospecho
Que alguna lleva en el pecho
La sentencia de mi muerte.
Mas esto no es para aquí;
Y así, en esa adarga llevo
Muerto un pez asido al cebo,
Y dice la letra ansí:
«Esto cuesta un gusto breve.»
Quédate, Xarifa, adiós.

XARIFA.

Alá nos junte á los dos,
Mi vida, y con bien te lleve.

ABINDARRÁEZ.

Fátima, ¿qué me mandáis
Que haga en aquesta ausencia,
Si con tan larga experiencia
Cierta de mi amor estáis?

FÁTIMA.

Caballero Abindarráez,
Pues os partís á la guerra,
Y para el reino de Murcia
Hacéis alarde y reseña,
Si viéredes á Fajardo,
Aquel de la cruz bermeja,
Aquel Alcaide de Lorca
De quien tantas cosas cuentan,
Aquel que de ver su sombra
Tiemblan los moros de veras,
Aquel que mató á Alfajar
Y que arrastró sus banderas,
Pues yo sé que es vuestro amigo,
Que no alcanzaréis las vuestras

Para quitalle sus villas
Ni hacer á su gente ofensa,
Decidle cómo en Granada
Fátima rogando queda
Á Mahoma por su vida
Y por sus altas empresas;
Decidle que de su fama
Está enamorada y tierna,
Informada de un esclavo
Que fué yerba de su flecha;
Decidle que pudo el nombre
De Fajardo en mi dureza,
Más que de Zayde el amor,
Y que ha un año que me inquieta;
Y decidle que aunque sé
Que el amarle es cosa honesta,
Sé que es el verle imposible,
Y que siéndolo se aumenta;
Y que le labro un pendón
De seda, oro, plata y perlas,
Que le daré de mi mano
Si quiere Alá que le vea;
Que me tenga en su memoria,
Y ya que no lo merezca,
Por ser mujer que le adora
Y que de suya se precia.

ABINDARRÁEZ.

Yo daré, Fátima hermosa,
Á Fajardo tu encomienda,
Porque la guerra á que voy
Aumentará la paz nuestra.
Él es tan agradecido,
Que espero yo que te ofrezca
Lo que en su ley fuere justo.

FÁTIMA.

Dios te guarde.

ABINDARRÁEZ.

Con Dios queda.

Toquen y marchen.

Entren Garcijofre y Fajardo.

GARCIJOFRE.

Si tomaras, Fajardo, mi consejo,
Excusado estuviera este disgusto:
Ganaste á Murcia, hiciste de ella Alcaide
Á Lasa, sin tener mucha experiencia
De su lealtad, y alzádose ha con Murcia.

FAJARDO.

¡Cómo te afliges de pequeñas cosas!
Hoy verás un castigo temerario.

GARCIJOFRE.

Ninguna cosa de importancia ha sido
Mientras tu vida de peligro salga;
Pero que alzado Lasa, y que rebelde
Niegue la ciudad y la obediencia,
Y que te entres en Murcia para hablarlo,
Sin gente, sin defensa y sin consejo,
Es gran temeridad, y es darle causa
Á que te quite sin temor la vida.

FAJARDO.

¿La vida á mí?

GARCIJOFRE.

Pues una vez quitada,
Y habiendo escrito al Rey, aunque mintiendo,
De ti las cosas que trazó la envidia
De tus prosperidades y fortunas,
Quedarás sin la vida y sin la honra.

FAJARDO.

Calla, que no conoces este brazo,
Que de este corazón noble se rige.
Si Lasa está rebelde y le ha negado
La obediencia á su Rey y á mí la fuerza,
Que se la dí quitando al Moro á Murcia,
Á castigarle vengo.

GARCIJOFRE.

¿Vienes solo
Contra un hombre que tiene tanto ejército?

FAJARDO.

Pues ése es el valor.

GARCIJOFRE.

Zulema viene.

Sale Zulemilla.

ZULEMILLA.

Ya salir á la blaza, senior mío,
El calde Lasa con trecientos hombres,
Para hablarte con miedo de su foria.

FAJARDO.

Pues ¿no le escribí yo que para hablarle
Y tratar de las paces, venía solo?

ZULEMILLA.

Senior, el que es traidor no estar seguro,
É procurar defensa de su vida.

GARCIJOFRE.

¿Ves como fué, Fajardo, gran locura
Venir á Murcia solo?

FAJARDO.

Y ¿tú me adviertes?
Que si no fuera solo no dejara
Lasa que entrara en Murcia, y que en su patria
Sólo dejaran que metiese un hombre.

GARCIJOFRE.

Pues ¿qué has de hacer ó cómo hablarle piensas?

FAJARDO.

Dios me dará favor, y este villano
Conocerá quién soy.

GARCIJOFRE.

Su gente viene.

Soldados con alabardas hagan una calle, y venga el alcaide Lasa.

LASA.

¿Adónde está Fajardo?

GARCIJOFRE.

Aquí te aguarda.

LASA.

¡Don Juan!

FAJARDO.
¡Alcaide!
LASA.
¿Qué es lo que me quieres?
FAJARDO.
Estimarte ¡por Dios! por lo que has hecho;
Que arguye gran valor haberte alzado
Con Murcia, y yo á los hombres valerosos
Pongo en los ojos, y en el alma estimo.
Yo soy señor de Lorca y Cartagena,
Y tú de Murcia, y dícenme que vienen
Ocho mil hombres de Granada y Baza
Contra nosotros; si enemigos somos,
Perderemos la hacienda conquistada;
Tengamos paz, y juntos defendamos
Lo que por nuestra sangre merecimos.
LASA.
Hablas como quien eres; y si alguno
Te ha dicho que yo he escrito al Rey contándole
Agravios contra ti, miente, y me obligo
Á sustentarlo en campo.
GARCIJOFRE.
Aquí ninguno
Te contradice.
FAJARDO.
No se trate de eso;
Que yo sé, Alcaide, que eres caballero,
Y que si al Rey escribes de mis cosas,
Me tratarás mejor que ellas merecen.
Dame esos brazos, confirmemos paces,
Y queden afrentados los terceros.
LASA.
Yo gano, gran Fajardo, en ser tu amigo.

Dale, al abrazarle, con la daga.

FAJARDO.
¡Muere, villano!
LASA.
¡Ay cielos, que me ha muerto!
SOLDADO.
Muerto el Alcaide, ¡quien le ha muerto, muera!
FAJARDO.
Hidalgos, detened las alabardas;
Que si á un traidor al Rey he dado muerte,
Cuantos le defendéis seréis traidores.
Fajardo soy, soldados, y os he dado
Mi sueldo tantos años justamente,
Sin que ninguno de mí forme agravio;
Yo gané para el Rey la ciudad bella
Adonde estáis, y en ella puse á Lasa
Para que la tuviese por Su Alteza;
Alzóse y fué traidor, díle el castigo,
Y si vosotros su opinión seguisteis
Yo ganaré perdón para vosotros,
Y quedaréis por buenos y leales.
GARCIJOFRE.
Ea, soldados, ¿qué le estáis mirando?
Éste es Fajardo, á quien debéis las vidas,
Las honras, las haciendas y la sangre,
Pues tanta le costáis, cuanta habéis visto
Que ha derramado en tantas ocasiones.
SOLDADO.
Tienes razón, Garcijofré, y en nombre
De todos, obedezco al rey Enrique,
Y al perdón de Fajardo me remito,
Y á su piedad me ofrezco de rodillas.
FAJARDO.
Alzaos del suelo, hidalgos; yo os perdono
En nombre de Su Alteza.
ZULEMILLA.
Aquí ha llegado,
Senior, un soldadico que buscarte.
FAJARDO.
¿Qué quiere ese soldado, no lo dice?
ZULEMILLA.
Decer que el Rey, nojado con los Caydes
De Murcia é Lorca, enviar con tres mil hombres,
Fajardo, un Veinticuatro de Sevilla
Que llamiar Gonzalo Sayavedra,
É que querer prender á ti y á Sofa:
Yo le decer que Lasa estamos morta,
É que tú ser honrado é muy buen galgo,
É que mentir como beliaco poto
El que decilde al Rey mal de mi amo.
GARCIJOFRE.
El Rey envía ejército á prenderte,
Con mala información de estos traidores;
Cierra las puertas y tu vida guarda;
En tanto que á Sevilla, donde queda,
Envías el encargo necesario.
FAJARDO.
¡Que esto pueda la envidia de mis hechos!
¡Que el Rey, á quien he dado tanta sangre,
Me mande llevar preso! ¿Hay tal suceso?
Cruel está conmigo don Enrico.
ZULEMILLA.
Pécaro estar, ¡por Dios! estar borico.
GARCIJOFRE.
Defiéndete, Fajardo, al Veinticuatro,
En tanto que mejor al Rey informes.
FAJARDO.
No quiero replicar al Rey en esto;
Antes quiero, sin armas y sin gente,
Esperar á Gonzalo Sayavedra,
Que no me prenderá, si en este reino
Recibe información de mis servicios.
GARCIJOFRE.
Creo que yerras.
FAJARDO.
¡Ah, cómo los reyes,
Por mala información, hacen agravios!
ZULEMILLA.
É calia vosanté, que el rey Borito,
Aunque escuchar beliacos, ser bonito.

———

ACTO TERCERO.

Sale Gonzalo de Saavedra, Veinticuatro de Sevilla, con cuatro arcabuceros, y Fajardo y Zulemilla.

FAJARDO.

¿Así paga el señor Rey
Lo que le debe á Fajardo?
¿Este es el premio que aguardo?
¿Esto es justicia, esto es ley?
¿El haber en esta orilla
Del mar, arriendado al Moro,
Y perdiéndole el decoro,
No se pasara á Castilla;
El ganar cuatro ciudades
Y diez villas, sin tener
Sueldo ó soldada; el perder
Por él tantas amistades;
El tener tantas heridas,
De los pies á la cabeza,
Por servicio de Su Alteza
Cara á cara recibidas;
El tener de todo apenas
Más que un caballo, una lanza,
Y alguna corta esperanza
De estas ganadas almenas;
Hacer temblar á Granada,
Señor Veinticuatro, es ley
Justa que os mandase el Rey
Que me desciñáis la espada?
¡Ésta, con que he detenido
Tantos moros africanos,
Me la quita de las manos
El mismo que he defendido!
¡Ésta, por quien duerme allá
Seguro en bordada cama,
En tanto que la recama
Fajardo de sangre acá!
¡Ésta, que ha cortado piedra
Que tal edificio admite,
Manda el Rey que me la quite
Gonzalo de Saavedra!
Paciencia; yo soy vasallo:
Sepa el Rey que en el lugar
De obrar, yo he sabido obrar,
Y cuando he de callar, callo.
Y sólo deciros quiero
Que esta espada, por quien soy,
Me consuelo que la doy
Á tan noble caballero.
Tomad, y quede entendida
Hoy del mundo mi lealtad,
Pues os doy mi libertad,
Y al Rey, mi señor, la vida.

GONZALO.

Señor Fajardo, Su Alteza,
Que agora queda en Sevilla,
Informaron en Castilla
Que se llamaba cabeza
Lasa de la rebelión,
Con que al Rey negó obediencia;
Quiso hacerle resistencia;
Mandó ponerle en prisión.
Y viniendo yo á este efeto,
Cartas tuvo contra vos
De envidia, que más de dos
Tuvieron á buen conceto
Que ya el Rey de vos tenía.
Prenderos manda enojado,
Porque está mal informado;
Mas la lealtad de este día
Y el no haberos defendido,
Será información mejor
Para ser á vuestro honor
De nuevo restituído.
No importa rendir la espada
Si al mismo Rey la rendís,
Mostrando como venís
En su obediencia jurada;
Que aunque agora se la dais,
Yo sé que si os viene á oir,
Os la volverá á ceñir
Para que le defendáis.

FAJARDO.

¿Qué capítulos le han dado
Contra mí?

GONZALO.

Dicen allá
Que usurpais títulos ya
De lo que habéis conquistado.
Y aunque parece razón,
Si no hacéis caso del Rey,
No es justa ley.

FAJARDO.

Pues ¿qué ley
Me pone esa obligación?
¿Yo no le escribí á Su Alteza
Que esta tierra se perdía,
Que enviase, si la quería,
Presidio á su fortaleza?
¿No me respondió que luego
Por perdida la dejase,
Y que en Portugal me hallase
Á servirle?

GONZALO.

Oidme os ruego:
Fuérades, Fajardo, allá!
Que el Rey después la cobrara;
Mas no porque él la dejara,
Vuestra la conquista es ya.

FAJARDO.

¿Cómo no? Pues ¿es mejor
Que el Moro se la ganase,
Ó que yo me aventurase
Para volver por su honor?
Yo hice gente á costa mía
En Valencia y en Villena,

Y hasta la postrera almena
Gané lo que el Rey perdía.
Puse Alcaide por su nombre
En Murcia, y porque se alzó,
Le maté en su plaza yo;
Que no hay hombre que no asombre
Ver que solo entre dos mil
Hiciese hazaña tan rara.

GONZALO.

El Rey os verá la cara,
Cesará la envidia vil;
Tendrá justa información.
Sabráse vuestra verdad,
Pagará vuestra lealtad
Con debido galardón.
Vamos á Sevilla agora,
Y fiad de un caballero.

FAJARDO.

Señor Veinticuatro, quiero
Que entienda el Rey que le adora
Fajardo con el respeto
Y obediencia que es justicia;
Que no es bien que por malicia
Me tenga en tan mal conceto.
Llevad de aquí información.

GONZALO.

¿Qué hicistes de cierta mora
Que robastes?

FAJARDO.

Nadie ignora
Que, como otro Cipión,
La volví á su esposo honrada;
Los mismos moros lo digan.

GONZALO.

¡Qué falsas lenguas le obligan
Al Rey!

FAJARDO.

Si él pierde mi espada,
Defenderánle esas lenguas.

GONZALO.

Ahora bien, vamos de aquí.

FAJARDO.

Zulema.....

ZULEMILLA.

¡Ah, señor, que así
Te liebar tu nombre á menguas!
¡Tener cuatro mil soldados,
É querer ir aliá preso!

FAJARDO.

Sí, que nacimos á eso,
Los vasallos, obligados.

ZULEMILLA.

¿Qué obligación ó borqué?
¿Saber que es prisión de corte?
Que estar que importe ó no importe
Tener siglos vosancé:
Andar sombrerillo en mano
Tras el Calde y el Fiscal,
Dar al Rey el memorial,
Hablar secretario en vano:
Que veremos respondelde,
É no lo ver en so vida,
É despox de estar berdida,
Sentencialde el querelde.

FAJARDO.

¡Ah Zulema, bien lo sé!
Mas obedecer me es fuerza,
Que nací hidalgo por fuerza,
Y que al Rey debo esta fe.
Todo á su nombre se humilla:
Si supiese que Su Alteza
Me ha de cortar la cabeza
En allegando á Sevilla,
No me pienso rebelar.

ZULEMILLA.

Lievar diablo vosancé.
¿Estar loco?

FAJARDO.

Sólo sé
Obedecer y callar.

ZULEMILLA.

Mira que todos huir,
Pacheco y Garcijofré.

FAJARDO.

Camina, que sólo sé
Obedecer y sufrir.
Si el Rey la vida me quita,
Paciencia; la muerte aguardo.

ZULEMILLA.

¡Viva el gallina Fajardo,
É viva con so pepita!

Salen Abindarráez, soldados, moros, caja y bandera.

ABINDARRÁEZ.

Quiero primero verme con Fajardo,
Que ya á todos os digo que es mi amigo;
Por eso fué delante Celinardo,
Que á no ofenderle y á morir me obligo.

MORO.

Tú estimas un cristiano tan gallardo,
Que pongo, Abindarráez, por testigo
Al mismo Alá, que cuando tú quisieras,
Llevaras sin soldados tus banderas.
Paga, pues, lo que debes á un hidalgo
Que la vida te dió tan cortésmente.

ABINDARRÁEZ.

Todos sabéis que de Granada salgo
Porque muere Almanzor por verme ausente;
Lo que soy, lo que puedo, lo que valgo,
Ofende al Rey cuando me ve presente,
Por celos de Xarifa; que esta empresa,
Sólo en los hombros de mi vida pesa.
Quiere el Rey que me maten, y aventura
Vuestra sangre también, soldados fuertes;
De manera que un bárbaro procura
Gozar su pretensión con tantas muertes.

MORO.

Cualquiera moro en tu servicio jura
Perder la vida si su pecho adviertes,
Ya por tu amor, ya por el que tienes
Al mismo capitán contra quien vienes.

ABINDARRÁEZ.

Un moro en forma de cautivo corre
Á nuestro campo.

Sale Zulemilla.

ZULEMILLA.

¡Oh, capitán valiente,
Cuyo nombre jamás envidia borre!
He de volar de Vante hasta el Ponente,
Socorrelde á tu amego, que socorre
El mego el que debemos delegente,
Que Fajardo á Sevelia lievar preso
El Rey borreco por traidor proceso.
Un Veinticuatro á Morcia andar con gente,
É prendemos al hombre más gallardo
Que haber visto la España, é que parente
Estar Mahoma. ¡Joro á Diox, Fajardo,
Decer potos beliacos falxamente,
Coyo castego de so mano aguardo,
Que estar rebelde de leal, é logo
Cortar cabeza, é dar so corpo al fogo!

ABINDARRÁEZ.

Zulema amigo, ¿que Fajardo lleva
Preso el cristiano?

ZULEMILLA.

¡Oh, Abindarráez amego!
Esto traerti por premera nova,
¿É á paxar con el preso que te dexo?

ABINDARRÁEZ.

¿Qué gente lleva?

ZULEMILLA.

Poca, aunque él no proba,
Por no quedar del Rey por so enemego,
Á quererse soltar, que se él querelde,
El enferro todo no poder tenelde.

ABINDARRÁEZ.

Agora es tiempo, amigos, que yo muestre
Lo que debo á Fajardo: al arma toca,
Toca al arma, Zulema nos adiestre;
Razón esfuerza, y el amor provoca;
Vosotros no temisteis al Maestre,
¿Qué tenéis que temer?

ZULEMILLA.

Caliar el boca,
É solamente dar Fajardo exbada.

ABINDARRÁEZ.

Sin duda hoy le llevamos á Granada.

Vanse, y salen Fátima, Xarifa y el Rey moro.

XARIFA.

No se canse Vuestra Alteza,
Ni quiera cansarme á mí.

REY.

¿Dónde habrá tanta dureza?
¿Dónde naciste?

XARIFA.

Nací,
De esta nieve en la aspereza.

REY.

Fátima, dile que mire
Que no es bien que un Rey suspire
Por lo que puede tener,
Con mandar á su poder
Que hasta donde puede tire.
Dile que si ella nació
En esta Sierra Nevada,
Á mí el Etna me engendró;
Si Xarifa es nieve helada,
Fuego elemental soy yo.
Dile que los ojos pase
Por mi dolor, y quitase
El mal con que me desvela,
Y mire que si me hiela
Me ha de obligar que la abrase.

FÁTIMA.

Xarifa, el Rey está loco;
No digo yo que le quieras,
Mas que le maltrates poco.

XARIFA.

Si tú las razones vieras
Con que á ello me provoco.....

REY.

¿Qué responde?

FÁTIMA.

Que deliras,
Y que la cansas bien sé
Si de aquí no te retiras.

REY.

¡Que así se burle mi fe!

FÁTIMA.

No se pasa con mentiras.

REY.

¿Cómo?

FÁTIMA.

No te puede ver.

REY.

¿Así lo dices?

FÁTIMA.

¡Qué quieres,
Si no la puedo vencer!

REY.

¡Extremadas dos mujeres!
Demonios deben de ser.

Sale Zayde.

ZAYDE.

Desde la Puerta de Elvira,
El Zacatín atraviesa,
Famoso Rey de Granada,
Con mil cajas y trompetas,
La gente de Abindarráez,
Que ya á los Gomeles llega,
Haciendo salva á la Alhambra,
Dentro de la Plaza Nueva.
Por entre los olmos altos,
Ya va subiendo la cuesta,
Dando mil plumas y galas
Al viento de su soberbia.
Trae consigo á Fajardo,
Por cuya amistad estrecha,

De sola empresa de Murcia,
Que el Rey tiene gente en ella.
Si le quieres ver pasar,
Ponte, señor, á esas rejas,
Aunque ya á besar tus pies,
Cristianos y moros entran.

Salen Abindarráez, Fajardo y Zulema.

ABINDARRÁEZ.

No puedes decir, señor,
Que Alá con salud mantenga,
Que Reduán, Muza ó Tarfe,
Ni otro capitán de guerra,
Mayor servicio te hizo,
Pues para servirte en ella,
Traigo á Fajardo á tu casa,
Divina, heroica defensa;
Pues consolando á Castilla,
Que vive en Granada sepa;
No tendrá atrevidos ojos
Para mirar tus almenas.

FAJARDO.

Yo soy, Almanzor gallardo,
Aquel que con las banderas
Del Rey castellano Enrique,
Gané tan altas empresas.
Rindiéronse á mis conquistas,
Lorca, Murcia y Cartagena;
Mas que el Rey oye lisonjas,
Tengo heridas por no hacellas.
Al cabo de mis servicios,
Por envidias, malas lenguas,
Vino á prenderme en su nombre
Gonzalo de Saavedra.
Dile mi espada, y sin duda
Fuera con justa obediencia,
Si tres valientes escuadras
No me quitaran por fuerza.
Dí palabra á Abindarráez
De servirte, y él por ella
Sale por fiador, que sabe
Mi lealtad y mi nobleza.
No dejo sin causa el Rey,
Pues él me prende sin ella,
Informado de la envidia,
Y nunca á los buenos deja.
Ves aquí, Rey, á Fajardo.

REY.

¿Quién, Fajardo, me dijera
Que yo te viera en mi casa,
Quien tanta sangre me cuesta?
Dejemos aparte enojos;
Que más daño y más ofensa,
Con sólo verte la cara,
Te perdonara.

FAJARDO.

Quien llega
Humilde, perdón merece.

ZULEMILLA.

Perdonad, señor, Zulema,
Que haber servido Fajardo
Por feción que vos tenedla.

REY.

¡Oh Zulema? ¡Oh caro amigo!

ZULEMILLA.

Á mí ben, senior, perdedla
El mal volontad á me.

REY.

Hoy, Abindarráez, quedas
En mi gracia, y en señal
Te doy mis brazos.

ABINDARRÁEZ.

No creas
Que en mi vida intenté cosa
Que en tu servicio no fuera.

REY.

Vente, Fajardo, conmigo,
Y porque Granada entienda
Cuánto tu venida estimo,
Corran toros, hagan fiestas.
Denle luego mi caballo;
Hoy comerás á mi mesa.

FAJARDO.

Beso mil veces tus pies.

REY.

Mi casa quiero que veas.

Vanse todos, y quedan las moras y Zulemilla.

XARIFA.

Zulema, escucha.

ZULEMILLA.

¿Quién llama?
¿Xarifa?

XARIFA.

Sí.

ZULEMILLA.

¡Á voto verra!
¿Cómo estalde, estar boneca?

XARIFA.

De mil desventuras llena.

ZULEMILLA.

¿Y vos, Fátima?

FÁTIMA.

También
Estoy llena de mil quejas.

ZULEMILLA.

Abostalde que Xarefa
Tener ya un Rey en barrega;
É como vencer mi amo,
Lloramos porque no entenda.

XARIFA.

Bien sabe Alá que estoy firme
Más que de Martos la peña.

ZULEMILLA.

Dadle al diablo vosance,
Peña que por medio quebra.

FÁTIMA.

Mucho me he holgado de ver
Á Fajardo, ¡oh mi Zulema!
¿Sabe ya que es mi galán?

ZULEMILLA.
Ya saber.
FÁTIMA.
¡Oh gloria inmensa!
Que si ausente le dí el alma,
Ahora con su presencia
He confirmado mi gusto.
¿Qué dice, amigo? ¿Qué piensa?
¿Ser mío? ¿Está tierno? ¿Es blando?
ZULEMILLA.
Para el diablo que te lleva,
Que jora á diez que estar doro,
Más que un carrasca en la sierra:
Es hombre que se de amor
Le llega á tratar alguna,
Del primera bofetón,
Amor quita é dentes quebra.
FÁTIMA.
Pues ¿en qué entiende?
ZULEMILLA.
En las armas,
En desafíos, en guerras.
FÁTIMA.
Luego ¿no quiere á las damas?
ZULEMILLA.
Avealde, que ser manteca.
FÁTIMA.
¿No le hablarás de mi parte?
ZULEMILLA.
Yo decidle que te quiera;
Mas la resposta, oste voto.
XARIFA.
Vamos donde hablar se pueda,
Que me muero por hablar
Á mi soldado.
ZULEMILLA.
¡Ay putella!

Vanse, y entran el Rey, Fajardo, Abindarráez y Zayde.

REY.
¿Qué te parece mi ciudad, Fajardo?
FAJARDO.
Que es todo cifra lo que dicen de ella,
Y que en las alabanzas me acobardo;
Es Granada, señor, Granada bella,
Rica de granos, coronada de oro.
¡Dichoso el Rey que vive y reina en ella!
Es su Alhambra riquísima un tesoro,
Una joya la torre de Comares,
Con el primor de su mayor del oro;
Holgádome he de ver los Alijares,
Generalife y sus jardines todos.
REY.
¿No hay algo, por tu vida, que repares?
FAJARDO.
Reparo en la desdicha de los godos,
Que tanto bien perdieron en España,
Por tal fortuna y por tan varios modos,
Aunque ya la ciudad que el Betis baña,
Cobró el santo Fernando de Castilla,
Que muerto se engrandece y acompaña
REY.
¿Has estado en Sevilla?
FAJARDO.
Iba á Sevilla
Preso, cual sabes, y no quise vella.
REY.
Dícenme que es octava maravilla.
FAJARDO.
No mira el Rey, señor, cosa más bella.
REY.
Las damas quieren verte á esos balcones;
Alza los ojos, que verás mi estrella;
Que yo, por no impediros las razones,
Quiero apartarme allí con Zayde un rato.
FAJARDO.
En mil deudas de amor mi pecho pones.
REY.
Querrán ellas hablarte sin recato.
Zayde, aquí te retira.
ZAYDE.
Celos tengo.

Salen Fátima y Xarifa en el balcón.

REY.
Si, Abindarráez, la ocasión dilato,
¿Será posible que á esconderme vengo?
FÁTIMA.
¡Ah, caballero cristiano!
FAJARDO.
¿Quién es?
FÁTIMA.
Una dama soy
Que os quiere bien.
XARIFA.
Y que es llan o
Yo lo fío, que aquí estoy,
Y os pagaré de mi mano.
ABINDARRÁEZ.
También vos pagado habéis,
Xarifa, á los que debéis,
Que valéis para fiador.
XARIFA.
Pues ¿á quién debo yo amor?
Que no quiero que os quejéis.
ABINDARRÁEZ.
Á mí, que en extremo os quiero.
XARIFA.
Ya yo os le tengo pagado.

El Rey y Zayde salgan acechando.

REY.
De celos, Alcaide, muero.
XARIFA.
Seáis, mi bien, bien llegado;
Llegaos más cerca.
REY.
¿Qué espero,

Qué pretendo? Desengaños.

FAJARDO.

¿Dónde ó cómo os debo yo
Esos amorosos daños?

FÁTIMA.

Vuestra fama me obligó,
Que alcanza á reinos extraños.
Sois el hombre más bienquisto
Que se ha escrito ni se ha visto.

Fajardo diga, y hablen Fátima y Abindarráez.

FAJARDO.

Vos, la más hermosa dama
Que oyó ni trujo la fama
Á la tierra que conquisto.
Abindarráez me habló
De vuestra parte, señora;
Las que tenéis me contó,
Pero no sé cómo ahora
Pueda agradecerlo yo,
Si no es con ser un galán
De colores y favores;
Que más licencia no dan
Las leyes de estos amores
Á los que en otras están.
Yo os juro de no tener
Otra color de la vuestra.

FÁTIMA.

¿No decís otra mujer?

FAJARDO.

No puedo por la ley nuestra.

FÁTIMA.

¿En leyes mira el querer?

FAJARDO.

Pues yo cristiano y vos mora,
¿Qué os puedo querer, señora?
Sólo Fajardo se carga
Á que corone su adarga
Vuestro nombre desde ahora.
Ése es, y vuestra color,
Fátima, será la fe
De mi agradecido amor.

REY.

Dime, Zayde, ¿sufriré
De mis celos el rigor?
¿Mataré aquel atrevido?

ZAYDE.

No, si no estorba su gusto,
Mientras que á Fajardo pido
Que ponga el amor injusto
De esta villana en olvido.
¿Qué espero de una mujer
Que ha querido á quien no ha visto
Y no me puede querer?

REY.

¡Que con un niño resisto
Á mi gigante poder!
Ahora bien, yo podré más,
Ó no seré lo que soy:
Pues Fajardo, ¿aquí te estás?

FAJARDO.

Gozando, señor, estoy,
La licencia que me das.

REY.

Di, Fajardo, cuando preso
Tu Rey llevarte mandaba,
¿Fuera el defenderte exceso?

FAJARDO.

Sí fuera, aunque la informaba
La envidia un largo proceso;
Que al Rey se ha de obedecer.

REY.

Y si al Rey vieras querer
Una mujer que quisieras,
¿Qué hicieras si le sirvieras?

FAJARDO.

Dejar al Rey la mujer.
Aunque más puesto en razón
Estaba que el Rey á mí
Me dejara la ocasión:
Alejandro hízolo así,
Hízolo así Cipión;
Que los reyes han de dar,
Y nunca á nadie quitar,
Antes buscar ocasiones
Para mostrar los blasones
De sus blasones sin par.

REY.

Que el Rey se quite su gusto,
¿Dices que es justo?

FAJARDO.

No hay ley
Para dar al Rey disgusto,
Pero es grandeza de un rey
Dar su gusto en lo que es justo.

REY.

Bien dices; ya me has templado
Un enojo que me ha dado:
Abindarráez, desde hoy
Á tu Xarifa te doy,
Rey de Fajardo enseñado.

ABINDARRÁEZ.

Haga en eso Vuestra Alteza
Su gusto.

REY.

Venid conmigo;
Que si cuentan por grandeza
Dar Alejandro á su amigo
De una mujer la belleza,
Alejandro soy.

ABINDARRÁEZ.

¿Qué aguardo
Que no te beso los pies?

REY.

Eso debes á Fajardo;
Fajardo sin duda es
Tan sabio como gallardo.

ZAYDE.

Fajardo, hablarte querría.

FAJARDO.

Voy ahora con el Rey.

ZAYDE.
Es Fátima cosa mía,
Y querría que esa ley
Fuese igual.

FAJARDO.
¡De mí te fía!

ZAYDE.
Dame palabra.

FAJARDO.
¡Pues no!
Si el Rey lo que amaba dió,
Y á ti doy lo que no amo.

ZAYDE.
Rey te llamo.

FAJARDO.
Yo me llamo
Fajardo, que yo soy yo.

Salen el rey D. Enrique y D. Rodrigo Manrique, Maestre de Santiago, y Xarifa.

MAESTRE.
Ésta, señor, es Murcia, y el primero
Que la ganó fué don Alonso el Sabio,
Hijo del Santo, que ganó á Sevilla,
Pasando en sus conquistas grandes cosas:
Después vino á poder de algunos moros,
Á quien se la quitó don Juan Fajardo.

ENRIQUE.
Mucho me alegra la ciudad famosa
Cabeza de este reino justamente,
Y mucho me lastima que de él falte
Un caballero que le honraba tanto,
Y de cuyo valor temblaba el Moro.

MAESTRE.
Admírame que, siendo tan notables
Las ofensas que ha hecho al de Granada,
En su casa le tenga con tal gusto,
Que le dé sus caballos y su lado,
Y le siente á su mesa cada día.

ENRIQUE.
Eso puede, Maestre, el valor grande,
Que hasta los enemigos aficiona.
Cuando Fajardo no se sirva en nada,
Basta que no le ofenda, y que el Rey vive
Seguro de Fajardo, de quien sólo
Más daño recibió que de mi ejército.

MAESTRE.
Muy diferentes hallo aquellas quejas
De lo que por allá dijeron cartas;
No hay hombre aquí que de Fajardo diga
Menos que encarecidas alabanzas.

GARCIJOFRE.
Sin duda tuve información de engaño.

MAESTRE.
Garcijofre está aquí.

ENRIQUE.
Seáis bien venidos.

GARCIJOFRE.
Á tu servicio, como siempre, vengo.

ENRIQUE.
¿Huélgase la ciudad de haberme visto?

GARCIJOFRE.
Las almas puedes verles en los rostros,
Adonde traen escrito lo que sienten.

ENRIQUE.
¿Qué sabes de las cosas de Fajardo?

GARCIJOFRE.
Si al más humilde juez que envía
El Rey, ningún testigo dice menos
Que la verdad, al mismo Rey, ¿quién duda
Que se la ha de decir cualquir vasallo?
Mi nacimiento sabe Vuestra Alteza,
Y por su vida juro que en Fajardo
Jamás vi cosa que no fuese honesta.
Es hombre de tan altos pensamientos,
Que conquistar el mundo tiene en poco;
Es liberal, magnánimo, solícito,
Prudente capitán, severo, grave,
Agradecido, y tal, que se preciara
Grecia ó Lacedemonia de tenello
Cuando más florecieron sus repúblicas.

ENRIQUE.
¿Qué os parece, Maestre?

MAESTRE.
Que lo creo;
Que nunca he oído lo contrario (1).

Sale Pacheco.

Pacheco viene aquí.

ENRIQUE.
Dime, Pacheco,
¿En qué opinión contigo está Fajardo?
¿Qué sabes de él después que le conoces,
Que satisfaga á lo que de él me dicen?

PACHECO.
Señor, si la voz pública del vulgo
Es voz de Dios, ¿qué aguardas que te informe?
Yo á lo menos habrá como diez años
Que á su lado milito en esta Sierra,
Y por no gastar tiempo en alaballe,
Y ser digno sujeto de un Virgilio.
Digo que si presente está, por dicha,
Entre esos caballeros el que ha dicho
Mal de Fajardo, con tu Real licencia
Le reto de traidor y desafío.

GARCIJOFRE.
Hallará Vuestra Alteza en toda Murcia
Dos mil soldados que lo mismo digan.

ENRIQUE.
Ahora bien, no se trate más del caso:
Dad orden, don Rodrigo, que se llame
Fajardo, y de que vuelva á mi servicio.

MAESTRE.
Ya pierdes el enojo.

ENRIQUE.
Estoy contento
De ver la información, y el dueño estimo:
Vamos, que quiero ver la ciudad bella.

---

(1) Verso incompleto.

GARCIJOFRE.
Dirán lo mismo cuantos hay en ella.

Vanse.

Salen Zulemilla y Trillo, soldado de Fajardo.

TRILLO.
¿No me dirás lo que ha sido
Tanta fiesta en la ciudad,
Zulema?
ZULEMILLA.
Estar benvenido:
Sabelde que el voluntad
Tan grande que haber tenido
Á Fajardo el rey Manzor,
Le haber bligado á favor
Tan grande, que justo ó injusto,
Solmente hace mucho gusto.
TRILLO.
Con razón le tiene amor.
ZULEMILLA.
Él á Xarifa servía,
Fajardo á Fátima, é vendo
Que Bendarráez el quería,
É Zayde á la otra, y hacendo,
Estarnus gran cortesía.
TRILLO.
¿Cómo?
ZULEMILLA.
Pedelde Fajardo,
Que casarlos.
TRILLO.
Y ¿casólos?
ZULEMILLA.
Ya Bendarráez gallardo
Á Xarifa, gozar solos
So contento.
TRILLO.
El fin aguardo.
ZULEMILLA.
Zayde y Fátima tambén,
Y hoy con el Rey comen todos,
Que en esa cuadra se ven,
Después que por varios modos
Se haber dado el parabén.
TRILLO.
Y ¿han comido?
ZULEMILLA.
Haber comido,
Mas sobremesa estar ley
De no hacelde roído,
Borque con Fajardo el Rey,
Al jedrez jogar bartido.
TRILLO.
¿Que jugando están los dos
Sobremesa?
ZULEMILLA.
Lugar vos,
É meraldes; estar certo.
TRILLO.
Oye, la puerta han abierto.
¿Sí, juegan?
ZULEMILLA.
Sí, joro á Dios.

Alcen una antepuerta, y vean en una tarima, con su alfombra, Xarifa y Abindarráez en sus almohadas, Zayde y Fátima hablando, el Rey y Fajardo jugando al ajedrez, y dos músicos cantando así:

Jugando estaba el Rey moro
En rico ajedrez un día,
Con aquese gran Fajardo,
Por amor que le tenía.
Fajardo jugaba á Lorca,
Y el Rey jugaba á Almería,
Que Fajardo, aunque no es rey,
Jugaba cuatro ó seis villas.
REY.
Ya que con aqueste roque.....
FAJARDO.
Mucho me estrechas y obligas.
REY.
¿Qué has de hacer?
FAJARDO.
Huir si puedo;
Pero no pude en mi vida.

Canten:

Mucho holgaba el Rey de ver
Que Fajardo no tenía
Adonde guardar su rey,
Cual si fuera el de Castilla.
REY.
Perdiste, amigo Fajardo;
La villa de Lorca es mía.

Levántese.

FAJARDO.
Calla, Almanzor, no des voces,
Puesto que tu frente altiva
Ciña el laurel de Granada;
Que no gozarás la villa,
Porque aunque tú me la ganes,
No la entrarás sin rendilla;
Caballeros están dentro,
Que antes perderán mil vidas.
REY.
Fajardo, ¿de qué te alteras?
Mucho, Fajardo, te picas.
No juego más con cristianos.
FAJARDO.
Picóme el ver mi desdicha;
Y picado, á sólo el cielo
Guarda respeto la ira.
REY.
Fajardo, aunque yo pudiera,
Por la palabra ofrecida,
Pedirte á Lorca, no quiero;
Y pues sé que te la quita
El Rey que tan mal te paga,
Verás mi amor este día:

Darte quiero ocho mil hombres
De mi gente granadina,
Para que cobres tus tierras.

FAJARDO.

Mil años vivas, ¡señor! (1).
Eres, en efecto, Rey,
Sangre del África antigua.

REY.

Abindarráez y Zayde
Irán en tu compañía,
Aunque recién desposados
Con Fátima y con Xarifa,
Como ellas les den licencia.

XARIFA.

Yo, señor, ¿cómo podría
Negar favor á Fajardo
Ni ser con el suyo esquiva?

FÁTIMA.

Yo no sólo gusto dello,
Mas iré en su compañía.

XARIFA.

Las dos mudaremos traje
Para que á empresa tan rica
Llevéis dos nuevos soldados.

FAJARDO.

¡Qué gallarda infantería!
Daréis si vais á la guerra,
Guerra á amor, y al sol envidia.

ZULEMILLA.

Aquí está Trillo, senior.

FAJARDO.

¡Oh Trillo! ¿Qué hay de Sevilla?

TRILLO.

Que á Murcia ha perdido el Rey,
Y ha ya entrado, que ha diez días.
Mira lo que hacer pretendes;
Que por su persona misma
Dicen que se va á informar
De lo que de ti decían.

FAJARDO.

Irá á sosegar la tierra,
Que por mi ausencia fatiga
El Moro con mil asaltos;
Pero mi verdad anima
Cuando á lo que dices vaya.

REY.

Ea, Fajardo, ¿no aplicas
La fuerte mano á la espada?
¿En qué piensas? ¿Qué imaginas?

FAJARDO.

Ahora bien, dame esa gente,
Verás que á Fajardo obligas.
¡Ea, fuerte Abindarráez,
Espejo de la morisma!
Ea, valeroso Zayde.

ABINDARRÁEZ.

El que á tu lado milita,
Seguro va de victoria.

ZAYDE.

Tengo dicha que te sirvas
De mí en aquesta ocasión.

FAJARDO.

Tu nobleza significas.

REY.

Alto, pues; tocad las cajas,
Dejad de Genil la orilla.

TRILLO.

¿Has de ir allá, Zulema?

ZULEMILLA.

Sé Fajardo, andar la China,
El Japón é las dos Xavas,
Arminia, Etropia, Ecitia,
Gamiliar sempre á so lado.

TRILLO.

Pues ¿por qué no te bautizas?

ZULEMILLA.

Ya andar en las delegencias.

TRILLO.

Qué, ¿sabes ya la doctrina?

ZULEMILLA.

Principio habemos tomado.

TRILLO.

¿Qué principio? ¿Te santiguas?

ZULEMILLA.

No, mas comenos tocino
Y bebemos dos gotillas.

Vanse.

Salen el rey D. Enrique, el maestre D. Rodrigo, de caza, y unos villanos.

ENRIQUE.

¿Es buena tierra de caza,
Maestre?

MAESTRE.

En extremo buena.

VILLANO.

Cuanto esta margen abraza
Hasta el mar que á Cartagena
Con cercos de plata enlaza,
Es copioso, aunque parece
Éste el.....

ENRIQUE.

¡Cuánto enriquece
Tanto discreto moral
Esta tierra!

MAESTRE.

El fruto es tal,
Que á toda España ennoblece.

ENRIQUE.

¡Gran invención fué la seda!

MAESTRE.

Tiene gran antigüedad,
Y no creo yo que pueda
Alabarse otra ciudad
Que en esa labor exceda.

ENRIQUE.

Aquí el Moro la ha criado:
¿Si estamos seguros de él,

(1) Falta la asonancia. Este verso debe terminar en *[illegible]*.

Que voy desacompañado?

VILLANO.

Á bien que no osara él
Traer su yegua á este prado
Cuando Fajardo vivía
En estas fronteras.

ENRIQUE.

¿Ves
Lo que Fajardo podía?
Pues viene el Moro después
Que él de Murcia se desvía.

MAESTRE.

Envidia terrible ha sido
La que dél mal te informó.

VILLANO.

Si habéis con el Rey venido
Que á Fajardo desterró,
Y esta tierra ha distraído,
Decí que duelos le den,
Que nos le vuelva siquiera,
Porque seguros estén
Los puertos de la ribera,
Y aun todo el reino también;
Que después que está en Granada
Con una y otra celada,
Nos quitan nuestras haciendas.

ENRIQUE.

Esto quiero yo que entiendas;
Que no á la envidia adornada.
Aquesta simpleza ruda
Os dé su lealtad desnuda
Legítima información.

MAESTRE.

Una dañada intención,
La más firme virtud muda.

Sale Abindarráez.

ABINDARRÁEZ.

No te admires, gran señor,
De ver un moro á tus pies.

ENRIQUE.

¿Quién eres?

ABINDARRÁEZ.

Embajador
De don Juan Fajardo, que es
El General de Almanzor.

ENRIQUE.

Pues ¿dónde queda?

ABINDARRÁEZ.

Aquí junto.

ENRIQUE.

¿Trae gente?

ABINDARRÁEZ.

Ocho mil hombres.

ENRIQUE.

¿Á qué empresa? te pregunto.

ABINDARRÁEZ.

No puedo decir los nombres;
Pero sé que viene á punto.

ENRIQUE.

¿Es contra mí?

ABINDARRÁEZ.

No, señor;
Fajardo tiene enemigos
De menos nombre y valor,
Y en toda España testigos
De tu crueldad y su amor.
Lee esta carta.

ENRIQUE.

Muy diestro
En la lengua, moro, estás.

ABINDARRÁEZ.

He sido cautivo vuestro.

VILLANO.

El Rey es, no aguardo más:
Maestre, la carta os muestro.

Carta.

«Por un esclavo, famoso rey Enrique,
Se pierde una herradura.»

MAESTRE.

¡Qué principio!

Carta.

«Por una herradura, un buen caballo;
Por un caballo, á veces un jinete;
Por un jinete, un campo, y por un campo
Se pierde un reino; tú, señor, procura
Honrar los caballeros que defienden
Los que heredaste, y los ajenos ganan.»

ENRIQUE.

Ni la carta, Maestre, ni el enojo
Adelante es razón que pase; digo,
Que hasta en el escribir muestra ser hombre
De valor nunca visto. Moro, parte,
Y dile que me hable.

ABINDARRÁEZ.

¿Que te hable?
Pues ¿querrás que te hable en un ejército
De más de ocho mil hombres?

ENRIQUE.

No, mas solo.

ABINDARRÁEZ.

Solo será locura, porque puedes
Prenderle.

ENRIQUE.

Dile aquesto, y si quisiere,
Vendrá fiado en mi Real clemencia;
Que para su valor no es gran hazaña.

ABINDARRÁEZ.

Yo voy.

ENRIQUE.

Llamad, Maestre, nuestra gente;
Dejen todos la caza.

MAESTRE.

Todos creo
Que han sentido los moros y á ti acuden.

Entren todos los caballeros que puedan.

En gran peligro tienes tu persona,

Famoso Enrique, porque todo el bosque
De esas moreras cubren moros y armas,
Á competencia de sus mismas hojas.

ENRIQUE.

Ya se ha sabido quién es y á qué viene

GARCIJOFRE.

Toma un caballo en tanto que quedamos
Á defender tu vida y dar las nuestras.

MAESTRE.

Paréceme, señor, que es buen consejo;
Que Fajardo, en efecto, te ha servido,
Y mal pagado, vive desterrado
Por lenguas de traidores y envidiosos,
Y con enojo ofenderá á su dueño.

ENRIQUE.

Yo tengo de Fajardo confianza,
Y no he de intentar cosa que desdiga
De mi valor.

GARCIJOFRE.

Ponerse el rey en cobro,
El capitán en los peligros ciertos,
Antes es de loar que reprehendido.

MAESTRE.

Un hombre viene aquí con cuatro moros.

PACHECO.

Cristiano es en el traje.

ENRIQUE.

Éste es Fajardo;
Pues viene solo, lo que quiere aguardo.

Sale Fajardo sin espada, Abindarráez, Alcaide, Xarifa y Fátima, de moros, con adargas y lanzas, y Zulemilla.

FAJARDO.

Dame tus pies, rey Enrique,
Á quien guarde largos años,
Para bien de España, el cielo;
No los niegues á Fajardo.
Ves aquí que en esos bosques
Dejo cuatro mil caballos,
Con otros tantos infantes
Andaluces y africanos,
Y sin espada á tus pies,
Como súbdito y vasallo,
Me rindo y me entrego preso.

ENRIQUE.

Preso, Fajardo, en mis brazos.
Alzate luego del suelo
Y cúbrete; que á un hidalgo
Ha de ser alcaide un rey,
Y poco darle su lado.
¿Cómo vienes? ¿Estás bueno?

FAJARDO.

Á tu servicio, esperando
El día en que conocieses
Mi lealtad, Rey castellano.

ENRIQUE.

Ya la tengo conocida;
Y si la hubiera ignorado,
Bastaba aquesta obediencia
Para millones de agravios.
Dalde la espada que ayer
Traía ceñida al lado
Cuando entré por Cartagena;
Que yo le doy entretanto
Esa ciudad á don Juan
Y las villas que ha ganado:
Mi Capitán general
Y Adelantado le llamo.
Ya que injustamente un día
Le llamé Fajardo el malo,
Por siniestra información
De sus traidores contrarios,
Le llamo Fajardo el bueno,
Y al Maestre de Santiago
Pido que le dé su hija.

MAESTRE.

Ya, señor, le estimo en tanto,
Que le abrazo y le prometo
Cuanto soy y cuanto valgo.

FAJARDO.

¿Qué palabras decir pueden
Lo menos del bien que gano?
Hable mi envidia por mí;
Cuando no, vuelva á informarlos.
Abindarráez y Zayde,
Besad á Enríquez las manos.

ABINDARRÁEZ.

Dadnos las manos, señor.

ENRIQUE.

Los brazos, con mil abrazos.

FAJARDO.

Estos dos moros que ves,
Con sus mujeres de entrambos.....

XARIFA.

Aquí dos criadas tienes.

ZAYDE.

Aquí tienes dos esclavos.

ENRIQUE.

¡Buenos soldados!

MAESTRE.

¡Muy buenos!

ENRIQUE.

Yo doy á los dos soldados
Seis mil escudos, y doy
Á sus dueños diez caballos.

ZULEMILLA.

¿Y á Zulema vosancé
No dalde nada, que anda mux,
Arre aquí y arre acoliá?

FAJARDO.

Rey Enrique, dalde algo.

ZULEMILLA.

Rey borreco, dalde me
Algún cosa, que coma mux.

ENRIQUE.

¿Quién es aqueste morillo?

FAJARDO.

Es, señor, un hortelano
Que vino á ser mi privanza
Habiendo sido mi esclavo.

ENRIQUE.

Doyle alrededor de Murcia
Toda una lengua de campo.

ZULEMILLA.

¡Ah, ben Rey, borreco al fin,
Ir vos volvelde gristiano!

ENRIQUE.

Pues yo seré tu padrino.
Vosotros, moros hidalgos,
Llevaréis á vuestro Rey
Ese ejército gallardo,
Y confirmada la paz
Este día por veinte años.

FAJARDO.

Aquí, senado discreto,
Da fin *El primer Fajardo*.

FIN.

LOS NOVIOS DE HORNACHUELOS

LOS NOVIOS DE HORNACHUELOS

PERSONAS

EL REY D. ENRIQUE.	JIMENO, *criado.*	BLANCA.
RUY LÓPEZ DE ÁVALOS.	UN REY DE ARMAS.	MARINA, *criada.*
LOPE MELÉNDEZ.	ESTRELLA, *dama.*	BERRUECO.
MENDO, *criado.*	INÉS.	EL ALCALDE.—CRIADAS.

ACTO PRIMERO.

Sale Lope Meléndez, de color, y Mendo.

MENDO.

¿No temes al Rey?

LOPE.

Aquí
No alcanza el poder del Rey:
Sírveme el gusto de ley;
No hay otro rey para mí.
Lope Meléndez no más
Es rey en la Extremadura;
Si Enrique reinar procura,
Castilla es ancha.....

MENDO.

Tú das
En notable desatino.
Mira que á Enrique el Tercero
Tiembla, enfermo, el mundo entero;
Que es su valor peregrino;
Aunque, como león de España,
Tiene también por pensión
La cuartana del león.

LOPE.

Mendo, ¿qué interés te engaña,
Que has dado, en favor del Rey,
En ser consejero mío?

MENDO.

Duéleme tu desvarío,
Sin Dios, sin razón, sin ley.
Soy tu criado, y no quiero
Con locas adulaciones
Pagar las obligaciones
Que te debo: el lisonjero
Que otra cosa te aconseja,
Te ayuda á precipitar.
¿No temes que han de llegar
De una queja y otra queja
Las voces á los oídos
De Enrique, que es en efecto
Nuestro rey, tan justo y recto,
Que en miedo y amor unidos
Tiene á sus vasallos todos;
Y todos, por justa ley,
Confiesan que mayor rey
No le han tenido los godos;
Y que, aunque la enfermedad
Le obliga á estar en la cama
El más del tiempo, su fama
Corre á la posteridad
Tan felizmente, que sólo
Mira su desvelo eterno
La justicia y el gobierno,
Digno á su dichoso polo?
Que parece que á Castilla
Tiene desde allí en la mano
Con un freno, como al cano
Mar tiene arenosa orilla,
Que no le deja pasar
De los términos, que son
La justicia y la razón.

LOPE.

Ya me canso de escuchar

Tus disparates; que has dado
Hoy, sin qué ni para qué,
En filósofo; y no sé,
Mendo, cómo te he escuchado
Con paciencia, sin hacer
Otro mayor, conociendo
Mi condición, y sabiendo
Que en mí no pueden tener
Lugar más que mi opinión,
Mi parecer, mi albedrío.
¿Tienes algo de judío?
Que aquesos miedos lo son.
Lope Meléndez, el lobo
De Extremadura (que ansí,
Por el valor que hay en mí,
Con que el nombre á Alcides robo,
Me llama toda Castilla),
¿Del Rey se ha de recelar,
Viendo que á tan hondo mar
No es freno tan breve orilla?
¿De un enfermo ha de tener
Recelos este valor?
¿Á quién ha dado el temor
De los cobardes poder?
Mi bisabuelo decía
De ordinario, y con verdad,
Que esta que llaman lealtad
Nació de la cobardía;
Que en el principio del mundo,
El que tuvo más valor,
De esotros se hizo señor.

MENDO.

Ese fué medio segundo
Que después los hombres dieron
Para conservarse en paz
Y en justicia.....

LOPE.

Pertinaz
Tus disparates te hicieron.

MENDO.

Hízose herencia después,
Por excusar disensiones
En las nuevas elecciones;
Y fué común interés
De los pueblos, para dar
Amparo y fuerza á las leyes,
El homenaje á los reyes
Que los han de gobernar;
En quien tal deidad se encierra,
Que los teme y los aclama
El común, y Dios los llama
Vicedioses en la tierra.

LOPE.

¡Vive Dios, si me hablas más
Del Rey en toda tu vida,
Y darme no se te olvida,
En su favor, por demás
Consejos vanos y locos,
Que te mate!

MENDO.

Yo lo he estado;
Perdóname, que un criado,
De éstos ha de dar muy pocos;
Porque los que han de agradar
En todas las ocasiones,
Han de ser camaleones,
Que han de vestirse y estar
De la color de los dueños
Á quien se llegan: verdades
Desnudas son necedades
Vestidas. Yo hablé entre sueños,
Y he despertado, y no sé
Lo que me he dicho, ¡por Dios!
Tú y el Rey, Lope, á otros dos.
Haz cuanto gusto le dé,
Pues naciste valeroso,
Rico, libre y sin recelo,
Y te dió partes el cielo
Para alcanzar el dichoso
Renombre de soberano
Dueño del orbe. De menos
Fortuna, y con no tan buenos
Padres, un persa, un villano
Como el Tamorlán, salió
Á ser de dos Asias dueño,
Y en más generoso empeño
Sus hazañas vinculó.
Tú, que desciendes de aquellos
Famosos conquistadores
Que vistieron de temores
Tantos africanos cuellos;
Y desde Pelayo dando
Á sus escuadras asombros,
Sacaron á España en hombros,
Sus glorias eternizando;
Y tú por ti, ¿no has de ser
Mayor ejemplo, mayor
Hipérbole de valor?

LOPE.

Sólo esto, Mendo, es saber
Paladearme, y ganar
Gracias en mí de criado
Bien nacido y atentado;
Que mentir para medrar
Es uso de la razón
Del estado de servir:
Mendo, adular y fingir
Es la más cuerda atención.
Adula; que en los criados,
Á los dueños divertidos,
Los consejos no pedidos
Son desaciertos pesados.

MENDO.

El temor me ha vuelto en mí.

LOPE.

Di, Mendo, pues: ¿qué tenemos
De mozas?

MENDO.

Haciendo extremos
La del Fresno anda por ti.

LOPE.

Picóse la villaneja;

Mas es gusto muy agraz.
MENDO.
La del Arroyo del Saz
Siempre es una eterna queja.
LOPE.
Cansóme, por lo grosero,
Á dos horas de gozada.
MENDO.
¿Y Aldonza?
LOPE.
Es mujer casada,
Y al fin hija de escudero.
MENDO.
¿Qué hemos de hacer de Ginesa,
Que anda por tus disfavores
Loca?
LOPE.
Cuente mis rigores
Con los de Gila y Teresa,
Las novias de Villaflor.
MENDO.
Junto á la ermita encontré
Ayer á Leocadia.
LOPE.
¿Á fe?
MENDO.
Habló conmigo en tu amor,
Y dijo que te tenía
Por mudable.
LOPE.
Dice bien;
Mas con todo, mi desdén
Ha de probar.
MENDO.
Á fe mía,
Que es hermosa la mujer
Del sacristán del Peral.
LOPE.
También, si no me andan mal
Las manos, la he de coger,
Y ha de entretenerse acá
Dos días, por más favor
Que las demás.
MENDO.
¿Y Leonor?
LOPE.
¡Qué necia que es! Ven acá,
Mendo: ¿has visto la infanzona
Que llaman por su hermosura
La Estrella de Extremadura?
MENDO.
Divinas partes pregona
De su belleza la fama:
Todos dicen que es mujer
Peregrina.
LOPE.
Puede ser
Sol, aunque Estrella se llama.
Confieso que me trae, Mendo,
Perdido de enamorado,
Y en tan peligroso estado,
Que un imposible pretendo;
Y ha llegado á ser en mí
Tanta la fuerza de amor,
Que la he cobrado temor.
MENDO.
Prodigio parece en ti.
LOPE.
No sé qué misterio encierra
El cielo en esta mujer,
Que no la puedo perder
El respeto.
MENDO.
¡Que en la tierra
Cosa humana haya criada
Que eso, señor, te merece!
Imposible me parece.
LOPE.
Está en Estrella cifrada
Toda la humana belleza;
Y como idea de cuanto
Obra el cielo con espanto
De nuestra naturaleza,
Asombra á quien la profana
Con amorosos deseos.
MENDO.
Esos son de amor trofeos.
LOPE.
En otra mujer humana,
Mendo, no me sucediera
Este rendimiento á mí.
Desde el día que la vi,
Ardo en su amorosa esfera;
Y las demás que atropello,
Me sirven de entrener
Este imposible, hasta ver
Si amor de monstruo tan bello
Puede salir vencedor.
Ésta es mi rey, ésta sí
Tiene vasallaje en mí.

Sale un criado.

CRIADO.
Aquí ha llegado, señor,
Del Rey un rey de armas.
LOPE.
¿Quién?
CRIADO.
Un rey de armas ha llegado
De Enrique, á ti despachado
Con una carta.
LOPE.
Está bien.
CRIADO.
¿Qué mandas?
LOPE.
Dile, Jimeno,
Que descanse en la posada
Ahora de la jornada;
Que después me hablará. Lleno
De confusiones me tiene

La carta del Rey. Aguarda:
Hazle entrar, que me acobarda
Un pliego que del Rey viene.
Mas ¿que me envía á pedir
Dineros para la guerra
Del Moro, y que de mi tierra
Gente le vaya á servir?

MENDO.

Claro está que se valdrá
De ti, como de vasallo
Tan noble y rico.

LOPE.

Excusallo
No podré, Mendo.

Sale el rey de armas y el criado.

CRIADO.

Allí está,
Hidalgo, Lope Meléndez,
Mi señor.

REY DE ARMAS.

De su valor
Hace, hidalgo, su persona
Generosa ostentación.

LOPE.

Vengáis con bien. ¿Cómo queda
El Rey?

REY DE ARMAS.

Su indisposición
Ordinaria le acompaña;
Pero con tanto valor,
Que estando enfermo en la cama,
No lo está el gobierno.

LOPE.

Son
Los castellanos muy cuerdos.

REY DE ARMAS.

Esta carta me mandó
Que en las manos te pusiese:
Vela y responde.

LOPE.

Yo estoy (Aparte.)
Desta novedad confuso.
Mostrad, hidalgo; que yo
La leeré y responderé
Despacio.

REY DE ARMAS.

La ejecución
De lo que Su Alteza manda
Pide menos dilación.
No he de apartarme de aquí,
Porque así me lo ordenó
Enrique, sin la respuesta.

LOPE.

¡Notable resolución!

REY DE ARMAS.

Obedezco al Rey así,
Que es mi natural señor.

LOPE.

Puntüales me parecen
Los reyes de armas.

REY DE ARMAS.

No honró
Poco Enrique tu persona,
Cuando por embajador
Desta carta un rey te envía
De armas, y como yo;
Que nosotros no salimos
Á menos ardua facción,
Meléndez, que á un desafío
De un rey ó un emperador.

LOPE.

Desta suerte, el Rey sin duda
Me desafía.

REY DE ARMAS.

Eso no;
Que eres tú muy desigual
De Enrique, pues sois los dos,
Él tu rey, tú su vasallo;
Y los que yo he dicho son
Solamente sus iguales.
Enrique te hace este honor
Porque tienes en Castilla
Tan grande nobleza.

LOPE.

Estoy
Por arrojar, Mendo, á este
Rey de armas, por un balcón,
Al foso deste castillo;
Que viene muy hablador.

MENDO.

Por mensajero no incurre
En culpa.

LOPE.

Mendo, ¡por Dios,
Que no me he templado tanto
En mi vida!

MENDO.

No es valor,
En un hombre que ha venido
Con la fe que era razón,
De seguro, con despachos
Del Rey, ofenderle.

LOPE.

Soy
Poco prevenido, Mendo,
En las impaciencias. Vos,
Hidalgo, venís despacio,
Y no estoy de prisa yo,

Siéntase Meléndez solo.

Y es menester despacharos.
Hazme, Mendo, relación
De aquesa carta del Rey.

MENDO.

Así dice:

LOPE.

Atento estoy.

REY DE ARMAS.

Ya que tú has tomado asiento,

Yo le tomo; que es razón
Que un mensajero del Rey
Te merezca este favor.

Siéntase el rey de armas.

LOPE.
Mendo, ¡por Dios, que este rey
De armas me ha de sacar hoy
De paciencia!

MENDO.
Esto es debido
Á cualquier embajador.

LOPE.
El desembarazo es
Quien más me cansa.

MENDO.
Señor,
Trae dentro del cuerpo al Rey.

LOPE.
¿Qué importa donde yo estoy?

MENDO.
Como representa á Enrique,
Cumple con su obligación.

LOPE.
Traerle, si así ha de ser,
Mendo, una cama es mejor;
Que si Enrique siempre enfermo
Asiste en ella, mejor
Representación hará
En ella su embajador.
Y no debe de venir
Á pedirme, como yo
Pensé, dinero y soldados
Contra el rey Alimaymón
De Granada, por Enrique,
Pues tanta resolución
Trae, Mendo, su mensajero;
Porque quien pide, llegó
Siempre con modestia. Lee:
Saldré de esta confusión.

MENDO.

Lee.

«Lope Meléndez.....»

LOPE.
Prosigue.

MENDO.
«De Extremadura.....»

LOPE.
Él me dió
Por apellido la tierra
Donde soy tan gran señor.

MENDO.
«Luego que os dé mi rey de armas
Este pliego.....»

LOPE.
Aguarda. ¿No
Pone ahí el Rey *primo nuestro*?

MENDO.
En este primer renglón
No escribe otra cosa más.

LOPE.
Olvidósele, ¡por Dios!
Que á mí no me escriben menos
Los reyes, desde que dió
Á mi apellido en Castilla
Nombre el heroico blasón
De sus condes y jüeces;
Pero perdónoselo
Por enfermo. Mendo, pasa
Adelante.

REY DE ARMAS
No se vió
Mayor soberbia.

MENDO.
«Saldréis,
Sin más otra prevención
Que vos y cuatro criados,
Y mi rey de armas con vos,
Del lugar en que al presente
Estuviereis: desde hoy
En treinta días, os mando,
Sin hacer innovación,
Que parezcáis ante mí,
Porque al servicio de Dios
Y al mío importa. En Madrid
Y Septiembre veintidós.
Yo el Rey.

LOPE.
Despacio está el Rey,
Y no me espanto; que son
Flemáticas las cuartanas.

REY DE ARMAS.
Por él la palabra os doy
Que le tiemblan en Castilla
Más que él os tiembla.

LOPE.
Al humor
Me atengo con todo eso.

REY DE ARMAS.
Yo á su heroico corazón.

LOPE.
Yo al mío.

REY DE ARMAS.
Di qué respondes
Ahora; que bien sé yo
Á quién me debo atener,
Si he de elegir de los dos.

LOPE.
«Mensajero sois, amigo,
Non merecéis culpa, non.»
Esto mismo don García,
Rey de León, respondió
A un antepasado mío
En semejante ocasión.
Respondedle al Rey que Lope
Meléndez su carta oyó,
Y que se espanta que ignore
Su bizarra condición

Tanto, que á llamarle envíe
Con la determinación
Que en esta carta le envía,
Sin acordarse que soy
Ricohombre en la Extremadura,
De caldera y de pendón;
Que mi padre, que Dios haya,
Más vasallos me dejó
En ella que tiene almenas
Burgos, Toledo y León;
Y que desde este castillo,
Que mira en naciendo el sol,
No veo cosa de quien sea
Otro dueño, si no yo.
Golfos de ganados míos
Inundan los campos hoy;
Cuanto se ve nieve, es grana;
Oro, cuanto flor se vió.
Mis toros, con el de Europa
Tienen sola emulación;
Mis caballos, con los que
Rige el planeta mayor;
Que naciendo en mis dehesas,
Tan partos del viento son,
Que en su esfera pasan plaza
Con el neblí más veloz.
De exhalaciones de espumas
Beben luciente esplendor;
Las diez leguas de la puente
De Guadiana al vellón
Que sus esmeraldas pace,
Senda estrecha pareció.
Si el Rey menester hubiere
Dineros, pídamelos,
Porque de marcos de plata
Tengo lleno un torreón;
Si soldados, mis vasallos
Tienen tan grande valor,
Que faltan mundos que rindan
Los aceros que les doy;
Que para armar cuatro mil
Hidalgos, en Badajoz
Tengo una hermosa armería
De arneses tranzados hoy.
Yo estoy en Extremadura
Con gusto, gracias á Dios;
Estése Enrique en Madrid,
Que es hermosa población,
Y para su enfermedad
Eligió el cielo mejor
Que tiene villa en España;
Que á ser arbolario yo
Ó médico, fuera allá
Á curarle la cesión
Prolija de que adolece;
Ó á no estar en Aragón
Y en Navarra sus hermanas
Casadas, Blanca y Leonor,
También fuera á desposarme
Con cualquiera de las dos;
Porque, según dicen todos,
Enrique tiene opinión
De honrado hidalgo en Castilla.
Y con esto, guárdeos Dios.....
Y no dejen de llevarle
De comer á este infanzón
Á su posada, Jimeno;
No diga el Rey que llegó
Criado suyo á mi casa
Sin sacar algún honor.

REY DE ARMAS.

Yo no vengo á descansar
Ni á comer, sino á ser hoy
De las órdenes del Rey
Tan legal ejecutor,
Que he de volverme á la corte
Desde aquí.

LOPE.

Vaya con vos
El cielo.

REY DE ARMAS.

El Rey tomará
La justa satisfacción
Que piden desobediencias
Tan grandes.

LOPE.

Tomara yo
Que fuera de espada á espada,
Porque viéramos los dos
Quién ser por valor merece
Vasallo ó rey.

REY DE ARMAS.

Yo me voy
Por no ocasionarle más
Á tu libre condición
Desacatos contra el Rey.

LOPE.

Cuerdo andáis, atento sois,
Antes que por el atajo,
Desde aquese corredor
Os ponga yo en el camino
De Madrid.

Hace como que le quiere arrojar, y tiénenle los criados, y vase el rey de armas.

REY DE ARMAS.

Este furor
No es de hombre humano.

LOPE.

Jimeno,
¿Fuese?

CRIADO.

Ya se fué, señor.

LOPE.

¡Buen brío, Jimeno!

CRIADO.

Él lleva
Gentil despacho, ¡por Dios!

LOPE.

Haz ensillar tres rocines,
Mendo; que he de llegar hoy
Á Hornachuelos.

MENDO.

Su infanzona
Te tiene loco de amor.

LOPE.

Vamos á ver, por prodigio
Que el cielo á la tierra dió,
En una estrella dos soles,
Con rayos de nieve un sol.

Vanse.

Sale Estrella con venablo, espada y daga y sombrero de plumas, é Inés, criada.

ESTRELLA.

Toma este venablo, Inés;
Y haz á esa gente que aquí
Metan, Blanca, el jabalí
Que dió la vida á mis pies;
Que es el más bello animal
Que á los montes de Hornachuelos
Dieron por rayo los cielos.

INÉS.

¡Dichoso, pues al cristal
De tus manos mereció
Morir!

ESTRELLA.

¿Requiebros, Inés?
Y ¡á mí, que dirás después
Que nunca amor me obligó!
¿A mí, que dices que he sido,
Siendo mujer, diferente
De las demás, que accidente
De inclinación no he tenido
Á cosa humana, me estás
Diciendo finezas?

INÉS.

Yo,
Por mujer, me atrevo

ESTRELLA.

¿Y no
Porque me las debes?

INÉS.

Más
Que á mí misma; mas si fuera
Hombre, poco te obligara.

ESTRELLA.

En que soy mujer repara,
Inés; que si me volviera
Hombre, estuviera conmigo
Mal.

INÉS.

¡Notable encarecer
De tu humor, siendo mujer!

ESTRELLA.

Cuando cierva libre sigo
En el monte, pienso que es
La mitad hombre.

INÉS.

Á las veces,
Escarmentada pareces
Más que desdeñosa.

ESTRELLA.

Inés,
Después de ser algo en mí
Naturaleza, no son
Las nuevas de su opinión
En favor suyo; que aquí
Sé yo, sin escarmentar
Más que en cabezas ajenas,
Sus palabras siempre llenas
De mentiras.

INÉS.

Si quejar
Les oyésemos también
De nosotras, á fe mía
Que quizá disculparía
Su término tu desdén.

ESTRELLA.

No lo dudo yo tampoco.
El amor las atropella

INÉS.

No han de ser todos, Estrella,
Como este fiero, este loco
De Lope Meléndez.

ESTRELLA.

Antes
Eso es lo mejor, Inés,
Porque no encubre quién es;
Y hombres, Inés, semejantes,
Que están diciendo quién son,
Á nadie engañan.

INÉS.

Haciendo
Fuerza, sí.

ESTRELLA.

Yo nunca entiendo
Que hay fuerza (ésta es mi opinión);
Arrepentimiento sí,
Después de ser despreciadas.
Las más que han sido forzadas,
Han mentido contra sí.
Todas me han de dar licencia;
Que algo pone de su parte
Gusto que, estando sin arte,
No muere en la resistencia.
En el monte encontré ayer
Á Lope Meléndez yo,
Y tan compuesto llegó
Á hablarme, que pudo hacer
Su respeto cortesía
De mi ingrato proceder (1).
Desengañéle cortés (2)
De su engañada porfía;
Despidióse, y en suspiros,
Letras que escribió en los vientos,
Dilató sus pensamientos.

INÉS.

De los generales tiros
Está libre tu hermosura;
Que, como es de estrella á estrella,

(1, 2) No consuenan estos dos versos.

Está en tu cielo más bella,
Y no hay humana criatura
Que tenga con la osadía
Para ofenderte poder,
Porque á todos haces ver
Estrellas á mediodía.

ESTRELLA.

Favores, Inés, me estás
Haciendo.

INÉS.

Soy tu criada,
De ti más enamorada
Que el sol, porque luz le das.
Y aunque de las partes es
Lope Meléndez, que veo,
Para marido es empleo
De importancia y de interés,
Pues es ricohombre en Castilla,
Noble, poderoso, y das
Acrecentamientos más
Á tu casa y á esta villa,
Que ganaron tus abuelos
Del Moro en Extremadura.

ESTRELLA.

Yo estoy contenta y segura
Conmigo y con Hornachuelos.
No quiero más: la mayor
Ambición que tener puedo,
Es la nobleza que heredo
En este heroico valor.
Más precio la libertad
Con que al campo, con que al sueño
Y á la comida, sin dueño,
Que otro estorbo ó vanidad..... (1)
Salgo á veces rodeada
De mis vasallos, y á veces
Sin testigos, sin jüeces,
De las albas coronada,
Á buscar un jabalí,
Abriendo por los ijares
Bruto que espumando mares,
Nada y vuela á un tiempo así;
Y de mis manos herido,
Si de mi ardor alcanzado,
Busca el agua por sagrado
Y la muerte por partido,
Y el fugitivo cristal,
Donde sed y vida mata,
Al mar, que le aguarda plata,
Llega á pagarle coral,
Que ser en Castilla reina,
Ni de cuanto mira el sol
Desde el ocaso español
Adonde el aura se peina.

INÉS.

Eres diferente, al fin,
De las demás, como estrella
La más nueva, la más bella
Que ve el celeste jardín.

Sale Blanca, criada.

BLANCA.

Ya, como mandaste, está
Puesto el jabalí á recado.

ESTRELLA.

¿Y la testa del venado?

BLANCA.

Con las otras, donde da
Ostentación la portada
De tu palacio, señora.

ESTRELLA.

Bien está, Blanca.

BLANCA.

Si agora
No estás en algo ocupada,
Berrueco pide licencia
Para hablarte.

ESTRELLA.

¿Es el cabrero?

BLANCA.

Sí, señora.

ESTRELLA.

Verle quiero;
Que gusto de su inocencia.

BLANCA.

Viene el Alcalde con él,
Que pienso que le apadrina
Para no sé qué.

ESTRELLA.

Marina
Anda por aquí.

INÉS.

Y cruel,
Porque nunca le ha querido
Dar á Berrueco un favor.

ESTRELLA.

Por cierto, ¡donoso humor!

BLANCA.

Dice que ser su marido
Está de Dios, aunque más
Se esconda Marina dél,
Y ande á lo dama cruel,
Sin dejarse ver jamás;
Que ha de ser su novia.

ESTRELLA.

Bueno,
Blanca: alabo la porfía
Y el buen gusto. ¡Lindo día
Tendremos! Dile á Centeno,
El Alcalde, que con él
Entre; y dame tú una silla.
Inés, reinar en Castilla
No iguala este gusto en él.
. . . . (1)

---

(1) O falta algo tras esta redondilla, ó hay en ella algún error de copia que descompone el sentido, pues parece que éste debería ser: *Más precio la libertad con que salgo al campo, que ser reina de Castilla.* (Nota de D. Juan Eugenio Hartzenbusch.)

(1) Falta un verso.

Salen Lope Meléndez, Mendo y Jimeno.

LOPE.
Disculpe este atrevimiento
El amor, que en pensamiento
Tan grande, es fuerza y destino (1).

ESTRELLA.
Llega otra silla al señor
Lope Meléndez.

LOPE.
¡Qué extraña
Severidad acompaña
Las partes de su valor!
No ha visto el mundo mujer
Más peregrina, con tanta
Belleza y entendimiento.

ESTRELLA.
Sentaos, porque yo lo haga.

LOPE.
Siempre, Estrella, os obedece
Con rendimientos el alma.

Siéntanse.

ESTRELLA.
¿Cómo venís?

LOPE.
Como siempre:
Á vuestras hermosas plantas
Sacrificando albedríos.

ESTRELLA.
Vendréis á honrar esta casa,
Y á tiempo que habéis de ser
Testigo en una extremada
Boda que se nos ofrece.

LOPE.
El nombre me sobresalta,
En vuestra casa, de boda.

ESTRELLA.
De ese miedo os da palabra
De aseguraros Estrella.

LOPE.
Será por la que me falta.

ESTRELLA.
No, á fe; sino porque yo
Jamás he estado inclinada
Al casamiento, ni á dar
Vida á quien.....

LOPE.
Quisiera de almas
Sembraros la tierra donde
Ponéis los pies.

ESTRELLA.
Tengo en casa
Una pobre labradora,
Que nació en ella, ocupada
En ordinarios oficios,
Que por fea se recata
Tanto como por honesta,
Más moza que despejada,
Menos hermosa que atenta,
Más sufrida que aliñada.
Quiere casarse con ella
Un labrador de otras tantas
Partes, y pienso que viene
Con mi Alcalde en la demanda
Desta empresa por padrino.

LOPE.
Para con vos le tomara
En mi amorosa porfía.

ESTRELLA.
Es el Berrueco extremada
Persona.

LOPE.
Notablemente,
Cortés siempre y nunca humana,
Se desentiende conmigo.

ESTRELLA.
Dad licencia que entren.

LOPE.
Basta
La que vuestros ojos toman
Para darme muerte.

ESTRELLA.
Blanca,
Hazlos entrar.

LOPE.
Dueños son,
Con hermosura tirana,
De los mayores sentidos.

ESTRELLA.
Esto, la pesca y la caza,
Me entretienen en mi aldea.

LOPE.
Llamadla esfera del alba,
Llamadla corte del sol,
Llamadla del cielo alcázar.

ESTRELLA.
Mucho habéis de entreteneros
Con los novios.

JIMENO.
¡Qué bizarra
Mujer! No he visto, señor,
Más ejércitos de gracia
En otra en toda mi vida.

LOPE.
Jimén, ninguna alabanza
Le viene corta.

Salen Berrueco y el Alcalde, de villanos graciosos y Blanca.

BLANCA.
Ya están
Aquí.

BERRUECO.
Alcalde, en cada pata
Pienso que llevo de plomo
Un galápago.

ALCALDE.
¿No basta,
Berrueco, que venga yo

(1) Falta el primer verso á esta redondilla.

Con vos, para entrar sin tanta
Vergüenza? Igualaos conmigo,
Y hagamos ambos al ama
Agora una reverencia
Con las caperuzas.

BERRUECO.

Vaya;
Que si me enquillotro, nadie
Me llevará la ventaja
En saber hacerla.

ALCALDE.

Agora.
Guarde Dios, con boda larga,
Señora, á Su Señoría.
¿Qué haces, Berrueco? Despacha.

BERRUECO.

La reverencia que pienso
Que es mejor.....

Berrueco haga la reverencia echándose á rodar de espaldas.

ALCALDE.

¡Muy noramala!
Alzad, que sois muy jumento.

BERRUECO.

Por eso di con la carga
En el suelo.

ALCALDE.

¿Tanto os pesa
Marina ya?

BERRUECO.

Imaginada
Una mujer para propia,
Derribará una montaña.
Mirad después ¡qué será
En la mesa y en la cama!
Con Bercebú fué lo mismo
Cuando se casó.

LOPE.

¡Qué raras
Figuras vienen los dos!

BERRUECO.

Ya estoy, Alcalde, sin gana
De casarme: si os parece
Volvámonos.

ALCALDE.

¿Por qué causa?

BERRUECO.

Porque he entrado con mal pie,
Y está aquí, si no me engaña,
El lobo de las ovejas
Que en esta sierra se casan.
Ya olvido carne y veredas;
Temo que antes de encentalla,
Carnero viudo me deje.

ALCALDE.

Vendrá, Berrueco, por lana
Y volverá trasquilado.
Aunque él á esta casa guarda
Mucho respeto; que dicen
Que con nuestra ama se casa.

BERRUECO.

Pues hablad; que á toda ley,
Si él se casa con nuestra ama,
Tener por amigo al lobo
Es del ganado ganancia.

ESTRELLA.

Decid á lo que venís,
Alcalde.

ALCALDE.

Con merced tanta
Como nos hace, sí haré.

ESTRELLA.

Decid.

ALCALDE.

Señora..... ¡Qué mala
Lengua traigo hoy!

BERRUECO.

Escupid;
Que el beber tan de mañana
Y en ayunas, jamás hizo
Provecho.

ALCALDE.

Berrueco es.....

BERRUECO.

Vaya.

ALCALDE.

Es hombre.

ESTRELLA.

Nadie lo duda.

ALCALDE.

Y Marina, una criada
Vuestra, mujer.

ESTRELLA.

Es ansí.

ALCALDE.

Si ahora los dos se casan,
Serán marido y mujer,
Claro está.

ESTRELLA.

Cosa es tan clara,
Que no hay quien negarlo pueda.

ALCALDE.

Pues venga el cura, y no hay nada
Más que hcr.

ESTRELLA.

Por cierto vos,
Alcalde, sois de palabras
Sucintas.

ALCALDE.

Pues ¿de qué sirve,
Señora, andar por las ramas?

ESTRELLA.

Berrueco es hombre de bien,
Y merece que en mi casa
Le honre yo.

BERRUECO.

Yo he de ser
Siempre vuestro, pues me ampara
Vuestro favor, y me honra
Con Marina; y no sin causa,

Porque tuviese el efecto
Que ha tenido esta desgracia.....
Esta dicha, decir quise.....
Y poder enquillotrarla,
Como soy novio novillo,
He traído á vuestra casa
Al Alcalde por cabestro.

ALCALDE.

Si fuere pulla, no valga.

ESTRELLA.

Yo estoy contenta, Berrueco,
Con vuestra persona. Blanca,
Haz á Marina que á vistas
De su desposado salga.

BLANCA.

Será menester que Inés
Me ayude también.

ESTRELLA.

Pues vaya
Inés contigo.

BLANCA.

Á estas horas,
Melindrosa y recatada,
No habrá desván que no busque
Para esconderse.

ESTRELLA.

Sacadla
Por fuerza, aunque esté en la cueva.

Vase Blanca.

BERRUECO.

Y era razón que se usara
Un sacanovias también,
Como sacamuelas.

ALCALDE.

¡Brava
Dicha, Berrueco, tenéis!

BERRUECO.

Si me caso, ¿qué te espantas
Que se haya tan presto hecho?
Si fuera enviudar, tardara
Una eternidad.

LOPE.

Yo quiero,
Si me dais licencia, en tanta
Fiesta, ayudar á los novios,
No porque falta les haga
Nada en vuestra casa, Estrella,
Sino porque en vuestra casa
Estoy en esta ocasión.

ESTRELLA.

Dios os guarde; que obligada
Me tenéis y agradecida
De cualquier suerte.

LOPE.

Más blanda
Parece que corresponde
Á mis deseos: acaba,
Amor, vence este imposible;
Que yo te prometo estatuas
De plata y oro, y mayores
Templos que Chipre te daba,
Cuando de jaspe no sean,
De los diamantes del alma.

Salen Blanca é Inés.

INÉS.

Ya sale Marina.

BERRUECO.

Agora
Me da, Alcalde, una cuartana
Que de pies y manos tiemblo

ALCALDE.

El casamiento lo causa.

BLANCA.

De una tinaja de harina
La hemos sacado.

LOPE.

¡Extremada
Demostración de doncella!

ESTRELLA.

Es melindre de villana
De mi lugar. ¿No acabamos?
Para salir, ¿á qué aguarda?

BLANCA.

Á que á puros rempujones
La echemos fuera.

BERRUECO.

Arrojarla
Con un trabuco.

Sale Marina, de villana simple, con zapato de vaca y cabello corto y enharinada la cabeza, y póngase muy mesurada y honesta.

MARINA.

¡Arre allá!.....
¡Han de enquillotrarme!

LOPE.

¡Extraña
Fantasma!

MENDO.

¡Notable tronco!

BERRUECO.

Alcalde.....

ALCALDE.

¿Qué hay?

BERRUECO.

¿Á qué aguardan?
Echen á freir la novia,
Que ya viene enharinada.

ESTRELLA.

Marina, mira á Berrueco,
Que ha de ser tu novio.

MARINA.

Vaya
Él á decir eso al cura,
Que es el que desposa y casa;
Que yo no tengo que ver
En eso más que una albarda.

ALCALDE.
¿Qué os parece de la novia,
Berrueco?

BERRUECO.
¿Qué? Que tan mala
Cosa no he visto en mi vida.
No me toméis la palabra,
Que me arrepiento de novio.

MARINA.
Hame vuelto al cuerpo el alma,
Porque estamos de un color.

LOPE.
¡La boda está concertada
De esa manera!

ESTRELLA.
Ese estilo
No se ha de usar en mi casa,
Habiendo llegado á vistas.

BERRUECO.
¡Pruviera á Dios que llegara
Á ciegas, y nunca viera,
Alcalde, cosa tan mala!
No me casaré con ella
Si me hacen cuartos, y estaba
Por decir que chicharrones.
¿No es mejor que esta tarasca
Una horca, una picota?

ESTRELLA.
Berrueco.....

BERRUECO.
¿Qué es lo que manda
Su merced?

ESTRELLA.
Dale á Marina
La mano de novio, acaba.
Marina, dásela tú
También.

MARINA.
Muy de mala gana
Lo que me mandas haré.

BERRUECO.
Y yo, Marina endiablada,
¿Mondo nísperos?

ESTRELLA.
¿Qué es esto?
Acabad. ¡Qué flema gastan!

BERRUECO.
Espere, ¡cuerpo de Cristo!
Que á uno que ahorcan ó empalan,
Le dejan decir el credo
Antes que el verdugo haga
Su oficio; y casarse no es
Menos que ahorcarle el alma
También. ¡Escarmentá en mí,
Solteros, que á vuestras casas
Solos os vais á dormir;
Que me casan por estafa!

ESTRELLA.
Daos las manos.

BERRUECO.
¡Ya me arrojan
De la escalera! ¡Dios vaya
Conmigo!..... Misas, señores,
De enviudar. Marina, daca
Esa mano de mortero.

MARINA.
Agradecedlo á mi ama,
Que si no..... No me apretéis,

Andando hacia atrás se den las manos sin verse, y Marina dé una coz á Berrueco y hágale rodar.

Que os daré tan gran puñada,
Que escupáis dientes dos días.

BERRUECO.
¿Sois, Marina, mula falsa?

ESTRELLA.
Ya es tarde, señores novios,
Y por esta tarde basta.
Marina, alto; á su ejercicio.
Berrueco, vaya á sus cabras.

MARINA.
No paro hasta mi cocina.

BERRUECO.
Ni yo hasta mi cabaña.

Cada uno por su puerta, se van corriendo.

ESTRELLA.
Y yo, con vuestra licencia,
Me ausento.

LOPE.
Dejad que el alma
Descifre tantos rigores
Como por quereros pasa.

ESTRELLA.
Decid que la cortesía
Que en vos sobra, en mí no falta.

Levántanse, y pónese cada uno á una puerta de los paños del tablado.

LOPE.
Estrella, de tus negras, celestiales
Almas, luces de amor, ¿quién ha podido
Salir con libertad, que no haya sido
Triunfo de tu desdén en tus umbrales?
Díganlo de mis ansias inmortales
Tantos afectos, partos del sentido;
Lágrimas no, que fuera ya partido
Para lenguas y treguas de mis males.
En tan alto peligro acreditada
Queda la voz de un Ícaro atrevida,
Bien que en su mismo intento fabricada;
Porque contra cualquiera humana vida,
De rigores de nieve estás armada,
De prodigios de fuego estás vestida.

ESTRELLA.
Lope Meléndez, si el amor es fuego,
Nieve soy en los Alpes congelada;
Si trae flechas, de rayos ando armada;
Si es Dios, estrella soy; lince, si ciego.

Áspid soy al encanto, sorda al ruego,
Dura roca del mar solicitada,
Y á la voz de las Circes encantada,
De bronce estatua en laberinto ciego.
Pues ya no puedo á la amorosa palma
Ser menos que áspid, rayo, bronce, hielo,
Estrella, lince y piedra, en tu amor calma;
Ó porque humana pague tu desvelo,
Pide á los cielos que te den otra alma,
Ó quéjate de la que tengo al cielo.

ACTO SEGUNDO.

Salen el rey D. Enrique y Rui López de Ávalos, con barba.

RUI.

Goce, señor, Vuestra Alteza,
Para remediar los daños
De este reino, muchos años
Salud; que daba tristeza
Verle tanto padecer
En enfermedad tan dura.

REY.

Rui López, yo soy criatura
De Dios, y Dios ha de ser
El que me tiene de dar
Salud. Si Él ve me conviene
Para servirle (pues tiene
Poder de dar y quitar),
Me la dé; porque pedir
Otra cosa, fuera error.

RUI.

Parece que tu valor
Quiere, señor, competir
Con tu prudencia.

REY.

Esto es llano.
Nunca el hombre ha de querer
Pedir, saber ni tener
Más de lo que el soberano
Señor ordenare.

RUI.

Todos
Se espantan de ver que estando
Tan enfermo, gobernando
. . . . (1)
Vivas, y tengas sujeto
Un reino como el que tienes.
Todos se dan parabienes
De verte tan justo y recto,
Tanto, que el cuidado esmalta
Y tu gran solicitud,
Supliendo con tu virtud
Lo que de salud te falta.

REY.

Rui López, en la ocasión
El Señor cuidado tiene,
Cuando ve que nos conviene,
De dar fuerza al corazón.
Bien sabe Dios que deseo
Sólo acertarle á servir,
Y aqueste pueblo regir,
Y que en hacerlo me empleo;
Porque un hombre, aunque sea rey,
Debe, en fin, considerar
Que todo se ha de acabar,
Y que sujeto á la ley
Vive de naturaleza,
Que es el nacer y morir,
Y que Dios quiso subir
Su nada á tanta grandeza.
Y teniendo este retrato
Presente, no puede ser
Que este tal venga á caer
En la culpa del ingrato.
Así yo, para los dos,
Juzgo, y mi pecho no yerra,
Que soy, si humano en la tierra,
Teniente del Rey, que es Dios;
Por cuya causa, en su ausencia
Vivo (Él lo sabe mejor)
Gobernando con amor,
Temiendo la residencia;
Que quien temor no ha tenido
De Dios, sin duda no quiere
Ser, ni es justo que lo espere,
De los que rige temido.
Y así, yo quisiera hacer,
Rui López, una jornada
Á que el alma está obligada,
Y quiero, en fin, ir á ver
Aquella excelsa Señora
De Guadalupe.

RUI.

Señor,
Aquese es grande rigor.
Si te levantas agora
De una enfermedad tan fuerte,
Es cierto que te condenas
Á que se encierre en tus venas
Otra que te dé la muerte.

REY.

Rui López, no hay que tratar.
Al punto tiene de ser
Mi partida; el responder
Ha de ser con aprestar
Lo necesario.

RUI.

Señor.....

REY.

¿Cómo tengo de decir
Que al punto me he de partir?

---

(1) Falta un verso.

El persuadirme es error.

Sale un criado.

CRIADO.

El rey de armas ha llegado,
De vuelta de Extremadura.

REY.

Decid que éntre.....

RUI.

¡Gran cordura!

REY.

Que estoy con algún cuidado.

Sale el rey de armas.

REY DE ARMAS.

Déme Vuestra Majestad
Los pies, gran señor.

REY.

Mis brazos
Tenéis con más fuertes lazos.
Levantad.

REY DE ARMAS.

Si mi humildad
Favorecéis deste modo,
Podrá ser me desvanezca,
Y, cual Ícaro, perezca,
Perdiendo, señor, del todo
Mi dicha.

REY.

Meléndez ¿viene?

REY DE ARMAS.

Señor, tan soberbio y loco
Como siempre, tuvo en poco
Tu carta; y ansí, conviene
Castigarle, pues por ti
El respeto que debía
Tenerme, con demasía
Atropelló fiero en mí,
Diciendo que si estuviera
En el valor de su espada
Ver, gran señor, coronada
Su cabeza, que él supiera
Medirla tan bien contigo,
Que quedara victorioso
Por lo fuerte y lo brioso.
Y, en fin, siendo yo testigo
Se atrevió á decir que, á estar
Alguna de tus hermanas
Soltera, sus soberanas
Partes viniera á gozar
Siendo su esposo; y de suerte
Atropelló mi persona,
Sin respetar tu corona,
Que intentó darme la muerte.

REY.

¡Vive Dios, que estoy corrido
Ya de haberos enviado,
Pues habiéndolo escuchado
Tal, con valor atrevido
No le matasteis!

REY DE ARMAS.

Señor,
Fueran vanos mis intentos,
Con tantos impedimentos
De criados: su furor
Quisiera que conocieras.

REY.

Este hombre al punto prended,
Y á recaudo le poned.
Porque si valor tuvieras,
Y de tu Rey escucharas
Injurias, aunque tu vida
Fuera á sus manos rendida,
Por lo menos intentaras
Matarle; y así, he pensado,
Pues fuiste á todo testigo,
Que de algún vil enemigo
Suyo vienes cohechado;
Porque un hombre bien nacido,
¿Cómo puede responder
Tan contrario de su ser?
Llevalde, pues.

REY DE ARMAS.

¡Que haya sido
Tan desdichado! ¡Señor!.....

REY.

No hay que tratar. Pague así
Quien, en la ocasión, por mí
Volver no supo; el rigor
Pruebe de mi mano.

REY DE ARMAS.

Quiero
Obedecerte.

Llévanle.

REY.

Corrido
Estoy de aquesto que he oído,
Y tomar venganza espero
De tantas desobediencias
Como Meléndez me ha hecho,
Pues obstinado su pecho,
Tiene tan malas ausencias.
Aquí me he desentendido
Porque no pueda entender
Ninguno que puede haber
Quien á mí me haya perdido
El respeto; que bien creo
Que lo que dice es verdad:
Conozco la libertad
De Meléndez, y deseo
Castigarle.

Sale Rui López.

RUI.

Ya, señor,
Como tú mandaste, queda
En la torre.

REY.
¡Que no pueda
Enfrenar yo su rigor!
Ahora bien, Rui López, hoy
Sin falta me he de partir.

RUI.
Á punto para servir
Á tu Majestad estoy.

REY.
Pues escuchadme: sacad
Ese hombre de la prisión,
Y, sin saber mi intención,
En mi guarda le llevad;
Que yo para qué os diré.

RUI.
Sólo agradarte deseo,
Y en esto, señor, me empleo.

REY.
Esto haced.

RUI.
Yo os serviré.

Vanse.

Salen Inés y Estrella.

ESTRELLA.
Llega, Inés, aquesa silla,
Que quiero esperar aquí
(Ya que al campo no salí,
Que para mí es maravilla)
Á los novios.

INÉS.
¿Cuándo tienes
De darnos, en justo empleo,
Dueño igual á tu deseo,
De tantas partes y bienes?

ESTRELLA.
No tengo tales cuidados.

INÉS.
Deben de habelle los cielos
Dado este clima á Hornachuelos;
Que son pocos inclinados
Al casamiento, ó de ti
Aprenden, por imitarte.

ESTRELLA.
Inclinada más á Marte,
Inés, que á Venus, nací.
Mas aquesta velación
Me cuenta.

INÉS.
Fué de esta suerte.
En los extremos advierte.

ESTRELLA.
Di, que yo tendré atención.

INÉS.
Salió la boda de casa,
Como mandaste, á la ermita
Del lugar, porque á la iglesia
Se les hizo cuesta arriba.
Iba el acompañamiento
Muy en orden; que en la villa
No quedó, por tu respeto,
Hombre ni mujer lucida
Que á honrar á los desposados
No viniesen, con basquiñas
De seda y grana las más,
Y ellos con blancas camisas.
Iba en esta procesión,
Por estandarte ó por guía,
Antón el tamborilero,
Tocándoles las folías;
El barbero y el albéitar,
Preciados de guitarristas,
Pidieron al sacristán
Les hiciese una letrilla
De la historia de los novios,
Que cantando tan bien iban
En un bajo y un falsete,
Que pudiera ser de alquimia.
Entre Mencía y Centeno,
El Alcalde, que apadrinan
Los novios, como parientes
De su alcuña y de su línea,
Dadas al revés las manos,
Haciendo raya, venían
Marina y Berrueco, Estrella:
¡Mira cuál será Mencía!
Iba la novia compuesta
De mano de la madrina,
Entre aldea y caballera,
Entre palaciega y villa;
Que no quisieron los deudos,
Por gusto ó costumbre antigua
Del lugar, que tus criadas
Le pusiesen mano encima.
Tocáronla en almirante,
Tan alta, que parecía
El copete campanario,
Y la campana Marina,
Porque llevaba, más ancho
Que una conciencia en las Indias,
Un verdugado sin saya
Encima de la camisa.
Rogaron á Pedro Crespo
Les ayudase Dominga,
Su mujer, y despidió
Por tiple una chirimía.
Regañando y tropezando,
Cuál abajo y cuál arriba,
Que era menester dar voces
Para oir lo que decían;
Los dichos novios llegaron
Á la ermita susodicha,
De la suerte que á la horca
Los delincuentes caminan;
Y el Cura salió con capa
Á recibillos. Marina
Probó á entrar; pero la puerta
No era hecha á su medida.
Empezaron á arbitrar
Remedios. Unos decían:
«Derríbese la pared

Una vara más arriba.»
Otros, que hacer una zanja
Abajo mejor sería;
Otros, que entre cuatro dellos,
En una tabla tendida,
La metiesen, de manera
Que entrase intocable y limpia
Por la puerta; y á todo esto,
Tiesa que tiesa Marina.
Llegó en esto un caminante,
Que pasaba de Sevilla
Á la corte, y admirado
De los extremos que hacían
En una cosa tan fácil,
Les dijo, muerto de risa:
«Baje la novia (si acaso
No se ha armado la barriga,
Por intestinos, de estoques,
Ó de asadores por tripas)
La cabeza, y entrará
Por la puerta de la ermita.»
Parecióles el arbitrio
Á propósito, y Marina,
Como ganso, bajó el cuello
Y entró en la iglesia en cuclillas.
Como quien prueba vinagre,
Marina el rostro tenía;
Y Berrueco, como quien
Jura falso y le castigan,
Cuando el yugo les echó
El sacristán Boceguillas,
Como si de plomo fuera,
Con ser de volante y cintas.
En el órgano, entretanto
Rajas el sastre se hacía
Hilvanando una sonata,
Mal tocada y bien cosida.
Estuvimos Blanca y yo
Muy falsas y presumidas,
De medio ojo entre los payos,
Las tres partes de la misa.
En este estado quedaron
Cuando yo y Blanca, sin vida
De reir y de llorar,
Todo de una causa misma,
Dimos la vuelta á pedirte
De esta relación albricias,
Y á prevenirte también,
Señora, de su venida;
Que ya de música y bailes
Los relinchos lo publican;
Que de lo que unos pesar,
Tienen otros alegría:
Cuya desconforme boda,
Nunca de esta suerte vista,
Si primero deseada,
Después llorada y reñida,
La hará la memoria eterna,
Ya que no en bronces escrita,
Por *los novios de Hornachuelos*
En el refrán de Castilla.

Fiesta; y sale Marina de la suerte que la pintaron, y Berrueco á lo gracioso, dadas las manos al revés, y los alcaldes.

MÚSICOS.
Esta novia se lleva la flor,
Que las otras no.

BERRUECO.
¿Vo galano, Alcalde?

ALCALDE.
Vais
Muy galano.

BERRUECO.
Pues yo os diera
La plumilla del sombrero
Porque vos el novio fuerais.

MARINA.
Andá, Berrueco.

BERRUECO.
Marina,
Ya vo. Al infierno quisiera
Primero, que no con vos.

MARINA.
Idos pues, que nadie os fuerza.

ESTRELLA.
Su asiento tomen los novios.

BERRUECO.
Sientóme desta manera.

Siéntanse los novios en un banco, espalda con espalda.

MARINA.
También yo me asiento ansí.

BERRUECO.
Parece que andáis en tema,
Marina, conmigo ya.

MARINA.
El andarlo será fuerza,
Berrueco, porque me caso
De mala gana.

BERRUECO.
¿Tan buena
La tengo, Marina, yo?

ALCALDE.
¿De aquese modo se sientan?

BERRUECO.
¿Qué os parece, Alcalde?

ALCALDE.
Mal.

BERRUECO.
Pues, Alcalde, hacedvos cuenta
Que en mí y Marina se juntan
Aquellas aves que imperan,
Á quien llaman aguiluchos;
Y ansí, de aquesta manera
Es fuerza estar.

MARINA.
Claro está:
No me habéis de ver contenta
En vuesa vida la cara
Por delante, aunque supiera
No veros jamás.

BERRUECO.

Marina,
Por detrás, mirad que queman.

MARINA.

No hay que hablar, Berrueco: yo
Me he casado porque Estrella,
Nuestra ama, me lo ha mandado;
Mas no porque yo os tuviera
Voluntad, porque en mi vida
Os tuve amor ni celera.

BERRUECO.

Juraldo.

MARINA.

Como cristiana.

BERRUECO.

No vale, porque sois nueva.

MARINA.

Vos mentís y rementís;
Que el sambenito en la igreja
Antigua, la cristiandad
De mi agüelo manifiesta.

BERRUECO.

Por bien antigua: en verdad,
Que os honráis mucho.

MARINA.

Paciencia.
¿No basta? Mirá, Berrueco:
Vos y yo desta manera,
Somos como miel y queso,
Aceitunas y lentejas,
Hiel y vinagre, cebollas
Con azufre, berenjenas
Con agraz, ajos y azúcar,
Mastuerzo verde con peras,
Lechugas con leche, pasas
Con pólvora, yerbabuena
Con alquitrán; á este paso,
Como estas cosas conciertan,
Los dos conformes estamos.
Por el sigrio de mi agüela,
Berrueco, que me matáis.

BERRUECO.

Pues ¿soy yo albarda?

MARINA.

¡Qué frema!
¿Entenderme no queréis?

BERRUECO.

Parecen alanzaderas
Aquesos dedos, Marina,
Y temo no se me metan
Por algún ojo. Sentaos;
¿No miráis que está aquí Estrella?

ESTRELLA.

Marina, ¿por qué tan mal
Queréis á Berrueco? Ea,
Sean amigos.

MARINA.

Yo, muesa ama,
No puedo pasarle. Ella
Pruebe á ver á enquillotrarse,
Y verá si no le pesa.

Sale Blanca.

BLANCA.

Lope Meléndez, señora,
En nuestro zaguán se apea,
Y entra á verte.

ESTRELLA.

Ya me enfada
En tomarse la licencia
Que no le dan: demasía
Me parece. Inés, tú queda
Á decirle cómo agora
Me he retirado indispuesta;
Que con esto, si es discreto,
Conocerá que me pesa
Que me visite á menudo.

INÉS.

Yo haré lo que debo á deuda
Y criada tuya.

ESTRELLA.

Voyme.
Ven, Blanca.

Vanse.

BERRUECO.

Solos nos dejan,
Y el lobo viene. ¡Mal año!

Salen Lope Meléndez y Mendo.

LOPE.

Excusa el pedir licencia
El ser yo de aquesta casa
Tan esclavo, Inés.

BERRUECO.

Ya llega.
¡Señor!.....

LOPE.

¿Qué hay, Berrueco amigo?

BERRUECO.

Yo me he casado, y de buena
Gana le pido se lleve,
Como á otras novias se lleva,
Este dimuño, hasta tanto
Que otro dimuño por ella
Venga; que yo le perdono
La merced, pues no es ofensa.

MARINA.

Yo digo también lo mismo;
Que al infierno, aunque más huela
Á chamusquina, mejor,
Ó á lo menos más contenta,
Que no con Berrueco, iré;
Y de su mano y su letra,
Marina, hoy en Hornachuelos,
Sin que dello se arrepienta,
Lo firma á quince del mes.

LOPE.

Yo os concertaré. Y Estrella,
¿Dónde está?

INÉS.

Señor, agora
Se ha retirado indispuesta,
Y á mí me mandó que aquí,
Porque de vos tuvo nuevas,
Me quedase, y que con vos
La disculpase.

LOPE.

Esta ofensa
No admite disculpa. Estoy
Por atropellar las puertas
Y entrar á vengar mi enojo,
Porque melindrosa sea,
Cuando por dicha en infamia
Vivirá, dando sus prendas
Á algún escudero vil,
Que en secreto y en mi ofensa
Goce sus prendas, y viva
En tal infamia contenta.

INÉS.

Hablad con más atención,
Lope Meléndez, de Estrella,
Que tiene sangre en Castilla,
Para no sufrir ofensas
Ni aun con la imaginación,
De tan ilustres parientas
Y hombres como vos.

LOPE.

Del Rey
Abajo, y aunque el Rey sea,
No me igualan.

Sale el rey de armas.

REY DE ARMAS.

¿Quién del Rey
Habla aquí?

LOPE.

Quien rey espera
Ser del mundo. Loco estoy
De cólera.

REY DE ARMAS.

Aqueso fuera
Á no tener vida Enrique,
Y aunque vida no tuviera,
Hay vasallos en Castilla
Que muchas muertes os dieran.
Mas yo no vengo á reñiros,
Sino á prevenir á Estrella
Que hoy el Rey en esta casa
Por huésped suyo se apea.

INÉS.

Esa es deuda conocida
Que tiene su dueño. Á Estrella
Voy á avisar.

Vase.

LOPE.

Mendo, luego,
Porque al castillo me vuelva,
Para los dos dos caballos
Como dos vientos me apresta;
Que no quiero ver á Enrique.

Vase, y Mendo

MARINA.

Agora sí estó contenta.
Hoy al Rey he de pedir
Me aparte de vos.

BERRUECO.

Yo diera,
Marina indiabrada, albricias
Porque el Rey aqueso hiciera.

MARINA.

Pues yo se lo vo á pedir
Como un rayo.

BERRUECO.

Una saeta
Sos de plomo para mí.

ALCALDE.

Vamos, Berrueco; que es fuerza
Prevenir al Rey la entrada.

BERRUECO.

Vamos muy enhorabuena.

Vanse.

Salen el Rey y Rui López, de camino.

REY.

Rui López, secretamente
Tres caballos me aprestad.

RUI.

En dar á tu Majestad
Gusto, seré diligente.

Vase.

Sale Inés.

INÉS.

Estrella pide, señor,
Licencia para besarte
Los pies, si por hospedarte
Lo merece.

REY.

Su valor
Conozco. Decilde que entré;
Que en su casa determino
Estar tiempo.

INÉS.

En el camino
Será posible la encuentre.

Vase.

REY.

Dícenme que es muy hermosa,
Y tengo deseo de vella,
Por ver si el nombre de Estrella
Le está bien por ser preciosa.

Sale Estrella.

ESTRELLA.

Tiene Vuestra Majestad
Á sus pies una criada.

REY.

No mintió la fama en nada.
Estrella, del suelo alzad.
¿Cómo estáis?

ESTRELLA.

Para servir
Á tu Majestad, estoy
Muy buena, y más cuando soy
Tan dichosa, que acudir
Puedo á mis obligaciones
Teniendo un Rey en mi casa.
Ella y el alma, no escasa
En aquestas ocasiones,
Os ofrezco.

REY.

Sois, en fin,
Quien sois.

ESTRELLA.

¿Qué es esto que intentas,
Amor? ¿Cómo así me afrentas?

Sale Rui López.

RUI.

En la puerta del jardín
Están, señor, tres caballos,
Como mandaste.

REY.

Pues luego
Venid.

ESTRELLA.

¿Qué violento fuego
Es éste?

RUI.

Puede envidiallos
El viento por lo ligero.

REY.

Al rey de armas llamad,
Y los dos me acompañad;
Que ya por partir me muero (1).

Vanse el Rey y Rui López.

ESTRELLA.

Pecho, ¿qué es lo que sentís?
Alma, ¿qué es lo que pasáis?
Deseos, ¿á quién buscáis?
Pensamiento, ¿á quién seguís?
Potencias, ¿cómo admitís
Pasión que me da dolor
Con tan profundo rigor?
Mas ¡ay! que me respondéis
Callando, que no tenéis
Fuerza que fuerce el amor.
¡Que el ver á Enrique haya dado
Tal cuidado al alma mía!
¡Que con tan fuerte osadía
En el alma se haya entrado!
Cuidado, cese el cuidado;
Y si sentido tenéis,
Sabed, si no lo sabéis,
Que al Rey no le obliga ley,
Y que, en fin, es vuestro Rey,
Y burlado os quedaréis.

Vase.

Salen Lope Meléndez y Mendo.

LOPE.

Mendo.....

MENDO.

Señor.....

LOPE.

Muerto vengo
De recelos y pesar.

MENDO.

¿De qué?

LOPE.

De que ha de gozar,
Es el recelo que tengo,
Enrique á Estrella, y me espanto
Cómo en aquesta ocasión
Sufre el pecho tal pasión,
Sin hacer locuras, tanto.

MENDO.

Señor, el nombre de Rey
Encierra en sí gran secreto.

LOPE.

Mendo, ¿vuelves indiscreto
Á tus locuras?

MENDO.

Por ley
El Rey es siempre temido.

LOPE.

Si en este cuarto estuviera
El Rey, en los dos se viera
Cuál más valiente ha nacido.

Sale un criado.

CRIADO.

De tres caballos, señor,
Tres caballeros se apean,
Y, en fin, hablarte desean.

LOPE.

Á nadie tengo temor.

(1) Al entrar el Rey en casa de Estrella mandó que le preparasen tres caballos; después dijo que se proponía detenerse en casa de Estrella algún tiempo; ahora se manifiesta deseosísimo de marcharse, y no se deja ver el motivo de tales contradicciones. Nótase además que los actos segundo y tercero de esta comedia son tan cortos, que entre los dos componen un número de versos no mucho mayor que el de la primera jornada sola. Estas dos circunstancias, omitiendo otras, casi prueban que la comedia está mutilada; fuera de esto, no puede dudarse que tiene de cuando en cuando locuciones que no son ó no parecen del autor. *(Nota de Hartzenbusch.)*

Diles que entren.

CRIADO.

Uno ha entrado.

LOPE.

¡Gran desenfado, por Dios!

Sale el Rey solo.

REY.

¿Quién se llama de los dos
Meléndez? Que he deseado
Conocerle.

LOPE.

Yo me llamo
Lope Meléndez.

REY.

Yo tengo
Cierto negocio, á que vengo,
Que hablar con vos, porque os amo.
Importa que nos quedemos
Solos.

LOPE.

Solos nos dejad.

Vanse Mendo y el criado.

REY.

Aquesta puerta cerrad.

LOPE.

¡Qué delicados estamos!
Ya está cerrado.

REY.

Esa silla,
Por darme gusto, tomad.

LOPE.

Siéntome.

REY.

Pues escuchad.

LOPE.

Ya escucho, y con maravilla.

REY.

El enfermo rey Enrique,
Tercero en los castellanos,
Hijo del primer don Juan,
Á quien mató su caballo,
Comenzó, Lope Meléndez,
Á reinar de catorce años;
Porque entonces los tutores
Del reino le habilitaron.
Por rey natural, Castilla
Le veneraba, no tanto,
Que la edad á los descuidos
No les concediese mano:
Con la enfermedad también
Más le desacreditaron,
En la omisión al respeto,
Inobedientes vasallos.
El Rey, bien entretenido,
Pero mal aconsejado,
En la caza divertía
Atenciones á los cargos.
Dormido el gobierno entonces,
La justicia á los agravios
De los humildes servía,
Más que de asombro, de aplauso.
Fuéronle amigos fieles
Los días, avisos dando,
Que en veinte años nunca han sido
Prodigios los desengaños.
Volvió á Burgos una noche
De los montes más cansado
Que gustoso: cenar quiso,
Y ninguna cosa hallando,
Al despensero llamó,
Y preguntóle enojado
Qué era la ocasión. Él dijo:
«Señor, no ha entrado en Palacio
Hoy un real; y en la corte
Estáis de crédito falto,
Y no hay nadie que les fíe
Á vos ni á vuestros criados.»
Quitóse entonces el Rey
Un balandrán que de paño
Traía, y al despensero
Se le dió para empeñarlo.
Una espalda de carnero
Le trujo..... ¡En qué humilde estado
Se vió el Rey! Comióla, al fin,
Porque en semejantes casos,
Hacer valor del defecto
Siempre es de pechos bizarros.
Díjole, estando á la mesa,
El despensero: «Entretanto
Que vos, señor, cenáis esto,
Con más costoso aparato
Los grandes de vuestro reino
Están alegres cenando
De otra suerte, en cas del Duque
De Benavente, tiranos
Siendo de las rentas vuestras
Y del reino, que os dejaron
Sólo para vos, Enrique,
Vuestros ascendientes claros.»
Tomó el Rey capa y espada
Para salir deste engaño,
Y en el banquete se halló
Valeroso y recatado,
Y escuchó tras de un cancel,
Con arrogantes desgarros,
Todo lo que cada cual
Refería que usurpado
Al patrimonio del Rey
Gozaba con el descanso
Que pocos años de Enrique
Aseguraban á tantos.
Publicó Enrique á otro día
Que estaba enfermo, y tan malo
En la cama de repente
De su accidente ordinario,
Que hacer testamento le era
Forzoso, para dejarlos
El gobierno de Castilla

En los hombros. No faltaron
En el palacio de Burgos
Apenas uno de cuantos
En cas del Duque la gula
Tuvo juntos, esperando
Que orden para entrar les diesen,
Cuando de un arnés armado,
Luciente espejo del sol,
Con un estoque en la mano
Entró por la cuadra Enrique,
Dando asombros como rayos.
Temblando y suspensos todos,
Con las rodillas besaron
La tierra, y sentóse el Rey
En su silla de respaldo,
Y al condestable Rui López,
Vuelto con semblante airado,
Le preguntó: «¿Cuántos reyes
Hay en Castilla?» Él, mirando
Con temeroso respeto
Dos basiliscos humanos
En el Rey por ojos, dijo:
«Señor, yo soy entre tantos
El más viejo, y en Castilla,
Con vos, señor soberano,
Desde Enrique, vuestro abuelo,
Con vuestro padre gallardo,
Tres reyes he conocido.»
«Pues yo tengo menos años,
Replicó Enrique, y conozco
Aquí más de veinticuatro.»
Entonces, cuatro verdugos
Con cuatro espadas entraron,
Y el Rey dijo: «Hacedme rey
En Castilla, derribando
Estas rebeldes cabezas
De estos monstruos castellanos,
Que atrevidos ponen montes
Sobre montes, escalando
El cielo de mi grandeza,
El sol de quien soy retrato,
Y sobre todos fulminen
Rayos de acero esos brazos.»
Lágrimas y rendimientos
Airado á Enrique aplacaron;
Que á los reyes, como á Dios,
También les obliga el llanto.
Con esto restituyeron
Cuanto en Castilla, en agravio
Del Rey, los grandes tenían;
Y dos meses encerrados
En el castillo los tuvo,
Y desde entonces vasallo
No le ha perdido el respeto,
Sino sois vos, que tirano
De Extremadura, pensáis,
Lope Meléndez, que estando
En cama Enrique, no tiene
Valor para castigaros,
Respondiendo á cartas suyas
Con tan grande desacato,
Que le obligáis que en persona
El castigo venga á daros
Que merecéis, porque sirva
De temor á los contrarios,
De ejemplo á todos los reyes,
De escarmiento á los vasallos.
Lope Meléndez, yo soy

Levántase de la silla y empuña el Rey la espada, y Lope se quita el sombrero.

Enrique, solos estamos;
Sacad la espada, que quiero
Saber de mí á vos, estando
En vuestra casa, y los dos
En este cuarto encerrados,
Quién en Castilla merece,
Por el valor heredado,
Ser rey ó vasallo lobo
De Extremadura. Mostraos
Soberbio agora conmigo
Y valeroso, pues tanto
Desgarráis en mis ausencias.
Venid, que tengo muy sano
El corazón, aunque enfermo
El cuerpo, y que está brotando
Sangre española de aquellos
Descendientes de Pelayo.

LOPE.

De rodillas.

Señor, no más; vuestra vista,
Sin conoceros da espanto.
Loco he estado, ciego anduve.
¡Perdón, señor! Si obligaros
Con llanto y con rendimiento
Puedo, como á Dios, cruzados
Teneis mis brazos, mi acero
Á vuestros pies y mis labios.

Eche la espada á los pies del Rey y ponga la boca en el suelo, y Enrique le ponga el pie en la cabeza.

REY.

Lope Meléndez, ansí
Se humillan cuellos bizarros
De vasallos tan soberbios.

Hace el Rey que tiembla de frío como de cuartana, y paséase.

El accidente me ha dado
De la cuartana. ¿Tenéis
Cama aquí cerca?

LOPE.

En el cuarto
Que pisais la tengo; pero
Es corta esfera de tanto
Soberano Rey.

REY.

Abrid

Y decid á mis criados
Que me entren á desnudar,
Que de mi valor fiado,
Pasarla quiero esta noche
En vuestra casa.

LOPE.

No en vano
Los castellanos te tiemblan,
¡Oh Enrique, del mundo espanto!

ACTO TERCERO.

Sale el rey Enrique leyendo un papel, y Rui López; Meléndez, descubierto y apartado, como con recelo de llegar. El rey de armas.

REY.

Rui López.....

RUI.

Señor.....

REY.

Cubríos.

RUI.

Mi humildad, señor, probáis.

LOPE.

Bien castigados estáis,
Locos pensamientos míos.
Ayer, al Rey rebelado,
Señor y rey en mi tierra
Era..... Pero el Rey encierra
Un respeto que me ha dado
Que temer. ¡Que de esta suerte
Lope Meléndez se vea!
¿Habrá en el mundo quién crea
Que yo he temido la muerte?
Rui López está cubierto
Delante de mí; no soy
Ya quien era, pues estoy
En pie, humilde y descubierto.
¡Oh Enrique! Tu gran valor
Conozca el mundo por mí.
Loco estoy de verme ansí.

RUI.

Aquésta quedó, señor,
Debajo de la almohada,
Y es de Estrella.

Dale una carta al Rey Rui López.

REY.

Bien está.
Dadla, Rui López, acá,
Que se me quedó olvidada,
Si bien aún no la he leído.
Lope Meléndez.....

LOPE.

Señor.....

REY.

Llegad aquí.

LOPE.

¡Gran valor!

REY.

Bien veis que sólo he venido,
Por vuestras inobediencias,
Á castigaros ansí.
Meléndez, pues que de mí
Tuvistes malas ausencias,
Será fuerza castigar
Con piedad y con justicia
Vuestros yerros y malicia.

LOPE.

Responderé con callar.

REY.

Dale un papel.

En este papel escritos
Está con información,
Meléndez, la sinrazón
De vuestros muchos delitos.
Los capítulos mirad,
Y á todos me responded.

LOPE.

Señor, piedad y merced
De vos espero.

REY.

Tomad.
Y pues lo ordenan los cielos,
Mi tribunal ha de estar
Desde hoy en este lugar,
Á quien llaman Hornachuelos.
Vamos, Rui López, que quiero
Escribir á Portugal.

Vanse el Rey y Rui López.

LOPE.

Yo, soberbio, elegí el mal
De que agora triste muero.
Ahora bien, quiero leer
Los capítulos que aquí
Han escrito contra mí.
Pero letra de mujer
Es ésta; quiero leella.
Mas ¡cielos! ¿Qué estoy mirando?
¿Qué dudo? ¿Qué estoy dudando?
La firma, ¿no dice *Estrella?*
¡Ay, muerte! ¡Ay, rigor! ¡Mi vida
Acaba! ¡Oh tirano Rey!
¿Con qué justicia ó qué ley
Vienes á ser mi homicida?
Aquí dice: «Mi señor,
Desde aquel punto que os vi,
Por mi dueño os conocí,
Y en fin, os rendí mi amor.»
¿Aquestos son los agravios

Que el Rey me manda mirar?
Sin duda quiso acabar
Mi vida; pues si mis labios
Más razones pronunciaran,
Es cierto que mis sentidos,
Á tanto rigor rendidos,
De todo punto acabaran.
¡Ay, Estrella! Si perdiera,
No mi vida, mas mil vidas
Que al cuerpo tuviera asidas,
Tanta pena no sintiera
Como en ver que ames al Rey.
¿Tan fiero soy, que de mí
Te olvidas, Estrella, ansí,
Sin Dios, sin razón ni ley?
¡Ay, Enrique! ¿Qué veneno
Es aqueste que me has dado?
¡Qué bien de mí te has vengado,
Pues con vivir tanto peno,
Que agora pierdo el sentido!
Mas no me puedo quejar,
Enrique, de ti, ni dar
Á mi mal algún partido.
¡Qué buena sentencia has dado,
Enrique! Pero, en efeto,
Eres rey y eres discreto,
Y yo vasallo culpado.
Pero allí se quedó el rey
De armas: quiérole hablar.
Allá me quiero acercar,
Pues lo dispone la ley
De la cortesía.

REY DE ARMAS.

Él viene
Á verme.

LOPE.

¿Mandáis, hidalgo,
Que os haga servicio en algo?

REY DE ARMAS.

El Rey mandado me tiene
Que me quede aquí y os lleve
Á una torre.

LOPE.

Si es así,
El acero os rindo aquí.
Justo es que su rigor pruebe.

REY DE ARMAS.

Necesidad no tenéis
De quitarle, que no es justo.

LOPE.

Haré en todo vuestro gusto.

REY DE ARMAS.

En la torre le daréis.

Vanse.

Sale Marina corriendo tras Berrueco con un leño.

MARINA.

Esperá un poco y veréis,
Berrueco, si os despachurro.

BERRUECO.

No por la tranca me escurro,
Sino porque no enviudéis;
Que no heis de veros, Marina,
En ese espejo.

MARINA.

Más pies
Tenéis que manos.

BERRUECO.

¿Quién no es
Con un dimuño gallina?
Un Barrabás sois vestido,
Una fantasma calzada,
Una arpía bautizada
Y un camello con marido;
Espantajo de la viña
Que Bercebú ha vendimiado,
Langosta que ha profesado,
Espetera con basquiña;
Sastre de coser contiendas,
Lechón de medio ojo, hilván,
Avestruz con solimán,
Gallo de Carnestolendas;
Longinos á pie, Caifás,
Capón molde de hacer monas,
India de las Amazonas,
Y trescientas cosas más.
No he de acostarme con vos,
Andéis cruel, andéis blanda,
Si el mismo Rey me lo manda,
Y el Sofí después de Dios.
Y si en esto pertinaz
Llegáis de mí á concebir,
Juro á Dios que habéis de ir,
Marina, á parir á Orgaz.

MARINA.

Entenderme no queréis:
Yo soy, aunque pese á mi ama,
Berrueco, quien en la cama
Da en rehortir que no entréis.
Para eso esta tranca así,
Y con ella he de moleros
Las costillas, si atreveros
Queréis á poner en mí
Una mano. No hay que hablar:
Por el sigro de mi padre,
Como me parió mi madre
Toda mi vida he de estar
Si estoy mil años con vos.
¡Qué! ¿Queréis enquillotrarme,
Berrueco, y espachurrarme?
¡Malos años para vos!
Que he de llevar adelante
Mi interés y mi mohina.

BERRUECO.

Quien os decienta, Marina,
Hace el pecado elefante.

MARINA.

Yo sé, pues, Berrueco, quien
Á almízquele me pesara,
Y camino de la clara

Fuente del Olmo también
Quien más de una vez me espera.
Á que allí por agua vaya,
Y el polvo que hace mi saya,
Traga como si ámbar fuera,
Y dice entre el arrebol
De la vergüenza y la queja:
«Novia, el polvo de la oveja,
Para el lobo es alcohol.»
Yo, con eterno desdén,
Voy y vengo de la fuente,
Y el viernes principalmente,
Yendo á la fuente también
Con la de Ginés Carrasco,
Que anda á ser novia aprendiendo,
Me fué requiebros diciendo
Que ablandaran un peñasco;
Y siempre sin responder,
Más que mujer meramente,
Metí el cántaro en la fuente,
Que comenzó á reverter.
Luego, entre la espuma ó nieve
De la plata de sus olas,
Perlas viendo y cabriolas,
Que quien las mira las bebe,
Prosiguió y dijo: «Marina,
Si por lágrimas vinieras,
Fuente en mis ojos tuvieras
Más clara y más cristalina.»
Quiso pellizcarme, y yo,
Antes de llegar á mí,
Con una coz respondí,
Y él con un ¡ay! se apartó,
Yendo y quedándose al mal,
De que su llanto me avisa,
La fuente llena de risa,
Y el cántaro de cristal.

Marina debe haber arrojado la tranca, y Berrueco la coge y da tras Marina.

BERRUECO.
¡Ah! ¿Sí? Marina, esperá.
¡Á mí celera, celera!

MARINA.
Aqueso no: guarda fuera.

BERRUECO.
La tranca os alcanzará.

MARINA.
¡Ay, Berrueco!

BERRUECO.
Esperá un poco,
Y no os penséis escurrir,
Porque os tengo de seguir
Hasta el infierno.

MARINA.
¿Estáis loco?
¡Ay! ¡Ay!

Sale Estrella.

ESTRELLA.
¿Qué ruido es aqueste?
¡Hola! ¿Qué es eso?

BERRUECO.
Señora....

ESTRELLA.
Teneos, Berrueco.

BERRUECO.
¡Ah, traidora!
Dejad que un palo le preste;
No será más de uno.

ESTRELLA.
¡Bueno!
¿Qué es esto?

BERRUECO.
Un berrinche tal,
Que de celera mortal
Tengo todo el pecho lleno.

ESTRELLA.
Di, ¿qué es aquesto, Marina?

MARINA.
Señora, Berrueco ha dado,
Como por mí enquillotrado,
Ahora en andar con mohina.

BERRUECO.
Y ¿la fuente clara?

MARINA.
Yo
Más clara soy que la fuente.

BERRUECO.
¿Y el viernes principalmente?
Tan emberrinchado estó,
Que hasta que probéis la tranca
No tengo de sosegar.

MARINA.
Con el berrinche heis de estar
Toda la vida.

BERRUECO.
Potranca
Sois en el correr.

ESTRELLA.
¿Qué es esto?

MARINA.
Señora, Berrueco quiere
Espachurrarme, y no espere
Ver tal cosa; y por aquesto
Es el berrinche.

BERRUECO.
Mentir
Sabéis. ¿Y la fuente clara?

MARINA.
No me apuréis.

BERRUECO.
Si alcanzara
La tranca, hiciera decir
La verdad.

ESTRELLA.
Berrueco, baste
Que esté de por medio.

BERRUECO.
Bueno.
Bien el alcalde Centeno
Me aconsejaba.

MARINA.
Delante
De Dios, que yo estó, Berrueco,
Sin sentido, de mohina.
BERRUECO.
¡La fuente clara, Marina!
ESTRELLA.
Baste digo. ¿Qué embeleco
Es aqueste de la fuente?
BERRUECO.
Marina lo contará;
Que á la fuente clara irá
El viernes principalmente.
¡Voto al sol, Marina perra,
Que me lo habéis de pagar,
Y que os he de espachurrar!
MARINA.
Si conmigo tenéis guerra,
Yo otra tranca buscaré.
Estaos quedo.
BERRUECO.
Aguarda un poco;
Que de celera estoy loco.
ESTRELLA.
Mirad que me enfadaré,
Berrueco: al punto de aquí
Os id; pronto.
BERRUECO.
Ya me voy.
¡Ciego de coraje estoy!
ESTRELLA.
Acabad; idos de ahí.
BERRUECO.
¡Á fe, Marina, que vos
Me lo tenéis de pagar!

Vase.

MARINA.
Vos no me heis de espachurrar,
Ó hemos de reñir los dos.
ESTRELLA.
Fuése. ¿Qué es esto?
MARINA.
Señora,
Mi voluntad no se inclina
Á Berrueco, y con mohina
Estoy de casada agora;
Porque de la voluntad
No es una persona dueño,
Y cierto cuidado el sueño
Me quita; de otra amistad
Cosquillas amor me hace,
Por lo cual el corazón,
Llevado desta pasión,
Me está haciendo tife, tafe.
ESTRELLA.
¡Ay, Marina! ¡Cómo así
Miro con simpleza igual
El ejemplo de mi mal,
Y que no hay valor en mí!
Vete, que quiero quedar
Sola, por si sola puedo,
En tanto mal como quedo,
Algún rato descansar.
MARINA.
Ya me voy.

Vase.

ESTRELLA.
Amor, ¿qué es esto?
¿Con qué libertad y ley,
Decid, mi amor en el Rey
Con tanta fuerza habéis puesto?
¡Estrella, que no sabía
Sino amar la soledad,
Huyendo de la ciudad
Toda la noche y el día,
Rendida al amor! ¡Yo muero!
¡Cielos, piedad, si sois cielos,
Pues de mis vanos desvelos
Remedio jamás espero!
¿Qué haré? que pierdo el sentido.
¡Que amor pueda en tiempo breve
Volver en fuego la nieve
De mi pecho endurecido!
¡Loca estoy! ¡Oh fuerte ley
De amor! ¿Cómo tu malicia
No entendí? Pues ¿es justicia
Que ame al Rey, aunque sea rey?
¡Ah, huésped vil! ¡Ah, traidor!

Sale el Rey.

REY.
¿Qué es esto, que voces das?
¿Con quién enojada estás?
ESTRELLA.
Señor.....
REY.
Habla.
ESTRELLA.
Su valor,
Pues á verme así ha llegado,
Mis quejas ha de escuchar,
Porque pueda descansar
El alma deste cuidado.
REY.
Di presto quién te ha ofendido,
Que Rey soy.
ESTRELLA.
Escucha atento:
¡Ah, confuso atrevimiento!
Decí, ¿en qué me habéis metido?
Justiciero Enrique,
Que más años reines
Que ciudades gozas,
Que vasallos tienes,
Para cuya heroica
Vencedora frente,
Estrechos se juzgan

Cesáreos laureles,
Y de cuya espada
Temblando están siempre
Granadas y Túnez,
Oranes y Argeles;
Tú, de quien Castilla
Caballo pareces,
Que enfrenado corres,
Que altivo detienes;
Tú, que administrando
La paz y las leyes,
Los Trajanos pasas,
Los Licurgos vences,
Y con darte nombre
De enfermo, te excedes,
Sin achaque alguno,
Á los demás reyes:
Justo es, pues á todos,
Enrique, lo eres,
Que á mí no me falte
Lo que á ti te debes.
Ya que del recato
Crédito que tienen,
En que libran ansias
Tan nobles mujeres,
Las treguas he roto
Para obedecerte,
Y el silencio aborta
Ocultas preñeces,
La lengua descifre
Lo que la enmudece,
Y los ojos hablen
Á orejas que duermen.
Y así, con la salva
Que á mi honor compete,
Que mi sangre pide,
Que mi aliento puede,
Te pido justicia,
Enrique, de un fuerte
Contrario, de un hombre
Bizarro y aleve,
Tan grande enemigo,
Que puede temerle
León y Castilla,
Como á su rey temen;
Tan libre, que nadie
Se atreve á ofenderle,
Aunque él á las almas
Gallardo se atreve.
En la mía, Enrique,
Conquistó valiente
Las soberbias torres
De mis altiveces;
Y siendo á otras armas
Empresa rebelde,
Rendida á la suya,
Coroné sus sienes.
Díle del alcázar
Donde me hice fuerte,
Las llaves del alma,
Y el alma en rehenes.
Alzóse el ingrato
Con ella, y pretende,
Sin ojos ni oídos,
Matarme y perderme.
¡Mal haya quien fía
La vida que tiene
De un ladrón de casa,
De un tirano huésped!
De honrada hasta agora,
Y de ciega siempre,
Ni traté quejarme,
Ni he querido verle;
Ya desconfiaba,
Ya lince, ya fénix,
Que de sus cenizas
Se rejuvenece
Dándose á la llama,
El recato quiere,
Por ir á la vida,
Pasar por la muerte.
Reventando en ansias,
Tal como acontece,
De pólvora al aire
Mina que se enciende,
Que abortando rayos
De Flegras ardientes,
Tanto sube el humo,
Que el sol se lo bebe;
Y fingiendo nubes
De monstruos terrestres,
Abre en los abismos
Puertas diferentes,
Ansí llena el alma
De agravios crueles,
Al silencio, Enrique,
Treguas le concede;
Y las quejas, Argos
De lenguas me vuelven,
Si pavón de Juno
Fuí primeramente.
Las ingratitudes
Los cielos ofenden,
Porque amor es alma
De cuanto hay viviente.
Á amor corresponden
Todos dulcemente,
Sin que lo insensible
Se le privilegie.
Á la yedra amante
El olmo agradece
Con estrechos lazos
De lisonjas verdes.
La africana palma,
Si al lado no tiene
La amada consorte,
Siempre vive estéril.
Con flores el prado
Festeja á la fuente,
Y ella su esmeralda
De plata guarnece.
Las peñas se abrazan,

Los montes parece
Que al sol enamoran
Cuando nace alegre.
Á la primavera
Las selvas ofrecen
Dulces maridajes
De rosas silvestres.
Estrellas y rosas
De nácar y nieve,
Requiebros se dicen
Que la noche entiende.
Todo es amor, todo
Cuanto nace y muere,
Cuanto alienta y corre,
Cuanto vive y muere.
Ame por justicia
Quien amar no quiere,
Por común tributo
De inviolables leyes.
Por respeto humano,
Enrique, no dejes
De sembrar en todos
Penas y mercedes.
Por mí, por el mundo,
Por ti, por quien eres,
No deba quien pague,
Y pague quien debe.

REY.

Tan pesaroso he quedado,
Estrella, que al punto intento
Hacer que la deuda os paguen.
¡Hola!

Sale Rui López.

RUI.

Señor, ¿qué es aquesto?

REY.

Al punto á Lope Meléndez
Traed de donde está preso.

RUI.

Yo voy por él.

REY.

¡Por mi vida,
Que me he enojado! ¡Qué bueno
Fuera, Estrella, que posara
Un rey de España, y de aquellos
Descendientes de Pelayo,
En vuestra casa, y por ello
Os dejara pesadumbres!
Hoy verá el mundo que templo
Con la piedad la justicia,
Con el amor los deseos,
Castigando como justo
Y premiando como cuerdo.

ESTRELLA.

Sin duda no me ha entendido.
¿Á qué fin, decidme, cielos,
Puede llamar á Meléndez?
Si me entendió, no me entiendo.

REY.

Estrella, ya por las venas,
Inficionándolas, siento
Que el humor esparce rayos
De carámbanos, y el cuerpo
Con el accidente tiembla.

ESTRELLA.

Á ver, señor; que mi fuego
Bastará á templar el frío
Que así os maltrata; y sospecho
Que, como volcán, pudiera
Prestaros rayos de fuego.

REY.

Esto es ordinario en mí,
Estrella; y así, no siento
Su prolija enfermedad,
Á sus rigores ya hecho.

ESTRELLA.

Las intercadencias muestran
Del pulso, que va viniendo
Con gran fuerza, y por mi daño,
Con mil montañas de hielo.

Sale Lope Meléndez y Rui Lopez.

RUI.

Aquí está Lope Meléndez.

LOPE.

¿Qué es esto, sentidos? ¡Cielos!
¿Qué es esto? ¡La mano á Enrique
Tiene Estrella, y yo lo veo,
Y no muero de pesar!.....
Sin duda que yo no debo
De sentir, porque el sentido
Me ha dejado.

REY.

Luego, luego,
Meléndez, á Estrella dad
La mano, porque yo desto
Gusto, y porque os doy en dote
El perdón de vuestros yerros,
Sin otras muchas mercedes
Que adelante hacer intento
Á vuestra casa.

LOPE.

¡Señor!....

REY.

Basta, que yo gusto desto.
Estrella, dale la mano.

ESTRELLA.

¡Qué mal entendió mi pecho!

REY.

¿Que aguardas, Estrella?

ESTRELLA.

¡Yo,
Señor!

REY.

Acabad.

ESTRELLA.

¡Yo muero!

REY.

Ea, Meléndez.....

LOPE.

¡Vive Dios
Que estoy.....

REY.

¿Qué aguardáis? ¿Qué es esto?

LOPE.

Ya la doy. Esta es mi mano.

Danse las manos desde lejos.

REY.

Con esto quedo contento.
Ya se pasó el accidente;
Me voy. Rui López, de presto
Me venid á despertar.

RUI.

Voy, señor.

Vanse el Rey y Rui López, y quedan Meléndez y Estrella, cada uno á la puerta del tablado.

ESTRELLA.

¿Qué es esto, cielos?

LOPE.

¡Cielos, que así el Rey me trate!

ESTRELLA.

¡Que así castigue mi intento
El Rey!..... ¡Que no me entendiese!
De pena y de rabia muero.

LOPE.

¡Que el Rey así me castigue!
¡Que así me mate!..... ¡Que puedo
Sufrir que me case así
Con quien ha sido, esto es cierto,
Su dama!.....

ESTRELLA.

Sin duda estoy
Sin sentido; no le tengo,
Pues la mano he dado á un hombre
Que aborrezco con extremo.
No hay que tratar. ¡Vive Dios,
Que he de matarme primero
Que no rendirme á su gusto!

LOPE.

El Rey, siendo Rey, es dueño
De la hacienda, de las vidas
De sus vasallos: mas ¡cielos!
¿De la honra y de las almas?.....
¡Aquí los sentidos pierdo!.....
Quíteme la vida el Rey
Ó destiérreme á otros reinos,
Y no me quite la honra.
Pero moriré primero
Que yo me afrente á mí mismo,
Pues nobleza y valor tengo.

Sale Berrueco con la tranca y pónese en medio de los dos.

BERRUECO.

Dicen que el Rey á los dos
Ha casado; y así, quiero
Darles muchos parabienes.....
Aunque, según yo los veo,
Pienso que se han de volver
En paramales y duelos.

LOPE.

¡Aparta, aparta, villano!

Vase.

BERRUECO.

¡San Guarín! ¡San Nicodemus!

ESTRELLA.

¡Aparta, villano, aparta!

Vase.

BERRUECO.

Parece que van corriendo
Cañas éstos. ¡Vive Cristo,
Que son *los novios*, perfectos,
De Hornachuelos!.... Mas Marina
Viene allí: á la tranca apelo.

Sale Marina corriendo, y ásese de la tranca.

MARINA.

Berrueco, echa acá mi tranca.

BERRUECO.

Con ella quémeos mal fuego.

MARINA.

Dadme mi tranca.

BERRUECO.

No es vuestra.

MARINA.

Mi tranca, digo.

BERRUECO.

No quiero.

MARINA.

¡Mal haya quien me casó
Con vos!

BERRUECO.

Marina, ¿tan presto
Os arrepentís?

MARINA.

No hago,
Porque ha mucho que lo he hecho.
¿Qué trajistes vos?

BERRUECO.

¿Y vos?

MARINA.

Más que vos.

BERRUECO.

Mentís.

MARINA.

No miento,
Que traje.....

BERRUECO.

Decí, acabá.

MARINA.

Verá: yo traje, Berrueco,
Una gata y tres gatitos,
Doce platos y un mortero,
Una caldera y un jarro,

Y mil cosas que no cuento.

BERRUECO.

Si va por eso, Marina,
Yo traje un buey, aunque entiendo
Que, porque no sea de nones,
Conmigo par le habéis hecho;
Traje una montera nueva,
Un gabán, unos griguiescos,
Y aquesta tranca, Marina,
Con que quisiera moleros.

MARINA.

¡Malos años para vos!

BERRUECO.

Mirá, Marina, dejemos
Pesadumbres, y sabed
Como hay otro casamiento
En casa.

MARINA.

¿De quién?

BERRUECO.

¿De quién?
Hoy con nuestra ama se ha hecho
Y Meléndez.

MARINA.

¿Y ya el cura
Los ha enquillotrado?

BERRUECO.

Entiendo
Que sí.

MARINA.

Y ¿quién los ha casado.

BERRUECO.

El Rey.

MARINA.

Pues mira, Berrueco,
El Rey es un gran judío.

BERRUECO.

Marina, yo así lo entiendo,
Y aun más que judío, moro,
Pues á ser casamentero
Viene de..... Pero ellos salen.

MARINA.

¡Ay, ay! Desta vez, Berrueco,
Si os ha escuchado, os ahorca.

BERRUECO.

Vos le dijistes primero
Judío.

MARINA.

No he dicho tal.

BERRUECO.

Callá, Marina.

MARINA.

No quiero.

Salen el Rey y Rui López.

REY.

Que, en fin, ¿tan cerca mi esposa
Viene?

RUI.

Que estará sospecho
Esta noche en Guadalupe.

REY.

Rui López, prevenid luego
Mi partida. ¿Qué villanos,
Decid, Rui López, son éstos?

RUI.

Son criados de esta casa.
Despejad.

MARINA.

¿Que desperjemos
Dice? ¿Si quiere asperjar
Con hisopo este buen viejo
Al Rey, como anda tan malo,
En este cuarto?

BERRUECO.

Sospecho
Que sí.

RUI.

¿No han oído?

BERRUECO.

Ya
Lo hemos oído. Ya tiemblo.

RUI.

Pues despejen noramala.

BERRUECO.

Ni norabuena queremos.

REY.

Dejadlos. Venid acá.
¿Sois los novios malcontentos
Que celebra este lugar?
Llegad. No, no tengáis miedo.

BERRUECO.

Somos, señor; pero sepa
Que hay otros dos en el pueblo
Que nos mean la pajuela,
Pues somos los dos con ellos
Paloma y palomo, burra
Y borrico, y pan y queso.
Mire, señor, que le aviso;
Mire, tome mi consejo,
Y no case donde busque,
Si tiene paz, guerra; infierno,
Teniendo gloria.

REY.

¿Quién son
Los que tú dices? que quiero
Saberla.

BERRUECO.

Estrella y Meléndez
Son, señor.

Suenan dentro espadas.

REY.

¡Hola! ¿Qué es esto?

RUI.

Adentro suenan espadas.

ESTRELLA.

Dentro.

¡Á ellos, Blanca!

BLANCA.
¡Inés, á ellos!

Salen, retirándose con las dagas, Meléndez y dos criados, y Estrella, Blanca é Inés, con las espadas, tras ellos.

LOPE.
Señor, si aquí tu valor
No me ampara.....

RUI.
Quedo, quedo;
Que está el Rey aquí.

ESTRELLA.
Aunque esté
De por medio el mundo entero,
Le he de matar.

RUI.
Tente, pára.

REY.
Pues á tanto atrevimiento
Sabré yo, aunque de mujeres,
Por soberbias, de los cuellos
Derribarles las cabezas.
Dejad la espada al momento;
Que también de las mujeres
Soy Rey, y soy justiciero.
¿Qué desacato es aqueste?

ESTRELLA.
Este infame caballero,
Indigno de los favores
Que le estáis conmigo haciendo,
Me ha dicho en mi propia cara,
Muy altivo y muy soberbio,
Que no ha de vivir conmigo,
Y que morirá primero
Que venga en cosas infames
Como es este casamiento;
Prosiguiendo que con damas
De los reyes, hombres buenos
No se casan, y que yo
Despojo tuyo primero
Era; con que me obligó
Á mí y á las mías al hecho
Que diera memoria al mundo
Á no encontrarte.

LOPE.
Reviento
De pesar.

REY.
Cualquier villano
(Que no será caballero),
Si ha imaginado, tan sólo
En su mismo pensamiento,
Que Estrella no es más que el sol
Casta y limpia, con mi acero
Le castigaré.

Híncase Meléndez de rodillas.

LOPE.
Señor,
Humilde á tus pies ofrezco
Mi vida. La culpa tienes,
Señor, tú propio, de aquesto,
Pues tú este papel me diste
Diciéndome que á mis yerros
Respondiese, y es de Estrella.
En él descifra su pecho
Amoroso. Yo soy noble,
Y perder tanto no siento
La vida como el honor.
De hacienda y vida eres dueño:
Manda y ordena, que yo
Humilde te reverencio.

REY.
Lope Meléndez, alzad,
Y creed, sí, ¡vive el cielo!
Que estoy corrido de ver
Que pensase un caballero
Que no estimo la nobleza.
Aquese papel, con celos
Leiste, que sólo escribe
Estrella agradecimientos
De vasalla; pero yo
Desvío aqueste concierto,
Y hago merced á Estrella
(Porque ya mi esposa entiendo
Que está cerca) del oficio
De camarera, y espero
Darla marido más noble,
Que la merezca, y os dejo
Para necio, pues lo fuistes.

ESTRELLA.
Hoy nuevamente me has hecho.....

BERRUECO.
Señor, pues hoy se descasan,
Yo te pido.....

MARINA.
Yo te ruego.....

BERRUECO.
Me descases.

MARINA.
Me descases.

BERRUECO.
Que en ver á Marina tiemblo.

MARINA.
Yo, señor, como nací
He de morir...., y á Berrueco
Aborrezco.

REY.
Yo os aparto.

MARINA.
Contenta estoy.

BERRUECO.
Yo contento.

REY.
Prevéngase la partida
Á Guadalupe.

BERRUECO.
Y con esto
Da fin el refrán antiguo
De *Los Novios de Hornachuelos.*

PORFIAR HASTA MORIR

PORFIAR HASTA MORIR

PERSONAS

El rey D. Enrique III.
El Maestre de Santiago.
Macías, *galán*.
La condesa D.ª Juana.
Clara, *dama*.
Páez.
Nuño, *gracioso*.
Leonor, *esclava*.
Fernando.
Tello de Mendoza.
Tres rufianes.
Un ventero.
Un Alcaide.
Músicos.
Acompañamiento.
Soldados.
Criados.

ACTO PRIMERO.

Macías y Nuño, de camino.

MACÍAS.

Para quien llegar desea,
Ni largas noches ni fiestas.
¿Estas son las ventas?

NUÑO.

Estas
Son las ventas de Alcolea.

MACÍAS.

¿Y ésta la famosa puente?

NUÑO.

Ésta fué por quien pasaron
Tantos ciegos, que dejaron
Tal memoria entre la gente.
La delantera tenía
El buen viejo don Beltrán.

MACÍAS.

Ese nombre á amor le dan,
Porque es ciego y ciegos guía.

NUÑO.

No guía amor, pues le ven,
Tantos yerros en quien ama.

MACÍAS.

De una manera se llama
El guiar al mal y al bien.
Luego habemos de salir,
Aunque dormir te prometas.

NUÑO.

¡Qué cristalino en limetas
Yace el buen Guadalquivir!
Aunque en estas ocasiones,
Mejor lo tinto me agrada.
¡Qué brava está la portada
De naranjas y limones!
Como allá en las cortes graves
Ponen galas los roperos,
Aquí estos santos venteros
Á la puerta peces y aves.
Descansa, así Dios te guarde,
Si el sábalo te provoca;
Que de aquí á Córdoba hay poca
Tierra, aunque parece tarde.

MACÍAS.

Pues ¿qué leguas ponen?

NUÑO.

Dos.

MACÍAS.

Ya refresca, Nuño, el día,
Con ser en Andalucía.

NUÑO.

No siento nada, ¡por Dios!
Con sólo haber arropado
De licor de Baco el pecho.

Tres rufianes rodeando al Maestre de Santiago, que sale de caza, con gabán, cubierta la cruz.

RUFIÁN I.°
¿Qué sirve hablar sin provecho,
Oloroso y entonado?
¡Por el agua de la mar,
Que ha de dar prenda ó dinero!

MAESTRE.
Mirad que soy caballero.

RUFIÁN 2.°
No tenemos que mirar,
Porque habemos de comer.

RUFIÁN 3.°
¡Cuál se estaba el cortesano
Á la chimenea muy vano,
Dejándonos perecer!

MAESTRE.
Si yo comiera, no fuera
Descortés; mas no he comido.
Sólo cebada he pedido.

RUFIAN I.°
Luego ¿cebada comiera?

MAESTRE.
Perdíme por esta sierra
Cazando, y aquí llegué.

RUFIÁN 2.°
Mas ¿que ha de volverse á pie?

RUFIÁN 3.°
Sí hará, que es llana la tierra.

MAESTRE.
No haré, porque si ha comido
El caballo, me iré luego.

RUFIÁN I.°
Suelte el gabán, palaciego.

MAESTRE.
Que os vais en buen hora os pido.

RUFIÁN I.°
Suelte, digo.

MAESTRE.
Pues, rufianes,
Gallinas, aquí veréis
Quién soy.

MACÍAS.
Y al lado tenéis
Dos hombres.

NUÑO.
Y dos Roldanes.

Acuchíllanlos.

El Ventero.

VENTERO.

Dentro.

Acude, Gil, que se matan.

Sale.

¡Tened, tened!

Huyen los rufianes.

MACÍAS.
Los ladrones
Huyen.

MAESTRE.
En las ocasiones,
Al viento mismo retratan.

VENTERO.
Dios os lo pague, que habéis
Estos rufianes echado
De la venta, que me han dado
La pesadumbre que veis,
Con cuantos vienen aquí.

NUÑO.
Ladrando va el uno dellos,
Que le rapé los cabellos
Y un palmo de casco abrí.
¿Tienen mujeres?

VENTERO.
Pues ¿no?
Aquí están dos mujercillas.

NUÑO.
Pues á azotes quiero abrillas.

VENTERO.
Mejor sabré hacerlo yo;
Que me han desacreditado
La venta.

NUÑO.
¡Santo ventero!

Vase el Ventero.

MAESTRE.
Daros muchas gracias quiero
De haber, como hidalgo honrado,
Ayudado á un hombre, al fin
Hombre solo.

MACÍAS.
Antes sospecho,
Señor, que agravio os he hecho;
Que, aunque tres, es gente ruin.

MAESTRE.
¿Vais á Córdoba?

MACÍAS.
Allá voy.

MAESTRE.
Podría ser que os sirviese
En ella, si en algo fuese
De provecho.

MACÍAS.
Cierto estoy
De vuestra presencia noble.
¿Cómo habéis llegado aquí?

MAESTRE.
Cazando, el rastro perdí
Por entre uno y otro roble;
Y como vi tan cansado
El caballo, y me acordé
Desta venta, en ella entré,
Donde cebada le han dado.
Llegué al fuego, en que tenían
Su comida estos rufianes,

De tales damas galanes
Como veis que merecían;
Y diérales cortésmente
Dineros ó prenda de oro;
Mas no, perdiendo el decoro
De quien soy, con tan vil gente.
Lo demás que sucedió
Habéis visto: yo he quedado
Á serviros obligado.
Ya mi caballo comió,
Y me es forzoso partir:
Servíos deste diamante.

Dale un anillo, y Macías no le toma.

MACÍAS.
Que en ocasión semejante
Os acertase á servir,
Debo á mi buena fortuna.
Guardadle; que podrá ser,
Si allá os vengo á conocer,
Que tenga por vos alguna.
MAESTRE.
Dios os guarde.
MACÍAS.
Guárdeos Dios.

Vase el Maestre.

NUÑO.
¿No preguntaras quién era?
MACÍAS.
Si menos priesa tuviera,
Discurriéramos los dos
De aquí á Córdoba en mis cosas;
Que no poco me importara:
Por ventura las guiara
Á partes más provechosas
Por la paz que por la guerra,
Respeto de haber yo sido
Estudiante.
NUÑO.
Haber querido
Dejar tu estudio y tu tierra,
No sé si ha sido acertado;
Pero ya, en efecto, es hecho.
MACÍAS.
Tengo á las armas el pecho,
Más que al estudio, inclinado;
Y estas cartas que he traído
Pienso que han de aprovechar
Para que tenga el lugar
Por la guerra pretendido.
Ó daré en ser cortesano;
Que también tengo afición
Á su estudio.
NUÑO.
Iguales son,
Señor, tu ingenio y tu mano.
Para paz y guerra tienes
Habilidad y valor.

Tello de Mendoza, Fernando y Páez.

TELLO.
Buscarle más será error.
FERNANDO.
Y más donde agora vienes;
Que esta gente que camina,
¿Cómo puede saber dél?
TELLO.
Ir á Córdoba sin él,
Fernando, me desatina.
¡Ah, hidalgos! ¿Vieron pasar
Un caballero, por dicha,
Con un gabán de color,
Plumas negras y pajizas,
Las espuelas plateadas,
De oro y verde la mochila
De un alazán, cabos negros?
MACÍAS.
Dueño desas señas mismas
Salió desta venta agora,
Tanto, que con poca prisa
Le alcanzaréis, si os importa.
Pero ¿quién es, por mi vida?
TELLO.
El Maestre de Santiago,
Que la sangrienta cuchilla
Que le honraba el fuerte pecho,
Con aquel gabán cubría.
MACÍAS.
¡Por Dios! que he hablado con él,
Y que tengo por desdicha
El no haberle conocido;
Que le traigo de Castilla
Un pliego de cartas.
TELLO.
Fuera,
Galán, menos cortesía
Darle cartas en el campo.
El caballo en que camina,
De nadie deja alcanzarse
Cuando el Maestre le pica.
Si con nosotros venís,
Más acertado sería
Darle ese pliego en su casa.
MACÍAS.
Es razón, como advertida
De un caballero de corte.
Iré en vuestra compañía
Si me dais licencia.
TELLO.
Páez.....
PÁEZ.
Señor.....
TELLO.
Adelante guía.

Vanse Tello, Fernando y Páez.

MACÍAS.
¿Que no conocí al Maestre?

NUÑO.
No tengas á poca dicha
Haberle dado favor,
Y con tanta valentía,
Que le habrás aficionado;
Que aun pienso que á mí me estima
Por haber dado al rufián
Que el dinero le pedía,
Cuchillada, que le pueden
Poner un colchón por hilas.

Vanse.

La condesa D.ª Juana y Clara.

CONDESA.
Nunca tanto se ha tardado
El Maestre mi señor.
CLARA.
Siempre está de priesa amor,
Nunca se pára el cuidado.
CONDESA.
Como la guerra y la caza
Son cosas tan parecidas,
Amor las hace temidas
Del alma á una misma traza.
Y así, cuando al monte sale,
Mi paz y quietud destierra,
Como cuando va á la guerra.
CLARA.
Pues no es razón que se iguale
La caza, guerra fingida,
Con la verdadera y cierta.
CONDESA.
La memoria que despierta,
Me tiene, Clara, ofendida,

El Maestre.

MAESTRE.
Por lo menos he venido,
Como más solo, más presto.
CONDESA.
¡Solo, Maestre! ¿Qué es esto?
MAESTRE.
Condesa, haberme perdido.
Y no sin peligro fué;
Mas no donde me perdí,
Pues que dos leguas de aquí
Ciertos valientes hallé,
Que con obras y razones
Me probaron el valor.
CONDESA.
Si moros no os dan temor,
¿Cómo os le darán ladrones?
No estaba yo temerosa
Sin causa.
MAESTRE.
Un hidalgo honrado
Á buen tiempo tuve al lado.
CONDESA.
Y ¿dísteisle alguna cosa?
MAESTRE.
No lo quiso, y me pesó;
Que ya un diamante le daba,
Porque en traje noble estaba,
Y en las obras lo mostró,
Gallardo, valiente y diestro.
CONDESA.
¿Que sin premio le dejastes?
¿Por qué no le porfiastes?
MAESTRE.
Porque este diamante es vuestro.
CONDESA.
Trujéradesle con vos,
Donde yo le agradeciera;
Que esa vida defendiera
Con que vivimos los dos.
Y creed que yo me holgara,
Y aun quedara agradecida,
Que defender vuestra vida
Con mis prendas se pagara.
MAESTRE.
Él viene á la corte, y creo
Que en palacio le veré,
Donde pagarle podré
Y obligar vuestro deseo.

Tello, Macías, Fernando, Páez y Nuño.

TELLO.
Tú mismo juzga, gran señor, agora
Con el cuidado que nos has tenido
Desde que coronó la blanca aurora
Con círculos de luz el negro olvido;
Mas cuando iguala el monte y valles dora
De su diadema el claro sol vestido,
Llegamos á la venta y á la puente
Que oprime al Betis la feroz corriente.
Allí tuvimos de este hidalgo aviso
Que volvíais á Córdoba.
MAESTRE.
Habéis hecho
En traerle muy bien.
MACÍAS.
Tan de improviso
No te fué mi servicio de provecho;
Mas ya, señor, que mi fortuna quiso
Que del ánimo quedes satisfecho,
Ese recibe sólo..... y estas cartas,
Porque el favor entre los dos repartas.

Dale un pliego.

CONDESA.
¿Sois vos, hidalgo, el que al Maestre hicistes
Tanto favor?
MACÍAS.
La tierra humilde beso
Desos pies, gran señora.
CONDESA.
Merecistes
Más honra que él os hizo en tal suceso.

Tomad esta cadena.

MACÍAS.

Ya quisistes
Que fuese con prisiones vuestro preso;
Pero de manos que, cual debo, adoro,
No fueran menos que prisiones de oro.

MAESTRE.

Lee.

«Dará á Vueseñoría esta carta Macías, el más honrado hidalgo de mis vasallos; dejó los estudios por seguir las armas, con que he dicho su inclinación, y que debo suplicar á Vueseñoría le favorezca á la sombra de sus banderas; que él lo merece, y yo fío su servicio y agradecimiento.—*Don Luis Alvarez de Toledo.*»

¿Adónde queda mi primo?

MACÍAS.

En Alba quedaba agora,
Que con dos soles se dora.

MAESTRE.

La carta por suya estimo
Y por el buen portador.
En mi servicio os quedad;
Ya os trato con amistad.

MACÍAS.

Soy vuestro esclavo, señor.

CONDESA.

En mí tendréis buen tercero
Para el Maestre.

MACÍAS.

Señora,
Querré imposibles agora.

CONDESA.

Haceros merced espero.

Vanse el Maestre y la Condesa, Tello, Fernando y Páez.

Macías, Clara y Nuño.

CLARA.

Quedéme aquí por saber
(Como, en fin, soy castellana,
Y vos pienso que lo sois,
Que así lo dice la carta)
De ciertos deudos que tengo.

MACÍAS.

¿Adónde?

CLARA.

En el Barco de Ávila.

MACÍAS.

Señor de Valdecorneja
Al Toledo heroico llaman,
Y el Barco entre sus lugares
No merece humilde fama.
Pero nunca estuve en él,
Puesto que yo imaginaba
Que no la tierra, que el cielo
Es de los ángeles patria.
Mas siendo del Barco vos,
Habrá para el cielo barca,
Como la hay para pasar
Á los abismos las almas,
Como dicen los poetas;
De suerte que á vuestra gracia
Pasarán los venturosos
Que merecieron hallarla,
Y á vuestras penas aquellos
Que mate vuestra desgracia.

CLARA.

En fin, ¿en él no estuvistes?

MACÍAS.

No ha sido mi dicha tanta;
Pero he estado en vuestros ojos.

CLARA.

Si las letras por las armas
Dejáis, ¿cómo sois tan tierno?

MACÍAS.

Porque no estorba la espada
Para que el entendimiento,
Como potencia del alma,
Entienda vuestra hermosura.
Porque la belleza rara
Sujetó los capitanes
Que con mayores hazañas
Han asombrado la tierra.
Mirad las historias sacras:
Veréis rendido á Sansón;
Y mirad en las humanas
Á Hércules.

CLARA.

El amor
Rinde, sujeta, avasalla
Cuanto cubre el cielo, á cuya
Pasión ninguna se iguala;
Pero no es tal su poder,
Que en un instante (que pasa
Como cometa de fuego)
Tan grandes efectos haga.

MACÍAS.

Si no fueran sus efectos
Tan breves, no le pintaran
Rompiendo en el aire un rayo.

CLARA.

Amor yo pienso que anda
Al paso de los humores;
Que los coléricos aman
Presto, y no es así mejor;
Que los flemáticos tardan,
Pero quieren largo tiempo.

MACÍAS.

Pues en mí todo se halla:
Cólera para ser luego,
Flema para edad tan larga,
Que, siendo el alma inmortal,
Tendré la vida del alma.

CLARA.

Que no lo intentéis os ruego,
Que llegan tarde esas ansias.
Y quedad con Dios.

MACÍAS.

Decidme
Vuestro nombre.

CLARA.

Clara.

MACÍAS.

¡Oh Clara!.....

NUÑO.

¡Oh obscura! (Aparte.)

Vase Clara.

MACÍAS.

¡Qué gran belleza!

NUÑO.

¡Qué gran necedad! Y tanta,
Que á decírtelo me obliga.
Entras hoy en esta casa,
Y ¡enamóraste!

MACÍAS.

¿Qué quieres?
¿Hay pasión más temeraria
Que una locura de amor?
Cuando un cuerdo se remata,
En un instante se vuelve
El seso de que gozaba,
Y comienza á hacer locuras.

NUÑO.

En eso, señor, te engañas.
La locura y la poesía
De una manera se hallan.
Hace un hombre, cuando mozo,
Dos romances á su dama,
De allí se pasa á un soneto,
Luego á una canción se pasa,
Luego á un libro de pastores,
Y cuando ya tiene fama
Y es declarado poeta
(Que no es pequeña desgracia),
Dice que es Virgilio, Homero;
Desprecia con arrogancia
Á todos cuantos escriben;
Y de aquesta misma traza
Es un loco. Á los principios
Deja el sombrero y la capa;
Luego, si no se la quitan,
Saca furioso la espada;
Y cuando está rematado,
Dice que es rey ó monarca,
Estrella, sol, y aun se atreve
Á las deidades sagradas.
Tú, que, en viendo á una mujer,
Tantas locuras ensartas,
¿De qué linaje de locos
Tienes el humor que gastas?
¡Ah! Sí, ya he caído en ello;
Porque no se me acordaba,
Macías, que eres poeta.
Pues ya que fué requebrarla,
En viéndola, necedad,
¡Fué con discretas palabras!
Allí, porque fué del Barco,
Trujiste la negra barca
De Carón; que sólo hacer
Un mal Orfeo te falta;
Luego á Sansón por ejemplo;
De que va tan enfadada,
Que no te verá en su vida.

MACÍAS.

Pues yo pienso amarla.

NUÑO.

¿Amarla?

MACÍAS.

Lo que durare la vida.

Tello.

TELLO

Que os acomode me manda
El Maestre mi señor.
Venid, sabréis la posada.

MACÍAS.

¿Será dentro de palacio?

TELLO.

Pues ¿viene á ser de importancia,
Si habéis de asistir aquí?

MACÍAS.

Oidme, señor, la causa.
Yo vi, luego que aquí puse la planta,
El sol de la belleza, la hermosura
Que la naturaleza misma espanta,
Y en otras lo que obró, copiar procura.
Yo vi, cuando la aurora se levanta,
Los claros rayos de su lumbre pura,
Antes que el sol, vecino á sus laureles,
La busque entre jazmines y claveles.
Yo vi, más bella que en la fuente clara
Se bañaba Diana, un ángel bello,
Que me quitara el sér si me tirara
Una flecha sutil de su cabello;
No porque entonces el cristal faltara,
Venciéndole la nieve de su cuello,
Mas porque, más honesta en sus rigores,
Pudiera al mismo amor matar de amores.
Finalmente, yo vi de amor hermoso
Las armas, y mejor que fueron hechas
De Apeles, de Protógenes famoso,
Las cejas arcos, y los ojos flechas.
En este centro celestial dichoso,
De mi bien ó mi mal ciertas sospechas
Paró mi alma, y se cubrió de olvido
Con otro nuevo sér cuanto había sido.
Díjome, abriendo un cielo por dos rosas,
Que se llamaba Clara; y claro estaba
Qui si el nombre conviene con las cosas,
En él su claridad significaba.
Suplícoos me digáis, pues sus hermosas
Partes os dije, aunque mi amor bastaba,
Quién es, qué calidad, para que intente
Servirla y adorarla honestamente.

TELLO.

Señor Macías, esa bella dama,

Sirviendo á mi señora la Condesa,
Tiene de honesta, como hidalga, fama,
Y en todos actos la virtud profesa.
Un caballero que la quiere y ama,
Y que públicamente lo confiesa,
La sirve agora, y de casarse trata;
Y ella, aunque honesta, no le mira ingrata.
En dos veces que el sol por líneas de oro
Pintó dos primaveras, dos estíos,
Ha mostrado, guardándole el decoro,
En fiestas galas, y en batallas bríos.
Con mil despojos del alarbe moro,
Sufriendo sus desdenes y desvíos,
Obligada la tiene á que le estime,
Y á proseguir su pretensión se anime.
Tratan ya de casarlos el Maestre
Y mi señora la Condesa; en tanto,
Le dan licencia que con fiestas muestre
Su gallardía, desta tierra espanto.
Si amor os ha cegado, que os adiestre
Será razón, con advertiros cuánto
Importa que dejéis, pues no os importa,
Una esperanza que nació tan corta.
Esta es la dama y la belleza rara
Que amáis. Disculpa fué, que es gentil moza.
Ésta es la Clara, y porque sea más clara,
Es Tello de Mendoza el que la goza.

MACÍAS.

Pues ya que me habéis dicho quién es Clara,
Decidme quién es Tello de Mendoza.

TELLO.

Luego ¿no lo sabéis?

MACÍAS.

Deseo sabello;
Que le quiero envidiar.

TELLO.

Pues yo soy Tello.

Vase.

MACÍAS.

¿Hay suceso como el mío?

NUÑO.

Terrible, señor, estás,
Pues no llegas, cuando das
En tan loco desvarío;
Si bien, con saber que tiene
Dueño, cesó tu locura.

MACÍAS.

Ya, Nuño, á tanta hermosura
El alma incendios previene.
Ya sé que á mi corazón
Grandes trabajos le esperan;
Mas no por eso se alteran
Las fuerzas de la razón.
¿Qué amor, dime, no ha tenido
Algún estorbo ó azar?

NUÑO.

Luego ¿piensas intentar
Querer á Clara, advertido?

MACÍAS.

Pues aqueste advertimiento,
¿Es de marido, por dicha?

NUÑO.

Ó te ha de sobrar desdicha,
Ó faltar entendimiento.
Llegas á servir aquí,
¡Y entras haciendo pesar
Á quien te puede ayudar!

MACÍAS.

Nuño, estoy fuera de mí.

NUÑO.

Lo primero que ha de hacer
Quien sirve, es ganar la gracia
Del privado; que en desgracia
Suya, ¿qué ha de pretender?
Lo primero que conquista
El amante es la criada,
El lisonjero la entrada,
El escribano el pleitista,
El pretendiente el portero;
Tanto, que fué desdichado
Orfeo por no haber dado
Un regalo al Cancerbero;
Ni llevara por tesoro
De la huerta Dragontea,
Sin agradar á Medea,
Jasón las manzanas de oro.
¿No sería necedad
Que viniese un forastero
Á un lugar, y lo primero
Fuese con poca humildad
Murmurar los naturales
Que le pudieran honrar?
Yo nunca he visto medrar
Hombres de arrogancias tales.
Dicen que el cangrejo un día,
Que entonces sabía andar,
Pretendió entrar en la mar
Con tan soberbia osadía,
Que á nadar desafió
Á las mayores ballenas.
Júpiter, que en las arenas
Del mar su arrogancia vió,
Dijo: «Cangrejo arrogante,
Yo te mando que, de hoy más,
Tanto camines atrás
Cuanto fueres adelante.»

MACÍAS.

Nuño, bien conozco yo
Que fuera bien, como dices,
Para entrar con pies felices,
Y con pronósticos no,
Agradar los naturales.

NUÑO.

Pues di: si son majaderos
Los que, siendo forasteros,
Entran con acciones tales,
¿Cómo quieres ofender
Á Tello? ¡Tello, que ha sido
Para el favor pretendido
La puerta que has de tener!
¿Por dónde quieres entrar

Si cierras la puerta?

MACÍAS.

¡Ah, cielos,
Que me entró el amor con celos!
Del primero encuentro azar.
No sé qué ha de ser de mí.

NUÑO.

¡Qué propio amor de poeta!
No hay sangre á amor tan sujeta.

MACÍAS.

Justamente me perdí,
Justa fué mi perdición;
De mis males soy contento,
Pues vuestro merecimiento
Satisfizo á mi pasión.

NUÑO.

¿Ya compones villancicos?

MACÍAS.

Éste tengo de glosar,
Y tú se le has de llevar.

NUÑO.

Ea, pues; salgamos ricos
Los dos desta pretensión.
Mas yo glosaré primero.
Pues sirvo á tal.....

MACÍAS.

Di.

NUÑO.

Escudero,
Justa fué mi perdición.

Vanse.

El Rey, el Maestre y acompañamiento.

REY.

¿Desta manera se me atreve el Moro,
Perdiendo á las palabras el decoro,
Y el temor á las armas castellanas?

MAESTRE.

Cuando vos, gran señor, vuestras cristianas
Banderas levantéis, y deis al viento
El castillo dorado, el león sangriento,
Arrepentido volverá á Granada
De haber sacado contra vos la espada,
Si no le alcanza la que tengo al lado,
Antes que de mi gente atropellado,
Muera tan lejos de la puerta Elvira,
Como cerca feroz las nuestras mira.

REY.

¡Que quebrase la tregua! Estoy corrido
De haber, Maestre, entonces admitido
La suspensión de nuestras armas; tanto,
Que de parar en Córdoba me espanto.
Salgan luego en banderas y pendones
Las cruces, los castillos y leones
Á quien pierde respeto el Africano;
Que yo sé que ha de ser rayo en mi mano
El castigo esta vez, y que ha de verme
Donde entre lirios y espadañas duerme
Genil, volviendo en bárbaros corales
De su fingida plata los cristales;
Que si una vez el tafetán despliego,
Entraré por Granada á sangre y fuego.

MAESTRE.

Señor, será tenerle en mucha estima
Salir vos en persona; y así, os ruego
Me permitáis que su furor reprima.
Yo saldré con mi gente; mis criados
Han de ser deste ejército soldados,
Y aun pienso que es también tenerle en mucho.

REY.

¿No veis que desde aquí su voz escucho,
Y me alteran sus cajas y trompetas?

MAESTRE.

Vos las tendréis á vuestros pies sujetas
Sin que salgáis de Córdoba.

REY.

Yo creo
De vuestro gran valor mayor trofeo.

Vase el Rey y su acompañamiento.

MAESTRE.

Tello, parte á avisar mi gente.

TELLO.

Al punto
Verás armado un escuadrón, que junto
Puede llegar la victoriosa espada
Á coronar el muro de Granada.

Vanse.

Nuño y Leonor.

LEONOR.

¿Tanto amor tiene Macías
En dos días?

NUÑO.

Si discreta
Le consideras poeta,
Tendrás por años los días.
Yo le sirvo, y ¡vive Dios
Que estoy ya sin sufrimiento
De escuchar su atrevimiento!

LEONOR.

Poco os parecéis los dos.

NUÑO.

¿Quisieras que te dijera
Amores?

LEONOR.

¿No los merezco?

NUÑO.

Á decírtelos me ofrezco

LEONOR.

Ya no quiero.

NUÑO.

Escucha, espera.
En esos hierros, Leonor,
Que te sirven de lunares,
Puso el amor mis pesares,
Porque son cifras de amor.
En ellos, de mis destierros.....

LEONOR.
No me digas más razones,
Pues habiendo perfecciones,
Me has alabado los yerros,
Y acordado mis desgracias.
NUÑO.
Comencé por los defetos;
Que dicen que es de discretos
Para encarecer las gracias.
Díjole una dama tuerta
Á un galán: «Vos no me amáis,
Pues la boca me alabáis
Siempre, cerrada ó abierta;
Los cabellos, de perfetos,
La frente y los ojos no,
Y quien ama, pienso yo
Que ha de alabar los defetos.
Las gracias, cuando lo son,
Ellas están alabadas;
Dad á estas niñas turbadas
Un requiebro, que es razón.
Alabadme la desgracia
Deste ojo, aunque á ver no acierto,
Que, en verdad que, para tuerto,
No mira con poca gracia.»
LEONOR.
Ahora bien: tú eres bellaco;
No más socarronerías:
¿Qué es del papel de Macías?
NUÑO.
Espera, que ya le saco.
LEONOR.
Si no son versos, no creas
Que Clara le ha de tomar.
NUÑO.
Vile escribir y pensar.
LEONOR.
¿Qué importa que tú lo veas?
NUÑO.
Y vi que gestos hacía.
LEONOR.
¿Gestos? ¡Extraña invención!
NUÑO.
Y entre razón y razón,
Uña y media se comía.
LEONOR.
Si escribe desa manera,
No tiene buen natural.
NUÑO.
Un poeta artificial
Entré á ver (que no debiera),
Y en la cama componía
Con un tocador y antojos;
Dióle en la boca y los ojos
Una cierta perlesía,
Con que parió sin comadre
Un verso, que apostaré
Que, al parirme, le costé
Menos dolor á mi madre.
LEONOR.
Clara viene; vete presto.
NUÑO.
Éste es el papel; adiós.

Dale el papel y vase.

Clara.

CLARA.
¡En conversación los dos!
Leonor, ¿es término honesto?
LEONOR.
Dióme ese loco un papel
De unos versos de Macías.
CLARA.
¿En eso te entretenías?
LEONOR.
¿Tengo yo que hablar con él?
Como aqueste hidalgo ha dado
En quererte, hablaba en ti.
CLARA.
¿Son esos los versos?
LEONOR.
Sí;
Que tiene ingenio extremado.
CLARA.
Muestra.
LEONOR.
¡Tan presto! ¿Es mudanza
De tu honesto proceder?
CLARA.
Pues, Leonor, ¿á qué mujer
Le pesó de su alabanza?
LEONOR.
Escóndele; que ha venido
Tello.

Tello.

TELLO.
Aunque el primero sea
Que de una ausencia tan breve,
Señora, te traigo nuevas,
No lo he podido excusar.
CLARA.
¿Cómo, Tello, breve ausencia?
TELLO.
Pues ¿qué más breve que luego?
CLARA.
¿Adónde vais?
TELLO.
Á la guerra;
Porque habiendo de ir el Rey
Á defender las fronteras
De Almanzor, rey de Granada,
Que atrevido las molesta,
Le ha suplicado el Maestre
Que remita á las banderas
De su ejército el castigo,
Y el Rey le ha dado licencia.
Ya se viene despidiendo
¡Oh Clara! de la Condesa,
Para ejemplo de mi mal,

Que no porque le consuela;
Y alborotando el palacio,
Cajas y trompetas suenan.
Todo es guerra, y la de amor
Es para mí mayor guerra.

Vase.

El Maestre, la Condesa, Macías, Nuño, Fernando y Páez.

MAESTRE.
Quien vive tan enseñada
Á mis jornadas y empresas,
¡Quiere que agora el sentillas
Por malos agüeros tenga!
¿Es novedad en mi casa
Este género de ausencia?
¿Tantos días ha que vine
De la guerra de Antequera?
Ya no lo puedo excusar.

CONDESA.
Ni es justo; mas no os parezca
Nuevo el sentimiento mío.

MAESTRE.
Siento yo veros con pena.

CONDESA.
¿Lleváis gente á vuestro gusto?

MAESTRE.
No milita en mis banderas
Hombre que no pueda ser
Héctor, Aquiles y César.
Llevo gente de mi casa,
Á Tello, á Fernando, á Esteban,
Á Alvaro, á Fortún Páez,
Ramiro y Sancho de Biedma,
Y otros hidalgos vasallos.

MACÍAS.
Y á mí, señor, ¿no me cuenta
Entre ellos Vueseñoría?

MAESTRE.
Como os criastes en letras,
Es presto para las armas.

MACÍAS.
Eso es en quien gobierna;
Mas para mandar la espada,
¿Quién le quita que no pueda
Á Platón como Alejandro?

MAESTRE.
Venid conmigo, y entienda
Quien lo hiciere como hidalgo,
Que no ha de andar en las puertas
De palacio á pretender;
Que yo premio, si él pelea.

Vanse con sus cumplimientos el Maestre y la Condesa, y síguenlos Páez y Fernando.

MACÍAS.
Oid, señora.

CLARA.
¿En qué os sirvo?

MACÍAS.
Yo voy por vos á la guerra.

CLARA.
¿No decís más?

MACÍAS.
Bien podría;
Pero falta quien me entienda.
Yo os amo desde que os vi,
Con fe tan pura y honesta,
Que os quisiera dar mil almas;
Si ésta queréis, será vuestra.
Y aunque vos no la queráis,
No es posible que ya pueda
Vivir conmigo sin vos.
Dadme, señora, una prenda
Para que me sirva de alma
Mientras aquí se me queda;
Que os prometo, á fe de hidalgo,
Que sin despojos no vuelva,
Aunque me cueste la vida,
Que anima vuestra presencia.
¿Qué decís? ¿En qué pensáis?

CLARA.
Ha poco tiempo que fuera
Á ese amor agradecida,
Que era mía, y soy ajena.
Trata casarme con Tello
Mi señora la Condesa;
Y aunque no me ha dicho nada,
Basta saber que concierta
Su Señoría estas bodas,
Para que yo la obedezca.
Creedme, á fe de hijadalgo,
Que ese amor agradeciera,
Porque vos lo merecéis.
No puedo: dadme licencia.

Vanse Clara y Leonor.

MACÍAS.
¡Ah, Nuño! Yo soy perdido.

NUÑO.
Pues ¿qué hay en esto que pierdas?
¿No fué esta resolución
De una mujer muy discreta?
¿No estás contento de ver
Que tu deseo agradezca?
Ya es de Tello: ¿qué la quieres?

MACÍAS.
Pues ¿qué importa que la quiera?
¿Quítaseme á mí el amor
Porque diga que es ajena?
Si ella me diera un remedio
Con que yo la aborreciera,
Aunque fuera más hermosa,
Yo dejara de quererla.
Pero si con más amor
Con lo que dice me deja,
Y si antes celos no tuve,
Ya con los celos se aumenta,

¿Cómo la puedo olvidar?

NUÑO.

Con imaginar las prendas
Del que ha de ser su marido;
Que no es razón que te atrevas
Á un hombre de su valor.

MACÍAS.

¿Qué bendición de la Iglesia
Tiene este hombre, majadero?
Déjame adorar en ella
Mientras que no tiene dueño.

NUÑO.

¿Y después, cuando le tenga?

MACÍAS.

Entonces la querré más;
Que no hay cosa que más crezca
El amor, que un imposible,
Y el verse un hombre á la puerta
De una mujer que otro goza.

NUÑO.

Yo mucho más la quisiera
Si fuera el que la gozara.

MACÍAS.

¡Qué grosera impertinencia!
¡Qué vil imaginación!

NUÑO.

Pues ¡vive Dios, que si hiela,
Que quiero más una manta
Que mil balcones y rejas,
Si está la dama acostada,
Y yo en la calle por ella!

ACTO SEGUNDO.

Tocan cajas y salen en alarde soldados, Páez, Fernando, Tello, Nuño, Macías y el Maestre.

TELLO.

Toda Córdoba se admira
De tu venida, señor.

MAESTRE.

Desta manera el valor
Los enemigos retira.

FERNANDO.

¡Qué veloz el Africano
Supo á Granada volver!

TELLO.

Hasta en el ver y el vencer
Eres César castellano.
Por más que intente decirte,
Será imposible alabarte.

PÁEZ.

El Rey lo muestra en honrarte,
Pues que sale á recibirte.

El Rey y acompañamiento.

REY.

Dadme los brazos, Maestre.

MAESTRE.

¡Gran señor!.....

REY.

Honrar es justo
Vuestro valor, y este gusto
Es bien que en público muestre.
No os pregunto cómo estáis,
Pues victorioso venís,
Porque viniendo decís
El estado en que os halláis.
Hoy á vuestra roja espada
Habéis dado tanta gloria,
Que ha de ser esta victoria
Freno y temor de Granada;
Porque volver castigado
El Moro de la frontera,
Como si en su Alhambra viera
Nuestro pendón levantado,
Me ha dado contento y gusto.

MAESTRE.

Honráis los buenos deseos
De ofreceros por trofeos
El mundo, Príncipe augusto.
Estos soldados lo han hecho
Con tan heroico valor,
Que merecen bien, señor,
Que honréis su valiente pecho.
Tello de Mendoza es
Mi camarero, y os juro
Que puede su alarbe muro
Rendir Granada á sus pies.
Fortún Páez y Fernando
Girón mostraron en todo
Que tienen del nombre godo
Sangre y valor heredado.
Mas desde que me ceñí
La espada, puedo jurar
Que no he visto pelear
Mas bien que á este hidalgo vi,
Recién venido á servirme
De Castilla; porque creo
Que no he visto en cuantos veo
Hombre tan valiente y firme,
Tan gallardo y alentado;
Tanto, que á decir me atrevo
Que la victoria le debo.

MACÍAS.

Quien fué, gran señor, soldado
Del Maestre, poco hacía
Cuando mil moros venciera,
Pues dél imitar pudiera
Tanto valor aquel día.
Yo, bisoño, sólo fuí
Á dar principio al deseo
De serviros.

REY.

En él veo

Lo que decís.

MACÍAS.

Si hay en mí
Algún átomo pequeño
De aliento, de ánimo y brío,
Puesto que parece mío,
Todo se reduce al dueño.

REY.

¡Qué bien hablado y cortés!
Pide, mancebo galán,
Alguna merced.

MACÍAS.

Tendrán
Mis labios tus Reales pies
Por merced tan singular,
Que no quieren más ventura.
Mas si tu Alteza procura
Pecho tan humilde honrar,
Le suplico sea servido
De oirme aparte.

REY.

Sí haré,
Porque es muy justo que esté
Á quien sirve, agradecido.

Apártanse los demás.

MACÍAS.

Ínclito rey don Enrique,
Sangre de los godos reyes,
Que el laurel que perdió España
Vas restaurando á su frente;
Tú, que al divino Pelayo
De tal manera pareces,
Que á sus gloriosos principios
Fin tan dichoso prometes:
Yo soy Macías, hidalgo
De los buenos que descienden
De la Montaña á Castilla;
Que supuesto que se debe
El buen nacimiento al cielo,
Yo pienso que quien le tiene
También se puede alabar,
Si obrando bien, lo merece.
Los estudios de Palencia,
En este tiempo eminentes,
Me dieron letras bastantes
Para no ignorar las leyes.
Mas yo, que en la variedad
Hallaba más gusto siempre,
La retórica y poesía
Quise que mis ciencias fuesen.
Hice versos amorosos,
Porque son los años verdes
Para sus conceptos alma,
Si bien el alma divierten.
Fuéme forzoso dejar
Por algunos intereses
La patria; pensé en la corte;
Que no hay cosa que se piense
Más presto cuando un mancebo
Salir de su patria quiere.
Truje cartas del señor
De Alba, y dilas al Maestre.
Recibióme en su servicio,
Y así los cielos aumenten
Tus glorias, y hasta Marruecos
Tus rojos pendones lleguen,
Que lo que quiero decirte
Me perdones, pues que tienes
Ingenio, á quien no le espantan
Los humanos accidentes.
La condesa doña Juana,
Sangre de Lara excelente,
Á cuya virtud es sombra
La fama que la encarece,
Tiene en su servicio agora
Una dama, que si puede
Disculparme el hacer versos,
Es un serafín celeste.
Su bien compuesta persona
Labró de púrpura y nieve
Naturaleza despacio,
No con la priesa que suele;
De suerte que quiso ser,
Aunque el arte se le niegue,
Para su mármol Lisipo,
Para su pintura Apeles.
Retrató el sol en sus ojos,
Y en un hilo de lucientes
Perlas puso artificiosa
Dos encendidos claveles.
Perdona otra vez, señor,
Si mi loca lengua excede
Del modo con que es razón
Que los reyes se respeten.
Clara es su nombre, y obscuro
El sol mirando su frente.
Llevóme el alma; sin alma,
¿Qué vida tenerla puede?
Desasosiegos de amor
Me pusieron de tal suerte,
Que me alegré de que el Moro
Tan atrevido viniese,
Pues con gusto de morir
Fuí á la guerra; mas la muerte
Nunca viene á quien la busca;
Que á los descuidados viene.
Por vida de Vuestra Alteza,
Que nunca, que yo me acuerde,
Había sacado la espada,
Porque no á todos se ofrece,
Hasta que á los moros vi;
Mas amor, que hace valientes,
Me dió tal brío y valor
Para que obligar pudiese
Al Maestre, que no creo
Que airado cierzo en Noviembre
Derriba al olmo las hojas
Que dél, medio secas, penden,
Con más violencia y furor,
Y en remolinos envuelve,

Que yo cabezas de moros;
Y esto es fácil de creerse,
Porque las fuerzas de amor
Á todo imposible exçeden.
Como me mandaste aquí
Que te pidiese mercedes,
Y sé que aun el mismo Dios
Quiere que le pidan siempre,
Parecióme bien pedirte
Que le mandes al Maestre
Me dé por mujer á Clara;
Que todo el oro de Oriente
No estimaré como ser
Su marido, si concedes
Esta merced á mi amor;
Porque los humanos bienes
No compiten con las almas,
Reino que el amor posee.
Y así, en hacerme este bien
Mostrarás, señor, quién eres;
Que en tenerla está mi vida,
Y en perderla está mi muerte.

REY.

Huelgo de haberte escuchado;
Que, como hombre, tal vez
Soy de los hombres jüez,
Y en la piedad lo he mostrado.
Retírate, hidalgo, allí.
Maestre.....

MAESTRE.

Señor.....

REY.

Sabed
Que os pide á vos la merced
Este soldado por mí.

MAESTRE.

Señor, con tan buen tercero
No queda qué encarecer.

REY.

Dalde á Clara por mujer.

MAESTRE.

Diósela á mi camarero
La Condesa, y ya se han dado
Las manos.

REY.

Pésame.

MAESTRE.

Haré
Que no se casen.

REY.

Seré,
Si ya lo impido, culpado
Para con Dios.

MAESTRE.

Esto es cierto.

REY.

Macías.....

MACÍAS.

Señor.....

REY.

Está
Casada esa dama ya,
Por escrito su concierto.

MACÍAS.

Desdichado soy, señor.

REY.

Con una cruz de Santiago
Lo que he prometido pago,
Bien debido á tu valor.
Maestre.....

MAESTRE.

Señor.....

REY.

Daréis
Por mí un hábito á este hidalgo;
Que por sus méritos salgo.

MAESTRE.

Vos le dais, y vos le hacéis;
Que ninguno le ha tenido
Por término más honrado,
Si un rey le ha calificado
Y su información ha sido.

Vanse todos, menos Macías y Nuño.

MACÍAS.

¿Qué desdicha puede haber,
Nuño, que iguale á la mía?
Llegó de mi muerte el día:
Ya no es Clara mi mujer.
No sé qué tengo de hacer
Sin esperanza ninguna,
Porque donde hay alguna
Que mire á la posesión,
Aún falta jurisdicción
Al poder de la fortuna.
¡Ay de mí! Clara perdida,
Vida, ¿para qué sois buena?
Que de tantos males llena,
Más seréis muerte que vida.
De una esperanza asida,
Con el bien de su memoria
Animastes la victoria;
Que, á estar de perderla cierto,
Quedar en el campo muerto
Tuviera mi amor por gloria.
Tello de Mendoza ¡ay cielos!
¿Ha de gozar de mi bien?
¿Cómo puede ser que estén
Juntos mi amor y mis celos?
Mal pueden fuegos y hielos
Tener en paz mi cuidado;
Mas si helado y abrasado
No puede ser que me vea,
Hará que posible sea
La dicha de un desdichado.

NUÑO.

Mal tus sentimientos mides
Con tu ingenio y discreción.
¡Qué injusta lamentación
Cuando te dan lo que pides!
De una sustancia es el pago,

Y la cruz el testimonio,
Pues por la del matrimonio
Te han dado la de Santiago.
La diferencia ha de ser
(Dejo aparte los decoros)
El pelear con los moros
Ó con la propia mujer.
Aquélla es roja cuchilla,
Y ésta de martirio palma;
Aquélla se pega al alma,
Y ésta en la capa y ropilla.
Cuál dellas venga á tener
Mayores obligaciones,
Consiste en otras razones
Que hay de marido á mujer.
Pero es justa imitación
Por la roja cruz del lado,
Que ha de traerla el casado
Al lado del corazón.
Que con este amor se abone,
Es del honor vida y luz;
Que hay casado que la cruz
Á las espaldas la pone.
Hombre, imita al caballero:
Ponla en el pecho, y verás
Que lo que te pesa más
Es en el alma ligero.

MACÍAS.

¿Qué tiene, Nuño, que ver
Ese discurso conmigo?
Mejor le haré yo contigo
Si ha sido cruz la mujer;
Porque como un caballero
Muerto en la tumba la pone,
Eso mismo el Rey dispone
Que me pongan cuando muero.
Vamos á verla entretanto
Que vivo, si son consuelos
De amor ver celos; que celos
Tienen por consuelo el llanto.
Vayan mis ojos á ver
Lo mismo que han de llorar,
Porque no hay mayor pesar
Que del ajeno placer.

NUÑO.

Que no eres tan desdichado
Como tienes presumido,
Ni Tello por ser marido
Es tan bienaventurado.
Que, aunque la ventura es suya,
Á pocos días de Clara,
Estoy cierto que tomara
Tello tu cruz por la suya.
Que en trato discreto ó necio,
Si á los ejemplos te pones,
Hay muy pocas posesiones
Que no paren en desprecio.
Yo te doy que cada día
Comas perdiz y capón:
Desearás un salpicón
De cebolla y vaca fría.
¿Piensas tú que la deidad
De una mujer en su estrado,
Es de su marido al lado
La misma?

MACÍAS.

¡Qué necedad!
Unos amores discretos,
Tratados, ¿pueden perder?

NUÑO.

Digo yo, si la mujer
Va descubriendo defetos.
Pero si discreta ha sido,
Limpia y de buen parecer,
Yo sé que es la tal mujer
Corona de su marido.

Vanse.

La Condesa, Clara y Leonor.

CONDESA.

Estos vestidos gusto
Que lleves esta noche.

CLARA.

Tus pies beso;
Mas mira que no es justo
Que llegue tu favor á tanto exceso.

CONDESA.

No es exceso quererte:
Yo quiero que te vistas desta suerte.
La cintura y cadena
Te doy también, y el parabién, que es justo,
De lo que el cielo ordena
Para remedio tuyo, tan á gusto
Del Maestre, que creo
Que retrató tu dicha su deseo.
Es Tello de Mendoza
Hidalgo de los buenos de Castilla.

Fernando y Páez.

FERNANDO.

¡Por Dios, que es bella moza!

PÁEZ.

No la hay desde Toledo hasta Sevilla
De tal ingenio y cara.

FERNANDO.

Merece á Tello justamente Clara.

CONDESA.

Á todos regocija
Tu casamiento: gracias doy al cielo.

FERNANDO.

Salir á la sortija
Que han intentado, me ha de dar desvelo.

PÁEZ.

¿Qué mayores tesoros
Que para la invención vender dos moros?

FERNANDO.

Tantos hemos traído,
Que no valdrán entrambos treinta reales.

PÁEZ.

Buscar de los que han sido,

Para rescate, moros principales.

FERNANDO.

¿Quién ha de mantenella?

PÁEZ.

Tello será mantenedor por ella.

FERNANDO.

Dijeron que Macías.

PÁEZ.

No sé por qué razón, favorecido,
Anda triste estos días.

FERNANDO.

La ausencia de la patria habrá sentido.

PÁEZ.

Voy á vender un moro.

FERNANDO.

Trocalde á un mercader á seda y oro.

Vanse Fernando y Páez.

CONDESA.

Las fiestas de tu boda,
Clara, traen la casa alborotada.

CLARA.

De quererme bien toda,
Nace alegrarse de que esté casada
Con hidalgo tan noble.

CONDESA.

Y por su dicha dél se alegra al doble.
Á tus padres escribe.

CLARA.

Con tu licencia los escribo agora.

CONDESA.

Clara, contenta vive,
Y Dios te haga dichosa.

CLARA.

¡Oh gran señora!
Aquí una esclava tienes.

CONDESA.

Tus méritos te dan los parabienes.

Vase.

CLARA.

Dame, Leonor amiga,
Recado de escribir.

LEONOR.

Goces mil años,
Sin que de la enemiga
Fortuna sientas los contrarios daños,
Estado tan dichoso
Con Tello, mi señor, tu amado esposo.
Mas, siendo la primera
Que las nuevas te di, no me has pagado
Con palabras siquiera.

CLARA.

Leonor, todas mis galas te he dejado;
Que quiere desde agora
Que me vista las suyas mi señora.
Como fuiste presente
De Tello, y nuestra fe tomaste luego,
Dudé, mas neciamente,
El darte libertad: esa te entrego.

LEONOR.

Beso tus pies mil veces.
En fin, señora, ¿libertad me ofreces?

CLARA.

Ya eres tuya.

LEONOR.

¿Ya puedo
Darme á quien yo quisiere?

CLARA.

Si eres tuya,
Bien puedes.

LEONOR.

Pues si quedo
Con libertad, como de cosa suya,
Dispone el alma mía
Que vuelva á ser del dueño que solía.
Ser por fuerza tu esclava
No me obligaba á ser agradecida;
Mas si quien libre estaba
Te vuelve á dar su libertad rendida,
Más hace, siendo suya.

CLARA.

Eso es, Leonor, hacerme esclava tuya.

Macías y Nuño.

MACÍAS.

¿Puedo darte el parabién
De tu dicha y de mi muerte,
Clara hermosa?

CLARA.

Pienso yo
Que mi dicha le merece.

MACÍAS.

Que le merece tu dicha,
¿Quién puede haber que lo niegue?
Que mi muerte le merezca
Es lo que extraño parece.
Mandóme el Rey, por servicios
Que le hice, que pidiese
Mercedes, y te pedí
Por las mayores mercedes.
Díjole al Maestre el Rey
¡Ay Dios! que te mereciese
Por mujer; y respondió
Al mismo Rey libremente
Que estabas casada ya.
El Rey, de ver que no fueses
El premio de mis servicios,
Mandóle, Clara, al Maestre
Que de un hábito me honrase:
Pensólo discretamente,
Porque si las de los muertos,
Que por últimas les deben,
Llaman honras en Castilla,
El Rey por muerto me tiene.
No sé cómo hable contigo,
Porque fué necedad siempre
Hablarles en cosas tristes
Á los que viven alegres.

Casarte tú y morir yo
Son cosas tan diferentes,
Que no puede concertallas
Ni quien vive ni quien muere.
Pero en tu bien y en mi mal
Una cosa solamente
Puede caber, y no quiero
Que ser esperanza pienses;
Que no soy tan descortés.

CLARA.

Pues ¿qué será lo que quieres,
Siendo cosa tan honesta?

MACÍAS.

Que te dé lástima el verme.

CLARA.

¿No quieres más?

MACÍAS.

No, ¡por Dios!;
Que pedirte que te pese
Fuera gran descompostura.

CLARA.

Pues, hidalgo noble, advierte:
No sólo me has dado pena
De la que, amándome, tienes;
Pero, á no estar ya casada,
Fuera tuya eternamente.
Esto sin que haya esperanza
Ni atrevimiento que llegue
Á pasar tu amor de aquí;
Porque el día que esto fuese,
Yo propia diré á mi esposo,
Honrado como valiente,
Que te quitase la vida.

MACÍAS.

No hayas miedo que yo deje
De amarte.

CLARA.

¿Cómo?

MACÍAS.

No más
De amarte, sin ofenderte.

Vanse Clara y Leonor.

NUÑO.

¡Cuerpo de tal! ¡Qué mujer!
Ésta sí, que no mujeres
Todas melindres y engaños,
Sino decir lo que sienten.
¡Con qué gracia de sus labios,
Rosas de Abril entre nieve,
Dijo: «Á no estar ya casada,
Fuera tuya eternamente»!

MACÍAS.

Y ¿no es nada lo que dijo
Después? Que si yo quisiese
Pasar á esperanza sola,
Ó á más que amarla atreverme,
Diría á su mismo esposo,
Honrado como valiente,
Que me quitase la vida.

NUÑO.

Habló noble y justamente
Para atajarte los pasos.
¡Bien haya quien agradece
El amor, y el honor guarda!
No como algunas crueles,
Que por pescar las haciendas,
Á los hombres desvanecen.
Aquí no queda que hacer,
Macías, más de que entierres
Tu amor, pues tú mismo dices
Que estás muerto.

MACÍAS.

¡Bien lo entiendes!
Con advertimiento, Nuño,
De que en nada me aconsejes,
Desde hoy comienzo á servir
Á Clara.

NUÑO.

Pues ¿qué pretendes?
¿Qué han de sentir su marido,
La Condesa y el Maestre?
Si esta necedad intentas,
Que es fuerza llegue á saberse,
¿Qué ha de ser de ti y de mí?

MACÍAS.

¿No puedo quererla?

NUÑO.

Puedes.

MACÍAS.

Quererla, ¿es delito?

NUÑO.

No.

MACÍAS.

¿Oféndola?

NUÑO.

No la ofendes.

MACÍAS.

Pues ¿qué importa?

NUÑO.

Andar perdido.

MACÍAS.

Pues ¿qué pierdo?

NUÑO.

El tiempo pierdes.

MACÍAS.

Yo, ¿no me muero?

NUÑO.

Es locura.

MACÍAS.

Confieso.

NUÑO.

No lo confieses.

MACÍAS.

¿Qué haré?

NUÑO.

Dejarlo de hacer.

MACÍAS.

Y ¿quién podrá?

NUÑO.

Tú, si quieres.

MACÍAS.
Quiero y no puedo.
NUÑO.
Porfía.
MACÍAS.
¡Por Dios, Nuño, que me dejes;
Que á quien le cansa la vida
Será partido la muerte!

Vanse.

El Rey, con un libro, y el Maestre.

MAESTRE.
Información trujo honrada
De su noble nacimiento.
REY.
De su ingenio estoy contento,
Como lo estáis de su espada.
En fin, ¿ha escrito Macías
Todo este libro?
MAESTRE.
Ha mostrado
Lo tierno de enamorado,
Mayormente en estos días
Que casé á Clara, en hacer
Letras, romances, canciones
Á diversas ocasiones,
Que todas deben de ser
Dirigidas á haber sido
En perderla desdichado.
REY.
Si le hubiérades casado,
Todas se hubieran perdido.
MAESTRE.
¿Por qué, señor?
REY.
Porque amor
En posesión no desea,
Y no hay materia que sea
Para los versos mejor
Que un amante desdeñado
Ó en esperanza del bien.
MAESTRE.
Pocos escriben tan bien.
REY.
Él tiene ingenio extremado.
Tienen gracia y agudeza
Los españoles, Maestre,
En hacer versos.
MAESTRE.
Que muestre
Tanta afición Vuestra Alteza,
Hará que vuelva á tener
España, en versos, iguales
Mil Sénecas y Marciales.
REY.
Las causas que dan de hacer
Tan peregrinos concetos
En las obras amorosas,
Más que la historia y las prosas,
Son del mismo amor efectos;
Pues dicen que no hay nación
Que así estime, adore y quiera
Las mujeres, ni prefiera
Á la hacienda, á la opinión,
Y aun á la vida, su gusto.
MAESTRE.
Bien se ve en las galas y oro
Que les dan.
REY.
Con gran decoro
Las sirven y aman, y es justo,
Así por deuda tan clara
Del nacer, como por ser
La hermosura de mujer
Cosa tan perfecta y rara.
Leedme esa dirección
Que de su libro me hace
Macías.
MAESTRE.
Si os satisface,
Confirmaréis su opinión.

Lee.

«Al muy poderoso señor de Castilla,
El gran descendiente del magno Pelayo,
De España corona, del África rayo,
De moros alarbes sangrienta cuchilla,
Á quien obedezcan Granada y Sevilla,
Como en el tiempo que fué de los godos,
Macías ofrece sus versos, y todos
Al pie soberano los postra y humilla.»
REY.
¡Extremada dirección!
MAESTRE.
Como á quien va dirigida.
REY.
Pero leed, por mi vida,
De amor alguna canción.
MAESTRE.

Lee.

«Amores me dieron corona de amores,
Porque mi nombre por más bocas ande.
Entonces no era mi mal menos grande
Cuando me daban placer sus dolores.
Vencen el seso sus dulces errores;
Mas no duran siempre según luego aplacen;
Y pues que me hirieron del mal que vos hacen,
Sabed al amor desamar, amadores.»
REY.
¡Qué excelente y qué ejemplar!
Maestre, estimad este hombre.
MAESTRE.
¿Quién como vos de ese nombre
Le puede calificar?
Yerra en lo que persevera,
Y más casándose Clara.
REY.
Si el Moro no lo estorbara,

Grandes ingenios hubiera.

Vanse.

Macías y Nuño.

NUÑO.

¿Qué descompostura es ésta?
¿Tienes seso?

MACÍAS.

Hele perdido
Con lo que he visto y oído.

NUÑO.

Bien claro se manifiesta.
¿Para qué entraste en la fiesta,
Si lo habías de sentir?

MACÍAS.

Si me vienen á decir
Que al novio, Nuño, acompañe,
Cuando más me desengañe,
¿Puedo dejar de morir?
En la noche confiado,
Que, en fin, encubre mejor
Cualquiera efecto de amor,
Entré con el desposado.
Llevaba el color mudado,
Como quien va á desafío;
Y el corazón, aunque el brío
De tantas penas deshecho,
Tan descortés en el pecho
Como si no fuera mío.
Llegué, volví atrás, temblé,
Paró el pie la confusión;
Pero luego el corazón
Hizo el oficio del pie.
Miré, perdíme, lloré,
Y de suerte vine á estar,
Que andaban para buscar
Consejos, donde hay tan pocos,
Todos los sentidos locos,
Sin conocer su lugar.
Parecióme que no vía
Lo mismo que viendo estaba;
Sin oir lo que escuchaba,
Lo que imaginaba oía.
¿No has visto un fuego? Así ardía
La casa del alma, y luego
El entendimiento ciego
Pedía con mil enojos
Á las fuentes de los ojos
Agua que templase el fuego.
Como al crepúsculo frío
Del alba, entre luces rojas,
Abre una rosa las hojas
Para beber el rocío,
Estaba aquel dueño mío,
Aquella divina fiera,
Tan hermosa, que pudiera
Adoralla como al sol,
Á ser indio, el español
Que entonces sus rayos viera.
Cuando Dios no fabricara
Púrpura y cristal de roca,
Naturaleza en su boca
Cristal y púrpura hallara;
Y cuando el sol no formara,
Se viera en sus bellos ojos;
Y á no haber claveles rojos,
Allí los vieran los cielos,
Y cuando no hubiera celos,
Se hallaran en mis enojos.
Levantóse del estrado,
Y la Condesa con ella;
Llegó el desposado á ella
Más dichoso que turbado,
Y con el padrino al lado.
La sala se suspendió.
Luego el padrino llegó,
Y tomándoles las manos.....
¡Cómo, cielos soberanos,
Vivo yo, si lo vi yo!
Preguntó á Tello (¡ay de mí!)
Si por mujer la quería.
Dijo que sí, y yo vivía,
Que aún faltaba el otro sí.
Luego á Clara; y hasta aquí,
Como si en la horca fuera,
Mi loca esperanza espera;
Pero en oyendo mi daño,
El verdugo desengaño
Me arrojó de la escalera.
Yo no sé cómo viví;
Pero ¿quién habrá que crea
Que me pareciese fea
Al tiempo que dijo sí?
Mas por dicha no entendí
La causa que pudo haber.
Hermosa debió de ser,
Porque son todas las cosas,
Nuño, mucho más hermosas
Cuando se quieren perder.
¡Mira tú qué pensamiento
El de una loca afición,
Que tuve imaginación
De poner impedimento!
Pero en este necio intento
La bendición les llegó,
Y Tello á Clara llevó
Donde con otras señoras
Sentados, culpan las horas
Que estoy dilatando yo.
Pero ya las dos serán,
Y siento que se levantan;
Que ya ni danzan ni cantan,
Antes pienso que se van.
¡Ay, Dios! La muerte me dan
Con ver acortar los plazos
De sus regalos y abrazos;
Que si una mano que dió
Clara á Tello me mató,
¿Qué haré si le da los brazos?

NUÑO.

Tello no es tan venturoso

Como á ti te ha parecido.
¿No es, en efecto, marido?

MACÍAS.

Y ¿puede ser más dichoso?

NUÑO.

No sé, ¡por Dios! ¿No ha de estar
En casa?

MACÍAS.

Pues ¿dónde quieres?

NUÑO.

Muy dignas son las mujeres
De amar y reverenciar;
Pero esto de estar allí
Á todas horas, es cosa,
Por fácil, menos gustosa.

MACÍAS.

Tal me sucediera á mí.

NUÑO.

Aunque viendo lo que pasa,
Hay mujer que, por ser nueva
De noche, el día se lleva
De un vuelo fuera de casa.
En un año una mujer
Es silla, es banco, es bufete,
Porque como no inquïete,
Eso mismo viene á ser.
La novedad es gran cosa.

MACÍAS.

No, para quien ha llegado
Á tener (¡qué dulce estado!)
Mujer discreta y hermosa.

NUÑO.

¿No es nada la novedad?
Pues hoy una dama vi
Que sin dientes conocí,
Y los tiene en cantidad.
Y díjela: «Cosa vil,
Que falta de doce perlas
Supla quien llegare á verlas
Un forastero marfil.»
Y respondióme: «Ha mil días
Que lo traía, en verdad,
Y por mayor novedad
Troqué por éstas las mías.»
Pero retírate aquí;
Que pienso que salen ya.

Retíranse á un lado embozados.

Pajes con hachas, Páez, Fernando, Tello, que trae de la mano á Clara, la Condesa y el Maestre.

MACÍAS.

Conjurado, Nuño, está
Todo el cielo contra mí.

TELLO.

Suplico á Vueseñoría
No pase más adelante.

CLARA.

Señora, basta el favor.
No es bien que adelante pase
De aquí Vuestra Señoría.

CONDESA.

Ahora bien, el cielo os guarde
Y os haga muy venturosos.

MAESTRE.

Clara, no he podido honrarte
De más gallardo marido.

CLARA.

Ni hacerme favor más grande;
Pero, en fin, de tales manos,
Que beso mil veces.

FERNANDO.

Páez, (Aparte á Páez.)
¡Vive Dios, que llevo envidia!

PÁEZ.

¡Linda moza!

FERNANDO.

Es como un ángel.

Vanse los desposados por una parte, y el Maestre y la Condesa por otra.

NUÑO.

Ellos se van á acostar.
Bien puedes desembozarte,
Y vamos á hacer lo mismo,
Pues ya no hay Clara que aguardes,
Sino es la mañana clara.
¿No hablas? Pero no hables
Si ha de haber lamentaciones,
Y aquello de los amantes
Cuando glosan muchas veces
Con siete mil disparates:
«No goces al desposado.»
Vamos á casa, que es tarde,
Y es mañana la sortija,
En que, por lo menos, sales
Á ser el mantenedor.
Mira que estás, por las partes
De valiente y de poeta
É inventor de nuevos trajes,
En los ojos de la corte,
Y que será bien que saques
Galas y discretas letras.

MACÍAS.

¡Ay, fortunas inconstantes
Del mar de amor, en que voy,
Como en el golfo la nave
Combatida de los vientos!

NUÑO.

Anda pues, y no te pares.

MACÍAS.

¿Cómo andar?

NUÑO.

Pues bien, ¿qué implica
Que á un mismo tiempo hables y andes?
En un auto un día del Corpus
Decía un representante:
«Quiero destruir el mundo.»
Y como entonces llegase
La procesión, aunque estaba
En figura venerable,
Dijo un regidor: «Andando

Y destruyendo, Juan Sánchez.»
Tú agora quéjate y anda.

MACÍAS.

Sin andar pienso quejarme;
Que no me puedo mover
Con peso de tantos males.

NUÑO.

Pareces perro de caza
Que vió la perdiz delante;
Que como te halló te quedas.
Mira que tocan á laudes
En cuarenta monasterios.

MACÍAS.

Diles que para enterrarme
(¡Ay, Nuño!) toquen á muerto;
Y si no lo estoy, matadme,
Celos, envidias de amor,
Ó ¿queréis que yo me mate?

Vanse.

Macías y Nuño.

MACÍAS.

Dejadme, imaginaciones,
Que de la pintura el arte
Imitáis en mis sentidos,
Pintando figuras tales,
Que me abrasan y me hielan.
Ya veo, en forma de Marte,
Cómo Tello de Mendoza
Le dice amores süaves.
Ya veo la hermosa Venus,
Que sobre las flores yace
De un verde prado, después
Que dió nieve á sus cristales.
Ya veo dos mil Cupidos
Por los ramos de los sauces,
Esparciendo azahar y rosa
Sobre los tiernos amantes.
Nuño, ¿sabes qué he pensado?
Que con grandes golpes llames,
Y que digas que el Maestre
Le manda que se levante.
Hazme este bien, Nuño amigo.

NUÑO.

Los malos remedios hacen
Lo que hace el agua en la fragua,
Con que más las llamas arden.
Y este hombre no es tan necio,
Que en tal ocasión pensase
Que le llamaba el Maestre.

MACÍAS.

¿No sirve? Pues no te espantes;
Que él sabe que los señores
No hallan cosa en que reparen
Cuando los han menester.

NUÑO.

¿Qué ocasión habrá bastante
Para que él pueda creerlo?
Que á tal hora no es muy fácil.
Decirle que á la Condesa
Le dió un recio mal de madre,
Es necedad, porque Tello
No cura destos achaques.
Demás, que desde la cama
Dirá Clara: «Quemad, paje,
Unas plumas de perdiz,
Y si no, ponelde un parche.
El Maestre orina bien.»

MACÍAS.

¡Qué consuelos!

NUÑO.

Si los sabes
Mejores, dilos; que ya
Descubre el alba celajes
En el cuchillo del monte
Que corta á Córdoba azahares.

MACÍAS.

Dile que han venido moros.

NUÑO.

¿Á qué?

MACÍAS.

¿Cómo á qué? Á vengarse.

NUÑO.

Como era tan de mañana,
Pensé que á dar por las calles
Letüario y aguardiente.
Mas ¿si pregunta á qué parte?

MACÍAS.

Di que á Écija.

NUÑO.

¿Y si dice
Que, habiendo ocho leguas grandes,
No pueden llegar tan presto,
Y que entretanto descanse
Su Señoría, ¿qué haremos?

MACÍAS.

Da golpes: basta vengarme
En que despiertes á Tello.

NUÑO.

Necedad de necedades.
¿Tello había de dormir
Teniendo al lado aquel ángel?

MACÍAS.

¡Maldígate el cielo, Nuño;
Que me has muerto!

NUÑO.

No te canses.
Mira que estás á su puerta,
Mira que el alba, que sale,
Se ríe de tus locuras,
Y se las cuentan las aves.

MACÍAS.

¿Que es posible que no quieres
De la cama levantalle?

NUÑO.

¿Quieres tú que se resfríe
Ese desposado en balde?
Mira, señor, que entra el día.

MACÍAS.

Entre, y entren mil pesares
Hasta el alma.

NUÑO.
Gente suena
En casa, y las puertas abren.
¿Dónde van perros y halcones,
Y cazadores delante?
¡Vive Dios, que es el Maestre!
Ya no hay que huir, no te apartes;
Que será darle sospechas.

MACÍAS.
¡No hay desdicha que me falte!

El Maestre, de caza; Fernando y Páez.

MAESTRE.
¿Es Macías?

FERNANDO.
Sí, señor,
Si no es que el alba me engañe.

MAESTRE.
¿Cómo has madrugado tanto?

MACÍAS.
Sólo vengo á acompañarte,
Que supe que al campo ibas.

MAESTRE.
Seráme más agradable
Contigo. Dalde el overo,
Si no es que caballo traes,
Y dalde una haca á Nuño.

NUÑO.
¿Haca ó qué? ¡Sin acostarme,
Tras esta noche una haca,
Y entre árboles y jarales
Andar buscando un venado,
O una garza por los aires!
¡Muerto soy!

MAESTRE.
Vamos, Macías.

NUÑO.
¿No llevas almuerzo, Páez?

PÁEZ.
Levántaste de la cama,
Y ¡quieres comer!

NUÑO.
Á nadie
Le dé Dios tan mala noche.
¿Volverán presto?

PÁEZ.
Á la tarde.

ACTO TERCERO.

El Rey, Páez, Fernando; Macías con hábito de Santiago, y Nuño.

MACÍAS.
Á besaros los pies, señor, me envía
El Maestre, al honor agradecido
Que traigo al pecho este dichoso día,
Más grande cuanto menos merecido.

REY.
Para que os viese usó de cortesía:
Á él ese favor habéis debido.
Él es el dueño dese honor: no es justo
Deberme más que intercesión y gusto.

MACÍAS.
Vuestro valor el alto cielo extienda
Donde hasta agora no plantas ningunas;
Y plegue al cielo que de vos descienda
Quien ponga en otro mundo las colunas.

REY.
¿Cómo va de las musas?

MACÍAS.
La contienda,
Claro señor, de envidias importunas
Las tiene retiradas; mas no tanto,
Que no os celebren en su dulce canto.
Apenas hoy comienza el que desea
Por los versos, señor, fama constante,
Cuando quiere vencer con breve idea
Al que la tiene en bronce y en diamante.
Otro veréis que en enseñar se emplea,
Y está de los principios ignorante:
Todos éstos resiste la prudencia.

REY.
¿Qué virtud se libró de competencia?
La sortija no vi, por ocupado,
Aquella tarde, y me alabó el Maestre
Letras, galas y lanzas de un soldado
Que no hay acción en que valor no muestre.
¿Quién la mantuvo?

MACÍAS.
El mismo desposado,
Porque las armas el amor adiestre
Con más primor que el arte.

REY.
¡Buenos bríos!

MACÍAS.
¡Ay, dulce causa de los males míos! (Aparte.)
Salió Tello galán, de blanca tela
Bordada de laureles; que le alcanza
Favor, que enamorado se desvela,
Y vió la posesión de su esperanza.
Dorada de la lanza la arandela,
Los bríos igualó la confianza,
Con manto al hombro, que barriendo el suelo,
Era cometa de arrogante cielo.
Prometo, gran señor, á Vuestra Alteza
Que un castaño bridón de tela armado
Le hacía un edificio en la firmeza,
Si puede ser en aire fabricado.
Aquella corpulenta ligereza,
Como baquetas de atambor templado,
Las fuertes manos con tal son movía,
Que pensaban las piedras que tañía.
Llevaba dos gigantes por padrinos,
Presos de un niño amor, que los guiaba,
«Mis deseos» por letra, y que eran dinos

De su grandeza con razón mostraba;
Que puesto que de Clara los divinos
Cielos de amor pacífico gozaba,
Quiso mostrar que dulces himeneos
No templan, antes crecen, los deseos.
Fortún Páez salió de verde y plata,
Todo bordado de diversas flores;
Llevó por letra en quejas de una ingrata:
«No pasan de esperanzas á favores.»
Un bayo obscuro los del sol retrata,
Y tan ligero al aire dió colores,
Que aunque en Córdoba son hijos del viento,
Éste lo fué del mismo pensamiento.
Fernando (que presente miras) quiso,
Para tomarlos, más que dar consejos,
Ser de sí mismo y de su amor Narciso,
Y en oro y nácar se vistió de espejos.
Las damas, que temieron este aviso,
Mirábanse en sus luces desde lejos,
Si bien por los espejos y dos años
De amor, por letra dió: «Mis desengaños.»
En esto, un monte, vomitando fuego,
En dos partes la máquina divide,
Y sale dél un caballero luego
Que mil ardientes círculos despide,
Cuyas breves cometas á don Diego
De Lara dan lugar: la lanza pide,
Y sospechoso, á dos azules cielos
Llevó por letra: «Aquí me tienen celos.»
Con el caballo en forma de una fiera
Sierpe, ya imagen del celeste polo,
Pasó Dionís Peralta la carrera,
De suerte que previno el arco Apolo;
Y á la mitad, con invención ligera,
Cayó la piel, quedó el caballo solo,
Tan blanco y tan hermoso, que se atreve
Á llamar cisne retratado en nieve.
Entró de plumas, avestruz fingido,
Con un hierro en la boca, Recaredo;
La letra (de algún yerro arrepentido)
Dijo: «Por ver si digerirle puedo.»
El caballo, de plumas guarnecido,
No tuvo al hierro de las plantas miedo,
Porque, alzando las manos, parecía
Que juntarlas al freno pretendía.
Mas ¿para qué te canso, si me esperas?
Yo entré en figura del furioso Orlando:
Tela negra sembré de aspides fieras
Que estaban corazones enlazando.
En hábito francés, reconocieras
Que, la historia de Angélica imitando,
Envidiaba, señor, algún Medoro,
Dichoso dueño de la luz que adoro.
Caballo negro, que servir pudiera
Al carro de la noche, retratado
En ébano lustroso, y en la esfera
Del sol quedar por su valor dorado,
Las arenas midió de la carrera
Paso á paso, tan firme y alentado,
Que si alguna en las plantas recogía,
Al levantar las manos la volvía.
En figura de Astolfo, por padrino
Iba delante Nuño, mi escudero,
Con mi seso en un vidrio cristalino,
Y por letra con él: «Ya no le quiero.»
Ganó todo hombre que á las fiestas vino;
Yo sólo, sin ventura aventurero,
Gané la joya de galán, que ha sido
Mentira, pues perdí la de marido.

REY.

Haberos visto quisiera;
Mas basta haberos oído.

MACÍAS.

Corrí, señor, tan corrido,
Que no es mucho que perdiera.

REY.

Esa memoria olvidad;
Y porque menos se sienta,
Con mil ducados de renta
Lo perdido restaurad;
Que éstos vale la alcaidía
De Arjona.

MACÍAS.

Cante la fama
Tu nombre en cuanto derrama
Su luz el autor del día.

Vase el Rey.

PÁEZ.

Ya sois alcaide de Arjona.

FERNANDO.

Debéis al Rey grande amor.

Vanse Fernando y Páez.

NUÑO.

Necio has andado, señor:
Que te lo diga, perdona;
Que estando Clara casada,
Bien pudieras excusar
Esta manera de hablar;
Que es Tello persona honrada
Y ofendes su calidad.
Y el Rey mostró sentimiento
Cuando dijo descontento:
«Esa memoria olvidad»;
Que fué discreta advertencia.

MACÍAS.

Nuño, quítame el amor,
Porque si no, ¿qué temor
Me puede poner prudencia?

Vanse.

El Maestre y Tello.

MAESTRE.

Aquí me puedes hablar.

TELLO.

Señor, Dios sabe que tengo
Vergüenza; mas ya que vengo
Á hablar con tanto pesar,

Yo sé que le has de tener.
Está cierto que me obliga
Justa causa que te diga
Que siendo ya mi mujer
Clara, no es justa razón
Que me la sirva hombre humano.
Antes de darla la mano,
Macías tuviera acción
Á pretenderla; mas ya,
¿Qué es lo que intenta Macías,
Que con tan necias porfías
En el mismo error está?
Que si bien cualquier error
Por amor disculpa ha sido,
No la dieron al marido,
Sino al que tiene el amor.
Bien sé que Clara es honrada,
Bien conozco su virtud;
Mas una necia inquietud
Y voluntad porfiada,
Un siempre constante amor,
Que en los ojos muestra el pecho,
Á muchas buenas ha hecho
Dejar de serlo, señor.
¿Quién se puede prometer
Vivir honrado y seguro?
¿Cercó Dios de foso y muro
Los ojos de una mujer?
¿Qué guardas puso en su pecho
Para que pueda el honor
Vivir del ajeno amor
Agraviado y satisfecho?
¿Es la voluntad, por dicha,
Diamante, ó vidrio por quien,
En quien le guarda más bien,
Puede entrar cualquier desdicha?
¿Tengo yo de estar sin miedo
Mientras se desvela aquél,
Y no puedo guardar dél
El alma que ver no puedo?
¿Qué sé yo si vendrá día
En que á Clara desvanezca
Su hermosura, y la enternezca
De un loco amor la porfía,
Y atropellando la honra,
Pueda comenzar á amar
De lástima, y acabar
Su lástima en mi deshonra?
Fuera desto, ¿es bien, señor,
Que se atreva un hombre así,
Fiado en el Rey y en ti,
Á querer manchar mi honor?
¿Es bien que en Córdoba canten
Los niños claras canciones
De Clara, que á los varones
De prudencia y honra espanten?
¿Es bien que esto se prosiga
Después de casado yo?

MAESTRE.

No por cierto, Tello, no,
Ni que de Clara se diga
Que pudo dar ocasión
Á desatinos tan grandes.

TELLO.

Como tú, señor, le mandes
Que deje la pretensión,
Sin decir que yo lo sé,
Yo sé que la dejará;
Porque si ocasión me da.....

MAESTRE.

Cuando él ocasión te dé,
Castigaré su locura;
Pero no tengas temor.

TELLO.

Bien sabes tú que el honor
No ha de estar en aventura,
Ni es razón que un hidalgote
Se tome tanta licencia,
Que á costa de mi prudencia
Toda la corte alborote,
Y que se atreva á servir
La mujer de un caballero
Como yo, porque primero.....

MAESTRE.

No lo acabes de decir;
Que tienes mucha razón,
Y yo lo escucho con pena;
Porque en la mujer más buena
Puede haber mala opinión,
De que hay tantas ofendidas;
Que muchas hay lastimadas
En el honor, siendo honradas,
Porque fueron perseguidas;
Que en andando en pareceres,
Deslustran sus claros nombres
La necedad de los hombres,
La envidia de las mujeres.
Clara es quien es; pero, en fin,
La lengua del vulgo es tal,
Que dirá de un ángel mal.

TELLO.

Con hablarle tendrá fin
Su porfía y mi pesar.

MAESTRE.

Y yo salgo por fiador.

TELLO.

Pongo en tus manos mi honor.

MAESTRE.

Pues yo le sabré guardar.

Vase Tello.

MAESTRE.

¡Hola!

Sale Páez.

PÁEZ.

Señor.....

MAESTRE.

¿Está ahí
Macías?

PÁEZ.
Leyendo está
Unos versos.

MAESTRE.
(No tendrá (Aparte).
Más ocasión.) Que éntre, di.

Vase Páez.

Macías.

MACÍAS.
Pensé que ocupado estabas
Con Tello, y no entré, señor,
Á decirte un gran favor
Del Rey.

MAESTRE.
¿Por eso dejabas
De darme parte, Macías,
De tus aumentos?

MACÍAS.
Su Alteza,
Por su liberal grandeza,
Que no por las prendas mías,
El alcaidía me dió
De Arjona, con mil ducados
De renta.

MAESTRE.
Bien empleados.

MACÍAS.
Por ti me favoreció
Deste honor, que no por mí.

MAESTRE.
Yo tengo que hablarte.

MACÍAS.
Soy
Tu hechura.

MAESTRE.
Quejoso estoy,
Y no sin causa, de ti.
Cuando viniste á servirme,
Pusiste en una doncella
De la Condesa los ojos,
Hermosa como discreta,
Y tan virtüosa y noble,
Que la empleó la Condesa
En el hombre más honrado
Que me sirve en paz y en guerra.
Por tus servicios, al Rey
Se la pediste; que fuera
Justo, pues él lo mandaba,
Casarte entonces con ella.
Pero no se pudo hacer;
Que, las escrituras hechas
Y dadas las manos ya,
Fuera impiedad y violencia.
Casóse Tello: ese día
Cerró la razón la puerta
Á tu esperanza; no es justo
Que neciamente la tengas;
Que está en medio el noble honor
De un hombre de tales prendas,
Que es tan bueno como yo.
Hanme dicho que no cesas
De servirla é inquietarla,
Que me ha dado mucha pena.
Tello es mi propia persona:
Advierte que no te atrevas
Á enojarle; que en mi casa
Corre su honor por mi cuenta.
No porque él no está seguro;
Pero sus deudos se quejan
De tus versos y canciones,
Famosas por la excelencia
De tu ingenio, á cuya causa
No sólo aquí se celebran,
Pero en Granada los moros
Las traducen en su lengua.
Á tu entendimiento basta
Que esto de mi boca entiendas
Antes que lo entienda Tello,
Que no sufrirá su ofensa.

Vase.

MACÍAS.
¡Oh confusión de mi amoroso engaño!
¡Esto faltaba sólo á mi tormento!
¿En qué puede ofender mi pensamiento
La hermosa causa de mi eterno daño?
¡Oh ley cruel! ¡Oh injusto desengaño!
¿Que aun no quiere que sienta el mal que [siento?
¿Qué honor puede quitar mi entendimiento,
Con cuyos versos mi esperanza engaño?
Mandarme que no quiera es la violencia
Mayor que puedo hacer á mi sentido,
Y en presencia del bien sufrir ausencia;
Que estando, como estoy, de amor perdido,
Aumentará el amor la resistencia;
Que para largo amor no hay breve olvido.

Nuño.

NUÑO.
Bien me puedes dar albricias
De que va la primavera
Á dar cristales al Betis
Ó flores á sus riberas,
No sin envidia del sol,
No sin igual competencia.
Clara.....

MACÍAS.
¡Ay, Dios!

NUÑO.
Clara, señor,
En un coche, en una esfera
De luz, con Leonor, esmalta
Las estampas de las ruedas.
Llevaba Clara unos ojos
Que pudieran ser estrellas
De la más templada noche:

Poco he dicho; que pudieran
Ser soles del mismo sol.
Miróme, y fué cosa nueva
Mirarme Clara con ellos;
Mas fué la causa más cierta
De mirarme aquellos ojos,
No tener otros tan cerca.
También me miró Leonor,
Y sentí no sé qué flechas
Desde los ojos al alma.
Parecióme que eran señas,
Y acerquéme.

MACÍAS.

Bien hiciste.

NUÑO.

Tan bien, que en llegando á ellas
Me dieron un cortinazo,
Que entre la mano y la seda
Me llevaron las narices.

MACÍAS.

Si acercabas la cabeza
Por el estribo, ¿no quieres
Que un ángel, Nuño, se ofenda
De que á su trono divino
Un hombre humano se atreva?

NUÑO.

Trono ó trueno, mis narices,
Que no destilaron perlas,
Sintieron el disfavor;
Que no hay parte que más duela,
Más opuesta á cualquier daño,
Más delicada y más necia.
¿Téngolas derechas?

MACÍAS.

Nuño,
Notables cosas me cuentas.
¿Qué sentiste al tiempo cuando
Esa dichosa cabeza
Por el estribo acercabas
Á las blancas azucenas
De aquella divina mano?

NUÑO.

Sentí lo que tú sintieras
Al llevarte las narices
Una azucena de piedra.

MACÍAS.

¡Ay! ¡Quién fuera tan dichoso
Que de aquella mano bella,
De aquel cristal, de aquel nácar,
Ese favor recibiera!

NUÑO.

¿Eso tienes por favor?
Mas porque envidia me tengas,
Seguílas, y se apearon
Del coche en la primer huerta,
Y al bajar Clara, no sé
Si fué el brío ó fué la priesa,
Yo vi.....

MACÍAS.

¿Cuánto quieres, Nuño,
Antes que tu dicha sepa,
Por los ojos?

NUÑO.

Pues ¿los ojos
Quieres, señor, que te venda?

MACÍAS.

Cuenta, cuenta lo que viste.

NUÑO.

Vi unas botas de vaqueta,
Con que el cochero llegó
Á apearlas.

MACÍAS.

¿Eso era?

NUÑO.

Pues ¿qué pensaste? ¿Que había
Zapatilla cordobesa,
Argentada en oro y plata,
De corazones y flechas?
¿Pensaste que había manteo
Con guarnición sobre tela?

MACÍAS.

Ya no te compro los ojos.

NUÑO.

Si las narices quisieras,
Esas te vendiera yo;
Porque las más aguileñas
Hará un cortinazo romas.

MACÍAS.

¡Que tanta la dicha sea
De un cochero, que á los brazos
De un ángel sin temor llega!

NUÑO.

Si vieses un aguador
Con un vestido de jerga,
Coger una dama y dar
En las jamugas con ella,
¿Qué dirías?

MACÍAS.

Que son dichas
Que merece la inocencia.

NUÑO.

Los cocheros y aguadores
Son sacristanes de iglesias,
Que las imágenes ponen,
Mas nunca rezan en ellas.

MACÍAS.

¿No podré yo ver á Clara?

NUÑO.

Con discreción, podrás verla;
Pero no sin discreción.

MACÍAS.

Nuño, como yo la vea,
¿Qué mal me puede venir?
Y cuando muchos me vengan,
¿No es por ella? Pues ¿qué gloria
Mayor que tan dulce pena?

NUÑO.

Yo me pongo en las narices,
Por si llegáremos cerca,
Un capirote de halcón.

MACÍAS.

¿Clara ofende?

NUÑO.

Muy bien pega.

Vanse.

Clara y Leonor.

CLARA.

No puedo, Leonor mía,
Imaginar la causa.

LEONOR.

Pues ¡tan presto
Vive sin alegría!

CLARA.

Nunca en pensar el pensamiento he puesto
Que de su nuevo estado
Proceda la tristeza que le ha dado.
No falta en los favores
Mi esposo y los regalos que solía;
Con los mismos amores
Le halla la noche y le despierta el día.

LEONOR.

Pues ¿en qué se han fundado
Esas tristezas?

CLARA.

En algún cuidado.

LEONOR.

¿Cuidado?

CLARA.

Unos suspiros
Tal vez le salen del ardiente pecho,
Que, como al blanco tiros,
Me traspasan el alma; en que sospecho
Que algunos locos celos
Le dan estas tristezas y desvelos.

LEONOR.

¿Celos pueden, señora,
En tu virtud, de todos conocida,
Tener inquieto agora
Á quien conoce de tu honesta vida
Tan gran recogimiento?

CLARA.

Celos, engaños son del pensamiento.
Como va caminante
En noche obscura hasta que llegue el día,
Así celoso amante
Camina por su ciega fantasía,
Hasta que deste engaño
Le divierta la luz del desengaño.
Entretanto padece
El sujeto que adora.

LEONOR.

Yo sospecho
Que no le desvanece
Culpa que ofenda tu inocente pecho;
Que en el servir hay cosas
Que obligan á tristezas cuidadosas.

Macías y Nuño.

NUÑO.

Allí están. (Aparte á Macías.)

MACÍAS.

Ya las he visto;
Pero ¿cómo llegaré?

NUÑO.

Pues vuélvete.

MACÍAS.

No podré.
¡Qué hermoso mármol conquisto! (Ap.)
Pero ¿por qué me resisto,
Si á lo mismo me provoco?
Cuerdo temo, y llego loco.
Pero temer no es razón;
Que quien pierde la ocasión,
Tiene la fortuna en poco.
Hermosa Clara, ocasión
De mis versos y mis penas,
Vuelve esas luces serenas
Á mi obscura confusión.
No pido más galardón,
De amor tan desatinado,
Que saber que mi cuidado
Halló lástima en tu pecho,
Para morir satisfecho
De que fué bien empleado.
No quiero yo de ti más
De que digas (oye, advierte):
«Hombre, pésame de verte
En el estado en que éstas.»
¡Mira tú qué premio das
Tan fácil á mi tormento!
Bien sabes tú que no intento
Cosa que ofenda tu honor,
Pues éste fué de mi amor
El mayor atrevimiento.

CLARA.

Macías, cuando me hablaste
En la pena que tuviste
De saber que me perdiste,
Á decirte me obligaste
Que lo agradecí: pues baste
Que agradezca yo tu amor
Para un hombre de valor.
Retírate á ti de ti;
Que no me quieres á mí
Mientras no quieres mi honor.
El que no estima el disgusto
Que da el quitarle la fama,
Ese no estima su dama,
Que sólo estima su gusto.
Tú eres discreto, y no es justo
Que esté á tu pluma sujeta.
No escribas; que se inquïeta
Mi marido, y no es razón
Que á costa de mi opinión
Ganes fama de poeta.
Tus canciones y favores
Son para lágrimas mías;
Escribe guerras, Macías,
Deja de escribir amores.
¿Sujetos no son mejores
Esas banderas opuestas?

Más que me sirves, molestas;
Y advierte que las casadas
Perdemos por celebradas
La opinión de ser honestas.
Á una casada le basta
Para estimación honrosa,
No el saber que ha sido hermosa,
Sino saber que fué casta.
¿Tú piensas que me contrasta
La vanidad que previenes
Del grande ingenio que tienes?
Pues en tan locos engaños,
Escribe tus desengaños
Y no escribas mis desdenes.

MACÍAS.

Señora, señora, advierte.....

Tello, que al ver á Macías retrocede y se esconde detrás de un árbol.

TELLO.

¿Qué es esto que estoy mirando? (Ap.)

CLARA.

¿De qué sirve porfiando
Dar ocasión á tu muerte?

Vase.

MACÍAS.

No fué mi intento ofenderte.
¡Leonor, Leonor!

LEONOR.

No hay Leonor.

Vase.

NUÑO.

Necio has andado, señor.

MACÍAS.

¿Cómo puede andar discreto,
Aborrecido y sujeto,
Un hombre que tiene amor?

NUÑO.

Entre esos árboles vi (Aparte á Macías.)
Á Tello como escondido.

MACÍAS.

Con el Maestre ha venido,
Que suele andar por aquí.
¿Si me vió?

NUÑO.

Pienso que sí.
Mas ven por aquí, señor.

MACÍAS.

Á ver el coche es mejor.

NUÑO.

¡Eso dices!

MACÍAS.

Ya no esperes,
Mientras con vida me vieres,
Sino locuras de amor.

Vanse Macías y Nuño.

TELLO.

Ya es infame el sufrimiento
Que pone el honor en duda.

Saca la espada.

El Maestre.

MAESTRE.

¿Dónde la espada desnuda?

TELLO.

Cortar un árbol intento.

MAESTRE.

Pues ¿tú me engañas á mí?
¡Y habiendo visto á Macías!

TELLO.

Yo te dije sus porfías
Poniendo mi honor en ti,
Y su privanza, señor,
De mi honor te ha descuidado;
Que si le hubieras hablado
No se atreviera á mi honor.
Quise matarle mirando
Su atrevimiento.

MAESTRE.

Yo hablé
Con Macías, y pensé
Que bastara, imaginando
Que era hombre de razón;
Pero, pues que no lo ha sido,
Ni el haberle yo reñido
Templa su necia afición,
Ven conmigo.

TELLO.

Presumí
Que no le habías hablado.
Perdona.

MAESTRE.

Estoy enojado.

TELLO.

Mi remedio pongo en ti.

MAESTRE.

Ya fué tu agravio pequeño
Con el que hace á mi valor,
Porque no merece amor
Quien no obedece á su dueño.

Vanse.

Macías y Nuño.

MACÍAS.

¿Vino el Maestre?

NUÑO.

No sé.
La Condesa está esperando.

MACÍAS.

Y yo estoy desesperando
De que mi firmeza y fe
Quieran con tanta desdicha.

NUÑO.

Quien se puede divertir
Y se ha dejado morir,

No se queje de su dicha.

MACÍAS.

¿Cómo tendré sufrimiento
Para el dolor de olvidar,
Cuando lo quiera intentar?

NUÑO.

Poniendo el entendimiento
En que esto ha de durar poco.

MACÍAS.

No podré tener paciencia
Para vivir en su ausencia,
Nuño, sin volverme loco.

NUÑO.

Á Júpiter se quejaron
Las muelas del hombre un día,
Diciendo á su señoría
Los años que trabajaron
Desde la muela primera,
Mascando lo que comía,
Y que por dolor de un día
Luego las echaban fuera.
Don Júpiter le riñó,
Y él respondió: «¿Qué he de hacer
Si no dejan de doler?»
Á quien luego replicó:
«Hombre, sufre, pues te toca,
El dolor, que bien podrás;
Que después te alegrarás
De ver tu muela en tu boca.»
Sufra, pues, tu voluntad
Ese pequeño disgusto;
Que después te dará gusto
Gozar de tu libertad.

Páez y un Alcaide.

PÁEZ.

Macías.....

MACÍAS.

¿Quién es?

PÁEZ.

Yo soy.

MACÍAS.

¿Qué quieres, Páez?

PÁEZ.

Advierte
Que prenderte me han mandado.

MACÍAS.

¿Quién?

PÁEZ.

El Maestre.

MACÍAS.

El Maestre
Es mi dueño y es mi juez.
Páez, si él lo manda, puede.
¿Díjote la causa?

PÁEZ.

No.

MACÍAS.

Vamos.

PÁEZ.

El Alcaide viene
Á ponerte en esa torre.

ALCAIDE.

No pienso yo que lo sientes
Como yo.

MACÍAS.

No tengas pena,
Don Pedro; que estos vaivenes
Deben de ser de fortuna
Si la cabeza le duele.

NUÑO.

¡Á ti en prisión!

MACÍAS.

Calla, Nuño;
Que el criado inobediente
Á lo que el dueño le manda,
Este castigo merece.

Vanse.

Tello y Clara.

TELLO.

Cierto estoy de tu valor,
Conozco tu honestidad;
Pero tanta libertad
Obliga á mirar mi honor.
No te den, Clara, temor
Mis diligencias, á efeto
De haber tenido respeto
Al Maestre; que si fuera
De otra suerte, yo me hubiera
Vengado menos discreto.
¡Bueno es que sepa un marido
Que sirven á su mujer,
Y que lo que puede ser
Pueda poner en olvido!
El que su afrenta ha sabido
No es hombre, ni aun animal,
Si consiente tanto mal,
Pues en ocasiones tales
Hacen muchos animales
Venganza al agravio igual.
Entre todas las naciones
Tiene el español valor,
Fundado todo su honor
En ajenas opiniones;
Y en estas satisfacciones,
Que en fin de la honra son,
En que estriba su opinión,
Aunque fundada en mujer,
Veo que debe de ser
La más honrada nación.

CLARA.

Tello, desdicha fué mía
Que aqueste necio haya dado
En ser, sobre porfiado,
Hombre de tanta osadía.
No porque en esta porfía
Haya más atrevimiento
Que decir su pensamiento
Sin pretender esperanza.

TELLO.
Pues ¿qué espera quien alcanza
Poner en prisión al viento?

CLARA.
No más de la vanidad
De sus canciones de amor.

TELLO.
Y ¿ha de estar siempre mi honor
Sujeto á su libertad?
¿Quién ha visto voluntad
Tan necia en hombre discreto?
Si es para sólo el efeto
De escribir, ¿por qué ha de ser
El sujeto mi mujer?
¿Falta en el mundo sujeto?

CLARA.
Como tú vivas de mí,
Como merezco, seguro,
De la opinión que aventuro
Quiero consolarme así.

TELLO.
Tus dueños vienen aquí.
No te entienda la Condesa.

CLARA.
De lo que sabe me pesa;
Pero ella sabe mi honor.

La Condesa, el Maestre, Páez, Fernando y criados.

CONDESA.
Bien sé que vuestro valor
Le obliga á daros la empresa.
¿Cuándo será la partida?

MAESTRE.
Antes que venga la gente
De Castilla, no hay qué intente.

CONDESA.
Vos la llevaréis lucida.
Á Tello no llevaréis;
Que ya está Tello casado.

TELLO.
No dejo de ser soldado
Si no es que vos lo mandéis.

CONDESA.
Llevad á Páez por Tello,
Á Fernando ó á Macías.

MAESTRE.
Téngole preso; que ha días
Que tiene sobre el cabello
La espada de cierto honor.

TELLO.
¡Vive Dios, que no le prende (Ap. á Clara.)
Por mi honor! Que le defiende
De mí, por tenerle amor.

CLARA.
No digas tal, por tu vida.

TELLO.
Clara, yo lo entiendo ya.

CONDESA.
¿Preso Macías está?

MAESTRE.
Mejor está defendida (Aparte á la Condesa.)
Desta suerte su persona.
Allí olvidará mejor.

FERNANDO.
Ya los músicos, señor,
Han llegado de Archidona.

Músicos.

UN MÚSICO.
Á servirte nos envía
El Alcaide.

MAESTRE.
Yo agradezco
Así vuestra voluntad
Como el gusto que me ha hecho.
¿Tenéis muchas cosas nuevas?

MÚSICO.
Romances, señor, tenemos,
Y algunas letras.

MAESTRE.
Cantad
Sin templar los instrumentos.

Cantan músicos.

Dulce pensamiento mío,
Si en una obscura prisión
El hierro es mi dulce gloria,
La tiniebla es claro sol,
Decidla á mi bella ingrata
Cómo en la imaginación
Tan presente la contemplo
Cuando ausente della estoy.

MAESTRE.
No cantéis más; bueno está.
Vamos, señora; que quiero
Hablar en nuestra jornada.

Vanse el Maestre, la Condesa, Clara, Fernando, los criados y los músicos.

TELLO.
¡Páez, Páez!

PÁEZ.
¿Llamas, Tello?

TELLO.
¿Eres mi amigo?

PÁEZ.
Sí soy.

TELLO.
¿De los que son verdaderos
Ó de los que son fingidos?

PÁEZ.
Verdad y amistad profeso.

TELLO.
Pues ¿qué has sentido de ver
Que con tal atrevimiento
Haga de mi honor Macías
Romances, estando preso?
Los músicos de Archidona
Envía á Córdoba el necio

Para que los oiga Clara.

PÁEZ.

Lo que del Maestre entiendo,
Es que le quiere muy bien.

TELLO.

Pues yo, que lo entiendo, y veo
Que paga así mis servicios,
¿Qué aguardo?

PÁEZ.

No te aconsejo
Que te quejes. Pues matarle
No puedes.....

TELLO.

¿Cómo no puedo?
Por la reja de la torre
(¡Ay dél, Páez, si le acierto!)
Le he de tirar una lanza.

PÁEZ.

No harás, Tello, que eres cuerdo,
Y si te prende el Maestre,
Que te quitase, sospecho,
La cabeza.

TELLO.

Noble soy.
No importa, mi honor defiendo.

Vase.

Nuño.

NUÑO.

Porque estaba Tello aquí
No entré á hablaros.

PÁEZ.

Mucho siento
De Macías la prisión.

NUÑO.

Que es de sentirla os prometo;
Que éste es un honrado hidalgo,
Que con amor tan honesto
Ha querido á doña Clara,
Que he visto en sus pensamientos
Lo que sentía Platón
Pintando un amor perfeto.
No quiere más de querer.
Aqueste papel le llevo
Al Rey.

PÁEZ.

Querrá libertad.

NUÑO.

Esa pide en treinta versos.

Ruido dentro.

El Alcaide con la espada desnuda tras Tello, que sale retirándose.

ALCAIDE.

Prendelde, y si no es posible,
Matalde, soldados.

TELLO.

Creo,
Si ya he vengado mi honor,
Que estimo la muerte menos.

Vase.

PÁEZ.

¿Qué es esto, señor Alcaide?

ALCAIDE.

Que ha muerto á Macías Tello,
Tirándole por la reja
Una lanza.

Vase.

Macías atravesado con una lanza, y soldados teniéndole.

MACÍAS.

¡Ay, cielo! Hoy muero.

NUÑO.

Señor, ¿qué es esto?

MACÍAS.

No sé,
Nuño; solamente puedo
Decirte que ya tu miedo
Verdad en mi muerte fué.
Quise bien, canté, lloré,
Escribí; y el escribir,
Amar, llorar y sentir,
Y cuanto he escrito y sentido
Y llorado, todo ha sido
Porfiar hasta morir.
¡Ay, Clara! Que me has costado
La vida; que no tenía
Más que te dar, si te había
Todas mis potencias dado.
Honestamente te he amado,
Que tú lo puedes decir;
Pero de amar y servir
Justo galardón me alcanza,
Pues quise, sin esperanza,
Porfiar hasta morir.
Di al Maestre, mi señor,
Que á Tello perdono aquí,
Pues yo la ocasión le dí
Y él ha guardado su honor.
¡Cielos, perdonad mi error!
Pensé que un casto servir
Se pudiera permitir.

El Maestre, la Condesa, Clara, Leonor, el Alcaide y criados.

MAESTRE.

¿Muerto?

ALCAIDE.

Mira el desengaño.

MACÍAS.

Sí, señor, que fué mi daño
Porfiar hasta morir.

Muere.

CONDESA.
¡Caso extraño!

MAESTRE.
Lastimoso.
¡Que no prendiesen á Tello!

ALCAIDE.
No fué posible, señor;
Amigos le defendieron.

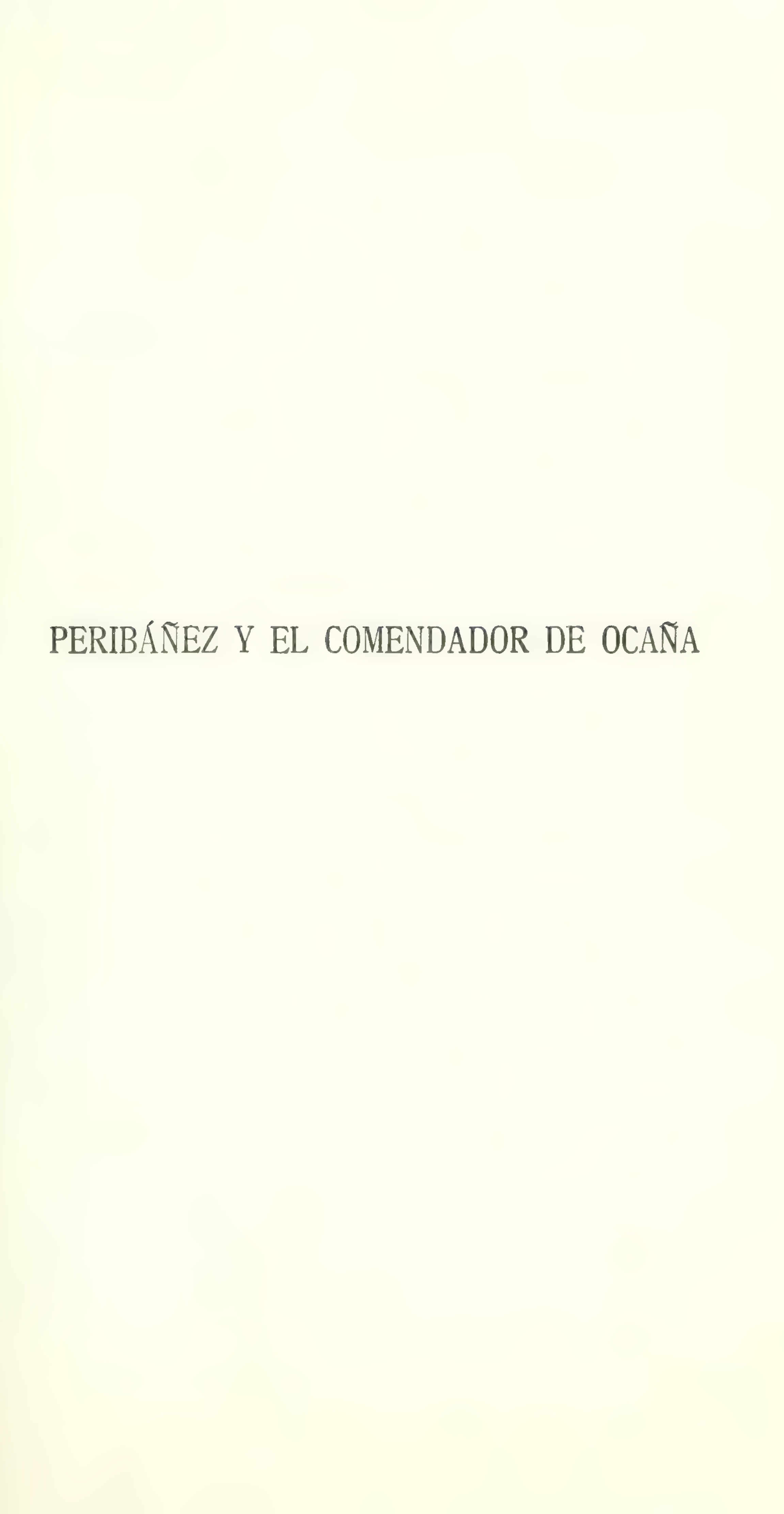
CLARA.
Leonor, ¿quién ha de mirar
Tanto dolor?

LEONOR.
El que tengo
Muestran mis ojos.

CLARA.
¿Que hará
Quien fué la causa?

MAESTRE.
Está cierto,
Macías, de tu venganza.
¡Vive el cielo, que si puedo,
He de poner su cabeza
Por pies de tu honroso entierro,
Y por memoria de amor
Tan verdadero y honesto,
En un sepulcro famoso
Honrar y poner tu cuerpo,
Con unas letras doradas
Que digan en mármol terso:
«Aquí yace el mismo amor.»

NUÑO.
Y aquí, senado discreto,
Porfiar hasta morir
Dió fin á servicio vuestro.



PERIBÁÑEZ Y EL COMENDADOR DE OCAÑA

PERIBÁÑEZ Y EL COMENDADOR DE OCAÑA

TRAGICOMEDIA

PERSONAS

El rey D. Enrique III de Castilla.
La Reina.
Peribáñez, *labrador.*
Casilda, *mujer de Peribáñez.*
El Comendador de Ocaña.
El Condestable.
Gómez Manrique.
Inés.
Costanza.
Luján, *lacayo.*
Un cura.
Leonardo, *criado.*
Marín, *lacayo.*
Bartolo, Belardo, Antón, Blas, Gil, Benito, Llorente, Mendo, *Labradores.*
Chaparro, Helipe, *Labradores.*
Un pintor.
Un secretario.
Dos regidores.
Labradores y labradoras.
Músicos.
Pajes.
Hidalgos.
Acompañamiento.
Guardas.—Gente.

ACTO PRIMERO.

Peribáñez y Casilda, de novios; Inés, de madrina; el cura, Costanza, músicos, labradores y labradoras.

INÉS.
Largos años os gocéis.
COSTANZA.
Si son como yo deseo,
Casi inmortales seréis.
CASILDA.
Por el de serviros, creo
Que merezco que me honréis.
CURA.
Aunque no parecen mal,
Son excusadas razones
Para cumplimiento igual,
Ni puede haber bendiciones
Que igualen con el misal.
Hartas os dije; no queda
Cosa que deciros pueda
El más deudo, el más amigo.
INÉS.
Señor Doctor, yo no digo
Más de que bien les suceda.
CURA.
Espérolo en Dios, que ayuda
Á la gente virtüosa.
Mi sobrina es muy sesuda.
PERIBÁÑEZ.
Sólo con no ser celosa
Saca este pleito de duda.
CASILDA.
No me deis vos ocasión;
Que en mi vida tendré celos.
PERIBÁÑEZ.
Por mí no sabréis qué son.
INÉS.
Dicen que al amor los cielos
Le dieron esta pensión.
CURA.
Sentaos, y alegrad el día
En que sois uno los dos.
PERIBÁÑEZ.
Yo tengo harta alegría
En ver que me ha dado Dios

Tan hermosa compañía.

CURA.

Bien es que á Dios se atribuya;
Que en el reino de Toledo
No hay cara como la suya.

CASILDA.

Si con amor pagar puedo,
Esposo, la afición tuya,
De lo que debiendo quedas
Me estás en obligación.

PERIBÁÑEZ.

Casilda, mientras no puedas
Excederme en afición,
No con palabras me excedas.
Toda esta villa de Ocaña
Poner quisiera á tus pies,
Y aun todo aquello que baña
Tajo hasta ser portugués,
Entrando en el mar de España.
El olivar más cargado
De aceitunas me parece
Menos hermoso, y el prado
Que por el Mayo florece,
Sólo del alba pisado.
No hay camuesa que se afeite
Que no te rinda ventaja,
Ni rubio y dorado aceite
Conservado en la tinaja
Que me cause más deleite.
Ni el vino blanco imagino
De cuarenta años tan fino
Como tu boca olorosa;
Que como al señor la rosa,
Le huele al villano el vino.
Cepas que en Diciembre arranco
Y en Octubre dulce mosto,
Ni Mayo de lluvias franco,
Ni por los fines de Agosto
La parva de trigo blanco,
Igualan á ver presente
En mi casa un bien, que ha sido
Prevención más excelente
Para el invierno aterido
Y para el verano ardiente.
Contigo, Casilda, tengo
Cuanto puedo desear,
Y sólo el pecho prevengo;
En él te he dado lugar,
Ya que á merecerte vengo.
Vive en él; que si un villano
Por la paz del alma es rey,
Que tú eres reina está llano,
Ya porque es divina ley,
Y ya por derecho humano.
Reina, pues que tan dichosa
Te hará el cielo, dulce esposa,
Que te diga quien te vea:
«La ventura de la fea
Pasóse á Casilda hermosa.»

CASILDA.

Pues yo ¿cómo te diré
Lo menos que miro en ti,
Que lo más del alma fué?
Jamás en el baile oí
Són que me bullese el pie
Que tal placer me causase
Cuando el tamboril sonase,
Por más que el tamborilero
Chillase con el garguero
Y con el palo tocase.
En mañana de San Juan
Nunca más placer me hicieron
La verbena y arrayán,
Ni los relinchos me dieron
El que tus voces me dan.
¿Cuál adufe bien templado,
Cuál salterio te ha igualado?
¿Cuál pendón de procesión,
Con sus borlas y cordón,
Á tu sombrero chapado?
No hay pies con zapatos nuevos
Como agradan tus amores;
Eres entre mil mancebos
Hornazo en pascua de Flores,
Con sus picos y sus huevos.
Pareces en verde prado
Toro bravo y rojo echado;
Pareces camisa nueva,
Que entre jazmines se lleva
En azafate dorado;
Pareces cirio pascual
Y mazapán de bautismo,
Con capillo de cendal,
Y paréceste á ti mismo,
Porque no tienes igual.

CURA.

Ea, bastan los amores;
Que quieren estos mancebos
Bailar y ofrecer.

PERIBÁÑEZ.

Señores,
Pues no sois en amor nuevos,
Perdón.

UN LABRADOR.

Ama hasta que adores.

Cantan los músicos y bailan los labradores y labradoras.

MÚSICOS.

Dente parabienes
El Mayo garrido,
Los alegres campos,
Las fuentes y ríos.
Alcen las cabezas
Los verdes alisos,
Y con frutos nuevos
Almendros floridos.
Echen las mañanas,
Después del rocío,
En espadas verdes
Guarnición de lirios.

Suban los ganados
Por el monte mismo
Que cubrió la nieve,
Á pacer tomillos.

Folía.

Y á los nuevos desposados
Eche Dios su bendición;
Parabién les den los prados,
Pues hoy para en uno son.

Vuelven á danzar.

Montañas heladas
Y soberbios riscos,
Antiguas encinas
Y robustos pinos,
Dad paso á las aguas
En arroyos limpios,
Que á los valles bajan
De los hielos fríos.
Canten ruiseñores,
Y con dulces silbos
Sus amores cuenten
Á estos verdes mirtos.
Fabriquen las aves,
Con nuevo artificio,
Para sus hijuelos
Amorosos nidos.

Folía.

Y á los nuevos desposados
Eche Dios su bendición;
Parabién les den los prados,
Pues hoy para en uno son.

Suena dentro gran ruido.

Bartolo.

CURA.
¿Qué es aquello?

BARTOLO.
¿No lo veis
En la grita y el rüido?

CURA.
Mas qué, ¿el novillo han traído?

BARTOLO.
¿Cómo un novillo? Y aun tres.
Pero el tiznado que agora
Traen del campo, ¡voto al sol,
Que tiene brío español!
No se ha encintado en un hora.
Dos vueltas ha dado á Bras,
Que ningún italïano
Se ha vido andar tan liviano
Por la maroma jamás.
Á la yegua de Antón Gil,
Del verde recién sacada,
Por la panza desgarrada
Se le mira el perejil.
No es de burlas; que á Tomás,
Quitándole los calzones,
No ha quedado en opiniones,
Aunque no barbe jamás.
El nueso Comendador,
Señor de Ocaña y su tierra,
Bizarro á picarle cierra
Más gallardo que un azor.
¡Juro á mí, si no tuviera
Cintero el novillo!.....

CURA.
Aquí,
¿No podrá entrar?

BARTOLO.
Antes, sí.

CURA.
Pues, Pedro, de esa manera
Allá me subo al terrado.

COSTANZA.
Dígale alguna oración;
Que ya ve que no es razón
Irse, señor Licenciado.

CURA.
Pues oración, ¿á qué fin?

COSTANZA.
¿Á qué fin? De resistillo.

CURA.
Engáñaste; que hay novillo
Que no entiende bien latín.

Vase.

COSTANZA.
Al terrado va, sin duda.

Voces dentro.

La grita creciendo va.

INÉS.
Todas iremos allá;
Que atado, al fin no se muda.

BARTOLO.
Es verdad, que no es posible
Que más que la soga alcance.

Vase.

PERIBÁÑEZ.
¿Tú quieres que intente un lance?

CASILDA.
¡Ay, no, mi bien, que es terrible!

PERIBÁÑEZ.
Aunque más terrible sea,
De los cuernos le asiré,
Y en tierra con él daré,
Porque mi valor se vea.

CASILDA.
No conviene á tu decoro
El día que te has casado,
Ni que un recién desposado

Se ponga en cuernos de un toro.

PERIBÁÑEZ.

Si refranes considero,
Dos me dan gran pesadumbre:
Que á la cárcel, ni aun por lumbre,
Y de cuernos, ni aun tintero.
Quiero obedecer.

Ruido y voces dentro.

CASILDA.

¡Ay, Dios!
¿Qué es esto?

Gente dentro.

GENTE.

¡Qué gran desdicha!

CASILDA.

Algún mal hizo, por dicha.

PERIBÁÑEZ.

¿Cómo, estando aquí los dos?

Sale Bartolo.

BARTOLO.

¡Oh, que nunca le trujeran,
Pluguiera al cielo, del soto!
Á la fe, que no se alaben
De aquesta fiesta los mozos.
¡Oh, mal hayas, el novillo!
Nunca en el Abril lluvioso
Halles yerba en verde prado,
Más que si fuera en Agosto.
Siempre te venza el contrario
Cuando estuvieres celoso,
Y por los montes bramando
Halles secos los arroyos.
Mueras en manos del vulgo,
Á pura garrocha, en coso;
No te mate caballero
Con lanza ó cuchillo de oro;
Mas lacayo por detrás,
Con el acero mohoso,
Te haga sentar por fuerza
Y manchar en sangre el polvo.

PERIBÁÑEZ.

Repórtate ya, si quieres,
Y dinos lo que es, Bartolo;
Que no maldijera más
Zamora á Bellido Dolfos.

BARTOLO.

El Comendador de Ocaña,
Mueso señor generoso,
En un bayo que cubrían
Moscas negras pecho y lomo,
Mostrando por un bozal
De plata el rostro fogoso,
Y lavando en blanca espuma
Un tafetán verde y rojo,
Pasaba la calle acaso;
Y viendo correr el toro,
Caló la gorra y sacó
De la capa el brazo airoso,
Vibró la vara, y las piernas
Puso al bayo, que era un corzo;
Y al batir los acicates,
Revolviendo el vulgo loco,
Trabó la soga al caballo,
Y cayó en medio de todos.
Tan grande fué la caída,
Que es el peligro forzoso.
Pero ¿qué os cuento, si aquí
Le trae la gente en hombros?

El Comendador, á quien traen sin sentido unos labradores; Marín y Luján.

MARÍN.

Aquí estaba el Licenciado
Y lo podrán absolver.

INÉS.

Pienso que se fué á esconder.

PERIBÁÑEZ.

Sube, Bartolo, al terrado.

BARTOLO.

Voy á buscarle.

PERIBÁÑEZ.

Camina.

Vase Bartolo. Ponen en una silla al Comendador.

LUJÁN.

Por silla vamos los dos
En que llevarle, si Dios
Llevársele determina.

MARÍN.

Vamos, Luján; que sospecho
Que es muerto el Comendador.

LUJÁN.

El corazón, de temor,
Me va saltando en el pecho.

Vanse Luján y Marín.

CASILDA.

Id vos, porque me parece,
Pedro, que algo vuelve en sí,
Y traed agua.

PERIBÁÑEZ.

Si aquí
El Comendador muriese,
No vivo más en Ocaña.
¡Maldita la fiesta sea!

Dejan al Comendador en la silla y se retiran todos menos Casilda.

CASILDA.

¡Oh, qué mal el mal se emplea
En quien es la flor de España!
¡Ah, gallardo caballero!
¡Ah, valiente lidiador!

¿Sois vos quien daba temor
Con ese desnudo acero
Á los moros de Granada?
¿Sois vos quien tantos mató?
¡Una soga derribó
Á quien no pudo su espada!
Con soga os hiere la muerte;
Mas será por ser ladrón
De la gloria y opinión
De tanto capitán fuerte.
¡Ah, señor Comendador!

COMENDADOR.
¿Quién llama? ¿Quién está aquí?

CASILDA.
¡Albricias, que habló!

COMENDADOR.
¡Ay de mí!
¿Quién eres?

CASILDA.
Yo soy, señor.
No os aflijáis; que no estáis
Donde no os desean más bien
Que vos mismo, aunque también
Quejas, mi señor, tengáis
De haber corrido aquel toro.
Haced cuenta que esta casa
Es vuestra.

COMENDADOR.
Hoy á ella pasa
Todo el humano tesoro.
Estuve muerto en el suelo,
Y como ya lo creí,
Cuando los ojos abrí,
Pensé que estaba en el cielo.
Desengañadme, por Dios;
Que es justo pensar que sea
Cielo donde un hombre vea
Que hay ángeles como vos.

CASILDA.
Antes, por vuestras razones,
Podría yo presumir
Que estáis cerca de morir.

COMENDADOR.
¿Cómo?

CASILDA.
Porque veis visiones.
Y advierta Vueseñoría
Que si es agradecimiento
De hallarse en el aposento
Desta humilde casa mía,
De hoy solamente lo es.

COMENDADOR.
¿Sois la novia, por ventura?

CASILDA.
No por ventura, si dura
Y crece este mal después,
Venido por mi ocasión.

COMENDADOR.
¿Que vos estáis ya casada?

CASILDA.
Casada y bien empleada.

COMENDADOR.
Pocas hermosas lo son.

CASILDA.
Pues por eso he yo tenido
La ventura de la fea.

COMENDADOR.
¡Que un tosco villano sea (Aparte.)
Desta hermosura marido!
¿Vuestro nombre?

CASILDA.
Con perdón,
Casilda, señor, me nombro.

COMENDADOR.
De ver su traje me asombro (Aparte.)
Y su rara perfección.
Diamante en plomo engastado.
¡Dichoso el hombre mil veces
Á quien tu hermosura ofreces!

CASILDA.
No es él el bien empleado;
Yo lo soy, Comendador:
Créalo Su Señoría.

COMENDADOR.
Aun para ser mujer mía
Tenéis, Casilda, valor.
Dame licencia que pueda
Regalarte.

Peribáñez.

PERIBÁÑEZ.
No parece
El Licenciado: si crece
El accidente.....

CASILDA.
Ahí te queda,
Porque ya tiene salud
Don Fadrique, mi señor.

PERIBÁÑEZ.
Albricias te da mi amor.

COMENDADOR.
Tal ha sido la virtud
Desta piedra celestial.

Marín y Luján.

MARÍN.
Ya dicen que ha vuelto en sí.

LUJÁN.
Señor, la silla está aquí.

COMENDADOR.
Pues no pase del portal;
Que no es menester ponerme
En ella.

LUJÁN.
¡Gracias á Dios!

COMENDADOR.
Esto que os debo á los dos,
Si con salud vengo á verme,
Satisfaré de manera
Que conozcáis lo que siento

Vuestro buen acogimiento.

PERIBÁÑEZ.

Si á vuestra salud pudiera,
Señor, ofrecer la mía,
No lo dudéis.

COMENDADOR.

Yo lo creo.

LUJÁN.

¿Qué sientes?

COMENDADOR.

Un gran deseo,
Que cuando entré no tenía.

LUJÁN.

No lo entiendo.

COMENDADOR.

Importa poco.

LUJÁN.

Yo hablo de tu caída.

COMENDADOR.

En peligro está mi vida
Por un pensamiento loco.

Vanse el Comendador, Luján y Marín.

PERIBÁÑEZ.

Parece que va mejor.

CASILDA.

Lástima, Pedro, me ha dado.

PERIBÁÑEZ.

Por mal agüero he tomado
Que caiga el Comendador.
¡Mal haya la fiesta, amén,
El novillo y quien le ató!

CASILDA.

No es nada; luego me habló.
Antes lo tengo por bien,
Porque nos haga favor
Si ocasión se nos ofrece.

PERIBÁÑEZ.

Casilda, mi amor merece
Satisfacción de mi amor.
Ya estamos en nuestra casa,
Su dueño y mío has de ser:
Ya sabes que la mujer
Para obedecer se casa;
Que así se lo dijo Dios
En el principio del mundo;
Que en eso estriban, me fundo,
La paz y el bien de los dos.
Espero, amores, de ti
Que has de hacer gloria mi pena.

CASILDA.

¿Qué ha de tener para buena
Una mujer?

PERIBÁÑEZ.

Oye.

CASILDA.

Di.

PERIBÁÑEZ.

Amar y honrar su marido
Es letra de este abecé,
Siendo buena por la B,
Que es todo el bien que te pido.
Haráte cuerda la C,
La D dulce, y entendida
La E, y la F en la vida
Firme, fuerte y de gran fe.
La G grave, y para honrada
La H, que con la I
Te hará ilustre, si de ti
Queda mi casa ilustrada.
Limpia serás por la L,
Y por la M maestra
De tus hijos, cual lo muestra
Quien de sus vicios se duele.
La N te enseña un no
Á solicitudes locas;
Que este no, que aprenden pocas,
Está en la N y la O.
La P te hará pensativa,
La Q bienquista, la R
Con tal razón, que destierre
Toda locura excesiva.
Solícita te ha de hacer
De mi regalo la S,
La T tal que no pudiese
Hallarse mejor mujer.
La V te hará verdadera,
La X buena cristiana,
Letra que en la vida humana
Has de aprender la primera.
Por la Z has de guardarte
De ser celosa, que es cosa
Que nuestra paz amorosa
Puede, Casilda, quitarte.
Aprende este canto llano;
Que con aquesta cartilla
Tú serás flor de la villa,
Y yo el más noble villano.

CASILDA.

Estudiaré, por servirte,
Las letras de ese abecé;
Pero dime si podré
Otro, mi Pedro, decirte,
Si no es acaso licencia.

PERIBÁÑEZ.

Antes yo me huelgo. Di;
Que quiero aprender de ti.

CASILDA.

Pues escucha, y ten paciencia.
La primera letra es A,
Que altanero no has de ser;
Por la B no me has de hacer
Burla para siempre ya.
La C te hará compañero
En mis trabajos; la D
Dadivoso, por la fe
Con que regalarte espero.
La F de fácil trato,
La G galán para mí,
La H honesto, y la I
Sin pensamiento de ingrato.

Por la L liberal,
Y por la M el mejor
Marido que tuvo amor,
Porque es el mayor caudal.
Por la N no serás
Necio, que es fuerte castigo;
Por la O sólo conmigo
Todas las horas tendrás.
Por la P me has de hacer obras
De padre; porque quererme
Por la Q, será ponerme
En la obligación que cobras.
Por la R regalarme,
Y por la S servirme,
Por la T tenerte firme,
Por la V verdad tratarme;
Por la X con abiertos
Brazos imitarla ansí,

Abrázale.

Y como estamos aquí,
Estemos después de muertos.

PERIBÁÑEZ.

Yo me ofrezco, prenda mía,
Á saber este abecé.
¿Quieres más?

CASILDA.

Mi bien, no sé
Si me atreva el primer día
A pedirte un gran favor.

PERIBÁÑEZ.

Mi amor se agravia de ti.

CASILDA.

¿Cierto?

PERIBÁÑEZ.

Sí.

CASILDA.

Pues oye.

PERIBÁÑEZ.

Di
Cuanto es obligar mi amor.

CASILDA.

El día de la Asunción
Se acerca; tengo deseo
De ir á Toledo, y creo
Que no es gusto, es devoción
De ver la imagen también
Del Sagrario, que aquel día
Sale en procesión.

PERIBÁÑEZ.

La mía
Es tu voluntad, mi bien.
Tratemos de la partida.

CASILDA.

Ya por la G me pareces
Galán: tus manos mil veces
Beso.

PERIBÁÑEZ.

Á tus primas convida,
Y vaya un famoso carro.

CASILDA.

¿Tanto me quieres honrar?

PERIBÁÑEZ.

Allá te pienso comprar.....

CASILDA.

Dilo.

PERIBÁÑEZ.

Un vestido bizarro.

Vanse.

El Comendador y Leonardo.

COMENDADOR.

Llámame, Leonardo, presto
Á Luján.

LEONARDO.

Ya le avisé;
Pero estaba descompuesto.

COMENDADOR.

Vuelve á llamarle.

LEONARDO.

Yo iré.

COMENDADOR.

Parte.

LEONARDO.

¿En qué ha de parar esto? (Aparte.)
Cuando se siente mejor,
Tiene más melancolía,
Y se queja sin dolor;
Suspiros al aire envía:
Mátenme si no es amor.

Vase.

COMENDADOR.

Hermosa labradora,
Más bella, más lucida,
Que ya del sol vestida
La colorada aurora;
Sierra de blanca nieve,
Que los rayos de amor vencer se atreve:
Parece que cogiste
Con esas blancas manos
En los campos lozanos,
Que el Mayo adorna y viste,
Cuantas flores agora
Céfiro engendra en el regazo á Flora.
Yo vi los verdes prados
Llamar tus plantas bellas,
Por florecer con ellas,
De su nieve pisados,
Y vi de tu labranza
Nacer al corazón verde esperanza.
¡Venturoso el villano
Que tal agosto ha hecho,
Del trigo de tu pecho,
Con atrevida mano,
Y que con blanca barba
Verá en sus eras de tus hijos parva!
Para tan gran tesoro
De fruto sazonado,

El mismo sol dorado
Te preste el carro de oro,
Ó el que forman estrellas,
Pues las del Norte no serán tan bellas.
Por su azadón trocara
Mi dorada cuchilla,
Á Ocaña tu casilla,
Casa en que el sol repara.
¡Dichoso tú, que tienes
En la troj de tu lecho tantos bienes!

Luján.

LUJÁN.

Perdona; que estaba el bayo
Necesitado de mí.

COMENDADOR.

Muerto estoy, matóme un rayo;
Aun dura, Luján, en mí
La fuerza de aquel desmayo.

LUJÁN.

¿Todavía persevera,
Y aquella pasión te dura?

COMENDADOR.

Como va el fuego á su esfera,
El alma á tanta hermosura
Sube cobarde y ligera.
Si quiero, Luján, hacerme
Amigo deste villano,
Donde el honor menos duerme
Que en el sutil cortesano,
¿Qué medio puede valerme?
¿Será bien decir que trato
De no parecer ingrato
Al deseo que mostró,
Y hacerle algún bien?

LUJÁN.

Si yo
Quisiera bien, con recato,
Quiero decir, advertido
De un peligro conocido,
Primero que á la mujer,
Solicitara tener
La gracia de su marido.
Éste, aunque es hombre de bien
Y honrado entre sus iguales,
Se descuidará también,
Si le haces obras tales
Como por otros se ven;
Que hay marido que, obligado,
Procede más descuidado
En la guarda de su honor;
Que la obligación, señor,
Descuida el mayor cuidado.

COMENDADOR.

¿Qué le daré por primeras
Señales?

LUJÁN.

Si consideras
Lo que un labrador adulas,
Será darle un par de mulas
Más que si á Ocaña le dieras.
Este es el mayor tesoro
De un labrador: y á su esposa
Unas arracadas de oro:
Que con Angélica hermosa
Esto escriben de Medoro.
Reinaldo fuerte en roja sangre baña
Por Angélica el campo de Agramante;
Roldán valiente, gran señor de Anglante,
Cubre de cuerpos la marcial campaña;
La furia Malgesí del cetro engaña,
Sangriento corre el fiero Sacripante;
Cuanto le pone la ocasión delante,
Derriba al suelo Ferragut de España.
Mas, mientras los gallardos paladines
Armados tiran tajos y reveses,
Presentóle Medoro unos chapines;
Y entre unos verdes olmos y cipreses
Gozó de amor los regalados fines,
Y la tuvo por suya trece meses.

COMENDADOR.

No pintó mal el poeta
Lo que puede el interés.

LUJÁN.

Ten por opinión discreta
La del dar, porque al fin es
La más breve y más secreta.
Los servicios personales
Son vistos públicamente,
Y dan del amor señales.
El interés diligente,
Que negocia por metales,
Dicen que lleva los pies
Todos envueltos en lana.

COMENDADOR.

Pues alto: venza interés.

LUJÁN.

Mares y montes allana,
Y tú lo verás después.

COMENDADOR.

Desde que fuiste conmigo,
Luján, al Andalucía,
Y fuí en la guerra testigo
De tu honra y valentía,
Huelgo de tratar contigo
Todas las cosas que son
De gusto y secreto, á efeto
De saber tu condición;
Que un hombre de bien, discreto
Es digno de estimación
En cualquier parte ó lugar
Que le ponga su fortuna;
Y yo te pienso mudar
Deste oficio.

LUJÁN.

Si en alguna
Cosa te puedo agradar,
Mándame, y verás mi amor
Que yo no puedo, señor,
Ofrecerte otras grandezas.

COMENDADOR.

Sácame destas tristezas.

LUJÁN.

Este es el medio mejor.

COMENDADOR.

Pues vamos, y buscarás
El par de mulas más bello
Que él haya visto jamás.

LUJÁN.

Ponles ese yugo al cuello;
Que antes de un hora verás
Arar en su pecho fiero
Surcos de afición, tributo
De que tu cosecha espero;
Que en trigo de amor no hay fruto
Si no se siembra dinero.

Vanse.

Casilda, Inés y Costanza.

CASILDA.

No es tarde para partir.

INÉS.

El tiempo es bueno, y es llano
Todo el camino.

COSTANZA.

En verano
Suelen muchas veces ir
En diez horas, y aun en menos.
¿Qué galas llevas, Inés?

INÉS.

Pobres, y el talle que ves.

COSTANZA.

Yo llevo unos cuerpos llenos
De pasamanos de plata.

INÉS.

Desabrochado el sayuelo,
Salen bien.

CASILDA.

De terciopelo,
Sobre encarnada escarlata,
Los pienso llevar, que son
Galas de mujer casada.

COSTANZA.

Una basquiña prestada
Me daba, Inés, la de Antón:
Era palmilla gentil
De Cuenca, si allá se teje,
Y oblígame á que la deje
Menga, la de Blasco Gil,
Porque dice que el color
No dice bien con mi cara.

INÉS.

Bien sé yo quién te prestara
Una faldilla mejor.

COSTANZA.

¿Quién?

INÉS.

Casilda.

CASILDA.

Si tú quieres,
La de grana blanca es buena,
Ó la verde, que está llena
De vivos.

COSTANZA.

Liberal eres
Y bien acondicionada;
Mas, si Pedro ha de reñir,
No te la quiero pedir,
Y guárdete Dios, casada.

CASILDA.

No es Peribáñez, Costanza,
Tan mal acondicionado.

INÉS.

¿Quiérete bien tu velado?

CASILDA.

¿Tan presto temes mudanza?
No hay en esta villa toda
Novios de placer tan ricos;
Pero aun comemos los picos
De las roscas de la boda.

INÉS.

¿Dícete muchos amores?

CASILDA.

Yo no sé cuáles son pocos;
Sé que mis sentidos locos
Lo están de tantos favores.
Cuando se muestra el lucero
Viene del campo mi esposo,
De su cena deseoso:
Siéntele el alma primero,
Y salgo á abrille la puerta,
Arrojando el almohadilla;
Que siempre tengo en la silla
Quien mis labores concierta.
Él de las mulas se arroja,
Y yo me arrojo en sus brazos;
Tal vez de nuestros abrazos
La bestia hambrienta se enoja,
Y sintiéndola gruñir,
Dice: «En dándole la cena
Al ganado, cara buena,
Volverá Pedro á salir.»
Mientras él paja les echa,
Ir por cebaba me manda;
Yo la traigo, él la zaranda,
Y deja la que aprovecha.
Revuélvela en el pesebre,
Y allí me vuelve á abrazar;
Que no hay tan bajo lugar
Que el amor no le celebre.
Salimos donde ya está
Dándonos voces la olla,
Porque el ajo y la cebolla,
Fuera del olor que da
Por toda nuestra cocina,
Tocan á la cobertera
El villano de manera,
Que á bailalle nos inclina.
Sácola en limpios manteles,
No en plata, aunque yo quisiera;
Platos son de Talavera,
Que están vertiendo claveles.
Aváhole su escudilla

De sopas con tal primor,
Que no la come mejor
El señor de muesa villa;
Y él lo paga, porque á fe,
Que apenas bocado toma,
De que, como á su paloma,
Lo que es mejor no me dé.
Bebe y deja la mitad,
Bébole las fuerzas yo,
Traigo olivas, y si no,
Es postre la voluntad.
Acabada la comida,
Puestas las manos los dos,
Dámosle gracias á Dios
Por la merced recibida;
Y vámonos á acostar,
Donde le pesa á la aurora
Cuando se llega la hora
De venirnos á llamar.

INÉS.

¡Dichosa tú, casadilla,
Que en tan buen estado estás!
Ea, ya no falta más
Sino salir de la villa.

Peribáñez.

CASILDA.

¿Está el carro aderezado?

PERIBÁÑEZ.

Lo mejor que puede está.

CASILDA.

Luego ¿pueden subir ya?

PERIBÁÑEZ.

Pena, Casilda, me ha dado
El ver que el carro de Bras
Lleva alhombra y repostero.

CASILDA.

Pídele á algún caballero.

INÉS.

Al Comendador podrás.

PERIBÁÑEZ.

Él nos mostraba afición,
Y pienso que nos le diera.

CASILDA.

¿Qué se pierde en ir?

PERIBÁÑEZ.

Espera;
Que á la fe que no es razón
Que vaya sin repostero.

INÉS.

Pues vámonos á vestir.

CASILDA.

También le puedes pedir.....

PERIBÁÑEZ.

¿Qué, mi Casilda?

CASILDA.

Un sombrero.

PERIBÁÑEZ.

Eso no.

CASILDA.

¿Por qué? ¿Es exceso?

PERIBÁÑEZ.

Porque plumas de señor
Podrán darnos por favor,
Á ti viento, y á mí peso.

Vanse.

El Comendador y Luján.

COMENDADOR.

Bellas son por extremo.

LUJÁN.

Yo no he visto
Mejores bestias, ¡por tu vida y mía!
En cuantas he tratado, y no son pocas.

COMENDADOR.

Las arracadas faltan.

LUJÁN.

Dijo el dueño
Que cumplen á estas yerbas los tres años,
Y costaron lo mismo que le diste,
Habrá un mes, en la feria de Mansilla,
Y que saben muy bien de albarda y silla.

COMENDADOR.

¿De qué manera, di, Luján, podremos
Darlas á Peribáñez, su marido,
Que no tenga malicia en mi propósito?

LUJÁN.

Llamándole á tu casa, y previniéndole
De que estás á su amor agradecido.
Pero cáusame risa en ver que hagas
Tu secretario en cosas de tu gusto
Un hombre de mis prendas.

COMENDADOR.

No te espantes;
Que sirviendo mujer de humildes prendas,
Es fuerza que lo trate con las tuyas.
Si sirviera una dama, hubiera dado
Parte á mi secretario ó mayordomo
Ó á algunos gentilhombres de mi casa.
Estos hicieran joyas, y buscaran
Cadenas de diamantes, brincos, perlas,
Telas, rasos, damascos, terciopelos,
Y otras cosas extrañas y exquisitas,
Hasta en Arabia procurar la fénix;
Pero la calidad de lo que quiero
Me obliga á darte parte de mis cosas,
Luján; que aunque eres mi lacayo, miro
Que para comprar mulas eres propio:
De suerte que yo trato el amor mío
De la manera misma que él me trata.

LUJÁN.

Ya que no fué tu amor, señor, discreto,
El modo de tratarle lo parece.

Leonardo.

LEONARDO.

Aquí está Peribáñez.

COMENDADOR.
¿Quién, Leonardo?
LEONARDO.
Peribáñez, señor.
COMENDADOR.
¿Qué es lo que dices?
LEONARDO.
Digo que me pregunta Peribáñez
Por ti, y yo pienso bien que le conoces.
Es Peribáñez labrador de Ocaña,
Cristiano viejo y rico, hombre tenido
En gran veneración de sus iguales,
Y que, si se quisiese alzar agora
En esta villa, seguirán su nombre
Cuantos salen al campo con su arado,
Porque es, aunque villano, muy honrado.
LUJÁN.
¿De qué has perdido la color? (Ap. á su amo.)
COMENDADOR.
¡Ay, cielos!
Que de solo venir el que es esposo
De una mujer que quiero bien, me siento
Descolorir, helar y temblar todo.
LUJÁN.
Luego ¿no ternás ánimo de verle?
COMENDADOR.
Di que éntre; que del modo que á quien ama,
La calle, las ventanas y las rejas
Agradables le son, y en las criadas
Parece que ve el rostro de su dueño,
Así pienso mirar en su marido
La hermosura por quien estoy perdido.

Peribáñez, con capa.

PERIBÁÑEZ.
Dame tus generosos pies.
COMENDADOR.
¡Oh Pedro!
Seas mil veces bien venido. Dame
Otras tantas tus brazos.
PERIBÁÑEZ.
¡Señor mío!
¡Tanta merced á un rústico villano
De los menores que en Ocaña tienes!
¡Tanta merced á un labrador!
COMENDADOR.
No eres
Indigno, Peribáñez, de mis brazos;
Que, fuera de ser hombre bien nacido,
Y por tu entendimiento y tus costumbres
Honra de los vasallos de mi tierra,
Te debo estar agradecido, y tanto,
Cuanto ha sido por ti tener la vida,
Que pienso que sin ti fuera perdida.
¿Qué quieres desta casa?
PERIBÁÑEZ.
Señor mío,
Yo soy, ya lo sabrás, recién casado.
Los hombres, y de bien, cual lo profeso,
Hacemos, aunque pobres, el oficio
Que hicieran los galanes de Palacio.
Mi mujer me ha pedido que la lleve
Á la fiesta de Agosto, que en Toledo
Es, como sabes, de su santa iglesia
Celebrada de suerte, que convoca
Á todo el reino. Van también sus primas.
Yo, señor, tengo en casa pobres sargas,
No franceses tapices de oro y seda,
No reposteros con doradas armas,
Ni coronados de blasón y plumas
Los timbres generosos; y así, vengo
Á que se digne Vuestra Señoría
De prestarme una alhombra y repostero
Para adornar el carro; y le suplico
Que mi ignorancia su grandeza abone,
Y como enamorado me perdone.
COMENDADOR.
¿Estás contento, Peribáñez?
PERIBÁÑEZ.
Tanto,
Que no trocara á este sayal grosero
La encomienda mayor que el pecho cruza
De Vuestra Señoría, porque tengo
Mujer honrada, y no de mala cara,
Buena cristiana, humilde, y que me quiere,
No sé si tanto como yo la quiero,
Pero con más amor que mujer tuvo.
COMENDADOR.
Tenéis razón de amar á quien os ama
Por ley divina y por humanas leyes;
Que á vos eso os agrada como vuestro.
¡Hola! Dalde el alfombra mequineza
Con ocho reposteros de mis armas;
Y pues hay ocasión para pagarle
El buen acogimiento de su casa,
Adonde hallé la vida, las dos mulas
Que compré para el coche de camino;
Y á su esposa llevad las arracadas,
Si el platero las tiene ya acabadas.
PERIBÁÑEZ.
Aunque bese la tierra, señor mío,
En tu nombre mil veces, no te pago
Una mínima parte de las muchas
Que debo á las mercedes que me haces.
Mi esposa y yo, hasta aquí vasallos tuyos,
Desde hoy somos esclavos de tu casa.
COMENDADOR.
Vé, Leonardo, con él.
LEONARDO.
Vente conmigo.

Vanse Leonardo y Peribánez.

COMENDADOR.
Luján, ¿qué te parece?
LUJÁN.
Que se viene
La ventura á tu casa.
COMENDADOR.
Escucha aparte:
El alazán al punto me adereza;

Que quiero ir á Toledo rebozado,
Porque me lleva el alma esta villana.

LUJÁN.

¿Seguirla quieres?

COMENDADOR.

Sí, pues me persigue,
Porque este ardor con verla se mitigue.

Vanse.

El rey D. Enrique III, el Condestable y acompañamiento.

CONDESTABLE.

Alegre está la ciudad,
Y á servirte apercibida,
Con la dichosa venida
De tu sacra Majestad.
Auméntales el placer
Ser víspera de tal día.

REY.

El deseo que tenía
Me pueden agradecer.
Soy de su rara hermosura
El mayor apasionado.

CONDESTABLE.

Ella, en amor y en cuidado,
Notablemente procura
Mostrar agradecimiento.

REY.

Es octava maravilla,
Es corona de Castilla,
Es su lustre y ornamento;
Es cabeza, Condestable,
De quien los miembros reciben
Vida, con que alegres viven;
Es á la vista admirable.
Como Roma, está sentada
Sobre un monte que ha vencido
Los siete por quien ha sido
Tantos siglos celebrada.
Salgo de su santa iglesia
Con admiración y amor.

CONDESTABLE.

Este milagro, señor,
Vence al antiguo de Efesia.
¿Piensas hallarte mañana
En la procesión?

REY.

Iré,
Para ejemplo de mi fe,
Con la imagen soberana;
Que la querría obligar
Á que rogase por mí
En esta jornada.

Un paje, y después dos regidores de Toledo.

PAJE.

Aquí
Tus pies vienen á besar
Dos regidores, de parte
De su noble Ayuntamiento.

REY.

Di que lleguen.

Avisa el paje y llegan los dos regidores.

UN REGIDOR.

Esos pies
Besa, gran señor, Toledo,
Y dice que para darte
Respuesta con breve acuerdo
Á lo que pides, y es justo,
De la gente y el dinero,
Juntó sus nobles, y todos,
De común consentimiento,
Para la jornada ofrecen
Mil hombres de todo el reino,
Y cuarenta mil ducados.

REY.

Mucho á Toledo agradezco
El servicio que me hace;
Pero es Toledo en efecto.
¿Sois caballeros los dos?

REGIDOR.

Los dos somos caballeros.

REY.

Pues hablad al Condestable
Mañana, porque Toledo
Vea que en vosotros pago
Lo que á su nobleza debo.

Inés, Casilda y Costanza, con sombreros de borlas y vestidas de labradoras á uso de la Sagra; Peribáñez; detrás el Comendador embozado.

INÉS.

¡Pardiez, que tengo de verle,
Pues hemos venido á tiempo
Que está el Rey en la ciudad!

COSTANZA.

¡Oh, qué gallardo mancebo!

INÉS.

Éste llaman don Enrique
Tercero.

CASILDA.

¡Qué buen tercero!

PERIBÁÑEZ.

Es hijo del rey don Juan
El primero, y así, es nieto
Del segundo don Enrique,
El que mató al rey don Pedro,
Que fué Guzmán por la madre,
Y valiente caballero,
Aunque más lo fué el hermano;
Pero cayendo en el suelo,
Volviósele la fortuna,
Que los brazos desasiendo
Á Enrique, le dió la daga,
Que agora se ha vuelto cetro.

INÉS.

¿Quién es aquél tan erguido

Que habla con él?

PERIBÁÑEZ.

Cuando menos,
El Condestable.

CASILDA.

¡Qué! ¿son
Los reyes de carne y hueso?

COSTANZA.

Pues ¿de qué pensabas tú?

CASILDA.

De damasco ó terciopelo.

COSTANZA.

Sí que eres boba en verdad.

COMENDADOR.

Como sombra voy siguiendo (Aparte.)
El sol de aquesta villana,
Y con tanto atrevimiento,
Que de la gente del Rey
El ser conocido temo.
Pero ya se va al alcázar.

INÉS.

¡Hola! El Rey se va.

COSTANZA.

Tan presto,
Que aún no he podido saber
Si es barbirrubio ó taheño.

INÉS.

Los reyes son á la vista,
Costanza, por el respeto,
Imágenes de milagros;
Porque siempre que los vemos,
De otra color nos parecen.

Vanse el Rey, el Condestable y el acompañamiento.

Luján y un pintor.

LUJÁN.

Aquí está.

PINTOR.

¿Cuál dellas?

LUJÁN.

Al pintor.

Quedo.
Señor, aquí está el pintor.

COMENDADOR.

¡Oh amigo!

PINTOR.

Á servirte vengo.

COMENDADOR.

¿Traes el naipe y colores?

PINTOR.

Sabiendo tu pensamiento,
Colores y naipe traigo.

COMENDADOR.

Pues con notable secreto,
De aquellas tres labradoras
Me retrata la de en medio,
Luego que en cualquier lugar
Tomen con espacio asiento.

PINTOR.

Que será dificultoso
Temo; pero yo me atrevo
Á que se parezca mucho.

COMENDADOR.

Pues advierte lo que quiero:
Si se parece en el naipe,
Deste retrato pequeño
Quiero que hagas uno grande,
Con más espacio, en un lienzo.

PINTOR.

¿Quiéresle entero?

COMENDADOR.

No tanto;
Basta que de medio cuerpo,
Mas con las mismas patenas,
Sartas, camisa y sayuelo.

LUJÁN.

Allí se sientan á ver
La gente.

PINTOR.

Ocasión tenemos.
Yo haré el retrato.

PERIBÁÑEZ.

Casilda,
Tomemos aqueste asiento
Para ver las luminarias.

INÉS.

Dicen que al Ayuntamiento
Traerán bueyes esta noche.

CASILDA.

Vamos; que aquí los veremos
Sin peligro y sin estorbo.

COMENDADOR.

Retrata, pintor, al cielo,
Todo bordado de nubes,
Y retrata un prado ameno,
Todo cubierto de flores.

PINTOR.

Cierto que es bella en extremo.

LUJÁN.

Tan bella, que está mi amo
Todo cubierto de vello,
De convertido en salvaje.

PINTOR.

La luz faltará muy presto.

COMENDADOR.

No lo temas; que otro sol
Tiene en sus ojos serenos,
Siendo estrellas para ti,
Para mí rayos de fuego.

ACTO SEGUNDO.

Blas, Gil, Antonio y Benito.

BENITO.
Yo soy deste parecer.
GIL.
Pues asentaos y escribildo.
ANTÓN.
Mal hacemos en hacer
Entre tan pocos cabildo.
BENITO.
Ya se llamó desde ayer.
BLAS.
Mil faltas se han conocido
En esta fiesta pasada.
GIL.
Puesto, señores, que ha sido
La procesión tan honrada
Y el Santo tan bien servido,
Debemos considerar
Que parece mal faltar
En tan noble cofradía
Lo que ahora se podría
Fácilmente remediar.
Y cierto que, pues que toca
Á todos un mal que daña
Generalmente, que es poca
Devoción de toda Ocaña,
Y á toda España provoca.
De nuestro santo patrón
Roque, vemos cada día
Aumentar la devoción
Una y otra cofradía,
Una y otra procesión
En el reino de Toledo
Pues ¿por qué tenemos miedo
Á ningún gasto?
BENITO.
No ha sido
Sino descuido y olvido.

Peribáñez.

PERIBÁÑEZ.
Si en algo serviros puedo,
Veisme aquí, si ya no es tarde.
BLAS.
Peribáñez, Dios os guarde.
Gran falta nos habéis hecho.
PERIBÁÑEZ.
El no seros de provecho
Me tiene siempre cobarde.
BENITO.
Toma asiento junto á mí.
GIL.
¿Dónde has estado?
PERIBÁÑEZ.
En Toledo;
Que á ver con mi esposa fuí
La fiesta.
ANTÓN.
¿Gran cosa?
PERIBÁÑEZ.
Puedo
Decir, señores, que vi
Un cielo en ver en el suelo
Su santa iglesia, y la imagen
Que ser más bella recelo,
Si no es que á pintarla bajen
Los escultores del cielo;
Porque quien la verdadera
No haya visto en la alta esfera
Del trono en que está sentada,
No podrá igualar en nada
Lo que Toledo venera.
Hízose la procesión
Con aquella majestad
Que suelen, y que es razón,
Añadiendo autoridad
El Rey en esta ocasión.
Pasaba al Andalucía
Para proseguir la guerra.
GIL.
Mucho nuestra cofradía
Sin vos en mil cosas yerra.
PERIBÁÑEZ.
Pensé venir otro día
Y hallarme á la procesión
De nuestro Roque divino;
Pero fué vana intención,
Porque mi Casilda vino
Con tan devota intención,
Que hasta que pasó la octava
No pude hacella venir.
GIL.
¿Que allá el señor Rey estaba?
PERIBÁÑEZ.
Y el Maestre, oí decir,
De Alcántara y Calatrava.
¡Brava jornada aperciben!
No ha de quedar moro en pie
De cuantos beben y viven
El Betis, aunque bien sé
Del modo que los reciben.
Pero, esto aparte dejando,
¿De qué estábades tratando?
BENITO.
De la nuestra cofradía
De San Roque; y, á fe mía,
Que el ver que has llegado cuando
Mayordomo están haciendo,
Me ha dado, Pedro, á pensar
Que vienes á serlo.
ANTÓN.
En viendo

Á Peribáñez entrar,
Lo mismo estaba diciendo.

BLAS.

¿Quién lo ha de contradecir?

GIL.

Por mí digo que lo sea,
Y en la fiesta por venir
Se ponga cuidado, y vea
Lo que es menester pedir.

PERIBÁÑEZ.

Aunque por recién casado
Replicar fuera razón,
Puesto que me habéis honrado,
Agravio mi devoción
Huyendo el rostro al cuidado.
Y por servir á San Roque,
La mayordomía aceto
Para que más me provoque
Á su servicio.

ANTÓN.

En efeto,
Haréis mejor lo que toque.

PERIBÁÑEZ.

¿Qué es lo que falta de hacer?

BENITO.

Yo quisiera proponer
Que otro San Roque se hiciese
Más grande, porque tuviese
Más vista.

PERIBÁÑEZ.

Buen parecer.
¿Qué dice Gil?

GIL.

Que es razón;
Que es viejo y chico el que tiene
La cofradía.

PERIBÁÑEZ.

¿Y Antón?

ANTÓN.

Que hacerle grande conviene,
Y que ponga devoción.
Está todo desollado
El perro, y el panecillo
Más de la mitad quitado,
Y el *santo*, quiero decillo,
Todo abierto por un lado,
Y á los dos dedos, que son
Con que da la bendición,
Falta más de la mitad.

PERIBÁÑEZ.

Blas, ¿qué diz?

BLAS.

Que á la ciudad
Vayan hoy Pedro y Antón,
Y hagan aderezar
El viejo á algún buen pintor,
Porque no es justo gastar
Ni hacerle agora mayor,
Pudiéndole renovar.

PERIBÁÑEZ.

Blas dice bien, pues está
Tan pobre la cofradía;
Mas ¿cómo se llevará?

ANTÓN.

En vuesa pollina ó mía
Sin daño y golpes irá,
De una sábana cubierto.

PERIBAÑEZ.

Pues esto baste por hoy
Si he de ir á Toledo.

BLAS.

Advierto
Que este parecer que doy
No lleva engaño encubierto;
Que si se ofrece gastar,
Cuando Roque se volviera
San Cristóbal, sabré dar
Mi parte.

GIL.

Cuando eso fuera,
¿Quién se pudiera excusar?

PERIBÁÑEZ.

Pues vamos, Antón; que quiero
Despedirme de mi esposa.

ANTÓN.

Yo con la imagen te espero.

PERIBÁÑEZ.

Llamará Casilda hermosa
Este mi amor lisonjero;
Que, aunque disculpado quedo
Con que el cabildo me ruega,
Pienso que enojarla puedo,
Pues en tiempo de la siega
Me voy de Ocaña á Toledo.

Vanse.

El Comendador y Leonardo.

COMENDADOR.

Cuéntame el suceso todo.

LEONARDO.

Si de algún provecho es
Haber conquistado á Inés,
Pasa, señor, de este modo:
Vino de Toledo á Ocaña
Inés con tu labradora,
Como de su sol aurora,
Más blanda y menos extraña.
Pasé su calle las veces
Que pude, aunque con recato,
Porque en gente de aquel trato
Hay maliciosos jüeces.
Al baile salió una fiesta,
Ocasión de hablarla hallé;
Habléla de amor, y fué
La vergüenza la respuesta.
Pero saliendo otro día
Á las eras, pude hablalla,
Y en el camino contalla
La fingida pena mía.
Ya entonces más libremente

Mis palabras escuchó,
Y pagarme prometió
Mi afición honestamente;
Porque yo le di á entender
Que ser mi esposa podría,
Aunque ella mucho temía
Lo que era razón temer.
Pero aseguréla yo
Que tú, si era su contento,
Harías el casamiento,
Y de otra manera no.
Con esto está de manera,
Que si á Casilda ha de haber
Puerta, por aquí ha de ser,
Que es prima y es bachillera.

COMENDADOR.

¡Ay, Leonardo! ¡Si mi suerte
Al imposible inhumano
De aqueste desdén villano,
Roca del mar siempre fuerte,
Hallase fácil camino!

LEONARDO.

¿Tan ingrata te responde?

COMENDADOR.

Seguíla, ya sabes dónde,
Sombra de su sol divino;
Y en viendo que me quitaba
El rebozo, era de suerte,
Que, como de ver la muerte,
De mi rostro se espantaba.
Ya le salían colores
Al rostro, ya se teñía
De blanca nieve, y hacía
Su furia y desdén mayores.
Con efectos desiguales,
Yo, con los humildes ojos,
Mostraba que sus enojos
Me daban golpes mortales.
En todo me parecía
Que aumentaba su hermosura,
Y atrevióse mi locura,
Leonardo, á llamar un día
Un pintor, que retrató
En un naipe su desdén.

LEONARDO.

Y ¿parecióse?

COMENDADOR.

Tan bien,
Que después me le pasó
Á un lienzo grande, que quiero
Tener donde siempre esté
Á mis ojos, y me dé
Más favor que el verdadero.
Pienso que estará acabado:
Tú irás por él á Toledo;
Pues con el vivo no puedo,
Viviré con el pintado.

LEONARDO.

Iré á servirte, aunque siento
Que te aflijas por mujer
Que la tardas en vencer
Lo que ella en saber tu intento.
Déjame hablar con Inés;
Que verás lo que sucede.

COMENDADOR.

Si ella lo que dices puede,
No tiene el mundo interés.....

Luján, de segador.

LUJÁN.

¿Estás solo?

COMENDADOR.

¡Oh, buen Luján!
Sólo está Leonardo aquí.

LUJÁN.

¡Albricias, señor!

COMENDADOR.

Si á ti
Deseos no te las dan,
Hacienda tengo en Ocaña.

LUJÁN.

En forma de segador,
Á Peribáñez, señor
(Tanto la apariencia engaña),
Pedí jornal en su trigo,
Y desconocido, estoy
En su casa desde hoy.

COMENDADOR.

¡Quién fuera, Luján, contigo!

LUJÁN.

Mañana, al salir la aurora,
Hemos de ir los segadores
Al campo; mas tus amores
Tienen gran remedio agora;
Que Peribáñez es ido
Á Toledo, y te ha dejado
Esta noche á mi cuidado;
Porque, en estando dormido
El escuadrón de la siega
Alrededor del portal,
En sintiendo que al umbral
Tu seña ó tu planta llega,
Abra la puerta, y te adiestre
Por donde vayas á ver
Esta invencible mujer.

COMENDADOR.

¿Cómo quieres que te muestre
Debido agradecimiento,
Luján, de tanto favor?

LEONARDO.

Es el tesoro mayor
Del alma el entendimiento.

COMENDADOR.

¡Por qué camino tan llano
Has dado á mi mal remedio!
Pues no estando de por medio
Aquel celoso villano,
Y abriéndome tú la puerta
Al dormir los segadores,
Queda en mis locos amores
La de mi esperanza abierta.

¡Brava ventura he tenido,
No sólo en que se partiese,
Pero de que no te hubiese
Por el disfraz conocido!
¿Has mirado bien la casa?

LUJÁN.

Y ¡cómo si la miré!
Hasta el aposento entré
Del sol que tu pecho abrasa.

COMENDADOR.

¿Que has entrado á su aposento?
¿Que de tan divino sol
Fuiste Faetón español?
¡Espantoso atrevimiento!
¿Qué hacía aquel ángel bello?

LUJÁN.

Labor en un limpio estrado,
No de seda ni brocado,
Aunque pudiera tenello,
Mas de azul guadalmecí,
Con unos vivos dorados,
Que, en vez de borlas, cortados
Por las cuatro esquinas vi.
Y como en toda Castilla
Dicen del Agosto ya
Que el frío en el rostro da,
Y ha llovido en nuestra villa,
Ó por verse caballeros
Antes del invierno frío,
Sus paredes, señor mío,
Sustentan tus reposteros.
Tanto, que dije entre mí,
Viendo tus armas honradas:
«Rendidas, que no colgadas,
Pues amor lo quiere ansí.»

COMENDADOR.

Antes ellas te advirtieron
De que en aquella ocasión
Tomaban la posesión
De la conquista que hicieron;
Porque donde están colgadas,
Lejos están de rendidas;
Pero, cuando fueran vidas,
Las doy por bien empleadas.
Vuelve, no te vean aquí;
Que, mientras me voy á armar,
Querrá la noche llegar
Para dolerse de mí.

LUJÁN.

¿Ha de ir Leonardo contigo?

COMENDADOR.

Paréceme discreción,
Porque en cualquiera ocasión
Es bueno al lado un amigo.

Vanse.

Casilda é Inés.

CASILDA.

Conmigo te has de quedar
Esta noche, por tu vida.

INÉS.

Licencia es razón que pida.
Desto no te has de agraviar;
Que son padres en efeto.

CASILDA.

Enviaréles un recado
Porque no estén con cuidado.
Que ya es tarde te prometo.

INÉS.

Trázalo como te dé
Más gusto, prima querida.

CASILDA.

No me habrás hecho en tu vida
Mayor placer, á la fe.
Esto debes á mi amor.

INÉS.

Estás, Casilda, enseñada
A dormir acompañada:
No hay duda, tendrás temor.
Y yo mal podré suplir
La falta de tu velado,
Que es mozo, á la fe, chapado,
Y para hacer y decir.
Yo, si hubiese algún rüido,
Cuéntame por desmayada.
Tiemblo una espada envainada;
Desnuda, pierdo el sentido.

CASILDA.

No hay en casa qué temer;
Que duermen en el portal
Los segadores.

INÉS.

Tu mal,
Soledad debe de ser,
Y temes que estos desvelos
Te quiten el sueño.

CASILDA.

Aciertas;
Que los desvelos son puertas
Para que pasen los celos
Desde el amor al temor;
Y en comenzando á temer,
No hay más dormir que poner
Con celos remedio á amor.

INÉS.

Pues ¿qué ocasión puede darte
En Toledo?

CASILDA.

¿Tú no ves
Que celos es aire, Inés,
Que viene de cualquier parte?

INÉS.

Que de Medina venía
Oí yo siempre cantar.

CASILDA.

Y Toledo, ¿no es lugar
De adonde venir podría?

INÉS.

Grandes hermosuras tiene.

CASILDA.

Ahora bien, vente á cenar.

Llorente y Mendo.

LLORENTE.

Á quien ha de madrugar,
Dormir luego le conviene

MENDO.

Digo que muy justo es:
Los ranchos pueden hacerse.

CASILDA.

Ya vienen á recogerse
Los segadores, Inés.

INÉS.

Pues vamos, y á Sancho avisa
El cuidado de la huerta.

Vanse Casilda é Inés.

Bartolo y Chaparro.

LLORENTE.

Muesama acude á la puerta:
Andará dándonos prisa
Por no estar aquí su dueño.

BARTOLO.

Al alba he de haber segado
Todo el repecho del prado.

CHAPARRO.

Si diere licencia el sueño.
Buenas noches os dé Dios,
Mendo y Llorente.

MENDO.

El sosiego
No será mucho, si luego
Habemos de andar los dos
Con las hoces á destajo,
Aquí manada, aquí corte.

CHAPARRO.

¡Pardiez, Mendo, cuando importe,
Bien luce el justo trabajo!
Sentaos, y antes de dormir,
Ó cantemos ó contemos
Algo de nuevo, y podremos
En esto nos divertir.

BARTOLO.

¿Tan dormido estáis, Llorente?

LLORENTE.

¡Pardiez, Bartol, que quisiera
Que en un año amaneciera
Cuatro veces solamente!

Helipe y Luján, de segador.

HELIPE.

¿Hay para todos lugar?

MENDO.

¡Oh Helipe! Bien venido.

LUJÁN.

Y yo, si lugar os pido,
¿Podréle por dicha hallar?

CHAPARRO.

No faltará para vos.
Aconchaos junto á la puerta.

BARTOLO.

Cantar algo se concierta.

CHAPARRO.

Y aun contar algo, ¡por Dios!

LUJÁN.

Quien supiere un lindo cuento,
Póngale luego en el corro.

CHAPARRO.

De mi capote me ahorro,
Y para escuchar me asiento.

LUJÁN.

Va primero de canción,
Y luego diré una historia
Que me viene á la memoria.

MENDO.

Cantad.

LLORENTE.

Ya comienzo el són.

Cantan con guitarras:

Trébole, ¡ay Jesús, cómo huele!
Trébole, ¡ay Jesús, qué olor!
Trébole de la casada
Que á su esposo quiere bien;
De la doncella también,
Entre paredes guardada,
Que fácilmente engañada,
Sigue su primero amor.
Trébole, ¡ay Jesús, cómo huele!
Trébole, ¡ay Jesús, qué olor!
Trébole de la soltera,
Que tantos amores muda;
Trébole de la vïuda
Que otra vez casarse espera,
Tocas blancas por defuera
Y el faldellín de color.
Trébole, ¡ay Jesús, cómo huele!
Trébole ¡ay Jesús, qué olor!

LUJÁN.

Parece que se han dormido;
No tenéis ya que cantar.

LLORENTE.

Yo me quiero recostar
Aunque no en trébol florido.

LUJÁN.

¿Qué me detengo? Ya están (Aparte.)
Los segadores durmiendo.
Noche, este amor te encomiendo:
Prisa los silbos me dan.
La puerta le quiero abrir.

Abre.

El Comendador y Leonardo, embozados.

LUJÁN.

¿Eres tú, señor?

COMENDADOR.

Yo soy.

LUJÁN.

Entra presto.

COMENDADOR.
Dentro estoy.
LUJÁN.
Ya comienzan á dormir.
Seguro por ellos pasa;
Que un carro puede pasar
Sin que puedan despertar.
COMENDADOR.
Luján, yo no sé la casa;
Al aposento me guía.
LUJÁN.
Quédese Leonardo aquí.
LEONARDO.
Que me place.
LUJÁN.
Ven tras mí.
COMENDADOR.
¡Oh amor! ¡Oh fortuna mía!
¡Dadme próspero suceso!

Éntranse el Comendador y Luján; Leonardo se queda detrás de una puerta.

LLORENTE.
¡Hola, Mendo!
MENDO.
¿Qué hay, Llorente?
LLORENTE.
En casa anda gente.
MENDO.
¿Gente?
Que lo temí te confieso.
¿Así se guarda decoro
Á Peribáñez?
LLORENTE.
No sé;
Sé que no es gente de á pie
MENDO.
¿Cómo?
LLORENTE.
Trae capa con oro.
MENDO.
¿Con oro? Mátenme aquí
Si no es el Comendador.
LLORENTE.
Demos voces.
MENDO.
¿No es mejor
Callar?
LLORENTE.
Sospecho que sí.
Pero ¿de qué sabes que es
El Comendador?
MENDO.
No hubiera
En Ocaña quien pusiera
Tan atrevidos los pies,
Ni aun el pensamiento, aquí.
LLORENTE.
¡Esto es casar con mujer
Hermosa!
MENDO.
¿No puede ser
Que ella esté sin culpa?
LLORENTE.
Sí.
Ya vuelven. Hazte el dormido.

El Comendador y Luján, embozados.

COMENDADOR.

En voz baja.

¡Ce! ¡Leonardo!
LEONARDO.
¿Qué hay, señor?
COMENDADOR.
Perdí la ocasión mejor
Que pudiera haber tenido.
LEONARDO.
¿Cómo?
COMENDADOR.
Ha cerrado, y muy bien,
El aposento esta fiera.
LEONARDO.
Llama.
COMENDADOR.
¡Si gente no hubiera....!
Mas despertarán también.
LEONARDO.
No harán; que son segadores,
Y el vino y cansancio son
Candados de la razón
Y sentidos exteriores.
Pero escucha, que han abierto
La ventana del portal.
COMENDADOR.
Todo me sucede mal.
LEONARDO.
¿Si es ella?
COMENDADOR.
Tenlo por cierto.

Casilda, con un rebozo, asomándose á una ventana que da al portal.

CASILDA.
¿Es hora de madrugar,
Amigos?
COMENDADOR.
Señora mía,
Ya se va acercando el día
Y es tiempo de ir á segar;
Demás que, saliendo vos,
Sale el sol, y es tarde ya.
Lástima á todos nos da
De veros sola ¡por Dios!
No os quiere bien vuestro esposo,
Pues á Toledo se fué
Y os deja una noche. Á fe
Que si fuera tan dichoso

El Comendador de Ocaña
(Que sé yo que os quiere bien,
Aunque le mostrais desdén
Y sois con él tan extraña),
Que no os dejara, aunque el Rey
Por sus cartas le llamara;
Que dejar sola esa cara
Nunca fué de amantes ley.

CASILDA.

Labrador de lejas tierras,
Que has venido á nuesa villa
Convidado del agosto,
¿Quién te dió tanta malicia?
Ponte tu tosca antipara,
Del hombro el gabán derriba,
La hoz menuda en el cuello,
Los dediles en la cinta.
Madruga al salir del alba,
Mira que te llama el día,
Ata las manadas secas
Sin maltratar las espigas.
Cuando salgan las estrellas,
Á tu descanso camina,
Y no te metas en cosas
De que algún mal se te siga.
El Comendador de Ocaña
Servirá dama de estima,
No con sayuelo de grana
Ni con saya de palmilla.
Copete traerá rizado,
Gorguera de holanda fina,
No cofia de pinos tosca
Y toca de argentería.
En coche ó silla de seda
Los disantos irá á misa;
No vendrá en carro de estacas
De los campos á las viñas.
Dirále en cartas discretas
Requiebros á maravilla,
No labradores desdenes,
Envueltos en señorías.
Olerále á guantes de ámbar,
Á perfumes y pastillas;
No á tomillo ni cantueso,
Poleo y zarzas floridas.
Y cuando el Comendador
Me amase como á su vida
Y se diesen virtud y honra
Por amorosas mentiras,
Más quiero yo á Peribáñez
Con su capa la pardilla,
Que al Comendador de Ocaña
Con la suya guarnecida.
Más precio verle venir
En su yegua la tordilla,
La barba llena de escarcha
Y de nieve la camisa,
La ballesta atravesada,
Y del arzón de la silla
Dos perdices ó conejos,
Y el podenco de traílla,
Que ver al Comendador
Con gorra de seda rica,
Y cubiertos de diamantes
Los brahones y capilla;
Que más devoción me causa
La cruz de piedra en la ermita,
Que la roja de Santiago
En su bordada ropilla.
Vete, pues, el segador,
Mala fuese la tu dicha;
Que si Peribáñez viene,
No verás la luz del día.

COMENDADOR.

Quedo, señora..... ¡Señora!.....
Casilda, amores, Casilda,
Yo soy el Comendador;
Abridme, por vuestra vida;
Mirad que tengo que daros
Dos sartas de perlas finas
Y una cadena esmaltada
De más peso que la mía.

CASILDA.

Segadores de mi casa,
No durmáis; que con su risa
Os está llamando el alba.
¡Ea, relinchos y grita!
Que el que á la tarde viniere
Con más manadas cogidas,
Le mando el sombrero grande
Con que va Pedro á las viñas.

Éntrase.

MENDO.

Llorente, muesama llama.

LUJÁN.

Aparte á su amo.

Huye, señor, huye aprisa;
Que te ha de ver esta gente.

COMENDADOR.

¡Ay, cruel sierpe de Libia! (Aparte.)
Pues aunque gaste mi hacienda,
Mi honor, mi sangre y vida,
He de rendir tus desdenes,
Tengo de vencer tus iras.

Vanse el Comendador, Luján y Leonardo.

BARTOLO.

Yérguete cedo, Chaparro;
Que viene á gran prisa el día.

CHAPARRO.

¡Ea, Helipe, que es muy tarde!

HELIPE.

¡Pardiez, Bartol, que se miran
Todos los montes bañados
De blanca luz por encima!

LLORENTE.

Seguidme todos, amigos,
Porque muesama no diga
Que porque muesamo falta,

Andan las hoces baldías.

Vanse.

Peribáñez, Antón y el pintor.

PERIBÁÑEZ.
Entre las tablas que vi
De devoción ó retratos,
Adonde menos ingratos
Los pinceles conocí,
Una he visto que me agrada,
Ó porque tiene primor,
Ó porque soy labrador
Y lo es también la pintada.
Y pues ya se concertó
El aderezo del santo,
Reciba yo favor tanto,
Que vuelva á mirarla yo.

PINTOR.
Vos tenéis mucha razón,
Que es bella la labradora.

PERIBÁÑEZ.
Quitalda del clavo ahora;
Que quiero enseñarla á Antón.

ANTÓN.
Ya la vi; mas si queréis,
También holgaré de vella.

PERIBÁÑEZ.
Id ¡por mi vida! por ella.

PINTOR.
Yo voy.

PERIBÁÑEZ.
Un ángel veréis.

Vase el pintor.

ANTÓN.
Bien sé yo por qué miráis
La villana con cuidado.

PERIBÁÑEZ.
Sólo el traje me le ha dado;
Que en el gusto, os engañáis.

ANTÓN.
Pienso que os ha parecido
Que parece á vuestra esposa.

PERIBÁÑEZ.
¿Es Casilda tan hermosa?

ANTÓN.
Pedro, vos sois su marido:
Á vos os está más bien
Alaballa, que no á mí.

El pintor, con un retrato grande de Casilda.

PINTOR.
La labradora está aquí.

PERIBÁÑEZ.
Y mi deshonra también. (Aparte.)

PINTOR.
¿Qué os parece?

PERIBÁÑEZ.
Que es notable.
¿No os agrada, Antón?

ANTÓN.
Es cosa
Á vuestros ojos hermosa,
Y á los del mundo admirable.

PERIBÁÑEZ.
Id, Antón, á la posada,
Y ensillad mientras que voy.

ANTÓN.
Puesto que ignorante soy, (Aparte.)
Casilda es la retratada,
Y el pobre de Pedro está
Abrasándose de celos.
Adiós.

Vase.

PERIBÁÑEZ.
No han hecho los cielos
Cosa, señor, como ésta (1).
¡Bellos ojos! ¡Linda boca!
¿De dónde es esta mujer?

PINTOR.
No acertarla á conocer,
Á imaginar me provoca
Que no está bien retratada,
Porque donde vos nació.

PERIBÁÑEZ.
¿En Ocaña?

PINTOR.
Sí.

PERIBÁÑEZ.
Pues yo
Conozco una desposada
Á quien algo se parece.

PINTOR.
Yo no sé quién es; mas sé
Que á hurto la retraté,
No como agora se ofrece,
Mas en un naipe. De allí,
A este lienzo la he pasado.

PERIBÁÑEZ.
Ya sé quién la ha retratado.
Si acierto, ¿diréislo?

PINTOR.
Sí.

PERIBÁÑEZ.
El Comendador de Ocaña.

PINTOR.
Por saber que ella no sabe
El amor de hombre tan grave,
Que es de lo mejor de España,
Me atrevo á decir que es él.

PERIBÁÑEZ.
Luego ¿ella no es sabedora?

PINTOR.
Como vos antes de agora;

(1) Falta la rima.

Antes, por ser tan fiel,
Tanto trabajo costó
El poderla retratar.

PERIBÁÑEZ.

¿Queréismela á mí fiar,
Y llevarésela yo?

PINTOR.

No me han pagado el dinero.

PERIBÁÑEZ.

Yo os daré todo el valor.

PINTOR.

Temo que el Comendador
Se enoje, y mañana espero
Un lacayo suyo aquí.

PERIBÁÑEZ.

Pues ¿sábelo ese lacayo?

PINTOR.

Anda veloz como un rayo
Por rendirla.

PERIBÁÑEZ.

Ayer le vi,
Y le quise conocer.

PINTOR.

¿Mandáis otra cosa?

PERIBÁÑEZ.

En tanto
Que nos reparáis el santo,
Tengo de venir á ver
Mil veces este retrato.

PINTOR.

Como fuéredes servido.
Adiós.

Vase.

PERIBÁÑEZ.

¿Qué he visto y oído,
Cielo airado, tiempo ingrato?
Mas si deste falso trato
No es cómplice mi mujer,
¿Cómo doy á conocer
Mi pensamiento ofendido?
Porque celos de marido
No se han de dar á entender.
Basta que el Comendador
Á mi mujer solicita;
Basta que el honor me quita,
Debiéndome dar honor.
Soy vasallo, es mi señor,
Vivo en su amparo y defensa;
Si en quitarme el honor piensa,
Quitaréle yo la vida;
Que la ofensa acometida
Ya tiene fuerza de ofensa.
Erré en casarme, pensando
Que era una hermosa mujer
Toda la vida un placer
Que estaba el alma pasando;
Pues no imaginé que cuando
La riqueza poderosa
Me la mirara envidiosa,
La codiciara también.
¡Mal haya el humilde, amén,
Que busca mujer hermosa!
Don Fadrique me retrata
Á mi mujer; luego ya
Haciendo dibujo está
Contra el honor, que me mata.
Si pintada me maltrata
La honra, es cosa forzosa
Que venga á estar peligrosa
La verdadera también.
¡Mal haya el humilde, amén,
Que busca mujer hermosa!
Mal lo miró mi humildad
En buscar tanta hermosura;
Mas la virtud asegura
La mayor dificultad.
Retirarme á mi heredad
Es dar puerta vergonzosa
Á quien cuanto escucha glosa,
Y trueca en mal todo el bien.....
¡Mal haya el humilde, amén,
Que busca mujer hermosa!
Pues también salir de Ocaña
Es el mismo inconveniente,
Y mi hacienda no consiente
Que viva por tierra extraña.
Cuanto me ayuda me daña;
Pero hablaré con mi esposa,
Aunque es ocasión odiosa
Pedirle celos también.
¡Mal haya el humilde, amén,
Que busca mujer hermosa!

Vase.

El Comendador y Leonardo.

COMENDADOR.

Por esta carta, como digo, manda
Su Majestad, Leonardo, que le envíe
De Ocaña y de su tierra alguna gente.

LEONARDO.

Y ¿qué piensas hacer?

COMENDADOR.

Que se echen bandos
Y que se alisten de valientes mozos
Hasta doscientos hombres, repartidos
En dos lucidas compañías, ciento
De gente labradora, y ciento hidalgos.

LEONARDO.

Y ¿no será mejor hidalgos todos?

COMENDADOR.

No caminas al paso de mi intento,
Y así, vas lejos de mi pensamiento.
Destos cien labradores hacer quiero
Cabeza y capitán á Peribáñez,
Y con esta invención tenelle ausente.

LEONARDO.

¡Extrañas cosas piensan los amantes!

COMENDADOR.

Amor es guerra, y cuanto piensa ardides.

¿Si habrá venido ya?

LEONARDO.

Luján me dijo
Que á comer le esperaban, y que estaba
Casilda llena de congoja y miedo.
Supe después de Inés que no diría
Cosa de lo pasado aquella noche,
Y que de acuerdo de las dos, pensaba
Disimular, por no causarle pena,
Á que viéndola triste y afligida,
No se atreviese á declarar su pecho
Lo que después para servirte haría.

COMENDADOR.

¡Rigurosa mujer! ¡Maldiga el cielo!
El punto en que caí, pues no he podido
Desde entonces, Leonardo, levantarme
De los umbrales de su puerta!

LEONARDO.

Calla,
Que más fuerte era Troya, y la conquista
Derribó sus murallas por el suelo.
Son estas labradoras encogidas,
Y por hallarse indignas, las más veces
Niegan, señor, lo mismo que desean.
Ausenta á su marido honradamente;
Que tú verás el fin de tu deseo.

COMENDADOR.

Quiéralo mi ventura; que te juro
Que habiendo sido en tantas ocasiones
Tan animoso como sabe el mundo,
En ésta voy con un temor notable.

LEONARDO.

Bueno será saber si Pedro viene.

COMENDADOR.

Parte, Leonardo, y de tu Inés te informa,
Sin que pases la calle ni levantes
Los ojos á ventana ó puerta suya.

LEONARDO.

Exceso es ya tan gran desconfianza,
Porque ninguno amó sin esperanza.

Vase.

COMENDADOR.

Cuentan de un rey que á un árbol adoraba,
Y que un mancebo á un mármol asistía,
Á quien, sin dividirse noche y día,
Sus amores y quejas le contaba;
Pero el que un tronco y una piedra amaba,
Más esperanza de su bien tenía,
Pues en fin acercársele podía
Y á hurto de la gente le abrazaba.
¡Mísero yo, que adoro en otro muro
Colgada, aquella ingrata y verde hiedra,
Cuya dureza enternecer procuro!
Tal es el fin que mi esperanza medra;
Mas, pues que de morir estoy seguro,
¡Plega al amor que te convierta en piedra!

Vase.

Peribáñez y Antón.

PERIBÁÑEZ.

Vos os podéis ir, Antón,
Á vuestra casa, que es justo.

ANTÓN.

Y vos, ¿no fuera razón?

PERIBÁÑEZ.

Ver mis segadores gusto,
Pues llego á buena ocasión;
Que la haza cae aquí.

ANTÓN.

Y ¿no fuera mejor haza
Vuestra Casilda?

PERIBÁÑEZ.

Es ansí;
Pero quiero darles traza
De lo que han de hacer por mí.
Id á ver vuesa mujer,
Y á la mía así de paso;
Decid que me quedo á ver
Nuestra hacienda.

ANTÓN.

¡Extraño caso! (Ap.)
No quiero darle á entender
Que entiendo su pensamiento.
Quedad con Dios.

PERIBÁÑEZ.

Él os guarde.

Vase Antón.

Tanta es la afrenta que siento,
Que sólo por entrar tarde
Hice aqueste fingimiento.
¡Triste yo! Si no es culpada
Casilda, ¿por qué rehuyo
El verla? ¡Ay, mi prenda amada!
Pero á tu gracia atribuyo
Mi fortuna desgraciada.
Si tan hermosa no fueras,
Claro está que no le dieras
Al señor Comendador
Causa de tan loco amor.
Estos son mi trigo y eras.
¡Con qué diversa alegría,
Oh campos, pensé miraros
Cuando contento vivía!
Porque viniendo á sembraros,
Otra esperanza tenía.
Con alegre corazón
Pensé de vuestras espigas
Henchir mis trojes, que son
Agora eternas fatigas
De mi perdida opinión.
Mas quiero disimular;
Que ya sus relinchos siento.
Oirlos quiero cantar,
Porque en ajeno instrumento
Comienza el alma á llorar.

Óyese dentro grita de segadores.

Mendo, Bartolo, Llorente y otros segadores, dentro.

MENDO.

Dentro.

Date más priesa, Bartol,
Mira que la noche baja,
Y se va á poner el sol.

BARTOLO.

Dentro.

Bien cena quien bien trabaja,
Dice el refrán español.

UN SEGADOR.

Dentro.

Échote una pulla, Andrés:
Que te bebas media azumbre.

OTRO SEGADOR.

Dentro.

Échame otras dos, Ginés.

PERIBÁÑEZ.

Todo me da pesadumbre,
Todo mi desdicha es.

MENDO.

Dentro.

Canta, Llorente, el cantar
De la mujer de muesamo.

PERIBÁÑEZ.

¿Qué tengo más que esperar?
La vida, cielos, desamo.
¿Quién me la quiere quitar?

LLORENTE.

Canta dentro.

La mujer de Peribáñez
Hermosa es á maravilla;
El Comendador de Ocaña
De amores la requería.
La mujer es virtuosa
Cuanto hermosa y cuanto linda;
Mientras Pedro está en Toledo,
Desta suerte respondía:
«Más quiero yo á Peribáñez
Con su capa la pardilla,
Que no á vos, Comendador,
Con la vuesa guarnecida.»

PERIBÁÑEZ.

Notable aliento he cobrado
Con oir esta canción,
Porque lo que éste ha cantado
Las mismas verdades son
Que en mi ausencia habrán pasado.
¡Oh, cuánto le debe al cielo
Quien tiene buena mujer!
Que el jornal dejan recelo.
Aquí me quiero esconder.
¡Ojalá se abriera el suelo!
Que aunque en gran satisfacción,
Casilda, de ti me pones,
Pena tengo con razón,
Porque honor que anda en canciones
Tiene dudosa opinión.

Vase.

Casilda é Inés.

CASILDA.

¿Tú me habías de decir
Desatino semejante?

INÉS.

Deja que pase adelante.

CASILDA.

Ya, ¿cómo te puedo oir?

INÉS.

Prima, no me has entendido,
Y este preciarte de amar
Á Pedro, te hace pensar
Que ya está Pedro ofendido.
Lo que yo te digo á ti
Es cosa que á mí me toca.

CASILDA.

¿Á ti?

INÉS.

Sí.

CASILDA.

Yo estaba loca:
Pues si á ti te toca, di.

INÉS.

Leonardo, aquel caballero
Del Comendador, me ama,
Y por su mujer me quiere.

CASILDA.

Mira, prima, que te engaña.

INÉS.

Yo sé, Casilda, que soy
Su misma vida.

CASILDA.

Repara
Que son sirenas los hombres,
Que para matarnos cantan.

INÉS.

Yo tengo cédula suya.

CASILDA.

Inés, plumas y palabras,
Todas se las lleva el viento.
Muchas damas tiene Ocaña
Con ricos dotes, y tú
Ni eres muy rica ni hidalga.

INÉS.

Prima, si con el desdén
Que ahora comienzas, tratas
Al señor Comendador,
Falsas son mis esperanzas,

Todo mi remedio impides.

CASILDA.

¿Ves, Inés, cómo te engañas,
Pues porque me digas eso
Quieres fingir que te ama?

INÉS.

Hablar bien no quita honor;
Que yo no digo que salgas
Á recibirle á la puerta
Ni á verle por la ventana.

CASILDA.

Si te importara la vida,
No le mirara á la cara.
Y advierte que no le nombres,
Ó no entres más en mi casa;
Que del ver viene el oir,
Y de las locas palabras
Vienen las infames obras.

Peribáñez con unas alforjas en la mano.

PERIBÁÑEZ.

¡Esposa!

CASILDA.

¡Luz de mi alma!

PERIBÁÑEZ.

¿Estás buena?

CASILDA.

Estoy sin ti.
¿Vienes bueno?

PERIBÁÑEZ.

El verte basta
Para que salud me sobre.
¡Prima!

INÉS.

¡Primo!

PERIBÁÑEZ.

¿Qué me falta
Si juntas os veo?

CASILDA.

Estoy
Á nuestra Inés obligada,
Que me ha hecho compañía
Lo que has faltado de Ocaña.

PERIBÁÑEZ.

Á su casamiento rompas
Dos chinelas argentadas,
Y yo los zapatos nuevos
Que siempre en bodas se calzan.

CASILDA.

¿Qué me traes de Toledo?

PERIBÁÑEZ.

Deseos; que por ser carga
Tan pesada, no he podido
Traerte joyas ni galas.
Con todo, te traigo aquí
Para esos pies, que bien hayan,
Unas chinelas abiertas,
Que abrochan cintas de nácar.
Traigo más seis tocas rizas,
Y para prender las sayas,
Dos cintas de vara y media
Con sus herretes de plata.

CASILDA.

Mil años te guarde el cielo.

PERIBÁÑEZ.

Sucedióme una desgracia,
Que á la fe que fué milagro
Llegar con vida á mi casa.

CASILDA.

¡Ay, Jesús! Toda me turbas.

PERIBÁÑEZ.

Caí de unas cuestas altas
Sobre unas piedras.

CASILDA.

¿Qué dices?

PERIBÁÑEZ.

Que si no me encomendara
Al santo en cuyo servicio
Caí de la yegua baya,
Á estas horas estoy muerto.

CASILDA.

Toda me tienes helada.

PERIBÁÑEZ.

Prometíle la mejor
Prenda que hubiese en mi casa
Para honor de su capilla;
Y así, quiero que mañana
Quiten estos reposteros,
Que nos harán poca falta,
Y cuelguen en las paredes
De aquella su ermita santa
En justo agradecimiento.

CASILDA.

Si fueran paños de Francia,
De oro, seda, perlas, piedras,
No replicara palabra.

PERIBÁÑEZ.

Pienso que nos está bien
Que no estén en nuestra casa
Paños con armas ajenas;
No murmuren en Ocaña
Que un villano labrador
Cerca su inocente cama
De paños comendadores,
Llenos de blasones y armas.
Timbre y plumas no están bien
Entre el arado y la pala,
Bieldo, trillo y azadón;
Que en nuestras paredes blancas
No han de estar cruces de seda,
Sino de espigas y pajas,
Con algunas amapolas,
Manzanillas y retamas.
Yo, ¿qué moros he vencido
Para castillos y bandas?
Fuera de que sólo quiero
Que haya imágenes pintadas:
La Anunciación, la Asunción,
San Francisco con sus llagas,
San Pedro Mártir, San Blas
Contra el mal de la garganta,

San Sebastián y San Roque,
Y otras pinturas sagradas;
Que retratos es tener
En las paredes fantasmas.
Uno vi yo, que quisiera.....
Pero no quisiera nada.
Vamos á cenar, Casilda,
Y apercíbanme la cama.

CASILDA.

¿No estás bueno?

PERIBÁÑEZ.

Bueno estoy.

Luján.

LUJÁN.

Aquí un criado te aguarda
Del Comendador.

PERIBÁÑEZ.

¿De quién?

LUJÁN.

Del Comendador de Ocaña.

PERIBÁÑEZ.

Pues ¿qué me quiere á estas horas?

LUJÁN.

Eso sabrás si le hablas.

PERIBÁÑEZ.

¿Eres tú aquel segador
Que anteayer entró en mi casa?

LUJÁN.

¿Tan presto me desconoces?

PERIBÁÑEZ.

Donde tantos hombres andan,
No te espantes.

LUJÁN.

Malo es esto. (Aparte.)

INÉS.

Con muchos sentidos habla. (Aparte.)

PERIBÁÑEZ.

¿El Comendador á mí? (Aparte.)
¡Ay, honra, al cuidado ingrata!
Si eres vidrio, al mejor vidrio
Cualquiera golpe le basta.

ACTO TERCERO[1].

El Comendador y Leonardo.

COMENDADOR.

Cuéntame, Leonardo, breve,
Lo que ha pasado en Toledo.

LEONARDO.

Lo que referirte puedo,
Puesto que á ceñirlo pruebe
En las más breves razones,
Quiere más paciencia.

COMENDADOR.

Advierte
Que soy un sano á la muerte,
Y que remedios me pones.

LEONARDO.

El rey Enrique el tercero,
Que hoy el Justiciero llaman,
Porque Catón y Aristides
En la equidad no le igualan,
El año de cuatrocientos
Y seis sobre mil, estaba
En la villa de Madrid,
Donde le vinieron cartas,
Que quebrándole las treguas
El Rey moro de Granada,
No queriéndole volver
Por promesas y amenazas
El castillo de Ayamonte,
Ni menos pagarle parias,
Determinó hacerle guerra;
Y para que la jornada
Fuese como convenía
Á un rey, el mayor de España,
Y le ayudasen sus deudos
De Aragón y de Navarra,
Juntó Cortes en Toledo,
Donde al presente se hallan
Prelados y caballeros,
Villas y ciudades varias.....
Digo sus procuradores,
Donde en su Real alcázar
La disposición de todo
Con justos acuerdos tratan
El Obispo de Sigüenza,
Que la insigne iglesia santa
Rige de Toledo ahora,
Porque está su silla vaca
Por la muerte de don Pedro
Tenorio, varón de fama;
El Obispo de Palencia,
Don Sancho de Rojas, clara
Imagen de sus pasados,
Y que el de Toledo aguarda;
Don Pablo el de Cartagena,
Á quien ya á Burgos señalan;
El gallardo don Fadrique,
Hoy Conde de Trastamara,
Aunque ya Duque de Arjona
Toda la corte le llama,
Y don Enrique Manuel,
Primos del Rey, que bastaban,
No de Granada, de Troya,
Ser incendio sus espadas;
Ruy López de Ávalos, grande
Por la dicha y por las armas,
Condestable de Castilla,
Alta gloria de su casa;
El Camarero mayor
Del Rey, por sangre heredada
Y virtud propia, aunque tiene

También de quién heredarla,
Por Juan de Velasco digo,
Digno de toda alabanza;
Don Diego López de Estúñiga,
Que Justicia mayor llaman,
Y el mayor Adelantado
De Castilla, de quien basta
Decir que es Gómez Manrique,
De cuyas historias largas
Tienen Granada y Castilla
Cosas tan raras y extrañas;
Los Oidores del Audiencia
Del Rey, y que el reino amparan;
Pero Sánchez del Castillo,
Rodríguez de Salamanca,
Y Perïañez.....

COMENDADOR.

Detente.
¿Qué Perïañez? Aguarda;
Que la sangre se me hiela
Con ese nombre.

LEONARDO.

¡Oh, qué gracia!
Háblote de los Oidores
Del Rey, y ¡del que se llama
Peribáñez imaginas
Que es! ¡el labrador de Ocaña!

COMENDADOR.

Si hasta ahora te pedía
La relación y la causa
De la jornada del Rey,
Ya no me atrevo á escucharla.
Eso, ¿todo se resuelve
En que el Rey hace jornada
Con lo mejor de Castilla
Á las fronteras, que guardan,
Con favor del Granadino,
Los que le niegan las parias?

LEONARDO.

Eso es todo.

COMENDADOR.

Pues advierte
Sólo (que me es de importancia)
Que mientras fuiste á Toledo,
Tuvo ejecución la traza.
Con Peribáñez hablé,
Y le dije que gustaba
De nombralle capitán
De cien hombres de labranza,
Y que se pusiese á punto.
Parecióle que le honraba,
Como es verdad, á no ser
Honra aforrada en infamia.
Quiso ganarla en efecto;
Gastó su haciendilla en galas,
Y sacó su compañía
Ayer, Leonardo, á la plaza;
Y hoy, según Luján me ha dicho,
Con ella á Toledo marcha.

LEONARDO.

Bueno. Y te deja á Casilda,
Tan villana y tan ingrata
Como siempre.

COMENDADOR.

Sí; mas mira
Que amor en ausencia larga
Hará el efecto que suele
En piedra el curso del agua.

Tocan cajas dentro.

Pero ¿qué cajas son éstas?

LEONARDO.

No dudes que son sus cajas.

COMENDADOR.

Tu alférez trae los hidalgos.
Toma, Leonardo, tus armas,
Porque mejor le engañemos,
Para que á la vista salgas
También con tu compañía.

LEONARDO.

Ya llegan. Aquí me aguarda.

Vase.

Peribáñez, con espada y daga, mandando una compañía de labradores, armados graciosamente, entre ellos Blas y Belardo.

PERIBÁÑEZ.

No me quise despedir
Sin ver á Su Señoría.

COMENDADOR.

Estimo la cortesía.

PERIBÁÑEZ.

Yo os voy, señor, á servir.

COMENDADOR.

Decid al Rey mi señor.

PERIBÁÑEZ.

Al Rey y á vos.....

COMENDADOR.

Está bien.

PERIBÁÑEZ.

Que al Rey es justo, y también
Á vos, por quien tengo honor;
Que yo, ¿cuándo mereciera
Ver mi azadón y gabán
Con nombre de capitán,
Con jineta y con bandera
Del Rey, á cuyos oídos
Mi nombre llegar no puede,
Porque su estatura excede
Todos mis cinco sentidos?
Guárdeos muchos años Dios.

COMENDADOR.

Y os traiga, Pedro, con bien.

PERIBÁÑEZ.

¿Vengo bien vestido?

COMENDADOR.

Bien.
No hay diferencia en los dos.

PERIBÁÑEZ.

Sola una cosa querría.....

No sé si á vos os agrada.

COMENDADOR.

Decid, á ver.

PERIBÁÑEZ.

Que la espada
Me ciña Su Señoría,
Para que ansí vaya honrado.

COMENDADOR.

Mostrad, haréos caballero;
Que de esos bríos espero,
Pedro, un valiente soldado.

PERIBÁÑEZ.

¡Pardiez, señor, hela aquí!
Ciñámela su mercé.

COMENDADOR.

Esperad, os la pondré
Porque la llevéis por mí.

BELARDO.

Híncate, Blas, de rodillas;
Que le quieren her hidalgo.

BLAS.

Pues ¿quedará falto en algo?

BELARDO.

En mucho, si no te humillas.

BLAS.

Belardo, vos, que sois viejo,
¿Hanle de dar con la espada?

BELARDO.

Yo, de mi burra manchada,
De su albarda y aparejo,
Entiendo más que de armar
Caballeros de Castilla.

COMENDADOR.

Ya os he puesto la cuchilla.

PERIBÁÑEZ.

¿Qué falta agora?

COMENDADOR.

Jurar
Que á Dios, supremo Señor,
Y al Rey serviréis con ella.

PERIBÁÑEZ.

Eso juro, y de traella
En defensa de mi honor,
Del cual, pues voy á la guerra,
Adonde vos me mandáis,
Ya por defensa quedáis,
Como señor desta tierra.
Mi casa y mujer, que dejo
Por vos, recién desposado,
Remito á vuestro cuidado
Cuando de los dos me alejo.
Esto os fío, porque es más
Que la vida, con quien voy;
Que aunque tan seguro estoy
Que no la ofendan jamás,
Gusto que vos la guardéis,
Y corra por vos, á efeto
De que, como tan discreto,
Lo que es el honor sabéis;
Que con él no se permite
Que hacienda y vida se iguale,
Y quien sabe lo que vale,
No es posible que le quite.
Vos me ceñisteis espada,
Con que ya entiendo de honor;
Que antes yo pienso, señor,
Que entendiera poco ó nada.
Y pues iguales los dos
Con este honor nos dejáis,
Mirad cómo le guardáis,
Ó quejáreme de vos.

COMENDADOR.

Yo os doy licencia, si hiciere
En guardalle deslealtad,
Que de mí os quejéis.

PERIBÁÑEZ.

Marchad,
Y venga lo que viniere.

Vanse los labradores, y Peribáñez con ellos.

COMENDADOR.

Algo confuso me deja
El estilo con que habla,
Porque parece que entabla
Ó la venganza ó la queja.
Pero es que, como he tenido
El pensamiento culpado,
Con mi malicia he juzgado
Lo que su inocencia ha sido.
Y cuando pudiera ser
Malicia lo que entendí,
¿Dónde ha de haber contra mí
En un villano poder?
Esta noche has de ser mía,
Villana, rebelde, ingrata,
Porque muera quien me mata,
Antes que amanezca el día.

Vase.

Casilda, Costanza é Inés en un balcón.

COSTANZA.

En fin, ¿se ausenta tu esposo?

CASILDA.

Pedro á la guerra se va;
Que en la que me deja acá,
Pudiera ser más famoso.

INÉS.

Casilda, no te enternezcas;
Que el nombre de capitán
No como quiera le dan.

CASILDA.

¡Nunca estos nombres merezcas!

COSTANZA.

Á fe que tienes razón,
Inés; que entre tus iguales
Nunca he visto cargos tales,
Porque muy de hidalgos son.
Demás que tengo entendido
Que á Toledo solamente
Ha de llegar con la gente.

CASILDA.

Pues si eso no hubiera sido,
¿Quedárame vida á mí?

Tocan caja, y va saliendo la compañía de labradores mandada por Peribáñez.

INÉS.

La caja suena: ¿si es él?

COSTANZA.

De los que se van con él
Ten lástima, y no de ti.

BELARDO.

Veislas allí en el balcón,
Que me remozo de vellas;
Mas ya no soy para ellas,
Y ellas para mí no son.

PERIBÁÑEZ.

¿Tan viejo estáis ya, Belardo?

BELARDO.

El gusto se acabó ya.

PERIBÁÑEZ.

Algo de él os quedará
Bajo del capote pardo.

BELARDO.

¡Pardiez, señor capitán,
Tiempo hué que el sol y el aire
Solía hacerme donaire,
Ya pastor, ya sacristán!
Cayó un año mucha nieve,
Y como la recibí,
Á la Iglesia me acogí.

PERIBÁÑEZ.

¿Tendréis tres dieces y un nueve?

BELARDO.

Esos y otros tres decía
Un aya que me criaba;
Mas pienso que se olvidaba.
¡Poca memoria tenía!
Cuando la Cava nació,
Me salió la primer muela.

PERIBÁÑEZ.

¿Ya íbades á la escuela?

BELARDO.

Pudiera juraros yo
De lo que entonces sabía;
Pero mil dan á entender
Que apenas supe leer,
Y es lo más cierto, á fe mía;
Que como en gracia se lleva
Danzar, cantar ó tañer,
Yo sé escribir sin leer,
Que á fe que es gracia bien nueva.

CASILDA.

¡Ah, gallardo capitán
De mis tristes pensamientos!

PERIBÁÑEZ.

¡Ah, dama la del balcón,
Por quien la bandera tengo!

CASILDA.

¿Vaisos de Ocaña, señor?

PERIBÁÑEZ.

Señora, voy á Toledo
Á llevar estos soldados,
Que dicen que son mis celos.

CASILDA.

Si soldados los lleváis,
Ya no ternéis pena dellos;
Que nunca el honor quebró
En soldándose los celos.

PERIBÁÑEZ.

No los llevo tan soldados,
Que no tenga mucho miedo,
No de vos, más de la causa
Por quien sabéis que los llevo.
Que si celos fueran tales
Que yo los llamara vuestros,
Ni ellos fueran donde van,
Ni yo, señora, con ellos.
La seguridad, que es paz
De la guerra en que me veo,
Me lleva á Toledo, y fuera
Del mundo al último extremo.
Á despedirme de vos
Vengo, y á decir que os dejo
Á vos de vos misma en guarda,
Porque en vos y con vos quedo;
Y que me deis el favor
Que á los capitanes nuevos
Suelen las damas que esperan
De su guerra los trofeos.
¿No parece que ya os hablo
Á lo grave y caballero?
¡Quién dijera que un villano
Que ayer al rastrojo seco
Dientes menudos ponía
De la hoz corva de acero,
Los pies en las tintas uvas,
Rebosando el mosto negro
Por encima del lagar,
Ó la tosca mano al hierro
Del arado, hoy os hablara
En lenguaje soldadesco,
Con plumas de presunción
Y espada de atrevimiento!
Pues sabed que soy hidalgo,
Y que decir y hacer puedo;
Que el Comendador, Casilda,
Me la ciñó, cuando menos.
Pero este *menos*, si el *cuando*
Viene á ser cuando sospecho,
Por ventura será más;
Pero yo no menos bueno.

CASILDA.

Muchas cosas me decís
En lengua que yo no entiendo;
El favor sí; que yo sé
Que es bien debido á los vuestros.
Mas ¿qué podrá una villana
Dar á un capitán?

PERIBÁÑEZ.

No quiero

Que os tratéis ansí.

CASILDA.

Tomad,
Mi Pedro, este listón negro.

PERIBÁÑEZ.

¿Negro me lo dais, esposa?

CASILDA.

¿Pues hay en la guerra agüeros?

PERIBÁÑEZ.

Es favor desesperado.
Promete luto ó destierro.

BLAS.

Y vos, señora Costanza,
¿No dais por tantos requiebros
Alguna prenda á un soldado?

COSTANZA.

Bras, esa cinta de perro,
Aunque tú vas donde hay tantos,
Que las podrás hacer dellos.

BLAS.

¡Plega á Dios que los moriscos
Las hagan de mi pellejo,
Si no dejare matados
Cuantos me fueren huyendo!

INÉS.

¿No pides favor, Belardo?

BELARDO.

Inés, por soldado viejo,
Ya que no por nuevo amante,
De tus manos le merezco.

INÉS.

Tomad aqueste chapín.

BELARDO.

No, señora, deteneldo;
Que favor de chapinazo
Desde tan alto, no es bueno.

INÉS.

Traedme un moro, Belardo.

BELARDO.

Días ha que ando tras ellos.
Mas, si no viniere en prosa,
Desde aquí le ofrezco en verso.

Una compañía de hidalgos, con caja y bandera, y Leonardo de capitán.

LEONARDO.

Vayan marchando, soldados,
Con el orden que decía.

INÉS.

¿Qué es esto?

COSTANZA.

La compañía
De los hidalgos casados.

INÉS.

Más lucidos han salido
Nuestros fuertes labradores.

COSTANZA.

Si son las galas mejores,
Los ánimos no lo han sido.

PERIBÁÑEZ.

¡Hola! Todo hombre esté en vela
Y muestre gallardos bríos.

BELARDO

¡Que piensen estos judíos
Que nos mean la pajuela!
Déles un gentil barzón
Muesa gente por delante.

PERIBÁÑEZ.

¡Hola! Nadie se adelante;
Siga á ballesta lanzón.

Va una compañía alrededor de otra, mirándose.

BLAS.

Agora es tiempo, Belardo
De mostrar brío.

BELARDO.

Callad;
Que á la más caduca edad
Suple un ánimo gallardo.

LEONARDO.

Basta, que los labradores
Compiten con los hidalgos.

BELARDO.

Éstos huirán como galgos.

BLAS.

No habrá ciervos corredores
Como éstos, en viendo un moro,
Y aun basta oirlo decir.

BELARDO.

Ya los vi á todos huir
Cuando corrimos el toro.

Vase la compañía de labradores y Peribáñez con ella. Casilda y Costanza se quitan del balcón. Inés, en el balcón.

LEONARDO.

Ya se han transpuesto. ¡Ce! ¡Inés!

INÉS.

¿Eres tú, mi capitán?

LEONARDO.

¿Por qué tus primas se van?

INÉS.

¿No sabes ya por lo que es?
Casilda es como una roca.
Esta noche hay mal humor.

LEONARDO.

¿No podrá el Comendador
Verla un rato?

INÉS.

Punto en boca;
Que yo le daré lugar
Cuando imagine que llega
Pedro á alojarse.

LEONARDO.

Pues ciega,
Si me quieres obligar,
Los ojos desta mujer,
Que tanto mira su honor,
Porque está el Comendador
Para morir desde ayer.

INÉS.
Dile que venga á la calle.
LEONARDO.
¿Qué señas?
INÉS.
Quien cante bien.
LEONARDO.
Pues adiós.
INÉS.
¿Vendrás también?
LEONARDO.
Al alférez pienso dalle
Estos bravos españoles,
Y yo volverme al lugar.
INÉS.
Adiós.

Éntrase.

LEONARDO.
Tocad á marchar;
Que ya se han puesto dos soles.

Vanse.

El Comendador y Luján.

COMENDADOR.
En fin, ¿le viste partir?
LUJÁN.
Y en una yegua marchar,
Notable para alcanzar
Y famosa para huir.
Si vieras cómo regía
Peribáñez sus soldados,
Te quitara mil cuidados.
COMENDADOR.
Es muy gentil compañía;
Pero á la de su mujer
Tengo más envidia yo.
LUJÁN.
Quien no siguió no alcanzó.
COMENDADOR.
Luján, mañana á comer
En la ciudad estarán.
LUJÁN.
Como esta noche alojaren.
COMENDADOR.
Yo te digo que no paren
Soldados ni capitán.
LUJÁN.
Como es gente de labor,
Y es pequeña la jornada,
Y va la danza engañada
Con el són del atambor,
No dudo que, sin parar,
Vayan á Granada ansí.
COMENDADOR.
¡Cómo pasará por mí
El tiempo que ha de tardar
Desde aquí á las diez!
LUJÁN.
Ya son
Casi las nueve. No seas
Tan triste, que cuando veas
El cabello á la ocasión,
Pierdas el gusto esperando;
Que la esperanza entretiene.
COMENDADOR.
Es, cuando el bien se detiene,
Esperar desesperando.
LUJÁN.
Y Leonardo ¿ha de venir?
COMENDADOR.
¿No ves que el concierto es
Que se case con Inés,
Que es quien la puerta ha de abrir?
LUJÁN.
¿Qué señas ha de llevar?
COMENDADOR.
Unos músicos que canten.
LUJÁN.
¿Cosa que la caza espanten?
COMENDADOR.
Antes nos darán lugar,
Para que con el rüido
Nadie sienta lo que pasa,
De abrir ni cerrar la casa.
LUJÁN.
Todo está bien prevenido;
Mas dicen que en un lugar,
Una parentela toda
Se juntó para una boda,
Ya á comer y ya á bailar.
Vino el cura y desposado,
La madrina y el padrino,
Y el tamboril también vino
Con un salterio extremado.
Mas dicen que no tenían
De la desposada el sí,
Porque decía que allí
Sin su gusto la traían.
Junta, pues, la gente toda,
El cura le preguntó,
Dijo tres veces que no,
Y deshízose la boda.
COMENDADOR.
¿Quieres decir que nos falta,
Entre tantas prevenciones,
El sí de Casilda?
LUJÁN.
Pones
El hombro á empresa muy alta
De parte de su dureza,
Y era menester el sí.
COMENDADOR.
No va mal trazado así;
Que su villana aspereza
No se ha de rendir por ruegos;
Por engaños ha de ser.
LUJÁN.
Bien puede bien suceder;

Mas pienso que vamos ciegos.

Un paje y dos músicos.

PAJE.
Los músicos han venido.

MÚSICO 1.°
Aquí, señor, hasta el día
Tiene Vuesa Señoría
Á Lisardo y á Leonido.

COMENDADOR.
¡Oh amigos! Agradeced
Que este pensamiento os fío;
Que es de honor, y, en fin, es mío.

MÚSICO 2.°
Siempre nos haces merced.

COMENDADOR.
¿Dan las once?

LUJÁN.
Una, dos, tres.....
No dió más.

MÚSICO 2.°
Contaste mal:
Ocho eran dadas.

COMENDADOR.
¿Hay tal?
¿Que aun de mala gana des
Las que da el reloj de buena?

LUJÁN.
Si esperas que sea más tarde,
Las tres cuento.

COMENDADOR.
No hay qué aguarde.

LUJÁN.
Sosiégate un poco, y cena.

COMENDADOR.
¡Mala Pascua te dé Dios!
¿Que cene dices?

LUJÁN.
Pues bebe
Siquiera.

COMENDADOR.
¿Hay nieve?

PAJE.
Sí hay nieve.

COMENDADOR.
Repartilda entre los dos.

PAJE.
La capa tienes aquí.

COMENDADOR.
Muestra. ¿Qué es esto?

PAJE.
Bayeta.

COMENDADOR.
Cuanto miro me inquïeta.
Todos se burlan de mí.
¡Bestias! ¿De luto? ¿Á qué efeto?

PAJE.
¿Quieres capa de color?

LUJÁN.
Nunca á las cosas de amor
Va de color el discreto.
Por el color se dan señas
De un hombre en un tribunal.

COMENDADOR.
Muestra color, animal.
¿Sois criados ó sois dueñas?

PAJE.
Ves aquí color.

COMENDADOR.
Yo voy,
Amor, donde tú me guías.
Da una noche á tantos días
Como en tu servicio estoy.

LUJÁN.
¿Iré yo contigo?

COMENDADOR.
Sí,
Pues que Leonardo no viene.
Templad, para ver si tiene
Templanza este fuego en mí

Vanse.

Peribáñez.

PERIBÁÑEZ.
¡Bien haya el que tiene bestia
Destas de huir y alcanzar,
Con que puede caminar
Sin pesadumbre y molestia!
Alojé mi compañía,
Y con ligereza extraña
He dado la vuelta á Ocaña.
¡Oh, cuán bien decir podría:
Oh caña, la del honor!
Pues que no hay tan débil caña
Como el honor, á quien daña
De cualquier viento el rigor.
Caña de honor quebradiza,
Caña hueca y sin sustancia,
De hojas de poca importancia,
Con que su tronco entapiza.
¡Oh caña, toda aparato,
Caña fantástica y vil,
Para quebrada sutil,
Y verde tan breve rato!
¡Caña compuesta de ñudos,
Y honor, al fin, dellos lleno,
Sólo para sordos bueno
Y para vecinos mudos!
Aquí naciste en Ocaña
Conmigo al viento ligero;
Yo te cortaré primero
Que te quiebres, débil caña.
No acabo de agradecerme
El haberte sustentado,
Yegua, que con tal cuidado
Supiste á Ocaña traerme.
¡Oh, bien haya la cebada
Que tantas veces te dí!
Nunca de ti me serví
En ocasión más honrada.

Agora el provecho toco,
Contento y agradecido.
Otras veces me has traído;
Pero fué pesando poco;
Que la honra mucho alienta:
Y que te agradezca es bien
Que hayas corrido tan bien
Con la carga de mi afrenta.
Préciese de buena espada
Y de buena cota un hombre,
Del amigo de buen nombre
Y de opinión siempre honrada,
De un buen fieltro de camino
Y de otras cosas así;
Que una bestia es para mí
Un socorro peregrino.
¡Oh yegua! ¡En menos de un hora
Tres leguas! Al viento igualas;
Que si le pintan con alas,
Tú las tendrás desde agora.
Ésta es la casa de Antón,
Cuyas paredes confinan
Con las mías, que ya inclinan
Su peso á mi perdición.
Llamar quiero, que he pensado
Que será bien menester.
¡Ah de casa!

ANTÓN.

Dentro.

¡Hola, mujer!
¿No os parece que han llamado?

PERIBÁÑEZ.

¡Ah de casa!

ANTÓN.

Dentro.

¿Quién golpea
Á tales horas?

PERIBÁÑEZ.

Yo soy,
Antón.

ANTÓN.

Dentro.

Por la voz ya voy,
Aunque lo que fuere sea.
¿Quién es?

Abre.

PERIBÁÑEZ.

Quedo, Antón, amigo.
Peribáñez soy.

ANTÓN.

¿Quién?

PERIBÁÑEZ.

Yo,
Á quien hoy el cielo dió
Tan grave y cruel castigo.

ANTÓN.

Vestido me eché dormido,
Porque pensé madrugar;
Ya me agradezco el no estar
Desnudo. ¿Puédoos servir?

PERIBÁÑEZ.

Por vuesa casa, mi Antón,
Tengo de entrar en la mía;
Que ciertas cosas de día,
Sombras por la noche son.
Ya sospecho que en Toledo
Algo entendiste de mí.

ANTÓN.

Aunque callé, lo entendí.
Pero aseguraros puedo
Que Casilda.....

PERIBÁÑEZ.

No hay que hablar.
Por ángel tengo á Casilda.

ANTÓN.

Pues regaladla y servilda.

PERIBÁÑEZ.

Hermano, dejadme estar.

ANTÓN.

Entrad; que si puerta os doy,
Es por lo que della sé.

PERIBÁÑEZ.

Como yo seguro esté,
Suyo para siempre soy.

ANTÓN.

¿Dónde dejáis los soldados?

PERIBÁÑEZ.

Mi alférez con ellos va;
Que yo no he traído acá
Sino sólo mis cuidados.
Y no hizo la yegua poco
En traernos á los dos,
Porque hay cuidado ¡por Dios!
Que basta á volverme loco.

Éntranse.

El Comendador y Luján, con broqueles; músicos.

COMENDADOR.

Aquí podéis comenzar
Para que os ayude el viento.

MÚSICO 2.°

Va de letra.

COMENDADOR.

¡Oh, cuánto siento
Esto que llaman templar!

MÚSICOS.

Cantan.

Cogióme á tu puerta el toro,
Linda casada;
No dijiste: Dios te valga.
El novillo de tu boda,

Á tu puerta me cogió;
De la vuelta que me dió,
Se rió la villa toda;
Y tú, grave y burladora,
Linda casada,
No dijiste: Dios te valga.

Inés abriendo una puerta de casa de Peribáñez.

Los músicos tocan.

INÉS.
¡Ce, ce! ¡Señor don Fadrique!
COMENDADOR.
¿Es Inés?
INÉS.
La misma soy.
COMENDADOR.
En pena á las once estoy.
Tu cuenta el perdón me aplique
Para que salga de pena.
INÉS.
¿Viene Leonardo?
COMENDADOR.
Asegura
Á Peribáñez. Procura,
Inés, mi entrada, y ordena
Que vea esa piedra hermosa;
Que ya Leonardo vendrá.
INÉS.
¿Tardará mucho?
COMENDADOR.
No hará;
Pero fué cosa forzosa
Asegurar un marido
Tan malicioso.
INÉS.
Yo creo
Que á estas horas el deseo
De que le vean vestido
De capitán en Toledo,
Le tendrá cerca de allá.
COMENDADOR.
Durmiendo acaso estará.
¿Puedo entrar? Dime si puedo.
INÉS.
Entra, que te detenía
Por si Leonardo llegaba.
LUJÁN.
Luján ¿ha de entrar?
COMENDADOR.

Á uno de los músicos.

Acaba,
Lisardo. Adiós, hasta el día.
MÚSICO 1.°
El cielo os dé buen suceso.

Éntranse el Comendador, Inés y Luján.

MÚSICO 2.°
¿Dónde iremos?
MÚSICO 1.°
Á acostar.
MÚSICO 2.°
¡Bella moza!
MÚSICO 1.°
Eso..... callar.
MÚSICO 2.°
Que tengo envidia confieso.

Vanse.

Peribáñez.

PERIBÁÑEZ.
Por las tapias de la huerta
De Antón, en mi casa entré,
Y deste portal hallé
La de mi corral abierta.
En el gallinero quise
Estar oculto; mas hallo
Que puede ser que algún gallo
Mi cuidado les avise.
Con la luz de las esquinas
Le quise ver y advertir,
Y vile en medio dormir
De veinte ó treinta gallinas.
Que duermas, dije, me espantas,
En tan dudosa fortuna;
No puedo yo guardar una,
Y ¡quieres tú guardar tantas!
No duermo yo; que sospecho,
Y me da mortal congoja
Un gallo de cresta roja,
Porque la tiene en el pecho.»
Salí al fin, y cual ladrón
De casa, hasta aquí me entré:
Con las palomas topé,
Que de amor ejemplo son;
Y como las vi arrullar,
Y con requiebros tan ricos
Á los pechos por los picos
Las almas comunicar,
Dije: «¡Oh, maldígale Dios,
Aunque grave y altanero,
Al palomino extranjero
Que os alborota á los dos!
Los gansos han despertado,
Gruñe el lechón, y los bueyes
Braman; que de honor las leyes
Hasta el jumentillo atado
Al pesebre con la soga
Desasosiegan por mí;
Que su dueño soy, y aquí
Ven que ya el cordel me ahoga.
Gana me da de llorar.
Lástima tengo de verme
En tanto mal..... Mas ¿si duerme
Casilda? Aquí siento hablar.
En esta saca de harina
Me podré encubrir mejor;
Que si es el Comendador,

Lejos de aquí me imagina.

Escóndese.

Casilda é Inés.

CASILDA.
Gente digo que he sentido.
INÉS.
Digo que te has engañado.
CASILDA.
Tú con un hombre has hablado.
INÉS.
¿Yo?
CASILDA.
Tú, pues.
INÉS.
Tú ¿lo has oído?
CASILDA.
Pues si no hay malicia aquí,
Mira que serán ladrones.
INÉS.
¡Ladrones! Miedo me pones.
CASILDA.
Da voces.
INÉS.
Yo no.
CASILDA.
Yo sí.
INÉS.
Mira que es alborotar
La vecindad sin razón.

El Comendador y Luján.

COMENDADOR.
Ya no puede mi afición
Sufrir, temer ni callar.
Yo soy el Comendador,
Yo soy tu señor.
CASILDA.
No tengo
Más señor que á Pedro.
COMENDADOR.
Vengo
Esclavo, aunque soy señor.
Duélete de mí, ó diré
Que te hallé con el lacayo
Que miras.
CASILDA.
Temiendo el rayo,
Del trueno no me espanté.
Pues, prima, ¡tú me has vendido!
INÉS.
Anda, que es locura ahora,
Siendo pobre labradora,
Y un villano tu marido,
Dejar morir de dolor
Á un príncipe; que más va
En su vida, ya que está
En casa, que no en tu honor.
Peribáñez fué á Toledo.

CASILDA.
¡Oh, prima cruel y fiera,
Vuelta de prima, tercera!
COMENDADOR.
Dejadme, á ver lo que puedo.
LUJÁN.
Dejémoslos, que es mejor.
Á solas se entenderán.

Vanse Inés y Luján.

CASILDA.
Mujer soy de un capitán,
Si vos sois Comendador.
Y no os acerquéis á mí,
Porque á bocados y á coces
Os haré.....
COMENDADOR.
Paso, y sin voces.
PERIBÁÑEZ.

Sale de donde estaba.

¡Ay, honra! ¿Qué aguardo aquí? (Ap.)
Mas soy pobre labrador:
Bien será llegar y hablalle.....
Pero mejor es matalle.

Adelantándose con la espada desenvainada.

Perdonad, Comendador;
Que la honra es encomienda
De mayor autoridad.

Hiere al Comendador.

COMENDADOR.
¡Jesús! Muerto soy. ¡Piedad!
PERIBÁÑEZ.
No temas, querida prenda;
Mas sígueme por aquí.
CASILDA.
No te hablo, de turbada.

Vanse Peribáñez y Casilda.

COMENDADOR.
Señor, tu sangre sagrada
Se duela agora de mí,
Pues me ha dejado la herida
Pedir perdón á un vasallo.

Siéntase en una silla.

Leonardo.

LEONARDO.
Todo en confusión lo hallo.
¡Ah, Inés! ¿Estás escondida?
¡Inés!
COMENDADOR.
Voces oigo aquí.

¿Quién llama?

LEONARDO.

Yo soy, Inés.

COMENDADOR.

¡Ay, Leonardo! ¿No me ves?

LEONARDO.

¿Mi señor?

COMENDADOR.

Leonardo, sí.

LEONARDO.

¿Qué te ha dado? Que parece
Que muy desmayado estás.

COMENDADOR.

Dióme la muerte, no más.
Más el que ofende merece.

LEONARDO.

¡Herido! ¿De quién?

COMENDADOR.

No quiero
Voces ni venganzas ya.
Mi vida en peligro está,
Sola la del alma espero.
No busques, ni hagas extremos,
Pues me han muerto con razón.
Llévame á dar confesión,
Y las venganzas dejemos.
Á Peribáñez perdono.

LEONARDO.

¿Que un villano te mató,
Y qué no lo vengo yo?
Esto siento.

COMENDADOR.

Yo le abono.
No es villano, es caballero;
Que pues le ceñí la espada
Con la guarnición dorada,
No ha empleado mal su acero.

LEONARDO.

Vamos; llamaré á la puerta
Del Remedio.

COMENDADOR.

Sólo es Dios.

Llévase Leonardo á su señor.

Peribáñez, Inés y Luján.

PERIBÁÑEZ.

Dentro.

Aquí moriréis los dos.

INÉS.

Dentro.

Ya estoy, sin heridas, muerta.

Salen huyendo Luján é Inés.

LUJÁN.

Desventurado Luján,
¿Dónde podrás esconderte?

Éntranse por otra puerta, y sale Peribáñez tras ellos.

PERIBÁÑEZ.

Ya no se excusa tu muerte.

Éntrase.

LUJÁN.

Dentro.

¿Por qué, señor capitán?

PERIBÁÑEZ.

Dentro.

Por fingido segador.

INÉS.

Dentro.

Y á mí, ¿por qué?

PERIBÁÑEZ.

Dentro.

Por traidora.

LUJÁN.

Dentro.

¡Muerto soy!

INÉS.

Dentro.

¡Prima y señora!

Casilda.

CASILDA.

No hay sangre donde hay honor.

Vuelve Peribáñez.

PERIBÁÑEZ.

Cayeron en el portal.

CASILDA.

Muy justo ha sido el castigo.

PERIBÁÑEZ.

¿No irás, Casilda, conmigo?

CASILDA.

Tuya soy al bien ó al mal.

PERIBÁÑEZ.

Á las ancas desa yegua,
Amanecerás conmigo
En Toledo.

CASILDA.

Y á pie, digo.

PERIBÁÑEZ.
Tierra en medio es buena tregua
En todo acontecimiento,
Y no aguardar al rigor.
CASILDA.
Dios haya al Comendador:
Matóle su atrevimiento.

Vanse.

El Rey, el Condestable y guardas.

REY.
Alégrame de ver con qué alegría
Castilla toda á la jornada viene.
CONDESTABLE.
Aborrecen, señor, la monarquía
Que en nuestra España el Africano tiene.
REY.
Libre pienso dejar la Andalucía,
Si el ejército nuestro se previene,
Antes que el duro invierno con su hielo
Cubra los campos y enternezca el suelo.
Iréis, Juan de Velasco, previniendo,
Pues que la vega da lugar bastante,
El alarde famoso que pretendo,
Porque la fama del concurso espante
Por ese Tajo aurífero, y subiendo
Al muro por escalas de diamante,
Mire de pabellones y de tiendas
Otro Toledo por las verdes sendas.
Tiemble en Granada el atrevido moro
De las rojas banderas y pendones,
Convierta su alegría en triste lloro.
CONDESTABLE.
Hoy me verás formar los escuadrones.
REY.
La Reina viene, su presencia adoro.
No ayuda mal en estas ocasiones.

La Reina y acompañamiento.

REINA.
Si es de importancia, volveréme luego.
REY.
Cuando lo sea, que no os vais os ruego.
¿Qué puedo yo tratar de paz, señora,
En que vos no podáis darme consejo?
Y si es de guerra lo que trato agora,
¿Cuándo con vos, mi bien, no me aconsejo?
¿Cómo queda don Juan?
REINA.
Por veros llora.
REY.
Guárdele Dios, que es un divino espejo
Donde se ven agora retratados,
Mejor que los presentes, los pasados.
REINA.
El príncipe don Juan es hijo vuestro.
Con esto sólo encarecido queda.
REY.
Mas con decir que es vuestro, siendo nuestro,
Él mismo dice la virtud que encierra (1).
REINA.
Hágale el cielo en imitaros diestro;
Que con esto no más que le conceda,
Le ha dado todo el bien que le deseo.
REY.
De vuestro generoso amor lo creo.
REINA.
Como tiene dos años, le quisiera
De edad que esta jornada acompañara
Vuestras banderas.
REY.
¡Ojalá pudiera,
Y á ensalzar la de Cristo comenzara!

Gómez Manrique.

REY.
¿Qué caja es esa?
GÓMEZ.
Gente de la Vera
Y Extremadura.
CONDESTABLE.
De Guadalajara
Y Atienza pasa gente.
REY.
¿Y la de Ocaña?
GÓMEZ.
Quédase atrás por una triste hazaña.
REY.
¿Cómo?
GÓMEZ.
Dice la gente que ha llegado.
Que á don Fadrique un labrador ha muerto.
REY.
¡Á don Fadrique y al mejor soldado
Que trujo roja cruz!
REINA.
¿Cierto?
GÓMEZ.
Y muy cierto.
REY.
En el alma, señora, me ha pesado.
¿Cómo fué tan notable desconcierto?
GÓMEZ.
Por celos.
REY.
¿Fueron justos?
GÓMEZ.
Fueron locos.
REINA.
Celos, señor, y cuerdos, habrá pocos.
REY.
¿Está preso el villano?
GÓMEZ.
Huyóse luego
Con su mujer.
REY.
¡Qué desvergüenza extraña!

(1) Falta la rima.

¡Con estas nuevas á Toledo llego!
¿Así de mi justicia tiembla España?
Dad un pregón en la ciudad, os ruego,
Madrid, Segovia, Talavera, Ocaña,
Que á quien los diere presos, ó sea muertos,
Tendrá de renta mil escudos ciertos.
Id luego, y que ninguno los encubra
Ni pueda dar sustento ni otra cosa,
So pena de la vida.

GÓMEZ.

Voy.

Vase

REY.

¡Que cubra
El cielo aquella mano rigurosa!

REINA.

Confiad que tan presto se descubra
Cuanto llegue la fama codiciosa
Del oro prometido.

Un paje.

PAJE.

Aquí está Arceo,
Acabado el guión.

REY.

Verle deseo.

Sale un Secretario con un pendón rojo y en él las armas de Castilla, con una mano arriba que tiene una espada y en la otra banda un Cristo crucificado.

SECRETARIO.

Éste es, señor, el guión.

REY.

Mostrad. Paréceme bien;
Que este capitán también
Lo fué de mi redención.

REINA.

¿Qué dicen las letras?

REY.

Dicen:
«Juzga tu causa, señor.»

REINA.

Palabras son de temor.

REY.

Y es razón que atemoricen.

REINA.

Destotra parte, ¿qué está?

REY.

El castillo y el león,
Y esta mano por blasón,
Que va castigando ya.

REINA.

¿La letra?

REY.

Sólo mi nombre.

REINA.

¿Cómo?

REY.

«Enrique Justiciero»;
Que ya, en lugar del tercero,
Quiero que este nombre asombre.

Gómez.

GÓMEZ.

Ya se van dando pregones,
Con llanto de la ciudad.

REINA.

Las piedras mueve á piedad.

REY.

Basta. ¡Qué! Los azadones,
¿A las cruces de Santiago
Se igualan? ¿Cómo ó por dónde?

REINA.

¡Triste dél si no se esconde!

REY.

Voto y juramento hago
De hacer en él un castigo
Que ponga al mundo temor.

Un paje.

PAJE.

Al Rey.

Aquí dice un labrador
Que le importa hablar contigo.

REY.

Señora, tomemos sillas.

CONDESTABLE.

Este algún aviso es.

Va el paje á avisar.

Peribáñez, de labrador y con capa larga; Casilda.

PERIBÁÑEZ.

Dame, gran señor, tus pies.

REY.

Habla, y no estés de rodillas.

PERIBÁÑEZ.

¿Cómo, señor, puedo hablar,
Si me ha faltado la habla
Y turbado los sentidos
Después que miré tu cara?
Pero siéndome forzoso,
Con la justa confianza
Que tengo de tu justicia,
Comienzo tales palabras.
Yo soy Peribáñez.

REY.

¿Quién?

PERIBÁÑEZ.

Peribáñez el de Ocaña.

REY.

¡Matalde, guardas, matalde!

REINA.

No en mis ojos. Teneos, guardas.

REY.

Tened respeto á la Reina.

PERIBÁÑEZ.

Pues ya que matarme mandas,

¿No me oirás siquiera, Enrique,
Pues Justiciero te llaman?

REINA.

Bien dice; oilde, señor.

REY.

Bien decís; no me acordaba
Que las partes se han de oir,
Y más cuando son tan flacas.
Prosigue.

PERIBÁÑEZ.

Yo soy un hombre,
Aunque de villana casta,
Limpio de sangre, y jamás
De hebrea ó mora manchada.
Fuí el mejor de mis iguales,
Y en cuantas cosas trataban
Me dieron primero voto,
Y truje seis años vara.
Caséme con la que ves,
También limpia, aunque villana;
Virtüosa, si la ha visto
La envidia asida á la fama.
El comendador Fadrique,
De vuesa villa de Ocaña
Señor y Comendador,
Dió, como mozo, en amarla.
Fingiendo que por servicios,
Honró mis humildes casas
De unos reposteros, que eran
Cubiertas de tales cargas.
Dióme un par de mulas buenas.....
Mas no tan buenas, que sacan
Este carro de mi honra
De los lodos de mi infamia.
Con esto intentó una noche,
Que ausente de Ocaña estaba,
Forzar mi mujer; mas fuése
Con la esperanza burlada.
Vine yo, súpelo todo,
Y de las paredes bajas
Quité las armas que al toro
Pudieran servir de capa.
Advertí mejor su intento;
Mas llamóme una mañana,
Y díjome que tenía
De Vuestras Altezas cartas
Para que con gente alguna
Le sirviese esta jornada;
En fin, de cien labradores
Me dió la valiente escuadra.
Con nombre de capitán
Salí con ellos de Ocaña;
Y como vi que de noche
Era mi deshonra clara,
En una yegua á las diez
De vuelta en mi casa estaba;
Que oí decir á un hidalgo
Que era bienaventuranza
Tener en las ocasiones
Dos yeguas buenas en casa.
Hallé mis puertas rompidas
Y mi mujer destocada,
Como corderilla simple
Que está del lobo en las garras.
Dió voces; llegué, saqué
La misma daga y espada
Que ceñí para servirte,
No para tan triste hazaña;
Paséle el pecho, y entonces
Dejó la cordera blanca,
Porque yo, como pastor,
Supe del lobo quitarla.
Vine á Toledo, y hallé
Que por mi cabeza daban
Mil escudos; y así, quise
Que mi Casilda me traiga.
Hazle esta merced, señor,
Que es quien agora la gana,
Porque vïuda de mí,
No pierda prenda tan alta.

REY.

¿Qué os parece?

REINA.

Que he llorado;
Que es la respuesta que basta
Para ver que no es delito,
Sino valor.

REY.

¡Cosa extraña!
¡Que un labrador tan humilde
Estime tanto su fama!
¡Vive Dios, que no es razón
Matarle! Yo le hago gracia
De la vida..... Mas ¿qué digo?
Esto justicia se llama.
Y á un hombre deste valor
Le quiero en esta jornada
Por capitán de la gente
Misma que sacó de Ocaña.
Den á su mujer la renta,
Y cúmplase mi palabra,
Y después desta ocasión,
Para la defensa y guarda
De su persona, le doy
Licencia de traer armas
Defensivas y ofensivas.

PERIBÁÑEZ.

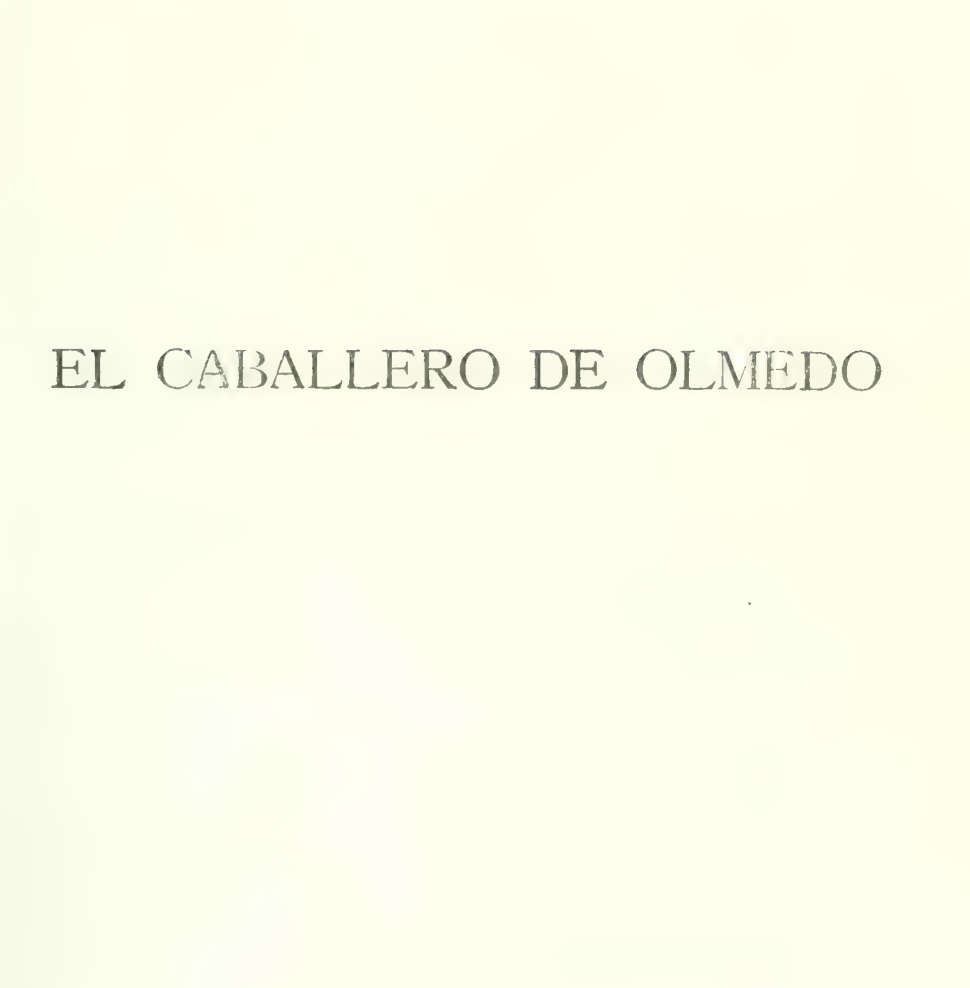
Con razón todos te llaman
Don Enrique el Justiciero.

REINA.

Á vos, labradora honrada,
Os mando de mis vestidos
Cuatro, porque andéis con galas,
Siendo mujer de soldado.

PERIBÁÑEZ.

Senado, con esto acaba
La tragicomedia insigne
Del *Comendador de Ocaña.*



EL CABALLERO DE OLMEDO

EL CABALLERO DE OLMEDO

PERSONAS

Don Alonso.	Doña Inés.	Un labrador.
Don Rodrigo.	Doña Leonor.	Una sombra.
Don Fernando.	Ana.	Criados.
Don Pedro.	Fabia.	Acompañamiento.
El rey D. Juan el II.	Tello.	Gente.
El Condestable.	Mendo.	

ACTO PRIMERO.

DON ALONSO.

Amor, no te llame amor
El que no te corresponde,
Pues que no hay materia adonde
No imprima forma el favor.
Naturaleza, en rigor,
Conservó tantas edades
Correspondiendo amistades;
Que no hay animal perfeto
Si no asiste á su conceto
La unión de dos voluntades.
De los espíritus vivos
De unos ojos procedió
Este amor, que me encendió
Con fuegos tan excesivos.
No me miraron altivos,
Antes con dulce mudanza,
Me dieron tal confianza,
Que con poca diferencia,
Pensando correspondencia,
Engendra amor esperanza.
Ojos, si ha quedado en vos
De la vista el mismo efeto,
Amor vivirá perfeto,
Pues fué engendrado de dos;
Pero si tú, ciego dios,
Diversas flechas tomaste,
No te alabes que alcanzaste
La victoria que perdiste
Si de mí solo naciste,
Pues imperfecto quedaste.

Tello y Fabia.

FABIA.

Á Tello.

¿Á mí forastero?

TELLO.

Á ti.

FABIA.

Debe de pensar que yo
Soy perro de muestra.

TELLO.

No.

FABIA.

¿Tiene algún achaque?

TELLO.

Sí.

FABIA.

¿Qué enfermedad tiene?

TELLO.
Amor.

FABIA.
Amor ¿de quién?

TELLO.
Allí está,
Y él, Fabia, te informará
De lo que quiere mejor.

FABIA.

Á D. Alonso.

Dios guarde tal gentileza.

DON ALONSO.
Tello, ¿es la madre?

TELLO.
La propia.

DON ALONSO.
¡Oh Fabia! ¡Oh retrato, oh copia
De cuanto naturaleza
Puso en ingenio mortal!
¡Oh peregrino doctor,
Y para enfermos de amor
Hipócrates celestial!
Dame á besar esa mano,
Honor de las tocas, gloria
Del monjil.

FABIA.
La nueva historia
De tu amor cubriera en vano
Vergüenza ó respeto mío;
Que ya en tus caricias veo
Tu enfermedad.

DON ALONSO.
Tu deseo
Es dueño de mi albedrío.

FABIA.
El pulso de los amantes
Es el rostro. Aojado estás.
¿Qué has visto?

DON ALONSO.
Un ángel.

FABIA.
¿Qué más?

DON ALONSO.
Dos imposibles, bastantes,
Fabia, á quitarme el sentido;
Que es dejarla de querer
Y que ella me quiera.

FABIA.
Ayer
Te vi en la feria perdido
Tras una cierta doncella,
Que en forma de labradora
Encubría el ser señora,
No el ser tan hermosa y bella;
Que pienso que doña Inés
Es de Medina la flor.

DON ALONSO.
Acertaste con mi amor:
Esa labradora es
Fuego que me abrasa y arde.

FABIA.
Alto has picado.

DON ALONSO.
Es deseo
De su honor.

FABIA.
Así lo creo.

DON ALONSO.
Escucha, así Dios te guarde.
Por la tarde salió Inés
Á la feria de Medina,
Tan hermosa, que la gente
Pensaba que amanecía:
Rizado el cabello en lazos,
Que quiso encubrir la liga,
Porque mal caerán las almas
Si ven las redes tendidas.
Los ojos, á lo valiente,
Iban perdonando vidas,
Aunque dicen los que deja
Que es dichoso á quien la quita.
Las manos haciendo tretas,
Que como juego de esgrima
Tiene tanta gracia en ellas,
Que señala las heridas.
Las valonas esquinadas
En manos de nieve viva;
Que muñecas de papel
Se han de poner en esquinas.
Con la caja de la boca
Allegaba infantería,
Porque sin ser capitán,
Hizo gente por la villa.
Los corales y las perlas
Dejó Inés, porque sabía
Que las llevaban mejores
Los dientes y las mejillas.
Sobre un manteo francés
Una verdemar basquiña,
Porque tenga en otra lengua
De su secreto la cifra.
No pensaron las chinelas
Llevar de cuantos la miran
Los ojos en los listones,
Las almas en las virillas.
No se vió florido almendro
Como todo parecía,
Que del olor natural
Son las mejores pastillas.
Invisible fué con ella
El amor, muerto de risa
De ver, como pescador,
Los simples peces que pican.
Unos le ofrecieron sartas,
Y otros arracadas ricas;
Pero en oídos de áspid
No hay arracadas que sirvan.
Cuál da á su garganta hermosa
El collar de perlas finas;
Pero como toda es perla,

Poco las perlas estima.
Yo, haciendo lengua los ojos,
Solamente le ofrecía
Á cada cabello un alma,
Á cada paso una vida.
Mirándome sin hablarme,
Parece que me decía:
«No os vais, don Alonso, á Olmedo,
Quedaos agora en Medina.»
Creí mi esperanza, Fabia;
Salió esta mañana á misa,
Ya con galas de señora,
No labradora fingida.
Si has oído que el marfil
Del unicornio santigua
Las aguas, así el cristal
De un dedo puso en la pila.
Llegó mi amor basilisco,
Y salió del agua misma
Templado el veneno ardiente
Que procedió de su vista.
Miró á su hermana, y entrambas
Se encontraron en la risa,
Acompañando mi amor
Su hermosura y mi porfía.
En una capilla entraron;
Yo, que siguiéndolas iba,
Entré: imaginando bodas,
¡Tanto quien ama imagina!
Vime sentenciado á muerte,
Porque el amor me decía:
«Mañana mueres, pues hoy
Te meten en la capilla.»
En ella estuve turbado;
Ya el guante se me caía,
Ya el rosario, que los ojos
Á Inés iban y venían.
No me pagó mal: sospecho
Que bien conoció que había
Amor y nobleza en mí;
Que quien no piensa no mira,
Y mirar sin pensar, Fabia,
Es de ignorantes, é implica
Contradicción que en un ángel
Faltase ciencia divina.
Con este engaño, en efecto,
Le dije á mi amor que escriba
Este papel; que si quieres
Ser dichosa y atrevida
Hasta ponerle en sus manos,
Para que mi fe consiga
Esperanzas de casarme
(Tan honesto amor me inclina),
El premio será un esclavo
Con una cadena rica,
Encomienda de esas tocas,
De mal casadas envidia.

FABIA.

Yo te he escuchado.

DON ALONSO.

Y ¿qué sientes?

FABIA.

Que á gran peligro te pones.

TELLO.

Excusa, Fabia, razones,
Si no es que por dicha intentes,
Como diestro cirujano,
Hacer la herida mortal.

FABIA.

Tello, con industria igual
Pondré el papel en su mano,
Aunque me cueste la vida,
Sin interés, porque entiendas
Que donde hay tan altas prendas,
Sola yo fuera atrevida.
Muestra el papel..... (Ap) Que primero
Le tengo de aderezar.

DON ALONSO.

¿Con qué te podré pagar
La vida, el alma que espero,
Fabia, de esas santas manos?

TELLO.

¿Santas?

DON ALONSO.

¿Pues no, si han de hacer
Milagros?

TELLO.

De Luçifer.

FABIA.

Todos los medios humanos
Tengo de intentar por ti,
Porque el darme esa cadena
No es cosa que me da pena.
Mas confiada nací.

TELLO.

¿Qué te dice el memorial?

DON ALONSO.

Ven, Fabia, ven, madre honrada,
Porque sepas mi posada.

FABIA.

Tello.....

TELLO.

Fabia.....

FABIA.

No hables mal; (Ap. á Tello.)
Que tengo cierta morena
De extremado talle y cara.

TELLO.

Contigo me contentara
Si me dieras la cadena.

Vanse.

Doña Inés y D.ª Leonor

DOÑA INÉS.

Y todos dicen, Leonor,
Que nace de las estrellas.

DOÑA LEONOR.

De manera que sin ellas
No hubiera en el mundo amor.

DOÑA INÉS.

Dime tú: si don Rodrigo

Ha que me sirve dos años,
Y su talle y sus engaños
Son nieve helada conmigo,
Y en el instante que vi
Este galán forastero,
Me dijo el alma: «Este quiero»,
Y yo le dije: «Sea ansí»,
¿Quién concierta y desconcierta
Este amor y desamor?

DOÑA LEONOR.

Tira como ciego amor,
Yerra mucho, y poco acierta.
Demás, que negar no puedo
(Aunque es de Fernando amigo
Tu aborrecido Rodrigo,
Por quien obligada quedo
Á intercederte por él)
Que el forastero es galán.

DOÑA INÉS.

Sus ojos causa me dan
Para ponerlos en él,
Pues pienso que en ellos vi
El cuidado que me dió,
Para que mirase yo
Con el que también le dí.
Pero ya se habrá partido.

DOÑA LEONOR.

No le miro yo de suerte
Que pueda vivir sin verte.

Ana.

ANA.

Aquí, señora, ha venido
La Fabia..... ó la Fabiana.

DOÑA INÉS.

Pues ¿quién es esa mujer?

ANA.

Una que suele vender
Para las mejillas grana,
Y para la cara nieve.

DOÑA INÉS.

¿Quieres tú que éntre, Leonor?

DOÑA LEONOR.

En casas de tanto honor
No sé yo cómo se atreve;
Que no tiene buena fama;
Mas ¿quién no desea ver?

DOÑA INÉS.

Ana, llama esa mujer.

ANA.

Llegándose á la puerta.

Fabia, mi señora os llama.

Vase.

Fabia.

FABIA.

Y ¡cómo si yo sabía (Aparte.)
Que me habías de llamar!
¡Ay! Dios os deje gozar
Tanta gracia y bizarría,
Tanta hermosura y donaire;
Que cada día que os veo
Con tanta gala y aseo,
Y pisar de tan buen aire,
Os echo mil bendiciones;
Y me acuerdo como agora
De aquella ilustre señora,
Que con tantas perfecciones
Fué la fénix de Medina,
Fué el ejemplo de lealtad.
¡Qué generosa piedad,
De eterna memoria dina!
¡Qué de pobres la lloramos!
¿Á quién no hizo mil bienes?

DOÑA INÉS.

Dinos, madre, á lo que vienes.

FABIA.

¡Qué de huérfanas quedamos
Por su muerte malograda!
La flor de las Catalinas
Hoy la lloran mis vecinas,
No la tienen olvidada.
Y á mí, ¿qué bien no me hacía?
¡Que en agraz se la llevó
La muerte! No se logró.
Aun cincuenta no tenía.

DOÑA INÉS.

No llores, madre, no llores.

FABIA.

No me puedo consolar
Cuando la veo llevar
A la muerte las mejores,
Y que yo me quede acá.
Vuestro padre, Dios le guarde,
¿Está en casa?

DOÑA LEONOR.

Fué esta tarde
Al campo.

FABIA.

Tarde vendrá. (Ap.)
Si va á deciros verdades,
Moza sois, vieja soy yo.....
Más de una vez me fió
Don Pedro sus mocedades;
Pero teniendo respeto
Á la que pudre, yo hacía
(Como quien se lo debía)
Mi obligación. En efeto,
De diez mozas, no le daba
Cinco.

DOÑA INÉS.

¡Qué virtud!

FABIA.

No es poco;
Que era vuestro padre un loco:
Cuanto vía tanto amaba.
Si sois de su condición,
Me admiro de que no estéis
Enamoradas. ¿No hacéis,

Niñas, alguna oración
   Para casaros?

DOÑA INÉS.

No, Fabia.
Eso siempre será presto.

FABIA.

Padre que se duerme en esto,
Mucho á sí mismo se agravia.
   La fruta fresca, hijas mías,
Es gran cosa, y no aguardar
Á que la venga á arrugar
La brevedad de los días.
   Cuantas cosas imagino,
Dos solas, en mi opinión,
Son buenas, viejas.

DOÑA LEONOR.

Y ¿son?.....

FABIA.

Hija, el amigo y el vino.
   ¿Veisme aquí? Pues yo os prometo
Que fué tiempo en que tenía
Mi hermosura y bizarría
Mas de algún galán sujeto.
   ¿Quién no alababa mi brío?
¡Dichoso á quien yo miraba!
Pues ¿qué seda no arrastraba?
¡Qué gasto, qué plato el mío!
   Andaba en palmas, en andas.
Pues ¡ay, Dios! si yo quería,
¡Qué regalos no tenía
Desta gente de hopalandas!
   Pasó aquella primavera,
No entra un hombre por mi casa;
Que como el tiempo se pasa,
Pasa la hermosura.

DOÑA INÉS.

Espera.
   ¿Qué es lo que traes aquí?

FABIA.

Niñerías que vender
Para comer, por no hacer
Cosas malas.

DOÑA LEONOR.

Hazlo ansí,
   Madre, y Dios te ayudará.

FABIA.

Hija, mi rosario y misa:
Esto cuando estoy de prisa,
Que si no.....

DOÑA INÉS.

Vuélvete acá.
   ¿Qué es esto?

FABIA.

Papeles son
De alcanfor y solimán.
Aquí secretos están
De gran consideración
   Para nuestra enfermedad
Ordinaria.

DOÑA LEONOR.

Y esto, ¿qué es?

FABIA.

No lo mires, aunque estés
Con tanta curiosidad.

DOÑA LEONOR.

   ¿Qué es, por tu vida?

FABIA.

Una moza
Se quiere, niñas, casar;
Mas acertóla á engañar
Un hombre de Zaragoza.
   Hase encomendado á mí.....
Soy piadosa.....; y en fin, es
Limosna, porque después
Vivan en paz.

DOÑA INÉS.

¿Qué hay aquí?

FABIA.

   Polvos de dientes, jabones
De manos, pastillas, cosas
Curiosas y provechosas.

DOÑA INÉS.

¿Y esto?

FABIA.

Algunas oraciones.
   ¡Qué no me deben á mí
Las ánimas!

DOÑA INÉS.

Un papel
Hay aquí.

FABIA.

Diste con él,
Cual si fuera para ti.
   Suéltale: no le has de ver,
Bellaquilla, curiosilla.

DOÑA INÉS.

Deja, madre.....

FABIA.

Hay en la villa
Cierto galán bachiller
   Que quiere bien una dama;
Prométeme una cadena
Porque le dé yo, con pena
De su honor, recato y fama.
   Aunque es para casamiento,
No me atrevo. Haz una cosa
Por mí, doña Inés hermosa,
Que es discreto pensamiento.
   Respóndeme á este papel,
Y diré que me le ha dado
Su dama.

DOÑA INÉS.

Bien lo has pensado,
Si pescas, Fabia, con él
   La cadena prometida.
Yo quiero hacerte este bien.

FABIA.

Tantos los cielos te den,
Que un siglo alarguen tu vida.
   Lee el papel.

DOÑA INÉS.

Allá dentro

Y te traeré la respuesta.

Vase.

DOÑA LEONOR.

¡Que buena invención!

FABIA.

(Aparte.) Apresta,
Fiero habitador del centro,
Fuego accidental que abrase
El pecho de esta doncella.

Don Rodrigo y D. Fernando.

DON RODRIGO.

Á D. Fernando.

Hasta casarme con ella,
Será forzoso que pase
Por estos inconvenientes.

DON FERNANDO.

Mucho ha de sufrir quien ama.

DON RODRIGO.

Aquí tenéis vuestra dama.

FABIA.

¡Oh necios impertinentes! (Aparte.)
¿Quién os ha traído aquí?

DON RODRIGO.

Pero ¡en lugar de la mía,
Aquella sombra!

FABIA.

Á D.ª Leonor.

Sería
Gran limosna para mí,
Que tengo necesidad.

DOÑA LEONOR.

Yo haré que os pague mi hermana.

DON FERNANDO.

Si habéis tomado, señora,
Ó por ventura os agrada
Algo de lo que hay aquí
(Si bien serán cosas bajas
Las que aquí puede traer
Esta venerable anciana,
Pues no serán ricas joyas
Para ofreceros la paga),
Mandadme que os sirva yo.

DOÑA LEONOR.

No habemos comprado nada;
Que es esta buena mujer
Quien suele lavar en casa
La ropa.

DON RODRIGO.

¿Qué hace don Pedro?

DOÑA LEONOR.

Fué al campo; pero ya tarda.

DON RODRIGO.

Mi señora doña Inés.....

DOÑA LEONOR.

Aquí estaba..... Pienso que anda
Despachando esta mujer.

DON RODRIGO.

Si me vió por la ventana, (Aparte.)
¿Quién duda que huyó por mí?
¿Tanto de ver se recata
Quien más servirla desea?

DOÑA LEONOR.

Ya sale.

Doña Inés, con un papel en la mano.

DOÑA LEONOR.

A su hermana.

Mira que aguarda
Por la cuenta de la ropa
Fabia.

DOÑA INÉS.

Aquí la traigo, hermana.
Tomad, y haced que ese mozo
La lleve.

FABIA.

¡Dichosa el agua
Que ha de lavar, doña Inés,
Las reliquias de la holanda
Que tales cristales cubre!

Abre el papel y hace que lee.

Seis camisas, diez toallas,
Cuatro tablas de manteles,
Dos cosidos de almohadas,
Seis camisas de señor,
Ocho sábanas..... Mas basta;
Que todo vendrá más limpio
Que los ojos de la cara.

DON RODRIGO.

Amiga, ¿queréis feriarme
Ese papel, y la paga
Fiad de mí, por tener
De aquellas manos ingratas
Letra siquiera en las mías?

FABIA.

¡En verdad que negociara
Muy bien si os diera el papel!
Adiós, hijas de mi alma.

Vase.

DON RODRIGO.

Esta memoria aquí había
De quedar, que no llevarla.

DOÑA LEONOR.

Llévala y vuélvela, á efecto
De saber si algo le falta.

DOÑA INÉS.

Mi padre ha venido ya.
Vuesas mercedes se vayan
Ó le visiten; que siente
Que nos hablen, aunque calla.

DON RODRIGO.
Para sufrir el desdén
Que me trata desta suerte,
Pido al amor y á la muerte
Que algún remedio me den.
Al amor, porque tan bien
Puede templar tu rigor
Con hacerme algún favor;
Y á la muerte, porque acabe
Mi vida; pero no sabe
La muerte, ni quiere amor.
Entre la vida y la muerte,
No sé qué medio tener,
Pues amor no ha de querer
Que con tu favor acierte;
Y siendo fuerza quererte,
Quiere el amor que te pida
Que seas tú mi homicida.
Mata, ingrata, á quien te adora:
Serás mi muerte, señora,
Pues no quieres ser mi vida.
Cuanto vive, de amor nace,
Y se sustenta de amor:
Cuanto muere es un rigor
Que nuestras vidas deshace.
Si al amor no satisface
Mi pena, ni la hay tan fuerte
Con que la muerte me acierte,
Debo de ser inmortal,
Pues no me hacen bien ni mal
Ni la vida ni la muerte.

Vanse los dos.

DOÑA INÉS.
¡Qué de necedades juntas!
DOÑA LEONOR.
No fué la tuya menor.
DOÑA INÉS.
¿Cuándo fué discreto amor,
Si del papel me preguntas?
DOÑA LEONOR.
¿Amor te obliga á escribir
Sin saber á quién?
DOÑA INÉS.
Sospecho
Que es invención que se ha hecho,
Para probarme á rendir,
De parte del forastero.
DOÑA LEONOR.
Yo también lo imaginé.
DOÑA INÉS.
Si fué ansí, discreto fué.
Leerte unos versos quiero.

Lee.

«Yo vi la más hermosa labradora,
En la famosa feria de Medina,
Que ha visto el sol adonde más se inclina
Desde la risa de la blanca aurora.
Una chinela de color, que dora
De una columna hermosa y cristalina
La breve basa, fué la ardiente mina
Que vuela el alma á la región que adora.
Que una chinela fuese victoriosa,
Siendo los ojos del amor enojos,
Confesé por hazaña milagrosa.
Pero díjele dando los despojos:
«Si matas con los pies, Inés hermosa,
»¿Qué dejas para el fuego de tus ojos?»
DOÑA LEONOR.
Este galán, doña Inés,
Te quiere para danzar.
DOÑA INÉS.
Quiere en los pies comenzar,
Y pedir manos después.
DOÑA LEONOR.
¿Qué respondiste?
DOÑA INÉS.
Que fuese
Esta noche por la reja
Del huerto.
DOÑA LEONOR.
¿Quién te aconseja,
Ó qué desatino es ése?
DOÑA INÉS.
No es para hablarle.
DOÑA LEONOR.
Pues ¿qué?
DOÑA INÉS.
Ven conmigo y lo sabrás.
DOÑA LEONOR.
Necia y atrevida estás.
DOÑA INÉS.
¿Cuándo el amor no lo fué?
DOÑA LEONOR.
Huir de amor cuando empieza.
DOÑA INÉS.
Nadie del primero huye,
Porque dicen que le influye
La misma naturaleza.

Vanse.

Don Alonso, Fabia y Tello.

FABIA.
Cuatro mil palos me han dado.
TELLO.
¡Lindamente negociaste!
FABIA.
Si tú llevaras los medios.....
DON ALONSO.
Ello ha sido disparate
Que yo me atreviese al cielo.
TELLO.
Y que Fabia fuese el ángel,
Que al infierno de los palos
Cayese por levantarte.
FABIA.
¡Ay, pobre Fabia!

TELLO.
¿Quién fueron
Los crueles sacristanes
Del facistol de tu espalda?

FABIA.
Dos lacayos y tres pajes.
Allá he dejado las tocas
Y el monjil hecho seis partes.

DON ALONSO.
Eso, madre, no importara,
Si á tu rostro venerable
No se hubieran atrevido.
¡Oh, qué necio fuí en fiarme
De aquellos ojos traidores,
De aquellos falsos diamantes,
Niñas que me hicieron señas
Para engañarme y matarme!
Yo tengo justo castigo.
Toma este bolsillo, madre.....
Y ensilla, Tello; que á Olmedo
Nos hemos de ir esta tarde.

TELLO.
¿Cómo, si anochece ya?

DON ALONSO.
Pues ¡qué! ¿quieres que me mate?

FABIA.
No te aflijas, moscatel,
Ten ánimo; que aquí trae
Fabia tu remedio. Toma.

DON ALONSO.
¡Papel!

FABIA.
Papel.

DON ALONSO.
No me engañes.

FABIA.
Digo que es suyo, en respuesta
De tu amoroso romance.

DON ALONSO.
Hinca, Tello, la rodilla.

TELLO.
Sin leer no me lo mandes;
Que aun temo que hay palos dentro,
Pues en mondadientes caben.

DON ALONSO.

Lee.

«Cuidadosa de saber si sois quien presumo, y deseando que lo seáis, os suplico que vais esta noche á la reja del jardín desta casa, donde hallaréis atado el listón verde de las chinelas, y ponéosle mañana en el sombrero para que os conozca.»

FABIA.
¿Qué te dice?

DON ALONSO.
Que no puedo
Pagarte ni encarecerte
Tanto bien.

TELLO.
Ya desta suerte
No hay que ensillar para Olmedo.
¿Oyen, señores rocines?
Sosiéguense, que en Medina
Nos quedamos.

DON ALONSO.
La vecina
Noche, en los últimos fines
Con que va expirando el día,
Pone los helados pies.
Para la reja de Inés
Aun importa bizarría;
Que podría ser que amor
La llevase á ver tomar
La cinta. Voyme á mudar.

Vase.

TELLO.
Y yo á dar á mi señor,
Fabia, con licencia tuya,
Aderezo de sereno.

FABIA.
Detente.

TELLO.
Eso fuera bueno
Á ser la condición suya
Para vestirse sin mí.

FABIA.
Pues bien le puedes dejar,
Porque me has de acompañar.

TELLO.
¿Á ti, Fabia?

FABIA.
Á mí.

TELLO.
¡Yo!

FABIA.
Sí;
Que importa á la brevedad
Deste amor.

TELLO.
¿Qué es lo que quieres

FABIA.
Con los hombres, las mujeres
Llevamos seguridad.
Una muela he menester
Del salteador que ahorcaron
Ayer.

TELLO.
Pues ¿no le enterraron?

FABIA.
No.

TELLO.
Pues ¿qué quieres hacer?

FABIA.
Ir por ella, y que conmigo
Vayas solo á acompañarme.

TELLO.
Yo sabré muy bien guardarme

De ir á esos pasos contigo.
¿Tienes seso?

FABIA.

Pues, gallina,
Adonde voy yo, ¿no irás?

TELLO.

Tú, Fabia, enseñada estás
Á hablar al diablo.

FABIA.

Camina.

TELLO.

Mándame á diez hombres juntos
Temerario acuchillar,
Y no me mandes tratar
En materia de difuntos.

FABIA.

Si no vas, tengo de hacer
Que él propio venga á buscarte.

TELLO.

¡Que tengo de acompañarte!
¿Eres demonio ó mujer?

FABIA.

Ven, llevarás la escalera;
Que no entiendes destos casos.

TELLO.

Quien sube por tales pasos,
Fabia, el mismo fin espera.

Vanse.

Don Rodrigo y D. Fernando, en hábito de noche.

DON FERNANDO.

¿De qué sirve inútilmente
Venir á ver esta casa?

DON RODRIGO.

Consuélase entre estas rejas,
Don Fernando, mi esperanza.
Tal vez sus hierros guarnece
Cristal de sus manos blancas;
Donde las pone de día,
Pongo yo de noche el alma;
Que cuanto más doña Inés
Con sus desdenes me mata,
Tanto más me enciende el pecho,
Así su nieve me abrasa.
¡Oh rejas, enternecidas
De mi llanto! ¡Quién pensara
Que un ángel endureciera
Quien vuestros hierros ablanda!
Oid: ¿qué es lo que está aquí?

DON FERNANDO.

En ellos mismos atada
Está una cinta ó listón.

DON RODRIGO.

Sin duda las almas atan
Á estos hierros, por castigo
De los que su amor declaran.

DON FERNANDO.

Favor fué de mi Leonor:
Tal vez por aquí me habla.

DON RODRIGO.

Que no lo será de Inés
Dice mi desconfianza;
Pero en duda de que es suyo,
Porque sus manos ingratas
Pudieron ponerle acaso,
Basta que la fe me valga.
Dadme el listón.

DON FERNANDO.

No es razón,
Si acaso Leonor pensaba
Saber mi cuidado ansí,
Y no me le ve mañana.

DON RODRIGO.

Un remedio se me ofrece.

DON FERNANDO.

¿Cómo?

DON RODRIGO.

Partirle.

DON FERNANDO.

¿Á qué causa?

DON RODRIGO.

Á que las dos nos le vean,
Y sabrán con esta traza
Que habemos venido juntos.

Dividen el listón.

Don Alonso y Tello, de noche.

DON FERNANDO.

Gente por la calle pasa.

TELLO.

Á su amo.

Llega de presto á la reja;
Mira que Fabia me aguarda
Para un negocio que tiene
De grandísima importancia.

DON ALONSO.

¡Negocio Fabia esta noche
Contigo!

TELLO.

Es cosa muy alta.

DON ALONSO.

¿Cómo?

TELLO.

Yo llevo escalera,
Y ella.....

DON ALONSO.

¿Qué lleva?

TELLO.

Tenazas.

DON ALONSO.

Pues ¿qué habéis de hacer?

TELLO.

Sacar
Una dama de su casa.

DON ALONSO.

Mira lo que haces, Tello:
No entres adonde no salgas.

TELLO.
No es nada, por vida tuya.
DON ALONSO.
Una doncella, ¿no es nada?
TELLO.
Es la muela del ladrón
Que ahorcaron ayer.
DON ALONSO.
Repara
En que acompañan la reja
Dos hombres.
TELLO.
¿Si están de guarda?
DON ALONSO.
¡Qué buen listón!
TELLO.
Ella quiso
Castigarte.
DON ALONSO.
¿No buscara,
Si fuí atrevido, otro estilo?
Pues advierta que se engaña.
Mal conoce á don Alonso,
Que por excelencia llaman
El Caballero de Olmedo.
¡Vive Dios, que he de mostrarla
Á castigar de otra suerte
Á quien la sirve!
TELLO.
No hagas
Algún disparate.
DON ALONSO.
Hidalgos,
En las rejas de esa casa
Nadie se arrima.
DON RODRIGO.

Aparte á D. Fernando.

¿Qué es esto?
DON FERNANDO.
Ni en el talle ni en el habla
Conozco este hombre.
DON RODRIGO.
¿Quién es
El que con tanta arrogancia
Se atreve á hablar?
DON ALONSO.
El que tiene
Por lengua, hidalgos, la espada.
DON RODRIGO.
Pues hallará quien castigue
Su locura temeraria.
TELLO.
Cierra, señor; que no son
Muelas que á difuntos sacan.

Desenvainan y riñen. Retíranse D. Rodrigo y D. Fernando.

DON ALONSO.
No los sigas. Bueno está.
TELLO.
Aquí se quedó una capa.
DON ALONSO.
Cógela y ven por aquí;
Que hay luces en las ventanas.

Vanse.

Doña Leonor y D.ª Inés.

DOÑA INÉS.
Apenas la blanca aurora,
Leonor, el pie de marfil
Puso en las flores de Abril,
Que pinta, esmalta y colora,
Cuando á mirar el listón
Salí, de amor desvelada,
Y con la mano turbada
Dí sosiego al corazón.
En fin, él no estaba allí.
DOÑA LEONOR.
Cuidado tuvo el galán.
DOÑA INÉS.
No tendrán los que me dan
Sus pensamientos á mí.
DOÑA LEONOR.
Tú, que fuiste el mismo hielo,
¡En tan breve tiempo estás
De esa suerte!
DOÑA INÉS.
No sé más
De que me castiga el cielo.
Ó es venganza ó es victoria
De amor en mi condición:
Parece que el corazón
Se me abrasa en su memoria.
Un punto sólo no puedo
Apartarla dél. ¿Qué haré?

Don Rodrigo, con listón verde en el sombrero.

DON RODRIGO.
Nunca, amor, imaginé (Aparte.)
Que te sujetara el miedo.
Ánimo para vivir;
Que aquí está Inés. Al señor
Don Pedro busco.
DOÑA INÉS.
Es error
Tan de mañana acudir;
Que no estará levantado.
DON RODRIGO.
Es un negocio importante.
DOÑA INÉS.

Aparte á su hermana.

No he visto tan necio amante.
DOÑA LEONOR.
Siempre es discreto lo amado
Y necio lo aborrecido.

DON RODRIGO.
¿Que de ninguna manera (Aparte.)
Puedo agradar una fiera
Ni dar memoria á su olvido?
DOÑA INÉS.

Aparte á su hermana.

¡Ay, Leonor! No sin razón
Viene don Rodrigo aquí,
Si yo misma le escribí
Que fuese por el listón.
DOÑA LEONOR
Fabia este engaño te ha hecho.
DOÑA INÉS.
Presto romperé el papel;
Que quiero vengarme en él
De haber dormido en mi pecho.

Don Pedro y D. Fernando, con listón verde en el sombrero.

DON FERNANDO.

Aparte á D. Pedro.

Hanme puesto por tercero
Para tratarlo con vos.
DON PEDRO.
Pues hablaremos los dos
En el concierto primero.
DON FERNANDO.
Aquí está; que siempre amor
Es reloj anticipado.
DON PEDRO.
Habrále Inés concertado
Con la llave del favor.
DON FERNANDO.
De lo contrario se agravia.
DON PEDRO.
Señor don Rodrigo.....
DON RODRIGO.
Aquí
Vengo á que os sirváis de mí.

Hablan bajo D. Pedro y los dos galanes.

DOÑA INÉS.
Todo fué enredo de Fabia. (Ap. á Leonor.)
DOÑA LEONOR.
¿Cómo?
DOÑA INÉS.
¿No ves que también
Trae el listón don Fernando?
DOÑA LEONOR.
Si en los dos le estoy mirando,
Entrambos te quieren bien.
DOÑA INÉS.
Sólo falta que me pidas
Celos, cuando estoy sin mí.
DOÑA LEONOR.
¿Qué quieren tratar aquí?
DOÑA INÉS.
¿Ya las palabras olvidas
Que dijo mi padre ayer
En materia de casarme?
DOÑA LEONOR.
Luego bien puede olvidarme
Fernando, si él viene á ser.
DOÑA INÉS.
Antes presumo que son
Entrambos los que han querido
Casarse, pues han partido
Entre los dos el listón.
DON PEDRO.

Á los caballeros.

Esta es materia que quiere
Secreto y espacio: entremos
Donde mejor la tratemos.
DON RODRIGO.
Como yo ser vuestro espere,
No tengo más que tratar.
DON PEDRO.
Aunque os quiero enamorado
De Inés, para el nuevo estado,
Quien soy os ha de obligar.

Vanse los tres caballeros.

DOÑA INÉS.
¡Qué vana fué mi esperanza!
¡Qué loco mi pensamiento!
¡Yo papel á don Rodrigo!
¡Y tú de Fernando celos!
¡Oh forastero enemigo!
¡Oh Fabia embustera!

Fabia.

FABIA.
Quedo;
Que lo está escuchando Fabia.
DOÑA INÉS.
Pues ¿cómo, enemiga, has hecho
Un enredo semejante?
FABIA.
Antes fué tuyo el enredo,
Si en aquel papel escribes
Que fuese aquel caballero
Por un listón de esperanza
Á las rejas de tu huerto,
Y en ellas pones dos hombres
Que le maten, aunque pienso
Que, á no se haber retirado,
Pagaran su loco intento.
DOÑA INÉS.
¡Ay, Fabia! Ya que contigo
Llego á declarar mi pecho,
Ya que á mi padre, á mi estado
Y á mi honor pierdo el respeto,
Dime: ¿es verdad lo que dices?

Que siendo ansí, los que fueron
Á la reja le tomaron,
Y por favor se le han puesto.
De suerte estoy, madre mía,
Que no puedo hallar sosiego
Si no es pensando en quien sabes.

FABIA.

¡Oh, qué bravo efecto hicieron (Aparte.)
Los hechizos y conjuros!
La victoria me prometo.
No te desconsueles, hija;
Vuelve en ti, que tendrás presto
Estado con el mejor
Y más noble caballero
Que agora tiene Castilla;
Porque será por lo menos
El que por único llaman
El Caballero de Olmedo.
Don Alonso en una feria
Te vió, labradora Venus,
Haciendo las cejas arco
Y flecha los ojos bellos.
Disculpa tuvo en seguirte,
Porque dicen los discretos
Que consiste la hermosura
En ojos y entendimiento.
En fin, en las verdes cintas
De tus pies llevaste presos
Los suyos; que ya el amor
No prende por los cabellos.
Él te sirve, tú le estimas;
Él te adora, tú le has muerto;
Él te escribe, tú respondes:
¿Quién culpa amor tan honesto?
Para él tienen sus padres,
Porque es único heredero,
Diez mil ducados de renta;
Y aunque es tan mozo, son viejos.
Déjate amar y servir
Del más noble, del más cuerdo
Caballero de Castilla,
Lindo talle, lindo ingenio.
El Rey en Valladolid
Grandes mercedes le ha hecho,
Porque él solo honró las fiestas
De su Real casamiento.
Cuchilladas y lanzadas
Dió en los toros como un Héctor;
Treinta precios dió á las damas
En sortijas y torneos.
Armado parece Aquiles
Mirando de Troya el cerco;
Con galas parece Adonis.....
Mejor fin le den los cielos.
Vivirás bien empleada
En un marido discreto:
¡Desdichada de la dama
Que tiene marido necio!

DOÑA INÉS.

¡Ay, madre! Vuélvesme loca.
Pero ¡triste! ¿Cómo puedo
Ser suya, si á don Rodrigo
Me da mi padre don Pedro?
Él y don Fernando están
Tratando mi casamiento.

FABIA.

Los dos haréis nulidad
La sentencia de ese pleito.

DOÑA INÉS.

Está don Rodrigo allí.

FABIA.

Eso no te cause miedo,
Pues es parte y no jüez.

DOÑA INÉS.

Leonor, ¿no me das consejo?

DOÑA LEONOR.

Y ¿estás tú para tomarle?

DOÑA INÉS.

No sé; pero no tratemos
En público destas cosas.

FABIA.

Déjame á mí tu suceso.
Don Alonso ha de ser tuyo;
Que serás dichosa espero
Con hombre que es en Castilla
La gala de Medina,
La flor de Olmedo.

ACTO SEGUNDO.

Don Alonso y Tello.

DON ALONSO.

Tengo el morir por mejor,
Tello, que vivir sin ver.

TELLO.

Temo que se ha de saber
Éste tu secreto amor;
Que con tanto ir y venir
De Olmedo á Medina, creo
Que á los dos da tu deseo
Que sentir, y aun que decir.

DON ALONSO.

¿Cómo puedo yo dejar
De ver á Inés, si la adoro?

TELLO.

Guardándole más decoro
En el venir y el hablar;
Que en ser á tercero día,
Pienso que te dan, señor,
Tercianas de amor.

DON ALONSO.

Mi amor
Ni está ocioso, ni se enfría.
Siempre abrasa, y no permite

Que esfuerce naturaleza
Un instante su flaqueza,
Porque jamás se remite.
  Mas bien se ve que es león,
Amor, tu fuerza tirana,
Pues que con esta cuartana
Se amansa mi corazón.
  Es esta ausencia una calma
De amor, porque si estuviera
Adonde siempre á Inés viera,
Fuera salamandra el alma.

TELLO.

  ¿No te cansa y te amohina
Tanto entrar, tanto partir?

DON ALONSO.

Pues yo, ¿qué hago en venir,
Tello, de Olmedo á Medina?
  Leandro pasaba un mar
Todas las noches, por ver
Si le podía beber
Para poderse templar.
  Pues si entre Olmedo y Medina
No hay, Tello, un mar, ¿qué me debe
Inés?

TELLO.

  Á otro mar se atreve
Quien al peligro camina
  En que Leandro se vió;
Pues á don Rodrigo veo
Tan cierto de tu deseo
Como puedo estarlo yo;
  Que como yo no sabía
Cúya aquella capa fué,
Un día que la saqué.....

DON ALONSO.

¡Gran necedad!

TELLO.

  Como mía.
  Me preguntó: «Diga, hidalgo,
¿Quién esta capa le dió?
Porque la conozco yo.»
Respondí: «Si os sirve en algo,
  Daréla á un criado vuestro.»
Con esto, descolorido,
Dijo: «Habíala perdido
De noche un lacayo nuestro;
  Pero mejor empleada
Está en vos: guardadla bien.»
Y fuése á medio desdén,
Puesta la mano en la espada.
  Sabe que te sirvo, y sabe
Que la perdió con los dos.
Advierte, señor, por Dios,
Que toda esta gente es grave,
  Y que están en su lugar,
Donde todo gallo canta.
Sin esto, también me espanta
Ver este amor comenzar
  Por tantas hechicerías,
Y que cercos y conjuros
No son remedios seguros
Si honestamente porfías.
  Fuí con ella (que no fuera)
Á sacar de un ahorcado
Una muela; puse á un lado,
Como arlequín, la escalera.
  Subió Fabia, quedé al pie,
Y díjome el salteador:
«Sube, Tello, sin temor,
Ó si no, yo bajaré.»
  ¡San Pablo! Allí me caí.
Tan sin alma vine al suelo,
Que fué milagro del cielo
El poder volver en mí.
  Bajó, desperté turbado,
Y de mirarme afligido,
Porque sin haber llovido,
Estaba todo mojado.

DON ALONSO.

  Tello, un verdadero amor
En ningún peligro advierte.
Quiso mi contraria suerte
Que hubiese competidor,
  Y que trate, enamorado,
Casarse con doña Inés;
Pues ¿qué he de hacer, si me ves
Celoso y desesperado?
  No creo en hechicerías,
Que todas son vanidades;
Quien concierta voluntades,
Son méritos y porfías.
  Inés me quiere, yo adoro
Á Inés, yo vivo en Inés;
Todo lo que Inés no es
Desprecio, aborrezco, ignoro.
  Inés es mi bien, yo soy
Esclavo de Inés; no puedo
Vivir sin Inés; de Olmedo
Á Medina vengo y voy,
  Porque Inés mi dueño es
Para vivir ó morir.

TELLO.

Sólo te falta decir:
«Un poco te quiero, Inés.»
  ¡Plega á Dios que por bien sea!

DON ALONSO.

Llama, que es hora.

TELLO.

  Yo voy.

Llama en casa de D. Pedro.

Ana y D.ª Inés, dentro de la casa.

ANA.

Dentro.

¿Quién es?

TELLO.

  ¡Tan presto! Yo soy.
¿Está en casa Melibea?
  Que viene Calixto aquí.

ANA.

Dentro.

Aguarda un poco, Sempronio.

TELLO.

Sí haré, falso testimonio.

DOÑA INÉS.

Dentro.

¿El mismo?

ANA.

Dentro.

Señora, sí.

Ábrese la puerta y entran D. Alonso y Tello en casa de D. Pedro.

Doña Inés.

DOÑA INÉS.

¡Señor mío!.....

DON ALONSO.

Bella Inés,
Esto es venir á vivir.

TELLO.

Agora no hay que decir:
«Yo te lo diré después.»

DOÑA INÉS.

¡Tello amigo!.. ..

TELLO.

¡Reina mía!.....

DOÑA INÉS.

Nunca, Alonso de mis ojos,
Por haberme dado enojos
Esta ignorante porfía
De don Rodrigo esta tarde,
He estimado que me vieses.....
. . . .
. . . . (1).

DON ALONSO.

Aunque fuerza de obediencia
Te hiciese tomar estado,
No he de estar desengañado
Hasta escuchar la sentencia.
Bien el alma me decía
(Y á Tello se lo contaba
Cuando el caballo sacaba,
Y el sol los que aguarda el día)
Que de alguna novedad
Procedía mi tristeza,
Viniendo á ver tu belleza,
Pues me dices que es verdad.
¡Ay de mí si ha sido ansí!

DOÑA INÉS.

No lo creas, porque yo
Diré á todo el mundo no
Después que te dije sí.
Tú solo dueño has de ser
De mi libertad y vida;
No hay fuerza que el ser impida,
Don Alonso, tu mujer.
Bajaba al jardín ayer,
Y como por don Fernando
Me voy de Leonor guardando,
Á las fuentes, á las flores
Estuve diciendo amores,
Y estuve también llorando.
«Flores y aguas (les decía),
Dichosa vida gozáis,
Pues aunque noche pasáis,
Veis vuestro sol cada día.»
Pensé que me respondía
La lengua de una azucena
(¡Qué engaños amor ordena!):
«Si el sol que adorando estás
Viene de noche, que es más,
Inés, ¿de qué tienes pena?»

TELLO.

Así dijo á un ciego un griego
Que le contó mil disgustos:
«Pues tiene la noche gustos,
¿Para qué te quejas, ciego?»

DOÑA INÉS.

Como mariposa llego
Á estas horas, deseosa
De tu luz.....; no mariposa,
Fénix ya, pues de una suerte
Me da vida y me da muerte
Llama tan dulce y hermosa.

DON ALONSO.

¡Bien haya el coral, amén,
De cuyas hojas de rosas
Palabras tan amorosas
Salen á buscar mi bien!
Y advierte que yo también,
Cuando con Tello no puedo,
Mis celos, mi amor, mi miedo
Digo en tu ausencia á las flores.

TELLO.

Yo le vi decir amores
A los rábanos de Olmedo;
Que un amante suele hablar
Con las piedras, con el viento.

DON ALONSO.

No puede mi pensamiento
Ni estar solo, ni callar;
Contigo, Inés, ha de estar,
Contigo hablar y sentir.
¡Oh, quién supiera decir
Lo que te digo en ausencia!
Pero estando en tu presencia
Aun se me olvida el vivir.
Por el camino le cuento
Tus gracias á Tello, Inés,
Y celebramos después
Tu divino entendimiento.
Tal gloria en tu nombre siento,

(1) Faltan versos.

Que una mujer recibí
De tu nombre, porque ansí,
Llamándola todo el día,
Pienso, Inés, señora mía,
Que te estoy llamando á ti.

TELLO.

Pues advierte, Inés discreta,
De los dos tan nuevo efeto,
Que á él le has hecho discreto,
Y á mí me has hecho poeta.
Oye una glosa á un estribo
Que compuso don Alonso,
Á manera de responso,
Si los hay en muerto vivo.
En el valle á Inés
La dejé riendo:
Si la ves, Andrés,
Dile cuál me ves
Por ella muriendo.

DOÑA INÉS.

¿Don Alonso la compuso?

TELLO.

Que es buena jurarte puedo,
Para poeta de Olmedo.
Escucha.

DON ALONSO.

Amor lo dispuso.

TELLO.

Andrés, después que las bellas
Plantas de Inés goza el valle,
Tanto florece con ellas,
Que quiso el cielo trocalle
Por sus flores sus estrellas.
Ya el valle es cielo, después
Que su primavera es,
Pues verá el cielo en el suelo
Quien vió, pues de Inés es cielo,
En el valle á Inés.
Con miedo y respeto estampo
El pie donde el suyo huella;
Que ya Medina del Campo
No quiere aurora más bella
Para florecer su campo.
Yo la vi de amor huyendo,
Cuanto miraba matando,
Su mismo desdén venciendo,
Y aunque me partí llorando,
La dejé riendo.
Dile, Andrés, que ya me veo
Muerto por volverla á ver,
Aunque cuando llegues, creo
Que no será menester;
Que me habrá muerto el deseo.
No tendrás qué hacer después
Que á sus manos vengativas
Llegues, si una vez la ves,
Ni aun es posible que vivas
Si la ves, Andrés.
Pero si matarte olvida
Por no hacer caso de ti,
Dile á mi hermosa homicida
Que por qué se mata en mí,
Pues que sabe que es mi vida.
Dile: «Cruel, no le des
Muerte si vengada estás,
Y te ha de pesar después.»
Y pues no me has de ver más,
Dile cuál me ves.
Verdad es que se dilata
El morir, pues con mirar
Vuelve á dar vida la ingrata,
Y así se cansa en matar,
Pues da vida á cuantos mata;
Pero muriendo ó viviendo,
No me pienso arrepentir
De estarla amando y sirviendo;
Que no hay bien como vivir
Por ella muriendo.

DOÑA INÉS.

Si es tuya, notablemente
Te has alargado en mentir
Por don Alonso.

DON ALONSO.

Es decir
Que mi amor en versos miente.
Pues, señora, ¿qué poesía
Llegará á significar
Mi amor?

DOÑA INÉS.

¡Mi padre!

DON ALONSO.

¿Ha de entrar?

DOÑA INÉS.

Escondeos.

DON ALONSO.

¿Dónde?

Escóndense D. Alonso y Tello.

Don Pedro.

DON PEDRO.

Inés mía,
¡Agora por recoger!
¿Cómo no te has acostado?

DOÑA INÉS.

Rezando, señor, he estado
(Por lo que dijiste ayer),
Rogando á Dios que me incline
Á lo que fuere mejor.

DON PEDRO.

Cuando para ti mi amor
Imposibles imagine,
No pudiera hallar un hombre
Como don Rodrigo, Inés.

DOÑA INÉS.

Ansí dicen todos que es
De su buena fama el nombre;
Y habiéndome de casar,
Ninguno en Medina hubiera
Ni en Castilla, que pudiera
Sus méritos igualar.

DON PEDRO.

¿Cómo habiendo de casarte?

DOÑA INÉS.

Señor, hasta ser forzoso
Decir que ya tengo esposo,
No he querido disgustarte.

DON PEDRO.

¡Esposo! ¿Qué novedad
Es ésta, Inés?

DOÑA INÉS.

Para ti
Será novedad; que en mí
Siempre fué mi voluntad.
Y ya que estoy declarada,
Hazme mañana cortar
Un hábito, para dar
Fin á esta gala excusada;
Que así quiero andar, señor,
Mientras me enseñan latín.
Leonor te queda, que al fin
Te dará nietos Leonor.
Y por mi madre te ruego
Que en esto no me repliques,
Sino que medios apliques
Á mi elección y sosiego.
Haz buscar una mujer
De buena y santa opinión,
Que me dé alguna lección
De lo que tengo de ser,
Y un maestro de cantar,
Que de latín sea también.

DON PEDRO.

¿Eres tú quien habla, ó quién?

DOÑA INÉS.

Esto es hacer, no es hablar.

DON PEDRO.

Por una parte, mi pecho
Se enternece de escucharte,
Inés, y por otra parte,
De duro mármol le has hecho.
En tu verde edad mi vida
Esperaba sucesión;
Pero si esto es vocación,
No quiera Dios que lo impida.
Haz tu gusto, aunque tu celo
En esto no intenta el mío;
Que ya sé que el albedrío
No presta obediencia al cielo.
Pero porque suele ser
Nuestro pensamiento humano
Tal vez inconstante y vano,
Y en condición de mujer,
Que es fácil de persuadir,
Tan poca firmeza alcanza,
Que hay de mujer á mudanza
Lo que de hacer á decir,
Mudar las galas no es justo,
Pues no pueden estorbar
Á leer latín ó cantar,
Ni á cuanto fuere tu gusto.
Viste alegre y cortesana;
Que no quiero que Medina,
Si hoy te admirare divina,
Mañana te burle humana.
Yo haré buscar la mujer
Y quien te enseñe latín,
Pues á mejor padre, en fin,
Es más justo obedecer.
Y con esto, adiós te queda;
Que para no darte enojos,
Van á esconderse mis ojos
Adonde llorarte pueda.

Vase.

Don Alonso y Tello.

DOÑA INÉS.

Pésame de haberte dado
Disgusto.

DON ALONSO.

Á mí no me pesa,
Por el que me ha dado el ver
Que nuestra muerte conciertas.
¡Ay, Inés! ¿Adónde hallaste
En tal desdicha, en tal pena,
Tan breve remedio?

DOÑA INÉS.

Amor
En los peligros enseña
Una luz por donde el alma
Posibles remedios vea.

DON ALONSO.

Éste ¿es remedio posible?

DOÑA INÉS.

Como yo agora le tenga
Para que este don Rodrigo
No llegue al fin que desea,
Bien sabes que breves males
La dilación los remedia;
Que no dejan esperanza
Si no hay segunda sentencia.

TELLO.

Dice bien, señor; que en tanto
Que doña Inés cante y lea,
Podéis dar orden los dos
Para que os valga la Iglesia.
Sin esto, desconfiado
Don Rodrigo, no hará fuerza
Á don Pedro en la palabra,
Pues no tendrá por ofensa
Que le deje doña Inés
Por quien dice que le deja.
También es linda ocasión
Para que yo vaya y venga
Con libertad á esta casa.

DON ALONSO.

¡Libertad! ¿De qué manera?

TELLO.

Pues ha de leer latín,
¿No será fácil que pueda
Ser yo quien venga á enseñarla?
Y verás ¡con qué destreza

Le enseño á leer tus cartas!

DON ALONSO.

¡Qué bien mi remedio piensas!

TELLO.

Y aun pienso que podrá Fabia
Servirte en forma de dueña,
Siendo la santa mujer
Que con su falsa apariencia
Venga á enseñarla.

DOÑA INÉS.

Bien dices.
Fabia será mi maestra
De virtudes y costumbres.

TELLO.

Y ¡qué tales serán ellas!

DON ALONSO.

Mi bien, yo temo que el día
(Que es amor dulce materia
Para no sentir las horas,
Que por los amantes vuelan)
Nos halle tan descuidados,
Que al salir de aquí me vean,
Ó que sea fuerza quedarme.
¡Ay, Dios! ¡Qué dichosa fuerza!
Medina, á la Cruz de Mayo
Hace sus mayores fiestas:
Yo tengo que prevenir,
Que, como sabes, se acercan;
Que, fuera de que en la plaza
Quiero que galán me veas,
De Valladolid me escriben
Que el rey don Juan viene á verlas;
Que en los montes de Toledo
Le pide que se entretenga
El Condestable estos días,
Porque en ellos convalezca,
Y de camino, señora,
Que honre esta villa le ruega:
Y así, es razón que le sirva
La nobleza desta tierra.
Guárdete el cielo, mi bien.

DOÑA INÉS.

Espera; que á abrir la puerta
Es forzoso que yo vaya.

DON ALONSO.

¡Ay, luz! ¡Ay, aurora necia,
De todo amante envidiosa!

TELLO.

Ya no aguardéis que amanezca.

DON ALONSO.

¿Cómo?

TELLO.

Porque ya es de día.

DON ALONSO.

Bien dices, si á Inés me muestras.
Pero, ¿cómo puede ser,
Tello, cuando el sol se acuesta?

TELLO.

Tú vas despacio, él aprisa;
Apostaré que te quedas.

Vanse.

Don Rodrigo y D. Fernando.

DON RODRIGO.

Muchas veces había reparado,
Don Fernando, en aqueste caballero,
Del corazón solícito avisado.
El talle, el grave rostro, lo severo,
Celoso me obligaban á miralle.

DON FERNANDO.

Efectos son de amante verdadero;
Que en viendo otra persona de buen talle,
Tienen temor que si le ve su dama,
Será posible ó fuerza codicialle.

DON RODRIGO.

Bien es verdad que él tiene tanta fama,
Que por más que en Medina se encubría,
El mismo aplauso popular le aclama.
Vi, como os dije, aquel mancebo un día
Que la capa perdida en la pendencia
Contra el valor de mi opinión traía.
Hice secretamente diligencia
Después de hablarle, y satisfecho quedo,
Que tiene esta amistad correspondencia.
Su dueño es don Alonso, aquel de Olmedo,
Alanceador galán y cortesano,
De quien hombres y toros tienen miedo.
Pues si éste sirve á Inés, ¿qué intento en vano?
Ó ¿cómo quiero yo, si ya le adora,
Que Inés me mire con semblante humano?

DON FERNANDO.

¿Por fuerza ha de quererle?

DON RODRIGO.

Él la enamora,
Y merece, Fernando, que le quiera.
¿Qué he de pensar, si me aborrece agora?

DON FERNANDO.

Son celos, don Rodrigo, una quimera
Que se forma de envidia, viento y sombra,
Con que lo incierto imaginado altera,
Una fantasma que de noche asombra,
Un pensamiento que á locura inclina,
Y una mentira que verdad se nombra.

DON RODRIGO.

Pues ¿cómo tantas veces á Medina
Viene y va don Alonso? Y ¿á qué efeto
Es cédula de noche en una esquina?
Yo me quiero casar; vos sois discreto:
¿Qué consejo me dais, si no es matalle?

DON FERNANDO.

Yo hago diferente mi conceto;
Que ¿cómo puede doña Inés amalle,
Si nunca os quiso á vos?

DON RODRIGO.

Porque es respuesta
Que tiene mayor dicha ó mejor talle.

DON FERNANDO.

Mas porque doña Inés es tan honesta,
Que aun la ofendéis con nombre de marido.

DON RODRIGO.

Yo he de matar á quien vivir me cuesta
En su desgracia, porque tanto olvido

No puede proceder de honesto intento.
Perdí la capa y perderé el sentido.

DON FERNANDO.

Antes dejarla á don Alonso, siento
Que ha sido como echársela en los ojos.
Ejecutad, Rodrigo, el casamiento,
Llévese don Alonso los despojos,
Y la victoria vos.

DON RODRIGO.

Mortal desmayo
Cubre mi amor de celos y de enojos.

DON FERNANDO.

Salid galán para la Cruz de Mayo,
Que yo saldré con vos; pues el Rey viene,
Las sillas piden el castaño y bayo.
Menos aflige el mal que se entretiene.

DON RODRIGO.

Si viene don Alonso, ya Medina
¿Qué competencia con Olmedo tiene?

DON FERNANDO.

¡Qué loco estáis!

DON RODRIGO.

Amor me desatina.

Vanse.

Don Pedro, D.ª Inés y D.ª Leonor.

DON PEDRO.

No porfíes.

DOÑA INÉS.

No podrás
Mi propósito vencer.

DON PEDRO.

Hija, ¿qué quieres hacer,
Que tal veneno me das?
Tiempo te queda.....

DOÑA INÉS.

Señor,
¿Qué importa el hábito pardo,
Si para siempre le aguardo?

DOÑA LEONOR.

Necia estás.

DOÑA INÉS.

Calla, Leonor.

DOÑA LEONOR.

Por lo menos estas fiestas
Has de ver con galas.

DOÑA INÉS.

Mira
Que quien por otras suspira,
Ya no tiene el gusto en éstas.
Galas celestiales son
Las que ya mi vida espera.

DON PEDRO.

¿No basta que yo lo quiera?

DOÑA INÉS.

Obedecerte es razón.

Fabia, con rosario, báculo y antojos.

FABIA.

Paz sea en aquesta casa.

DON PEDRO.

Y venga con vos.

FABIA.

¿Quién es
La señora doña Inés,
Que con el Señor se casa?
¿Quién es aquella que ya
Tiene su esposo elegida,
Y como á prenda querida
Esos impulsos le da?

DON PEDRO.

Madre honrada, ésta que veis,
Y yo su padre.

FABIA.

Que sea
Muchos años, y ella vea
El dueño que vos no veis.
Aunque en el Señor espero
Que os ha de obligar piadoso
Á que aceptéis tal esposo,
Que es muy noble caballero.

DON PEDRO.

Y ¡cómo, madre, si lo es!

FABIA.

Sabiendo que anda á buscar
Quien venga á morigerar
Los verdes años de Inés,
Quien la guíe, quien la muestre
Las sémitas del Señor,
Y al camino del amor
Como á principianta adiestre,
Hice oración en verdad,
Y tal impulso me dió,
Que vengo á ofrecerme yo
Para esta necesidad,
Aunque soy gran pecadora.

DON PEDRO.

Ésta es la mujer, Inés,
Que has menester.

DOÑA INÉS.

Ésta es
La que he menester agora.
Madre, abrázame.

FABIA.

Quedito,
Que el cilicio me hace mal.

DON PEDRO.

No he visto humildad igual.

DOÑA LEONOR.

En el rostro trae escrito
Lo que tiene el corazón.

FABIA.

¡Oh, qué gracia! ¡Oh, qué belleza!
Alcance tu gentileza
Mi deseo y bendición.
¿Tienes oratorio?

DOÑA INÉS.

Madre,
Comienzo á ser buena agora.

FABIA.

Como yo soy pecadora,

Estoy temiendo á tu padre.

DON PEDRO.

No le pienso yo estorbar
Tan divina vocación.

FABIA.

En vano, infernal dragón,
La pensabas devorar.
No ha de casarse en Medina;
Monasterio tiene Olmedo:
Domine, si tanto puedo,
Ad juvandum me festina.

DON PEDRO.

Un ángel es la mujer.

Tello, de gorrón.

TELLO.

Dentro.

Si con sus hijas está,
Yo sé que agradecerá
Que yo me venga á ofrecer.

Sale.

El maestro que buscáis
Está aquí, señor don Pedro,
Para latín y otras cosas,
Que dirá después su efeto.
Que buscáis un estudiante
En la iglesia me dijeron,
Porque ya desta señora
Se sabe el honesto intento.
Aquí he venido á serviros,
Puesto que soy forastero,
Si valgo para enseñarla.

DON PEDRO.

Ya creo y tengo por cierto,
Viendo que todo se junta,
Que fué voluntad del cielo.
En casa puede quedarse
La madre, y este mancebo
Venir á darte lección.
Concertadlo, mientras vuelvo,
Las dos. (Á Tello.) ¿De dónde es, galán?

TELLO.

Señor, soy calahorreño.

DON PEDRO.

¿Su nombre?

TELLO.

Martín Peláez.

DON PEDRO.

Del Cid debe de ser deudo.
¿Dónde estudió?

TELLO.

En la Coruña,
Y soy por ella maestro.

DON PEDRO.

¿Ordenóse?

TELLO.

Sí, señor,
De vísperas.

DON PEDRO.

Luego vengo.

Vase.

TELLO.

¿Eres Fabia?

FABIA.

¿No lo ves?

DOÑA LEONOR.

Y ¿tú Tello?

DOÑA INÉS.

¡Amigo Tello!

DOÑA LEONOR.

¿Hay mayor bellaquería?

DOÑA INÉS.

¿Qué hay de don Alonso?

TELLO.

¿Puedo
Fiar de Leonor?

DOÑA INÉS.

Bien puedes.

DOÑA LEONOR.

Agraviara Inés mi pecho
Y mi amor, si me tuviera
Su pensamiento encubierto.

TELLO.

Señora, para servirte
Está don Alonso bueno;
Para las fiestas de Mayo,
Tan cerca ya, previniendo
Galas, caballos, jaeces,
Lanza y rejones; que pienso
Que ya le tiemblan los toros.
Una adarga habemos hecho,
Si se conciertan las cañas,
Como de mi raro ingenio.
Allá la verás en fin.

DOÑA INÉS.

¿No me ha escrito?

TELLO.

Soy un necio.
Ésta, señora, es la carta.

DOÑA INÉS.

Bésola de porte y leo.

Don Pedro.

DON PEDRO.

Dentro.

Pues pon el coche, si está
Malo el alazán. (Sale.) ¿Qué es esto?

TELLO.

Aparte á D.ª Inés.

Tu padre. Haz que lees, y yo

Haré que latín te enseño.
Dominus.....

DOÑA INÉS.

Dominus.....

TELLO.

Diga.

DOÑA INÉS.

¿Cómo más?

TELLO.

Dominus meus.

DOÑA INÉS.

Dominus meus.

TELLO.

Ansí,
Poco á poco irá leyendo.

DON PEDRO.

¿Tan presto tomas lección?

DOÑA INÉS.

Tengo notable deseo.

DON PEDRO.

Basta; que á decir, Inés,
Me envía el Ayuntamiento
Que salga á las fiestas yo.

DOÑA INÉS.

Muy discretamente han hecho,
Pues viene á la fiesta el Rey.

DON PEDRO.

Pues sea con un concierto;
Que has de verlas con Leonor.

DOÑA INÉS.

Madre, dígame si puedo
Verlas sin pecar.

FABIA.

Pues ¿no?
No escrupulices en eso
Como algunos tan mirlados,
Que piensan, de circunspectos,
Que en todo ofenden á Dios,
Y olvidados de que fueron
Hijos de otros como todos,
Cualquiera entretenimiento
Que los trabajos olvide,
Tienen por notable exceso.
Y aunque es justo moderarlos,
Doy licencia, por lo menos
Para estas fiestas, por ser
Jugatoribus paternus.

DON PEDRO.

Pues vamos; que quiero dar
Dineros á tu maestro,
Y á la madre para un manto.

FABIA.

Á todos cubra el del cielo.
Y vos, Leonor, ¿no seréis
Como vuestra hermana presto?

DOÑA LEONOR.

Sí, madre, porque es muy justo
Que tome tan santo ejemplo.

Vanse.

El rey D. Juan el II, el condestable D. Álvaro de Luna y acompañamiento.

REY.

Al Condestable.

No me traigáis al partir
Negocios que despachar.

CONDESTABLE.

Contienen sólo firmar;
No has de ocuparte en oir.

REY.

Decid con mucha presteza.

CONDESTABLE.

¿Han de entrar?

REY.

Ahora no.

CONDESTABLE.

Su Santidad concedió
Lo que pidió Vuestra Alteza
Por Alcántara, señor.

REY.

Que mudase le pedí
El hábito, porque ansí
Pienso que estará mejor.

CONDESTABLE.

Era aquel traje muy feo.

REY.

Cruz verde pueden traer.
Mucho debo agradecer
Al Pontífice el deseo
Que de nuestro aumento muestra,
Con que irán siempre adelante
Estas cosas del Infante
En cuanto es de parte nuestra.

CONDESTABLE.

Éstas son dos provisiones,
Y entrambas notables son.

REY.

¿Qué contienen?

CONDESTABLE.

La razón
De diferencia que pones
Entre los moros y hebreos
Que en Castilla han de vivir.

REY.

Quiero con esto cumplir,
Condestable, los deseos
De fray Vicente Ferrer,
Que lo ha deseado tanto.

CONDESTABLE.

Es un hombre docto y santo.

REY.

Resolví con él ayer
Que en cualquiera reino mío
Donde mezclados están,
Á manera de gabán
Traiga un tabardo el judío
Con una señal en él,
Y un verde capuz el moro.

Tenga el cristiano el decoro
Que es justo: apártese dél;
Que con esto tendrán miedo
Los que su nobleza infaman.

CONDESTABLE.

Á don Alonso, que llaman
El caballero de Olmedo,
Hace Vuestra Alteza aquí
Merced de un hábito.

REY.

Es hombre
De notable fama y nombre.
En esta villa le vi
Cuando se casó mi hermana.

CONDESTABLE.

Pues pienso que determina,
Por servirte, ir á Medina
Á las fiestas de mañana.

REY.

Decidle que fama emprenda
En el arte militar,
Porque yo le pienso honrar
Con la primera encomienda.

Vanse.

Don Alonso.

DON ALONSO.

¡Ay, riguroso estado (1),
Ausencia mi enemiga,
Que dividiendo el alma,
Puedes dejar la vida!
¡Cuán bien por tus efectos
Te llaman muerte viva,
Pues das vida al deseo,
Y matas á la vista!
¡Oh, cuán piadosa fueras,
Si al partir de Medina
La vida me quitaras
Como el alma me quitas!
En ti, Medina, vive
Aquella Inés divina,
Que es honra de la corte
Y gloria de la villa.
Sus alabanzas cantan
Las aguas fugitivas,
Las aves que la escuchan,
Las flores que la imitan.
Es tan bella, que tiene
Envidia de sí misma,
Pudiendo estar segura
Que el mismo sol la envidia,
Pues no la ve mas bella
Por su dorada cinta,
Ni cuando viene á España,
Ni cuando va á las Indias.
Yo merecí quererla:
¡Dichosa mi osadía!
Que es merecer sus penas
Calificar mis dichas.
Cuando pudiera verla,
Adorarla y servirla,
La fuerza del secreto
De tanto bien me priva.
Cuando mi amor no fuera
De fe tan pura y limpia,
Las perlas de sus ojos
Mi muerte solicitan.
Llorando por mi ausencia
Inés quedó aquel día,
Que sus lágrimas fueron
De sus palabras firma.
Bien sabe aquella noche
Que pudiera ser mía.....
Cobarde amor, ¿qué aguardas,
Cuando respetos miras?
¡Ay, Dios, qué gran desdicha,
Partir el alma y dividir la vida!

Tello.

TELLO.

¿Merezco ser bien llegado?

DON ALONSO.

No sé si diga que sí;
Que me has tenido sin mí
Con lo mucho que has tardado.

TELLO.

Si por tu remedio ha sido,
¿En qué me puedes culpar?

DON ALONSO.

¿Quién me puede remediar,
Si no es á quien yo le pido?
¿No me escribe Inés?

TELLO.

Aquí
Te traigo cartas de Inés.

DON ALONSO.

Pues hablarásme después
En lo que has hecho por mí.

Lee.

«Señor mío, después que os partistes no he vivido; que sois tan cruel, que aun no me dejáis vida cuando os vais.»

TELLO.

¿No lees más?

DON ALONSO.

No.

TELLO.

¿Por qué?

DON ALONSO.

Porque manjar tan suave
De una vez no se me acabe.
Hablemos de Inés.

TELLO.

Llegué

(1) Este romancillo se halla con algunas variantes en la *Dorotea*, acto tercero, escena VI.

Con media sotana y guantes;
Que parecía de aquellos
Que hacen en solos los cuellos
Ostentación de estudiantes.
Encajé salutación,
Verbosa filatería,
Dando á la bachillería
Dos piensos de discreción;
Y volviendo el rostro, vi
Á Fabia.....

DON ALONSO.

Espera, que leo
Otro poco; que el deseo
Me tiene fuera de mí.

Lee.

«Todo lo que dejastes ordenado se hizo; sólo no se hizo que viviese yo sin vos, porque no lo dejastes ordenado.»

TELLO.

¿Es aquí contemplación?

DON ALONSO.

Dime cómo hizo Fabia
Lo que dice Inés.

TELLO.

Tan sabia
Y con tanta discreción,
Melindre é hipocresía,
Que me dieron que temer
Algunos que suelo ver
Cabizbajos todo el día.
De hoy más quedaré advertido
De lo que se ha de creer
De una hipócrita mujer
Y un ermitaño fingido.
Pues si me vieras á mí
Con el semblante mirlado,
Dijeras que era traslado
De un reverendo alfaquí.
Creyóme el viejo, aunque en él
Se ve de un Catón retrato.

DON ALONSO.

Espera; que ha mucho rato
Que no he mirado el papel.

Lee.

«Daos prisa á venir, para que sepáis cómo quedo cuando os partís, y cómo estoy cuando volvéis.»

TELLO.

¿Hay otra estación aquí?

DON ALONSO.

En fin, tu hallaste lugar
Para entrar y para hablar.

TELLO.

Estudiaba Inés en tí,
Que eras el latín, señor,
Y la lección que aprendía.

DON ALONSO.

Leonor, ¿qué hacía?

TELLO.

Tenía
Envidia de tanto amor,
Porque se daba á entender
Que de ser amado eres
Digno; que muchas mujeres
Quieren porque ven querer.
Que en siendo un hombre querido
De alguna con grande afeto,
Piensan que hay algún secreto
En aquel hombre escondido.
Y engáñanse, porque son
Correspondencias de estrellas.

DON ALONSO.

Perdonadme, manos bellas,
Que leo el postrer renglón.

Lee.

«Dicen que viene el Rey á Medina, y dicen verdad, pues habéis de venir vos, que sois rey mío.»

Acabóseme el papel.

TELLO.

Todo en el mundo se acaba.

DON ALONSO.

Poco dura el bien.

TELLO.

En fin,
Le has leído por jornadas.

DON ALONSO.

Espera, que aquí á la margen
Vienen dos ó tres palabras.

Lee.

«Poneos esa banda al cuello.»

¡Ay, si yo fuera la banda!

TELLO.

¡Bien dicho, por Dios, y entrar
Con doña Inés en la plaza!

DON ALONSO.

¿Donde está la banda, Tello?

TELLO.

Á mí no me han dado nada

DON ALONSO.

¿Cómo no?

TELLO.

Pues ¿qué me has dado?

DON ALONSO.

Ya te entiendo: luego saca
Á tu elección un vestido.

TELLO.

Esta es la banda.

DON ALONSO.

Extremada.

TELLO.
Tales manos la bordaron.
DON ALONSO.
Demos orden que me parta.
Pero ¡ay, Tello!
TELLO.
¿Qué tenemos?
DON ALONSO.
De decirte me olvidaba
Unos sueños que he tenido.
TELLO.
¿Ágora en sueños reparas?
DON ALONSO.
No los creo, claro está;
Pero dan pena.
TELLO.
Eso basta.
DON ALONSO.
No falta quien llama á algunos
Revelaciones del alma.
TELLO.
¿Qué te puede suceder
En una cosa tan llana
Como quererte casar?
DON ALONSO.
Hoy, Tello, al salir el alba,
Con la inquietud de la noche,
Me levanté de la cama,
Abrí la ventana aprisa,
Y mirando flores y aguas
Que adornan nuestro jardín,
Sobre una verde retama
Veo ponerse un jilguero,
Cuyas esmaltadas alas
Con lo amarillo, añadían
Flores á las verdes ramas.
Y estando al aire trinando
De la pequeña garganta
Con naturales pasajes
Las quejas enamoradas,
Sale un azor de un almendro,
Adonde escondido estaba,
Y como eran en los dos
Tan desiguales las armas,
Tiñó de sangre las flores,
Plumas al aire derrama.
Al triste chillido, Tello,
Débiles ecos del aura
Respondieron, y no lejos,
Lamentando su desgracia,
Su esposa, que en un jazmín
La tragedia viendo estaba.
Yo, midiendo con los sueños
Estos avisos del alma,
Apenas puedo alentarme;
Que con saber que son falsas
Todas estas cosas, tengo
Tan perdida la esperanza,
Que no me aliento á vivir.
TELLO.
Mal á doña Inés le pagas
Aquella heroica firmeza
Con que atrevida contrasta
Los golpes de la fortuna.
Ven á Medina, y no hagas
Caso de sueños y agüeros,
Cosas á la fe contrarias.
Lleva el ánimo que sueles,
Caballos, lanzas y galas,
Mata de envidia los hombres,
Mata de amores las damas.
Doña Inés ha de ser tuya
Á pesar de cuantos tratan
Dividiros á los dos.
DON ALONSO.
Bien dices. Inés me aguarda:
Vamos á Medina alegres.
Las penas anticipadas
Dicen que matan dos veces,
Y á mí sola Inés me mata,
No como pena, que es gloria.
TELLO.
Tú me verás en la plaza
Hincar de rodillas toros
Delante de sus ventanas.

ACTO TERCERO.

Don Rodrigo, D. Fernando y criados, con rejones. Suenan dentro atabales.

DON RODRIGO.
Poca dicha.
DON FERNANDO.
Malas suertes.
DON RODRIGO.
¡Qué pesar!
DON FERNANDO.
¿Qué se ha de hacer?
DON RODRIGO.
Brazo, ya no puede ser
Que en servir á Inés aciertes.
DON FERNANDO.
Corrido estoy.
DON RODRIGO.
Yo turbado.
DON FERNANDO.
Volvamos á porfiar.
DON RODRIGO.
Es imposible acertar
Un hombre tan desdichado.
Para el de Olmedo, en efeto
Guardó suertes la fortuna.
DON FERNANDO.
No ha errado el hombre ninguna.

DON RODRIGO.
Que la de errar os prometo.
DON FERNANDO.
Un hombre favorecido,
Rodrigo, todo lo acierta.
DON RODRIGO.
Abrióle el amor la puerta,
Y á mi, Fernando, el olvido.
Fuera desto, un forastero
Luego se lleva los ojos.
DON FERNANDO.
Vos tenéis justos enojos.
Él es galán caballero,
Mas no para obscurecer
Los hombres que hay en Medina.
DON RODRIGO.
La patria me desatina;
Mucho parece mujer
En que lo propio desprecia,
Y de lo ajeno se agrada.
DON FERNANDO.
De ser de ingrata culpada
Son ejemplos Roma y Grecia.

Dentro ruido de pretales y voces.

Gente dentro.

VOZ 1.ª

Dentro.

¡Brava suerte!
VOZ 2.ª

Dentro.

¡Con qué gala
Quebró el rejón!
DON FERNANDO.
¿Qué aguardamos?
Tomemos caballos.
DON RODRIGO.
Vamos.
VOZ 1.ª

Dentro.

Nadie en el mundo le iguala.
DON FERNANDO.
¿Oyes esa voz?
DON RODRIGO.
No puedo
Sufrirlo.
DON FERNANDO.
Aun no lo encareces.
VOZ 2.ª

Dentro.

¡Vítor setecientas veces
El caballero de Olmedo!

DON RODRIGO.
¿Qué suerte quieres que aguarde,
Fernando, con estas voces?
DON FERNANDO.
Es vulgo, ¿no le conoces?
VOZ 1.ª

Dentro.

Dios te guarde, Dios te guarde.
DON RODRIGO.
¿Qué más dijeran al Rey?
Mas bien hacen: digan, rueguen
Que hasta el fin sus dichas lleguen.
DON FERNANDO.
Fué siempre bárbara ley
Seguir aplauso vulgar
Las novedades.
DON RODRIGO.
Él viene
Á mudar caballo.
DON FERNANDO.
Hoy tiene
La fortuna en su lugar.

Don Alonso, y Tello con librea y rejón.

TELLO.
¡Valientes suertes, por Dios!
DON ALONSO.
Dame, Tello, el alazán.
TELLO.
Todos el lauro nos dan.
DON ALONSO.
¿Á los dos, Tello?
TELLO.
Á los dos;
Que tú á caballo, y yo á pie,
Nos habemos igualado.
DON ALONSO.
¡Qué bravo, Tello, has andado!
TELLO.
Seis toros desjarreté,
Como si sus piernas fueran
Rábanos de mi lugar.
DON FERNANDO.
Volvamos, Rodrigo, á entrar,
Que por dicha nos esperan,
Aunque os parece que no
DON RODRIGO.
Á vos, don Fernando, sí;
Á mí no, si no es que á mí
Me esperan para que yo
Haga suertes que me afrenten,
Ó que algún toro me mate,
Ó me arrastre ó me maltrate
Donde con risa lo cuenten.
TELLO.
Aquéllos te están mirando. (Ap. á su amo.)
DON ALONSO.
Ya los he visto envidiosos

De mis dichas, y aun celosos
De mirarme á Inés mirando.

Vanse D. Rodrigo y D. Fernando, y sus criados.

TELLO.

¡Bravos favores te ha hecho
Con la risa! que la risa
Es lengua muda que avisa
De lo que pasa en el pecho.
No pasabas vez ninguna,
Que arrojar no se quería
Del balcón.

DON ALONSO.

¡Ay, Inés mía!
¡Si quisiese la fortuna
Que á mis padres les llevase
Tal prenda de sucesión!

TELLO.

Sí harás, como la ocasión
Deste don Rodrigo pase;
Porque satisfecho estoy
De que Inés por ti se abrasa.

DON ALONSO.

Fabia se ha quedado en casa:
Mientras una vuelta doy
Á la plaza ve corriendo,
Y di que esté prevenida
Inés, porque en mi partida
La pueda hablar; advirtiendo
Que si esta noche no fuese
Á Olmedo, me han de contar
Mis padres por muerto, y dar
Ocasión, si no los viese,
Á esta pena, y no es razón.
Tengan buen sueño, que es justo.

TELLO.

Bien dices: duerman con gusto,
Pues es forzosa ocasión
De temer y de esperar.

DON ALONSO.

Yo entro.

TELLO.

Guárdete el cielo.

Vase D. Alonso.

Pues puedo hablar sin recelo
Á Fabia, quiero llegar.
Traigo cierto pensamiento
Para coger la cadena
Á esta vieja, aunque con pena
De su astuto entendimiento.
No supo Circe, Medea,
Ni Hécate, lo que ella sabe;
Tendrá en el alma una llave
Que de treinta vueltas sea.
Mas no hay maestra mejor
Que decirle que la quiero,
Que es el remedio primero
Para una mujer mayor;
Que con dos razones tiernas
De amores y voluntad,
Presumen de mocedad,
Y piensan que son eternas.

Vase.

Tello.

TELLO.

Acabóse. Llego, llamo.
Fabia..... Pero soy un necio;
Que sabrá que el oro precio,
Y que los años desamo,
Porque se lo ha de decir
El de las patas de gallo.

Sale Fabia de casa de D. Pedro.

FABIA.

¡Jesús, Tello! ¿Aquí te hallo?
¡Qué buen modo de servir
A don Alonso! ¿Qué es esto?
¿Qué ha sucedido?

TELLO.

No alteres
Lo venerable, pues eres
Causa de venir tan presto;
Que por verte anticipé
De don Alonso un recado.

FABIA.

¿Cómo ha andado?

TELLO.

Bien ha andado,
Porque yo le acompañé.

FABIA.

¡Extremado fanfarrón!

TELLO.

Pregúntalo al Rey, verás
Cuál de los dos hizo más;
Que se echaba del balcón
Cada vez que yo pasaba.

FABIA.

¡Bravo favor!

TELLO.

Más quisiera
Los tuyos.

FABIA.

¡Oh, quién te viera!

TELLO.

Esa hermosura bastaba
Para que yo fuera Orlando.
¿Toros de Medina á mí?
¡Vive el cielo, que les dí
Reveses, desjarretando,
De tal aire, de tal casta,
En medio del regocijo,
Que hubo toro que me dijo:
«Basta, señor Tello, basta.»
«No basta», le dije yo,
Y eché de un tajo volado

Una pierna en un tejado.

FABIA.

Y ¿cuántas tejas quebró?

TELLO.

Eso al dueño, que no á mí.
Dile, Fabia, á tu señora
Que ese mozo que la adora
Vendrá á despedirse aquí;
Que es fuerza volverse á casa,
Porque no piensen que es muerto
Sus padres. Esto te advierto.
Y porque la fiesta pasa
Sin mí, y el Rey me ha de echar
Menos (que en efecto soy
Su toricida), me voy
Á dar materia al lugar
De vítores y de aplauso,
Si me das algún favor.

FABIA.

¿Yo favor?

TELLO.

Paga mi amor.

FABIA.

¿Que yo tus hazañas causo?
Basta, que no lo sabía.
¿Qué te agrada más?

TELLO.

Tus ojos.

FABIA.

Pues daréte sus antojos.

TELLO.

Por caballo, Fabia mía,
Quedo confirmado ya.

FABIA.

Propio favor de lacayo.

TELLO.

Más castaño soy que bayo.

FABIA.

Mira cómo andas allá
(Que esto de *ne nos inducas*
Suelen causar los refrescos),
No te quite los gregüescos
Algún mozo de San Lucas;
Que será notable risa,
Tello, que donde lo vea
Todo el mundo, un toro sea
Sumiller de tu camisa.

TELLO.

Lo atacado y el cuidado
Volverán por mi decoro.

FABIA.

Para un desgarro de un toro,
¿Qué importa estar atacado?

TELLO.

Que no tengo á toros miedo.

FABIA.

Los de Medina hacen riza,
Porque tienen ojeriza
Con los lacayos de Olmedo.

TELLO.

Como ésos ha derribado,
Fabia, este brazo español.

FABIA.

Mas ¿que te ha de dar el sol
Adonde nunca te ha dado?

Vanse.

Óyese ruido y grita dentro.

Gente dentro.

VOZ 1.ª

Dentro.

Cayó don Rodrigo.

DON ALONSO.

Dentro.

¡Afuera!

VOZ 2.ª

Dentro.

¡Qué gallardo, qué animoso
Don Alonso le socorre!

VOZ 1.ª

Dentro.

Ya se apea don Alonso.

VOZ 2.ª

Dentro.

¡Qué valientes cuchilladas!

VOZ 1.ª

Dentro.

Hizo pedazos el toro.

Sale D. Alonso teniendo á D. Rodrigo

DON ALONSO.

Aquí tengo yo caballo;
Que los nuestros van furiosos
Discurriendo por la plaza.
Ánimo.

DON RODRIGO.

Con vos le cobro.
La caída ha sido grande.

DON ALONSO.

Pues no será bien que al coso
Volváis; aquí habrá criados
Que os sirvan, porque yo torno
Á la plaza. Perdonadme
Porque cobrar es forzoso
El caballo que dejé.

Vase.

Don Fernando.

DON FERNANDO.
¿Qué es esto? ¡Rodrigo, y solo!
¿Cómo estáis?
DON RODRIGO.
Mala caída,
Mal suceso, malo todo;
Pero más deber la vida
A quien me tiene celoso
Y á quien la muerte deseo.
DON FERNANDO.
¡Que sucediese á los ojos
Del Rey, y que viese Inés
Que aquel su galán dichoso
Hiciese el toro pedazos
Por libraros!
DON RODRIGO.
Estoy loco.
No hay hombre tan desdichado,
Fernando, de polo á polo.
¡Qué de afrentas, qué de penas,
Qué de agravios, qué de enojos,
Qué de injurias, qué de celos,
Qué de agüeros, qué de asombros!
Alcé los ojos á ver
A Inés, por ver si piadoso
Mostraba el semblante entonces,
Que aunque ingrato, necio adoro;
Y veo que no pudiera
Mirar Nerón riguroso
Desde la torre Tarpeya
De Roma el incendio, como
Desde el balcón me miraba;
Y que luego, en vergonzoso
Clavel de púrpura fina
Bañado el jazmín del rostro,
A don Alonso miraba,
Y que por los labios rojos
Pagaba en perlas el gusto
De ver que á sus pies me postro,
De la fortuna arrojado
Y de la suya envidioso.
Mas ¡vive Dios, que la risa,
Primero que la de Apolo
Alegre el Oriente y bañe
El aire de átomos de oro,
Se le ha de trocar en llanto,
Si hallo al hidalguillo loco
Entre Medina y Olmedo!
DON FERNANDO.
Él sabrá ponerse en cobro.
DON RODRIGO.
Mal conocéis á los celos.
DON FERNANDO.
¿Quién sabe que no son monstruos?
Mas lo que ha de importar mucho
No se ha de pensar tan poco.

Vanse.

El Rey, el Condestable y acompañamiento.

REY.
Tarde acabaron las fiestas;
Pero ellas han sido tales,
Que no las he visto iguales.
CONDESTABLE.
Dije á Medina que aprestas
Para mañana partir;
Mas tiene tanto deseo
De que veas el torneo
Con que te quiere servir,
Que me ha pedido, señor,
Que dos días se detenga
Vuestra Alteza.
REY.
Cuando venga,
Pienso que será mejor.
CONDESTABLE.
Haga este gusto á Medina
Vuestra Alteza.
REY.
Por vos sea,
Aunque el Infante desea,
Con tanta prisa camina,
Estas vistas de Toledo
Para el día concertado.
CONDESTABLE.
Galán y bizarro ha estado
El caballero de Olmedo.
REY.
¡Buenas suertes, Condestable!
CONDESTABLE.
No sé en él cuál es mayor,
La ventura ó el valor,
Aunque es el valor notable.
REY.
Cualquiera cosa hace bien.
CONDESTABLE.
Con razón le favorece
Vuestra Alteza.
REY.
El lo merece,
Y que vos le honréis también.

Vanse.

Don Alonso y Tello.

TELLO.
Mucho habemos esperado,
Ya no puedes caminar.
DON ALONSO.
Deseo, Tello, excusar
A mis padres el cuidado.
A cualquier hora es forzoso
Partirme.
TELLO.
Si hablas á Inés,
¿Qué importa, señor, que estés
De tus padres cuidadoso?
Porque os ha de hallar el día

En esas rejas.

DON ALONSO.

No hará;
Que el alma me avisará
Como si no fuera mía.

TELLO.

Parece que hablan en ellas,
Y que es en la voz Leonor.

DON ALONSO.

Y lo dice el resplandor
Que da el sol á las estrellas.

Doña Leonor, á una reja.

DOÑA LEONOR.

¿Es don Alonso?

DON ALONSO.

Yo soy.

DOÑA LEONOR.

Luego mi hermana saldrá,
Porque con mi padre está
Hablando en las fiestas de hoy.
Tello puede entrar; que quiere
Daros un regalo Inés.

Quítase de la reja.

DON ALONSO.

Entra, Tello.

TELLO.

Si después
Cerraren y no saliere,
Bien puedes partir sin mí;
Que yo te sabré alcanzar.

Ábrese la puerta de casa de D. Pedro, entra Tello, y vuelve D.ª Leonor á la reja.

DON ALONSO.

¿Cuándo, Leonor, podré entrar
Con tal libertad aquí?

DOÑA LEONOR.

Pienso que ha de ser muy presto,
Porque mi padre de suerte
Te encarece, que á quererte
Tiene el corazón dispuesto.
Y porque se case Inés,
En sabiendo vuestro amor,
Sabrá escoger lo mejor,
Como estimarlo después.

Doña Inés, á la reja. D.ª Leonor, en la reja, y D. Alonso, en la calle.

DOÑA INÉS.

¿Con quién hablas?

DOÑA LEONOR.

Con Rodrigo.

DOÑA INÉS.

Mientes, que mi dueño es.

DON ALONSO.

Que soy esclavo de Inés,
Al cielo doy por testigo.

DOÑA INÉS.

No sois sino mi señor.

DOÑA LEONOR.

Ahora bien, quiéroos dejar;
Que es necedad estorbar
Sin celos quien tiene amor.

Retírase.

DOÑA INÉS.

¿Cómo estáis?

DON ALONSO.

Como sin vida.
Por vivir os vengo á ver.

DOÑA INÉS.

Bien había menester
La pena desta partida
Para templar el contento
Que hoy he tenido de veros,
Ejemplo de caballeros,
Y de las damas tormento.
De todas estoy celosa;
Que os alabasen quería,
Y después me arrepentía,
De perderos temerosa.
¡Qué de varios pareceres!
¡Qué de títulos y nombres
Os dió la envidia en los hombres,
Y el amor en las mujeres!
Mi padre os ha codiciado
Por yerno para Leonor,
Y agradecióle mi amor,
Aunque celosa, el cuidado;
Que habéis de ser para mí
Y así se lo dije yo,
Aunque con la lengua no,
Pero con el alma sí.
Mas ¡ay! ¿Cómo estoy contenta
Si os partís?

DON ALONSO.

Mis padres son
La causa.

DOÑA INÉS.

Tenéis razón;
Mas dejadme que lo sienta.

DON ALONSO.

Yo lo siento, y voy á Olmedo,
Dejando el alma en Medina.
No sé cómo parto y quedo:
Amor la ausencia imagina,
Los celos, señora, el miedo.
Así parto muerto y vivo,
Que vida y muerte recibo.
Mas ¿qué te puedo decir,
Cuando estoy para partir,
Puesto ya el pie en el estribo?
Ando, señora, estos días,
Entre tantas asperezas
De imaginaciones mías,
Consolado en mis tristezas

Y triste en mis alegrías.
  Tengo, pensando perderte,
Imaginación tan fuerte,
Y así en ella vengo y voy,
Que me parece que estoy
Con las ansias de la muerte.
  La envidia de mis contrarios
Temo tanto, que aunque puedo
Poner medios necesarios,
Estoy entre amor y miedo
Haciendo discursos varios.
  Ya para siempre me privo
De verte, y de suerte vivo,
Que mi muerte presumiendo,
Parece que estoy diciendo:
«*Señora, aquesta te escribo.*»
  Tener de tu esposo el nombre
Amor y favor ha sido;
Pero es justo que me asombre,
Que amado y favorecido
Tenga tal tristeza un hombre.
  Parto á morir, y te escribo
Mi muerte, si ausencia vivo,
Porque tengo, Inés, por cierto
Que si vuelvo será muerto,
Pues partir no puedo vivo.
  Bien sé que tristeza es;
Pero puede tanto en mí,
Que me dice, hermosa Inés:
«Si partes muerto de aquí,
¿Cómo volverás después?»
  Yo parto, y parto á la muerte,
Aunque morir no es perderte;
Que si el alma no se parte,
¿Cómo es posible dejarte,
Cuanto más volver á verte?

DOÑA INÉS.

  Pena me has dado y temor
Con tus miedos y recelos;
Si tus tristezas son celos,
Ingrato ha sido tu amor.
  Bien entiendo tus razones;
Pero tú no has entendido
Mi amor.

DON ALONSO.

Ni tú que han sido
Estas imaginaciones
  Sólo un ejercicio triste
Del alma, que me atormenta,
No celos; que fuera afrenta
Del nombre, Inés, que me diste.
  De sueños y fantasías,
Si bien falsas ilusiones,
Han nacido estas razones,
Que no de sospechas mías.

DOÑA INÉS.

  Leonor vuelve.

Doña Leonor, dentro.

¿Hay algo?

DOÑA LEONOR.

Dentro.

Sí.

DON ALONSO.

¿Es partirme?

DOÑA LEONOR.

Dentro.

Á D.ª Inés

Claro está.
Mi padre se acuesta ya,
Y me preguntó por ti.

DOÑA INÉS.

  Vete, Alonso, vete. Adiós.
No te quejes, fuerza es.

DON ALONSO.

¿Cuándo querrá Dios, Inés,
Que estemos juntos los dos?
  Aquí se acabó mi vida,
Que es lo mismo que partirme.
Tello no sale, ó no puede
Acabar de despedirse.
Voyme; que él me alcanzará.

Retírase D.ª Inés.

Al retirarse D. Alonso, una Sombra con una máscara negra y sombrero, y puesta la mano en el puño de la espada, se le pone delante.

DON ALONSO.

¿Qué es esto? ¿Quién va? De oirme
No hace caso. ¿Quién es? Hable.
¡Que un hombre me atemorice
No habiendo temido á tantos!
¿Es don Rodrigo? ¿No dice
Quién es?

LA SOMBRA.

Don Alonso.

DON ALONSO.

¿Cómo?

LA SOMBRA.

Don Alonso.

DON ALONSO.

No es posible.
Mas otro será, que yo
Soy don Alonso Manrique.
Si es invención, meta mano.
Volvió la espalda.

Vase la Sombra.

Seguirle,
Desatino me parece.
¡Oh imaginación terrible!
Mi sombra debió de ser.
Mas no; que en forma visible
Dijo que era don Alonso.
Todas son cosas que finge

La fuerza de la tristeza,
La imaginación de un triste.
¿Qué me quieres, pensamiento,
Que con mi sombra me afliges?
Mira que temer sin causa
Es de sujetos humildes.
Ó embustes de Fabia son,
Que pretenden persuadirme
Porque no me vaya á Olmedo,
Sabiendo que es imposible.
Siempre dice que me guarde,
Y siempre que no camine
De noche, sin más razón
De que la envidia me sigue.
Pero ya no puede ser
Que don Rodrigo me envidie,
Pues hoy la vida me debe;
Que esta deuda no permite
Que un caballero tan noble
En ningún tiempo la olvide.
Antes pienso que ha de ser
Para que amistad confirme
Desde hoy conmigo en Medina;
Que la ingratitud no vive
En buena sangre, que siempre
Entre villanos reside.
En fin, es la quinta esencia
De cuantas acciones viles
Tiene la bajeza humana,
Pagar mal quien bien recibe.

Vase.

Don Rodrigo, D. Fernando, Mendo, y criados armados.

DON RODRIGO.

Hoy tendrán fin mis celos y su vida.

DON FERNANDO.

Finalmente, ¿venís determinado?

DON RODRIGO.

No habrá consejo que su muerte impida,
Después que la palabra me han quebrado.
Ya se entendió la devoción fingida,
Ya supe que era Tello, su criado,
Quien la enseñaba aquel latín que ha sido
En cartas de romance traducido.
¡Qué honrada dueña recibió en su casa
Don Pedro en Fabia! ¡Oh mísera doncella!
Disculpo tu inocencia, si te abrasa
Fuego infernal de los hechizos della.
No sabe, aunque es discreta, lo que pasa,
Y así el honor de entrambos atropella.
¡Cuántas casas de nobles caballeros
Han infamado hechizos y terceros!
Fabia, que puede transponer un monte;
Fabia, que puede detener un río,
Y en los negros ministros de Aqueronte
Tiene, como en vasallos, señorío;
Fabia, que deste mar, deste horizonte,
Al abrasado clima, al Norte frío
Puede llevar un hombre por el aire,
Le da lecciones: ¿hay mayor donaire?

DON FERNANDO.

Por la misma razón yo no tratara
De más venganza.

DON RODRIGO.

¡Vive Dios, Fernando,
Que fuera de los dos bajeza clara!

DON FERNANDO.

No la hay mayor que despreciar amando.

DON RODRIGO.

Si vos podéis, yo no.

MENDO.

Señor, repara
En que vienen los ecos avisando
De que á caballo alguna gente viene.

DON RODRIGO.

Si viene acompañado, miedo tiene.

DON FERNANDO.

No lo creas; que es mozo temerario.

DON RODRIGO.

Todo hombre con silencio esté escondido.
Tú, Mendo, el arcabuz, si es necesario,
Tendrás detrás de un árbol prevenido.

DON FERNANDO.

¡Qué inconstante es el bien, qué loco y vario!
Hoy á vista de un Rey salió lucido,
Admirado de todos á la plaza,
Y ¡ya tan fiera muerte le amenaza!

Escóndense.

Don Alonso.

DON ALONSO.

Lo que jamás he tenido,
Que es algún recelo ó miedo,
Llevo caminando á Olmedo.
Pero tristezas han sido.
Del agua el manso rüido
Y el ligero movimiento
Destas ramas con el viento,
Mi tristeza aumentan más.
Yo camino, y vuelve atrás
Mi confuso pensamiento.
De mis padres el amor
Y la obediencia me lleva,
Aunque ésta es pequeña prueba
Del alma de mi valor.
Conozco que fué rigor
El dejar tan presto á Inés.....
¡Qué obscuridad! Todo es
Horror, hasta que el aurora
En las alfombras de Flora
Ponga los dorados pies.
Allí cantan. ¿Quién será?
Mas será algún labrador
Que camina á su labor.
Lejos parece que está;
Pero acercándose va.
Pues ¡cómo! Lleva instrumento;
Y no es rústico el acento,
Sino sonoro y süave.

¡Qué mal la música sabe,
Si está triste el pensamiento!

UNA VOZ.

Dentro.

Canta desde lejos y viene acercándose.

Que de noche le mataron
Al caballero,
La gala de Medina,
La flor de Olmedo.

DON ALONSO.

¡Cielos! ¿Qué estoy escuchando?
Si es que avisos vuestros son,
Ya que estoy en la ocasión,
¿De qué me estáis informando?
Volver atrás, ¿cómo puedo?
Invención de Fabia es,
Que quiere, á ruego de Inés,
Hacer que no vaya á Olmedo.

LA VOZ.

Dentro.

Sombras le avisaron
Que no saliese,
Y le aconsejaron
Que no se fuese
El caballero,
La gala de Medina,
La flor de Olmedo.

Un Labrador.

DON ALONSO.

¡Hola, buen hombre, el que canta!

LABRADOR.

¿Quién me llama?

DON ALONSO.

Un hombre soy
Que va perdido.

LABRADOR.

Ya voy.
Veisme aquí.

DON ALONSO.

Todo me espanta. (Aparte.)
¿Dónde vas?

LABRADOR.

Á mi labor.

DON ALONSO.

¿Quién esa canción te ha dado,
Que tristemente has cantado?

LABRADOR.

Allá en Medina, señor.

DON ALONSO.

Á mí me suelen llamar
El caballero de Olmedo,
Y yo estoy vivo.

LABRADOR.

No puedo
Deciros deste cantar
Mas historia ni ocasión,
De que á una Fabia la oí.
Si os importa, yo cumplí
Con deciros la canción.
Volved atrás; no paséis
Deste arroyo.

DON ALONSO.

En mi nobleza,
Fuera ese temor bajeza.

LABRADOR.

Muy necio valor tenéis.
Volved, volved á Medina.

DON ALONSO.

Ven tú conmigo.

LABRADOR.

No puedo.

Vase.

DON ALONSO.

¡Qué de sombras finge el miedo!
¡Qué de engaños imagina!
Oye, escucha. ¿Dónde fué,
Que apenas sus pasos siento?
¡Ah, labrador! Oye, aguarda.
«Aguarda» responde el eco.
¡Muerto yo! Pero es canción
Que por algún hombre hicieron
De Olmedo, y los de Medina
En este camino han muerto.
Á la mitad dél estoy:
¿Qué han de decir si me vuelvo?
Gente viene..... No me pesa.
Si allá van, iré con ellos.

Don Rodrigo, D. Fernando, Mendo y criados.

DON RODRIGO.

¿Quién va?

DON ALONSO.

Un hombre. ¿No me ven?

DON FERNANDO.

Deténgase.

DON ALONSO.

Caballeros,
Si acaso necesidad
Los fuerza á pasos como estos,
Desde aquí á mi casa hay poco:
No habré menester dineros;
Que de día y en la calle
Se los doy á cuantos veo
Que me hacen honra en pedirlos.

DON RODRIGO.

Quítese las armas luego.

DON ALONSO.

¿Para qué?

DON RODRIGO.

Para rendillas.

DON ALONSO.

¿Saben quién soy?

DON FERNANDO.
El de Olmedo,
El matador de los toros,
Que viene arrogante y necio
Á afrentar los de Medina,
El que deshonra á don Pedro
Con alcahuetes infames.

DON ALONSO.
Si fuérades á lo menos
Nobles vosotros, allá,
Pues tuvistes tanto tiempo,
Me hablárades, y no agora,
Que solo á mi casa vuelvo.
Allá en las rejas adonde
Dejastes la capa huyendo,
Fuera bien, y no en cuadrilla
Á media noche, soberbios.
Pero confieso, villanos
(Que esta estimación os debo),
Que aun siendo tantos, sois pocos.

Riñen.

DON RODRIGO.
Yo vengo á matar, no vengo
Á desafíos; que entonces
Te matara cuerpo á cuerpo.

Á Mendo.

Tírale.

Dispara Mendo.

DON ALONSO.
Traidores sois;
Pero sin armas de fuego
No pudiérades matarme.
¡Jesús!

Cae.

DON FERNANDO.
¡Bien lo has hecho, Mendo!

Vanse D. Rodrigo, D. Fernando y su gente.

DON ALONSO.
¡Qué poco crédito dí
Á los avisos del cielo!
Valor propio me ha engañado,
Y muerto envidias y celos.
¡Ay de mí! ¿Qué haré en un campo
Tan solo?

Tello.

TELLO.
Pena me dieron
Estos hombres que á caballo
Van hacia Medina huyendo.
Si á don Alonso habían visto
Pregunté; no respondieron.
¡Mala señal! Voy temblando.

DON ALONSO.
¡Dios mío, piedad! ¡Yo muero!
Vos sabéis que fué mi amor
Dirigido á casamiento.
¡Ay, Inés!

TELLO.
De lastimosas
Quejas siento tristes ecos.
Hacia aquella parte suenan.
No está del camino lejos
Quien las da. No me ha quedado
Sangre. Pienso que el sombrero
Puede tenerse en el aire
Solo en cualquiera cabello.
¡Ah, hidalgo!

DON ALONSO.
¿Quién es?

TELLO.
¡Ay, Dios!
¿Por qué dudo lo que veo?
Es mi señor. ¡Don Alonso!

DON ALONSO.
Seas bien venido, Tello.

TELLO.
¿Cómo, señor, si he tardado?
¿Cómo, si á mirarte llego
Hecho un piélago de sangre?
¡Traidores, villanos, perros;
Volved, volved á matarme,
Pues habéis, infames, muerto
El más noble, el más valiente,
El más galán caballero
Que ciñó espada en Castilla!

DON ALONSO.
Tello, Tello, ya no es tiempo
Más que de tratar del alma.
Ponme en tu caballo presto
Y llévame á ver mis padres.

TELLO.
¡Qué buenas nuevas les llevo
De las fiestas de Medina!
¿Qué dirá aquel noble viejo?
¿Qué hará tu madre y tu patria?
¡Venganza, piadosos cielos!

Llévase á D. Alonso.

Don Pedro, D.ª Inés, D.ª Leonor, Fabia y Ana.

DOÑA INÉS.
¿Tantas mercedes ha hecho?

DON PEDRO.
Hoy mostró con su Real
Mano, heroica y liberal
La grandeza de su pecho.
Medina está agradecida,
Y por la que he recibido,
Á besarla os he traído.

DOÑA LEONOR.
¿Previene ya su partida?
DON PEDRO.
Sí, Leonor, por el Infante,
Que aguarda al Rey en Toledo.
En fin, obligado quedo;
Que por merced semejante
Más por vosotras lo estoy,
Pues ha de ser vuestro aumento.
DOÑA LEONOR.
Con razón estás contento.
DON PEDRO.
Alcaide de Burgos soy.
Besad la mano á Su Alteza.
DOÑA INÉS.
¡Ha de haber ausencia, Fabia! (Ap. á Fabia.)
FABIA.
Mas la fortuna te agravia.
DOÑA INÉS.
No en vano tanta tristeza
He tenido desde ayer.
FABIA.
Yo pienso que mayor daño
Te espera, si no me engaño,
Como suele suceder;
Que en las cosas por venir
No puede haber cierta ciencia.
DOÑA INÉS.
¿Qué mayor mal que la ausencia,
Pues es mayor que morir?
DON PEDRO.
Ya, Inés, ¿qué mayores bienes
Pudiera yo desear,
Si tú quisieras dejar
El propósito que tienes?
No porque yo te hago fuerza;
Pero quisiera casarte.
DOÑA INÉS.
Pues tu obediencia no es parte
Que mi propósito tuerza.
Me admiro de que no entiendas
La ocasión.
DON PEDRO.
Yo no la sé.
DOÑA LEONOR.
Pues yo por ti la diré,
Inés, como no te ofendas.
No la casas á su gusto.
¡Mira qué presto!
DON PEDRO.

Á Inés.

Mi amor
Se queja de tu rigor,
Porque á saber tu disgusto,
No lo hubiera imaginado.
DOÑA LEONOR.
Tiene inclinación Inés
Á un caballero, después
Que el Rey de una cruz le ha honrado;
Que esto es deseo de honor,
Y no poca honestidad.
DON PEDRO.
Pues si él tiene calidad
Y tú le tienes amor,
¿Quién ha de haber que replique?
Cásate en buen hora, Inés.
Pero ¿no sabré quién es?
DOÑA LEONOR.
Es don Alonso Manrique.
DON PEDRO.
Albricias hubiera dado.
¿El de Olmedo?
DOÑA LEONOR.
Sí, señor.
DON PEDRO.
Es hombre de gran valor,
Y desde agora me agrado
De tan discreta elección;
Que si el hábito rehusaba,
Era porque imaginaba
Diferente vocación.
Habla, Inés, no estés ansí.
DOÑA INÉS.
Señor, Leonor se adelanta;
Que la inclinación no es tanta
Como ella te ha dicho aquí.
DON PEDRO.
Yo no quiero examinarte,
Sino estar con mucho gusto
De pensamiento tan justo
Y de que quieras casarte.
Desde agora es tu marido;
Que me tendré por honrado
De un yerno tan estimado,
Tan rico y tan bien nacido.
DOÑA INÉS.
Beso mil veces tus pies.
Loca de contento estoy,
Fabia.
FABIA.
El parabién te doy,
Si no es pésame después. (Aparte.)
DOÑA LEONOR.
El Rey.

El Rey, el Condestable, D. Rodrigo, D. Fernando y acompañamiento.

DON PEDRO.

Á sus hijas.

Llegad á besar
Su mano.
DOÑA INÉS.
¡Qué alegre llego!
DON PEDRO.
Dé Vuestra Alteza los pies,
Por la merced que me ha hecho
Del alcaidía de Burgos,

Á mí y á mis hijas.

REY.

Tengo
Bastante satisfacción
De vuestro valor, don Pedro,
Y de que me habéis servido.

DON PEDRO.

Por lo menos lo deseo.

REY.

¿Sois casadas?

DOÑA INÉS.

No, señor.

REY.

¿Vuestro nombre?

DOÑA INÉS.

Inés.

REY.

¿Y el vuestro?

DOÑA LEONOR.

Leonor.

CONDESTABLE.

Don Pedro merece
Tener dos gallardos yernos,
Que están presentes, señor,
Y que yo os pido por ellos
Los caséis de vuestra mano.

REY.

¿Quién son?

DON RODRIGO.

Yo, señor, pretendo,
Con vuestra licencia, á Inés.

DON FERNANDO.

Y yo á su hermana le ofrezco
La mano y la voluntad.

REY.

En gallardos caballeros
Emplearéis vuestras dos hijas,
Don Pedro.

DON PEDRO.

Señor, no puedo
Dar á Inés á don Rodrigo,
Porque casada la tengo
Con don Alonso Manrique,
El caballero de Olmedo,
Á quien hicistes merced
De un hábito.

REY.

Yo os prometo
Que la primera encomienda
Sea suya.....

DON RODRIGO.

Aparte á D. Fernando.

¡Extraño suceso!

DON FERNANDO.

Ten prudencia. (Aparte á D. Rodrigo.)

REY.

Porque es hombre
De grandes merecimientos.

TELLO.

Dentro.

Dejadme entrar.

REY.

¿Quién da voces?

CONDESTABLE.

Con la guarda un escudero
Que quiere hablarte.

REY.

Dejadle.

CONDESTABLE.

Viene llorando y pidiendo
Justicia.

REY.

Hacerla es mi oficio.
Eso significa el cetro.

Sale Tello.

TELLO.

Invictísimo don Juan,
Que del castellano reino,
Á pesar de tanta envidia,
Gozas el dichoso imperio:
Con un caballero anciano
Vine á Medina, pidiendo
Justicia de dos traidores;
Pero el doloroso exceso
En tus puertas le ha dejado,
Si no desmayado, muerto.
Con esto yo, que le sirvo,
Rompí con atrevimiento
Tus guardas y tus oídos:
Oye, pues te puso el cielo
La vara de su justicia
En tu libre entendimiento,
Para castigar los malos
Y para premiar los buenos:
La noche de aquellas fiestas
Que á la Cruz de Mayo hicieron
Caballeros de Medina,
Para que fuese tan cierto
Que donde hay cruz hay pasión;
Por dar á sus padres viejos
Contento de verle libre
De los toros, menos fieros
Que fueron sus enemigos,
Partió de Medina á Olmedo
Don Alonso, mi señor,
Aquel ilustre mancebo
Que mereció tu alabanza,
Que es raro encarecimiento.
Quedéme en Medina yo,
Como á mi cargo estuvieron
Los jaeces y caballos,
Para tener cuenta dellos.
Ya la encapotada noche,
De los dos polos en medio,
Daba á la traición espada,

Mano al hurto, pies al miedo,
Cuando partí de Medina;
Y al pasar un arroyuelo,
Puente y señal del camino,
Veo seis hombres corriendo
Hacia Medina turbados,
Y aunque juntos, descompuestos.
La luna, que salió tarde,
Menguado el rostro sangriento,
Me dió á conocer los dos;
Que tal vez alumbra el cielo
Con las hachas de sus luces
El más obscuro silencio,
Para que vean los hombres
De las maldades los dueños,
Porque á los ojos divinos
No hubiese humanos secretos.
Paso adelante ¡ay de mí!
Y envuelto en su sangre veo
Á don Alonso expirando.
Aquí, gran señor, no puedo
Ni hacer resistencia al llanto,
Ni decir el sentimiento.
En el caballo le puse
Tan animoso, que creo
Que pensaban sus contrarios
Que no le dejaban muerto.
Á Olmedo llegó con vida
Cuanto fué bastante ¡ay cielo!
Para oir la bendición
De dos miserables viejos,
Que enjugaban las heridas
Con lágrimas y con besos.
Cubrió de luto su casa
Y su patria, cuyo entierro
Será el del fénix; señor,
Después de muerto viviendo
En las lenguas de la fama,
Á quien conserven respeto
La mudanza de los hombres
Y los olvidos del tiempo.

REY.

¡Extraño caso!

DOÑA INÉS.

¡Ay de mí!

DON PEDRO.

Guarda lágrimas y extremos,
Inés, para nuestra casa,
. . . . (1).

DOÑA INÉS.

Lo que de burlas te dije,
Señor, de veras te ruego.
Y á vos, generoso Rey,
Desos viles caballeros
Os pido justicia.

REY.

Á Tello.

Dime,
Pues pudiste conocerlos,
¿Quién son esos dos traidores?
¿Dónde están? Que ¡vive el cielo,
De no me partir de aquí
Hasta que los deje presos!

TELLO.

Presentes están, señor:
Don Rodrigo es el primero,
Y don Fernando el segundo.

CONDESTABLE.

El delito es manifiesto,
Su turbación lo confiesa.

DON RODRIGO.

Señor, escucha.....

REY.

Prendedlos,
Y en un teatro mañana
Cortad sus infames cuellos,
Fin de la trágica historia
Del *Caballero de Olmedo.*

(1) Falta un verso para el romance.

EL MILAGRO POR LOS CELOS

Y

DON ÁLVARO DE LUNA

EL MILAGRO POR LOS CELOS

Y

DON ÁLVARO DE LUNA

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

El rey D. Juan II.
Don Álvaro de Luna.
La reina D.ª Isabel de Portugal.
Doña Beatriz de Silva.
Don Juan de Silva, *su tío.*
Silveira, *lacayo.*
Un Gentilhombre.
Leonor, *villana.*
Músicos.

JORNADA PRIMERA.

Salen el Rey, D. Álvaro y acompañamiento.

REY.
Dejadme todos, dejadme (1).
ÁLVARO.
Despejemos, caballeros,
Que el Rey lo manda: no mováis, Fortuna,
Vuestras ruedas, y juro un templo haceros.
REY.
¿Adónde vais, Don Álvaro de Luna?
ÁLVARO.
Á serviros, señor, y obedeceros.

(1) El primer verso de esta octava debe estar alterado, pues se compone de dos octosílabos.

REY
No me dejéis, porque de vos ausente,
Cuerpo sin alma soy, ciudad sin gente:
Cubríos.
ÁLVARO.
¿Dónde llegaré dichoso (1)
Si tanto Vuestra Alteza me sublima?
REY.
Á mis brazos, Maestre valeroso.
ÁLVARO.
¿A quién, señor, tan gran favor no anima?
REY.
Enemigos tenéis, que ya es forzoso
Aborrecerse lo que el Rey estima;
Mas seguro estaréis siempre conmigo.
ÁLVARO.
Tu esclavo soy.

(1) Tampoco consta este verso.

REY.

Mejor diréis mi amigo.
Dice el Consejo, atrévese mi gente
Á proponer modere mis grandezas;
Que los dos lo regimos igualmente,
Yo liberalidad, vos las riquezas;
Dicen que es al Estado inconveniente
Dividir el gobierno en dos cabezas;
Que la mitad tenéis de mi corona;
Que mande, que gobierne mi persona,
Que no deje ir la voluntad á pique
De tan altos propuestos casamientos,
Siendo incapaz de hijos Don Enrique,
Por ser deudo y señor de mis intentos;
Que os aparte de mí, que os modifique
Mi amor, vuestro poder, sus descontentos:
¡Brava proposición que el Reino quiera
Que sin vos viva yo, que sin vos muera!

ÁLVARO.

Doce años ha, señor,
Que acompaño tus deseos,
Que sigo tus estandartes,
Que tus favores merezco.
Desde niño te he servido,
Y de un pobre caballero,
Generosamente augusto,
El mayor señor me has hecho.
Cuando gozo mis grandezas,
Cuando mi humildad contemplo,
Cuando liberal te admiro,
Cuando tus favores veo,
Juzgo que, Rey soberano,
Quisiste, imitando al cielo,
Mostrar en mí tu poder,
Pues como absoluto dueño,
Me engrandeciste en estados,
Porque vea el universo
Lo mucho que de Dios tienes,
Ensalzando los pequeños.
Como á figura de barro,
Sér me diste y movimientos;
Rey don Juan, no los deshagas
Arrepentido y severo;
Que muchas veces los reyes
Suelen levantar del suelo
Las cosas más olvidadas
Para deshacerlas luego.
No temo perder tu gracia,
Á la fiera envidia temo,
Que suele fulminar iras
Siempre á lo más opulento.
Como rayo suele ser,
Que voraz, altivo y fiero,
Perdonando humildes chozas,
Palacios rinde soberbios.
Si ha arrojado contra mí
Rayos algún lisonjero,
Si no me vales, laurel,
Si perdí los privilegios
Que tuve como valido,
Si los revocó tu pecho,
Si no me amparan tus brazos
Contra las iras del pueblo,
Yo me negaré á tus ojos,
Gobierna sin mí tu reino;
No es bien que por un vasallo
Tengas tantos descontentos.
Como te precias de augusto,
En paz retirarme quiero,
Para dar doctrina al mundo,
No como Seyano ejemplos.
Los reyes ¡oh gran señor!
Tienen la virtud del fuego,
Que abrasan cuando están cerca
Y calientan cuando lejos.
De ti me quiero apartar,
Porque, estando ausente, pienso
No temer, aunque te enojes,
Que en humo me des al viento.
Las riquezas que me diste,
Los títulos que poseo,
Porque adquieras voluntades
Con mi retiro y con ellos,
Consagro á tus Reales pies.
Setenta villas te ofrezco;
Sólo me deja á Cadahalso,
Adonde morir entiendo,
Pues con fúnebres anuncios
Me predijo un agorero
Que moriría en cadahalso;
Quiera Dios que sea presto.
No pido por recompensa
De la batalla de Olmedo,
De las guerras de Granada,
De las heridas que tengo,
Más que cuenten en España
Que tantos bienes te dejo,
Que aunque falten á mi casa,
Bástame á mí el merecerlos.
Sólo para tu servicio
Conservaré aqueste acero,
Este brazo y esta cruz
Del noble Patrón gallego.
Á mis émulos contenta,
Y aunque yo muera en destierro,
Arrójenme de tu gracia,
Prevalezcan tus consejos;
Vuelva el Príncipe á las Cortes,
Y vuelva á ser prisionero
De la ambición de los suyos;
Tiranícese el gobierno,
Arrójenme de Castilla
Como á Ruy López el bueno;
Su dignidad heredé,
Otro herede las que tengo.
A su voluntad te casen;
Traigan para su provecho,
Con Infanta de Aragón,
Nuevas discordias al Reino;
Hagan contra mí discursos,
Que tú culparás sus yerros
Antes, señor, de dos días;

Que te he casado en efeto.
Próvida razón de estado
Me obliga á tener secreto
De la Reina que á Castilla
Han llamado mis desvelos.
No se cumpla mi palabra,
Deja que te casen ellos;
Que en la experiencia verás
Que te aconsejaba cuerdo;
Que desque vives vïudo,
Dispongo tu casamiento
Con quien dé paz á tu estado
Y ponga á su orgullo freno;
Que yo me voy donde dé
Al más valido escarmiento,
Materia á tus coronistas,
A mis contrarios contento;
Donde sentiré tus penas,
Donde sufriré desprecios,
Siendo de sus flechas blanco,
De sus empresas trofeo.
No te acuerdes que mi padre
Sirvió al tuyo y á tu abuelo,
Que fué soldado en campaña,
Que fué en tu mesa copero;
Que contigo me criaron,
Que supe tus pensamientos;
Que te sirvo como sabes,
Que grandes contrarios tengo;
Que te he obedecido fiel,
Que mil promesas me has hecho,
Que en mil acciones me debes,
Rey don Juan, algún acierto.
Promete que de mí hablen;
Que no dirán, á lo menos,
Que don Álvaro de Luna
Sacó contra ti el acero.

REY

¿Irte, don Álvaro? Antes
Veré con menores penas
Las toledanas almenas
Coronadas de turbantes.
No del cielo los diamantes
Tienen con el mar la unión
Que tienes en mi afición;
Que como monte en el suelo,
Ó como estrella en el cielo,
Estás en mi corazón.
Cuando Augusto á su querido
Mecenas se retiró,
Quieto su estado miró,
No como yo, perseguido
De un hijo mal instruído.
Fatigado me confieso;
Y si no opongo á su exceso
Tu consejo y mi cuchilla,
Caerá en la tierra Castilla,
Y el rey don Juan con el peso.
Cúlpenme mis gentes; den
Quejas de su Rey al orbe;
Que no hay derecho que estorbe
El querer á un hombre bien.
Y aunque ellos lo sientan, ten
Los estados que poseo,
Pues los bienes que en ti veo
Le parecen á mi amor
Pocos para tu valor,
Nada para mi deseo.
En vano el Reino quería
Darme á su gusto mujer;
Voluntad es menester,
Y tú posees la mía;
Y mal casarme podía
Cuando voluntad no siento,
Porque fuera vano intento;
Tú le mira y le dispón,
Sea tuya la elección,
Y mío el consentimiento.

ÁLVARO.

Dame los pies, gran señor,
Que en esa fe confiado,
Á mi gusto te he casado;
Culpa, si es yerro, mi amor.

REY.

¿Con quién, Maestre?

ÁLVARO.

Disponte (Aparte.)
En esta ocasión, Fortuna,
Porque no mengüe mi Luna
Y arrime á esta rueda un monte.

Sale un Gentilhombre.

GENTILHOMBRE.

Licencia pide á la puerta.
Don Juan de Silva, señor

REY.

Entre mi Alférez mayor.

ÁLVARO.

Haces mi ventura cierta.

Sale D. Juan de Silva.

JUAN.

Déme los pies Su Alteza.

REY.

Alzad, cristiano,
Marte español, Virïato valiente.

JUAN.

Llegué, señor, al reino lusitano,
Por virtud de sus armas floreciente;
Di tu pliego al Infante, que lozano
Gobernaba su ejército luciente;
Leyóle, y conduciéndome á Berganza,
Ofreció posesión á su venganza.

REY.

¿Qué pliego ni qué Infante? No os entiendo.

JUAN.

El que me dió don Álvaro.

ÁLVARO.

El Infante
De Portugal, Maestre, defendiendo
Tu Real persona, un escuadrón volante

Puso en Olmedo en tu defensa, y viendo
Que eras deudor de hazaña semejante,
El gran don Juan, Maestre de Santiago,
Tu deuda Real con tu persona pago.
Con Su Alteza dejé comunicado
Casases con su hija; conveniente
Matrimonio á tu gusto y al Estado,
Pues tendrás grata en Portugal su gente:
En mi fe y en tu nombre confiado,
Una carta escribí secretamente
Pidiéndole á Isabel, porque casarte
Convino así, sin dar al Reino parte.

JUAN.

Llevéla, y entregóme la belleza
Mayor que vieron délficas regiones;
Secreto he caminado con Su Alteza,
Guardando de un papel las instrucciones,
Tanto, que llega á la inmediata pieza,
Ignorada de humanas perfecciones,
Y hoy tiene Madrigal, antigua villa,
La mejor Reina que le dió Castilla.

REY.

Si dispuesto lo habéis, si es vuestro gusto,
Venga Isabel á ser enhorabuena
Origen de católicos augustos,
Del reino paz, antídoto á mi pena.

ÁLVARO.

Que la reciba Vuestra Alteza es justo.

REY.

Ley es en mí lo que el Maestre ordena.

ÁLVARO.

Ya ha llegado la Reina mi señora;
Que primero que el sol, sale la aurora;

Salen la Reina, D.ª Beatriz de Silva
y acompañamiento, con música de chirimías.

REY.

Muy bien venida Vuestra Alteza sea;
Déme sus brazos: ¡grave señorío!

REINA.

¿Cómo los negará la que desea
Rendir á vuestro gusto su albedrío?

REY.

¿Cómo viene?

REINA.

Contenta de que vea
Que es dueño de mi patria como mío.

REY.

Daré por paga de su fe constante
Un reino á Vuestra Alteza y un amante.
¿Quién es, don Juan, quién es, decid, aquella
Deidad humana, angélica hermosura,
Ante quien es doña Isabel estrella
Opuesta de Faetonte á la luz pura,
Que puede ser en monarquía bella
Metrópoli mayor de la hermosura,
Dueño del sol, porque en sus rayos rojos
Sufragáneos parecen de sus ojos?

JUAN.

Aquésta de inferior arte y belleza,
Opuesta con la Reina castellana,
Que yace ante los ojos de Su Alteza,
Como ante el cielo criatura humana,
Goza de Portalegre la nobleza,
Mi prima es, y de su Conde hermana;
Es su nombre Beatriz, y su apellido
Silva, de Silvio Eneas procedido.
Su Alteza, prima, os quiere dar la mano.

REY.

Mejor, don Juan, el corazón dijera.

BEATRIZ.

No dilatéis favor tan soberano
Á quien sujeta á vuestros pies le espera.

REINA.

Es mi deuda Beatriz.

BEATRIZ.

Honores gano
En ser tu esclava.

REY.

Emperatriz pudiera,
Mientras gozo en sus ojos mi fortuna.

ÁLVARO.

Dad la mano á don Álvaro de Luna.

REINA.

Si del reino que gozo os soy deudora,
¿Con qué satisfaré lo que poseo?

ÁLVARO.

Con decir que la mano os bese ahora (1).

REY.

¡Grande beldad!

BEATRIZ.

La Reina mi señora,
Sujeto es digno de tan gran trofeo.

REY.

Mal me entiendes, Beatriz.

BEATRIZ.

Diré á Su Alteza
Cuánta ventura debe á su belleza.

Sale un criado.

CRIADO.

Jaén pide socorro brevemente,
Porque pide socorro el enemigo.

REY.

Don Juan, á vuestra espada y á mi gente
Encargo la defensa y el castigo.

JUAN.

Toca á marchar, y muera el ascendiente
De quien fué triunfo el infeliz Rodrigo.

REY.

¿Tan presto os vais?

JUAN.

No es bien que un punto [aguarde;
Que aun volando, el socorro llega tarde.

ÁLVARO.

Razón es disponer los casamientos.

REY.

Sí, Maestre, que quiero con prudencia

(1) Falta un verso á esta octava.

Divertir poderosos pensamientos.
Descanse Vuestra Alteza, y dé licencia
Nos despose don Lope de Barrientos.

REINA.

Toda mi voluntad es obediencia.

REY.

Vuestra es la mía, si por darme enojos
No me la tiranizan vuestros ojos.

Vanse los Reyes y quédanse un Gentilhombre y un criado

GENTILHOMBRE.

No habrá en Castilla quien hable
Contra el Maestre; con esto
Echó la fortuna el resto
En favor del Condestable.
El príncipe don Enrique
Obedezca á la Fortuna,
Y á don Álvaro de Luna,
Como prudente, se aplique;
Que teniendo de su mano
Á la Reina en su lugar,
No se lo podrá quitar
Todo el poder castellano.
Deje su vana esperanza,
Vuelva el Moro su cuchilla,
Pues á pesar de Castilla
Será eterna su privanza;
Que tanto ha venido á ser
El poder de su persona,
Que hoy le debe la corona
Á su astucia y su poder;
Y así, en cualquiera ocasión
Tendrá su parcialidad
Afecta la voluntad
Y viva la obligación;
Mas todo puede mudarse,
Al tiempo futuro apele;
Que un gran beneficio suele
Con ingratitud pagarse.

CRIADO.

Rey que aquesto no previene,
Da causa de gran recelo;
Mas si lo permite el cielo,
Sin duda alguna conviene.

Sale Silveira, lacayo.

SILVEIRA.

Casóse o Rey de Castela
Con Isabel, y al momento
Que se fizo o casamento
Foy a Madrigal cõ ela.
Não me parece ben feito
Que camiñe o desposado;
Si estuvera namorado,
Caminara para o leito.

GENTILHOMBRE.

Fidalgo, ¿sirve á Su Alteza?

SILVEIRA.

Sirva eu no, eu por los celos
Que de um Conde de Barcel os,
Et deu Rey soy la cabeza.

CRIADO.

Bien lo dice su semblante.

SILVEIRA.

E no olhando, meu señor,
Todas se morren de amor,
Porque soy muito galante.
Sirvo a la mellor bonina
Que colo erguido em jardin,
Y a lo castellano: en fin,
A la mellor clavellina
Que adorna corona Real,
Digna de precioso honor,
A quien dieron rojo humor
Las Quinas de Portugal.
Es Silva por su linaje,
Y la sirvo de escudero
En la calle, cuando quiero,
Y en su retrete de paje.
Sirviendo viene contenta
A nuestra Reina feliz;
Llámase doña Beatriz,
De la Casa Real parienta.

GENTILHOMBRE.

Si al Rey servís, con los dos
Os podéis venir.

SILVEIRA.

Eu digo,
Si sois fidalgos, commigo
Vir podeis, si queris vir.

GENTILHOMBRE.

En Castilla no lo hay más;
Arias tengo de Zamora.

SILVEIRA.

Pues caminad muito en bora
Algũs pasiños atrás.

GENTILHOMBRE.

¡Que nunca en aquéstos cese
El estimarnos en poco!

SILVEIRA.

¿Qué falais?

GENTILHOMBRE.

Que sois un loco.

SILVEIRA.

Castellão, falay cõ ese.

Vanse.

Salen los músicos cantando, y la Reina, y doña Beatriz, y acompañamiento, y el Rey, y D. Álvaro, y Leonor, villana.

MÚSICOS.

Del dorado Tajo
Sea bien venida,
Para nuestra gloria,
La paz de Castilla.

LEONOR.

No os ofrezco por la villa,
Hermosísima Isabel,
Aquello de leche y miel,
Y pan blanco de Castilla;

Que yo traigo postestad
De ofreceros, sin rodeos,
En la villa, los deseos
De una simple voluntad.

REINA.

Hermosísima aldeana
De Tordesillas, llegad.

LEONOR.

¡Para que Su Majestad
Dé la mano á una villana!
Mas, tal cual soy, la confieso
Que, aunque la bese mi boca,
Su terso cristal de roca
No se almagre con el beso.

BEATRIZ.

En la malicia repara.

LEONOR.

Aunque no haya qué comer,
Siempre solemos tener
Limpia la mesa y la cara.
Démela á besar, segura
Que no pase lo que un día
A una hidalga que solía
Besarle la mano al cura:
Puso de lo colorado
En los labios con exceso,
É imprimióle con el beso
Un párrafo colorado.

BEATRIZ.

Gracia tiene.

LEONOR.

Lo más cierto
Es que tengo á su mandar
Una haca, un pegujar,
Una viña y medio huerto.

BEATRIZ.

¿Cómo os llamáis?

LEONOR.

Yo, Leonor.

BEATRIZ.

Y ¿querréis servirme á mí?

LEONOR.

A la he, señora, sí,
Porque os voy cobrando amor.

REINA.

Y yo os seré intercesora.

LEONOR.

Si queréis, de mil amores.
Adiós los mis labradores;
Que me quedo á ser señora.

REY.

Llegad, hermosa aldeana:
¿Al fin os vais con Beatriz?

LEONOR.

En servilla soy feliz.

REY.

La corona castellana
Trocara á vuestra bajeza,
Por ser su criado yo.

LEONOR.

¿Para aquesto me llamó?

BEATRIZ.

¿No miras triste á Su Alteza?

REINA.

Ya lo he visto, y sus enojos
Me dicen su voluntad;
Mucho temo tu beldad,
Mucho han hablado tus ojos.

ÁLVARO.

¿De qué estás triste, señor?
¿Cómo tanto te suspendes?

REY.

Maestre, si no lo entiendes,
Pregúntaselo al amor.

ÁLVARO.

En día tal no convienen
Las tristezas ni desvelos.

REY.

¡Portuguesa de los cielos,
Que el cielo tus ojos tienen!
Entre á descansar tu Alteza.

REINA.

Triste estáis.

REY.

No, mi señora;
Que en los brazos del aurora,
¿Quién puede tener tristeza?

REINA.

Yo soy mujer infeliz,
Pues traje de Portugal
Desvelos, celos y mal.
¿Qué miráis? Andá, Beatriz.

LEONOR.

Volved á cantar, pastores,
La venida de Isabel,
En cuyos labios la miel
Han destilado las flores.

MÚSICOS.

Del dorado Tajo
Sea bien venida,
Para nuestra gloria,
La paz de Castilla.

Vanse, y quédanse D. Álvaro y Leonor.

ÁLVARO.

¿Cúya ha sido la letrilla?

LEONOR.

Mía, porque soy discreta;
Que como el Rey es poeta,
Todos danzan en Castilla.

ÁLVARO.

Y ¿no oirá quien tan bien canta
Algún Maestre?

LEONOR.

Á mi ver,
Vos tenéis traza de hacer
Malos pasos de garganta;
Que un hombre tan principal,
¿Cómo ha de ser buen cantor?
Que es propio de un gran señor
Escribir y cantar mal.
Y quien trae la roja espada,

No ha de saber más canción
Que del parche herir al són
Á los moros de Granada.

ÁLVARO.

Pues esperad, por mi amor.

LEONOR.

Gran Maestre, vuestra gana
No es para gente villana.

ÁLVARO.

¡Qué bien ha dicho Leonor!

Vase Leonor, y sale el Rey.

REY.

Condestable de Castilla,
Hoy muerto á tus manos llega
El rey don Juan el Segundo:
¿Muerto dije? A Dios pluguiera;
Que es mayor mal que la muerte
Que hombre de tan altas prendas
Manifieste á su vasallo
Su pensión y sus flaquezas.
Con más pesares que dichas,
Con menos gustos que penas,
Vida pido á tu favor,
No consejo á tu prudencia.
Piadosamente me ampara,
Entendido me consuela,
Amigo me favorece,
Y valeroso me esfuerza.
Una mujer ¡ay de mí!
¡Guerra, dice, guerra, guerra!
Y mil batallas de celos
Alzan contra mí banderas.
Al arma toca en sus ojos
El niño dios, cuando apenas
Dijeron mis pensamientos:
¡Muera quien me ha visto, muera!
De Portugal me trajeron
La causa que me atormenta;
Principio diste á mi mal,
Aplica también las hierbas.
Con la Reina de Castilla
Vino aquella portuguesa
Que la sirve como dama
Y estima como parienta.
Vila ¡ay de mí! en Madrigal,
Y aunque entendí con Su Alteza
Divertir con dulce trato
Imaginaciones nuevas,
No lo ha permitido amor,
Que en tanto mal no aprovecha
Inferior beldad; perdone,
Si soy grosero, la Reina.
No porque Su Majestad
Á mis ojos no parezca
Digna de mayor monarca
Por su ingenio y su belleza;
Y no porque no la adoro,
Que cuando justo no fuera,
Bastaba quererla tú
Para que yo la quisiera.
Mas así como nosotros,
Con natural providencia,
Á los ojos acudimos,
Sin que entre los dos les deba
Ventajas de amor alguna,
Estoy entre sus bellezas,
Porque adorando á Beatriz,
No desestimo á Su Alteza.
Silva me dicen que es,
Y, Condestable, amor quiera
Que, como la sangre, herede
La grande piedad de Eneas.
No me tienes que decir
Si arranca la vara tierna,
Antes de frondoso árbol,
Fácilmente de la tierra;
Que en los principios se cura
La enfermedad más violenta,
Antes que con accidentes
Tome con el tiempo fuerzas;
Que los dolores de amor
Con la tardanza se aumentan,
Que es mejor para librarse
El día que está más cerca;
Que un arroyuelo pequeño,
Cuando baja de la sierra
No satisface la sed,
Que es un mar á pocas leguas;
Que es amor hijo del ocio,
Que es deleitable dolencia,
Enemigo del descanso,
Que con su ser se alimenta;
Es de la razón olvido,
Nave en los mares sin vela,
Arroyo de variedades,
Niño sin fe ni firmeza.
Que mire á Troya abrasada,
Que mire á España sangrienta,
Que mire en puertos de Roma
Los Tarquinos de Lucrecia;
Murmurados en Egipto
Á Marco Antonio y á César,
Y cobardemente hilando
Al gran hijo de Alcumena;
Faltar en campaña Aquiles
Á su valor por Briseida,
Ya lo he visto, y también ves
Que tengo menores fuerzas
Que el Capitán de Israel,
Que el divino Rey profeta.
Hable en mi disculpa el hijo
Rey de reyes en Judea,
Si no valen por ejemplo
Cultos divinos poetas;
Oye á Propicio por Cintia
Dar al aire dulces quejas,
Cantar á Licurgo leyes,
Llorar Catulo por Lesbia.
¡Qué poco le valió á Ovidio
Reducir amor á ciencia
Y la pasión á preceptos!

Él lo diga, pues lo enseña.
Decid vosotros, romanos,
Y filósofos de Atenas,
¿Cuántas veces presidió
Amor en vuestra Academia?
Pensión de los entendidos
Es amor, si consideras
La pasión inevitable
De los padres de las letras.
Mayores disculpas busco,
Si no bastan ser tan bellas:
Amante Júpiter mira,
Tomando formas ajenas.
Tantos ejemplos me valgan;
Si bien dirá tu prudencia
Que no ha nacido ninguno
Que dueño de sí no sea.
Todo lo miran mis ojos,
Mas su pasión no me deja
Que advierta aquí los peligros,
Y será, si me aconsejas,
Arrojar fuego en el mar,
Pequeño arroyo en el Etna,
Pedir razón á los montes,
Querer reducir las fieras,
Parar el curso á los ríos,
En el aire una saeta,
En la venganza un agravio,
Un caballo en la carrera;
Que lo mismo es detener
Un amante que desea,
Un poderoso que emprende,
Un pensamiento que vuela,
Una voluntad de un rey,
Un apetito que lleva
Sin gobierno la razón,
Y en su mismo daño encuentra.

ÁLVARO.

Ni la lisonja te engaña,
Ni la verdad te aconseja;
Mas, sintiendo tus pesares,
Te aseguro mi obediencia.

REY.

Dame, Maestre, tus brazos,
Y á mi hermoso dueño cuenta
No cuidado, mas amor;
Por grato camino vuela.

Sale D.ª Beatriz.

BEATRIZ.

Conmigo Su Alteza envía
Su dulce vida á ofrecer,
Si puede víctima ser
De tanta melancolía;
Juntamente vió en un día
De su grandeza el aumento,
Y vuestro gran descontento
Es en su ausencia mayor
De veros triste el dolor,
Y de su dicha el contento.

Tanto á mis ojos Su Alteza
Miraba, que sus enojos
Le decían á mis ojos:
¿Para qué le dais tristeza?
Mi cuidado y la llaneza
De una voluntad segura,
Su triste pasión apura;
Y respondió suspirando:
Teño, o Rey, mimoso olhando,
Dirá miña desventura.

Y pues Vuestra Majestad
Ni la dice, ni la veo,
Con la inquietud el deseo,
Con pena la voluntad,
Amor con sensilidad (1)
Quiere saber su dolor,
Que en sabiéndole, señor,
He de comprar vuestras penas
Con la sangre de mis venas,
Si no tiene más valor

REY.

Beldad en quien resplandece
La gloria del Lusitano,
No es mi dolor tan tirano,
Que humana sangre apetece;
Mas fácil remedio ofrece
El mal que me aflige; amante,
Verásme alegre al instante;
Piedades quiere el amor;
No se cura con rigor
Enfermedad semejante.

Vite, ¡ay beldad celestial!
Y dije cuando te vi:
«Alma, traición hay aquí
De parte de Portugal.»
Quise remediar mi mal,
Y vínome á suceder
Lo que suele acontecer
En el monte al peregrino:
Que halló, para entrar, camino,
Pero no para volver.

Á ti llego de la suerte
Que enfermo de hidropesía,
En la dulce fuente fría
Bebe contento la muerte.
Pena y gusto tuve en verte:
Gusto, viendo tal portento;
Pena, en lo que ahora siento;
Pues no he de sanar jamás,
Si cuando te miro más
Está el amor más sediento.

Dije al Condestable fiel
La causa de mi pasión;
Mas siendo tú la ocasión,
¿Qué remedio dará él?
Ya lo sabes: no cruel
Me correspondas ingrata.
Sé como la vela, grata,
Pues la anima su homicida;

(1) *Sic.*

Que si el viento la da vida,
El mismo viento la mata.

BEATRIZ.

Deja agravio semejante
Mientras llega el desengaño,
Que tema mi honor el daño
Y mi corazón se espante;
Mas yo espero que elegante
Detendré mi pensamiento,
Que si, como vela al viento,
Perdisteis la luz mejor,
Daré con ruegos honor,
Luz á vuestro entendimiento.

REY.

Ya no estoy, Beatriz, de suerte,
Que escuche consejos sanos.

BEATRIZ.

Pues ¿qué pretendes?

REY.

Tus manos.

BEATRIZ.

Antes me daré la muerte;
Que nací, que soy advierte.....

REY.

Dueño de mi voluntad.

BEATRIZ.

Mire Vuestra Majestad.....

REY.

¿Qué he de mirar, si me muero?

BEATRIZ.

Que los halagos primeros
Tienen mayor potestad.

REY.

Pues con lágrimas de amante
Rendido, mi amor se atreve.

BEATRIZ.

Heridas serán de nieve
En un pecho de diamante.

REY.

¿Hay desprecio semejante?
¿Esto sufren mis desvelos?
¿Ignoras quién soy? ¡Ah, cielos!

BEATRIZ.

Y lo confieso á tus pies.

Sale la Reina al paño.

REINA.

Presunción, ¿aquesto ves?
Pasa de sospecha á celos.

ÁLVARO.

Su Alteza, señor.....

BEATRIZ.

¡Ay, triste!

REINA.

Disimulemos ahora;
Que nunca acierta á vengarse
Quien enojado se arroja.
¡Ah, Maestre! ¡Ah, ingrata! ¡Ah, fiera!
Aunque pierda mi corona
Me la pagaréis los dos.
Señor.....

REY.

¿Qué buscáis, señora?

REINA.

Buscan mis ojos el centro
Donde animan y reposan.

REY.

Bien le merece mi amor.
Divina Isabel, perdona (Aparte.)
Si me parece Beatriz
Á mis ojos más hermosa.

REINA.

¡Mucho sufrís, corazón! (Aparte.)
Pero á mi venganza importa.

REY.

Venid, señora, veréis
Desde esas torres famosas,
Los campos de Tordesillas.

REINA.

Veré mi muerte rabiosa. (Aparte.)
Enfermedad de los celos,
Sufrid y callad, que importa.

ÁLVARO.

Señora doña Beatriz,
El rey don Juan os adora;
Harto os he dicho; mirad
Que es terrible si se enoja.

BEATRIZ.

Maestre de Santïago,
Las portuguesas señoras,
No son en Castilla damas,
De sus reyes son esposas.

JORNADA SEGUNDA.

Salen D. Juan de Silva y Silveira.

JUAN.

Con tristeza, Silveira, me recibes
Cuando vuelvo á la corte victorioso,
Y cuantos tiene España almoravides
Me aclaman Cid y temen valeroso;
Ó poca fe de mi valor concibes,
Ó no me juzgas vencedor glorioso,
Pues das injustamente á mis contentos,
Agua á la tierra, quejas á los vientos.
Si es señal de victoria esta bandera
Á tus tristes suspiros tremolante,
Y esta cuchilla, que volví severa,
Rubia á la vaina, y la saqué diamante;
Socorrer de Genil á la ribera,
Siempre en su vega capitán triunfante,
¿Por qué tristes aplausos me previenes,
Cuando debes holgarte de mis bienes?

Si don Juan el Segundo, honor de España,
Goza dichosamente á su consorte,
Y cuando vela el hijo en la campaña,
Juega en su oprobio cañas en la corte;
Si ya no queda, por mayor hazaña,
Infante aragonés que nos importe,
Si buena está Beatriz, como dijiste,
Si me desea el Rey, ¿cómo estás triste?
Mas si están, á pesar de emulaciones,
Venerando mi nombre mis memorias,
Sino mal relatadas mis acciones,
La opinión disminuyen de mis glorias,
Porque suelen ociosas relaciones
Cobardías dorar, mentir victorias,
Alégrate en mis bienes, y di, en tanto,
La razón de mis dudas, y tu llanto.

SILVEIRA.

Ilustre don Juan de Silva,
Descendiente venerable
Del Teucro que hizo en Cartago
Verter á Dido corales:
Á dar vengo ejemplo á España,
En tiempo tan miserable,
Que tiene ingratos señores,
Que hay un criado constante.
Á la divina Beatriz,
Quinta esencia del donaire,
Que de infusiones de bella
Dicen la parió su madre,
El rey don Juan el Segundo
La mira con buen semblante,
Con poco gusto la Reina,
Con mucha envidia los grandes.
Temor la tiene Su Alteza,
Y más es el Condestable;
Mírala el Rey como á mí
Pluguiera á Dios me mirase.
Murmúranla en los corrillos
Cortesanos holgazanes,
Y, aunque no entran en el cielo,
Son los indicios verdades.
Los maliciosos publican
Que desdoran vuestra sangre,
Que no se atreviera menos
Á vuestra casa que un ángel.
Conviene que de Palacio
La lleves luego al instante;
Á ti te toca el remedio,
Á mí me toca avisarte.

JUAN.

¡Vive Dios, que no temiera
Con mil hombres pelear,
Ni dudé para trepar
Las murallas de Antequera,
Tanto como ahora dudo
Esta empresa, donde amor
Viene á ser competidor
Y lleva un rey por escudo!

SILVEIRA.

Si dudas, para acertar
Tú haces como prudente,
Porque en la ocasión presente
Hay que decir y pensar.

JUAN.

No es posible que Su Alteza,
Cuya mano liberal
Honra ha dado á Portugal,
Títulos á su nobleza,
Tenga de ofender intento
Á doña Beatriz y al Conde,
Y más en Palacio, adonde
Grillos tiene el pensamiento,
Y no ha de romper la ley;
Siempre se precia de augusto:
Decírselo al Rey es justo,
Pero no hablar mal del Rey.

SILVEIRA.

Si entiendes que son antojos,
Ellos salen, y verás,
Si á todos atento estás,
Mi relación en sus ojos.

Salen el Rey, la Reina y D.ª Beatriz; Leonor; D. Álvaro y acompañamiento, y siéntense los Reyes y doña Beatriz.

REY.

¿Qué os parece la epigrama?

ÁLVARO.

Que Vuestra Alteza, señor,
Guardando el arte en rigor,
Muestra cuerdo el de su dama:
Será la más elegante.

REY.

Sillas, y haced comenzar
La Academia.

JUAN.

Si lugar
Tiene un capitán triunfante
En vuestros pies soberanos,
Hoy victorioso los pido.

REY.

Seáis, don Juan, bien venido.
Más cerca tenéis mis manos.

JUAN.

También me dé Vuestra Alteza
Su mano á besar.

REINA.

Pariente,
Alzad, defensor valiente
De la española nobleza.

REY.

¿Cómo venís?

JUAN.

Vencedor,
Que en las puertas de Granada
Vuestro nombre con la espada
Halló mi brazo valor;
Mas hay descuido notable
En las fronteras que tiene
Vuestra Alteza; así conviene.

REY.

Hablad luego al Condestable.

JUAN.

Á casos tan convenientes,
Que adviertas, señor, te pido.....

REY.

En vos estoy defendido,
Primer Conde de Cifuentes.

JUAN.

Vivid los dos más edades
Que quien renace en el fuego;
Mas que me escuches te ruego,
Si postradas humildades
Merecen tan gran favor.

REY.

Dejadme, Conde, acabar:
Doña Leonor, comenzad.

JUAN.

¡Oh, rey don Juan, mi señor,
Nunca quieres escuchar
Tus vasallos, y, á mi ver,
Ó el reino quieres perder,
Ó no sabes qué es reinar!

LEONOR.

Vertía de la nariz
Sangre una niña divina,
Que es de Su Alteza menina;
Viéndola doña Beatriz,
Le aplicó su mano hermosa,
É impidió que no saliera.

REY.

Esa fué la vez primera
Que yo la miré piadosa.

LEONOR.

Reducir este suceso
Su Alteza aplicó á la pluma
En un epigrama; en suma,
Este es, señor, mi concepto (1):
Cuando claveles vertía
Clori por azules venas,
Beatriz, con cinco azucenas,
Piadosa la recogía.
Ningún amante se inquiete;
Que amor en tal caso quiso
De uno y otro paraíso
Fabricar un ramillete.

REY.

¡Buen concepto!

ÁLVARO.

¡Soberano!

REINA.

Cualquier alabanza es poca.

BEATRIZ.

Por la parte que me toca
Os beso, señor, la mano.

REINA.

Corazón mío, sufrid (Aparte.)
De los celos la violencia.

ÁLVARO.

Dad á la mía licencia.

REINA.

Mirándola está.

REY.

Decid.

ÁLVARO.

Vertía purpúreo humor
Un brinquiño soberano,
Y puso su blanca mano
Beatriz, piadosa al rigor;
Vencer intentó atrevido
Á la nieve clavel breve;
No pudo, esmaltó la nieve,
Y retiróse vencido.

REY.

Desde que os vi pelear
Contra Almanzor á mi lado,
Más gusto no me habéis dado.

REINA.

Ni á mí más fiero pesar.

REY.

¿Qué os ha parecido?

REINA.

Grave.
Nuevo modo de tormento; (Aparte.)
Basta, Rey, que lo consiento,
No me pidas que lo alabe.

REY.

Pues lo permite la ley,
De Académico escuchad.

ÁLVARO.

No es Vuestra Majestad,
En Castilla, el primer Rey
Que dió á las musas honor.

REY.

Alonso fué.

ÁLVARO.

Y es agravio
Darle renombre de sabio.

REY.

¿Quién lo merece mejor?

ÁLVARO.

Quien es en Castilla solo
Con la espada y el acero.

REY.

Oid.

ÁLVARO.

Envidias de Homero.

REY.

¿De quién, Maestre?

ÁLVARO.

De Apolo.

REY.

Con una mano piadosa,
Livor quita, heridas sana,
Siempre contra mí inhumana,
Mano cruel, cuanto hermosa;
Y al sanar la dije yo,
Mirando crecer mis penas:
«Las heridas sana ajenas,
Pero las que causa, no.»

---

(1) Falta la rima.

REINA.

No puedo sufrirlo, ¡cielos!
Majestad mía, perdona;
Que no quiero tu corona
Con la pensión de los celos.

BEATRIZ.

¿Qué le ha dado á Vuestra Alteza?

REINA.

Un poderoso accidente.

BEATRIZ.

¡Ay, triste de mí! ¿Qué siente
Vuestra Alteza?

REINA.

Tu belleza.
Perdonad, que retirarme
Le conviene á mi dolor.

REY.

¿Por qué dos males, amor?
Con uno puedes matarme:
Mil veces soy infeliz,
Y temo os he de perder.

REINA.

Cuando venga á suceder,
Os consolará Beatriz.

REY.

Por vos la estimo y la quiero.

REINA.

Yo la aborrezco por vos.

REY.

Venid, Maestre.

Vanse.

REINA.

Los dos
Juntos van; de celos muero.

BEATRIZ.

¿Qué tenéis, Reina y señora?

REINA.

¿No lo has visto?

BEATRIZ.

Si lo viera,
Mi vida antídoto fuera
De vuestro mal.

REINA.

¡Ah, traidora!

BEATRIZ.

¿No me habláis?

REINA.

Ya se acabó
La paciencia con las penas;
Las heridas mata ajenas,
Pero las que causa, no.

Vase.

BEATRIZ.

Perdone Vueseñoría
Que aqueste nuevo pesar
No nos pueda dar lugar
Para hablaros; otro día
Le suplico que me vea,
Y el título generoso
Un siglo goce dichoso
Como su sangre desea.

JUAN.

Siempre Useñoría ha sido
En mis honras liberal.

BEATRIZ.

¿Qué sabe de Portugal?

JUAN.

Hoy una carta he tenido
Del Conde, y decirla puedo
Que me ha dado qué pensar,
Porque me envía á mandar
Que á Portugal ó á Toledo
La lleve, porque Palacio
Anda con guerras inquieto.

BEATRIZ.

Ponedlo, Conde, en efeto,
Y veámonos despacio.

Vase.

SILVEIRA.

Aunque ha visto Useñoría,
Señor Conde de Cifuentes,
En los casos concurrentes,
La verdad, que no creía,
El Rey le obliga á callar,
Pues con astucia no poca
Le puso un hueso en la boca
Porque no pueda ladrar.

JUAN.

Prudencia, de ti me valgo,
Que disimular conviene.
¿Tan viles malicias tiene
El que se precia de hidalgo?
Pues cuando fuera mi prima
De las que olvidan su honor,
No ofende el Rey mi señor
Á los vasallos que estima.
Quedaos adiós, y quien siente
Tan bajamente, no hable;
Que á hablar voy al Condestable,
Y á remediarlo prudente.

Vase.

SILVEIRA.

Pues si no crees á Silveira,
Desto hallarás más testigos,
Que dió palos á enemigos
La pala de la Forneira.

Vase.

Salen D.ª Beatriz y Leonor.

BEATRIZ.

Su Alteza en su cuadra apenas
El pie puso, cuando airada
Nos despidió, y enfadada
Se acompañó con sus penas.
«Las heridas sana ajenas,
Pero las que causa, no»,
El Rey dijo. ¿Si causó

Aqueso su desventura?
¡Mal hubiese mi hermosura
Si he sido la causa yo!

LEONOR.

¿Por qué Useñoría trata
Su belleza con rigor?
Basta que al Rey mi señor
Corresponda siempre ingrata;
Mas justamente se mata,
Pues canta por maravillas;
Que el Rey de las dos Castillas,
Por la mayor portuguesa,
De que la Reina le pesa,
Muere amando en Tordesillas.

BEATRIZ.

Tienes mil veces razón,
Que no habrá belleza humana
Que niegue no ser liviana
De tanto mal la ocasión;
Mi honor está en opinión,
Y poco me queda ó nada,
De sus versos celebrada,
De su voluntad querida,
De la Reina aborrecida,
De la Corte murmurada.
Esto á estar triste me obliga,
Que suceso semejante,
Aunque yo sea diamante,
Pierdo mucho en que se diga;
Es la Reina mi enemiga
Porque el Rey me favorece;
Crece amor, y el odio crece,
Y hace á mi honor cada hora
Más daño el que me adora
Que no la que me aborrece.
Mi hermano escribe, Leonor,
Lo que te dije, y sin duda,
La Fama, en mis bienes muda,
Le habrá dicho lo peor:
Irme tengo por mejor
Que tener aventurado
Mi honor, mi vida, mi estado;
Que, en efecto, es mucha cosa
La Reina para celosa
Y el Rey para despreciado.

LEONOR.

Con razón temiendo estás;
Cuerda, los peligros ves.

BEATRIZ.

Y los temo: ¿qué hora es?

LEONOR.

Las once son, poco más.

BEATRIZ.

Trae una luz.

LEONOR.

¿Tú que das
Luz á la mejor estrella,
Luces pides?

BEATRIZ.

Leonor bella,
No hay consonante peor
Que la lisonja al dolor.

LEONOR.

¡Qué bien dices! Voy por ella.

Vase.

BEATRIZ.

¡Amado retrete, en quien
Ha llorado el Rey conmigo!
Al mundo serás testigo
De su llanto y mi desdén,
Para que sepan también
Que no supo contrastar
Mi obligación su pesar,
Y que tengo, hasta morir,
Valor para resistir,
Si partes para obligar.

Sale Leonor con unas velas.

LEONOR.

Como mandaste, señora,
Luz te traigo, y en verdad,
Que parece necedad
Traer luces al Aurora.

BEATRIZ.

Dejadme, Leonor, ahora.

LEONOR.

Acuérdome que me oía
Con gusto Vueseñoría.

BEATRIZ.

Vete con Dios.

LEONOR.

Ya me voy.

Vase.

BEATRIZ.

Cartas que he tenido hoy,
Engañan la pena mía.

Sale la Reina al paño.

REINA.

Declaráronse mis celos,
Sacó mi enojo la espada,
Y en mi corazón la ira
Insta fiera, justa llama.
Poder tengo, como Reina,
Sangre Beatriz, y yo rabia.
Ingrato Rey de Castilla,
El ídolo que idolatras,
El objeto de tus gustos,

Mientras está diciendo estos versos la Reina, esté escribiendo D.ª Beatriz.

El dueño de tu privanza,
La discordia de la Corte,
La envidia de las gallardas,
La verdad más presumida
Y la mitad de tu alma,
Á pesar de tu favor,
Ha de besarme las plantas,

Y la he de quitar la vida:
¡Viva, y muera quien me agravia!

BEATRIZ.

Señora, ¿tanto favor?
¡Muera, y vive edades largas!

REINA.

¿Quién, Beatriz?

BEATRIZ.

Quien tú quisieres.

REINA.

Disimulemos, venganza.
Vive como yo deseo.

BEATRIZ.

Eres Reina, y así pagas.

REINA.

Eres mi sangre y mi amiga.

BEATRIZ.

Soy tu sangre, soy tu esclava.

REINA.

Deja ahora cumplimientos.

BEATRIZ.

Pues, en efecto, ¿qué mandas?

REINA.

Estoy triste; divertirme
Contigo por esas salas.
Toma esa luz.

BEATRIZ.

Ven, señora.

REINA.

La de tus ojos bastaba.

BEATRIZ.

¿Lisonjas dicen las reinas?

REINA.

Más merece beldad tanta.

BEATRIZ.

¡Teme algún mal, corazón; (Aparte.)
Que tu enemiga te alaba!

REINA.

¡Bellas pinturas son éstas!
¡Qué majestuosa cuadra!
¿Has advertido de día
Lo que contienen sus tablas?

BEATRIZ.

La historia de los Gigantes,
Que sin fuerza soberana,
Á Júpiter se atrevieron.

REINA.

¡Gran locura! Y ¿en qué paran?

BEATRIZ.

En que, airado el mayor dios,
Rayos vibra, y los abrasa,
Su arrogancia castigando.

REINA.

Dices muy bien, su arrogancia.

BEATRIZ.

No es cordura competir
Un risco con las montañas.

REINA.

Ni con un rey un vasallo.

BEATRIZ.

Es de Dios imagen sacra.

REINA.

¿Dónde vuelves?

BEATRIZ.

Esto es
Lo último desta sala;
Aquí hay un aposento
Escondido á humana planta.

REINA.

Pues abre con esta llave;
Deja esa luz, toma, acaba:
¿No aciertas?

BEATRIZ.

Ya voy, señora.

REINA.

¿Que tienes?

BEATRIZ.

Estoy turbada

REINA.

Abierta tienes la puerta;
Pues entra, Beatriz; ¿qué aguardas?
No tomes la luz; ¿qué dudas?
Ya no es ocasión, villana,
De disimular mis penas.

BEATRIZ.

Soy tu sangre; ¿así me tratas?

REINA.

Reina, dirás, de Castilla,
Pues todos de ti se amparan;
Ninguno de mí se acuerda,
Tú deshaces y tú mandas.
Las ciudades te obedecen,
Los negocios de importancia
Contigo consulta el Rey;
De mí se recela y guarda.
En guerra y en paz gobiernas:
¡Qué diosa de las batallas!
¡Qué Cenobia valerosa!
¡Qué sibila, qué Cleopatra!
Los bandidos de Castilla
Perdón por tu ruego alcanzan;
Todos se valen de ti,
El Rey no te niega nada.
¡Con qué diversos intentos
Salimos de nuestra patria!
Tú á servirme, yo á ser reina;
Tú eres reina, yo criada.
Mas que te diese, Beatriz,
El Rey mi señor su gracia,
Pudo hacerlo como Rey,
Es señor, á nadie agravia;
Mas no parte de sus gustos,
Pues en mi perjuicio trata
De enamorarte á mis ojos:
¿Qué honor darás á su casa?
Pues lo consiente, ¡ay de mí!
¡Qué poco saben mis ansias!
Lo que he padecido digan
Los suspiros en mis salas,
Las lágrimas en mi estrado,
En su consuelo mis damas;
Mas ya no quieren mis celos

Que sufra más; que se acaba
Con el dolor la paciencia.
Mujer soy, celos me abrasan;
Perdone la Majestad,
Sepa el Rey y sepa España
Que me vengué como pude
De quien público me agravia.
Si no te mira, está triste;
Cuando me nombra, te llama;
Si te murmuran, se enoja;
Da estados á quien te alaba;
En el día en que naciste
Jugó en Tordesillas cañas;
Tus colores sacó el Rey,
Y un mote tuyo en su adarga;
Versos hace á tu hermosura,
Donde los oigas los canta;
Acción baja para un rey,
Aunque es en un hombre gracia.
Á mí me toca el remedio
Del daño que me amenaza,
Como á Reina y tu parienta,
Y como esposa agraviada.
Amo, y siento mi peligro;
Temo que soy desdichada;
Y en Sidonia me da ejemplos
La francesa doña Blanca;
Y es menos mal que tú mueras,
Que ver otra vez á España
Dividida en opiniones
Por la esposa y por la dama.
El príncipe don Enrique
Tiene en la mano las armas;
Asístele el de Villena
Y el Girón de Calatrava;
Los señores de Castilla
Gente en su tierra levantan;
Civiles guerras desean
Para acrecentar sus casas.
Algunos de ti se quejan,
Contra don Álvaro claman;
Preso dicen que está el Rey,
Y la voluntad esclava;
Aragón está ofendido,
Y con victorias Granada;
De mi parte Portugal,
Y el Navarro en la campaña;
La gente de las fronteras,
Poco afecta y mal pagada,
Y, celosos del gobierno,
Tocan en Castilla cajas;
Civiles guerras anuncian,
Y temo, si no se atajan,
Que ha de ser del vencedor
La corona castellana.
Arman contra el Condestable
Lucida gente bizarra;
Que contra ti otra mujer
Para darte muerte basta,
Y más en quien se han juntado
Envidia, prudencia y rabia,
Honra, temor, celos, ira;
Y ya de sufrir se cansa
En mis celos la razón,
En mi agravio la venganza,
El poder en lo que soy,
El peligro en la tardanza,
El sufrimiento en las penas,
El temor en su privanza,
El honor en sus deseos,
La ira menospreciada,
La envidia viendo sus dichas,
La majestad provocada;
Y, últimamente, resuelta
En mi cólera esta daga,
Con que pienso, si replicas,
Dejar escritas las causas
De mis celos, y tu muerte
Con sangre de tus entrañas.

BEATRIZ.

Escucha, señora Reina.

REINA.

No quiero escuchar palabra;
Que no permiten disculpas
Ofensas averiguadas:
Entra, ó teme mi rigor.
¡Acaba, Beatriz, acaba,
Mira que hará aqueste acero
Ejecución la amenaza!

BEATRIZ.

No es de reina tal acción.

REINA.

Será de mujer airada.

BEATRIZ.

En la mano me has herido.

REINA.

Pues entra, si ya no aguardas
Que el corazón te divida.

BEATRIZ.

Como fiera me acobardas,
Como señora me obligas,
Como enemiga me tratas;
Como resuelta no escuchas,
Como ciega no reparas,
Como mujer no discurres,
Como ofendida me tratas;
Como esclava me resisto,
Como inocente me agravias,
Como á Reina te obedezco,
Celosa y determinada.

REINA.

En esta prisión, vilmente
Has de morir encerrada.

BEATRIZ.

¡Piedad pide mi inocencia!

REINA.

Más me ofendes cuando hablas.

BEATRIZ.

Pues la Reina no me escucha,
¡Virgen, mi inocencia ampara!

REINA.

En su castigo y mis penas,

Corazón mío, descansa,
Pues has merecido ser
La gloria de la venganza.
Sangre del mejor hidalgo
De las Quinas lusitanas,
Jamás ha sido vertida
Á Reales ojos más grata.
¡Ah, retrete de Beatriz,
Estoy por hacerte brasas
Para que quede memoria
De mi dolor y tu infamia!
Estos papeles leía;
Del Príncipe es esta carta;
Aquésta de los señores
Que contra el Maestre se arman.
¡Oh, rey don Juan el Segundo,
Poco te debe tu fama!
¿Qué dirán de tu descuido
Las corónicas de España?

Sale el Rey.

REY.

Espera en esa puerta,
Veré, Maestre, si mi dicha es cierta.
¡Ay, mi Beatriz hermosa!

REINA.

Este es el Rey; yo moriré celosa.
Porque así no me vea,
¡Muera la luz y quien mi mal desea!
Que así no podrá verme,
Y en mi cuarto entraré sin conocerme.

REY.

Aunque la luz has muerto,
No desespero de llegar al puerto;
Que amor, si me conduces,
Más debo á las tinieblas que á las luces.
Hallaráte mi ruego;
Ciego te busca amor, que siempre es ciego.
Dueño mío, responde:
¿Adónde estás, Beatriz? Escucha, ¿adónde?

REINA.

Adonde eternamente
Su rostro veas, tu pesar se aumente.

REY.

De la luz sospeché, cuando entré á verte,
Por darme vida que le dabas muerte;
Mas oyendo el deseo,
Mi engaño toco, tus rigores veo,
Pues mataste su llama
Para negar el rostro á quien te ama;
Y es en mi desventura
El más nuevo rigor de la hermosura.

REINA.

¡Quitadme un rato, cielos,
El sentimiento, ó déjenme los celos!
Pues deste trato aleve,
Fiero dolor el ánimo me mueve
Á que me satisfaga;
¿Quién sufre agravios con desnuda daga?

REY.

Da fin á mis enojos,
Alúmbrenme los rayos de tus ojos;
Parte en mi reino tienes,
Míos los males son, tuyos los bienes;
Y si amor y verdades
Obligan la nobleza á las piedades
Que vencen semejante,
Tú en nobleza de sangre, yo en diamante.
Ni ¿quién poder tenía
Mayores ocasiones de ser mía?
Entraré en tu aposento,
Hurtando al más celoso pensamiento,
Y daréte, si quieres,
Todo el poder mayor, si grata fueres,
Á Córdoba y Sevilla;
Si es poco, el Infantado de Castilla.

REINA.

¡Oh Rey inadvertido!
¿Los bienes das con que has de ser temido?
¡A Sevilla estás dando!
¿Tan poca sangre le costó á Fernando?

REY.

Si al lado de mi esposa
Temes vivir, por no morir celosa;
Si tú piadosa eres,
Contigo iré á la parte que eligieres,
Y por mayor firmeza,
Retratos haré hacer de tu belleza,
Que me disculpen cuerdo
Donde supieren que por ti me pierdo;
Porque eres tú con ella
Flamante luna, é Isabel estrella.

REINA.

¡Oh, fieros desengaños!
¿Tan fea soy? ¡Oh malogrados años!
¡Ah fementidos reyes,
Qué desiguales promulgasteis leyes!
¿Por qué no será justo
Vengarme yo de agravio tan injusto?
No llame la acción fea;
Común es el dolor, la ley lo sea,
Quien me agravia no viva,
No ha de ser la venganza discursiva:
¡Muera el fiero inhumano!
¡Plomo mis plantas son, hielo mi mano!
¿Qué ejército le guarda,
Que me vence, me enfrena y me acobarda?
Que entre tanta fatiga,
Hombre provoca, cuando rey obliga;
Mas cuando rey no fuera,
¿Cómo, si yo le adoro, le ofendiera?

REY.

Ya en tu próximo aliento
Juzgo mis dichas, tus piedades siento;
Mucho el amor obliga:
¿Daga en tu mano? ¡Oh bárbara enemiga!
¡La muerte te he de dar!

REINA.

Escucha, espera.

REY.

¿Así pagas desvelos?
¡Rabiando estoy de enojo!

REINA.

¡Yo de celos!

REY.

¡Luces! Maestre, á mi guarda avisa.
¡Traición hay en Palacio! ¡Aprisa, aprisa!
Que sola una mujer, ¿cómo pudiera
Emprender tal acción? ¡Matadla, muera!

REINA.

Acabe malograda,
Pues la puerta no encuentro: ¡estoy turbada!
Esta es la puerta. ¡Socorredme, cielos!

REY.

¡Rabiando estoy de enojo!

REINA.

¡Yo de celos!

Vase.

Salen D. Álvaro y criados, con luces.

ÁLVARO.

¿Qué tiene Vuestra Alteza?

REY.

Amor, ira, temor, rabia, fiereza:
Prended esa mujer fiera, inclemente.

ÁLVARO.

Á Vuestra Alteza vemos solamente.

REY.

Por aquí estaba ahora.

ÁLVARO.

Solamente á la Reina mi señora
En ese cuarto vimos,
Cuando á las voces todos acudimos.

REY.

Ya temo nuevos daños.

ÁLVARO.

Su Majestad, que innumerables años
Para tu gloria viva,
Pasó déste á su cuarto fugitiva.

REY.

¿Y á Beatriz no la viste?

ÁLVARO.

Yo no la vi, ni en su aposento asiste.

REY.

Detente, pensamiento:
¡Sangre, daga, la Reina en su aposento,
Terrible mal arguye!
Indicios criminales da quien huye:
¡Oh, pena injusta!

ÁLVARO.

¿Daga con sangre, y en su mano augusta?
Díganos su dolor.

REY.

¡Oh mal inmenso!

ÁLVARO.

Su pena el corazón tiene suspenso:
Á las personas Reales
Bien se permite hablar en casos tales.
Sólo á Su Alteza siento.

REY.

¿No está doña Beatriz en su aposento?
Pues falta su persona,
Pierda Castilla al Rey, no su corona;
Y en dolor tan notable,
Despacha luego al punto, Condestable,
Á la gente que tengo en mi defensa,
Que á ningún enemigo hagan ofensa.
Desamparen al punto las fronteras,
Desde el Duero á las Béticas riberas;
Entre en Castilla el Moro,
Beba en el Tajo entre cristales de oro;
Con ánimo bizarro
Á Cuenca tome el montañés navarro;
Y el Portugués valiente
Entre en Castilla, admítale mi gente.
Aragón me dé guerra,
Levante contra mí gente en mi tierra;
Mis grandes y ciudades
Júntense en nuestro daño en hermandades:
Pues mi desdicha es cierta,
¡Piérdase todo si Beatriz es muerta!

ÁLVARO.

¿Muerta doña Beatriz?

REY.

Es evidente,
Que el Sol que tuvo en Portugal su oriente,
Halló en Castilla ocaso:
Esta sangre lo dice.

ÁLVARO.

¡Oh, triste caso!
¡Terrible desventura!
¿Quién dió muerte, señor, á la hermosura?

REY.

¿Quién matarla pudiera,
Sino los celos ó la envidia fiera?
Faltó por causa mía
Luz á los ojos, esplendor al día:
Por caso tan penoso,
Brame la fiera en el jardín hermoso,
No brote clavellina,
Pues no la ha de pisar planta divina;
En el aire las aves,
Tórtolas sean, todas lloren graves,
Y como yo lo siento,
Haga el cielo inmovible sentimiento.
Perdí dos luces bellas;
Lloren por las estrellas las Estrellas,
Y en tan confusos males,
Desaten las esferas en cristales,
Ó caigan desde el cielo
Ríos de rayos á abrasar el suelo.
Por caso tan impío,
Troya sea España, como el pecho mío.
Á la mar inconstante
Jamás le halle seguro navegante,
Y todo me dé guerra,
Mi pena, el fuego, el aire, el mar, la tierra.
Y tú, si eres amigo,
Si agradecido quieres ser conmigo,
Si te mueve severo
El líquido coral de aqueste acero,
Pues fuiste eternamente
Á mi gusto, don Álvaro, obediente,

Porque cesen mis penas,
Haz destilar mi vida por mis venas,
Y con aquesta daga,
Esta inocente sangre satisfaga:
Dame la muerte luego;
Rey, te lo mando; amigo, te lo ruego:
Pues mi desdicha es cierta,
¡Piérdase todo si Beatriz es muerta!

ÁLVARO.

Señor, escucha.

REY.

Mi desdicha es cierta:
¡Todo se pierda si Beatriz es muerta!

JORNADA TERCERA.

Salen Fabio y Silveira.

SILVEIRA.

Fabio, que con mi señora
Has por tu voz merecido
Más que yo, que la he servido,
Dime, ¿dónde finca ahora?
Di si te ha dicho tu hermana
(Pues tanto con ella priva)
Si se ha eclipsado, ó si es viva
Su belleza soberana.
Tres días y tres mil ha,
Que no la he visto, en efeto;
Tú, que sabes su secreto,
También sabrás dónde está.
De uno en otro mirador
La voy buscando despacio,
Más vueltas dando á Palacio,
Que torno de un hilador.
No la hallo, ni tú das
Señal de contentamiento;
Mucho es lo que yo siento,
Pero lo que temo es más.
El Maestre de Santiago
Con el Rey está escondido;
Más agüeros he tenido.
Que un Mendoza de Buitrago.
¿Dónde te vas sin que des
Respuesta al dolor tirano?

FABIO.

Á llorar en castellano
Endechas en portugués.

Vase.

SILVEIRA.

Llore también mi dolor
Como castellano ahora.

Sale D. Juan de Silva.

JUAN.

¿Qué haces, Silveira?

SILVEIRA.

Señor (1),
Estaba royendo un cuento
De un filósofo ejemplar;
Si me quieres escuchar,
Carne tiene, estáme atento:
Un perro una vez pasaba
Otro río como el Duero,
Y un pedazo de carnero
Entre los dientes llevaba.
La sombra, que no era poca,
Dentro de las aguas vió;
Y por cogerla soltó
Lo que llevaba en la boca.
Fué á asirla, y su desvarío
El perro al instante vió;
Volvió á su carne, y halló
Que se la llevó el tal río.
Dejasteis á mi señora
Sobre el agua, como el perro,
Vióos venir, y vuestro yerro
Entre mí decía ahora:
No busquéis al dueño mío,
Señor Conde de Cifuentes;
Dejáronla vuestros dientes;
Ya se la ha llevado el río.

JUAN.

¿Cómo?

SILVEIRA.

Como no parece.

JUAN.

Retiro del Rey.

SILVEIRA.

Tres días
La he buscado, y se me ofrece (1)
Mayor daño que el temido,
Pues cualquier ahogado, infiero
Que sale el día tercero,
Y ella ha tres y no ha salido.

JUAN.

Ven donde seas testigo
De mi prudencia y pesar.

SILVEIRA.

Al mismo centro del mar
Iré á buscarla contigo.

Vanse.

Salen á una ventana, y cantan, dos mujeres, y á la segunda copla sale el Rey vistiéndose; el Gentilhombre y criados dándole de vestir.

Cantan.

Corriente cristal de Duero,
Que pasas por Tordesillas,
Espejo fuisteis luciente

---

(1) Falta un verso en esta redondilla.
(2) Falta un verso.

De doña Beatriz de Silva.

GENTILHOMBRE.

Señor, Vuestra Majestad
Á su pueblo se permita;
Tres días ha que le quita
El premio á la voluntad.
En aquesta soledad,
Luz no le da su arrebol,
Salid, Apolo español,
Donde Vuestra Alteza os vea,
Que un siglo ha que os desea
Gozar los rayos del sol.
Un sombrero he prevenido
Con una garzota tal,
Que á vos, Águila Imperial,
Cándida garza ha excedido:
Vestíos galán, y el vestido
Dé al corazón alegría.

REY.

¡Ay, Beatriz! ¡Ay, prenda mía!
Consolarme no es razón,
Pues lo siente el corazón.

GENTILHOMBRE.

¡Terrible melancolía!

REY.

¿Quién canta?

GENTILHOMBRE.

En el corredor,
Silvia, señor, y Leonor,
Que desde aquel mirador (1)
Pueblan endechas al viento,
Cantándolas á Beatriz.

REY.

¡Ay, dueño mío, infeliz!
¡Cantad, pues que yo lo siento!

Cantan, y vístese el Rey entretanto.

Con mil mortales heridas,
Rosas de un cándido pecho,
Yace doña Inés de Castro
En los campos de Mondego.

REY.

¡Oh fiero Lusitano,
Que ejemplo nos dejaste tan severo!
¡Oh rigurosa mano,
Si te ofendí, matárasme primero,
No á un ángel inocente!

GENTILHOMBRE.

Silvia vuelve á cantar.

REY.

Mi dolor siente;
Dejadme todos, y dejad que cante.
¡Oh infeliz Rey!

GENTILHOMBRE.

¡Oh malogrado amante!

Cantan.

Á la mejor Margarita
Que dió riqueza á Valencia,
Por celos del rey Alfonso
Mató en Palacio la Reina.
¡Ay, Margarita bella,
Pues no me muero yo, yo soy de piedra!

Vase.

REY.

¡Oh historias inmortales,
Que tantas veces duplicáis mis males!
¡Oh crueldad nunca oída,
Á mi triste tragedia parecida;
Que quisieron los cielos
Castigarme con pena, rabia y celos!
Mas sólo no convienes
En que jamás gocé de amor los bienes.
Si conoces mis penas,
Las propias canta, deja las ajenas;
Canta, mientras yo lloro:
¡Muerta yaces, Beatriz, mas yo te adoro!

LEONOR.

Del Rey es este acento;
Callad, no le enojéis, dulce instrumento,
Con tragedias ajenas,
Retratos tristes de sus tristes penas.
¡Oh Rey, en las historias
Te consuela, y advierte tus memorias;
Que otro día en cantares
Consolarán á otros tus pesares!

REY.

Silvia, ¿por qué le dejas?
Que no se cansa ni el amor de quejas,
Ni de penas un triste:
¡Qué cuerdamente mi dolor dijiste!

Sale D. Alvaro.

ÁLVARO.

Este, privanza, es el día
De temer y de dudar
Entre este fiero pesar
Y aquesta fiera pofía.
Neutral á la dicha mía
Conviene estar en mi estado,
Pues si acude mi cuidado
Á la Reina, dejo aquí
Al rey don Juan contra mí,
Poderoso y enojado.
Si acudo al Rey, es altiva
La Reina, y es, si la pesa,
Cruel, como portuguesa,
Como mujer, vengativa.
¿Qué prudencia discursiva
Sabrá lo que debo hacer?
Pues si neutral quiero ser
En caso tan importuno,
Hoy, no acudiendo á ninguno,
Á los dos puedo perder.
Civiles guerras de amor,
Daños de mi estado llora;
Vuestra prevención ignora

(1) Estos tres versos no forman estrofa.

La providencia mayor.
El ingenio ni el valor
No sabe elegir, ni puede;
Al tiempo el acierto quede
De los temores que paso,
Pues el acertar, acaso
De los temores procede.
Si el sentimiento no fuera
De Su Alteza el corazón,
Blanda cera en su pasión,
Juzgara que mármol era:
¿Si duerme acaso?

REY.

¡Oh severa
Mano, contra mí homicida!

ÁLVARO.

Señor, ¿qué haces?

REY.

Morir;
Que ya no puedo vivir,
Pues me han quitado la vida.

ÁLVARO.

Viendo tu desdicha cierta,
Pidió á Beatriz mi desvelo,
Viva para tu consuelo,
Para su sepulcro muerta.
No en la montaña desierta
Onza temiera bramando,
Más que á Su Alteza mirando,
Á mi ruego respondiendo;
Si don Juan me está ofendiendo,
Yo también me estoy vengando.
En la más remota pieza
Su cuerpo he buscado yo
Con esa guarda, que dió
La fiera daga á Su Alteza;
Muerta ó viva, su belleza
Falta de Palacio esquiva;
Que estando en él inclusiva,
Hallar fuera cosa cierta
Su cadáver, siendo muerta,
Ó sus luces, siendo viva.
Bien en caso semejante
Tu constancia es menester,
Mas no tiene el mar poder
Contra un escollo constante;
Y si al pecho de diamante
Bate el mar, ten, que es razón,
Intrépido corazón;
Que no ha de hacer sentimiento,
Aunque caiga el firmamento,
El castellano León.

REY.

Maestre, si yo te viera
Con los males que yo siento,
Con sólido fundamento
Eso mismo te dijera.
Rigen muy bien la frontera
Con la prudencia los viejos,
Gobernando desde lejos;
Mas si en la ocasión se hallan,
Ni con los brazos batallan,
Ni ayudan con los consejos.
Si tú sintieras mi queja,
No me hablaras tan prudente,
Álvaro; mas no lo siente
Quien discurre y aconseja.
Graves aforismos deja,
Y el fuerte pregunte al sabio,
Ó en su pena ó en su agravio,
Qué distancia halló al morir,
De aconsejar al sentir,
Ó del corazón al labio.
Yo me moriré contento,
Pues te dejo poderoso,
Pues con la muerte es forzoso
Que cese mi sentimiento;
Y de aquesta suerte intento
Ver á mi Beatriz querida,
Á pesar de su homicida,
Si ya no quiere mi suerte
Que viviendo esté en la muerte,
Que muriendo esté en la vida.

ÁLVARO.

¿Tú morir, Marte cristiano?
Vive, á pesar del dolor,
No des venganza, señor,
Con tu pena al Africano.

REY.

¿Cómo mal tan inhumano
Podré resistir viviendo?

ÁLVARO.

Ó las fieras persiguiendo,
Ó los negocios tratando,
Ó en el campo peleando,
Y últimamente, queriendo.

REY.

Pues quieres, en hora buena,
Yo me esforzaré valiente,
Y verás muy brevemente
Cómo puede más mi pena.

ÁLVARO.

Este recato condena
La Corte, en mi daño impía,
Diciendo que es culpa mía,
Y abrir su retrete intento,
Porque ha de estar su aposento
Sin puerta, como está el día:
Verte el pueblo es importante
Á tu vida, al reino, á mí.

REY.

Abre, si te importa á ti;
Que lo demás no es bastante.

ÁLVARO.

En abriendo, vi al instante
Que á verte viene, señor.

REY.

¿Quién?

ÁLVARO.

Su Alteza.

REY.

¿Qué he de hacer?

ÁLVARO.
Disimular, padecer.

REY.
Como quisiere el dolor.

Sale la Reina.

REINA.
Tres días ha que no os veo,
Tantos que lloran mis ojos;
Que no quitan los enojos
Las pasiones del deseo.
¿Cómo estáis, señor?

REY.
Penando.
¿Queréis otra cosa?

REINA.
Sí.

REY.
Si no la llevas de aquí, (Aparte.)
Hoy he de morir rabiando.

ÁLVARO.
Del Rey el justo dolor
Obliga, Reina y señora.

REINA.
¿Quién os hace á vos ahora
Vasallo y componedor?
Tirano os llama Castilla,
Y pienso que dice bien:
No entendáis serlo también
De la que á nadie se humilla.
Advertid que la Fortuna
No tiene siempre una ley:
Hoy me mira mal el Rey;
Mas, don Álvaro de Luna,
Otro día querrá Dios
Que yo le sepa obligar,
Y aqueste fiero pesar
Paguéis con la vida vos.

ÁLVARO.
¡Señora!

REINA.
¡Callad!

ÁLVARO.
Ya callo.

REINA.
¿Quién, estando el Rey presente,
Os ha dicho que es decente
Hablar por él un vasallo?

ÁLVARO.
Tu Real amparo pido.

REINA.
Algún día no os valdrá.

REY.
Maestre, terrible está:
¡Vive Dios, que la he temido!

Salen D. Juan de Silva y Silveira.

JUAN.
En albricias de que des
Tal día al pueblo afligido,
La mano, señora, os pido,
Y á ti, gran señor, los pies.

REY.
Alzad, Conde. ¡Qué mal puedo (Aparte.)
Disimular mi dolor!

JUAN.
El Príncipe mi señor
Tiene ocupada á Toledo;
Su Asistente corresponde
Mal á la ley que le obliga;
Los que te aclaman castiga.

REY.
¿Queréis otra cosa?

JUAN.
El Conde
De Portalegre me escribe
Que á su hermana des licencia
Para irse, que en su ausencia
Muy desconsolado vive;
Y así, á tu Real Majestad
Vengo á rogar se la dé.

REY.
¡Notable aprieto! ¿Qué haré?

ÁLVARO.
Responder con la verdad.

REY.
Yo me holgara de tenella,
Para entregárosla, Conde.

JUAN.
¿Dónde está mi prima?

REY.
¿Adónde?
No sé, ¡por Dios! no sé della;
Y de vuestra prima, en fin,
La Reina sabrá mejor.

REINA.
¿Yo soy su guarda, señor?

SILVEIRA.
Palabritas de Caín.

REY.
Su guarda sois, y tenéis
De entregarla obligación;
Y así, don Juan, en razón
Al Conde le escribiréis
Que se la pida, porque
Es justo y lo digo yo:
Si á la Reina se la dió,
Que la Reina se la dé.

Vase.

REINA.
Don Juan, pues lo deseáis
Y tenéis tan buen padrino,
Hoy dárosla determino;
Sólo os mando que escribáis
Al Conde; que es cosa cierta
Que la mujer más altiva,
Agraviarle pudo viva,
Y ninguna agravia muerta.

JUAN.

Temiendo estoy algún yerro. (Aparte.)

REINA.

Los dos conmigo venid:
Maestre, una luz pedid.

SILVEIRA.

¿Luces hay? Mas qué, ¿hay entierro?

REINA.

Hoy sabrán qué es ofender (Aparte.)
Mi voluntad y á quien soy.

ÁLVARO.

Algún mal espero hoy. (Aparte.)

JUAN.

Hoy supe lo que es temer.

Vanse todos, y sale D.ª Beatriz sola.

BEATRIZ.

En esta obscura cárcel,
Tan limitada y breve,
Que en medio de su centro
Encuentro sus paredes,
Á los rayos del sol
Negada eternamente,
Por industriosa mano
Hecha para mi muerte,
Tres días ha que vivo,
Sin que jamás rindiese
Al medio la constancia
Del corazón valiente,
Sin que la hambre me aflija,
Sin que la sed me apriete,
Sin envidiar el techo
Murado de doseles,
Tan falta de tristeza,
Tan llena de placeres,
Que esta prisión obscura
Paraíso parece.
La herida ni el agravio
El corazón no siente,
Tan muerto á las pasiones,
Como si muerto fuese.
Dí voces al principio,
Llamándolos crueles
Castigos tan injustos;
Callé luego prudente,
Que menos es que muera
Que por mí se supiese
Que una Reina cristiana
Castigue injustamente.
Y el que es noble vasallo,
Sentir y callar suele,
Á costa de su vida,
Las culpas de los reyes.
Milagros son ¡oh Virgen!
Que á tus piedades debe
Una mujer indigna
De tan grandes mercedes;
Mas al fin, como Madre,
Piadosa acudes siempre,
No al mérito del hijo,
Al amor que le tienes.
En estas soledades
Te invoco humildemente,
Materia del Sol mismo
De donde tú procedes.
Tú, como Luz divina
Y Estrella refulgente,
Dando á mis ojos luz,
El corazón enciende,
Para que cante un rato,
Como suelo otras veces,
Tu limpia concepción;
Mi rudo labio mueve.
¡Oh Templo fabricado
Del Hijo omnipotente!
¡Oh Nave donde vino
La vida de la muerte,
Que sin pecado alguno
Le plugo engrandecerte!
Porque no ha de querer
Hijo que poder tiene,
Por privilegio libre
De aquella culpa aleve
Que la primera madre
Dejó á sus descendientes;
Pues antes que pecase,
Porque intacta naciese
De culpa original
Preservada en la mente,
Fuiste Aurora divina
Del autor de las leyes,
Que antes de promulgada
Quiso que exenta fuese,
Ó en ti la derogase,
Ó ya la suspendiese;
Que el que todo lo hizo,
Bien limitarlas puede.
¡Oh Virgen! Si yo libre
Desta prisión me viese,
Á vanas opiniones
Rompería la frente;
Tu concepción haría,
Con culto reverente,
Precisa en todo el orbe,
Y las piedades, leyes.
Perdió el mundo por Eva
La gracia que tú tienes,
Y de otra mujer
Su remedio procede.
Mujer nos hizo el daño;
De mujer nos sucede
El remedio común;
Y hoy, Virgen, te promete
Una mujer indigna,
Si contigo pudiese
Tanto, que desta cárcel
Con la vida saliese,
Tu santa concepción
Defenderla valiente;
Que para empresa fácil
Bastan rudas mujeres.

Mas ¿qué nuevo contento
El alma mía siente,
Nunca en mi pecho usado,
Que me arrebata alegre?
Esta prisión se cubre
De resplandor celeste,
Los techos se han abierto,
Luces el cielo llueve;
Millares de querubes
Del empíreo descienden;
Bien declaran los nuncios
Quién á la tierra viene.

Aparécese Nuestra Señora de la Concepción en una tramoya.

VIRGEN.

Beatriz, desta prisión
Saldrás muy brevemente;
Á Toledo camina,
Si agradecida eres,
Donde á mi concepción
Harás templo eminente,
Refugio universal
De devotas mujeres.
Preceptos les darás
En la edad floreciente;
Del hábito que traigo,
Vestir mis monjas puedes.
De Isabel y Fernando,
Los Católicos Reyes,
No te olvides, Beatriz,
Mira lo que me debes.

Desaparécese Nuestra Señora.

BEATRIZ.

¡Oh piadosa Señora!
Tu esclava lo promete,
Á quien devota sigue
El espíritu leve.

Sale la Reina; acompañamiento y luces.

REINA.

Pasad con esa luz;
Entrad, don Juan; Maestre,
De mi enojo veréis
El castigo presente.
Tres días ha que aquí
Yace Beatriz de suerte,
Que ya será cadáver;
Ahora á Portalegre
Podéis, Conde, enviarla.

JUAN.

¡Oh lastimosa muerte!

ÁLVARO.

¡Oh furia de los celos!
¡Oh milagro evidente!

REINA.

Mirad, vasallos míos,
El cuerpo transparente,
Que librado en sí mismo,
De sus méritos pende.
Mirad el rostro hermoso
Con rayos refulgentes,
Que alumbrando mis ojos,
Su castidad defienden.

BEATRIZ.

¡Oh Virgen, concebida
Sin culpa! Eternamente
Serás de mí alabada
En cánticos alegres.
Mas, pues en esa cárcel
He merecido verte,
Á tu piadoso Hijo
Te suplico le ruegues
Que á Su Alteza perdone
La culpa que comete
En perseguir la vida
De la que más la quiere.

REINA.

¡Ay, querida Beatriz!
¡Ay, celos imprudentes,
Qué poco que advertís,
Qué fieros que sois siempre!
Llamad, llamad al Rey,
Llamad también la gente
Que estuviere en Palacio,
Para que todos cuenten
Este milagro al mundo,
Para que el Rey enfrene,
Mirando esta verdad,
Los pensamientos leves.
Conde, llamad al Rey.

JUAN.

Tomad la luz, Maestre;
Iré á decir al mundo
Milagro tan patente.

REINA.

Decid con mis rigores
Las lágrimas que vierte
Piadoso el corazón;
Yo te ofendí mil veces.

BEATRIZ.

¿Qué es lo que miro, Virgen?

REINA.

La que buscó tu muerte.

BEATRIZ.

Si fiera indignamente, si enojada
Sin razón ni discurso, rigurosa,
Con enojo, con ira arrebatada,
Sin oídos, con mano poderosa,
Vienes segunda vez determinada,
Procurando matarme dolorosa,
Suspendan iras, vuelvan tus crueldades,
Quejas, lágrimas, ruegos y piedades.
No acabes, no destruyas una vida,
Reina, que te obedece, que te adora;
Revoque tu rigor verme rendida,
Dueño mío, Isabel, prima, señora.
Si suele de una ofensa cometida
Merecer el perdón quien triste llora,
Alcáncele llorando mi tormento,

Pues jamás te ofendió mi pensamiento.
Tres días ha, tres días, que tus celos
Me encerraron en esta parte obscura,
Adonde las piedades de los cielos
Me preservaron de su horror segura,
En cuya obscuridad y desconsuelo
Voté mis años á mejor clausura;
Y mi vida será, si tu amor cobra,
Piedra fundamental de mayor obra.
En la Imperial, archivo venerado
De las góticas letras castellanas,
Donde la concebida sin pecado
Hizo trono á sus plantas soberanas,
Conventos hay, donde daré á mi estado
Quietud, y paces á tu honor cristianas:
Déjame ir, para que en uno elija,
Mientras que soy patrona, servir hija.
Esto te ruego, aquesto te suplico
Que admitas á tus manos generosas:
Iré á Toledo, donde certifico
Me llama Dios para mayores cosas.
Y tú, Maestre, á cuyos pies me aplico,
Pues buscas las hazañas más gloriosas,
Me ampara y me defiende, así los cielos
Te libren de la envidia, á mí de celos.
Mas no ruegues por mí, déjame ahora,
Que es género de agravio á la nobleza
Buscarle intercesiones á quien llora:
Lágrimas sobran, si á rogar empieza.
No lo has de hacer por mí, por ti, señora,
No digo por la vida de Su Alteza:
No le quiero nombrar en este aprieto,
No pienses que es amor lo que es respeto.

REINA.

Tus lágrimas, tus quejas, tus piedades,
Tu razón, tu decoro, tu inocencia,
Tu virtud, tu temor y tus verdades,
Tu elección, tu constancia y tu prudencia,
Tu casa, tu valor, tus cualidades,
Tu beldad, tu respeto, tu paciencia,
Todos me obligan, y á tu amor rendida,
Perdón te pido yo, si tú la vida.
Mas sea ó no por voluntad la ofensa,
Pues fuiste por mi enojo venturosa,
Con abrazos las culpas recompensa,
Paga males con bienes generosa.
No Reina, como amiga está suspensa
El alma, que te espera deseosa
De que la des en tu aflicción consuelos,
Confirmando el milagro por los celos.

BEATRIZ.

Mis labios en tu mano, Reina mía,
Señales hoy darán de agradecidos.

REINA.

Mis brazos en los tuyos este día
Han de quedar, como la sangre, unidos.

BEATRIZ.

Obra es tuya, dulcísima María.
¡Oh, milagros del cielo repetidos!

ÁLVARO.

Dejad que hable la lengua, que está en calma
No ha de ser todo admiración del alma.

Sale el Rey.

REY.

El rey don Juan á tus brazos
Hoy arrepentido llega,
Alabando tu virtud,
La injusta pasión depuesta.
Amándote te ofendí;
Mas ya he visto la experiencia,
Que no hay amor donde hay dueño,
Voluntad donde hay ofensa.
Y así, con mejor acuerdo,
Quien te puede mandar, ruega;
Dame perdón en tus brazos:
Hombre, pido; Rey, merezca.

BEATRIZ.

Yo, como esclava, te pido,
Á tus Reales pies sujeta,
Me los des para besarlos,
Y los brazos á Su Alteza.

REY.

¡Qué fácil se persüade
Una razón que desea!

REINA.

¡Qué poco de los agravios
Un amor firme se acuerda!

BEATRIZ.

Gozaos los dos mil edades,
Y dadme ahora licencia
Para dar en un convento
Principio á mayor empresa.

REY.

¿Dónde, Beatriz?

BEATRIZ.

En Toledo.

REINA.

Pues que queréis, norabuena.
Bien conviene tal diamante
Á su cesárea cabeza,
Tal virtud á su virtud,
Tal nobleza á su nobleza.

REY.

Llevadla, Conde, á Toledo,
Donde Beatriz, de mis rentas
Á su voluntad disponga.

JUAN.

Adonde ofrece el poeta
Del *Milagro por los celos*,
Y excelente portuguesa,
Segunda parte, senado;
Dad perdón á la primera.

FIN.



LA PALOMA DE TOLEDO

LA PALOMA DE TOLEDO

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

REPRESENTÓLA AVENDAÑO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

Don Juan de Guzmán.
El Rey de Castilla.
Don Alonso Palomeque.
Fernán Pérez de Guzmán, *viejo.*
Galván, *gracioso.*
Dos criados.
Doña Violante Palomeque, *dama.*
Elvira, *criada.*

ACTO PRIMERO.

Salen D. Alonso Palomeque y un criado.

DON ALONSO.
¿Cuál enfrenaron?
CRIADO.
El leal;
Y con andaluz desgarro,
El freno tasca bizarro,
Desempedrando el portal.

Salen D.ª Violante Palomeque y Elvira, criada.

DOÑA VIOLANTE.
¿Dónde bueno?
DON ALONSO.
¡Oh soberano
Milagro de la belleza!
¡Oh hermana! Á ver á Su Alteza.
DOÑA VIOLANTE.
Pues ¿qué tiene el Rey, hermano?
DON ALONSO.
Esta pensión de discretos
Le trata mal estos días,
Y con sus melancolías
Á todos nos trae inquietos.
DOÑA VIOLANTE.
Dios muchos años le guarde.
DON ALONSO.
¿Qué hora es?
CRIADO.
Las cuatro han dado.
DON ALONSO.
Ya el Rey habrá reposado:

Adiós, hermana, que es tarde.

Vanse D. Alonso y el criado.

ELVIRA.

¡Ay, señora: estos enojos
Y estos achaques del Rey,
Creo, como en nuestra ley,
Que proceden de tus ojos!
Galantearte desea,
Pues cuando cañas jugó,
De tus colores sacó
Su vestido y su librea.
En la adarga, por blasón,
Una paloma llevaba,
Que desdeñosa pisaba
Á un coronado león.
Mira bien si decir puedo
Que el león á ti se humilla,
Pues te llaman en Castilla
La Paloma de Toledo.
Tus difuntos padres fueron
Palomeques, por nobleza,
Por cuya causa y belleza
Este epíteto te dieron.
Hermosa y discreta has sido,
Pues tus méritos te dan,
Al Rey para tu galán,
Y á don Juan para marido.

DOÑA VIOLANTE.

Nunca aconseja elegante
Quien siente poco de honor,
Y callar será mejor
En caso tan importante.
Si el Rey me corteja amante,
Me sirve esposo don Juan,
Y mis palomas saldrán
Más lozanas de su nido,
Con un Guzmán por marido,
Que con un Rey por galán.

ELVIRA.

No aconseja quien propone;
Y quien peca y se arrepiente,
Merezca que noblemente
Tu voluntad la perdone.
Y para que el tiempo abone
Mi fe y amor inmortal,
En tus gustos ó en tu mal,
Seas esquiva ó seas amante,
Te obedeceré constante
Y te serviré leal.

DOÑA VIOLANTE.

Tu fe estimo, tu amor creo;
Mas para agradar prevén,
Que ninguno escucha bien
Consejos contra el deseo:
Amo á don Juan.

ELVIRA.

Ya lo veo;
Testigo es cualquier acción.

DOÑA VIOLANTE.

Pues, Elvira, en mi afición
Has de hablarme solamente,
Y aunque lo disientas, miente
Lisonjas á mi pasión.

ELVIRA.

Bien pones tu voluntad
En galán á quien no niega
Feudo Adonis en la vega,
Y Píramo en la ciudad.

DOÑA VIOLANTE.

Dices bien, dices verdad;
Prosigue, amiga.

ELVIRA.

Si tardo,
Á que él te lo diga aguardo;
Pues ya le ves, en efeto,
Gallardo como discreto,
Discreto como gallardo.

Salen D. Juan de Guzmán y Galván, gracioso.

DON JUAN.

No más alegre, señora,
Claro resucita el día,
Con ornatos de alegría
En los brazos del aurora,
Como en los tuyos agora
Pienso alegre amanecer,
Pues cuando te llego á ver,
Tú, con acciones suaves,
Si quitar la vida sabes,
También la sabes volver.

DOÑA VIOLANTE.

No más gloria que yo siente
Dama en su albergue dichoso,
Salteada de su esposo
De muchos años de ausente,
Cuanta en mirarte presente
Do puedo, sin embarazos,
Tejer recíprocos lazos,
Pues tenemos para ello,
Tú, brazos para mi cuello,
Yo, para tu cuello brazos.

GALVÁN.

No con más gusto á la gama
Se arroja hambriento lebrel,
Ni mosca á la blanca miel,
O niño al pezón que mama,
Con cuanto vengo contento,
Mosca á tu labio meloso,
Niño á tu pecho guloso,
Lebrel á tu carne hambriento.

ELVIRA.

No de otra suerte le espero,
Mire si le tengo amor,
Que al importuno acreedor
El que no tiene dinero;
Y ser pienso á su afición,
Gama, si fuere lebrel;
Veneno echar en la miel,
Y acíbar en el pezón.

GALVÁN.

¿Tanta amargura en la boca?

ELVIRA.
Pues más hallará en mi fe,
Si no trae vuesa mercé
Las cintillas y la toca.

GALVÁN.
Yo, cuando amo más tierno,
Doy sólo, á lo toledano,
Albarcoques en verano,
Y membrillos en invierno:
De noche, sin alborotos,
Me lo ofrecen los frutales,
Saltando los cigarrales
Y vadeando los sotos.

ELVIRA.
No lleva traza el señor
De inclinarme á su persona
Con regalos de fregona
Y hazañas de tejedor.

DON JUAN.
Vi á tu hermano acelerado
Pasar á Palacio agora,
Y á gozar vino, señora,
Esta ocasión mi cuidado;
Mas si aquí vengo animar,
¿Quién se me opondrá al encuentro,
Si fuego, subo á mi centro,
Si río, bajo á la mar?

DOÑA VIOLANTE.
Viendo, don Juan, lo que pasa,
En tu fe dudo y amor,
Pues con riesgo de mi honor
Quieres entrar en mi casa,
Pudiendo con libertad,
Como dueño, entrar en ella,
Si no me hace más bella
Verme con dificultad.
Y así, te ruego que trates
De nuestra boda conforme;
Que á mi honor es desconforme,
Y no es bien que la dilates
Cuando pidiéndome están,
Y á mi persona se aplica,
El Ribera de Malpica
Y el Girón de Montalbán.

DON JUAN.
Mil veces tienes razón,
Y es en tu honor justa ley;
Que los achaques del Rey
Absuelven mi dilación.
Y juro, por tu belleza,
Deidad en mí soberana,
Que he de tratarlo mañana
Con mi padre y con Su Alteza.

GALVÁN.
Dice bien; acaba, abraza
Este pedazo de mayo
Y por la fe de lacayo,
Que si hay toros, á la plaza
He de salir, cual Medoro,
Con dos rejones y aliento,
Á ser pelota en el viento
De un paletazo del toro.

DOÑA VIOLANTE.
¡Buena la pelota está!

GALVÁN.
Pues en tus bodas espero
Romper en un toro el cuero.

DOÑA VIOLANTE.
Y de arbitrios, ¿cómo va?

GALVÁN.
Búrlaste, pues quitar puedo
La niebla á Valladolid,
Y los lodos á Madrid,
Y las cuestas á Toledo.

ELVIRA.
Otra tema como ésta
Tiene un loco singular,
Que promete no dejar
En la ciudad una cuesta.
Respondióle de contado
Un discreto caballero,
Que se ensayase primero
En un hombre corcovado.

GALVÁN.
Pues degüéllame á traición
Si en menos de una semana
No la dejare más llana
Que la cara de un capón.

DOÑA VIOLANTE.
¿Soy verdugo yo, Galván?

GALVÁN.
Sí, pues quitaste una vida.

DOÑA VIOLANTE.
Pues ¿de quién soy homicida?

GALVÁN.
Pregúntaselo á don Juan.

DON JUAN.
Verdad dijo, aunque ignorante.

GALVÁN.
Como desas digo yo.

DOÑA VIOLANTE.
Pues ¿no tienes vida?

DON JUAN.
No.

DOÑA VIOLANTE.
¿Cómo sientes?

DON JUAN.
Como amante.

DOÑA VIOLANTE.
¿Quién te la quitó?

DON JUAN.
Tu amor.

DOÑA VIOLANTE.
Y ¿eres mío?

DON JUAN.
En serlo gano.

DOÑA VIOLANTE.
¿Quién lo asegura?

DON JUAN.
Mi mano.

DOÑA VIOLANTE.
Y ¿quién te fía?

DON JUAN.
Tu honor.
DOÑA VIOLANTE.
Bien á mi fe se lo debes.
GALVÁN.
Qué bien se arrullan los dos.
DON JUAN.
Adiós, mis ojos.
DOÑA VIOLANTE.
Adiós.
DON JUAN.
¡Ay, ausencia!
DOÑA VIOLANTE.
¡Ay, glorias breves!

Vanse.

GALVÁN.
¿No me quieres?
ELVIRA.
¿No lo ves?
GALVÁN.
¿No habrá remedio?
ELVIRA.
Jamás.
GALVÁN.
¿Y si te fuerzo?
ELVIRA.
No harás.
GALVÁN.
¿Quién te asegura?
ELVIRA.
Mis pies.

Vase.

GALVÁN.
Pues á la garza el neblí
No seguirá, ¡vive Dios!
Que si yo no voy tras vos,
Vos me seguiréis á mí.

Vase.

Sale el Rey; Fernán Pérez de Guzmán, de media barba.

REY.
Tú eres, Fernando, el primero
Digno de mis penas graves;
Consuélame, pues las sabes;
Hombre soy, de amores muero.
Suprema deidad ordena
Que á ti te las comunique,
Porque tu lealtad aplique
Algún remedio á mi pena;
Que sólo mi mal cruel
Alivia ese cuadro de oro,
Con un Dios mentido en toro,
Y otro abrazando un laurel.
FERNÁN.
Mejor es que á un mozo llames;
Que soy un hielo, señor,
Para materia de amor.
REY.
Pues ¿dígote yo que ames?
Para remedio te elijo;
No has de dejarme morir.
FERNÁN.
Mejor te podrá servir
Don Juan de Guzmán, mi hijo.
REY.
De ti fío mi cuidado,
De ti mis pasiones fío;
Que convienes, padre mío,
Al Reino, al Rey, al Estado.
No es bien un mozo elegir,
Á quien castigue mañana,
Que con esta acción liviana
Me pueda reconvenir.
Sépala un viejo prudente,
Pues cuando haya cesado,
Ó ya por haber gozado,
Ó ya por otro accidente,
Gran consuelo me darás;
Que estando al fin de tus días,
Estas liviandades mías
Poco tiempo las sabrás.
FERNÁN.
Que olvides, señor, te pido,
Armándote de prudencia.
REY.
En Ovidio vi la ciencia
Para amar, no la de olvido.
FERNÁN.
Preceptos dió para amar
Su elocuencia peregrina;
Y también dió medicina
Ovidio para olvidar.
Al arma, al arma, señor;
Suene el bélico instrumento:
Batallas te represento,
Si el ocio gustos de amor.
Para el remedio disponte;
Busca el jabalí cerdoso,
Mata al lobo, sigue al oso,
Cuando penetren el monte.
Así el amor se destierra;
Que para ocioso accidente
Es remedio conveniente
Darse á la caza y la guerra.
REY.
No me des consejos cuando
Estoy al dolor rendido;
Remedio, remedio pido,
Que se está el pecho abrasando.
FERNÁN.
En éste, á mi parecer,
Te he ofrecido ya el mejor;
Mira que es fuego el amor,
No le dejes más crecer.
REY.
Miréle un día, y que le vi no dudo,
Solo niño, con alas y vendado,

Con flechas penetrantes á mi escudo,
Y un arco sobre el hombro delicado,
El cuerpo regalado tan desnudo
Como lo está de bienes mi cuidado.

FERNÁN.

Vile en mi pecho cuando joven fuerte.

REY.

¿Visto le has? Pues mi tragedia advierte:
Estaba en leves plumas suspendido
Por la poca quietud de los amantes;
Y niño, porque falto de sentido,
No discurre en los casos importantes.
Las regaladas carnes sin vestido,
Fáciles á los ojos y elegantes,
Y para herir mejor al descuidado
Ciego, y atrás el arco derribado.
Sospeché yo que sobre el hombro puesto
El arco, era descanso y no cautela;
Llegué á burlarme dél, rióme presto,
Castigo al que en un Dios no se recela;
Desde entonces las armas ha depuesto,
Ni arpones tira, ni con alas vuela,
Porque en mi pecho, que al volcán igualas,
Dejó las flechas y perdió las alas.
En mí se quedó al fin; en mí, en efeto,
Aljaba hizo de su arpón tirano,
Con el más celestial y alto sujeto,
Que admiró en Ida al Príncipe troyano:
Tal opuso á mis ojos el objeto
Digno de mi dolor, aunque inhumano,
Que fácil penetró mis dos sentidos,
Bello los ojos, sabio los oídos;
Graves sus señas son; admiro en ellas
Un paraíso, un cielo do se incluyen
Un sol sobre su frente, y mil estrellas
En dos ojos que vidas nos influyen;
Claveles dos en sus mejillas bellas,
En supremo lugar se constituyen.

FERNÁN.

Dime quién es, si merecerlo puedo.

REY.

Fernando, *La Paloma de Toledo:*
Dos meses ha que á la servil cadena
Rindió mi voluntad libres despojos;
Dos meses ha que publicó mi pena
La lengua del adarga y de los ojos;
Dos meses ha que ni mi amor condena,
Ni por señas entiende mis enojos;
Dos meses ha que mísero he vivido,
¡Oh infeliz! ó mal visto, ó no admitido.
Esta noche he de hablarla; así, prevente,
Que me has de acompañar.

FERNÁN.

Con gentileza,
Pues el dolor remedios no consiente
Para servir, prevengo á Vuestra Alteza
Ciega obediencia y ánimo valiente (1).

REY.

Eres Guzmán al fin.

FERNÁN.

Soy, si aconsejo,
Mozo á la espada, á las verdades viejo.

Sale D. Alonso Palomeque.

DON ALONSO.

Á tus Reales pies contento,
Albricias les trae amor,
Pues dicen que estás mejor
Del accidente violento.

REY.

Más aliviado me siento
De aquesta pena inhumana.

DON ALONSO.

Por nueva tan soberana,
Bien es que la vida diera.

REY.

¡Ay, Fernando, si yo viera (Aparte.)
Esta piedad en su hermana!

Salen D. Juan de Guzmán y Galván.

DON JUAN.

Á darte vengo señal
Del alegría de hoy.

REY.

Don Juan, más contento estoy.

DON JUAN.

La metrópoli Imperial
Pendiente está de tu mal,
Y para verte se mueve
Desde la noble á la plebe.
Corresponde á su virtud;
Y nuevas de tal salud,
Tal embajador las lleve:
Muéstrate en esos balcones,
Para que el pueblo español,
Viendo tan alegre sol,
Aliente muertas acciones.

FERNÁN.

Anime sus corazones,
Señor, Vuestra Majestad.

REY.

Ya voy, Imperial ciudad:
Si dicho el mal es menor, (Aparte.)

Yéndose.

Menos será mi dolor,
Si hallo en la causa piedad.

Vanse, y Galván, al entrar, coge á D. Alonso de la capa, y vuélvase á él D. Alonso.

GALVÁN.

Señor, ¿no me has conocido?

DON ALONSO.

¿Sois criado de don Juan?

GALVÁN.

Así las cosas están

(1) Falta un verso á esta octava.

Para dar un estallido;
Si no es que soy desdichado,
Pues en tiempo semejante,
Á un hombre tan importante
No le conoce el privado.
Cuando le premian los sabios
Y es siglo tan oportuno,
Que no hay castigo ninguno,
Porque no hay quejas ni agravios.
Cuando en Palacio se goza
El más elegante genio,
¿Á quién bastara su ingenio
Si no naciera Mendoza?
¿No conoces que es Galván
Quien tiene mejores prendas
Desde Madrid á Alcobendas,
Y de Toledo á Magán?

DON ALONSO.
¿Qué profesión? ¿humanista?

GALVÁN.
Más.

DON ALONSO.
¿Letrado?

GALVÁN.
Mucho más:
Á Tácito dejo atrás,
Político y arbitrista.

DON ALONSO.
Á buen oficio te aplicas:
Muy bien con él comerás,
Cuando hay en la corte más
Que drogas en las boticas.

GALVÁN.
Mi estudio, señor, no trata
En cosas de ratería,
Si nos traen mercadería
Ó si nos llevan la plata;
Si oro sale, si entra cobre,
Si ganan chento por chento
Si con uno y otro asiento
Tienen á Su Alteza pobre;
Si está su renta caída,
Pues esto viene á parar
En que al Rey hemos de dar
La hacienda, como la vida;
Si es bien moderar el traje,
Rapar al mozuelo el moño;
Sólo trato que en otoño
Tenga melones Getafe,
Ciempozuelos mucho ajo,
La Mancha las trojes llenas,
Y zocatas berenjenas
Todas las huertas del Tajo.
Que es una cosa muy vil,
Digna de que la repares,
Que esté cerca Manzanares,
Y dependamos de Abril.
Y con un ingenio mío,
Si en Castilla le dispones,
Con menos de mil millones
La ha de regar este río,

DON ALONSO.
Baratos arbitrios son.

GALVÁN.
Provechosos á lo menos.

DON ALONSO.
Muy buenos son.

GALVÁN.
Y rebuenos;
Sólo te pido ocasión
De hablar al Rey.

DON ALONSO.
Yo no puedo,
Porque en ocasiones tales,
Remite esos memoriales
Para el Nuncio de Toledo.

GALVÁN.
No daña escuchar un poco
Á cualquiera, si en efeto
Es el que oye discreto,
Aunque quien le hable es loco.

Sale D. Juan.

DON JUAN.
¿Qué hacéis, don Alonso?

DON ALONSO.
Que
Unos arbitrios oía.

DON JUAN.
¿Arbitrios?

GALVÁN.
Pues algún día
Los vereJes.

DON JUAN.
Por mi fe,
Que os mate con disparates;
Que con un arbitrio y otro
Atormenta más que un potro
Este género de orates.

DON ALONSO.
¿Adónde quedó Su Alteza?

DON JUAN.
Con mi padre retirado,
Tratando cosas de Estado,
En esa segunda pieza.

DON ALONSO.
¿Qué hora es?

DON JUAN.
Las siete son.

DON ALONSO.
Antes que sea de noche,
Bajemos en vuestro coche
Á la puerta del Cambrón.

Sale un criado con unos memoriales, y dalos á D. Alonso.

CRIADO.
El Rey manda que éstos deis
Á su tío el Almirante.

DON ALONSO.
Que á darlos voy al instante,

Á Su Alteza le diréis.

CRIADO.

Así lo haré.

Vase.

DON ALONSO.

¿Queréis algo?

DON JUAN.

Que vais á servir al Rey,
Que es la más precisa ley
Con que nace el hijodalgo.

DON ALONSO.

Guárdeos Dios, amigo.

Vase.

DON JUAN.

¡Amor,
Perdóneme la amistad,
Deténle una eternidad!
Tú, Galván, á mi dolor
Presta consuelo elegante,
Y arbitrio tu ingenio dé,
Que le detenga hasta que
Vea á su hermana Violante.

GALVÁN.

Arroja en la calle uno
Destos chalanes de arenga,
Que con nuevas le entretenga;
Ó un mentecato importuno,
De cadenitas de oro,
Que detienen, para dar
Un pláceme ó un pesar,
Á quien va siguiendo un toro;
Ó uno destos que á lo viejo,
Como una tahona muelen,
Que á un hombre difunto suelen
Llegar á dar un consejo;
O uno destos honradores
Que embisten á un forastero,
Con los plebeyos severo,
Afable con los señores;
Ó uno que, sin reparar,
Visita en la cama al Cid,
Que es mequetrefe en Madrid,
Y enfadoso en mi lugar.
Uno sé yo tan pesado,
Que á la Corte tiene ahita,
Que hizo á un Grande una visita
La noche de desposado.

DON JUAN.

Es la traza soberana;
Y pues todo en ti conviene,
A don Alonso entretiene
Mientras que veo á su hermana.

Vase.

GALVÁN.

Bien á la traza se aplica;
Aquesto sólo condeno:
Que nunca hay arbitrio bueno
Si en comodidad no pica.

Vase.

Sale D.ª Violante.

DOÑA VIOLANTE.

Mil veces venturosa,
Eres envidia de la flor, Violante,
Que á tu nombre ha nacido semejante,
Si apenas vive hermosa
Á las más gratas manos un instante;
Y tú, no menos que ella,
Á los ojos y manos de tu amante
Siempre pareces bella;
Que entre dos voluntades
Suele el amor eternizar verdades.

Sale Elvira turbada.

ELVIRA.

Turbada vengo, señora.

DOÑA VIOLANTE.

¿Qué tienes, Elvira amiga?

ELVIRA.

No sé cómo te lo diga:
Tu suegro, tu padre agora.....

DOÑA VIOLANTE.

¿De qué es tanta turbación?

ELVIRA.

Señora, de que no sé
Si las nuevas que te dé
Alegres ó tristes son:
Fernán Pérez de Guzmán
Quiere hablarte.

DOÑA VIOLANTE.

Entre al momento.

Vase.

Á hacer verná el casamiento
De mi querido don Juan.

Sale Fernán Pérez de Guzmán, y detrás el Rey embozado, y quédase á sus espaldas.

REY.

Antes que su hermano venga,
La di como soy su amante.

FERNÁN.

Ya yo avisé al Almirante
Que á don Alonso entretenga.
Dadme á besar vuestras manos.

DOÑA VIOLANTE.

Mejor es que permitáis
La vuestra á mis labios.

FERNÁN.

Dais,
Con términos cortesanos,
De vuestra sangre y honor
Bizarras demostraciones.

DOÑA VIOLANTE.
Vos dais honra á mis blasones.
FERNÁN.
Y vos cuidado al amor.
DOÑA VIOLANTE.
Cierta ha sido mi ventura: (Aparte.)
Mis dichas viene á traer.
FERNÁN.
Un galán vengo á ofrecer,
Señora, á vuestra hermosura,
Y una firme voluntad.
Si no llevo buen estilo, (Ap. con el Rey.)
Vuestra Alteza coja el hilo;
Que no veo con la edad.
REY.
Prosigue.
FERNÁN.
Una fe sincera
Comunicaros intento,
Y creed que más contento
Á vuestra casa viniera,
Si en suceso semejante
Trajera á vuestra belleza
La corona á la cabeza
Como á los pies un amante.
DOÑA VIOLANTE.
Yo confieso que en su mano
Me dais vida, honor y gusto;
Mas caso tan grave, es justo
Consultarle con mi hermano,
Que, aunque libre el albedrío,
Tiene en él, en caso igual,
El deudo más principal
Un modo de señorío.
Y pues esta conveniencia
Importa tanto á mi honor,
Permitid que haga el amor
Lisonjas á la obediencia.

Descúbrese el Rey y pasa adelante.

REY.
No tiene la voluntad
Imperio que la sujete.
DOÑA VIOLANTE.
¡En mi casa, en mi retrete,
Señor, Vuestra Majestad!
Por favor tan soberano,
Los pies besárselos tengo.
REY.
No, Violante, cuando vengo
Á pedirte yo la mano.
DOÑA VIOLANTE.
Ya, señor, he respondido
Lo sepa mi hermano antes.
FERNÁN.
Otra, en casos semejantes,
Lo remitió á su marido.
REY.
Responder puede que no;
No es bien de su gusto fíes.

DOÑA VIOLANTE.
Yo daré entonces mil síes.
REY.
Baste que lo ruego yo.
DOÑA VIOLANTE.
Ésta es.

Levanta la mano y tómala el Rey, y ella la huye en diciendo el Rey:

REY.
Besaré hoy
Mil veces el bien que gano (1).
DOÑA VIOLANTE.
Favor tan particular,
Bien se permite excusallo;
Que á su rey, ningún vasallo
Dejó la mano besar.
REY.
Menos besártela es,
Que dar mi alma rendida
Su libertad y mi vida
Y mi corona, á tus pies.
DOÑA VIOLANTE.
¿No me casabas agora,
Fernán Pérez?
FERNÁN.
Yo, ¿con quién?
REY.
No, Violante; no, mi bien;
Por mí te hablaba, señora,
Por mí, que ya mis enojos
Dice amor á mi despecho
Con heridas en mi pecho
Y con la sangre en mis ojos.
DOÑA VIOLANTE.
¡Fiero mal, brava tormenta!
¿Qué debo, don Juan, hacer, (Aparte.)
Pues tu padre viene á ser
Intérprete de tu afrenta?
El amor y poder Real
Acometen a mi honor;
Mas acudir es mejor
Á la causa principal;
Pues no hay en Castilla ley,
Ni en la nación más tirana,
Que me sujete liviana
Al apetito del Rey.
REY.
Corresponde á mi cuidado,
No solicites mi muerte;
Y aunque estoy rogando, advierte
Que soy rey y enamorado.
DOÑA VIOLANTE.
Si usare de su poder
Vuestra Majestad conmigo,
Á sí se dará el castigo
Cuando me quiera ofender;
Mas por quitar la ocasión,
Huyo de vos afligida,

(1) Dos versos sueltos.

No por temor de mi vida,
Sino de vuestra opinión.

Vase.

FERNÁN.
¡Heroica mujer y altiva!

REY.
Vuelve, baste la inclemencia;
No me mates con ausencia;
Véate, mátame esquiva;
Mas, pues te vas, en efeto,
Hermosísima Violante,
Si me huyes por amante,
Escúchame por respeto:
Tu Rey te llama.

Sale D.ª Violante.

DOÑA VIOLANTE.
Señor,
Á tus pies estoy rendida.

REY.
Quien quita á su rey la vida,
No le absuelvo de traidor.

DOÑA VIOLANTE.
¿Yo te la quito?

REY.
Pues ¿quién
Emprende tan gran delito?

DOÑA VIOLANTE.
Mi desdicha y tu apetito.

REY.
Tu hermosura y tu desdén;
Los desprecios son agravios
Contra un rey; así, permite
Te bese la mano.

DOÑA VIOLANTE.
Admite
En la tuya Real mis labios.

REY.
Si el fuego quieres templar
De mi amoroso accidente,
Besar tu mano consiente,
No la mía has de besar;
Que el cielo, ingrato á mi ruego,
Hacer quiso, por mi mal,
Tus manos de su cristal,
Y tus labios de su fuego.

DOÑA VIOLANTE.
Cristal seré, pues estoy
Cubierta de hielo y miedo.

REY.
Déjate ablandar.

DOÑA VIOLANTE.
No puedo;
Que cristal de roca soy.

REY.
De tu desdén al rigor
Y al amor, me veo rendir:
Puedo tu desdén sufrir,
Pero no puedo mi amor.

Dentro hacen señas dando un golpe, y á un tiempo se aparten el Rey con Fernán Pérez, y D.ª Violante sola á otra parte.

DOÑA VIOLANTE.
¿Hay desdicha semejante?
Este, sin duda, es don Juan.

REY.
¿Oyes las señas, Guzmán?
¿No ves turbada á Violante?

FERNÁN.
Sí, señor.

REY.
Ésta es ofensa:
Ser con un rey inhumana,
Dar golpes en su ventana
Y retirarse suspensa.
¡Vive Dios que á otro ama,
Y que por él me desdeña!

Otro golpe.

Una herida es cada seña.

DOÑA VIOLANTE.
¡Ay de mí! Don Juan me llama;
¡Triste! ¿Qué tengo de hacer?

FERNÁN.
¡Valor, pesia tal! valor,
Que á la constancia el dolor
No ha de espantar ni vencer.
El pecho rendido alienta;
Todo se puede mudar!
Nieto es el amor del mar;
No siempre corre tormenta.
No pierdas la autoridad,
Vámonos.

REY.
Dices muy bien;
Que los celos y el desdén
Embisten la Majestad.
¡Qué bravos acometieron!

Vuélvese el Rey á D.ª Violante, y, despidiéndose, dice:

REY.
Por darte gusto, me voy.

DOÑA VIOLANTE.
¡Luces, hola! Tuya soy.

REY.
Y las señas, ¿cúyas fueron?

DOÑA VIOLANTE.
¿Qué señas, señor? ¡Ay, cielos! (Ap.)

REY.
Razón dellas no te pido;
Que sólo el favorecido
Es quien debe pedir celos.
No saquen luces, y en tanto
Ten, como rigor, secreto.

DOÑA VIOLANTE.
Ser un mármol te prometo.

REY.
Ya lo eres á mi llanto.

Vase D.ª Violante.

FERNÁN.
Disuadido irás de amor;
Que la Majestad severa,
Se cansa de dilaciones,
Se ofende si la desprecian.

REY.
Emprenda villano amante,
Fernando, fácil empresa;
Que la difícil conviene
Á mi sangre y á mis prendas.
Más enamorado voy;
Que mirándola tan bella,
Cada desdén era un rayo,
Y cada golpe una flecha.

FERNÁN.
La luz del entendimiento,
¡Cuán poco que te aprovecha!

REY.
La de los ojos me falta,
Porque voy errando á ciegas.

FERNÁN.
¿Luces pides para el cuerpo,
Y las del alma desdeñas?

REY.
No me canses más agora.

FERNÁN.
Disimulemos, prudencia. (Aparte.)
Déjame pasar delante;
Que yo sé bien la escalera.

REY.
Majestad tiene esta casa.

FERNÁN.
Su antiguo esplendor ostenta.

REY.
Insigne patio.

FERNÁN.
Galante.

REY.
Capaz de un alcázar fuera.

FERNÁN.
Ave de tales respetos,
Bien es que tal jaula tenga.

REY.
Ya no es paloma Violante;
Que en las amorosas selvas
Tigre la hizo Cupido,
Pues tiene el alma tan fiera.

Van el Rey y Fernán Pérez como á obscuras, y salen D. Juan y Galván, como atentos, y quédanse á la puerta del vestuario.

DON JUAN.
¡No responderme Violante
Estando su hermano fuera!
Tanta quietud en su casa,
Quiera Dios que por bien sea.
¿Qué será aquesto, Galván?

GALVÁN.
¿De qué quieres que lo sepa,
Si no lo alcanza tu amor,
Que es medio brujo y profeta?

DON JUAN.
Si quisieras á tu amo,
Su bien ó su mal supieras,
La causa deste silencio,
Los temores de sus penas.

GALVÁN.
¡Oh! ¡Mal haya, amén, quien sirve
Á un amante, sin que tenga
Cuatro cursos de embaidor
En la judiciaria secta,
Para responderle, cuando
Pregunte por doña Tecla,
Si estará llorando en casa,
Si le ama, ó si le espera!
Pero si el triste responde
Que echando las habas queda,
Ó acomodando sus cuartos
Con fray Gazmio de Cerda,
Es malicia, si es verdad;
Ignorancia, si no acierta:
Y en pidiendo su salario,
Poco amor, y vaya fuera.

DON JUAN.
Todo lo sabe el amor,
Y la razón lo penetra.

GALVÁN.
Mejor lo sabrán aquestos
Que hacia nosotros se llegan.

DON JUAN.
Dos hombres son, recatados.

GALVÁN.
¡Mala pulla, que se acercan,
Y no huelen á criados!

FERNÁN.
Dos hombres hay en la puerta.

REY.
Estos son, ¡por mi corona!
Los que llamaban por señas.

FERNÁN.
Si quieren reconocernos,
Valgámonos de la fuerza.

REY.
Forzoso ha de ser, pues tienen
Tomado el paso. Quienquiera,
Caballeros, que seáis,
Dejadnos libre esa puerta.

GALVÁN.
Que me place, caballero;
Pasad muy enhorabuena,
Porque sois muy bien hablado.

DON JUAN.
Dando el nombre.

REY.
Con aquésta.

Ponen mano á las espadas, y Galván hace que no la puede sacar.

DON JUAN.
Saca la espada, ¿qué aguardas?
GALVÁN.
Cuchilladas no son buenas.
FERNÁN.
¡Valiente espada, señor!
DON JUAN.
¡Qué bravamente pelean!

Haciendo un reparo, ú otra cosa, se le cae á D. Juan la daga.

Alza esa daga.
GALVÁN.
No veo;
Mañana verné por ella.

Dentro hay claridad de un hacha, y apártanse.

DON JUAN.
Luces vienen; cubre el rostro.
GALVÁN.
Retírate, que se acercan.
FERNÁN.
Hachas vienen.
REY.
Á la calle
Te retira: no nos vean.

Vanse.

Entra un criado con un hacha, y D. Alonso Palomeque.

DON ALONSO.
¿De dó salieron, Octavio?
CRIADO.
De tu casa ó de la tierra.
DON ALONSO.
Alumbra aquí; ¿qué es aquesto?
CRIADO.
Una daga.

Álzala y dásela.

DON ALONSO.
Muestra, muestra:
Si en la calle cuchilladas
Dan á la honra sospechas,
Dentro de mi casa propia,
De agravios son evidencias.
¿Qué sería aquesto, Octavio?
Mas no me lo digas; cierra
Los labios á las razones,
Los discursos á la lengua.
¿Qué pregunto, si no quiero
Que me repita la lengua
Las desdichas que he topado,
Poco es desdichas, afrentas,
Mis agravios, mis temores,
Mi peligros, mis ofensas,
Mi muerte, si con un triste
Procede una voz ligera?
¡Cuestión dentro de mi casa,
Y en viendo esta luz apenas,
Huir confusa esa gente,
Y sólo mi hermana en ella!
¿Qué pregunto, qué discurro,
Con tan evidentes señas,
De la causa de mi agravio?
¡Ah, cielos! ¡Ah, honor! ¡Ah, fiera!
¡Ah, loca doña Violante!
¡Ah, mujeres, quién pudiera
Hacer cortés al dolor,
Á pesar de las sospechas!
El curso detiene al tiempo,
Los libres aires enfrena,
La furia del mar corrige.
¿Quién os guarda, quién os cela?
¿Qué cuidado fué bastante,
Qué llave ó torres, qué puertas
Á esconder de los deseos
La menos grata belleza?
¡Ah, hermana, clavel hermoso,
Que lisonjearte dejas
En la rama de tus años,
En el jardín de tus rejas!
Nave, sin piloto surcas,
Paloma, sin alas vuelas,
Seguida aquí de corsarios,
Buscada allí de las flechas.
No me admira que te alcancen,
No me espanta que te hieran,
Ave lozana en los aires,
En la concha del mar perla.
¡Qué bien hace el caballero,
Qué bien el noble lo piensa,
Que desde sus tiernos años
Hace que dueño obedezcan!
¿Qué esposo te daré agora,
De qué sangre, de qué prendas,
Si le ha elegido tu gusto
Sin consultas de prudencia?
¡Oh confusiones nacidas
De una femenil flaqueza,
Del descuido de un hermano,
De una confianza necia!
Mas, ó sea yo el culpado,
Ó tú, Violante, lo seas,
Esta daga me dará
Satisfacciones severas.
Mas ¿cómo, si al agresor
Ignoro de la pendencia,
Y sólo sé que este acero
Se ha desnudado en mi ofensa?
No importa; tú lo dirás,
Pues dicen por cosa cierta,
Que en las cuestiones de honor
Sirven las armas de lenguas.

ACTO SEGUNDO.

Sale D. Juan de Guzmán.

DON JUAN.
Recelos, ¿qué me habéis hecho,
Que reposar no he podido,
Que toda la noche ha sido
Campo de batalla el lecho?
Ejércitos en mi pecho
Metistes de confusiones;
Quimeras y presunciones,
Al arma á mi amor tocaron,
Y las dudas levantaron
Contra la fe los pendones.
El discurso y la sospecha
Hace que envíe y levante
Contra la fe de Violante
Un adalid y una flecha.
Ya la paz está deshecha,
Ya la quietud es rumor,
Y ya es discordia el amor,
Cuidado la confianza,
La posesión esperanza,
La valentía temor.

Sale Galván.

GALVÁN.
Señor, ¿tanto madrugar?
DON JUAN.
Duermen poco los temores.
GALVÁN.
Conde Cláros, con amores,
No podía reposar.
DON JUAN.
Mal podré con los desvelos
Dormir, deste mal tirano.
GALVÁN.
¡Qué bien llamó un toledano
Mosquitos á los recelos!
No los durmientes benditos
Tanto tiempo reposaran,
Si con celos se acostaran
Ó los picaran mosquitos.
DON JUAN.
Importante es el cuidado
Que pone el sueño á tus pies.
GALVÁN.
Otro cuidadillo, pues,
Me tiene á mí desvelado:
Escribo unos memoriales
Para el Rey, donde has de ver
En un mes enriquecer
Al reino y sus rentas Reales.
DON JUAN.
¿Al fin das en arbitrista?
GALVÁN.
Doy en lo que al reino importa,
Sino que mi dicha es corta.
DON JUAN.
Oro hacía un alquimista,
Y andaba como tú, en cueros.
GALVÁN.
Si hablar al Rey me dejaran,
De otra suerte lo pasaran.
DON JUAN.
Tema de los arbitreros:
Si prosigues, como loco
Irás al Nuncio á parar.
GALVÁN.
Iré á guardarte lugar
Si amas mucho y duermes poco;
Mas alza la celosía
Y mira ese embajador.

Sale el criado de D. Alonso Palomeque.

CRIADO.
Don Alonso mi señor,
Don Juan, á decirte envía
Que con su daga y espada
Os espera en San Cervantes.
GALVÁN.
Andallo, pobres amantes.
DON JUAN.
Ya voy.
CRIADO.
Adiós.

Vase.

GALVÁN.
No me agrada
La breve mensajería
Del paraninfo cruel.
DON JUAN.
Pues ¿qué presumes tú dél?
GALVÁN.
Que al campo te desafía;
Que sabiendo tu afición,
Como caballero sabio,
Querrá le dé del agravio
Su espada, satisfacción.
DON JUAN.
Antes presumo, por cierto,
Que pues me ha llamado así,
Á los dos con quien reñí,
Don Alonso ha descubierto
Y al campo los ha llamado;
Pues sin saber fué conmigo,
Querrá que, como su amigo,
Riña mi espada á su lado.
Demás, que persona alguna
Ha sabido mis amores;
Que al Sol celé mis favores,

Y los descubrí á la Luna.

GALVÁN.

Tú tienes gentil capricho:
Pues ¿no has echado de ver
Que al fin la Luna es mujer,
Y á todos se lo habrá dicho?
Demás, que el enamorado
De mayor austeridad,
Le tiene la vecindad,
Como al misal, registrado.

DON JUAN.

¡Vive Dios, que mis amores
Con juramento negara,
Si á mí me los preguntara
Por afectos exteriores!

GALVÁN.

Ten, que te vas despeñando;
Que en el ajedrez de amor,
Más lances que el jugador
Advierte el que está mirando.
Y más tú, que á tu Violante,
En cualquier parte ó lugar,
Te la pones á mirar
Con los afectos de amante.
Con demostración que admira,
La clavas los ojos luego,
Sin reparar que no es ciego
El poblazo que te mira.
Y para juzgar más bien,
Pon, señor, de aquí adelante
El uno en doña Violante,
Y el otro en los que te ven.

DON JUAN.

Yo voy al fin con cuidado
Para cualquier accidente,
Y espero vencer valiente,
Pues voy de celos armado.

GALVÁN.

Darte otra espada me agrada;
Que de ésa, anoche perdiste
La daga.

DON JUAN.

Bien advertiste;
Mas basta sola mi espada.

Vase.

GALVÁN.

Yo voy, con mejor consejo,
Á decirlo á mi señor,
Para que enfrene el furor
El juicio de un sabio viejo;
Mas él viene.

Sale Fernán Pérez.

FERNÁN.

Con cuidado
Quedé anoche de Su Alteza.

GALVÁN.

De mozo la ligereza,
Y de viejo lo acertado,
Toma, señor, porque están
De esotra parte del río
En un campal desafío
Don Alonso con don Juan.
Las causas son importantes,
Y que son celos sospecho,
Pues para su duelo han hecho
La palestra en San Cervantes.

FERNÁN.

Dios te guarde: yo voy, pues.

GALVÁN.

Vé, señor, con brevedad.

FERNÁN.

Ponga la necesidad
Plumas en mis tardos pies.

Vase.

GALVÁN.

Impídelo tú sagaz,
Mientras con alma sincera
Un cirio pongo de cera
Á la Virgen de la Paz.

Vase.

Sale D. Alonso, y trae cubierta la daga de D. Juan en la pretina.

DON ALONSO.

Ya estoy en el campo, honor,
Aguardando á mi enemigo,
Y al que yo juzgaba amigo,
Espero competidor.
Ven, y prueba mi valor,
¡Oh tú, que mi honor profanas,
Cuando desde el Tajo ufanas
Vuelan por varios idiomas
Con más honor mis palomas
Que las águilas romanas!

Sale D. Juan, y no trae más de espada.

DON JUAN.

Don Alonso, guárdeos Dios.

DON ALONSO.

Don Juan, venid norabuena.

DON JUAN.

¿Qué tenéis?

DON ALONSO.

Celos y pena.

DON JUAN.

¿Por quién, amigo?

DON ALONSO.

Por vos.

DON JUAN.

Bien discursos tan prudentes
Lo ternán examinado.

DON ALONSO.

No es este lugar ni estado
De advertir inconvenientes.

Á este tiempo se apartan, empuñando las espadas.

DON JUAN.

Ni yo la causa os pregunto,
Ni quiero que me la digan;
Que sólo á reñir se obligan
Los que llegan á este punto.

Sacan las espadas, y D. Alonso, al poner mano á su daga, se detenga.

DON ALONSO.

Cuando queráis la razón,
Por mí la dará mi espada.

DON JUAN.

Pues no hallaréis envainada
La mía en esta ocasión.

DON ALONSO.

¿Qué armas tenéis?

DON JUAN.

Sólo vengo
Con espada; ¿no la veis?

DON ALONSO.

Pues si daga no traéis,
Ventaja, don Juan, os tengo.

DON JUAN.

Yo la ventaja os remito;
Reñid.

DON ALONSO.

¡Acción imprudente
Pelear desigualmente,
Cuando mi honor solicito!
No quiero, no, que jamás
Murmuren por mí los buenos
De que vencisteis con menos,
Ó que yo vencí con más.

DON JUAN.

Pues vuestra daga arrojad.

DON ALONSO.

No, don Juan; que prevenido
Con esta daga he venido.

Saca D. Alonso la daga que se le cayó á D. Juan, y dásela.

Tomad. ¿Qué miráis? Tomad.

Toma D. Juan su daga, y D. Alonso saca la suya, y afírmanse con espadas y dagas.

DON JUAN.

Pues ya tanto os declaráis
Con pródiga bizarría,
La recibo porque es mía,
No porque vos me la dais.

DON ALONSO.

La defensa prevenid.

DON JUAN.

Necesaria es contra vos.

DON ALONSO.

Valiente sois, ¡vive Dios!

DON JUAN.

Un Héctor sois.

DON ALONSO.

Sois un Cid.

Sale Fernán Pérez de Guzmán y apártanse los dos, y él queda en medio un paso atrás.

FERNÁN.

Caballeros toledanos,
Ilustres como corteses.
Si sabios para la paz,
Para las armas valientes:
¿Cómo opuestos en el campo
Un Guzmán y un Palomeque?
¿Cómo los veo enemigos
Los que juzgo amigos fieles?
¿Vuestras bizarras espadas,
Que han sido tan unas siempre,
Que á un mismo tiempo han entrado
En una herida mil veces;
Las que han vencido en Granada
Tantos hidalgos Gomeres,
Cuando atrevidos querían
Turbar el cristal del Betis;
Las que califica el Tajo,
Las que acrisola su temple,
Para muros de la fe
De Castilla y de sus reyes;
Las aceradas columnas
De las católicas huestes,
En oposición batallan,
Y punta á punta contienden?
¿Los nobles y los privados,
Los amigos, los parientes,
Al campo se desafían,
Civiles guerras emprenden?
¿Qué furia á guerra os provoca
En daño de tanta gente,
Veneno siembra en las almas,
Discordia en los pechos vierte?
Envainad, hijos, amigos;
Juremos paz, la ira cese,
Si al uno mueve el respeto,
Si al otro estas canas mueven.
Ó la causa declaradme,
Que el alma importante teme;
Que no obligan causas pocas
Á los aceros valientes.
Si son rencillas de amor,
Permitid que os aconseje,
Si alguno no me recusa
Por consejero prudente.
Si son materias de honor
Y es el duelo conveniente,
Juro á la cruz de mi estoque
De ratificarle alegre;
Que entre nobles hijosdalgo
Son las cuestiones más leves
Las que remite el enojo
A los aceros lucientes.
Juzgadme amigo, y no padre;
Que si á vuestro honor conviene,

Los estudios de mis años
Os serán legales jueces.
Y por la fe de hijodalgo,
Y por las plantas que tiene
Nuestra ciudad en la piedra,
Corona de augustas sienes;
Por el Arzobispo santo,
Nuestro vecino y pariente;
Por Santa Leocadia, virgen,
Por mi fe y honra os promete
De que, depuesto el amor,
He de asistir igualmente
Á dar sepulcro al vencido
Y favor al que venciere.

DON ALONSO.

Fernán Pérez de Guzmán,
Y tú, valeroso joven,
Cuyo brazo estima España,
Cuya sangre todo el orbe;
Á quien sabe mi nobleza,
No es bien que della le informe,
Cuando en España la esparcen
Las aves de mis blasones;
No os digo que fuí soldado,
Cuando lo aclaman á voces
En mi pecho cuatro heridas,
En mi casa seis pendones:
Las causas que me obligaron
Á llamarte al campo, oye,
Bastantes para informar
Agravios entre dos nobles:
Verte pasear mi calle,
Y á mi hermana en los balcones;
Seguir á pie y á caballo,
Ya su silla, ya su coche;
Traer pintada en tu adarga
Una violeta por mote;
Siendo tu mayor amigo,
Encubrirme tus amores;
Que viéndome por instantes,
Ya en Palacio, ya en la corte,
Apenas voy á mi casa,
Cuando me buscas entonces;
Que me acompañes de día
Y te retires de noche,
Que en mi casa se acuchillen,
Que luego tu daga tope;
Ver á mi hermana, en entrando,
Sin pulsos y sin colores,
Animando con desmayos
Recelosas presunciones;
Que procurando en mis brazos
Volver al Abril las flores,
Los suyos extienda, y diga:
«¿Dónde estás herido, adónde,
Mi vida, don Juan, mis ojos?»
La prudencia reportóme,
Porque no hiciera en su pecho
Vaina á tu daga ó mi estoque;
Antes, prudente, la dije:
«No soy don Juan», y volvióse
Diciendo: «¡Ay de mí, cuitada!»,
Á suspender las acciones.
Cayó al suelo de mis brazos,
Que con piedad la recogen,
Y halló la triste en las piedras
Lo que le faltó en un hombre.
Para atravesar su pecho,
Tu daga animé, y al golpe
Se me opusieron, de amor
Armados, dos corazones.
Crueldades solicitaban,
Ya mi honor, ya sus razones,
Cuando ministró piedades
La madre de los amores;
Porque igualada en la tierra,
Casi nublados sus soles,
«Piedad», dijo la hermosura,
Buril que labra en los bronces.
¿Has visto densa la nieve,
Cuajado el cristal en Tormes,
Jazmín que rocía Abril
En los primeros albores?
Pues tan hermosa yacía,
Tanto, que al alma pesóle,
No de mis agravios más
Que de ser su hermano entonces.
Piedades del corazón
Á mis tiernos ojos corren,
Procurando sus disculpas,
Revocando mis rigores.
Mas acordado y prudente,
Por la daga y por el nombre,
Busco, inquiero el agresor
Entre Píramos y Adonis.
El recelo á mi discurso
Alas puso, y tan veloces,
Que registró en un instante
Lo lucido de la corte;
Y á ti solo, la razón,
Con estas informaciones,
Por causa te ha declarado
De mi agravio y sus dolores.
Por esto te desafío,
Don Juan de Guzmán; adonde
Defensa pide mi espada,
No quiere satisfacciones.
Mas si no implica al honor,
Y á ley de duelo es conforme,
Una aceptaré gallardo,
Si cortés me la propones,
Que es casarte con Violante,
Con quien, para que te goces,
Daré mi hacienda, y mi vida,
Y mis agravios, en dote,
Ó en este campo, Guzmán,
Darán á mis deshonores
Los filos de aqueste acero
Mejor fama y mejor nombre.
Pues juez elijo á tu padre,
Á la defensa disponte;
Que ya á pelear me llaman

Ultimas resoluciones.
Prevén bizarra defensa,
Que rayos fulmina Jove,
Que un ejército te embiste
Reducido á mis acciones;
Que un basilisco te mira,
Que un áspid tus venas rompe,
Que el desprecio de tu pie
Le ha pisado entre las flores;
Que un tigre airado te espera,
Que va sobre ti este monte
Con más agravios que fieras,
Con más enojos que robres;
Que ya sabes son mis armas,
Granada y tú lo conocen,
En el escudo palomas,
Y en estos brazos leones.

DON JUAN.

Honor de los Palomeques,
Cuya generosa sangre,
Del alba que ilustra á Tormes,
Hermosea los celajes;
Piadosos, como valientes,
Testigos son los anales,
Cuando á doña Blanca fuistes,
Ya su muro, ya su atlante;
Poderosos, aunque pocos,
Desde que regó esas calles
Don Pedro con sus rigores,
Y vosotros con piedades:
Y tú, noble padre mío,
Á quien comunica Batres
Escaques de sus Toledos,
Armiños de sus Guzmanes;
Prestadme un rato atención,
Prevenid en un instante,
Consejos tú para un triste,
Armas tú para matarme.
Oye, y sabrás la ocasión
Por qué al campo me sacaste,
Que adivinan presunciones,
Y evidencias no la saben:
Tú, si en el intento mío
Hay alguna acción culpable,
La corregirás prudente,
La enmendarás como padre.
Bien sabéis que apenas tuve
Veintidós años cabales,
Cuando al Rey serví soldado,
Y obedecí al Condestable.
Cursé en Granada seis años
En la Academia de Marte;
Que el Darro son, y el Genil,
Nuestras Universidades.
Las hazañas de mi espada,
Al huésped que no las sabe,
Antequera se las diga,
Que las ha tallado en jaspe.
Volví á coger, con victoria,
La ociosidad de las paces
Que otorgó Téllez Girón
Con el granadino Tarfe.
Aplaudióme el Rey con honras,
Con mil favores los Grandes,
Con sus lisonjas las damas,
Con envidias los amantes.
Mas el pecho que en Granada,
Si no acero, fué diamante
Á los golpes invencible
De la pica y del alfanje,
Herido yace en Toledo;
Que pelea en las ciudades
Con rayos de fuego amor,
Y allá con acero Marte.
El rayo fué desta herida
Tu hermana doña Violante:
Perdona, como modesto,
Lo que ya te he dicho fácil.
Mas apenas la propuse
Que corrigiese mis males,
Como noble, agradecida,
Como mujer, con piedades,
Cuando fué gloria el dolor,
Alegría los pesares,
Y blanco de sus contentos
Quien de sus heridas antes.
Puse su cifra en mi adarga,
Y permitió que adornase
Mis galas con sus colores,
Lenguas de las voluntades.
Cuanto generosa pudo
Con término honesto darme,
Y permite en su decoro
Señora de prendas tales,
Feliz merecí, en efecto,
Sin temores que se acaben;
Que nunca las posesiones
Discurren á lo mudable.
Palabra la dí de esposo,
Repetida por instantes,
De que me han dado por libre
Temidas facilidades,
Porque esta noche en tu casa,
Dos hombres de señas graves,
De cuyo ser me informaron
Olores y tafetanes,
Hicieron que mis sospechas
Contra su fe se levanten,
Ya no creyendo en mis dichas,
Ya dudando en sus verdades.
Entraba, pues, á tus patios
Al tiempo que dellos salen
Prevenidos, como cuerdos,
Valerosos como amantes;
Porque apenas con mi espada
Quiero impedir que no pasen,
Cuando hicieron con las suyas
Puente de acero á la calle.
Salimos juntos á ella
Cuando con la luz llegaste,
Y della me retiré,
No sé si cauto ó cobarde.

Quedé como quedar suele
El que surca ingratos mares,
Que á vista de su ciudad
Pierde la hacienda y la nave;
Como quien tiene la fruta
Bella y segura en el parque,
Dudoso si la marchitan
Ó las manos, ó los aires;
Como el niño que se queja
Piadosamente á su madre,
Que la parte del dolor
Ni la dice, ni la sabe.
Quedé celoso, en efecto,
Porque, aunque ignoro la parte
Donde procede el dolor,
Baste que le tengo, baste.
Dos hombres á media noche,
Gallardos, de señas graves,
Que callan cuando pelean,
Y que batallan galantes;
Bien vestidos, y encubiertos,
Valerosos y fragantes,
¡Vive el Señor, que en tu casa
Entraron á cosas grandes!
Confiésote que los celos
En el pensamiento nacen,
Los cría la fantasía
Y hacen de sombras gigantes;
Y que pudo ser que fuesen
Caballeros de tu sangre,
Que sabiendo tus ofensas,
Determinaron matarme.
Mas si fuera verdad, ¡cielos!
Que fueran de tu linaje,
¿Por qué de ti se encubrieran
Y se fueran sin hablarte?
¿Cómo me dejaron ir
Si venían á vengarte?
Agora es tiempo, sospechas:
Venid, venid; acabadme.
Entre fáciles disculpas
Y confusión de pesares,
Suspenso el juicio al agravio,
Y no el dolor á mis males,
Treguas ofrece á las armas
Para que curioso trate
De averiguar mis sospechas;
Que no es justo que se case
Un caballero Guzmán
Con escrúpulos infames;
Que si quieres, don Alonso,
Que nuestro enojo nos mate,
Seremos causa infeliz
Si alguno en el campo yace,
Que Su Alteza se disguste,
Que murmuren ignorantes,
Que Toledo se divida,
Que los plebeyos se armen,
Que los nobles se alboroten,
Que Castilla se levante;
Y si causa justa hubiere
Que disculpe no casarme,
De volver contigo al campo
Otorgo pleito homenaje.
Mas si bizarro quisieres
Por vencido perdonarme,
Porque no viva en el mundo
Quien pierde á doña Violante,
Quien confiaba en su amor,
Quien fué con celos cobarde,
Quien no mató á su enemigo,
Quien se atrevió á su linaje,
Iré á morir á Granada,
Donde es fuerza que no falte
Un esmeril que me vuele,
Un caballo que me arrastre,
Una piedra que me hiera,
Una lanza que me pase,
Un puñal que me atraviese,
Una flecha que me alcance,
Una ocasión que me empeñe,
Un amigo que me falte,
Un moro que me cautive,
Unos celos que me maten.

Apártanse suspensos.

FERNÁN.

¡Oh lealtad, oh amor, oh ley!
¿Dónde acudiré mejor? (Aparte.)
¿De un hijo sólo al honor,
Ó á la fe que debo al Rey?

DON ALONSO.

¡Oh afrentas! ¡Oh confusión! (Aparte.)
¡Oh agravio no prevenido,
Indigno de haber caído
En mi casa y opinión!

DON JUAN.

¡Oh padre mío piadoso! (Aparte.)
¡Oh ilustre joven valiente!
¡Cómo el uno mi mal siente,
Y el otro su honor dudoso!

FERNÁN.

Si acudir al Rey elijo, (Aparte.)
Falto á la ley natural,
Y vasallo desleal
Seré si acudo á mi hijo.
En confusiones me hallo;
Que no hay camino oportuno
Para ser buen padre al uno,
Y al otro leal vasallo.

DON ALONSO.

Aguarda á morir, sentido, (Aparte.)
En ocasión más valiente,
Pues mayor que el mal presente
Es la sombra del temido;
Y prevente, cuerdo y sabio,
Para tormento mayor,
Pues de tantos, el menor
Es de don Juan el agravio.

DON JUAN.

Cuando piden mis pasiones

Á uno treguas, á otro avisos,
¿Por qué me ofrecéis remisos
Respuestas en suspensiones?
Tú, de la prudencia espejo,
¿Qué aguardas para advertir?

FERNÁN.

El que sabe discurrir,
¿Para qué pide consejo?
El tuyo apruebo constante,
Y si no hay inconveniente,
Da la mano hidalgamente
De esposo á doña Violante;
Aunque primero, hijo mío,
Busca, inquiere si le tiene,
Y para aquesto conviene
Suspender el desafío.

DON ALONSO.

Yo lo otorgo, y os suplico
Que le busquemos los dos.

FERNÁN.

Muy bien, hijo, os está á vos.

DON JUAN.

Mil veces lo ratifico.

FERNÁN.

¡Buen camino se ofreció, (Aparte.)
Pues es fuerza, en sus recelos,
Topen con el Rey los celos
Sin manifestarlo yo!
Vamos, pues, á la ciudad.

DON ALONSO.

Dadme, don Juan, vuestra mano.

DON JUAN.

Y el alma.

Abrázanse.

DON ALONSO.

Ved que os allano
Mi casa y mi voluntad.

Vanse.

Salen D.ª Violante Palomeque, Galván y Elvira.

GALVÁN.

No sé qué ha sucedido;
Sé que á tanto no obligan causas leves.

DOÑA VIOLANTE.

¿Á quién habrá venido
Tanto pesar en términos tan breves?
Que desde anoche el pecho,
Teatro yace de tragedias hecho.
El Rey me persuadía
Cuando don Juan llamaba á mis balcones,
Y á un tiempo me afligía
Con avisos, amor y persuasiones;
Y era en mi alma fuego,
De uno las señas, y del otro el ruego.
Desdenes ó respetos,
Al Rey que me dejase le obligaron,
Y de tristes efetos,
Golpes de sus espadas me informaron.
Oíalo, y rendida,
Á cada golpe le ofrecí una vida:
Parecióme que vía
Muerto á don Juan, y á don Alonso airado;
Si no fué fantasía,
Obra fué del temor, ó fué soñado;
Mas lo que sé, en mi duda,
Que amanecí en mi tálamo desnuda.
Mal haya mi belleza;
Vuelen apriesa por su flor los años,
Pues á causar empieza
Agravios, celos, confusiones, daños:
Si ha de ser desdichada,
Muera flor al nacer, no flor pisada.
Ya, por mi desventura,
Pues soy causa infeliz de tanta pena,
Y no por mi hermosura,
Me aclame el Tajo la española Elena,
Pues doy con lo que pasa
Fuego á Castilla, agravios á mi casa.

Sale D. Juan de Guzmán.

DON JUAN.

Más seguro y contento,
Con otro efecto del que agora paso,
Penetré en tu aposento;
Ya temo un enemigo en cada paso,
Y á tu hermano no temo.

DOÑA VIOLANTE.

¿Es muerto don Alonso? ¡Ay, Dios!

DON JUAN.

¡Oh extremo!
Tu heroico hermano vive;
Sabio á la paz, á la ocasión valiente.

DOÑA VIOLANTE.

Las albricias recibe
En mis brazos, don Juan: ¿huyes?

Va D.ª Violante á abrazar á D. Juan, y él la detiene.

DON JUAN.

Detente;
Que á tu casa, Violante,
Don Juan de Guzmán vengo, no tu amante.

DOÑA VIOLANTE.

¿Cómo, si Guzmán vienes,
Correspondes ingrato á mis favores?
Pues con mi amor convienes,
Alienta entre tus brazos mis temores.

DON JUAN.

Retirándose aparte.

Si aquestas son verdades,
Más que los celos matan las piedades.

DOÑA VIOLANTE.

¡Ingrato se retira
De una mujer un hombre generoso,
Y á quien por él suspira,

Huye soberbio, esquiva desdeñoso!
¿Así un noble se niega
Á quien ama, á quien llora, á quien le ruega?
¿Qué tenéis, dulces ojos?

DON JUAN.

De bronce el corazón, pues me resisto. (Aparte.)

DOÑA VIOLANTE.

¿De qué son los enojos?

DON JUAN.

No debo de sentir, pues no lo has visto;
Mas si callan señales,
Ten piedad al dolor, oye mis males:
Sacóme al campo tu gallardo hermano,
Incitado de ofensas aparentes,
Que al menos advertido cortesano
Informarán de agravios evidentes.
Dió nuestro acero, en una y otra mano,
Fuego á los aires, hielos á las gentes;
Fuimos los dos en la palestra iguales,
Unos en el valor, como en los males.
Dió treguas la prudencia á las espadas;
Pidióme me casase; yo me excuso
Con dos furias que anoche provocadas,
Todo el infierno á mi quietud opuso.
Por sospechas temidas ó soñadas,
Tu deseado tálamo recuso,
Eligiendo en extremos semejantes,
Por no dudar después, inquirir antes.
Corregido el enojo con razones,
Á averiguar venimos un recelo,
Ó bien para ligar los corazones,
Ó bien para volver á nuestro duelo.
Si mis temores fueren ilusiones,
Triunfo seré de tu beldad y cielo;
Mas si fueren verdad, mi suerte ordena
Que me rinda á su espada y á mi pena.
En tanto, pues, que la verdad apura
El divino crisol de la experiencia,
Su casa me franquea, y me asegura
Asistirme con armas y prudencia.
Suspenso mi deseo á tu hermosura,
Mirará sin pasión mi providencia;
Que en los pleitos de honor prudente admito
Por juez á la razón, no al apetito.
Con menos confianza que solía
Te miro ya, cercado de temores,
Rogando á Dios que á la sospecha mía
Llames injusta, el fundamento ignores.
Culpando con valor mi fantasía,
Negándome ofendida tus favores;
Que terné por mejor en mi tormenta
Perderte ya porque el recelo mienta.

Vase.

GALVÁN.

Yo voy á ser mirón de lo tratado.

Vase.

DOÑA VIOLANTE.

Y yo á ofrecer mi vida hidalgamente
Al rigor de mi estrella y mi cuidado;
Noble es don Juan, y teme cuerdamente.

ELVIRA.

Mejor es remediar mal tan pesado.

DOÑA VIOLANTE.

La razón hace al corazón valiente;
Busquemos, pues, remedio á mi tormento.

ELVIRA.

¿Dónde, señora?

DOÑA VIOLANTE.

En Dios y en mi aposento.

Vanse.

Salen el Rey y Fernán Pérez.

REY.

No me aconsejes, Fernando.

FERNÁN.

Conviene al reino, señor.

REY.

¿Quién ha detenido azor
Que va la caza volando?

FERNÁN.

Yo, si se va remontando
Poco diestro y pertinaz.

REY.

Pues no me impidas sagaz,
Déjame cebar en ella;
Que vuelo al ave más bella
Que ha dado á los hombres paz.

FERNÁN.

Caza hallarás más honrada,
Que divertirte podría,
Si llevas tu montería
Á la vega de Granada:
Al lobo venza tu espada,
Y el tigre africano herido,
Te bese los pies rendido;
Que el bravo león de España,
Fieras busca en la campaña,
No palomas en el nido.

REY.

Cuando fuiste mi Almirante
Y navegaste en la mar,
¿Olas no viste quebrar
En un escollo constante?
Pues yo soy su semejante,
Y son sus olas saladas
Tus sentencias disfrazadas:
Deja, Guzmán, de afligirme;
Si no, como escollo firme,
Te las volveré quebradas.
¿Cómo quieres detener
Al deseo presuroso,
Que con alas y celoso
Ha comenzado á correr?

Sale un criado.

CRIADO.

Hablar quiere una mujer:

Dice que es caso importante.

REY.

Si es mujer, éntre al instante.

Vase el criado.

Y no cause maravilla;
Que si yo reino en Castilla,
Reina en mi alma Violante.

Sale Elvira con manto y con un billete.

ELVIRA.

Déle Vuestra Majestad
Los pies á quien los desea,
Y aqueste billete lea.

Dale el billete.

REY.

¿Qué pedís? ¿Quién sois? Alzad.

ELVIRA.

Quién soy, no importa al efeto,
Y lo que pido está en él;
Que me remito al papel,
Porque me turba el respeto.

Lee el Rey el papel aparte.

«De mi casa en un balcón,
Entre once y doce, os espero,
Si para el caso que os quiero
No hubiere dentro ocasión.
Para una bizarra acción
Os llama doña Violante;
Y si no fuere bastante
Para tanta libertad,
Como Rey la perdonad,
Y cumplildo como amante.»

En leyendo el Rey, da el billete á Fernán Pérez, y él lee aparte para sí.

REY.

Lee, Fernando: y vos, amiga,
Decid, que haré lo que importe.

ELVIRA.

¡Oh severidad! (Aparte.)

REY.

El porte
Pagaré.

ELVIRA.

Dios os bendiga,
Y os entregue la frontera
Que habéis cercado, muy presto.

Vase.

REY.

Id con Dios.

FERNÁN.

¡Qué bueno es esto! (Aparte.)
Gentil mujer para nuera.

REY.

¿Qué dices?

FERNÁN.

Dándole el billete.

Señor, decía
Que animes el corazón;
Que al más alto torreón
Alcanza la batería;
No hay seguro baluarte
Si el poder le asesta un bronce.

REY.

Prevente para las once:

Yéndose el Rey.

Acompañe al amor Marte.

FERNÁN.

Poco te debe el placer.

REY.

La Real Majestad ordena
Que al placer, como á la pena,
Un firme monte he de ser.

Vase.

FERNÁN.

¡Pobre viejo! ¡Bueno va!
Pues vuestra vida consiste
En si Violante resiste,
Y no es mármol, cera es ya.
Al Rey, que en su amor se abrasa,
Corresponderá piadosa;
Que para ser rigurosa
No le llamará á su casa.
Mas, en mis dudas, elijo
Por más leve y por mejor,
Que se conserve mi honor
Y vuelva al campo mi hijo.

Salen D. Juan, D. Alonso y Galván.

DON JUAN.

¡Solo iré, por vida mía!

DON ALONSO.

Acompañaros me agrada.

DON JUAN.

Donde no vence la espada,
Vence vuestra cortesía.

FERNÁN.

¿Adónde bueno, señores?

DON ALONSO.

Á tu verdad, por espejos.

DON JUAN.

Á tus años, por consejos.

GALVÁN.

Á tu vejez, por dolores.

FERNÁN.

Todo lo hallaréis en mí:

Tú consejos, tú verdades,
Tú hallarás enfermedades,
Porque ha mucho que nací.
¿Despachó el pesquisidor
El consejo de los celos?

DON JUAN.

Ya prevenidos recelos
Van buscando al ofensor.

DON ALONSO.

Hallaráse el delincuente,
Porque le sigue el cuidado.

FERNÁN.

¡Quiera Dios, después de hallado,
No haya más inconveniente!

GALVÁN.

Temo que por este arte
Ha de suceder, y es llano,
Lo que sucedió á Vulcano
Con su mujer y con Marte.
Gozaba el dios cautamente
Á la madre de Cupido,
Hurtándose á su marido,
Recatándose á la gente.
Labró una red, poco sabio,
En que los cogió el recelo,
Haciendo notorio al cielo
Sus amores y su agravio.
Y sacó desto, en efeto,
Más celos y más enojos,
Porque después á sus ojos
Se gozaban, no en secreto.
Señor, quien vivir pretende,
No apure tanto las cosas.

DON JUAN.

Sentencias son provechosas

FERNÁN.

Más dice de lo que entiende:
La diligencia está hecha:
Pues velen juntos los dos,
Y adiós, hijos.

Vase.

DON JUAN.

Padre, adiós.

DON ALONSO.

¡Ay, honra mía!

Vase.

DON JUAN.

¡Ay, sospecha!

Vase.

GALVÁN.

Vas amante á averigualla:
Quien celoso así se ofusca,
Un punto en la media busca
Que le pesa si le halla.

ACTO TERCERO.

Salen el Rey y Fernán Pérez de Guzmán, de noche.

REY.

La Real Majestad mía
Trofeo es tuyo, noche tenebrosa,
Como la luz del día,
Deidad eternamente poderosa,
Á cuyo imperio solo
Lo augusto rinde un rey, su luz Apolo.
Lo real y soberano
Lo depongo debajo de tus alas,
Porque á mí y al villano,
En tu confusa corte los igualas;
Que quieres desta suerte
Ser imagen de amor y de la muerte.

Salen á una ventana D.ª Violante y Elvira.

FERNÁN.

Aguárdese Vuestra Alteza,
Que han abierto aquel balcón.

DOÑA VIOLANTE.

Llama, Elvira, que en la calle
Oigo de gente rumor:
¡Había de ser mi hermano!

ELVIRA.

¡Ce, caballeros! ¿Quién sois?

FERNÁN.

Fernán Pérez de Guzmán.

DOÑA VIOLANTE.

¿No viene el Rey mi señor?

REY.

No, hermosísima Violante,
No viene sino el amor;
Mas las flechas del aljaba
Las trae en el corazón.
¡Dichosas cuantas heridas
Hizo tu cruel arpón,
Si he merecido por ellas
Ver á media noche el sol!
Anímame con piedades,
Mira que sin vida estoy,
Que me despojaron della
Los rayos de tu rigor.
Grandes privilegios tiene
La hermosura con valor;
Los cielos te concedieron
Sobre mí jurisdicción:
Tú das vidas, yo las quito,
Pues más eres tú que yo.

DOÑA VIOLANTE.

Famoso Rey de Castilla,
Cristiano Marte español,

Honor os pide una dama,
Si vida la pedís vos.
Anoche, cuando salistes
De mi casa.....

Salen D. Juan y D. Alonso embozados, y quédanse á la puerta, y Fernán Pérez los mira.

Mas ¡ay, Dios!
Gente viene; perdonadme:
¿Si es mi hermano? ¡Muerta voy!

REY.

Señora, esperad.

DON ALONSO.

Don Juan,
Gente hay.

FERNÁN.

¡Señor, señor,
Hombres ocupan la calle!

Están los dos opuestos á los dos, y D. Juan empuña la espada.

DON JUAN.

Ésta es, celos, la ocasión.

REY.

Embistámoslos, Fernando;
Dos somos, si ellos son dos.

FERNÁN.

Repórtese Vuestra Alteza,
Reconoceré quién son.

Parte Fernán Pérez, y D. Juan se llega, empuñando las espadas, y el Rey se queda apartado, encubierto.

Don Alonso es y mi hijo.

DON JUAN.

Decid, hidalgo, quién sois.

FERNÁN.

¿Es don Juan?

DON JUAN.

¡Oh, padre mío,
Cuánto te debe mi honor!

FERNÁN.

Con un guarda de Castilla:
Bien he dicho, y la mejor; (Aparte.)
Que cuando saca las armas,
No es hombre, sino león.
He rondado aquesta calle,
Como faltábades vos;
Velad, que al fin, como viejo,
Yo me canso: adiós.

DON JUAN.

Adiós.

Vase Fernán Pérez al Rey, y D. Juan á D. Alonso.

REY.

¿Conocístelos, Fernando?

FERNÁN.

Y les he hablado.

REY.

¿Quién son?

FERNÁN.

Don Alonso es, y mi hijo.

REY.

Pues ¿á qué vienen los dos?

FERNÁN.

Á buscar dicen que vienen,
Quien anoche alborotó
La casa de don Alonso;
Y les he dicho, señor,
Que eres criado, y que supe
Que venían de cuestión,
Y les traía consejos,
Pues no han menester valor

REY.

Vámonos. ¡Ay, mi Violante!

FERNÁN.

¿No te ha hecho algún favor?

REY.

Muchos debo á sus oídos,
Pero ninguno á su voz.

Vanse el Rey y Fernán Pérez, y sale Galván embozado graciosamente.

GALVÁN.

Siguiendo vengo á mi amo,
Que armado de punta en celos,
Se viene tras sus recelos
Como yo tras su reclamo.

DON JUAN.

Un hombre viene.

GALVÁN.

Aquí está.

DON JUAN.

Ya se acerca con cuidado.

DON ALONSO.

Cogelde por ese lado,
Y yo por éste, don Juan.

Llega cada uno por su parte y descúbrenle.

DON JUAN.

¿Quién es?

GALVÁN.

Sabrán vuesarcedes,
Que el conde don Amadeo
Fué á cierta caza de ojeo
Con montería y con redes.
Repartióla por los cerros,
Seguro de que no hubiera
Liebre ó gamo que no diera
En sus lazos ó en sus perros.
Y cuando entendió su gente
Que había una presa gentil,
Hallaron en el redil
Una zorra solamente.
Apliquen por ella el cuento,
Y denme á mí lo peor.

DON JUAN.

¡Oh! ¡Lleve el diablo tu humor!

GALVÁN.

Amén: pues es tan violento;
Que apenas suelen tener
Las sierras un nubladillo,
Cuando un brazo y un tobillo
Me avisan quiere llover:
Mas tal cual es el alhaja
Me la compraba y pedía
Un hidalgo que tenía
Una galilla de raja.

DON JUAN.

Dirá déstas mil quimeras.

GALVÁN.

Sí haré, por hacer reir,
Pues se permiten decir
Las burlas entre las veras.

DON JUAN.

No es tiempo de gracejar
Cuando es tiempo de morir.

GALVÁN.

Ni el tiempo que es de dormir
Es tiempo para rondar.

DON JUAN.

No puede dormir amor.

DON ALONSO.

¿Qué haremos, don Juan, al fin?

DON JUAN.

Vamos á San Agustín;
Temple su sitio el calor.

DON ALONSO.

Vamos.

GALVÁN.

Mas que sé quién es
El que con celos te ofende.

DON JUAN.

¿Quién es?

DON ALONSO.

¿Quién es?

GALVÁN.

Algún duende,
Pues los hay, y no los ves.

DON JUAN.

Vámonos, que es un bufón.

Vanse.

GALVÁN.

¡Oh, pesia el siglo malino,
Que si uno no es saturnino,
Le dan con este baldón!

Vase.

Salen D.ª Violante y Elvira con manto, y en la mano un billete, y adviértase que esté cerrado á lo largo, como memorial.

ELVIRA.

Condolida de tu llanto,
En dos noches no he dormido,
¿Y aun no bien amanecido
Me mandas poner el manto?
Llevé un billete, señora,
Ayer al Rey: y á Galván,
Para que le dé á don Juan,
¿Éste he de llevar agora?
Quieta cursaba en tu estrado
Por doncella de labor,
Y en jornadas de tu amor,
De posta me has graduado.

DOÑA VIOLANTE.

El oro, y fe verdadera,
Si él es puro, si ella es fina,
En la piedra se examina,
No en toque de blanda cera:
Y quiero en esta ocasión,
Como en la piedra el metal,
Examinar en mi mal
La fe de tu corazón.

ELVIRA.

Prueba mi amor y mi celo
En tus penas y dolor;
Que adonde siempre es calor,
O es eternamente hielo,
Iré á servirte constante,
Y mi valor á tocar
En las rocas, que en el mar
Son horror del navegante.

DOÑA VIOLANTE.

No aquella criada fiel
Que en Sevilla, con su ama,
Su vida entregó á la llama
Piadosamente cruel,
Es más digna de estimar;
Que más honra tú mereces,
Pues por tu ama te ofreces
Al fuego, al hielo, á la mar.

ELVIRA.

No sabe historias mi amor,
Sólo sé de aquesta suerte
Ir, señora, á obedecerte,
No me vea mi señor.

Sale D. Alonso.

DON ALONSO.

¡Violante!

DOÑA VIOLANTE.

¡Hermano, señor!

DON ALONSO.

¿Tan de mañana vestida?

DOÑA VIOLANTE.

Bien es que esté prevenida
Cuando velas tú mi honor.
Vele cuando, cortesano,
Bizarro á tu hermana atiendes;
Que al fin, galán me defiendes,
Si me celas como hermano:
¿Vaste? ¿Sin hablar me dejas?

DON ALONSO.

Por no responder me voy;
Que están suspendidas hoy,
Como las armas, las quejas.

Vase.

DOÑA VIOLANTE.

¡Cuitada palomilla,
Rinde á tu suerte tus lozanos bríos!
Matalda, aunque se humilla,
Celosas guardas, cazadores míos;
Mas sea como sabios:
Tiralda flechas, no al honor agravios.

Vase.

Sale Galván, y Elvira con manto, y el billete en la mano.

ELVIRA.

Estimo el haberte hallado
Tan temprano.

GALVÁN.

¿Para qué?
Que yo quisiera, en mi fe,
Que me hallaras acostado.
Don Juan vino, amanecido,
De rondar y de celar,
Y sin querer reposar,
Á Palacio se ha venido.
Lo brioso del Guzmán
Todo es desvelos y llanto.

ELVIRA.

Pues en casa hay otro tanto,
Por vida tuya, Galván.
Don Alonso, á amanecer
Vino, y la triste Violante
No ha reposado un instante;
Todo es llantos y temer.
Teme, aunque tiene valor;
Desconfía, aunque inocente,
Porque el más seguro siente
La residencia de honor.

GALVÁN.

Ella teme, como sabia;
Él duda, como discreto;
Que en este caso, en efeto,
La imaginación agravia.

ELVIRA.

Don Juan casarse pudiera,
Pues le adora y es su igual.

GALVÁN.

Dama es rica y principal;
Pero cuando no lo fuera,
¿Faltaríale quien escriba
Que no noble estirpe fué
La paloma que á Noé
Trajo el ramo de la oliva?

ELVIRA.

¿Quién en aquesto nos mete?
Que á nosotros no nos toca
Sino dar punto en la boca,
Y á ti darle este billete.

Toma Galván el billete.

Porque han de ser los criados,
Salvo en todo los gallegos,
Obedientes como ciegos,
Y como mudos callados.

GALVÁN.

Dices bien, Elvira hermosa,
Callemos y obedezcamos;
Mas los que á ti suspiramos,
¿Cuándo te verán piadosa?
Vuélveme el rostro propicio,
Que te acusa la fe mía,
De ingrata la rebeldía,
Hablando á lo de mi oficio.

ELVIRA.

Eso es para más espacio;
Que ya mi señor venía,
Y me voy; que no querría
Que me encontrase en Palacio.

Vase.

GALVÁN.

Elvira, virote ó cohete.....
Voló, y en balde la llamo;
Mientras que veo á mi amo,
Quiero guardar el billete.

Guarda el billete en la faltriquera.

Hasta la última pieza
Entrar á dársele quiero:
Ya, sin granjear portero,
Estoy en la de Su Alteza.
¿No causará maravilla
Que á todos están abiertas
Como el oído, las puertas
De los Reyes de Castilla?
Mas ¿de qué es la turbación?
¿No andas, Galván, no ves?
Mirad, ojos; andad, pies;
Que los reyes, hombres son.

Sale el Rey y adelántase, y junto á él Fernán Pérez y D. Juan, y D. Alonso atrás hablando.

REY.

Á tu carro soberano,
Amor, rindo mi corona,
Pues no puedo mi persona
Defender de un dios tirano.
Como en Grecia del Troyano,
Triunfa en España conmigo;
No quiero guerras contigo;
Que soy para tanta lid
Menos sabio que David,
Menos fuerte que Rodrigo.
Ya sin discurso me tienes,
Violante; empiece á temer;
Que está corrido el poder
De sufrir tantos desdenes.
Cambie estos males en bienes,
Pues no soy de amor indino,
Ó temo algún desatino

Si por otro me desprecia;
Que hay á bríos de Lucrecia,
Resolución de Tarquino.

FERNÁN.

Repórtese Vuestra Alteza,
Temple cuerdo sus enojos;
Que están diciendo sus ojos
La causa de su tristeza.

REY.

¡Oh canas, cristal de un viejo,
Donde un rey mozo se mira,
Llegad, corregid la ira,
Serví á mi rostro de espejo!

FERNÁN.

Espejo, te sirvo leal,
Para que fiel me celebres,
Aunque como escollo quiebres
Estas ondas de cristal.

REY.

Confiésote que tirano
Amenazaba á Violante
Con acción de un loco amante,
Indigna de un rey cristiano;
Mas apenas apliqué
Á ti mi rostro y deseo,
Cuando de verme tan feo,
Bruto, y no rey, me juzgué.
Si á tanto obliga el amor,
Y fuere escollo en amar,
Hágame arenas el mar
Si ha de peligrar mi honor.

Quédanse hablando el Rey y Fernán Pérez.

DON ALONSO.

Dejad para más espacio
Mi agravio y vuestra tristeza,
Pues á servir á Su Alteza
Venimos sólo á Palacio.

DON JUAN.

El Rey apenas se mueve
Consultando sus secretos:
¡Oh, qué distintos afetos
Encierra sala tan breve!
Aquí, amorosa pasión
Hace guerra á nuestros pechos,
Y allí, prevernán pertrechos
Contra el Genil y Aragón.
Aquí un triste enamorado
Rendido al dolor, no siente,
Y allí yace un rey prudente
Tratando en cosas de Estado.
En ti, heroico Rey, contemplo
Lo divino de los reyes,
Pues mueves, más que con leyes,
Con la fuerza del ejemplo.

GALVÁN.

¿Qué temo para llegar,
Pues hay ocasiones tales?
Yo he de dar los memoriales,
Y al mismo Rey he de hablar.
Su Alteza me dé los pies,
Y ocupe en éstos un poco.

Ha sacado Galván unos memoriales, y el postrero es el billete, é hincando la rodilla, se los da al Rey.

FERNÁN.

Aparta.

DON JUAN.

Quítate, loco.

REY.

Alzad; dejadle: ¿quién es?

GALVÁN.

Dirélo con gentileza
Y española libertad,
Si para decir verdad
Me da un seguro Su Alteza.

REY.

Di.

GALVÁN.

Yo me llamo Galván:
Pobre soy, y rico fuí,
Y para llegar aquí
Sirvo á don Juan de Guzmán.
Á Castilla miré atenta
Por amor ó por codicia,
Leyes dando á tu justicia,
Arbitrios dando á tu renta;
Y yo, que servicios tales
Deseo hacer á mi dueño,
Á tu estado y desempeño
Dirijo estos memoriales.

Tómalos el Rey, y dalos á D. Alonso.

REY.

Toma, Alonso.

DON JUAN.

Un loco es.

REY.

Nunca ha dañado el oir,
Don Juan, sino el elegir.

Va leyendo D. Alonso los memoriales por su orden.

MEMORIAL 1.°

Éste dice que interés
Será que un millón importe
En cada un año á tu renta,
Si haces, como el de pimienta,
Un nuevo estanco en la corte,
Donde venderse podrán
Moños, dientes, cabelleras,
Pantorrillas y caderas,
Albayalde y solimán.

DON JUAN.

Pues ¿esto ha de hacer Su Alteza?

GALVÁN.

¿Quién en el mundo, por ley,
Suplir puede como el Rey
Faltas de naturaleza?

MEMORIAL 2.º

De los poetas un cuento
Sacarán, sin daño alguno,
Dando un cuarto cada uno
Al alcabala del viento,
Dice éste.

GALVÁN.

¡Vive Dios;
Que asegurarte bien puedo
Que de Madrid y Toledo
Has de sacar más de dos!

MEMORIAL 3.º

Dice aquí que gran dinero
Se podrá juntar, si impones
Tributo sobre los dones.
Vos sois gentil arbitrero.

GALVÁN.

Mándame quemar por puto,
Si no valiere un millón,
Imponiendo en cada don
Una blanca de tributo.

REY.

¿Tantos hay?

GALVÁN.

Hay cien millones
De donados por veleta;
Que para don ni poeta
No hacen informaciones.

MEMORIAL 4.º

No mudar los apellidos,
Dice, conviene al gobierno.

GALVÁN.

Haz esto, por Dios eterno,
Evitarás grandes ruidos;
Que es causa de confusiones
Que el nieto de Bras Antón
Se llame Acuña ó Girón
Á una ó dos generaciones.

FERNÁN.

El rey santo y generoso,
A todos procura honrallos;
Que le hacen nobles vasallos
Más amado y poderoso.

REY.

Ése, por injusto, quema.

GALVÁN.

¡Maldiciente ojo avizor!

DON ALONSO.

Este es muy grave, señor,
Que está cerrado con nema.

REY.

Muestra.

Toma el Rey el billete y ábrele, y aparte lee para sí.

Mas ¿qué miro en él?
¡La firma dice Violante!

GALVÁN.

¿Qué has hecho, pobre ignorante?
¡Al Rey he dado el papel! (Aparte.)
¡Yo he dado gentil razón
De los arbitrios que he hecho!

REY.

Letras que abrasan el pecho, (Aparte.)
No son letras, rayos son.
¡Agora tanta inclemencia!
¡Socorredme, santos cielos;
Que están batiendo los celos,
Los muros de la prudencia!
¡Bárbara paloma, ingrata!
¿Por otro se deja á un Rey?
¿Esta es, amor, justa ley?
¿Así á un rendido se trata?
¿Estas son obras de un Dios?
¿Así acudes á un amigo?
Ven, don Alonso, conmigo;
Consultad éste los dos.

Da el Rey el billete á Fernán Pérez, y vanse el Rey y D. Alonso.

FERNÁN.

¿Qué le diste al Rey, villano,
En este fiero papel?

GALVÁN.

Más presto lo dirá él,
Pues le tienes en la mano.

Lee Fernán Pérez aparte para sí.

DON JUAN.

¿Qué hiciste, necio?

GALVÁN.

No sé.

DON JUAN.

¿Qué hizo este loco, señor?

FERNÁN.

Éste lo dirá mejor:

Dale el papel.

Lee y teme. ¡Ay, hijo; ay, fe! (Aparte.)

DON JUAN.

Lee.

«Don Juan de Guzmán, advierte
Que, de tu duda ofendida,
Hoy he de entregar mi vida
Á tus brazos ó á la muerte.
Doña Violante.»

DON JUAN.

¿Qué hiciste,
Loco, bárbaro, cruel?
¿Quién te dió aqueste papel?
¿Cómo á Su Alteza le diste?
En mi espada atravesado
Has de morir: dilo luego.

GALVÁN.

Que no me mates te ruego
Hasta haberme confesado;
Y para que me confiese,

Suspende un rato la ira.
Ese papel me dió Elvira
Para que á ti te le diese,
Y al Rey, sin querer, le dí;
Mas si me has de matar,
Voy á hacer clamorear
En la parroquia por mí.

Huye Galván, y D. Juan va tras él, y en diciendo lo que se sigue, le detenga Fernán Pérez.

DON JUAN.

¡Vuelve, villano!

GALVÁN.

Dentro.

Sí haré,
En diciendo dos mil misas.

FERNÁN.

Hijo, cosas más precisas
Prevengamos: déjale.
Su Alteza sabe tu amor,
Y en sabiendo lo que pasa,
Agravio de tan gran casa
Querrá soldar con tu honor.
Casarte querrá; previene
Lo que has de hacer, en efeto,
Y mira, como discreto,
Hijo, qué remedio tiene.

DON JUAN.

Vos el remedio prestad
Á mis dudas y á mi agravio,
Pues os graduó de sabio
La academia de la edad;
Porque he menester, señor,
Si queréis que á tanto acuda,
Un ingenio á cada duda,
Un alma á cada dolor.
Y si, atlante, vuestros brazos
No me sostienen, recelo
Que ha de caer en el suelo
Hecha mi honra pedazos.
Si el peso os cansa y altera,
Causa es justa, y de los dos.

FERNÁN.

¡Por la majestad de Dios,
Que si sobre mí cayera,
Para dar al mundo asombro,
La máquina de zafir,
Ni al pecho hiciera gemir,
Ni hacer sentimiento al hombro!
Y tu caso, atropellado
Tiene el ingenio y valor;
Que, en efecto, es el honor
Más que los celos pesado.

DON JUAN.

Pues me dejáis, y no puedo
Determinarme, me voy;
Será mi oráculo hoy
La Paloma de Toledo.

Vase D. Juan, y sale el Rey.

REY.

¿Consultóse el memorial?

FERNÁN.

Sí, señor; y la fe dijo
Que viva el Rey, y mi hijo
Muera con este puñal.

Saca Fernán Pérez un puñal antiguo ó daga, y dásela al Rey.

REY.

Acción tan noble me advierte
Que eres sangre de Toral,
Pues me ofreces el puñal
Para dar á un hijo muerte.
Mas, aunque estimo la hazaña,
No es bien que dé tu valor,
Tan á costa de mi honor,
Segundas glorias á España.
Para otra gloriosa acción
Envaina el puñal severo;
Que no he menester acero
Para vencer mi pasión.
Y siente con más decoro
De mi honor, Guzmán; que es llano
No ha de hacer un rey cristiano
Lo que hizo en Tarifa un moro.

Vase el Rey.

FERNÁN.

Heroico Plauto español,
Vega ilustre, á cuya frente
Es corona conveniente
Los nobles rayos del sol,
Describe esta heroica hazaña,
Pues á ti conviene sólo
Sea coronista Apolo
De acciones de un Rey de España.

Vase.

Salen D.ª Violante, Elvira y Galván.

GALVÁN.

Airado estaba don Juan,
Mucho fué librarme dél.

DOÑA VIOLANTE.

¿El Rey vió al fin mi papel?
Gran mal has hecho, Galván.

GALVÁN.

Piadosas sois las mujeres,
Y pues que pido perdón,
Si pequé como quien soy (1),
Perdona como quien eres.

Sale D. Juan de Guzmán, y quédase á la puerta.

DON JUAN.

¿Dónde acudiré primero
De los dos que juntos miro,
Al cielo por quien suspiro,

(1) Falta la rima.

Ó á matar á este arbitrero?
¡Muere, infame, el del papel!

GALVÁN.

¡Tente!

DOÑA VIOLANTE.

De mí se ha amparado.

ELVIRA.

Válgale estar en sagrado.

DON JUAN.

Nunca le vale á un infiel.

GALVÁN.

Mátame agora, te ruego,
Que en sagrado estoy, y pido
Que en este lugar, sin ruido,
Me den sepultura luego.
Porque la hacienda más rica
No puede pagar, señor,
La cuenta del muñidor,
Que es peor que de botica.
Porque no hay herencia ya
Que no venga con enfado;
Que sólo la del ahorcado
Viene con comodidad,
Pues excusa la mochina
De capuz, y convidar,
Y otro día, de pagar
Los niños de la Doctrina.

DON JUAN.

Yo lo excusaré más bien
Dándote al aire en pedazos.

Va D. Juan tras Galván, y detiéneles D.ª Violante poniéndose en medio de los dos.

DOÑA VIOLANTE.

Vida le han de dar mis brazos.

DON JUAN.

Y á mí la muerte también;
Muerte tus brazos me den
Cuando ya morir me siento
Con mi celoso tormento,
Y dará envidia mi suerte
Si quieres darme la muerte
Con tan hermoso instrumento.
Su Alteza llegó á saber
Tu pena y mi amor, señora,
Y casarnos querrá agora;
¡Mira cómo puede ser!
Mi fe ha llegado á temer,
Y en este estado es mejor
Que mi muerte te dé honor,
Pues podrá decir mi labio
Que no me mató tu agravio,
Sino en tu casa el rigor.

DOÑA VIOLANTE.

¡Tú morir! Vive más años
Que al monte robusta encina;
Hice la prueba; examina
Mi fe, tu honor, tus engaños.

DON JUAN.

Pues ¿son mis celos extraños?

DOÑA VIOLANTE.

No son extraños tus celos.
Bien sientes.

DON JUAN.

Pues ¡santos cielos!
Un noble, ¿se ha de casar
Con mujer que dió lugar
Á bien fundados recelos?
Salir al campo es más llano
Para morir ó vencer,
Pues es forzoso volver
Á pelear con tu hermano.
Y si rendido á su mano
Diere señas de mortal,
Allí cesará mi mal;
Y si venciere con honra,
Huyendo de mi deshonra
Me pasaré á Portugal.
Morir tomo por partido,
Ó ausentarme en conclusión,
Pues ya mi imaginación
Agravios ha concebido;
Yo no he de ser tu marido;
Que somos para este estado,
Tú mujer, yo desdichado,
Y tengo por más honroso
Perderte por sospechoso
Que morir por confiado.

DOÑA VIOLANTE.

¿Así sientes de mi honor?
¿Así los nobles se quejan?
¿Así los bravos se dejan
Atropellar del dolor?
Esta es honra, éste es amor;
Tú me infamas, tú me quieres;
Tú, noble, villano eres;
Bien digo: no eres don Juan,
Ó eres el primer Guzmán
Que habla mal de las mujeres.

DON JUAN.

Á voces, de mi tormento
Daré dolorosas señas;
Que con el peso, las peñas
Suelen hacer sentimiento.
Hombre soy, mis males siento;
Alma tengo, no soy roble,
Y es, señora, trato doble,
Pues en caso semejante,
He de sentir como amante,
Y quejarme como noble.

Sale D. Alonso Palomeque.

DON ALONSO.

¿Qué hay, don Juan?

DON JUAN.

Temer y amar;
Resolución que os responde
Á sitio guíes adonde
Volvamos á pelear.

DON ALONSO.

Vamos.

DON JUAN.

Morir, ó matar,
Á mi honor conviene presto.

DON ALONSO.

Señalad, don Juan, el puesto.

DON JUAN.

Á vos os toca escoger.

DON ALONSO.

Pues seguidme donde ayer.

DOÑA VIOLANTE.

¡Hermano! ¡Don Juan!

Al irse los dos, y deteniéndolos D.ª Violante turbada, salen el Rey, Fernán Pérez de Guzmán y la gente que pudiere.

REY.

¿Qué es esto?

DOÑA VIOLANTE.

Don Juan el Segundo,
Celestial ejemplo
Del Príncipe godo,
Montañas de Oviedo,
Á tus manos piden
Mis males consuelo,
Justicia un agravio
Y piedad un ruego.
Ya sabes mi amor;
También que desciendo
De una de las ocho
Casas de Toledo.
Don Tel Palomeque
Fué mi bisabuelo,
Á quien degolló
El bravo don Pedro.
En San Antolín,
Á honor yace nuestro,
Coronado el nombre,
Sin cabeza el cuerpo.
No disputo, no,
Si bien ó mal hecho;
Acción fué de un rey,
Justa la venero;
Que el rey natural,
Sea malo ó bueno,
Sírvale el vasallo,
Y júzguele el cielo;
También que me llaman,
Desde el Tajo al Duero,
La Paloma hermosa,
Lustre de Toledo.
Diéronme este nombre
Aunque no me vieron
Bajar á los campos,
Arrullar terreros;
Que la noble fama
Se adquiere más presto
Cobarde en el nido,
Que surcando el viento.
Vivía yo en él,
Niña, corrigiendo
Plumas al copete,
No á los pensamientos,
Sin temer las flechas
Del hijo de Venus,
Cazador que mata
Cuando apunta ciego.
Flechábanme muchos
Galantes mancebos,
Mas ninguno daba
En mi blanco pecho,
Hasta que don Juan
Flechas tiró diestro;
Muchas al oído,
Á los ojos ciento.
No se perdió tiro,
Que el menos certero,
Si el ave se pára,
La derriba al suelo.
De lo que es el rayo,
Fué el arpón exento,
Pues me dejó sana
Y me abrasó el pecho.
Herida, á la tierra
Caí desde el cielo,
Pidiendo á sus brazos
Amor y remedio.
Todo fué piedades;
Al fin, caballero;
Que ningún rendido
Le hace soberbio.
Oliva le daba
Mi pico contento,
Y lazos de pluma
Mis alas al cuello.
Díle agradecida
Todo cuanto puedo
Dar enamorada,
Sin llegar al lecho.
En paz mis oídos
Gozaban requiebros,
Belleza los ojos;
Mas mudóse presto;
Que amor, envidioso,
No quiso, en efeto,
Que amase paloma
Sin la hiel de celos.
Una noche destas
Vió don Juan ¡ay, cielos!
Salir de mi casa
Á dos caballeros.
Súpolo mi hermano;
Mas ¿por qué te cuento
Lo que te habrá dicho
Su padre discreto?
Escríbile triste
Un papel, que el cielo
Le puso en tus manos
Por alto secreto.
Temió le mandases,
Como justiciero,
Honrase mi casa
Con su casamiento;

Que aunque le desea,
Teme, como cuerdo,
Sombras; que las lenguas
Las tienen de acero.
No he dicho á ninguno
Quién las sombras fueron,
Porque alguno vea
Que doy lo que puedo.
Tú solo lo sabes,
Pues dicen por cierto,
Que velan los reyes
Mientras que yo duermo.
La tierra á sus ojos
Descubre su centro,
Y los corazones
Todos los afectos;
Que á la providencia
De un santo gobierno,
Como al sol el mundo,
Muestra sus secretos.
Pues sabes quién es,
Te pido remedio,
Contra un poderoso
Te invoco severo.
Para corregirle,
Arroja del pecho
Al amor, que al fin
Es niño y es ciego.
Consulta á los años;
Que el romano pueblo
No dejaba entrar
Niños en consejo.
Ea, ilustre godo,
De magno guerrero
Imita lo más,
Si imitas lo menos;
Que es mayor hazaña
Vencerse á sí mesmo,
Que vencer sin armas
Ejércitos fieros.
La razón castigue
Lascivos deseos,
Y quede mi honor
Por ti satisfecho.
Harás generoso
Paces en tu pueblo,
Dichosa á mi casa,
Y tu nombre eterno.

REY.

Hermosa doña Violante,
El pecho cobarde anima,
Que mi razón quitará
Los estorbos á tus dichas;
Que no es bien hecho que á un rey
Pasión amorosa rinda,
Y tiranías intente,
Cuando violencias castiga.
Tus celos supe y cuidado,

Mirando á cada uno.

Tus afrentas, tus desdichas,
Y á restituiros vengo,
Honor, quietud y alegría.
Yo provoqué, caballeros,
Vuestras armas suspendidas,
Yo examiné de Violante
La constancia peregrina.
Yo no pude con mis ruegos
Á mis brazos reducilla,
Con temores al poder,
Á amor con lágrimas mías.
Noble es Violante, vasallos,
Y de un alto imperio digna;
Publíquenlo por el orbe
Mis ya sanadas heridas.
La fuerza de la verdad,
Y fe de un Rey, os lo afirma.

FERNÁN.

Y yo, con vuestra licencia,
Según fuero de Castilla,
La defenderé en campaña,
De sol á sol, cuatro días,
Como hidalgo caballero,
Cuerpo á cuerpo, pica á pica.

GALVÁN.

Bercebú te lo demande.

DON JUAN.

No hay quien te lo contradiga.

REY.

Pues da la mano á Violante.

DON JUAN.

Señor, Vuestra Alteza.....

REY.

Mira
Que nunca afrentan los reyes
Vasallos de tanta estima.

FERNÁN.

Su Alteza fuimos y yo,
Don Juan, quien con valentía
Te dimos de cuchilladas.

DON JUAN.

Pues ¿por qué no lo decías?
¿Por qué lo has callado, padre?

FERNÁN.

Porque á mi Rey convenía:
Dale la mano, ¿qué aguardas?

DON JUAN.

Y con la mano la vida.

Danse D. Juan y D.ª Violante las manos y van hacia el Rey.

DOÑA VIOLANTE.

Denos Su Alteza los pies.

REY.

Y los brazos, y dos villas.

DOÑA VIOLANTE.

Rey en Granada te veas.

DON JUAN.

Á tu fama sobrevivas.

GALVÁN.

Despáchame mis arbitrios,

Señor, sin que los remitas.

REY.

Después me veréis; y agora
Muestre el pueblo mi alegría;
Que soy padrino en las bodas.

DON ALONSO.

Honor á honor multiplicas.

GALVÁN.

Y porque es Galván casado,
No se casa con Elvira.

ELVIRA.

Y porque ella no quiere.

DON JUAN.

Y así voló, patria mía,
La Paloma de Toledo,
Sobre plumas más divinas.

FIN.



EL PIADOSO ARAGONÉS

EL PIADOSO ARAGONÉS

TRAGICOMEDIA

ACTO PRIMERO

PERSONAS

CARLOS, *príncipe*.
EL REY D. JUAN.
LA REINA D.ª JUANA.
DON PEDRO DE AGRAMONTE.
DON JUAN DE BEAMONTE.
EL INFANTE D. FERNANDO.
NUÑO, *escudero*.
DOÑA ELVIRA.
DOÑA ANA.
LAURENCIA, *labradora*.
DON BERNARDO ROCABERTO.

JESÚS, MARÍA, JOSEF. *ANGEL CUSTODIO.*

Carlos, Príncipe de Viana, y la reina D.ª Juana.

JUANA.
¡Tanta descompostura Vuestra Alteza!
CARLOS.
Si Vuestra Majestad con su aspereza
Me da la causa, ¿qué se admira?
JUANA.
Creo
Que le aconseja mal algún deseo.
CARLOS.
Yo no tengo deseo que no sea
Servidor suyo.
JUANA.
Si mi bien desea,
¿Cómo no me respeta y obedece?
Si porque soy madrastra le parece
Que no merezco, por quien soy, respeto,
Proceda con mis prendas más discreto;
Que si en ausencia de su padre tengo
De Navarra el gobierno, y por él vengo
Á que me quiera mal, esté seguro
Que yo no lo pretendo ni procuro,
Ni le quiero quitar lo que le toca.
Si esta sospecha á enojo le provoca,
Y, cuando por mujer del Rey su padre,
Se obligue á respetarme, y no por madre,
Advierta que merezco, no se inquiete,
Que por hija me estime y me respete
De don Fadrique Enríquez, Almirante
De Castilla; que estoy tan arrogante
De su sangre y valer, que no he pensado
Que fué de doña Blanca más honrado
El Rey su padre; mas yo haré de modo
Que esté seguro, con dejarlo todo.
CARLOS.
Señora, jamás tuve pensamiento
En deservicio vuestro; sólo siento
Que vos lo imaginéis.
JUANA.
Vuestro semblante
Os manifiesta el alma.

CARLOS.

No os espante
Que no esté muy alegre.

JUANA.

¿Qué os da pena?
¿Son mis hijos acaso? ¿Es sangre ajena?
¿No son vuestros hermanos? ¿No es Fernando
Digno de serlo?

CARLOS.

Estoy imaginando
Que, para defender vuestro partido,
Los de Beamonte deben de haber sido
Quien de mi amor en tal sospecha os pone.

JUANA.

¡Carlos, Carlos, no más! Quien descompone
La paz del reino, es un mortal deseo
De veros rey; que yo ni oigo ni creo
Hombres aduladores y fingidos;
Que tengo muy prudentes los oídos.
Retirad la ambición; que quien desea
Corta vida á sus padres, nunca crea
Que se alargue la suya. Sed discreto;
Que conforme tuviéredes respeto
Á vuestros padres, y obediente fuéredes,
Os le tendrán los hijos que tuviéredes.

Vase.

CARLOS.

¿Soy yo quien esto escucha? ¡No es posible!
¿Cómo se quejan de que soy terrible
Los que infamar pudieran mi paciencia?
¿En quién cupiera tanta resistencia?
Navarros, ¿yo soy príncipe, yo he sido
Príncipe de Viana, yo he nacido
De Blanca, hija de Carlos, Carlos Bravo,
Carlos, Rey de Navarra, ó soy esclavo
De una madrastra Enríquez castellana?
Mas ¿qué mucho que ya, siendo tirana
Del alma de mi padre, también sea
Del reino que gobierna y señorea?
No ha de pasar ansí, ¡viven los cielos!
Que quiere darme con Fernando celos:
Fernando, por quien ya, si hay lengua en ellas,
Consulta mi madrastra las estrellas
Déste que, ya Josef con sueños vanos,
Se quiere hacer señor de sus hermanos,
Y se promete ya reinar de España
Y en lo mejor que el mar de Italia baña.
Pues no ha de ser ansí; que al padre mío,
Aunque parezca al mundo desvarío,
He de hacer guerra, y de la altiva frente
Quitarle la corona justamente.

Éntre D. Juan de Beamonte.

BEAMONTE.

¿Qué es esto, invicto señor?
¿Qué le habéis dicho, que llora
La más heroica señora
Que tuvo español valor?
Respetalda, pues debéis
Á vos mismo este respeto.

CARLOS.

Beamonte, vos sois discreto
Y mis desdichas sabéis.
¿Cuál hombre hubiera tenido
El sufrimiento que yo?
Blanca, mi madre, nació
De Carlos; Carlos ha sido
Vuestro propietario Rey.
Si se casó con mi padre
Blanca, el reino es de mi madre
Por justo derecho y ley.
Pues ¿por qué ha de gobernar
Juana, segunda mujer
Suya, á Navarra, y tener
En su ausencia mi lugar?
¿Fáltame edad y prudencia?
¿Mi madrastra ha de tratarme
Desta suerte, y yo obligarme
Á tan infame paciencia?
¡Vive Dios! De hacerle guerra!
El Rey legítimo soy.

BEAMONTE.

Señor, vuestro padre es hoy,
Por Blanca, Rey de esta tierra.
Blanca, vuestra madre, fué
Su Reina; no tiene acción
Al reino; pero es razón
Que aquel lugar se le dé,
Que por padre le es debido;
El Rey lo es vuestro, y agora
En vuestra madrastra adora,
Y con razón, pues ha sido
No inferior á vuestra madre
En virtud, sangre y valor.
Respetad, cuerdo, el amor
Que le tiene vuestro padre;
Que con esto venceréis
Cualquiera pena y disgusto,
Y haciendo lo que es tan justo,
Á su tiempo reinaréis
Con la bendición que el cielo
Á la obediencia asegura,
Digna de vuestra cordura,
Nombre, entendimiento y celo;
Que hacer guerra á quien os dió
El sér que tenéis, no es hecho
De ese generoso pecho.

CARLOS.

No había menester yo,
Para salir más furioso,
Sino el verme detener;
¿Nunca habéis visto correr
Un arroyo caudaloso
Que la presa detenía;
Ó un caballo que, ligero,
No respetando el acero,
Pasar furioso porfía
Entre desnudas espadas,
Y que parece, al pasar,

Que se las quiere quitar
Con las manos levantadas?
Pues tal pienso agora ser
Que se me pone delante
Vuestro discurso ignorante,
Que me intenta detener.
Ya os entiendo, ya sé yo
Que á mi madrastra ayudáis
Contra mí, ya sé que estáis
De su parte.

BEAMONTE.

¿Quién os dió
Tan necias nuevas de mí?
Pudiera haberlo excusado;
Que á serviros obligado,
Como vasallo nací,
Y ninguno más leal.

Vase.

Entre D. Pedro de Agramonte.

AGRAMONTE.

Vuestra Alteza puede darme
Albricias.

CARLOS.

Para obligarme,
Don Pedro, á trataros mal,
Decidme algún buen suceso
De la Reina.

AGRAMONTE.

Ese rigor
No le debéis á su amor;
Que os quiere bien, con exceso,
Y agradecerle es razón.

CARLOS.

Yo lo creo; bien está.
¿Qué nuevas traéis?

AGRAMONTE.

Que ya
Sois Príncipe de Aragón.
Ya sabéis que vuestro padre
Con don Enrique, su hermano,
Hacía guerra en Castilla,
Que ha durado tantos años,
A su primo, el rey don Juan,
Quejoso de los agravios
De don Álvaro de Luna,
En que hay pareceres varios
Si es con justicia ó sin ella,
Y que, entre diversos casos,
Fué crédito de su celo
Cuando en Medina del Campo
Le vencieron los Infantes,
Pues en la plaza le hallaron,
Donde, si fuera su intento
Menos que piadoso y santo,
No se hincaran de rodillas
Para besarle la mano.
De todos estos discursos
Pienso que estáis informado,
Que son causa de su ausencia
Y de regir, entretanto,
La Reina á Navarra, reino
De vuestra madre heredado.
Don Alonso, vuestro tío,
Primogénito á Fernando,
Vuestro abuelo, aquel insigne
Rey prudente, heroico y sabio
De Nápoles, Aragón
Y Sicilia, el cetro humano
Trocó por mejor imperio,
Y goza eterno descanso;
Murió sin hijos, y deja
Á vuestro padre y su hermano
Sus reinos, de quien ya sois
Príncipe: mirad si os traigo
Nuevas que albricias merezcan.

CARLOS.

Daré, por vida de Carlos;
Que yo sé el amor que os debo.

AGRAMONTE.

Después, gran señor, de daros
Parabién de tantos reinos,
Y en vos tan bien empleados,
Con vuestra licencia voy
Por las albricias que aguardo
De la Reina mi señora.

Vase y detiénele.

CARLOS.

Yo tengo mucho que hablaros,
Don Pedro, en cosas que piden
Secreto y tiempo.

AGRAMONTE.

Á mi cargo
Está, señor, el secreto
De que puedo aseguraros
El tiempo á vuestra elección.

CARLOS.

Pues á Aragón nos partamos
Antes que mi padre llegue;
Que en reinos tan apartados
Podrá ser que mi madrastra
Quiera poner á Fernando.
Fernando, mi hermano, es mozo
De tal valor, que he pensado
Que con favor de la Reina
Y los deudos castellanos,
Me ponga en obligación
De que le ataje los pasos.

AGRAMONTE.

Los Agramontes, señor,
Con la vida y los vasallos
Estamos de vuestra parte;
Que los Beamontes contrarios,
Que á la Reina favorecen,
No los temáis.

CARLOS.

En llegando
Á pensar en Fernandillo,
Me tiembla el alma y las manos.

Éntren el infante D. Fernando y Nuño, de noche.

FERNANDO.
No me agradan, Nuño amigo,
Amores de la ciudad.
NUÑO.
Cautiva la voluntad,
De que soy también testigo,
¿Qué cosa puede agradarte?
FERNANDO.
Adoro en Estela.
NUÑO.
Es bella.
FERNANDO.
¿Por qué no se llama Estrella?
NUÑO.
Porque lo fuera de Marte
Siendo tuya, que lo eres,
Y de Venus quiere ser.
FERNANDO.
¿No hay en la ciudad qué ver?
NUÑO.
Antes hermosas mujeres.
FERNANDO.
En aquella casa vi,
Nuño, dos que me ponían
Devoción.
NUÑO.
Pues ¿qué tenían?
FERNANDO.
Mucha honestidad.
NUÑO.
Ansí,
Pues, no creas ojibaja;
Que hay destas zonza ó modorra
Que es como caldo de zorra.
FERNANDO.
Necedad, graves y bajas.
NUÑO.
Tienen fama de doncellas.
FERNANDO.
Y obras no.
NUÑO.
Dijo un discreto
Que el saber ese secreto
Está en que lo digan ellas;
Mas mira, la antigüedad
Á las sirenas pintaba
Medio mujeres, que daba
Indicios desta verdad;
Y así, déstas he pensado,
Por hablar sin ofendellas,
Que son la mitad doncellas
Y la otra mitad pescado;
Mas como quiera que sea,
Aunque honestidad fingida,
Á la mujer más perdida
Hace que nadie lo crea.
¡Gran virtud la honestidad!
FERNANDO.
Para engañar hay virtud.
NUÑO.
Así Dios me dé salud,
Que hace dudar si es verdad:
Hable una mujer honesta
Y abrase el mundo, señor;
Que la de mayor valor
Pierde su sér descompuesta.
Yo soy un pobre escudero
Que te sirvo siendo Infante
De Navarra, que es bastante
Para no tener dinero;
Y en viendo la recatada
En la reja ó el estrado,
Le doy cuanto tú me has dado,
Que es como no darle nada.
FERNANDO.
Algún día te daré.
NUÑO.
Esto, señor, de algún día,
Es dar con hipocresía,
En que se engaña la fe.
No hay cosa más inhumana
Sirviendo, y de más rigor,
Que ver un cuervo, señor,
Diciendo siempre «mañana».
FERNANDO.
Pues ¿qué me has dado tú á mí?
Lisonjas y necedades.
NUÑO.
No nos digamos verdades;
Que alguna vez te serví.
FERNANDO.
Alguna vez, yo te fío
Que algo te tengo de dar.
NUÑO.
Quien tanto puede esperar,
Mucho tiene de judío.
FERNANDO.
Todo lo echaste á perder
Con las cosas de esta noche.
NUÑO.
¿Qué diamantes ó qué coche
Diste á ninguna mujer?
FERNANDO.
No era fea la Beatriz,
Pero está un poco acabada.
NUÑO.
Está ya la flor pasada
Como entre vaca y perdiz;
Que ésta, como edad le sobre,
Aunque haya habido hermosura,
Será mujer más segura
Que una lámpara de cobre.
FERNANDO.
Bien dices, que asegurada
Está de toda malicia.
NUÑO.
No pone á nadie codicia
Si está mil años colgada.
FERNANDO.
Á Palacio hemos llegado:

Gente suena en el balcón.

NUÑO.

El reloj del corazón,
La hora te ha señalado.

Doña Ana, dama.

ANA.

¿Es el Infante?

FERNANDO.

Señora,
Si el alma os lo dijo, sí.

ANA.

¡Qué ventura!

FERNANDO.

Para mí.

ANA.

Ha llegado nueva agora
De que vuestro padre es ya
Rey de Aragón.

FERNANDO.

Buena fuera
Si yo heredarle pudiera;
Pero de por medio está
El Príncipe de Viana,
En quien se emplea mejor,
Que no ha hecho más valor
La naturaleza humana;
Que será rey dignamente
De Nápoles, Aragón
Y Sicilia.

ANA.

Con razón
Os amo tan tiernamente;
Pero ¿no podría ser
Que vos lo fuésedes?

FERNANDO.

No;
Que lo que el cielo le dió,
¿Quién lo puede merecer
Con más títulos?

ANA.

No trato
De sus méritos, señor,
Puesto que á vuestro valor
Pienso que responde ingrato;
Y mirad que suele haber
En la fortuna mudanzas.

FERNANDO.

Aun no quiero yo esperanzas
Que le puedan ofender.

ANA.

Una cosa haced por mí.

FERNANDO.

No la puede haber, señora,
Que os niegue quien os adora;
Digo mil veces que sí.

ANA.

Dadme palabra de ser
Mi esposo cuando seáis
Rey de Aragón.

FERNANDO.

No digáis
Cosa que puede ofender
La vida de Carlos.

ANA.

Yo
Este imposible os suplico.

FERNANDO.

Si mi amor os significo
En imposibles, ó no,
Esta palabra os lo diga,
Pues os la doy de casarme
Con vos, y quiero obligarme,
Si el dárosla á vos me obliga,
Que sois cielo para mí,
El día que de Aragón
Fuere rey; pero es razón
Que no se sepa, y fuí
Tan sólo amante, señora,
Que esta palabra os he dado,
Y que puede dar cuidado
Al que es su príncipe agora.

ANA.

Á mí me importa el secreto;
Y con esto, adiós.

Éntrese.

FERNANDO.

No sé
Que pruebe amorosa fe
Más de lo que yo prometo.

NUÑO.

¿Qué tenemos?

FERNANDO.

Vengo, Nuño,
Casado.

NUÑO.

¿Cómo casado?
¡Vive el cielo, que me has dado
Una estocada de puño!

FERNANDO.

Esta palabra le dí;
Pero fué la condición
Que en siendo rey de Aragón.

NUÑO.

Pues dame la misma á mí;
No digo de casamiento,
Pero de que me has de honrar.

FERNANDO.

No te quiero castigar
Por tan necio atrevimiento,
Y ansí os dejo, con razón,
Por loca á doña Ana, á ti
Por necio.

NUÑO.

¿Della y de mí
Te ofendes?

FERNANDO.

Pues ¿no es traición,
Viviendo mi hermano, hablar
En hacerme rey á mí?

NUÑO.

No.

FERNANDO.

¿Cómo?

NUÑO.

Escúchame.

FERNANDO.

Di.

NUÑO.

Si á mí me prometes dar
Por futura sucesión
Algo, Fernando invencible,
Y darme es cosa imposible,
No serás rey de Aragón.

FERNANDO.

Bachiller á toda ley.

NUÑO.

Pues cuando quieras reinar,
Jura que no me has de dar,
Y serás mañana rey.

Entren el rey D. Juan y Bernardo.

REY.

¡Extraña nueva!

BERNARDO.

La verdad te digo.

REY.

¿Es posible, Bernardo Rocaberto,
Que tenga un hijo yo por enemigo?

BERNARDO.

Dudaba yo, señor, que fuese cierto:
Fuí á verle, y es verdad que en campo armado
Se muestra tu enemigo descubierto,
Con un luciente arnés blanco y dorado,
En un bridón, y media lanza rota,
De acero en duras conchas escamado,
Á la rodilla de la negra bota,
Llegando por debajo de la cuja
La guarnición de la lustrosa cota,
En colores y plumas sobrepuja
Al árbol que mejor la primavera
Con esmaltadas flores se dibuja;
La gente, en fin, que conocí primera,
Me pareció la Casa de Agramonte.

REY.

Su propio rey dirán que Carlos era.

BERNARDO.

No sonaba por todo su horizonte
Otra cosa que cajas y trompetas:
Como eres Sol, pretende ser Faetonte.

REY.

¡Oh fortunas humanas, qué imperfetas
Sois en vuestros discursos, que me admiro
Si estáis á tanta variedad sujetas!
Apenas de Aragón el laurel miro
Resplandecer en mi dichosa frente,
Cuando por ser un labrador suspiro.
Mi hijo Carlos, que tan tiernamente
Amé, Bernardo, ¿contra mí la espada?.....
¡Que aquel sér que le dí, quitarme intente
La prenda que he tenido respetada
Del alma y de los ojos! ¡El respeto
Me pierde á mí, que no le ofendo en nada!
¡Carlos, tan gentilhombre, tan discreto,
Con alma tan feroz, desdicha es mía
Que no cupiera en él tan gran defeto!
¡Carlos su mismo padre desafía!
Algún Achitofél le da consejo,
Como á Absalón contra David hacía;
Pues mire que no puede haber espejo
De tan firme cristal, que no le rompa
La injusta sinrazón de que me quejo.
¿Qué habrá que la codicia no corrompa?
¿Qué obediencia y lealtad que no deshaga?
¿Qué obligación, qué paz que no interrompa?
¡Qué bien, Bernardo, tanto amor me paga!
¡Con qué amigo no fuera trato doble!
¡Qué bien en él mi sangre se propaga!
Pues guarde los cabellos de algún roble;
Si bien no habrá Joab tan atrevido,
Que vierta á mi pesar sangre tan noble.
Yo tengo aquel ejército lucido
Que me sirvió en Castilla, y en persona
Quiero darle el castigo merecido;
Y si digo verdad, porque le abona
Mi amor conmigo, y quiero yo guardalle;
Que aunque quiere quitarme la corona,
No puede la ocasión de perdonalle.

Doña Elvira, dama, y Laurencia, labradora.

LAURENCIA.

Daros quiero el parabién
Ahora que sola estáis.

ELVIRA.

Laurencia, del que me dais
Tendréis vos parte también.

LAURENCIA.

Después que en aquesta aldea
Con secreto habéis estado,
Mil veces he deseado
Saber, señora, quién sea
El dueño de aquesta hermosa
Prenda que gocéis mil años;
Que de amorosos engaños
He vivido sospechosa:
Ya del parto libre os veis;
Decidme si os he servido
En mi casa, aunque no ha sido
Como vos lo merecéis.
¿Quién os puso en ocasión
De perder vuestro sosiego?

ELVIRA.

Ya que á declararme llego,
Conociendo la afición
Que á mis cosas has mostrado,
Por no pagar mal tu amor,
Oye el que ha sido, en rigor,
La ocasión de mi cuidado:
Tuvo el Conde de Lerín,
Deudo del Rey de Navarra,

Una hermana que casó
Con el Duque de Bretaña.
Vino á Estella, en que se hicieron
Fiestas, cuyo gasto y galas
No perderá la memoria
Que dió su nombre á la fama.
Llevóla el Duque á su tierra;
Deste casamiento, en Francia
Nací yo; no sé si diga
Que para ser desdichada.
Murió mi padre en la flor
De sus años y en desgracia
Del Rey, porque en ciertas guerras
No le acudieron sus armas.
La Duquesa, con acuerdo
Del Conde su hermano, trata
De dejar su Estado á un hijo
Que de diez años quedaba.
Cuando mi padre murió,
Y con amor de la patria,
Vuelve á Navarra conmigo
Y vive en su antigua casa,
En tanto que yo, Laurencia,
En Estella me criaba.
Hubo guerras en Castilla,
Siendo, por dicha, la causa
Los Infantes de Aragón;
Si fué envidia la privanza
De don Álvaro de Luna,
Que entre las cosas humanas
Ninguna está más sujeta
Á la envidia y la mudanza.
Ya con la ausencia del Rey,
El Príncipe de Viana,
Su primogénito hijo,
Y la reina doña Blanca,
Comenzó á mostrar los bríos
Á pesar de su madrastra,
Segunda mujer del Rey,
Que este reino gobernaba;
Que gobierno de mujer,
En las historias humanas,
Aunque no quieran los hombres,
Y en las divinas, se alaba.
No sé si el Rey acertó,
Si bien es hoy doña Juana
Reina de tanto valor,
Como sangre de la Casa
De los Enríquez, pues vemos
Que toma Carlos las armas
Contra su padre, y le ayudan
De Cataluña y Navarra
Lo más poderoso y noble;
Que como tiene en Italia
Á Nápoles y á Sicilia,
Teme Carlos que no haga
Reyes de aquellos dos reinos
Los hijos de doña Juana,
Entre los cuales Fernando
Crece ya con tantas gracias,
Que muestra algunos aceros
De la sangre castellana.
Carlos, pues, ¡ay Dios, Laurencia!
Siendo yo en Palacio dama,
Me miró, sirvió y le dió
Á la Reina justa causa
Para mandarme volver
Á mi casa, en que ya estaba
Mi madre con pocas fuerzas
Para resistencias altas.
No quiso más el amor
Para ejercitar su aljaba,
Para infundir su veneno,
Para vencer mi arrogancia.
Papeles, pasos, porfías,
Tres enemigos del alma,
Tres contrarios de la honra,
Tres traidores de la fama,
Rindiéronme hasta las rejas,
Donde de noche le hablaba;
Que de ordinario por yerros
Comienzan nuestras desgracias.
Mucho pueden con nosotras
Las noches y las ventanas:
Las ventanas, porque escuchan,
Y las noches, porque callan.
En fin, Laurencia, las unas
Cubren mejor lo que pasa,
Y, con su ejemplo, las otras
Acercan más las palabras.
Finalmente, no faltó
Alguna de mis criadas
Que abrió una noche la puerta.
¡Oh, qué necia confianza!
¡Qué mal se defienden pechos
Donde paredes no bastan!
Ni hay guarda en la voluntad
Si ella misma no se guarda.
Pues viéndome en ocasión
Que mi amorosa desgracia
Ya quería descubrirse
Con esto que llaman faltas,
Que nunca con más razón
Aqueste nombre le llaman
Si lo que en el cuerpo sobra
Descubre el honor que falta,
Dije al Príncipe el peligro,
Que una noche, disfrazada,
Me trujo secretamente,
Laurencia amiga, á tu casa;
Y cuando con este infante
Me levanto de la cama,
Contenta de imaginar
Alguna loca esperanza,
Tengo nuevas de que Carlos
En tales peligros anda,
Sacando, por mal consejo,
Contra su padre la espada.
Este es mi triste suceso;
Que no es posible que salga
Carlos en paz de esta guerra
Si es tan injusta la causa.

LAURENCIA.
¡Ay, señora! ¿Qué es aquesto?
¡Por la aldea gente armada
Que hacia nosotras se acerca!

ELVIRA.
No temas, porque ya el alma
Ha conocido su dueño.

LAURENCIA.
Presencia tiene gallarda.

Carlos, D. Pedro y soldados.

CARLOS.
Retiraos todos, y aquí
Quede don Pedro.

ELVIRA.
Señor,
Galán os hace el rigor;
Nunca más gallardo os vi.
¿Dónde camináis ansí,
Tantas plumas, tanto acero?

CARLOS.
Volar, doña Elvira, quiero
Para alcanzar un laurel,
Y coronarte con él,
Á pesar del mundo, espero.
No pueden las sinrazones
De mi madrastra obligarme
Á obediencia, sino á darme
Armas, furias y ocasiones.
Las banderas y pendones
Que ves en tanto escuadrón,
No contra mi padre son;
Que no es contra la obediencia
Tomar un hombre licencia
De defender la razón.
Dicen que viene marchando
Contra mí; ya le deseo;
Que de mi justicia creo
Que no se vaya alabando.
Mi madrastra, gobernando;
Yo, sujeto, ya tan hombre:
¿Quién habrá que no se asombre
Que esto en mi deshonra ordene,
Pues fué Blanca, por quien tiene
De rey de Navarra el nombre?
Pero dejando el furor
De Marte, ¿cómo has estado
Después que el cielo me ha dado
Tal prenda de tu valor?

ELVIRA.
Como quien tiene, señor,
Un espejo en que miraros;
Que para ausente gozaros,
Fué remedio celestial,
Porque sólo en tal cristal
Pudiera amor retrataros.

CARLOS.
Ten ánimo y confianza,
Elvira, en estas banderas,
Que á pesar de envidias fieras
Has de lograr tu esperanza;
Que si la vida me alcanza,
Yo daré satisfacción
Á tu sangre y opinión
Con tan debidas ventajas.

Toquen.

PEDRO.
Señor, trompetas y cajas
Alborotan tu escuadrón.
El Rey se acerca: ¿qué esperas?

CARLOS.
Elvira, quédate adiós;
Que ya se ven de los dos
Frente á frente las banderas.

ELVIRA.
Carlos, ¡de sus armas fieras
Te guarde el cielo!

CARLOS.
Sí hará;
Esperanzas llevo ya
En mi valor y en mi celo;
Que es justo que acuda el cielo
Donde la justicia está.
Tú, en tanto, Elvira, procura,
Entre aquestos labradores,
Á tu prenda, á tus amores,
Cuya gracia y hermosura
Guarde el cielo á más ventura,
Dar el bautismo entretanto,
Que espero en el cielo santo
Ser rey de seis reinos solo,
Antes que la luz de Apolo
Cubra el estrellado manto.

Váyase.

ELVIRA.
¡Plega al cielo que te dé
Victoria! ¡Ay, Laurencia amiga,
Que Carlos le desobliga
Para que en su ayuda esté!

LAURENCIA.
No es el primero que fué
Culpado en querer reinar.

ELVIRA.
Aunque se pudiera dar
Disculpa á tan gran deseo,
Contra su padre no creo
Que se puede disculpar.

Cajas, soldados, el Rey, Bernardo y D. Juan de Beamonte

REY.
¿Qué no podrán detener
Amor y justa piedad?

BERNARDO.
Mire Vuestra Majestad
Que quieren acometer.

REY.
¿Es posible que ha de ser?

BERNARDO.
Señor, ¿qué remedio tiene
Cuando ya el Príncipe viene?

REY.
¿Es posible que ser yo
El mismo que le engendró
No le avergüenza y detiene?

BEAMONTE.
Tanto sientes, ofendido,
Ver que en él la espada empleas,
Que parece que deseas
Ser del Príncipe vencido.

BERNARDO.
Señor, que mires te pido
Que das ánimo á su gente.

REY.
¡Cómo se ve claramente
Que nuestro amor es mayor!
Pues el verle sin amor
Es lo que mi pecho siente.
No el ver la guerra cruel
Que intenta, aunque la debiera
Sentir más que no me quiera,
Cuando yo me miro en él.
Amor, espejo fïel,
Es en los dos desigual:
Yo le miro en el cristal,
Y así en él me miro á mí;
Él por la espalda, y ansí
No ve lo que trata mal;
Porque si él en mí se viera
Como yo en él, claro está
Que la pena que me da
Como suya recibiera;
Y por eso, amor espera,
Persuadiendo y porfiando
Y el castigo dilatando,
Para que mude consejo,
Por no quebrar el espejo
Adonde me estoy mirando;
Que la justicia, obligada
Á castigar esta vez,
Quisiera como jüez,
Con vara, y no con espada;
Mas no siendo respetada,
Que se guarde le aconsejo;
No se fíe, si le dejo,
En que en mi espejo se vió,
Que tengo un Fernando yo
Que me servirá de espejo.

Toquen.

BERNARDO.
Señor, ¿qué estas esperando?
¿Esto sufres?

REY.
Acabad
Vosotros con mi piedad
Lo que está amor dilatando.

BEAMONTE.
Tanto se van acercando,
Que has de huir ó resistir.

REY.
Huir no se ha de decir,
Aunque de un hijo es amor,
Porque es más hijo el honor,
Y el honor no sabe huir.

Tocan.

BERNARDO.
Pues di, ¿qué habemos de hacer?

REY.
¿No has visto un jüez que da
Términos? Pues esto es ya
Justificar el vencer.

BEAMONTE.
¿El honor quieres perder?

Tocan.

REY.
No, Beamonte, el honor no:
El término se acabó;
Saco la espada, y repara
En que, aunque es de acero, es vara
Que la justicia me dió.
Séame el cielo testigo
Que voy, como un tiempo Roma,
Contra quien las armas toma
Para mí, como enemigo.
Hasta aquí llegó conmigo
Mi amor: no pasa de aquí,
Que el acero á Carlos vi.

BEAMONTE.
Navarra dicen.

REY.
¡Traición!
Pero decid Aragón;
Que ya no voy contra mí.

Esta guerra suene dentro, y al irse á entrar el Rey salga Nuño.

NUÑO.
¿Quiere Vuestra Majestad
Oir á Nuño?

REY.
Es razón.
Pídeme, Carlos, perdón,
Que aún llevo aquí la piedad,
Que después no hay voluntad
Que disculpe tanto error.

NUÑO.
No sirvo á Carlos, señor;
De Fernando soy criado.

REY.
Pues, Nuño, ¿á qué te ha enviado
Fernando en tanto rigor?

NUÑO.

Á que licencia le des
Para entrar en la batalla.

REY.

No lo nombres, Nuño; calla.

NUÑO.

Advierte.....

REY.

Locura es;
Dile, Nuño, que me ves
Opuesto al encuentro fuerte.

NUÑO.

Que está ya muy cerca, advierte.

REY.

Pues dile que no hay lugar;
Que no se han de aventurar
Dos hijos en una suerte;
Que si me castiga Dios
Y de mis culpas se acuerda,
Más vale que el uno pierda
Que no aventurar los dos;
Pero yo confío en vos
De que victorioso quedo.
Dos ojos son; mas sin miedo
Á perder uno entraré;
Que con uno ver podré,
Pero sin los dos, no puedo

Éntre.

NUÑO.

¡Oh mozo intrépido, lleno
De arrogancia y ambición,
Que armado de presunción
Das á tu padre veneno!
¿Dónde vas precipitado?
¡Qué furioso, qué valiente
Entra, animando su gente,
De furia y de acero armado!
Parece que los navarros
Llevan la parte mejor,
Que del Príncipe el valor
Van imitando bizarros.
Mas ya con valientes manos
Les prueban bien los arneses
Los fuertes aragoneses
Y gallardos castellanos,
Que han venido en su favor,
Que el cielo al Rey favorece;
Como la batalla crece,
Crece también el furor.
De las fiestas de la tierra,
Ninguna á aquésta igualara,
Si hubiera quien alquilara
Ventanas para la guerra.
¡Qué bien los Emperadores
Romanos lo conocían,
Que en su anfiteatro hacían
Pelear los gladiadores!
Pero ya se declaró
La victoria por el Rey;
Causa justa, y justa ley:
Aquí la razón venció.
Al Príncipe llevan preso;
Acabóse en su prisión
El rayo de su ambición.
¡Dichoso y justo suceso!

El Rey y soldados, y D. Bernardo.

REY.

¡Gracias al cielo que sabe
Castigar atrevimientos!

BERNARDO.

Aquí, vencedor invicto,
Traen al Príncipe preso.

Don Juan y el Príncipe, y soldados.

CARLOS.

Halle piedad, no perdón,
Pues sé que no le merece (1)
Un hijo que te ha ofendido.

REY.

Carlos, la espalda te vuelvo;
Que yo sé que si te miro,
Es el perdonarte cierto.
Llevalde preso al castillo
De Monroy.

CARLOS.

Señor, confieso
Que cortarme la cabeza
Es de mis culpas lo menos.
Vuélveme el rostro, señor;
Señor, óyeme.

REY.

No quiero;
Que temo que la vergüenza
Te mate de lo que has hecho.

CARLOS.

Antes por eso lo digo,
Porque, según los ofendo,
Es muy cierto que podrán
Darme tus ojos veneno.
Pero tan honrada muerte,
Más que castigo, era premio:
Mas no quieres que te vea,
Viendo que morir no puedo,
Si de mi Rey soberano
Condenado el rostro veo.
Apelo de Rey á padre,
Y de padre á Rey apelo,
Porque entrambos me castiguen
Y entrambos me den remedio.

REY.

¡Carlos, Carlos, no me muevas!

CARLOS.

Vea yo tu rostro, y luego
Manda quitarme la vida.

REY.

No le tuviste respeto
Con el acero desnudo

(1) Falta la asonancia.

Que me pusiste á los pechos,
¿Y quieres verle vencido?

CARLOS.

Sé, señor, que si ofendemos
Á Dios, verle arrepentidos
Fué siempre el mayor remedio.

REY.

Ya vuelvo, Carlos, á verte;
Vesme aquí.

CARLOS.

Pues ya te veo,
Dame tu mano á besar.

REY.

Carlos, óyeme primero:
Hijo, y llamarte yo ansí
Ya dice que te perdono,
Siendo crédito y abono
Mi amor, que vuelve por ti,
Yo fío que hallar en mí
Piedad tan mal merecida,
Será enmienda de tu vida;
Que para segundo error,
Apenas halla el amor
En su piedad acogida.
¡Que á la Real Majestad,
Carlos, te hayas atrevido!
Disculpa alguna ha tenido
En tu loca mocedad,
Rebelarte á la piedad.
No hay en las leyes escritos
Castigos, aunque infinitos
Merece tan gran traición,
Porque después del perdón,
Son infames los delitos.
Das por causa de tu culpa
Que en el gobierno dejé
A la Reina, y esto fué
Lo que más, Carlos, te culpa;
Que no puede ser disculpa
Que está Navarra ofendida
De no ser de ti regida;
Que no porque fué tu herencia,
Te dan las leyes licencia
Para quitarme la vida.
¿Cuál te ha dado más aquí,
Blanca, tu madre, en dejarte
Á Navarra por su parte,
Ó yo, que ese sér te dí?
Ser hombre heredas de mí,
Si della este reino, Carlos;
Que los reinos pueden darlos
La fortuna y el poder;
Los padres solos el sér,
Luego es justo respetarlos;
Fuera de que míos son
Sicilia y Nápoles ya;
Luego más da quien te da
La corona de Aragón.
Pensé ponerte en prisión,
De Monroy en el castillo;
Pero ya me maravillo
De que cogiese en mi pecho,
Porque con no haberlo hecho,
Me ha pesado de decillo.
Respeta, Carlos, á Juana,
Siquiera porque te dió
Hermanos; si te obligó
Ser naturaleza humana,
¿La nobleza castellana
Qué debe á Blanca tu madre?
Y cuando nada te cuadre
De su virtud y valor,
¿Por qué no tendrás amor
Á quien le tiene tu padre?
Querer el reino quitarme
Es codicia mal sufrida,
Que no es tan larga la vida
Que no podrás esperarme.
Yo fío que has de obligarme
Con hacerte resistencia;
Ten, finalmente, paciencia,
Con que al cielo obligarás:
Mira que no reinarás
Si te falta la obediencia.

CARLOS.

Rey y señor, si el errar
Es de hombres, hombre soy yo;
Á mi error debéis que os dió
Ocasión de perdonar;
Que es virtud tan singular,
Que en Dios, Rey omnipotente,
Se alaba por eminente;
Que no pudiera ser Dios
Si no diera, como vos,
Perdón á quien se arrepiente.
En nada el haber nacido
Tan señor habéis mostrado,
Como en haber perdonado
Quien tanto os ha ofendido.
Alta imitación ha sido
De Dios perdonarme vos,
Quedando amigos los dos
Después de culpas inmensas,
Porque perdonar ofensas
Es atributo de Dios.
Palabra os doy de enmendarme
Y de ser hijo obediente;
Vuestra vida el cielo aumente,
Pues dos vidas queréis darme.
La gloria del perdonarme
Hace mayor vuestra gloria;
Más que el vencerme, es memoria
Que no ha de cubrirla olvido;
Que es perdonar al vencido
El triunfo de la victoria.

REY.

Carlos, de vuestra palabra
Quedo yo muy satisfecho;
Á Zaragoza me voy,
Que tomar en ella quiero
La corona de Aragón.

Vanse.

CARLOS.
¡Mil años os guarde el cielo!
BEAMONTE.
¡Piadoso valor!
BERNARDO.
¡Notable!
CARLOS.
Don Pedro.....
PEDRO.
Señor.....
CARLOS.
¿Qué haremos?
PEDRO.
Recoger, si ya es posible,
Esa gente que va huyendo.
CARLOS.
Bien dices; que no es razón
Que porque en el mar soberbio
Haya visto un navegante
Fortuna y tiempo deshecho,
Si llegó al puerto con vida,
Cobre al agua tanto miedo
Que no se vuelva á embarcar.
Recoge esa gente luego,
Que el cielo en mi pretensión,
Pues me da favor el reino,
Si hoy está tempestuoso,
Mañana estará sereno.

ACTO SEGUNDO

DE

EL PIADOSO ARAGONÉS

PERSONAS

El rey D. Juan.
Don Pedro de Agramonte.
Doña Elvira.
El infante D. Fernando.
El príncipe Carlos.
Doña Ana.
Nuño.
Don Juan de Beamonte.
Laurencia.
Un labrador.
Un Alcalde villano.
El Almirante de Castilla.
Don Bernardo.
Mendoza.
Soldados.

JESÚS, MARIA, JOSEF. *ANGEL CUSTODIO.*

Toquen cajas, y salga Carlos, la espada desnuda, y D. Pedro.

CARLOS.

¡Brava desdicha!

PEDRO.

Parece
Que tus intentos, señor,
Con cuidadoso rigor
El cielo desfavorece,
Puesto que escapar de presos
No admite queja ninguna.

CARLOS.

¿Qué quiere hacer la fortuna
De mí, con tales sucesos?
Otra vez probé la espada
Contra el Rey, y otra vez salgo
Vencido.

PEDRO.

Carlos, si valgo
Por nuestra amistad jurada
Y el amor que has visto en mí,
No esperes en Aragón;
Que te ha de vender traición
Y el Rey vengarse de ti;
Que si te prende otra vez,
Habiéndote perdonado,
No te ha de valer, airado,
Tener el padre jüez.
Dos batallas has perdido
Con más gente; pues ¿qué esperas,
Si dejando tus banderas,
Sales huyendo vencido?
Dos veces, Carlos, hiciste
De tu fortuna experiencia,
Y en desigual competencia
Su disfavor conociste.
¿En qué tendrás confianza?

CARLOS.

Raimundo, en esta ocasión,
Ser príncipe de Aragón
Puede alentar mi esperanza.

Nápoles me ha de mirar
Como quien presto ha de ser
Su rey, ó Sicilia hacer
Á mis intentos lugar.
Fuera de eso, en Barcelona
También me darán favor,
Por la inclinación y amor
Que muestran á mi persona.
Necedad es esperar
Á que el Rey me prenda aquí;
Que puesto que adora en mí,
Me ha de querer castigar;
Y para larga prisión,
Si le falta la piedad,
Mi impaciente libertad
No ha de tener condición.
Fernandillo está en Navarra
Con bríos de competir;
Su madre me ha de seguir,
Que es por lo Enríquez bizarra.
Todo está ya conjurado
Contra mí; pero no importa;
Que ningún suceso acorta
Las riendas de mi cuidado.
Agora pienso correr
Con más furia á mi deseo.

PEDRO.

Pues si no le amainas, creo,
Carlos, que te ha de perder.
Gente que nos sigue suena.

CARLOS.

¡Quién pudiera despedirse
De Elvira, si permitirse
Puede gusto en tanta pena!

PEDRO.

Señor, que se acercan, mira.

CARLOS.

Pues adiós, mi prenda amada;
Que está la fortuna airada,
Contra tu hermosura, Elvira.

Entren los músicos de labradores, y luego, en forma de Bautismo, con el niño, Laurencia y el Alcalde, de padrinos.

UNA VOZ.

Este niño se lleva la flor,
Que los otros no.
Este niño atán garrido,

TODOS.

Se lleva la flor,

VOZ.

Que es hermoso y bien nacido;

TODOS.

Se lleva la flor.

VOZ.

La dama que le ha parido,

TODOS.

Se lleva la flor.

VOZ.

Cuando llegue á estar crecido,
Ha de ser un gran señor.
Este niño se lleva la flor,
Que los otros no.

ALCALDE.

¡Pardiez, que pertenecía
Para un niño tan horrendo!

LAURENCIA.

No, no, sino reverendo;
Hablad con más cortesía.

ALCALDE.

Pues ¿qué más tiene?

LAURENCIA.

Callad;
Que no han de saber quién es
El muchacho.

ALCALDE.

Digo, pues,
Que el mejor de la ciudad
Había de ser padrino.

LAURENCIA.

Que vos sois bueno, Juan Prieto,
Porque ha de ser con secreto.

ALCALDE.

¿Vino ya el cura?

LABRADOR.

Ya vino.

ALCALDE.

Mirad si se ha puesto ya
La camisa por defuera.

LABRADOR.

Ya con el guisopo espera,
Y el niño esperando está.
En habiendo chapuzado
Este mochacho en la pila,
Tengo de bailar con Gila:

LAURENCIA.

El baile no os dé cuidado;
Cuidad de la colación.

ALCALDE.

¡Bien conocéis el padrino!

LAURENCIA.

Tendréis tostones y vino.

ALCALDE.

Tengo en arrope un lechón
Que puede comerle el Rey.

Nuño y Mendoza, soldado.

MENDOZA.

Por aquí dicen que huyó
Carlos.

NUÑO.

Carlos acertó
En huir á toda ley;
Que aunque es padre y enemigo,
Para segunda traición,
Larga y obscura prisión
Fuera piadoso castigo:
No merece Carlos ya
Perdón del Rey ofendido,
Que dos veces le ha vencido.

MENDOZA.

Con causa enojado está.

NUÑO.
¿Qué gente?
LAURENCIA.
¿No veis, soldado,
Que vamos á bautizar
Un niño?
MENDOZA.
En este lugar,
¿Habrá, por ventura, estado?
NUÑO.
Buenos hombres desta aldea,
¿Pasó Carlos por aquí?
LABRADOR.
Dos hombres huyendo vi,
Puede ser que alguno sea;
Que en ellos se conocía
Que eran hombres de valor:
Agua me pidió el mayor;
Mostréle una fuente fría
Que es término deste valle,
Y allá debieron de ir:
No tengo más que os decir,
De que eran de lindo talle.

El Rey D. Juan y soldados.

BEAMONTE.
Ya no hay que hacer diligencia;
Dicha tuvo en escaparse.
REY.
¡Qué mal sabe aprovecharse
De mi piedad y paciencia!
MENDOZA.
Dicen estos labradores
Que le vieron por aquí.
REY.
No huyas, Carlos, de mí,
Que te aconsejan traidores.
¿Dónde va esta gente, Nuño?
NUÑO.
Llevan á la iglesia un niño;
Y cáusame admiración
Ver un manteo tan rico
Entre tanto sayal pardo;
Que en tan pobres edificios
No se tejen pasamanos.
BEAMONTE.
¿Habránle acaso traído
De la ciudad?
ALCALDE.
No á la fe;
Que aquí los tiene más lindos
Una dama de la corte,
Madre del muchacho mismo.
REY.
¿Dama de la corte aquí?
LAURENCIA.
¡Callad, que estáis sin jüicio!
ALCALDE.
Pues ¿qué importa que lo sepan?
¿No veis que van de camino?
REY.
¿Cómo se llama esa dama?
ALCALDE.
Juan Prieto, señor.
REY.
No digo,
Sino esa dama.
ALCALDE.
¿La dama?
¡Ah, sí! No lo había entendido.
Doña Elvira Abarca.
REY.
¡Ay, cielos!
¿No es del Príncipe, mi hijo,
Esa dama la inquietud?
BEAMONTE.
Así en Navarra se ha dicho.
REY.
Y ¿es suyo el hijo?
ALCALDE.
Pues ¿quién
Queréis que le haya parido?
REY.
¿Y qué nombre le ponéis?
ALCALDE.
Juan Prieto, señor.
LAURENCIA.
El niño,
Dice su mercé.
ALCALDE.
¡Ah, sí!
¿El niño, señor? Carlitos.
REY.
¿Qué tengo ya que dudar?
¡Extraño suceso ha sido!
¡Por qué camino, don Juan,
Siguiendo aquel enemigo
Que me debe tanto amor
Y tan grandes beneficios,
Del primer hijo que tiene,
Vengo á hallarme en su bautismo!
Y ¿sabéis también vosotros
De su padre el apellido?
ALCALDE.
Juan Prieto, señor.
REY.
Su padre
Digo.
ALCALDE.
Pensé que el padrino.
BEAMONTE.
Señor, la fortuna, el cielo,
Que es lo más cierto, ha traído
Aquí á Vuestra Majestad,
Porque por ningún camino
Puede sujetar á Carlos,
Ni tenerle más rendido,
Que con tener esta prenda;
Que llevándola consigo
Donde con guardas se críe,
Es como tener cautivo

Su corazón, y vivir
Seguro de su enemigo.
Haga Vuestra Majestad
Cuenta que con este anillo
Tiene á Carlos en el dedo,
Sin que pueda, fugitivo,
Rebelarse contra él.
Haga prenda en este niño,
Alma del Príncipe, y crea
Que el pensamiento atrevido
De reinar, tiene en prisión.

LAURENCIA.

¿Qué habéis hecho, qué habéis dicho,
Juan Prieto? Que éste es el Rey.

ALCALDE.

¿El Rey?

LAURENCIA.

¿Quién hubiera sido
Tan bárbaro como vos?

ALCALDE.

Si yo lo hubiera sabido,
No estuviera tan barbado.

LAURENCIA.

Vos estáis en gran peligro;
Que el niño quieren prender.

ALCALDE.

Eso no, mientras yo vivo;
Alcalde soy desta aldea,
Y está fuera de las cinco.

REY.

Beamonte, aunque yo pudiera
Vengarme de Carlos hoy,
Pues no, porque abuelo soy:
Crueldad el prenderle fuera.
Nunca Dios permita y quiera
Que un ángel ponga en prisión,
Pues que los niños lo son;
Porque Dios es Rey de reyes,
Y en su cielo, nuestras leyes
No tienen jurisdicción;
Que si Dios prendió en el cielo
Un ángel, causa le dió:
Ingrato se rebeló;
Pagó su soberbio celo.
Á éste, en humano velo,
No toca, por inocencia,
Del padre la inobediencia,
Porque el serme desleal
No es pecado original,
Que viene por ascendencia.
Parece cosa incapaz
De mi Majestad y nombre,
Vencer, peleando, un hombre
Y cautivar un rapaz;
Bajo triunfo en guerra y paz;
Que si este niño, en rigor,
Imita á Amor, no es honor;
Antes puede parecer
Triunfo de alguna mujer
Que lleva atado al Amor.
Pareciera cosa impropia,
Si fuera en carro triunfante,
Llevar un niño delante,
Hecho de mi sangre propia;
Que si de su padre es copia
Y yo le vengo siguiendo,
Haz cuenta que al ir corriendo,
En el niño tropecé,
Y que mientras que le alcé,
Se me fué su padre huyendo.

BEAMONTE.

Perdone Tu Majestad
Que segunda vez responda.

REY.

Decid como corresponda
Á mi grandeza y piedad.

BEAMONTE.

No es quitar la libertad
Á un ángel, prenderle aquí;
Á su padre sí, que ansí
Es como prender al mismo;
Ni es ángel sin el bautismo;
Niño é inocente, sí;
Y aun no sé si es inocente,
Porque me atrevo á pensar
Que le podemos culpar
Por hijo de inobediente.
Bien sé que el niño no siente
En lo que puede culparse,
Pero no puede excusarse
De que culpa le alcanzó,
Pues su padre le engendró
Cuando pensó rebelarse.
No es triunfar de un niño, hacer
Prenda á tu seguridad;
Ni se ofende tu piedad,
Ni la gloria del vencer;
Un diamante viene á ser,
En que llevas el valor
De su padre, gran señor;
Que aunque saliste á buscalle,
¿Cómo habías de alcanzalle
Si tropezaste en su amor?

REY.

Muchas veces he estimado,
Rocaberto, tus consejos;
Esta vez, en mi piedad,
Poco lugar les concedo.
Dirás, si volviese Carlos,
Que de mi arrepentimiento
Nacerían muchos daños:
Yo quiero pasar por ellos.
Mostradme el rapaz.

LAURENCIA.

¡Señor,
No negaréis, á lo menos
Que es vuestro nieto!

ALCALDE.

Á la fe,
Que á voces lo está diciendo.

NUÑO.

Pues ¿en qué os parece á vos

Que se parece á su abuelo?

ALCALDE.

En el andar y la barba;
Pues en el habla, no hay ciego
Que no lo echase de ver.

REY.

¡Qué rostro! ¡Bendiga el cielo
Tu hermosura! Llega, Nuño:
Mírale bien, porque quiero
Que le alabes á Fernando.

NUÑO.

Más le alabaré tu celo;
Que es á un segundo, señor,
Desaire que pica en necio,
Alaballe los sobrinos,
No siendo después de muertos.

REY.

Ahora bien, yo soy padrino:
Vamos á la iglesia, y luego
Le daréis diez mil escudos
Para mantillas, diciendo
Á su madre que me pida
Cuando se acabaren éstos;
Y que yo no la visito,
No por enojo que tengo,
Mas sólo porque la iglesia
No sabe que soy su suegro.

NUÑO.

¡Buen padrino, labradores!

ALCALDE.

¡Voto al sol, que hay henchimiento!
Señor, no le llame Carlos,
Porque no le salga avieso;
Que son los Carlos dimuños.

REY.

Pues ¿cómo queréis?

ALCALDE.

Juan Prieto.

Don Fernando y D.ª Ana.

FERNANDO.

Ya viene á causar donaire,
Señora, vuestra porfía.

ANA.

En siendo esperanza mía,
La fundaréis en el aire.

[illegible]

Pues ¿no es el pedirme error,
Que os ratifique, señora,
Palabras quien os adora,
Que son más aire que amor?

ANA.

¿No me la disteis de ser
Mi esposo cuando seáis
Rey de Aragón? ¿Qué dudáis?
El tiempo lo puede hacer:
El tiempo alarga ó ataja
De la vida el mortal vuelo,
Los valles levanta al cielo,
Y los altos montes baja.
El tiempo tan vario es,
Que con igual ligereza,
Muchos pies hace cabeza,
Y muchas cabezas pies.
Desde la corona altiva
Al que de pieles se calza,
Humildes pechos ensalza,
Soberbias pompas derriba.
¿Qué imperio el tiempo ha dejado
Que pueda permanecer
Lo que era adorado ayer,
Esta mañana olvidado?
Pues entre tantas mudanzas,
Más que la luna y el viento,
¿Por qué no tendrán aliento,
Fernando, mis esperanzas?

FERNANDO.

Señora, bien sé que el tiempo
Muda, deshace y olvida,
Y que el mudar nuestra vida,
Es del tiempo pasatiempo;
Bien sé que no pára un punto,
Y que á ninguno reserva;
Bien sé que de polvo y yerba
Se cubren Troya y Sagunto;
Que donde muros se vían,
Hoy se miran soledades,
Y que no están mil ciudades
En el lugar que solían.
Y bien sé de sus efetos,
Que pudo en breves instantes
Hacer que mil ignorantes
Nos pareciesen discretos.
Poderoso el tiempo es;
Muros y cetros perdonen;
Que no sin causa le ponen
Alas en manos y pies.
Mas ¿qué puede el tiempo hacer
Que á mí me esté bien pensar?
¿Qué montes se han de mudar
Para que yo venga á ser
Rey de Aragón si, por dicha,
En estas guerras fundáis
De Carlos, lo que esperáis?
También puede mi desdicha
Hacer que salga vencido
El Rey. Pues ¿qué hará de mí
Quien trata á su padre ansí?

ANA.

Fernando, causa he tenido
Para pensar que seréis
Rey de Aragón que algún día
Sabréis; y de mi porfía,
Menos culpa me daréis.
Si me queréis, es rigor
Contra mi gusto argüir;
Que obedecer y sentir
Son los dos polos de amor.
Si yo ser vuestra deseo,
Dejadme, si sois servido,
Con la palabra que os pido,

Entretener el deseo.

FERNANDO.

Digo, señora, que yo
Seré vuestro si soy rey
De Aragón.

ANA.

Pues si la ley
De los nobles se fundó
En perder antes la vida
Que quebrar palabra dada,
Yo quedo tan confiada
Como estoy agradecida.
Y cuanto á mi pensamiento,
Con el laurel de Aragón
Dios os guarde; que no son
Todas las palabras viento.

Vase.

FERNANDO.

Si palabras son viento; si declara
Cuanto el humano proceder previene,
Que de tan fácil fundamento viene
Desde la abarca á la mayor tiara;
Si cuanto del poder mortal se ampara
Es viento que las vidas entretiene;
Si cuanto aquí esta máquina contiene
Es viento, en viento vive, en viento pára:
El viento viene á ser de grande estima,
Porque si el oro y el mayor contento,
La fama y gloria que la vida anima,
Tienen en sólo el viento el fundamento,
Y es todo viento cuanto el mundo estima,
Lo más precioso viene á ser el viento.

Entre Nuño.

NUÑO.

¿Podré besarte la mano?

FERNANDO.

¡Oh Nuño, el más bien venido
Que amigo ó criado ha sido!

NUÑO.

Luego no he venido en vano;
Que mi tardanza te advierte
Que estuve bien ocupado.

FERNANDO.

Notablemente has tardado;
Todo lo perdona el verte.
¿Qué hay de mi padre y mi hermano?
¿Cómo no me dió licencia?

NUÑO.

Quiere el Rey su inobediencia
Castigar de propia mano.
Á todo estuve presente,
Y aunque te importa, señor,
Traigo á tu heroico valor
Otra nueva diferente.

FERNANDO.

¿Nueva de importancia?

NUÑO.

Y mucha.
Pero contaré primero
Lo que hay de Carlos.

FERNANDO.

Ya espero
Con mil deseos.

NUÑO.

Escucha:
Sacó tu hermano don Carlos,
Ya Príncipe de Viana,
Como agora de Aragón
Y de lo mejor de Italia,
Con determinado intento
Su ejército á la campaña
Contra su padre, en Aibár,
Junto á Estella de Navarra.
Puso el Rey el suyo enfrente,
Y al són de trompas y cajas,
Parecen Pompeyo y César
En los campos de Farsalia,
Aunque aquellos dos reñían
Por la majestad romana,
Y aquí un hijo con su padre
Por sólo un jirón de España.
Allí hermanos, allí amigos,
Sacan también las espadas;
Que no hay en guerras civiles
Sangre ni amistad que valga.
Los Agramontes le ayudan;
Mas siendo injusta la causa,
Carlos perdió la victoria
De la sangrienta batalla,
Y no sólo fué perdella;
Que para mayor desgracia
Fué preso y traido al Rey,
Que le habló vuelta la espalda.
Pero como la piedad,
Virtud en el Rey tan alta,
Que Aníbal, Antonio Pío
Ni Lucio Emilio le igualan,
Al falso arrepentimiento
De la venerable cara
Volvió el aspecto Real,
Y con modestas palabras
Perdona á Carlos, que apenas
Se vió libre, cuando trata
De rebelarse otra vez,
Y vuelve á tomar las armas.
Vuelve á vencerle su padre,
Y cuando le sigue, pasa
Por una pequeña aldea,
Donde bautizando estaban
Un hijo natural suyo
Y de doña Elvira Abarca,
Que allí parió de secreto
Y fué en Pamplona su dama.
Aconsejaban al Rey,
Y no mal le aconsejaban,
Que hiciese prenda del niño
Como segura fianza
Para la quietud de Carlos;
Pero su piedad es tanta,

Que quiso ser su padrino
Al darle el agua sagrada.
Sin esto, liberalmente
Le dió para su crianza
Diez mil escudos, en tanto
Que Carlos vuelve á Navarra.
Carlos, pues, con estas nuevas,
Que á ser de materia humana
Aquel invencible pecho,
Donde está Nerón por alma,
En vez de rendirse al Rey,
Viendo la piedad más rara
Que se refiere en historia
Ni guarda en bronce la fama,
Dándole los catalanes
Favor, con nueva arrogancia
Tercera vez vuelve á ser
La destrucción de su patria.
Este es, Fernando, el estado
En que tu padre se halla
Á esta sazón, perseguido
De un hijo que tanto amaba;
Pero, como otro David,
Parece que á todos manda
Guardar de Absalón la vida,
Que el mismo fin le amenaza.
La nueva que prometí,
Y que por ventura aguardas,
Es de Castilla; está atento,
Que te ha de ser de importancia.
Hizo el cardenal Venerio,
Como Legado en España
Del Papa, las amistades
Del rey Enrique y su hermana,
Y deshecho el juramento
Que á la Beltraneja daban
(Perdone el término humilde,
Que así en Castilla la llaman),
En los toros de Guisando
Se ven los dos y se abrazan.
Juran princesa á Isabel
De Castilla, hermosa Infanta,
Y para que no haya estorbo,
Á la reina doña Juana
Prendieron, y el Arzobispo
De Sevilla queda en guarda;
Pero arrepentido el Rey,
Y para echar de su casa
Á Isabel, trata en secreto
Con don Alonso casarla,
Rey de Portugal, y viendo
Que este novio no le agrada,
Porque debe de entender
Que de Castilla la aparta,
Por los consejos de algunos
Á quien toca la Beltrana,
Trata ponerla en prisión;
Pero ella, discreta, escapa.
Un hermano del rey Luis
Por el Cardenal de Francia
La pide; pero no quiere
La nobleza castellana
Bodas con guerras forzosas,
Y así les parece darla
Á quien merezca en Castilla
Su señora propietaria.
Van al Duque de Segorbe,
Que sabiendo que llegaban
Por él, á besar les dió
La mano con arrogancia.
«¡Qué buenas manos, le dijo
Un castellano, y qué blancas
Que tiene Vueseñoría!»
Y dió la vuelta á la raya;
Que como rey y compadre
Los castellanos buscaban,
No querían quien tan presto
Los enseñase las garras.
Van luego por el Girón,
Maestre de Calatrava,
Y muere junto á Madrid
Por ciertas locas palabras
Que dicen que dijo al cielo.
Pienso que se las levantan,
Que ningún cuerdo dijera
Agravios debiendo gracias.
Con esto, de ti se acuerdan,
Fernando, y con justa causa
Tomen los votos del mundo,
Que en Citia, en Persia, en Arabia,
Dirán que sólo Fernando
De Aragón puede llevarla,
Con exceso de virtudes,
De glorias y de esperanzas,
La cátedra de Isabel.
Tú, cuando vengan, no hagas
Lo que hicieron los que dije:
Humilde, indigno te llama;
No des á besar las manos,
No te digan que son blancas
Y nos quedemos en blanco;
Ni digas al cielo chanzas,
Que con la menor cometa
Tiembla á los reyes la barba.
Haz lo que los gatos suelen,
Que con humildad aguardan,
Puestas las manos dos horas,
A que el ratoncillo salga;
Pero en echando las uñas,
Por esos tejados saltan.
Humíllate hasta pescar
Á Isabel, que si la agarras,
Tú serás rey de Castilla
Con la moza más gallarda,
De más ingenio y más brío
Que esta edad ni la pasada
Vieron jamás en el mundo,
Aunque entren Dido y Cleopatra.
¿Qué es Cleopatra, ni qué es Dido?
Digo que aunque éntre mi dama,
Porque, con estar sin seso,
Quiero que le rinda parias.

FERNANDO.

Nuño, extrañas nuevas son:
La de mi hermano, de pena,
Y la de Castilla, llena
De deseo y confusión:
De deseo, por llegar
Á ser de Castilla rey;
De confusión, por la ley
Que á un noble debe obligar.
Dí la palabra á doña Ana
De ser su esposo, y la debo
Amor; conque no me atrevo,
Aunque Isabel castellana
Fuera tan diverso empleo.

NUÑO.

¡Vive Dios, que si pensara
Que en ti tal respuesta hallara,
Me fuera á volver guineo!
Aunque no era menester
Gente rubia, ¡vive Dios!
Que estoy.....

FERNANDO.

Sabiendo los dos
Que más se debe á mujer
Guardar la palabra dada,
Que á los hombres, ¿dices eso?

NUÑO.

¿Qué palabra fuera exceso
De culpa, ni aun fuera nada,
Por ser de Castilla rey?
Aunque se la hubieras dado
Al Turco, estás obligado
Á ti por más justa ley;
Y es gran servicio de Dios
Poner en paz á Castilla,
Que no puede reducilla
Sino es casaros los dos.
Ya tu abuelo el Almirante
Trata de venir por ti.
No hay que replicar aquí,
Más ignorante que amante.

FERNANDO.

Nuño, mi ventura es llana.
Escribir quiero á mi padre.

NUÑO.

No dijera una comadre:
«¿Dí la palabra á doña Ana.»
¡Cuerpo de tal! ¿Qué la debes
Para que dejes de ser
Rey de Castilla?

FERNANDO.

Es mujer,
Nuño, de favores breves;
Que no hay quien los labios abra
Á decir lo que no hay.

NUÑO.

Pues ¿qué holanda ó qué cambray
Te dió sobre esa palabra?
El santero que traía
La imagen que á besar daba,
Al que no daba y besaba,
«Oye, hermano, le decía,
Como si no la besase.»

FERNANDO.

No sé que haya obligación
Fuera de mi condición.

NUÑO.

¿No dió limosna? Pues pase.
Y para que algo me des
Si sales de ser Infante
De Navarra, Dios mediante,
Que quien da los reinos es,
Toma este bello retrato
De Isabel, que no le diera
Á quien su esposo no fuera.

FERNANDO.

No te seré, Nuño, ingrato.
Como de envidias me salve,
¡Qué celestial maravilla!
¡Salve, reina de Castilla!

NUÑO.

¿Rezastes alguna Salve?

FERNANDO.

¡Por Dios, que es bella señora!

NUÑO.

No la ve más bella el sol
Desde que al orbe español
Viene en brazos de la aurora.

FERNANDO.

Suyo soy.

NUÑO.

Venga conmigo,
Señor, Vuestra Majestad.

FERNANDO.

¡Ay Dios, si fuera verdad!

NUÑO.

Verdad es, pues yo lo digo;
Y anímate.

FERNANDO.

¿En mis razones
No lo ves?

NUÑO.

Ya las alabo;
Que un rubio, si sale bravo,
Es más que cien mil leones.

Váyanse, y entren D.ª Elvira y Laurencia.

ELVIRA.

Tanta liberalidad
No merece ingratitud;
Que es soberana virtud
La magnánima piedad.
Muero de pensar, Laurencia,
Que Carlos, tan obligado,
Vuelva otra vez obstinado
Á seguir su inobediencia.
Tan buen padre, ¿merecía,
Por tan heroica piedad,
Pagalle en tanta crueldad,
Desobediencia y porfía?
Que en ser rebelde no cesa.

LAURENCIA.

Dicen que los catalanes,
Oro, gente y capitanes
Le han dado para esta empresa.
Si vieras, señora mía,
Cómo de mozos y viejos
No admitía los consejos
Que le dieron aquel día
Para poner en prisión
Tu hijo y su nieto, hicieras
Más sentimiento; y si vieras
Con qué gusto y afición
Sacó el muchacho de pila,
No dudo que aborrecieras
Á Carlos.

ELVIRA.

Carlos, ¿qué esperas?
Que tu valor aniquila
El ser á tu padre ingrato;
Que si merece castigo
Serlo á un amigo, ¿qué amigo
Te sufriera tan mal trato?
No sé qué pueda esperar.
Si vence, es victoria infame,
Por más que justa la llame
Loca ambición de reinar;
Pero si sale vencido,
¿Qué será de mí, Laurencia?

Carlos y D. Pedro.

CARLOS.

Esta vez, con más licencia
Te puedo hablar atrevido.

ELVIRA.

¡Jesús! ¿Eres tú, señor?

CARLOS.

Yo soy; no temas, Elvira,
Y si temes, vuelve y mira
Donde pierdas el temor;
Escucha tanto rumor
De trompetas y de cajas;
Que esta vez con más ventajas
Vuelvo contra el Rey cruel.

ELVIRA.

Como del cielo Luzbel,
Destos altos montes bajas.

CARLOS.

No lo creas, que hoy verás
Á Carlos rey de Aragón;
Que no puede mi razón
Sufrir más ni aguardar más.
¿Cómo disculpa les das
Á ochenta años? ¿Hasta cuándo
Quiere el Rey vivir reinando?
Dice que me tiene amor:
¿Así se quiere, en rigor,
Pues me trae peregrinando?
Artajerjes, á Darío,
Su hijo, el reino le dió;
Pithio, á su mujer dejó
Tanto imperio y señorío;
Y aunque gentil desvarío,
Su hija muerta adorar
Hizo un rey de Egipto, y dar,
Metida en un buey de oro,
Como á Dios ara y decoro,
Sacrificio, honor y altar.
Estos son padres, Elvira;
Este es amor paternal,
No tratar los hijos mal,
Que amar y hacer mal, mentira.
Si la obligación te admira
De no haber preso á su nieto,
Páguesela su respeto;
Que él no lo hizo por mí,
Que si bien su padre fuí,
Él fué su primer conceto.
Si le dí á tu Carlos sér,
Aquel fué que á mí me dió;
Luego el sér que le dí yo
Es sér de su mismo sér.
Pues ¿qué le puedo deber
De que libre me ha dejado,
Si el muchacho perdonado
Es á su sér tan igual,
Que yo de su original
Le saqué para traslado?
Quererme á mí perseguir
Y dejarle libre á él,
Es que está mirando en él
Lo que ha llegado á vivir;
Debe de temer morir,
Y como el muchacho vió,
Dijo: «Aquí mi edad llegó;
Pues no quebréis ni hagáis daños
Al espejo de mis años;
Él viva y míreme yo.»

ELVIRA.

¡Ay, Carlos, qué sinrazones
Te enseña la pretensión
De algunos que á tu ambición
Hallan injustas razones!
¿Qué sirven los escuadrones,
Del persa Jerjes retrato,
Tanto marcial aparato
Por la tierra y por la mar?
Que no se puede lograr
Quien es á su padre ingrato.
Los que á sus hijos dejaron
Reinos, coronas é imperios,
No afrentas, no vituperios,
Virtud y obediencia hallaron;
Que muchos los castigaron
Con la pena merecida;
Que el hijo que es patricida
Y rebelde á su piedad,
No espere, que es necedad,
Que Dios le alargue la vida.
¿Qué importa que tan galanes
Soldados pretendan glorias?
Porque Dios da las victorias,

No espadas ni capitanes.
Caballeros catalanes,
Así mozos como viejos,
Haced oficio de espejos,
Y pido dignos testigos;
Que no son buenos amigos
Los que dan malos consejos.

PEDRO.

Señora, ninguno ignora
Que en esta guerra hace mal.

ELVIRA.

Ayudarle en caso igual
Es obediencia traidora.

PEDRO.

Nadie aconseja, señora,
Al Príncipe.

CARLOS.

Si de ti
Hubiera pensado aquí
Que esto, Elvira, me dijeras,
Bien sé yo que no me vieras.

ELVIRA.

Oye.

CARLOS.

No más.

ELVIRA.

Oye.

CARLOS.

Di.

ELVIRA.

Ven á ver tu hijo, y mira
De más cerca lo que vió
Tu padre.

CARLOS.

No quiero yo
Ser afeminado, Elvira.

ELVIRA.

Tu crueldad, Carlos, me admira.

CARLOS.

Como á mí tu necedad.

ELVIRA.

Y sientes.....

CARLOS.

La libertad
De que con ella me hables.

ELVIRA.

¡Qué dos ejemplos notables
De crueldad y de piedad!

Entren el Rey, el Almirante de Castilla y Bernardo.

ALMIRANTE.

Lo que he tratado con vos,
No nace de ser mi yerno;
De lo mejor de Castilla,
Don Juan, ha sido decreto;
Y pues Dios no ha permido
Que de tantos casamientos
Alguno se ejecutase,
El de Fernando, mi nieto,
Debe de tener guardado
Para mayores sucesos.
Nuestra Reina ha de ser suya;
Que si algún voto diverso
Desta opinión se declara,
Ni hace opinión, ni es de efeto.

REY.

Almirante de Castilla,
Vos sois de Fernando abuelo;
Claro está que estimaréis
Darle de Castilla el cetro.
No tengo yo qué deciros,
Ni es mi intento encareceros
Las virtudes de Fernando,
Dignas de tan alto premio.
No se sepa en Aragón
Que va á ser rey de aquel reino;
Partíos, y yo enviaré
Á mi Fernando á su tiempo,
Porque si nos ven tratar
Estas cosas, estoy cierto
Que ha de haber algún estorbo,
Y es imposible el secreto.

ALMIRANTE.

Guárdeos el cielo, don Juan,
Para que veáis los reinos
De Castilla y de León
En vuestro hijo y mi nieto.

Vase.

REY.

No quiero yo de mi vida
Mejor fin: guárdeos el cielo.
¡Oh alegre y dichoso día!
Nunca de mayor contento
Se vistieran mis sentidos,
Si Carlos, como deseo,
Reducido á mi obediencia,
Dejara los pensamientos
De quitarme la corona,
De quien sospecho que presto
Fuera mi heredero en paz;
Que si vivo, es porque creo
Que el cielo alarga mi vida
Para castigar su intento.

Entre D. Juan de Beamonte.

BEAMONTE.

¿Está aquí el Rey?

REY.

¿Qué hay, don Juan?

BEAMONTE.

No quisiera ser correo
De nuevas que te han de dar
Tanta pena y sentimiento.

REY.

¿Vive Carlos?

BEAMONTE.

Carlos vive.

REY.

Pues no puede haber suceso

Que me dé pena.

BEAMONTE.

Sí hará,
Pues con ejército nuevo,
Que ayudan los catalanes,
Te viene á quitar el reino.

REY.

¿Es posible?

BEAMONTE.

Sí, señor.

REY.

Bien dijiste; ahora pruebo
El sentimiento, y tan grande
De ver su rigor le tengo,
Que, ó sea por mucha edad,
Ó por ser tanto su exceso,
Rompiéndola, presa el alma,
Vienen á mis ojos tiernos
Dos tempestades de llanto.
Ingrato hijo, ¿qué es esto?
¡Tres veces contra tu padre!
Qué, ¿no han de tener sosiego
Tus crueldades, Carlos mío?

BEAMONTE.

¡Llora el Rey!

BERNARDO.

Está muy viejo.

BEAMONTE.

El lienzo pone en los ojos.

BERNARDO.

Tal dolor le oprime.

REY.

¡Ay, cielos!
¡Ay, Beamonte! ¡Ay, don Bernardo!
¡Ay, hijo Carlos! ¿Qué es esto?

BEAMONTE.

¿Qué tienes, señor?

REY.

Amigos,
De tal manera acudieron
Lágrimas ó humor helado
Á los ojos, que no veo.

BERNARDO.

¿Cómo no? Vuelve, señor.

REY.

Y ¿lo dudáis? ¡Estoy ciego!

BEAMONTE.

¡Extraño caso!

REY.

¡Esto pudo
Carlos! ¡Esto á Carlos debo!

BERNARDO.

Debe de ser el humor,
Que debe de andar revuelto;
Sosiega un poco en la cama.

REY.

Carlos, que acertaste es cierto
En cegarme con tus penas,
Porque es sin duda que, viendo
Tu cara, fuera imposible
Castigar tu mal deseo;
Tenlo por mala señal,
Que debe de ser que el cielo,
Para que no te perdone,
Quiere que te mire ciego;
Mas no sé cómo ha de ser
No perdonar tus excesos;
Que si hay ojos en el alma,
Ya con el alma te veo.

ACTO TERCERO

DE

EL PIADOSO ARAGONÉS

PERSONAS

Don Pedro.
Don Juan.
Nuño.
El Rey.
Doña Elvira.
Carlos.
Fernando.
Doña Ana.
Laurencia.
Raimundo.
Don Bernardo.
España.

JESÚS, MARÍA, JOSEF. *ANGEL CUSTODIO.*

Carlos con bastón. D. Pedro y soldados.

CARLOS.
Esta carta he tenido.
PEDRO.
¿Qué puede darte, Príncipe, cuidado?
CARLOS.
¡Por Dios, que lo he sentido!
¡Fernando, ya con Isabel casado,
Príncipe de Castilla!
PEDRO.
¿Es envidia, señor, ó maravilla?
CARLOS.
Todo, Agramonte, todo.
¿Qué es esto, cielos? ¡Príncipe mi hermano
Por tan extraño modo,
No menos que del reino castellano
Su rey será mañana!
PEDRO.
Tal promete de Enrique la edad cana.
CARLOS.
¿No era mejor casalla
Del Rey francés con el gallardo hermano,
Ó, por más cerca, honralla
Del Rey de Portugal, y al lusitano
Valor dar la defensa
De su Castilla contra tanta ofensa?
¿Pudiera en todo el orbe
Hallarse más valiente caballero
Que el Duque de Segorbe?
¿Qué mejor sangre, qué mejor acero
Que del Girón famoso,
Que del Pacheco ilustre y generoso?
PEDRO.
No es justo que te espante
Que en tan alto lugar le constituya
Su abuelo el Almirante;
Pero todo resulta en gloria tuya,
Pues no pudo tu mano
Darte mejor vecino que tu hermano.
Vióle Isabel, y creo

Que fué conformidad de sus estrellas
Su amoroso deseo.

CARLOS.

Eso es amor, lo que conciertan ellas.

PEDRO.

Partes tiene Fernando
Que merecen amor viendo y hablando.

CARLOS.

Aun eso justo fuera;
Mas yo conozco de Fernando el brío.

PEDRO.

¿Qué pudo hacer que fuera
Más en tu honor?

CARLOS.

Casarse lo fué mío,
Pero no lo que intenta,
Pues ya contra mi amor su pecho alienta.
Sabiendo que marchaba
Contra mi padre á Zaragoza, airado,
Cuando apenas estaba
Con Isabel en Dueñas desposado,
Perdiendo su locura
El respeto debido á su hermosura,
Licencia le ha pedido
Para venir á defender con gente
Á su padre oprimido;
Y ella, que tiene el corazón valiente,
De sus brazos se olvida,
Y no le pesa que licencia pida;
Y como están agora
Tan pobres como, en fin, quien vive huyendo,
La liberal señora
Le dió sus joyas, con que gente haciendo,
Hacia Aragón camina,
Y salirme al encuentro determina.

Raimundo, catalán, éntre.

RAIMUNDO.

La gente que sospechabas
Que de Zaragoza sale,
Invicto Príncipe, viene
De Castilla y de otras partes;
Don Fernando la conduce,
Ya no de Navarra Infante;
Que la fortuna es mujer,
Y tales mudanzas hace.
Pues, Príncipe de Castilla,
Viene poderoso Marte,
Como dicen sus banderas,
Á defender á su padre.
Una cigüeña de plata
En azules tafetanes
Tremola al viento, y la letra,
«Agradecido á criarme»;
Que dicen que, á la vejez,
A sus padres estas aves
Piadosamente sustentan.

CARLOS.

¡Qué de locos disparates!
Esto parece á la fénix,
Que, después de muerta, nace
De sus cenizas al sol.
¡Qué mentiras tan notables!
Ó como aquello del cisne,
Que al morir, con voz süave
Canta, no habiendo en el mundo
Quien haya visto que cante.
Del pelícano se escribe
Que el pecho á sus hijos abre;
¡Necedad, pues mejor fuera
Darles trigo, que no sangre!
Pues ¿quién oye de los peces
Escribir las propiedades?
¡Cosas, en fin, de poetas!

PEDRO.

Son para ejemplos morales,
Cuya doctrina excelente
Es á los hombres más fácil.
Allá, en el tiempo de Esopo,
Hablaron los animales.

CARLOS.

Y agora también, don Pedro.

RAIMUNDO.

No es posible que no marchen,
Señor, muy cerca de ti;
Que retumban estos valles
Con las cajas y trompetas.

Soldados y Nuño.

NUÑO.

Hablarle quiero: dejadme.

CARLOS.

¿Qué es eso?

NUÑO.

Nuño, señor.

CARLOS.

¿Á qué vienes, Nuño?

NUÑO.

Á hablarte;
Que no vengo á ser espía.

CARLOS.

Nuño es hidalgo; dejalde.
¿De parte de quién me buscas?

NUÑO.

¿Ya no sabes de qué parte?

CARLOS.

¿Envíate Fernandillo?

NUÑO.

Fernandillo siendo infante,
Pero agora Fernandazo
Me envía, que quiere hablarte
Antes que saquéis la espada.

CARLOS.

¡Qué oración tan elegante!
Como es el dueño, así envía
El embajador. ¡Matalde!

NUÑO.

No se me llegue ninguno;
Que, ¡voto á Dios, que le mate!
Y no es de reyes quebrar

Las leyes de honor, que valen
Al que fuere embajador.

CARLOS.

Embajadores truhanes
No gozan del privilegio.

NUÑO.

Del Príncipe abajo.

PEDRO.

¡Tate!

NUÑO.

No hay tate ni tata aquí;
Yo soy don Nuño Fernández,
Hijo de Fernando Nuño
Y de doña Elvira Sánchez;
Mi abuelo fué Sancho Ordóñez,
Hijo de Ordoño Velázquez,
Nieto de Velasco Pérez,
Bisnieto de Pedro Ibáñez,
Rebisnieto de Ibán López,
Tataranieto, por madre,
De Lope Ortuño, que fué
Cuñado de Tello Juárez,
Hijo de Caín y Abel,
Mis abuelos, que Dios guarde.

CARLOS.

Dejalde.

NUÑO.

No hay para qué;
Que el Príncipe viene á hablarte.

Don Fernando, con bastón, y soldados.

FERNANDO.

Fiado en que mi justo atrevimiento,
Príncipe de Aragón, será admitido
De ti como de hermano, hablarte intento.

CARLOS.

Seas, Fernando amigo, bien venido;
Que con igual amor é igual contento
Te doy el parabién de haber tenido
Tanta dicha en casarte.

FERNANDO.

Así lo creo,
Y justamente pagas mi deseo.

CARLOS.

Ya, en fin, puedo llamarte de Castilla
Príncipe.

FERNANDO.

Á mi Isabel debo ese nombre.

CARLOS.

Á muchos das envidia y maravilla;
Llegaste á gran lugar por gentilhombre.

FERNANDO.

Merecer á Isabel no fué servilla,
Y no elegirme entre cien mil te asombre,
Si el ser tu hermano méritos me ha dado,
Que no el ser de Isabel más bien mirado.
Eso de la persona, cosa es llana
Que te tocara si Isabel te viera:
Llamóme la nobleza castellana.

CARLOS.

Tal rey tener en ti, Fernando, espera;
Pero he tenido á cosa poco urbana,
Que acción de un labrador apenas fuera,
Dejar tu esposa tan recién casado,
Y más estando el rey Enrique airado.

FERNANDO.

Por ser la causa, Carlos, tan piadosa,
Aunque tanto le importa mi presencia,
Me dió licencia mi querida esposa,
Que no viniera yo sin su licencia.

CARLOS.

¿Qué causa pudo serle tan forzosa,
Y á ti en esta ocasión de tanta esencia,
Que debieses dejarla y darla celos?

FERNANDO.

¡Mejor te guarden, Príncipe, los cielos!

CARLOS.

Luego ¿doña Ana no te habrá traído?

FERNANDO.

Yo no me acuerdo de mujer ninguna;
De un padre sí, que tienes oprimido,
Ya viejo y ciego, sin razón alguna.
¿No te parece que ocasión ha sido,
Si tú le pones en tan vil fortuna,
Que le venga ayudar? ¿No es justa cosa
Dejar por él los brazos de mi esposa?
¿Qué importa que, enojado el rey Enrique,
Contra su hermana injusta guerra intente,
Ni que el amor de mi Isabel replique
Para que no la enoje estando ausente,
Para estorbar que al mundo signifique
Que soy del rey don Juan hijo obediente,
Y que tu hermano soy, para que venga
Donde mi amparo como padre tenga?
Y así, te ruego, mi señor y hermano,
Que con mejor acuerdo consideres
Que es caso aun en las fieras inhumano
Y que le intentes tú siendo quien eres.
¿Qué puede ya vivir un hombre anciano?
¿Es mucho, joven tú, que á un viejo esperes?
¿Es inmortal el Rey? Pues ¿qué recela
Tu edad? El reino es tuyo; el tiempo vuela.
Vuelve, Carlos, ¡por Dios! vuelve en tu acuer-[do;
Que navarros y fuertes catalanes
Saben que no es el tuyo intento cuerdo,
Pues ganas lo que es tuyo cuando ganes;
Que cuando aquí de Perpiñán me acuerdo,
Cercado de franceses capitanes,
Es lástima que se entren por tu tierra
Por hacer á tu padre injusta guerra.
Allí sí que te espera tanta gloria
Como de alzar el cerco te resulta;
Vasallos tuyos son, y ¿en tu memoria,
Olvido tan ingrato los sepulta?
Aquí tienes dudosa la victoria,
Que el ofendido cielo dificulta;
Vencer un suegro á César, hijo infame,
Un padre, ¿cómo quieres que te llame?
Carlos, yo soy menor; Carlos, yo tengo

Reino, gracias á Dios que me le ha dado;
Ni á darte enojo ni á inquietarte vengo;
Vengo de tus intentos lastimado.
Ahora con palabras te detengo,
Mas si prosigues, de mi padre amado
Tomaré la defensa con la espada,
De tu misma crueldad desobligada.

CARLOS.

Docta oración para mayor hermano:
Basta, que vienes ya más elocuente
Después que de su reino castellano
Isabel te ha nombrado pretendiente.
Pareceráte á ti que soy tirano,
Y tú, Fernando, el hijo que, obediente,
Viene ayudar su padre, y que del cielo
Merece mil victorias tu buen celo,
Sin recibir en cuenta los agravios
Que de Juana, tu madre, he recibido,
Pues nunca para mí movió los labios
Que incitando á mi padre no haya sido.
Los capitanes y vasallos sabios
Que en este grueso ejército he traído,
La causa justifican, pues que vienen.
Valor, entendimiento y honra tienen.
Deme el Rey á Navarra, pues es mía:
¿Pídole yo sus reinos y corona?
Por mi madre fué rey; él, ¿qué tenía
Sino sólo el valor de su persona?
Yo me obligo á vivir desde este día
Sin salir de los muros de Pamplona,
Si es justo que esta edad de un heredero
Viva en una ciudad pobre escudero.
Á fe que si tú fueras, que él te hubiera
Dejado el mundo, si del mundo, hermano,
Todo el laurel universal tuviera;
No á mí, que soy de Blanca hijo villano.
Yo no levanto contra el Rey bandera,
Ni de sus reinos quiero ser tirano;
Contra quien le aconseja, sí, que ha sido
Por quien vivo del Rey aborrecido.
Eso de Perpiñán, al Rey le toca;
Defiéndale al Francés, pues es su hacienda;
Que la que tengo yo, pues es tan poca,
No quiero que ninguno la defienda;
Mas si el amor que dices te provoca,
Recién casado, á despreciar tu prenda,
No aventuremos gente; que, en efeto,
Á la fortuna está el vencer sujeto:
Tú y yo podemos abreviar la guerra
Con hacerla los dos en campo armado;
Muestra el valor que ya tu pecho encierra,
De los bravos leones heredado;
Quede por uno de los dos la tierra,
Donde tan mal estamos alojado,
Y sea rey quien victorioso quede;
Que siempre vale más el que más puede.

FERNANDO.

Soy contento: la gente se retire
Y miren á los dos.

CARLOS.

¡Bravo mozuelo!
Tienes seso, Fernando.

NUÑO.

Invicto Príncipe,
No ha de tener lugar lo que no es justo;
No deis á vuestro padre más disgusto.

CARLOS.

Yo no quiero poner en aventura
La que sólo mi brazo me asegura;
Los campos se acometan, aunque sean
Padres y hermanos los que aquí pelean.

PEDRO.

Bien dice.

NUÑO.

La respuesta fué bizarra.

FERNANDO.

¡Santiago!

CARLOS.

¡Á ellos!

FERNANDO.

¡Aragón!

CARLOS.

¡Navarra!

El rey D. Juan, ciego, y D. Bernardo.

REY.

¿Que mi Fernando ha venido
De Castilla?

BERNARDO.

Sí, señor.

REY.

¡Que le debo tanto amor!

BERNARDO.

Bravo ejército ha traído
De valientes castellanos,
Que juntos en la ocasión
Á la gente de Aragón,
Vendrán muy presto á las manos
Con los fuertes catalanes.

REY.

Que, ¿ya en ese estado están?
¡Oh, quién fuera capitán
De tan bravos capitanes!
Hijos, la vista perdí,
Con que he quedado incapaz
Aun de poneros en paz,
Que tan desdichado fuí.
Ven, Carlos, mátame á mí;
Vivid los dos; yo he vivido
Más de lo que justo ha sido,
Pues que vengo á ver, sin ver,
Que á los dos he de perder
Ó vencedor ó vencido.
Tú, Fernando, ¿adónde vas?
¿No ves que vas contra mí?
Pero no vas, pues ansí
Remedio á tu padre das:
Si á Carlos matas, ¿qué harás?
Mas dirás que estoy de muerte.
Que no es el dolor tan fuerte,
Pues ya no me quedan ojos
Para mirar sus despojos

Ni para llorar su suerte.
Pues si salieses vencido
Ó muerto por ayudarme,
¿Con quién podré consolarme,
Hijo, de haberte perdido?
Mas, con todo, al cielo pido
Que venzas, como no muera
Tu hermano, que es una fiera
Contra quien el sér le dió;
Pero ¿qué le culpo yo,
Que fuí su causa primera?

BERNARDO.

Señor, no te aflijas tanto;
Que aunque grandes tus enojos,
Pues que ya no tienes ojos,
Puedes excusar el llanto.

REY.

Deso, Bernardo, me espanto:
¡Que tal viniese á ser
La desdicha del perder
Los ojos, con el pesar
Que valgan para llorar
Y no valgan para ver!
¿Si se habrán acometido?
Parece que oigo la guerra
Y que humedece la tierra
La sangre de tanto herido.
¡Ay, Dios! ¿Quién habrá vencido?
Que es por fuerza desear
El que me viene ayudar.

BERNARDO.

Nuño se apea, señor,
De un caballo.

REY.

¡En qué rigor
Me han puesto temer y amar!

Nuño éntre.

NUÑO.

Parejas hemos corrido,
Por esa marcial campaña,
El viento y yo, y aun presumo
Que le he llevado ventaja.
Dame los pies.

REY.

No te veo,
Nuño; que era cosa llana
Que supiera quién venció
Con sólo verte la cara;
Porque como en ella escribe
Sus pensamientos el alma,
Más presto escribe en los ojos
Los sucesos, que en las cartas.

NUÑO.

Fernando venció, señor.

REY.

¡Qué nuevas tan deseadas!
Otra vez te doy los brazos.
¿Huyó Carlos?

NUÑO.

¡Él se holgara
Pero ¿qué victoria quieres
De más gloria y alabanza
Que venir aquí tus hijos,
Carlos preso.....

REY.

¡Cosa extraña!

NUÑO.

Y Fernando con victoria?

REY.

Doy al cielo inmensas gracias,
Y á ti seis villas.

NUÑO.

¿Adónde?

REY.

En las montañas de Jaca.

NUÑO.

Acabóse: desde hoy más,
Jacarandino me llaman
De cuantas capas gasconas
En todo Aragón se labran.

Fernando, Carlos, D. Juan, D. Pedro y soldados.

FERNANDO.

Aquí tienes á Fernando.

REY.

¿Cómo es posible que el alma
No te salga á recibir?
Mi cuello, Fernando, enlaza.
¡Ay, Dios! ¡Quién pudiera verte!
Déjame tentar tu cara
Y tus manos, que no eres
Jacob, que á su padre engaña;
Que aunque tuve voluntad
Á Esaú, salióme cara;
Que tú mereces mejor
Mi bendición y mi gracia.
Notable, Fernando, vienes
Rey de Castilla, y la palma
De esta victoria en la mano.
¡Ay, Dios! ¿Qué nueva mudanza
Siento en los ojos, qué es esto?
Ya veo tu lumbre clara.
¡Cielo piadoso, ya veo
Á mi Fernando, que basta!

FERNANDO.

¿Qué dices, señor?

REY.

Que veo;
Si no lo creéis, aguarda.

NUÑO.

No hay que aguardar; si me ve,
Ve todo el mundo en un mapa.

REY.

Éste es Nuño; aquél, don Pedro
De Agramonte y de Navarra;
Aquél, don Juan de Beamonte;
Aquél, Raimundo de Lauria,
Y aquél, Carlos.

FERNANDO.

Carlos llega.

REY.

No llegues; que mi templanza
Y piedad en el castigo,
Fué de tus maldades causa.
Llevalde á la Aljafería,
Con cien soldados de guarda.
¡Ni verle ni oirle quiero!

CARLOS.

Llegando á desdicha tanta,
Que ni á rey ni á padre puedo
Apelar de tu desgracia,
Dame un veneno, y con breve
Muerte, pues sé que te cansa
Mi vida, Fernando herede
Tus reinos, como tu gracia.
La vista te ha vuelto el cielo
Porque vieses que te agravia
Aquel hijo en quien pusiste
Tu amor y tus esperanzas.
No por moverte lo digo,
Sino porque ya no halla,
No apelando á la divina,
Mi culpa defensa humana.
No nací para heredarte:
Con influencia contraria
Á la corona, me dieron
Mis estrellas hora infausta;
Que lo más que me ha movido
Á intentarlo por las armas,
Es pensar que era imposible
(Así la ambición engaña)
Ver tu corona en mi frente,
Con no ser las vidas largas.

Vase, y con él algunos.

FERNANDO.

Mucho ha sido en tu piedad.
¡Por Dios, señor, que me espantas!

REY.

Fernando, el darme estos ojos
El cielo, es para que haga
Justicia, porque el jüez
Ciego torcerá la vara.

FERNANDO.

Ya, señor, quedas seguro:
Mi presencia ès de importancia
En Castilla; cerca estoy;
Á cualquier cosa me llama
Que fuere de tu servicio.

REY.

No; aumentarás la tardanza
Un día; Isabel perdone.
Mañana harás tu jornada;
Que hoy has de comer conmigo,
Que ya que la mano franca
De Dios me volvió la vista,
Después de dalle las gracias
Quiero ejercitarla en verte,
Pues no puedo ya ocupalla
Como en mirarte, Fernando,
Como la segunda causa
Por quien la vuelvo á tener.

FERNANDO.

Si deseos, gran señor (1),
Hacen milagros, no engañas
Tu pensamiento.

REY.

Está cierto
De que los cielos te guardan
Para ser el mayor Rey
Que haya conocido España.

Éntrense.

Doña Ana y D.ª Elvira.

ANA.

Estas nuevas he tenido;
Con ellas vengo á Aragón.

ELVIRA.

Pues, señora, ciertas son,
Y que fué Carlos vencido.
No paséis de aquí si vais
Á ver á Fernando.

ANA.

El cielo
Castigue su injusto celo.

ELVIRA.

Con justa causa os quejáis;
Pero consolaos conmigo,
Á quien hizo un necio amor
Más daño, pues de mi honor
Fué tan notable enemigo.
En vos no hay más de quebrar
Una palabra que os dió:
El viento las engendró;
En viento suelen parar.
¿Qué me importa que bizarra
La ambición de Carlos sea,
Si vivo esta pobre aldea,
Entre Aragón y Navarra,
Sintiendo aquí cada día
Mis pensamientos, sin darlos
Consuelo el oir de Carlos
La inobediencia y porfía
Al mejor padre que tuvo
Príncipe?

ANA.

Si amor quisiera,
Menos quejosa estuviera
Cuando de mi parte estuvo.
Allí pudiera casarme:
Pedí palabras, que fueron
Viento, y en él se perdieron.
De nadie puedo quejarme.

ELVIRA.

Vos estáis triste: yo voy
Á prevenir dónde estéis.

Vase D.ª Elvira.

ANA.

Aunque tan triste me veis,

(1) Falta un verso ó el asonante.

Más muerta que triste estoy.
Trepa amorosa vid, la primavera,
Por olmo blanco, y de diversos lazos
Forma rúbricas verdes para abrazos
Que ven del año la sazón postrera.
Llega el villano, y la segur ligera
Arrima al tronco, y de los tiernos brazos,
Con duro golpe, en frágiles pedazos
Rinde á la tierra su pomposa esfera.
Así engañada la esperanza yerra
De una mujer á quien el golpe alcanza
De un desengaño que la puerta cierra.
No hay fe segura, amor ni confianza,
En el hombre más noble de la tierra;
Y luego llaman la mujer mudanza.

Nuño éntre.

NUÑO.
Aquí me dicen que está.
ANA.
¿Es Nuño?
NUÑO.
Mercurio soy;
Que después que vengo y voy,
En él me transformo ya.
Soy un cierto postillón
De mil necias estafetas,
Que ando llevando maletas
Desde Castilla á Aragón.
Soy un hombre que servía
Á un infante de Navarra,
Cuya pobreza bizarra
Me entretuvo en profecía.
Sirvo agora, cuando menos,
Á un príncipe de Castilla
Que apenas tiene una villa,
Ni entre tantos hombres buenos
Quien le preste un solo real,
Porque el rey Enrique esfuerza
Una heredera por fuerza,
Á quien casa en Portugal.
Con esto que se sospecha,
Desde Navarra he venido
Á Castilla, donde ha sido
Recolección más estrecha.
¿Cómo estás, y cómo aquí?
Que á Estella pasaba á hablarte.
ANA.
Pues estoy, Nuño, en tal parte,
Ni estoy bien ni estoy en mí.
Pasaba á Aragón á ver
Á tu dueño y mi enemigo.
NUÑO.
Él me manda hablar contigo.
ANA.
¿Ya qué me puede querer?
NUÑO.
Es tan cortés y galán
El Príncipe, que en memoria
Tiene la pasada historia.
ANA.
¿Esos cuidados le dan?
NUÑO.
Dice que el casarse fué
Forzoso, y no es maravilla,
Para ser rey de Castilla
Y que disculpado esté.
Tú misma, aunque estés celosa,
Lo juzgarás; fuera desto,
Dice que Enrique se ha puesto
En perseguir á su esposa,
Tanto, que andan fugitivos,
Y que tan pobres están,
Que son reyes como Adán,
Que reinan en cueros vivos.
No tienen él é Isabel,
Él zapatos y ella tocas.
ANA.
¿Á qué efecto me provocas
Á tener lástima de él?
NUÑO.
Dice que en muriendo Enrique,
Que ya está así concertado,
Porque un hombre desdichado
No es menester que replique,
Un título quiere dar
Al marido que escogieres.
ANA.
Nuño, mensajero eres,
Yo no te puedo culpar:
Dame palabra Fernando
De que seré su mujer,
Y quiébrala con saber
Que yo le estaba adorando;
Y vienes á consolarme,
Ya con Isabel casado,
Con que después de heredado,
Un título quiere darme.
Perdido habéis el sentido,
Él con verse rey, de infante
De Navarra, y tú ignorante
Con que de haberle servido
En sus pobrezas, serás
Gran señor, en heredando,
Pero no considerando
Que en mayor engaño estás;
Que los que á grande riqueza
Desde muy pobres subieron,
Aborrecen los que fueron
Testigos de su pobreza.
De suerte, que te ha engañado
Ganar lo que has de perder;
Que nadie gusta de ver
Á quien le vió en bajo estado.
La palabra que me dió
Fernando, es título en mí;
El día que le perdí
Todo con él se perdió.
No quiero que me dé nada.
NUÑO.
¿Qué palabra te quebró,

Ya que quieres que hable yo?

ANA.

¿No fué palabra jurada?

NUÑO.

Sí, pero fué condición,
Y no ha dejado de ser,
Que serías su mujer
En siendo rey de Aragón.
¿Es rey de Aragón?

ANA.

No.

NUÑO.

Pues
¿Qué palabra te ha quebrado,
Si en Castilla se ha casado
Y rey de Castilla es?
Pero dime, ¿en qué fundaste
Que rey de Aragón sería?

ANA.

Nuño, en cierta astrología.

NUÑO.

¿En ese engaño pecaste?

ANA.

Un moro en Estella fué
El que desto me avisó.

NUÑO.

Bien dijo, no se engañó.

ANA.

¿Cómo no?

NUÑO.

Pues ¿no se ve,
Si dijo que de Aragón
Sería rey don Fernando,
Y está en Castilla reinando?

ANA.

Mudanzas del tiempo son:
Ven conmigo, que te quiero
Dar sus papeles y prendas.

NUÑO.

¡Linda cosa me encomiendas!

ANA.

Como en su memoria muero,
Hago testamento, y él
Es mi heredero forzoso.

NUÑO.

Ya no puede estar celoso;
Que es muy hermosa Isabel.

ANA.

¿Es muy hermosa?

NUÑO.

En claveles
Y jazmines la bañó
El cielo que la crió.
Pero dame esos papeles;
Que ya sé, por semejantes
Venganzas sin discreción,
Que cuando se mudan son
Los trastes de los amantes.

ANA.

Sí, pero decirle puedes
Que para desdichas graves
Hay sepulturas con llaves,
Que son segundas paredes.

Entren el Rey y D. Juan.

REY.

Partió Fernando, y yo quedé sin vida;
Que no perdí la vista le agradezco,
Á la pena y dolor de su partida;
Mas dije mal si tanto me entristezco,
Porque de vida á vista va muy poco,
Y en no tener su luz, ciego parezco.
¿Qué dice en las prisiones aquel loco?

BEAMONTE.

No sé, señor, si en tu piedad espera.

REY.

¿En qué piedad, si sus maldades toco?
Y dices bien, pues Aragón se altera
Y me piden su rey injustamente;
Como si, Carlos vivo, yo lo fuera.
Ayer, con oración, aunque elocuente,
Navarra y Cataluña me pidieron
Su Príncipe, traidor é inobediente;
Pero de suerte mis palabras fueron,
Y hallaron tal valor y resistencia,
Que replicarme apenas se atrevieron.

Entre D. Bernardo.

BERNARDO.

Si algunas veces daña la clemencia,
Yo pienso, gran señor, que con tu ejemplo
Pueden hacer los reyes la experiencia.
Si tu piedad magnánima contemplo,
Conozco la virtud; mas la justicia
También quiere tener su altar y templo.
Hoy ha llegado la vulgar malicia
Á quererte quitar la vida.

REY.

¡Ay, cielos,
Cuánto puede la bárbara codicia!
Desde ayer he tenido esos recelos.

BERNARDO.

Advierte, pues, que vienen á Palacio;
Así les diste con Fernando celos.

REY.

Ya con todos mis reinos me desgracio:
¡Qué crueles vasallos, qué enemigos!

BERNARDO.

Mira, señor, que no permite espacio.

REY.

¡Que inobediente Carlos halle amigos
Y no los tenga yo!

BERNARDO.

Señor, ya llegan.

REY.

Los populares gritos son testigos.

Dentro D. Pedro, Raimundo y otros.

PEDRO.

¡Romped, romped, si al Príncipe nos niegan!

RAIMUNDO.
¡Romped las puertas ó batid la torre!
REY.
¡Que desta suerte, bárbaros, se ciegan!
BEAMONTE.
Señor, ningún remedio te socorre
Como salir huyendo á toda prisa;
Así el rumor desenfrenado corre;
Roma ejemplo te da, Grecia te avisa.
REY.
Dadme presto un caballo, que insolente,
Un vulgo airado majestades pisa.
¡Que tanto pueda un hijo inobediente!
Toma esta llave tú; dales á Carlos
Para que más seguro yo me ausente;
Porque no sólo podré ya quietarlos,
Pero querrán matarme, si atrevido
Osase imaginar en castigarlos.
¡Que me haya á tal estado reducido
Carlos!
RAIMUNDO.
¡Rompe, derriba, no repares!
BEAMONTE.
Señor, ¿qué haces aquí?
REY.
¡Pierdo el sentido!
BERNARDO.
Si no hay persona ya de quien te ampares,
¿Qué quieres esperar?
PEDRO.
¡La guarda muera!
REY.
¡Que así en quitarme el reino te declares!
¡Qué castigo cruel, Carlos, te espera!

El Rey y D. Juan se huyan, y entren, con las espadas desnudas y alabardas, Raimundo, D. Pedro y soldados.

[illegible]
Ya no es tiempo de guardar
Á ningún hombre respeto,
Ó sea pequeño ó grande;
Que al furor todo es pequeño.
PEDRO.
¿Quién va?
BERNARDO.
Don Bernardo soy.
PEDRO.
¿Donde está el Rey, Rocaberto?
BERNARDO.
Habrá tres horas que tuvo
Aviso de vuestro intento,
Y en un caballo, á Navarra
Partió, del Príncipe huyendo.
RAIMUNDO.
Á Navarra no, á Castilla,
Ya de su Fernando reino.
BERNARDO.
Despidiéndose de mí
Me dió estas llaves, diciendo
Que, haciendo esas torres francas,
Os diese al Príncipe preso.
RAIMUNDO.
Acertó el Rey, don Bernardo:
Abrid esas puertas luego
Y veamos nuestro Rey;
Que aquel sol se va poniendo
Y éste que amanece agora
Promete sereno cielo
[illegible]
Entro por él.
BERNARDO.
Estas cosas,
Más son furor que consejo.

Vase D. Bernardo.

RAIMUNDO.
En confusiones de vulgo
Jamás hablaron los cuerdos.

Sale el Príncipe.

CARLOS.
¡Amigos, vasallos míos,
Hermanos, deudos!
RAIMUNDO.
¡Rey nuestro,
No Príncipe, sino César
Digno de más alto imperio,
Aquí tienes nuestras vidas!
CARLOS.
Conozco que la que tengo,
Á vuestra lealtad y amor,
Á vuestra fe y armas debo.
No seré jamás ingrato;
Navarra, Aragón es vuestro,
Nápoles, Sicilia y cuanto
Destas coronas heredo.
Aquí tomara, vasallos,
El laurel de aquestos reinos,
Porque viera Zaragoza
Mi justo agradecimiento;
Mas temo que en la tardanza,
Mis enemigos huyendo,
Si los dejo repararse
Corra peligro mi intento.
Seguirlos me ha parecido
Más acertado consejo;
Que nunca enemigo libre
Permite seguro sueño.
¿Qué nuevas tenéis del Rey?
PEDRO.
Aquí dijo Rocaberto
Que iba huyendo en un caballo,
Y más que en él, en el miedo,
Y yo pienso que á Castilla.
CARLOS.
Á Castilla, no lo creo;
No tiene en ella Fernando
Gente, amigos, ni dineros;
Si huyendo del rey Enrique

Andan de uno en otro pueblo.
Él é Isabel, ¿de qué suerte
Le ayudarán, no pudiendo
Darse favor á sí mismos?
Que fué á Navarra, es lo cierto.
¡Ea, Raimundo de Lauria!
¡Ea, valiente don Pedro,
Quien bien me quiera, me siga!

PEDRO.

No quedará caballero
Catalán ni aragonés,
Que no te vaya siguiendo;
Pero para que te mire,
Rey, nuestro justo deseo,
Como emperador romano,
De aqueste laurel queremos
Ver coronada tu frente.

Pónganle un laurel.

CARLOS.

Por daros contento, quiero
Aceptar vuestro laurel.

RAIMUNDO.

¡Qué grave y Real aspecto
Tienes con las verdes hojas!

PEDRO.

¡Rey Carlos, Carlos primero
De Aragón y de Sicilia!

RAIMUNDO.

¡Mil años te guarde el cielo!

Entren el Rey, Nuño y D. Juan de Beamonte.

REY.

¿Á quién, amigos, no admira
Que en tal fortuna me vea?

NUÑO.

Ésta, señor, es la aldea
Donde vive doña Elvira.

REY.

Nuño, haberte hallado cuando
Voy tan triste, ha sido en mí
Gran consuelo, viendo en ti
La sombra de mi Fernando.
No sé si es bien atreverme
Al favor de esta mujer,
Porque me puede vender.

BEAMONTE.

Gran señor, no siempre duerme
De Dalila en el regazo
Samsón, ni eres tú Sisara.

NUÑO.

Si el Rey, Beamonte, repara
En lo del clavo y el mazo
De la famosa Jael,
Á David Michol lloró,
Y aquella estatua fingió,
Que la tuvieron por él.
Dejo los exploradores
Que escondió aquella mujer,
Que historia no viene á ser
Ejemplo de sus favores.
Una se cortó la lengua
Por no decir un secreto;
Ni es honrado, ni es discreto,
Quien osa hablar en su mengua.
Jamás vi mujer tan mala,
Que no hallase hombre peor.
Entra seguro, señor,
Que en piedad, ¿quién las iguala?
¡Ah de casa!

REY.

En fin, ¿es bien
Que de Elvira me confíe?

BEAMONTE.

Pues ¿quién hay que no se fíe
En el peligro, de quien
Tiene obligaciones tales?
Porque cuando no hay amigos,
Suelen ser los enemigos
Con los amigos iguales.

Laurencia y D.ª Elvira.

LAURENCIA.

Digo que es el Rey, señora.

ELVIRA.

¡El Rey! ¿Qué dices?

REY.

Yo soy,
Elvira; yo, que te doy
Causa de mostrarte agora
Liberal, como deudora
En pagar mi voluntad.
Huyendo de la crueldad
De Carlos, vengo al sagrado
De tu casa, derribado
De mi trono y majestad;
Que si vino Valeriano
Á los pies del rey Sapor,
Y Belisario al rigor
Del ingrato Justiniano;
Si el primer César romano,
Si el español, si el francés,
Si Aníbal cartaginés,
Á tal fortuna llegó,
Ninguno dellos se vió
De un hijo ingrato á los pies.
No sé si he sido discreto
En venir; mas cuando diga
Que tú serás mi enemiga,
No lo puede ser mi nieto.
Vengo á su casa, en efeto,
Porque mi sangre le obligue
Á que la furia mitigue
Y en lo que intenta repare,
Para que un nieto me ampare
Cuando un hijo me persigue.
Defenderéme con él;
Di que á mis brazos le bajen,
Porque me sirva de imagen

Contra su padre cruel;
Que por no matarle á él
Cesará su injusto efeto;
Que la mano de mi nieto
La espada le detendrá,
Pues padre en él se verá
Para tenerme respeto.

ELVIRA.

Señor, ya que habéis venido
Á tan miserable estado,
Que haya de ser yo sagrado
De vuestro honor perseguido,
Creed que seréis servido
Con pura y limpia intención;
Que mientras la sinrazón
De Carlos os tiene en calma,
Os haré mesa del alma
Y cama del corazón.
Sabe Dios que me ha costado
Mil lágrimas el pensar
Que Carlos os venga á dar,
En tal edad, tal cuidado.
Carlos, malaconsejado
De ambiciosos de favor,
Se despeña á tanto error;
Pero no temáis su espada;
Que no puede ser manchada
La gloria de vuestro honor.
Yo, pues, supliré la edad
De vuestro nieto en haceros
Defensa, si el ofenderos
Llegase á tal libertad;
Mi honra y mi voluntad
Son de Carlos, mas si olvida
Obligación tan debida,
Yo le mataré, señor;
Que después tengo valor
Para quitarme la vida.

REY.

¡Oh, valerosa mujer!
¡Vive el cielo, á quien le doy
Esta palabra, que hoy
Del Príncipe lo has de ser
Si vengo á tener poder
Para poderlo mandar!

ELVIRA.

Los pies te quiero besar
Por tal merced y favor;
Deseo cobrar mi honor,
Que no deseo reinar.

Ruido dentro.

NUÑO.

¡Voces dan! Señor, advierte
Que si te vienen siguiendo,
El defender esta casa
Es el último remedio.
Pocos somos; pero tiene
Gente de labranza, y luego
Acudirán desta aldea,
Y de los vecinos pueblos
Llamaré la gente.

REY.

Llama,
Porque diga en algún tiempo
Que me defienden villanos
Y me siguen caballeros.

Don Bernardo éntre.

BERNARDO.

¿Está aquí Su Majestad?

REY.

¿Es don Bernardo?

BERNARDO.

No pienso
Que haberte vuelto la vista
Ha sido piedad del cielo.
¡Oh! ¡Cuán llorosa tragedia
Para ti, para tus reinos,
Para ejemplo de los hombres!

REY.

Ya, con los golpes del pecho,
Parece que dice el alma
Que Carlos, mi hijo, es muerto.

BERNARDO.

Él y su gente venían,
Señor, en tu seguimiento,
Cuando á vista desta aldea
Dijo: «Cuanto á Elvira debo,
Pienso pagarle mañana
Por vuestro justo consejo;
Que legitimando á Carlos,
Tendrá Aragón heredero,
Descanso mi anciano padre,
Y vuestros servicios premio.»
Con esta justa alegría,
Alzando el brazo derecho,
Dió de espuelas al caballo,
Que de la carrera en medio
Cayó con él; y con él
Tus esperanzas cayeron.
¡Medio muerto viene aquí!

REY.

¡Llegado mi sentimiento
Á este punto, hará el valor
De las desdichas consuelo!
Entrate, Elvira, y no seas
Para mi dolor aumento;
Que lágrimas de mujer
Hacen más triste el suceso.

ELVIRA.

Conozco que en tal desdicha
Me faltará sufrimiento;
Que la razón del dolor
No es para pechos tan tiernos.
Aun las palabras me faltan;
Que lágrimas y silencio,
En casos tan lastimosos,
Son lengua y ojos del pecho.

Vase.

Entren el Príncipe, D Pedro y Raimundo.

CARLOS.

¿Aquí mi padre?

PEDRO.

Aquí está.

CARLOS.

¡Justa permisión del cielo,
Para que muera á sus pies!

REY.

No, Carlos, no digáis eso;
Sino para que los dos
En paz y amistad quedemos
Y mi bendición llevéis.

CARLOS.

¡Oh! ¡Padre, no la merezco
Si no me vale este nombre!
Pero solamente os ruego
Por las postreras palabras,
Que me perdonéis los yerros
Cometidos contra vos.

REY.

¡Faltándome va el esfuerzo!
¡Carlos, perdonado estáis!
¡Llevalde, que ya no tengo
Fuerzas ni valor!

CARLOS.

¡Mi muerte,
Será á España ejemplo eterno!

Llévenle.

REY.

Dejadme solo.

NUÑO.

¡Señor,
Á tu grande entendimiento
No hay qué decir!

REY.

Mira, Nuño,
Si el Príncipe tiene aliento
Para vivir media hora.

NUÑO.

Voy, señor.

REY.

Tomar consejo
Conmigo, en tan triste estado,
Es el último remedio.
Decidme, imaginación,
Si casar á Carlos puedo
Con doña Elvira de Abarca,
Y legitimar mi nieto.

Arma.

Pero ¿qué cajas son éstas?
¡Parece que se abre el cielo!
¿Qué es esto, imaginación,
Con que engañas mis deseos?

Abriéndose unas puertas en lo alto, se vean el príncipe D. Fernando y la reina D.ª Isabel, coronados, y á sus pies algunos moros y judíos; y España á un lado, y Castilla y Aragón al otro.

ESPAÑA.

Valeroso rey don Juan,
No trates del casamiento
De Carlos, que ya expiró.
Aquí tienes tu heredero:
Éste es Fernando, tu hijo;
Ésta, Isabel; los dos reinos
De Castilla y Aragón
Vienen á juntarse en ellos,
Por eso están abrazados:
Éstos son moros y hebreos
Que han de desterrar de España.
Serán tan santos, que dellos,
Los reyes sus descendientes
Se llamen con nombre eterno
Católicos. Tendrán hijos;
Pero sólo querrá el cielo
Que viva Juana, por quien
Del Austria, para bien nuestro,
Venga un heroico Felipe,
De cuyo nombre primero,
Venga en gloria y honor mío
El que ya adoro y espero.

REY.

España, con tales nuevas
Tendrán mis penas consuelo,
Tendrá vida mi esperanza,
Tendrá fin mi sentimiento;
Y *El Piadoso Aragonés*,
Escrito en servicio vuestro.

LAUS DEO ET MATRI VIRG.

En Madrid, á 17 de Agosto de 1626.—LOPE DE VEGA CARPIO.

Esta comedia, que intitula Lope de Vega Carpio *El Piadoso Aragonés*, está escrita con verdad de la historia, con gran decoro de las personas introducidas, y con singular dulzura de estilo y bondad de versos. Puédese representar seguramente.—Madrid, 15 de Septiembre de 1626.—*Pedro de Vargas Machuca.*

Esta comedia, intitulada *El Piadoso Aragonés*, se puede representar, reservando á la vista todo lo que no fuere (1) .—Zaragoza y Febrero, 1.º de 1627. —*El Dr.*

que se representar esta comedia, como pide, con licencia, á 10 de Abril 31, por mandato de su merced.—*Araujo.*

(1) Rota la hoja en el manuscrito.



LOS VARGAS DE CASTILLA

LOS VARGAS DE CASTILLA

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

REPRESENTÓLA ANTONIO DE PRADO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

Rey D. Juan.
La Infanta.
Doña Elvira.
Un Secretario.
Capitán de la Guarda.
Asistente de Sevilla.
Don García de Vargas.
Don Alonso.
Millán, *lacayo.*
Don Enrique, *Rey de Castilla.*
Don Tello de Vargas.
Don Juan de Castilla.
Don Pedro de Vargas.
Doña Creida de Vargas.
Don Gonzalo.
Don Alvaro de Moncada.
Merencia, *criada.*
Don Íñigo, *padre de los Vargas.*

JORNADA PRIMERA.

Salen D. Tello y D. Juan de Castilla, de noche.

DON JUAN.
Sacad la espada.
DON TELLO.
Primero,
¿No me diréis la ocasión?
DON JUAN.
Yo sé que tengo razón,
Y excusar razones quiero;
Que donde se viene hacer,
Don Tello, no es justo hablar.
DON TELLO.
No sé qué os pueda obligar,
Don Juan, á ese parecer;
Y así, quisiera saberlo,
Pues en razón puesto está.
DON JUAN.
Poco más ó menos, ya
Lo sabréis, señor don Tello.
DON TELLO.
Yo no hallo culpa en mí,
Don Juan, contra la verdad
De nuestra honrada amistad.
DON JUAN.
Pues yo no os sacara aquí,
Menos que bien informado.
DON TELLO.
Decidme la ocasión, pues.
DON JUAN.
Ésa la sabréis después
Que yo quedare vengado.
DON TELLO.
Mirad, don Juan, que no hacéis,

Aunque pensáis que acertáis
En lo que ahora intentáis,
Lo que á mi amistad debéis:
  Mirad, don Juan, que no es justo,
Sin saber la ocasión dello,
Que nos perdamos.

DON JUAN.

Don Tello,
El agravio es más injusto:
  No quiero satisfacciones
Que los engaños me ofrecen
Vuestros; que ya más parecen,
En iguales ocasiones,
  Si va á decir la verdad,
Contra la cólera mía,
Las excusas, cobardía,
Y no prueba de amistad.

[illegible]

  Mucho me habéis apretado:
!Vive Dios, que estoy corrido
De que no hayáis entendido
Lo mucho que os he obligado!
  Encaminar vuestro error
Sabré (el cielo, es buen testigo),
Porque sufrir á un amigo
Con cólera, es más valor (1).
  Ya yo no soy vuestro amigo,
En llegando á la ocasión
Que me dais, y en conclusión,
Sacando la espada, digo,
  Contra lo que vos decís,
Que soy mejor caballero,
Y he sido más verdadero
Amigo que vos.

DON JUAN.

¡Mentís!

[illegible]

  No ayuda desnuda espada
La afrenta, mas la intención
Castigaré en la ocasión
Presente.

[illegible]

Verá manchadas
  Estas arenas primero
Guadalquivir, de la ingrata
Sangre vuestra, que dilata
Al mar su curso ligero.
  Satisfecho de mí estoy.

DON TELLO.

Agora pretendo vello.

Riñen los dos, y hace D. Juan como que está caído.

DON JUAN.

Herido me habéis, don Tello.

DON TELLO.

Pésame, á fe de quien soy.

DON JUAN.

  La sangre me ha desmayado.

DON TELLO.

Luego, ¿no podéis reñir?

DON JUAN.

Eso no está bien decir
Á un noble, aunque desdichado
  Mientras que pudiera alzar
Con esta diestra mi espada,
Aunque de sangre manchada,
El campo no he de dejar;
  Mas ya lo procuro en vano;
Que no hay resistencia fuerte
Contra el brazo de la muerte,
En la más gallarda mano.

DON TELLO.

  Mal debéis de estar herido.

DON JUAN.

Muriendo, don Tello, estoy;
Pues la causa dello soy,
Yo tengo mi merecido.

DON TELLO.

  Ahora, ¿no me diréis
Las razones que os movieron
Á esto, don Juan?

DON JUAN.

Celos fueron;
Veneno de amor.

DON TELLO.

No habéis,
  Como prudente conmigo,
Procedido de vos poco.

DON JUAN.

¿Á quién no volvieron loco
Celos?

DON TELLO.

El cielo es testigo
  Que ha sido mentira todo
Cuanto os han dicho de mí.

DON JUAN.

Don Tello, créolo así.

DON TELLO.

Pues cuando estáis de ese modo,
  Para que no me aproveche
Con vos la satisfacción,
Porque con tan gran pensión
El desengaño sospeche,
  ¡Vive Dios, que me ha corrido
La poca seguridad
Que tenéis de mi amistad!
Mas vos estáis mal herido,
  Y no es razón deteneros
Aquí.

DON JUAN.

¡Que he de morir, cielos!

DON TELLO.

¿Podréisos tener en pie? (1).

---

(1) Así restauro conjeturalmente esta redondilla, que en el texto antiguo dice de esta manera:

Encaminar vuestro error,
Sabe el cielo, es buen testigo,
[illegible]
Con cólera, es más valor.

(1) Falta la rima en estos dos versos.

DON JUAN.

No, don Tello.

DON TELLO.

¡Celos fieros!
¿Qué amistad no habéis rompido,
Ó qué fe no habéis quebrado,
Qué deudo habéis respetado,
Ó qué amor agradecido?

DON JUAN.

No permitáis que aquí muera.

DON TELLO.

En brazos quiero llevaros,
Ya que no puedo obligaros
Á darlos de otra manera.

DON JUAN.

Mostráis vuestro gran valor.

DON TELLO.

Veréis que son con verdad
Finezas de mi amistad
Y obligaciones de honor.

Vanse, llevándolo D. Tello en los hombros, y salen Creida y Merencia.

CREIDA.

Calor notable.

MERENCIA.

Insufrible.

CREIDA.

No he visto más calurosa
Noche.

MERENCIA.

Ni yo he visto cosa
Más pesada, más terrible,
Que aqueste tu encerramiento,
Guardada de tres hermanos,
Y pondré con celos vanos,
Del cielo, del sol, del viento.
¡Qué pesada cosa es
Una doncella!

CREIDA.

Y si es noble,
Suele ser, Merencia, al doble.
Por la experiencia lo ves;
Que esto que dirán no tiene
Ídolo el mundo, mayor (1).

MERENCIA.

¡Qué cansado es el honor,
Pues lo que enfada conviene!
No me miren, no me vean,
No me murmuren, no digan,
No me encuentren, no me sigan,
No piensen que me pasean.
¡Jesús, fulano me vió!
¡Cierro la puerta, ay de mí!
¿Si advirtió si yo la vi?
No, que antes le miré yo.
Si mi padre lo entendiese,
Si el vecino le mirase,
Si en la calle se notase,
Si mi hermano lo supiese.....
Mi reputación, mi honor,
Mi sangre, mi calidad,
Mi sér y mi honestidad,
¿Puede haber cosa peor?
Ahora, cuando Sevilla
Sale á buscar viento frío
Á la barqueta ó al río,
Hacia el Beto ó la Almenilla,
Y á Guadalquivir, que está
Lleno de enramados barcos,
Que forman triunfantes arcos,
Para (1) el que á embarcarse va,
Siendo su corriente ufana,
Con variedad de hermosuras,
Una selva de aventuras
Desde Sevilla á Triana.
Tú encerrada, tú guardada,
Cuatro paredes mirando,
¿Qué ídolo estás envidiando,
Que mueres de puro honrada?

CREIDA.

¿Qué he de hacer? Escucha un poco;
Pienso que quieren cantar.

MERENCIA.

Quizá nos quieren sacar.

CREIDA.

No habrá ninguno tan loco.

Cantan.

Música dentro.

Bizarro madruga el sol
Con un vestido de aljófar
Que le dieron las estrellas
De la escarcha del aurora.

Salen D. Íñigo, padre de los Vargas, con báculo caduco, y D.ª Creida.

DON ÍÑIGO.

¡Hija mía!

CREIDA.

Padre y señor,
El fresco salí á tomar
Un rato al patio.

DON ÍÑIGO.

Es lugar
Para este tiempo mejor.
Entretúvome la buena
Conversación del vecino,
Antídoto peregrino
Para digerir la cena.
Tus hermanos, ¿han venido?

CREIDA.

Señor, no.

---

(1) En la edición antigua, que es incorrectísima, dice así este verso:

Si le [illegible] *el mundo mayor.*

(1) En la edición antigua *dará.*

MILLÁN.

Suelen volver
Contino al anochecer;
Mas esta vez he mentido;
Que don Pedro y don García
Entiendo que vienen ya.

Salen D. Pedro y D. García, hermanos, de noche.

DON PEDRO.

Aquí nuestra hermana está.

DON ÍÑIGO.

¿Qué hay, hijos del alma mía?

DON GARCÍA.

De la barqueta venimos
De tomar el fresco un poco.

DON ÍÑIGO.

¿Dónde queda esotro loco?

DON PEDRO.

Con él de casa salimos,
Y con don Juan de Castilla
Se fué solo con Millán.

DON ÍÑIGO.

Dice que adora en don Juan
Después que vino á Sevilla.

DON GARCÍA.

Es notable la amistad
De los dos.

DON ÍÑIGO.

Yo apostaré,
Puesto que en don Juan se ve
Tal ser en tan tierna edad,
Que á más de dos mocedades
Le incite la compañía.

DON PEDRO.

Los dos andan hasta el día,
Y si va á decir verdades,
Devociones no serán;
Pero prudente es mi hermano.

DON ÍÑIGO.

Dios le tenga de su mano,
Amén.

DON GARCÍA.

Ya viene Millán.

DON PEDRO.

La vela trae encendida
Para acostarse, y sabrá
Adónde don Tello está.

Sale Millán, lacayo, con una linterna y vela encendida.

MILLÁN.

El alma traigo dormida:
No es para llegar á nietos
Esta vida, ¡vive Dios!
¡Acostar dadas las dos!
¡Oh, á lo que estamos sujetos
Estos putos que servimos!
No sé por qué, ó por qué no;
Que Adán á nadie sirvió,
Y todos de Adán venimos.
Si Dios no hizo otro Adán
Para el que es pobre, ¿por qué
Ha de andar Millán á pie
Y no ha de dormir Millán?
¿Por qué me ha de llamar vos,
Y yo merced, mal comido,
Mal calzado y peor vestido,
Si somos hombres los dos?
Y agora, cuando venís
De andar loco y despeado,
Las dos de la noche han dado,
Corazón, y no dormís.

DON ÍÑIGO.

¿Adónde queda don Tello,
Millán?

MILLÁN.

No sé, ¡vive Dios!
Juntos salieron los dos,
Y después vine á perdello
Junto á Gradas, porque acaso
Un amigo me brindó
En cal de Bayona, y yo
Hice la razón de paso.
Yo fuí en su busca, y de modo
Se escondió de mí, que, aunque
Á Sevilla rodeé,
Y vengo puesto de lodo,
Con mi señor no he encontrado,
Y vengo sin resistir,
Con reverencia, á dormir.

CREIDA.

Tello pienso que ha llegado;
Pero ¿qué es esto? ¡Ay de mí!
Un hombre en los brazos tiene;
Herido sin duda viene.

DON ÍÑIGO.

¿Qué dices? Él entra aquí.

Sale D. Tello con D. Juan en los brazos, ensangrentada la cara; pónelo en el tablado y tiénenlo los dos hermanos.

DON TELLO.

Íñigo Pérez de Vargas,
Si en tu generoso pecho
Vive la sangre, aunque fría,
De tu valeroso abuelo;
Si aquel valor heredado
De tantos heroicos pechos,
En ti resplandece agora,
Que dél te valgas es tiempo.
Éste que traigo en los brazos
Mal herido, y tan sangriento
Que ha dejado por las calles
Camino con sangre hecho;
Éste, que parece ya
Que está sin vida y aliento,
Hoy mide la tierra fría
Con su generoso cuerpo;
Éste es don Juan de Castilla,
El más noble y verdadero
Amigo que jamás tuve

Ni las edades tuvieron.
En un campal desafío,
Por el más triste suceso
Que ha visto el mundo, le he herido,
Y pienso que viene muerto.
Para lo que el cielo ordena,
Con él á tu casa vengo,
Porque á la vida ó al alma
Le des, como á mí, el remedio.
La acción le doy de tu hijo,
Y pues que soy el tercero
De mis hermanos, es bien
Que honor busque en otro reino;
Buscaré segunda patria
Y granjearé padres nuevos,
Pues he sido desdichado
En la que nací; por esto,
Del rey don Enrique el cuarto,
Temo el enojo, sabiendo
Que está herido don Juan
De Castilla, que es su deudo.
Pero á don Juan tiene ahora
Aragón; Navarra luego
Á don Carlos; Portugal
Á don Duarte el tercero;
Como á caballero al fin,
Me dará cualquiera déstos
Sueldo con que viva honrado
Mientras que se muda el tiempo;
Y entretanto, padre amado,
Lloraré con llanto tierno,
No el ver que pierdo mi patria,
Más sí que á un amigo pierdo.
Con esto, adiós; que imagino
Que han dado ya aviso desto,
Porque por todas las calles
Gente me viene siguiendo.
Dadme un abrazo, don Juan,

Abrácele.

Que sabe el cielo que os llevo
Atravesado en el alma,
Dejándoos herido el cuerpo.

Vase

MILLÁN.

Espera á Millán, señor,
Que si en tan varios sucesos
Fueres caballero andante,
Yo quiero ser tu escudero.

Vase.

DON ÍÑIGO.

¿Hay caso más infelice
De cuantos pregona el tiempo,
Suceso más desdichado
Ni espectáculo más fiero?

CREIDA.

¡Qué juventud mal lograda!

DON PEDRO.

Acudamos al remedio
Ahora.

DON ÍÑIGO.

Á mi cama misma
Le llevad los dos.

DON GONZALO.

Llevemos.

DON ÍÑIGO.

Señor don Juan de Castilla,
Pues ha permitido el tiempo
Una desgracia tan grande
En tan noble caballero,
Haced cuenta que quedáis
En casa de padre vuestro,
Y que es mi amigo don Juan,
Y mi enemigo don Tello.

DON JUAN.

Señor Íñigo de Vargas,
Así lo estimo y entiendo;
Pero don Tello es mi amigo,
Y vuestro y todo ha de serlo;
Yo tuve la culpa solo
De la pena que padezco,
Y le dí ocasión á todo
Cuanto ha dicho y cuanto ha hecho;
Yo tomé para agraviarlo
Con la ingratitud consejo.

DON PEDRO.

Procuremos remediaros,
Señor don Juan, que no es tiempo
De razones; dos hermanos
En los dos tenéis.

DON JUAN.

Yo creo
Que me hacéis merced.

DON ÍÑIGO.

Llevalde.

DON GONZALO.

Almas y brazos son vuestros;
En ellos iréis.

DON JUAN.

Señores,
Con el alma lo agradezco;
Que en todas las ocasiones
Hacéis como caballeros.

DON ÍÑIGO.

¡Ah, hijos, lo que costáis
De desdichas y de miedos!

Vanse.

Llevan á D. Juan los dos hermanos, y quedan Creida y Merencia.

CREIDA.

El corazón me ha dejado
Atravesado en el cuerpo.
¡Qué gentileza, qué brío,
Qué valor y entendimiento!
Lástima me da el herido,
Y de mi hermano la tengo,

Uno perdiendo su patria,
Y otro la vida perdiendo.

Sale D. Tello.

DON TELLO.
Hermana, Creida, y señora.

CREIDA.
¿Adónde vuelves, don Tello?
¿No temes á la justicia?

DON TELLO.
Solamente á hablarte vuelvo,
Y á encargarte la salud
De don Juan, y en todo aquello
Que le fueres necesaria,
No faltes, como lo creo;
Creida, tu hermano es don Juan,
Que en mi lugar te le dejo,
Y creo que no podrás
Quejarte de tan buen trueco.
Haz de tu parte con él
Cuanto al humano remedio
Fuere posible; y agora,
Para que me escape lejos,
Dame algunas joyas tuyas,
Que como hermano, prometo
De volverlas mejoradas
Si en esta ausencia no muero.
Presto, que Millán acaba
De poner sillas y frenos
Á dos rucios andaluces
Que atrás dejarán el viento.

CREIDA.
Toma, hermano de mi vida,
Esta cadena que al cuello
De esmaltes traigo.

Millán sale.

MILLÁN.
Ya están
Los caballos deshaciendo
Con los pies las herraduras.

DON TELLO.
Vamos, Millán, vamos presto.

MILLÁN.
Tú, Merencia, ¿no me das
Algo que lleve?

MERENCIA.
No tengo,
Millán, qué darte.

MILLÁN.
Pues dame
Un abrazo por lo menos.

MERENCIA.
¿Delante de mi señora?

MILLÁN.
Mientras ella hace lo mesmo
Con don Tello mi señor.

MERENCIA.
Toma.

Abrázanse.

MILLÁN.
¿Quieres darme un beso?

MERENCIA.
Ya es eso mucho pedir.

MILLÁN.
Merencia, en amor honesto,
Escalones que se van
Unos tras otros subiendo.

DON TELLO.
Partamos de aquí.

MILLÁN.
Partamos.
Adiós, Sevilla soberbio,
Teatro del mundo, esfera
De la discreción, y centro
De la grandeza de España,
Y cifra, y mundo pequeño;
Pan de Gandul de mi vida,
Roscas de Utrera del cielo,
Alcaparrón como el puño,
Aceitunas como el cuerpo;
Sábalos del Alamillo,
Ostiones en cárcel presos
Por valerosos pescados,
Sardinas, lenguados frescos;
Pámpanos, sollos, acedias,
Lampreas, barbos, cangrejos,
Camarón con lima, vino
De Cazalla blanco y negro;
Que á Castilla y á Aragón,
Á comer siempre carnero,
Me llevan, por mi desdicha,
Travesuras de don Tello.

MERENCIA.
Hombres entrar he sentido.

CREIDA.
Que sea la justicia temo.

DON TELLO.
Millán, á la puerta falsa
Con los caballos.

MILLÁN.
Con ellos
Te aguardo. Merencia, adiós,
Que voy en tu amor deshecho.

DON TELLO.
Vamos, Millán.

MILLÁN.
Señor, vamos.

DON TELLO.
Adiós, doña Creida.

CREIDA.
El cielo
Te ampare, don Tello.

DON TELLO.
Adiós.

CREIDA.
Adios: escápate presto.

DON TELLO.
¡De qué de males, don Juan,
Causa son tus locos celos!

Vanse.

Salen D. Alonso y D. Gonzalo, caballeros castellanos.

DON ALONSO.
¡Brava desgracia, por Dios,
Nueva extraña y lastimosa!
DON GONZALO.
Jamás creyera tal cosa,
Don Alonso, de los dos;
Que tan notable amistad
No prometía el suceso.
DON ALONSO.
Don Gonzalo, yo os confieso,
Si os he de decir la verdad,
Que me tiene sin sentido
Este caso.
DON GONZALO.
Á mí también,
Y no hay en Sevilla á quien
No admire lo sucedido.
DON ALONSO.
Mucho lo ha sentido el Rey
Que dos tan grandes amigos
Fuesen tales enemigos,
Que perdieron por la ley
De su amistad cosa alguna
Sin muy notable ocasión
Que los dos se diesen.
DON GONZALO.
Son
Sucesos de la fortuna.
DON ALONSO.
¿Qué hace el Rey?
DON GONZALO.
Retirado,
Desde que se vistió, está
En su retrete.
DON ALONSO.
Y habrá
Á Portugal despachado,
Á Navarra y á Aragón,
En su seguimiento.
DON GONZALO.
Entiendo
Que sale á misa.

Rey D. Enrique de Castilla, acompañamiento y su Secretario: salen todos.

REY ENRIQUE.
Pretendo
Desta suerte esta traición;
Que tan notable amistad
No puede ser otra cosa.
SECRETARIO.
Castigar la poderosa
Y llena de majestad,
Mano Real y cristiana
De Vuestra Alteza, señor,
Muestra en eso su valor.
REY ENRIQUE.
No ha de quedar castellana
Tierra, amiga ó enemiga,
Navarra ó aragonesa,
Granadina ó portuguesa,
Adonde no le persiga:
Estas tres cartas, que son,
En conformidad igual,
Para el Rey de Portugal
Y Navarra y Aragón,
Despachad, porque en llegando
Y abriendo cualquiera déstas,
Le manden prender.
SECRETARIO.
Con éstas
No se podrá escapar.
REY ENRIQUE.
Cuando
Me hubiera muerto un hermano,
No hiciera más sentimiento;
De pena y furia reviento.
En el suelo castellano,
Otro don Pedro he de ser,
Volviendo Troya á Sevilla,
Porque á don Juan de Castilla
Vengar he de pretender;
Que éste ha sido atrevimiento
Á mi corona Real
Y no á don Juan.
DON ALONSO.
Desigual
Enojo el Rey muestra.
DON GONZALO.
Al viento,
Por los ojos y la boca,
De fuego arroja centellas,
Que á arrojallas y encendellas
El enojo le provoca.
DON ALONSO.
Aun mirarnos no ha querido,
Como si fuera la injuria
De los dos.
DON GONZALO.
Tanto la furia
Y la razón le ha movido.
REY ENRIQUE.
¿Así me pierde el respeto?
¿Así se me atreve ya?
Sevilla presto verá
De mi cólera el efeto.

Sale un criado.

CRIADO.
El Asistente de Sevilla pide
Licencia para hablar á Vuestra Alteza.

Sale el Asistente con capa y gorra y vara, y entrando arrime la vara.

ASISTENTE.
Déme su mano Vuestra Alteza.
DON ALONSO.
Extraña

Severidad Enrique muestra.

DON GONZALO.

Puede
Ser Trajano discípulo de Enrique,
En la prudencia, en el aspecto grave,
En la justicia y rectitud.

ASISTENTE

Yo he hecho,
Con la puntualidad y diligencia
Que pedía este caso sucedido,
La información en casa de don Tello,
Después de haber, con toda la justicia,
Buscádole en Sevilla, no dejando
Templo, ni casa de sospecha alguna,
Donde pudiese estar, y nadie sabe
Nada de aqueste caso, solamente
Lo que en su confesión don Juan declara,
Disculpando á don Tello, y publicando
Que él le dió la ocasión, y que él no pudo,
En ley de caballero, no de amigo,
Excusarlo: esto jura y esto dice.

REY ENRIQUE.

Procede él como tal; que eso, Asistente,
De quien es son respetos. ¿En qué parte,
Está herido don Juan?

ASISTENTE.

El hombro y brazo
Tiene pasados, y curarle intentan
De primera intención los cirujanos.

REY ENRIQUE.

¿Qué dicen del peligro en que está ahora?

ASISTENTE.

No está sin él, señor.

REY ENRIQUE.

Deci en qué casa.

ASISTENTE.

En casa de don Tello,
Porque él le llevó en brazos á su casa
Después de haberle herido, y hay testigo
Que le encontraron desta suerte, y dice
Don Juan lo mismo.

REY ENRIQUE.

Estratagema es todo
Para hacer lo que han hecho menos grave;
De que en su casa esté me pesa mucho.

ASISTENTE.

No le podrán mudar de ningún modo,
Porque será matarle.

REY ENRIQUE.

En todo caso,
Haced las diligencias necesarias
Para poder prenderle, y á cualquiera
Que dél dijere, ofrece mil ducados,
Y á sus hermanos y á sus deudos todos
Doy la casa por cárcel.

ASISTENTE.

Señor, todo,
Como lo manda Vuestra Alteza, luego
Yo voy á ejecutar.

REY ENRIQUE.

En el castigo
Deste delito pienso hacer tan grande
Demostración, ya por mi persona (1),
Que después de los tiempos venideros
Se acuerde la nobleza de Sevilla
De don Enrique cuarto de Castilla.

Vanse todos, y salen D. Tello y Millán, de camino.

DON TELLO.

Á brava ocasión llegamos.

MILLÁN.

¡Brava está Lérida!

DON TELLO.

¡Brava!
Bien parece que su Rey
Está en ella.

MILLÁN.

¿Ésta es la causa
De los toros?

DON TELLO.

Esa es;
Y pues pasamos la raya
De Castilla, hemos de hacer
Alto con nuestra jornada
Y ver los toros.

MILLÁN.

¿Qué dices?
Nunca de ti imaginara
Que tuvieras tan mal gusto,
Que aun esta fiesta te agrada.

DON TELLO.

Pues, Millán, mirado bien,
¿No es la más regocijada
De cuántas hay?

MILLÁN.

¡Vive Dios,
Que mereces dos albardas!
Si fuera alguna sortija
En Castilla ó en Granada,
Alguna justa ó torneo
Entre (2) personas humanas,
Fuera justo verlas; pero
Una fiesta temeraria
Con animales feroces
Que tienen cuernos por armas,
Y no se rinden ni vencen
Á razones ni á palabras,
Y viene á ser el mejor
Aquel que más hombres mata,
¿No es mal gusto verla?

DON TELLO.

Estás
Filósofo, y no te falta
Razón; que esta fiesta bruta
Sólo ha quedado en España,
Y no hay nación que una cosa
Tan fiera y tan inhumana,
Sino es España, consienta.

---

(1) No consta el verso.
(2) En la edición antigua *de que*.

MILLÁN.
Yo no sé, ¡por Dios! qué hallan
En ver un toro correr
Tras un hombre, y si le alcanza,
Verle volar por los cuernos
Y verle bajar sin bragas;
Y cuando Dios á los ojos
Muchas mercedes les haga,
Descubren otro que el sol
Nunca le miró á la cara.
¿Éste es buen gusto? ¿Por esto
Un hombre discreto pasa,
Pudiendo estarse entretanto
Tendido al fresco en su casa?
Y no, ¡Bravo toro es éste!
Veisle, en el arena escarba;
Él hará más de una riza,
No se dormirá en las pajas.
Dios te guarde, caballero:
¡Bravo rejón! ¡Linda lanza!
Si le quiso, no le quiso.
¡Qué lindo acero de espada!
La cola le cortó á cerce.
¡Vive Dios, si el toro aguarda,
Que le lleva todo el lomo!
Echen otro; aparta, aparta.
Vuelvan á cerrar la puerta:
¡Qué furia del toril saca!»
Luego le dice: «Abragado;
Él es de famosa casta;
Ya partió tras de aquel pobre;
No hay onza como él; dos brasas
Tiene por ojos: ¡ah, perro
Éste se come las capas!»
¿Hay disgusto semejante?
¡Qué calor! ¡Qué sol! ¡Mal haya
Si yo pagare tablado,
Si yo subiere á ventana
A ver toros en mi vida,
Aunque á dar lanzadas salgas!

DON TELLO.
¡Famosa pintura has hecho!

MILLÁN.
El Rey y la Infanta pasan.

DON TELLO.
Quitémonos los sombreros,
No nos lo mande la Guarda.

Dentro.

¡Plaza!

DON TELLO.
¡Gallardo es el Rey!

MILLÁN.
¡Hermosísima la Infanta!

DON TELLO.
El cielo los guarde el tiempo
Que Aragón desea.

Dentro.

¡Plaza!

DON TELLO.
Las damas son estas todas:
¡Hermosas son y gallardas!
Ya se apean de los coches,
Y suben á las ventanas;
Ya los galanes que llegan,
Los Guardadamas apartan.

MILLÁN.
Son moscas de aquella miel,
Que ellos defienden y espantan.

DON TELLO.
Ya suenan las chirimías,
Las trompetas y las cajas,
Y del Rey la Guarda agora,
Va despejando la plaza.

MILLÁN.
Ya han echado un toro.

DON TELLO.
¡Brava
Es la grita y baraúnda
Que con los silbos levantan!

Dentro.

¡Lindo rejón, brava suerte!

OTRO.
¡Buen caballo, linda lanza!

Dentro.

¡Bravos rejones, por Dios!

OTRO.
¡Salga otro toro!

MILLÁN.
¿Otro sacan?

Dentro.

¡Bravo toro, bravo toro!
Don Álvaro da lanzada.

DON TELLO.
Esta suerte quiero ver.

MILLÁN.
Pues la de la Antigua vaya
Con vuesarced; que yo pienso
Verla fuera de la plaza.

DON TELLO.
Si no quieres venir, vete
Y aguárdame en la posada.

MILLÁN.
Aquí me estaré á la mira.

DON TELLO.
Adiós.

Vase D. Tello.

MILLÁN.
¡Necedad extraña,
Sin desengaño ninguno!

Dentro.

¡Guarda el toro! ¡El toro guarda!

MILLÁN.
Por entre las rejas quiero
Ver el que da la lanzada,
Que parece hombre con juicio,
Aunque ¡por Dios, que le falta
Al que se pone con bestias
Delante de gente tanta!

Mira hacia dentro.

Ya el toro escarba en la arena,
Y al caballero amenaza.
Dios te dé vista, Longinos:
Cayó: ¡notable desgracia!
Un caballero ha salido,
Y á tajos y á cuchilladas,
Al toro deja deshecho (1),
Con que el caído se escapa.
Y ¡vive Dios, que es don Tello,
Que se sale de la plaza
Agora, dándole todos
Parabienes y alabanzas!

Dentro todos.

¡Bravo anduvo el forastero!

Sale D. Tello con la espada desnuda.

DON TELLO.
No se hizo mucho la espada
De rogar.

MILLÁN.
¡Que en cualquier parte
Has de dar envidia!

DON TELLO.
Estaba
Á peligro de la vida
Aquel caballero, y tanta
Su necesidad, que creo
Que á no llegar yo, volara
Por el viento.

MILLÁN.
¡Vive Dios,
Que viene á pie á darte gracias
De la merced que le hiciste!

DON TELLO.
La suerte bastó á pagarla.

Sale D. Álvaro con capa, y gorra, y borceguíes, y acicates, todo lleno de polvo, y dos lacayos.

DON ÁLVARO.
Caballero, allá en Castilla,
Á los que en nobleza igualan
Con mi persona, ¿soléis
Con desenvoltura tanta,
Cuando hay honrosa ocasión
Para obscurecer la fama
Ajena, desta manera
Quitar el honor? ¿No estaba
Yo con espada también,
Para dar muestra en la plaza
De mi brazo y de mi acero?

DON TELLO.
¿Es envidia declarada,
Y vergüenza juntamente
De su notable desgracia,
Por ser delante del Rey,
De la Infanta y de las damas?

DON ÁLVARO.
¡Por vida del Rey, que os tengo
De dar á entender que basta
El menor aragonés
Contra el mundo, y daros tanta
Satisfacción en las obras,
Que á la ocasión temeraria
Que emprendistes, dé castigo!

DON TELLO.
Aragonés, si te falta
Para agradecer lo hecho
Entendimiento, y escapas
Del toro, mira que el toro
No se escapa de mi espada;
Y que aunque estés en tu tierra,
Y yo ausente de mi patria,
Te daré á entender quién soy.

DON ÁLVARO.
¡Yo domaré tu arrogancia!

MILLÁN.
Cien lacayos, señor, vengan,
En tanto que las espaldas
Te guarda Millán.

DON ÁLVARO.
Después
Nos veremos; que el Rey baja,
Que con mi desgracia quiso
Dar fin á la fiesta.

DON TELLO.
Salga
Contra mí quien tú quisieres;
Que solo en Lérida aguarda
Á quien eres y quien fueren,
Don Tello Pérez de Vargas.

Sale el rey D. Juan, y la Infanta, y D.ª Elvira, dama y el Secretario deste Rey, y acompañamiento.

REY D. JUAN.
Mayor la desgracia fuera
Á no faltar en la plaza
El forastero.

INFANTA.
No he visto
Más fuerte brazo ni espada:
Pienso que era castellano.

REY D. JUAN.
¡Por Dios, que es gente bizarra!

DOÑA ELVIRA.
¡Con qué ademán tan gallardo,
Terciando airoso la capa,

---

(1) En la edición antigua:

De tirar al toro de hecho.

Y calándose el sombrero,
Y levantando la falda,
La espada sacó, y al toro
Hizo volver las espaldas!

SECRETARIO.

Bien puede dar doña Elvira
Celos con las alabanzas,
Á don Álvaro.

INFANTA.

Aquí está
Don Álvaro de Moncada.

DON ÁLVARO.

Déme los pies Vuestra Alteza.

REY D. JUAN.

Pésame vuestra desgracia.

DON ÁLVARO.

No es en mano de los hombres.

REY D. JUAN.

Cierto, que debéis dar gracias
Á Dios primero, y después
Aquella mano bizarra
Del castellano que os dió
La vida.

DON ÁLVARO.

Más me dió infamia. (Aparte.)
¡Corrido estoy y envidioso!
¿Puede haber vergüenza tanta?

REY D. JUAN.

Si no se opone á su furia,
Á vos y al caballo os mata.

DON ÁLVARO.

Muriendo estoy de vergüenza
Con sus mismas alabanzas.

REY D. JUAN.

No he visto tanto valor
En mi vida.

DON ÁLVARO.

¿Si el Rey trata
Matarme desta manera?
Veneno son sus palabras.

REY D. JUAN.

Don Alvaro, ¿qué se hizo
El forastero?

DON TELLO.

¿Qué manda
Vuestra Alteza?

REY D. JUAN.

Conoceros;
Que lo merece la hazaña
Que habéis hecho en mi presencia.

DON TELLO.

Vuestra Alteza la levanta
Con eso.

REY D. JUAN.

¿Cómo os llamáis?

DON TELLO.

Don Tello Pérez de Vargas.

REY D. JUAN.

¿Sois andaluz?

DON TELLO.

Sí, señor;
Y de Sevilla.

REY D. JUAN.

En la carta
Que os dí, mirad, Secretario,
Qué nombre escribe.

DOÑA ELVIRA.

¿Qué fama
No merece este valor,
Este talle, estas palabras?

El Secretario mire una carta.

SECRETARIO.

Don Tello de Vargas dice.

REY D. JUAN.

¿Qué os sacó de vuestra patria?

DON TELLO.

Una desgracia que tuve.

REY D. JUAN.

Éste es el que el Rey me encarga
De Castilla que le envíe
Si llega á Aragón. Infanta,
Vamos.

INFANTA.

Venga Vuestra Alteza.

REY D. JUAN.

Pésame por él; mas vaya,
Que ha de darse gusto al Rey
De Castilla en cuanto manda.
¡Hola!

SECRETARIO.

Señor.....

REY D. JUAN.

Llamad luego
El capitán de la Guarda.

Vanse.

Quedan D. Tello y Millán.

MILLÁN.

Cuando pensé que te diera,
Entre tantas alabanzas,
El rey don Juan una villa,
¿Se va sin hablar palabra?
¿Desta suerte se despiden
Los reyes, que cuando hablan,
Con la palabra en la boca
Dejan á la gente honrada?

DON TELLO.

Los reyes son desta suerte.

Sale el capitán de la Guarda.

CAPITÁN.

¡Daos á prisión!

DON TELLO.

¿Por qué causa?

CAPITÁN.

Porque lo manda Su Alteza.

DON TELLO.

Obedezco si él lo manda.

CAPITÁN.
Dad las espadas los dos.
DON TELLO.
Nunca dieron las espadas,
Sino es á príncipe ó rey,
Los caballeros.
CAPITÁN.
Con armas
Vayan, pues.
DON TELLO.
Soy noble al fin.
MILLÁN.
¡Qué mudanza tan extraña!
DON TELLO.
Sin duda es el desafío.
MILLÁN.
Con dar las manos se acaba.

Vanse.

FIN DE LA PRIMERA JORNADA.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Creida y Merencia.

CREIDA.
¡Nunca en esta casa entrara
Herido, Merencia, amén!
MERENCIA.
¿Qué tienes?
CREIDA.
Quiérole bien.
MERENCIA.
Bien se te ha visto en la cara;
Que el rostro de la mujer
Es portada de su casa,
Donde se ve si se abrasa
Ó si comienza á encender;
Que los ojos son ventanas
Del alma, y amor es centro,
Descubriendo lo que hay dentro.
CREIDA.
Las muestras están bien llanas:
Nunca imaginé, Merencia,
Que amor vencerme pudiera;
Que pensé yo que tuviera
Más valor y resistencia.
Como fué salud teniendo,
Fuí yo, Merencia, enfermando;
Como se fué levantando,
Fuí yo, Merencia, cayendo;
Que después que vino aquí,
Enfermé; y en su presencia,
Por quererle bien, Merencia,
Fuí olvidándome de mí;
Que cada vez que le vía,
No sé qué temor me daba,
Como que el alma se helaba,
Y otras veces se encendía;
Y agora, cuando pensaba
Que su amistad firme fuera,
Se parte desta manera.
MERENCIA.
Si al Rey sirve, claro estaba
Que era fuerza el irse agora,
Luego que sano estuviera.
CREIDA.
¡No me engañara siquiera
En darme muerte!
MERENCIA.
Señora,
Tu pecho no se lastime;
Que si reparas en eso,
Don Juan pierde por ti el seso:
Noche y día llora y gime;
Y estimando tu persona,
No saldrá, dejando apenas
Las sevillanas almenas,
Á los Caños de Carmona;
Y que por mayor firmeza,
Si á ver una calle va,
Sólo postas tomará
Por volver con más presteza;
Y que no sólo á Castilla
Partirá de buena gana,
Mas no pasará á Triana,
Por no dejar á Sevilla,
Sin moverle á desvarío
Nueva de ausencia entretanto,
Viernes de Espíritu Santo,
Que es la feria de su tío.
CREIDA.
Di más, Merencia; que gusto
Que des ayuda á mi amor,
Así engañando el temor.
MERENCIA.
Más diré si te doy gusto.
CREIDA.
Ya son tus inventos vanos,
Y mi gloria desatino;

Salen D. Juan, de camino, D. Pedro, D. García é Íñigo Pérez de Vargas.

Don Juan viene de camino
Con mi padre y mis hermanos.
DON JUAN.
Mándame por ésta el Rey,
Que luego á la corte parta.
DON ÍÑIGO.
Obedecer á la carta
Es obligación y es ley;
Mas no lo será el dejar
El sentir esta partida

Nosotros.

DON JUAN.

Déboos la vida;
Y nunca podré pagar
Tan grandes obligaciones
Como desta casa llevo.

CREIDA.

Merencia, á animarme pruebo,
Y son vanas intenciones;
Que partirse deste modo
Sin prevenirme primero,
Alguna desdicha espero.

MERENCIA.

Amor pone culpa en todo;
Si ha venido de repente
Carta del Rey, ¿qué le culpas?

CREIDA.

No son bastantes disculpas
Á quien quiere y no está ausente.

DON ÍÑIGO.

Dejáis esta casa honrada,
Dichosa por vuestra herida,
Y con vos ennoblecida,
Y esta ciudad obligada.

DON JUAN.

Yo lo voy más.

DON ÍÑIGO.

Bien se ve
Quién queda en obligación.

Sale un criado.

CRIADO.

Ya te aguarda el postillón.

CREIDA.

¡Y á mí la muerte!

DON JUAN.

No sé
Cómo me he de despedir,
Porque me ponen temor
Obligaciones de honor
Que no he de poder cumplir.

CRIADO.

¡Mira que es tarde!

CREIDA.

Temprano·
Á la vida le parece
Que más temprano anochece.
¡Mal haya, amén, brazo y mano
Del que ensilló los caballos,
Águilas de mi recelo,
Y baje un rayo del cielo,
Merencia, para abrasallos!
¡Séquese Guadalquivir,
Que les dió opinión y ser,
Pues les alentó á correr
Y les enseñó á partir!

DON JUAN.

Esto es forzoso, señora:
Doña Creida, en mí tendréis
Un esclavo que mandéis;
Yo voy á la corte agora
Por precisa obligación;
Que á un rey se ha de obedecer.
Ved qué me mandáis hacer
En vuestro servicio.

CREIDA.

¿Son
Menos las que á mí me tienes? (1)
Y sin prevenirme, agora
Te vas.

DON JUAN.

El alma te adora,
Que allí por su dueño vienes;
Pero verte no he podido,
Y ha sido ocasión forzosa
Partirme.

CREIDA.

Otra más dichosa
Habrá costa de mi olvido;
Sin duda te aguarda allá.

DON JUAN.

Que te engañas sabe el cielo.

CREIDA.

De mis desdichas recelo
Ya lo que peor me está.

DON JUAN.

Este es loco pensamiento.

CREIDA.

¿Por qué te vas?

DON JUAN.

Es forzoso.

CREIDA.

¿Eres traidor?

DON JUAN.

Soy tu esposo.

CREIDA.

¡Cómo mientes!

DON JUAN.

No te miento.

CREIDA.

¿Qué te ha de volver?

DON JUAN.

Querer.

CREIDA.

¿No querrás?

DON JUAN.

Es imposible.

CREIDA.

¡Ah, ingrato!

DON JUAN.

Ya estás terrible.

CREIDA.

Y tú mal amante.

DON JUAN.

Advierte
Que nos oyen y nos ven.

CREIDA.

Ya no me amedrentan daños.

---

(1) Parece que falta algo.

DON JUAN.
Dios os guarde muchos años.
CREIDA.
Lléveos el cielo con bien.
DON PEDRO.
Los dos hemos de ir con vos
Hasta la puerta, don Juan,
De Macarena; que están
Caballos para los dos
Ensillados, y queremos
Acompañar hasta allí
Vuestra persona.
DON JUAN.
Vení.
DON GARCÍA.
Si es vuestro gusto, tenemos
Pesadumbre de dejaros.
DON JUAN.
Conocéis mi voluntad.
DON PEDRO.
Bien sé que en nuestra amistad
Podéis la vuestra pagaros.
DON JUAN.
Señor Íñigo de Vargas,
Mandadme, y quedad con Dios.
DON ÍÑIGO.
Él vaya, don Juan, con vos,
Y os conserve edades largas;
Que acompañaros excusan
Mis hijos y mi vejez.
CREIDA.
Y yo no excuso esta vez
De morir; que ya me avisan
La rebeldía, el amor,
La ingratitud y la ausencia.
MERENCIA.
Mira, señora.....
CREIDA.
Merencia,
Déjame.
DON JUAN.
Quedaos, señor;
De aquí no habéis de pasar.
DON ÍÑIGO.
Hasta el zaguán llegaré.
DON JUAN.
Eso no consentiré.
DON ÍÑIGO.
Obedecer y callar.
DON JUAN.
Acompañá á mi señora
Doña Creida.
CREIDA.
¡Ah, falso, fiero!
DON ÍÑIGO.
Hacer vuestro gusto quiero.
DON JUAN.
Vamos.
CREIDA.
Yo me muero agora;
Que el resistir es en vano:
Tenme, Merencia.
MERENCIA.
¡Ay de mí!
Sosiégate y vuelve en ti,
Porque tu padre.....

Desmáyase.

CREIDA.
Es en vano.
DON ÍÑIGO
¿Qué es eso, Merencia?
MERENCIA.
Agora,
Estando hablando, cayó;
De repente le tomó
Un desmayo á mi señora.
DON ÍÑIGO.
¿Qué será? ¡Válgame el cielo
Parte por agua.
MERENCIA.
Ya voy.

Vaya por agua.

DON ÍÑIGO.
¡Creida, hija!
CREIDA.
¡Muerta soy!
DON ÍÑIGO.
Hija, vuelve en ti.
CREIDA.
Recelo,
Señor, que no puedo.

Saca un vaso de agua Merencia.

MERENCIA.
Aquí
Está el agua.
CREIDA.
¡Qué inclemencia!
DON ÍÑIGO.
Ya no es menester, Merencia,
Pues ha vuelto Creida en sí.
CREIDA.
Á solas quiero quedar
Contigo, para que des
Remedio á mi mal, después
Que yo te pueda informar
De la pena rigurosa
De mi mal de corazón.
DON ÍÑIGO.
Es notable confusión
Esta mi edad temerosa:
Merencia, cierra tras tí
La puerta, y el que viniere,
Harás que fuera me espere.
MERENCIA.
Señor, serviréte así.

Vase.

DON ÍÑIGO.

Creida, dime tu pasión,
Pues hemos quedado solos.

CREIDA.

Entre los opuestos polos
Tengo la imaginación;
Pero pues es fuerza dar
Cuenta á mi padre del caso,
Porque al fuego en que me abraso
Pueda el remedio buscar,
Aunque ciega de pasión,
He de declararme aquí.

DON ÍÑIGO.

Acaba ya; Creida, di.

CREIDA.

Préstame, padre, atención.
Para mi desdicha sólo,
Porque para mi desdicha
Se mueven los once cielos,
Vino don Juan á Sevilla,
Y para mayor, don Tello
Le dió aquella fiera herida
Que vino á ser tu desgracia
Y luego la muerte mía.
Acudió toda esta casa
Al remedio de su vida,
Como si la tuya fuera,
Y yo también acudía.
Estrellas y voluntades,
Que de palabras y vistas
Se confrontan y se engendran,
Se aficionan y se inclinan,
Me obligan á que le quiera.
Perdona que así lo diga;
Que si he de decir verdad,
No he de contarte mentira.

DON ÍÑIGO.

Si en eso pára no más,
Creida, disculpa tenías,
Que amor es estrella noble
Que la sangre noble obliga;
Y siendo la tuya igual
Á la de don Juan, podría
Fácilmente remediarse
Voluntad tan bien nacida.

CREIDA.

Adelante paso.

DON ÍÑIGO.

¡Cómo!

CREIDA.

Escucha, si no te admiran
Mis atrevimientos locos
Y amorosas osadías.

DON ÍÑIGO.

Prosigue, pues.

CREIDA.

En efeto:
Con palabra y fe fingida,
Sin duda ha de ser mi esposo.

DON ÍÑIGO.

Ya entiendo: basta, que eclipsas
Con tus palabras, ingrata,
La sangre noble y antigua
De los Vargas. ¡Vive el cielo,
Que te quitara la vida
Á no estar tan afrentado!
Pero impórtame que vivas
Hasta que tome venganza
Del que te tiene ofendida.

CREIDA.

Al fin, con esta palabra,
Á pocos lances, me anima,
Rompiendo dificultades
Que el querer bien facilitan,
Á que le diese una noche,
Para mi mayor desdicha,
Subiendo por las paredes
Del jardín, de amor rendidas,
Entrada en mi cuarto.

DON ÍÑIGO.

¿Adónde?

CREIDA.

En mi cuarto.

DON ÍÑIGO.

No prosigas.
¿Tan presto? Más adelante:
¡Con razón, ingratas hijas,
Dais á los padres tristeza
Cuando nacéis!

CREIDA.

Si me obliga
El amor á que te cuente
Tu infamia y la afrenta mía,
¿Por qué me mandas que calle,
Lleno de enojo y de ira?

DON ÍÑIGO.

Pasa adelante.

CREIDA.

Ya paso:
Hoy, que se parte á Castilla
Con cartas del Rey quizá
Tan falsas como fingidas,
Porque burlada no quede,
Te quise de mi desdida
Dar parte, porque remedies
Tu honor, quitando la vida
Á don Juan, si no quisiere
Ser mi esposo, que á esto obliga
Un infame caballero;
Que yo, mujer, por mí misma,
Cuando en mis hermanos falte
Este valor, y en la fría
Sangre, señor, de tus venas,
Le daré muerte, atrevida,
Entre los brazos del rey
Don Enrique de Castilla.

DON ÍÑIGO.

Eso nos toca á nosotros:
A tu cuarto te retira;
Que hoy he de trazar el modo
De tu venganza y la mía
Si la obligación negare.

CREIDA.
Vivas más que tus deseos
Para tu edad solicitan.

DON ÍÑIGO.
Obligaciones de honor,
Calientan la sangre fría.

CREIDA.
Y agravios de amantes falsos,
Á cualquier enojo obligan.

Vanse.

Salen D. Alvaro, dando un memorial á la Infanta y D.ª Elvira.

DON ÁLVARO.
Aqueste es el memorial
De la merced que le pido
Á Su Alteza; que he querido
Hacer en ocasión tal
Á Vuestra Alteza, señora,
Desta merced y favor,
Con el Rey nuestro señor,
El dueño y la intercesora.
Doña Sancha de Moncada,
Mi abuela, cuyo apellido
Puso al de mi padre olvido,
Por ser de la Reina honrada,
Su madre de Vuestra Alteza,
Y á la suya ha de obligar
Á esta merced, pues dudar
No puede de mi nobleza
Y de los servicios míos;
Que todo esto es por poder
Una dama merecer
Vuestra: aquesto y nobles bríos,
Sólo á eso aspiran no más.

DOÑA ELVIRA.
Si soy yo, nunca en su vida
Me ha de ver dél merecida,
Que no me agrada jamás.
Pene, y muera, y desespere,
Sirva, idolatre y adore,
Pasee, suspire y llore,
Herede, tenga y espere;
Que siempre ha de hallar mi amor
Más duro á su pensamiento
Que su mismo entendimiento.

INFANTA.
Yo hablaré al Rey mi señor.

DON ÁLVARO.
Viva mil años, amén,
Vuestra Alteza.

INFANTA.
Guárdeos Dios:
Yo me acordaré de vos,
Que deseo vuestro bien.

DON ÁLVARO.
En Vuestra Alteza confío.

INFANTA.
Leyendo una carta viene
El Rey.

Sale el Rey leyendo una carta.

DON ÁLVARO.
Á linda ocasión viene.

REY D. JUAN.
¿Qué hay, hermana?

INFANTA.
Señor mío,
Al cuarto de Vuestra Alteza
A visitarle venía.

REY D. JUAN.
El mismo intento traía.

DOÑA ELVIRA.
¡Qué necio hombre!

DON ÁLVARO.
¡Qué belleza!

REY D. JUAN.
Está muy ofendido don Enrique,
Rey de Castilla, del descuido mío,
Por no haberle enviado hasta ahora
Al andaluz que en Lérida prendimos,
En razón de lo cual ésta me escribe,
Sin que del matrimonio concertado
Con su hermana, me trate; antes me pide
No sé qué villas que en la raya tengo
De Aragón y Castilla, prometiéndome
La opción que tiene por mi madre á ellas;
Y todos son enojos del primero
Nacidos; y ¡por vida de la Infanta,
Quel no haberle enviado antes de ahora,
Que fué descuido mío, pues se sabe
Que con ese cuidado mandé en Lérida
Que le prendiesen!

DON ÁLVARO.
Todavía puede
Vuestra Alteza, señor, desenojarle,
Enviándole el preso, pues le tiene
En la prisión ahora.

INFANTA.
No es ya tiempo,
Me parece, don Alvaro.

DON ÁLVARO.
Señora,
Á cualquier tiempo llega un delincuente
Á muy buena ocasión de castigarle;
Y no es razón que tales hombres tenga
El Rey nuestro señor, contra los gustos
De Príncipes tan grandes y parientes,
En su reino amparados, porque Enrique
Haga otro tanto en su servicio el día
Que á Su Alteza en Castilla se le ofrezca;
Que desta suerte vivirán seguros
De sus vasallos reyes y señores,
Si en los ajenos reinos no se amparan
Los delincuentes.

REY D. JUAN.
Ya parece agora
Más cobardía que amistad hacello,
Porque es darle á entender á Enrique cuarto

Que me movieron amenazas suyas.

DOÑA ELVIRA.

¡Mala lanzada, ruego á Dios, pues haces
La parte del fiscal contra don Tello,
De moro izquierdo el corazón te pase!

REY D. JUAN.

Después veremos lo que más convenga,
Porque mejor color el caso tenga.

INFANTA.

Ahora vengo yo, señor y hermano,
Á importunar, como acostumbro siempre,
A Vuestra Alteza.

REY D. JUAN.

Nunca, hermana mía,
Puede causarme enfado Vuestra Alteza.

INFANTA.

En esa confianza, por don Alvaro
Vengo á pedir una merced.

REY D. JUAN.

¿Mercedes?
¿Vuestro favor don Alvaro?

INFANTA.

La plaza
De la Guarda está vaca por don Mendo
De Tarifa: suplico á Vuestra Alteza,
Para casar á doña Elvira sea,
Pues que por tantas partes de servicios,
De sangre, y parentesco, y de crianza,
La merece, que nadie en todo el reino
Puede como don Alvaro tenella.

REY D. JUAN.

¿Qué caja es ésta y qué trompeta aquélla?

Suenan cajas y trompetas, y salgan D. Tello y Millán y soldados.

DON TELLO.

Don Juan, segundo, glorioso
Rey de Aragón, en virtudes,
Como en valor, aventajas
Los Césares más ilustres.
Don Tello de Vargas soy,
De los Vargas andaluces,
Sangre que de Garci-Perez
Generoso origen tuve;
Cuyo valor conocieron
Los sarracenos Adufes,
Los sevillanos Zulemas,
Cordobeses Mahamudes,
Carmoneses Albajaldos,
Alcalidanes Gazules,
Granadinos Bencerrajes,
Principirios Terragutes;
Cuyas lanzas de dos hierros,
Cuyas adargas de Túnez,
Mostraron, hechos pedazos,
Sus valerosas costumbres.
En Lérida me dejaste
Preso, con la pesadumbre
Que temor pusiera á un noble
Entre villanos comunes.
Por orden de Enrique cuarto,
Mi Rey, en la prisión supe
Que me mandaba prender
Vuestra Alteza; al fin estuve
Esperando la jornada
De Castilla, entre dos luces
De la vida ó de la muerte,
Porque temer al Rey pude.
Olvido ó dichosa estrella,
Que á nuestros pechos infunde
Á veces amor sin causa,
Ó le olvida ó le reduce
Á Vuestra Alteza á dejarme
Preso un mes, aunque hoy se cumple.
En este tiempo, los moros
De Lérida, éstos que cubren
Con el nombre de cristianos
Las africanas costumbres
Y la ley de aquel Profeta
Que en Meca engañar presume,
Entre imanes levantado,
Que es milagro y no virtudes
De las piedras, que al acero
De su caja al aire suben;
Éstos, que el primer don Jaime,
Que honró la imagen de Puche,
Repartió por Aragón,
Con los moros andaluces
De Granada se cartean,
Y conciertan para un lunes
Que sobre Lérida vengan,
Huyendo la roja lumbre (1)
Del sol, marchando de noche,
Por partes que no se cursen,
En escuadrón de caballos,
Que si al mismo tiempo suben
Á Lérida, les darán
Sus puertas sin pesadumbre;
Y teniendo ésta cogida,
Que en breve tiempo no duden
Que ganarán á Aragón.
Llega el escuadrón, y cubre
Una noche de repente
Los campos, y porque escuchen
Que llegaban relinchando
Los caballos andaluces,
Corren al lugar, medrosos,
Labradores que descubren
La celada de los moros
Cuando las nocturnas lumbres
En la mitad de los cielos
Sueño á los hombres infunden.
Despiertan tocando al arma,
Y los moriscos, con luces
Y con hachas en las manos,
«¡Mueran!» responden, y acuden
Á las puertas, á su intento,

(1) En la edición antigua dice disparatadamente:

Hiriendo la roca cumbre.

Y los ciudadanos huyen.
Llegó á la cárcel el arma,
Y yo, que las nuevas supe
De los temerosos presos,
Que unos bajan y otros suben,
Con un bastón del alcaide
Bajé al patio, y como nube
Que rayos llueve, en la calle
Cuarenta y dos presos puse;
Y diciendo: «¡Viva el Rey
De Aragón!, don Juan,» reduje
Á la plaza todo el pueblo
De hombres nobles y comunes,
Y díjeles desta suerte:
«Aragoneses ilustres,
Con cuyo valor don Jaime
Ganó tantas tierras, ¿sufren
Vuestros valerosos pechos
Que desta suerte os injurien
Cuatro moros de Granada
Y diez moriscos sin lustre?
Seguidme, y ¡mueran los perros!
Pues habéis sido segures
De los cuellos africanos
En otro tiempo, no dude
Ninguno de la victoria;
No os dé nada pesadumbre;
Que en ofensa de la patria,
Rey y ley, la muerte es dulce.»
En esto, y tocando al arma,
Con una espada que pude
Quitar á un morisco fiero
Que encontré y dí muerte, cubren
De sangre morisca aleve
Las calles, porque aseguren
Con sus muertes sus murallas,
Sin escaparse, aunque huyen.
Salgo por la puerta al campo
Luego, y todos se reducen
Á mi parecer, buscando
El escuadrón; y ya sube,
Á entrar por las mismas puertas,
Obligando á que retumben
Las campanas, con los ecos
De alberjes y sacabuches.
Y diciendo: «¡Santïago!
¡Al arma, Aragón ilustre!»
Derribando mil cabezas,
Dos millas de allí los puse.
Subimos en sus caballos,
Que ya sin sus dueños sufren,
Como vencidos al fin,
Quien dellos y en ellos triunfe.
Y siguiendo al escuadrón,
Les obligamos que busquen
Para escaparse remedio,
Y el de los cobardes usen.
Al fin, hiriendo y matando,
Siguiendo el alcance, tuve
La deseada victoria,
Llegando á la honrosa cumbre
Del honor en tu servicio;
Y ordenando que se junte
El despojo, á Zaragoza
Vine á verte, porque puse,
Así como nos dió el alba
Por las ventanas azules
De zafir del cielo al día,
Porque sus calles ilustren,
Vencedores tafetanes
Que con el viento descubren
Moriscas lunas rendidas
Á tus españolas cruces.
Á presentarte éste sólo,
Llego á tus pies, que es costumbre
De los nobles vencedores.
Preso como siempre estuve.

REY D. JUAN.

Dadme los brazos, capitán valiente;
Columna de Aragón, dadme los brazos,
Que más estima mereció mi reino
Vuestro valor, que la prisión pasada;
Pero del cielo permisión ha sido,
Para sosiego universal de todos,
Aragón y Valencia, donde pienso
Haceros las mercedes que merecen
Vuestros heroicos hechos y nobleza:
Y para comenzar, agora os hago
Capitán de mi Guarda.

DON TELLO.

Los pies beso
De Vuestra Alteza.

DOÑA ELVIRA.

Muchos años viva
Rey que sabe premiar tan buenas partes

DON ÁLVARO.

¿Qué es lo que por mí pasa? ¿Hay desventura
Que con la mía iguale?

REY D. JUAN.

La precisa
Ocasión de premiar á un caballero
Que tan valiente ha andado, me disculpa
Con Vuestra Alteza, hermana.

INFANTA.

Está bien hecho;
Que á este servicio ha de igualar el premio.

REY D. JUAN.

Perdone Enrique; que ha de ser don Tello
De mí muy estimado, y de manera,
Que le envidien quizá los castellanos.

MILLÁN.

Y yo, ¿no peleé como un Rugero?
¿Qué Mandricardo se igualó á mi espada?
¿No ensarté moros como moscas, siendo
Langosta de sus vidas, y relámpago
Mi espada en las gargantas granadinas?
¿No habrá algunas mercedes de barato
Para Millán, que es hombre como todos?

DON TELLO.

Millán, ¿qué es esto?

MILLÁN.

Digo mis servicios,

Porque mercedes me hagan.

REY D. JUAN.

¿Quién es éste?

DON TELLO.

Es un criado mío; humor notable.

INFANTA.

Bien lo ha mostrado en el despejo.

MILLÁN.

¿Has dicho
Que soy Millán Anzures, descendiente,
Por línea recta, de don Peranzules,
Hidalgo desde Adán, y aun pienso que antes?

DON TELLO.

Basta, Millán.

INFANTA.

Notable humor.

DON ÁLVARO.

Mil años
Gocéis, señor don Tello, esas mercedes.

DON TELLO.

Todo será para serviros, siendo
Vuestro criado, y vos el dueño, y todo.

DOÑA ELVIRA.

¡Qué gallardo andaluz, qué lindo talle!
¡No he visto más bizarro caballero!

DON TELLO.

Si gustan de mirar Vuestras Altezas
Los despojos de moros y caballos,
Vestidos, y armas, y estandartes, pónganse
Á las ventanas de Palacio.

REY D. JUAN.

Vamos.

MILLÁN.

¡Vivan los que merecen envidiaros!

Vanse todos.

Salen el rey D. Enrique y D. Juan de Castilla, de camino.

REY ENRIQUE.

Volvedme otra vez á dar
Los brazos.

DON JUAN.

Los pies, señor,
Son para mí más favor;
Éstos tengo de besar.

REY ENRIQUE.

Alzaos, don Juan de Castilla;
Pues que mi amor advertís,
Decidme cómo venís
Y cómo queda Sevilla.

DON JUAN.

Yo vengo bueno, señor,
Y Sevilla queda buena,
De mantenimientos llena,
Pero de salud, mejor.

REY ENRIQUE.

¿Cómo está con don Martín
De Sayavedra la gente?

DON JUAN.

Es el mejor Asistente
Que tuvo Sevilla.

REY ENRIQUE.

En fin,
Vuestra herida, ¿en qué ha parado?

DON JUAN.

Todo con salud quedó;
Como estuve bueno.....

REY ENRIQUE.

Yo,
Aun no estoy desenojado.

DON JUAN.

Prométole á Vuestra Alteza
Que don Tello no ha tenido
Culpa de lo sucedido.

REY ENRIQUE.

Ya es eso mucha nobleza;
Y en él no castigo yo
Vuestra herida, aunque la siento,
Sino el mucho atrevimiento
Que tuvo cuando os hirió.
El rey don Juan de Aragón
Intenta moverme guerra
Negando á don Tello.

DON JUAN.

Yerra
En hacer contradicción
Á Vuestra Alteza; mas ya,
Justo será que se acabe
Esto, pues no fué tan grave
Como se pensó, y está
Con mi salud acabado;
Que debo á todos los Vargas
Obligaciones muy largas.

REY ENRIQUE.

Qué, ¿os confesáis obligado
Con tanto extremo, en efeto,
De los Vargas?

DON JUAN.

Sí, señor;
Y ansí, este mucho favor
Me aseguro y me prometo
De Vuestra Alteza.

REY ENRIQUE.

Decid.

DON JUAN.

Yo tengo, por mil razones,
Muy grandes obligaciones
Á su hermana; y á Madrid
Vine con más brevedad
Que imaginé, por dar cuenta
Á Vuestra Alteza.

REY ENRIQUE.

Si intenta
Amorosa voluntad
Casamiento, no tratéis
De ello, que me enojaré.
Yo, don Juan, os casaré.

DON JUAN.

Señor.....

REY ENRIQUE.

No me repliquéis;

Yo os casaré de mi mano
Con quien á vuestra persona
Importe.

DON JUAN.

Creida perdone;
Que fué mi esperanza en vano.

Vanse.

Sale D. Tello, vistiéndole criados, y Millán, y un músico cantando.

MÚSICO.

Cuando el rey Fernando el cuarto,
Á quien llamaron el Santo,
Que ninguno hubo en Castilla
Que no fuese buen Fernando,
Cercó por mar y por tierra
Aquel muro celebrado
Por Alcides y por César,
¡Qué fundadores gallardos!.....

DON TELLO.

No prosigas.

MÚSICO.

Es el romance que canto,
De tu abuelo Garci-Pérez.

DON TELLO.

Por eso mismo lo mando;
Ya sé quién mi abuelo fué;
Pero danme mucho enfado
Lisonjas de esa manera,
Porque de ellas no me pago.
Los que han menester nobleza,
Busquen versos; que es agravio
Á quien la tiene decirlos,
Y á quien lo entiende cantarlos.
Dadle el vestido pajizo
Con aquel jubón bordado,
Porque no lo cante más.

MÚSICO.

Guárdete el cielo mil años.

Sale un criado.

Dos caballeros, señor,
Que parecen castellanos,
Hablarte quieren.

DON TELLO.

Decid
Que me aguarden entretanto
Que esté vestido.

CRIADO.

Señor,
Otra vez han porfiado
Que quieren entrarte á hablar.

DON TELLO.

Ya yo de vestirme acabo.

MILLÁN.

¿Sabes quién son los que dice?

DON TELLO.

¿Quién son?

MILLÁN.

Son tus dos hermanos.

DON TELLO.

¿Qué dices?

MILLÁN.

Esto que escuchas;
Y no vienen muy despacio,
Según dicen, y pretenden
Hablarte solo.

DON TELLO.

Pues ¡alto!
No quede ninguno aquí,
Y hazlos entrar.

Vanse.

Entran D. Pedro y D. García.

MILLÁN.

Ya han entrado.

DON PEDRO.

Dadme los brazos, don Tello.

DON TELLO.

Hermanos, dadme los brazos.
¿Cómo venís?

DON GARCÍA.

No venimos
Á gastar tiempo en hablaros.

DON TELLO.

Pues ¿qué hay de nuevo?

DON PEDRO.

Don Juan
De Castilla, que ya sano
Vive en la corte del Rey,
Nuestro enemigo, ha gozado
Á nuestra hermana, don Tello,
Dándole palabra y mano
De casamiento, y después
Supo nuestro padre el caso,
Que él se vino, y de Sevilla
Partiendo luego mi anciano
Padre, doña Creida y todos,
Á Madrid hemos llegado,
Donde á don Juan de Castilla
El intento declaramos
Que nos traía; responde
Al nuestro muy al contrario.
Supimos la estimación
En que el de Aragón, hermano,
Os tiene, y ansí, venimos
Á daros cuenta del caso,
Pues os toca á vos también.
¿Qué os parece?

DON TELLO.

¡Caso extraño!

DON GARCÍA.

¿Qué remedio dais en esto?

DON TELLO.

No hay otro que ir á matarlo
Y dar con mi hermana luego
En un convento, y mi amado
Padre, doña Creida y todos,
Vendréis á Aragón: partamos;

Que obligaciones de honor,
En quien ha tenido tanto,
No es justo dejar así.
Si fuera del Rey le hallamos
Con mil hombres, le matamos;
Que á tanto obliga un agravio.
¿En qué venís?

DON PEDRO.

Por la posta;
Que aquí quedan los caballos.

DON TELLO.

Pues en ellos volveréis,
Hasta mudarlos; y en tanto
Que yo me pongo unas botas,
Al postigo que va al campo
Desde el jardín, nos los tenga,
Y juntamente el caballo
Que para salir tenía,
Diciendo que ya no salgo
Porque me siento indispuesto,
Y me quedo desnudando;
Y si recado del Rey
Ó de otra persona, acaso
Viniere, á todos responde
Que estoy reposando un rato;
De modo, que siempre finjas
Que estoy enfermo, el espacio
Que yo tardare en la vuelta,
Pidiendo lo necesario,
Entretanto, para mí,
Sin que pase algún criado
De aquella puerta jamás.

MILLÁN.

Tu gusto haré; voy volando
Á que los caballos lleven
Á la puerta falsa.

Vase.

DON TELLO.

Hermanos,
Esto es lo que nos importa
Al honor, pues tan ingrato
Don Juan ha andado conmigo;
Que de lo demás no hablo.
¡Él es un mal caballero,
Él es un amigo falso!
¡Pluguiera á Dios que mil muertes
Le hubiera dado en el campo,
Antes de traerle herido,
Por ser yo quien soy, en brazos,
Pues fué, con rostro de amigo,
Sinón del fuerte troyano!

Sale Millán.

MILLÁN.

Los caballos están ya
Á la puerta falsa.

DON TELLO.

Vamos:
Unas botas me pondré
En el retrete de paso.

MILLÁN.

¿No me llevarás contigo?
Pues que sabes que á tu lado
Sabré morir.

DON TELLO.

Ya lo sé;
Pero eres más necesario
Acá, mientras yo me ausento.

MILLÁN.

De lo que mandas me encargo;
Y diré, si te parece,
¿Qué enfermedad? un catarro.

DON TELLO.

La que tú quisieres sea.

MILLÁN.

Ésta es la que hay más á mano
Para cualquier ocasión.

DON TELLO.

Adiós.

MILLÁN.

Él te vuelva en salvo.

Vanse los tres hermanos.

Mirando bien, ¡vive Dios,
Que en la casa de mi amo
Por señor quedé absoluto,
Con este achaque de malo
Y haber dicho que ninguno
Entre, sino yo, en su cuarto!
Es lo mejor, porque al fin
Seré el criado y el amo.
Bueno es fingir que está enfermo,
Y ¡vive Dios, que no ha estado!
Mejor en toda su vida!
Pero pues al fin quedamos
Por dueño del armadijo,
Véngate, Millán honrado,
Del Mayordomo mayor
Y tinelo temerario.
¡Fuego abrase el galopino,
Si dió al mundo tal bocado!
Con tu gana de comer
Entra en consejo, y sepamos
Qué te agrada más á ti,
Pues en la despensa hay tanto.
Señor Millán, yo comiera
De un capón de leche asado
Tanta pechuga, por cierto,
Que está en razón el asarlo.
Pues ásenlo luego al punto,
Y tráiganmelo con plato
Sobre cuatro picatostes.
¿No hay un paje? Aquí esperamos

Sale un criado.

MILLÁN.

Don Tello mi señor, pide

Un capón de leche asado,
Y unas guindas en conserva,
Y hasta ducientos duraznos.

CRIADO.

Por ello iremos al punto.

MILLÁN.

Al Mayordomo, de paso,
Me llamad.

CRIADO.

Él sale ahora.

Sale el Mayordomo.

MAYORDOMO.

En la antecámara acaso
Estaba; ¿qué me queréis?

MILLÁN.

Mi señor manda llamaros,
Y que para entretenerse
En la cámara jugando
Conmigo, le deis ducientos
Reales, porque el catarro,
Amigo es de divertirse.

MAYORDOMO.

Aquí los traigo contados.

Dale dinero.

MILLÁN.

Haga el señor Mayordomo
Que le traiga algún criado
Á don Tello mi señor,
Un poco de vino blanco.

MAYORDOMO.

Por ello iremos al punto.

Vase.

MILLÁN.

¡Linda invención, vive Dios,
Á cuenta de mi salario!

Sale el criado con el capón.

CRIADO.

Aquí está el capón asado.

MILLÁN.

Venid, capón, á la mano,
En tanto que viene el vino,
Alivio de mis cuidados,
Blanco su color, también
De mis pensamientos blanco.

Sale un criado con una fuente cubierta con una toalla

¿Qué manda vuesa merced?
Pienso que viene cargado.

CRIADO.

Mi señora doña Elvira,
Besa mil veces las manos
Al señor don Tello, y dice
Que ahora supo en Palacio
Que estaba Su Señoría
Algo indispuesto, y buscando
Qué enviarle, solamente
Aquestos dulces ha hallado.
Que le perdone, y le avise
Cómo está agora.

MILLÁN.

El recado
Daré yo al pie de la letra,
Y juntamente el regalo,
Á don Tello mi señor,
En habiendo despertado;
Que como en toda la noche
No pegó siquiera un cuarto
De hora los ojos apenas,
Está reposando un rato.

CRIADO.

Yo me voy.

Vase.

MILLÁN.

Id en buen hora;
Que yo llevaré á Palacio
Los platos y la respuesta.
Será nada entre dos platos;
Quiero descubrirlo á ver:
Aquí está un vidrio de cascos
De lima; aquí escorzonera;
Es barro; aquí diacitrón
Como una celada; el pardo
Calabazate, y las peras:
Á ponerlo voy en salvo.

Sale un criado con el vino.

CRIADO.

Millán, aquí tiene el vino.

MILLÁN.

Pues cerrar mandó mi amo,
Mientras le doy de comer.

CRIADO.

¡Alto, pues! Todos nos vamos.

Vase.

MILLÁN.

Esto es saber negociar:
¡Plegue á Dios que muchos años
No me falte esta privanza,
Ni á mi amo este catarro!

Vase, y salen á una ventana D.ª Creida y Merencia.

CREIDA.

Sola, con la sombra obscura
De la noche, salgo aquí,
Después que á mi bien perdí,
Á llorar mi desventura;
No fueron, Merencia, vanos
Los miedos de mis recelos.

MERENCIA.
Presto de tu olvido y celos
Te vengarán tus hermanos.

CREIDA.
Aunque don Juan me aborrece,
Al fin, como ingrato amante,
Y se me pone delante
Como sombra, y desparece,
Merencia, verle quisiera.

MERENCIA.
No está esta casa muy lejos
De la suya.

CREIDA.
Con reflejos,
Cuando sale, reverbera,
Merencia, sin duda en mí;
Es sol desde sus balcones,
Y él, con mayores pasiones,
Se va olvidando de mi:
Y aunque me paga tan mal,
Le quiero bien.

MERENCIA.
Yo lo creo
Por las señales que veo.

CREIDA.
¡Ay, Merencia, estoy mortal!
No querría que viniesen
Mis hermanos de Aragón,
Y ciegos con la pasión,
Muerte á mi don Juan le diesen.

MERENCIA.
Gente parece que ha entrado
Á caballo.

CREIDA.
Ellos serán;
Que á darle muerte á don Juan
Habrán, Merencia, llegado.

MERENCIA.
Ya tornaron á salir
Los que entraron á caballo
Y á pie.

CREIDA.
Mil sospechas hallo
Que me obligan á morir.
Merencia, vamos de aquí;
Que el corazón, en los labios,
Diciendo está los agravios
Que se hacen contra mí:
Amiga, temblando estoy.

MERENCIA.
Vámonos de aquí, señora;
Que yo lo estoy más ahora.

CREIDA.
Entre mil sospechas voy.

Vanse, y salen los tres hermanos de Creida.

DON GARCÍA.
Esta es su casa, don Tello.

DON TELLO.
En este mismo lugar
Los tres hemos de aguardar,
Y desde allí acometello
Si un mundo viene con él.

Sale D. Juan y otros dos con él, de noche.

DON PEDRO.
Gente parece que ha entrado
En la calle.

DON JUAN.
Á fe que ha andado
Con nosotros muy cruel.

PRIMERO.
Ya, recién venida, está
Escarmentada de anoche.

DON JUAN.
Pidióme el domingo un coche
Y no se le dí; sin duda (1),
Desto debe estar sentida.

SEGUNDO.
Don Juan,
Esta es vuestra casa: adiós,
Porque por aquí los dos
Nos vamos.

Vanse los dos.

DON PEDRO.
Los dos se van.

DON TELLO.
Pésame, á fe de quien soy.

DON JUAN.
Gente pienso que hay allí.

DON GARCÍA.
Embistámosle.

DON TELLO.
Advertí
Que está solo.

DON JUAN.
Yo no estoy
Con buena sospecha desto.

DON PEDRO.
¿Ahora hemos de mirar
En eso en este lugar?

DON JUAN.
Ellos tomarán buen puesto.

DON TELLO.
Dejadme solo, que yo
Le mataré.

DON GARCÍA.
Esos respetos
De honor, ya no son discretos;
Pues á los tres ofendió,
Todos tres le demos muerte.

DON TELLO.
¿Tres á sólo un caballero?

DON JUAN.
Peor es temer; yo quiero

(1) Falta la rima, y al verso siguiente le sobran sílabas.

Llegar.

DON PEDRO.

Será desta suerte.

Meten mano todos tres, y D. Tello se pone en medio de ellos.

DON TELLO.

No consentiré el valor
De esa manera ultrajar;
Paréceme hacer mudanza..... (1)
¡Obligaciones de honor!
¡Caballero, á vuestro lado
Quien os defiende tenéis!

Pónese á su lado D. Juan.

DON JUAN.

Como caballero hacéis.

DON TELLO.

Yo mismo á mí me he obligado.

DON GARCÍA.

¡Muera!

DON PEDRO.

¡Muera, don García!

DON TELLO.

No será en esta ocasión.

DON JUAN.

Éstos los hermanos son
De doña Creida.

DON PEDRO.

¿Quien fía,
Villano, de ti el honor,
Esta infamia ha merecido?

DON GARCÍA.

Gente, don Pedro, ha salido;
Dejarlo será mejor;
Que en otra ocasión podremos
Buscarle, y aunque un hermano
Ha andado aquí tan villano,
Otra vez os buscaremos.

Vanse los dos.

DON JUAN.

¡Ellos! Un milagro ha sido
El ir con vida de aquí;
Un ángel fué.

DON TELLO.

Un ángel fuí,
Que de tu gracia he caído.

DON JUAN.

¿Es don Tello?

DON TELLO.

El mismo soy.

DON JUAN.

Dadme los brazos, que espero
Daros el alma.

DON TELLO.

Primero
He de ver cómo los doy:
No volváis, don Juan, tan presto
La espada á la vaina, pues
Solos, para mi interés,
Hemos quedado en el puesto;
Yo me he de matar con vos,
Pues ya la ocasión sabéis.

DON JUAN.

Razón, don Tello, tenéis,
Mas no pude más: ¡por Dios,
Que no ha sido culpa mía,
Sino mandado del Rey
El no casarme!

DON TELLO.

Esa ley
Rompe una honrada porfía:
No debe el Rey de saber
Que le debéis el honor;
Que con todo su rigor,
Él se dejara vencer.
Yo vine sólo á este efeto
De Aragón, que no estar solo,
Desde el uno al otro polo
Os mataran, en efeto,
Mis hermanos, á no ser
Tan honrado, que las manos
Volví contra mis hermanos
Cuando os vi solo ofender.
Y no atribuyáis á amor
Pasado que os defendieron,
Porque sólo las volvieron
Á obligaciones de honor.

DON JUAN.

Ésas confieso, don Tello,
Que debo y quiero pagar.

DON TELLO.

Pues yo no puedo esperar
Mucho.

DON JUAN.

Luego pienso hacello.
Venid conmigo, y haré
Una cédula en que diga
Lo que á este caso me obliga,
Y cuanto queráis diré;
Y á don Pedro y don García
Les dejaréis, porque intenten
Que luego al Rey se presenten
Que llegaré al dicho día,
Que atento que lo deseo,
Que la fe y palabra os doy
Que siempre con él estoy.

DON TELLO.

De tales obras lo creo.

DON JUAN.

Vamos; que vuestro valor
Conozco.

---

(1) Falta la rima. Acaso esta redondilla podría corregirse así:

No consentiré el valor
Ultrajar de esa manera;
Pésame que á traición muera...
¡Obligaciones de honor!

DON TELLO.
Merced me hacéis.
DON JUAN.
Vos solamente sabéis
De obligaciones de honor.

Vanse.

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA.

JORNADA TERCERA.

Salen el rey Enrique y D. Juan.

REY ENRIQUE.
No tenéis que persuadirme
Á otra cosa, esto es verdad.
DON JUAN.
Crea Vuestra Alteza.....
REY ENRIQUE.
Andad,
Que eso es engaños fingirme,
Pues lo dicen tantos; es
Quererme negar á mí.....
DON JUAN.
Señor.....
REY ENRIQUE.
Esto pasó así:
Don Tello, con otros tres,
Á solas os embistió (1);
Bien es verdad que debéis
Lo que decir no podéis.
DON JUAN.
Y quien dió las nuevas, ¿vió....?
REY ENRIQUE.
Viólo como vos á mí.
DON JUAN.
Pues ¿cómo, si me embistieron
Tres, pedazos no me hicieron,
Si es verdad que no huí?
REY ENRIQUE.
Porque son ellos quien son,
Y vos don Juan de Castilla;
Y valéis, no es maravilla
De Vargas un escuadrón.
DON JUAN.
Pues ¿cómo no le dijeron
Á Vuestra Alteza también
Que fué tan hombre de bien,
Cuando los dos me embistieron,
Don Tello, con la razón
Que tiene de darme muerte,
Viendo tratar desta suerte
De su hermana la opinión,
Que se me puso á mi lado,
Que á no ser por él, ¡por Dios!
Contra sus hermanos dos,
Que hubiera bien despachado?
Que agraviados caballeros
Con tanta causa y razón,
Tienen gran resolución
Y mayores los aceros.
REY ENRIQUE.
Pues á su hermana, don Juan,
Debéisla más que afición.
DON JUAN.
Sí, señor, que á esta razón,
Íñigo Pérez están,
Y sus hijos, en Madrid,
Y don Tello juntamente
Vino de Aragón, y es gente
Determinada.
REY ENRIQUE.
Advertid
Que ya, don Juan, os entiendo;
Y en iguales ocasiones,
Confesar obligaciones
Es causa de ir pretendiendo
Lo que á cólera me incita,
Que es casaros igualmente;
Demás, que tengo á esa gente,
Que á indignarme solicita,
Un odio mortal; y os doy
Palabra con juramento,
Que me pesa el casamiento
Por quien sois y por quien soy;
Y haced cuenta que aquel día
Que os caséis será el postrero
De nuestra amistad.
DON JUAN.
No espero
Que tenga, por causa mía,
Vuestra Alteza enojo.
REY ENRIQUE.
Ansí,
Don Juan, os conviene hacer
Si me queréis complacer.

Sale D. Alonso.

DON ALONSO.
Los Vargas están aquí,
Y piden á Vuestra Alteza
Para entrar licencia.
REY ENRIQUE.
Basta;
Que ya conozco esa casta,
Don Alonso.
DON JUAN.
Á su nobleza,
Vuestra Alteza, mi Rey, crea,

---

(1) En la edición antigua, el primer verso de esta rendondilla dice:

Os embistió estando solo;

con lo cual se destruye la rima.

Que no es bien dejar de ir,
Señor.....

REY ENRIQUE.

No les he de oir,
Don Juan; lo que fuere sea:
Yo no les he de ver hoy
Ni pueden entrarme á hablar.
Con esto me han de pagar
El enojo con que estoy;
Baste que estén sin castigo,
Por vos, de lo que ha pasado.

DON JUAN.

Vuestra Alteza está indignado.

REY ENRIQUE.

Y vos, don Juan, muy su amigo;
No os quisiera ver con ellos,
Tan buen caballero á fe.

DON JUAN.

Si esto les debo, ¿por qué?

REY ENRIQUE.

Porque ofendido estoy dellos:
Y ¿por qué estoy ofendido?
Por decir que á vuestro lado,
En negocio tan pesado,
Don Tello se puso ha sido
De vuestra nobleza efeto,
Si no es que vos me engañáis
En lo que aquí me contáis.

DON JUAN.

Á Vuestra Alteza prometo.....

REY ENRIQUE.

Basta: decid á los Vargas,
Don Alonso, que no estoy
Para dar audiencia hoy.

DON ALONSO.

Sus pretensiones son largas
Al que sin dicha y favor
Negociar pretende ansí.

REY ENRIQUE.

Mejor es que entren: decí
Que entren.

DON JUAN.

Eso es lo mejor.

REY ENRIQUE.

No gusto que estéis presente,
Don Juan, vos.

DON JUAN.

Es caso justo
No estar contra vuestro gusto.

REY ENRIQUE.

Haced entrar esa gente:
Verlos, me incita á furor.

Entran Íñigo Pérez de Vargas y los dos hermanos.

ÍÑIGO.

Denos su mano Real
Vuestra Alteza.

REY ENRIQUE.

Estoy mortal:
Alzad; ¿qué queréis?

ÍÑIGO.

Señor,
Íñigo Pérez de Vargas
Soy.

REY ENRIQUE.

Ya os conozco; pasad
Al caso.

ÍÑIGO.

Mi calidad
Publican historias largas.

REY ENRIQUE.

Sí, noble debéis de ser.

ÍÑIGO.

Éstos son Pedro y García,
Mis hijos.

REY ENRIQUE.

Ya yo tenía
De ellos noticia.

ÍÑIGO.

El saber
Que Vuestra Alteza, señor,
Como tan cristiano Rey,
Ha de mirar por la ley
Del universal honor,
Nos animó á suplicarle
Que hoy nos honre.....

REY ENRIQUE.

¿De qué modo?

ÍÑIGO.

Don Juan de Castilla.....

REY ENRIQUE.

Todo
Será, en efecto, casarla;
Éste es el fin que traéis.

ÍÑIGO.

Por la obligación que tiene
Á mi hija, nos conviene
El importunar.

REY ENRIQUE.

¿Habéis,
Íñigo Pérez, sabido
Cómo á mi deudo don Juan.....

ÍÑIGO.

Todos en Castilla están
Deso informados.

REY ENRIQUE.

No ha sido,
Según eso, acertamiento,
Íñigo Pérez, querer
Á mis ojos emprender
Tan desigual casamiento.

ÍÑIGO.

¿Cómo, señor, desigual?
¡Qué razones tan amargas!

REY ENRIQUE.

Tenéis vos sangre de Vargas,
Y don Juan sangre Real,
Siendo octava maravilla;
Aunque esta nobleza estimo,
Merece don Juan, mi primo,
Una infanta de Castilla.

ÍÑIGO.
Cuando don Juan fuera
Vuestra Alteza, imaginara
Que no me calificara
Ni más que yo mereciera;
Que los Vargas de Sevilla,
En diferentes edades,
Han dado muchas ciudades
Á los reyes de Castilla.
Y aunque no hacerlos iguales
Con ellos mandan las leyes,
Algunos no fueran reyes
Sino por vasallos tales.
REY ENRIQUE.
¡Buena estuviera Castilla!
ÍÑIGO.
Mal sin ellos estuviera;
Y Fernando lo dijera,
El que entró sobre Sevilla,
Y Alfonso sobre Jerez,
Y don Juan sobre Baeza;
Desto tendrá Vuestra Alteza
Desengaño alguna vez,
Si agora está apasionado;
Mas no es bien que la pasión
Á la justicia y razón
El paso tenga cerrado.
Y así, suplico humilmente
Que esta cédula, firmada
De su mano de don Juan (1),
Se me cumpla llanamente,
Pues pido en esto justicia;
Y corre en esta ocasión,
Riesgo mi reputación.
REY ENRIQUE.
Esta es notable malicia;
Vosotros, sin duda, habéis,
Con otros que ayuda os dan,
Cogido solo á don Juan,
Como otras veces soléis,
Y obligado á que escribiese
Esta cédula.
ÍÑIGO.
Nosotros
Somos quien somos.
REY ENRIQUE.
Vosotros
Sois quien digo; y si no fuese
Por no alborotar las cosas,
Las cabezas os pusiera
Á los pies.
DON GARCÍA.
Cuando eso fuera,
No fuera por alevosas.
REY ENRIQUE.
¿No es muy grande alevosía
Embestir á un hombre tres?
DON PEDRO.
¿Qué fuera dél, si después,

(1) En estos dos versos falta la rima.

Uno de los tres que había
No se le pusiera al lado?
REY ENRIQUE.
Eso no puedo creello.
DON GARCÍA.
¡Pluguiera á Dios que don Tello
No anduviera tan honrado,
Que nos pudiera excusar
Su excusada gentileza,
Escuchara Vuestra Alteza
Cosas de tanto pesar;
Que cuando un agravio toca
Á muchos, desta manera
Se ha de vengar!
REY ENRIQUE.
¡Salíos fuera;
Que vuestra cólera loca
Muy presto castigaré,
Dando escarmiento y espanto!
Á esta cédula, entretanto,
Rompiéndola, cumpliré
Vuestro loco pensamiento.

Rompe la cédula.

Acabe así entre mis brazos!
Al viento van los pedazos;
Pedid la palabra al viento.
ÍÑIGO.
¡Vive Dios, que si no fuera
Porque eres mi Rey.....
REY ENRIQUE.
¿Qué es esto,
Villano, tan descompuesto?
ÍÑIGO.
¡Si otro que tú lo dijera,
Y estuviera acompañado
De un ejército, primero
Que se fuera, deste acero
Que traigo inútil al lado,
La satisfacción saliera..... (1)
. . . .
. . . .
. . . .
Que este valor y este celo
De honor, lo respeta el mundo,
Tu padre, don Juan segundo,
Y D. Enrique tu abuelo!
Mas tú eres mozo, y no quieres
Conocer esta verdad.
REY ENRIQUE.
Ya caducáis con la edad.
DON PEDRO.
Vámonos. Y más no esperes,
Si no pretendes que aquí

(1) Siguen en la edición antigua estos tres versos ininteligibles:

De menos, que me enviara
Con menos color la cara
Que esa corona allá fuera.

Nuestra cólera nos mate.

ÍÑIGO.

¡Que tal Enrique nos trate!

DON GARCÍA.

¡Que nos trate Enrique ansí!

REY ENRIQUE.

¡Salíos afuera! ¡Acabad!

ÍÑIGO.

Ya nos vamos; pero advierte
Que aunque yo no estoy muy fuerte,
Por las penas y la edad,
Que tengo en mi vejez triste
Hijos que después podrán
Hacer que cumpla don Juan
La cédula que rompiste.

REY ENRIQUE.

¡Hola!

DON ALONSO.

Señor.....

ÍÑIGO.

¡Reventando
Estoy de cólera y furia!

DON PEDRO.

¡Que suframos esta injuria!

REY ENRIQUE.

Haced luego lo que os mando.

Vase el Rey.

ÍÑIGO.

El Rey se fué, y al oído
Á don Alonso ha hablado.

DON ALONSO.

Pesar el caso me ha dado;
Mas debe el Rey ser servido.
Señor Íñigo de Vargas,
Yo he de obedecer al Rey,
Pues hacer su gusto es ley;
Aunque os confieso muy largas
Obligaciones, no puedo
Excusar esta ocasión:
Don Pedro, daos á prisión,
Y don García.

ÍÑIGO.

Yo quedo
En mayores de serviros,
Por ser vos el que ha tomado
Á cargo habernos honrado
En esta prisión.

DON ALONSO.

Partiros
Luego de Madrid habéis,
Á una torre.

ÍÑIGO.

¡Gran venganza!

DON ALONSO.

Tened en Dios confianza;
Que presto del Rey seréis
Honrados como es razón.

DON PEDRO.

Presos, vamos deshonrados.

DON ALONSO.

Sois Vargas.

DON PEDRO.

Somos criados
Vuestros.

DON ALONSO.

Con esta prisión
Se acabarán los enojos
Del Rey, y sucederá
Como deseáis; que está
Indignado.

ÍÑIGO.

¡En qué despojos
El Rey venga su furor!
Vamos.

DON ALONSO.

Ya voy consolado,
Viendo que á esto han llegado
Obligaciones de honor.

Vanse.

Salen D. Tello y Millán.

DON TELLO.

¿Cómo lo has pasado?

MILLÁN.

Bien:
¡Pluguiera á Dios no vinieras
Tan presto de allá, y volvieras
De aquí á dos años, amén!
Que si por tu gran malicia
Tan presto no te tornaras,
¡Vive Dios, que me hallaras
Como un lechón de Galicia!
Está la botillería
Que no la conocerás;
Pues la despensa hallarás,
Con la dispensación mía,
En los huesos, ¡vive Dios!
Sólo el tinelo ha engordado,
Porque no lo he visitado (1);
Que gasta una enfermedad
Mucho.

DON TELLO.

Á todos, ¿qué decías?

MILLÁN.

Si acá entraban, que dormías;
Y durmieras, en verdad,
De Matusalem el tiempo
Que tardaras, fuera ansí;
Verme en tu cámara á mí,
Fué notable pasatiempo,
Porque á toda la ciudad
Serví en ella de estafermo,
Siendo tú el que estaba enfermo
Suplí yo la enfermedad.
Yo me curé de una gana
Que tenía de comer,
Á mi gusto y mi placer;

(1) Falta un verso.

Y la siento ya algo sana.
Dióme gana de comer
Un capón de leche asado,
Y luego se me ha antojado
Un limoncito tras él.
Y despertó mi reloj
De los gustos á la oreja;
Una perdiz me aconseja
Luego, con su ajilimoj.
Vino la perdiz asada,
Como volando pudiera,
Y trajo por compañera
De un conejo una empanada.
Bebióse muy lindamente
Entre uno y otro rasguño,
Pegándoselas de puño
Al botillar diligente;
En efecto, se ha pasado;
Lo mejor que se ha podido:
Tú seas muy bien venido,
Mejor fueras bien tardado.

DON TELLO.

Huélgome que á costa mía
Hartes tu apetito así;
Si te curas, es por mí,
La enfermedad que tenía.

MILLÁN.

Pues no te he dicho un antojo
De unos dinerillos (1).

DON TELLO.

¿Dineros se te antojaron?

MILLÁN.

Dineros (2);
Y si no lo has por enojo,
Hasta ochenta escudos son;
El gasto es bien ordinario.

DON TELLO.

Pagarámelo el salario,
La librea y la ración;
Que á mi costa tan bizarro
Mostrarte, no he de sufrir.

MILLÁN.

Pues ¡vive Dios, de decir
Que fué mentira el catarro!

DON TELLO.

Esa amenaza me ha puesto
Freno á la lengua, ¡por Dios!

MILLÁN.

Pues vamos horros los dos,
Ya que tampoco es el resto.

DON TELLO.

Eso por fuerza ha de ser.

MILLÁN.

Ahora que en paz nos quedamos,
Cómo te fué allá sepamos.

DON TELLO.

Como lo pude escoger.
Don Juan estará casado

(1) Verso incompleto.
(2) Verso largo.

Con mi hermana brevemente.

MILLÁN.

Es hecho honrado y valiente.

DON TELLO.

Él fué, Millán, más honrado.

MILLÁN.

Todos lo son de tu boca,
Por tener honrada espada.

DON TELLO.

¿Qué hay de nuevo?

MILLÁN.

Este Moncada,
Al Rey pienso que provoca
Á ponerse mal contigo,
Porque siempre viene aquí
Á preguntarme por ti,
Pero jamás como amigo;
Pues de la envidia el veneno
En su pecho pudo más;
Que un envidioso, jamás
Pudo ser amigo bueno.

DON TELLO.

Calla, Millán, que te engañas;
Que don Álvaro, en efeto,
Es quien es.

MILLÁN.

Yo te prometo
Que tiene falsas entrañas.

DON TELLO.

En tu vida te acontezca
Hablar delante de mí
De nadie mal.

MILLÁN.

Si es ansí....

DON TELLO.

Aunque á ti te lo parezca,
No me hables de nadie mal
Aunque de mí lo haya hablado,
Que te mataré.

MILLÁN.

¡Qué honrado
Te hizo Dios!

DON TELLO.

Es natural,
Y no puedo resistirme.
¿Qué hay más de nuevo en la tierra?

MILLÁN.

Todo es armas, toda es guerra,
Sin saberse cosa firme;
Llena está de compañías
La causa.

DON TELLO.

La causa es grave (1).

MILLÁN.

No tardará muchos días
Que la causa no se entienda.

DON TELLO.

Siempre que el Rey es discreto,
Tiene su intento secreto,

(1) Falta el tercer verso á esta redondilla.

Porque hacerse no pretenda
Fuerte el contrario entretanto,
Si la victoria desea.

Sale un criado.

CRIADO.
Señor, agora se apea
El Rey en casa.

DON TELLO.
¡Que tanto
Su Alteza me favorece!
No sé en qué á Su Alteza obligo.

MILLÁN.
Ya ha entrado el Rey.

Sale el rey D. Juan, y D. Álvaro y gente.

REY D. JUAN.
El amigo,
En aquesto se parece.

DON TELLO.
Déme los pies Vuestra Alteza.

REY D. JUAN.
Alzaos, don Tello.

DON TELLO.
Señor,
¿Quién de tan alto favor
Es digno?

REY D. JUAN.
Vuestra nobleza.

DON TELLO.
En una casa, señor,
Tan humilde cuanto el dueño,
Siendo también tan pequeño,
¿Mereció tanto favor?

REY D. JUAN.
Vuestra enfermedad me daba
Cuidado, y ansí, he querido
Ver yo mismo lo que ha sido.

DON TELLO.
Un poco indispuesto estaba
De la cabeza, y ansí,
En la cama quise estarme
Y aliviarla con sangrarme.

REY D. JUAN.
Y ¿cómo os sentís? decí.

DON TELLO.
¿Cómo me puedo hallar,
Señor, con tanta merced?

REY D. JUAN.
Que os deseo bien, creed.

DON ÁLVARO.
¡Qué favor tan singular!

REY D. JUAN.
¡Qué al contrario me contó
Don Álvaro! Todavía
Le dura la envidia, arpía
De la nobleza.

DON ÁLVARO.
¿Quién vió
Tan presto tanta privanza?

REY D. JUAN.
Pues tan presto os levantáis,
Hoy de casa no salgáis;
Que cuando salud se alcanza
Conservarla es menester
De alguna causa contraria,
Y la que es más necesaria,
Más estimada ha de ser.
Y pues la obligación mía
Haceros merced profesa,
El Maestrazgo de Montesa
Os quiero dar de sangría,
Que por don Jaime, mi tío,
Ha vacado.

DON ÁLVARO.
Los pies beso
Á Vuestra Alteza.

DON TELLO.
Confieso,
Que siempre quedaré yo (1)
Obligado, y no podré
Tantas mercedes pagar.

REY D. JUAN.
Ahora os podéis quedar,
Que yo me voy.

DON ÁLVARO.
Ya no sé
Cómo sufrir tanto agravio.
¿Esto es justicia, esto es ley?
¿No estaba un Moncada rey?

REY D. JUAN.
Como cortesano y sabio
Procedéis; quedaos, Maestre,
Si gusto me queréis dar.

DON TELLO.
Hasta el coche he de llegar
Porque á Vuestra Alteza adiestre.

REY D. JUAN.
Bien podéis, que sois el sol
De Castilla; pero gusto
Que os quedéis.

DON TELLO.
No fuera justo

REY D. JUAN.
Adiós, Héctor español.

Vase.

DON ÁLVARO.
Vueseñoría la goce
Mil años.

DON TELLO.
Todo será
Vuestro.

DON ÁLVARO.
Adiós, que el Rey se va.

MILLÁN.
Aunque la envidia reboce

(1) No consuena este verso con el primero.

Con máscara lisonjera,
Le pesa al Moncada, á fe.
Usía sus pies me dé,
Ya que el Rey está allá fuera,
Y goce del Maestrazgo
Lo que Adán de Eva, y aun más,
Y si puede ser, jamás
Pague á la muerte portazgo,
Que es derecho natural.

DON TELLO.

Guárdete Dios, y ansí sea.

MILLÁN.

No excusas una librea,
Ahora al Abril igual.

DON TELLO.

Y aun dos, Millán, han de ser.

MILLÁN.

Vivas dos mil años más,
Pues tan liberal estás.

Sale un criado con un pliego.

CRIADO.

De casa del Chanciller
Trujo este pliego un criado.

DON TELLO.

Muestra: de don Juan parece;
Algo de nuevo se ofrece
En el negocio pasado.

Carta.

«Señor y amigo mío: No quisiera daros tan malas nuevas al presente, mas porque después no os quejéis de mí, os aviso de lo que por acá pasa. Presentada la cédula que yo hice, mandó el Rey prender á vuestro padre y hermanos, haciendo la cédula mil pedazos; yo estoy confuso, viendo que es imposible desenojar á Su Majestad; mas yo os prometo que ha de ser mi esposa mi señora D.ª Creida, si pesa al mundo. Escribiendo ésta, me vinieron nuevas de Palacio, que la Reina era muerta de parto; está confusa la Corte y ha cesado con esto una jornada que el Rey por su persona prevenía, aunque jamás se supo para dónde: no digo más, etc.—*Don Juan de Castilla.*»

DON TELLO.

¡Qué tristes (1) nuevas! ¡Siento, como es justo,
La muerte de la Reina mi señora
Mucho más que las propias desventuras
Que pasan mis hermanos y mi padre!
No me pudo escribir peores nuevas.

MILLÁN.

No parece que el Rey te ha maltratado,
Según sientes sus cosas.

DON TELLO.

Los vasallos,
Millán, no han de igualarse con los reyes,
Ni han de sentir las faltas como tales;
Y á más agravios, siempre más leales.
Llámame al camarero.

MILLÁN.

Él viene agora.

Sale el camarero.

CAMARERO.

Muchos años, señor, Vueseñoría
Goce acrecentamientos tan honrados.

DON TELLO.

Todo es para vosotros, que no quiero
Que el cielo me haga bien, sino pretendo
Con mis criados repartirlo todo,
Porque son del honor obligaciones
Acudir á estas cosas como acudo;
Que por eso nos sirven hombres nobles.

CAMARERO.

Ese conocimieuto solamente
Nos bastará por premio y paga ahora.

DON TELLO.

La Reina de Castilla mi señora,
Ha muerto, camarero; luego importa
Sacar para mi casa luto.

CAMARERO.

Sea
Como Vueseñoría manda.

DON TELLO.

Luego,
Lo más presto que pueda ser, se acabe
Un luto para mí, para que pueda
Ir á besar las manos á Su Alteza.

CAMARERO.

Eso se hará como lo mandas.

DON TELLO.

Nadie
Quede en casa sin él, hasta el más mínimo
Mozo de la cocina.

CAMARERO.

Haráse al punto.
Perdió Castilla la mejor señora
Que tocó á su corona la cabeza.

MILLÁN.

Las fiestas del Maestrazgo quedan feas,
Pues que se han vuelto luto las libreas.

Salen el rey D. Juan, la Infanta y D. Álvaro.

INFANTA.

Que con esta estratagema
De decir que va á Granada,
Dicen que hace jornada
Á Aragón, y es bien se tema
Y que salga Vuestra Alteza
Al caso.

REY D. JUAN.

No contradice
Lo que Vuestra Alteza dice
Al Consejo con presteza;
Que según temen, han dado

---

(1) En la edición antigua dice *lastimosas*, con lo cual no consta el verso.

Todas cuantas compañías
Se han alistado estos días,
Porque por razón de estado
Conviene la prevención,
Por los intentos que tiene
De las villas; que si él viene
Acá con esa intención,
Sin ello se volverá.

INFANTA.

Todo ese enojo habrá sido
Por don Tello.

REY D. JUAN.

Está ofendido
De ver que conmigo está
Tan bien puesto, y ha tomado
Sin duda aquesta ocasión
Para venir á Aragón.

INFANTA.

Don Tello es tan buen criado,
Que se puede aventurar
Por él un reino.

DON ÁLVARO.

¡Que todos
Lo quieren por tantos modos!
También yo quiero llegar.

REY D. JUAN.

Don Álvaro de Moncada,
¿Qué habéis de Castilla oído?

DON ÁLVARO.

Gran señor, pierdo el sentido;
Dicen que se hace jornada,
Y Enrique sale en persona,
Y que es la voz general
Que viene á Aragón, y tal
El vario vulgo pregona,
Puesto que le han dado nombre
De Granada á la jornada.

REY D. JUAN.

Pienso, si viene á Granada,
Darle ayuda, porque asombre
Al granadino poder
Del cristiano, hasta rendir
Su muro. Esto he de decir (Aparte.)
Que conviene.

DON ÁLVARO.

Ansí ha de ser;
Que no es justo que el intento
De Vuestra Alteza se entienda
Hasta que Enrique pretenda
Declarar su pensamiento.

REY D. JUAN.

Y siempre fué la mayor
Razón de estado en jornada:
Don Álvaro de Moncada,
¿Qué nobleza, qué valor,
En Aragón os parece
De estado y prendas igual,
Que el bastón de general
En esta empresa merece?

DON ÁLVARO.

Muchos tiene Vuestra Alteza
En él para generales,
De valor y sangre iguales,
De prudencia y de nobleza:
Don Fadrique de Aragón
Pudiera serlo de Marte,
Y don Onofre Lasarte,
Que es de igual satisfacción,
Y á Vuestra Alteza ha servido
En muy grandes ocasiones;
Sin otros muchos varones
Á quien la fama ha tenido.

REY D. JUAN.

¿Y no os parece don Tello
Bueno para general?

DON ÁLVARO.

No es de Aragón natural,
Y mirando bien en ello,
Será agraviar á Aragón,
Habiendo tantos en él,
Señor, echar mano dél,
Aunque es tanta su opinión.

REY D. JUAN.

Paréceme buen consejo.

DON ÁLVARO.

Esto me parece á mí.

INFANTA.

El Maestre viene aquí.

DON ÁLVARO.

Requiere un hombre más viejo.

REY D. JUAN.

Sea él muy bien venido.

Sale D. Tello con luto y el hábito de Montesa.

DON TELLO.

Beso los pies á Su Alteza.

REY D. JUAN.

¿Qué es eso? Vuestra tristeza
Anuncia algún mal suceso (1).
¿Qué luto es éste, Maestre?

DON TELLO.

Por la Reina, mi señora,
De Castilla.

REY D. JUAN.

¿Murió?

DON TELLO.

Ahora
Ha muerto, y es bien que muestre,
Como, en efecto, vasallo,
La tristeza de Castilla.

REY D. JUAN.

Vuestra lealtad maravilla.

DON TELLO.

En grande extremo me hallo
Por Su Alteza triste, y siento
Su muerte como es razón.

REY D. JUAN.

Y yo también, y Aragón
Hará el mismo sentimiento,

(1) Falta la rima.

Y por Su Alteza daré
Luto á la Casa Real,
Porque sentimiento igual
Como deudo mostraré;
Y á sus damas Vuestra Alteza
Luto dé.

INFANTA.

Será razón
Hacer tal demostración
Publicar tan gran tristeza:
Que á mi prima le debía
Una muy gran voluntad.

REY D. JUAN.

¿De qué fué la enfermedad?

DON TELLO.

Parto escriben.

INFANTA.

¡Triste día
Para Castilla, por cierto!

REY DON JUAN.

De esa suerte cesará
La jornada.

DON TELLO.

Claro está,
Habiendo la Reina muerto.

Sale un criado.

CRIADO.

Este pliego ha llegado de Castilla
Á toda diligencia, de don Vasco
De Cardona.

REY D. JUAN.

Mostrad: de algo me avisa
Mi embajador; sucintamente escribe;
Leer aparte quiero, por si importa
El secreto al aviso.

CRIADO.

El Rey se aparta
Para leer con soledad la carta.

Lee el rey D. Juan.

«Estando todo prevenido para la partida que á Vuestra Majestad escribí, murió la Reina de Castilla de parto; todos pensamos que esto fuera parte para deshacer la jornada, pero antes van creciendo mayores prevenciones. Vuestra Alteza esté prevenido para lo que sucediere, y guarde Dios á Vuestra Alteza lo que sus vasallos hemos menester.—*Don Vasco de Cardona.*»

REY D. JUAN.

Basta: que el Rey se parte de Castilla;
Que no ha sido bastante á detenerle
La muerte de Su Alteza.

DON TELLO.

Nunca alteran
Los pechos de los hombres valerosos,
Sucesos de fortuna, y don Enrique
Paréceme, señor, á sus abuelos.

REY D. JUAN.

Yo pretendo ayudarle, y á ese intento
En Aragón se han hecho compañías,
Y en persona pretendo ir á la empresa.

DON TELLO.

Corresponde á la sangre Vuestra Alteza,
Y de príncipes tales no se espera
Menos jamás, y en todas las mercedes
Que Vuestra Alteza puede usar, y haría,
No me obligara á tanto como en eso;
Hoy soy su esclavo, y esos pies le beso.

REY D. JUAN.

Dé albricias de las nuevas que me ha dado:
¡Qué vasallo que tiene en vos, Maestre,
Enrique, tan leal! Sin duda alguna
Que os hace ya merced.

DON TELLO.

Mira qué tanto,
Que ha mandado poner en una torre
Á mis hermanos y á mi padre agora,
Sólo porque pretende que se case
Con una hermana mía un deudo suyo,
Habiendo obligaciones de por medio,
De cédulas no más, porque es mi hermana;
Pero son del honor obligaciones
Acudir á estas cosas como acudo;
Que es Enrique mi rey, y yo vasallo.

REY D. JUAN.

¡Qué notable lealtad!

INFANTA.

¡Qué fe tan grande!

REY D. JUAN.

¿Quién os parece á vos que en esta empresa
Que de mi general el bastón lleve?

DON TELLO.

Nadie puede, señor, como don Álvaro
Merecer ese cargo; que sus partes
Son dignas dél, y en Aragón no tiene
Persona Vuestra Alteza que merezca
Lo que merece cierto el de Moncada.

DON ÁLVARO.

De la nobleza que tenéis, entiendo
Que me sabréis hacer merced.

DON TELLO.

No digo en esto (1)
Más de lo que siento, don Álvaro.

REY D. JUAN.

Lo mismo dice don Alvaro, Maestre,
En vuestra ausencia.

DON TELLO.

Claro está; que es noble,
Y no ha de desdecir de lo que he dicho.

DON ÁLVARO.

¡Qué falso que habla el Rey!

REY D. JUAN.

Dejando aparte
Las muchas buenas partes de don Álvaro,
Que son tan grandes como sabe el mundo,
Es mozo al fin, y en semejante caso

(1) No constan ni este verso ni los dos que siguen

Importa la prudencia; y así, digo,
Que sea general en esta empresa.....

DON TELLO.

¿Quién, señor?

REY D. JUAN.

El Maestre de Montesa.

DON ÁLVARO.

Por demás es querer á la fortuna
Contradecir.

DON TELLO.

Suplico á Vuestra Alteza
Que no haga á don Alvaro este agravio.

REY D. JUAN.

Esto ha de ser, Maestre; que ocasiones
Habrá para don Alvaro que sean
Dignas de su valor y de sus partes;
Y preveníos luego, porque importa
Que no se pierda punto en esta empresa,
Y en Zaragoza quedará mi hermana,
Para cabeza del gobierno, todo
Lo que durare esta jornada agora.

DON TELLO.

Á tratar vamos de ella, con licencia
De Vuestra Alteza.

REY D. JUAN.

Venid vos, Maestre.

INFANTA.

Vuestra Alteza vaya.

DON ÁLVARO.

No hay peor estado (1),
De ser uno envidioso y desdichado.

Vanse todos.

Sale D.ª Creida sola.

DOÑA CREIDA.

En mar y tierra, en fuego, el pensamiento
Anegado, abrasado y esparcido,
Y amor á la memoria, y el olvido
Con él también en mar, en fuego, en viento:
La esperanza, el deseo, el sufrimiento
En torno, atormentado y ofendido
El corazón, sin culpa ni sentido
El mal, la pena y el entendimiento.
En prisión, será ausencia; en sepultura,
Condenada, olvidada y enterrada,
Á muerte, á celos y al olvido fiero.
Sin bien, sin esperanza y sin ventura;
Con males, con temor, con fe, trocada
Eternamente, pero vivo y muero.

Tocan cajas.

¿Qué caja es ésta? ¡Ay de mí!
Sin duda que se va el Rey
Y aquel ingrato sin ley.
¿Otra vez tocan? Sí. Sí.

Tocan.

(1) Verso que no consta, como otros muchos de esta comedia, cuyo texto es estragadísimo.

Mi alma y vida le dí
Á quien tan presto se muda
Y mi mala suerte ayuda;
Que mi afición desigual
Me dice que él es, sin duda (1);
Mas un hombre veo entrar,
Y me parece soldado;
Si es de mi bien el traslado.
¡Qué muerte me viene á dar!
Pues al fin se ha de ausentar,
Sin duda, la prenda mía,
¿Qué es lo que de mí porfía?
Ó es sombra, pintura ó sueño
De aquel adorado dueño,

Entra D. Juan de Castilla solo.

Que engañó la fantasía.

DON JUAN.

Novedad te causará,
Creida, el venir desta suerte
Á mi partida y mi muerte,
Que todo en partirse está;
Que aunque el Rey, airado, da
En que el que más te desea
Verte, ni hable, ni te vea,
Rompo guardas, quiebro leyes,
Porque no hay rigor de reyes
Si amor queriendo pelea.
Dame, señora, tus brazos;
Que fe y palabra te doy,
Creida, que tu esposo soy;
Son más que inmortales brazos,
Confirmando estos abrazos,
Esta fe y esta amistad,
Porque de la voluntad
No puede ser dueño el Rey;
Que aun á la divina ley
Tiene franca libertad.
¿Qué aguardas?

CREIDA.

Estoy corrida
De escucharte hablar, ingrato,
Dejándome, con vil trato,
Agraviada y ofendida;
Y quieres á la partida
Volverme á engañar ahora.

DON JUAN.

Mi Creida, el alma te adora,
Y está corrida también
De que con tanto desdén
La trates ahora, señora.

CREIDA.

¿Qué quieres?

DON JUAN.

Quiero quererte.

CREIDA.

¿Cómo te podré creer?

(1) Falta un verso á esta décima.

DON JUAN.

Esclavo tuyo he de ser,
Dueño amado, hasta la muerte.
Quise con la vida verte:
Si vuelvo desta jornada,
Tú serás mi esposa amada;
Y adiós te puedes quedar;
Que ya tocan á marchar,
Mi esperanza cultivada.

CREIDA.

¡Qué desdicha!

DON JUAN.

¡Qué rigor!

CREIDA.

¡Qué pena!

DON JUAN.

¡Qué desconsuelo!

CREIDA.

¡Qué intervalo!

DON JUAN.

¡Qué recelo!

CREIDA.

¡Qué fe constante!

DON JUAN.

¡Qué amor!

CREIDA.

¡Qué esperanza!

DON JUAN.

¡Qué temor!

CREIDA.

¡Qué mal!

DON JUAN.

¡Qué triste partida!

CREIDA.

¡Qué bien!

DON JUAN.

¡Qué gloria perdida!

CREIDA.

¡Qué ausencia fiera!

DON JUAN.

¡Qué enojos!
Adiós, Creida de mis ojos.

CREIDA.

Adiós, don Juan de mi vida.

Vanse.

Salen D. Juan, rey de Aragón; D. Tello, con luto y hábito de Montesa, y D. Alvaro, todos en cuerpo.

Dentro.

¡Hagan alto!

DON TELLO.

¡Alto, soldados!

REY D. JUAN.

No pase el campo de aquí.
Podremos ver, descansados,
Si llega Enrique, que ansí
No nos coja descuidados.
Vos, Maestre de Montesa,
Como General, pondréis
En orden para la empresa
La gente; no os descuidéis,
Pues veis lo que se interesa;
Porque aquí va la opinión
De Castilla y Aragón;
Que de Enrique hay nuevas ya,
Que muy cerca de aquí está
Con un bizarro escuadrón.
Porque ya que aquí llegamos,
Daros cuenta determino
Del intento que llevamos;
Que no es el Rey granadino
Contra quien marchando vamos.

DON TELLO.

Pues ¿quién es?

REY D. JUAN.

Es el mayor
Enemigo que tenéis,
Por el gusto y honor,
Y, en fin, ofendido estáis (1)
En la sangre y el valor;
Quien á vuestro padre tiene
Preso y á vuestros hermanos,
Y que se case detiene
Vuestra hermana, con tiranos
Intentos, si sólo viene
Por esta causa á hacer guerra
Á Aragón, y un loco antojo
Os persigue y os destierra (2);
Quien procura vuestro mal
Y vuestra muerte intentó,
Vuestro enemigo mortal.

DON TELLO.

Pues si es mi Rey, y yo
Soy su vasallo leal,
Bien puede contra mi honor
Enrique airado ofender
Mi hacienda, sangre y valor;
Pero yo no puedo ser,
Siendo vasallo, traidor;
Y no tengo de enojallo
Ni ofendello, porque es ley
Que escrita en mi sangre hallo,
Que á ofensa, si es de su rey,
Siempre obedezca el vasallo;
Hasta este punto he venido
Contra mi Rey engañado,
Mas desde aquí me despido;
Que si soy vuestro criado,
Antes su vasallo he sido.
Confieso que Vuestra Alteza
Como quien es liberal,
Enriqueció mi nobleza;
Mas precio más ser leal,
Que del mundo la riqueza.
Y así, cuanto he recibido,
Vuelvo á vuestros pies, señor,
De vuestro intento ofendido,
Por quedar con el honor,

(1) *Tenéis y estáis* no son consonantes.
(2) Faltan dos versos á esta quintilla.

Á quien soy agradecido.
El bastón de general,
Podrá en aquesta jornada
Llevar, á César igual,
Don Álvaro de Moncada,
Por valeroso y leal;
Y perdonadme, señor,
No poder agradecer
Tanta merced y favor;
Que esto me mandan hacer
Obligaciones de honor.

REY D. JUAN.

¿En eso resuelto estáis?

DON TELLO.

Sí, señor, si aquí mil vidas
Con mil muertes me quitáis;
Que no hay en el mundo heridas
Ni honores con que podáis
Mudarme deste á otro intento;
Y el no poder agradaros
Y serviros, harto siento.

REY D. JUAN.

Yo castigaré, en dejaros,
Vuestro loco pensamiento;
Daré gusto á Aragón:
Don Álvaro de Moncada.....

DON ÁLVARO.

Señor.... .

REY D. JUAN.

Tomad el bastón,
Pues vuestro brazo y espada
Tiene tan grande opinión;
Y hónrese con todo aquello
Que yo le he dado á don Tello,
Moncada, vuestra nobleza.

DON ÁLVARO.

Los pies beso á Vuestra Alteza;
Que yo sabré agradecello.

REY D. JUAN.

¡Que á esto un ingrato provoca!

DON ÁLVARO.

No te midas desigual,
Fortuna inconstante y loca.

REY D. JUAN.

Manda marchar, General.

DON ÁLVARO.

Toca á marchar, toca, toca.

Tocan y vanse todos, y quedan D. Tello y Millán, cada uno á su lado.

MILLÁN.

Señor Maestre don Tello.....

DON TELLO.

¿Qué dices?

MILLÁN.

¡Aquí fué Troya!
Su Miércoles de Ceniza
Se ha llegado por la posta;
Todos se van y nos dejan,
Como se acabó la historia
En cuya comedia hacías
Casi la mejor persona.
Una cosa me consuela
En comedia tan famosa:
Que siempre he sido lacayo,
Y lacayo quedo agora.
Un mismo Millán me dejan
Las mudanzas de las cosas,
Y esto tiene un pobre estado,
Que ningún mal le alborota.
Pero cuando traigas tú
Á la confusa memoria,
Del rey don Juan el segundo,
Las mercedes y las honras;
Del modo que te trataban
Los grandes de Zaragoza,
Tomándote á los deseos
La medida de la boca;
Cuando entrabas en Palacio
Como si fueras á bodas,
Y te acompañaban siempre
Más de ducientas personas;
De par en par se te abrían
Las puertas y entradas todas;
Qué eras vara de virtud,
De regalos y lisonjas.
Y agora, que te contemplas
Con el desengaño á solas,
Y con Millán solamente,
Morirás de pena ahora.

DON TELLO.

Millán, que lo que debía
He hecho. No me acongojan
Memorias, porque un leal,
Con sólo el honor las cobra:
No quiero del rey don Juan
Mercedes tan á mi costa,
Que son píldoras doradas,
Y el mundo no las perdona.

MILLÁN.

¡Qué necedad tan honrada,
Y lealtad tan necia ahora!
¿Qué hemos de hacer desta suerte?

DON TELLO.

Sígueme y calla.

MILLÁN.

Tú tomas
Resolución muy gentil,
Si al Rey humilde no tornas.

DON TELLO.

Ejemplo he de ser al mundo
De obligaciones honrosas.

Salga por cada puerta cada Rey con su gente en cuerpo, marchando, y los estandartes de Aragón y Castilla, y haciendo sus reverencias, se abrazan los Reyes.

REY D. JUAN.

Sea muy bien venido Vuestra Alteza.

REY ENRIQUE.

Vuestra Alteza sea bien llegado.

REY D. JUAN.
No sabré encarecer lo que me ha pesado (1)
De mi prima la muerte: esté en el cielo,
Ruego á Dios; que sus obras merecieron
Un premio igual, y á Vuestra Alteza guarde
Lo que Castilla ha menester.

REY ENRIQUE.
Por cierto
Que me pesa que hayamos, siendo primos,
Llegado á lo presente.

REY D. JUAN.
Á mí me pesa
Dar ocasión alguna á Vuestra Alteza
De enojo; más que injustamente
Mueve al rey de Aragón la guerra injusta;
Pues no tiene justicia en lo que pide (2).

REY ENRIQUE.
No me moviera yo sin causa, entiendo;
Y la principal causa que me mueve,
Es ver con el descuido que ha tratado
Lo que le supliqué cuando don Tello
Llegó á Aragón.

REY D. JUAN.
Bien sabe todo el reino
Que yo no tuve culpa, y que fué olvido,
Ordenado sin duda por el cielo
Para librar á Lérida de un grande
Rebelión de los moriscos suyos,
Que con los moros de Granada habían
Hecho alianza, á cuya causa debo
La libertad del reino y su persona;
Mas todas las mercedes que le han hecho,
Con serme ingrato lo ha borrado agora.

REY ENRIQUE.
Esa paga merece quien se fía
De hombre semejante.

REY D. JUAN.
Vuestra Alteza
Debe estimarle en mucho, que viniendo
Con el bastón de general del campo
Que contra Vuestra Alteza traigo, supo
Que era contra Castilla la jornada,
Y dejando el bastón y todo aquello
De que le hice merced, pasar no quiso
Contra el poder de Vuestra Alteza; y creo,
Si no me engaño yo, que es el que veo.

Sale D. Tello con luto y una cadena al pie, y Millán, con luto, detrás.

DON TELLO.
Cuarto Enrique, Rey cristiano
De Castilla y de León,
Á quien pueden dar el nombre
De Sancho el Conquistador:
Si acaso no me conoces,
Don Tello de Vargas soy,
Vasallo tuyo el leal,
Y tu enemigo el mayor.
Una herida de D. Juan
De Castilla, me obligó
Á que, enojándote á ti,
Perdiese mi patria yo.
De la raya de Castilla
Salí, y entré en Aragón,
Adonde por cartas tuyas
El rey don Juan me prendió.
De allí sabrás que después,
Venciendo un moro escuadrón,
En favores y mercedes
La prisión don Juan trocó.
Ser capitán de la Guarda
Fué su primero favor,
Y el Maestrazgo de Montesa,
El segundo que me dió.
Publicóse la jornada
Para Granada con vos,
Y el de Aragón te ayudaba.
Tomé del campo el bastón,
Marchando de Zaragoza,
Prometiéndoselo yo
Darle á Granada rendida
Á sombras de tu favor;
Y él descubrió los leones
De tu estandarte, señor.
Supe del Rey que venía
Contra Castilla y León;
Dejé el bastón, y dejé
Todo el honor que me dió,
En las manos de don Juan,
Sólo por no ser traidor.
Y viendo que desta guerra
La principal ocasión
Era don Tello de Vargas,
Huyendo de tu rigor,
Hoy con él le tienes preso,
Con otros hermanos dos,
Á su padre en una torre,
Y es causa, á la luz del sol,
El deshonor de su hermana;
Él quiere con su prisión
Acabar tantas desdichas,
Pues él solo te ofendió;
Y quitando esta cadena
Que la entrada defendió,
En dos mármoles asida,
No os cause esto confusión,
Yo mismo me traigo preso,
Porque solamente yo
Solo prendiera á don Tello
Conociendo su valor.
Éstas son hermanas suyas,
Que á tus pies se rinden hoy,
Y la cabeza con ellas:
Dales castigo ó perdón.

REY D. JUAN.
No he visto lealtad más rara.

REY ENRIQUE.
No he visto mayor valor.

(1) No consta este verso.
(2) Tres líneas seguidas, en las cuales se repite tres veces la misma idea.

REY D. JUAN.
Á este valor tengo envidia.
REY ENRIQUE.
Alzaos del suelo, don Tello;
Que desde hoy digo que sois
El vasallo más leal
Que tuvo rey español.
Y ¡por la corona mía,
Que á dejar de ser quien soy,
Antes que ser otro rey,
Sólo escogiera ser vos!
Vuestro valor me ha vencido;
Ya acaban con ocasión
Mis enojos y la guerra.
DON TELLO.
Tierra de esas plantas soy.
REY ENRIQUE.
Volved á Castilla honrado
Por el andaluz mejor
Que ha tenido su nobleza,
Y dadme las manos.
DON TELLO.
Yo
La mano os he de besar
Como á mi rey y señor.
REY ENRIQUE.
Á doña Creida, don Tello,
He de casar como vos
Habéis siempre deseado.
REY D. JUAN.
Yo agradezco este favor,
Y á Vuestra Alteza le pido
Los pies, y á don Tello doy
Los brazos.
DON TELLO.
Ésos son vuestros.
REY D. JUAN.
En cambio, á doña Leonor
Mi hermana os quiero ofrecer.
REY ENRIQUE.
Yo lo confirmo, y les doy
Desde ahora un mayorazgo
En Madrid para los dos,
Con que vivan descansados,
Y con que quede el blasón
De los Vargas en Madrid.
DON TELLO.
La vida es poca, señor,
Para agradecer mercedes
Tan grandes.
DON ÁLVARO.
Temblando estoy
De la inconstante fortuna.
REY ENRIQUE.
Y haciendo las paces hoy
Con mi primo, llevará
A doña Urraca á Aragón.
REY D. JUAN.
Y vendrá para Castilla
Doña Blanca.
REY ENRIQUE.
Ese favor,
Aunque en ocasión tan triste,
Le estimo como es razón.
REY D. JUAN.
Y don Tello volverá
Á mi privanza.
DON TELLO.
Señor,
Don Alvaro de Moncada
Es el que lo mereció.
Yo he de vivir en Castilla;
Sólo te pido un favor,
Y es que le dé Vuestra Alteza
Á doña Elvira.
DON ÁLVARO.
¿Obligó
Un hombre á ninguno tanto?
REY D. JUAN.
Sea, pues lo queréis vos.
DON ÁLVARO.
Beso los pies á Su Alteza.
REY D. JUAN.
Alzaos.
DON ÁLVARO.
Vuestro esclavo soy,
Don Tello.
DON TELLO.
Yo vuestro amigo,
Y no será adulación.
MILLÁN.
En días de tantas bodas,
Dejad que me case yo.
DON TELLO.
¿Con quién, Millán?
MILLÁN.
Con Mencía.
DON TELLO.
Palabra, Millán, te doy.
MILLÁN.
Bésote los pies mil veces;
Que eres mi restaurador.
REY D. JUAN.
Hoy, por su valor, don Tello
Ha de comer con los dos,
Que en el mundo ha sido ejemplo
De obligaciones de honor.
DON TELLO.
Este ejemplo de honra Lope
Para mi acierto escribió;
Y yo por entrambos pido
De sus faltas el perdón.

AQUÍ DA FIN LA FAMOSA COMEDIA
«DE LOS VARGAS DE CASTILLA».

EL MEJOR MOZO DE ESPAÑA

EL MEJOR MOZO DE ESPAÑA

TRAGICOMEDIA DE LOPE DE VEGA CARPIO

DEDICADA

A PEDRO VERGEL

CRIADO DE LA CASA Y CORTE DE SU MAJESTAD

Escribe Filomito, en su Teatro celeste, *que siempre que alguno de los dioses tenía gusto ó necesidad de discurrir la tierra, llevaba en su compañía á Aristocrato, hombre de excelentes partes y virtudes, y que peregrinando por Albania Júpiter, Marte y Mercurio, Lisandro, poeta griego, que los había alojado en un jardín suyo, escribió las alabanzas de aquellos dioses y le puso entre ellos; pero que, leyendo los versos á Mercurio, le dijo: «Ese es Aristocrato, noble ateniense, tan agradable á los dioses por sus servicios que no hacen jornada en la tierra donde no los sirva: ponle en su lugar, con el que tienen las cosas humanas, cuando se tratan las excelencias y grandezas de las divinas.» Quien siempre ha visto á vuesa merced con los dioses de la tierra, estimado de los reyes y grandes, más satisfechos de sus servicios y buenas partes que de Aristocrato lo estaba Júpiter, bien puede, entre aquellas alabanzas, escribir las suyas; y pues tan lucidamente se mira en todas sus jornadas, no es justo que falte desta, para que tengan los príncipes referidos y otras personas de letras y armas, quien los acompañe y defienda. Vaya, pues, vuesa merced honrando estas doce de mi Parte XX, que yo lo estoy mucho de que llegue con sus dueños á mi alojamiento, pobre jardín, si bien de flores del ingenio, cultivado humildemente de mi rudeza. Si aquí pudiera yo dilatarme en su alabanza por consejo de Mercurio, espacioso campo me habían ofrecido sus gracias y singulares partes. ¿Á quién no mueve el ánimo, para estimar á vuesa merced, amarle y conocerle, ver juntas en un sujeto tantas cosas tan dignas de alabanza, que de cualquiera dellas se honraran muchos? La persona, el brío, el buen gusto, el donaire, la gala, la condición, la liberalidad, la honrada lengua, el espíritu levantado á cosas grandes, la destreza en las armas y el valor en la ejecución, con tan notables ejemplos, que habiendo hecho pedazos (con sola la capa y la espada) dos toros ferocísimos en Lisboa, preguntaban algunos fidalgos á los criados de Su Majestad «si vuesa merced era portugués ó había deseado serlo». No me atrevo á referir tantas cosas como pudiera en razón de su gallardo ánimo por no despertar la envidia; diré solamente, en prueba de servicios de criado de la casa*

y corte de Su Majestad, que el que hizo al Rey nuestro señor Felipe III en la jornada de Francia (á que yo me hallé presente), cuando en aquella formidable tempestad entre Irún y Fuenterrabía, airado el cielo, soberbio el mar y perdido el camino, estuvo cerca de perder la vida, pues no fué menos que dársela en tanto desamparo conducirle al puerto. Estos y muchos servicios á reyes, príncipes y señores, extranjeros y propios, le han hecho á vuesa merced tan amable y bien recibido entre ellos, que tendría por hombre bajo, de viles costumbres y entendimiento quien no sintiese de sus méritos y partes lo que aprueban y abonan tan altos príncipes. De la envidia dijo un sabio «que carecía de sueño por no perder un instante el ejercicio de su infame lengua». Vuesa merced con la espada y yo con la pluma echémosla deste lugar; que á vuesa merced ayudará el capitán Contreras, y á mí el licenciado Juan Pérez de Montalván, que nació donde vuesa merced y yo nacimos. Reciba, pues, agora, con el gusto que suele defender mis cosas de los malos poetas en los teatros públicos, esta comedia, intitulada El mejor mozo de España, *que, cuanto á mi juicio, la he dirigido al mejor mozo de España, dejando en su veneración la dignidad real, siempre desigual á toda comparación. Haga y diga la envidia lo que quisiere, que se quedará para quien es, y yo satisfecho de que lo sienten conmigo cuantos con desapasionado juicio miran y censuran las virtudes con la balanza de la razón, fieles de los pesos falsos que hace la malicia de los que nacen bárbaros y sin conocimiento de sus defetos. Mejor lo ha hecho vuesa merced, que sólo ha tenido manos para defender amigos, lengua para honrar enemigos y vara para prender voluntades.*

Su capellán y amigo,

Lope Félix de Vega Carpio.

EL MEJOR MOZO DE ESPAÑA

PERSONAS

La infanta D.ª Isabel.
Doña Juana, *dama.*
España.
Rodrigo.
Don Gutierre de Cárdenas.
El Marqués de Villena.
El Duque de Nájera.
Martín.
Rincón.
El rey D. Enrique.
Don Fernando, *Infante de Aragón.*
Don Fadrique.
Celinda.
Isabel, *criada.*
Peralta.
El Duque de Segorbe.
Don Ramiro.
Don Juan.
Don Pedro.
Don Sancho.
El Maestre de Calatrava.
Un hermano del Duque de Segorbe.
Un secretario.
Un paje
Un caballero francés.
Un capitán.
Un moro.
Un hebreo.
Acompañamientos.
Caballeros.
Soldados.
Criados.
Danzantes.
Músicos.
Guardas.

ACTO PRIMERO.

La infanta D.ª Isabel, D.ª Juana, con una rueca y huso.

DOÑA ISABEL.
Dame, Juana, esa labor.

DOÑA JUANA.
Aquí la tienes, señora.
Muy bien pudieras agora
Entretenerte mejor.

DOÑA ISABEL.
¿Mi labor te maravilla?

DOÑA JUANA.
No sé cómo se convenga
Ver que una rueca entretenga
Á una Infanta de Castilla.
Si por dicha viera hilar
Á doña Urraca en Zamora,
No me espantara, señora,
Ó en el solar de Vivar
Á las dos hijas del Cid,
Doña Sol y doña Elvira;
Pero ¡á ti! Mucho me admira.

DOÑA ISABEL.
¿Qué hay nuevo en Valladolid?

DOÑA JUANA.
De propósito te asientas.

DOÑA ISABEL.
Esta tela hacer porfío,
Y á Jerusalén la envío.

DOÑA JUANA.
Pues ¿á quién se la presentas?

DOÑA ISABEL.
Á los altares que allá
El Santo Sepulcro tiene,
Para sábanas.

DOÑA JUANA.
¿Quién viene?

Rodrigo, con una guitarra.

RODRIGO.
Aquí Rodriguillo está.

DOÑA ISABEL.
¡Oh! Seas muy bien venido.
¿Qué hay, Rodrigo, por allá?

RODRIGO.
Todo el mundo hablando va
De lo bien que ha sucedido,
Señora, al Rey, vuestro hermano,
En la batalla de Olmedo.
Mas siempre que veros puedo,
Es con la rueca en la mano.

DOÑA ISABEL.
Leer me habrás visto también.
Yo no quiero estar ociosa.
RODRIGO.
Sois discreta y virtuosa.
DOÑA ISABEL.
Tres cosas parecen bien:
El religioso rezando,
El gallardo caballero
Ejercitando el acero,
Y la dama honesta hilando.
RODRIGO.
Á la Parca, antiguamente,
Con una rueca pintaban:
Hilo á la vida llamaban,
Y pienso que propiamente.
Vos hiláis, bella Isabel,
Con manos tan escogidas,
Que podéis hilar las vidas
Que tenéis suspensas dél.
Hilad, que os quiero cantar
Un romance que hoy ha hecho
Cierto poeta en barbecho,
Que hogaño le han de sembrar.
DOÑA ISABEL.
Di, á ver.
RODRIGO.
Pues hilad y oid,
Hilandera celestial;
Y si se cantare mal,
Tened paciencia y sufrid.

Canta.

Maldiciendo va Rodrigo
La hermosura de la Cava
Por los campos de Jerez,
Donde perdió la batalla.
Siguiéndole viene Muza,
Guiando la retaguarda,
Con el conde don Julián,
Aquel que le trujo á España.
«¡Maldiga el cielo mis ojos,
Dice el Rey, pues fueron causa
Del estrago que padece
Por su delito mi patria!»
DOÑA JUANA.
Ella se ha dormido.
RODRIGO.
Y yo
Pienso que por no me dar
Algo por este cantar.
DOÑA JUANA.
De tristeza se durmió;
Que en hablándola de moros,
No la da mucho placer.
RODRIGO.
Valiente debe de ser.
DOÑA JUANA.
Mil vidas y mil tesoros
Suele decir que gastara
En echallos desta tierra
Á pura fuerza de guerra,
Si ella en Castilla reinara.
RODRIGO.
No está muy lejos de ser;
Que don Alonso, su hermano,
Del rey don Enrique, es llano
Que le habrá de suceder;
Y si á don Alonso falta
Sucesión, será Isabel
Su reina.
DOÑA JUANA.
El sueño es cruel.
RODRIGO.
Algo en él la sobresalta.
DOÑA JUANA.
Dejémosla descansar;
Que la desvela el cuidado
De ver el reino alterado,
Y sus hermanos llegar
Á las armas por momentos,
Y el ver que en Olmedo ha sido
Su hermano Alfonso vencido.

Vanse D.ª Juana y Rodrigo.

DOÑA ISABEL.

Hablando entre sueños.

¿Qué me queréis, pensamientos?
Por Rodrigo, desdichado
En las armas y el amor,
Quedó el español valor
Al africano postrado.
Los reyes cristianos fueron
Tan valerosos en todo,
Que al ya muerto valor godo
Vida con las armas dieron.
Yo soy mujer; no me toca
La guerra; á mi hermano sí.

Óyese dentro toque de cajas. Aparece España, vestida de luto, en el suelo, y un moro por un lado á caballo, y un hebreo por el otro, teniéndola entre los pies.

ESPAÑA.
Oye, Isabel.
DOÑA ISABEL.
¡Ay de mí!
ESPAÑA.
Si á lástima te provoca
El ver mi luto y tristeza,
Y estar á los pies que ves.....
DOÑA ISABEL.
El moro sin duda es
El que oprime su cabeza,
Tantas veces coronada
Y de oro y laurel ceñida.
ESPAÑA.
Isabel esclarecida,

Trueca la rueca en espada;
Que no eres de las mujeres
Que han de hilar, mas pelear.

DOÑA ISABEL.

¡Pelear!

ESPAÑA.

Y quien librar
Puede mi cuello, tú eres,
Del moro y del fiero hebreo,
Que has de desterrar de España;
Que guarda el cielo esta hazaña
Á tu valor y deseo;
Aunque siempre quedaré
Con temor del moro fiero,
Hasta que reine un tercero,
Que mi libertad me dé.

Vuelven á sonar cajas, desaparece la visión y despierta la Infanta.

DOÑA ISABEL.

Detente, ligero sueño.....
Pero no se detendrá;
Que es sueño alegre, y dirá
Que no es Isabel su dueño.
¡Doña Juana de Guzmán!
¡Rodrigo! Sola he quedado.
Grandes cosas he soñado;
Pero ¿qué verdad tendrán?
¡Las manos de una mujer,
El valor, ingenio y celo,
Buscaba, en verdad, el cielo!
Mas ¡ay Dios! bien puede ser.
Á España oprimida vi
Del africano y hebreo:
Sueños son de mi deseo.
¿Si serán verdades?

Doña Juana.

DOÑA JUANA.

Sí:

DOÑA ISABEL.

¿Quién dijo sí?

DOÑA JUANA.

Yo, señora,
Y ¡plega á Dios que no yerre!
Que pregunta don Gutierre
Si te puede hablar agora,
Y yo le he dicho que sí.

DOÑA ISABEL.

Luego ¿no me respondiste
Á lo que decir me oíste?

DOÑA JUANA.

Á quien digo respondí.

Don Gutierre de Cárdenas, el Marqués de Villena, el Duque de Nájera.

DUQUE DE NÁJERA.

No es tiempo de más licencia.

MARQUÉS.

Todos entramos también
Al pésame y parabién.

DON GUTIERRE.

¡Qué generosa presencia! (Aparte.)

MARQUÉS.

Su virtud me maravilla. (Aparte.)

DUQUE DE NÁJERA.

El parabién, mi señora,
Que os doy es, que desde agora
Sois princesa de Castilla;
Y el pésame de que es muerto
Don Alfonso, vuestro hermano.

DOÑA ISABEL.

¡Mi hermano!

DUQUE DE NÁJERA.

Ansí el bien humano
Es miserable é incierto.

DOÑA ISABEL.

¿Tanto pudo la tristeza
De verse vencido?

MARQUÉS.

Aquí,
Pues que ya sabéis de mí
Mi lealtad y mi nobleza,
Os tengo de aconsejar
Vuestro bien y el de Castilla.

DON GUTIERRE.

Que sienta no es maravilla.

MARQUÉS.

Dejad, Isabel, de hilar,
Dejad la rueca, señora;
Que es ya menester la espada.
Castilla vive alterada,
Toda Castilla os adora.
Vuestro hermano el Rey no tiene
Sucesión, esto es verdad.
El bien público mirad;
Que deis licencia conviene
Á que os busquemos marido.

DUQUE DE NÁJERA.

Sí, señora, esto ha de ser;
Que, aunque por una mujer
Fué un tiempo Israel regido,
Barac al fin peleaba,
Y ella el gran pueblo regía.

MARQUÉS.

Presumid, señora mía,
Que en vuestra vida se acaba
La línea de aquellos reyes
Gloriosos y vitoriosos,
Que por siglos tan dichosos
Dieron á Castilla leyes.
No excuséis el casamiento.

DOÑA ISABEL.

Marqués de Villena, yo
No puedo deciros no;
Pero diré lo que siento:
Mi hermano es rey y es mi hermano.

MARQUÉS.

No prosigáis, perdonad.

Las ambiciones mirad
Del vil interés humano;
  Y que, si él lo ha de tratar,
Consejos le han de inducir
A no querer permitir
Seáis quien le ha de heredar.
  Hoy el Arzobispo y yo,
Y los demás caballeros,
Su reina quieren haceros
Y juraros.

DOÑA ISABEL.

Eso no.
  No hay tratar de consentir,
Sin que me nombre heredera.

DUQUE DE NÁJERA.

¿Y si Castilla se altera
Y comienza á dividir,
  Como por dicha lo está,
Y doña Juana se casa,
Y España en guerras se abrasa,
Cual veis el ejemplo ya
  En la batalla de Olmedo,
Que tantas vidas costó?

DOÑA ISABEL.

Haréle esta salva yo,
Con que disculpada quedo;
  Que después, yo soy mujer,
Aunque en la rueca ocupada,
Que sabré ceñir la espada
Y me sabré defender.
  No temáis; que tiene el cielo
Deseos del bien de España
Con una notable hazaña.

DON GUTIERRE.

Basta vuestro santo celo,
  Para que de tanto mal
Nos libre en esta ocasión.

DOÑA ISABEL.

Que le digáis es razón,
Y obediencia natural,
  Al Rey, mi hermano, que luego
Me jure por su heredera,
Sin que doña Juana quiera
Causar su desasosiego,
  Pues no es su hija, y lo sabe
Su santidad del pastor
De Roma; y pues es mejor
Que de declararse acabe,
  No quiera por gusto ajeno
Contra conciencia heredalla.

DON GUTIERRE.

Muchos intentan casalla;
Mucho su intento condeno,
  Pues á título ha de ser
De heredera de Castilla.

DOÑA ISABEL.

Que yo sabré reducilla,
Aunque soy pobre mujer,
  Hecha esta rueca bastón,
A que deje tanto engaño;
Y del hilado deste año,
Que algunas madejas son,
  Haré cuerdas para atar
Las manos á los traidores,
Que á legítimos señores
Pretenden desheredar;
  Y de las manos atadas
Se las subiré á los cuellos,
Y si hay pocas, mis cabellos
Les servirán de lazadas.

Vase, y D.ª Juana la sigue.

MARQUÉS.

¿Qué os parece?

DUQUE DE NÁJERA.

Que ha mostrado
El valor que imaginé.

DON GUTIERRE.

Yo, que de su pecho sé
Lo que hasta agora he callado,
  Os puedo decir, señores,
Que della os podéis fiar.

MARQUÉS.

Al Rey nos importa hablar.

DON GUTIERRE.

Los antiguos escritores,
  Que á mujeres belicosas
Dieron nombre, si á ésta vieran,
Yo sé que laurel la dieran.

MARQUÉS.

Tragedias tan lastimosas
  Como pasan por Castilla,
¿Quién duda que al cielo muevan?

DUQUE DE NÁJERA.

Cuando en las virtudes prueban,
Son portento y maravilla
  Las mujeres, caballeros.

MARQUÉS.

Vamos; que, aunque ésta es mujer,
Con esa rueca ha de hacer
Temblar algunos aceros.

Vanse.

Martín y Rincón.

MARTÍN.

  Siempre que se da librea,
El que es hidalgo convida.

RINCÓN.

No hice cosa en mi vida
Que á modo de estafa sea.

MARTÍN.

  Advierta el señor Rincón
Que es patente lacail,
Y que es de gente muy vil
No hacer aquí la razón.
  Cuando el Marqués dió al cochero
Aquel baquero de paño,
Nos dió á todos el buen año
Y destripamos un cuero,

Dejándole, así me goce,
Á puro hinchir la limeta,
Como tripa de poeta
Entre las once y las doce.
La gente de bien no tiene
El gastar por pesadumbre.
Humánese á media azumbre,
Pues con calzas nuevas viene.

RINCÓN.

Yo soy hidalgo, y no puedo
Pechar por caso ninguno.

MARTÍN.

Hidalgo es día de ayuno:
Basta; satisfecho quedo.
Ya sé yo que ha de caer
El nombre hidalgo en vigilia.

RINCÓN.

Con gente de mi familia
Iré á la tarde á beber;
Que con él no estoy de gusto,
Por las coplillas de Inés.

MARTÍN.

¡Oiga! ¿Que por eso es
El retruécano y disgusto?
Pues ¿compúsele yo cosa
Indigna de su zapato?

RINCÓN.

Cualquier hombre de buen trato
Hable liso en buena prosa.
¿Quién le mete á él en ser
Poeta?

MARTÍN.

Pues ¿no ha sabido
Á lo que aquesto ha venido?
¡Tiemblo en dárselo á entender!
Pero dejémoslo aquí;
Que soy algo sospechoso,
Aunque no tan malicioso
Como se dice de mí.
Pero escuche las coplillas,
Por si está mal informado.

RINCÓN.

Diga.

MARTÍN.

¿Á cuál enamorado
No hicieron versos cosquillas?
Dos cosas para un efeto,
Aunque es de diverso nombre,
Dicen que ha hecho todo hombre,
Ó sea necio ó sea discreto,
Que influyan ó no los cielos
En él esta inclinación:
Que es, versos con afición,
Y necedades con celos.
Va de coplas.

RINCÓN.

Diga á ver.

MARTÍN.

No se ponga á lo señor.

RINCÓN.

Por escucharle mejor.

MARTÍN.

Discreto debe de ser.

Lee.

«Inés me pide una palmilla verde
Para cierto sayuelo ajironado;
Y yo la digo que se vaya al prado.
Inés me pide raso azul; que quiere
Guarnecelle con él, ¡extraño caso!
Y yo le muestro el cielo azul y raso.
Inés me pide que la dé un manteo;
Y yo la digo, del manteo mohino,
Que se le pida á un clérigo vecino.
Inés me pide lienzo para faldas;
Y yo la digo que, su paso á paso,
Se vaya por las faldas del Parnaso.»

RINCÓN.

No pase más adelante
En una cosa tan fría.

MARTÍN.

¿No le agrada esta poesía?

RINCÓN.

¿Está loco?

MARTÍN.

No se espante.

RINCÓN.

Ballestilla ha menester
Para sangrarse la vena.

MARTÍN.

Poeta soy de á docena,
Y él también debe de ser
Destos que á su madre apenas
Dos cartas escribir saben,
Y cuando sudando acaben,
Van de necedades llenas;
Y luego muy asentados
Juzgan historias y versos
Con pareceres diversos,
Y, entre ignorantes, letrados.
Y aun esto no es tanto mal;
Mas unos archidiscretos,
Que escuchan con más efetos
Que hombres con gota coral,
¿Cómo los consiente el mundo?

RINCÓN.

Y á él ¿cómo le consiente,
Siendo tan impertinente?

MARTÍN.

Yo con razones me fundo,
Y de todo digo bien;
Que sólo me desagrada
Quien habla y no escribe nada.

RINCÓN.

Mi amo.

MARTÍN.

Y el Rey también.

El rey Enrique, el Marqués de Villena, el Duque de Nájera y D. Gutierre.

REY.

Á todos los perdono, á todos digo,

Sin excetar ninguno, que las armas
Haya tomado contra mí.

DUQUE DE NÁJERA.

Los cielos,
De quien eres imagen tan piadosa,
Tu vida aumenten, generoso Enrique,
Pues victorioso, á todos perdonaste,
Y ofendido, á ninguno castigaste.

MARQUÉS.

Señor, muerto el infante don Alfonso,
Murió también su pretensión; ya sabes
Que es heredera tu divina hermana
La princesa Isabel: concede agora
Á Castilla, á tus reinos y vasallos,
Esta merced, de que por tal la jures.

REY.

Marqués, yo soy contento de jurarla.
Ya sé que es Isabel la que es legítima
Heredera en Castilla; y así, quiero
Que á doña Juana y á su madre prendan,
Y que su pretensión ninguna sea.
Todo esto yo lo tengo declarado.
La verdad, la razón tiene esta fuerza:
Mi conciencia me manda que os lo diga.

DON GUTIERRE.

Muestras, señor, quién eres, y mostrando
Juntamente el valor, muestras el celo.
¿Dónde quieres, señor, que sean las vistas?

REY.

Será bien que en los Toros de Guisando
Nos veamos los dos, y allí podamos
Jurar á mi Isabel por mi heredera.
Pero advertid que aqueste juramento
Con una condición se le permito.

DUQUE DE NÁJERA.

Siendo la condición tan razonable
Como en caso tan justo se requiere,
¿Quién duda que se acepte?

REY.

Yo sospecho
Que está muy en razón, Duque de Nájera,
Que Isabel no se case (pues no es justo)
Sin mi licencia; que aunque rey no fuera,
Ni ella de mis estados heredera,
Ser yo su hermano es cierta preeminencia
Que la obliga y la fuerza á mi licencia.
¿Queréislo así?

DUQUE DE NÁJERA.

Ninguno contradice
Lo que es tan justo.

REY.

Vamos á escribirla.

Vanse el Rey, el Duque, el Marqués y Rincón.

DON GUTIERRE.

Martín.....

MARTÍN.

Señor.....

DON GUTIERRE.

Estas albricias gana
De doña Juana de Guzmán, volando.
Di que la diga á la Princesa luego
Que el Rey quiere jurarla, y que ya llego
Á decirle lo que hay de todo el caso.

MARTÍN.

¡Quién tuviera las alas del Parnaso!
Las leguas se me harán distancias breves.

DON GUTIERRE.

Mira que voy tras ti; que sólo quedo
Á hablar al Arzobispo de Toledo.

Vase.

MARTÍN.

¿Cómo que hable á doña Juana en esto?
¡Vive Dios, que he de entrar hasta su cámara
De la Princesa y darle aquestas nuevas,
Aunque me turbe y diga necedades!
Turbarse es respetar las majestades.

Vase.

Doña Isabel y D.ª Juana.

DOÑA ISABEL.

Á extraño tiempo he llegado.
Pero mudanza ha de haber.

DOÑA JUANA.

Hoy no tienes qué comer.

DOÑA ISABEL.

Dale ese anillo á un criado.
Persígueme el Rey, mi hermano;
Mal le aconsejan de mí.
Á mi madre apenas vi.

DOÑA JUANA.

Todos se cansan en vano;
Que ha de vencer tu verdad.
Tú reinarás en Castilla,
Tú vendrás á reducilla
A su antigua libertad.

DOÑA ISABEL.

Mal aconsejado Enrique,
No me ha de querer jurar.

DOÑA JUANA.

Sólo en Castilla un lugar
Hay que tu remedio aplique.

DOÑA ISABEL.

¿Lugar para mí seguro?
¿Cómo se llama?

DOÑA JUANA.

El Casar.

DOÑA ISABEL.

¿El Casar?

DOÑA JUANA.

Sí, porque es dar
Á tu verde hiedra un muro.
Aunque eres de tal valor,
Eres, señora, mujer;
Sin muro, no ha de poder
Crecer tu vida y tu honor.

DOÑA ISABEL.

Si es destos reinos el bien,

Digo que quiero casarme;
Pero en el determinarme
Consiste su mal también.

DOÑA JUANA.

No puedes en esto errar.

DOÑA ISABEL.

Antes sí, que la razón
Del reino, á esta pretensión
Á muchos ha de llamar;
Y como se ha de escoger
Uno solo, no sabemos
Si el mejor acertaremos.

Martín con fieltro de camino.

MARTÍN.

Esto es volar, no es correr;
Deme los pies Vuestra Alteza.

DOÑA JUANA.

No soy la princesa yo.

MARTÍN.

Vuestro talle me engañó,
Y vuestra rara belleza.

DOÑA ISABEL.

¿A qué vienes dese modo?

MARTÍN.

Don Gutierre, mi señor,
Tu repostero mayor.....

DOÑA ISABEL.

Pues bien.....

DOÑA JUANA.

Turbado está todo.

DOÑA ISABEL.

¿Si tenemos mal suceso,
Pues éste se ha entrado aquí?

MARTÍN.

Díjome: «Á la Reina di.....»

DOÑA ISABEL.

¿Qué reina?

MARTÍN.

Y con eso ceso.
Mandad responder, y adiós.

DOÑA ISABEL.

Pues ¿qué has dicho?

MARTÍN.

Este recado
Que mi señor me ha mandado.

DOÑA ISABEL.

Reportémosle las dos.
Ven acá. ¿Fué don Gutierre
De Cárdenas ó el Marqués
De Villena?

MARTÍN.

Sí, los tres.....
Y no os espantéis que yerre.
Fuimos y hablamos al Rey,
Y dijo que os jurará,
Porque sois princesa ya,
Por justo derecho y ley.
Y por señas, que, en llegando
Adonde os han de jurar,
Han de correr y matar
Á los toros de Guisando.

DOÑA JUANA.

Esto es que se ha concertado
Jurarte en Guisando.

MARTÍN.

Sí,
Porque han de comer allí
Lo que estuviere guisado,
Y se han de correr los toros.

DOÑA JUANA.

Yo sé lo que aquesto ha sido:
Que ha caminado y bebido.

MARTÍN.

Mataré cuarenta moros
Por servir á la Princesa.
Bien conocéis á Martín.

DOÑA ISABEL.

Mis cuidados hacen fin.

DOÑA JUANA.

Todo con jurarte cesa.
Ligados con juramento
Tus enemigos, ¿qué harán?

DOÑA ISABEL.

Quebrarle; mas no podrán.

Don Gutierre.

DON GUTIERRE.

Atrás he dejado el viento.
Déme los pies Vuestra Alteza.

DOÑA ISABEL.

Buen mensajero enviastes.

DON GUTIERRE.

¿Llegó?

DOÑA JUANA.

Harto bien le informastes.

DON GUTIERRE.

Muy conforme á su grandeza
Fué la respuesta del Rey.
Ya por su heredera os jura;
Que solamente procura
Lo que es legítima ley.
Á los Toros de Guisando
Os partid, señora, luego.

DOÑA ISABEL.

Que lo prevengáis os ruego,
Porque huyendo y caminando,
Hoy no tuve qué comer.

DON GUTIERRE.

Presto os veréis en estado
Que volváis lo que os han dado.
Partid, que es bien menester.

DOÑA ISABEL.

Vamos; besaré la mano
Al Rey, mi hermano.

Vanse D.ª Isabel y D.ª Juana.

MARTÍN.

Y á mí,

¿No me paga nadie aquí?

DON GUTIERRE.

¿Qué hay, Martín?

MARTÍN.

Que vine en vano.

DON GUTIERRE.

Agora hay grande pobreza;
Tiempo habrá para pagar.

MARTÍN.

Aun tengo qué la prestar,
Si lo ha menester Su Alteza.

DON GUTIERRE.

Todos la habemos prestado.
Ven, y con ella camina,
Que es la mujer más divina
Que ha puesto el mundo en cuidado.

MARTÍN.

Mándame dar de comer,
Y trotaré como posta;
Que pues nos hace la costa,
No habemos de perecer.

DON GUTIERRE.

Tu cuidado lo merece,
Y ella merece servilla.

MARTÍN.

¡Viva Isabel de Castilla,
Que es mujer que lo merece!

Vanse.

Don Fernando de Aragón, de noche; D. Fadrique.

DON FADRIQUE.

Yo le juro á Vuestra Alteza
Que me espantó lo que vi.

DON FERNANDO.

Harto más, Fadrique, á mí
La fama de su belleza.

DON FADRIQUE.

No he visto yo en Aragón
Dama de aquella persona.

DON FERNANDO.

¡Bien merece la corona!

DON FADRIQUE.

Suyos esos reinos son;
Pero cuando no heredara,
Por virtud y gentileza
Los mereciera.

DON FERNANDO.

Belleza
Me dicen que tiene rara.
¡Oh, qué habrá de pretensores
Para Isabel!

DON FADRIQUE.

Portugal
La pide.

DON FERNANDO.

No le está mal.

DON FADRIQUE.

Pero son competidores
Él y el francés.

DON FERNANDO.

¿Qué francés?

DON FADRIQUE.

El Príncipe de Guiana.

DON FERNANDO.

La nobleza castellana,
¿No trata de aragonés?

DON FADRIQUE.

No te lo sabré decir.

DON FERNANDO.

¡Por Dios, Fadrique, yo fuera
Suyo si ella me quisiera!

DON FADRIQUE.

Bien lo puedes escribir
Al Almirante, tu abuelo;
Que si á Isabel se lo dice.....

DON FERNANDO.

El ofrecerme desdice
De quien soy.

DON FADRIQUE.

Si quiere el cielo,
Aunque el mundo os desconcierte,
No tendrá el mundo poder.

DON FERNANDO.

Allá deben de tener
Otro pensamiento.

DON FADRIQUE.

Advierte
Que suele la cortedad
Perder grandes ocasiones.

DON FERNANDO.

Yo tengo en estos balcones
Un poco de voluntad;
Porque entre sus clavellinas,
Fadrique, vi una mujer
Que las pudiera vencer
Con sus colores divinas.
Lo verde me dió esperanza,
Y lo carmesí alegría.

DON FADRIQUE.

¿Aquí?

DON FERNANDO.

Sí.

DON FADRIQUE.

¡Bueno, á fe mía!

DON FERNANDO.

¿Es cosa que no la alcanza
Por ventura el pensamiento?

DON FADRIQUE.

No, señor; mas Vuestra Alteza
Puede manchar su nobleza
Con cualquier atrevimiento.

DON FERNANDO.

No lo entiendo.

DON FADRIQUE.

Pues yo sí.

DON FERNANDO.

¿Es casada esta mujer?

DON FADRIQUE.

Quiérote dar á entender,
Señor, lo que vive aquí.

Esta es mora, aunque es honrada
De los que dicen que son
Sangre del Rey de Aragón.

DON FERNANDO.

¿Mora?

DON FADRIQUE.

Noble y celebrada;
Y no es la falta que tiene,
Pues que vive en nuestra ley,
Manchar la sangre de un rey,
Si con ella se entretiene,
Sino tener una madre
Que á Circe en hechizos vence.
Líbrete Dios que comience,
Y á los principios te cuadre.
¿Has oído la judía
Que tuvo á Alfonso siete años
Fuera de sí con engaños?
Pues lo mismo ser podría,
Si aquí te metes, señor;
Pues no habemos de aguardar
Que la vengan á matar
Después de tan largo amor.

DON FERNANDO.

¿Que ésta es mora y hechicera?

DON FADRIQUE.

Huye, señor, desta casa.

DON FERNANDO.

Yo te diré lo que pasa.

DON FADRIQUE.

Huyendo y hablando.

DON FERNANDO.

Espera;
Que la palabra la he dado
De hablarla esta noche aquí,
Y ésta siempre la cumplí.

DON FADRIQUE.

No estás con ésta obligado.
¿Qué importa que sea mujer?

DON FERNANDO.

Cumpliré aquí mi palabra,
Y aunque las dos puertas abra,
No la pienso hablar ni ver.
Llama.

DON FADRIQUE.

¡Ah del balcón!

Celinda, saliendo á un balcón.

CELINDA.

¿Quién es?

DON FADRIQUE.

Mas ¿no te estaba escuchando?

DON FERNANDO.

Yo soy.

CELINDA.

¿Quién es?

DON FERNANDO.

Don Fernando.

DON FADRIQUE.

Guarda de tocar los pies
En el umbral de la puerta,
Que hay mil hechizos aquí.

CELINDA.

¿Vuestra Alteza mismo?

DON FERNANDO.

Sí.

DON FADRIQUE.

¿Mas que si la ves abierta,
Que te has de entrar? Y á la fe
Que no has de poder salir.

CELINDA.

Mucho tengo que os decir;
Mas agora no podré.
Á mi madre le he contado
Esta merced que la hacéis.

DON FERNANDO.

¿Madre, señora, tenéis?

CELINDA.

Y con ingenio extremado,
Que os holgaréis de tratalla.
Díjome, y ansí os lo digo,
Que habéis de ser su enemigo,
Y aun dice que desterralla.

DON FERNANDO.

¡Yo á vuestra madre! ¿Por qué?
Yo no soy rey, ni aun lo espero.

CELINDA.

Hame dicho que primero
Que os hable, esta carta os dé.

DON FERNANDO.

¡Carta á mí!

CELINDA.

Cierto papel,
Que no sé lo que contiene.
Allá va.

DON FERNANDO.

Echad.

DON FADRIQUE.

¿Mas que viene
Todo el infierno con él?

DON FERNANDO.

Ya la cogí.

CELINDA.

Pues adiós;
Que hasta verla, no hay hablaros.

DON FERNANDO.

Ni yo pretendo forzaros,
Siendo enemigos los dos.

Éntrase Celinda.

DON FADRIQUE.

¿Fuése?

DON FERNANDO.

¿No lo ves, Fadrique?

DON FADRIQUE.

Dios nos hizo merced.

DON FERNANDO.

¿Cómo?

DON FADRIQUE.

Por la sospecha que tomo

De que algún hechizo aplique.

DON FERNANDO.

Que no hay que tener temor.
Muérome por ver qué escribe.

DON FADRIQUE.

No abras, que te apercibe
Algo que te cause amor.

DON FERNANDO.

Yerbas, palabras y piedras,
¿Tienen virtud?

DON FADRIQUE.

Como imán
Hipólitos juntarán
Á las más lascivas Fedras.

DON FERNANDO.

Mas ¿quién dejara de ver
Este papel?

DON FADRIQUE.

Es verdad
Que es natural propiedad
El deseo de saber.
El peligro estoy mirando, (Aparte.)
Y muero por ver lo que es.

DON FERNANDO.

Por consejos que me des,
Sé que lo estás deseando.
La luna se desemboza
Del nublado con que estaba.
Abro el papel.

DON FADRIQUE.

Abre, acaba.

DON FERNANDO.

¡Oh, cuánto el alma se goza
Cuando cumple algún deseo
Que tuvo por privación!

Abre el papel, y está en él esto pintado.

DON FADRIQUE.

Letras y pinturas son.

DON FERNANDO.

¡Extrañas enigmas veo!
Aquí hay, Fadrique, una espada,
Y á sus dos lados aquí
Una *F* y una *I*,
Una y otra coronada.
Debajo della hay gran gente,
Que con diferente traje
Yace degollada.

DON FADRIQUE.

Baje
Edipo otra vez, é intente
Declarar tales enîmas
Y jeroglíficos tales.

DON FERNANDO.

¡Con las coronales reales
F é *I*!

DON FADRIQUE.

Si acaso estimas
Mi crédito, gran señor,
Guárdate destas mujeres.

DON FERNANDO.

Fadrique, medroso eres.

DON FADRIQUE.

Sí soy, que te tengo amor.

DON FERNANDO.

Pues que presumes de sabio,
¿Qué puede significar?

DON FADRIQUE.

La espada, ¿qué puede dar
Sino venganza y agravio,
Muerte, estrago y destruición,
Como lo dice esta gente,
Aunque en traje diferente?

DON FERNANDO.

Estos, enemigos son.
No es traje de los cristianos,
Sino de moros y hebreos.

DON FADRIQUE.

De tu bien son mis deseos,
¡Por los cielos soberanos!
Y esta *F* y esta *I*
Que estás, gran señor, mirando,
Deben de decir Fernando.
¿No es ansí?

DON FERNANDO.

Pienso que sí
Respeto de la corona.
Pero la *I*, ¿qué dirá?

DON FADRIQUE.

Pues que coronada está,
Significa otra persona.

DON FERNANDO.

¿Cosa que diga Isabel?
Que no hay nombre que con *I*
Comience.....

DON FADRIQUE.

Inés.

DON FERNANDO.

Es ansí.
Pero ¿qué presumes dél?

DON FADRIQUE.

Que cuando Inés no dijera,
Dirá injuria, iniquidad,
Ira, infelicidad,
Infamia, injusticia.....

DON FERNANDO.

Espera;
Que puede decir imperio,
Y si en latín se leyese,
Que *Ferdinandus* dijese.
Pues no será gran misterio
Que *Imperator* sea la *I*.

DON FADRIQUE.

Tú lo has muy bien declarado,
Si Dios te pone en estado
Que todo suceda ansí.

DON FERNANDO.

El rey don Juan fué mi padre,
Y agora tiene heredero,
Ni lo creo ni lo espero.

DON FADRIQUE.
Á muchos, Fernando, es madre
La fortuna, y á otros es
Madrastra.

DON FERNANDO.
Es verdad, Fadrique.
No porque yo le suplique
Casos de tanto interés;
Pero para prevenir
Los males, no por temellos
(Que anticipallos sin vellos
Es temer, más que sufrir),
Hanme las letras cuadrado.
Haz que me hagan un vestido,
Venga buen ó mal sentido,
Destas dos letras bordado.
Sobre la *F* y la *I*
Pon las coronas también.

DON FADRIQUE.
Pienso que parezca bien.

DON FERNANDO.
Yo prometo desde aquí
Tenerlas por cifra mía,
Y si mi fortuna rueda,
Ponerlas en la moneda
Que yo labraré algún día.
Ven; que voy aficionado
Á estas letras coronadas;
Que estas gentes degolladas
No me dan mucho cuidado;
Que son los moros y hebreos,
Que echaré de España yo.
. . . .
. . . . (1)

Vanse

El rey D. Enrique, la infanta D.ª Isabel, el Duque de Nájera, el Marqués de Villena, acompañamiento de ambos, caballeros, guarda, música.

DOÑA ISABEL.
Dadme, señor, esos pies.

REY.
Isabel, querida hermana,
Ese es exceso; teneos.

DOÑA ISABEL.
Vuestra mano me levanta,
Como á quien está en la tierra,
Si no me ayuda y ampara.

REY.
Mucho me huelgo de veros.
¿Salud tenéis?

DOÑA ISABEL.
La que basta
Para serviros, señor.

REY.
Yo quisiera que en España
Os juraran heredera.

(1) Faltan dos versos para completar una redondilla.

DOÑA ISABEL.
Tantas mercedes no hallan
Lugar en mi corto pecho.

REY.
Mejor estaréis sentada.....
Y todos la mano os besen;
Que es aquí cosa excusada
Tratar de las ceremonias,
Por ser cansadas y largas.
La mayor, Isabel mía,
Es mi gusto y mi palabra,
Y la verdad. Grandes, nobles,
Prelados, letras y armas,
Oid lo que vuestro rey
De su voluntad declara,
Sin fuerza, sin invención:
Isabel, con justa causa
Es legítima heredera,
Y aquí por tal la declara
Mi postrera voluntad.
Esto los cielos me mandan,
Su justicia y mi conciencia.

DUQUE DE NÁJERA.
¡De Castilla y las montañas,
Princesa doña Isabel!

TODOS.
¡Viva mil veces!

REY.
Ya aguardan
Todos á besar tu mano.

DOÑA ISABEL.
Dense á Dios eternas gracias.

Con la música le besan la mano de dos en dos, y en acabando se levantan el Rey y la Princesa.

REY.
Salíos todos afuera.
Duque, oid.

DUQUE DE NÁJERA.
¿Qué es lo que mandas?

REY.
¿Está ya la Reina presa?

DUQUE DE NÁJERA.
Y su hija, y entregadas
Á quien guardarlas sabrá.

REY.
Estése afuera la guarda.

Vanse todos menos la Princesa.

REY.
Isabel, esto se ha hecho
Con razón; los tiempos andan
De la manera que ves.
Castilla está aficionada
Á tu valor y virtud;
Si por ventura te casas
Sin que yo sepa con quién,
Tu muerte ó la mía trazas;
Que tú no puedes reinar

Mientras yo vivo.

DOÑA ISABEL.

Ya estaba
De tu licencia advertida;
Y aunque yo no te heredara,
No me casara sin ella.

REY.

Muy á propósito hablas.
Quiérenme mal en Castilla:
La causa que muchos hallan,
Es no tener sucesión,
Y otras mil cosas que tratan
Desvalidos y envidiosos,
Que pudiera en la batalla
De Olmedo castigar bien;
Pero la infame venganza
Es indigna de los reyes,
Y siempre la piedad santa
Lo que les da mayor nombre,
Mayor gloria, mayor fama.
Yo he perdonado mi injuria,
Yo te he jurado; yo, hermana,
He hecho lo que tú quieres;
Que tú me obedezcas falta,
En justo agradecimiento.

DOÑA ISABEL.

Como tú tengas constancia
En no volver á tus cosas,
Que en España y en Italia,
Y en Francia y en todo el mundo
Desigualmente se tratan,
Cumpliré lo prometido.

REY.

Pues come conmigo, hermana,
Y hágate el cielo dichosa,
Tanto, que de toda España
Y lo demás reina seas.

DOÑA ISABEL.

Por no pagarte en palabras
Sólo, me pongo á tus pies.

REY.

Levanta, Isabel, levanta.
Dícenme que estás muy pobre.

DOÑA ISABEL.

Estoy muy necesitada.

REY.

Yo haré que te den dineros.
¿Tienes deudas?

DOÑA ISABEL.

Cosa es clara.

REY.

Yo haré al Marqués de Villena
Que á todas tus deudas salga.

DOÑA ISABEL.

Beso mil veces tus pies.

Vanse.

Don Gutierre.

DON GUTIERRE.

Las amistades de Enrique
Y la princesa su hermana
Con grande amor se han tratado;
Mas mi poca confianza
Aún no me quita el temor;
Que si Isabel no se casa,
El mismo peligro tiene.
¡Vive Dios, que he de casarla,
Aunque pese á quien pesare!
Que no ha de quedar España
Sin la sangre de Castilla,
De los godos heredada,
Que á su principio y valor
No alcance memoria humana.
Quiero tomar mi caballo.
¡Hola!

Martín.

MARTÍN.

Señor.....

DON GUTIERRE.

Aquí aguarda
En este zaguán, Martín,
Y tenme espuelas y vara.

Vase.

MARTÍN.

¿Quién le mete al amo mío
En estas cosas agora?
Que reine ó no esta señora,
¿No es notable desvarío....?
Sirva á quien reina, y no más;
Que andar en lo por venir
No es de quien quiere vivir,
Ni fué seguro jamás.

Rincón y Peralta.

RINCÓN.

Digo que está mal jurada,
Y que doña Juana es reina.

PERALTA.

Yo, que Isabel vive y reina,
Á sustentar de mi espada.

MARTÍN.

Quedo, señores. ¿Qué es esto?
¿Sobre qué es esta quistión?

PERALTA.

Cosas de los reyes son,
Que en cuidado nos han puesto.

MARTÍN.

Pues ¿quién mete á dos lacayos
En las cosas de los reyes,
Ni en quitar ni poner leyes,
Sino en remendar sus sayos?
Reine quien quisiere Dios,
Y den paja á sus caballos.

PERALTA.

¿No somos también vasallos
Y castellanos los dos?

MARTÍN.
¿Qué dice él?
RINCÓN.
Que doña Juana
Es princesa de Castilla,
Y sobre esto me acuchilla.
PERALTA.
Y yo, que del Rey la hermana;
Porque, en fin, doña Isabel
No anda en opinión agora,
Y es una santa señora.
MARTÍN.
Eso dice él, y eso él.
Pues digo yo que apostar
Es en esto lo más sano;
Que en Salamanca, un verano
Que serví á cierto escolar,
Sobre una cátedra hacían
Los dichos cien mil apuestas;
Porque no son cosas éstas
Que de las armas se fían.
PERALTA.
¿Qué es lo que va por allí?
MARTÍN.
Mi amo ¡por Dios! parece.

Don Gutierre y D.ª Isabel.

DON GUTIERRE.
Cierto el peligro se ofrece.
Señora, echad por aquí.
DOÑA ISABEL.
¡Tan presto tanta mudanza!
DON GUTIERRE.
Esto pueden consejeros.
DOÑA ISABEL.
Gutierre, libra mi vida,
Que en gran peligro me veo.

Vanse la Princesa y D. Gutierre.

MARTÍN.
Señores, voy tras mi amo;
Que á mi Princesa, su dueño,
No sin causa de temor
La saca del monasterio.
PERALTA.
Todos haremos lo mismo.

Vanse.

El Rey, acompañamiento de caballeros.

REY.
Yo tomé tarde el consejo;
Prenderla será mejor.
CABALLERO.
Pienso que en salvo la ha puesto
Don Gutierre.
REY.
Pues matalde.
CABALLERO.
Va con ella.
REY.
¡Oh qué mal hecho!
CABALLERO.
¿Qué necesidad tenías
De jurarla?
REY.
Yo no creo
Que sin mi gusto se case;
Pero lo que dicen temo.
¿En quién han puesto los ojos?
CABALLERO.
En personas los han puesto
Que te han de dar pesadumbre.
El prelado de Toledo
Dice que como á heredera
Legítima destos reinos,
Para tener sucesión,
Es justo casarla luego.
REY.
Préndanle.
CABALLERO.
Ya no es posible.
Todos se fueron huyendo,
Pienso que con intención
De tratar del casamiento.
Unos dicen que la casan
Con el Girón que en el pecho
Trae la cruz de Calatrava,
Porque es de los reyes deudo;
Otros, que al Duque famoso
De Segorbe es justo acuerdo,
Porque, en fin, no es castellano;
Otros, de envidia ó de miedo,
Quieren que sea francés;
Otros, y aun los más, sospecho
Que á Alfonso el de Portugal,
Ya viudo; otros dijeron
Que se traiga de Alemania
Algún príncipe mancebo
De los de la Casa de Austria.
REY.
¿Soy yo por ventura muerto?
¿Qué es esto, vasallos míos?
Vasallos míos, ¿qué es esto?
Yo ¿no soy agora vivo?
Yo ¿no soy señor del reino?
¿No he vencido diez batallas,
Y de los moros soberbios
Ganados treinta pendones,
Que han entoldado los templos?
¡Vive Dios, que ha de casarse
Con mi gusto, y que si quiero,
Que no ha de ser en diez años!
CABALLERO.
Advierte que tienen puestos
Los ojos en Aragón.
REY.
¡En Aragón! ¿Á qué efeto?
CABALLERO.
El infante don Fernando,
Mozo gallardo y dispuesto,

Y que tiene al Almirante
De Castilla por abuelo,
Y está en Aragón valido,
Después de haber, como un Héctor,
Ayudado en Perpiñán
Á su padre.....

REY.

¡Vive el cielo,
Que no haya rey en Castilla
Mientras yo tuviere el cetro!

ACTO SEGUNDO.

El Duque de Segorbe, su Secretario, acompañamiento.

SECRETARIO.

Por secretos que han venido
Desde Castilla á Valencia,
Se sabe de cierta ciencia.

DUQUE DE SEGORBE.

¡Qué justa elección ha sido!
No pudieran hallar hombre
En Castilla como yo.
Pero ¿quién te lo contó?

SECRETARIO.

No hay cosa que tanto asombre
Como ver que aun por la mar
Ninguna cosa se encubra.

DUQUE DE SEGORBE.

Pues ¿quién hay que lo descubra?

SECRETARIO.

La que sabe penetrar,
Como lince, las paredes;
Por eso espíritu llama
Cierto poeta á la fama.

DUQUE DE SEGORBE.

Es verdad; mas también puedes
Pensar que, por ser incierta,
Dos trompetas la pintaron,
Porque muchos se engañaron,
Que la tuvieron por cierta.

SECRETARIO.

Las trompetas son señal,
Si no me engaño también,
Que la diestra dice el bien,
Como la siniestra el mal.
Tú eres rey de Castilla;
No tienes que estar dudoso.

DUQUE DE SEGORBE.

De mi origen generoso
No nace la maravilla,
Sino de ser tanto el bien;
Porque no hay en todo el orbe,
Como el Duque de Segorbe,
Quien lo merezca tan bien.
Diez mil ducados te mando
Si fuere verdad, Coloma;
Y este anillo en prendas toma,
Con que me ejecutes, cuando
Me vieres rey en Castilla.

SECRETARIO.

Como rey, señor, procedes
En hacer tales mercedes.

DUQUE DE SEGORBE.

Si yo me veo en la silla
De aquel reino, tú verás
Que esto sea lo de menos.

Un paje

PAJE.

De alegría y galas llenos,
Cual no se ha visto jamás,
Caballeros castellanos
De los caballos se apean,
Porque dicen que desean,
Señor, besarte las manos.

DUQUE DE SEGORBE.

Ello es cierto que soy rey.
Sin duda vienen por mí.

SECRETARIO.

Yo ¿no te lo dije ansí?

DUQUE DE SEGORBE.

Cumplir la palabra es ley
De cualquier hombre, y los reyes
Más obligados están,
Pues son los que ejemplo dan
Y los preceptos y leyes.
Diez mil ducados te dí;
Veinte mil te mando agora.

SECRETARIO.

No en balde tan gran señora,
Gran Duque, se emplea en ti.

PAJE.

Y á mí, señor, ¿qué me das?

DUQUE DE SEGORBE.

Dos mil ducados, Ortuño.

PAJE.

Rey seré si los empuño.
Ni quiero ni sirvo más.
Mil años de Isabel goces.

DUQUE DE SEGORBE.

A todos os pienso honrar.

Sale un criado.

CRIADO.

Ya se deben de apear,
Que ansí lo dicen las voces.
Dame alguna cosa á mí.

DUQUE DE SEGORBE.

Mil ducados, Ponce, os doy.

CRIADO.

Por besar tus pies estoy.

SECRETARIO.
Ya entraron.
CRIADO.
Ya están aquí.

Don Ramiro, D. Juan y D. Gutierre, de camino.

DON GUTIERRE.

(Aparte á sus compañeros.)

Si nos agradare el trato
Y el entendimiento, haremos
La embajada que traemos.
DON RAMIRO.
La Princesa vió el retrato,
Y no se desagradó.
DON GUTIERRE.
Si he de llevar á Castilla
Rey que poner en la silla,
También quiero estarlo yo.
DON JUAN.
Veisle allí.
DON GUTIERRE.
¡Qué grave está!
Ni nos mira ni recibe.
DON RAMIRO.
Si tan confiado vive,
Por vasallos nos tendrá.
DON GUTIERRE.
Hasta agora rey tenemos,
Y viva Enrico mil años.
DON RAMIRO.
¡Ah, lo que pueden engaños!
DON GUTIERRE.
No me agradan los extremos. (Aparte.)
Vuestra Excelencia me dé
La manos para besallas.
DUQUE DE SEGORBE.
Tomad.
DON GUTIERRE.

(Aparte á D. Ramiro.)

¿Hemos de tomallas?
DON RAMIRO.
Muy presto las dió; no sé.
DON GUTIERRE.
¡Qué lindas manos tenéis!
¡Qué blandas y bien tratadas,
A los guantes enseñadas,
En que siempre las ponéis!
La paz se os echa de ver
Que en esta tierra gozáis.
Parece que os las curáis:
Cuidado debe de haber.
Como allá los castellanos
Andamos siempre en la guerra
De la conquistada tierra,
Tenemos ásperas manos.
La manopla no las hace
Tan blandas, señor, en fin,
Como el guante y el jazmín
Que por estas huertas nace.
Mil años gocéis las manos,
Y mirad qué nos mandáis.
DUQUE DE SEGORBE.
¿Cómo desa suerte os vais,
Caballeros castellanos?
Parad en mi casa un poco,
Y siquiera descansad.
DON RAMIRO.
Ya hemos visto la ciudad.
DON GUTIERRE.
Pues á volver me provoco;
Yo sé que esto nos conviene.
Adiós, Duque, adiós.
DUQUE DE SEGORBE.
No os vais
Desa suerte, que afrentáis
Mi casa.
DON GUTIERRE.
El que á veros viene,
¿Qué puede haber que os iguale?
La priesa no da lugar.
DON RAMIRO.
Caballos vuelve á tomar.
SECRETARIO.
Caballos pide.....
CRIADO.
Ya sale.
DON JUAN.
Descontento vienes dél. (Ap. á D. Gutierre.)
DON GUTIERRE.
Pensamientos fueron vanos.
El tiene muy lindas manos,
Pero no para Isabel.

Vanse.

SECRETARIO.
¡Buenos habemos quedado!
CRIADO.
Yo bien entiendo lo que es. (Aparte.)
SECRETARIO.
Tiempo quedaba después.
La gravedad que has mostrado
No era á propósito agora.
DUQUE DE SEGORBE.
Con razón quedo corrido.
CRIADO.
Muy delicados han sido.
SECRETARIO.
Donde la soberbia mora, (Aparte.)
No puede haber buen suceso.

El hermano del Duque de Segorbe.

HERMANO.
¿Qué es esto, hermano?
DUQUE DE SEGORBE.
No sé.
Desdichas.

HERMANO.

Agora entré
Loco de alegre, os confieso,
De las nuevas que me dieron;
Y la gente vi salir
Acabada de venir.
¿Qué hicieron ó qué os dijeron?

DUQUE DE SEGORBE.

Porque las manos les dí (1)
Para besallas, hermano,
Se fueron desa manera.

HERMANO.

¿Eso poco les altera?

DUQUE DE SEGORBE.

Fué melindre castellano.
Id tras ellos; que no es bien
Que una cosa, que decilla
Aun es vergüenza, á Castilla
Quite un rey, y á mí también
Una señora tan bella,
Que estimo más que reinar.

HERMANO.

Y ¿podrélos alcanzar?

DUQUE DE SEGORBE.

Sin duda.

HERMANO.

Con mala estrella
Debieron de entrar aquí.
Por la posta voy tras ellos.

DUQUE DE SEGORBE.

Volved, hermano á traellos,
Que si aquí los ofendí
Con alargarles las manos,
Besaré á todos los pies.

SECRETARIO.

Vuestra la desdicha es,
Discretos los castellanos.

Vanse.

Don Gutierre, D. Ramiro y D. Juan.

DON GUTIERRE.

Esto me desagradó.

DON JUAN.

Con mucha razón ha sido.

DON GUTIERRE.

¡Lo que fuera presumido
Quien tan presto presumió!

DON RAMIRO.

Bien será que se le acuerde
De lo que perdió por vano.

DON GUTIERRE.

Otros ganan por la mano,
Y éste por la mano pierde.

DON RAMIRO.

Lindamente respondistes
Cuando las manos nos dió.

DON GUTIERRE.

Á Isabel la diré yo,
Caballeros, lo que vistes,
Porque no me culpe en nada.

DON RAMIRO.

Ella os quiere de tal modo,
Que os disculpará de todo.

DON GUTIERRE.

En mano tan regalada
No ha de entrar el castellano
Cetro, y por mi cuenta quede.

DON RAMIRO.

Vióle, y disculparse puede,
Que quiso alargar la mano.

DON GUTIERRE.

Alargóla de manera,
Que cinco de largo dió.

DON JUAN.

¡Hermoso juego perdió!

DON RAMIRO.

Ganarle entonces pudiera.

DON JUAN.

¡Blandas manos!

DON GUTIERRE.

¿Manos? ¡Vanos
Pensamientos!

DON RAMIRO.

¡Qué bien andas!

DON GUTIERRE.

El cetro, por ser tan blandas,
Se le cayó de las manos.

El hermano del Duque de Segorbe y el Secretario.

HERMANO.

¡Ah, caballeros!

DON GUTIERRE.

¿Quién es?

HERMANO.

¿No me conocéis? Yo soy,
Yo, que á vuestros pies estoy.

DON GUTIERRE.

Dadme, mi señor, los pies.....
Y mirad que eso no es justo.

HERMANO.

Volved, volved á Segorbe,
Porque no es razón que estorbe
Tanto bien, tanto disgusto.
El Duque está arrepentido.
Mirad que es contra conciencia.

DON GUTIERRE.

No más de á ver á Valencia
Habemos los tres venido;
Y pareciónos besar
Las manos (y no fué error)
Al Duque, á tan gran señor,
Que tan bien las sabe dar.
Esto fué nuestra jornada.

HERMANO.

Señores, no es justa ley
Que dejéis de llevar rey
Por cosa tan mal pensada.

(1) Verso suelto.

Volved, ¡por Dios!

DON GUTIERRE.

¿Rey? ¿Por qué?
Rey tenemos en Castilla.

HERMANO.

Es mozo, no es maravilla;
Yerro de la sangre fué.

DON GUTIERRE.

Vuélvase Vueseñoría:
Sepa que le han engañado;
Que ni deso se ha tratado,
Ni desta suerte sería
Cuando se hubiera de hacer.
Mas si llegare ocasión,
Será muy justa razón
Á tal señor proponer,
Y como quien ya le ha visto,
Decir las partes que tiene.

HERMANO.

Si es que del cielo no viene,
¿Qué pretendo? ¿Qué resisto?
Id, caballeros, con Dios;
Que si de Dios estuviera,
Cuando un pie mi hermano diera,
Le besárades los dos.

Vase, y con él el Secretario.

DON JUAN.

Ánimo, á la fe, tenía
De hacernos cualquier pesar.

DON GUTIERRE.

Con caminar y callar
Se acabará la porfía.
Y yo pienso que ésta ha sido
Dicha de cierto Girón,
Que será en esta ocasión
De la Princesa marido.

DON RAMIRO.

¿El Maestre?

DON GUTIERRE.

Ansí lo creo.

DON JUAN.

En él se emplea muy bien.

DON GUTIERRE.

El lo merece tan bien,
Que ayuda á nuestro deseo.
Si cartas no recibimos
Que á Zaragoza pasemos,
Hacia Calatrava iremos.

DON JUAN.

En balde á Segorbe fuimos.

DON RAMIRO.

No faltan pocas jornadas.

DON GUTIERRE.

Cesa ¡oh fortuna cruel!
Que Castilla é Isabel
Para alguno están guardadas.

Vanse.

Doña Isabel y D.ª Juana.

DOÑA JUANA.

En grande peligro estás.

DOÑA ISABEL.

Nunca yo sin él estoy.
Mientras más huyendo voy,
Enrique me sigue más.

DOÑA JUANA.

Ni Enrique casarte quiere,
Ni que te cases.

DOÑA ISABEL.

Allá
Tratando Gutierre está
Mi casamiento.

DOÑA JUANA.

Prospere
Tu vida y salud el cielo;
Que tanta persecución
Tendrá fin por galardón
De la piedad de tu celo.

El Duque de Nájera.

DUQUE DE NÁJERA.

Un caballero francés
Quiere hablarte.

DOÑA ISABEL.

¿Agora á mí,
Duque?

DUQUE DE NÁJERA.

Mi señora, sí.

DOÑA ISABEL.

¿Á qué propósito es?

DUQUE DE NÁJERA.

La gran cruz trae en el pecho.....

DOÑA ISABEL.

¿De quién?

DUQUE DE NÁJERA.

De San Juan, señora,
Por donde conozco agora
Que es casamiento, y sospecho
Que es la gran cruz testimonio,
Porque me da cierta luz
Que trayendo la gran cruz,
Será la del matrimonio.

DOÑA ISABEL.

Entre.

DUQUE DE NÁJERA.

Ya en tu cuadra está (1).

Un caballero francés del hábito de San Juan.

FRANCÉS.

Con esta carta de Lüis, de Francia
Rey, gran señora, y muy amigo vuestro,
Mil veces beso esas heroicas manos.

DOÑA ISABEL.

No estéis desa manera, cubríos luego.

(1) Verso suelto.

FRANCÉS.

No me cubro delante de las damas;
Que aunque tan viejo soy, y el orden mío
Nos priva de su dulce compañía,
No de servirlas y estimarlas tanto,
Y más á vos, que sois del cielo santo
Un milagro tan raro y peregrino,
Que muestra sois de su poder divino.

DOÑA ISABEL.

¡Cubríos, por mi vida!

FRANCÉS.

Es no estimarla
No daros obediencia; hacerlo quiero.

DOÑA ISABEL.

Leeré la carta.

Lee para sí.

FRANCÉS.

(Aparte al Duque de Nájera.)

En Francia tiene fama
La gallarda Isabel de muy hermosa,
Muy discreta y cortés, muy entendida,
Señor Duque de Nájera; mas veo
Que excede vista, y que tratada admira.

DUQUE DE NÁJERA.

No os cuento sus virtudes, porque temo
Que me faltara tiempo en muchos años,
Cuanto más en el breve que tenemos.

FRANCÉS.

¡Oh, plega al cielo que le cumpla á Francia
Este deseo!

DOÑA ISABEL.

Yo leí la carta,
En la cual vuestro Rey me honra, y pide
Que, dándoos, Monseñor, en todo crédito,
Trate con vos el resolver ahora
Casarme con su hermano.

FRANCÉS.

Yo os prometo,
Si no me engaña justo amor, que el Príncipe
De Guiana os merece, si en el mundo
Para vos puede haber merecimiento.

DOÑA ISABEL.

Tales nuevas me dan de su persona.
Id en buen hora á descansar; que luego
Os enviaré á llamar, y perdonadme
Si no pudiere ahora regalaros;
Que como voy de Enrico fugitiva,
Apenas tengo casa donde viva.

FRANCÉS.

Bésoos mil veces los pies.

Vase.

DOÑA ISABEL.

Duque, ¿qué os parece desto?

DUQUE DE NÁJERA.

Que entre los que os han propuesto,
Es dignamente el francés;
Pero si viene el Girón,
Como tenemos tratado,
Excluir lo no pensado
Está más puesto en razón.

DOÑA ISABEL.

Vamos, que os quiero enseñar
Lo que le he escrito á Gutierre,
Antes que la carta cierre.

DUQUE DE NÁJERA.

Si pretendéis regalar
Al embajador francés,
Yo tengo con qué, señora.

DOÑA ISABEL.

Pues bien será hacerlo agora,
Que no habrá lugar después.

Vanse.

Don Gutierre, D. Ramiro, D. Juan y Martín.

DON GUTIERRE.

Esta me trujo Martín,
Y le respondí que iría.

MARTÍN.

Con grande temor venía,
Y en ella escrito mi fin.

DON RAMIRO.

¿Hay muchas guardas?

MARTÍN.

Están
Todos los caminos llenos.

DON RAMIRO.

¡Nosotros andamos buenos!

MARTÍN.

En el pensamiento dan
De que venís á Aragón
Para llevar á Fernando.

DON JUAN.

¿Si nos están esperando?

DON GUTIERRE.

Celos de Fernando son.

DON RAMIRO.

Tiene divino valor,
Y á Enrique dará pesar,
Que Castilla le ha de amar.

MARTÍN.

Aun aquí tengo temor.
Esa carta de Isabel,
En una azcona metí,
Con que caminé hasta aquí.

DON JUAN.

¿Cómo?

MARTÍN.

Doblando el papel,
Entre el hierro y la madera.

DON GUTIERRE.

¿Que están con tanto cuidado?

MARTÍN.

Por el aire no ha pasado
Volando el ave ligera,
Cuando piensan que es marido
Que viene para Isabel.

DON GUTIERRE.
Pues pasaremos con él
Presto, siendo Dios servido.
Tú partirás desde aquí
Á decir que cerca estoy
De Zaragoza, y que voy
Para ejecutarlo ansí.

MARTÍN.
¿No ha de haber carta?

DON GUTIERRE.
No sé
Si á peligro nos ponemos.
Basta decir que entraremos;
Basta decir que hablaré
Al infante don Fernando,
Y llevaré su respuesta.

MARTÍN.
Más segura carta es ésta:
Iré contento y volando.

DON GUTIERRE.
¿Cómo queda doña Juana?

MARTÍN.
Con mil deseos de verte.

DON GUTIERRE.
¿Estaba hermosa?

MARTÍN.
Y de suerte
Me habló, la propia mañana
Que con tu carta llegué,
Que pensé volverme loco.

DON GUTIERRE.
Píntala, á ver.

MARTÍN.
Sé muy poco;
Pero yo la pintaré.
Los cabellos, que tenía
Por encima de la frente,
Eran oro y sol de Oriente,
Que por el viento esparcía.
La frente, debajo dellos,
Era de un blanco matiz;
Y estábase la nariz
Puesta entre los ojos bellos.
Las cejas pienso que estaban
Sobre los ojos, que hacían
Cosquillas á cuantos vían,
De ver cómo los miraban.
Debajo de la nariz
Estaba luego la boca,
De verse á sí misma loca,
Como un pico de perdiz.
Hacíame, cuando hablaba,
Ciertos candiles tan bellos,
Que diera el Amor por ellos
Cuatro flechas de su aljaba.
Descubríanse los dientes,
Á media rienda de risa;
Que andaba el alma de prisa
Por ver sus perlas lucientes.
Las orejas, no me aflige
El no verlas, ni podía;
Mas pienso que las tenía,
Pues oyó lo que la dije.
La garganta era tan bella,
Que en la blancura que pinto,
Si bebiera vino tinto
Se viera el color por ella.
Los pechos, si aquí no yerra
Ser de amor tiros y balas,
Pudieran ser alcabalas
Del mayor rey de la tierra.
Las manos, que allí mostró,
Tanto al cristal se comparan,
Que temí se le quebraran
Cuando la carta me dió.
Y toda junta, si dan
Licencia amor y servir,
Era, por no te mentir.....,
Doña Juana de Guzmán.

DON GUTIERRE.
Altamente la has pintado;
Toma estos cuatro doblones.

MARTÍN.
Dobles tus años.

DON GUTIERRE.
Si pones
En la partida cuidado,
Á la vuelta lo verás.

MARTÍN.
Un ave seré, señor,
Y seré un procurador;
Que no hay que decirte más.

Vanse.

Don Fernando, D. Fadrique, D. Pedro y D. Sancho, con palas.

DON FERNANDO.
No juego más.

DON FADRIQUE.
¡Por mi vida,
Que otros diez tantos juguemos!

DON FERNANDO.
Yo sé que los perderemos.

DON FADRIQUE.
Corra por mí la partida.

DON FERNANDO.
No, por vida de la *I*
Con la corona, Fadrique.

DON FADRIQUE.
Ya no es bien que te replique.
¡Hola! De vestir aquí.

DON FERNANDO.
Tomad esa pala allá.

DON SANCHO.
¡Bien saca don Pedro!

DON FADRIQUE.
¡Bien!

DON PEDRO.
Como á don Sancho me den,
Seguro el partido está.

DON SANCHO.
Su Alteza vuelve mejor.
DON FERNANDO.
¿Qué hubo anoche, caballeros?
DON PEDRO.
Cenamos después de veros
DON FERNANDO.
¿Y luego?
DON PEDRO.
Un poco de amor.
DON FERNANDO.
Cuente cada uno aquí
Lo que anoche le pasó;
Que también lo diré yo.
DON SANCHO.
¿Mientras nos vestimos?
DON FERNANDO.
Sí.
DON SANCHO.
Va de cuento.
DON FERNANDO.
Ya le espero.
DON SANCHO.
Yo salí (que no debiera,
Como lo dice el refrán)
De zapato blanco y media.
Entré en la calle que sabe
Don Pedro, y al dar la vuelta,
Desde un portal me llamó
Cierta dama, haciendo señas.
Llegué, y vi que se tapaba:
Díjela dos cosas tiernas,
Y echéla al cuello los brazos
Dióme un olor de grajea,
Y saquéla hacia la calle,
Donde vi que era una negra,
Cuyos hocicos me han puesto
Tanta tinta, que aun apenas
Agua de ángeles y trébol,
De ámbar y de otras mezclas,
Color y olor me han quitado.
DON FERNANDO.
¡Buen lance!
DON FADRIQUE.
¡Extremada empresa!
DON FERNANDO.
Diga mi amigo Fadrique.
DON FADRIQUE.
Yo, con mi espada y rodela,
Cuando te dejé en el Coso,
Fuí á ver dos ó tres doncellas
Que en cierta casa hacen nido,
Si no es vivar de conejas.
Hallélas muy ocupadas
En hacer limpias hojuelas,
Con las manos en la masa,
Sirviéndoles de manteca
(Las camisas en los hombros,
Las mangas, digo), y por ellas
Descubriendo blancos brazos,
Para luchar sobre apuestas.
Diéronme un poco de fruta,
Diciendo que eran orejas
De abad; creílo y comí;
Y era tan fina pimienta,
Que pensé perder el seso.
Y presumiendo que dellas
Pudiera tomar venganza,
Con aplauso, risa y fiesta,
Tanta harina me tiraron,
Que salí como si fuera
Algún ratón de molino.
DON FERNANDO.
No es mucho que lo parezcas;
Á don Pedro toca agora.
DON PEDRO.
Mis desdichas no se quedan
En aquesas niñerías,
Que más adelante llegan.
Yo servía cierta dama
Destas que llama una dueña
Las herejas de sus años,
Porque nunca los confiesan,
Y con quien sabe que tienen
Poco menos de cincuenta,
Porfían que treinta cumplen
Para las primeras yerbas;
Destas que por la mañana,
Á una persona indigesta,
Por lo que tienen de pasas,
Pueden servir de ciruelas:
Y llevóme mi pecado
Anoche á las doce á vella,
Hora de tales visiones,
Y halléla desta manera:
El cabello á las espaldas,
Y los pies en una artesa
Que tenía alrededor
Infinidad de candelas;
Y en varias partes del suelo
Caracteres, cercos, yerbas,
Y otras mil bellaquerías
Que estas infames profesan.
Dióme un miedo, que en un punto
Todo el calor de las venas
Fué al principio de la vida,
Que era justo socorrerla.
Como vió que la sentí,
Dió un grito, y, las velas muertas,
Me obligó á salir aprisa;
Y con el miedo y la pena,
En un pilar de la casa,
Pensando que era la puerta,
Encontré con las narices
Por reservar la cabeza.
De allí á la puerta volví,
Y no topando con ella,
Por huir de la mujer,
Metí los pies en la artesa.
Torcióse á un lado, caí,
Y entrando gente con velas,
Mojado, y más adelante,

Me hallé galápago en ella.

DON FERNANDO.

¡Gracioso cuento!

DON PEDRO.

¡Extremado!

DON FERNANDO.

Pero si tú sirves viejas,
Pago fué de tu mal gusto.

DON PEDRO.

Délas al diablo Su Alteza,
Que se remozan de suerte,
Con untos y aguas diversas,
Con galas, rizos y enredos,
Que no hay hombre que lo crea;
Pero pues le toca, diga.

DON FERNANDO.

Yo llevaba anoche puesta
Una galilla, bordada
De colores, y de letras,
Unas *FF* y unas *II*,
Que son agora mi empresa
Por un extraño capricho;
Y entrando á ver ciertas deas,
Empiezan á interpretar
Si quise decir en ellas
Más, por dicha, que dos nombres;
Y una dijo: «Fama intenta;»
Otra: «Fernando invencible;»
Y otra: «Fernando inquïeta;»
Tal dellas, «Fe injusta», dijo;
Tal dijo: «Fuerte inclemencia;»
Y tal: «Favor imposible;»
Y en extremo me contenta:
Á quien, por mejor sentido,
Di dos vueltas de cadena;
Aunque no tengo favores
Que imposibles me parezcan.

Un criado.

CRIADO.

Á Vuestra Alteza hablar quieren
Dos forasteros que llegan
Á esto sólo á Zaragoza.

DON FERNANDO.

Muy enhorabuena vengan.

Avisa el criado, y salen D. Ramiro, D. Juan y D. Gutierre.

DON GUTIERRE.

Después de besar tus pies,
Hablarte aparte quisiera.

DON FERNANDO.

Dejadnos un rato solos.
Fadrique, ponte á esa puerta.
¿Quién sois?

Vanse D. Fadrique, D. Pedro y D. Sancho.

DON GUTIERRE.

Yo soy don Gutierre
De Cárdenas; la Princesa
De Castilla es mi señora.

DON FERNANDO.

Quitaré de la cabeza
El sombrero, caballero,
Mientras que me habláis en ella.

DON GUTIERRE.

¿Por qué, señor?

DON FERNANDO.

Porque es justo,
Á quien el mundo respeta,
Hacelle esta cortesía
En presencia y en ausencia.
No es Isabel mujer, no
(Si es posible que lo sea),
Que se ha de hablar en su nombre
Sin hacelle reverencia.

DON GUTIERRE.

¡Don Juan! ¡Don Juan! ¡Don Ramiro!

DON RAMIRO.

¿Qué queréis?

DON JUAN.

¿Qué priesa es ésta?

DON GUTIERRE.

Rey tenéis; besad sus pies.

DON RAMIRO.

Que por muchos años sea.

DON FERNANDO.

Caballeros, ¿qué es aquesto?

DON GUTIERRE.

Por temor de que no sepan
En Zaragoza, señor,
Nuestra venida, se queda
Este regocijo ansí.
Entre personas propuestas
Para reyes de Castilla,
Á quien Isabel hereda,
Érades vos, porque algunos
Han perdido por soberbia
Este lugar; pero vos
Apercibid la cabeza
Á la corona, que os llama;
Que la cortesía vuestra
Nos ha enamorado á todos.

DON FERNANDO.

Apenas hallo respuesta.....

DON RAMIRO.

Mejor es que no la deis,
Porque acaso no se entienda
Que hemos venido por vos.

DON GUTIERRE.

Señor, digna es esta empresa
De un hijo de tales reyes.
Castilla su bien espera
De esas generosas manos.
Partamos adonde os vea
Isabel, con gran secreto.

DON FERNANDO.

No hay más en que me detenga
Que en pagar sólo diez tantos,
Que de á diez escudos eran,

Que he perdido á la pelota.

DON GUTIERRE.

¡Bien, por Dios! ¿Eso os da pena?
Vámonos; que no por eso
Será cargo de conciencia.

DON FERNANDO.

¿Cómo saldré?

DON GUTIERRE.

Disfrazado.

DON FERNANDO.

¿Qué traje?

DON GUTIERRE.

Señor, cualquiera,
Con que escapéis del peligro.

DON FERNANDO.

Pues seré mozo de espuelas
Hasta llegar á Castilla.

DON GUTIERRE.

Y yo llevaré á la Reina
El mejor mozo de España.

DON FERNANDO.

Bien decís si le contenta.

Vanse.

Doña Isabel y D.ª Juana.

DOÑA ISABEL.

Esto dije al Rey de Francia.

DOÑA JUANA.

Y fué justo resolver.
Lo que ha de poderse hacer,
No es á tan largo distancia.

DOÑA ISABEL.

El Príncipe de Guiana
Hallará lo que merece.

DOÑA JUANA.

Al de Aragón, ¿no apetece
La nobleza castellana?

DOÑA ISABEL.

¿Despachaste al mensajero?

DOÑA JUANA.

Igualando el viento fué.

DOÑA ISABEL.

¿Con qué entretener podré
Horas que tan triste espero?

DOÑA JUANA.

Con pensar en Aragón.

DOÑA ISABEL.

¿Y si visto no me agrada?

DOÑA JUANA.

Pues que no piensas en nada,
Los mismos efectos son.
Demás de que yo sé bien
Las prendas de don Fernando.

DOÑA ISABEL.

Castilla le está esperando.

DOÑA JUANA.

Y tú le esperas también.

DOÑA ISABEL.

Enviaron á llamar
Algunos grandes, que son
Sus deudos, al gran Girón.

DOÑA JUANA.

Tan pobre te ven estar,
Que de su Girón te amparan.

DOÑA ISABEL.

¡Gran caballero el Maestre!

DOÑA JUANA.

Bien será que serlo muestre
Si estas cosas se declaran.

DOÑA ISABEL.

Yo no estoy determinada
Á quién tengo de escoger.

DOÑA JUANA.

Los cielos, que lo han de hacer,
No te tienen olvidada.
Hice una bachillería.....
Juego de mujeres.

DOÑA ISABEL.

¿Cómo?

DOÑA JUANA.

De un abecé letras tomo,
Que traigo en la manga un día,
Y echándolas bien revueltas,
Di en sacar letras, por ver
De qué nombre eres mujer.

DOÑA ISABEL.

Y ¿estaban juntas ó sueltas?

DOÑA JUANA.

Ves aquí las cedulillas.

DOÑA ISABEL.

Y ¿será ofensa de Dios
Entretenernos las dos?.....

DOÑA JUANA.

¿Quieres hacer maravillas?

DOÑA ISABEL.

Muy bien dices, porque es juego.
¿Qué nombre tiene la *A*?

DOÑA JUANA.

Aquí Antonio escrito está,
Y la *B* Bernardo luego;
La *C* dice Constantino,
La *D* Diego, la *E* Enrique,
Y la *F* es bien se aplique
Á Fernando.

DOÑA ISABEL.

Bien le vino.
Pero en esta letra es bien
Que pongas una corona.

DOÑA JUANA.

Ya tu deseo le abona.

DOÑA ISABEL.

Y mi esperanza también.

DOÑA JUANA.

Una *F* coronada,
¿Qué dirá?

DOÑA ISABEL.

Fernando, rey.

DOÑA JUANA.

Él te agrada á toda ley.

DOÑA ISABEL.
Aun no he visto si me agrada.
DOÑA JUANA.
Pues ¿de qué te sirve honralle,
Si algo tu honor no penetra?
DOÑA ISABEL.
De coronar una letra
Que tiene tan lindo talle.
DOÑA JUANA.
¿La *F*?
DOÑA ISABEL.
Sí; que se escribe
Con más gracia que otra alguna.
DOÑA JUANA.
Secreto amor te importuna.
DOÑA ISABEL.
Las demás letras describe.
DOÑA JUANA.
La *G* Gerónimo, y la *H*
Hermenegildo, que fué
Rey de España.
DOÑA ISABEL.
Bien lo sé.
DOÑA JUANA.
La *I* Juan.
DOÑA ISABEL.
No hay quien la tache,
Que tiene gracia ese nombre.
DOÑA JUANA.
Contigo tenerla espero.
DOÑA ISABEL.
Yo, Juana, casarte quiero,
Que tengo pensado el nombre.
DOÑA JUANA.
Harásme salir colores.
DOÑA ISABEL.
Aguardo para casarte
Tener buen dote que darte.
DOÑA JUANA.
¿Qué mayor que tus favores?
DOÑA ISABEL.
Gutierre te quiere bien;
Yo quiero bien á Gutierre.
DOÑA JUANA.
Con eso no habrá qué yerre.
DOÑA ISABEL.
Y á ti te agrada también.
DOÑA JUANA.
La *L* Laurencio.
DOÑA ISABEL.
Di.
DOÑA JUANA.
La *M* Manrique, y viene
Sólo Nicasio en la *N*.
DOÑA ISABEL.
¿Y Nicolás?
DOÑA JUANA.
Es ansí.
Ordoño en la *O*, y la *P*
Pedro, la *Q* Quarto y Quinto;
Con *R* á Rodrigo pinto,
Y á Tomás pongo en la *T*.
DOÑA ISABEL.
La *S* se te olvidó.
DOÑA JUANA.
Sancho. ¿Y la *Z*?
DOÑA ISABEL.
No hay hombre.....
DOÑA JUANA.
En España, sólo el nombre
De Zoilo conozco yo.
DOÑA ISABEL.
Á punto viene Rodrigo.
En la manga las revuelve.

Rodrigo.

RODRIGO.
Otra vez dicen que vuelve,
Ya más que hermano, enemigo,
El Rey contra vos, Princesa.
DOÑA ISABEL.
Bien segura es esta villa.
RODRIGO.
¿Podrá el Conde resistilla?
DOÑA ISABEL.
Podrá, puesto que me pesa
Que mi hermano esté tan fiero.
En esa manga hallarás
Veinte cédulas y más,
Y ninguna de dinero.
Saca una, para ver
Qué letras sacas en ella.
RODRIGO.
¿Es burla?
DOÑA ISABEL.
¿Es tiempo de hacella?
RODRIGO.
¿Hay que me pueda morder?
DOÑA JUANA.
Acaba, que estás pesado.
RODRIGO.
Una cédula saqué
Dentro de un anillo.
DOÑA JUANA.
Fué
Que me le dejé olvidado
Hoy lavándome las manos.
DOÑA ISABEL.
¡Dentro del anillo! Cosa
Bien notable y prodigiosa,
Supuesto que en juegos vanos.
DOÑA JUANA.
Abre la cédula, á ver.
DOÑA ISABEL.
F es ésta, y por mi vida,
Que en el anillo metida,
Me quiso dar á entender,
Aunque acaso sucedió,
Que Fernando ha de ser rey;
Que el anillo, á toda ley,
F y nombre coronó.

DOÑA JUANA.
Bien dices, pues á la letra
Sirvió de corona de oro.
RODRIGO.
Si me debéis el tesoro
Que tal enigma penetra,
Pagadme el haber sacado
La letra que deseáis,
Ya que nunca me pagáis.
DOÑA ISABEL.
Dame ese anillo prestado,
Juana, y deberéte dos.
DOÑA JUANA.
Tome Vuestra Alteza.
DOÑA ISABEL.

Á Rodrigo.

Ten.
RODRIGO.
Agora procedéis bien.
Mil años te guarde Dios.
DOÑA ISABEL.
Rüido siento. ¿Si acaso
Sobre la villa el Rey viene?
Segura defensa tiene
Para detenerle el paso;
Aunque el Conde de Buendía,
Cuya es Dueñas, donde estoy,
Me dijo en los ojos hoy
Que no la resistiría.
DOÑA JUANA.
Pues huye luego de aquí,
Como él á prenderte venga.
DOÑA ISABEL.
Huyamos, hasta que tenga
Hombre que vuelva por mí.

Vanse.

Don Gutierre, D. Ramiro, D. Juan, el príncipe D. Fernando, vestido de mozo de camino; Martín.

DON GUTIERRE.
Huélgome de haberte hallado
Á la entrada de Castilla.
¡Por Dios, que me maravilla
Lo mucho que has caminado!
MARTÍN.
El servirte me da aliento,
Y el ver que es bien de Isabel;
Que sólo pensar en él,
Mide mis pies con el viento.
¿Qué habéis allá negociado?
DON GUTIERRE.
Venirnos sin hacer nada.
MARTÍN.
Castilla está alborotada
De que á Fernando has hablado,
Porque tal aragonés
Dicen que á Isabel merece.
Y ella mejor le apetece
Que no al Príncipe francés.
Á tu doña Juana oí
Que habla bien la Reina dél.
DON GUTIERRE.
Ya le dije de Isabel.....
Lo que en fin no es para ti.
MARTÍN.
Yo pensé que le trujeras,
Que allá le están esperando.
DON GUTIERRE.
Temerá á Enrique Fernando.
MARTÍN.
Bueno fuera que volvieras
Á Zaragoza, señor;
Que dicen que el gran Maestre
Viene á Feria.
DON GUTIERRE.
Aunque le muestre
Castilla al Maestre amor,
No sé cómo eso ha de ser.
Entra y mira esos caballos;
Que en acabar de pensallos
Los habemos de correr.
MARTÍN.
¿Quién es aquese mancebo?
Que para ser del camino,
Viene entonado y mohino.
DON RAMIRO.
Es en el oficio nuevo.
Su amo le quiere bien,
Y á caballo le envió.
MARTÍN.
Camináramelo yo
Desa manera también.
Entro á ver estos caballos.
¡Ah, galán! Entre conmigo.
DON FERNANDO.
Vaya por su parte, amigo;
Que luego voy á pensallos.
MARTÍN.
Venga pues, y beberemos;
Que le quiero conocer.
DON FERNANDO.
He acabado de beber.
MARTÍN.
¡Qué melindroso, y qué extremos!
Hombres emperejilados
No son para los caminos,
Sino estos catavinos
Alegres y despejados.
¿Qué vino se vende aquí?
DON FERNANDO.
Un vinillo razonable.
MARTÍN.
Abra, pues, la boca y hable,
¡Pesar del diablo y de mí!
Mozo de á pie con valona,
Polainita pespuntada,
Y con espuela dorada
Y alfeñicada persona,

¿Para qué le traen acá?
DON FERNANDO.
Estoy recién desposado,
Y mi moza me ha labrado
Todo lo que viendo está.
MARTÍN.
¡Que nunca topo yo quien
Me dé á mí sino zarazas!
¿Trae alforjas ó bizazas?
DON FERNANDO.
Eso y esotro también.
MARTÍN.
¿Tiene un hueso de tocino?
DON FERNANDO.
No, ¡por Dios! que se acabó.
MARTÍN.
Adivináralo yo.
En efecto, ¿es bueno el vino?
DON FERNANDO.
Y tiene brío y retozo,
Bachiller y picativo.

Vase Martín.

DON FERNANDO.
Milagro fué salir vivo
De las manos deste mozo.
DON GUTIERRE.
Deshaciéndonos de risa,
Viendo á Vuestra Alteza, estamos.
DON FERNANDO.
Si este lacayo llevamos,
Bien podemos darnos prisa.
DON GUTIERRE.
El hombre es de lindo humor.
DON FERNANDO.
Cerrados, es menester
Que procuremos comer.
DON RAMIRO.
¿Juntos?
DON FERNANDO.
Pues ¿no?
DON RAMIRO.
No, señor.
DON FERNANDO.
Sí, por mi vida, que es bien
Para deslumbrar la gente.
DON GUTIERRE.
Pues con su amo se siente
El que le sirve tan bien.

Martín, con un jarro de vino y una copa.

MARTÍN.
Razonablejo es el vino.
Tome y beba.
DON FERNANDO.
Ya bebí.
MARTÍN.
Mire que lo traigo aquí
Á la usanza del camino.
DON FERNANDO.
No lo he menester, á fe.
MARTÍN.
Tome, ó daréle con ello.
DON FERNANDO.
Mostrad, que quiero bebello.
MARTÍN.
Beba y brinde, y beberé.
DON FERNANDO.
Brindis.
MARTÍN.
Respondo caraus.
Bonitamente lo encierra;
Y, á la usanza de mi tierra,
Deo gloria et sanctis laus
¿Bebió?
DON FERNANDO.
¿No lo ve?
MARTÍN.
Pues bebo,
Y bríndole á la salud
De su guitarra ó laúd.
DON FERNANDO.
Haré la razón.
MARTÍN.
Ya entrevo.
DON FERNANDO.

(Aparte á D. Gutierre.)

Este hombre me ha de matar.
DON GUTIERRE.
Despacharéle á Castilla.
DON FERNANDO.
No porque me maravilla,
Que bien sé disimular,
MARTÍN.
Tres mozas, una tras de otra.
Tome, beba.
DON FERNANDO.
No es razón.
MARTÍN.
Voyle cobrando afición,
¡Por vida de mi quillotra!
DON FERNANDO.
Guarde el vinillo, y después
Le daré con qué bebamos.
MARTÍN.
Toque, y después nos veamos.

Vase.

DON FERNANDO.
¡Lindo humor!
DON JUAN.
¡Precioso es!
DON GUTIERRE.
¡Alto! Á comer, porque habemos
Al punto de caminar;
Que va la vida en llegar
Adonde llegar tenemos:

No se nos meta un Girón
Donde después se nos quede.

DON FERNANDO.

Cuando la Fortuna ruede,
Sus mismos efectos son.

Vuelve Martín.

MARTÍN.

Ya queda el jarro guardado.
Venga á la caballeriza.

DON FERNANDO.

Justamente solemniza
El vino, que es extremado.
Los amos quieren comer;
Luego hablaremos despacio.

MARTÍN.

Aquí hay moza de palacio.

DON FERNANDO.

Soy desposado de ayer.

DON GUTIERRE.

Ea, Ginés, acompaña
Á Martín.

DON FERNANDO.

¿Ya no lo ves?

MARTÍN.

¿Ginés?

DON FERNANDO.

Sí.

MARTÍN.

¡Vive Dios, que es
El mejor mozo de España!

ACTO TERCERO.

El Maestre de Calatrava, un capitán, criados.

CAPITÁN.

Toda Castilla se espanta
De que te hayas detenido.

MAESTRE.

Quise partir prevenido
Donde la defensa es tanta;
Porque no fuera razón
Ir á Castilla de modo,
Que lo perdiéramos todo.

CAPITÁN.

Hoy pondrás á tu Girón
La corona de Castilla.

MAESTRE.

No es la primera que tiene.

CAPITÁN.

Grande es la gente que viene
De Córdoba y de Sevilla.

MAESTRE.

¿Cómo estará mi Isabel?

CAPITÁN.

Esperándote estará.

MAESTRE.

Rey de Castilla soy ya.

CAPITÁN.

Si la Fortuna cruel
No muda el fácil semblante;
Que suele al primero viento.....

MAESTRE.

Ese es necio pensamiento.

CAPITÁN.

Sí; pero no es arrogante.

MAESTRE.

Presto me veré en la silla
De Castilla.

CAPITÁN.

Eso recelo.

MAESTRE.

Aunque no quisiese el cielo,
He de ser rey de Castilla.

CAPITÁN.

¿Qué dices? Vuelve, señor,
Á desdecirte.

MAESTRE.

Esto digo.

CAPITÁN.

Ya de caminar contigo
Llevaré justo temor.

MAESTRE.

Pues ¿cómo puedo dejar
De ser rey?

CAPITÁN.

Muy fácilmente:
Si el cielo no lo consiente,
Ó si lo quiere estorbar.

MAESTRE.

No sé qué me ha dado aquí.
¡Ay, ay, ay!

CAPITÁN.

¿Dónde, señor?

MAESTRE.

Aquí me ha dado un dolor.
¡Ay, ay!

CAPITÁN.

¿Á este lado?

MAESTRE.

Sí.

CAPITÁN.

Dolor de arrepentimiento
De palabra tan mal dicha,
Fuera justo.

MAESTRE.

¡Hay tal desdicha!
Yo muero..... Morir me siento
¿Qué será esto? ¡Ay de mí!
Gran mal es este que tengo.
Mal he hablado: á morir vengo
Por esto que dije aquí.

No es posible que otra cosa
Haya sido la ocasión.

CAPITÁN.

¡Qué notable confusión!

MAESTRE.

Detente, mano piadosa;
Que bien sé que á tu disgusto
Ninguno puede reinar,
Ni aun vivir.

CAPITÁN.

Si castigar
Es atributo tan justo
Á quien castigo merece,
Más gloria te da el perdón.

MAESTRE.

Aquí mi loca ambición
Con mi esperanza fenece.
Ni seré rey de Castilla,
Como lo pensaba ser,
Ni pienso que he de poder
Salir vivo de la villa.
Criados, si expiro aquí,
Volveréisme á Calatrava.

CAPITÁN.

¡Qué míseramente acaba!

MAESTRE.

Muero. ¡Ay Dios, piedad de mí!

Vanse.

Don Gutierre, D. Juan, D. Ramiro, el príncipe D. Fernando y Martín.

DON RAMIRO.

Ya pocas leguas tenemos
Desde aquí.

DON GUTIERRE.

Para el deseo,
Ramiro, infinitas veo.

DON JUAN.

Ea, Martín, ¿cenaremos?

MARTÍN.

Ya se queda aderezando.
Entre á ayudarme Ginés.

DON GUTIERRE.

Vé tú, que él irá después.

MARTÍN.

¿Siempre se ha de estar holgando?

DON FERNANDO.

Ya ¿no hago lo que puedo?

MARTÍN.

¡Lo que podéis! ¿Aun habláis?
Coméis y no trabajáis.

DON GUTIERRE.

Ea, Martín, hablad quedo,
Y dejad tanta ojeriza
Como con Ginés tenéis.

MARTÍN.

No es más de aquesto que veis.
Ni aun en la caballeriza
Pone su macho el señor;
Que en entrando en la posada,
Se sienta sin hacer nada.

DON GUTIERRE.

¡Linda tema!

DON RAMIRO.

¡Lindo humor!

DON FERNANDO.

Yo ¿qué tengo de hacer más?

DON GUTIERRE.

Ea, descansad un poco.

MARTÍN.

¿Hay mozo tan para poco?

DON FERNANDO.

Terrible, Martín, estás.
Ya voy á ver los caballos.

MARTÍN.

¿Mas á dormir?

DON FERNANDO.

¿Qué os va á vos?

MARTÍN.

¡Qué os va á vos! ¡Bueno, por Dios!
Solo tengo de pensallos,
Solo darles de beber.
Pues á la fuente llevad
Vuestro macho, ó perdonad;
Que yo no lo pienso hacer.

Vanse D. Gutierre, D. Ramiro, D. Juan y D. Fernando.

Él se entró. Si es mentecato,
Ó por dicha socarrón,
Sepa que mi condición,
Puesto que con bestias trato,
Es para gente de bien.
¡Vive Dios, si desempuño
Lo que compré en Cuenca hogaño,
Y todos favor le den,
Que le dé una cuchillada,
Que le metan un colchón
Por mecha! ¡Hacerse moscón!

Isabel.

ISABEL

¿Qué alborotas la posada,
Lacayo del rey Herodes?

MARTÍN.

No me falta ya, ¡por Dios!
Si no que os juntéis los dos,
Él se burle y tú me apodes.

ISABEL.

¿Es con Ginés la quistión?

MARTÍN.

La quistión es con Ginés.

ISABEL.

No vi tal mozo, después
Que sirvo en este mesón.

MARTÍN.

Es gentil socarronazo.
Pero, Isabel, por tus ojos,

Que me quites los enojos.

ISABEL.

Quite allá.

MARTÍN.

Dame un abrazo,
Ansí te dé Dios ventura.

ISABEL.

Camina á lo que has de hacer.

MARTÍN.

¿Desdeñito?

ISABEL.

¿Suelo ser
Más blanda?

MARTÍN.

No eras tan dura
Cuando pasé por aquí,
Y prometiste quererme.

ISABEL.

¿Qué hace aquel mozo?

MARTÍN.

Duerme.

ISABEL.

En triste punto le vi.

MARTÍN.

¿Qué tienes tú con Ginés?

ISABEL.

Yo, nada.

MARTÍN.

Alarga una garra,
Ansí te logres bizarra.

ISABEL.

No mude el compás de pies,
Que le daré dos sopapos.

MARTÍN.

Si me diere, yo sé treta
Contra sopapos, pobreta.

ISABEL.

Lacayón.

MARTÍN.

Percha de trapos.

ISABEL.

Vaya á ponerse el mandil;
Que le asentaré los cinco.

MARTÍN.

Pues no te me quiebres, brinco,
Y sírveme de candil.

Vase.

ISABEL.

¡Ay de mí, que en cuantos años
En esta casa he vivido,
Firme como piedra he sido,
Tanto á propios como á extraños!
Y desde que vi llegar
Este mozo aragonés,
No acierto á mover los pies
Donde le acierto á mirar.
¿Hay tan lindo talle y cara?
¿Hay tal presencia?

Don Fernando.

DON FERNANDO.

Saliendo.

Yo iré,
Y á beber le llevaré,
Si en eso el enojo pára.

ISABEL.

¿Con quién vienes de quistión?

DON FERNANDO.

Con Martín, mi compañero.

ISABEL.

Pues ¿con ese majadero
Se pone tu discreción?

DON FERNANDO.

Pues ¿qué quieres, Isabel,
Si da en perseguirme?

ISABEL.

¿Á ti?

DON FERNANDO.

Él no me conoce á mí.

ISABEL.

¿Quieres que te vengue dél?

DON FERNANDO.

No, Isabel; que es un villano,
Y no vengo de Aragón
Á hacer en esta ocasión
Mal á ningún castellano;
Antes pretendo su bien.
Que por eso vengo acá.
Y si desto trato ya
Contigo, Isabel, también,
Es porque Isabel te llamas;
Que este nombre me aficiona
Más que toda la corona
De Castilla.

ISABEL.

Si me amas,
¡Ay Ginés! como yo á ti,
Llévame contigo allá;
Que dondequiera será
El mayor bien para mí.
Apenas pusiste el pie
Esta tarde en la posada,
Cuando quedé lastimada,
Y sin sentido quedé.
Llévame contigo, amores,
Y tendrás una mujer
Que te sabrá mantener
Y traerá como unas flores.
De esclava te serviré,
Tu ropa competirá
Con la del Rey.

DON FERNANDO.

Bien podrá,
Que á competir llegaré.
Pero no vamos agora
Á la corte á estar de asiento.
Estimo tu pensamiento,

Que aunque no eres gran señora,
Se debe á toda mujer
Respeto y obligación,
Si muestra alguna afición.

ISABEL.

Y ¿cuándo piensas volver?

DON FERNANDO.

Presto pienso que será.

ISABEL.

Darte mil abrazos quiero.

DON FERNANDO.

Detente, y mira primero
Si Martín despierto está.

Martín.

MARTÍN.

Sí está; y paréceme bien
Que no falte habilidad
Para esa conformidad.
Y ella, picaña, también,
¿No mira que estoy yo aquí?

ISABEL.

Desvíe la mano y calle,
Porque sepa que aquel talle
Tiene hechizos para mí.

MARTÍN.

Vaya dentro noramala,
Y saque una mesa presto.

ISABEL.

Voyme por no ver su gesto,
Seor bestial maestresala.

MARTÍN.

Espere, y ayudaréla.

ISABEL.

No he menester yo su ayuda.
Á sus caballos acuda.

Vase.

MARTÍN.

Ginés, con mucha cautela
Vais procediendo conmigo.
Esta moza es cosa mía.

DON FERNANDO.

Yo, Martín, ¿qué la decía?

MARTÍN.

Luego ¿no soy yo testigo
De aquel poquito de abrazo?

DON FERNANDO.

Ella me quiso abrazar;
Mas no la dejé llegar,
Que la puse en medio el brazo.

MARTÍN.

Por tan para poco os tengo,
Que lo creo.

DON FERNANDO.

Bien podéis;
Que no es ésta, aunque la veis,
La Isabela por quien vengo.

MARTÍN.

Dadme palabra, Ginés,
De tratarla como á mula.

DON FERNANDO.

No lo entiendo.

MARTÍN.

¿Disimula?
Que bien entiende lo que es.
No hay cosa más olvidada
Que vuestra mula, de vos.

DON FERNANDO.

¿Ansí? Ya entiendo, ¡por Dios!
Volvé á echarle la cebada.

MARTÍN.

Por vos vuelvo, con seguro
Que á Isabel me dejaréis.

DON FERNANDO.

Ésta, y cuantas vos mandéis;
Porque la que yo procuro.....
Tiene una *I* coronada (Aparte.)
Escrita en mi corazón.

Vase Martín.

Don Gutierre, D. Juan y D. Ramiro.

Sacan una mesa con la cena.

DON GUTIERRE.

Bien es que en esta ocasión
Esté la puerta cerrada.

DON RAMIRO.

Bien puede ya Vuestra Alteza
Cenar, si fuere servido.

DON FERNANDO.

Mil cosas me han sucedido.

DON GUTIERRE.

Del hábito la bajeza
Le pondrá en mil ocasiones.

DON FERNANDO.

Celos de cierta Isabel
Tienen á Martín cruel.

DON GUTIERRE.

¿Con él todas las quistiones?

DON JUAN.

Mucho pueden vino y celos.

DON FERNANDO.

Siéntome á cenar. Cerrad.

DON RAMIRO.

Cerrado está. Comenzad.

DON FERNANDO.

Traigo notables recelos
Que nos han de conocer.

DON GUTIERRE.

Ya, señor, pronto llegamos.

Siéntase D. Fernando y descúbrense los tres caballeros.

Martín.

MARTÍN.

¿Qué es esto?

DON FERNANDO.
En peligro estamos. (Ap.)
DON GUTIERRE.
Dios nos ha de socorrer. (Aparte.)
MARTÍN.
¿Cómo el mozo socarrón (Aparte.)
Está á la mesa sentado,
Solo, grave y entonado,
Y los que mis amos son,
Sirviéndole sin sombrero?
¡Oxte, puto!
DON FERNANDO.
¿Quién entró?
DON GUTIERRE.
¿Cerrastes? (Aparte á D. Ramiro.)
DON RAMIRO.
Don Juan cerró.
DON JUAN.
Cerré; pero fué primero.
DON RAMIRO.
Yo con vos me descuidé.
DON FERNANDO.
Ello está todo perdido. (Aparte.)
MARTÍN.
¡Buen provecho!
DON FERNANDO.
Bien venido.
MARTÍN.
¡Vos sentado, y mi amo en pie!
DON FERNANDO.
Es apuesta que hemos hecho.
DON GUTIERRE.
Con Ginés tengo apostado
(Y pienso que me ha ganado,
Y que le hará buen provecho)
Que no se come la cena
De todos.
MARTÍN.
Bien puede ser;
Pero no la ha de comer
Toda, ¡por vida de Elena!
Que donde sirven en pie
Los amos, y están sentados
Los mozos, hay convidados,
Y yo el primero seré.
DON GUTIERRE.
Levántate, necio.
MARTÍN.
Calle,
Que esto es el mundo al revés.
Bríndeme, señor Ginés;
Coma, y volveré á brindalle.
¡Hola! Denme de beber
¿No hay alguien que cante aquí?
DON FERNANDO.
Denle á beber.
MARTÍN.
Eso sí,
Y á su salud ha de ser;
Que aunque, como lo sospecho,
Sea persona principal,
Un truhán no le está mal:
Las mesas le pagan pecho.
DON RAMIRO.
Toma, bebe.
MARTÍN.
Brindis digo
Á la salud de Isabel.
DON FERNANDO.
¡Lindo nombre! que por él
Á hacer la razón me obligo.
DON GUTIERRE.
¡Que se entrase de ese modo! (Aparte.
La culpa tuvo don Juan.
DON JUAN.
Gente siento. (Aparte á D. Gutierre.)
DON GUTIERRE.
¿Qué dirán?
DON RAMIRO.
Señor, perdido va todo. (Ap. á D. Fernando.
Déjese la cena ansí.
DON FERNANDO.
Quitad esa mesa allá.
MARTÍN.
Pues ¿qué? ¿No se cena ya?
DON GUTIERRE.
No, que viene gente aquí.
MARTÍN.
Si no ha sido de malicia,
Habéis hecho, de alterados,
La mesa de amancebados
Cuando llama la justicia.
DON GUTIERRE.
Ea, quítese de aquí,
Y entrémonos á cenar.
MARTÍN.
Algo vengo á sospechar. (Aparte.)
Más hay que Ginés allí.

Vanse D. Gutierre, D. Ramiro, D. Juan y Martín.

DON FERNANDO.
Dulcísima Isabel, no te encarezco
Que paso ardiente Libia ó Citia helada,
Ni en golfo de la mar fortuna airada,
Por ti, con traje desigual padezco;
Ni que la sangre al bracamán ofrezco,
Alguna pena en gloria transformada,
Con que á estimarme quedes obligada,
Pues ya por mis trabajos te merezco.
Éstos de mi intención serán indicios;
Tú, si della y de mí te persüades,
Recibirás humildes sacrificios.
Amor nunca estimó las calidades,
Que no dan calidades los servicios;
Sólo tienen valor las voluntades.

Don Fadrique y un criado.

DON FADRIQUE.
Pon la maleta á recado;
Que hay mucha gente, y son joyas.

CRIADO.
Ya conozco aquestas Troyas.
DON FADRIQUE.
Ten, por tu vida, cuidado.
CRIADO.

Á D. Fernando.

Mancebo, ¿es de la posada?
DON FERNANDO.
Forastero soy, señor.
CRIADO.
¡Ah, huésped! ¡Gentil humor!
¿No hay nadie que dé cebada?

Vase.

DON FADRIQUE.
¿Dónde camina, y con quién?
DON FERNANDO.
Señor, aquí cerca vamos.
DON FADRIQUE.
¿Son castellanos sus amos?
DON FERNANDO.
Y aragoneses también.
(Muriéndome estoy de risa. (Aparte.)
No puedo disimular.)
¡Fadrique en este lugar!
¿Dónde y á qué con tal prisa?
DON FADRIQUE.
¡Jesús! ¿Qué es esto que veo?
¿Es mi príncipe y señor?
DON FERNANDO.
Yo soy; que el tenerte amor
Te descubre hasta el deseo.
DON FADRIQUE.
¿Dónde vas desa manera?
DON FERNANDO.
Á casarme, donde ya
Por dote un reino me da.
DON FADRIQUE.
¡Ojalá que un mundo fuera!
Yo, si te digo verdad,
Sólo á buscarte salí.
¿Por qué me dejaste ansí?
DON FERNANDO.
No más de por brevedad.
Mas ven, Fadrique, conmigo,
Que mucho huelgo de verte.
DON FADRIQUE.
¿Cómo puedo agradecerte
Tanta merced?
DON FERNANDO.
Por testigo
De mis bodas me acompaña.
DON FADRIQUE.
¡Mozo de espuelas! Mas bien
Te viene, si eres también
El mejor mozo de España.

Vanse.

Doña Isabel y D.ª Juana.

DOÑA ISABEL.
¡Oh, cuánto mejor me fuera
De Dueñas no haber salido!
DOÑA JUANA.
El Rey dicen que ha venido,
Y que estas villas altera
Con ejército formado;
Que ya no le da el Girón
Celos.
DOÑA ISABEL.
Pues ¿quién?
DOÑA JUANA.
Aragón.
DOÑA ISABEL.
Mucho temor me ha causado
Del gran Maestre la muerte,
Y que fuese de improviso.
DOÑA JUANA.
¿No hay de don Gutierre aviso?
DOÑA ISABEL.
Días ha que no me advierte
De cosa que nos importe.
Á Dueñas quiero volver,
Pues con el Rey no ha de haber
Disculpa que le reporte;
Que mejor estaré allí
Con el Conde de Buendía.
DOÑA JUANA.
Sí; mas suceder podría
Que te topasen ansí.
DOÑA ISABEL.
Ir de noche y disfrazada,
Juana, todo lo asegura.
DOÑA JUANA.
Si en Dueñas estás segura,
Y del Conde acompañada,
No me ha parecido mal.
Mas ¿qué disfraz llevaremos?
DOÑA ISABEL.
De labradoras iremos,
Que es á mi desdicha igual,
Y á mis trabajos, el traje.
DOÑA JUANA.
No hay cosa á que la fortuna,
Cuando se muestra importuna,
Las majestades no baje.
DOÑA ISABEL.
Ven, que la noche y el cielo,
Juana, nos darán favor.
DOÑA JUANA.
Mujeres, todo es temor.
DOÑA ISABEL.
Sin hombres, todo es recelo.

Vanse.

El Rey, el Marqués de Villena y soldados.

REY.
Haced alto, soldados, haced alto;

Que no es seguro caminar de noche
Con persona Real.

MARQUÉS.

En esta tienda
Puedes dormir un rato, señor mío.

REY.

La obscuridad, Marqués, también impide
El paso á los soldados: descansemos.

MARQUÉS.

Yo entiendo, gran señor, que si viniera
Persona alguna á darte pesadumbre,
Se supiera, se hallara y se prendiera.
La fama muchas veces se adelanta.

REY.

Decís muy bien; pero el descuido suele
Poner en ocasión de un desatino
Al hombre más seguro. ¡Hola, soldados!
Cuidado, y no se pase por el aire
Un ave, sin que tenga dello aviso.

MARQUÉS.

Alerta, amigos; que nos va la vida
En que la entrada al de Aragón se impida.

Retíranse el Rey y el Marqués.

SOLDADO 1.°

Si está de Dios de la Princesa nuestra
El casamiento, ¿qué se muelen todos?

SOLDADO 2.°

Yo sé que todo el mundo lo desea.

SOLDADO 3.°

Yo sé que el estorbarlo es imposible.

SOLDADO 1.°

Con el de Portugal se trata agora.

SOLDADO 2.°

El Príncipe francés era extremado;
Que don Alonso al fin está vïudo.

SOLDADO 3.°

No quiso al de Guiana la Princesa.

SOLDADO 1.°

De que muriese el gran Prior me pesa.

SOLDADO 2.°

¿Entendéis del subir de las cabrillas?

SOLDADO 3.°

Yo sé poco del Norte y de su carro;
Mas bien se ve que es tarde.

SOLDADO 1.°

Gente suena.

SOLDADO 2.°

Dos labradoras son; no os cause pena.

Doña Isabel y D.ª Juana, de labradoras.

DOÑA ISABEL.

Por aquí vamos mejor.

DOÑA JUANA.

Antes he sentido gente.

SOLDADO 1.°

Ténganse.

DOÑA ISABEL.

Pascuala, tente.

SOLDADO 2.°

¿Quién va?

DOÑA JUANA.

Mujeres, señor.

SOLDADO 3.°

¿Adónde á estas horas van?

SOLDADO 2.°

Pellizca á esotra del lado.

DOÑA ISABEL.

Pan llevábamos, soldado,
Y habemos vendido el pan.

SOLDADO 3.°

¿Quiérense quedar aquí?
Que hay gente tan desalmada,
Que podrán.....

DOÑA ISABEL.

No importa nada.

DOÑA JUANA.

¡Ay, ay! ¡Oh, triste de mí!

El Rey y el Marqués.

REY.

¿Hacia dónde es el rüido?

MARQUÉS.

Cerca le sentí.

REY.

¿Qué es esto?

SOLDADOS.

Dos mujeres nos han puesto
En cuidado.

REY.

Siempre han sido
Causa de nuestro cuidado.

SOLDADO 3.°

Son dos pobres labradoras.

REY.

¿Dónde vais á tales horas?

DOÑA ISABEL.

Al lugar, señor, honrado;
Que habemos el pan vendido
Al ejército del Rey;
Aunque yo no sé en qué ley
Ha hallado, visto ni oído,
Que traiga campo de guerra
Contra una flaca mujer,
Cuando hay moros que poder
Echar de su misma tierra.

REY.

Hermana, para la gente
Que la ayuda es la que traigo.

DOÑA ISABEL.

Ansí bien hacéis: ya caigo
En que sois el Rey pariente.
Mas también es cosa extraña
Que no la dejéis casar,
Si en fin os ha de heredar,
Ni en Francia, Italia ni España.
¿Sois, por dicha, inmortal vos?

REY.

¡Mirad la opinión, Marqués,

Del vulgo!

MARQUÉS.

La misma es.

DOÑA ISABEL.

Pues de carne os hizo Dios;
Y no despreciéis la vuestra,
Ni queráis ser tan cruel
Con la cuitada Isabel,
Que tanta afición os muestra.

REY.

¿Quién le podrá persuadir
Al vulgo?

MARQUÉS.

Entre vulgar gente,
Esto de Isabel se siente.

DOÑA ISABEL.

Ahora bien, déjenos ir,
Que somos para casar.
No suceda alguna cosa.

REY.

Id con ellas.

DOÑA JUANA.

¿La raposa
Al pollo queréis juntar?
Quedaos, soldados, con Dios.

REY.

Dejaldas, pues.

DOÑA ISABEL.

Ven, Pascuala.

DOÑA JUANA.

No ha sido la industria mala: (Aparte.)
La vida nos dió á las dos.

Vanse D.ª Isabel y D.ª Juana.

REY.

No sé qué tengo de hacer
Para asegurar mi tierra.

MARQUÉS.

Ni el castigo ni la guerra
Puede á propósito ser.
Ésta no es más de opinión:
Quieren que Isabel se case.

REY.

¡Que esto sin mi gusto pase!
Ni en Francia ni en Aragón.
¡Que no pueda remediar
Que Isabel me dé disgusto!

MARQUÉS.

Ello debe de ser justo.

REY.

Yo tengo de porfiar
Hasta ver si puedo ser
Á estorbarlo poderoso.

MARQUÉS.

Sí serás, pues es forzoso.

REY.

Isabel será mujer
De quien yo tuviere gusto,
Y no será de otro modo.

MARQUÉS.

Ansí te suceda todo.

REY.

No pido más de lo justo.

Vanse.

Martín y Rincón.

RINCÓN.

En fin, ¿venís de Aragón?

MARTÍN.

Aquí bien se puede hablar.

RINCÓN.

No hay gente en este lugar
Que no viva á devoción
De la divina Isabel.

MARTÍN.

Nadie de Enrique será.

RINCÓN.

Ella está en él.

MARTÍN.

¿Aquí está?

RINCÓN.

Harto temerosa dél,
Pues dél salió hará tres días;
Pero dicen que volvió.

MARTÍN.

Hoy vine delante yo,
Por no sé qué niñerías
Que no quieren que las sepa.

RINCÓN.

Pues ¿hay secretos?

MARTÍN.

Notables.

RINCÓN.

Pues nunca en secretos hables.

MARTÍN.

No tengo pecho en que quepa
Caso de tanto contento:
Pienso que novio traemos.

RINCÓN.

Quedo, y sin hacer extremos;
Que me recelo del viento.

MARTÍN.

Hay historias peregrinas.
Yo he comido con un rey.....

RINCÓN.

Punto en boca á toda ley.

MARTÍN.

Más de quinientas gallinas.
¿Cómo está Inés?

RINCÓN.

Zahareña
Y sin un diente.

MARTÍN.

¿De qué?

RINCÓN.

De un mojín que le pegué
Por celos de cierta dueña.

MARTÍN.

¿No iríamos á beber?

RINCÓN.
Aquí lo hay caro.
MARTÍN.
Camina;
Que es la mejor medicina
El descansar y el comer.

Doña Isabel y el Duque de Nájera.

DOÑA ISABEL.
En tal peligro me vi.
DUQUE DE NÁJERA.
No he podido sosegarme.
¿Posible es que Vuestra Alteza
Á ninguno diese parte?
DOÑA ISABEL.
Este valor me dió el cielo.
DUQUE DE NÁJERA.
No hay cosa que más me espante
Que el no la haber conocido.
DOÑA ISABEL.
Todo se lo debo al traje.

Doña Juana.

DOÑA JUANA.
¡Albricias, señora mía!
DOÑA ISABEL.
Buenas sean.
DOÑA JUANA.
Sí son tales.
No sé si tienes agora
Tesoros con que me pagues.
Don Gutierre, y no sé quién,
Está en Dueñas.
DOÑA ISABEL.
¡Qué bien haces
De pedir justas albricias!

Sale D. Gutierre.

DON GUTIERRE.
Dadme vuestros pies Reales.
DOÑA ISABEL.
Seáis mil veces bien venido,
Que en las alegres señales
Veo que venís contento.
DON GUTIERRE.
Escucha, señora, aparte.
DOÑA ISABEL.
Perdonad, Duque.
DUQUE DE NÁJERA.
No hay cosa
Que ofenda.

Vase.

DON GUTIERRE.
Partí á buscarte
Marido igual, si en el mundo
No fuera imposible hallarle.
Llegué á Valencia, pasé
Á Segorbe, y una tarde
Pedí las manos al Duque;
Y él, de la fama arrogante
De verse rey de Castilla,
Diólas, ansí Dios te guarde.
Díjele que eran muy buenas
Para sacar de los guantes;
Y dí la vuelta á Aragón
Sin que más me declarase.
Hallé al divino Fernando,
Mozo de gallardo talle,
Que jugaba á la pelota.
Tu nombre le dije, y antes
Que el negocio le dijese,
Ni el suceso le contase,
Se quitó el sombrero, y dijo:
«Mientras de Isabel me hables,
No tengo de estar cubierto.»
Tan discretas humildades
Me abrieron el corazón,
Y dije sin reportarme:
«Rey tenemos, caballeros;
Llegad, la mano besalde.»
Hízonos muchas caricias;
Concertamos que tomase
Hábito de mozo, y fué
Un disfraz con mil verdades;
Pues viniendo con nosotros,
Bien merece que le llamen
El mejor mozo de España.
DOÑA ISABEL.
No sé si podré pagarte
Las buenas nuevas, Gutierre;
Pero, puesto que te agrade,
Advierte que le he de ver
Primero que esto se trate.
DON GUTIERRE.
Digo que mil veces sea.
Mas, porque no entienda nadie
Que ha venido, aunque ya el Rey
Hizo que su campo marche,
Aquí entrarán todos juntos
Los señores que le traen;
Y el que una capa gascona
Trujere, mírale aparte,
Porque ése es Fernando.....
DOÑA ISABEL.
Bien.
DON GUTIERRE.
Que yo haré que se destape
Cuando en él pongas los ojos.
DOÑA ISABEL.
Gutierre, por ellos parte,
Y entren con poco rüido.
DON GUTIERRE.
No es menester avisarme.
DOÑA JUANA.
¿Cómo estáis, de paso?
DON GUTIERRE.
Estoy

Para serviros.

DOÑA JUANA.

Habladme
Sin cumplimiento.

DON GUTIERRE.

Sin él
Os digo que sois un ángel,
Y que he estado en vuestra ausencia
Lleno de celos notables.

DOÑA JUANA.

La Reina espera.

DON GUTIERRE.

Yo voy,
Pues habrá tiempo en que os hable.

Vase.

DOÑA ISABEL.

En confusión estoy, y justamente,
Del intento que sigo temerosa;
Pero en causa tan justa y tan forzosa,
Mejor es proceder osadamente.
De lo que la vergüenza no consiente,
Parece que está el alma deseosa;
La fama de Fernando es milagrosa,
Y teme el corazón que le contente.
Pero como la vista y los oídos
Andan siempre encontrados, verle es justo,
Y conténtense todos los sentidos.
No quiero que después se queje el gusto;
Que viven, porque fueron atrevidos,
Las potencias del alma con disgusto.

Don Juan, D. Ramiro, D. Gutierre, D. Fadrique y otros caballeros muy bizarros, y el príncipe D. Fernando con capa gascona y embozado.

DON GUTIERRE.

(Aparte á los que vienen con él.)

Entrad todos poco á poco,
Y arrimaos á esas paredes:
Tú, señor, mirarla puedes.

DON FERNANDO.

Estoy, de mirarla, loco. (Ap. á D. Gutierre.)

DON GUTIERRE.

Á hablarla llego.

DON FERNANDO.

Y de mí,
Gutierre, ¿qué le dirás?

DON GUTIERRE.

Que sois vos; y lo demás,
Amor lo dirá por mí.

DOÑA JUANA.

¿Qué miras? (Aparte á D.ª Isabel.)

DOÑA ISABEL.

Estoy mirando
Si veo el de la gascona.

DOÑA JUANA.

Él tiene gentil persona.

DON GUTIERRE.

¿Qué te parece Fernando? (Ap. á D.ª Isabel.)

DOÑA ISABEL.

Que me parece muy bien.

DON GUTIERRE.

Esto es hecho; salgan fuera.
¿Qué diré?

DOÑA ISABEL.

Gutierre, espera.....
Pero llévalos, y ven.

DON GUTIERRE.

Si te agrada, no dilates
El remedio de Castilla.

DOÑA ISABEL.

Un obispo hay en la villa.

DON GUTIERRE.

¡Plega al cielo que retrates
Á tus divinos abuelos!
¿Hay tan discreta respuesta,
Tan casta ni tan honesta?
Guárdente un siglo los cielos.
Por no decir: «Casar quiero»,
Decís, Reina de Castilla:
«Un obispo hay en la villa.»
Pues voy por él.

DOÑA ISABEL.

Aquí espero.

DON GUTIERRE.

Caballeros, salgan todos
Conmigo á esa primer sala.

DOÑA JUANA.

¡Lindo brío! (Aparte á D.ª Isabel.)

DON FERNANDO.

(Aparte á D. Gutierre.)

¡Extraña gala!

DON GUTIERRE.

¿Agrádate?

DON FERNANDO.

De mil modos.
¿Y yo á ella?

DON GUTIERRE.

Que la obliga
Á la bendición de Dios.

DON FERNANDO.

Pues agradados los dos,
San Pedro me la bendiga.

Vanse todos los caballeros.

El Duque de Nájera.

DOÑA ISABEL.

Duque.....

DUQUE DE NÁJERA.

Señora.....

DOÑA ISABEL.

Á Gutierre
Decid que ya sin recelo
Venga el Príncipe.

DUQUE DE NÁJERA.
¿Qué? ¡Cielo!
DOÑA ISABEL.
Y haced que el palacio cierre.
DUQUE DE NÁJERA.
Ya está el Conde de Buendía
Con guarda á la puerta.
DOÑA ISABEL.
Bien.

Vase el Duque.

DOÑA JUANA.
¿Puedo darte el parabién?
DOÑA ISABEL.
Podrás, secretaria mía;
Porque si la fama fué
Del aragonés tan bella,
Mayor es la vista que ella.
DOÑA JUANA.
¡Qué retrato en él se ve
De aquellos conquistadores
De Valencia y de Cerdeña!
DOÑA ISABEL.
¿Qué alabanza no es pequeña?
DOÑA JUANA.
¡Qué linda señal de amores!
DOÑA ISABEL.
Ya no te puedo decir
Más de que he sido dichosa.
De presencia tan hermosa,
Cualquiera puede argüir
El alma que ha de tener.

Rodrigo.

RODRIGO.
Dame los pies dos mil veces;
Que hoy, más que nunca, mereces
Que te vengan á ofrecer
Parias los indios remotos,
Oro, perlas, ámbar.....
DOÑA ISABEL.
Tente,
Porque no sienta la gente,
Rodrigo, tus alborotos.
Mira que este casamiento
Es de rezado y no más.
RODRIGO.
Yo sé que le cantarás
En el mejor instrumento,
Y responderá la fama.
DOÑA JUANA.
Ya vuelve el Rey descubierto.

Don Fernando, el Duque de Nájera, D. Gutierre, D. Fadrique, D. Juan, D. Ramiro y otros caballeros.

DON GUTIERRE.

(Aparte á D. Fernando.)

De lo que has de hacer te advierto.

DON FERNANDO.
¿En qué puede errar quien ama?
Déme esos pies Vuestra Alteza,
Si es que merece mi boca
Tierra que con ellos toca.
DOÑA ISABEL.
Cubrid, señor, la cabeza
Del laurel que castellanos
Os dan, pues tan vuestro es;
Que yo no daré los pies
Á quien he de dar las manos.
DON FERNANDO.
Ni en tal bien cabe respuesta,
Ni en mi pecho tanto bien.
DOÑA ISABEL.
Gutierre, sillas prevén.
DON GUTIERRE.
Aquí están.
DOÑA ISABEL.
La vuestra es ésta.
DON FERNANDO.
Á vos la derecha os toca,
Por mi señora y mi reina.
DON GUTIERRE.

(Aparte á D. Ramiro.)

Quien de mano de Dios reina,
Las mismas piedras provoca.
DON RAMIRO.
Calla, que tiempo vendrá
De celebrar tanto bien.
DOÑA JUANA.
¿Darémosle el parabién? (Ap. á D. Gutierre.)
DON GUTIERRE.
Hablando con ella está;
No le interrumpáis agora
Este gusto al desposado.
DOÑA ISABEL.
¿Cómo habéis, señor, llegado?
DON FERNANDO.
Como el que viene, señora,
Á merecer tal merced,
Tanto bien, tanto favor.
RODRIGO.
Á Rodriguillo, señor,
Aunque inútil, conoced.
DON FERNANDO.
¿Quién es?
DOÑA ISABEL.
Aquí se ha criado:
Canta bien y no habla mal,
No es bachiller, y es leal.
DON FERNANDO.
Pobre estoy, y no he heredado,
Aunque rico de ventura.
Esta cadena tomad.
RODRIGO.
No prendáis mi libertad,
Pues que la tenéis segura.
Y en pago, mientras que viene

El obispo á desposaros,
Me obligo á regocijaros
Con lo que esta casa tiene.

DON FERNANDO.

Haréisme mucho placer.

RODRIGO.

Yendo hacia la puerta.

Pues entrad á danzar luego.

Sale una danza y bailan, y en acabando sale Martín.

DON FERNANDO.

Á lo de Castilla os ruego.

DOÑA ISABEL.

Pues desa suerte ha de ser.

MARTÍN.

Dadme, gran señor, perdón
De las palabras pasadas.
No os conocí, ya lo veis.

DON FERNANDO.

Martín, antes me obligabas.
Y en fe de que lo confieso,
Te quedarás en mi casa,
Para cuando pueda hacerte
Merced.

MARTÍN.

No en balde te alaba
Castilla, Aragón y el mundo.

DON FERNANDO.

¿Qué es lo que toca esa caja?

Tocan, y descúbrese España (ó Castilla) en el caballo en que estaba el moro que la tenía á sus pies, y están á los de ella moros y hebreos; tiene una tarjeta en la mano con la *F* y la *I* coronadas.

CASTILLA.

Fernando heroico, Isabel
Divina, Castilla os llama:
Para bien sea, y por bien
Mío, el lazo que os enlaza,
En que os espera ya el mundo
Con las mayores hazañas
Que se hayan escrito en él.
Aquí se ven coronadas
La *F* y la *I* que os dijo
En aquel papel Sultana.
Esta granada mirad,
Que habéis de poner por armas
Entre castillo y león
Y la aragonesa banda.
Yo, que oprimida me vi,
Y que al pie del moro estaba
Y del incrédulo hebreo,
Estoy en grandeza tanta,
Que espero poder tener
Hasta los fines de Arabia
Con Fernando é Isabel,
Que vivan edades largas.

Desaparecen.

DON FERNANDO.

Espera, Castilla, en Dios,
Para gloria y alabanza
De su fe y nombre divino,
Que cumpliré tu palabra.

DOÑA ISABEL.

Gutierre.....

DON GUTIERRE.

Señora mía.....

DOÑA ISABEL.

Da la mano á doña Juana.

DON GUTIERRE.

No quiero premio mayor.

DOÑA ISABEL.

Yo daré el dote que falta.

DON FERNANDO.

Y yo salgo por fiador,
Y la Princesa, que basta,
De que pagaré á Fadrique.

DON FADRIQUE.

Aquí el servicio es la paga.

DON GUTIERRE.

Aquí la primera parte,
Noble senado, se acaba,
Para empezar la segunda
De *El mejor mozo de España.*

EL MÁS GALÁN PORTUGUÉS

DUQUE DE BERGANZA

COMEDIA FAMOSA

DE

EL MÁS GALÁN PORTUGUÉS

DUQUE DE BERGANZA

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

El Gran Prior de San Juan.
El Duque de Berganza.
Dionís, *criado*.
Figueroa.
Ortuño, *lacayo*.
Lisarda.
Don Pedro.
Bato, Alceo, Tirse, *Villanos*.
El Rey de Castilla.
El Marqués.
Doña Mayor.
Doña Ana.
Dos músicos.
El camarero.
Maestresala.
El Secretario.
El Rey de Portugal.

ACTO PRIMERO.

Salen el Gran Prior, con hábito de San Juan, el Duque de Berganza y acompañamiento.

PRIOR.

De la merced recibida
Tanta obligación me queda,
Que no es posible que pueda
Pagarla en toda mi vida.
Sois honra de Portugal
Y cifra de su grandeza;
Del oro de su nobleza
Sois un esmalte real.
Vine á negocios del Rey
Á la corte de Lisboa,
Que se encarece y se loa
Por justo derecho y ley.
Y á volver no me atreví
Á Castilla, sin pasar
Por Berganza, y sin besar
Vuestras manos; que nací
Con esas obligaciones.

DUQUE.

Tantas, Gran Prior, dejáis
Á quien de esa suerte honráis,
Que aun no le dejáis razones.
Vos mismo os agradeced
Los favores que habéis hecho
Á esta casa.

PRIOR

Bien sospecho
Que conocéis la merced
Que llevo de su grandeza
Á mis deudos y á Castilla.

DUQUE.

Mucho, Prior, maravilla
Vuestra persona y nobleza;
Pero más la cortesía
Con que el cielo os ha dotado.

PRIOR.

Si de ella voy obligado,
Vuestra ha sido, que no mía.
El cielo os prospere y guarde;
Que ya es hora de partir,
Y donde pensaba ir,
Aun me parece que es tarde.
Á vuestra hermana ofreced
Mis servicios, y ¡ojalá
Que merezcamos allá
Del mundo tanta merced
Como es tenella en Castilla!

DUQUE.

Ella y su casa ganara.

PRIOR.

Adiós, Duque.

DUQUE.

Que llegara
Hasta la postrer orilla
Del Tajo, tened por cierto;
Mas obedeceros gusto.

PRIOR.

No lo permito, ni es justo,
Y voy con este concierto:
Que no ha de pasar de aquí,
Ni solamente un criado.

DUQUE.

No quiero seros cansado.

PRIOR.

Esto os suplico.

DUQUE.

Sea así.

Vase el Prior.

Bizarro es el Gran Prior,
Hombre cuerdo é importante.

FIGUEROA.

No le tiene semejante
Toda Castilla, señor;
Porque en la paz y en la guerra
Está muy bien recibido.

DUQUE.

Á gran ventura he tenido
Que entrase en mi casa y tierra.

Sale Dionís.

DIONÍS.

¿Fuése el Prior?

DUQUE.

Ya se fué.

DIONÍS.

Pésame no hallarle aquí.

DUQUE.

No va muy lejos; mas di,
¿N[illegible] para qué?

DIONÍS.

Debajo del almohada
Donde esta noche durmió,
Este papel se dejó.

DUQUE.

Acaso no importa nada;
Muestra á ver.

DIONÍS.

Abierto está

DUQUE.

Más que papel hay aquí:
¿Es retrato?

DIONÍS.

Señor, sí.

DUQUE.

Pena y cuidado tendrá.
Y hermosura que dormía
Con su dueño en la almohada,
No fué dejalla olvidada,
Fineza ni cortesía.
No sé cómo el Gran Prior
La puso en ese lugar,
Porque querella olvidar
Arguye falta de amor.
Aunque no es ese lugar
Donde se suelen poner
Cosas que no puedan ser
Para guardar y estimar.
No son buenas cortesías
De galán, que, levantado,
Á la dama de su lado
No le dice buenos días.
Pero el deseo es un viento;
Sin (1) duda llegó y pasó,
Y por la posta llegó
Algún arrepentimiento.
Mas como dicen que amor
Es tan propio portugués,
Por dicha artificio es
Del cortesano Prior
Dejaros en la almohada;
Que siendo portugués yo,
Con lo que más me agradó
Quiso pagar la posada.
Bien que en beldad y hermosura
Más celestial que en el suelo,
Á quien ninguna en el cielo
Diera tan grande ventura,
Os pudiera despreciar
Ni dejaros olvidada
Al alma ni á la almohada,
Donde merecéis estar.
No habría quien no dijese
Del dueño deste retrato;
Pero aquel galán ingrato
Este descuido riñese.
¿No ha quedado alguna gente
Del Prior?

(1) En la edición antigua *por duda*, pero parece errata.

DIONÍS.
Sólo un lacayo
Que ayer entró como un rayo,
Despejado y diligente,
Y hoy, de algunas amistades,
Tan tarde se levantó,
Que agora le he visto yo
Poner mil dificultades
Para salir de Berganza.

DUQUE.
Llámale, Dionisio, luego.
¡Que tenga veneno y fuego
Una muerta semejanza,
Una sombra, un resplandor
De un sol que vive tan lejos,
Y que puedan sus reflejos
Dar arreboles de amor!
Por tu vida, Figueroa,
¿Has visto cosa más bella?

FIGUEROA.
Sí, señor; una doncella
Que vi la Pascua en Lisboa.

DUQUE.
¿Más bella?

FIGUEROA.
Más para mí
Que la más bien retratada,
Porque aquésta está pintada,
Y aquélla viva la vi.

DUQUE.
Yo digo el original
De quien es esta pintura.

FIGUEROA.
Siempre añaden hermosura,
Nunca viene á ser igual.
Las facciones reducidas
A menos lugar, señor,
Tienen más alto primor,
Parecen muy bien vestidas
De la tez destos colores.

DUQUE.
Sí; pero ¿puede faltar
La causa que pudo dar
Estos divinos primores?
No es posible, ni trujera
Un hombre tan principal
Retrato que desigual
Del suyo en belleza fuera;
Porque nunca un gran señor,
Para retratar su dama,
Buscara un hombre sin fama,
Sino un divino pintor.
¡Ah pintura, que esto puedes!

FIGUEROA.
Agora bien, te dirán
Que eres portugués galán,
Pues de lo que es justo excedes.

DUQUE.
Necio, yo me agrado aquí
De una cosa que en Castilla
Vive, que no es maravilla,
Pues es mujer.

FIGUEROA.
Es así.

DUQUE.
¿Qué mármol me ves querer,
Qué pintura en bronce ó plata?
La que pintada me mata,
Viva me diera placer.
Que no por otra ocasión,
Cuando es pincel peregrino,
Llaman al pintor divino,
Sino por la imitación.
Esto imita la verdad:
La imaginación bien puede
Discurrir adonde quede
Contenta la voluntad.
En buena filosofía,
Por lo conocido, quiero
Que lo que he visto primero
Me mueva la fantasía.

Salen Dionisio y Ortuño, lacayo.

ORTUÑO.
¿El Duque á mí?

DIONISIO.
¿No lo ves?
Llega á hablar á Su Excelencia.

ORTUÑO.
¿Tengo, en efecto, licencia?

DIONISIO.
Sí tienes.

ORTUÑO.
Beso tus pies.

DUQUE.
¿Venías con el Prior?

ORTUÑO.
Delante un poco venía,
Que hoy es primero, y el día
Que yo iré detrás, señor.

DUQUE.
¿Cómo te quedaste aquí?

ORTUÑO.
Dormí anoche en portugués,
Porque esto de amigos es
Transformación para mí.
Levantéme en castellano,
Y era ya el Prior partido.

DUQUE.
Sólo en verte he conocido
Que eres hombre cortesano,
Y que tienes propio humor
Para lo que es menester.

ORTUÑO.
Cortesano puedo ser,
Porque lo he sido, señor.
Trato de noche y de día,
En hablallos y en limpiallos,
Con los mejores caballos
Que tiene el Andalucía.
Si hay algo en que te servir,

Desde hoy me quedo en Berganza,
Y no por desconfianza
Que allá no puedo vivir,
Mas porque sé que al Prior
Le haré en servirte servicio.

DUQUE.

Das, aunque hombre corto (1), indicio
De cortesano valor.
¿Has visto en la corte damas?
¿Conoces algunas?

ORTUÑO.

Creo
Que he sido en su coliseo
Como alcalde de sus famas.
Conocí en la Costanilla
Las hijas de monsur Blas,
Que no sé yo que haya más
Que conocer en Castilla;
Porque á no ser tabernero
Su padre en esta ocasión,
Los Condes de Carrión
Las hicieran un harnero.
Conocí.....

DUQUE.

No digas más,
Que ya de ti desconfío.
¡Mucho me engañó tu brío!

ORTUÑO.

Pues muy engañado estás;
Que esto he dicho por humor.
¿Quieres que eche por lo grave?
¿No sabes que en lo que sabe,
Habla todo hombre mejor?

DUQUE.

¿Conoces este retrato?
¿Sabes, por dicha, quién es?

ORTUÑO.

De que en esa duda estés,
Eres á su dueño ingrato.
Es la que miras, señor,
Tan bien retratada agora,
Doña Mayor, mi señora,
Hermana del Gran Prior.

DUQUE.

¿Su hermana? ¡Mientes!

ORTUÑO.

No miento;
En su casa me he criado,
Y la vi nacer.

DUQUE.

Cuidado
Has puesto á mi pensamiento.

ORTUÑO.

Pues oye un poco, señor:
Yo soy toda su privanza;
Porque mi virtud alcanza
Tanta merced y favor,
Que el divino entendimiento
Que acompaña su hermosura,
En campo, en jardín, procura
Algún entretenimiento;
Y no me desprecia á mí,
Que mis locuras estima.

DUQUE.

Lo que me has dicho me anima
Á ir á verla.

ORTUÑO.

¿Cómo así?
Porque el Prior, y Marqués,
Condestable, todos son
Sus hermanos.

DUQUE.

¡Qué ocasión
Para un amor portugués!
Deseo ver á Castilla,
Y no da lugar mi estado;
Pero si fuese embozado.....

ORTUÑO.

Verás la corte y la villa
Mejor que Castilla tiene,
Ni Alfonso, el Rey, que Dios guarde.

DUQUE.

Yo he de partirme esta tarde.

ORTUÑO.

Gran secreto nos conviene;
Que el Marqués y Condestable
No se apartan de Mayor
Por tenella tanto amor.

DUQUE.

Entremos donde te hable;
Que contigo bien podré
Verla en el campo algún día.

ORTUÑO.

Y no errarás con la guía;
Que todas las señas sé.

DUQUE.

Prevéngase mi partida.

ORTUÑO.

Amor y peligro es.

DUQUE

¿Cuándo has visto portugués
Que amando estime la vida?

Vanse.

Salen Lisarda y D. Pedro.

[illegible]

Y qué, ¿quieres dejarme?
¡Cruel! ¿En tal rigor mi vida pones?
Detente en escucharme;
Pero á tu sinrazón faltan razones:
Las que á las lenguas quito,
Á los ojos llorando las remito.
¿Ese, don Pedro, ha sido
El amor que en dos años me has mostrado?
Dos años has fingido
Por este precio vil que me has quitado:
Allá me lo dijeras,
Que más te diera yo que tú quisieras.
No siento que me quites

(1) En la edición antigua *cuerdo*.

Mis joyas, porque son de poco precio;
Mas siento que me incites
Que tenga tu valor en menosprecio;
Y siento el verte infame,
Pues me das ocasión que te lo llame.
¿En un monte, villano,
Dejas una mujer?

DON PEDRO.

¿De qué te quejas?
No te he tocado mano;
Mas libre, por ventanas y por rejas,
En la ciudad anduve,
Con que el tiempo que dices entretuve.
No te he quitado el oro
Por interés que valga, que mi intento
No estriba en el tesoro;
Amor fué mi primero fundamento:
Los celos que me has dado
Me han puesto olvido y el amor quitado.

LISARDA.

¿Cuándo te he dado celos,
Caballero cobarde? ¿Tú no miras
Que ofendes más los cielos
Con esos testimonios y mentiras?
¡Mientes como villano;
Que tienes condición de rey tirano!
Aquí nos oye el cielo,
La tierra y estas plantas solamente:
No celos, tu mal celo
Ha sido causa que villanamente
Me dejes de este modo.

DON PEDRO.

Pues yo quiero tener culpa de todo:
Quéjate, pues, Lisarda
Al cielo, á esas plantas, á esos robles.

LISARDA.

¡Detente, espera, aguarda!
¿De esta manera los hidalgos nobles
Dejan á las mujeres?
Mas no te culpo yo, pues no lo eres.

DON PEDRO.

¿Cosa que vuelva á darte
Lo que merezcan tus palabras feas?

Vase.

LISARDA.

Eso quiero rogarte,
Y que me mates, si mi bien deseas;
Que en el punto postrero,
¿Cuál otro bien de tu traición espero?
¡Ah, don Pedro! ¡Ah, bien mío!
¡Ah dulce prenda de mis tristes ojos!
Pero fuera del río
Que sale ya del mar de mis enojos,
Con cuyo tierno llanto
No enjugo aún mi fuego, siendo tanto.
Gime la tortolilla
Entre las ramas su perdido amante,
Y de esta verde orilla
El pájaro más rudo y arrogante,
Á oirla se detiene,
Y de árbol á árbol á escucharla viene;
Desnúdase el camello
Para vestir al hombre que está pobre;
Humilla el fuerte cuello
El elefante, en fuerzas como un robre:
Tú sólo, y hombre, oyendo
Que llora una mujer, te vas huyendo.

Entran Bato, Alceo y Tirse, aldeanos.

BATO.

Antes de entrar en la villa
Es bien que vaya trazado.

ALCEO.

De mi voto, el más chapado
Que se haya visto en Castilla;
Que no es novia como quiera
La guesa hija.

TIRSE.

Á la fe,
Que desde el pescuezo al pie
Merece una saya entera.
No es mi esposa como algunas
Que no se saben vestir;
Y en lo que toca al pedir,
Vence las más importunas.
Matóme con las colores,
Los vivos y guarnición.

ALCEO.

Galas de la novia son,
Y efectos de sus amores.
Pero no es justo poner
Una mujer que en la sierra
Un puño de trigo encierra,
Apenas para comer,
Y con veinte cabras duerme;
Si que allá, en Valladolid,
No quiera á su hija el Cid.

TIRSE.

Un pracer habéis de hacerme,
Padre: de no vos meter
Con los vestidos de Antona,
Que componen su persona,
Y los puede merecer;
Que como ya habéis pasado,
No sabéis de lo presente.

LISARDA.

Dios os guarde, buena gente.

BATO.

¡Pardiez! ¿Habéis quillotrado?
¿Cómo á pie, y al pie de un monte?
¿Adónde movéis el paso?
¿Cantóse por vos, acaso,
«Esto de sola en el monte?»

LISARDA.

Sola en el monte; y podría
Decir que por dónde iré,
Pues, en efecto, no sé.

TIRSE.

No puede faltaros guía;

(Aunque vos lo podéis ser
Con la claridad que dais)
Si acaso á la villa vais,
Que acaso debe de ser.

LISARDA.

No sé si vaya á la villa,
Porque temo mayor mal
De un caso tan desigual,
Que os ha de causar mancilla.
Y pues menester habéis
Para esa novia vestido,
No le hallaréis más pulido,
Por más que la villa andéis.
Éste daré, si me dais
El que ella tiene por él;
Que no perderéis en él,
Por poco que conozcáis;
Ahorraréis el camino,
El cansancio y el dinero.

ALCEO.

Daros muchas gracias quiero,
Aunque no me determino,
Porque ese vestido es
Más de dama cortesana,
Más que de moza serrana
Con abarcas en los pies;
Y será dar ocasión
Á que se pierda la tierra,
Si ven á Antona en la sierra
Con esa nueva invención.

TIRSE.

Padre, no os metáis en eso,
Pues que Dios nos viene á ver.

BATO.

¿Antona le ha de poner?
Mira, Tirse, que el suceso
De esa dama ser podría
En daño de nuestra aldea.

TIRSE.

¡Pardiez, lo que fuere sea!
Ella es novia y mujer mía;
Hoy la veré con chapines,
Y venga lo que viniere.

ALCEO.

¡Él quiere perderse!

BATO.

Él quiere
Mostralla á costumbres ruines;
En viéndose envuelta en seda,
¿Qué diablos ha de pensar?

ALCEO.

¡Mandadla con seda hilar!

BATO.

No habrá quién sufrirla pueda.

TIRSE.

Vente, señora, conmigo
Á mi hacienda, á mi cabaña;
Que quiero en esta montaña
Seros un piadoso amigo.
Venid, y Antona veréis,
Con quien tomaréis consuelo.

LISARDA.

Ya queda á cargo del cielo
Pagar el bien que me hacéis,
De quien espero algún día
Pagaros el galardón.

TIRSE.

La paga de la afición
Es la misma cortesía:
Entrad, dama, por aquí.

LISARDA.

Cúbrase así mi deshonra;
Que no he de volver sin honra
Donde con honra salí.

Vanse.

Salen el Rey, el Marqués y acompañamiento.

MARQUÉS.

Esta licencia á Vuestra Alteza pido,
En nombre, gran señor, del Conde ilustre,
Del Prior y los deudos de mi casa,
Si os parece que es justo y os da gusto.

REY.

¿De qué manera habéis, Marqués de Astorga,
De Mayor concertado el casamiento?
Quiero decir, la ejecución, que en todo,
Que fuese, como es justo, me holgaría,
Con tanta calidad como la mía.

MARQUÉS.

De la manera que esto se concierta,
Y el Condestable y el Prior lo tratan,
Pienso, señor, que lo será el efeto;
Que el novio es tan galán como discreto.

REY.

Todo aquello que fuere necesario,
Pedid, Marqués; que á no tener ahora
Estas guerras, que Dios le quite á España,
Fuera á Medinaceli á ser padrino,
Por lo que estimo de Mayor los méritos,
Y los que tienen tales tres hermanos.

MARQUÉS.

Los cielos guarden, generoso Alfonso,
Tu vida para bien de tus vasallos
Y ensalzamiento de la fe divina
Y destierro del bárbaro Africano.

REY.

Marqués, Dios os dé próspero suceso.

MARQUÉS.

En nombre de Mayor tus manos beso.

Vanse.

Salen el Duque y Ortuño.

DUQUE.

Con las cosas que me cuentas
Del dueño de esta hermosura,
Yo pienso que mi locura,
Mas que mi descanso, aumentas.
Suspende ¡por Dios! un poco
La plática á mis oídos:
No quieras por los sentidos

Volver á un hombre tan loco;
Por los ojos, la hermosura
Haga el efecto que puede;
Que amando no es bien que quede
Oyendo en tanta locura.

ORTUÑO.

Si me mandas apear
En medio de este camino,
Y de aquel rostro divino
Á solas decir y hablar,
¿Qué te tengo de decir?
¿Que es fea? ¡Si agravio al cielo!
¡Ni teniendo perla el suelo
Con quien poder competir!
Divide con un perfil
La nariz con línea igual,
Campo de nieve y coral,
Juntando á Enero y Abril.
Tiene dos corales finos
Entre murallas de piedras
De los dientes, que por verlas
Mueren los cielos divinos.
Del cuello, ¿qué te diré?
¿Qué marfil será bastante?
Pero diré que es Atlante
Del cielo que te pinté.
Pues las manos....

DUQUE.

Tente, pues
Ves mi daño en esa mano;
Que no he visto castellano
Que así hable portugués.
Un hombre humilde, ¿es posible
Que con lo que miro en él
Tenga en la lengua pincel
Tan hermoso y apacible?
Pero mira que te advierto
Que hasta llegar á la corte,
Aunque saberlo me importe,
Cubierto ni descubierto,
Me trates más de Mayor;
Que me vas poniendo fuego,
Y estoy de manera ciego,
Que caigo en mi propio amor;
Que si me ayuda la suerte,
Doña Mayor será mía.

Sale Lisarda, de villano.

LISARDA.

Agora sí que me guía
Ó mi desdicha ó mi muerte;
Agora sí que he tomado
Notable resolución,
Si en esta transformación
Lo va también mi cuidado.
Para traje de villana
Mi pecho determiné,
Pero luego imaginé
Que era mi esperanza vana;
Pues quedándome mujer,
Más á peligro quedaba,
Y al punto me declaraba
Y me habían de conocer.
Así, en traje de villano,
Harto más segura estoy,
Pues menos ocasión doy
Á la lengua y á la mano:
Éste cubrirá mi error;
Éste mi amoroso intento.

DUQUE.

Gente parece que siento.

ORTUÑO.

Allí he visto un labrador.

DUQUE.

¿Vienes, labrador, ó vas
Á la aldea?

LISARDA.

Vengo y voy,
Porque lanzadera soy
Que no se pára jamás;
Desciendo de aquella aldea
Que sobre este valle está,
Y voy y vengo de allá
Como mi dueño me emplea.
¡Pardiez, que sois gentilhombre!
Y pregonáis en el talle
De lo mejor de este valle,
Que valle tiene por nombre.
¿Sois, por dicha, capitán,
Ó algún soldado del Rey?

ORTUÑO.

¿Ni sois vos de mala ley?

LISARDA.

¡Qué bizarro, qué galán!
Si yo tuviera un vestido
Como ese vuestro, ¡pardiez!
Que requebrara tal vez,
Á excusa de su marido,
Á la más bella casada
Que ha nacido en esta tierra,
Por quien me voy de esta sierra,
Viendo su nieve helada.

DUQUE.

¿Hay tal gracia de rapaz?

ORTUÑO.

¿Gracioso te pareció
Porque de amores trató?

DUQUE.

¿Que ese de amor es capaz?
Pues que me espanto de mí,
Cuéntame, amigo, tu historia.

LISARDA.

No pienso que mi memoria
Bastará; mas oye.

DUQUE.

Di.

LISARDA.

Amé á Gila, y concertamos
Casarnos; el padre, fiero,
La dió á un rico ganadero;
Casóla, y los dos lloramos

Viendo perdida mi gloria;
Agora, el caso advertid,
Me voy á Valladolid,
Donde se acabó la historia.

DUQUE.

¡Notable!

LISARDA.

Dadme á comer,
Y os serviré de aquí allá.

ORTUÑO.

Á propósito será,
Y lo habremos menester;
Que para lo prometido
Nos podrá servir de bien.

LISARDA.

Hallaste mi condición (1)
Mejor que haberme parido:
So para cosas de aquestas
Diestro, agudo y licencioso;
Sabré engañar á un celoso,
Haré con un coche apuestas;
Lo que es el dar un papel,
Puedo á la misma destreza
Engañar en sutileza,
Y al sol deslumbrar con él;
Al hierro ó guarda más grave
Y de mayor sobrescrito,
So como hierba del pito,
Que no ha menester la llave;
De cantar en la tribuna,
Los muérganos sé tocar,
Sé escribir y sé contar,
Aunque no hay moneda alguna.
Bien haya el cura, á la he,
Que todo me lo enseñó;
Pero ya se lo pagó
Mi padre cuando legué.

ORTUÑO.

¿Hijo de puta sois vos? (2)

DUQUE.

¿Cómo es tu nombre?

LISARDA.

Mendoza.

ORTUÑO.

Mendocica bastará.

LISARDA.

Mendoza me llamará,
Seor lacayo.

DUQUE.

En la carroza
Le mete luego; venid.

LISARDA.

Celébrete este horizonte.

DUQUE.

Frescos aires de este monte,
Ponedme en Valladolid.

Vase.

(1) Faltan la rima y el sentido, como en otras partes de esta comedia, que es de las peor impresas de Lope.
(2) Verso suelto.

LISARDA.

Ponga la fama á cuenta
Este favor que bendigo
Como tan grande.

ORTUÑO.

Oye, amigo,
Con el pico tenga cuenta,
Y oiga nuestra historia.

LISARDA.

Diga.

ORTUÑO.

Á Valladolid nos vamos
Tan secretos, que llevamos
Temor que el viento nos siga;
Llevamos nuestra memoria
Á una mujer que jamás
Hemos visto.

LISARDA.

Diga más.

ORTUÑO.

Aquí se acabó la historia.

Vanse.

Salen el Prior y Mayor.

MAYOR.

Seas, hermano, bien venido:
¿Traes cumplida salud?
¡Qué temerosa inquietud
Con tu ausencia hemos tenido!

PRIOR.

Muy bueno vengo, Mayor,
Pero hame dado cuidado
Ver cuán presto te han casado
Sin avisar al Prior,
. . . . (1).
Sabiendo que estaba ausente
En negocio conveniente.
Muy bien se pudiera hacer
Que, aun estando en la embajada,
Supiera tu voluntad;
Mas si va á decir verdad,
No pensé hallarte casada.

MAYOR.

Yo, hermano, en eso no tengo
Más que haber obedecido
Á mi hermano.

PRIOR.

Ya he sabido
La causa; pero yo tengo
Conmigo cierto disgusto
Que no te importa, Mayor.

MAYOR.

Por vida mía, señor,
Que lo digáis, pues es justo,
La causa de esa tristeza
Y si yo soy la ocasión.

PRIOR.

Mayor, no tienes razón

(1) Falta el primer verso de esta redondilla.

De pensar de tu nobleza
Que me ofende en cosa alguna;
Que eres hermosa y discreta,
Que es la virtud más perfeta
Que promete la fortuna;
Y porque no es bien que estés
Cuidadosa sin razón,
Oye, Mayor, la ocasión.

MAYOR.

Ya te escucho.

PRIOR.

Escucha, pues.
Cuando vine de Lisboa,
Que por cosa de importancia
De mi Rey fuí á hablar al suyo,
Pasé, Mayor, por Berganza,
Y recibí de su Duque,
Mayor, amistades tantas
Á vueltas de su valor,
Su brío, su talle y cara.
Venía por el camino
Pensando que si te hallaba
Como te dejé al partirme,
Fueras su mujer sin falta.
Movióme este pensamiento
Ver lleno de tantas gracias
Un príncipe, que aunque fuera
Un hombre humilde, bastaba
Para ser del mundo amado,
Y famoso en tener tantas.
Hallo aquesta novedad;
No sólo que ya lo tratan
Mis hermanos, mas que el Rey
Licencia les tiene dada.
Bien en Aragón estás,
Para que, contra la fama,
Seas discreta doncella,
Y venturosa casada;
Pero el brío y el despejo,
Y el gobierno de la casa
Del Duque, me tiene absorto;
El donaire, ánimo y gala,
Enamorado me tiene;
Pero no te importa nada,
Que ya el de Aragón te espera,
Con toros, fiestas y cañas.

MAYOR.

Ya te he dicho mi disculpa
Cuando en esto hubiera error.

PRIOR.

Ya lo conozco, Mayor,
Y es bien hecho, que no es culpa.
Galán es el Almirante,
Y mil rogándole están;
Porque es gallardo y galán,
Ya es tu marido y amante.

MAYOR.

Mucho le estoy obligada.

PRIOR.

Yo tengo, hermana, que hacer,
Porque hoy al Rey he de ver
En cosas de la embajada.
Mañana te partirás,
Que está aprestado el camino;
Y casada, es desatino
Tratarte del Duque más.

MAYOR.

Pues dime, por vida mía,
¿Tan buen talle el Duque tiene?
Y ¿en qué cosas se entretiene?
¿Tratástele mucho?

PRIOR.

Un día.
Y me pareció, al partirme
De su palacio, extremado,
Que aquel punto había llegado;
No quisiera despedirme,
Sino estar con él mil años
Por su plática.

MAYOR.

Dichosa
Quien lo merezca.

PRIOR.

No es cosa
En que tratarte ya engaños.

Vase el Prior, y sale D.ª Ana, criada.

DOÑA ANA.

Un hidalgo de Berganza,
Así, en traje portugués,
Con otros dos ú otros tres
De aquel talle ó semejanza,
De aquella señora hermana
Del Duque, ó mal le entendí,
Te trae cartas.

MAYOR.

¿Á mí?

DOÑA ANA.

Sí, señora.

MAYOR.

Entre, doña Ana.

Salen el Duque, Ortuño y Lisarda, de galán.

DUQUE.

Reciba Vuestra Excelencia
Esta carta.

MAYOR.

Levantad,
La rodilla al punto alzad.
¡Por cierto, buena presencia!
¿Venís á más? Responded.
¿De qué os suspendéis?

DUQUE.

Señora,
Á eso solo vengo agora;
Y de mi dueño creed
Que, si no estuviera en casa,
Otro os enviara aquí
Muy cierto.

MAYOR.

Créolo así.

Cierto que es merced sin tasa:
Yo leo.

ORTUÑO.

Mírala cuando
Esté la carta leyendo.

DUQUE.

Digo que el cielo estoy viendo
Y un ángel estoy mirando.
Mayor lo fué que el retrato,
Que su hermosura es mayor,
Y conozco que el pintor
Anduvo corto é ingrato.
Mayor, en tu nombre fundo
Desde este punto mis bodas,
Pues eres mayor que todas
Las hermosuras del mundo.

ORTUÑO.

Mira bien las bellas niñas.

DUQUE.

Sé que tuviste razón
En alabarlas, que son
(Fablo en portugués) diviñas;
Será mi esposa, ó ninguna
En el mundo lo ha de ser.

MAYOR.

Yo he leído.

ORTUÑO.

¡Qué mujer!

LISARDA.

No la siento falta alguna.

MAYOR.

Escribe aquí mi señora
Doña Julia, que pasaba
Por Berganza el Gran Prior
Viniendo de su embajada,
Y que le besó las manos
De mi parte, y que, obligada
De esto y de algunas lisonjas
Que le habrá dicho la fama,
Ciertos diamantes me envía.

DUQUE.

Ésta, señora, es la caja,
Adonde si sus riquezas
La tierra y el mar cifraran,
No eran dignas de que en ellas
Pusiérades vuestras plantas.

MAYOR.

También dice que me envía
Un paje, hijo del ama
Que la crió.

LISARDA.

Yo soy ése;
Si Vuesa Excelencia manda,
Beso ya sus pies.

MAYOR.

Por cierto
Que todo el presente agrada,
Todo es galán y discreto:
La carta, es la mejor carta
Que he visto escrita en mi vida,
Con más ingenio y más gala;
El gentilhombre que envía,
Puede honrar de un rey la casa,
Porque ninguno lo es más;
Los diamantes de la caja
Y variedad de las joyas,
Son las mejores de España;
El paje que me ha enviado
Es de tal donaire y gala,
Que también viene á ser joya.

ORTUÑO.

Y yo, ¿no vengo á ser nada?
Porque soy cuatros y treses
De los cientos de esas cartas,
No me quiero descubrir.

Sale un paje.

PAJE.

Aquí sospecho que estaba.
¡Albricias, señora mía,
Que es muy cierto que te casas,
Que el Condestable y Prior
Quieren que luego te partas!

MAYOR.

¿Adónde?

PAJE.

Á Medinaceli,
Donde el Almirante aguarda
Con bravos aragoneses,
Fiestas, libreas y galas.

MAYOR.

Vé, Lope, llama al Prior.

PAJE.

Voy.

Vase.

DUQUE.

El alma tengo helada.
¡Casada está Su Excelencia!

MAYOR.

Ha muy poco que se trata
El casarme en Aragón.

ORTUÑO.

¡Cuerpo de Cristo! ¿Se casa?

MAYOR.

No me parecía mal:
No ha un hora que se trata,
Y ya parto descontenta.

DUQUE.

Descontenta, ¿por qué causa?

MAYOR.

Cuando pasó el Gran Prior,
Pocos días ha, por Berganza,
El Duque, de quien fué huésped,
Es hombre de tantas gracias,
Que vino loco el Prior
Y me dijo que se holgara,
Si no hubiera impedimento,
Que estas dos ilustres casas
Juntara mi casamiento;
La suerte me fué contraria,

Porque yo me holgara mucho
De conocer á su hermana,
Como agora por amiga,
Entonces como cuñada:
No le digáis nada al Duque.

DUQUE.

Ni fuera ya de importancia:
Mas si quisieses, señora,
Deshacer lo que se trata,
Yo sé que el Duque daría,
Del estado de Berganza,
La mejor villa en albricias.

MAYOR.

Esa cortesía es gala,
Porque ni el Duque me ha visto,
Ni puede importarle nada
El saber este deseo.

DUQUE.

El Duque, señora, os ama
Más que á sí mismo.

MAYOR.

¡Jesús!
¿Cuándo me vió? ¡Cosa extraña!

DUQUE.

La noche que el Gran Prior
Durmió, señora, en Berganza,
Se dejó un retrato vuestro
Debajo del almohada;
Que, por lo que me habéis dicho,
Sería discreta traza
Para que el Duque le viese,
Para ver si le guardaba.
El Duque le vió, y de suerte
Tiene aprisionada el alma,
Que si sabe vuestras bodas,
Sabréis su muerte.

MAYOR.

¿Eso pasa?
Pues haced vos una cosa,
Y entreterné mi jornada
Hasta que el Duque me escriba;
Que no será poca hazaña
En la priesa que me dan,
Y cuando el Rey me lo manda.

DUQUE.

No es menester que os escriba.

MAYOR.

¡Cómo!

DUQUE.

Es el mismo que os habla.

MAYOR.

¡Jesús! ¿Que vos sois el Duque?

DUQUE.

Amor me dió aquesta traza:
Ansí quieren portugueses,
Ansí portugueses aman,
Ansí sirven y enamoran.

MAYOR.

Salíos, Duque, de casa;
Que importa á mi honestidad:
También mi hermano me aguarda.

DUQUE.

¿Llegaré, Ortuño?

ORTUÑO.

Señora,
También á mí me disfraza
El notable amor del Duque,
Que quedándome en Verganza,
Me hizo venir con él
Á aquesta alegre jornada,
Si vos impedís la vuestra.

LISARDA.

Señora, verdad te trata;
Y eche de ver Vuecelencia
Cuánto le tiene obligada
El notable amor del Duque.

MAYOR.

Mendoza, el Duque se vaya;
Que mi palabra le doy,
Si él estima mi palabra,
De no partirme á Aragón,
Ni aquí al Almirante dalla,
Hasta que él con mis hermanos
Trate lo que dice.

LISARDA.

Aguarda.

MAYOR.

No puedo.

LISARDA.

Pues voy contigo;
Que ya me quedo en tu casa.

Vanse las dos.

ORTUÑO.

¿De qué te has quedado así?

DUQUE.

¿No tengo ocasión?

ORTUÑO.

Y harta:
Mas si la adoras, te adora,
Y si la quieres, te ama,
Y en el alma te desea.
¿Qué temes ya?

DUQUE.

La tardanza:
Ven y tomaremos postas;
Que si cumple la palabra
Y no se parte á Aragón,
Será duquesa en Berganza.

ACTO SEGUNDO.

Salen D. Pedro y Figueroa.

DON PEDRO.

Grande contento me ha dado,
Gran gusto, gran confianza,

Hallar al Duque, en Berganza,
Como me decís, casado:
¿Cuánto habrá que se casó,
Y dónde?

FIGUEROA.

En Valladolid,
Habrá un año; y advertid
Que sus bodas celebró
Lo bueno de Portugal
Y lo mejor de Castilla.

DON PEDRO.

Que fuese, me maravilla,
La boda con fiesta igual.
Vengo de Roma, y allá
Bien sé que no lo sabía
El Cardenal, pues no envía
(Y tan obligado está)
Parabién á la Duquesa.
Esta carta es para vos,
De vuestro hermano, y ¡por Dios,
Que si sale con la empresa,
Que han de entrar en Portugal
Con más de dos mil de renta!

FIGUEROA.

Si en su pretensión se alienta,
Como es justo, el Cardenal,
Pues desde que era estudiante,
De secretario sirvió,
Que pasará bien se yo,
De los tres mil adelante.
Pero á vos, ¿qué os ha movido,
Castellano y principal,
Que á servir, y á Portugal,
Desde Roma habéis venido?
Esas cartas que traéis
Para el Duque de Berganza,
En quien fundáis esperanza,
Que como decís tenéis,
¿No fueran mucho mejores
Para Grandes de Castilla?

DON PEDRO.

Con razón os maravilla,
Donde hay tan grandes señores
Y siendo yo castellano;
Pero sabed que no puedo
Entrar en ella, de miedo,
Hasta que tenga muy llano
Cierto caso que á mi suerte
Por mocedad me obligó,
Estando seguro yo.

FIGUEROA.

¿Es acaso alguna muerte?

DON PEDRO.

No, ¡por Dios! que no soy bravo.
Más tengo de tierno.

FIGUEROA.

¿Cómo?
Pero ya sospechas tomo,
Y estoy del suceso al cabo:
¿Fué amor?

DON PEDRO.

De cierta doncella
Que me dicen que saqué,
Que no parece, no sé
Del amor de mí ni della.
Que todo fué disparate,
Mocedad y poco seso;
Pero no es ese suceso
Para que con vos se trate.
Mas decid quién es agora
Digna de tan gran señor.

FIGUEROA.

La hermosa doña Mayor,
Nuestra Duquesa y señora,
Y es del Gran Prior hermana,
Del Condestable y Marqués
De Astorga.

DON PEDRO.

Ventura es
Que haya sido castellana,
Porque tengamos en ella,
Los que lo somos, favor.

FIGUEROA.

Casó al Duque el Gran Prior,
Casó por fuerza con ella,
Deshaciendo el casamiento
Ya tratado en Aragón.
Al fin todo fué afición,
Y agora arrepentimiento.
Y esto, para entre los dos,
Porque el Duque, ó yo me engaño,
Trae un descontento extraño.

DON PEDRO.

¿Descontento?

FIGUEROA.

Sí, ¡por Dios!

DON PEDRO.

¿No está casado á su gusto?

FIGUEROA.

Adora en doña Mayor.

DON PEDRO.

Pues ¿cómo, á quien tiene amor,
Da la posesión disgusto?

FIGUEROA.

Debe acaso de nacer
De dársela sus cuñados.

DON PEDRO.

Pues si él vive en sus estados,
¿Qué pueden ellos hacer?

FIGUEROA.

¿No puede en el escribir
Estar la descortesía?
Mas ésta es sospecha mía;
Que no he podido inferir
De su tristeza otra cosa.

DON PEDRO.

¿Qué gente es ésta?

FIGUEROA.

Ellos son.

DON PEDRO.

Yo vengo á buena ocasión.

FIGUEROA.
El Duque y Duquesa hermosa
Salen de misa.

DON PEDRO.
No vi
En Francia, Italia y España
Cosa más bella.

FIGUEROA.
Acompaña
La gracia que veis allí
Un divino entendimiento.
Las cartas le podéis dar.

Entran el Duque y Mayor, y Lisarda, de galán, y acompañamiento.

DON PEDRO.
De Italia vengo, y del mar,
Favorecido del viento,
Ha diez días que salí.
Del Cardenal, vuestro tío,
Son estas cartas.

FIGUEROA.
¡Buen brío
De mozo!

LISARDA.
¡Ay, cielos! ¿Qué vi?

DUQUE.
Señora, dadme licencia
Para leer; que es de quien
Por sangre le quiero bien.

MAYOR.
Leer de nadie en presencia
Dicen que es descortesía;
Pero vos muy solo estáis,
Pues aunque conmigo habláis,
Es vuestra toda la mía.
¿De dónde sois, castellano?

DON PEDRO.
De Zamora soy, señora.

MAYOR.
¿Qué sangre sois de Zamora?

LISARDA.
No es Ordóñez zamorano,
Que Vellido de Olfos es.

MAYOR.
¿Dices algo, Mendocica?

LISARDA.
Que es buena tierra y muy rica.

DON PEDRO.
Mi principio es portugués,
Y aunque en Zamora nací,
Vengo á ser Montemayor.

LISARDA.
Y así fué en monte el error
Que cometió contra mí.

DON PEDRO.
Pasé á Italia muy pequeño;
Serví al Cardenal, su tío
Del Duque, por quien confío
Tener tan heroico dueño,
Que servirle me ha traído,
Desde Roma á Portugal,
Inclinación natural,
Y más agora que he sido
Tan dichoso, que seáis
Nuestro amparo y protección.

MAYOR.
En esta y toda ocasión
Haré yo que conozcáis
Que no venís engañado.

LISARDA.
No, que antes viene á engañar;
Aunque en el desengañar
Suele ser determinado.
Cielos, ¿qué tengo de hacer?
¿No será justo que agora
Justicia pida?

DUQUE.
Señora,
Aquí tenéis que leer
Un capítulo que viene,
Muy curioso, á persuadirme
Que me case.

MAYOR.
Eso es decirme
Que por descuidado os tiene.
Pues ¿escrito no le habéis
Lo que ya de otro sabrá?

DUQUE.
¿Dónde el gentilhombre está?

DON PEDRO.
Aquí, señor, me tenéis.

DUQUE.
Secretario, hacelde dar
Ese mismo alojamiento.

DON PEDRO.
El cielo os dé tanto aumento,
Que esta tierra y este mar
Por señor os reconozca.

LISARDA.
Disimular me conviene;
Que aunque remontado viene,
Me temo que me conozca.

DUQUE.
Denle aposento conforme
Á su estado.

Vanse, y quedan D. Pedro y Figueroa.

DON PEDRO.
Aquesos pies
Beso mil veces. ¿Quién es,
(Y perdonad que me informe
Lo primero en esta casa
De lo que en ella es lo menos,
Donde hay tantos hombres buenos,
Que el número excede y pasa
Al de un palacio Real),
Aquel paje que iba al lado
De la Duquesa?

FIGUEROA.
Es cuidado
Muy justo y muy natural.

Á aquél llaman Mendocica
La privanza y el favor
De la Duquesa.

DON PEDRO.

El amor
Que muestra lo significa.

FIGUEROA.

Diósele en Valladolid
El Duque, que es castellano,
Y hay quien diga que es villano.

DON PEDRO.

Eso ¡por Dios! me advertid.

FIGUEROA.

No sé más de que hay en casa
Quien diga que es mal nacido;
Mas pienso que envidia ha sido;
Que ya sabéis cómo abrasa
Esto de envidia los pechos
En Palacio á los criados
Cuando á otros ven mejorados
Y á sus dueños satisfechos.
Dióle el hábito de Cristo
Por gusto de mi señora
El Duque; éste trae agora
De la suerte que habéis visto;
En fin, no hay que saber más
De que el Duque en un camino
Le halló.

DON PEDRO.

El mismo es peregrino
Si alguno he visto jamás.

FIGUEROA.

Es notable su agudeza,
Sus dichos y sus locuras;
Y porque no os vais á obscuras
Donde os quebréis la cabeza
En este mar de servir,
Os diré que habéis de entrar
Por dos puertas á este mar.

DON PEDRO.

Más las quisiera al salir.

FIGUEROA.

Mirad en qué se ha fundado
Destos señores el gusto:
El del Duque, en un robusto
Mozo que ha sido criado
Del Prior, allá en Castilla,
De oficio bajo y servil,
Pero de ingenio sutil,
Que tratado, maravilla.
El de la Duquesa, todo
En Mendocica, este paje.
Si vos queréis que se ataje
El camino, el premio, el modo,
Es agradar á estos dos.
No os tengo más que decir;
Con esto os puedo servir.

Vase.

DON PEDRO.

Respondo que os pague Dios
La merced que me habéis hecho.
Basta que yo me engañé,
Que cuando al paje miré
Me tembló el alma en mi pecho.
¡Qué presto la ocasión llama,
Y el temor el alma aplica!
Ya pensé que Mendocica
Era Lisarda, mi dama.
Su amigo me quiero hacer;
Que si tengo de medrar,
Por esta puerta he de entrar
Ó los servicios perder.
Castellano es, y hará cuanto
Mi voluntad le merezca.
Pésame que se parezca
Á quien aborrezco tanto.

Vase.

Salen el Duque y Ortuño.

ORTUÑO.

Si pasan tan adelante
Tus tristezas, gran señor,
Y á las voces de mi amor
Son tus oídos diamante,
Aunque en esto me adelante
De lo que á un humilde es justo,
Á quien levanta tu gusto
Cuanto tu grandeza humilla,
Digo que me iré á Castilla
Por no sufrir tu disgusto.
De bajo oficio me has hecho
Hombre que llega á tu lado,
Y hombre á quien has declarado
Las verdades de tu pecho.
Si estás de mí satisfecho
Que te las supe guardar,
Dime, señor, tu pesar;
Que me muero en verte triste,
Si en pensamientos consiste
Que se pueden declarar.

DUQUE.

Ortuño, aunque en bajo oficio
Hallé tu persona aquí,
Ya sabes que te subí
Á más honesto ejercicio.
Bástate este beneficio,
Sin meterte á querer más,
Basta que en mi gracia estás;
Si te aflige mi tristeza,
Créeme que esa nobleza
No la olvidaré jamás.
Si fueran estos cuidados
Para dichos, yo te digo
Que descansaran contigo
Del peso en que están atados;
No siendo para contados,
Pesadumbre no me des.

ORTUÑO.

Beso, gran señor, tus pies,
Y que perdones te pido

Á un castellano atrevido
Con valor de portugués.
Isopo cuenta que había
Un hombre en cierta nación,
Que para su recreación
Una perrilla tenía;
Ésta, al entrar cada día
En su casa, si tardaba,
Le halagaba y retozaba,
Por cuya causa á la mesa,
Con la más segura presa
El señor la regalaba.
Atalayando un jumento
Desde su caballeriza,
Que porque le solemniza
Le daba siempre sustento,
Con asnal atrevimiento
Una mañana salió,
Y en dos pies se levantó,
Y puso en el pecho todo
Las manos llenas de lodo,
Y aun dicen que le besó.
Aplico y digo que he sido
Este animal insensato,
Que en tu pecho, sin recato,
Poner la mano he querido;
Confieso que he merecido
Lo que el asno mereció,
Á quien el señor mandó
Que le diesen muchos palos,
En lugar de los regalos
Que entre sus piensos pensó.

DUQUE.

Hubiérasme hecho reir,
Ortuño, con tu donaire,
Si de mi tristeza el aire
Lo pudiera permitir;
Tan fuerte suele venir,
Que todo el gusto me abrasa;
Hombre no tengo en mi casa
Á quien quiera como á ti:
Vete y déjame.

ORTUÑO.

Sea así
Mientras tu tristeza pasa.

Vase.

DUQUE.

¡Oh, qué mal podrá pasar
Mi tristeza; cada día
Se aumenta, y por ser tan mía,
Que pienso me ha de acabar!
No me ha cansado el casar,
Que no estoy arrepentido,
Porque casado he querido
Más que cuando me casé,
Porque amor traslado fué
Más fuerte que pretendido
¿Osaré decirme á mí
La causa de esta tristeza?
¿Pondré el alma á tal bajeza?
No me atrevo á decir sí;
Pero si conmigo aquí
No descanso de mi mal,
¿Quién puede ser más leal
Para mi bien que yo mismo
En este confuso abismo,
Donde llego á estar mortal?
Mas ¿para qué es poner velos
Al dolor que ha de salir?
Acaba amor de decir,
Que todo mi mal son celos.
¡Ya lo dije, santos cielos!
¡Que quepa tan gran maldad
En mi sangre y calidad!
Pero celos es posible;
Lo que parece imposible
Es que quepa la verdad.
¡Qué mal consolada está
El alma que ha de sufrir,
Si me falta de decir
El que los celos me da!
¿Cómo pronunciar podrá
La lengua de un hombre sabio
La causa de tal agravio?
Porque si sale, imagino
Que ha de abrasar el camino
Desde el corazón al labio.
¿Quién no dirá que los tengo
De un rey, de un hombre mi igual
De Castilla ó Portugal,
De donde soy, donde vengo?
Mas ¿para qué me detengo?
De un paje mis celos son;
Éste, en aquesta ocasión,
Me desvela noche y día,
Si no es de mi fantasía
Alguna loca ilusión.
Mayor es quien es, y yo
Soy quien soy; pero no puedo
Asegurar este miedo
Que mi loco amor causó;
Culpa es suya, que mía no.
Tal amor le significa,
Que mis celos rectifica,
Porque no hay parte ó lugar
Donde juntos no han de estar
La Duquesa y Mendocica.
Cielos, ¿qué es esto? ¡Que un hombre
De mi calidad se apure
Tanto, que no se asegure
De un mozuelo gentilhombre!
Mas no es justo que me asombre
Si alguna mañana ha entrado
Adonde estoy acostado,
Y que una loca mujer
Se fíe de quien ayer
Era un villano atezado.
Mendocica en el jardín,
Y Mendocica en la mesa,
Mendocica á la Duquesa

Si se le tuerce el chapín;
Mendocica en todo, en fin,
Y que yo no tenga celos:
¡Quitadme los ojos, cielos,
Y dejádmelos sentir;
Que mal se pueden sufrir
Tan espantosos desvelos!

Éntre Mayor sola.

MAYOR.

¡Solo mi señor! ¿Qué es esto?

DUQUE.

Más es que Mayor no venga,
Y que Mendoza no tenga
De los dos el mejor puesto.
Perdonad, que divertido
En cierto negocio estoy,
De que si cuenta no os doy,
Es porque licencia os pido
Para despachar un pliego.

MAYOR.

El cielo, señor, os guarde.

DUQUE.

¡Qué rabia me abrasa y arde!
¿Qué es celos, si amor es fuego?
¡Vergüenza tengo de mí
Que tal pensamiento tengo!

Vase.

Sale Lisarda.

LISARDA.

Á saber qué mandas vengo.

MAYOR.

El Duque se va de aquí
Y con alguna tristeza.

LISARDA.

Anda con ella estos días;
Que son las melancolías
Señoril naturaleza.
Ríese de cualquier cosa
El hombre bajo; el señor
No muestra más, en rigor,
Que una presencia amorosa;
Porque con esto la plebe,
Á los que príncipes son,
Los tiene en veneración
Y á su imagen no se atreve.

MAYOR.

¡Ay, Mendoza! ¿Si es amor?

LISARDA.

¿De quién?

MAYOR.

De ajena mujer.

LISARDA.

Señora, no puede ser,
Porque el Duque, mi señor,
Adora, señora, en ti
Tanto como tú le adoras;
Y ¿dónde ha de haber señoras
Por quien te dejase á ti?
¿Dónde está tu discreción?
¿Dónde tu rara hermosura?
Y hoy que así tengo ventura,
Que pienso que iguales son.
¡Qué en extremo te has tocado!
Aunque un poco se ha caído.

MAYOR.

¿Hacia dónde se ha torcido?

LISARDA.

Hacia aqueste izquierdo lado.

MAYOR.

Tráeme el espejo, Mendoza,
Tocaréme en tu presencia.

LISARDA.

Iré, pues tengo licencia.

Vase.

MAYOR.

Y haz que pongan la carroza.
Disgustos tiene mi querido esposo:
Si no le agrado, desdichada he sido,
Porque en llegando á estar arrepentido,
No hay estado más triste y más penoso.
Amor, en los principios riguroso,
Pone en la imaginación el torpe olvido (1),
Porque tiene el amante el bien perdido
En un Caribdis fuerte y espantoso.
Amor, á sus deleites es ingrato,
Pierde la imaginación, y viene á verse (2)
Menos el bien que conoció del trato.
Mejor fuera después que antes tenerse,
Porque el deseo que engendró su trato
No le diera lugar para perderse.

Sale Lisarda con el espejo.

LISARDA.

Señora, toma el espejo.

MAYOR.

Ténmele, Mendoza, un poco,
Y si bien ó mal me toco,
Le pediremos consejo.

LISARDA.

Pon el tocado derecho.

MAYOR.

Agora, ¿no está mejor?

LISARDA.

Mira si el apretador
Está demasiado estrecho.

MAYOR.

Está rico este cabello.

LISARDA.

Saca desta parte más.

MAYOR.

¿Está bien?

LISARDA.

Mejor estás;

(1) Sobran dos sílabas.
(2) Sobra una sílaba á este verso.

Ten gran cuidado con ello.

MAYOR.

¿Está bien aquesta cinta?

LISARDA.

Muy galanamente está;
Mas como no se usan ya,
Ponte pocas veces cinta.

MAYOR.

¿Acompáñame la cara;
Esta color? ¿Está bien?

LISARDA.

El Duque, señora, es quien
Lo sabe.

MAYOR.

¡Quién le agradara!

LISARDA.

Yo juro, á fe de quien soy,
Que eres bella por extremo.

MAYOR.

Dar aquese nombre temo;
¿Tocada á tu gusto estoy?

LISARDA.

Rica y gallarda.

MAYOR.

No hay cosa
De que no sepas.

LISARDA.

¡Qué hermosa!
¡Ay, deseada Lisarda! (1)

MAYOR.

Cuando tus discursos miro,
No sé cómo fué villano.

LISARDA.

El alma conmigo es llano,
Que tiene más alto el tiro;
Y pues ya me ennobleciste
De la cruz que traigo al pecho,
Llamármelo no es bien hecho,
Aunque el Duque esté más triste.

Sale el Duque.

DUQUE.

Escribir no me sufrieron
Estos viles pensamientos,
Porque mis torpes intentos
La pluma me detuvieron.

LISARDA.

Prende esta cinta.

MAYOR.

¿Cuál?

LISARDA.

Ésa,
Que está puesta en este lado.

MAYOR.

De suerte, ¿que yo te agrado?

LISARDA.

Bien está esa cinta presa;
Pon del Duque mi señor,
El alma en ella.

MAYOR.

Quisiera,
Y que ella su cárcel fuera.

LISARDA.

¡Qué rica prisión de amor!

DUQUE.

¡Requiebra como galán
Á un paje que ayer villano,
Yo le quité de la mano
El zafio y tosco gabán!
Quiero escuchar mi bajeza.

LISARDA.

¡Por Dios, señora, que estás
Como el sol!

MAYOR.

No digas más.

LISARDA.

¡Qué divina gentileza!

DUQUE.

Mas me hace hacer ruido (1),
Pues que ya estoy informado
De que Mayor me ha afrentado,
Y yo propio lo he sentido.

LISARDA.

¿Hay tal gracia? ¿Hay tal belleza?

MAYOR.

Verla en mi vida no espero:
Darte una joyuela quiero,
Mendoza, de mi cabeza,
En pago de haber tenido
El espejo tan cortés,
Que lisonja en mi edad es,
Y tú con lengua lo has sido.
Tiene un diamante esta flor,
Que pienso que es de algún precio.

LISARDA.

Yo, por ser tuyo, le precio,
Que no por otro valor;
Que las riquezas se dan
Á otro y vienen á mí.

Llega el Duque.

MAYOR.

Mendoza, el Duque está aquí.

DUQUE.

Los amantes nunca están
De los amantes ausentes (2);
Y más donde hay tanto amor,
Porque es propio del furor
De los amantes ausentes;
Proseguid, por vida mía,
En miraros.

MAYOR.

Ya lo dejo;
Que donde está vuestro espejo,
Injusto agravio sería.
Daba vuestra vista en ellos,

(1) Falta el primer verso á esta redondilla.

(1) Verso ininteligible. Acaso escribiría el poeta:
¿Mas qué sirve hacer ruido?

(2) Verso repetido.

Y daba en ella mis ojos,
Aunque en cifrados despojos,
De ese sol los rayos bellos (1).
Y aunque la vista no os vió,
Hizo el mismo efecto en mí
Cual si os viese yo ansí;
El alma á veros volvió,
Y Mendoza, que también
Me ha ayudado.

DUQUE.

Con razón
Hacéis tanta estimación
De Mendoza.

MAYOR.

Decís bien:
Oir su conversación,
Verle cantar y tañer,
Y en cualquier cosa tener
Cuerda y prudente elección;
Tanta gracia, tan buen gusto,
Amor, lenguaje y razón,
Mueven á justa afición.

DUQUE.

Amarle, señora, es justo.

MAYOR.

Pues ver sus buenas costumbres,
Su honestidad, su buen trato,
Su cortesía y recato.....

DUQUE.

¡Qué insufribles pesadumbres!
Vamos á la fuente nueva
Que junto al estanque está;
Vuestro gusto pescará
Una carpa.

MAYOR.

Hará la prueba.

DUQUE.

Pues alto, señora; vamos.

MAYOR.

Haz que los músicos vengan
Porque allí nos entretengan;
Que junto á la fuente estamos.

LISARDA.

Pues yo volveré al instante.

Vase.

DUQUE.

Aun al jardín le convida;
Yo le quitaré la vida:
Yo voy, señora, adelante.

MAYOR.

¿Es verdad que es muy cortés
Mendocica?

DUQUE.

Sí, señora:
Hoy mi suerte se mejora
Con su muerte, cuerdo es.

MAYOR.

¡Por vida mía, señor,
Que le hagáis nueva merced!

DUQUE.

Vos lo veréis.

MAYOR.

Y creed
Que lo tendré á gran favor.

Sale Lisarda.

DUQUE.

Vamos, señora, al jardín;
Que ya Mendocica ha vuelto.
En matalle estoy resuelto:
Hoy tendrán mis celos fin.

Vanse, y queda Lisarda.

LISARDA.

Extraños intentos míos,
Ya no es hora de pensar
Adónde han de ir á parar
Tantos locos desvaríos.
Don Pedro ha venido aquí
Para más desdicha mía,
Mas mi grande amor le fía.
¡Ay, desdichada de mí!
Pero ¿no es éste que viene?
Estoy por tomar venganza;
Mas un firme amor no alcanza
Venganza, que se detiene.
Él no se atreve á llegar:
Sin duda que me conoce;
Pues ¡así sus brazos goce,
Que me tengo de pagar!

Sale D. Pedro solo.

DON PEDRO.

Señor Mendoza.....

LISARDA.

Señor.....

DON PEDRO.

¿Qué manda vuesa merced?
Que os he de servir creed.

LISARDA.

Conocido habéis mi amor;
Somos al fin castellanos,
Somos de una tierra en fin;
Pero decidme, ¿á qué fin,
Después de besar las manos
Al Duque, os quedáis aquí?
¿Acaso hay impedimento
En Castilla?

DON PEDRO.

El pensamiento
Responde ¡por Dios! por mí.....
Amé á una tierna doncella
En Zamora, donde fuí.

LISARDA.

¡Triste de mí, que yo soy! (1) (Aparte).
Y ¿casásteos con ella?

(1) *Vivos* dice por errata la primera edición.

(1) Falta la rima.

DON PEDRO.

Señor Mendoza, dejad
Estas cosas, y tratemos
De lo que hacer debemos;
Que yo á vuestra voluntad
Rendí mi gusto desde hoy.
Perdonad si poco valgo;
Que una voluntad de hidalgo
Sin ningún doblez os doy;
Y pues que nos dió Castilla
Sér á entrambos, amparadme,
Y pues que podréis honrarme.....

LISARDA.

¡Agora el traidor se humilla! (Aparte.)
Don Pedro, yo os quiero bien
Desde que os vi el primer día,
Aunque la nobleza mía
No se atreve á fiar de quien
Se atrevió á entregar á un monte
Á una mujer que sacó;
Que por eso se cantó
Esto de «sola en el monte».

DON PEDRO.

¿Burláis?

LISARDA.

No burlo, ¡por Dios!
No sé si aquí me descubra,
Ó si mi desdicha encubra.
¿Por qué me dejastes vos?
Pero ¿sabéis de la dama?
Mas ¿tan descuidado estáis?

DON PEDRO.

No sabéis qué preguntáis.

LISARDA.

¿Si habrá perdido su fama?

DON PEDRO.

Una pasión amorosa
No pierde nada.

LISARDA.

¿Por qué?

DON PEDRO.

Ese por qué no lo sé:
Quiéroos decir una cosa
Que espanto os ha de causar,
Y obligo á que le tengáis,
Si es que este caso juzgáis
Como le habéis de juzgar:
Vos sois su mismo retrato,
Sin que falte nada.

LISARDA.

Así,
¿Cómo á mujer parecí
Con quien fuistes tan ingrato?
Pues adiós, porque de vos
Ya no es razón el fiarme.

Vanse.

Salen el Duque, Mayor y gente.

DON PEDRO.

Oid, señor; escuchadme.
¡Lisarda es ésta, por Dios!

MAYOR.

Convida la hermosura de estas fuentes
Á entretener la siesta calurosa;
Ya engendra el blanco céfiro las flores,
Que matizan los campos á colores;
La tortolilla, sola entre esto ramos,
Su casa pobre de tomillo hace;
Cantan el ruiseñor y el jilguerillo,
Por darnos gusto, por aquestos árboles:
Yo, Duque mi señor, sólo en vos veo
Mi hermosura, mi bien y mi deseo.

DUQUE.

Si desa suerte me decís favores,
¿Qué os he de responder? Prestadme amores.

MAYOR.

Sentaos, señor, oiréis el instrumento
De las sonoras aguas de esta fuente,
Que canta con suavísimos acentos,
Y con arpadas lenguas formar quiere,
Para decir el gusto con que os amo,
Voces sin se las dar naturaleza.

Salen Lisarda y músicos.

LISARDA.

Los músicos aguardan que les mandes
Alguna cosa de tu gusto.

MAYOR.

Entren.
Cantad alguna cosa, y sea amorosa,
Porque si no es de amor, es desabrida.

DUQUE.

¡Apenas hoy le ha de durar la vida!

Cantan.

MÚSICOS.

Pedir celos es locura
Aquel que de veras ama;
Que es despertar á la dama
De lo que ella está segura.

DUQUE.

¡Hola!

LISARDA.

Señor.....

DUQUE.

Traedme un jarro de agua;
Que me ha brindado el agua de estas fuentes.

MAYOR.

No bebáis sin comer, ¡por vida mía!
Traed alguna caja.

DUQUE.

Y sea de presto;
Y volvedme á cantar aquesos celos;
Que me siento morir. ¡Ah, santos cielos!

Cantan los músicos: salen criados, uno con una caja de conserva, y otro con el agua; come y bebe el Duque, da á la Duquesa y luego á Lisarda.

MÚSICOS.

No es pedillos discreción
Cuando no están declarados,

Porque es despertar cuidados
Y dar al alma pasión.
No los pida el que procura
Conservarse con quien ama;
Que es despertar á la dama
De lo que ella está segura.
Los celos es un manjar
Que llaman salsa de amor,
Y ansí, dicen que es mejor
De amor, comer y callar.
No se ponga en aventura
Jamás el gusto y la fama;
Que es despertar á la dama
De lo que ella está segura.

DUQUE.

¡Que de la caja le diese!
¡Que estaba aquí no mirase!
¡Que por tales cosas pase,
Y que esta gente lo viese!

MAYOR.

Señor, ¿qué color es ésa?
Responded, señor.

DUQUE.

No sé:
Á este punto imaginé
Dar al Rey una promesa
Que es sobre un negocio grave.
Idos todos.

MAYOR.

¿Yo también?

DUQUE.

Idos vos también, mi bien,
Que, pues del alma sois llave,
Entraréis cuando queráis.

MAYOR.

Llega el hombro, Mendocica.

Vanse Mayor y Lisarda.

DUQUE.

¡La mano al hombro le aplica!
Celos, cielos, ¿qué esperáis?
¿Qué esperáis, cielos? ¡Ah, cielos!
Mas cielos, no; infiernos, sí:
Partió la caja y lo vi,
Yo digo que son desvelos;
Ni desvelos pueden ser,
Ni celos, sino verdades,
Nacidas tantas maldades,
De una, aunque noble, mujer.
¿Quién será, de mis criados,
De confianza y valor,
En quien se fíe mi honor
Y celos averiguados?
Matar quiero á Mendocilla;
Que después veneno habrá
Para esta mujer.

Sale D. Pedro.

DON PEDRO.

Si ya
No es posible reducilla
A que reciba de mí
Alguna satisfacción,
Aumentará mi opinión
Y me he de perder aquí;
Que querer darme á entender
Que este paje no es Lisarda.....

DUQUE.

¡Hola! ¿Hay alguno de guarda?

DON PEDRO.

El Duque debe de ser.

DUQUE.

¿Cómo os entrastes aquí?

DON PEDRO.

Como el jardín no sabía,
Ni que Vuecelencia.....

DUQUE.

El día
Que os hablé, hidalgo, y os vi,
Que érades recién venido,
Os estimé por honrado.
El cielo me le ha enviado,
Muy á propósito ha sido.
Quiero bien á los soldados
Por mi propia inclinación.

DON PEDRO.

Heredas la condición
De tus heroicos pasados.

DUQUE.

Pienso que podré fiaros
Un negocio de importancia.

DON PEDRO.

Respondiera una arrogancia
Á ser mis hechos tan claros,
Como en Italia habrán sido,
En España, donde estoy,
De cuya patria hijo soy.

DUQUE.

No más, que hombre bien nacido
Ha de hacer como quien es:
Yo os informaré al momento,
Porque tenga cumplimiento
Lo que os mando.

DON PEDRO.

Dilo, pues;
Que algún buen planeta causa
La ocasión que así me goza.

DUQUE.

Éste matará á Mendoza
Si aquí le digo la causa.

Vanse.

Salen camarero, maestresala y Figueroa.

FIGUEROA.

Aquí dicen que acude Mendocica,
Paje de la Duquesa.

MAESTRESALA.

Este terrero
Es de necios también, como de cuerdos,
Y como gentilhombres se pasean,

También tienen licencia aquestos pajes.

CAMARERO.

Si á mi me diera celos con su cara,
Ó su bachillería, ó, lo más cierto,
Con muy lindo dinero que le han dado
De barato los Duques estos días,
Con otras muchas joyas y preseas,
Yo sé lo que me hiciera si yo fuera
El maestresala como vos.

MAESTRESALA.

Decildo,
¡Ansí tengáis más dicha en vuestro gusto
Que á mí me dan mis locos pensamientos!

CAMARERO.

Azotarle muy bien.

MAESTRESALA.

¡Qué disparate,
Sabiendo que le adora la Duquesa!

CAMARERO.

Gusta de su servicio y de su brío,
Mas también gustará que le castiguen.

FIGUEROA.

¿No es éste de la capa y de la espada?

MAESTRESALA.

Un bravo trae.

CAMARERO.

¿Quién es?

FIGUEROA.

El castellano
Recién venido.

MAESTRESALA.

No es.

FIGUEROA.

Pues ¿quién?

MAESTRESALA.

Ortuño,
Preciado de pagárselas de puño.

Entran, de noche, Lisarda y Ortuño.

ORTUÑO.

Mira que tengo temor
Que lo sepa la Duquesa.

LISARDA.

¿Soy yo su doncella acaso?

ORTUÑO.

¿Qué sé yo si eres doncella?
Pero ¿qué dirá si sabe
Que sus doncellas requiebras?

LISARDA.

Vuélvete si eres gallina.

ORTUÑO.

Bien pagas quien te aconseja.

CAMARERO.

Hagámosles una burla.

MAESTRESALA.

Que se espantaran quisiera.

FIGUEROA.

¡Metan mano las gallinas!

Meten mano.

ORTUÑO.

¡Sacude, Mendoza, y mueran!

CAMARERO.

Quedo, que somos amigos.

ORTUÑO.

Gentil amistad es ésa.

Huyen los tres.

LISARDA.

Arrebozados se van.

ORTUÑO.

Pero ¡linda prisa llevan!
¿Quieres que vaya tras ellos?

LISARDA.

Síguelos hasta su puerta.

Vase Ortuño y sale D. Pedro.

DON PEDRO.

En los días de mi vida
Tuve confusión como ésta:
Mándame el Duque que mate
A Mendoza; cosa es cierta
Que debe de haber pecado;
Si es Lisarda, mataréla,
Si es Mendoza, avisaréle,
Y sin aguardar respuesta
Me ausentaré

LISARDA.

¡Hola! ¿Quién va?

DON PEDRO.

¿Eres Mendoza?

LISARDA.

¡Aquí muera!
Pero parece don Pedro.
¡Detente, detente; afuera!

Acuchíllale.

DON PEDRO.

¡Vive el cielo, que es Lisarda!
La espada y brazo me tiembla.
Oye, escucha.

LISARDA.

¿Para qué?

DON PEDRO.

Mendoza, un poco te acerca.

LISARDA.

¿Piensas alguna traición?
Que aquí traigo la respuesta.

DON PEDRO.

¿La espada sacas, Mendoza?

LISARDA.

Y primero que te muevas,
¡Te he de quitar dos mil vidas
Y te he de sacar la lengua!

DON PEDRO.

Mendoza, ¿quieres vivir?

LISARDA.

¡Oh qué pregunta tan buena!
¿Estoy yo desesperado?

DON PEDRO.
Pues vete de aquesta tierra;
Que para tu daño, amigo,
Una traición se concierta.

LISARDA.
¿Piensas volver á engañarme?
Pues sepa que no soy necia
Como cuando fuí con él
Y me dejó en una sierra.
Estoy por decirle aquí
Quién soy, pero la vergüenza
No sentirá; que es de noche,
Que el rojo color no muestra
Con los negros arreboles
Y las obscuras tinieblas.
Voy á decirle quién es:
Bajo, infame, ¿cómo piensas
Restaurar la honra perdida
De aquella pobre doncella? (1)
Pero eres infame, en fin,
Y no sentirás la ausencia.

Sale Ortuño.

ORTUÑO.
¿Voces, Mendoza? ¿Qué es esto?

LISARDA.
Si Ortuño agora no llega,
Me declaro con don Pedro.

ORTUÑO.
¿Es de los de la pendencia?

LISARDA.
Es un criado de casa,
Gigante de aquestas rejas.

ORTUÑO.
Pues ¡mueran, Mendoza, todos,
Y estas gallinas no entiendan
Que venimos de Castilla
Á hacer vainicas flamencas!

Acuchíllale.

DON PEDRO.
¡Hombre, tente!

ORTUÑO.
No hay tener.
¡Sacude, Mendoza, y muera!

LISARDA.
Aunque la muerte merece,
Queremos que se defienda.

1 *De aquella doncella* dice la primera edición, pero me atrevo á intercalar la palabra *pobre* para que conste el verso.

ACTO TERCERO.

Salen, como que acaban de comer, el Duque, la Duquesa y criados.

DUQUE.
¿Cómo me dan tanta priesa
Las verdades por salir?
Ya no se pueden sufrir
Vuestras maldades, Duquesa.....
Villanos, ¿qué me miráis?
Quitad la mesa de ahí
Y nadie me quede aquí
De todos los que aquí estáis.

MAYOR.
Pues ¿qué es esto, mi señor?
¿En qué os puedo yo ofender?

DUQUE.
Mayor, ¿qué más puede ser
Que ser tu ofensa mayor?
¡Hola, hola!

MAYOR.
Habéis mandado
Que no parezca criado.

DUQUE.
¡Hola, criados!

Sale Dionís.

DIONÍS.
Señor.....

DUQUE.
Dionís, dile al camarero
Que capa y espada quiero.

DIONÍS.
Helado voy de temor,

DUQUE.
Vé, que nadie te lo impida,
Y ten la puerta cerrada;
Que nadie éntre.

MAYOR.
¡Desdichada
La mujer que se divide
De sus deudos y linaje
Para no tener favor!

DUQUE.
¡Y darántele, Mayor,
Para que quieras un paje!

MAYOR.
Esa palabra, no sé
Cómo la entienda.

DUQUE.
Yo sí.

MAYOR.
¡Querer á un paje! Si en mí
Culpa, por ventura, fué
Alguna demostración,

Y dello estáis ofendido,
Creedme que no he entendido
Jamás vuestro corazón.

DUQUE.

Cuando os estabais mirando
Al espejo esa hermosura
Que vi por mi desventura,
Y él la estaba requebrando,
Cuando estaba arrodillado,
¿Qué le distes?

MAYOR.

Un favor.

DUQUE.

Y ésa, ¿no es señal de amor?

MAYOR.

El vuestro es desatinado;
Ó, porque me aborrecéis,
Testimonios me buscáis:
Mirad, Duque, que afrentáis
Vuestro honor, y el mío ofendéis.

DUQUE.

Que no hay que negar, señora;
Que yo sé que á ese paje
Queréis bien.

MAYOR.

Ved que ese ultraje
Vuestro valor deshonora.
Yo os dije que á Mendocica
Un don Pedro acuchilló,
Y de él no lo supe yo,
Ni él su castigo publica;
Que no le he visto, ni puedo,
Que pienso que muerto es;
No le mató portugués,
De que muy contenta quedo.
Si le mató castellano,
Y de éste pido la muerte,
¿Qué os ofendió de esa suerte?

DUQUE.

Todo lo que pinto es llano.
Decidme, ¿es lícito dar
Á un paje tanto favor?
Ved que es mengua del honor,
Vos me le hicistes honrar
Y darle la cruz de Cristo,
Y yo he mirado en mis ojos,
En los vuestros mis enojos:
Mayor, digo que lo he visto.

MAYOR.

Vos tenéis otra afición,
No me lo podéis negar;
Ó lo debe de causar
El odio de mi nación.

Sale Dionís con capa y espada.

DIONÍS.

Aquí con la espada estoy.

DUQUE.

Pues dame capa y espada
Y ten la puerta cerrada:
Vete presto.

DIONÍS.

Ya me voy.

Vase.

DUQUE.

No tengo yo de Castilla
Enojo, que antes la quiero,
Y á Portugal la prefiero,
Como primer maravilla;
Pero sé que estoy infame,
Y que la causa habéis dado,
Y que vos habéis causado
Que vuestra sangre derrame.

MAYOR.

¿Qué es lo que decís, señor?
¡Jesús, Jesús, qué maldad!

DUQUE.

Porque yo sé que es verdad
Que tenéis á un paje amor.

MAYOR.

Mentís, Duque; y si tenéis
Acaso otro nuevo intento
De algún nuevo casamiento,
Con que dejarme queréis,
Enviadme á mis hermanos,
Que mejores que vos son.
¡Oh Almirante de Aragón!
¿Quién me quitó de tus manos?

DUQUE.

Duquesa, yo sé muy cierto
Que á Mendoza adoráis vos.

MAYOR.

Si hablamos, Duque, los dos,
Resultará un desconcierto;
Y no es bien sobre este caso
Hablar, señor, ya tan recio,
Y más en cosas de precio.
Deteneos, hablemos paso.

DUQUE.

¡Que con justificaciones,
Muchas mujeres no buenas,
Son causa de muchas penas,
Agravios y sinrazones!
Vos me habéis hecho traición.

MAYOR.

Ya os he dicho que mentís,
Duque, porque lo decís
Por infamar mi opinión.

DUQUE.

Traidora me sois, Duquesa,
Falsa, aleve y fementida:
Quitaros tengo la vida.

MAYOR.

De ser yo quien soy me pesa.
¿Vos, Duque, la mano en mí?

Sale Mendoza, que es Lisarda, como que hace fuerza á las guardas para entrar.

LISARDA.

¿Cómo no? Dejadme entrar.
Señor, ¿habéis de intentar

Cosa tan mal hecha aquí?
¿Las manos en la Duquesa
Mi señora?

MAYOR.

Mendocica,
Vete de aquí, que te aplica
Sus agravios, y me pesa
De que te mate un traidor
Que hará buena su mentira.

DUQUE.

¿Qué dirá quien esto mira?

LISARDA.

Mirad, Duque mi señor,
Que á un príncipe está muy mal
El tratalla de esta suerte.

DUQUE.

Qué, ¿aun no te han dado la muerte?
¡Ah, criado desleal!
¡Los dos habéis de morir,
Pues que los dos me ofendéis!

LISARDA.

Señor, que á mí me matéis,
¿Quién os lo puede impedir?
Pero si ponéis las manos
En la Duquesa, advertid
Que tiene en Valladolid
Tres Grandes por sus hermanos.

MAYOR.

¡Huye, Mendocica!

LISARDA.

¡Cielos,
Mi inocencia defended!

DUQUE.

¡Hola, villanos, tened
La causa vil de mis celos!

Va tras Lisarda.

MAYOR.

¿Hay desatinos mayores?
Si está loco, no lo entiendo;
Tras el paje va corriendo
Las salas y corredores.
¿Si me arrojaré de aquí?

Sale Ortuño muy alborotado.

ORTUÑO.

¿Qué es esto, señora mía?

MAYOR.

Hijo, de mi muerte el día,
Porque está fuera de sí
El Duque, lleno de celos.
¿Cómo te atreviste á entrar?

ORTUÑO.

¿Eso me has de preguntar?

MAYOR.

Defiéndeme, ¡así los cielos
Te paguen este favor!
Por el Condestable, y Marqués (1),
Y el Prior.

ORTUÑO.

Mi señor es,
Como tu hermano, el Prior;
En su casa me he criado:
Ven, y quítenme la vida.

MAYOR.

Voy, que de quedar perdida,
Quedará mi honra manchada.

Entran, y sale el Duque alborotado.

DUQUE.

¡Que ninguno, de tantos, detuviese
Á un villano rapaz, y que á los vientos,
Por salas y escaleras, excediese!
¡Que ninguno, villanos, le matase!
Mas no me espanto; que mi afrenta ignoran,
Y aguardarían mi enojo que pasase.
No quise en el zaguán descomponerme
Por no causarles nota á los que pasan,
Y de tantas maneras ofenderme.
Mas ¿dónde está Mayor? ¡Criados, hola!
¿Dónde se fué Mayor? ¡Hola, criados!
Decidme de Mayor. ¿No hay ningún paje?
¡Hola!..... Decid.

Sale D. Pedro.

DON PEDRO.

Yo estoy aquí. ¿Qué mandas?

DUQUE.

Infame castellano, y más que infame,
¿Así mataste al paje?

DON PEDRO.

Obedeciendo
Tu mandamiento (1), de través armado
Salió Ortuño, señor, ¡muera! diciendo.
No pudiendo librarme de su espada,
Salí herido en este izquierdo brazo.

DUQUE.

¿Por qué no me avisaste, di, villano,
Que Mendocilla hoy no estaba muerto?

DON PEDRO.

Por no tener para vestirme mano.

DUQUE.

Pues ya sabes la infamia de mi casa,
Y es público y notorio lo que en ella
Por la traición de la Duquesa pasa,
Ayúdame á buscalla y á ofendella,
Y aunque esté en el infierno; que los cielos
Me han de dar su favor para buscalla.

DON PEDRO.

Mi vida es tuya.

DUQUE.

¡Temerarios celos!

Salen el Rey, Teodosio; Tristán, de camino. Gente.

REY.

Alégrame el suceso por extremo

(1) No consta este verso.

(1) *Mandado* en la primera edición, pero no consta el verso.

De las cosas del África.

TRISTÁN.

Son tales,
Que apenas ya poner tus quinas temo
En los últimos puertos orientales,
Donde jamás llegaron vela ó remo.
Sus arenas verán nuestras señales
Si agora queda el África desierta,
Por tantas partes á tu gente abierta.
Temieron Tafilete y Tarudante,
Hasta los montes claros. tus banderas,
Marruecos y Azamor y el claro Atlante,
Y de su mar temblaron las riberas.
Si mandas que prosigan adelante,
Verás en Portugal naciones fieras
Sujetas á tu yugo, y los Triones
Evitados de bárbaros leones.

REY.

Mucho os debo, Tristán; reconocido
Tenéis un Rey á vuestro heroico pecho:
Ya dos veces el África vencido,
Sin otras muchas que le habéis deshecho.

TRISTÁN.

Caballos portugueses han venido
Del río Pecis á su gran despecho,
No sólo el recio mar, pero sin freno,
En las aguas del río Mutaceno.
Ya Temizmán, primero lugar moro,
Frontera nuestra, á Camis lugar pide,
Viendo por puntos que esta cruz que adoro
Sobre sus muros bárbaros reside.
Espera verla, y con igual decoro
Como en torres católicas preside,
En las mezquitas africanas.

REY.

Creo,
Mientras llega el efecto, el buen deseo.
Prevenid cuanto fuere necesario
Á la conservación de las fronteras;
Que no es el tiempo ya que algún corsario
Toque del Almerín á las riberas.

Sale un criado.

CRIADO.

Las mudanzas del tiempo, siempre vario,
Autor de novedades y quimeras,
De Berganza han traído á toda priesa,
Huyendo de su esposo, á la Duquesa.

REY.

¿Qué me decís?

CRIADO.

Que espera tu licencia.

REY.

Entre. ¡Notable caso!

Entra Mayor.

MAYOR.

Si mi llanto
Puede mover, señor, en tu presencia,
Y á los demás á compasión y espanto,
Oye atento del Duque la violencia
Hecha en mi honor, pues ha llegado á tanto,
Que vengo como veis.

REY.

Mucho me pesa.

MAYOR.

Oid, señor, por Dios.

REY.

Decid, Duquesa.

MAYOR.

Generoso Alfonso quinto,
Rey de Lusitania claro,
Que por tus grandes conquistas
Eres llamado Africano:
Tú, que con doscientas velas
El mar soberbio surcando
Del Capitán de los cielos,
De quien es el Orden santo
De Avís, pusiste en Marruecos
La cruz roja de Santiago,
Rindiendo los fronterizos
Sarracenos africanos:
Sabrás que el Duque, señor,
Habiéndome él propio dado
Un rapaz, á quien yo hice
Mi paje por agradallo,
Porque dí en servirme dél,
Como cosa de su mano,
Y yo le hice que le diese
Un hábito, justo pago
Del servicio del mancebo;
No bastando el desengaño
De que nunca por la cruz
Se cometieron pecados:
Mas como el demonio siempre,
Siempre se huelga del daño
Que ve en los casados buenos,
Cuando hay paz en los casados,
Puso en el entendimiento
Del Duque el más feo caso,
El más malo, el más injusto
De decirlo ni pensarlo
Que se ha escuchado en el mundo,
Pues que, mi honor profanando,
Tienen sus sospechas viles
Y sus intentos dañados.
Que de él he sido querida
Desde que en Berganza entramos
No niego, porque lo he sido
Con nunca vistos regalos,
Que éramos los dos un alma;
Pero tan mal me ha tratado
Desde que tiene estos celos,
Que ha borrado todo cuanto
Hizo por mi amor el Duque
Desde cuando nos casamos.
Si el ser hija de quien soy
Y hermana de tres hermanos
Cuyo valor no lo ignoras,
Ni los reyes más extraños,
No te mueve á presumir
Que no habré su honor manchado,

Sino mirado por él
Como deudo de mi trato,
Haz luego la información,
Llama al Duque, vengan cuantos
En Berganza nos sirvieron;
Yo quiero que sus vasallos
Te informen, y si hallares
Culpado mi honor en algo,
Me das al punto la muerte
En un público teatro;
Pero si no, que restaures,
Famoso Rey lusitano,
Mi honor, como caballero;
Que de ese nombre me valgo,
Porque siendo mi remedio,
Hagas tu nombre preclaro.

REY.

Mayor, otra vez digo que me pesa,
Y he recibido pena de ese caso.

MAYOR.

Dame esos pies, señor.

REY.

Alzaos, Duquesa.

MAYOR.

Sabe Dios que sin culpas tantas paso.

REY.

Tristán.....

TRISTÁN.

Gran señor.....

REY.

Vuestra es la empresa:
Apresurad para Berganza el paso,
Y al Duque le decid de parte mía
Que venga acá.

TRISTÁN.

Yo voy.

REY.

Con gran cuidado (1)
Venga con vos, Tristán, el mismo día.
Vos con la Reina, en fe de lo que creo
De vuestra honestidad, vivid en tanto
Que viene el Duque aquí y el pleito veo.

MAYOR.

Tus años más aumente el cielo santo.

REY.

Pésame de que el Duque hiciese empleo
En que ganó, y agora pierde tanto.

TRISTÁN.

Bien has hecho de honralla; que la infama
Sin causa el Duque.

REY.

Ya posee su fama.

Vanse.

Salen el Prior y el Marqués.

MARQUÉS.

Hame dado notable pesadumbre
Que me escribe mi hermana que anda triste
El Duque, su marido.

PRIOR.

¿Es, por ventura,
Quererme á mí culpar el casamiento?

MARQUÉS.

No, hermano, ¡por mi vida! sino daros
Parte de esta tristeza.

PRIOR.

Yo imagino
Que tiene el Duque algunas pretensiones;
Y así, serán del Rey estas tristezas.

MARQUÉS.

Antes pienso que el Duque no pretende,
Porque aun ahora sucesión le falta.

PRIOR.

Pues ¿qué habemos de hacer, Marqués hermano,
Si él se está triste por lo que él se sabe?
Y si hoy lo está, mañana tendrá gusto;
Que no hay casado sin algún disgusto.

Entra Ortuño, de camino

ORTUÑO.

Dadme esos pies.

PRIOR.

¿Quién es?

ORTUÑO.

¿No me conoces?

MARQUÉS.

¡Ortuño!

ORTUÑO.

Sí, señor.

PRIOR.

Pues ¿dónde vienes?

ORTUÑO.

Por la posta, señor, desde Lisboa,
Adonde dejo, de desdichas llena,
Á mi señora la Duquesa.

MARQUÉS.

¡Cómo!

ORTUÑO.

Que dejo á mi señora la Duquesa
En Lisboa muy llena de desdichas,
Aunque en el cielo tiene confianza;
Que un justo corazón, justicia alcanza.

MARQUÉS.

¿Es disgusto del Duque?

ORTUÑO.

Es sobre celos.
Oidme.

PRIOR.

¡Santos cielos!

MARQUÉS.

Di de presto.

ORTUÑO.

Mediodía era por filo,
Eclipsado el sol salía;
Que en los eclipses del sol,
Siempre suceden desdichas.
Que puesto que sus efectos

(1) Este verso sobra en la octava y además no hace falta para el sentido, pues suprimido queda mejor.

Para lejos pronostican,
¿Qué no hará, cuando padece,
Quien todas las cosas cría?
Cuando el Duque de Berganza
Con la Duquesa reñía:
Comiendo una vez estaba,
Cuando arrojando una silla
El Duque, se levantó
Con la cara denegrida.
Dejan la mesa los dos;
Capa y espada pedía.
«¡Traidora me sois, Duquesa,
Falsa, aleve y fementida»,
Á quien con valor responde
Ella (1) que su sangre imita:
«Yo no soy traidora, Duque,
Ni en mi linaje lo había;
Mira si alguna traición,
Si al caso el tuyo la estima.»
Cuando aquesto oyera el Duque,
Fuego echando por la vista,
Empuñando la su espada,
Desenvaina la cuchilla.
Y como si fuera un moro,
Para la Duquesa se iba;
La Duquesa, con las manos
Parece se defendía,
Aunque era de mármol blanco
El rostro con celosía;
Y viendo que la mataba,
Á grandes voces decía:
«¡Valedme, mis escuderos,
Los que traje de Castilla!»
Todos eran portugueses,
Ninguno el habla entendía;
No porque no la entendiesen,
Sino porque no querían,
Si no fuera un pajezuelo
Que llamaban Mendocica,
Que porque á doña Mayor
Con mucha lealtad servía,
De ver el Duque con ella,
Celos el Duque tenía;
Pero conmovido el paje,
Entra con lengua atrevida,
Diciendo, sin tener miedo
Ni á su muerte ni á su vida:
«Suelta, Duque, á la Duquesa,
Que ella nada te decía.»
El Duque fué contra el paje,
Por los corredores iba;
El paje, como es ligero,
Por la escalera corría
Pidiendo justicia al cielo,
Pero el Duque le seguía.
Estando en aqueste punto,
Llegué yo con osadía
Donde la Duquesa estaba,
Y entre los brazos asida,
La saqué por una puerta
Que por el jardín salía,
Y hacia un pedazo de monte,
Entre unas verdes encinas,
Y á las ancas de un caballo
Que volaba y no corría,
La puse á los pies del Rey,
Donde le pide justicia.

PRIOR.

No prosigas, escudero;
Que Dios te aumente la vida;
Hermanos tiene Mayor
Que se la defenderían.
Á Portugal caminemos.

MARQUÉS.

Conozco la culpa es mía;
Yo la tengo, Gran Prior,
Porque por vuestras porfías
Se la quité al Almirante,
Que la tuviera en estima.

PRIOR.

Lo hecho, Marqués de Astorga,
Remediar no se podía.
Vámonos al punto, hermano,
Dejemos luego á Castilla,
Donde veremos mi hermana;
Que por la cruz del Bautista
Que me ciñe todo el cuerpo,
Que si el Rey no hace justicia,
Que me ha de probar el Rey
En campos de alevosía.

Vanse.

Salen Lisarda y Tirse.

TIRSE.

De algún loco desatino,
De alguna cosa mal hecha
Me venís dando sospecha,
Ó yo soy mal adivino.

LISARDA.

Muy mal en eso advertís;
Vengo de aquí de Berganza.

TIRSE.

Tened buena confianza.

LISARDA.

¡Hola, huésped!

TIRSE.

¿Qué decís?

LISARDA.

Por un celoso tirano
En ese trance me veo.

TIRSE.

En veros tan galán, veo,
Y en Portugal castellano,
Que siempre los forasteros
Son dondequiera admitidos

LISARDA.

El trocar estos vestidos
En tantos peligros fieros
Tuviera por buena suerte;

(1) *El* dice la primera edición con yerro evidente.

Que sospecho que me siguen,
Porque todos me persiguen,
Todos á fin de mi muerte;
Que por lo que no causé,
Todos siguiéndome van.

TIRSE.

En Castilla no osarán,
Si os siguen, poner el pie,
Porque, desdichado aquel
Que aquí tirase espetones;
Con los chuzos y lanzones
No quedara un pelo en él,
Porque el Rey, nuestro señor,
Nos dió privilegio largo.
Que no digáis os encargo.....

LISARDA.

Huésped, yo tengo temor.
Piensas (1), porque en daño mío
Ha salido mucha gente,
Y temo que en continente
Me hallen.

TIRSE.

Tened buen brío.
¡Hola, Felipa!

Sale Felipa.

FELIPA.

Señor.....

TIRSE.

Échate por acá fuera.

FELIPA.

¿Qué me mandas?

TIRSE.

Yo quisiera
Que un sayo de labrador
Diéramos á este mancebo,
Que huyendo de Portugal
Viene, de miedo mortal.

FELIPA.

No hay más del mío, y es nuevo,
Y ése no le quiero dar,
Que he de salir con Domingo,
El disanto vel domingo,
En el pradillo á danzar

LISARDA.

Doncella, dádmelo vos,
Y aqueste mío os poned;
Que me haréis mucha merced
Y os lo serviré, por Dios.

FELIPA.

¡Jesús! ¿Yo vestido de hombre,
Y de seda, en el aldea?

TIRSE.

¿No sabes que lo desea
La del doctor? No te asombre;
Que muy bien lo pagará
Y podrás hacer después
Otro sayo, y el revés
Aforrado.

FELIPA.

Bien está:
Venid conmigo, señor;
Mi sayo aderezaremos,
Y aderezado os le daremos (1).

LISARDA.

Hacéisme mucho favor.

Vanse las dos.

TIRSE.

Los celos, que debieran ser tenidos
En grande estimación, no hay quien los llame
Menos que nombre bárbaro é infame,
Siendo quien abre amor nuestros sentidos.
Hubiera en las ausencias mil olvidos;
Esto confesará cualquiera que ame,
Pues para que el amor no se disfame,
Está el amor de celos permitidos.
Son los celos curiosos una espía,
Que con su vista lince y sus desvelos,
Desque ven la menor alevosía (2).
Sin celos no hay amor, fuego ni hielo,
Porque como á la noche sigue el día,
Las estampas de amor pisan los celos.

Salen Ortuño, el Prior y el Marqués.

PRIOR.

Pregunta por las postas.

ORTUÑO.

¡Hola, huésped!
¿Habéis oído la corneta?

TIRSE.

Hermano,
Oidla vos, que es música enojosa.
¡Por cuando no estuviérades pensando,
Pues os echamos pullas de contento!
¡Caballos al Prior!

ORTUÑO.

Señor invicto,
Ya por aquí pasasteis otras veces.

PRIOR.

No con la prisa que camino agora:
Dadnos caballos; que el Marqués mi hermano,
Lleva un negocio de cuidado.

MARQUÉS.

Dadnos,
Amigos, los caballos en un punto;
Que la vida nos va en llegar temprano.

TIRSE.

Perded, señor, cuidado; que yo fío
Mejores no los hay en la carrera.

MARQUÉS.

Correr, Prior, en águilas quisiera.

---

(1) Esta palabra no viene á cuento aquí; pero no es fácil adivinar lo que diría el texto original, lastimosamente estropeado en la edición antigua.

(1) No consta este verso.
(2) Queda suspenso el sentido de este terceto.

Entra, de villano, Lisarda.

LISARDA.

¡Gente con postas aquí,
Y con tal prisa han venido!
¡Sin duda que soy perdido!
¡Ay, desdichado de mí!
De ninguna suerte ¡ah cielos!
Puedo escapar de sus manos;
Mas parecen castellanos;
Que son señores recelo.
Aquél, ¿no es el Gran Prior?

ORTUÑO.

Y aquél, de Astorga el Marqués.
Caballos, ¡hola!

PRIOR.

¿Quién es?

LISARDA.

Un villano soy, señor.

MARQUÉS.

¿Eres quien has de correr?

LISARDA.

Correr huyendo quisiera
Donde ninguno me viera;
Pero ya no puede ser.

ORTUÑO.

Quedo, señores, que estoy
Sin sentido; que este paje,
Aunque en diferente traje,
Es Mendocica.

LISARDA.

Yo soy.

PRIOR.

¿El paje de la Duquesa?

LISARDA.

El mismo.

MARQUÉS.

Llégate acá:
¿Cómo en este traje está?

LISARDA.

Como este traje profesa
La montaña que vivía,
Cuando el Duque me llevó
Donde nunca fuera yo
Para más desdicha mía.

PRIOR.

Bien me acuerdo yo de ti
Cuando se hicieron las bodas.
¿Hay tales desdichas?

LISARDA.

Todas
Han sucedido por mí.
Bien sé que estaréis seguro
De aquel notable valor;
Mayor es torre de honor
Y vosotros sois sus muros;
Pero si queréis matarme,
Aquí estoy.

PRIOR.

Dale un caballo;
Que á Lisboa he de llevallo.

LISARDA.

Pues si allá queréis llevarme,
Yo me ofrezco de probar
Que Mayor está inocente.

PRIOR.

¿Qué es probar? El mundo miente;
Que Mayor lo puede honrar.

ORTUÑO.

Ya los sacan.

MARQUÉS.

Ponte luego
En un caballo, Mendoza.

PRIOR.

¿Es posible que alboroza,
Y que da desasosiego
Á un príncipe, de este modo,
Un rapaz de aquesta suerte,
Y que intentase su muerte?

MARQUÉS.

Ya se verá el pleito todo;
. . . . (1).
Que es fuerza el verle. ¿Sabéis
Qué son celos? Aun no habéis
Lidiado en cosa tan fiera.

PRIOR.

¿Qué son celos?

ORTUÑO.

Dos caminos
De amor, ó ciertos venados
Que á los hombres más honrados
Obligan á desatinos.

Vanse.

Sale el Rey de Portugal.

REY.

Hacedlos llegar aquí:
Decid, ¿qué oficio tenéis?

MAESTRESALA.

Maestresala.

REY.

¿Qué sabéis
De la Duquesa?

MAESTRESALA.

No vi
En diez años que he servido
Al Duque y á la Duquesa,
En su cámara, en la mesa,
Por qué haber desconocido
Pueda un punto de su amor.

REY.

Y ¿qué dicen de este paje,
Por quien el Duque hace ultraje
Á la Duquesa?

MAESTRESALA.

Señor,
Por su gusto.....

REY.

Vete. Llega.

Vase el Maestresala.

(1) Falta un verso.

REY.
¿De qué al Duque servías?
DIONÍS.
Su paje fuí muchos días.
REY.
¿Tu nombre?
DIONÍS.
Dionís de Vega.
REY.
¿Qué sabes de tu señora
La Duquesa, di, qué sabes?
Respóndeme.
DIONÍS.
Que las aves
Que hay del ocaso á la aurora,
Tantas plumas no darán
Cuantas, si escribir no cesa
Virtudes de la Duquesa,
Á la fama ocuparán.
REY.
¿Qué es esto de Mendocica?
DIONÍS.
Una ilusión de un celoso,
Porque á un muchacho gracioso
La Duquesa el gusto aplica:
Sus ayunos, su oración,
Sus limosnas son notables.
REY.
No te pido yo que hables
Con pasión.
DIONÍS.
Yo, ¿qué pasión?
Que amaba más la verdad
Que no á Platón, su maestro,
Dijo Aristóteles diestro
Por muestra de voluntad;
Y yo, puesto que me pesa,
Estimo por su valor,
Más que al Duque, mi señor,
La virtud de la Duquesa.
REY.
Vete, pues. Y tú ¿quién eres?
CAMARERO.
De camarero ejercito
El oficio.
REY.
Ya permito
Que sin respeto á mujeres,
El que se debe guardar
En la presencia de un rey,
Debes, pues, es justa ley
La verdad manifestar.
¿Qué sabes de la Duquesa?
CAMARERO.
No sabré alabar, señor,
Sus virtudes y valor,
Y que la fama interesa
Ocasión para emplear
Nuevas alas desde el polo
Antártico al otro polo,
Y que merece ocupar
Un trono como ese tuyo,
Porque los pechos la piden
Al cielo, y el deseo miden
Con el cetro al valor tuyo.
REY.
Pues ¿de qué son estos celos?
CAMARERO.
Sólo te diré, señor,
Que á los deleites de amor
Pusieron celos los cielos.
Muy bien merece disculpa:
Admítala Vuestra Alteza.
REY.
¡Vive Dios, que es gran bajeza,
Y se conoce su culpa!
¡Hola! Al Duque le decid
Que yo le llamo, que venga;
Y que disculpa prevenga
En mi presencia, advertid.
DIONÍS.
Señor, el Duque está aquí.

Sale el Duque.

DUQUE.
Beso tus Reales pies.
REY.
Aunque indigno de ellos es
Quien trata á un ángel ansí:
Pues primo, decid, ¿qué es esto
Que hacéis? ¿Paréceos bien
Dar á vuestro honor desdén?
Decid, ¿en que os habéis puesto?
Llamadme aquí á la Duquesa (1).
DUQUE.
Mire Vuestra Majestad
Con rectitud mi justicia.
REY.
¡Justicia! Si la malicia
Dijerais, fuera verdad:
Mía fué la información,
Yo sé toda la verdad.
DUQUE.
Mire Vuestra Majestad.....
REY.
Tenéis muy poca razón.
DUQUE.
Que pague con la cabeza:
Córtala, señor.
REY.
¿Qué ley
Hay que la prueba de un rey
Digan que añada firmeza?
DUQUE.
¿Parécete, Alfonso, que es
De Real pecho y cristïano,
Á la razón dar de mano
Y la justicia á sus pies?
Pues no he de volver con ella
Si me lo mandan más reyes

(1) Faltan versos.

Que tiene el mundo; no hay leyes
Que no me diriman de ella.
Basta aquesto, en conclusión,
Y basta que no la mate.

Salen la Reina y Mayor.

REINA.
Bien es que amistades trate
Por vuestra buena opinión.

REY.
Señora, con tal padrino,
Vencido al Duque contad;
Que lo que vi no es verdad.

DUQUE.
¿Qué es esto, cielo divino?
¿Que pueda tanto en la tierra
Un Rey, que quite el honor
Á sombras de su valor,
Sin que se permita guerra
Á un afrentado vasallo,
Y que el laurel que su frente
Ciñe por brazo patente,
Sólo porque conquistallo
Quisieron pasados míos,
Sin advocársela á sí,
Se la dieron, y que á mí
Me afrenten sus desvaríos?
Mas no quiero murmurar,
Que es, en efecto, mi Rey;
Y hablo contra la ley
Que he profesado guardar.

MAYOR.
Si no me ataja el dolor,
Haré, con vuestra licencia,
Confiada en la clemencia,
Hija propia del amor,
Dos cosas que favorecen
Mi causa.

REY.
Prima, no habléis;
Que bien segura tenéis
Vuestra parte, que merecen
Vuestros delitos premiaros,
Pues con infinito ejemplo
Honraste, y al Duque
Vuestro amparo y hechos raros (1).
Daros quiero el parabién
De tan buena información;
Que vuestra buena opinión
No mereció tal desdén.
Pues, Duque, ¿qué se ha de hacer?

DUQUE.
Señora, que yo me voy,
Pues tan deseado soy.

REINA.
Mandaros ha el Rey prender.

DUQUE.
Podrá cortar mi cabeza,
Pues tan afrentada vive.

MAYOR.
Pienso que el Duque recibe
Disgusto: voyme.

REY.
Bajeza
No penséis, Duque pariente,
De la inocente Duquesa,
Que merece ser princesa
Y que coronen su frente.
Honrad, Duque, su valor,
Pues lo merece tan bien,
Y cese aqueste desdén.

Sale un paje.

PAJE.
Aquí ha llegado el Prior.

REY.
¿Qué Prior?

PAJE.
El de San Juan;
Pienso que también su hermano,
El Marqués de Astorga.

REY.
Es llano;
Por la Duquesa vendrán.

Salen el Prior, el Marqués y Ortuño, de camino.

PRIOR.
Después de besar tus pies,
¡Oh, gran Rey de Lusitania,
Generoso Alfonso el Quinto,
Cuyas invencibles armas
Tiembla el Israelita fiero
En la más desierta Arabia,
Sin que temas resistencia,
Ni tu bandera se abata,
En las fronteras que tienen
De tus caballos estampa!
Digo que, constando á todos
Cómo el Duque de Berganza
Con doña Mayor casó,
Cuanto hermosa deseada,
Y lastimado de ver
Que el Duque á voces ultraja
Su amor, si acaso le tiene,
Junto con el de mi hermana,
Don Gaspar, el Gran Prior,
Á quien ciñe la Cruz blanca
Del gran Precursor de Cristo,
No averiguando la causa,
Le desafío y le reto,
Y le aguardaré en campaña.
Las partes están presentes,
Los Duques y los que andaban
Más cerca de sus personas.
No habiendo prueba contraria,

(1) Estas cuatro líneas no se entienden, pero así están en la primera edición. (*Octava parte* de Lope), cuyo texto es muy incorrecto.

Á las armas lo remito;
Que bien se ve en estas canas
Defender su justo honor
Con la lanza y con la espada.
Todos los que veis presentes
Han abonado á mi hermana
Sin interés que les siga,
Ni el abono de su patria;
Que portugueses son todos,
Y criados de su casa,
Que conocen sus maldades,
Que yo tengo averiguadas.

DUQUE.

Con vuestra licencia, Alfonso,
Por ver que el honor me ultrajan
Á los ojos de la Reina
Mi señora, los que hablan
Movidos de su pasión,
Digo que al momento salga
Á campaña el Gran Prior;
Que en esa pública plaza
Le esperaré, defendiendo
Que Mayor me ha dado causa
Con el villano que veis.

LISARDA.

Paso, Duque, que te engañas;
Mira que los celos son
Lunas de antojos que pasan
Los engaños á la vista,
Aunque en pequeña distancia:
Las cosas pequeñas hacen
Gigantes, si no te enfadas,
Como suele á mil señores,
Por variedad ó inconstancia.
La Duquesa mi señora,
Por deslealtad, porque tratas
De infamarla y ofenderla;
Que, sin salir á campaña,
Me obligo á hacer que confieses
Que es buena, constante y casta.

DUQUE.

Y ¿cómo probarás eso,
Si en ti y en ella vi infamia?

LISARDA.

Probarélo con decir
Que soy mujer, que esto basta;
Que no pueden dos mujeres
Ofender ninguna fama.
¿Está bien probado ahora?

ORTUÑO.

¡Mal año! ¿Quién intentara
Prueba de tanto peligro?

REY.

¿Cómo te llamas?

LISARDA.

Lisarda.

DUQUE.

Téngote por tan sagaz,
Que has pensado.....

LISARDA.

Espera, aguarda,
Que aún ha llegado ocasión
Que mi justicia me valga.
Rey y señor, aquí está
El que me dió la palabra
De ser mi esposo, y con ella
Me ha sacado de mi casa.
Dejóme en un monte sola,
Donde, por no ser forzada,
Tomé el hábito que veis,
Cuando el Duque de Berganza
Pasó embozado á Castilla.

REY.

¿Aquesto es verdad?

DON PEDRO.

Sin falta;
Que por estar, como veis,
Del hábito disfrazada,
Creí, no que era mujer,
Mas que era su semejanza
La que veis como villano.

DUQUE.

¡Cosa extraña!

REY.

¡Cosa extraña!
¿De dónde sois?

LISARDA.

De Zamora.

ORTUÑO.

¿Zamora la bien cercada?
Pero no lo fuisteis vos,
Pues os faltó la muralla.

REY.

Treinta mil ducados doy
Á don Pedro.

ORTUÑO.

Pára, pára,
Señor, señor, en Zamora;
Que la Duquesa, mi ama,
Te dirá que por mí vive,
Y no me prometes nada.
Di que en Castilla la Vieja
Un rincón se te olvidaba;
Que pues yo parezco urraco,
Bien podré ser doña Urraca.

REY.

Los Duques se den los brazos,
Y los dos cuñados hagan
Lo mismo.

DUQUE.

Dadme, señores,
Los brazos.

PRIOR.

Yo os doy el alma.

DUQUE.

Perdonadme vos, Duquesa;
Que celos han sido causa
De semejante locura.

MAYOR.

La verdad siempre se aclara,
Y aunque adelgaza, no quiebra;

ORTUÑO.
Pues ¿cómo no me da nada?
REY.
Dos mil cruzados de renta.
ORTUÑO.
Nadie diga por la cara.
DUQUE.
Perdonad, señor Marqués,
Señor Prior.
PRIOR.
Nuestras faltas
Perdone el noble senado;
Que aquí la comedia acaba.
DUQUE.
Pues llamalda injustos celos,
Y no *Duque de Berganza*.

FIN.

EL DUQUE DE VISEO

EL DUQUE DE VISEO

PERSONAS

EL CONDESTABLE.	DOÑA ELVIRA, *dama.*	DON CARLOS.
EL DUQUE DE VISEO.	DON EGAS, *privado.*	DON LEONARDO.
EL REY D. JUAN.	UN ESTUDIANTE.	DON LUIS.
LA REINA.	MENESES, *paje.*	DON DIEGO.
DON MANUEL, *niño.*	FELIPA. (*Labradores.*)	CRIADOS.
EL DUQUE DE GUIMARANS.	DORENA. (*Labradores.*)	MÚSICOS.
EL CONDE DE FARO.	BRITO. (*Labradores.*)	DAMAS.
DON ÁLVARO DE PORTUGAL.	COLOMBO. (*Labradores.*)	ACOMPAÑAMIENTO.
DOÑA INÉS, *dama.*	TURINDO. (*Labradores.*)	

ACTO PRIMERO.

El Condestable y el Duque de Viseo.

CONDESTABLE.

De que se haya el Rey casado
Con vuestra hermana, señor,
Pienso que me está mejor
El parabién que me han dado.
Recibo tanto contento,
Que no á vos, que vos á mí
Me le habéis de dar; y ansí,
Os doy su agradecimiento.
Si en África no me hallara,
Gran demostración hiciera.

VISEO.

Por lo menos, cierto fuera
Que Vuestra Excelencia honrara,
Como tan grande señor
Y en Portugal Condestable,
Sus bodas.

CONDESTABLE.

Eso no hable,
Aunque es hacerme favor,
Señor, Vuestra Señoría;
Que donde hay personas tales,
Son méritos desiguales,
Como con la noche el día.
Quise, y no pude venir,
Ni hasta ahora hubo lugar;
Que le da la guerra á entrar,
Pero no le da á salir;
Y las cosas africanas
Están agora en estado
Que han menester más cuidado,
Valor, experiencia y canas.
Del vuestro no hay que saber,
Pues se excusa el preguntar:
Cuanto á Su Alteza, privar;
Cuanto á su amor, pretender;
Cuanto á las damas, favor;
Cuanto á galas, alabanza;
Cuanto á casar, esperanza,
Y para todo, valor.
Á los que de allá venimos,
Duque, no hay que preguntar,
Pues que pudimos tornar,
Si bien ó mal anduvimos.
Lanzadas y cuchilladas,
Heridas todos los días,
Desafíos, valentías,
Limpiar los jacos y espadas:
Cosas realmente en que ha dado
La nobleza portuguesa
Muestra de quien es.

VISEO.

¿Qué empresa
Más digna de un pecho honrado?
Por buen camino corréis
Á los que estamos acá.

CONDESTABLE.

¿Cómo con Su Alteza os va?

VISEO.

Ya su condición sabéis.
No dicen que se parece
Á don Alonso, su padre;
Más tiene el Rey de su madre.

CONDESTABLE.

¡Cómo esa plática crece!
Aunque no es malo que sea
Grave un rey.

VISEO.

En la humildad
Luce más la majestad
Que la corona hermosea.

CONDESTABLE.

Nunca la mucha blandura
Fue al imperio provechosa.

VISEO.

Al ser amado es forzosa,
Si es con prudencia y cordura.

CONDESTABLE.

Los reyes son como nieve,
Que tratados, se deshacen.
Para ser mirados nacen;
Nadie á tocarlos se atreve.
Conservar esta blancura
Conviene á la majestad.

VISEO.

Sí; pero tanta frialdad,
Conservada en tanta altura,
Helará los corazones
Y el amor de sus vasallos.
Bueno me parece honrallos
Con obras y con razones.

CONDESTABLE.

No hablemos desto yo y vos,
Y esta máxima se crea:
Que cualquiera que el rey sea,
Al fin representa á Dios.
Y pues el de Portugal
Es vuestro primo y cuñado,
Vos merecéis ser honrado,
Y él os hará honor igual.

El rey D. Juan de Portugal, el Duque de Guimarans, el Conde de Faro y D. Álvaro de Portugal; acompañamiento.

GUIMARANS.

El Condestable está aquí.

CONDESTABLE.

Déme los pies Vuestra Alteza

REY.

Bien vengáis.

CONDESTABLE.

(Aparte al de Guimarans.)

¡Con qué aspereza!

GUIMARANS.

Pues ¿á quién no trata ansí?

REY.

¿Cómo venís?

CONDESTABLE.

Con salud.
Para serviros, señor.

REY.

¿Qué hay del África?

CONDESTABLE.

El valor,
La fortaleza y virtud,
Y siempre para ofrecer
La vida y sangre en servicio
Vuestro; que éste es el oficio
Que los nobles han de hacer.
Podrá algunas relaciones
Ver de espacio Vuestra Alteza.

REY.

Holgaréme.

CONDESTABLE.

(Aparte al Duque de Viseo.)

¡Qué aspereza!

VISEO.

Aun no os dirá dos razones.

CONDESTABLE.

Mucho me había olvidado
De daros el parabién,
Aunque deste bien el bien,
Y con razón, nos le han dado
Á los que amaros debemos,
Y á los que tanto os amamos;
Pero, en efecto, os le damos
Del que recibido habemos.
Mil años gocéis, señor,
De Su Alteza.

REY.

Dios os guarde.

Vanse el Rey, el Duque de Viseo y el acompañamiento.

GUIMARANS.

¿Qué os parece?

CONDESTABLE.

Llegar tarde;
Pero negociar peor.

DON ÁLVARO.

Poco todos merecemos:
Quien sirve y quien no, es igual.

FARO.

Los que estando en Portugal
Galas y fiestas hacemos,
Y vos, que vertiendo estáis
Vuestra sangre, hoy alcanzamos

Un premio igual.

CONDESTABLE.

Lejos vamos
Del que á mis servicios dais;
Que ya puede ser que sea
Su natural condición,
Y que en la satisfacción
Su heroico pecho se vea.

GUIMARANS.

¿Fuése el de Viseo?

FARO.

Sí.
Hablando se fué con él.....

DON ÁLVARO.

No estuviera mal en él.....

GUIMARANS.

No prosigáis.

DON ÁLVARO.

¿Cómo ansí?

GUIMARANS.

Si el reino decís, no es cosa
Que aun se debe imaginar.

DON ÁLVARO.

Dejadme acabar de hablar;
Que ésta fué razón piadosa.
Yo le ruego á Dios que viva
Dos mil años; decir quiero
Que Viseo es caballero
Muy digno de que reciba
Premio igual á su virtud,
Como es un reino.

GUIMARANS.

Está bien.
Todos pedimos también
Á Dios su vida y salud.
Viva el Rey; que, en fin, señores,
Es el natural señor.
Si ahora tiene rigor
Y nos niega sus favores,
Ya mudará con los años
La condición.

CONDESTABLE.

Tantos vivas,
Que el premio, Duque, recibas
En obras, no en desengaños.

GUIMARANS.

Si los cuatro, que nacimos
De un padre, y somos hermanos,
Y que piadosos y humanos
Otros reyes conocimos,
Nos juntamos á tratar
De la aspereza del Rey,
Ya damos, contra la ley
De nuestra lealtad, lugar
Á que diga quien lo oyere
Que tratamos mal de quien
Queremos todos el bien,
Y que Dios guarde y prospere.
No, hermanos, no sea ansí;
Áspero ó tierno, sea ley
En todo servir al Rey.

CONDESTABLE.

¿Mírasme ¡por Dios! á mí?

GUIMARANS.

Aunque pudiera llamarte
El portugués africano,
Como á Escipión el romano,
Viendo á tu señor pagarte
Como su patria y senado
Pagó al otro, es mi intención
Ponerte en el corazón
Desta paciencia el cuidado;
Y esta misma le aconsejo
Al Conde de Faro.

FARO.

Yo,
¿Qué he dicho?

GUIMARANS.

Ejemplo nos dió
Buen padre, sirva de espejo.
Al Rey serville, y no más.
Álvaro, como á menor,
Te quiero hablar con rigor.
Si acaso enojado estás,
Mira.....

DON ÁLVARO.

No me diga nada
Vuestra Señoría aquí;
Que es dar á entender que en mí
No hay satisfacción honrada.
Pensar que el Rey no es humano
No es delito, ni prudencia
Hablar mal hombre en ausencia
De tales hombres, hermano.
Sabe Dios cómo le adoro.

GUIMARANS.

Tú, y cualquiera noble igual,
Al que es su rey natural
Debe este justo decoro.
Quede entre los cuatro aquí,
Hermanos, determinado
Que el Rey ha de ser amado
Y servido. ¿Queda así?

TODOS.

Sí.

GUIMARANS.

Pues con este sí falta
Premio al Condestable ahora:
Vendrá tiempo (que mejora
Un tiempo lo que otro falta)
En que tenga el que merece.
Vámosle á servir los tres,
Y él puede acudir después.

CONDESTABLE.

Buen consejo el Duque ofrece.

Vanse Guimarans, Faro y D. Álvaro.

Influya el cielo, influyan los planetas
(Que nacen con los hombres las fortunas)
Las condiciones, y tal vez algunas
En sujetos perfectos, imperfetas.

Las causas, á nosotros tan secretas,
Siendo disculpas, no les den ningunas;
Que en viendo condiciones importunas,
Huyen las voluntades más sujetas.
Aunque desde este polo al de Calixto
Gobierne un rey, de serlo no se alabe,
Si rey de voluntades no se ha visto.
¡Dichoso aquel que con prudencia sabe
Vencer su condición y ser bienquisto,
Que es de la voluntad la mejor llave!

Doña Inés.

DOÑA INÉS.
Después de mil parabienes
Que dar á vuestra venida,
Como quien en la partida
Os deseó tantos bienes;
Después de haberme informado
De que venís con salud
(No del valor y virtud
Que en África habéis mostrado,
Que ése todos lo sabían
Antes de veros allá,
Y el mar y la fama, acá
Tantas nuevas nos envían),
Vengo, señor Condestable,
Á daros cuenta de mí.
CONDESTABLE.
Pues si vos me habláis ansí,
¿Como queréis que yo os hable?
Mas diré que aquí y allá,
El que fuí y el que volví,
Soy tan vuestro como fuí,
Y allá fuí el mismo que acá.
Dos casamientos y más (1)
En África oí tratar:
El uno pudo engañar,
Pero el otro verdad es.
El de Su Alteza y su hermana
Del de Viseo, fué cierto;
El vuestro no sé.
DOÑA INÉS.
El concierto
Fué verdad, que hoy ó mañana
Firmaremos escrituras;
Mas no las pienso firmar
Sin vuestro consejo.
CONDESTABLE.
Hallar
Un hombre tantas venturas
Como se juntan en vos,
Viene de los mismos cielos.
Parabien os doy..... con celos.
DOÑA INÉS.
¡Celos de mí!
CONDESTABLE.
Sí, ¡por Dios!
Que toca á todo galán
Sentir que os caséis. Mas quiero
Conocer al caballero
Á quien sus dichas os dan;
Que allá no llegó su nombre
Que, de miedo de la mar,
Aun no se atrevió á pasar
La ventura de tal hombre.
DOÑA INÉS.
Pues ¿anegárase en ella?
CONDESTABLE.
Eso debió de temer;
Que si envidia puede haber,
Será de cosa tan bella.
DOÑA INÉS.
Don Egas es con quien trato
Casarme; y de vos querría,
Como quien es sangre mía,
Y de su padre un retrato,
Que me digáis si voy bien,
Porque oigo murmurar
Cosa á que no doy lugar.....
CONDESTABLE.
Vos me obligastes tan bien,
Que os dijera el voto mío
Si no fuérades mujer;
Que yo sé que suele hacer
La más cuerda un desvarío.
Id, mi señora, con Dios.
Bien acertáis.
DOÑA INÉS.
Si ha de ser
Que de mí se ha de saber
Lo que tratare con vos,
Por vuestra vida y la mía,
Por quien soy, por el respeto
Que os debo, que este secreto.....
CONDESTABLE.
No es prudente el que se fía.
DOÑA INÉS.
Mucho disfavor me hacéis.
Corrida quedo.
CONDESTABLE.
No es justo;
Pero prefiriendo el gusto
Al daño que me oponéis,
Os diré lo que es razón
Que calléis, y que tengáis
Prudencia en lo que tratáis,
Y en dejarlo discreción;
Que otras causas podéis dar
Para no os casar con él.
DOÑA INÉS.
¿No es noble?
CONDESTABLE.
Hay nobleza en él,
Que á todos nos puede honrar,
Por la parte de su abuelo;
Su padre no os está bien.
Harto os he dicho.
DOÑA INÉS.
Si en quien
Pongo mi honor, con recelo

(1) No consuena este verso con el cuarto.

De que me caso engañada,
No me da mejor razón,
Mucho agravia mi afición.

CONDESTABLE.

¡Ay, doña Inés! No hay espada
Como lengua de mujer.

DOÑA INÉS.

No lo son las nobles, Conde;
Que la mujer corresponde
Á su sangre, y no á su sér.

CONDESTABLE.

Mucho me apretáis.

DOÑA INÉS.

Merezca
De vos saber lo que intento.

CONDESTABLE.

Con no hacer el casamiento
No hay peligro que os ofrezca.

DOÑA INÉS.

Extraño estáis. Por mujer
Os pido aqueste favor.

CONDESTABLE.

Ya es ése mucho rigor.

DOÑA INÉS.

Yo lo tengo de saber,
Ó á esos pies he de morir.

CONDESTABLE.

Digo, señora, que sea.

DOÑA INÉS.

La mujer, cuando desea,
No se sabe resistir.

CONDESTABLE.

Egas, de don Egas padre,
Fué hijo de un caballero
Cuyo origen fué extranjero
Por la parte de su madre.
Pasó al África, y diez años
Fué en Tánger gobernador;
Cautivóle un Almanzor
De Fez, y llevó á sus baños,
Donde en una hermana suya
Tuvo este hijo, que fué
Llevado de Fez á fe,
Digo, á quien le restituya
Á la fe santa, en que el padre
Vivió y murió, que yo adoro;
Así que tu esposo es moro,
No por su padre y su madre,
Sino por aquesta abuela;
Que después Egas fué un hombre
De grande valor y nombre,
Y que casó con Estela,
Una mujer principal,
Hija del Gobernador
De Ceuta, y por su valor
Le honró el Rey de Portugal
Don Alonso, que Dios tiene,
Padre de nuestro don Juan.
Este marido te dan,
Tú verás si te conviene;
Y guárdete Dios; que voy
Á la comida del Rey.
Guarda el secreto á la ley
De quien eres y quien soy;
Pero si me has engañado
Y estás casada con él,
En lo que te he dicho dél
Por tu culpa soy culpado.
Ya no puede ser desdicho;
Pero si, como sospecho,
Piensas decir: «Ya está hecho»,
Responderé: «Ya está dicho.»

Vase.

DOÑA INÉS.

¡Casada! No lo permita
El cielo, ni que yo venga
Á casarme con quien tenga
Tal nota de infamia escrita.
¡Afuera, vil pensamiento!
Amor, si hubo amor alguno,
No me seas importuno
Con tan bajo casamiento.
Aquí cesó la esperanza
Y murió la pretensión;
Que con tan justa razón
Honra será la mudanza.

Don Egas.

DON EGAS.

Pues que me han dado licencia,
Y nuestras cosas están
De suerte que de galán
Paso á tanta diferencia
Como es ser vuestro marido,
No me la neguéis de hablaros
Para querer suplicaros
(Si mi amor lo ha merecido)
Señaléis, señora, el día.....
Mas ¿cómo con tal tristeza
Me recibe esa belleza,
Que es de la tierra alegría?
¿Quién ha eclipsado esos ojos,
Que dan al alma desmayos?
¿Qué tierra, opuesta á sus rayos,
Causa á su hermosura enojos?
¿Quién, señora, os ha ofendido,
Ó por qué de mí lo estáis?
¿Qué os han dicho, que mostráis
Á mi memoria ese olvido?

DOÑA INÉS.

Ninguna cosa, don Egas;
Que si llego triste á veros,
Sólo nace de perderos.

DON EGAS.

¡Perderme! ¿Cómo?

DOÑA INÉS.

¡Qué ciegas (Aparte.)
Somos en cualquiera cosa
Que nos ofenda!

DON EGAS.

Esperad;

Que en tanta desigualdad
Está el alma temerosa.
Ayer fuí vuestro y vos mía,
¡Y hoy me decís que ya os pierdo!

DOÑA INÉS.

De lo que juré me acuerdo;
Pero el flaco sér porfía
Con ánimo de vencerme.
No puedo más advertiros;
Que no es posible admitiros
Sin arrojarme á perderme.

Hace que se va.

DON EGAS.

Pues ¿desa manera os vais?
Tenéos, que ¡vive Dios,
Que habemos de ver los dos
Cómo y por quién me dejáis
Si el palacio se alborota!

DOÑA INÉS.

Por vos mismo.

DON EGAS.

¡Á mí por mí!

DOÑA INÉS.

Á vos por vos.

DON EGAS.

Si es ansí,
Alguna lengua me nota
De indigno, de desigual
Á vuestro valor.

DOÑA INÉS.

No es bien
Que á mí por vos me la den.

DON EGAS.

Pues ¿hay hombre en Portugal
De sangre tan conocida?

DOÑA INÉS.

Si no estuviera manchada
Por la parte más honrada;
Pero está muy ofendida;
Y dar á mi padre nietos
Que desciendan de Almanzor,
Desdice mucho al valor
Que es causa destos efetos.

DON EGAS.

Tened la lengua atrevida;
Que si de mujer no fuera,
¡Vive Dios que no dijera
Otra palabra en su vida!
¿Quién es el infame á quien
Tales palabras oistes?
Que pues que vos las creistes,
Nunca me quisistes bien.
Decidlo presto, y veréis
Cómo á vuestros pies confiesa
Que miente.

DOÑA INÉS.

Á muy alta empresa
Vuestra persona ofrecéis.
No tratéis deso; que es hombre
Que no le osaréis mirar.

DON EGAS.

Osándome él afrentar,
¿Habrá temor que me asombre?
¡Cuán bien se ha echado de ver
Que sois mujer sin valor,
Pues ya era vuestro mi honor,
Que os he llamado mujer!
No sólo por mí volvistes (1),
Pero hablando me afrentastes,
Pues sin vergüenza me hablastes
De la que á mi rostro hicistes.
Decid quién es, doña Inés,
Ó ¡vive el cielo!...

DOÑA INÉS.

¿Qué es esto?
¿Vos tan loco y descompuesto?

DON EGAS.

Por su honor, ¿quién no lo es?
Del Rey abajo, no hay hombre
Que no desmienta y le mate.

DOÑA INÉS.

¡Disparate!

DON EGAS.

¿Disparate?
Decidme de presto el nombre.

DOÑA INÉS.

Hacéis un error notable;
Pero pues sois tan prolijo,
Cuanto os he dicho me dijo
No menos que el Condestable.
¿Estáis contento?

DON EGAS.

Id con Dios.

DOÑA INÉS.

Él os guarde.

Vase.

DON EGAS.

¡Extraña suerte,
Ser el contrario tan fuerte
Que no haya medio en los dos!
Mas, pues fuí tan desdichado,
Y he sido tan venturoso
En que me mire amoroso
Un rey con todos airado;
Pues sus secretos me fía,
Pues hallé gracia en sus ojos,
Pues que soy quien sus enojos
Templa, deshace y desvía,
Pues no hay hombre con quien hable
De la suerte que conmigo,
Hoy tendrá justo castigo
La crueldad del Condestable.
Con la lengua me ofendió;
Con la lengua he de matalle,
Porque puedan castigalle

---

(1) El sentido es: *No sólo por mí* NO *volvistes, sino* [illegible]

Las armas con que me hirió.
En él, con sus tres hermanos,
Una venganza he de hacer,
Que pudiera ejemplo ser
Á los pasados tiranos.

El Rey, la Reina y Viseo.

VISEO.

Desde aquí podrán ver Vuestras Altezas
El presente que envía el Condestable,
Que el África no tiene más riquezas.

REY.

En extremo me dicen que es notable.

VISEO.

Alejandro no hiciera más grandezas,
Ni fuera por más hechos admirable,
Si tuviera el poder como el deseo.

REINA.

¿No le veremos?

REY.

Desde aquí le veo.

REINA.

Favoreced al Condestable en esto,
Ponéos á ese balcón siquiera un rato.

REY.

No quiero parecer tan descompuesto.

REINA.

¿Y no es mejor que parecer ingrato?

REY.

Á los reyes no es lícito ni honesto
Pasar el justo límite al recato.
Lo que pudiere entrar aquí, veremos;
De lo demás, la relación tendremos.

REINA.

¡Qué gravedad tan áspera y extraña! (Ap.)

VISEO.

Si quiere Vuestra Alteza que lo cuente,
Yo le diré.....

REY.

Decid.

VISEO.

Aunque en España
Todo caballo es fuerte y excelente,
Y más los que los céspedes que baña
Del caudaloso Betis la corriente
Pacen en las dehesas arenosas
Que son cerca de Córdoba famosas,
Veinte caballos bárbaros envía,
Que si con otros tantos caminara
El sol, que ilustra y clarifica el día,
Cualquiera gran pintor los retratara.
Tres castaños, tres bayos y una pía,
Que si naturaleza la sacara
De un paño de su estudio, fuera indicio
Que en remedialle estuvo el artificio.
Dos morcillos que beben blanca nieve,
Estrellados de frentes, á quien tapa
Rico copete, que á cubrir se atreve
El medio cuello, de color de zapa.
Un melado feroz tras estos nueve,
Cuyo pellejo, á imitación de un mapa,
Parece que en pedazos desiguales
Muestra del agua y tierra las señales.
Seis blancos para un coche, que saliendo
Del mar en barcos, cisnes parecían,
Que los remos las aguas dividiendo,
De las alas entonces les servían;
Tan blancos, que si el agua resurtiendo
Daba en ellos, sus crines competían
De tal suerte, ensartando las espumas,
Que para crines les sirvió de plumas.
Tras éstos, dos tostados alazanes,
Arábigos en casta como en nombre,
Tan pisadores, fuertes y galanes,
Que harán un corto enano gentilhombre.
Sonando los bañados alacranes,
Para que más su inquieta fuerza asombre,
Vienen sembrados dos gallardos rucios
De moscas blancas los pellejos lucios.
Todos traen sus sillas y jaeces,
De diversas colores y matices,
Y ellos sienten la gala; muchas veces
Vierten soberbia roja sus narices.
Los bayos, porque tú los encareces,
Traen de tela blanca los tellices,
Señal que para ti su talle y gala
La cubierta riquísima señala.
Esto, que ver no quieres, te he contado;
Lo demás, como alfombras, plata y oro,
Paños de aljófar en cendal labrado,
Y tafilete de artificio moro,
Aquí lo puedes ver; sólo he guardado,
Por guardar á los hombres el decoro,
Para la postre, veinte esclavos, tales,
Que no los tiene rey del mundo iguales.
Sobre aljubas de bárbaros tahalíes
Traen sus alquiceles y bonetes,
Coronados de plumas carmesíes
De Orán, con negros y altos martinetes;
Todos con argentados borceguíes,
De oro y plata botones y corchetes,
Que labra en filigrana el africano
Con la imaginación más que la mano.
Vienen veinte cautivas, que en labores
Pueden vencer las telas de Minerva,
Imitando los árboles y flores,
Las blancas aguas en la verde yerba.
Éstas, para la Reina, de colores
Varias adorna; lo demás reserva
Á vuestra vista el corto ingenio mío,
Que parece en su mar humilde río.

REY.

La relación parece tan notable,
Que hará después pequeño su presente.

REINA.

Haced merced, señor, al Condestable;
Que le tenéis obligación.

VISEO.

La gente
Llega á la plaza ya. Cosa admirable
Es ver lo que parece.

DON EGAS.

El vulgo siente
Con baja condición las novedades.
Artificios engañan voluntades.

REINA.

Yo quiero verlo, con licencia vuestra.

REY.

Id en buen hora vos.

REINA.

Vamos, hermano.

VISEO.

(Aparte á la Reina.)

¡Qué airado rostro á los servicios muestra!

REINA.

Pienso que el Condestable sirve en vano.

Vanse la Reina y Viseo.

DON EGAS.

Si no me han hecho información siniestra
Por mala voluntad, Rey soberano,
Que alguno tiene al Condestable noble,
Todo esto se dirige á un trato doble.

REY.

¿Qué decís, Diego?

DON EGAS.

Como soy testigo
De las murmuraciones de los cuatro
Hermanos portugueses, que mil veces
En corrillos de algunos caballeros
Les he reprehendido libertades
Que dicen contra ti, tengo creído
Que viene el Condestable á lo que dice
Alguno que lo sabe de su boca.

REY.

¿Á qué puede venir el Condestable?
Y ¿qué es lo que de mí públicamente
Ó en secreto murmuran sus hermanos?

DON EGAS.

Quéjanse de tus grandes asperezas,
Dicen que eres muy grave y arrogante,
Y que el rey don Alonso, que Dios tiene,
No los trataba ansí; y el otro día
Dijo el de Guimarans que los estados
No duraban gran tiempo entre los príncipes
Que despreciaban los vasallos nobles;
Y respondió el de Faro que no había
Príncipe tan ingrato en todo el mundo,
Y que, con ser coléricos y adustos
Los franceses, violentos y marciales,
Tenían en costumbre la blandura
Y afable trato de su Rey; y á esto,
Don Álvaro, el menor hermano, dijo
Que algún día, señor, conocerías
Cuánto mejor te fuera con prudencia
Disimular tu condición esquiva.
Esto y mil cosas, que no es bien decirte,
Porque no te parezca que las trato
Con ánimo de hallar gracia en tus ojos;
De donde arguyo que verdad sería
Haberme dicho que éstos han llamado
Al Condestable con tirano intento
De quitarte la vida, y la corona
Poner en la cabeza de tu primo
Y tu cuñado, el Duque de Viseo,
Mozo gallardo, cuerdo y generoso,
Y lleno de excelencias y virtudes,
Y sobre todo, á quien el vulgo y plebe
Idolatra y celebra de tal modo,
Que si corre un caballo, no hay aplauso
Que no le den con victoriosas voces;
Si hace alguna suerte, «Dios te guarde»,
Dicen con ansia que penetra el cielo;
Y le muestran en todas sus acciones
Inmenso amor en obras y razones.

REY.

El ánimo, don Egas, de los reyes
Ha de tener en todo igual templanza.
Vamba salió de entre el arado y bueyes,
Y luego vió lo que el gobierno alcanza.
Divinamente ejecutó las leyes
En sus tiranos, sin hacer mudanza
Del semblante Real, que vez ninguna
Venció la adversa y próspera fortuna.
Ten secreto á las cosas que me cuentas;
Que yo, sin alterarme, estos hermanos
Castigaré de suerte, que no sientas
Por dónde á la venganza van las manos.
Altérese la mar con sus tormentas,
Levante á las estrellas montes canos;
Que ha de ser río un príncipe discreto,
Que va donde más hondo, muy más quieto.
Mas dime: ya que yo les dé castigo
Al Condestable, á Guimarans, á Faro
Y al hermano menor (que yo me obligo
Que á todos cuatro ha de costar bien caro),
Mi primo el de Viseo, ¿es mi enemigo?
¿Sabe esto mi cuñado? Que reparo
Con justa causa en que culpado sea.

DON EGAS.

¡Jesús! Señor, tu Alteza no lo crea.
Yo pienso que si acaso los hermanos,
Que contra tu corona se conjuran,
Se la ofrecieran, que él con propias manos
Hiciera en ellos lo que en ti procuran.
De todo está inocente.

REY.

Los tiranos
Que á tal atrevimiento se aventuran,
Querrán saber primero su deseo:
Sospechas me da el Duque de Viseo.
Y ¡vive Dios, que si el amor que tengo
Á la Reina, su hermana, no me atara
Las manos, que el castigo que prevengo,
En mi primo primero ejecutara!
Que si por él, por sus virtudes, vengo
Á darles ocasión, que la quitara
Fuera razón de estado, y que no hubiera
Quien mejor para rey les pareciera.

DON EGAS.

No quiera Dios que por razón de estado

Que muchas veces el demonio inventa)
El inculpable Duque tu cuñado
Pierda la vida, ó dalle alguna afrenta.
Castigar la justicia al que es culpado
Es imitar á Dios; no cuando intenta,
Por las razones de futuros daños,
Verter la sangre en propios y en extraños.

REY.

¿No debe conservar el Rey su vida?

DON EGAS.

Debe, mas no quitarla al inocente.

REY.

Y si ¿éste da la causa á que atrevida
Le opone al cetro la plebeya gente?

DON EGAS.

Si su virtud la tiene tan rendida,
¿Es bien, señor, que un rey cristiano intente
Matar al virtüoso porque es bueno,
Y está de gracias y virtudes lleno?

REY.

Este punto es sutil.

DON EGAS.

No hay sutileza
Contra la ley de Dios.

REY.

En esto veo,
Don Egas, tu verdad y tu nobleza,
Y que condenas justamente al reo;
Pues viendo que amenaza tu cabeza,
Abogas por el Duque de Viseo,
Y á los hermanos, que culpados miras,
Flechas de culpas y venganza tiras.
Disimula, don Egas, como digo,
En tanto que procuro de secreto
Dar á los cuatro hermanos el castigo,
De que verás tan presto el justo efeto.

DON EGAS.

Fuera de mí, no hay que buscar testigo.
Procede como príncipe discreto.

REY.

Tú verás mi prudencia.

DON EGAS.

Estoy seguro
Que conoces el bien que te procuro.

Vase el Rey.

El Condestable.

CONDESTABLE.

(Para sí.)

¿Hay rigor como no haber
Vuelto los ojos siquiera
Á un presente que pudiera
Alejandro agradecer?
¿Hay tan brava condición?
¡Cómo! ¿Egas está aquí?
Vióme, y aun vió que le vi,
Y vase. ¡Extraña ambición!
¡Ah, don Egas! ¡Ah, don Egas!
Detente.

DON EGAS.

¿Qué es lo que quiere
Vuestra Excelencia que espere?

CONDESTABLE.

El día que á verme llegas,
Después de ausencia tan larga,
¿Huyes de mí, y no haces caso,
Cuando por tus ojos paso?
Mucho la soberbia alarga
En cerviz, pues no te deja
Alzarlos á ver un hombre
De mis prendas.

DON EGAS.

Que me asombre,
Vuestra virtud me aconseja.
Pero no ha sido arrogancia,
Ni es bien que á mis ojos venza
Su peso, sino vergüenza,
En mi valor de importancia,
De mirar á quien debía,
Por noble, por portugués,
Por soldado, por quien es,
Y por justa cortesía,
Informar á una mujer
Que me tuvo algún amor,
De otra suerte, de mi honor.
Mas, pues me queréis hacer
Moro, yo os haré tal guerra,
Que no os la dieron las manos
De todos los africanos,
Como yo en la propia tierra.
Yo satisfaré la injuria
Que habéis hecho á mi opinión;
Que la ofensa sin razón,
Las piedras obliga á furia.

Vase.

CONDESTABLE.

Quien fía de mujer algún secreto
Dando fe, como necio, á lo que jura,
Su honor, su vida pone en aventura,
Y pierde la opinión de ser discreto.
¡Oh, siempre flaco y tímido sujeto,
Que tanta muerte y destrucción procura!
¡Naturaleza bárbara y perjura,
De nuestra confianza falso objeto!
No en vano los primeros que la guerra
Vuestra temieron, y que al mundo asombre,
Llamaron, para ejemplo de la tierra,
Lengua la habla, que es de más renombre,
Y *labio* aquello que la boca cierra,
Para mostrarnos que el silencio es hombre.

Guimarans.

GUIMARANS.

En soledad os tendrá,
Hermano, el desabrimiento
De ver el poco contento

Que el Rey al presente da.
Tan poco gusto le ha dado,
Que en todo de verlo siente:
Ya no parece presente,
Que más parece pasado.
Tened, hermano, consuelo
Que él sea el Rey: es razón
Cumplir con la obligación
Que pone al vasallo el cielo.
Que ésta en mí fué tan estrecha,
Que, con ver que os hace agravio,
Ni muevo en su ofensa el labio,
Ni pienso lo que es sospecha.
Que claro está que él entiende
Que su grave condición
No ha de engendrar afición;
Que nadie con hielo enciende.

CONDESTABLE.

No es, hermano, mi tristeza
De la condición del Rey,
Pues en mí el amarle es ley,
Y ella en él naturaleza.
Cual es, le estimo y le adoro,
La boca pongo á sus pies.
De otra causa y justa es,
Contra mi honor y decoro.

GUIMARANS.

¿Contra vuestro honor, hermano?
¿Qué decís?

CONDESTABLE.

El parabién
Me dió doña Inés (de quien
Fuí un tiempo galán en vano)
De mi venida, y tras él
Me dijo que se casaba,
Pero que sólo aguardaba
Para firmar un papel,
Saber la cierta nobleza
De su esposo, de mi boca.
Yo, con discreción tan poca
Como ella después flaqueza,
Debajo de juramento
La dije lo que sabía
Del África, y que entendía
Que era injusto el casamiento.
Apenas salía de aquí,
Cuando al novio lo contó,
Que aquí sin mí me dejó,
Y aquí se quejó de mí.

GUIMARANS.

Bien fuera justo culparos.
Ya sé que don Egas es
Quien pretende á doña Inés;
Pero no es justo aumentaros
La pena que habéis tenido.
Dejadme aquí, que ella viene.
Veré si remedio tiene
Que se desdiga.

CONDESTABLE.

Eso os pido;
Que si no le desagravio,
Yo quedaré con mal nombre
De haber ofendido á un hombre.
. . . . (1)

Vase.

Doña Inés.

DOÑA INÉS.

Bien parece el Condestable,
Señor Duque, ser quien es.
No ha nacido portugués
Tan valeroso y amable.
Á vos, por todas las damas,
Os doy las gracias..... ¿Qué es esto?
¡Conmigo estáis tan compuesto!

GUIMARANS.

Reprimiendo estoy las llamas
Que de vuestro agravio están
Abrasando el corazón.

DOÑA INÉS.

Los del Condestable, ¿son
Del Duque de Guimarán?
Á lo del amor pasado,
¿Lo llamáis agravio agora
Porque me caso?

GUIMARANS.

Señora,
No está de amor agraviado,
Ni que os caséis ha sentido;
Que los moros de Hazamor
Le han quitado vuestro amor
Á lanzadas que ha sufrido.
No habéis procedido bien
En descubrir el secreto,
Pues jurastes, en efeto,
De no le decir también.
Mas ya que vuestra flaqueza
Ó la suya le han quitado
El honor á un hombre honrado
De tal virtud y nobleza,
Y de quien el Rey se fía
Con mucha causa y razón,
Porque de su discreción
Seguramente confía,
Dos cosas habéis de hacer:
La primera, desdeciros
(Que no importará advertiros
El cómo, pues sois mujer),
Y la segunda, casaros,
Con que se remedia todo,
Pues no podéis de otro modo
Del Condestable guardaros,
Á quien habéis ofendido,
Quebrándole el juramento.
Don Egas, sin fingimiento,
Es hombre tan bien nacido,
Que nuestro padre decía
Que era su deudo su abuelo;
Y no es bien que os dé recelo

(1) Falta un verso.

La abuela; que es niñería,
Si el hombre es tan principal
Como veis; que si en Castilla
Lleva el caballo la silla,
Lo mismo es en Portugal.

DOÑA INÉS.

Con gran furia habéis venido,
Señor Duque, á revolver
Lo que sólo puede ser
Remediado con olvido.
Don Egas lo hizo mal,
Si yo no lo hice bien;
Á los dos culpa nos den,
Pues la tenemos igual;
Y al Condestable no asombre
Verme el secreto romper,
Si disculpa á una mujer
Ver que no le tuvo un hombre.
No tratéis de desdecirme,
Ni habléis de lo que es casarme;
Que es imposible mudarme,
Y locura persuadirme.
Yo soy noble, y mis pasados
Lo han sido: busque don Egas
Noblezas que estén más ciegas,
Y ojos que estén más vendados.
Yo, con valor español,
Pretendo, aunque soy mujer,
Mi nobleza defender
De los átomos del sol.
Id en buen hora, y decilde
Al Condestable lo que es
Mi intento.

GUIMARANS.

Señora Inés,
Menos brava, más humilde.
Mirad que soy yo el tercero,
Y mi hermano el agraviado.

DOÑA INÉS.

Dejadme, que sois cansado.
¡Que enfadoso caballero!

GUIMARANS.

Palabra me habéis de dar
De casaros, aunque estéis
Tan brava.

DOÑA INÉS.

Vos, ¿no sabéis
Que no se dejan forzar
Las mujeres como yo?
No me asgáis, que sois un necio.

GUIMARANS.

Ya para tanto desprecio
La paciencia me faltó.

Dale un bofetón.

Aprended con esto á hablar
Y á guardar secreto.

DOÑA INÉS.

Gritando.

¡Ah, cielos!
¡Á mí bofetón!

GUIMARANS.

Son celos
De que os habéis de casar.

El Rey, Viseo, el Condestable, Faro, D. Álvaro y D. Egas.

REY.

¿Qué es esto?

GUIMARANS.

Perdido soy. (Aparte.)

DOÑA INÉS.

¿Ya no lo veis en mi cara,
Que de la mano del Duque
Está pidiendo venganza?

Arrímanse á Guimarans sus tres hermanos.

Á esto llegan los soberbios,
Los tiranos de tu casa,
Los que murmuran de ti,
Los que en corrillos te infaman,
Los que tu muerte desean,
Los que dan en tus espaldas,
Por no poder en el pecho,
Mil heridas de palabras.
Tú tienes, señor, la culpa;
Que yo soy mujer, y basta
Decirte que soy mujer.

DON EGAS.

Tente.

REY.

¿Hay maldad tan extraña?
Déjala, no la detengas.

Vase D.ª Inés.

REY.

¡Cómo los cielos declaran
Lo que los pechos encubren!

DON EGAS.

¿Así la palabra guardas?
Aunque es justo que el castigo
En una pública plaza
Vengue á doña Inés, y el Rey
Junte la espada á la vara
Á mí, como á quien tenía
Nombre de su esposo.....

REY.

Calla.

DON EGAS.

Me toca, señor invicto,
Matar al Duque en campaña.

FARO.

No hables donde está el Rey,
Don Egas.

CONDESTABLE.

La confianza
. . . . (1)

(1) Falta un verso.

Tu lengua libre desata;
Que si no estuviera aquí.....

DON ÁLVARO.

Pues si no estuviera, ¿hablara?

GUIMARANS.

No hablara, porque no puede
Hablar el que no me iguala.

REY.

¡Bien, por Dios! ¿Qué te parece,
Primo, destas arrogancias?
Mira ¡qué cuatro columnas,
Que mi reino y vida amparan,
Tengo á mi lado! Mas creo
Que si una vez las abraza
Mi justicia, caerá en tierra
El templo de su esperanza.
Mira ¡con qué atrevimiento
Hoy todos cuatro en mi cara
Defienden su desvergüenza!

VISEO.

Señor, la sangre los llama
Á la defensa del Duque.
Muestra ahora la templanza
Divina de tu valor.

REY.

Guimarans.....

GUIMARANS.

Señor.....

REY.

Las armas
Dad al Duque de Viseo.

GUIMARANS.

Lo que Vuestra Alteza manda,
Hoy mi lealtad obedece.
Ésta, señor, es mi espada.

REY.

Llevadle vos á una torre,
Y allí le poned mi guarda;
Y el Condestable y el Conde
De Faro tengan su casa
Por prisión.

DON EGAS.

¿Cómo te olvidas
De don Álvaro?

REY.

No estaba
De don Álvaro advertido;
Que son tantos, que me cansan
Hasta el alma.

CONDESTABLE.

¿Tantos buenos
Cansan, señor, hasta el alma?

REY.

Vente conmigo, don Egas.

Vanse el Rey y D. Egas.

VISEO.

Vueseñorías se vayan
Á sus casas, porque el Duque
Va conmigo y con la guarda.

FARO.

¿Aquí puede haber paciencia?

GUIMARANS.

Conde de Faro, no hagas
Menos que tu obligación.
El Rey quiere, el Rey lo manda:
Al Rey obediencia, hermanos.

VISEO.

Como valeroso hablas.
Prenderte ha sido justicia:
Si es justicia, no te agravia;
Si no te agravia, no puedes
Quejarte; si quejas hallas,
Sea sólo de tus dichas;
Que las dichas en las casas
De los reyes sirven más
Que las letras y las armas.

ACTO SEGUNDO.

El Duque de Viseo, D.ª Elvira.

VISEO.

Esto me han encomendado,
Prima y mi señora: haced
Al de Guimarans merced,
Aunque en delito culpado,
Que por ser contra mujer
Tenga ya desmerecido
Ser de mujer socorrido.
Mas vos no lo habéis de ser.
Por ángel os tengo yo;
De su guarda lo seréis.

DOÑA ELVIRA.

Donaire, primo, tenéis.
¡Yo hablar por él!

VISEO.

¿Por qué no?

DOÑA ELVIRA.

Pues siendo vos del Rey primo,
Y no menos que su hermano
De la Reina, ¿no es en vano
Rogarme á mí?

VISEO.

No me animo
Á pedirle nada al Rey,
Porque ha días, doña Elvira,
Que con mal gusto me mira,
Y no tiene el gusto ley.
Pues pedir nada á mi hermana,
Si es por quien él hace menos,
¿Para qué?

DOÑA ELVIRA.

¿No hay muchos buenos

En la corte lusitana?

VISEO.

Ya todos se lo han rogado,
Y el Condestable escribió
Al Rey de Castilla, y yo
Tengo también obligado
Al de Aragón y al de Francia;
Pero de ninguna suerte
De su enojo se divierte,
Ni es el favor de importancia.

DOÑA ELVIRA.

Pues donde escriben tres reyes,
De Aragón, Francia y Castilla,
¿Qué haré yo?

VISEO.

Todo se humilla,
Armas, libros, cetros, leyes,
Al poder de una mujer.

DOÑA ELVIRA.

¡Celos, Duque de Viseo!

VISEO.

No, ¡por Dios! sino deseo
Del bien que le habéis de hacer.
Mal sabéis vos lo que tira
Un cabello de una dama.
¿Qué pluma ó vara de fama
No se tuerce ó se retira?
Hablad al Rey, pues os tiene
Tanto amor, siendo tan grave,
Que tierno, blando y süave,
Prima, á requebraros viene.
Y pues sola en Portugal
Miráis su rostro apacible,
Haced lo que es imposible;
Que esto es poder celestial.

DOÑA ELVIRA.

El Rey, discreto y preciado
De galán, como lo es,
Tiene gusto portugués,
Finge amor, finge cuidado;
Que la gala y discreción
No empleadas en servir
Las damas, suelen decir
Que no tienen perfección.
Por esto habré merecido
Que se entretenga Su Alteza
Conmigo, y que su aspereza
Temple su acero en mi olvido;
Que bien echaréis de ver
Que bien os admite á vos.
Para lo que espero en Dios
De mi dicha merecer,
No tengo correspondencia
Con vuestro primo que pase
De ser gala.

VISEO.

Aunque me abrase
Con celos su competencia,
Que habléis al Rey me conviene;
Y haced cuenta que aquí están
Del Duque de Guimarán
Los tres hermanos que tiene,
Que todos lo mismo os piden.

El Rey y D. Egas, sin ser vistos.

REY.

¿Sola no dices que estaba? (Ap. á D. Egas.)

DON EGAS.

Sola entonces la dejaba.

REY.

Nunca los dos se dividen.
Enfadosa cosa es ver
Este mi primo, don Egas.

DON EGAS.

Mucho á imaginar te entregas
Cosa que no puede ser,
Y en que el Duque no es culpado,
Porque no es culpa en un hombre
Tener méritos y nombre
Para ser del mundo amado.

REY.

Mientras no tengo heredero,
Culpa es en éste pensar
El vulgo que ha de heredar;
Y en él también considero
Los deseos, las quimeras
Y el fingirse virtüoso,
Apacible y amoroso
En las burlas y en las veras;
Todo para conquistar
Al vulgo.

DON EGAS.

Este amor te engaña;
No hay caballero en España
Más para amar y estimar
Por su sencilla inocencia.

REY.

Lo que dice quiero oir.

DOÑA ELVIRA.

Digo que le iré á pedir,
Pues que vos me dais licencia,
La vida del Duque.

VISEO.

El cielo,
De un rey os haga mujer.

REY.

Y ¿puedes tú defender (Ap. á D. Egas.)
Desta palabra el recelo?
Si él la sirve y la desea
Por mujer, ¿no es justa ley,
Pues dice que sea de un rey,
Que pide á Dios que él lo sea?

DOÑA ELVIRA.

Mujer de rey puede hacerme
Si yo soy tan venturosa
Que llego á ser vuestra esposa.

REY.

Y esto, ¿no debe ofenderme? (Ap. á D. Egas.)
Mirad si tienen tratado
Lo que temo, pues los dos
Me han de decir ¡vive Dios!

De que el Duque no es culpado.

DON EGAS.

No, señor; que aquéllas son
Palabras tan generales,
Que no muestran las señales
De estar falso el corazón.
Común encarecimiento
Es de quien ama, y aun ley,
Decir: «Dios os haga rey.»

DOÑA ELVIRA.

El Rey nos miraba atento. (Aparte á Viseo.)

VISEO.

Si celos le habemos dado,
Mal se alcanzará el perdón;
Que celos venganzas son
Entre el amante y lo amado.
Quiero hacer que no le veo,
Pues él se guarda de mí.
Dile á lo que vine aquí.

DOÑA ELVIRA.

Adios, Duque de Viseo.

VISEO.

Él os guarde y dé ventura
En lo que vais á pedir.

REY.

¿Vase? (Aparte á D. Egas.)

DON EGAS.

Pues ¿no le veis ir?

REY.

Más mi recelo asegura
El fingir que no me ha visto.

Vase el Duque, y llégase el Rey á D.ª Elvira.

¡Doña Elvira!

DOÑA ELVIRA.

¡Oh, gran señor,
Y cuán á tiempo mi amor,
Si vuestra gracia conquisto,
Os trujo aquí, donde ahora
Vuestro primo, el de Viseo,
Con aquel noble deseo
Que su pecho ilustre dora
De hacer bien, me importunaba
Que el perdón os suplicase
Del Guimarans, y templase
El enojo que mostraba
Vuestra Alteza contra él,
Dando un medio vuestra mano,
Como señor soberano,
Y no como juez cruel!

REY.

Elvira, aunque hacemos leyes
Los reyes, está advertida
Que donde hay parte que pida,
No tienen poder los reyes.
Y espántome que mujer
Que debe ofendida estar,
Me aconseje el perdonar
Lo que puede ejemplo ser
De que no haya hombre, en rigor,
Que no se atreva á la cara
De la hermosura más rara
Y de más noble valor.

DOÑA ELVIRA.

No pido que Vuestra Alteza
Perdone agravio con parte,
Mas que de la suya aparte
La rigurosa aspereza;
Que bien puede, con pedir
Á la parte que se aparte,
Ser como el todo la parte,
Y la culpa remitir.

REY.

Confieso que bien podré
Dar un medio pïadoso
Como jüez poderoso,
Y éste por ti le daré.

DOÑA ELVIRA.

Beso tus pies tantas veces
Cuantas mercedes nos haces;
Que de las partes las paces
Son gloria de los jüeces.
¿Qué medio tienes pensado?

REY.

Justo, santo, conveniente,
Y por cuyo honor presente
Cese el deshonor pasado.
Cásese con doña Inés
El Duque de Guimarán,
Y con esto quedarán
Iguales.

DOÑA ELVIRA.

Buen medio es
Si lo toma bien don Egas.

DON EGAS.

Pues yo, ¿obedezco otra ley
Fuera del gusto del Rey?

DOÑA ELVIRA.

Mucho á la razón te allegas:
Mejor dijera al favor. (Aparte.)

DON EGAS.

¡Sabe Dios cuánto lo siento! (Aparte.)

DOÑA ELVIRA.

Sin duda este casamiento
Cubre y remedia su honor.
¿Quién mandas que vaya allá,
Que de tu parte le hable?

REY.

Ya está libre el Condestable,
Y decírselo podrá.

DON EGAS.

No se lo diga su hermano;
Vaya el Duque de Viseo,
Pues tiene tanto deseo
De su bien.

REY.

Hoy en su mano
Dejo su muerte ó su vida.
Id, don Egas, á avisar
Al Duque le vaya á hablar.

DON EGAS.

Voy.

Vase.

REY.

Si tú fueras servida
Que atropellara el poder
Á la razón, yo lo hiciera,
Y habiendo parte, le diera
Libertad.

DOÑA ELVIRA.

No soy mujer
Que pidiera á Vuestra Alteza
Lo que no fuera muy justo;
Que me obligara á lo injusto
Contra mi honor y nobleza.
Mujer que pide por preso
Lo injusto, obligada queda
Á que pedir se le pueda
Contra su honor todo exceso.
Tú has dado un medio real,
Digno de tu entendimiento.

REY.

Que sea sin voto, siento,
De la Reina trato igual.

DOÑA ELVIRA.

No será.

REY.

¿Cómo?

DOÑA ELVIRA.

Yo iré,
Y se lo diré á Su Alteza,
De cuya justa grandeza
Piadoso voto traeré.

REY.

Parte.

DOÑA ELVIRA.

Iré, con tu licencia.

Vase.

REY.

Pensar que estoy engañado
En lo que éstos han tratado,
Me mueve el pecho á clemencia.
Pero, ¿cómo puede ser
Que si don Egas lo oyó,
Me engañe? Y sabiendo yo
Que hay en el Duque poder,
Y en sus tres hermanos graves,
Para derribar mi imperio;
Que no tienen sin misterio
El mar cubierto de naves,
Grande amistad con Castilla,
Con Francia y con Aragón,
Que todos indicios son
Que han de derribar mi silla.....
¡Válgame el cielo! Si hiciese
Un hombre un fuerte en mi tierra,
De donde, si hubiese guerra,
Contra mí se defendiese,
¿No sería gran error
Consentir que le acabase?
Pues ¿cómo sufro que pase
Otra defensa mayor?
Estos cuatro hermanos son
Cuatro fuertes en mi tierra,
Que para tiempo de guerra
Han de ser la defensión
Deste Duque de Viseo,
Que aspira al reino sin falta,
Porque de empresa tan alta
Bastantes indicios veo;
Mas, pues no deja entenderse
Este nudo y remediarse,
Si no puede desatarse,
Yo sé que podrá romperse.
Alejandro dió el ejemplo:
Desterrar y dividir
Quiero estos cuatro, y huir
Deste peligro á este templo.
Desterraré de la corte
Al de Viseo también;
Que para mi paz no hay bien
Que más ahora me importe;
Y con pequeña ocasión
Le haré dar la muerte á alguno
Destos hermanos, que en uno
Verán los demás quién son;
Porque si tienen intento
De matarme con su mano,
La sangre del muerto hermano
Le borre del pensamiento.

Vase.

Guimarans, el Condestable, Faro y D. Álvaro.

CONDESTABLE.

Libertad nos ha dado, hermano, á todos,
Y la ciudad por cárcel hasta ahora;
Pero no es libertad con tantos modos
De sinrazones.

GUIMARANS.

¿Tanto el Rey adora
El gusto de don Egas?

FARO.

De los godos,
Gente bárbara entonces, Duque, ignora
La historia antigua cosas tan extrañas
Mientras reinaron en las dos Españas.

GUIMARANS.

Conde de Faro, y noble hermano mío,
Mi amor no os lleve á tal desenvoltura.
El Rey acierta en todo: es desvarío
Pensar que por don Egas aventura
La justicia y razón; que su albedrío,
En cuanto intenta y acertar procura,
Camina con dos ángeles de guarda.

FARO.

No sé qué vano miedo te acobarda.
No digo que no sientas que esto es justo,

Mas que te quejes donde el mal te duele.

DON ÁLVARO.

Con tu humildad aumentas mi disgusto.
¿No quieres que un suspiro al cielo vuele?

GUIMARANS.

Don Álvaro, no sé: todo es injusto
Cuanto es murmuración. Deja que apele
Á Dios de mis agravios; que las leyes
Sólo aqueste jüez dan á los reyes.

Viseo.

VISEO.

Sin licencia me entré, porque esta casa,
Como es propia, excusa la licencia.

GUIMARANS.

Seáis mil veces, Duque, bien venido.

VISEO.

¿Todos estáis acá?

CONDESTABLE.

¿No le parece
Á Vuestra Señoría justa cosa
Que estemos presos, aunque estemos libres,
Donde lo está el Duque?

VISEO.

Es tan piadosa,
Que á mí también á esta prisión me obliga
La ley de la amistad; pero no quiero
Que el Duque me agradezca esta visita,
Porque vengo del Rey con un recado.

GUIMARANS.

¿Destierro ó libertad?

VISEO.

Oidme atento,
Porque no es libertad el casamiento.

GUIMARANS.

¡Casamiento! ¿Qué es esto?

VISEO.

El Rey me manda
Que os diga (y no ha pensado que hace poco),
Duque de Guimarans, que luego al punto
Con doña Inés os desposéis; que quiere
Que el honor que ha perdido recupere.

GUIMARANS.

¿Que me case manda el Rey
Con doña Inés?

VISEO.

Esto os digo,
So pena de su castigo
Y de incurrir en la ley
De la lesa majestad,
Pues fué la ofensa en su casa.

GUIMARANS.

¿Que por eso el Rey me casa
Con doña Inés?

VISEO.

Perdonad
Si esto os ha dado disgusto.

GUIMARANS.

Hermanos, todos estáis
Aquí: ¿qué me aconsejáis?

CONDESTABLE.

Que no es justo.

FARO.

Que no es justo.

DON ÁLVARO.

Yo, como menor, no tengo
Qué decir, ni es bien que hable
Donde habla el Condestable
Y el Conde.

GUIMARANS.

¡Á qué punto vengo!
Y vos, Duque de Viseo,
¿Qué decís?

VISEO.

No me pidáis
Consejo, pues ya lo estáis
De los que tan cerca veo
De vuestra sangre y honor.

GUIMARANS.

Decid al Rey que no es justo
Casarme contra mi gusto
Por el gusto de un traidor;
Y que es bajo el casamiento
Que por bofetón nos vino,
Pues es abrir el camino
Para todo atrevimiento.
Que la cara que ofendí,
También la supiera honrar
(Bien se me puede fiar),
Como ella me honrara á mí.
A todos ha parecido,
Para que nadie me note,
El no me casar con dote
Que ha hecho tanto ruido.
En la cara que escribí
«Aquí hay vergüenza tan poca»,
No es cédula que provoca
Á entrar á vivir allí,
Ni es bien que en otras naciones
Se diga (que esto me esfuerza)
Que me he casado por fuerza,
Si me caso á bofetones.
No porque no puede ser
Mi igual doña Inés, mas sólo
Porque deste al otro polo
Mi historia se ha de saber;
Que cuando fuera ganancia
De mi noble nacimiento,
No quiero yo casamiento
Con tan fea circunstancia.

CONDESTABLE.

Mis brazos te quiero dar,
Porque hasta ahora no has sido
Mi hermano.

FARO.

Yo he conocido
Lo que te debo estimar.

DON ÁLVARO.

Mis brazos le doy también,
Señor, á Vueseñoría.

VISEO.
Yo volveré á quien me envía,
Mas no despachado bien.
Y suplico cuanto puedo,
Aunque parezcan errores,
Siendo tan grandes, señores,
Los recelos deste miedo,
Que se trate bien del Rey,
Que es nuestro dueño absoluto.

GUIMARANS.
Viseo, ese honrado fruto
Nace de vivir en ley
Que nos muestra como á vos
Que al Rey, en la paz ó guerra,
Respetemos en la tierra,
Porque está en lugar de Dios.
Los príncipes en el suelo
Somos en toda ocasión,
Lo que los ángeles son
Delante del Rey del cielo.
Porque de aquel propio modo
Se debe, por excelencia,
Á cuanto hiciere obediencia,
Y darle gracias por todo.

VISEO.
Si esta inferior jerarquía
Es imitación, señor,
De la esfera superior,
Alto pensamiento os guía.
Yo voy, y le contaré
Vuestra humildad.

CONDESTABLE.
Id con Dios.

Vase Viseo.

GUIMARANS.
Yo hice lo que los dos
Me aconsejasteis.

CONDESTABLE.
Bien fué;
Que no os habéis de casar,
Dando al mundo qué decir;
Que bien sabréis vos sufrir
Un destierro en tierra ó mar.

GUIMARANS.
Mas ¿que al África me envía?

CONDESTABLE.
Como á mí, no lo dudéis.
Gracias á Dios, que tenéis
Para entonces compañía.

DON ÁLVARO.
Miren Vuestras Excelencias
Que juntos estamos mal.

FARO.
Bien dices; que en tanto mal
No faltarán diligencias
Para saber lo que hablamos.
Un rato al Duque dejemos.

GUIMARANS.
Aquí estoy.

CONDESTABLE.
Presto os veremos.

FARO.
Vamos al palacio.

DON ÁLVARO.
Vamos.

Vanse.

El Rey, D. Egas, D.ª Elvira y D.ª Inés.

DOÑA ELVIRA.
Ya te doy el parabién,
Que bien te lo puedo dar.

DOÑA INÉS.
¿Que me tengo de casar?

DOÑA ELVIRA.
Ya, ¿no te he dicho con quién?
Y á la Reina mi señora
(Para que su voto diese,
Y sin ella no se hiciese)
Acabo de hablar ahora.
En ello está bien, y muestra
Contento.

DOÑA INÉS.
La fuerza es ley,
Siendo voluntad del Rey,
Pues esta sola es la nuestra.

REY.
Yo tengo, Inés, gusto desto.
Casada estaréis mejor.

DOÑA INÉS.
Pienso que será, señor,
Pensamiento poco honesto.
¿Cómo le daré la mano
Á quien la puso en mi rostro?
Humilde á esos pies me postro,
Como á señor soberano,
Para que miréis mejor
Á cuál hombre me entregáis;
Que más honor me quitáis
Adonde me dais honor.
Yo perdono al Duque sólo
Con que á Guimarans se vaya,
Á Castilla ó á su raya,
Aunque es poco el otro polo
Para apartarle de mí,
Para no sentir mi afrenta.

REY.
Corre tu honor por mi cuenta.
Elvira lo quiere así:
Haz mi gusto, pues yo hago
El de Elvira.

DOÑA INÉS.
Obedecer
Es justo, que soy mujer.

DON EGAS.
Yo tengo mi justo pago. (Aparte.)
Esta falsa arquitectura
Del edificio que alcé
Contra el Duque, hoy la tiré
Sobre mi propia ventura.

Perdí á Inés, perdí á mi bien.
Por el mismo filo he sido
De mis contrarios herido,
Y muerto diré también.

Visco.

VISEO.

Yo fuí, señor, á la prisión, adonde
De Guimarans el Duque preso queda.
Dije vuestro recado.....

REY.

Y ¿qué responde?

VISEO.

Que no es posible que casarse pueda,
Por ser violencia; no porque en tal dama
No haya valor que al de su sangre exceda.
En efecto, no quiere que la fama
Diga que se casó por tal suceso.

REY.

Hoy mi poder á la venganza llama.
¿Escuchóse jamás tan loco exceso
De vasallo á señor? Don Egas, parte;
Que estoy perdiendo de furor el seso.
Al Condestable di, sin que se aparte
De ti, que luego salga desterrado
Al África, á Castilla ó á otra parte.
Al de Faro también.

DON EGAS.

Estás airado.....

REY.

Don Álvaro travieso también salga.

DON EGAS.

¿Y el Duque?

REY.

Ya lo tengo imaginado.
Yo haré este día una venganza hidalga
En hombre con mujer tan atrevido,
Sin que Castilla ni Aragón le valga.

DON EGAS.

Yo voy á obedecerte.

Vase.

VISEO.

No he querido
Pedirte, gran señor, piedad, mirando
Que cada cual lo tiene merecido.
También crece en los reyes, castigando,
Su opinión y respeto: bien has hecho.
Salga la inobediencia murmurando;
Que éste es castigo digno de tu pecho.

REY.

Todos los que á su rey le cansan, primo,
Como éste y otros muchos que sospecho,
No es bien echarlos luego.

VISEO.

Pues animo
Vuestro valor Real contra los hombres
Que más ahora en Portugal estimo;
Bien veréis si es razón.

REY.

Pues no te asombres
De que también te aleje de mis ojos,
Porque estás en la lista de sus nombres.
Y pues me das, cuñado, más enojos
Que todos juntos, véte luego al punto.

VISEO.

¿Hablas por pesadumbre ó por antojos?

REY.

Primo, no repliquéis: por todo junto.

Vase.

VISEO.

¿Qué os parece?

DOÑA ELVIRA.

Que no sé
Cómo os diga mi dolor.
Celos son de vuestro amor.

VISEO.

¡En qué mal punto le hablé!
Pensé con lisonjas viles
Ganar, Elvira, su gracia,
Y he caído en su desgracia.

DOÑA INÉS.

Son como telas sutiles
Las condiciones Reales:
Cualquiera cosa las rompe.

VISEO.

Porque mi gusto interrompe
En ocasiones iguales,
Muestro, Elvira, sentimiento;
Que por la corte, no hubiera
Cosa en que yo recibiera
Más gusto y mayor contento.
Y pues sé que celos son
(Que otra causa no le he dado
Sino es el ser su cuñado,
Que no es pequeña ocasión;
Que un cuñado es imposible
Que no enfade, porque tiene
Algo de suegro), conviene
Volver al rigor terrible
De su violencia y crueldad
La espalda, y obedecer;
Que en los reyes suelen ser
Los enojos tempestad.
Parece que todo el suelo
Han de acabar truenos y agua;
Pero luego que desagua
La furia, serena el cielo,
El sol se muestra y declara.
Tal son los reyes airados;
Mas, los enojos pasados,
Vemos el sol de su cara.
Quedaos, Elvira, en buen hora.
Yo me voy.

DOÑA ELVIRA.

Si vez alguna
Se ha mostrado la fortuna
De mis desdichas autora,

Es en aquesta ocasión.
¿Pensáis verme?

VISEO.

Yo os veré;
Que de secreto vendré,
Pues pocas las leguas son
Desde la primera aldea
De mi tierra, en que he de estar,
Á Lisboa, si hay lugar
Para que de noche os vea.

DOÑA ELVIRA.

Ayudando á mi remedio
Doña Inés, no faltará.

DOÑA INÉS.

Lugar, señor Duque, habrá;
Que no hay mar ni tierra en medio
De dos que se quieren bien.

VISEO.

Pues voyme; que si en el vuestro
Hallara el amor que os muestro
Memoria, y el Rey desdén,
Mientras más piensa y procura
Que en el mundo no le habrá,
Más presto amor buscará
Tiempo, lugar y ventura.

Vase.

DOÑA INÉS.

Triste quedas; es razón.
Gran caballero es Viseo.

DOÑA ELVIRA.

Tan justamente me empleo,
Que mis esperanzas son
Para dar envidia al mundo.
Merece ser rey.

DOÑA INÉS.

De suerte
Que he sospechado su muerte,
Y en este temor lo fundo.

DOÑA ELVIRA.

Líbrele el cielo.

DOÑA INÉS.

Aquí vienen
Mis enemigos: adiós.

Vase.

El Condestable, Faro y D. Álvaro.

CONDESTABLE.

Juntas estaban las dos.

FARO.

Amistad pienso que tienen.

CONDESTABLE.

Doña Elvira.....

DOÑA ELVIRA.

¿A qué venís?

DON ÁLVARO.

Pues ¿qué ha dicho el Condestable?.....

DOÑA ELVIRA.

¿Qué peligro más notable,
Pues en desgracia vivís
De Su Alteza, y confirmada
Con lo que al Duque responde?

CONDESTABLE.

Si el Rey su gracia me esconde,
Mi voluntad no es culpada.
Las estrellas determinan
La ventura con los reyes;
Ellas ordenan las leyes
Á que los llevan é inclinan.
Yo le serví, doña Elvira.

DOÑA ELVIRA.

Don Egas os viene á hablar:
Tenga en vos mayor lugar
La obediencia que la ira.
Haced como caballero
En callar y obedecer;
Que consejo de mujer
Nunca fué malo el primero.

Vase.

Don Egas.

DON EGAS.

Aunque yo no quisiera, Condestable
De Portugal, venir con tales nuevas,
Siendo forzoso obedecer al Príncipe,
Cumplo, como vasallo, lo que manda.
Y manda el Rey que de su corte y reino
Salgáis, eternamente desterrado.
Ansí os lo notifico.

CONDESTABLE.

Eternamente
Sólo destierra Dios; que aunque Su Alteza
Piense que eternamente nos veremos,
Ya vendrá día en que los dos estemos
En tribunal adonde su sentencia
Escuchen el rigor y la inocencia.

FARO.

Bien fuera que Su Alteza diera causa.

CONDESTABLE.

Quedo, Conde de Faro; que del modo
Que al cielo no podemos preguntarle
Por qué nace uno pobre y otro rico,
Ansí á los reyes, en decretos suyos,
El superior es Dios: ya tienen día
En que darán á Dios su residencia.

DON EGAS.

El Rey tendrá ocasión.

CONDESTABLE.

Y yo paciencia.

DON ÁLVARO.

¿Cuál ocasión el Condestable ha dado?

DON EGAS.

Don Álvaro, si aquí viniera escrita,
Yo lo dijera, á fe; pero no viene:
Y ansí, callar y obedecer conviene.

FARO.

Si no hubiera traidores en el mundo,
Troya estuviera en pie, Grecia en su fuerza.

DON EGAS.
Señor Conde, lo mismo os notifico.
DON ÁLVARO.
¡Á mi hermano! ¿Por qué?
DON EGAS.
Y á vos y todo.
FARO.
¡Á don Álvaro!
DON ÁLVARO.
¡Á mí!
DON EGAS.
Yo cumplo en esto
Mi obligación: salí del reino presto.

Vase.

CONDESTABLE.
«Salí del reino presto.» ¿Hay tal desdicha?
FARO.
¿Esto sufriste á un bárbaro villano?
DON ÁLVARO.
¿Queréis aventurarme á mí, señores,
Que soy vuestro menor y más inútil?
CONDESTABLE.
Don Álvaro, no intentes nuestra afrenta,
Ni des causa á los daños que nos hacen.
Más vale que inocentes padezcamos.

El Rey y D. Egas, entreabriendo una cortina, sin ser vistos.

DON EGAS.
Desde aquí puede verlos Vuestra Alteza.
REY.
¿Podrán verme? (Aparte á D. Egas.)
DON EGAS.
No te verán sospecho,
Ó con esta cortina cubre el rostro.
REY.
Desde aquí quiero oir lo que murmuran.
CONDESTABLE.
¡Cuán diferente de su padre ha sido
El rey don Juan! ¡Oh santo don Alfonso!
¿Es posible que aquéste es hijo tuyo?
FARO.
No es posible que el Rey así nos trate,
Aunque su condición tan fuerte sea.
De alguna aljaba aquestas flechas salen.
DON ÁLVARO.
Esa, ¿no conocéis que es de don Egas?
DON EGAS.
Por mí comienzan ya: mire tu Alteza
Si saben que me han dicho sus traiciones,
Pues temen que yo he sido el que las dijo.
CONDESTABLE.
De todo tiene doña Inés la culpa.
DON ÁLVARO.
¡Que él se fíe de hombre que ha tenido
Sus principios en África!
DON EGAS.
¿No escuchas
Las insolencias destos desterrados?
¿Cuál honra puedo yo tener más grande
Que haberme dado en África principio
Mi generoso abuelo?
REY.
Pues ¿qué quieren
Decir éstos en eso?
DON EGAS.
Que mi padre
Sirvió á los tuyos contra el Moro en África,
Y que por eso me dejó esta hacienda,
Como si la que da la guerra á un hombre
No fuese la mejor.
REY.
Pues ¿quién lo duda?
Los reyes por las armas lo ganaron,
Que la primera vez no lo heredaron.
CONDESTABLE.
Espero en Dios que sucesión no tenga.
FARO.
Y yo de ver al Duque de Viseo
En el lugar que su virtud merece.
REY.
¿Ves cómo tienen trato con el Duque?
DON EGAS.
Dicen éstos aquí lo que desean,
Mas no que sepa el Duque sus deseos.
REY.
¿Cómo defiendes tanto al Duque?
DON EGAS.
Estimo
La virtud de un mancebo generoso,
Á quien hombres, muchachos y mujeres
Bendicen por las calles en Lisboa.
REY.
Calla, don Egas, que estás necio.

Vase.

DON EGAS.
Fuése.
No traigo muy segura la cabeza.

Vase.

CONDESTABLE.
Paréceme que siento en aquel paño
Gente escondida.
FARO.
Creo, Condestable,
Que si en las casas tienen las paredes
Oídos, en Palacio oídos y ojos.
DON ÁLVARO.
Y aun lengua; que su voz oí.
CONDESTABLE.
Pues vamos,
Antes que mayor daño nos resulte.
DON ÁLVARO.
Adiós, Lisboa.
FARO.
Adiós, querida patria.

DON ÁLVARO.
Entre los ojos tu desdicha llevo.
CONDESTABLE.
Oh, malaconsejado Rey mancebo!

Vanse.

Felipa y Brito, riñendo; Colombo, con un palo en la mano, poniéndolos en paz.

COLOMBO.
Deteneos en mal hora.
BRITO.
Cuando hay gente, bien habláis.
FELIPA.
¿Desta suerte me tratáis?
BRITO.
¡Verá, pues, de lo que llora!
COLOMBO.
Dejadla ya, si queréis.
BRITO.
Avaos, Colombo.
COLOMBO.
No quiero.
BRITO.
Apercebir el mortero
Y el albayalde podéis:
Majad rábanos; que os tengo
De hacer cardenales tales,
Que no haya más cardenales
En Roma.
FELIPA.
¡Á este punto vengo!
Sois un ruin.
BRITO.
¿Quién?
FELIPA.
Vos.
BRITO.
¿Yo?
FELIPA.
Sí.
BRITO.
No es posible.
FELIPA.
Yo lo sé.
BRITO.
Avaos, Colombo.
COLOMBO.
No haré
Mientras que no os vais de aquí.
BRITO.
¿Yo soy ruin?
FELIPA.
Pues ¿qué sois vos?
BRITO.
Hablad con más tiento, Helipa,
Que os estrujaré la tripa.
FELIPA.
Por eso hay jüez.
BRITO.
¿Quién?
FELIPA
Dios.
BRITO.
Mas ¿que me quiere acusar
Á la santa Inquisición?
COLOMBO.
¿Sobre qué fué la cuestión?
BRITO.
Ahí fué sobre el habrar.
FELIPA.
Miente, que no tal.
BRITO.
Pues ¿qué?
FELIPA.
Sobre sus bellaquerías.
BRITO.
Avaos, Colombo.
COLOMBO.
En porfías
De vuesa madre me hallé,
Que fué por quien el refrán
Quedó de las tijeretas;
Ni gruñían dos carretas
Lo que ella y el sacristán.
Mas luego me respleutaba,
Que por medio me ponía.
FELIPA.
Mi madre menos sufría,
Menos ocasión le daba.
BRITO.
¿Era pequeña ocasión
Dar los bodigos á Juana?
Yo, ¿no la vi una mañana,
Que la tiró un mojicón?
FELIPA.
Mentís.
BRITO.
¡Ay! ¿Mentís á mí?
Avaos, Colombo.
COLOMBO.
¿Qué es esto?
FELIPA.
Yo os lo diré.
COLOMBO.
Decid presto.
BRITO.
No, sino yo que lo vi.
FELIPA.
No lo diré sino yo.
BRITO.
Avaos, Colombo.
FELIPA.
Llegad;
Que ha de hacerme verdad
Lo que de mi madre habló.
BRITO.
¡Que me casase mi dicha
Con hija de un sacristán!
FELIPA.
¡Oh, que os dé Dios mal San Juan!
Y eso, ¿no fué mi desdicha?

¿No érades vos un lacayo
Del Duque nuestro señor,
Que para ser labrador
Os puso mi abuela el sayo?

BRITO.

¡En verdad que fué blasón,
Que quien caballos de reyes
Trataba, trate con bueyes!

COLOMBO.

¿Sobre qué fué la cuestión?

BRITO.

En verdad, Colombo hermano,
Celos.

COLOMBO.

¡Acabara yo
Para mañana!

FELIPA.

Hoy habló
Con Inés la de Montano,
Y la pellizcó al pasar,
Y aun la requebré también.

BRITO.

¿Yo?

FELIPA.

Vos, lacayo.

BRITO.

Hablad bien;
Que la llegué á saludar.

FELIPA.

Tal salud tengáis.

BRITO.

Amén.

FELIPA.

Haced de la zorra muerta.

BRITO.

Pues un requiebro, ¿qué impuerta?

FELIPA.

¿No importa quererla bien?

El Duque de Viseo, Castro y Meneses, de camino.

VISEO.

Aquí podemos parar.

CASTRO.

No hay casa en aquesta aldea
Que tenga estancia, ni sea
Para que puedas pasar.

VISEO.

No reparemos en eso;
Que el ser de Lisboa cerca,
Con ningún precio se merca.
Ya os he dicho mi suceso.

MENESES.

Aquí está Brito casado,
El que tu lacayo fué.

VISEO.

En su casa posaré,
Que es secreto y hombre honrado.

BRITO.

¿Es aquél nuestro señor?

COLOMBO.

El Duque parece.

FELIPA.

Él es.

BRITO.

Dadnos, señor, vuestros pies.

VISEO.

Todos me tienen amor.
¿Es Brito?

BRITO.

¿No me conoce?
¿Dónde desta suerte?

VISEO.

Aquí.
Huélgome de verte así.

BRITO.

¿Por su vida?

VISEO.

Así me goce.

BRITO.

Si vais, señor, adelante,
Quedaos aquí sólo un día.

VISEO.

Y aun muchos estar podría,
Que es por agora importante.

BRITO.

Cuando albricias me pidiera
Su Excelencia, ¡voto al sol,
Que con ánimo español
Mi macho el rucio le diera!
Id, Colombo, á prevenir
La casa del cura.

VISEO.

Amigo,
Aquí no ha de haber testigo;
Secreto pienso vivir.
En la humildad de tu casa,
Brito, pasaré mejor.

BRITO.

Tan alta merced, señor,
De humanos méritos pasa.

VISEO.

Haced, Meneses, que luego
Que la ropa llegue aquí,
Se aderece.

MENESES.

Harélo ansí.

Vase.

VISEO.

¡Qué cansado y triste llego!
Dadme una silla, y tú, Castro,
Saca tu instrumento un poco.

Vase Castro.

BRITO.

Estoy de contento loco.
¡Quién tuviera de alabastro,
De mármol, de jaspe, aquí

Un palacio suntüoso!

VISEO.

¿Conmigo el Rey sospechoso?
¡Qué desdichado nací!

Don Carlos.

DON CARLOS.

¿Está aquí el Duque, amigos?

VISEO.

¿Qué es aquesto? (Aparte.)
¡Es don Carlos? Don Carlos, ¿dónde bueno?

DON CARLOS.

El Rey os manda que volváis.

VISEO.

¡Tan presto!

DON CARLOS.

Debió de arrepentirse.

VISEO.

No condeno
El arrepentimiento en los enojos.

DON CARLOS.

Vamos.

VISEO.

Yo iré. Mas de sospechas lleno; (Aparte.)
Que llevo mis desdichas en los ojos.

Vanse el Duque y D. Carlos.

BRITO.

Mas ¡qué poco dura el bien!

FELIPA.

No pasa tan presto el mal.

BRITO.

Un huésped tan principal
Vínome grande también.

COLOMBO.

Yo pienso que ha de volver:
La ropa dejan aquí.

BRITO.

Pues, Felipa, siendo ansí,
Amistades quiero hacer.
Venid á limpiar la casa:
Haya en todo tanto aseo
Como si fuera en Viseo.

FELIPA.

Presto veréis lo que pasa.

BRITO.

Ser vuestro amigo deseo.

FELIPA.

Y yo darte mil abrazos.

COLOMBO.

Confirme el cielo esos lazos.

FELIPA.

Que ¡mal haya yo si creo
De Juana ni de Locía,
Aunque sean como un oro,
Que no me queréis!

BRITO.

Te adoro,
Borrega del alma mía.

FELIPA.

Dame un abrazo en señal.

BRITO.

Avaos, Colombo.

COLOMBO.

Ahora sí.

FELIPA.

¿Quiéresme bien?

BRITO.

Como á mí.

FELIPA.

Pues vaya el mal para mal.

Vanse.

Guimarans y un Alcaide.

GUIMARANS.

¿Que no quiere escuchar el Rey mis quejas?

ALCAIDE.

Dicen que no hay orejas, hombres sabios,
En tanto que hay agravios.

GUIMARANS.

¿De su tierra
Mis hermanos destierra?

ALCAIDE.

Ansí parece.

GUIMARANS.

Si en él resplandece la justicia,
Y hubo en ellos malicia, bien ha hecho,
Estando satisfecho de su culpa;
Pero si los disculpa todo el mundo,
Ciego está su profundo entendimiento.

Don Egas.

DON EGAS.

En aqueste aposento el Rey os manda
Que entréis.

GUIMARANS.

¿Qué es esto que anda en mis oídos (Aparte.)
Diciendo á mis sentidos lo que niega
La razón, que no llega á ver mi daño,
Cierta del desengaño de mi culpa?
Don Egas, mucho os culpa quien os mira
Mover al Rey á ira.

DON EGAS.

¿Yo le muevo?
¡Qué buena paga llevo del servicio
Que he hecho al Rey! Mi oficio es la obediencia.

GUIMARANS.

Y el mío la inocencia que he tenido.
¡Ay, cortesano fementido y ciego! (Aparte.)
Mirad que hay Dios, don Egas.

DON EGAS.

Entrad presto.

GUIMARANS.

Humilde estoy y puesto en vuestras manos.
¡Ah, qué poco duráis, bienes humanos!
¡Dichoso aquel que vive en este suelo
Como que sabe que es su centro el cielo!

Éntrase.

ALCAIDE.
¿Á qué llaman al Duque?
DON EGAS.
El Rey lo sabe.
ALCAIDE.
No pensé que tan grave era su culpa.
DON EGAS.
Más al Duque le culpa la sospecha
De conjuración hecha por las manos
De todos cuatro hermanos.
ALCAIDE.
¿Eso es cierto?
DON EGAS.
Como es tan encubierto, no se alcanza.

El Rey.

REY.
Hoy tendré confianza de mi vida, (Aparte.)
Pensamiento homicida; hoy desde el cielo
Bajarás hasta el suelo la cabeza.
Don Egas.....
DON EGAS.
Gran tristeza en todos veo. (Aparte.)
¿Qué tienes, pues?
REY.
Deseo de venganza,
Aunque este nombre alcanza la malicia;
Porque lo que es justicia, es virtud santa.

Viseo y D. Carlos.

VISEO.
Dame tus pies.
REY.
Levanta, amado primo.
Notablemente estimo tu obediencia.
VISEO.
Venir á tu presencia no rehusara,
Si á morir me llamara Vuestra Alteza.
REY.
La obediencia es nobleza en el vasallo,
Que puede asegurallo de sospecha,
Y en amistad estrecha el odio vuelve.
VISEO.
Quien ama, presto absuelve cualquier duda.
Una verdad desnuda de artificio
Luego muestra el indicio de su fuerza
Contra quien más se esfuerza á derriballa.
Bien suele adelgazalla la mentira,
Si del extremo tira por rompella;
Pero no deshacella, que no puede.
REY.
Un rey, que á todo excede, pues los reyes
Deshacen y hacen leyes, mucho obliga
Á respeto.
VISEO.
Eso diga el que te tengo,
Pues á servirte vengo con tal furia.
REY.
El que á reyes injuria, y en su ausencia
Habla sin diferencia de su estado,
Debe ser castigado gravemente.
VISEO.
Cuando el rey es prudente, no se informa
De alguno que transforma las verdades
En otras calidades diferentes;
Que hay muchos pretendientes desa gracia,
Que estriba en la desgracia de los otros.
REY.
No juzgamos nosotros lo secreto.
VISEO.
Todo jüez discreto guarda oído
Al ausente ofendido.
REY.
Lo que sabe
El rey, y es caso grave, ¿está obligado
Á ser más informado? Más ¿qué espero?
VISEO.
Alejandro Severo, cuyo imperio
Fué tenido á misterio, no juzgaba
Si no se acompañaba de veinte hombres
De más famosos nombres de letrados,
Que estaban celebrados en el mundo.
REY.
En más razón me fundo que imaginas.
Alzad esas cortinas, porque estimo
Que este ejemplo mi primo mire atento,
Porque también le sirva de escarmiento.

Tirada la cortina, vese en una mesa de luto el duque de Guimarans degollado.

VISEO.
¿Para qué, invicto señor,
Que á Catón y Augusto excedes
En justicia y equidad,
Quieres que esto mire?
REY.
Advierte
Que te he mandado llamar,
Cuñado, para que temples
Los deseos y esperanzas,
Si de mi cetro la tienes.
¿Conoces esta cabeza?
VISEO.
No, señor; porque no puede
Hallar mi memoria un hombre
Que á tu valor se atreviese.
REY.
El Duque de Guimarans
Es el que tienes presente:
Mírale bien.
VISEO.
Pues el Duque,
¿Fué á Vuestra Alteza rebelde?
REY.
No digo que lo examines,
Mas sólo que lo contemples;
Porque de cosas tan graves
No se examinan los reyes.
Cuando sea necesario

Que á los príncipes parientes
Y á mi reino satisfaga,
Mis cartas lo harán en breve.
Vete á tu tierra, cuñado,
Y vive tan rectamente,
Que no te engañe la sangre;
Que tal vez la sangre suele,
Aunque sustenta la vida,
En las venas corromperse,
Y por guardar la cabeza,
La de los brazos se vierte.
Yo soy el rey, vivo estoy.

VISEO.

Y dos mil años aumente
El cielo, señor, tu vida.

Vanse el Rey, D. Egas y el Alcaide.

VISEO.

Don Carlos, ¿qué te parece?

DON CARLOS.

Que el Rey os quiere mostrar
En el ejemplo presente,
Que no os engañe el aplauso
De la humana humilde plebe;
Que no os desvanezca el vulgo,
Que os adora y encarece;
Que el Rey vive y es casado,
Y esperanzas de hijos tiene.

VISEO.

Pues ¿cuándo no he sido yo
El deudo más obediente
Que tiene Su Alteza? ¡Ay, Carlos,
Qué poco la envidia duerme!
Despertóla mi virtud
En algún pecho insolente,
Que no la afición del vulgo,
Que estima á quien lo merece.
Dios sabe mi corazón,
Y que al señor Rey ausente
He guardado aquel respeto
Que un hombre noble le debe.
Dadme licencia, que voy
Donde un monte y cuatro fuentes
Hablen conmigo; y aun creo
Que á las fuentes no me llegue,
Porque dicen que murmuran.

DON CARLOS.

Á lo mejor se resuelve
Vuestro entendimiento, Duque.

VISEO.

Adiós, corte; adiós, jüeces
Del albedrío del hombre.
¡Dichoso el que vive y muere
En su casa! Que en su casa,
Hasta los pobres son reyes.

ACTO TERCERO.

La Reina y D.ª Elvira.

REINA.

Dime toda la verdad.
Fíate de mí; bien puedes.

DOÑA ELVIRA.

Por tu mucha autoridad
Nace que obligada quedes,
Fuera de tu voluntad,
La sangre que tienes dél
A conservar á los dos.

REINA.

Yo seré hermana fïel,
Aunque me dió esposo Dios
Tan severo y tan cruel.

DOÑA ELVIRA.

¿Por qué causa le aborrece?

REINA.

Porque Portugal le adora,
Y él sabe que lo merece.

DOÑA ELVIRA.

Por mi desdicha, señora,
Sus méritos encarece.
¡Pluguiera á Dios que no fuera
De Vuestra Alteza el hermano
Tal que sospechas le diera!

REINA.

Si de ser al Rey tirano
El Duque intención tuviera,
Yo, Elvira, diera la espada
Con que su cuello cortara;
Pero que, estando inocente,
Acabar al Duque intente,
Su injusto pecho declara.

DOÑA ELVIRA.

Yo presumo que casado,
Estará dél más seguro.
Esto habemos concertado;
Esto, señora, procuro,
Y es de los dos deseado.
Verdad te quiero decir:
De noche suele venir
De la aldea donde está;
Que estima el hablarme ya
Mil veces más que el morir.

REINA.

¡Qué notable atrevimiento!
Y ¿cómo viene mi hermano?

DOÑA ELVIRA.

Amor le dió el fingimiento,
Que con hábito villano
Disfraza su pensamiento.
Embárcase con un hombre

Fïel y de humilde nombre;
Háblame de noche un rato,
Y vuélvese con recato,
Antes que el alba le asombre.
Tres noches ha que no viene;
Que estar el mar alterado
Con tormenta, le detiene;
Aunque en mis ojos le he dado
El mar que en bonanza tiene.
Esta noche viene aquí;
Si hablarle quieres, yo haré
Cómo puedas.

REINA.

¡Ay de mí,
Que apenas me atreveré,
Habiendo tantas en mí!
Pues hablar al Rey es cosa
Difícil y peligrosa.
No sé qué habemos de hacer.

DOÑA ELVIRA.

Bien lo puedes emprender,
Pues ya viene á ser forzosa.

REINA.

La mano y la sangre están
Tan presentes á mis ojos,
Del Duque de Guimarán,
Cuyos llorosos despojos
Voces á los cielos dan,
Que me tiembla el corazón.

DOÑA ELVIRA.

No temas, que en la ocasión
Serás Ester á sus pies
De este Jerjes portugués
Y deste español león.

REINA.

Yo voy; tú, Elvira, entretanto
Ruega el buen suceso al cielo.

DOÑA ELVIRA.

Yo confío en su Autor santo,
Que conociendo mi celo,
Se dolerá de mi llanto.

Vanse.

Viseo, con un gabán de villano; Brito, Meneses y Castro.

BRITO.

Mientras el mar está ansí,
No hay tratar de ir á Lisboa.

VISEO.

En una débil canoa
Me fuera yo cuanto á mí;
Que si es César alabado
Por el ánimo que tuvo
Cuando en la barquilla estuvo
Al rigor del mar airado,
No lo fuera menos yo
Entre amantes y galanes
Que él lo fué entre capitanes,
Cuyo valor enseñó
Á no temer la fortuna.

BRITO.

Siempre soldados y amantes
Fueron, señor, semejantes;
Que todo es guerra importuna,
Todo es conquista y porfía.
Pero no permita amor
Que te pongas al rigor
Del mar, cual César lo hacía;
Que él fué bienaventurado
Hasta alcanzar su corona,
Y á ti te tengo (perdona)
Por príncipe desdichado.
Si amor te fuerza á la guerra
Que conquista á doña Elvira,
Hasta que temple su ira
El mar, vamos por la tierra.

VISEO.

Hay grande peligro, Brito,
De ser conocido ansí.

BRITO.

Pues pasa en fiestas aquí,
Ó corre el verde distrito
Destos campos, entretanto
Que se abonanza la mar.

VISEO.

Quiero obedecerte, y dar
Por gloria á mis ojos llanto.

Un estudiante.

ESTUDIANTE.

Si el camino suele ser,
Llevando lo que es forzoso,
Tan cansado y enojoso
Y tanto al solo ofender,
¿Qué gusto podré tener
Á pie y con tal soledad
Y mucha necesidad,
Y más llegando á una aldea,
Sin consuelo de que sea
Rica y famosa ciudad?
Que, en efecto, un hombre allí
Halla comida y sustento.
¡Oh letras, cuánto tormento
Por vosotras pasa en mí!
Tratadme, letras, ansí,
Que no he de volver atrás.
¡Qué pobre y desnuda vas,
Mísera filosofía,
Como el Petrarca decía,
Y en mí se contempla más!
Allí hay dos hombres. Señores,
¿Habrá limosna que darme,
Por Dios, para repararme
Un rato de estos calores?

VISEO.

Somos pobres labradores.

ESTUDIANTE.

Y yo tan pobre estudiante,
Que en no me dando al instante

Algo palpable y visible,
Tengo por cosa imposible
Poder pasar adelante.
Pues si yo me muero aquí,
Mucho más que en sustentarme
Gastaréis en enterrarme.

BRITO.

Quedo, no os muráis ansí,
Que os parecéis ¡voto á mí!
Á cierta mujer que había,
Que adondequiera paría
Si lo que se le antojaba
Al momento no lo daba
El hombre que lo tenía.

VISEO.

¿Dónde vais?

ESTUDIANTE.

Voy á estudiar
Á Coimbra, donde he estado
Todo este curso pasado;
Que éste me he de graduar.

VISEO.

¿Pobre sois?

ESTUDIANTE.

Merezco estar
Más pobre, porque dejé
Mis cánones, y estudié
Astrología, de modo
Que me ocupó el tiempo todo,
Y necio y pobre quedé.

VISEO.

¿Astrólogo sois?

ESTUDIANTE.

Señor,
Que la sé bien imagino.

BRITO.

Pues si vos sois adivino,
Adivinad, pecador,
Algún vestido mejor
Y otro pueblo en que comer;
Que aquí no habéis de tener
Sino pulgas y calor.

VISEO.

Calla, Brito, que ha venido
Todo el bien que he deseado.

BRITO.

Qué, ¿por esto eres tentado?
Por cuerdo te había tenido.

VISEO.

Comida os daré y vestido
Y dineros que llevéis,
Si una figura me hacéis.

ESTUDIANTE.

¿Queréis interrogación
Ó nacimiento?

BRITO.

Intención
De comer hacer podéis.
¡Ved lo que la hambre muestra!

ESTUDIANTE.

Calla, necio.

BRITO.

Pues, discreto,
Yo os probaré, con efeto,
Que es falsa la ciencia vuestra.

ESTUDIANTE.

No es para bestias la nuestra.

BRITO.

¿Queréis ver por qué no os creo?
Porque ha rato que aquí os veo,
Y no decís ni sabéis
Que este labrador que véis
Es el Duque de Viseo.

ESTUDIANTE.

¡El Duque! Dadme, señor,
Los pies.

BRITO.

De aquesa manera,
También yo me lo dijera.

ESTUDIANTE.

Fuera descubrirlo error,
Si él se encubre por temor.

VISEO.

Hazme, amigo, una figura
De mi desdicha ó ventura.

BRITO.

Hijo, si la habéis de hacer,
Sea después de comer.
Allí arriba vive el cura.

VISEO.

Meneses.....

MENESES.

Señor.....

VISEO.

Á este hombre
Dad de comer y recado
De escribir.

ESTUDIANTE.

Voy con cuidado,
Para gloria de tu nombre,
Para que este necio asombre,
De acertar.

BRITO.

Será á comer,
Que vos, ¿qué podéis hacer?

MENESES.

Venid por aquí, señor.

ESTUDIANTE.

Págueos el cielo el favor.

VISEO.

Tú me la puedes traer.

Vanse Meneses y el estudiante.

VISEO.

En extremo estoy contento.

BRITO.

Por más cuerdo te tenía.

VISEO.

No es, Brito, la astrología
Para un rudo entendimiento.

BRITO.

Dióme aqueste pensamiento
Un librillo que tenía
De Diógenes, y decía
Que del hombre se admiraba,
Si el gobierno contemplaba
Con que en su ciudad vivía.
Viendo para cada cual
Jüez, pena, premio y ley,
Para la obediencia el rey,
Y el médico para el mal,
Decía que era animal
Sabio; pero cuando vía
Que al astrólogo creía,
Rudo animal le llamaba.

VISEO.

Dïógenes acertaba;
Mas no amaba ni temía.
Dame un hombre con amor,
Y consultará el infierno
Por ambición, por gobierno,
Ó por temor del mayor.
Yo tengo amor y temor:
¿Qué no quieres que consulte,
Aunque más me dificulte
El ser verdad ó mentira?

BRITO.

Ruega al cielo, al cielo mira,
Para que bien te resulte.

Felipa y Dorena.

FELIPA.

Solo está; nadie ha venido.

DORENA.

Guarde Dios á Vuecelencia.

FELIPA.

¿No tiene linda presencia?

DORENA.

Tal su dicha hubiera sido.

VISEO.

Sabiendo mi soledad,
Tarde me venís á ver.

DORENA.

Hemos tenido que hacer,
Y yo estuve en la ciudad.

VISEO.

Pues, Dorena, ¿qué decían
De mis cosas por allá?

DORENA.

Que á la corte faltan ya
Los que más la ennoblecían.
Todos tienen gran tristeza.

Colombo, Turindo, Serrano y músicos.

COLOMBO.

Bien podéis todos llegar.

TURINDO.

Pardiez, que viene á alegrar
Todo el puebro á Vuesa Alteza!

VISEO.

Quedo, Turindo; no es bien
Darme ese título á mí.

TURINDO.

Vos lo merecéis, y aquí
Todos quieren que os le den.
Á entreteneros venimos,
Gran señor, pues no queréis
Ir hoy á caza.

COLOMBO.

Hoy veréis
Con el amor que os servimos.
Letras les dió el sacristán
A Melampo y á Fileno.

VISEO.

¿Hay algún romance bueno?

COLOMBO.

Sí, señor, de don Roldán.
Mas éste sacóle Brito
De su cholla.

BRITO.

Yo, á la fe.

VISEO.

¿Sois poeta?

BRITO.

¿No se ve?

VISEO.

¿Adónde?

BRITO.

En el sobrescrito.

VISEO.

Pues ¿tienen fisonomía
Particular los poetas?

BRITO.

¿Luego no?

VISEO.

Cosas secretas.....

BRITO.

¿No se conoce en la mía?
Lo primero, ha de tener
Un poeta la cabeza
Sobre el hombro, porque es pieza
En que consiste el saber;
Junto al cabello la frente;
La nariz en la mitad
De la cara.

VISEO.

Eso es verdad.

BRITO.

Y ¡cómo! verdad patente.
La boca es de grande efeto
Que esté.....

COLOMBO.

Mira lo que dices.

BRITO.

Debajo de las narices,
Para que sea discreto,
Y para comer también.

VISEO.

¡Lindas señas!

COLOMBO.
Extremadas.
VISEO.
Sentaos.
DORENA.
Aquí hay almohadas
Para que vos estéis bien.
VISEO.
Vaya un juego.
SERRANO.
¿Cuál será?
DORENA.
Hágase el del Rey.
FELIPA.
¡Famoso!
Puesto que será forzoso
Mirar á quién se le da,
Porque ha de ser muy discreto.
BRITO.
Si es por discreto, yo soy
El más discreto.
COLOMBO.
Y yo, ¿estoy
Por bestia?
SERRANO.
Tened respeto.
BRITO.
Colombo, ya os tengo dicho
Que conmigo no os metáis
TURINDO.
Muy necios todos estáis.
BRITO.
Puesto se me ha en el capricho
Que os he de descalabrar,
Colombo.
VISEO.
Bueno está, Brito.
BRITO.
Yo callaré.
DORENA.
Yo los quito
Á los dos de porfiar,
Dando al Duque, mi señor,
La corona.
SERRANO.
Dices bien.
Hazla, pues, de presto.
TURINDO.
Y ¿quién
Lo merece ser mejor?
DORENA.
Aquí de un verde laurel
Y las flores que Abril pinta,
La haré..... Mas fáltame cinta.
FELIPA.
Toma este listón.
DORENA.
Con él
La tejeré en dos momentos.

Vase.

Don Carlos.

DON CARLOS.

Aparte, sin ser visto de los demás.

Aunque con priesa he venido,
Viendo al Duque divertido
De sus altos pensamientos,
No le quiero interromper
El gusto con que en su aldea
Vive. ¿Quién habrá que crea
Que en esto se venga á ver?
¡Cuánto mejor vivirían
Aquí muchos cortesanos!

Dorena, con una guirnalda de flores.

DORENA.
Basta; que á las propias manos
Las flores se me venían,
Como imaginaba el prado
Que eran para su señor.
FELIPA.
Pónsela.
DORENA.
Y fuera mejor
De Portugal.
VISEO.
En cuidado
Me habéis puesto. ¿Qué he de hacer?
FELIPA.
Dar oficios, porque luego
Dellos se comience el juego.
DON CARLOS.
¿Puede más contento haber? (Aparte.)
¡Dichoso el que vive aquí
Sin envidia y ambición!
VISEO.
Ya soy rey.
BRITO.
Y era razón.
VISEO.
Ni aun de burla habléis ansí.
Hago á Brito camarero,
Y á Colombo mayordomo.
¿Maestresala?
TURINDO.
Yo lo tomo.
VISEO.
Y á Serrano tesorero;
Caballerizo á Melampo.
COLOMBO.
Y á mí, señor, ¿qué me hacéis?
VISEO.
Rey, con el laurel que veis,
Aunque de flores del campo.

Llégase D. Carlos al Duque.

¿Qué es esto, Carlos? ¿Adónde.....

DON CARLOS.
Cartas os traigo.
VISEO.
¿De quién?
DON CARLOS.
De la Reina.
VISEO.
¡Tanto bien!
De albricias, os hago Conde.
DON CARLOS.
Recibo como de veras
La merced; leed aparte.
VISEO.
Si fuera á dároslo parte,
Todas fueran verdaderas.

Lee.

«Hermano, D.ª Elvira me ha dicho vuestro intento; yo estoy determinada de hablar á Su Alteza; por Dios os ruego que hasta que os vuelva á escribir no hagáis las temeridades que me dicen que hacéis, y no me respondáis, por quitar sospechas.—*Doña Catalina.*»

Yo he leído.
DON CARLOS.
Y yo querría
Volverme.
VISEO.
Quedaos aquí
Esta noche.
DON CARLOS.
No salí
Con más plazo que este día.
Grande merced recibiera;
Mas daré sospecha allá.
VISEO.
No os merecemos acá.
DON CARLOS.
Adiós, que la Reina espera.

Vase.

Meneses.

MENESES.
El estudiante se fué,
Y este papel me dejó.
VISEO.

Levantándose.

Amigos, ya se acabó
El juego, ya no podré
Ser rey por hoy; mas volved
Mañana: ocupado estoy.
Guárdeos Dios.
COLOMBO.
Contento voy.
VISEO.
Á todos haré merced.
Y tú, entretanto, Meneses,
Reparte entre todos luego
Mil ducados.
TURINDO.
¡Qué buen juego!
MENESES.
¿Qué harías más si rey fueses?
VISEO.
¿Qué le diste al estudiante?
MENESES.
Un doblón.
VISEO.
Pues vé tras él,
Y dale veinte.
MENESES.
Para él
Fué la figura importante.
VISEO.
Castro.....
CASTRO.
Señor.....
VISEO.
Parte luego
Á Lisboa, y á don Carlos,
Que sabrá mejor honrarlos,
Lleva el turco y el gallego;
Y si es poco, lleva el bayo
Y el andaluz con los dos.
CASTRO.
Yo parto.
BRITO.
Guárdete Dios
Para ser del mundo rayo,
Como Alejandro lo fué.
VISEO.
No me olvidaré de ti:
Cuando me vaya de aquí,
Brito, yo te dejaré
Cuanto á tu casa he traído,
Camas y tapicerías
Y plata.
BRITO.
Vivas más días
Que el mismo tiempo ha vivido.
No vean jamás las gentes
Tu vejez, llegues igual
Hasta el Jüicio final
Con tus muelas y tus dientes.
VISEO.
Brito, el tiempo se abonanza;
Apresta el barco.
BRITO.
Hasta el mar
Sabrás ablandar con dar;
Que el dar, lo imposible alcanza.
VISEO.
Vamos á Lisboa luego,
Que todo me siento arder,
Y no puede el agua hacer
Resistencia á tanto fuego.

Vanse.

El Rey, D. Leonardo, D. Luis y D. Diego.

REY.

Para que entienda el miedo que le tengo
De que en Castilla de mis cosas hable,
No porque así de su rigor me vengo,
Os hago, don Leonardo, Condestable.
También el premio á don Lüis prevengo,
Que ha sido su servicio inestimable:
Duque de Guimarans se llame, y luego
Conde de Faro el capitán don Diego.

DON LEONARDO.

Todos, señor, á vuestros pies postrados,
Estamos, como es justo, agradecidos.

DON LUIS.

Nuestros servicios fueron limitados,
Sin límite los premios recibidos.

DON DIEGO.

De que fueron en vos bien empleados,
No sólo lo mostraron admitidos,
Pero con premio tal, que hará animosos
Á los que la virtud hace envidiosos.

DON LUIS.

La Reina, mi señora, viene á verte.

La Reina.

REINA.

Hablar quisiera á solas á Tu Alteza.

REY.

Despejad, caballeros.

Vanse los tres.

REINA.

Si mi suerte
Halló gracia, señor, en tu grandeza,
Hazme un favor.

REY.

De tu intención me advierte.

REINA.

Mi hermano y doña Elvira.....

REY.

Ya no empieza
De manera el favor que sea posible.

REINA.

¡Oh, cómo tienes condición terrible!

REY.

¿No es casarse los dos?

REINA.

Y eso, ¿no es justo?

REY.

Ni aun razonable: no tratemos desto.

REINA.

Pésame que por mí tengas disgusto.

REY.

¿Querías otra cosa?

REINA.

Sólo aquesto.

REY.

Un justo amor no ha de pedir lo injusto.

REINA.

Guárdete Dios.

REY.

¿Por qué te vas tan presto?

Vase la Reina.

No respondió. No es mucho, que es su hermano.
Las lágrimas me encubre con la mano.

Don Carlos.

REY.

¿Adónde vas, don Carlos?

DON CARLOS.

Á Su Alteza
De la Reina buscaba.

REY.

¿Qué querías?
Di la verdad.

DON CARLOS.

No es cosa de importancia,
Ni la buscara yo cuando lo fuera.
Llevé una carta al Duque de Viseo,
Y véngola á decir que la he llevado.

REY.

¿Dióte respuesta?

DON CARLOS.

No, señor.

REY.

¿Qué dices?

DON CARLOS.

Que no me dió respuesta.

REY.

¿Que hace el Duque?

DON CARLOS.

Cierto que vive el pobre caballero
Entre unos labradores, harto rico,
Como tuviera un poco de filósofo.
Halléle entreteniéndose en mil juegos,
Representando un rey con sus vasallos,
Coronada de flores la cabeza.
Allí les repartía los oficios:
Á cuál dellos hacía mayordomo,
Á cuál su tesorero, á cuál le daba
Cargo de secretario; y desta suerte
Pasa la ausencia tuya y de la corte;
Que bien ha menester tanta paciencia
Quien vive en tu desgracia y en tu ausencia.

REY.

Vé, don Carlos, y habla con la Reina.

DON CARLOS.

Beso tus pies.

Vase.

REY.

¡Por qué de varios modos,
Caminos y discursos, me da el cielo
Aviso del intento deste mozo!

Don Egas.

DON EGAS.

Á darte gracias de mi parte vengo,
De la merced que has hecho á don Leonardo,
Á don Lüis y al capitán don Diego.

REY.

No me olvido de ti, si por ventura
Me reprehendes el no haberte dado
El premio del aviso que me diste.
Los bienes de don Álvaro, su hermano
Del Condestable, muebles y vasallos,
Te doy, don Egas.

DON EGAS.

Yo no lo decía
Para que se acordase Vuestra Alteza
De mis servicios.

REY.

¡Ah, don Diego! Deja,
Deja de hablar en cosas que no importan;
Tratemos de las mías, porque veas
Que en abonarme al Duque de Viseo
Has hecho un grande error.

DON EGAS.

¿De qué manera?

REY.

Carlos, que viene ahora de su aldea,
Me dice que le ha visto coronado
De más flores que pintan á Amaltea,
Y entre su gente, como rey, sentado.
Ahora podrás ver si lo desea,
Y está de sus amigos engañado.
Oficios daba, ya reparte oficios;
Que todos son de su esperanza indicios.
Según esto, ¿qué quieres que presuma?

DON EGAS.

Que en esa burla y juego se entretiene.

REY.

Burlando estaba; pero, pues en suma
Por él la Reina á que le case viene
Con doña Elvira, la atrevida pluma
Con que ha llegado al sol, perderle tiene.
Yo te la quiero dar, por darle enojos.

DON EGAS.

Abres los míos por quebrar sus ojos.
En ella los he puesto de secreto;
Pero jamás, señor, me declarara.

REY.

Vente conmigo; que hoy tendrán efeto
Tus pensamientos.

DON EGAS.

En su amor repara.

REY.

Cásate tú una vez; que el que es discreto
(Que en esto más que en todo se declara),
Sirviendo, amando y regalando, adquiere
Que le venga á querer quien no le quiere.

Vanse.

Viseo y Brito, de villanos.

VISEO.

Á buen tiempo tomé tierra.

BRITO.

Mucho fué no zozobrar
El barco, porque la mar
Le daba notable guerra
Con la mareta mayor
Que he visto en estos confines.
Pues el mirar los delfines
No era de menos temor:
Cuando en el agua dan vueltas
Y el lomo cerúleo asoman,
Los marineros lo toman
Por las señas más resueltas
De que el mar se ha de alterar
Y correr tormenta fiera.

VISEO.

Mayor el alma la espera
En la tierra que en la mar.
¡Ay de mi corta ventura,
Brito, si el Rey me halla aquí!
Y ¡ay, Brito, triste de mí,
Si el Rey quitarme procura
Todo mi bien! Que la adora,
Y de su loca afición
Nace la persecución
Que estoy padeciendo ahora.

BRITO.

¡Ay de ti, y aun ay de Brito,
Pues de Viseo el ducado
Será entonces vizcornado,
Y el Brito será cabrito!
Mas en empresa tan alta
Ten esperanza, de modo
Que vivas; que al faltar todo,
Nunca la esperanza falta.
Necio soy en dar consejo
Á un príncipe; pero amor
Me fuerza.

VISEO.

Cierto rumor
Oigo, Brito, en el espejo
De los cristales del marco.
¡Ay, si fuese el sol que adoro!
Que con ver sus rayos de oro,
Volveré contento al barco.

Doña Elvira, asomándose á una ventana.

VISEO.

No me engañó el pensamiento.

DOÑA ELVIRA.

¿Es el Duque?

VISEO.

Mi bien, sí.

DOÑA ELVIRA.

El alma me dió de ti,
Con divino movimiento.
¿Cómo estás?

VISEO.
Sin ti, perdido.
¿Y tú sin mí?
DOÑA ELVIRA.
Muerta estoy,
Porque tras mis males, hoy
El mayor me ha sucedido.

El Rey y D. Egas aparecen detrás de D.ª Elvira, y escuchan lo que dice.

DOÑA ELVIRA.
Ahí va en ese listón,
Atado en ese papel,
Todo el suceso cruel,
Porque no es ésta ocasión
Para decírtelo á voces.
Ata tu papel, y adiós.
VISEO.
¿Que aun no hablaremos los dos
Un instante?
DOÑA ELVIRA.
Ya conoces,
Mi señor, lo que te adora
El alma; no puede ser.
VISEO.
Lo que puedo responder,
Todo lo escribo, señora,
En ese papel. Adiós.
DOÑA ELVIRA.
Ya le subo. Adiós te queda.
REY.
Suelta el papel.
DOÑA ELVIRA.
¡Que esto pueda (Aparte.)
Mi desdicha!

Éntrase.

VISEO.
¡Ay de los dos,
Brito; que la voz del Rey
He conocido!
REY.
¡Hola, guarda!

Éntranse el Rey y D. Egas.

BRITO.
Pues ¿qué temor te acobarda
Contra la nobleza y ley
Que de caballero tienes?
Echa por aquí.
VISEO.
¡Ay, mi bien!
No te dejo; que también
Conmigo en el alma vienes.

Vanse.

El Rey, D.ª Elvira y D. Egas.

DOÑA ELVIRA.
Señor, pues ya Vuestra Alteza
Que me casaba sabía,
No juzgue á libertad mía
Esta amorosa flaqueza.
Lo mismo le respondí
Hoy, que don Egas me habló.
Eso el Duque me escribió,
Para saberlo de mí,
Con esos dos labradores
Que estaban en el terrero.
REY.
Mal pagas lo que te quiero,
Mal estimas mis favores.
Quieres bien lo que aborrezco,
Y aborreces lo que estimo.
DOÑA ELVIRA.
Señor, si el Duque es tu primo,
Si á tu cuñado me ofrezco,
¿Puedo yo mejor casar?
¿No casaste con su hermana?
REY.
Elvira, si el ser liviana
No te pudiera culpar,
No fuera mala elección.
Casamientos por amores
Con pensamientos traidores,
Llenos de sospechas son.
Casa con don Egas: mira
Que te puedo hacer más bien
Que el Duque.
DON EGAS.
¿Tanto desdén
Con quien os adora, Elvira?
Mirad que soy yo tan bueno
Como el Duque.
DOÑA ELVIRA.
¿Esto consiente
Vuestra Alteza?
REY.
Si no miente.....
DOÑA ELVIRA.
Sí miente, de infamias lleno.
¿Qué es decir que puede ser
Tanto como el Duque honrado?
Quien afrenta á tu cuñado,
¿En qué tiene á su mujer?
REY.
Elvira, menos rigor.
DON EGAS.
Déjela estar Vuestra Alteza.
DOÑA ELVIRA.
¡Tan bueno tú! ¿Qué nobleza
Puede tener un traidor?
DON EGAS.
Si presente no estuviera
El Rey.....
DOÑA ELVIRA.
Ves aquí mi cara;
Que en lo que el Rey no repara,
Ningún testigo te espera.
DON EGAS.
¿No tengo cabeza yo?

DOÑA ELVIRA.

Tales cabezas están
Seguras; que á Guimarán
Nunca el Rey se la cortó
Por el bofetón de Inés,
Sino por traiciones tuyas.

DON EGAS.

¿Que á mí, Elvira, me atribuyas
Lo que culpa de otros es?

REY.

No más: quítate de aquí;
Que ya tus engaños veo.

DOÑA ELVIRA.

Si aborreces á Viseo,
Mátale, señor, en mí.

Vanse.

Viseo y Brito.

BRITO.

No hay casa ni tienda abierta
Con que le puedas leer.

VISEO.

Brito, ¿qué luz puede arder
Á una esperanza tan muerta?
Pues irme al mar sin que vea
Lo que escribe doña Elvira,
Es mover el cielo á ira,
Que mi remedio desea.
Vé corriendo hasta la plaza
Del Rocío; que por ventura
Hallarás lumbre.

BRITO.

Procura,
Pues ves que el Rey te amenaza,
Huir la ronda.

VISEO.

Sí haré.

Vase Brito.

¡Ay, noche! Nunca te vi
Tan negra; mas para mí,
¿Cuándo tu luz no lo fué?
Luna, si escondes tu cara
Para que el Rey no me vea,
Sal, porque este papel lea,
Y máteme tu luz clara.
Una cruz pienso que está
En aquella esquina, y creo
Que tiene lumbre; deseo,
Vamos caminando allá.
No me engañé: ya se ven
Los rayos trémulos della.
Lámpara, más clara y bella
Que el sol, albricias os den
Con alabanzas ahora
Mis ya despiertos sentidos,
Como suelen en sus nidos
Los pájaros al aurora.
Leer quiero ¡oh luz! con vos
El papel..... Divina cruz,
No se ofenda vuestra luz,
Que esto es servicio de Dios.
Casarme quiero, cruz santa,
Y á vos os hago testigo
Que algún traidor, falso amigo,
Que yo lo soy me levanta.
Por el divino Señor
Que en vos sus espaldas puso,
Que adoro al Rey.

Suena dentro ruido de cadenas y una trompeta ronca, y espántase el Duque.

¡Qué confuso,
Qué ronco y triste rumor!
No acierto á leer. ¿Qué haré?
Temblando estoy. Cruz que adoro,
Yo os ofrezco cubrir de oro,
Si pediros la luz fué
Ofender vuestro valor.
Allí cantan. ¡Ay de mí!
¿Si es mujer? Pienso que sí,
Que está haciendo su labor.

Una voz canta dentro tristemente.

VOZ.

Don Juan, Rey de Portugal,
Ese que llaman el Bravo,
Quejoso vive en Lisboa
De sus deudos y vasallos.
Con su fuerte condición
Piensa que quieren matarlo
Los portugueses famosos,
Cuatro inocentes hermanos.
Al Condestable destierra,
También al Conde de Faro,
Y á don Alvaro, el menor;
Que la envidia puede tanto.

VISEO.

Y ¡cómo, si envidias pueden
Hacer un hombre pedazos,
Desde los cercos del sol
Hasta el mar de sus agravios!

VOZ.

Dentro.

Al Duque de Guimarans
Mandó en público teatro
Cortar la honrada cabeza,
Digna de roble y de lauro.

VISEO.

Temblando estoy, y esta cruz
Me pone mayor espanto.
Irme quisiera, y no puedo;
Su luz me parece un rayo.

VOZ.

Dentro.

Del buen Duque de Viseo,
Mancebo fuerte y gallardo,

Tiene mil quejas el Rey,
Con ser su primo y cuñado.
Guárdate, Duque inocente;
Guárdate, Abel desdichado;
Que malas informaciones
Ensangrientan nobles manos.

VISEO.

¿Que me guarde yo? ¿Por qué?
¿Por qué he de guardarme, estando
Inocente como estoy?

El Duque de Guimarans, difunto, con manto blanco y la cruz de la Orden de Cristo, pasa por delante del Duque de Viseo.

GUIMARANS.

Duque.....

VISEO.

¡Ay, cielos soberanos!

GUIMARANS.

Duque.....

VISEO.

¿Qué es esto que veo?

GUIMARANS.

Duque.....

VISEO.

Todo estoy temblando.

GUIMARANS.

Guárdate del Rey.

VISEO.

¿Qué dices?

GUIMARANS.

Que te guardes.

Desaparécese.

VISEO.

¡Cielo santo,
Dad favor á un inocente!

Cae, puesta la mano en la espada, la media de fuera.

Brito; Viseo caído en el suelo.

BRITO.

¡Con qué temerosos pasos
Busqué la luz, que más presto
Dará el día hermoso y claro,
Porque ya por el Oriente
Se miran celajes blancos!
Aquí está el Duque..... ¡Ay de mí!
Señor, ¿estás desmayado?
¿Qué tienes, señor? Responde,
Vuelve en ti, mira tu daño;
Mira que se acerca el día.
¿Has caído?

VISEO.

¡Ay, Brito! Vamos,
Vamos á la mar.

BRITO.

¿Qué tienes?

VISEO.

Allá lo sabrás de espacio.

BRITO.

Por esta calle se ve,
Señor, la orilla del mar.

VISEO.

¡Ay, Brito, no puedo andar!

BRITO.

¿Cómo caiste?

VISEO.

No sé.....
Pero si ocasión no fué
El ver lo que entonces vi
Para estar fuera de mí,
En mi vida tendré pena.

BRITO.

Noche de tinieblas llena,
¿Qué peligros no hay en ti?
¡Que bien de tus confusiones
Los escarmientos dijeron
Que tus tinieblas se hicieron
Para amantes y ladrones!
¡Oh luz divina, que pones
Gobierno y paz en el suelo!
¡Oh luz, divino consuelo,
Tú dices tu valor mismo!
Noche eterna es el abismo,
Y luz inmortal el cielo.
Si la luz no te faltara,
Por la obscuridad cruel,
Para leer el papel,
Nunca de ti me apartara.
Fuí por luz hermosa y clara,
Y cuando con luz volví,
Tan desmayado te vi,
Que aun ahora estás sin seso.

VISEO.

¿Á quién tan triste suceso
No le sacará de sí?
En aquella encrucijada
Donde me dejaste, Brito,
Tiene todo aquel distrito
Una lámpara colgada
Á la imagen venerada
De la santísima cruz:
Quise leer en su luz
El papel, y cuando llego,
Sale della un trueno y fuego
Como si fuera arcabuz.
Luego..... que apenas resisto
Las lágrimas y el espanto.....
Veo con el blanco manto
Y la roja cruz de Cristo
El que de mis ojos visto
Fué en palacio degollado,
Aquel Duque desdichado
De Guimarans. Mas al punto,
Él fué el vivo, yo el difunto.....
Todo el cabello erizado,
Pálido el rostro y sangriento,
¡Ay! dijo, no más, turbada
La voz; yo entonces la espada
Con manos de hielo tiento;

Y aunque con atrevimiento
Tal vez el cuello ha cortado
Del toro en Duero criado,
Ó del africano moro,
Allí cayó mi decoro
Por la tierra desmayado.

BRITO.

Todo el cabello me erizas
Y como un alambre pones.....
Pero son estas visiones
Quimeras antojadizas.
Como tanto sutilizas,
Tu pensamiento, del viento
Hace visiones.

VISEO.

Yo siento
Que no es sin gran ocasión,
Aunque las visiones son
Sombra que hace el pensamiento.

BRITO.

Todo su rigor cruel
Cesará con la alegría
(Pues ya se declara el día)
De lo que dice el papel.
Sácale, y verás en él
De todo tu mal consuelo.

VISEO.

Dices bien. ¡Ay, santo cielo,
Que el papel que le escribí
Es éste que tengo aquí!
¡Ay de mi corta ventura!

BRITO.

¿Qué le has dado?

VISEO.

La figura
Del astrólogo le dí.

BRITO.

Pues ¿adónde la tenías?

VISEO.

Aquí con otros papeles.

BRITO.

Déjale y no te desveles.
De buena mano le fías.

VISEO.

No pueden pasar dos días
Sin que á Lisboa volvamos.

BRITO.

El suyo, señor, leamos.

VISEO.

¡Que la figura le dí!

BRITO.

Lee el papel.

VISEO.

Dice ansí.

. . . . (1)

Lee:

«La Reina al Rey me pidió
Para ti, mi bien; que yo
Sólo nací para ti.
Negóse, aunque le ha costado
Lágrimas (¡ah, envidias ciegas!),
Y hoy dice que con don Egas
Me case (¡ay, fiero cuñado!)
Tuvo fuerte, y él airado
Porfía; si más porfía,
Tú verás la muerte mía
Primero que el Rey cruel.....»

BRITO.

Cierra, señor, el papel;
Que viene gente á la mar.

VISEO.

Haz el barco desatar,
Y entremos de presto en él.
¡Mísero yo! ¡Qué de cosas
Una tras otra persiguen
Mi vida, sin que mitiguen
Tantas ansias amorosas!
¡Qué tragedias lastimosas
Portugal pienso que mira
En mí, por una mentira!
¡Cielos, anégueme el mar
Si á don Egas ha de dar
La mano mi hermosa Elvira!

Vanse.

El Rey, con un papel en la mano; D. Egas y D. Carlos.

REY.

Ahora, ¿qué dirás del Duque fiero?

DON EGAS.

Admirado me tiene la figura.

REY.

Todo ha sido, en mi daño, verdadero.

DON EGAS.

Conozco ahora que reinar procura.

REY.

Mira las doce casas, mira entero
Todo este cuadro.

DON EGAS.

En él su sepultura
Trazó la astrología de su dueño;
Que venir á ser rey el Duque, es sueño.

REY.

Carlos.....

DON CARLOS.

Señor.....

REY.

¿Qué te parece desto?

DON CARLOS.

Que no será verdad la astrología.

REY.

Rey dice que ha de ser el Duque presto,
Y aquí lo funda en el que alumbra el día.
No tiene estrella ni planeta opuesto,
Saturno de su daño se desvía;
En la parte mejor de su fortuna,
Le mira bien el sol, mejor la luna.

(1) Falta un verso para completar décima.

No tiene aspecto menos que de trino
En todas las figuras de importancia.

DON EGAS.

¿No pudo errar, señor, ese adivino,
Ó escribir por lisonja ó por ganancia?
Mas ¿cómo á tu poder el papel vino?

REY.

Porque lo quiso el cielo.

DON EGAS.

Si de Francia,
Castilla ó Aragón le viene ayuda,
Dirá verdad esta figura muda.

REY.

Vé, Carlos, á llamarle; di que al punto
Contigo venga, y porque presto vayas,
Vé por el mar.

DON CARLOS.

Yo voy.

Vase.

REY.

Estoy difunto.

DON EGAS.

¿De cosas tan humildes te desmayas?

REY.

Don Egas, el remedio te pregunto.

DON EGAS.

Si ha de pasar las africanas playas,
Y con favor del Moro hacerte guerra,
Más yerras en echarle de tu tierra;
Pues si se va á Castilla, ó si se pasa
Á Francia ó Alemania, todo es daño.

REY.

¿Mataréle?

DON EGAS.

En secreto, y no en tu casa,
Con que te libras de cualquier engaño.

REY.

¿Y la Reina?

DON EGAS.

¿Qué importa, si se abrasa
Todo un reino?

REY.

Es mi esposa.

DON EGAS.

El desengaño
De la maldad del Duque, pues es cuerda,
Hará, señor, que el sentimiento pierda.

REY.

Es su hermana, don Egas, y es mi prima.

DON EGAS.

Pues déjale que reine y que te mate.

REY.

Mucho su sentimiento me lastima.

DON EGAS.

No hayas miedo que yo deso te trate.

REY.

¿Desa manera tu valor me anima?

DON EGAS.

Pues ¿qué te he de animar, si te combate
Tanto temor y amor?

REY.

Bien dices: muera.
¿Soy yo don Juan el Bravo?

DON EGAS.

Un poco espera.

Don Leonardo, D. Luis y D. Diego.

DON LEONARDO.

El Condestable, gran señor, me ha escrito
Dándome el parabién, con gran prudencia,
De la merced que me haces con su título.

DON LUIS.

Y á mí el de Faro con igual cordura.

DON DIEGO.

Pues no menos don Álvaro me escribe,
Y me encomienda sus vasallos.

REY.

Todos
Fingen que no lo sienten.

DON LEONARDO.

Por Dios, ruego
Á Vuestra Alteza vuelva al Condestable,
Que es un gran caballero, aqueste oficio.

DON LUIS.

Y yo lo mismo por el Conde ruego.

DON DIEGO.

Lo mismo por don Alvaro te pido.

REY.

¡Qué presto su piedad os ha movido!
Mas, pues rogáis por ellos, yo sospecho
Que debéis de seguir sus intenciones.
De su parcialidad os habéis hecho.

DON LEONARDO.

Nunca Dios quiera tal.

DON LUIS.

Si es que ellos tratan
Lo que sospechas, Dios lo sabe sólo.

DON DIEGO.

Mucho nuestra lealtad se agravia en esto.

Don Carlos.

DON CARLOS.

Notable dicha tengo en tu servicio.
Al entrar en la mar, al de Viseo
Topé con un criado, que llevaba
Un barco, y ya el arráez, levantado
El resón de la proa y la mesana,
Daba á los aires la tendida vela.
Díjele que por él venía, y luego
El barco á tierra acostan, y tomándola,
Dejó el gabán, y con espada y capa
Me sigue sin hablarme.

REY.

¿Dónde queda?

DON CARLOS.

Queda en la antecámara.

REY.

Pues éntre.

DON LEONARDO.
¿Aquí quieres hablarle?
REY.
Pues ¿qué importa?

Viseo, en hábito muy galán; Brito, de escudero.

BRITO.
Ten prudencia, y la cólera reporta. (Ap. á Viseo.)
VISEO.
Déme los pies Vuestra Alteza.
REY.
Detente; que no es razón
Dar los pies á la traición
Que sube hasta la cabeza.
VISEO.
Mire Vuestra Alteza bien
Cómo me debe tratar.
REY.
¿Qué tengo ya que mirar?
Porque en ti no miro á quién.
VISEO.
Soy su primo, y no es mejor
Ninguno de los presentes.
REY.
¡Tú mi sangre! ¡Mientes, mientes!
Que en mi sangre no hay traidor.
VISEO.
¡Yo traidor! ¿De qué manera?
Si al Duque de Guimarán
Por traidor muerte le dan,
Todo Portugal lo fuera;
Que si cualquiera inocente
Que á Vuestra Alteza le dé
Sospecha es traidor, no sé
Qué vasallo ni pariente
Se pueda llamar leal.
REY.
Niega que aquesta figura
No te ofrece y asegura,
Viviendo yo, á Portugal.
VISEO.
Hízola un pobre estudiante
Por lisonja, y se la dí
Á Elvira; fué yerro.
REY.
Aquí
Ya no hay disculpa importante.
VISEO.
Si alguno de los presentes
Me ha infamado en la lealtad,
Ninguno dice verdad;
Sólo tú, señor, no mientes.
REY.
¿Cómo?
VISEO.
Que no mientes digo,
Sino es quien dice que soy
Traidor.
REY.
¿Soy rey ó quién soy?
¿Esto pasa sin castigo?
Matalde vos, Condestable.
DON LEONARDO.
Yo, señor, culpa no veo.
REY.
Matalde, Conde.
DON LUIS.
Viseo
No ha sido en esto culpable.
REY.
Matalde, don Diego.
DON DIEGO.
Yo
No veo culpa.
REY.
Don Carlos,
Matalde.
DON CARLOS.
Debo imitarlos,
Y no hay causa.
REY.
¿Cómo no?
Don Egas, dalde la muerte.
DON EGAS.
No me lo mandes, señor.
REY.
¿Nadie me mata á un traidor?
Pues muera de aquesta suerte.

Dale el Rey con la daga, y él va retirándose y cayendo con las bascas de la muerte, y el Rey tras él y Brito.

VISEO.
¡Válgame el cielo, á quien hago
Testigo de mi inocencia!

Éntrase.

REY.
Yo ejecuté la sentencia,
Y de mi mano me pago.

Éntrase.

DON LEONARDO.
¡Braveza extraña!
DON EGAS.
Y crueldad
No vista en hombre.

El Rey, que vuelve; la Reina, D. Manuel, niño, Elvira y damas.

REINA.
¿Qué es esto?
¡Vos, señor, tan descompuesto!
DOÑA ELVIRA.
¿Qué tembláis, alma? Esperad. (Aparte.)
REY.
Si algún hombre, Catalina,
Tuviera intento y deseo

De querer matar al Rey
Para alzarse con su reino,
¿Qué mereciera?

REINA.

La muerte.

REY.

Pues con eso libre quedo
De haber muerto á vuestro hermano.

REINA.

¡Señor! ¿Mi hermano habéis muerto?

REY.

Quedo, quedo.

DOÑA ELVIRA.

¡Cielo santo!
¿Esto sufrís en el suelo?

DON MANUEL.

¿Por qué habéis muerto, señor,
Á mi hermano?

REY.

Estadme atento.
Ya yo dije á vuestra hermana,
La Reina, en breve suceso,
Cómo me quiso matar.

DON MANUEL.

Pues ¿de qué sabéis que es cierto?

REY.

De papeles y de indicios.

DON MANUEL.

Envidiosos lisonjeros.

DOÑA ELVIRA.

Dadme licencia, señor,
Para que éntre á ver el cuerpo.

REY.

¿Querrás llorar á tu esposo?

DOÑA ELVIRA.

Más que llanto á su amor debo.

Vase.

REY.

No quiero, Manuel, que alguno
Pueda presumir que he muerto
Á tu hermano por codicia,
Y por eso darte quiero
Su estado, que en mi poder
Por todas las leyes tengo;
Que al que es traidor se confiscan.
Advertid, Manuel, con esto
Que en mi lengua portuguesa,
Para enmienda y escarmiento,
Marqués de Viseo vos faço,
Duque de Aviso vos eo.
Guardaos, Manuel, y mirad
De vuestro hermano el ejemplo;
Y para que os acordéis,
Volved los ojos al cuerpo.

Descubren al Duque, sangriento, y en una almohada la corona y el cetro; y en otra D.ª Elvira con la mano en la mejilla.

REINA.

Dadme licencia, don Juan,
Para no mirarle.

REY.

Pienso
Que no me llamastes rey
Por ver ya difunto el vuestro.
Idos, don Egas, con ella,
No haga algún desconcierto:
Id vos, don Carlos, también.

Vase la Reina, las damas, D. Egas y D. Carlos.

Este ejemplo, caballeros,
Os toca á todos: mirad
Allí la corona y cetro.
Pero despertad á Elvira
De aquel desmayo.

DON LEONARDO.

No creo
Que volverá del desmayo,
Porque es el postrero sueño.

REY.

¿Es muerta Elvira?

DON LUIS.

Y tan fría,
Que ya no hay señal de aliento.

REY.

¿Matóse?

DON LEONARDO.

No se mató.

REY.

Pues ¿qué ha sido?

DON LEONARDO.

Amor inmenso.

Dan voces dentro.

REY.

¿Qué voces dan? ¿Qué rumor
Es éste? ¡Ah, guardas! ¡Porteros!

Don Carlos.

DON CARLOS.

¿Ha sucedido en el mundo
Tan espantoso suceso?

REY.

¿Qué es eso, Carlos?

DON CARLOS.

Señor,
Un labrador ó escudero
Del Duque, que desde el barco
Le vino hasta aquí siguiendo,
Así como vió á don Egas
Arremetió, y por el pecho
Le clavó toda la daga,
«Muere, villano», diciendo.
Acudió la guarda á él,
Y mil pedazos le han hecho.

REY.

¡Valiente escudero y noble!
Háganle un hermoso entierro.
¡Válame Dios! ¿Si don Egas

En estas cosas me ha puesto,
Pues Dios le castiga ansí?

DON LEONARDO.

Si como prudente y cuerdo
Nos quieres oir, sabrás
Que este traidor lisonjero
Te ha puesto en tantas desdichas.

REY.

Sí; mas no tienen remedio.
Á doña Elvira y al Duque,
Que en la vida no pudieron,
Muertos los junte un sepulcro,
Para que se gocen muertos.

DON CARLOS.

Aquí acaba la tragedia
Del *Gran Duque de Viseo*,
Á quien dió muerte la envidia,
Como hace á muchos buenos.

EL PRÍNCIPE PERFECTO

PRIMERA PARTE

EL PRÍNCIPE PERFECTO

PRIMERA PARTE

PERSONAS

El príncipe D. Juan de Portugal.
El rey D. Alfonso, *su padre*.
El rey D. Fernando el Católico.
La Reina D.ª Isabel.
La reina de Portugal.
Don Juan de Sosa.
Doña Leonor.
Doña Clara.
El Gran Prior de San Juan.
Benoí, *rey negro*.
Colón.
Beltrán.
Inés.
Esperanza.
Leonel de Lima.
Fernando.
Ruy de Silva.
Mendo Enríquez.
Un picador.
Un criado.
Un pretendiente.
Un viejo.
García.
Embozados.
Caballeros.
Damas.
Músicos.
Acompañamiento.—Gente.

ACTO PRIMERO.

El Príncipe, D. Juan de Sosa y Beltrán, de noche; este último retirado.

PRÍNCIPE.

La misma naturaleza
Tiene por varia, don Juan,
La belleza que le dan.

DON JUAN.

No se canse Vuestra Alteza.

PRÍNCIPE.

No me canso de mi gusto.

DON JUAN.

Ha gran rato que rondáis.

PRÍNCIPE.

Yo pienso que vos lo vais,
Y quitároslo no es justo (1).
Id con Dios (que por ventura
Tendréis que hacer); que yo sé
Las calles, y volveré,
Como persona segura,
De aquí á un rato á desnudarme,
Pues que la ciudad lo está (1).

DON JUAN.

Vuestra sospecha me da
Ocasión para quejarme,
Y ha sido gran disfavor
El decirme Vuestra Alteza
Que me vaya; aunque es nobleza
Dese divino valor.
Bien sé que seguro fuera
(Aunque no lo esté Lisboa)
Consigo mismo, á quien loa
Por Marte la quinta esfera;
Mas no hay gusto por quien yo

(1) Pienso que vais *cansado*, y no es justo quitaros vuestro *gusto*. *(Nota de D. Juan E. Hartzenbusch.)*

(1) Pues que la ciudad está *segura*, esto es, *tranquila*. Suponer que quiere decir *pues que la ciudad está desnuda*, parece menos oportuno, aunque no repugnante. *(Nota de Hartzenbusch.)*

Le dejase de servir,
Aunque me importe el vivir.

PRÍNCIPE.

¡Bravamente me agradó
Aquella dama que canta!

DON JUAN.

¿Quiere volver Vuestra Alteza?

PRÍNCIPE.

No me agradó su belleza,
Que no me pareció tanta;
Lo que canta me agradó.

DON JUAN.

Es algo tarde.

PRÍNCIPE.

Don Juan,
Muchos recelos me dan
Que os cansáis.

DON JUAN.

¡Yo, señor, yo!.....

PRÍNCIPE.

Ea, decí la verdad.

DON JUAN.

Si tuviera yo que hacer,
¿Habíalo de esconder
De Vuestra Alteza?

PRÍNCIPE.

Mirad
Que me enojaré.

DON JUAN.

Señor.....

PRÍNCIPE.

Decildo, por vida mía.

DON JUAN.

Por esa vida diría
Infamias contra mi honor.
Quiero bien, y soy querido.

PRÍNCIPE.

Yo no me espanto; mas ya
Que casado estoy, está
Cubierto el amor de olvido:
¡Tan tibiamente me acuerdo
De doña Ana de Mendoza!

DON JUAN.

¡Dichoso el reino que goza
Príncipe tan noble y cuerdo!
En fin, ¡que para obligarme
Á que yo diga á quién quiero,
Me lo decís vos primero,
Y así queréis animarme!

PRÍNCIPE.

Teneos; que no lo digo
Sino porque os quiero bien.

DON JUAN.

¡Tantas mercedes á quien
No os sirve!.....

PRÍNCIPE.

Soy vuestro amigo.
Tuve á don Jorge en doña Ana:
¡Bello niño!

DON JUAN.

Ángel del cielo,
En quien sólo puso el velo
La naturaleza humana.
Y pues tanto me obligáis,
Sabed que yo quiero bien.....

PRÍNCIPE.

Quedo: no digáis á quién,
Si no es que mucho gustáis.

DON JUAN.

¡Cómo no! Si (1) fuera cosa
En que luego Vuestra Alteza
Me cortara la cabeza.

BELTRÁN.

¿Dónde va don Juan de Sosa (Aparte.)
Con este honrado fidalgo
Tan hinchado y espacioso?

DON JUAN.

Soy en amores dichoso:
Con lo más que intento, salgo.
Habrá un mes que requebré
Cierta doña Clara aquí.....
Hablé, paseé, escribí,
Gasté, regalé y entré.

PRÍNCIPE.

De la puerta del favor
Es la llave el regalar

DON JUAN.

No sospechéis del entrar
Mas del hablarla, señor;
Que es mujer muy principal.

PRÍNCIPE.

Pues lo principal faltó.

DON JUAN.

En esto entretengo yo
Las noches.

PRÍNCIPE.

Hicisteis mal
El no avisarme primero;
Mas si es hora, juntos vamos.

DON JUAN.

Bien cerca, señor, estamos.
Esta es su casa.

PRÍNCIPE.

Yo espero:
Bien podéis seguro estar.

DON JUAN.

¿Qué decís?

PRÍNCIPE.

Que entréis os digo.

DON JUAN.

¡Señor!.....

PRÍNCIPE.

Don Juan, de un amigo
La puerta podéis fiar.
¿Quién es aquese escudero
Que traéis con vos?

DON JUAN.

Señor,
Era un pobre labrador;

(1) Aunque.

Vino á ser mi despensero,
Y porque un día le vi
Menear la blanca bien,
Le traigo conmigo.

PRÍNCIPE.

Á quien
Fiais el venir aquí,
Debe de tener valor.
Él no me habrá conocido.

DON JUAN.

No, señor.

PRÍNCIPE.

Que entréis os pido.

DON JUAN.

Quiero obedecer, señor;
Que ya sé vuestra grandeza
Y corazón generoso.

PRÍNCIPE.

Entrad seguro.

Éntrase D. Juan.

BELTRÁN.

¡Famoso (Aparte.)
Sueño me da en la cabeza!
Mi amo se entró; y pues tiene
Quien le guarde, yo me valgo
Desta rodela.

PRÍNCIPE.

¡Ah, fidalgo!

BELTRÁN.

Llama! ¡Á lindo punto viene!

PRÍNCIPE.

¿Cómo es el nombre?

BELTRÁN.

Beltrán.

PRÍNCIPE.

¿De dónde sois?

BELTRÁN.

Soy de Almada.

PRÍNCIPE.

¿Traéis buena espada?

BELTRÁN.

Espada
De las que ciñe don Juan.

PRÍNCIPE.

¿Sabéis de la negra bien?

BELTRÁN.

Desde que se fué de casa
No la he visto: todo pasa;
Lo negro es color también.
Mi amo os lo contaría,
Que por mi ocasión la echó.
El que á los blancos crió,
También á los negros cría.
Apasionóme el parir
Un mulato como un oro.
Si crece, ha de ser un toro.

PRÍNCIPE.

Si vos sabéis esgrimir
Con la negra, os preguntaba;
No si entre negros andáis.

BELTRÁN.

De lo que me preguntáis,
Señor, divertido estaba.
Siempre piensa el que tratando
Anda en algo que le apuntan,
Que es lo que otros le preguntan
Lo que él está imaginando.

PRÍNCIPE.

¡Discreta respuesta! En fin,
Vos ¿de la negra sabéis?

BELTRÁN.

Lo que basta para seis;
Que no soy espadachín.

PRÍNCIPE.

¿Y con la blanca?

BELTRÁN.

Con ésa,
Para uno.

PRÍNCIPE.

¡Buen tallazo
Tenéis!

BELTRÁN.

Bien pego un porrazo.

PRÍNCIPE.

¿Con fuerza?

BELTRÁN.

Fuerzas profesa
Mi dueño: ya vos sabéis
Que delante de los Reyes
De Castilla, como á bueyes
A cinco toros ó á seis
En Arévalo cortó
Los pescuezos con la espada;
Pero su fuerza no es nada
Con la que profeso yo.

PRÍNCIPE.

Á ver, encajad la mano.

BELTRÁN.

Tomad. ¡Ay!

PRÍNCIPE.

¿De qué os quejáis?

BELTRÁN.

Aunque otra vez la pidáis,
No ganaréis por la mano.

PRÍNCIPE.

Pues ¿qué fué?

BELTRÁN.

Que, de apretada,
Me hicisteis la mano un dedo.

PRÍNCIPE.

Mostrad, á ver.

BELTRÁN.

Téngoos miedo.

PRÍNCIPE.

Mostrad.

BELTRÁN.

Digo que no es nada.

PRÍNCIPE.

Pues veamos cuál á cuál
Tuerce el brazo: el brazo os pido.

BELTRÁN.

Yo me le doy por torcido.

PRÍNCIPE.

¿Desto os quejáis?

BELTRÁN.

¡Pesia tal!
Pues ¿qué prensa de bonetes
Me pusiera deste modo?
Las cuerdas tengo hasta el codo
Más negras que dos pebetes.
Si riñera con vos, digo,
Y no es la experiencia en vano,
Que por no daros la mano,
Nunca fuera vuestro amigo.
Y pues lo sois de mi dueño,
Suplícoos que le guardéis
Las espaldas, pues podéis,
Mientras yo me rindo al sueño.

PRÍNCIPE.

Dormid seguro.

BELTRÁN.

Ojo alerta.

Échase á dormir.

PRÍNCIPE.

¡Muy bien me empleo, por Dios,
Guardándoos el sueño á vos,
Y á vuestro dueño la puerta!
¡Oh noche desigual, del sol ausencia
(Ausencia, en fin, para que causes males),
Adonde tantas luces celestiales
No son de tus delitos resistencia!
Eres, mientras te ausenta su presencia,
Talega de ajedrez con piezas tales,
Que son en ti confusamente iguales,
Y del peón al rey no hay diferencia.
No pienses que la luna en ti se goza,
Ni con sus luces te hagas de los godos,
Pues tantos años ha que fuiste moza;
Porque siendo alcahueta de mil modos,
Te sirven las estrellas de coroza,
Para que miren tus infamias todos.

Cuatro hombres embozados.

HOMBRE 1.°

Gente suena en la calle.

HOMBRE 2.°

Y se pasea
Un hombre de buen talle. Hame enfadado
Que no haga caso de nosotros cuatro.

HOMBRE 3.°

¡Vive Dios, que se estira con desprecio!

HOMBRE 1.°

¿Darémosle con algo?

HOMBRE 2.°

No se excusa
Saber quién es.

HOMBRE 4.°

¿Quién va, señor fidalgo?

PRÍNCIPE.

Un hombre, como ven vuesas mercedes.

HOMBRE 4.°

En la hinchazón parece más de un hombre.

PRÍNCIPE.

Pues no soy más de un hombre, á quien com- [pone
Cuerpo y alma, sujeto á lo que todos;
Mas soy hombre de bien.

HOMBRE 1.°

Diga su nombre.

PRÍNCIPE.

Mi nombre es *Yo*.

HOMBRE 2.°

¿Qué es yo?

PRÍNCIPE.

Nombre de un hombre.

HOMBRE 3.°

Pues yo también soy yo.

PRÍNCIPE.

Pues bien: ¿qué quiere?

HOMBRE 4.°

Que nos diga quién es á cintarazos.

PRÍNCIPE.

¡Oh, pícaros infames!

Meten mano.

HOMBRE 3.°

Dale, Enrico.

Riñen.

PRÍNCIPE.

Á mí no me da nadie; que soy rico.

HOMBRE 2.°

¡Muerto soy!

HOMBRE 1.°

Huye, Vasco.

HOMBRE 4.°

Este no es hombre;
Demonio es.

Cae muerto el segundo, y huyen los tres.

Don Juan; D.ª Clara y Esperanza deteniéndole.

DON JUAN.

¡Afuera! ¿Qué es aquesto?

PRÍNCIPE.

¿Sois dellos vos?

DON JUAN.

Yo soy don Juan de Sosa.

PRÍNCIPE.

Y yo quien vos sabéis.

DOÑA CLARA.

Don Juan, teneos.

DON JUAN.

Dejadme, que la vida de un amigo
Á todo se antepone.

PRÍNCIPE.

Sosegaos.

Un hombre he muerto; la ocasión es suya;
Tres van huyendo; haced que, con secreto,
No se sepa quién soy, pues sois discreto.

Vase.

DON JUAN.
Ya se fué el caballero que era dueño
Desta pendencia, y díjome que estaba
Un hombre muerto.

DOÑA CLARA.
Y dos decir pudiera.

DON JUAN.
¡Ay de mí! ¿Qué es aquesto? Mi criado.....

DOÑA CLARA.
¿Beltrán por dicha?

DON JUAN.
El mismo.

DOÑA CLARA.
¡Ah, desdichado!

DON JUAN.
¿Tienes algún aliento?

Levántase alborotado Beltrán.

BELTRÁN.
¿Quién me llama?

DON JUAN.
¿Habló?

DOÑA CLARA.
Pues ¿no lo ves?

BELTRÁN.
Señor, ¿qué es esto?

DON JUAN.
¿Cómo te has levantado?

BELTRÁN.
Yo sospecho
Que fué teniendo pies.

DON JUAN.
¿No estás herido?

BELTRÁN.
Herido no, señor, sino dormido.

DOÑA CLARA.
¿Luego tú no has oído la pendencia?

BELTRÁN.
¿Hubo pendencia aquí?

DON JUAN.
Y un hombre muerto.
Cógele en brazos antes que amanezca.

BELTRÁN.
Aquel fidalgo (1)
Debió de sacudille por la panza;
¡Qué linda fuerza el bellacón alcanza!
Mas mira que no es bien que vaya solo.

DON JUAN.
Yo iré contigo. Clara, adiós.

DOÑA CLARA.
El cielo
Os guarde, mi don Juan.

BELTRÁN.
Señor difunto,
¿Por qué se hace pesado?

DON JUAN.
Acaba presto.

BELTRÁN.
Mire que vamos á nadar al Tajo.
¡Qué hermoso atún!

DON JUAN.
Por esta calle abajo.

Vanse D. Juan de Sosa y Beltrán con el muerto en brazos.

ESPERANZA.
¿Quién sospechas que sería
El amigo de don Juan?

DOÑA CLARA.
Otro don Juan, el galán
Como el sol que alumbra el día.

ESPERANZA.
¿Es el Príncipe por dicha?

DOÑA CLARA.
Y el hombre de más valor
Que ha visto el mundo.

ESPERANZA.
Mayor
Pudiera ser tu desdicha
Si él no fuera, cual lo es,
El agresor desta culpa;
Porque no hallaras disculpa
De ser la causa después;
Que es tan grande su justicia,
Mientras su padre está ausente,
Que le habla y tiembla la gente.

DOÑA CLARA.
Lo que temo es la malicia
De don Juan, que ha de decir
Que el hombre era mi galán.

ESPERANZA.
Los celos que no se dan,
Fáciles son de sufrir.

DOÑA CLARA.
Dices bien: hay dos maneras
De celos.

ESPERANZA.
Y ¿cuáles son?

DOÑA CLARA.
Los que toman sin razón
Los hombres por sus quimeras,
Y los que les suelen dar
Las mujeres.

ESPERANZA.
Esos tengo
Por peores.

DOÑA CLARA.
Yo me vengo
Fácilmente á disculpar
Con que ésta fué valentía
Del Príncipe, y no otra cosa.

(1) Verso incompleto.

ESPERANZA.
¡Gallarda espada!
DOÑA CLARA.
¡Famosa!
ESPERANZA.
¡Qué notable gallardía!
¡Matar uno y herir tres!
DOÑA CLARA.
Él es hombre que en Castilla
Le tienen por maravilla
Del mundo: un Hércules es.
En la batalla de Toro
Fué divino su valor......
En fin, salió vencedor.
En África tiembla el moro
Desde que le vió en Arcila
Acometer la muralla.
ESPERANZA.
Para más cruel batalla
Contigo la espada afila,
Si no me engaña el semblante;
Que alabar una mujer
Á un hombre..... ó quiere querer,
Ó ya quiere.
DOÑA CLARA.
No te espante,
Esperanza, mi alabanza,
Que el Príncipe la merece;
Pero es necio el que apetece
Lo que aun la vista no alcanza.
Desde que el Príncipe amó
Á doña Ana de Mendoza,
De cuyos amores goza
Tal fruto como le dió,
No se sabe que haya amado
Más que á su esposa, á quien tiene
Justo amor.
ESPERANZA.
Ya el alba viene,
El rostro en perlas bañado.
Entra, que te pueden ver.
DOÑA CLARA.
¡Terrible noche he pasado!
Nunca más he deseado
Ver la luz amanecer;
Que al fin, cuidado me dan,
Aunque estamos disculpadas,
Del Príncipe cuchilladas,
Y sospechas de don Juan.

Vanse.

El Príncipe, D. Juan y Beltrán.

PRÍNCIPE.
¿Hízose bien?
DON JUAN.
Y muy bièn.
Beltrán le arrojó en el mar,
Adonde quisiera echar
Mis celos.
PRÍNCIPE.
¡Celos! ¿De quién?
DON JUAN.
De aquel galán que pensó
Quitaros de aquella puerta.
PRÍNCIPE.
No pasaba á cosa cierta,
Según imagino yo,
Sino que es muy de cuadrilla
Reconocer hasta el nombre.
Era de buen talle el hombre.
DON JUAN.
Con eso agora acuchilla
Mis sospechas, y será
El hombre muerto mi amor
PRÍNCIPE.
Pues ¿de qué tenéis temor,
Don Juan, si el galán lo está?
Si yo amara, no me diera
Celos un muerto.
DON JUAN.
¿No son
Celos saber la ocasión
Y la deslealtad?
PRÍNCIPE.
Espera. (Aparte á D. Juan.)
¿Es aquel el escudero
Que anoche te acompañó?
DON JUAN.
Y el que en la mar le arrojó.
PRÍNCIPE.
Bien duerme.
DON JUAN.
Es hombre grosero,
Pero muy hombre de bien,
De la espada y del secreto.
PRÍNCIPE.
Vos os fiáis, sois discreto,
Sin duda sabéis de quién.
Dalde quinientos escudos
Como que vos se los dais.
DON JUAN.
Cuanto veis, señor, honráis.
PRÍNCIPE.
Soy amigo de hombres mudos.

El Gran Prior de San Juan.

PRIOR.
Déme los pies Vuestra Alteza.
PRÍNCIPE.
Seáis, Prior, bien venido.
Alzad y dadme los brazos.
¿Cómo queda el padre mío?
PRIOR.
Señor, el Rey vuestro padre
Á tantas tristezas vino
De ver sus pleitos, sus guerras,
Que del reino de su primo
El Rey de Francia salió
Sin despedirse, aunque ha sido

En extremo regalado
Y estimado con el mismo.
Una noche me apartó
De los demás y me dijo:
«Yo voy á Jerusalén.....»

PRÍNCIPE.

¡Á Jerusalén!

PRIOR.

«Que he visto
Por experiencia que el mundo
Es como un fingido amigo;
Que las mayores lisonjas
Y los mayores servicios
Paran en una traición;
Y fuera desto, imagino
Que proceden mis trabajos
De estar el cielo ofendido.
Y pues es por mis pecados,
Jerusalén peregrino
Me ha de ver, y yo he de ver
El gran sepulcro de Cristo.
Sólo os encargo que deis
Ésta al Príncipe mi hijo,
Porque es como testamento
Y el último codicilo
De mi voluntad postrera.»

PRÍNCIPE.

El amor hace su oficio.
Ya los ojos con el llanto
Impiden á los oídos
La historia más lamentable
Que nuestros reinos han visto.

PRIOR.

Con un capellán, señor,
Y dos criados, le vimos
Partir á Jerusalén,
Aunque de sus pies asidos,
Llorando tan tiernamente,
Estas palabras dijimos:
«¿Por qué dejas, claro Alfonso,
Tu reino, tu amado hijo,
Tus vasallos y tus deudos
En tanto dolor y olvido?
¿Por qué los cubres de luto,
Cuando con tal regocijo
Te esperan?»

PRÍNCIPE.

No digas más.

PRIOR.

De todos, llorando á gritos,
Se despidió, y se partió

PRÍNCIPE.

Si alguna cosa he tenido
Donde mi valor se esfuerce,
Es ésta.

DON JUAN.

Y yo lo confirmo
En la templanza que muestras.

PRÍNCIPE.

Leed, don Juan; que resisto
Á los ojos más que puedo.

DON JUAN.

Así dice.....

PRÍNCIPE.

¡Ay, padre mío!

DON JUAN.

Lee.

«De mis trabajos, amado hijo, no quiero darte cuenta; pienso que los sabes, y como yo los padeces: si algún consuelo en ellos me ha quedado, y en la última resolución que he tomado de no volver eternamente á Portugal, es ver que le dejo en ti. Sé piadoso Príncipe, como yo lo he sido; renuncio en ti mis reinos, y por última voluntad quiero que desde el día que ésta recibas, dejando el nombre de Príncipe, te llames Rey; y mando á mis vasallos que como á tal te obedezcan y besen la mano. Hazme encomendar á Dios, que yo tendré el mismo cuidado. Él te guarde y haga tan justo Rey, que excedas á tus pasados y á sus gloriosas memorias.»

PRÍNCIPE.

Al dolor desta carta, yo no siento
Más eficaz consuelo, Prior de Ocrato,
Que volver las espaldas.

PRIOR.

¡Sentimiento
Justo!

PRÍNCIPE.

Soy hijo, y no soy hijo ingrato.

DON JUAN.

Obedecerle es fuerza.

PRÍNCIPE.

Si á su intento
No hay dónde replicar, no le dilato
La ejecución; porque si dónde hubiera,
Ni él vivo, yo reinara, ni él se fuera.
Juntad, Prior, los títulos, prelados
Y consejeros luego, á quien se lea
La carta que traéis, y convocados
Á Cortes, luego obedecido sea.
Y vos, don Juan de Sosa, en mis cuidados
Siempre amigo, hoy es justo que se vea
Vuestra solicitud.

DON JUAN.

Que tienes, creo,
Justa satisfacción de mi deseo.

PRÍNCIPE.

Partid luego á Castilla, y á los Reyes
Católicos diréis de parte mía
Que ansí obedezco las paternas leyes.

DON JUAN.

Saldré de aquí sin detenerme un día.

PRÍNCIPE.

Daldes por mí las Pascuas y los Reyes;
Y si hubiere ocasión (que ser podría),
Tratad el casamiento del Infante,
Que *Príncipe* diréis de aquí adelante.

Vanse el Príncipe y el Prior.

DON JUAN.
¿Qué te parece, Beltrán,
Cómo vamos á Castilla?

BELTRÁN.
El ver no me maravilla
Rey al Príncipe don Juan
(Que en fin lo había de ser),
Mas ver que reine, viviendo
Su padre.....

DON JUAN.
Él lo va sintiendo,
Como se ha echado de ver,
Pues lágrimas le ha costado.

BELTRÁN.
Esas naturales son;
Mas cree que el corazón
Ni ha sentido ni ha llorado.

DON JUAN.
Yo creo de su grandeza
Que siente el reinar en vida
De su padre.

BELTRÁN.
Conocida
Su real naturaleza,
Se puede creer ansí;
Mas ¡vive Dios, que reinar
Á un mármol puede ablandar!
Y..... escucha una historia.

DON JUAN.
Di.

BELTRÁN.
En el cuadro de un jardín
De un gran señor castellano
Estaba un César romano
De mármol, medalla, en fin.
Mirándole un paje un día,
Le dijo: «César, albricias,
Si ver el laurel codicias
De la antigua monarquía;
Que hoy el cielo decretó
Vuelvas á reinar en Roma.»
Mira si placer se toma,
Pues la estatua se rió,
Y estuvo ansí muchos días,
Hasta que el paje volviendo,
Le dijo: «¿Qué estás riendo
Con esperanzas tan frías?
Que Octavio es Rey, César fiero.»
Y el mármol, como le oyó,
Dicen que á poner volvió
La boca como primero.

DON JUAN.
De la virtud de don Juan
Yo sé qué deba creer.
Él es Rey y lo ha de ser,
Y yo partirme, Beltrán.
Grande ventura he tenido,
Así por dar pena á Clara
Por una ofensa tan clara
Cual la desta noche ha sido,
Como por ver á Leonor,
Dama castellana y bella,
Pues ha dos años que en ella
Puse, Beltrán, tanto amor.

BELTRÁN.
¿De eso se te acuerda agora?

DON JUAN.
No; que quien se ha de acordar,
Primero se ha de olvidar,
Y siempre el alma la adora.
De su padre fuí en Toledo
Huésped: allí la ví yo,
Y allí me favoreció.

BELTRÁN.
Á la ausencia tengo miedo;
Que tiene, según he oído,
Si falta solicitud,
La cara de ingratitud
Y las espaldas de olvido.

DON JUAN.
Cuando me hubiese olvidado,
Agora, en volviendo á verme,
Leonor volverá á quererme.

BELTRÁN.
Dijo una vez un letrado
Que era el amor de mujer
Como tabla de barniz,
En cuyo blanco matiz
Memorias suelen poner;
Que borrando con saliva
Lo que primero se escribe,
Aquello que después vive
Hacen que encima se escriba.
Como blanca tabla están
Las almas de las mujeres:
Si hoy el escrito tú eres,
Mañana te borrarán,
Con sólo faltar un día.
Como es de barniz su amor,
Pondrán *don Pedro*, señor,
Adonde *don Juan* decía.

DON JUAN.
La novedad te agradezco;
Pero si á don Juan borró
La ausencia, en volviendo yo
Tendré el lugar que merezco.
Avisa, que he de tomar
Postas.

BELTRÁN.
La obediencia es ley.

DON JUAN.
Sólo la carta del Rey
Tengo, Beltrán, de aguardar;
Que este camino repara
Mis celos.

BELTRÁN.
¿Cómo, señor?

DON JUAN.
Que iré pensando en Leonor
Para olvidarme de Clara.

Vanse.

El rey D. Alfonso V con hábito de Cristo, Leonel de Lima, y Fernando.

REY.

No he tenido pesar como éste ha sido.

LEONEL.

Mire tu majestad, señor, que el cielo
Deste intento, aunque es santo, no es servido,
Y Francia le impidió con justo celo.
Y pues tan encubierto y escondido
Por tan remoto y tan desierto suelo
Caminaba á Venecia y pretendía
Pasar á Chipre aqueste mismo día,
Y de tan noble gente fué hallado,
Que con cartas del Rey francés, su primo,
Y del Papa también, le han estorbado
Esta jornada, aunque el intento estimo,
Vaya á Jerusalén algún criado
En su lugar.

REY.

No sé cómo reprimo
Mi pensamiento.

FERNANDO.

Con saber su celo
Que ésta no ha sido voluntad del cielo.
Vuélvase á Portugal vuestra grandeza,
¡Oh claro Alfonso quinto! Hoy resucite
La alegría que ha muerto su tristeza;
Destierre su dolor, su luto quite.

REY.

Ya, puesta la corona en la cabeza
El Príncipe mi hijo, no permite
La razón que á quitarla se resuelva,
Ni habiéndosela dado me la vuelva.
Yo lo mandé, yo lo escribí; si agora
Reina don Juan pacífico, yo creo
Que ni él ni el reino todo que le adora
Me la vuelvan á dar, ni lo deseo.
Quien los discursos de la historia ignora,
Por fácil lo tendrá; pero yo veo
Muchos ejemplos que temor me ponen,
Aunque el amor y la razón perdonen.
Mi hijo reina en Portugal; la culpa
Túvela yo, que lo mandé y lo quise,
Y tiene prevenida la disculpa
Cuando mi intento de reinar le avise.
Esta inconstancia mis grandezas culpa,
Y puede ser también que apenas pise
Las riberas de España, cuando intente
(¿Diréle así?) matarme injustamente.

FERNANDO.

¿Ha de caber tan fiero pensamiento
En Príncipe tan justo y virtuoso?

REY.

Haber reinado mudará de intento,
Por no dejar el cetro poderoso.
Yo temo justamente.

LEONEL.

Yo no siento
Que aquel pecho magnánimo y piadoso,
Adonde puso Dios grandezas tales,
Olvide sus acciones naturales.
Demás, que puedes ir á alguna parte
Adonde, mientras sabes lo que intenta,
Estés seguro.

REY.

No es el reino parte
Segura para mí, sin darle cuenta.

FERNANDO.

África te obedece, y puede darte,
Mientras la paz en Portugal se asienta,
Seguro puerto en Ceuta ó en Arcila.

LEONEL.

¡Fuerte ciudad!

REY.

Ganéla y defendíla.

LEONEL.

Podrás por Gibraltar seguramente
Tomar puerto en la margen africana,
Y desde allí escribir.

FERNANDO.

Cuando él intente
Cosa, contra quien es, tan inhumana,
El mismo mar te servirá por puente.

LEONEL.

Aunque es del reino la esperanza vana,
Al África os partid.

REY.

Quien el bien deja,
Si después no le halla, ¿á quién se queja?

Vanse.

Doña Leonor é Inés.

DOÑA LEONOR.

Esto puede la ausencia.

INÉS.

Siempre la tuve yo por sospechosa.

DOÑA LEONOR.

En mí no hay diferencia;
Que tengo condición más amorosa,
Firme y agradecida.

INÉS.

Primer amor, en fin.

DOÑA LEONOR.

Tarde se olvida.
Cuando don Juan de Sosa
Vino á Castilla, y huésped de mi padre
(Obligación forzosa,
Por ser algo pariente de mi madre),
En nuestra casa estuvo,
Tú sabes, como yo, qué amor me tuvo.
Á diligencias suyas,
Á inclinaciones y desdichas mías
Y á persuasiones tuyas,
Quise á don Juan, después de algunos días:
En fin, le quise tarde;
Que amor primero suele ser cobarde.
Mas como en blanda cera
Lo que se imprime presto fácilmente
Se borra y con ligera
Mano se quita; y dura eternamente

Lo que en mármol se imprime,
Aunque la mano al escribir lastime,
Así fuí yo en amarle:
Piedra dura al amor, dura en mi pecho,
Sin que puedan borrarle
Los agravios y ofensas que me ha hecho,
Mientras tuviere vida;
Porque, en fin, quien bien ama tarde olvida.

INÉS.

Pues si quieres, ¿qué intentas?

DOÑA LEONOR.

Hacer por no querer. Dame esas cartas:
Asentaréme á cuentas
Con este amor.

INÉS.

A fe que tienes hartas.

Saca unas cartas atadas con un listón verde.

DOÑA LEONOR.

Quita esa cinta verde;
Que á quien engañan, la esperanza pierde.
Y dice la primera....
Dirá mentiras con palabras de oro.
¡Ay, quién no las creyera!

Lee.

«Dulce señora mía, yo os adoro;
Y en este gusto ciego,
De un día en otro hasta la muerte llego.»

Rompe el papel.

INÉS.

¿Rómpesle?

DOÑA LEONOR.

Por infame
De amor, que engaña y llora. Aqueste leo.

Lee.

«Venturoso se llame,
Hermosa castellana, mi deseo;
Pues sólo el desearos
Es premio al padecer que causa amaros.»
También éste condeno.

Lo rasga.

INÉS.

¿Por qué?

DOÑA LEONOR.

Por alevoso á mis verdades.
Este pienso que es bueno.

Lee.

«Si de mi pura fe te persüades.....»
No quiero persuadirme,
Si no es saber que no hay ausente firme.
Veamos ésta. ¡Ay cielo!

Lee.

«Yo me muero de amor, Leonor me abrasa,
Ángel de puro hielo.....»

Rómpele.

¡Qué derretido portugués!

INÉS.

En casa
Siento gente y rüido.
¡Don Juan, dicen, señora, que ha venido!

DOÑA LEONOR.

¿Cómo don Juan?

INÉS.

Sin duda,
Señora, que es don Juan.

DOÑA LEONOR.

Temblar me has hecho.....
El color se me muda
Y quiere el corazón romper el pecho.
Sus golpes he sentido:
Sin duda me pregunta si ha venido.
Corazón, sosegaos.
Mis ojos son más cuerdos y desean
Ver su dueño: esperaos.

INÉS.

De las postas sospecho que se apean.

DOÑA LEONOR.

Doyte, Inés, un vestido.

INÉS.

Tus manos beso.

DOÑA LEONOR.

Ya su olvido olvido.

Don Juan y Beltrán, de camino.

DON JUAN.

¿Podrá llegar á esas manos
Vuestro ausente portugués?

DOÑA LEONOR.

¿Cómo á las manos, después
De agravios tan inhumanos?

DON JUAN.

¡Yo agravios, señora mía!
¿Qué decís?

BELTRÁN.

Y ella, señora
Inés, ¿no me abraza agora?

INÉS.

Si quisiera, bien podía.

BELTRÁN.

Oiga el cruel desdeñazo.

DON JUAN.

Señora, ¿en qué os ofendí?
Que aun por huésped merecí
Lo que es el primer abrazo.
Dadme á besar esas manos.

DOÑA LEONOR.

Bien me lo aconseja amor;

Mas como es amor traidor,
Afuera consejos vanos.

DON JUAN.

De aquel pasado rigor
Mi amor, señora, os avise.

DOÑA LEONOR.

No me acordéis lo que os quise,
Que despertáis mi dolor.

DON JUAN.

No niegan los más tiranos
Las manos á los que vienen.

DOÑA LEONOR.

Yo sé el peligro que tienen:
No me toquen vuestras manos.

DON JUAN.

Yo os aconsejo, Leonor,
Que no me cerréis las puertas.

DOÑA LEONOR.

¿Dónde hay mentiras más ciertas
Que en los consejos de amor?

DON JUAN.

Pues matáis, ojos tiranos,
No estáis enfermos de amor;
Que en amor, cuando hay rigor,
Los que matan son los sanos.
Mas pues que me aborrecéis.....
Beltrán, búscame posada;
Que no es mucho que ocupada,
Ojos, en Leonor la halléis.
La ausencia su oficio ha hecho.

DOÑA LEONOR.

Sí, si fuera como vos;
Que no se aposenta en dos
La verdad de un limpio pecho.
Vos, que habéis tenido á Clara
Y á otras muchas afición,
Tenéis alma de mesón,
Que aposenta cuanto pára;
Y que os vais ó que os estéis,
No importa.

DON JUAN.

Tened, oid.

DOÑA LEONOR.

Á Clara, don Juan, mentid,
Aunque verdad la tratéis;
Que aquí ya no hay para qué.

Vase.

DON JUAN.

Iré tras vos como loco;
Que no es bien tenerme en poco
Por tanta lealtad y fe.
No será el amor de Clara
Quien esos celos os da,
Sino el ser claro que ya
Vuestro olvido se declara.

Vase.

BELTRÁN.

¿Qué es esto, Inés?

INÉS.

La razón
Que mi señora ha tenido
De tal mudanza y olvido,
Después de tanta afición.

BELTRÁN.

Yo no lo entiendo ni sé
Que don Juan le hiciese ofensa;
Pero si Leonor lo piensa,
Justo castigo le dé,
Y tú á mí tus bellas manos.

INÉS.

Hágase allá, majadero.

BELTRÁN.

¿Qué dices?

INÉS.

Que no le quiero.

BELTRÁN.

¿Ha de haber *consejos vanos*
Y aquello de *mi dolor*?

INÉS.

La señora doña Clara
¿No tendrá criada?.....

BELTRÁN.

Pára,
Estornudo de Leonor;
Que tú debes de tener
En esta ausencia algún daifo.

INÉS.

¡Qué linda flor de azufaifo!

BELTRÁN.

De carrasco solía ser.
En fin, ¿buscamos posada?

INÉS.

Si no es que don Juan suplique
Á su padre don Fadrique,
Ya está la sentencia dada.

BELTRÁN.

¡Las dos juntas se declaran!

INÉS.

Tienes alma de mesón,
Donde por tu condición
Todas las borricas paran.
No me verás en tu vida.

Vase.

BELTRÁN.

¡Inés! ¡Inés! Trascolóse.
Era mujer, y mudóse.
Quien presto ama, presto olvida.

Vase.

El Príncipe y Ruy de Silva.

PRÍNCIPE.

¡Mi padre en Ceuta!

RUY.

Ansí, señor, se dice.

PRÍNCIPE.

¡Extraño caso!

RUY.

Admira y causa espanto
Ver que lo que ha mandado contradice.
¿El reino que te dió con celo santo
De morir como Dios en la cruz puesto,
Querrá pedirte, y olvidarse tanto
De que no puede haber partido honesto
Para que deje de ser Rey un hombre
Del cetro y de la púrpura compuesto?

PRÍNCIPE.

Siendo yo Rey, no habré perdido el nombre
De hijo.

RUY.

Ansí es verdad.

PRÍNCIPE.

¿Pues qué le mueve
Á que de entrar en Portugal se asombre?

RUY.

Temor tiene, señor, pues no se atreve.

PRÍNCIPE.

¡Tengo yo de poner en él las manos,
Vida, á quien vida la que tengo debe!

RUY.

Dijo aquel gran valor de castellanos,
Gonzalo Hernández, capitán famoso,
Que en la tierra temía dos tiranos:
El papel y el veneno riguroso.
El papel, porque en él tan libre escribe
El hombre más cobarde y vergonzoso;
El veneno, señor, porque al que vive,
Sin sangre y con silencio le da muerte,
Y el agresor ni aun lástima recibe.

PRÍNCIPE.

Está bien dicho, Ruy de Silva: advierte
Que aunque hay venenos como temen tantos,
Aquí la ley y la piedad los vierte.
Mejor guardamos los preceptos santos
De honrar los padres: pésame que puedan
Vanas sospechas ofrecerle espantos.
Mas pues ellos con él en Ceuta quedan,
Partamos á libralle dél y dellos,
Mientras el mar y el viento lo concedan.
Prevenid en que parta, y él y ellos
Se aseguren de mí, pues que me ofrece
Hazaña tan piadosa los cabellos.

RUY.

¿Qué dices, gran señor?

PRÍNCIPE.

Que si el mar crece
Hasta los cielos, y el airado viento
Las márgenes opuestas estremece,
Tengo de ver mi padre.

RUY.

¡Justo intento
Y admirable piedad!

PRÍNCIPE.

El cielo sabe
Con la verdad que sus trabajos siento.

RUY.

El mundo te honre y Portugal te alabe.

Vanse.

El Rey y Leonel.

LEONEL.

Notables cosas, señor,
Refieren los que vinieron
De Portugal.

REY.

Tiene Juan
Divino el entendimiento.

LEONEL.

República no se ha visto
Que tenga mayor concierto,
Con salva de los romanos
Y con perdón de los griegos.
Rindan Atenas y Roma
Leyes, laureles y premios,
Las togas del consulado
Sus Césares y Pompeyos
Pongan, coronas murales
Y cívicas por el suelo,
Y las navales, que forman
Marítimos instrumentos,
Á los pies del gran don Juan
Que en el popular gobierno
Y militar disciplina
El mundo tiene suspenso.
Ya le va sirviendo el oro
De tantos descubrimientos
En los reinos donde el sol
Produce los hombres negros.
Ya el África está temblando,
Fez, Tarudante y Marruecos,
Y á los Montes Claros hace
Obscuro su nombre el miedo.
Reyes ha tenido insignes
Portugal; pero sospecho
Que tu hijo los excede.

REY.

Muchas gracias debo al cielo,
Leonel de Lima, en tener
En trabajos tan inmensos
Hijo de tanto valor.

LEONEL.

Es de suerte que en los reinos
Más extranjeros le llaman
Hoy el *Príncipe perfecto*.
No hay virtud que falte en él;
De todas está compuesto
Su sujeto celestial,
Á ningún vicio sujeto;
Y si alguna mocedad
Tuvo, aunque pocas sabemos,
Está tan cuerdo, señor,
Que es de los mozos ejemplo,
Espejo de los casados
Y retrato de los viejos.

REY.

¡Ay hijo! Mis ojos vean
Tu afable rostro, primero
Que los cierre la que acaba
Los reyes y los imperios!

Digno es el reino de ti.

Fernando, alborotado.

FERNANDO.

¡Oh famoso amparo y dueño
Del lusitano valor,
Tan digno de honor eterno!
¿Qué haces con tal descuido,
En tantos cuidados puesto?
Sobre ti viene tu hijo,
Tu legítimo heredero,
Á quien diste á Portugal,
Por dicha, con mal acuerdo;
Porque quien da lo que es suyo
Antes de su muerte, pienso
Que se arrepiente, aunque tarde
Y cuando falta el remedio.
En un pequeño navío,
Á quien el ligero viento
Sirve de pies con las velas,
Como de mano en los remos,
Dicen, señor, que en la Almina
Tomó con su gente puerto.
¿Qué piensas hacer?

REY.

Huir,
Pues Dios me trajo á tal tiempo,
Fernando, por mis pecados;
Que cuando castiga el cielo
Los padres, es cuando toma
Los hijos por instrumentos.

El Príncipe, Ruy de Silva, el Gran Prior
y acompañamiento.

PRÍNCIPE.

¿Dónde, señor? En mi pecho,
En mi alma, en mis entrañas,
Aunque indigno templo vuestro;
Pero de mí, para mí,
Seré bien seguro templo,
Y para vos, pues por vos
Es cuanto vos habéis hecho.

REY.

¿Es el Rey?

PRÍNCIPE.

No, mi señor,
Que el Rey vos sois; que yo tengo
Sólo en ser hechura vuestra
Y sólo en ser hijo vuestro
Tanta gloria, que es mayor
Que los mayores imperios.
Si fuí Rey, fué porque vos
Lo mandasteis; que obedezco
Siempre vuestra voluntad
Como divino precepto.
Perdonadme si reiné,
Rey poderoso, viviendo
Vuestra majestad; que yo
No tuve culpa: á lo menos
Huélgome que hayáis venido,
Porque es la enmienda que tengo,
Pues volveréis á ser Rey
Y yo á ser Príncipe vuestro.
Tomad, Señor, la corona,
Volved á honrar vuestro reino,
Mejoradle de señor,
De luz, de amparo y gobierno.
Sin vos estábamos todos
Con notable desconsuelo.
¡Gracias á Dios que vinisteis!
¡Gracias á Dios que habéis vuelto!
Mil veces beso esos pies.

REY.

Levántate, Juan, del suelo,
Si no quieres que se humille
Tu padre á tus pies.

PRÍNCIPE.

Teneos;
Teneos, mi padre amado;
Que yo soy quien no merezco
Besar la tierra que pisan
Los pies que á sus pies han puesto
Tanta tierra, tanto mar,
Tantos climas tan diversos,
Desde el etíope adusto
Hasta el español soberbio.
Venid conmigo, señor,
Á Portugal, donde quiero
Daros cuanto me habéis dado,
Dando mil gracias al cielo
Que me dió para pagaros
Reino, si me disteis reino.

REY.

¡Hijo discreto en el mundo,
Hijo con el mismo extremo
Piadoso! Lágrimas sean
Palabras, porque no puedo
Responder, enternecido
De ver á un hombre que ha puesto
Su laurel sobre las sienes
De cuantos ilustres hechos
Celebra la antigua historia.
¡En hora buena te dieron
Ese sér, esas entrañas,
Donde de nuevo te vuelvo!
Que para poder pagarte
Te pongo en ellas de nuevo,
Porque, volviendo á nacer,
Me debas dos nacimientos;
Pues ya me has pagado el uno,
En cuya verdad te beso
Ese rostro, honor del mundo,
Digno de mayores cetros.
Iré seguro contigo
Más que de mí mismo, haciendo
De tus lágrimas la carta,
De tu amor el juramento.
No puedo decirte más.

PRÍNCIPE.

Prelados y caballeros,

El Príncipe vuelvo á ser,
No el Rey, y ansí os mando y ruego
Llaméis Infante á mi hijo.
¿Haréislo ansí?

TODOS.

Ansí lo haremos.

PRÍNCIPE.

Mirad que el Príncipe soy.

PRIOR.

Desde hoy te llamaremos
El Príncipe, gran señor,
Mas el *Príncipe perfecto.*

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Acompañamiento; D. Juan de Sosa, de embajador; el rey D. Fernando el Católico, la reina D.ª Isabel y Beltrán.—Tocan chirimías.

DON FERNANDO.

Con esas cartas podéis
Partir cuando os diere gusto.

DON JUAN.

Con justa causa tenéis,
Rey poderoso y augusto,
La fama que merecéis.
Y vos, hermosa señora,
Desde el ocaso al aurora
Y del austro al mediodía:
La Libia ardiente y la fría
Scitia vuestro nombre adora.

REINA.

Cuando Fernando tuviera
El mayor lustre del mundo,
Vuestro Rey le escureciera,
Y á su valor sin segundo
La fama el laurel le diera;
Que aunque es verdad que ha perdido
Á su padre Portugal,
Y Alfonso segundo ha sido
Hasta el mar occidental
Por sus hazañas temido,
Con el gran don Juan le queda
Tan soberano Señor
Que no hay valor que le exceda.

DON JUAN.

Pagar tan alto favor
No hay satisfacción que pueda.

REINA.

El hombre que he deseado
Ver con mayor afición
Es vuestro Rey.

DON JUAN.

Si pintado
De mi corta relación
Con más verdad que cuidado,
Señora, le queréis ver,
Podré, haciéndole, correr
Le cortina á su retrato.

DOÑA ISABEL.

Decid.

DON JUAN.

Por no ser ingrato,
Ignorante quiero ser.
El invicto rey don Juan
El Segundo, aunque el primero
En el heroico valor,
En el militar esfuerzo,
Rey tercio de Portugal,
Desde el santo Alfonso el Bueno,
Á quien dió sus mismas llagas
Por armas el Rey del cielo,
Es hombre proporcionado
De suerte en mediano cuerpo,
Con tal rostro y gravedad
Que entre mil hombres diversos
Le conocerán por Rey;
Que luego obliga á respeto.
En las cosas de placer
Es afable, aunque modesto,
Y en las que son de importancia
Humanamente severo.
En lo blanco de los ojos
Venas de color sangriento
Airado le hacen temido,
Que pone el mirarle miedo,
Como alegre confianza
Verle cuando está contento,
Porque las venas de sangre
Vuelve de color de cielo.
Es bien hecho á maravilla
Y galán por todo extremo,
La habla apacible y mansa,
En los donaires discreto
Y en las sentencias tan sabio
Que ningún romano ó griego
De cuantos celebra el mundo
Habló mejor á su tiempo.
Es hombre sin arrogancia,
De tan altos pensamientos
Que en sus acciones parece
Que el mundo le viene estrecho.
Es justiciero y piadoso,
Y piadoso justiciero,
De suerte, que es la prudencia
De los extremos el medio:
En mercedes y castigos
Mucho se parece al cielo.
No hay excepción de personas:
Quita al malo y premia al bueno.
Sabe todos los que son
En su reino beneméritos,
Y aunque ausentes, no olvidados,

Se acuerda de darles premios,
Tanto, que en Roma, en las Indias,
En Jerusalén, viviendo
Letrados y capitanes
(Que no puede ser más lejos),
Las encomiendas y mitras
Les envía, conociendo
Sus méritos y servicios,
De que él está satisfecho,
Con que á ser buenos se animan
Letrados y caballeros.
Guarda las leyes que hace
Como si fuese sujeto
Á las leyes el que es Rey,
Y es Rey de tan alto extremo
En cosas de religión
Que admira tan alto celo.
Contáronle un cierto día
Que en una casa de juego
Se blasfemaba el divino
Nombre de Dios, y sintiendo
Este agravio de su honor,
Mandó que pusiesen luego
Fuego á la casa, y ardió
Hasta los mismos cimientos.
Desde que murió su padre,
Á quien volvió á dar el reino
Que le había dado en vida,
Digna hazaña de su pecho,
Ningún sábado ha dejado
De ver los presos y pleitos,
Que allá relación llamamos,
En que parece que vemos
Un ejemplo en Salomón
Con divino entendimiento.
Es don Juan en sus palabras
Tan cierto y tan verdadero,
Que si promete una cosa
Va tan alegre y contento
El hombre á quien la promete
Como si fuera el efecto.
Estima notablemente
Á los nobles caballeros,
Á los que tratan verdad
Y á los que tienen extremo
En alguna profesión,
Con que procuran ser diestros
En todos artes y oficios
Por el interés y el premio.
Es en el dar Alejandro,
Pero da mejor que el griego;
Que él miró la propia fama
Y éste el ajeno provecho.
Tiene un libro de memoria
Donde él mismo va escribiendo
Los servicios que le hacen,
Que satisface á su tiempo.
Y con dar á todos tanto,
Por otra parte le vemos
Solicitar cuidadoso
Su prosperidad y aumento,
Ya con las nuevas conquistas
Del moro, del indio y negro,
Ya con piadosos arbitrios
De las rentas de sus reinos.
Sus limosnas son tan grandes
Que llegan al monte excelso
Donde Caterina yace
Y Dios legisló su pueblo.
De su divino sepulcro
Favorece tanto el templo,
Que se ve bien el amor
Que tiene á su santo dueño;
Porque jamás por sus llagas
Cosa alguna le pidieron
Que la negase, si acaso
No era en daño de tercero.
Es desenvuelto y mañoso,
Danza muy galán y diestro,
Y anda tan bien á caballo
Que hasta agora no sabemos
Quién lleve en entrambas sillas
Más fuerte y airoso cuerpo.
Corta de un revés cuatro hachas.
¡Tal fuerza el brazo derecho
Alcanza y tal compostura
De gruesas venas y niervos!
Gusta mucho de la caza,
Ya con aves, ya con perros:
Al jabalí por el monte,
Y á la garza por el viento.
Los más domingos y fiestas
Sale á caballo, moviendo
Los corazones á amor
Con rostro grave y risueño;
Que lo que ha de ser amado
Es cosa forzosa verlo,
Porque solamente á Dios
Le amamos y no le vemos.
Las cosas de su capilla,
Como plata y ornamentos,
No reconocen igual.
La música, sólo al cielo.
Es su devoción muy grande
Á los divinos misterios,
Y al pan de amor es su amor
Exceso, porque es exceso.
Tiene en cuantas casas tiene
Oratorios bien compuestos,
Adonde todas las noches
(Que es loable y santo celo)
Se retira en oración.
Son sus entretenimientos
Músicas, toros y danzas,
Ver luchar fuertes mancebos
Y ejercitar varias armas.....
Pero vanamente emprendo,
No siendo yo Jenofonte,
Pintaros con rudo ingenio
Tan nuevo cristiano Ciro;
Porque tengo por muy cierto
Que para ejemplo de reyes

Hizo este Príncipe el cielo.

DON FERNANDO.

¿Á quién no pone afición
De Príncipe tan perfecto
La fama y la relación?

DOÑA ISABEL.

Es el ejemplo, en efecto,
De la mayor perfección.
Bien merecen admiraros
Estilos que son tan raros.

DON JUAN.

Lo menos sólo os refiero;
Que lo más dejarlo quiero
Á dos ingenios tan claros.

DON FERNANDO.

En lo que tratado habemos
Acerca de nuestra hija,
Resolución tomaremos.

DON JUAN.

Ya el reino se regocija
Con dos tan altos extremos.

DOÑA ISABEL.

¿Qué edad el Príncipe tiene
Que nuestro yerno ha de ser?

DON JUAN.

Trece años á cumplir viene
Por ahora.

DON FERNANDO.

Por tener
Tan poca edad nos detiene.
Escrito habemos que ya
Resolución se tomó:
Su esposa Isabel será.

DON JUAN.

En su nombre os beso yo
Las manos.

DOÑA ISABEL.

Resuelto está
Fernando de que esto sea:
Hoy os partiréis.

DON JUAN.

Castilla
Reyes de Granada os vea.

Vuelven á tocar, y vanse todos, menos D. Juan y Beltrán.

DON JUAN.

Beltrán.....

BELTRÁN.

¿Qué mandáis?

DON JUAN.

Ensilla.
Amor la patria desea,
Y hoy á verla he de volver.

BELTRÁN.

Si da licencia Leonor.

DON JUAN.

Paró en pesar su placer:
Si fuere Circe su amor,
Ulises sabré yo ser.
¿Ves toda aquella braveza
Que al venir mostró celosa?
Pues en fingiendo tristeza
Mi amor, se rindió amorosa;
Que la mayor fortaleza
De la mujer que no sabe,
Tiene un alcaide traidor
Que al enemigo más grave
De cuantos tiene el honor
Rinde la fuerza y la llave.
Confesóme finalmente
Leonor, que adoraba en mi,
Y estando su padre ausente,
El Comendador, que aquí
Me honró como su pariente,
Tuve una noche el lugar
De que le hallase el deseo.

BELTRÁN.

¿Qué dices?

DON JUAN.

Que pude entrar;
Lo que yo mismo aún no creo:
Ya no hay más que desear.

BELTRÁN.

¿Luego el deseo cesó?

DON JUAN.

Y aun estoy arrepentido.

BELTRÁN.

¿Por qué?

DON JUAN.

Porque me costó
Una cédula en que yo
Confieso ser su marido.

BELTRÁN.

Si te vas á Portugal,
¿Qué se te da de lo escrito?

DON JUAN.

Es Leonor muy principal.

BELTRÁN.

Siempre fué de amor delito
Cumplir las promesas mal.

DON JUAN.

Corre, suda y se resfría.

BELTRÁN.

Con esta manta de ausencia
Queda seguro.

DON JUAN.

Este día
Me voy con más diligencia
Que tuve al venir porfía.
Los gustos de amor fiados
(Porque escarmienten sus dueños)
Siempre fueron mal pagados;
Que son gozados pequeños
Y grandes imaginados.

BELTRÁN.

Luego, ¿cobrará de ti
Tarde ó nunca en Portugal?

DON JUAN.

Beltrán, cuando vine aquí,
Quise á doña Clara mal,

Por lo que una noche vi;
Mas ya vuelvo con intento
De adorarla, que es mujer
De mayor merecimiento.

BELTRÁN.

¡Que de amor siempre ha de ser
Sombra el arrepentimiento!
Pues yo te digo que Inés.....

DON JUAN.

¿Hay algo que obligar pueda?

BELTRÁN.

Allá lo sabrás después.
Su cedulita le queda.

DON JUAN.

¿Y cumplirásla?

BELTRÁN.

Al revés,
Si no es que tú me lo mandes.

DON JUAN.

¡Lindas burlas!

BELTRÁN.

¿Lindas? Grandes.

DON JUAN.

¿Cédula le hiciste?

BELTRÁN.

Sí;
Mas la paga remití
Para los bancos de Flandes.

Vanse.

Leonel de Lima y Ruy de Silva.

LEONEL.

Notables son del rey don Juan las dichas.
Después de muerto el rey su padre Alfonso,
Tuvo grandes trabajos y desdichas.

RUY.

Estos descubrimientos son notables,
Y van tan adelante sus conquistas
Que acá también hay cosas nunca vistas.
Oro, marfil, diamantes, plata y perlas,
Le van enriqueciendo.

LEONEL.

Á verte vino,
Aunque es tan largo y áspero camino,
Benoí, Rey etíope: su reino
Llaman Gelofe.

RUY.

El Rey.

Acompañamiento; el Gran Prior y el príncipe D. Juan vestido de rey.

EL PRÍNCIPE, YA REY.

Mucho me huelgo
Que trate Benoí de ser cristiano.

PRIOR.

Eso dice, señor, que más le obliga;
Y así os pide licencia, que la mano
Quiere besaros.

REY.

¿Dónde queda?

PRIOR.

Afuera
Aguarda vuestro gusto.

REY.

¡Hola! Llegadme
Esa silla, pondré la mano en ella;
Que no quiero sentarme, que aunque bárbaro,
Es Rey en fin. Decidle que éntre luego.

PRIOR.

Tiene, señor, gallardo entendimiento.

REY.

Por eso y por el nombre no me siento.

Benoí, de indio, con plumas en el tocado.

BENOÍ.

Prospere, Juan invito,
El poderoso cielo
Tu vida y reino.

REY.

Seas bien venido.

BENOÍ.

Al último distrito
De la región del hielo,
Como la del calor se te ha rendido,
Tu nombre esclarecido
Lleve en hombros la fama,
Si puede á tanto peso;
En cuyo nombre beso
Tus pies, y á las grandezas de tu fama
Vengo á ser más adusto,
Porque es mayor que el sol tu nombre augusto.
Las guerras que he tenido
Con reyes de mis tierras
Te habrán contado ya tus capitanes;
En fin, desposeído
Por sus injustas guerras,
Vengo á pedir que su soberbia allanes.
Valientes y galanes
Tus portugueses fueron
En sus fuertes navíos
Á los límites míos,
Donde mis pensamientos conocieron,
Á tu nombre humillados,
Y en vez de resistidos, estimados.
Grandes cosas emprendes,
Mas digno es de tu nombre,
Porque á no saber yo por el camino
Del Dios á quien pretendes
Servir, y que eres hombre,
Por Dios de los cristianos imagino
Que á tu nombre divino
Edificara altares;
Que viendo tus banderas
Cubrir nuestras riberas
Y abrir camino en sus remotos mares,
No es mucho atrevimiento.

REY.

Verte me ha dado general contento.
Y pues noticia tienes
Del Dios á quien confiesas,

Antes que trates de otra cosa, es justo
(Pues á ninguna vienes,
Si nuestra ley profesas,
Que á ti te dé más bien ni á mí más gusto)
Que te bautices.

BENOÍ.

Gusto
De obedecerte luego.
Mas oye, te suplico
De un deseo muy rico
El pobre dón con que atrevido llego
Al primero segundo
Que ha tenido la fábrica del mundo.
De granos de oro puro
De nuestras ricas minas
Te traigo cantidad, aunque son viles,
Y el oro queda obscuro
Con tus luces divinas;
Y los dientes que acá llamáis marfiles,
De que labráis sutiles
Hermosas diferencias;
Y traigo cien diamantes
Al sol tan semejantes
Que suplirán de noche sus ausencias;
Y de esmeraldas finas
Dos peñas, arrancadas de sus minas;
Un hermoso elefante
Á jugar enseñado
Con mil habilidades, y de olores
Traigo copia bastante,
Y un pabellón pintado
Que de dosel te sirva cuando comas;
De los mares que domas,
Nácares relucientes,
Y con varias labores
De plumas de colores,
Pintadas mil historias diferentes;
Fiado en que tu alteza
Perdonará mi bárbara pobreza.

REY.

Id, Ruy de Silva, con él
Para que el Rey y su gente
Como es justo se aposente;
Que yo pienso hacer por él
Cuanto en mí fuere posible.
Dadme esos brazos.

BENOÍ.

Señor,
Al sol de vuestro valor
Será tocarle imposible.

REY.

Amigos somos los dos.

BENOÍ.

Dadme otra vez vuestra mano.

REY.

En fin, ¿vos seréis cristiano?

BENOÍ.

Placiendo á Dios.

REY.

Id con Dios.

Vanse Benoí y Ruy de Silva.

REY.

Prior.....

PRIOR.

Señor.....

REY.

Prevenid
Fiestas de toros y cañas,

Á Leonel.

Y vos á vuestras hazañas
Alguna fama añadid.

LEONEL.

Los caballos han venido,
Señor, á buena ocasión.

REY.

¿Cuántos son?

LEONEL.

Catorce son;
Pero los más no han tenido
Buen maestro en su crianza,
Y ha menester vuestra alteza
Hombre de cuya destreza
Se pueda hacer confianza,
Y éste se había ofrecido,
Pero no os puede servir.

REY.

¿Qué tiene?

LEONEL.

Quiero decir
Que es bajamente nacido.

REY.

¿Mucho?

LEONEL.

Es su padre arriero.

REY.

No importa; sírvame aquí;
Que no ha de enseñarme á mí:
Para las bestias le quiero.
¿No sabes que sé estimar
Los que tienen excelencia
En sus oficios?

LEONEL.

Yendo á avisar.

Licencia
Tenéis; bien podéis entrar.

Un picador.

PICADOR.

Deme los pies vuestra alteza.

REY.

Esos caballos mirad.

PICADOR.

Veréis mi curiosidad,
Mi cuidado y mi destreza.
En cuatro días veréis
Que sólo les falta hablar.

REY.

Con callar y con picar

Eso que decís haréis.

PICADOR.

Mis pies alabaros quiero:
Raros son.

REY.

Leonel.....

LEONEL.

Señor.....

REY.

Picado está el picador
De hablar: mira si es barbero.
Y mirad si hay por ahí
Alguien que me quiera hablar.

LEONEL.

Llegándose á una puerta.

¿Hay quien quiera negociar?

REY.

Dan voces.

LEONEL.

Dicen que sí.

Un viejo con un memorial.

EL VIEJO.

La merced que este papel
Dice, os pido.

REY.

Ya la he dado.

VIEJO.

Ciña tu frente el sagrado
Y vitorioso laurel;
Véaste señor del mundo,
Que es corto nuestro hemisfero;
Seas en dicha el primero,
Como en el nombre el segundo.
Llegue al Japón tu corona.

REY.

¿Habéisme bien entendido?

VIEJO.

Sí, señor; que lo que pido
Habéis dado á otra persona.

REY.

Pues ¿por qué me agradecéis
Lo que ha sido en vuestro daño?

VIEJO.

Porque en este desengaño
Notable merced me hacéis;
Que si yo aquí me estuviera,
Á mi casilla faltara,
Mi hacienda en vano gastara,
Y tiempo y pasos perdiera.
Con esto, luego me iré.

REY.

Iréis mejor despachado;
No del oficio que he dado,
Que otro mejor os daré;
Porque quien mercedes quiere
Los desengaños hacer,
Mejor sabrá agradecer
Las mercedes que le hiciere.
Alcalde sois del lugar
Donde pedís regidor.

VIEJO.

Beso vuestros pies, señor.

Vanse el viejo y el picador.

REY.

Mirad si hay quien quiera hablar.

Un criado con unas llaves.

CRIADO.

Aquestas llaves te envía,
Señor, de Mora el Alcaide,
Porque ya expirando queda:
Mandóme que te besase
Las manos, y en ellas mismas
Las entregase.

REY.

Que falte
Un fidalgo tan valiente,
Me pesa. Volved y dadle
Las llaves, pues tiene un hijo,
Y decidle, que quitarle
Á su hijo lo que es suyo,
No es justo: que dé las llaves
De su mano á quien le hereda
La lealtad, valor y sangre.

CRIADO.

Beso vuestros pies.

REY.

Andad.

Vase el criado.

LEONEL.

¿Hay más alguno que hable
Á Su Alteza?

Mendo Enríquez.

MENDO.

Aquí estoy yo.

REY.

Pues Mendo Enríquez, ¿qué os trae
Por acá? ¿Qué es menester?

MENDO.

Vacó, señor que Dios guarde,
La alcaidía de Castel
David, y podréis honrarme
Con ella, si sois servido.

REY.

¿Dejó hijos el Alcaide?

MENDO.

Cinco ó seis pienso que deja.

REY.

Pues en caso semejante,
Lo que podré hacer por vos
Será el no decir á nadie

Una demanda tan necia;
Y agradecedme que os guarde
Secreto, siéndolo tanto,
Pues que teniendo el Alcaide
Cinco hijos, me pedís
De Castel David las llaves.

MENDO.

Conozco mi error.

Vase.

Ruy de Silva.

RUY.

Ya queda
En la mejor casa y calle
Aposentado el Gelofo.

REY.

De hacer las fiestas se trate.
Mas id á comer ahora,
Que me parece que es tarde.
Ea, Prior, caballeros,
Adiós.

PRIOR.

Tu nombre dilate
Á los dos polos del mundo.
. . . . . . (1).

REY.

Dios te guarde.

Vanse todos, menos el Rey y Leonel, que se queda retirado sin que el Rey le vea.

REY.

Para sí:

Con justa causa agradecido al cielo
Miro mi reino dilatarse tanto,
Que causa el nombre portugués espanto
Del clima que arde hasta el que baña el hielo.
El mar de Taprobana, el indio suelo,
De las Quinas respeta el blasón santo,
Sin que pueda impedir sireno canto
Las naves que arma tan divino celo.
El remoto Ceylán, el chino, el persa,
Bárbaro y moro sus laureles bajen,
Y la nación más última y diversa.
Ya no es posible que mi curso atajen,
Porque no hay para el Rey fortuna adversa,
Si imita á Dios, porque es de Dios imagen.
¿Quién está ahí?

LEONEL.

Yo, señor.

REY.

¿No os mandé á todos que os vais
Á comer?

LEONEL.

Vos lo mandáis,
Y yo tuviera á favor

(1) Falta un hemistiquio.

De la fortuna el poder
Ir á obedeceros hoy;
Mas á comer no me voy
Por no tener qué comer.
Ruy de Silva y el Prior
Y los demás bien pudieron
Irse á comer, y ansí fueron,
Porque lo tienen, señor;
Pero yo, cuando mandáis
Que nos vamos á comer;
¿Cómo os puedo obedecer
Si de comer no me dais?

REY.

Habéislo dicho tan bien,
Que despertasteis mi olvido.
Una encomienda he tenido
Guardada, que os está bien:
Vale cuatro mil ducados.

LEONEL.

Pues ya me voy á comer;
Que es muy justo obedecer
Vuestros Reales mandados.

Vanse.

Doña Leonor, D. Juan, Inés y Beltrán.

DOÑA LEONOR.

Si pudiera hacer del llanto
Palabras, tú conocieras
Del alma que desesperas,
Cuánto á amor obliga á tanto.
Que te vayas no me espanto,
Pues ya supe que debías
Volver al centro en que habías
Visto de tu parte el cielo,
Ni de ver el presto vuelo
Con que al bien llegan los días.
Sólo me espanta saber
Que pueda en esta partida
Conservar, don Juan, mi vida
El pensar volverte á ver;
Que ya, como tu mujer,
Bien puedo estar temerosa.....
Quisiera decir celosa;
Mas no quiero que te alteres,
Porque en las propias mujeres
Es siempre cansada cosa.
Si te acordares de mí,
Tal vez que ocioso te halles,
Destas rejas, destas calles
Donde me viste y te vi,
Piensa que una mujer fuí
Á quien dentro de su casa
Conquistaste; que la abrasa
Mejor en toda ocasión
El doméstico ladrón
Que el que por la calle pasa.
No pude yo defenderme,
Portugués del alma mía,
De tu amorosa porfía,
Tan cerca de verte y verme.

Huésped, pudiste vencerme.
Ansí de Eneas se escribe:
La mujer que le recibe,
Después se ha de hallar burlada;
Que de ordinario la espada
Rompe la casa en que vive.

DON JUAN.

No me olvidaré de ti,
Bellísima castellana,
Que noche, tarde y mañana
Pienso pensar siempre en ti.
La palabra que te dí,
Con mi nombre la firmé.
Presto á verte volveré,
Y me casaré contigo;
Que el tiempo será testigo
De aquesta verdad y fe.
Con tu Rey queda tratado
Su niña Isabel casar
Con mi Príncipe; y en dar
La nueva me va un estado.
Volveré con el cuidado
Que del que tienes recibo:
Con esta prisa me privo
De tus bellos ojos hoy,
Porque piensa el Rey que estoy
Puesto ya el pie en el estribo.

DOÑA LEONOR.

¡Ay, don Juan! Si has de olvidarme,
Si has de ser hombre en la fe,
Y el estribo dese pie
Ha de ser para dejarme,
Quieras siquiera obligarme,
Mientras que no puedo verte,
Con escribirme, de suerte
Que pierda á la ausencia el miedo:
Mira, mis ojos, que quedo
Con las ansias de la muerte.

DON JUAN.

Mal hace tu pensamiento
En dudar que he de escribir,
Pues no he de poder vivir
Con otro mantenimiento.
Cartas vendrán por el viento,
Como á la patria el cautivo;
Y mientras ausente vivo,
Con la misma sangre sé
Que escribiéndote diré:
Señora, aquésta te escribo.

DOÑA LEONOR.

Tu memoria será prueba,
Mi bien, si me tratas mal.

DON JUAN.

Nació amor en Portugal:
No llevo allá cosa nueva.

DOÑA LEONOR.

Sólo mi dolor te mueva,
Y un amor tan excesivo,
Mientras de verte me privo.

DON JUAN.

Tú verás presto en mi carta
Lo que siento cuando parta,
Pues partir no puedo vivo.
Queda adiós, y él te me guarde.

DOÑA LEONOR.

Adiós, que cobarde estoy.

DON JUAN.

Lo que tarde en irme hoy,
Haces que en volver me tarde.

DOÑA LEONOR.

Soy, como mujer, cobarde,
Aunque en la firmeza fuerte.
Vete y déjame á la muerte,
Porque no puedo vivir
Para mirarte partir,
Cuanto más volver á verte.

Vanse D. Juan y D.ª Leonor.

BELTRÁN.

¿Qué dice, señora Inés,
De aquesta triste partida?

INÉS.

¡Ay, Beltrán! ¿ya no lo ves?
No tengo un hora de vida.

BELTRÁN.

¿Diré aquello de los pies,
De los estribos y aciones?

INÉS.

Cánsanme mucho razones
De poetas arrendajos:
Dime, Beltrán, tus trabajos
Por tus propias invenciones.

BELTRÁN.

¡Ay, mi bien, que has de olvidarme!

INÉS.

¿Cómo, mi bien, si te adoro?

BELTRÁN.

Mira que podré vengarme,
Si me pierdes el decoro,
Con no volver á casarme.

INÉS.

Si hombre en mi vida mirare.....

BELTRÁN.

Calla, Inés, que eres mujer.

INÉS.

Porque en eso no repare
Tu amor, dejaré de ser.

BELTRÁN.

¿De ser?

INÉS.

Sí.

BELTRÁN.

Tu intento pare;
Que cierta fábula trata
Que un hombre quiso una gata
De suerte, que cada día
Á Júpiter le pedía,
Con ofrendas de oro y plata,
Se la volviese mujer.
Júpiter lo vino á hacer;
Y estando el hombre casado,

Y ella sentada en su estrado
Viendo cantar y tañer,
Dicen que un ratón pasó;
Y apenas ella le vió,
Cuando corriendo tras él,
Le dió uñarada cruel,
Y al primero ser volvió.
Pues aplico y digo, Inés,
Que apenas verás, después
De mi ausencia y tu desmayo,
Pasar un ratón lacayo,
Cuando uñarada le des.

INÉS.
Mal conoces mi valor.

BELTRÁN.
Las postas de mi señor
Han llegado: adiós, Inés.

INÉS.
¿Escribirásme?

BELTRÁN.
Eso es
Hablar de vicioso humor:
Verso ha de haber como el brazo,
Romance y esmeraldazo.

INÉS.
¿Qué nombre me has de poner?

BELTRÁN.
Inesilis: yo he de ser.....

INÉS.
¿Cómo, mi bien?

BELTRÁN.
Beltranazo.

INÉS.
Pues adiós.

BELTRÁN.
¿Qué corazón
Me basta en esta ocasión?

INÉS.
Hoy se acabó mi alegría.

BELTRÁN.
Acuérdate que eres mía,
Si pasare algún ratón.

Vanse.

Leonel con hábito de Alcántara; un caballero.

LEONEL.
Ninguno como el Rey anda á caballo.

CABALLERO.
Él es en todo un Príncipe perfeto.

LEONEL.
¡Dichoso el que merece ser vasallo
De un Rey en quien jamás se halló defeto!

CABALLERO.
No pienso que es pasión; mas yo no hallo
Su igual en Portugal

LEONEL.
Tiene sujeto
Para regir el mundo.

CABALLERO.
¡Qué gallarda
Está la plaza!

LEONEL.
¡Brava fiesta aguarda!
Para los Reyes es aquel tablado.
Que cubierto de telas encarnadas,
La frente adorna aquel dosel bordado,
Y á ellos los pies dos sillas y almohadas.
El que miramos al siniestro lado,
Que las tiene pajizas y moradas,
Es para Benoí, por quien se han hecho
Las fiestas.

CABALLERO.
Quiere el Rey mover su pecho.

LEONEL.
Los Reyes vienen por aquesta calle.

CABALLERO.
Á pie vienen, ¡por Dios! y de la mano
Trae á la Reina.

LEONEL.
¡Qué gallardo talle!

CABALLERO.
Préciase dél; que á pie no viene en vano.

LEONEL.
Á los tablados van: acompañalle
Será razón.

CABALLERO.
¡Qué bien lo grave y llano
Juntó naturaleza en un sujeto!

LEONEL.
Quiso formar en él un rey perfeto.

Tocan música. Acompañamiento, y con él Ruy de Silva: el Rey, trayendo de la mano á la Reina. Gente.

REINA.
Admirado está de ver
Tantas ventanas compuestas:
La grandeza destas fiestas
No acaba de encarecer.

REY.
Tiene el bárbaro razón.

REINA.
Hoy es día que á cualquiera,
Puesto que de España fuera,
Le causara admiración.

REY.
No tienen éstos allá
Destreza ni policía.

REINA.
Lisboa, en esta alegría,
En dos extremos está
De grandeza y de riqueza:
Todo es hermosura y oro.

GENTE.

Dentro.

¡Guarda el toro! ¡Guarda el toro!

RUY.
Huya, señor, Vuestra Alteza.

LEONEL.
Señor, en aquesta casa

Puede Vuestra Alteza entrar.

REINA.

¿Qué haré?

REY.

¿Cómo qué? Esperar.

REINA.

Pues ¿no veis que el toro pasa?

GENTE.

Dentro.

¡Guarda el toro! ¡Guarda el toro!

REY.

No importa, yo estoy aquí.

Huyen todos; éntrase el Rey, desnudando la espada; hay grita dentro; vuelve el Rey á salir.

¡Notable herida le dí!

REINA.

¡Con justa causa os adoro!

REY.

Pasad: bien podéis venir
Y volverme á dar la mano.

REINA.

¡Turbada estoy!

REY.

No es en vano,
Viendo nuestra gente huir.

Vuelve Ruy de Silva.

RUY.

¿Por qué se quedaba ansí
En la calle Vuestra Alteza?

REY.

Porque la Real grandeza
No sabe salir de sí.

Vuelve Leonel.

LEONEL.

Estamos, y con razón,
Afrentados deste caso.

REY.

Era muy estrecho el paso,
Y grande la turbación.

El Prior, gente y acompañamiento.

PRIOR.

¡Es posible que esto ha hecho!

REY.

¿Dónde bueno vais, Prior?

PRIOR.

Á ver, invicto señor,
La grandeza dese pecho.
Dejadme besar la mano
Con que tal hazaña hicistes.
¡Qué brava herida le distes!

LEONEL.

Él prueba á correr en vano.
Ya baña en sangre la calle.

RUY.

Don Juan de Sosa no diera
Esta herida, aunque saliera
Vuestra Alteza á celebralle.

LEONEL.

Es mucha la diferencia
De ir á caballo ó á pie.

RUY.

La diferencia se ve
En el ánimo y la ciencia;
Que donde no hay prevención,
Es el ánimo maestro.

REY.

Don Juan de Sosa es muy diestro,
Y á hallarse en esta ocasión,
No sacara yo la espada.

PRIOR.

Bien sabe don Juan, señor,
Dar á un toro, con valor,
Ó lanzada ó cuchillada;
Mas son aciertos, que el dallos
En buena fortuna están.

REY.

Sí; pero sólo don Juan,
Fidalgos, sabe acertallos.

Vanse todos, excepto el Prior.

PRIOR.

Aunque yo me hubiera hallado
En la ocasión que he perdido,
No estuviera más corrido.

Don Juan y Beltrán, de camino.

DON JUAN.

¡Á lindo tiempo he llegado!

BELTRÁN.

Tu dicha es notable cosa.

PRIOR.

Para sí:

Á mí me conviene hacer
Cómo el Rey venga á entender
Que hay más que un don Juan de Sosa.
Saldré á la plaza este día.

Vase.

DON JUAN.

Con el valor de quien soy,
Palabra, Beltrán, te doy
Que esta esperanza traía.
Llegué como he deseado:
Haz ensillar mi alazán.

BELTRÁN.

¿Qué alazán?

DON JUAN.

Presto, Beltrán,

Que está el Rey en el tablado.

BELTRÁN.

¿Tienes seso? ¿Estás en ti?
¡Cien leguas, sin mudar sillas,
En postas, que mil postillas
Las postas han hecho en mí!.....
En quitándote las botas,
Saldrás á la plaza.

DON JUAN.

Advierte
Que no se excusa una suerte.

BELTRÁN.

Tengo las alforjas rotas:
Tú solo salir concierta,
Porque si el toro me huele,
Me ha de encontrar como suele
Quien halla la puerta abierta.

DON JUAN.

Yo he de salir embozado
Con una capa con oro.

BELTRÁN.

¿No era mejor ver el toro
Con el Rey y en el tablado,
Recibir mil parabienes
De los fidalgos y damas?
¿Siempre has de andar por las ramas?
Mira que cansado vienes,
Y hay toro tan descortés,
Que no ha de tomar en cuenta
Que vienes de venta en venta,
Y que á Leonor viste un mes.
Flaco estás; que en el color
Se te ven las dos jornadas.

DON JUAN.

Dos veces, Beltrán, me enfadas:
Una en hablar de Leonor,
Y otra en querer que no salga.
Desta grita, ¿no te alteras?

BELTRÁN.

Pues en tu error perseveras,
Tu misma fuerza te valga.
Caballo y capa con oro
Voy volando á prevenir;
Pero yo pienso dormir.

GENTE.

Dentro.

¡Guarda el toro! ¡Guarda el toro!

UNOS.

Dentro.

¿Quién es éste?

OTROS.

Dentro.

El Gran Prior.

DON JUAN.

Ya el Prior sale á la plaza.
Presto.

BELTRÁN.

Todo me embaraza.
¿No era más justo, señor,
Ir á ver á doña Clara?

UNO.

Dentro.

¡Bravo Ruy de Silva viene!

DON JUAN.

Todo el mundo lugar tiene
Y en mi ausencia se declara.

GENTE.

Dentro.

Don Gonzalo de Meneses
Sale agora muy galán.

DON JUAN.

Bestia, dame mi alazán.

BELTRÁN.

¡Que á matar toros vinieses
Desde Toledo á Lisboa!

DON JUAN.

No tendrá en ausencia mía
Hidalgo la bizarría
De que mi patria me loa.

BELTRÁN.

Yo pienso, mientras por fama
Sales á tal desatino,
Matar un toro de vino,
Y derriballe en la cama.

Vanse.

Doña Clara y Esperanza.

DOÑA CLARA.

Pensamientos atrevidos,
Pero muy bien empleados,
Cuidados para cuidados
Aun apenas merecidos;
Aunque vais desvanecidos,
Subid adonde os resista
El alma al sol que conquista
Con tan dulce desvarío;
Que yo misma que os envío,
Os vengo á perder de vista.
Á lo menos no diréis,
Aunque de méritos faltos,
Que os pude subir más altos
Que la esfera que tenéis.
Lo que espanta es que duréis
En tanta desconfianza,
Ardiendo tan sin mudanza,
Que hacéis el alma crisol:
Porque es llover y hacer sol
Querer bien sin esperanza.
De manera amor me trata,
Que con quitarme la vida,
Os estoy agradecida

Por la causa que me mata.
Fuera á mis ojos ingrata,
Si de tanta gloria llenos,
De morir los viera ajenos;
Que no hay vida que se iguale
Con muerte que tanto vale,
Que estimo la vida en menos.

ESPERANZA.

Pienso que te has de volver
De ese pensamiento loca.

DOÑA CLARA.

La causa que me provoca,
¿Qué otro efecto puede hacer?

ESPERANZA.

Y aquel antiguo querer
De don Juan de Sosa, ausente,
¿No templa el loco accidente
De los amores del Rey?

DOÑA CLARA.

De amor, Esperanza, es ley
Que viva el amor presente.
Desde la noche que vi
Del Rey el bizarro talle,
Acuchillando en la calle
Aquellos hidalgos, dí
En imaginar en mí
Sus heroicas perfeciones:
Ponerse el alma en razones
Con la memoria, es error,
Porque ésta engendra un amor
De dos imaginaciones.
Con ausentarse don Juan
Y ver el Rey estos días,
Crecieron las ansias mías
Hasta el estado en que están.
Estos cuidados me dan
Una perezosa muerte,
Que en vida se me convierte.
El Rey no me ha de querer;
Mas yo tengo el padecer
Por la más dichosa suerte.
Dos alas dicen que tiene,
Esperanza, el corazón,
Y con aquel aire son
Quien le alienta y entretiene.
Si el mío á templarse viene
Con tanto fuego de amor,
Es porque en este rigor
Esta templanza le dan;
Que de alas sirviendo están
Su grandeza y mi temor.

Leonel.

LEONEL.

Como ayer te prometí
El referirte la fiesta,
Aunque apenas acabada,
Quiero que la fiesta sepas.

DOÑA CLARA.

No me la cuentes, Leonel;
Que ya no hay fiestas que sean
De más fiesta para mí,
Que las glorias de mis penas.
Estarían ¿quién lo duda?
Los Reyes con la grandeza
Que suele el sol y la luna,
Que son las luces más bellas,
Ella en su esfera de plata,
Y él en su dorada esfera;
Guarnecidos los tablados
De ricas doradas telas,
Y vertiendo amor mil flores
En las damas portuguesas.

LEONEL.

Parece que las has visto
De la suerte que lo cuentas.

DOÑA CLARA.

El Rey negro en su tablado,
Admirado de que tenga
Del mundo la parte blanca
Que conquistar en la negra.
Entrarían mil fidalgos
Con notable gentileza
Á pedir fama á los toros
Haciendo suertes diversas.
¿Puede ser más?

LEONEL.

No darás,
Por más que presumas dellas,
En quién sería un fidalgo
Que entró embozado en las fiestas
Con una banda de nácar
Y una capa de oro.

DOÑA CLARA.

Espera.
¿Era el Prior?

LEONEL.

No, por Dios.

DOÑA CLARA.

¿Fué don Alonso de Almeida?

LEONEL.

Menos.

DOÑA CLARA.

¿Ruy de Silva?

LEONEL.

No,
Porque el Silva entró sin ella,
Y ha hecho con un rejón
Que bese el toro la tierra.

DOÑA CLARA.

¿Fué acaso el Embajador
De Castilla?

LEONEL.

No fué á ellas,
Porque le falta salud.

DOÑA CLARA.

¿Fué Valentín de Ferreira,
Ó Vasco de Acuña?

LEONEL.

No.

DOÑA CLARA.

¿Lope de Melo?

LEONEL.
No aciertas.
DOÑA CLARA.
Doyme por vencida.
LEONEL.
Fué
Don Juan de Sosa. No tengas
Por fábula lo que digo;
Que con mayor gentileza
No ha entrado en plaza de toros
Hombre que se precie della.
Después, en fin, de mil suertes,
Que aun la envidia las celebra,
Se fué á apear al tablado,
Adonde el Rey y la Reina
Le han hecho notables honras.
¿No me dices que te huelgas?
DOÑA CLARA.
Si no me huelgo, Leonel,
¿Para qué quieres que mienta?
LEONEL.
¿Díceslo de veras?
DOÑA CLARA.
Sí;
Que ausencias hablan de veras.
LEONEL.
Pues en tu casa le tienes
Con la misma gentileza
Que entró gallardo en los toros.

Don Juan de Sosa, con capa de oro, banda de nácar, borceguíes y espuelas, como de juego de cañas; Beltrán.

DON JUAN.
¿Hay quien dé la enhorabuena
Á un hombre que de Castilla
Corrió la posta cien leguas
Sólo por ver una dama
Más clara que las estrellas?
DOÑA CLARA.
La plaza debió de ser
Esa dama; que aun apenas
Llegó de Castilla aquí,
Cuando embozado fué á vella.
DON JUAN.
¿Quién no había de pensar
Que estaba en tan grande fiesta
Vuesa merced? Que si fuí
Á la plaza, fué por verla.
LEONEL.
¡Buenos estáis, por mi vida,
Después de tan larga ausencia!
DOÑA CLARA.
Pues ¿cómo habemos de estar?
¿Hay cosa alguna que tenga
Don Juan en aquesta casa?
DON JUAN.
El alma. ¿Es prenda pequeña?
DOÑA CLARA.
¡El alma! Y ¿es prenda el alma
Que algún instante se deja?
Su alma llevó á Castilla
El señor don Juan.
DON JUAN.
Bien fuera
No dejalla á quien ahora
Que se la he dejado niega.
DOÑA CLARA.
Hablemos de la salud;
Que esto del alma es materia
Para sólo el purgatorio.
DON JUAN.
¡Donaires después de ausencias!
DOÑA CLARA.
Pues ¿cuándo he tenido yo
Con vuesa merced más veras?
LEONEL.
Mas qué, ¿aguardáis á que os deje?
DOÑA CLARA.
Antes seré la primera
Que me vaya porque habléis,
Pues adonde se profesa
Tanta amistad, habrá cosas
Que más importancia tengan.

Vase.

LEONEL.
¡Fuése! ¿Quién creyera tal?
Yo le vine á dar las nuevas
De vuestra buena venida,
Y no me dió albricias dellas.
BELTRÁN.

Á Esperanza.

Téngase vuesa merced.
ESPERANZA.
¿Hay causa por qué me tenga?
BELTRÁN.
¿No es causa un recién venido?
ESPERANZA.
Si se mira la grandeza,
Vuesa merced es causón,
Que es calentura soberbia.
BELTRÁN.
Mentira; porque un ausente
Siempre de olvidos enferma,
Y los olvidos son fríos.
ESPERANZA.
Fríos ó calientes sean,
Sepa que soy de mi ama,
Como aforro de entretela:
Ella es el haz, yo el envés,
Y ansí es bien que se le vuelva.

Vase.

BELTRÁN.
¡Esto es venir de Castilla!
LEONEL.
En fin, rondando las puertas
Todas las noches por vos,
No he visto una sombra en ellas.

¿Si son celos castellanos?

DON JUAN.

Esos presumo que sean.

LEONEL.

¿Habéisle dado ocasión?

DON JUAN.

¿Cómo es posible que sepa
Lo que ha pasado en Toledo?

LEONEL.

¿No veis que son estafetas
Del alma los pensamientos,
Y van y vuelven con nuevas?
Volved á hablarla mañana.

DON JUAN.

De aquí á mañana no queda
Para la vida remedio,
Ni para el amor paciencia.
¿Hablaste con Esperanza,
Beltrán?

BELTRÁN.

Aquí hablé con ella,
Y con esperanza hablé
Sin esperanza en mi ausencia.

DON JUAN.

¿Qué te dijo?

BELTRÁN.

Puesto el labio
Como quien tañe corneta,
Me dijo que de su ama
Era aforro y entretela,
Dando á entender que en el modo
Que se visten, juntas, era
La entretela de su gusto.

DON JUAN.

Y mi amor, Beltrán, la tela
De Penélope; que, en fin,
Si día y noche se cuenta,
Cuanto la presencia hizo,
Tanto deshizo la ausencia.
Vamos, Leonel, á Palacio;
Que quiero hallarme en la cena
Del Rey, que querrá saber
De Castilla cosas nuevas:
Y para mí lo son tanto
Los desdenes y soberbias
De Clara, que han de matarme
Si en mudarse persevera.

LEONEL.

Satisfacerle los celos;
Que con eso se contentan
Las mujeres ofendidas.

BELTRÁN.

¿Ahora vas á la cena
Del Rey? Duerme; que, ¡por Dios,
Que es tu corazón de piedra!

DON JUAN.

Vete, borracho, á dormir.

BELTRÁN.

Si yo tan dichoso fuera
Que hubiera entrado en la plaza,
¡Qué buen desgarrón me cuesta!

ACTO TERCERO.

Doña Leonor é Inés, con mantos.

INÉS.

¿Quién te dijera que habías
De venir á Portugal?

DOÑA LEONOR.

No puede haber largo mal
Siendo tan breves los días.
Casóse, Inés, en Sevilla,
Donde está el Rey castellano,
El Príncipe lusitano
Con la Infanta de Castilla.
Mi padre, el Comendador,
En su servicio venía;
Escribíle yo que hacía
Su ausencia falta á mi honor;
Y de Toledo á Lisboa
Me ha traído como ves,
Ciudad que en España, Inés,
Tan justamente se loa,
Donde pienso que podré
Ver aquel mi dueño ingrato,
Falso en el alma, en el trato,
En las obras y en la fe.
¿Ves lo que dijo al partir,
Que con sangre escribiría?
Pues tinta desde aquel día
Le faltó para escribir.
Nunca más vi letra suya.

INÉS.

Mudó tierra: no te espantes,
Aunque burlas semejantes,
Calidad y sangre tuya
Mal las pueden admitir.

DOÑA LEONOR.

Aun bien que estoy en lugar
Donde no habrá que esperar
Que se acuerde de escribir.
Rey es don Juan tan temido
Por su justicia, que hará
Que se cumpla lo que está
Bien firmado y mal cumplido

INÉS.

¡Ay, señora! Tú ¿no ves
Que es su privanza don Juan?

DOÑA LEONOR.

En aquesta iglesia están
Bautizando un rey, Inés,
Donde me dijo un criado
Que podré ver el traidor
De quien se queja mi amor,
Y está mi honor agraviado.

INÉS.

Este palenque se ha hecho

Para que pasen.

DOÑA LEONOR.

Aquí
Veré la llama que vi,
Para incendio de mi pecho.

Tocan música, y salen por un palenque Ruy de Silva, Leonel, y el Prior y D. Juan de Sosa, con fuentes y aguamaniles, y el rey Benoí, vestido de cristiano, las damas y los Reyes, y Beltrán detrás. Gente.

REY.

Al rey Benoí.

Dad muchas gracias á Dios,
Que os dejó ver este día.

BENOÍ.

Es natural deuda mía
Dar gracias á Dios y á vos,
Y es forzoza obligación.

REY.

¿No estáis contento?

BENOÍ.

De modo,
Que porque no salga todo,
Hago fuerza al corazón.
Negro nací; pero ya
Más blanco estoy que la nieve.

DOÑA LEONOR.

De suerte el alma se atreve,
Que tras sus ojos se va.

INÉS.

¡Qué galán viene don Juan!

DOÑA LEONOR.

Si las galas son cuidado
Y él viene tan descuidado,
No puede venir galán.

INÉS.

Si es el cuidado de sí,
Antes con cuidado viene.

DOÑA LEONOR.

Digo yo que no le tiene,
Pues no le tiene de mí.

INÉS.

Bravamente nos burló.
Pero los Reyes se van.

Vanse por la misma orden.

DOÑA LEONOR.

Inés, éste, ¿no es Beltrán?

INÉS.

La librea me engañó.

DOÑA LEONOR.

¿No ves que viene de fiesta?

INÉS.

¿Oís, fidalgo?

BELTRÁN.

¿Quem ser?

INÉS.

Huma mulher que vos quer
Fallar.

BELTRÁN.

Dizei o que resta.

INÉS.

¡Traidor, en mi lengua di!
¿Conócesme? ¿Qué me miras?
Inés soy. ¿De qué te admiras?

BELTRÁN.

Pensando estoy que te vi
En África..... Pero no,
En los Algarbes, sospecho.

INÉS.

Sombra ingrata de aquel pecho
Que en Castilla amaneció,
Y anocheció en Portugal,
¿Aun niegas que me conoces?

BELTRÁN.

Castellana, no des voces;
Que en público suenan mal.
¿Qué viento desatinado
Te trajo aquí? ¿De qué nube
Caiste?

INÉS.

Por darte estuve,
Pícaro desvergonzado,
Cuando te vi hacer de nuevas,
Un cachete castellano.

BELTRÁN.

Detén, bella Inés, la mano,
Que todas éstas son pruebas
De tu ausencia y de mi amor.
Dime, ¿quién te trajo aquí?

INÉS.

Mira, perro, que está allí.....

BELTRÁN.

¿Quién?

INÉS.

¡Bueno! Doña Leonor;
Que el comendador Fadrique
Su padre, viene sirviendo
Á la Infanta.

BELTRÁN.

Á D.ª Leonor.

No pretendo
Disculpa, sino que aplique
Ese pie todo el chapín
Á esa boca.

DOÑA LEONOR.

En fin, Beltrán,
En verte he visto á don Juan,
Y de mi desdicha el fin;
Que si tú no conociste
Á Inés, mal puedo esperar
Que él me conozca.

BELTRÁN.

El burlar,
En el propio humor consiste.
Don Juan te adora.

DOÑA LEONOR.

¡Harto bien

Se conoce en su cuidado!
¿Qué hombres propios me ha enviado,
Y qué regalos también?
¿Qué cartas ó qué memorias?

BELTRÁN.

Tiénele el Rey ocupado;
Que estos días han llegado
Mil nuevas de mil victorias;
Que en África se han rendido
Las costas que el Rey desea.
. . . . (1).
Fuera deso, ha proveído
Las armadas, que ya van
Á fundar una famosa
Ciudad, que llaman Graciosa,
Entre las peñas que están
Sobre el río de Alarache,
Para resistir al Moro.
Naves, cartas, plata y oro,
No hay otro que los despache
En Palacio, sino es él.
Mira si está disculpado.

DOÑA LEONOR.

Amor nunca está ocupado;
Que si amor hubiera en él,
Hurtara el tiempo á las horas,
Á la mesa, al sueño.

BELTRÁN.

Presto
Verás que su amor honesto
Y su pretensión desdoras.
Él ha de ser tu marido.

DOÑA LEONOR.

Ahora bien, queda con Dios.

BELTRÁN.

Yo sé que en viéndoos los dos,
No te quejarás de olvido.

DOÑA LEONOR.

Camina, Inés, por aquí.

INÉS.

¿Adónde vas dese modo?

DOÑA LEONOR.

Á ver la parte ó el todo
Adonde el alma perdí.

INÉS.

Bien dices, porque topar
Con aqueste majadero
Es ver la horca primero
Que la cerca del lugar.

BELTRÁN.

Á Inés.

¿Qué le digo? ¿Tiene ahí
La cédula que en Toledo
Le dí? Por que ya no puedo
Menos que negarla aquí.

INÉS.

¡Vaya, señor ganapán!

Vanse las dos.

(1) Falta un verso.

¿Dale vicio la librea?

BELTRÁN.

Que vaya ó que venga, crea
Que tarde ó nunca verán
Cumplido lo que desean.
Yo he llegado hasta Palacio.
Mi amo estará de espacio:
Dudo que agora le vean.
Quiero entrar á prevenir
Esta desdicha.

Sale D. Juan.

DON JUAN.

¿Es Beltrán?

BELTRÁN.

No estás sin causa galán;
Las galas han de lucir
Hoy en unos ojos bellos.

DON JUAN.

¿Quién te ha dicho bien de mí?

BELTRÁN.

Una dama.

DON JUAN.

¿Cómo ansí,
Para que me abrase en ellos?
Mas dudo que á doña Clara
Parezca bien cosa mía.

BELTRÁN.

Si en desdeñarte porfía,
Ya que no hieres, repara;
Que aquí está doña Leonor
Con la reverenda Inés.

DON JUAN.

¿Qué doña Leonor? ¿Quién es?

BELTRÁN.

La castellana, señor,
Hija de aquel caballero,
Que sois parientes los dos.

DON JUAN.

Pues, Beltrán, mal te haga Dios;
Que es partir el mal que espero.
¿La hija de don Fadrique
En Portugal?

BELTRÁN.

Con la Infanta
Viene su padre.

DON JUAN.

¡Que tanta
Desdicha el cielo me aplique,
Después de celos tan graves
De Clara!

BELTRÁN.

¿Qué hemos de hacer
Destas casas de alquiler
Con las cédulas que sabes?

DON JUAN.

Cuando cédula le dí (1),
Eso de cumplilla es sueño.....
Fué, Beltrán, que era mi dueño,

(1) Aun cuando, aunque.

Mas no que era para mí.
Retírate, que ha salido
Su Alteza.

BELTRÁN.

Afuera te espero.

Vase.

REY.

Dentro.

Proseguir mañana quiero
El principio prevenido.

Sale.

¿Es don Juan?

DON JUAN.

Aquí, señor,
Á Vuestra Alteza esperaba.

REY.

De dar principio trataba
Al fundamento mayor
Del hospital de Lisboa
Con ricas medallas de oro.

DON JUAN.

Pondréis seguro el tesoro
Donde más se estima y loa.
¿Qué nombre, señor, le dais?

REY.

La Misericordia.

DON JUAN.

Es justo.
Dícenme que os dió disgusto
La embajada en que tratáis
Cómo se han de repartir
Los mares que abrió Colón.

REY.

Yo perdí buena ocasión;
Pues pudiéndome servir
De Colón en esta empresa,
Perdimos, por no admitilla,
Un mundo que dió á Castilla,
De que ya tarde nos pesa.

DON JUAN.

Otro mayor os darán
Presto vuestros capitanes.

REY.

¡Embajadores galanes
En este concierto están
Para el nuevo mundo indiano,
Que ha de partirse, en rigor!

DON JUAN.

¿Cómo galanes, señor?

REY.

Uno es cojo, y otro es vano.

DON JUAN.

Y ¿qué dijo Vuestra Alteza?

REY.

Que no resolvía nada,
Porque en aquesta embajada
Ni hallaba pies ni cabeza.

DON JUAN.

¡Discretamente, por Dios!

REY.

Yo me quiero retirar:
Mañana habemos de hablar
En un negocio los dos.

DON JUAN.

Vuestro esclavo soy.

REY.

Mi amigo
Sois, y como tal os quiero.

Vase.

DON JUAN

Terribles daños espero
Deste forzoso enemigo.
¿Qué haré para que Leonor
No prosiga con su intento,
Pues comienza el casamiento
Donde se acaba el amor?
Yo quiero á Clara: ¿qué haré
Para que Leonor me deje,
De suerte que no se queje
De la mal guardada fe?
Mas será tiempo perdido;
Que en este vano cuidado,
Cuanto de Leonor amado,
Soy de Clara aborrecido.
Olvidóme en esta ausencia:
Celos debieron de ser;
Que si obligan á querer,
Debe de ser en presencia.
No querría que Leonor,
Si con desdenes la trato,
Diese cuenta de mi ingrato
Término al Comendador,

Llaman por dentro á una puerta.

Y él al Rey. Rüido siento.

Llaman.

¿Si está en su oratorio? No.
Ya pienso que se acostó.

Llaman.

Otra vez: ¡y en su aposento!
Quiero irme, que si sale,
No es bien que me vea aquí.

Vase.

El Rey con espada desnuda y una vela.

REY

¿Quién llama? ¿Quién está ahí?
¿Hay confusión que á ésta iguale?

¿Si es don Juan, que aun no se fué?
¿Quién llama? Quiero llamar.
Mas no es justo alborotar
Hasta que otro golpe dé.

Llaman.

Otra vez. ¡Hola! ¿Quién es?
Pero ¿qué dudo de abrir,
Pues puedo verle salir,
Y sea quien fuere después?
Aunque en ser en mi aposento
Me ha causado gran temor.
Mas la fuerza del valor
Anima al atrevimiento.....
Y si conjurados son,
Morir, la espada en la mano.
Yo abro.

Abre el Rey la puerta, y sale un difunto (1) empuñando la espada.

¿Eres cuerpo vano
Ó fantástica ilusión?
¿Ó eres sombra de mí mismo,
Que con esta luz se causa?
Entra, pues, dime la causa;
Que aunque del obscuro abismo
Vengas, no has de hallar temor
En este pecho. ¿Quién eres?

EL MUERTO.

Huélgome que no te alteres.

REY.

Mal conoces mi valor.

MUERTO.

Un hombre soy, Rey don Juan,
Á quien tú mismo mataste
Una noche que rondaste.

REY.

Pues ¿qué cuidados te dan
Este deseo de hablarme?

MUERTO.

Cosas de mi alma son.

REY.

Habla.

MUERTO.

No es ésta ocasión
En que puedo declararme,
Que la Reina está despierta.
¿Atreveráste á seguirme?

REY.

¿No me ves seguro y firme?
Vuelve el rostro (2) hacia esa puerta;
Que un mozo quiero llamar
De mi cámara. ¡Ah, García!

García.

GARCÍA.

Señor.....

(1) El que cayó muerto en el primer acto.
(2) Porque su rostro es el de un esqueleto, una calavera.

REY.

¿Dormías?

GARCÍA.

Dormía;
Que tardas mucho en rezar.

REY.

Dame una capa y sombrero,
Y toma esa luz allá.

GARCÍA.

¿Es hombre aquél?

REY.

Sí será.

Vase García.

Bien ves que á obscuras te espero.

MUERTO.

Valor soberano tienes.

REY.

¿Dónde me quieres llevar?

MUERTO.

Aquí, orillas de la mar.

REY.

¡García!

GARCÍA.

Dentro.

¡Señor!

REY.

¿No vienes?

Sale García con la capa y el sombrero del Rey.

GARCÍA.

Aquí tienes lo que pides.

REY.

Vete.

GARCÍA.

¿Dónde vas, señor?

REY.

Vete, necio.

MUERTO.

Tu valor,
Con tu nacimiento mides.
Sígueme.

REY.

Parte delante;
Que con la espada en la mano
Y las armas de cristiano,
No hay ilusión que me espante.

Vanse.

Doña Clara y Leonel, de noche.

LEONEL.

Mucho me admiro de verte
Á las puertas de Palacio,
Pasado el mayor espacio
De la noche.

DOÑA CLARA.

Desta suerte

Me trae cierto imposible,
Que en estas puertas adoro.

LEONEL.

Mucho desdice al decoro
De tu valor invencible
Seguir de aquesta manera
Los amores de don Juan.

DOÑA CLARA.

Otros amores me dan
Más dulce muerte y más fiera.
Y con palabra segura
De caballero, Leonel,
Sabrás el dueño cruel
Del error de mi locura;
Que aunque me obliga don Juan,
No es el don Juan que decís.

LEONEL.

El seguro que pedís,
Mi amor y palabra os dan.

DOÑA CLARA.

Yo quiero al mayor señor
De Portugal.

LEONEL.

¿Al Rey?

DOÑA CLARA.

Sí,
Desde que una noche vi
Á mi puerta su valor.

LEONEL.

Si á vuestras puertas le vistes,
Ya no me espanto que andéis
Por las suyas.

DOÑA CLARA.

Vos tenéis
(Que una vez me lo dijistes)
Lugar, Leonel, con el Rey.
¿Queréis hacer de manera
Que sepa mi amor?

LEONEL.

Quisiera
Que fuera entre amigos ley.
Mas quejaráse don Juan,
Si por ventura lo entiende.

DOÑA CLARA.

Ya don Juan no me pretende;
Que otros cuidados le dan
Soledades de Castilla.

El Rey y el Prior.

REY.

Huelgo de haberos hallado.

PRIOR.

De lo que me habéis contado,
La sombra me maravilla,
No vuestro valor, señor.

REY.

Topar vuestra cruz ha sido
Dicha, pues me ha defendido
Del daño de aquel temor.

PRIOR.

Si en cementerios andáis,
Cruces, señor, topareis.
Y ¿qué os dijo?

REY.

Allá sabréis
Lo que aquí me preguntáis;
Mas quiero daros cuidado
En que hagáis decir por él
Ciertas misas.

DOÑA CLARA.

¡Ay, Leonel! (Aparte á él.)
Con don Juan habemos dado.

LEONEL.

Dices bien..... Mas en el talle
Es el Rey.

REY.

¿Quién va?

LEONEL.

¡Señor!

REY.

¿Leonel?

LEONEL.

Sí, señor.

REY.

Á amor
Siempre suelo disculpalle;
Mas no de aquesta manera.
¿Dónde esa mujer lleváis?

LEONEL.

Si á amor, señor, disculpáis,
Disculpa esta dama espera;
Que os viene á buscar á vos.

REY.

¿Á mí?

LEONEL.

Las más noches viene
Á ver estas puertas.

REY.

Tiene
Mal gusto, Leonel, ¡por Dios!

LEONEL.

Una noche que don Juan
Os llevó á ver á su dama,
La enamoró vuestra fama.

REY.

Muy olvidadas están
Mis mocedades en mí.
Pero admírame que hallé
Esa noche á quien maté,
Esa misma que la vi.

LEONEL.

¡Qué muerte!.....

REY

Bajad la voz.
Cuando ese gusto tuviera,
Verla esta noche me diera
Agüero de un caso atroz.
¡Ah señora doña Clara!

DOÑA CLARA.

¡Mi Rey y señor!

REY.

Teneos. (Aparte á ella.)

Agradezco los deseos
Que aquí Leonel me declara.
Pero la palabra os doy
Que desde el día que fuí
Rey, sólo el nombre admití
De quien justamente soy.
Ya no estoy para galán;
Pero cuando lo estuviera,
También sé que no le hiciera
Tan grande ofensa á don Juan;
Que es honrado caballero,
Y mi amigo, y me llevó
A vuestra casa, á quien yo
Hacer agravio no espero.
Llevad, Leonel, esta dama
Con seguridad; que soy,
Como puedo, desde hoy,
Galán de sola su fama.
Y de ser su defensor
Desde aquí quiero ofrecelle;
Que es muy justo agradecelle
Que nos tenga tanto amor.

DOÑA CLARA.

Humillen á tu grandeza
Las montañas orientales
El pie de sus minerales,
De su altura la cabeza.
Bese tus plantas el moro
De Tarudante y Marruecos,
Y hasta el sol lleve los ecos
La fama en sus alas de oro
De tu nombre soberano,
Pues con solas dos razones
Aplacastes las pasiones
Deste amor tan loco y vano.
Acepto el nombre, señor,
De defensor, y te ruego
Que aquí me defiendas luego
De ti, de mí y de mi amor.
De ti, contra tu valor,
De mí, contra mi deseo,
Y de amor, contra el empleo
De su mismo defensor.
Que defendiéndome aquí
Como tu valor procura,
Quedaré, señor, segura
De ti, de amor y de mí.
Y prometo, gran don Juan,
Al favor agradecida,
De no tener en mi vida
Otro amor ni otro galán.

Vase, y con ella Leonel.

REY.

Prior.....

PRIOR.

Señor.....

REY.

¿Qué he de hacer?
Toda esta noche es visiones.

PRIOR.

Alejandros y Cipiones
Pueden su laurel romper,
Aunque de castos, altivos.

REY.

Acostarme es lo mejor.
Toda esta noche, Prior,
Me buscan muertos y vivos.
No son de temer los muertos;
Los vivos son de temer,
Y deseos de mujer
Son vivos peligros ciertos.
Los muertos piden, Prior,
Misas y satisfacciones,
Y las vivas ocasiones
Donde se pierde el honor.

Vanse.

Don Juan.

DON JUAN

Aborrecí querido, y olvidado
Quiero por condición de amor injusto;
Que la satisfacción causa disgusto,
Y la sospecha enciende un pecho helado.
Á quien me quiere olvido, y, desamado,
Adorar un desdén tengo por justo:
Tal es la diferencia con que el gusto
Desprecia amado, y quiere despreciado.
Amor que los deseos satisface,
Ya no es amor, sino amoroso empleo,
Que quiere aquello que su gusto hace.
Pues por tan claras experiencias veo
Que en la dificultad el amor nace,
Y en la facilidad muere el deseo.

Beltrán.

BELTRÁN.

Dos sombras están aquí.

DON JUAN.

¡Dos sombras!

BELTRÁN.

Dos hembras, digo;
Que en una letra es muy grande
La diferencia.

DON JUAN.

¿Es oficio
Para con el Rey, Beltrán,
Ó limosna?

BELTRÁN.

No he sabido
Qué quieren. Que no es limosna,
De sus tallazos, lo afirmo,
Mantos delgados y olor;
Que mujeres y tocino,
Por el olor dicen luego
Ó la fineza ó el vicio.
Á los dobleces del manto
Se asomó por un resquicio
Un ojo como un diamante:

Brillaba de puro fino.
Doña Clara me parece.

DON JUAN.

Bestia, rompe el frontispicio
Desa puerta, en duda, y di
Que éntre aquel ángel divino.

BELTRÁN.

¡Divino!

DON JUAN.

Humano lo quiero.
Loco es amor, él lo dijo.

Doña Leonor é Inés, tapadas.

DOÑA LEONOR.

¿Estáis solo?

DON JUAN.

Solo estoy:
Mirad, señora, en qué os sirvo,
Pues queréis honrar mi casa.

DOÑA LEONOR.

¿No me conocéis?

DON JUAN.

No quito
Las cortinas á mis ojos,
Mientras que los vuestros miro
Con las de ese negro manto.

BELTRÁN.

A Inés.

Y ella, ¿no corre un poquito
La sobrevaina á la hoja
Ó al ojo?

INÉS.

Paso, hipogrifo.

BELTRÁN.

¡Hipogrifo!

INÉS.

¿No es caballo?

BELTRÁN.

Con alas.

INÉS.

Luego bien digo,
Pues es caballo con alas
Un necio favorecido.

DON JUAN.

Descubra vuesa merced
El rostro, se lo suplico.

DOÑA LEONOR.

Veisle aquí.

DON JUAN.

¡Válgame Dios!

BELTRÁN.

Descubra, dama, le pido,
El retablo, aunque haya diablo
Á los pies de San Benito,
Ó sayón del rey Herodes:
Ni inocente soy, ni niño.

INÉS.

Este es mi rostro, Beltrán.

BELTRÁN.

¡Válgame Santo Domingo!

DOÑA LEONOR.

¡Tanta admiración! ¿Qué es esto?
¿Qué os ha dado? ¿Qué habéis visto?
¿Pésaos de verme? Pues yo
No he venido á deserviros.
Acuérdome que en Toledo
De otra suerte os recibimos
En mi casa; mas hay gastos
Que se olvidan del recibo.
Gastado estáis, como dicen
En vuestra lengua.

DON JUAN.

No ha sido
Ingratitud, sino amor,
Y el veros tan de improviso.

DOÑA LEONOR.

¡Ansí que os habéis turbado!
No había en ello caído.
Traed, Beltrán, á vuestro amo,
Al señor don Juan, ¿oislo?
Dos tragos de agua de azâr,
Que en Lisboa lo hay muy fino;
Y perdonadme que os mande;
Que me habían prometido
Ser de aquesta casa dueño.

DON JUAN.

Y yo estoy muy ofendido
De que hayáis venido ansí.
De mi calidad os digo
Que ya no podré casarme
Con quien, como vos, se vino
De Castilla á Portugal;
Ni querrá el Rey á quien sirvo
Darme licencia, si sabe
Tan extraño desatino.

DOÑA LEONOR.

Yo confieso que el quereros
Grande desatino ha sido,
Pero no el venir; que yo
Vengo con mi padre mismo.
Sirviendo á la Infanta viene,
Y es tan bueno y es tan limpio
Como aquella cruz lo muestra,
Y estará muy ofendido
Si sabe que á un escudero
Le doy por yerno.

DON JUAN.

Confirmo
Vuestra locura con eso.
Tiempo habrá de persuadiros
Á lo que fuere razón.
Quedad con Dios; que al Rey sirvo,
Y he de hallarme al levantarse.

Vase.

DOÑA LEONOR.

¡Esto escucho! Oye, enemigo;
Oye, traidor.

INÉS.

A Beltrán.

Y él, ¿también
Se va tan presto?

BELTRÁN.

Yo sirvo
Al caballo de mi amo,
Y dícenme sus relinchos
Que ya querrá levantarse.

Vase.

INÉS.

¿Qué dices?

DOÑA LEONOR.

¡Pierdo el jüicio!
Estoy por salir de aquí
Dando voces, dando gritos.
¿Hay tal maldad?

INÉS.

Y el bellaco
Del Beltrán, ¡con qué artificio
No conocerme fingió!

DOÑA LEONOR.

Hallar un amante tibio
Tras una ausencia, no es mucho;
Pero ¡ingrato y fementido
Y descortés! ¡Muerta soy!
¿Cuándo en el mundo se ha visto?
Échate el manto en el rostro,
Y sígueme.

INÉS.

No te pido
Más de que mires tu honor.

DOÑA LEONOR.

No hay honor si no hay jüicio.

Vanse.

Don Juan y otros caballeros vistiendo al Rey.

REY.

Y ¿cómo, en efecto, os va
De amores de doña Clara?

DON JUAN.

Tan mal, que sólo repara
En los celos que me da.

REY.

Y ¿qué causa habrá tenido?

DON JUAN.

Ser yo ausente, ella mujer.

REY.

Á otro debe de querer,
Pues os ha puesto en olvido.

DON JUAN.

¿Sabe deso Vuestra Alteza?

REY.

Por mi vida, procurad,
Pues no os tiene voluntad,
De no sufrir su aspereza.
Más firmes los hombres son:
Á Castilla os envié,
Pero nunca me olvidé
De teneros afición.

DON JUAN.

Mil veces los pies os beso,
Y os certifico, señor,
Que esa merced y favor
Os pago con grande exceso.

REY.

Á una doncella tenía
Cargo un hombre que murió.
Anoche lo supe yo,
Y remediarlo querría.
Dareos cuatro mil ducados,
Y las señas de la casa;
Pues si con esto se casa,
Quedan los dos remediados:
Él, pues la palabra dió,
Y ella por quedar ansí.

DON JUAN.

Algo sabe el Rey de mí, (Aparte.)
Que esta materia tocó;
Porque como es tan discreto,
Cuando favorece más,
Es para reñir.

El Prior.

PRIOR.

¿Ya estás
Levantado?

REY.

Estoy inquieto.
No he dormido bien, Prior,
Y á la cárcel quiero ir.
¿Qué hay nuevo?

PRIOR.

Que oí decir
Al Embajador, señor,
Que la Reina de Castilla
Un recado os enviaba.

REY.

¿Cómo?

PRIOR.

Que ver deseaba,
Por octava maravilla,
A Lisboa, solamente
Con veinte de á mula.

REY.

Bien;
Mas decid vos que le den
Por respuesta suficiente,
Cuando le escriba á Castilla
Ese Conde su vasallo,
Que con ciento de á caballo
Deseo ver á Sevilla.

RUY.

¿Vió ya Vuestra Alteza el oro
Que del Oriente ha venido?

REY.
Sus reyes se han convertido,
Que es para mí más tesoro.

RUY.
Bien sé yo quién con él fuera
Rico.

REY.
Creed de mi amor
Que con liberal valor
Toda esta riqueza os diera,
Á no haber hecho primero
Don Alonso aquesta hazaña,
Rey de Nápoles.

PRIOR.
¡Qué extraña (Aparte.)
Respuesta!

REY.
¿Qué hay del overo?
¿Sáleos bien, señor Prior?

PRIOR.
Aseguro á Vuestra Alteza
Que es notable la destreza
Deste nuestro picador,
Puesto que le ha sucedido
Un desastre.

REY.
Ya le espero.

PRIOR.
Como es su padre arriero
(Que esto ya lo habéis sabido),
Yendo á caballo arrogante,
Topó al padre, cierto día
Que con los machos venía:
Pasó el viejo por delante,
Y quitóle su sombrero;
Pero el hijo se pasó
Muy tieso; que se corrió
De ver al padre arriero.

REY.
Llamalde.

RUY.
Él viene.

El Picador.

PICADOR.
He sabido
Que me llama Vuestra Alteza.

REY.
De vos, por vuestra destreza.
Me he pagado y me he servido;
Mas ya no os he menester.

PICADOR.
¡Señor! ¿En qué os deserví?

REY.
¿Qué lealtad me tendrá á mí
El que no sabe tener
Respeto á quien le engendró?
Id, culpad á vuestra madre;
Que á quien desprecia á su padre,
No quiero estimarle yo.
Sed de hoy más agradecido
Á quien estáis obligado,
Pues yo no me he deshonrado
De haberme de vos servido;
Y vos, necio, ¡os deshonráis
Del padre que os engendró!

PICADOR.
Dios por vos me castigó,
Que vos no me castigáis.

Vase.

Leonel.

LEONEL.
¿No sabe Vuestra Alteza cómo vino
Colón del Nuevo Mundo conquistado,
Que en Portugal se tuvo á desatino?

REY.
Por infinitas cosas me ha pesado
De no haber admitido aquesta empresa,
Pues de Colón mil veces fuí rogado.

LEONEL.
Á verte viene, y que verdad profesa
Se conoce en el oro que ha traído.

REY.
Vuelvo á decir, fidalgos, que me pesa.

PRIOR.
Pues no os pese, señor, si habéis sentido
Que ha de dañar á la conquista vuestra;
Pues, muerto, quedará en eterno olvido.

RUY.
Hacer podemos que la gente nuestra
Se junte con la suya, y desta suerte
Podrán matalle, y la fortuna diestra
Cesará de las Indias con su muerte,
Que te amenaza en tantas ocasiones.

Colón.

COLÓN.
No quise, gran señor, pasar sin verte.

REY.
¡Colón amigo!

COLÓN.
El nombre que me pones
Fuera con más razón si tú aceptaras
La empresa destas bárbaras regiones.
Yo llevo al rey Fernando cosas raras:
Oro, indios, aves, plata, y sobre todo,
De imperios grandes esperanzas claras.

REY.
Dios lo guardaba al castellano godo:
Él lo goce, Colón; mas oye aparte.

COLÓN.
Ya de servirte es imposible el modo.

REY.

(Aparte á Colón.)

Oye, que en Portugal quieren matarte.
Vete, y gocen los Reyes de Castilla

Este mundo que halló tu ingenio y arte.

COLÓN.

No en balde tu grandeza maravilla
Á España, á Italia, al mundo: con licencia
Tuya me parto desde aquí á Sevilla.

Vase.

PRIOR.

¿Cómo se fué Colón?

REY.

La diligencia
Que llevaba á sus Reyes es muy justa.
¿Hay quien me quiera hablar?

PRIOR.

No diferencia
De un ángel tu persona siempre augusta.

Un viejo.

VIEJO.

Un aviso os vengo á dar,
Señor, de un vuestro criado,
Porque casado, y casado
Con mujer que puede honrar
Cualquier fidalgo marido,
Está siempre amancebado.

REY.

¿Sabéislo vos?

VIEJO.

Con cuidado
Lo he procurado, y sabido
Que tiene veinte mujeres.

REY.

¡Veinte! ¿Juraréislo vos?

VIEJO.

Sí, señor.

REY.

Andad con Dios.

VIEJO.

Rey eres, justicia eres.

REY.

Esa no es causa bastante.

VIEJO.

Pues ¿cómo no le castigas?

REY.

El que tiene veinte amigas,
No tiene amiga, ignorante.

Vase el viejo.

Mucho me enfadan á mí
Aquestos hombres chismosos;
Y porque son tan curiosos,
Quise responderle ansí.

Un hombre, con una pretina ceñida por los pechos.

HOMBRE.

Á Vuestra Alteza he pedido
El oficio que ya sabe.

REY.

Sin duda que es hombre grave, (Aparte.)
Tan altamente ceñido.
Ya le he dado: no ha lugar.

HOMBRE.

¿Á quién, señor?

REY.

Este día
Le dí á un hombre que traía
La pretina en su lugar.

PRIOR.

¡Qué bien le supo reñir!

Vase el pretendiente.

Doña Leonor con el manto echado.

DOÑA LEONOR.

Príncipe, que en paz y en guerra
Te llama perfecto el mundo,
Oye una mujer.

REY.

Comienza.

DOÑA LEONOR.

Del comendador Fadrique
De Lara soy hija.

REY.

Espera.....
Perdona al no conocerte
La cortesía, que es deuda
Digna á tu padre y á ti.

DOÑA LEONOR.

Esa es gala y gentileza
Digna de tu ingenio claro,
Que el mundo admira y celebra.
Por dos veces á Castilla
Fué un fidalgo desta tierra
Que quiero encubrir el nombre
Hasta que su engaño sepas,
Porque le quieres de modo,
Que temiera que mis quejas
No hallaran justicia en ti,
Si otro que tú mismo fueras.
Posó entrambas en mi casa,
Solicitó la primera
Mi voluntad.....

REY.

Di adelante,
Y no te oprima vergüenza;
Que también con los jüeces
Las personas se confiesan

DOÑA LEONOR.

Agradecí sus engaños,
Partióse, lloré su ausencia;
Que las partes deste hidalgo,
Cuando él se parte, ellas quedan.
Volvió otra vez, y volvió
Más dulcemente sirena.
Con la voz no vi el engaño.
¡Ay Dios, señor, si nacieran
Las mujeres sin oídos,
Ya que los hombres con lengua!

Llamóme al fin, como suele
Á la perdiz la cautela
Del cazador engañoso,
Las redes entre la yerba:
Resistíme; mas ¿qué importa,
Si la mayor fortaleza
No contradice el amor,
Que es hijo de las estrellas?
Una cédula me hizo
De ser mi marido, y ésta
Debió de ser con intento
De no conocer la deuda
En estando en Portugal,
Como si el cielo no fuera
Cielo sobre todo el mundo,
Y su justicia suprema.
Al fin, señor, él se fué
Ufano con las banderas
De una mujer ya rendida;
Que donde hay amor no hay fuerza.
Despojos trajo á su patria,
Como si de África fueran,
De los moros que en Arcila
Venciste en tu edad primera,
Ó de los remotos mares,
De cuyas blancas arenas
Te traen negros esclavos
Tus armadas portuguesas.
Nunca más vi letra suya;
Lloró mi honor; sus obsequias
Hice el túmulo del llanto,
Y de amor las hachas muertas;
Casó el Príncipe tu hijo
Con nuestra Infanta, que sea
Para bien de entrambos reinos;
Vino mi padre con ella.
Vine con él á Lisboa,
Donde este fidalgo niega
Tan justas obligaciones;
Y de suerte me desprecia,
Que me ha de quitar la vida
Si Tu Alteza no remedia
De una mujer la desdicha.

REY.

¿Vive la cédula?

DOÑA LEONOR.

Fuera
Error no haberla guardado.

REY.

Yo conoceré la letra
Si es criado de mi casa.

DOÑA LEONOR.

Señor, la cédula es ésta.

REY.

La firma dice *Don Juan
De Sosa*. No lo creyera,
Á no conocer la firma.
Á su virtud y prudencia,
Que me han obligado á amarle,
Contradice la aspereza
É ingratitud con que dices
Que en Portugal te desprecia.
Entra y besarás la mano,
Sin decir nada, á la Reina,
Y di que te mando yo
Que estés agora con ella,
Mientras para remediarte
Hago cierta diligencia.

DOÑA LEONOR.

Guárdete el cielo, señor,
Y ruego al cielo que veas
Tu sucesión dilatada
Siglos y edades eternas.

Vanse todos, menos Leonel, que se cubre.

El Rey.

REY.

Leonel.....

LEONEL.

Señor.....

REY.

¿Cómo estás
Cubierto?

LEONEL.

Á tu espalda estaba:
Que no me vías pensaba.

REY.

Pues, Leonel, no lo hagas más;
Y sabe (porque las leyes
No rompas al ser cortés)
Que no tienen haz ni envés
Las personas de los reyes.

LEONEL.

Perdona mi atrevimiento.
Fiado en que no me vías.....

REY.

Bien á Clara conocías.

LEONEL.

Sí, señor.

REY.

Y ¿el pensamiento
Has sabido de don Juan?

LEONEL.

Sí, señor.

REY.

Llámame á Clara,
Y en el silencio repara.

LEONEL.

Ya voy.

Vase.

Don Juan.

DON JUAN.

Ya, señor, están
Cuatro mil ducados juntos.

REY.

Las señas haré que os den
En un papel, porque es bien
Dar descanso á los difuntos.
Mas tratando de los vivos,

Porque también es razón,
Hoy veréis de mi afición
Dos ejemplos excesivos.
El primero es el haceros
De Arcila gobernador.....

DON JUAN.

Querer loaros, señor,
Mi ignorancia, es ofenderos.

REY.

Y el segundo, es hoy casaros
Con una parienta mía.

DON JUAN.

Si agora, señor, decía
Que era ofenderos loaros,
Ya el silencio será error.

REY.

Id á poneros galan;
Que con la Reina, don Juan,
Está la novia.

DON JUAN.

Señor,
Á tantas obligaciones,
¿Qué puedo yo prometer?

REY.

Querer á vuestra mujer
Y dejaros de aficiones.

Vase.

DON JUAN.

Sin duda que mi loco pensamiento,
Desvanecido por la hermosa Clara,
Conoce el Rey, cuyo cristiano intento
En las cosas más mínimas repara.
¡Con qué silencio ha hecho el casamiento!
No osé contradecirle, que en su cara
Fuera notable error; y en lo postrero
Se partió grave y me miró severo.
Díceme que me deje de aficiones,
Y quiera á mi mujer; no hay que excusarme.
El Rey lo manda al fin; no hay más razones,
Y por Leonor me huelgo de casarme.
Al Rey puede pedir obligaciones;
Casado, cansaráse de cansarme;
Que en Portugal la deuda de Castilla,
Y más de amor, es necedad pedilla.

Beltrán.

BELTRÁN.

Todo hoy te busco.

DON JUAN.

Ya, Beltrán amigo,
Me ha casado Su Alteza.

BELTRÁN.

¿Qué me cuentas?

DON JUAN.

En este punto lo trató conmigo.

BELTRÁN.

¿Con quién, señor?

DON JUAN.

Un imposible intentas.

BELTRÁN.

¿No se puede saber?

DON JUAN.

No te lo digo
Porque yo no lo sé.

BELTRÁN.

Mi gozo aumentas.
Al fin te quiere bien.

DON JUAN.

Parienta es suya.

BELTRÁN.

Huélgome por Leonor.

DON JUAN.

¿Por vida tuya?

BELTRÁN.

Váyase norabuena á su Castilla
La toledana daifa, y á su puerta
Ponga como alquiler su cedulilla,
Que es deuda de afición y afición muerta.
Pues ¡la bellaconaza de Inesilla,
Dueña de honor, que vino muy cubierta
Con el manto soplón, y con qué susto
Me pidió los principios de su gusto!
Váyase legua y media del infierno;
Que la daré.....

DON JUAN.

Detén al habla el paso,
Que Leonor es señora.....

BELTRÁN.

¡Buen gobierno!

DON JUAN.

Y la he de respetar aunque me caso.

BELTRÁN.

En faltando el honor hay odio eterno,
Declárase la guerra en campo raso.

DON JUAN.

Hablemos bien de las señoras, loco.

BELTRÁN.

¿Quién será tu mujer?

DON JUAN.

Espera un poco.

Doña Clara y Leonel.

LEONEL.

Aquí podréis esperar;
Que Su Alteza saldrá luego.

DOÑA CLARA.

¿Para qué puede quererme?
Que no lo entiendo, os prometo.

DON JUAN.

Beltrán, Beltrán, ¡vive Dios (Ap. á su criado.)
Que es doña Clara, y que creo
Que es la mujer que me da!

BELTRÁN.

Pues eso tenlo por cierto.

DON JUAN.

Díceme el Rey que me deje
De aficiones; y así entiendo
Que me dice que la olvide
Con dármela en casamiento.

¿No viene bella?

BELTRÁN.

Notable

DON JUAN.

Vamos á casa de presto,
Pondréme galán.

BELTRÁN.

Camina.
Pero una cosa te ruego
En parabién de tu gusto,

DON JUAN.

¿Cuál es?

BELTRÁN.

La afición que tengo
Á Esperanza, ya la sabes.

DON JUAN.

Ya es tuya.

BELTRÁN.

Guárdete el cielo.

Vase.

DOÑA CLARA.

En fin, el Rey me ha llamado,
Y no es sin causa.

LEONEL.

No entiendo
Para qué puede quererte.

DOÑA CLARA.

Suele á veces el deseo
Despertar á la memoria,
Y muchos suelen tenerlo
De las cosas que ofrecidas
Trataron con más desprecio.
Muchos en público dejan
Lo que buscan en secreto.
Razón de estado en los graves
Es fingirse muy honestos.

LEONEL.

Sólida virtud parece
La del Rey..... Él viene.

El Rey.

DOÑA CLARA.

Vengo,
Como vos me lo mandáis,
Invicto señor, á veros.

REY.

Clara, ¿vos no procurastes
Que fuese yo galán vuestro?

DOÑA CLARA.

Quise yo ser vuestra esclava.

REY.

Pues dada una traza tengo
Para hacerlo, y visitaros
Sin escándalo del pueblo.

DOÑA CLARA.

¿Cómo, señor?

REY.

Por mi vida,
Que entréis en un monasterio;
Pues siendo vuestro galán,
Quiero asegurar mis celos.
¿No haréis vos esto por mí,
Que como galán os ruego?

DOÑA CLARA.

Sí, señor; y aunque traía
Diferente pensamiento,
Como vos me prometáis
De verme en el monasterio
Con nombre de mi galán,
Viviré con más contento
Que en otro ningún estado.

REY.

La palabra os doy, haciendo
Juramento de estimaros,
De honraros y de quereros,
Y en prendas os doy los brazos,
Si no basta el juramento,
Y este diamante, que fué
De la conquista que emprendo,
El primero que se halló
De lo que está descubierto.

DOÑA CLARA.

Beso vuestros pies.

REY.

Leonel,
Llevalda y volved; que quiero
Dar traza y decir el nombre
Del monasterio.

Vanse D.ª Clara y Leonel.

Don Juan y Beltrán, muy galanes.

DON JUAN.

Ya vengo,
Señor, á lo que mandáis.

REY.

Galán venís; yo os prometo
Que no os he visto en mi vida
De mejor talle.

DON JUAN.

Deseo
Pagaros tanta merced,
Y tanta merced no puedo.

REY.

Don Juan, antes de casaros
Tengo que hablaros.

Sale la Reina con D.ª Leonor é Inés tapadas.

REINA.

Entremos;
Que ya está don Juan aquí.

REY.

¡Señora mía!

DON JUAN.

¿Qué es esto? (Aparte.)

BELTRÁN.

No me parece que es Clara (Ap. á su amo.
La novia; obscura la veo;
Y aun detrás viene la sombra
De la obscuridad que temo.

REY.

Oid aparte, don Juan:
Hanme informado que al tiempo
Que estuvistes en Castilla
Y posastes en Toledo,
No pagastes la posada
(Por ventura no pudiendo),
Y una cédula dejastes
Para que luego en volviendo
Á Portugal, se pagase;
Mas vos, mudando de acuerdo,
No habéis querido pagar;
Y así, con quejas y ruegos
Me piden que yo os obligue.
Aquí la cédula tengo:
¿Conocéis aquesta firma?

DON JUAN.

Sí, señor.

REY.

Pues pagad luego,
Que aquí está el acreedor.

DON JUAN.

Es muy justo; que á no serlo
Basta mandármelo vos.

REY.

Dalda la mano.

DON JUAN.

No llego
Forzado, Leonor hermosa;
Que bien sé que no os merezco.

DOÑA LEONOR.

Ni yo os quisiera forzado.

REY.

¿Quién es aquí un escudero
Que tiene otra obligación?

BELTRÁN.

Por mí lo dice; ya tiemblo. (Aparte.)

DON JUAN.

El que anda siempre conmigo
Es Beltrán.

REY.

¡Hola!

BELTRÁN.

Ya entiendo.
Soy de doña Inés marido;
Don Beltrán soy, esto es hecho.
¡Diablos sois las castellanas!
No me aprietes tanto, quedo,
Que me has quebrado la mano.

INÉS.

Pues no es porque vienes tierno.

REY.

Llamad al Comendador,
Celebren el casamiento,
Y dé á la primera parte
Fin *El Príncipe perfecto.*

EL PRÍNCIPE PERFECTO

SEGUNDA PARTE

EL PRÍNCIPE PERFECTO

SEGUNDA PARTE

COMEDIA DE LOPE DE VEGA CARPIO

DEDICADA

Á DON ÁLVARO ENRÍQUEZ DE ALMANZA

MARQUÉS DE ALCAÑICES, GENTILHOMBRE DE LA CÁMARA DE SU MAJESTAD Y SU MONTERO MAYOR, CABALLERO DEL HÁBITO DE SANTIAGO Y SEÑOR DE LA CASA DE ALMANZA Y SU TIERRA

En tanto que con diferentes rimas celebra mi ignorancia el claro nombre de vueseñoría, promesa que cumpliré sin falta, llegando la vida al deseo de satisfacción tan justa, ofrezco á vueseñoría la segunda parte del Príncipe perfecto, *el rey D. Juan, el segundo de Portugal, espejo verdaderamente de toda perfección, y por quien dijo bien Plutarco que los reyes eran ministros de Dios para el cuidado y salud de los hombres y para que los bienes que les dió, parte guardasen y parte distribuyesen. El nuestro, que Dios guarde, es tan divino ejemplar en tan tiernos años, que pudiera excusar la historia propuesta, á no ser justo proponer estas excelentes acciones en mayores progresos á todo heroico príncipe; pues vemos de su entendimiento y de su anticipada prudencia tales efetos (porque sin ella, como dijo Lipsio, la fuerza y las riquezas son inútiles), y de su valiente ánimo tales bríos, referidos de vueseñoría con tanto gusto, mostrándome las lanzas y sus resplandecientes hierros vestidos de sangre, con que hace pedazos en el campo tan bravas fieras; pues de la caza á la milicia hay tan poca distancia, que por preludio de la guerra fué de los persas tan alabada, y así la llamó Natal Conde en su primer libro* De Venatione: dura batalla de Marte, *y lo sintió Cicerón llamándola* semejanza de la disciplina bélica. *No se despreciaron de enseñarla Platón y Jenofonte, cuyo ejercicio, para descansar de los cuidados de la república, fué tan acepto al emperador Antonino, aunque era filósofo, refiere Julio Capitolino; y ansí mismo Lampridio de Severo y Diodoro de Alejandro, hombre que no se olvidó de la caza cuando conquistaba el mundo. Los daños encarecen muchos con los ejemplos que cuenta de Adriano y de su caballo Elio Esparciano, y las corónicas de España del rey Favila; pero los mismos peligros tiene la guerra, inexcusable, si llega la ocasión, al generoso Príncipe, como se vió en Carlos V, matando en Túnez por sus manos al moro que tenía entre los pies del caballo aquel hidalgo sevillano que conocía el César: y no se debe mirar, ni es justo, por el provecho cierto el peligro dudoso: y así fué opinión de Plinio el Mayor que*

agradan más las cosas que se buscan con peligro, porque allí sintió Quintiliano, que consistía más el afecto. Ni se entienden los gastos que reprehende San Agustín, con los reyes soberanos, en cuya monarquía grande no imponen necesidad, antes conveniencia de su grandeza, autoridad y pompa, siendo uno de los mayores adornos á la admiración de los extranjeros, de quien con más cuidado son advertidas las cortes. No querría que lo fuese mi atrevimiento de vueseñoría, viendo hablar en la caza un hombre, desde que nació sólo inclinado á las musas; pero estando el ejemplo tan presente en el gusto con que vueseñoría las mira y celebra, y tal vez por su entretenimiento las honra con sus versos, tendré disculpa y confesaré la envidia de los que pueden ocupar algunas horas en este belicoso ejercicio. Lea, finalmente, vueseñoría El Príncipe perfecto, *pues aunque este nombre no viniera aquí tan á propósito, era fuerza decir que lo era vueseñoría en todas cuantas acciones se debe á sí mismo un caballero de tan heroicas partes y á quien Nuestro Señor guarde como deseo.*

Capellán de vueseñoría,
LOPE DE VEGA CARPIO.

EL PRÍNCIPE PERFECTO

SEGUNDA PARTE

PERSONAS

El rey de Portugal.
La Reina.
El príncipe D. Alfonso.
La Princesa.
Lope de Sosa.
El Gran Prior.
Doña Leonor.
El conde D. Fernando.
Don Gutierre.
Don Nuño.
Tristán.
Silva.
Ataíde.
El Duque de Medinasidonia.
Octavio.
Madanela.
Brito.
Álvaro.
Margarita.
Un letrado.
Un Alcalde.
Un Maestresala.
Un paje.
Melo.
Mendo.
Fernando.
Rodrigo.
Julián.
Julia.
Porcelo.
Alberto.
Músicos.
Criados.
Cazadores.
Presos.
Acompañamiento.
Gente.

ACTO PRIMERO.

El príncipe D. Alfonso, vistiéndose; Lope de Sosa, con la capa y espada, y un paje con el espejo; Tristán, el conde D. Fernando y músicos.

PRÍNCIPE.
Estrecho viene este cuello,
Muestra el espejo, Tristán.
TRISTÁN.
Antes estás muy galán;
Rízate un poco el cabello.
PRÍNCIPE.
¡Qué cosa para mi padre!
CONDE.
Puesto que el Rey, mi señor,
Procede con el rigor
Que es bien que á un príncipe cuadre,
No todo se ha de poner
En aquella ejecución
Que pide su perfección.
PRÍNCIPE.
¿Y no es justo obedecer?
CONDE.
Lo mismo corre en los reyes
Que en las leyes.
PRÍNCIPE.
¡Bien le imitas!
CONDE.
Es común cosa que escritas
Están con sangre las leyes;
Pero el discreto jüez
Ablanda con su piedad
Aquella riguridad.
PRÍNCIPE.
Ensanchen más otra vez
Estos puños; que la mano
Toma sangre si se aprieta.
LOPE.
Dijo una cosa discreta
Julia al gran César romano,
Porque un día la riñó

El vestirse poco honesto,
Y otro día más compuesto
Vestido y rostro sacó.
«Ayer á gusto venía
De mi marido, señor,
Y hoy vengo al vuestro.»

PRÍNCIPE.

En rigor,
Mejor un hombre se cría
Con estos justos preceptos.
Dadme la capa y la espada.

LOPE.

¿Cuál destas joyas te agrada?

Se las presentan en una salva.

Y déjate de conceptos.

PRÍNCIPE.

Dadme esas dos cadenillas.

Póneselas.

¡Hola! Vosotros, cantad.

TRISTÁN.

Si hoy sales por la ciudad,
Perdonen las almohadillas.

PRÍNCIPE.

¿No se hará mucha labor?

TRISTÁN.

Los ojos te llevarás.

PRÍNCIPE.

Á un músico.

¿Ahora templas?

MÚSICO.

No es más
De la prima.

PRÍNCIPE.

Di á Leonor.....

UN MÚSICO.

Canta.

En la fuente está Leonor;
Lava el cántaro llorando,
Sus amigas preguntando:
¿Vistes por allá mi amor?
—No le hemos visto, Leonor.

LOPE.

¿Has oído cierta glosa
Á esta canción?

PRÍNCIPE.

Dila á ver.

TRISTÁN.

Poeta debe de ser
El galán Lope de Sosa.

LOPE.

Leonor á su amor buscando,
Y (de amor la mayor prueba)
Agua á la fuente sacando,
Más que en el cántaro lleva,
La restituye llorando.
El curso murmurador
Aumenta con sus enojos,
Pues que, buscando su amor,
Con dos fuentes de sus ojos;
En la fuente está Leonor.
Sus amigas que la ven,
Están de verla admiradas,
Y ella se guarda también;
Que hay lágrimas envidiadas
Cuando son por querer bien.
La fuente se está alegrando
De las perlas que atesora,
Y ella, en fin, disimulando,
Porque no piensen que llora
Lava el cántaro llorando.
Mas viéndose retratar
Del agua, como de espejo,
Por él quiere preguntar:
Quiere mudar de consejo;
Que no es remedio el llorar
Como se aumenta callando
Lo que el corazón inflama,
Quiere descansar hablando,
Porque descansa quien ama
Sus amigas preguntando.
Fuera de que es natural
Al amoroso accidente,
Descansa el remedio igual;
Que decir lo que se siente
Mucho disminuye el mal.
Comunicando el dolor
El alma en descanso está,
Y así les dice Leonor:
«¿Si el mío veis por acá,
Vistes por allá mi amor?»
«Tu amor, le responden ellas,
Habemos visto, serrana,
En esas lágrimas bellas
Con que toda la mañana
Llora el sol por dos estrellas.
Puede ser que á tu pastor
Olvido, Leonor, detenga,
Porque, fuera de tu amor,
Amor que este nombre tenga
No le hemos visto, Leonor.»

PRÍNCIPE.

¿Quién la hizo?

LOPE.

Un criado tuyo.

PRÍNCIPE.

¿Eres tú?

LOPE.

Pienso que sí.
De mi padre lo aprendí;
Todo aqueste estilo es suyo.

CONDE.

Fué, señor, don Juan de Sosa
Un valiente trovador.

PRÍNCIPE.

Quísole el Rey, mi señor,

Por su espada y por su prosa.

LOPE.

Embajador fué á Castilla
Para aqueste casamiento.

PRÍNCIPE.

Heredas su entendimiento.

LOPE.

Mi amor á tus pies se humilla.

PRÍNCIPE.

Ponte, Lope, este diamante.
Y vosotros proseguid
La canción; pero advertid
Que ésta mañana se cante.

Sale el Rey en comenzando á tañer, y suspéndense todos.

REY.

¿Está Alfonso levantado?

LOPE.

Sí, señor.

REY.

En el rüido
Lo pude haber conocido
Aun antes que hubiera entrado.

PRÍNCIPE.

Deme Vuestra Majestad
La mano.

REY.

Y la bendición.
¿Quién son éstos?

PRÍNCIPE.

Todos son
Criados.

REY.

Cantad, cantad.

PRÍNCIPE.

No, señor; que ya vestido,
No es razón que canten más.

REY.

Bueno presumo que estás,
Alfonso. ¿Cómo has dormido?

PRÍNCIPE.

Á tu servicio, muy bien.

REY.

Campo, Príncipe, pareces,
Que con música amaneces;
Mas bien es que te la den.
¿Has tomado espadas ya?

PRÍNCIPE.

No, señor.

REY.

¿Ni la lición
De letras?

PRÍNCIPE.

Las ocho son:
Presumo que tiempo habrá.

REY.

Lope de Sosa, ¿está aquí?

LOPE.

Sí, señor.

REY.

¿Qué le enseñáis?

LOPE.

Cuando vos presente estáis
Más os oye á vos que á mí.

REY.

¿Qué leéis?

LOPE.

De cielo y mundo.

REY.

¿Á quién tenéis por autor?

LOPE.

Á Aristóteles, señor.

REY.

¿Qué parte?

LOPE.

El libro segundo.
Que era noble calidad
La luz ayer enseñaba,
Y si los celestes cuerpos
Entre sus esferas andan
Naturalmente, ó se mueven
En círculo; pues se engañan
Los que con tal opinión
Afirman que tienen alma.
Dijimos también, señor,
Qué diferencia se halla
Entre la naturaleza,
Angélica soberana,
Y nuestra alma.

REY.

Pues, ¿cuál es?

LOPE.

Ser unible al cuerpo el alma,
Y componer una cosa
Los dos; aunque si se apartan,
Puede tener subsistencia
Donde Dios quiere que vaya;
Y la del ángel no puede
Unirse á materia humana,
Ni en efeto corporal.

REY.

Pues decidme, ¿por qué causa
Esta distinción hicistes?

LOPE.

Para mostrar que tocaba
No más de por su virtud
La inteligencia las altas
Ruedas del primero móvil,
Como la nave animada
De la ciencia del piloto,
No porque en la nave hay alma.

REY.

Bien parece á un caballero
La ciencia.

LOPE.

Señor, las armas
Nunca embotaron la pluma:
César por ejemplo basta.

REY.

Con razón á vuestro padre

Don Juan de Sosa estimaba:
Con la misma Alfonso estima
Vuestra pluma y vuestra espada.

LOPE.

Á los dos beso los pies.

REY.

Proseguid.

LOPE.

Ahora trata
Nuestra lección que del modo
Que se divide y separa
Esta elemental región,
La experiencia nos declara,
La antigua filosofía
Y la teología santa,
Que también la celestial
Se divide en partes varias.
Siete planetarios orbes
Antiguamente forjaban
Algunos, el primer móvil
Haciendo la esfera octava;
Pero después, convencidos
Que el movimiento que anda
Del Oriente al Occidente,
De Occidente á Oriente pasa,
Añadieron otra esfera
Con más arte y vigilancia
Que Alfragano y Tolomeo;
Y este movimiento llaman
De trepidación, que encierra
Los dos.

REY.

Y de ése, ¿quién habla?

LOPE.

Jorge Purbaquio y Lignerio,
Con Alfonso, Rey de España.
Sobre éstas el cielo empíreo
Nos enseña la fe santa,
Quïeto y lleno de gloria,
Y de luz divina y clara.
Llámase empíreo, que quiere
Decir del fuego; que es tanta
La claridad, que su lumbre
Á este término trasladan.
Aquí reposan, señor,
Las almas que á verse alcanzan
En presencia del Cordero,
Con ropas rojas ó blancas.

REY.

¿Tiene alguna acción?

LOPE.

Ninguna,
Porque á las segundas causas
Influyen los que se mueven;
Él, sin moverse, descansa.

REY.

¿Once son, en fin, los cielos?

LOPE.

Sí, señor, y este orden guardan:
El empíreo y primer móvil;
El cristalino, en que hay agua;
El firmamento, y tras él
Siete esferas planetarias:
Saturno, Júpiter, Marte,
El Sol, que ocupa la cuarta,
Venus, Mercurio y la Luna.

El Prior.

PRIOR.

El obispo de la Guarda,
Revestido, en el altar
Aguarda que á misa vaya
Vuestra Majestad.

REY.

Alfonso,
Aquí las lecciones paran.
Nunca, aunque grandes negocios
Os ocupen, antes salga
Que vos quien ha de decirla;
Y si la salud no os falta,
No oigáis en la cama misa;
Que no es cortesía cristiana
Que baje del cielo Dios
Y le esperéis en la cama.
Venid.

PRÍNCIPE.

Vuestra hechura soy.

REY.

Si viniera á vuestra casa
Un rey, ¿saliérades della?

PRÍNCIPE.

Sí, señor.

REY.

Pues, ¿qué ventaja
Hará Dios á un rey?

PRÍNCIPE.

Señor,
En infinita distancia
No se admite proporción.

REY.

Pues hijo, aquesta mañana
Aprended esta lección;
Que también las hay del alma.

Vanse.

Doña Leonor.

DOÑA LEONOR.

Dulces pasiones de amor,
Centro de mi pensamiento,
No en balde á vuestro tormento
Llaman alegre dolor;
Con razón tuve temor
De embarcarme en vuestro mar:
Suspensa estuve al entrar;
Pero ya que dentro estoy,
Ó veré el puerto á que voy
Ó me tengo de anegar.
En el amor que es injusto
Es esclava la razón,
Y con injusta pasión

Sirve el alma y reina el gusto.
Mas donde es amor tan justo
La razón su imperio tiene:
Amar lo que me conviene
Es discreta ley de estado,
Y más cuando concertado
Desde las estrellas viene.
  Pintó con discreto celo
La antigüedad dos amores:
Uno con varios colores,
Hijo del terrestre suelo,
Y el otro del puro cielo,
Para dar con su belleza
Aumento á naturaleza:
Luego hay amor cuya unión
Es rayo del corazón
Sin abrasar la corteza.
  Tampoco se conservara
El mundo sin vos, amor,
Porque sois el mar mayor
Donde cuanto vive pára.
Pero, ¿quién, amor, no amara
Con tantas partes un hombre,
Y de tanta fama y nombre?
Pues no hay cosa más perfeta
Que amar una alma discreta
En un cuerpo gentilhombre.

Tristán.

TRISTÁN.

  Ya, como tengo licencia
Del señor Embajador,
Sin ella me entro, Leonor,
Á vuestra hermosa presencia.
  Temprano estáis levantada;
Presto tomastes consejo
Con el cristal del espejo:
Ya estaréis enamorada
  De vos misma; que también
Dan los espejos aviso
De la fuente de Narciso.
Y aquí entra la copla bien:
  «Si no habéis de dar favores
Sino á quien se iguale á vos,
Á solas podréis con vos
Andar, señora, de amores.»
  ¡Bravo mayo os habéis puesto
En esa cabeza hermosa!

DOÑA LEONOR.

Pensé que entraba la glosa.

TRISTÁN.

Sois vos muy difícil texto.
  Pero yo sé quién decía
Hoy una glosa á Su Alteza,
Que si no á vuestra tristeza,
Á vuestro nombre sería.

DOÑA LEONOR.

  ¿Era letra portuguesa?

TRISTÁN.

En la fuente está Leonor;
Mas glosóla un cierto autor
Que vuestra lengua profesa.
  Y no le falta razón,
Porque es medio castellano.

DOÑA LEONOR.

No lo entiendo.

TRISTÁN.

Pues bien llano
Llevo en esta danza el són.
  Su padre á Castilla fué,
Como el vuestro vino acá,
Y trujo mujer de allá
Bella de la frente al pie.
  Pues no será maravilla
Que á su hijo en caso igual
Le suceda en Portugal
Lo que á su padre en Castilla.

DOÑA LEONOR.

  Mi padre es Embajador
Aquí del Rey castellano.
Si allá vive el lusitano,
¿De qué presumes su amor?

TRISTÁN.

  Á quien no quiere entender,
¿Quién le podrá persuadir?
La glosa me dió á sentir
Que él os debe de querer.

DOÑA LEONOR.

  ¿Quién es él?

TRISTÁN.

Lope de Sosa.
¿Habeislo entendido ya?

DOÑA LEONOR.

Ya lo entiendo; bien está.
Dime en portugués la glosa.

TRISTÁN.

  Em a fonte está Leonor;
Lava o cantaro chorando,
Suas amigas perguntando:
¿Vistes-la o meu amor?
Naon o hemos visto, Leonor.

DOÑA LEONOR.

  ¿Y eso ha glosado por mí?
Luego, ¿yo lloro por él?

TRISTÁN.

No hizo esta copla él,
Fué fuerza glosarla ansí;
  Pero el nombre de Leonor
Le dió el gusto, y fué la musa.

DOÑA LEONOR.

Del testimonio te acusa;
Que yo á nadie tengo amor.

TRISTÁN.

  No lo dicen los ojuelos,
Ni la boca con la risa;
Que el uno y otro me avisa
Ya por perlas, ya por velos.
  Fía de mí, y te diré
Un secreto.

DOÑA LEONOR.

De tu humor

Temerosa estoy.

TRISTÁN.

Leonor,
Fidalgo soy; no hay de qué.

DOÑA LEONOR.

¿Qué secreto me dirás?

TRISTÁN.

Que me hace Lope de Sosa
Alcahuete de una hermosa.
No puedo decirte más.

DOÑA LEONOR.

Harto has dicho. ¿Es en palacio,
Ó en la ciudad?

TRISTÁN.

Fuera es;
Lo demás sabrás después,
Cuando estemos más de espacio.

DOÑA LEONOR.

¿Cómo espacio? No te irás
Sin que me lo digas todo.

TRISTÁN.

Pues si quieres de ese modo,
¿Para qué negando estás?

DOÑA LEONOR.

No quiero; que no es amor
El deseo de saber,
Cosa tan propia en mujer.

TRISTÁN.

Aquí lo vieras mejor
En un papel que me ha dado,
Si se pudiera quitar
La oblea.

DOÑA LEONOR.

Si al despegar
Se pusiese algún cuidado,
Podrá volverse á poner.

TRISTÁN.

Con el aliento la ablanda.
Lo que amor cubriendo anda (Aparte.)
Celos lo dan á entender.
Mas, ¡qué propio de los celos
Abrir papeles, mirar
Por resquicios, preguntar
Mil cosas con mil desvelos!
Ea, ¿quitóse la nema?

DOÑA LEONOR.

Quitóse, aunque me ha costado,
Tristán, notable cuidado.

TRISTÁN.

Y esto, ¿no es amor?

DOÑA LEONOR.

Es tema.

Lee.

«El principio del nombre de mi dama
Le dió un *león:* no puede ser más fiero;
El fin le dió mi *amor*, que al fin espero
Lo que merece quien padece y ama.
»Entre un león y amor vive mi llama,
Donde mi muerte y vida considero:
Cuanto al león, de vida desespero;
Cuanto al amor, á su piedad me llama.
»Mas ¡ay! que si el león tiene más parte,
Pues cuatro letras son, no espero vida;
Que amor le dió las dos por no cansarte.
»Mas juntas en *Leon-or*, aunque ofendida,
Dejando la crueldad del *León* aparte,
Serás por el amor agradecida.»
. . . . (1).

TRISTÁN.

Y para ti me le ha dado.

DOÑA LEONOR.

Pues, ¿para qué me has cansado?

TRISTÁN.

Para conocer tu amor.

DOÑA LEONOR.

En fin, ¿don Lope me quiere?

TRISTÁN.

Él lo dice y yo lo creo.
Paga, Leonor, un deseo,
Que por tu hermosura muere.

DOÑA LEONOR.

Ya que, siendo tan discreto,
De ti se fió, Tristán,
Y los amores no están
Sin un tercero secreto,
Sabe que le tengo amor,
Y como decís acá,
Saudades su amor me da.

TRISTÁN.

En la fuente está Leonor.

DOÑA LEONOR.

¡Y cómo, si estoy mirando
Mis tristezas cuidadosa!

TRISTÁN.

Hace que bebe, y celosa
Lava el cántaro llorando.

DOÑA LEONOR.

Dile, Tristán, que me vea
Esta noche en mi ventana.

TRISTÁN.

El vendrá á verla mañana,
Y el sol que en ella desea.

DOÑA LEONOR.

¿Quiéresme bien? Que dudando
Lo estoy.

TRISTÁN.

Amor hay aquí,
Cuando va Leonor ansí
Sus amigas preguntando.

DOÑA LEONOR.

No te espante mi temor,
Ni que descanse contigo,
Pues hasta á las piedras digo:
¿Vistes por allá mi amor?

TRISTÁN.

Que no, respondo en rigor,
Y de tu temor lo arguyo,

---

(1) Falta un verso á esta redondilla.

Porque otro amor como el tuyo
No le hemos visto, Leonor.

Vanse.

Lope, el Prior, D. Gutierre, el conde D. Fernando, el Rey y el Príncipe.

REY.

Con esta devoción y este cuidado,
Para que deis á todos buen ejemplo,
Habéis de estar en el lugar sagrado;
Es el lugar de más respeto el templo.
Venid conmigo, advertiréis el modo
Con que gobierno el reino en que os contemplo.

PRÍNCIPE.

Vos sois, claro señor, mi espejo en todo.

REY.

Adiós, Prior; adiós, Lope de Sosa.
¡Qué bien á tales hombres me acomodo!

PRIOR.

Tu condición y sangre generosa
Levantan tus hechuras á tus brazos,
Cual húmedo vapor la llama hermosa.

Vanse el Rey y el Príncipe.

CONDE.

Don Gutierre, al Prior y á Lope abrazos,
¡Y á nosotros los rayos de sus ojos!

DON GUTIERRE.

Pueden iras de un rey hacer pedazos,
Solamente mirando con enojos,
Las torres de su reino más sublimes.

CONDE.

¿De quién procederán estos antojos?

DON GUTIERRE.

Si con ellos la cólera reprimes,
Diré que de los dos que hablan secreto.

CONDE.

Mas es razón que mi valor estimes.
Señor Prior, quien tiene mal conceto
Del pecho de los hombres de mi estado
(Que en lo que es calidades no me meto),
Y con siniestra información turbado
Tiene el rostro de un rey con sus parientes,
Ó es envidioso ó mal intencionado.
El vulgo de los hombres maldicientes
No vive en estas salas.

PRIOR.

Paso, Conde;
Que no se juzga bien por accidentes.
Si el Rey á mí y á Sosa corresponde
Con esta voluntad que ahora vistes,
Y su cara parece que os esconde,
Debe de ser porque ocasión le distes;
Que lo es muy grande estar del Rey quejoso,
Pues sabe que con quejas le ofendistes.

DON GUTIERRE.

El Rey, Prior, aunque hombre valeroso,
Y de divino y claro entendimiento,
¿No puede en algo ser defectuoso?

LOPE.

No, don Gutierre, pues al bien atento
De sus vasallos, vela eternamente,
Y lleva á Dios por luz y fundamento.

CONDE.

Pues ¿es justo que envíe tanta gente
En forma de jüeces al estado
Del título, del grande y del pariente,
Y que miren allí con qué cuidado
Se administra justicia y otras cosas
Que tocan al señor ó le han tocado?

PRIOR.

Nunca sin informarle cuán forzosas
Eran en Portugal las residencias,
Que son en esta edad tan provechosas,
Mandara el Rey hacer las diligencias
Que ha hecho de su reino en los estados,
Sobre que son tan grandes diferencias.
Si sabe que los pobres son tratados
Con tan grande aspereza y tiranía,
Y los que no lo son mal gobernados;
Si sus pobres haciendas cada día
Les quitan sin razón, ¿de qué se espanta
Que lo remedie el Rey, vuseñoría?
El más vil hombre, la más tierna planta
Vive á sombra del Rey, y él le asegura:
Con su favor se acuesta y se levanta.
Lo que el Procurador de Cortes jura
Á todos igualmente comprehende;
Que con la voz común su bien procura.
Imita el Rey á Dios: á todo extiende
La gran jurisdicción de su corona,
Porque como castiga, así defiende.

DON GUTIERRE.

Eso la ley y la razón lo abona,
Que es alma de la ley; mas yo quisiera
Que el Rey, sin interpósita persona,
Al dueño del estado remitiera
Lo que hacen los jueces, y que á alguno,
Pues que no es del Consejo, no le diera.

PRIOR.

Aquí no pienso yo que habrá ninguno
Que le aconseje mal, y al que lo piensa.....

CONDE.

Ni el tiempo ni el lugar es oportuno.

LOPE.

Dondequiera hay lugar para la ofensa.

Empuñan las espadas los cuatro, dos á dos.

REY.

¿Que dondequiera hay lugar
Para la ofensa? ¿Qué es esto?
Prior, pues, ¿vos descompuesto?

PRIOR.

Quisiera, y no puedo hablar.

REY.

Salid allá, don Gutierre.
Vos, Conde, ¿qué hacéis aquí?

CONDE.

Señor, ¿en qué os ofendí?

REY.
Lope, esa puerta se cierre.

Vanse el Conde y D. Gutierre.

LOPE.
Ya, señor, lo está.
REY.
¿Qué es esto?
PRIOR.
Si yo os pudiera engañar,
Procurara disculpar
Al Conde.
REY.
Decildo presto.
PRIOR.
Señor, la locuacidad
Del vulgo y sus torpes leyes
Suele decir que á los reyes
Nunca se dice verdad.
Y esto es tan grande mentira
Como las demás vulgares
En que con voces dispares,
Como está loco, delira;
Pues pienso, y son justas leyes,
Que nadie de los mortales
Oye, y más cuando son tales,
Más verdades que los reyes.
Porque, ¿quién se ha de atrever
Á mentir al Rey, imagen
De Dios?
REY.
Prólogos se atajen,
Que aquí no son menester.
PRIOR.
Señor, don Fernando siente,
Y de su parcialidad
Muchos, que esa majestad.....
REY.
No más; ya lo sé, pariente.
Y pues ya sé lo que ha dicho,
No quiero que lo digáis,
Para que decir podáis
Que vos no me lo habéis dicho.
Encomendóle el silencio
Á un pintor el maestresala,
Á quien esta historia iguala
Ó poco la diferencio;
Quejóse el Rey de que allí
Le hubiesen dejado entrar,
Queriéndolo averiguar;
Y él, por parecerse á mí,
Pintó en los blancos manteles
Su rostro con un carbón
Con tan viva perfección
Como retrato de Apeles.
Así yo, lo que ha pasado,
Y que tanto á mi honor toca,
No lo sé de vuestra boca;
Mas basta verlo pintado.
Mirad ¡hola! si está ahí
Uno de aquestos jüeces.

Va Lope á verlo.

PRIOR.
Inteligencia pareces.

Un letrado.

LETRADO.
Yo, señor, estoy aquí.
REY.
¿Qué hay del estado del Conde?
LETRADO.
Señor, su Gobernador
Es persona de valor:
Á su oficio corresponde.
Imputáronle que había
Tomado, pero engañados,
Mil y quinientos cruzados.
REY.
¡Qué buenas manos tenía!
Centena millar de cuentos
Son los de aquese jüez,
Pues caben en dedos diez
Cruzados mil y quinientos.
En fin, eso le imputaron.
¿No hicistes información?
LETRADO.
Contra su buena opinión
Veintidos pobres juraron;
Pero luego recebí
Cuatro ricos principales,
Que le abonaron iguales
Y contestaron allí.
Con que, vista la malicia
De los pobres y enemigos,
Y el valor de los testigos,
Para gastos de justicia
Le condené que pagase
Cuarenta cruzados.
REY.
¡Bien!
Vos lo juzgastes muy bien,
Y así es bien que por bien pase.
En fin, ¡que en una balanza
Veintidós pobres pesáis
Con cuatro ricos, y dais
Más peso al que más alcanza!
¿Dónde estudiastes?
LETRADO.
Señor,
En Coimbra.
REY.
En mis galeras
Fuera mejor.

PRIOR.

Al letrado.

Ya ¿qué esperas?

LETRADO.
Hablalde, señor Prior. (Aparte á él.)
REY.
¡Que pese un pobre tan poco!
No me espanto; está desnudo.
Siempre, en fin, quien poco pudo
Sufre mucho y vale poco.
Un rico, Lope de Sosa,
Con el peso del vestido
Calza y jubón guarnecido,
Con la cadena lustrosa,
Con las joyas y diamantes,
Claro está que ha de pesar,
Y más si se ha de estimar
En contrastes semejantes.
¡Ay de aquellos peces chicos!
¡Ay, pobres! ¡Qué compasión,
Pues ya solamente son
Los jumentos de los ricos!
Ellos les traen el pan,
El vestido y el calzado:
Si es pobre y noble, es criado·
Este descanso le dan.
Ahora bien, señor jüez,
Vos os sentenciad á vos.
PRIOR.
Señor, perdonad por Dios
Este ignorante esta vez.
REY.
Ya le perdono, Prior;
Pero esto, en siendo pagados
Mil y quinientos cruzados
Que tomó el Gobernador.
Estos se han de repartir
Entre pobres del estado.

Vase.

LOPE.
Id con Dios, señor letrado;
Que no fué poco vivir.
LETRADO.
Á los dos beso los pies.
Voy á pagar el dinero.

Vase.

El Príncipe.

PRÍNCIPE.
Más há de un hora que espero,
Prior; veréisme después;
Que tengo que hablar á Sosa.
PRIOR.
Mozos con mozos, señor.

Vase.

PRÍNCIPE.
Hablemos cosas de amor,
¡Pesia vida tan ociosa!
Yo sé que mi padre fué,
Antes de sus perfecciones,
Á más de cuatro estaciones
De quien hoy fruto se ve,
Como es don Jorge, mi hermano.
LOPE.
Ya, señor, vendrá tu esposa;
Que no nació más hermosa
En el reino castellano.
PRÍNCIPE.
Yo lo confieso, don Lope;
Pero quien quiere reñir
Suele enseñarse á esgrimir
Antes que al contrario tope.
¿Cómo he de saber hablar
Con una dama tan bella,
Si lo que más dicen della
Es su ingenio singular?
Claro está que no estaréis
Sin amor. ¿Á quién amáis?
LOPE.
Si vos palabra me dais
Que á ninguno lo diréis,
Yo os diré cierto sujeto
Que me tiene el alma allá.
PRÍNCIPE.
Juro.....
LOPE.
Basta, bien está;
Como jurado lo aceto.
Vuestra alteza no se empeñe;
Que un rey, en causa cualquiera,
Basta que diga primera,
Sin que las cartas enseñe.
Quiero, y por mujer conquisto
La bella doña Leonor,
Hija del Embajador
De Castilla.
PRÍNCIPE.
No la he visto.
LOPE.
Esta noche la veréis.....
Digo, veréis en su reja.
Y si visitarse deja,
También la visitaréis;
Porque tengo concertado
Irla á ver.
PRÍNCIPE.
Pues vamos, Sosa;
Que en otra causa amorosa
Fué mi padre disfrazado
Á guardar la puerta al vuestro,
Y lo mismo sabré hacer.
LOPE.
No nos ha de suceder,
Señor, caso tan siniestro;
Porque anduvo el Rey después
Con un alma en mil trabajos.
PRÍNCIPE.
No entiendo tanto de tajos;
Que agora voy de revés.
Disfrazado, á divertirme

Saldré con hábito suelto.

LOPE.

Algo está el cielo revuelto.

PRÍNCIPE.

Sabrá mejor encubrirme.

LOPE.

La noche de varios modos
Ayuda á la libertad.

PRÍNCIPE.

Es como universidad
Que da liciones á todos.

Vanse.

El Rey y el Prior.

REY.

No me quiero recoger
Hasta saber si hay alguno
Que quiera hablarme.

PRIOR.

Ninguno,
Gran señor, debe de haber.

REY.

Haceldo mirar; que Dios
Nos puso en este lugar
Para oir y gobernar.

PRIOR.

Todos, señor, como vos.

REY.

Tuvo Dios un Rey abuelo
Que mil veces le pedía
Que oyese al pobre, y decía
Que juzgase su buen celo.
Por los montes entendió
Los ricos, y por los valles
Los pobres, para mostralles
Que paz y amistad pidió
Para los ricos, y luego
Para los pobres justicia.
Quien la administra, codicia
Para su reino sosiego,
Y ésta en los reyes es ley,
Aunque trabajo se tome.
Dad voces.

PRIOR.

¿Ha algum home
Que queira fallar á o Rey?

Octavio.

OCTAVIO.

Otras veces, gran señor,
Hablé á vuestra majestad
Sobre mi comodidad.

REY.

Mucho estimo vuestro amor.

OCTAVIO.

Sabe Dios que no me mueve
Otro interés.

REY.

Yo lo creo,
Porque tan claro deseo
No es menester que se pruebe.

OCTAVIO.

Muchos príncipes pudiera
Servir en Italia y Flandes,
Y con partidos tan grandes
Que honrado y rico viviera.
Pero viendo que os llamaban
Á vos *Príncipe perfeto*,
Y que en el mejor sujeto
Mis servicios se empleaban,
Me determiné á servir
Al más perfecto señor
Con gusto, lealtad, amor
Y asistencia hasta morir.
Justo consejo me mueve
Que en discreto me emplease,
Porque si no me pagase,
Conociese que me debe.

REY.

Octavio, vuestra persona
Estimo, agradezco y quiero,
Aunque admitir extranjero
No suele nuestra corona;
Pero pues deseo y amor
Os hacen propio y propicio,
Yo os recibo en mi servicio.

OCTAVIO.

Beso vuestros pies, señor.

Vase.

MADANELA.

Á la fe que he de gozar
De la puerta y de esos pies.

REY.

Prior, aun habrá después
Mil que quieran negociar.

Madanela, con una cesta.

MADANELA.

Señor, yo soy de una aldea,
Por decillo en dos palabras,
Donde apaciento unas cabras.....
El cielo conmigo sea;
Que toda me voy turbando.
No me mire, por su vida;
Que no hablaré, de perdida,
Si acaso me está mirando.
Sucedióle á mi carillo
(Que nunca le sucediera)
Cierto enojo en la ribera.....
No estaré para decillo.
Ahora bien, yo traje acá
Estos blancos naterones;
Que dicen sus infanzones
Que bravo enojo le da
El dar nada á los jüeces,
Y pues él es el jüez
Mayor, tómelos, pardiez,

Y esta quillotra de nueces.

REY.

Vos habéis hecho muy bien
Y como mujer discreta,
Y así este soborno aceta
El Rey y jüez también.
¡Hola! Á la Reina llevad
Este presente y decid
Que le guarde, y advertid
Que tiene en él la mitad
Como mujer del jüez.
Vos, cuando coma mañana,
Venid, discreta aldeana:
Negociaréis de una vez.

MADANELA.

Pues no se olvide de mí.

REY.

¿Cómo os llamáis?

MADANELA.

Madanela.

Vase.

REY.

Lo que desto se recela,
Prior, ya lo veis aquí.
Si no abriéramos la puerta,
Perderíamos los jueces
Estas natas y estas nueces.
¿Veis cómo está bien abierta?

PRIOR.

Señor, porque descansases
La cerraba á toda ley;
Que es lástima, aunque eres Rey,
Que tantos trabajos pases.

Álvaro.

ÁLVARO.

Nunca, señor, para ningún efeto
Desconfiaron de piedad las canas,
Cuanto más en un *Príncipe perfeto*,
Con acciones que son tan soberanas.
Con esto la justicia me prometo,
Que desde las riberas lusitanas
Al más opuesto polo alaba el mundo,
Pues os llama perfecto y sin segundo.
No es bien que os desagrade la alabanza,
Pues todos ya vuestras virtudes saben,
De quien ni engaño ni lisonja alcanza,
Pues vemos que Dios quiere que le alaben.
Hablando, pues, con esta confianza,
Pues en vuestro valor mayores caben,
Sabed, señor, que un bofetón me han dado,
De que estoy doloroso y afrentado.
Por vida de la Reina, mi señora,
Y así veáis de Alfonso claros nietos,
Que castiguéis con mano vengadora
La causa de tan bárbaros efetos;
Y aunque os parezcan, Rey supremo, agora
De mi sangre rigores imperfetos,
Sabed que yo engendré quien atrevido
Sangriento autor del bofetón ha sido.

REY.

¡Hijo vuestro os hirió!

ÁLVARO.

Verdad os digo.

REY.

No sé por dónde en ley cupiese humana
Para tan gran maldad justo castigo.
Traedme aquí vuestra mujer mañana.

ÁLVARO.

Sí haré, señor, y esa piedad bendigo,
Gloria de vuestra sangre lusitana.

REY.

¡Por vida de Leonor, que no se alabe!

PRIOR.

Á Álvaro.

Mal habéis hecho, aunque el delito es grave.

Vanse.

El Príncipe, Lope y Tristán, de noche.

LOPE.

Voy con notable temor
Que el Rey, mi señor, lo sepa.

PRÍNCIPE.

Si acompañaba á tu padre,
No será justo que temas.
Como un Rodamonte voy.
¡Ojalá que me salieran
Mil cuerpos, aunque sus almas
Después me hablaran en pena!

TRISTÁN.

Si habéis de desenfadar
Las vuestras, ya estamos cerca
De dos mozas como un oro,
Porque del mucho que pescan
Están en él convertidas.

LOPE.

Luego ¿el oro al oro truecan?

PRÍNCIPE.

Esas habrá menester
La casa de la moneda.
Di que las hagan escudos.

TRISTÁN.

Aquí hay dos como dos perlas;
Pero doncellas entrambas
Y en extremo bachilleras.

PRÍNCIPE.

Pues si son perlas, Tristán,
Y sólo de hablar se precian,
Cosa que me enfada tanto,
Póntelas en las orejas.

LOPE.

Aquí, señor, me parece
Que entretenerte pudieras
Un rato.

PRÍNCIPE.

¿Conoces algo?

LOPE.

Una señora muy fea

Y tan preciada de linda
Que no hay hombre que la vea
Que no diga que la adora,
Y todos se burlan della.

PRÍNCIPE.

Pues burlémonos nosotros,
Don Lope, y hagamos cuenta,
Sin verla, que ya la vimos.

TRISTÁN.

En esta dorada reja
Asoma una casadilla
Ciertas pestañas y cejas
Que á los ojos ponen luto,
Si se ponen luto estrellas.

PRÍNCIPE.

¿Por quién?

TRISTÁN.

Por su gusto.

PRÍNCIPE.

¿Cómo?

TRISTÁN.

Anda un poco descontenta
Por celos de su marido.

PRÍNCIPE.

¿Celos? Vísperas de afrenta.

TRISTÁN.

Aquí viven sesenta años
Vestidos de oro y de seda,
Como cubre á un olmo antiguo
La juventud de una hiedra.
Fué hermosa, y pésale mucho
De que agora no lo sea.

PRÍNCIPE.

Dios le reciba, Tristán,
Su arrepentimiento.

LOPE.

Aquesta
Es de nuestro Embajador
La casa.

PRÍNCIPE.

Pues, Sosa, espera.
Hagamos á tus amores
La debida reverencia.

TRISTÁN.

Cuidadoso está el balcón.
Yo aseguro que te esperan.

PRÍNCIPE.

Pues llega y habla, don Lope;
Que yo te guardo la puerta.

Doña Leonor, al balcón.

LOPE.

¿Sois vos, estrella del alba?

TRISTÁN.

Cuido que falla a janela.

PRÍNCIPE.

Por nosso Senhor, Tristaon, (Aparte á él.)
Que estou morrendo de enveja.

DOÑA LEONOR.

¿Es Lope de Sosa?

LOPE.

Soy
Un esclavo que desea
Que conozcáis lo que os ama.

DOÑA LEONOR.

Cobrada tenéis la deuda;
Que vuestros merecimientos
Ya me dan nombre de vuestra.

PRÍNCIPE.

¿Sabes, Tristán, cómo estoy? (Ap. á Tristán.)
Como el caballo en la guerra
Que relincha por la silla
En oyendo la trompeta.
¡Pesia tal! ¿Para esto vine?

TRISTÁN.

¿Sabes tú qué casa es ésta?

PRÍNCIPE.

En oyendo hablar de amor,
Se me acaba la paciencia.

DOÑA LEONOR.

Lugar había de verme.
Mi madre licencia diera,
Si el hábito os ayudara.

LOPE.

Mi desdicha desconcierta
De otra suerte ese favor;
Que no puedo, aunque quisiera,
Desamparar á un amigo.

DOÑA LEONOR.

Si no importa que me vea,
Entre, y entren los criados;
Que mientras más gente venga,
Menos ocasión tendrán
De alguna sospecha necia.

LOPE.

Yo se lo voy á decir.

DOÑA LEONOR.

Y yo, con vuestra licencia,
Á prevenir las criadas.

LOPE.

Señor.....

PRÍNCIPE.

¿Quién es?

LOPE.

Vuestra alteza
Disimule el ser quien es,
Porque Leonor para verla
Nos da licencia en su casa.

PRÍNCIPE.

Pues, Tristán.....

TRISTÁN.

Señor.....

PRÍNCIPE.

Ten cuenta,
Que soy merced esta noche.

TRISTÁN.

Siempre ese nombre tuvieras;
Que el de merced en los reyes
Es el de mayor grandeza.

ACTO SEGUNDO.

La Reina madre, el Príncipe, Lope, Tristán y músicos.

REINA.
¿De qué estás triste?
PRÍNCIPE.
No sé.
REINA.
¿Así á tu madre respondes?
¡Bien á su amor correspondes!
PRÍNCIPE.
Tristán, ¿qué haré? ¿qué diré? (Aparte á él.)
TRISTÁN.
Dile, señor, la ocasión; (Ap. al Príncipe.)
Dí que una mujer que viste
Te ha obligado á estar tan triste.
PRÍNCIPE.
¡Qué infames remedios son!
Advierte que solo á ti
Dije que quiero á Leonor.
TRISTÁN.
¡Que de una vista el amor
Tenga tanta fuerza en ti!
REINA.
Cantad algo; que el cantar
Las tristezas entretiene.
PRÍNCIPE.
Al que mis tristezas tiene,
Más le consuela el llorar.
MÚSICOS.

Cantan.

Por las almenas de Toro.....
PRÍNCIPE.
Dellas estéis despeñados. (Aparte.)
Cantad algo á mis cuidados.....
Que parezca al bien que adoro. (Aparte.)
MÚSICOS.
Sahe a estela de alba,
A manhan se ven,
Recordai, minha alma,
Naon dormais, mio bem.
TRISTÁN.

Á la Reina.

Señora, aparte me escucha.
REINA.
¿Qué quieres?
TRISTÁN.
En esta edad
Despierta la voluntad;
Su fuerza y violencia es mucha.
Entreténganle las damas
Al Príncipe.
REINA.
¿Estás en ti?
TRISTÁN.
Nunca honestamente vi
Recibir daño sus famas.
REINA.
La vida de Alfonso temo.
TRISTÁN.
La bella doña Leonor,
Hija del Embajador
De Castilla, es un extremo
De hermosura y discreción.
Como ésta á palacio venga,
No hay quien mejor le entretenga.
REINA.
No hablaste sin ocasión.....
Pero lo que fuere sea.
Lope.....
LOPE.
Señora.....
REINA.
Á Leonor,
Hija del Embajador,
Llamad para que la vea;
Que le soy aficionada
Desde que en Lisboa entró.
LOPE.
Yo voy. ¡Oh amor! ¿Quién amó (Aparte.)
Con dicha tan declarada?
¡Ahora sí que á Leonor,
Mi divina castellana,
Á la tarde, á la mañana,
Verá despacio mi amor!

Vase, y Tristán con él.

El Rey y el Prior.

REY.
Señora mía, si con vos estaba
Alfonso, no sé yo por qué me quejo
De que paséis sin verme tanto espacio.
REINA.
Aquí estaba con él entretenida.

Octavio.

OCTAVIO.
Á vuestra majestad audiencia pide
Una graciosa y pobre labradora.
REY.
¿Es la de ayer?
OCTAVIO.
La misma.
REY.
Decid que éntre.

Va Octavio á avisar, y sale Madanela.

MADANELA.
Que con la Reina á su merced encuentre,

Por más que buen agüero lo he tenido
De que podré salir con lo que os pido.

REINA.

¿Quién es aquesta mujer?

REY.

Quien las natas presentó
Que vuestra alteza comió,
Á quien hoy mandé volver.

REINA.

Pues ¿para qué vuelve aquí?

REY.

De oiros me maravillo.
Tiene cierto pleitecillo
Que ha de pasar ante mí,
Por quien las natas me ha dado.
Informad, buena mujer.

MADANELA.

El pleito pienso vencer
Con tan famoso abogado.
Señores Reyes, que Dios
Conserve por muchos años,
¿Quién ha de temer sus daños,
Estando juntos los dos?
Sepan, pues, sus reverencias.....
¡Oh, que erré! paternidades
Iba á decir..... que en ciudades
También suceden pendencias.
Sobre el comerle una viña
Que mi marido guardó,
La riña se comenzó,
Y mató un hombre en la riña.
La justicia le prendió;
No sé si está bien probado,
Mas yo se lo he preguntado
Y dice que él se murió.
En fin, há un año que está
Preso; su vida les pido.

REY.

Lástima por Dios ha sido.

MADANELA.

¡Qué enternecido estáis ya!

REINA.

Mujer, si á un hombre mató
Vuestro marido, es forzoso
Que muera.

MADANELA.

De ese piadoso
Pecho, ¿tal crueldad salió?

REY.

Paso; que son muy ingratas
Esas razones, señora,
Siendo vos cual sois agora
Quien comió más de las natas.
Si tomamos el cohecho,
Por fuerza se ha de torcer
La justicia.

MADANELA.

Esto es hacer
Justicia.

REY.

Muy buen provecho
Os haga lo ya comido
Y la cestilla de nueces,
En que verán los jüeces
Peligro tan conocido.
Id, Octavio, y concertad
Con la parte aquesta muerte.

Vase Octavio.

Á la Reina.

Si el tomar es desta suerte,
Paguémosla por mitad.
Y dadme lugar aquí;
Que en los negocios forzosos
Terceros tan rigurosos
No son buenos para mí.

REINA.

Voime por obedeceros.

REY.

Á su tiempo sé yo dar
Castigo.

REINA.

Quiero pagar
Lo que decís con perderos.

Vanse la Reina, el Príncipe y los músicos.

MADANELA.

¡Plegue á Dios, invicto Juan,
Que os besen moros los pies;
Los indios, gran portugués,
Las alfombras en que están,
Y que tiemblen vuestras quinas
Del mundo las cuatro partes,
Llegando sus estandartes
Á los más remotos Chinas!
¡Plegue á Dios!.....

REY.

Callad, mujer;
Que haberos bien despachado,
Si vos me habéis sobornado,
No tenéis que agradecer.
Si libremente juzgara,
El agradecerlo fuera
Justo.

Vase Madanela.

Álvaro y Margarita.

MARGARITA.

¡Que á mí el Rey me quiera!. ...

ÁLVARO.

En que ha de hablarte repara.
Señor, á vuestro mandado
Viene mi mujer.

REY.

¡Ah! sí;
Ya os conozco. Oidme aquí.

Á Margarita.

MARGARITA.

Temo vuestro rostro airado.

REY.

Díjome vuestro marido (Ap. á Margarita.)
Que le ha dado un bofetón
Su hijo y vuestro; ocasión
Que suspenso me ha tenido;
Y he venido á imaginar
Que si deste hombre lo fuera
Ni él el bofetón le diera,
Ni él le viniera á acusar.
No es posible que aquél sea
Su hijo, ni éste su padre;
Lo cierto es ser vos su madre.....
Y lo que es bien que se crea.
Á mí no me admiran cosas
Que suele causar amor.
Decidme verdad.

MARGARITA.

Señor.....

REY.

Sabed que me son odiosas
Bravamente las mentiras.

MARGARITA.

Mi temor.....

REY.

No hay que temer,
Porque me suelen mover
Á más enojosas iras.
Bien podéis fiar de mí,
Que soy Rey, vuestro secreto.

MARGARITA.

Sois príncipe tan perfeto,
Que luego, señor, que os vi
Un ángel me pareció
Que en vuestro rostro miraba.
Mientras mi marido estaba
Ausente, un hombre me habló.
Rindióme al fin su porfía,
Quedé preñada, y viniendo
Mi marido.....

REY.

Ya lo entiendo.
Sólo eso saber quería.
En fin, su hijo no es.

MARGARITA.

No, señor.

REY.

¡Válgame el cielo,
Que fué cierto mi recelo!
Prior.

PRIOR.

¡Gran señor!

REY.

Después (Aparte al Prior.)
Que el cetro de Portugal
Tengo, no me ha sucedido
Caso tan grave.....

PRIOR.

¿Qué ha sido?

REY.

Ni vos le habéis visto igual.
Averigüé que no era
El que le dió el bofetón
Su hijo deste hombre.

PRIOR.

Son
Cosas que sólo pudiera
Penetrar tu entendimiento.

REY.

Á Álvaro.

Buen hombre.....

ÁLVARO.

Señor.....

REY.

Oid,
Y, por mi vida, advertid
Vuestro injusto sentimiento.

ÁLVARO.

¡Injusto, señor!

REY.

Si Dios
Sufrió en su rostro divino
Tal mano y tal desatino,
Para con Dios, ¿qué sois vos?

ÁLVARO.

Señor, llegado á pensar,
Echaréme por el suelo.

REY.

¿Perdonáis?

ÁLVARO.

Tal Rey del cielo
Me ha enseñado á perdonar,
Y tal Rey acá en la tierra.

REY.

Á la India que conquisto
Vaya ese mozo, que he visto
Que es bueno para la guerra.
Una compañía le doy.

MARGARITA.

Pues, señor.....

REY.

No hay que tratar.
Si te prometí callar, (Aparte á ella.)
Ya cumplo como quien soy.
Pero el agravio que hiciste
Á tu marido, castigo
En que no esté más contigo
Tu hijo.

MARGARITA.

Sentencia diste
Digna de un Rey tan discreto.

REY.

Si su sangre no tenía,
¿No ves tú que cada día
Le ha de perder el respeto?
Sufre tú, pues le agraviaste,
Su destierro, y ese viejo
Viva en paz.

MARGARITA.

De mí me quejo.
Tú como un ángel hablaste.

Vanse Álvaro y Margarita

Lope, acompañando á D.ª Leonor, que sale con el manto quitado de la cabeza.

LOPE.

Aquí está su majestad.

REY.

¡Señora doña Leonor!.....

DOÑA LEONOR.

Con tantas honras, señor,
Levantaréis mi humildad
Al sol de vuestra grandeza.

REY.

Á lo menos, del que espero
De Castilla, sois lucero,
Con luz de tanta belleza;
Y porque no sé decilla,
No es lisonja, no por Dios,
Holgar que fuérades vos
La que espero de Castilla.

DOÑA LEONOR.

Por lo menos, no dirán,
Aunque indigno mi sujeto,
Que os faltó para perfeto
Ser de las damas galán.
Yo vengo á besar los pies
Á la Reina, mi señora.

REY.

Y yo, adivinando agora
Este dichoso interés,
Salí para recebiros.

DOÑA LEONOR.

No sabré pasar de aquí.

REY.

Alfonso vendrá por mí,
Más mozo para serviros;
Y yo á la Reina diré
Que estáis aquí.

DOÑA LEONOR.

No hay respuesta
Para una merced como ésta.
Callando responderé.

Vanse el Rey y el Prior.

LOPE.

Ya con un Rey por galán,
¿Qué arrogante pensamiento
Pondrá en vos su atrevimiento?

DOÑA LEONOR.

Con justa razón os dan
Las perfecciones del Rey
Celos, porque son notables;
Pero en los ojos mudables
Sólo se entiende esa ley;
Que vos sois Rey para mí,
Y vos para mí perfeto.

LOPE.

Y vos para mí sujeto
Á quien sujeto nací.

El Príncipe y Tristán, sin ver á Lope y D.ª Leonor.

PRÍNCIPE.

¿Tú la viste?

TRISTÁN.

Sí, señor;
Que, como el sol, se apeaba
De una carroza, á quien daba
Su hermosura resplandor.

PRÍNCIPE.

¡Que don Lope me llevase
Á ver aquesta mujer,
Y que solamente el ver
La libertad me costase!
¿Qué hechizos fueron, Tristán,
Los que bebí por los ojos,
Que tantas penas y enojos
Y tantas ansias me dan?
Ya la salud he perdido
Á fuerza del sufrimiento.

TRISTÁN.

No sufras, que es loco intento
Sufrir, habiendo nacido
Príncipe de Portugal.

PRÍNCIPE.

¿No he de guardar á un amigo
Lealtad?

TRISTÁN.

¿Y usará contigo
Sosa de lealtad igual?

PRÍNCIPE.

Yo soy hijo de quien soy.

TRISTÁN.

Alto: déjate morir.

PRÍNCIPE.

Determinado á sufrir,
Por no hacelle ofensa, estoy.

TRISTÁN.

Pienso que hay gente.

LOPE.

¡Señor!
¿Vuestra alteza estaba aquí?

PRÍNCIPE.

¿Es don Lope?

LOPE.

Señor, sí;
Y aquí está doña Leonor.

PRÍNCIPE.

¡Quién creyera maravilla
Tan notable, aunque la viera,
Que en esta casa cupiera
Todo el valor de Castilla!
Por muchos años la honréis.

DOÑA LEONOR.

No os quiero negar, señor,
Que tengo todo el valor,
Pues á esos pies le tenéis.
Pero esperad: ¿No sois vos
El amigo que venía
Con don Lope?

PRÍNCIPE.

Yo sería.

DOÑA LEONOR.

Pues quéjome de los dos:
De Lope por encubrirme

Lo que pudo tanto honrarme,
Y de vos por engañarme,
Y aun de mí por divertirme;
Que lo fué no conocer
Al sol la ignorancia mía;
Pues aunque hay nublado, hay día
En que ha de resplandecer.

PRÍNCIPE.

Deseando conoceros,
Quise disfrazarme así;
Perdonad si os ofendí,
Que no he pensado ofenderos.
Antes, cual suele dejar
El ministro de justicia
La vara cuando codicia
La casa donde entra honrar,
A vuestra puerta dejé
La autoridad y el valor,
Por mostrar que sois, Leonor,
A quien respeto guardé.

LOPE.

Señor, pues que sois discreto,
No me quitéis el lugar,
Que agora tengo de hablar,
Pues vos sabéis mi secreto
Y que aqueste honesto amor
Se dirige á casamiento.

PRÍNCIPE.

Fué forzoso cumplimiento
Y obligación á Leonor.
Pero hablad, que aquí estaré
Para que nadie os impida.

TRISTÁN.

(Aparte al Príncipe.)

No has hecho cosa en tu vida
Que tanto enfado me dé.
Mueres por esta mujer,
¡Y ya sirves de encubrir!

PRÍNCIPE.

Yo me tengo de morir.

TRISTÁN.

¿Pues de qué sirve el poder?
Si un Príncipe sólo es
Para el nombre, bien está.
Si yo lo fuera.....

PRÍNCIPE.

¿Qué?

TRISTÁN.

Ya
Vieras el mundo al revés.
Si á un señor un sastre hace
Un jubón, y entran de raso
Tres varas, ¿qué hace al caso
Que digan que señor nace?
Si entran en un ferreruelo
Tres de paño, como á mí,
Á un gran señor, ¿en qué, di,
Le ha diferenciado el cielo?
Si come por solo un hombre,
Y duerme cuando yo duermo,
Y enferma cuando yo enfermo,
¿Qué tiene más? Sólo el nombre.
Pardiez, que si yo lo fuera,
Qué luego al sastre quemara,
Si el jubón que me cortara
De treinta varas no fuera.
Mi herreruelo había de ser
De ochenta varas de paño;
Comer lo que el vulgo un año
Ser mi ordinario comer;
El dormir, en una cama
De setecientos colchones;
Mi andar en once frisones,
Y cuando tuviera dama.....

PRÍNCIPE.

No digas más, hablador.

TRISTÁN.

Pues bien, ¿en qué viene á estar
La diferencia? ¿En mandar?
¡Lindo descanso, señor!
Caminar, poco dormir,
Sufrir quejas, que son hartas,
Escribir cuatro mil cartas.....
¿Hay mayor mal que escribir?
Pues muriéndose un discreto
Sin calentura, decía
Que de veneno moría;
Y preguntado, en efeto,
Cuándo el veneno tomó,
Dijo: «Ayer, porque escribí
Diez cartas»; y para mí,
Con justa causa murió.
Una carta un castellano
Acabó de recibilla,
Y de Madrid á Sevilla
Fué en el rigor del verano,
Y dijo al que la escribió:
«Yo he caminado hasta aquí,
Por no cansaros.» Y ansí
De palabra respondió.

PRÍNCIPE.

¿Quiéresme dejar?

TRISTÁN.

Espera.
¡Vive Dios, que no han de hablar!

Á D.ª Leonor.

La Reina os manda llamar,
Que agora viene de fuera.

LOPE.

Perdone la suspensión
Al amor, que nunca avisa.

TRISTÁN.

Entrad, mi señora, aprisa.

LOPE.

Á D.ª Leonor.

Que os acompañe es razón.

DOÑA LEONOR.

Bésoos, don Lope, las manos.

TRISTÁN.

¿Vos para qué entráis allá?

LOPE.

No voy al uso de acá;
Que somos ya castellanos.

Vanse D.ª Leonor y Lope.

PRÍNCIPE.

¡Hay semejante fortuna!
¡Que haya mi vida llegado
Á un estado sin remedio!
Yo me muero, yo me abraso.
¿No fuera mi amor siquiera
Como el de todos? Pues cuantos
Aman, esperanza tienen;
Y si á algunos ha faltado,
Á lo menos á su dama
Pudieron decir: «Yo os amo.»
¡Ay, Leonor! ¡Ay, imposible!
Volved esos ojos claros,
Esas divinas estrellas,
Á verme morir callando;
Y no pudiendo hablaros,
No me queráis más mal que desearos.
Tristán, ¿sabes tú de mí?
Mas, ¿por qué Tristán te llamo?
Yo soy el triste, Tristán;
Sé tú Alfonso el lusitano.
¡Lope de Sosa y Leonor
Se casan! Ya están casados;
Que en juntándose las almas
Para en uno son entrambos.
¡Hay tan gran desasosiego!
Leonor, si fuí disfrazado,
¿Por qué muero descubierto,
Aunque encubriendo que os amo?
Y no pudiendo hablaros,
No me queráis más mal que desearos.

TRISTÁN.

Señor, repórtate un poco;
Que si llega á imaginarlo
El Rey, ni Leonor ni Lope
Vendrán á lograr sus años.
Ten lástima de ti mismo.

PRÍNCIPE.

Necio, no seas pesado;
Que no hay enfermo en el mundo
Que no quiera verse sano.
¿Qué consejo tomaré?

TRISTÁN.

Matar á Lope, quemarlo,
Echarle de todo el mundo.....

PRÍNCIPE.

¿Hablas con algún tirano?

TRISTÁN.

Enviarle á Ceuta luego;
Pues será más acertado
Que mate en África moros
Que no en Portugal cristianos.
Dale un cargo en la conquista
De las Indias; vuelva al cabo
De Vasco de Gama Lope,
Ó lleve su mismo cargo.

PRÍNCIPE.

Ahora bien: ¿mi padre no es
El hombre más cuerdo y sabio
Desta edad, á la opinión
Del mundo? Pues consultarlo
Quiero en aquesta desdicha.
Y su parecer tomando,
Vivir ó morir.

TRISTÁN.

Pues di,
¿No es eso para más daño?

PRÍNCIPE.

No, porque no le diré
Que soy yo el dueño del caso;
Que, por tercera persona,
No entenderá lo que trato.

TRISTÁN.

Él viene, tu gusto sigue,

El Rey y el Prior.

REY.

¿Qué hay, Alfonso?

PRÍNCIPE.

Un castellano
De los Córdobas de allá,
Que son valientes hidalgos,
Me envía á pedir consejo,
Diciendo que soy retrato
Vuestro, y que en cosas de amor
Se atreve más á mis años.
En fin, el ser vos perfeto
Hace que imaginen tantos
Que os tengo de parecer.
Yo, señor, estoy turbado,
Si la verdad os confieso,
Y á responderle no basto
Sin consultar vuestro intento,
Del mundo tan celebrado.

REY.

¿Qué es lo que el Córdoba escribe?

PRÍNCIPE.

Dice, señor, que un criado
De su casa, á ruego suyo
Y disfrazado en su daño,
Le llevó á ver á su dama,
Y que tan enamorado
Volvió de verla, que tiene
Por sustento sólo el llanto.
Vive con salud tan poca,
Que por remedio ha tomado
Hacer lo que le dijere:
Si darle muerte, matarlo;
Si quitarle la mujer,
Quitársela; en fin, reparo
Con justa causa en saber

Qué consejo más honrado
Cuerdo y seguro le envíe.

REY.

Dificultad tiene el caso.
Mas dame una hora no más
De término; que pensarlo
Despacio será razón:
Y si un hora es largo espacio,
Vuelve luego.

PRÍNCIPE.

Tus pies beso

TRISTÁN.

Al Príncipe.

¿Estás contento?

PRÍNCIPE.

Hoy acabo
Con el amor, ó la vida.
¡Ay, Leonor, por vos me abraso!
Y no pudiendo hablaros,
No me queráis más mal que desearos.

Vanse el Príncipe y Tristán.

REY.

Llamadme á Lope de Sosa,
Prior.

PRIOR.

Yo voy á buscarlo.

Vase.

REY.

Hame dado el pensamiento.
Que Alfonso me trata engaño
Y pienso con la mentira
Sacar la verdad del caso.

Salen el Prior y Lope.

PRIOR.

Aquí está Lope, señor.

REY.

Con vos estoy enojado,
Sosa.

LOPE.

Vuestra majestad
Matará de sobresalto
El criado más leal
Que ha tenido en muchos años
La casa real de Enríquez;
Porque dijo un cortesano
Que eran balas las palabras
De los reyes enojados
De tiro de artillería;
Que cuando erraron el blanco
Y no mataron del golpe,
Con sólo el aire mataron.

REY.

Crío al Príncipe mi hijo,
Sosa, con tanto cuidado,
Que velando su edad tierna
Estoy convertido en Argos.
Pienso yo que á Jenofonte
Le tengo dado por ayo,
¡Y lleváisle donde vea
Vuestra dama muy de espacio,
Siendo el primero discreto
Que tuvo amor confiado!
¿Qué queríades que hiciese
Un mozo de aquellos años,
Sino venir, como vino,
Tiernamente enamorado,
Para perder la salud
Y el gusto? Cuando le caso
Con la Princesa que espero
De Castilla.....

LOPE.

¡Señor!.....

REY.

Cuando
Los Reyes piden, don Lope,
Verdades á sus criados
Para procurar remedio,
No hay que andarlas dilatando.

LOPE.

Señor, como ya tenía
Determinado salir,
Y es fuerte de persuadir
Aquella edad, si porfía;
Porque con otro no fuese
Con quien peligro llevase,
Fué bien que le acompañase,
Y un rato le entretuviese.
No dije á doña Leonor,
Que también segura estaba,
Que era el que la visitaba
El Príncipe, mi señor,
Ni hasta agora yo he sabido
Que estuviese enamorado;
Que á pensar.....

REY.

No os dé cuidado.

LOPE.

Perdón de mi yerro os pido.

REY.

Prior, mañana partid
A Castilla.

PRIOR.

Lo mejor
Me parece, y deste amor
Los principios divertid
Con traer á la Princesa.

REY.

¡Por qué camino he sabido (Aparte.)
Todo lo que ha sucedido,
De que en extremo me pesa!
¡Qué bien saqué la verdad!
Bien dicen que no hay discreto
Sin puerta falsa, en efeto,
De muy fina necedad.

Él está triste y corrido.
Lope.....

LOPE.

Señor..... Esta vez (Aparte.)
Dí en las manos del jüez:
Hoy á Leonor he perdido.
Á Ceuta voy desterrado,
Si no hay más larga prisión.

REY.

Sosa, en aquesta ocasión
Una encomienda ha vacado.
¿Quién os parece que aquí
Seis mil escudos de renta
Merece?

LOPE.

¿Qué es lo que intenta? (Aparte.)
¿Encomienda, señor?

REY.

Sí;
Que más de seis han vacado.

LOPE.

¿Pues cómo ha estado encubierto?

REY.

Porque en Portugal han muerto
Muchos con ese cuidado.
Ya don Gutierre murió,
Murió el conde don Fernando.....

LOPE.

Todo esto me va avisando (Aparte.)
Que tome su ejemplo yo.
¡Vive Dios, que los ha muerto
Sobre aquella rebelión!

REY.

Buenas encomiendas son.

LOPE.

Apenas á hablarle acierto. (Aparte.)

REY.

¿No me decís quién será?

LOPE.

Señor, muy bien se empleara
En Melo, Ataíde y Lara,
Ó en don Álvaro de Sa.
De Silva estáis bien servido,
Miranda os tiene obligado.....

REY.

Buenos los habéis nombrado,
Mas vos la habéis merecido.

LOPE.

¡Vuestra majestad me paga
Cuando menos le serví!

REY.

Antes cuando más.

LOPE.

¿Yo?

REY.

Sí;
Y así es bien que os satisfaga.
Deseaba sumamente
Saber, Lope, si tenía
Hijo discreto, y temía
Lo contrario justamente;
Y por vos vengo á quedar
Seguro, Lope, en efeto,
De que tengo hijo discreto,
Pues se sabe enamorar.
Y que quiera castellana
Me ha dado gusto, y es justo,
Porque es ensayar el gusto
De la que espera mañana.
En palacio está Leonor;
No le digáis desto nada,
Ni al Príncipe; que me agrada
Tal vez el honesto amor.
Es amor, cuando es honesto,
Luz de todas las acciones
De un caballero.....

LOPE.

Razones
De tu ingenio.

REY.

Está dispuesto
Á ser galán en la paz,
Á ser valiente en la guerra.....

Madanela y Brito.

MADANELA.

Á nadie las puertas cierra.

BRITO.

Yo soy de hablarle incapaz.

MADANELA.

Pues yo le hablaré por ti.
Señor, Brito, mi marido,
Está á tus pies.

BRITO.

Tus pies pido.

REY.

¿Sois el preso?

BRITO.

Señor, sí;
Y aunque mi pobreza es
Indigna de su zapato,
Para no mostrarme ingrato,
Vengo á besalle los pies.

REY.

Bien se debe á los jüeces;
Mas mirad que no matéis
Á nadie, ni os confiéis
En las natas y en las nueces.
Tened las armas villanas;
Que se os pueden acedar
Las natas de aquí al lugar,
Y las nueces salir vanas.

BRITO.

No haya miedo su mercé
Que me meta en otra riña,
Aunque me entren en la viña
Y la coman por el pie.
No más cárcel: sus regalos
Para un moro de Azamor.
No sé cuál hombre, señor,
No sufre bien dos mil palos

Por no se ver sólo un día
En este vivo retrato
Del infierno, cuyo trato
Es la mayor tiranía.
Mandad remediar, señor,
La crueldad de aquesta gente.

REY.

Sois, en efeto, inocente.
Andad con Dios, labrador;
Que la cárcel no es posada
De gente que vive bien,
Y así no es bien que les den
Gusto ni contento en nada.
Si es tan fiera de sufrir,
Y está siempre de hombres llena,
¿Paréceos, si fuera buena,
Que se pudiera vivir?
Id con Dios.

BRITO.

¡Digna respuesta
De su nombre! ¡Alto, mujer!
Pardiez, que le heis de traer
Dos pollos la primer fiesta.

MADANELA.

¿Eso? ¡Y cómo! Los primeros,
Y por dicha dos lechones;
Que me eche mil bendiciones
Cuando les coma los cueros.

Vanse Brito y Madanela.

Melo, con un libro.

MELO.

Aunque atrevimiento sea,
Siendo tal tu entendimiento,
Este libro te presento:
Vuestra majestad le vea,
Si dan las ocupaciones
Lugar á reales pechos.

REY.

¿Qué trata?

MELO.

Dichos y hechos.

REY.

¿De quién? ¿De claros varones?

MELO.

De vos sólo, gran señor.

REY.

¿Mientras vivo me alabaste?
Mal del sabio te acordaste:
Lisonja ha sido, en rigor.

MELO.

Muchos dicen que lo son,
Y aquí el ejemplo se ofrece;
Que la gran virtud carece
De envidia y adulación.
El libro me vuelve á dar;
Que en los dichos poner quiero
Este de agora el primero.

REY.

Bien te le puedes llevar;
Y que no te pago advierto,
Por lo mal que me has tratado;
Pues en haberme alabado,
Ya me has tenido por muerto;
Y si por vivo, no es bien
Que mi vanidad abones:
Y si esto en los dichos pones,
Pon en los hechos también,
Si hablares del liberal:
«El rey don Juan el segundo
No dió á nadie en todo el mundo
Por lisonjas un real.»

MELO.

Alejandro no fué así,
Y hoy le alaban, en efeto.

REY.

No fué Alejandro discreto;
Valiente, dicen que sí.

Vase Melo.

Mendo.

MENDO.

Sabiendo, invicto señor,
Vuestra gran curiosidad,
Quise de mi habilidad
Mostrar el mayor primor.

REY.

¿Qué primor?

MENDO.

Puedo decillo,
Seguro de hallar igual.
Los Reyes de Portugal
Con la punta de un cuchillo
He cortado de papel.

REY.

¿Habéis sido religioso?

MENDO.

No, señor.

REY.

Pues es forzoso;
Que esa flema es digna dél.

MENDO.

No hay hombre que no se espante.

REY.

Claro está, y es justa ley,
Si hacéis de papel un rey
Que Dios hizo de diamante.
Alabo el primor gentil:
Pero no le quiero ver;
Que los reyes no han de ser
De materia tan sutil;
Que es tanto el valor que en él
Pusieron Dios y las leyes,
Que aun las firmas de los reyes
No habían de ser en papel.
Id con Dios.

MENDO.

Guárdete el cielo.

Vase.

REY.

¡Hola!

PRIOR.

Señor.

REY.

Agua.

PRIOR.

¡Plaza!

Vase.

REY.

¿Qué hay, Lope?

LOPE.

Admiro la traza
De tu estilo y de tu celo.
Bien sabes que yo estudié,
Bien sabes lo que he leído:
Si es lisonja, perdón pido,
Pues para mí no lo fué.
De ningún rey se ha contado
Tan divino proceder.

El Prior, y detrás un Maestresala con salva y copa.

PRIOR.

¡Plaza!

MAESTRESALA.

Tropieza.

¡Hubiera de caer!

PRIOR.

¿El agua habéis derramado?
Volved por más.

REY.

No volváis,
Sino mirad lo que os digo.

Aparte al Maestresala.

Creedme á mí como amigo,
Que á servirme no acertáis.
¿Cuanto habrá que me servís?

MAESTRESALA.

Seis meses pienso que habrá.

REY.

Yo os tengo notado ya;
Y aunque es verdad que acudís
Con amor, son tan extraños
Vuestros yerros, á porfía,
Que parece que en un día
Me habéis servido mil años.
Cuando entrastes á servirme,
¿Qué pensaste? Responded.

MAESTRESALA.

Que me hiciésedes merced,
Porque pude persuadirme
Que honráis hasta los extraños.

REY.

Seis meses servido habéis.
¿Con qué tiempo me querréis
Pedir merced?

MAESTRESALA.

Con diez años.

REY.

Los diez años os perdono;
Id con Dios, ya son pasados.
De renta dos mil ducados
Llevaréis.

MAESTRESALA.

Sirvan de trono
Á tus pies el Cita helado
En el más frígido clima,
Y desde Sofala á Lima
El indio más abrasado.

Vase.

El Príncipe.

PRÍNCIPE.

¿Consultó ya vuestra alteza
Su divino entendimiento?

REY.

Ya, Príncipe, lo he mirado, (Ap. al Príncipe.)
Y porque nunca tenemos
Los padres con nuestros hijos
Ni respetos ni secretos,
Sabed que sé que sois vos,
Porque estándome diciendo
La mentira de Castilla,
Hice en el alma conceto
Que el Córdoba fuistes vos;
Y así le dije de hecho
Á Sosa que yo sabía
Que era el dueño del suceso.
Él me dijo la verdad,
Por ventura presumiendo
Que yo de vos lo sabía;
Y pues me pedís consejo
Para vos, yo como padre
Desta manera os advierto.
Á cazar el blanco armiño
Van los cazadores diestros,
Y alrededor de la cueva
Le ponen de lodo un cerco.
Él sale para buscar
Por la campaña el sustento,
Y en viendo el lodo se pára,
Tan turbado sólo en verlo,
Que allí se deja coger.
¡Porque más quiere ser muerto
Que ensuciar tanta blancura!
Harto os he dicho; entendeldo.
Sosa, aunque es vuestro criado,
Es honrado caballero:
Antes de hacelle traición,
Dejaos morir, que es lo menos;
Porque no habéis de manchar
La blancura que os ha puesto
La real naturaleza,
Sino antes morir sufriendo.

Para con vos esto basta.
Armiño sois de mi pecho:
No manchéis tanta blancura
Por un deleite tan feo.

Vanse el Rey y el Prior.

PRÍNCIPE.

Amor, de amar me reprehendo y riño: (Ap.)
Amé por accidente; excusa tengo:
Arrepentido al desengaño vengo;
Sus blancas aras de laureles ciño.
Mi pecho quiere ser cándido armiño:
Mirando el lodo vil, los pies detengo:
Para defensa la razón prevengo;
Gigante quiero ser, si tú eres niño.
Suele un cobarde andar con un valiente,
Y temerle por eso su enemigo,
Que solo, le matara fácilmente.
Amor, cobarde soy; mas yo te digo
Que para mi defensa eternamente
Pienso llevar á la virtud conmigo.

Doña Leonor y Tristán.

TRISTÁN.

Aparte á D.ª Leonor.

El Príncipe y Lope están
En una imaginación.

DOÑA LEONOR.

Hablar á Alfonso es razón;
Primero llego, Tristán.

TRISTÁN.

Déjame pedir á mí
Las albricias.

DOÑA LEONOR.

¡Que me tiene
Amor!

TRISTÁN.

De suerte, que viene
Á estar sin alma por ti.

DOÑA LEONOR.

¡Es Príncipe!

TRISTÁN.

Y poderoso.

Acércase al Príncipe y háblale aparte.

Señor, albricias: Leonor,
Á hablarte viene. Hoy tu amor
Ha de salir victorioso.
¿Qué me das? ¿Piénsaslo acaso?
Sea vestido ó cadena.

PRÍNCIPE.

Doite en albricias mi pena
Y parte del mal que paso.

TRISTÁN.

¡Iré muy bien despachado!

DOÑA LEONOR.

Señor, ¿qué hace vuestra alteza?

LOPE.

Muriendo estoy de tristeza, (Aparte.)
Confuso, loco y turbado.

PRÍNCIPE.

Castellana, en cuyos ojos
Se mira amor al espejo,
Para ponerse la venda,
Porque después queda ciego:
Muy grande amor os cobré,
Cuando los míos os vieron,
Ya por belleza tan rara,
Ya por tan sublime ingenio.
Mas viendo que Lope os ama,
Pedí á mi padre consejo,
Y dijo que me dejase
Morir de amor y de celos
Antes que hacerle traición,
Y así para siempre os dejo.

Vase.

DOÑA LEONOR.

¿Qué es esto, Tristán?

TRISTÁN.

No sé.
¡Tales albricias me dieron!

DOÑA LEONOR.

Yo te las daré mayores,
Por la novedad que veo;
Que como me habías dicho
Que estaba el Príncipe enfermo
De amor, ya estaba temblando
Algún extraño suceso:
Porque yo quiero á don Lope,
Como ves, con tanto extremo,
Que ya temblaba el poder
De un competidor soberbio.

A Lope.

Pues bien, ¿qué tristeza es ésta?
Señor mío, si son celos
Del Príncipe, buenas nuevas
Os puedo dar dél y dellos.
Aquí dijo que la noche
Que me vió, volvió tan muerto
De amor, que ha estado hasta agora
Enfermo de mil deseos;
Mas que viendo que es traición
Á tan noble caballero,
Se quiere dejar morir.

LOPE.

Al Príncipe lo agradezco;
Y pues vos, señora mía,
Tenéis tal entendimiento,
Poco será menester
Para persuadiros luego
Las grandes obligaciones
En que el Príncipe me ha puesto.
Si él por su real virtud,
Generoso nacimiento

Y costumbres heredadas
De tal padre y tal abuelo,
Siendo quien es, se hace fuerza
Y pierde su gusto, hoy quiero
Mostrar que le igualo yo,
Si no en sangre, en sufrimiento.
La fortaleza es virtud
Que tiene al honor por premio;
También quiero ver amando
Si al premio del honor llego.
Deseaba un capitán,
Que tenía puesto un cerco,
Agua de una fuente pura,
Que estaba del muro adentro.
Trujéronsela soldados
Que supieron su deseo,
Y vertióla el capitán,
Diciéndoles: «Yo no bebo
Las aguas que cuestan sangre
De tantos ilustres pechos.»
Agua sois, y agua cercada;
Y aunque en mis manos os veo,
Por no beber con infamia,
De amor os consagro al templo.

Vase.

DOÑA LEONOR.

Oid.

TRISTÁN.

No quiso escuchar.

DOÑA LEONOR.

Tristán, ¿qué enredos son éstos?
Hablar quiero al Rey.

TRISTÁN.

Señora,
Harás un notable yerro;
Demás que es ido á cazar,
Que no hay entretenimiento
De más gusto para él.

DOÑA LEONOR.

Mi amor ha sido muy necio,
Aunque parece imposible,
Amando un hombre discreto.
Mas, ¡á los ojos de amor
Hago juramento eterno
De procurar mi venganza!

TRISTÁN.

Tú juras por lindo ciego.

DOÑA LEONOR.

Amor pagado mal, ¡cuán presto olvida!

TRISTÁN.

Antes suele crecer con el desprecio.

DOÑA LEONOR.

Cualquiera que ama aborrecido, es necio.

TRISTÁN.

No hay discreción con que el amor se mida.

DOÑA LEONOR.

Pues yo sé aborrecer aborrecida.

TRISTÁN.

Veros quejar de amor no tiene precio,

DOÑA LEONOR.

Yo soy Lucrecia.

TRISTÁN.

Y yo seré Lucrecio,
Cuando vuestra merced pierda la vida.

DOÑA LEONOR.

Si amé sin discreción, tendré cordura.

TRISTÁN.

Viera entonces amor, que agora es ciego;
Que amando, nadie cumple lo que jura.

DOÑA LEONOR.

Yo te juro olvidar ó morir luego.

TRISTÁN.

¡Juramento en mujer!

DOÑA LEONOR.

¡Pues qué! ¿no dura?

TRISTÁN.

Es ola de la mar y dicha al juego.

ACTO TERCERO.

Cazadores y el Rey.

CAZADOR 1.º

Dentro.

Por aquí dicen que va.

CAZADOR 2.º

Dentro.

Aquella senda siguió.

CAZADOR 3.º

Dentro.

Y en el valle le vi yo.

Sale el Rey.

REY.

No lejos Octavio está;
Que es para lo que he fingido
Esta caza en este monte.
Ya Febo por su horizonte
Baja en púrpura teñido,
Y para dar su tesoro,
Corre el polo diligente
Á la cama de Occidente
Cortinas de azul y oro.
Casa es ésta, y aún parece
Aldea.

Brito.

BRITO.

Tened allá
Ese ganado, que ya
La gente que vi se ofrece.
Y si acaso son soldados
Que andan por estos caminos,
Á los gansos y cochinos
Echad cuarenta candados.

Madanela.

MADANELA.

¿Soldados andan aquí?

BRITO.

Estos que á las Indias van.
Aloja algún capitán.

MADANELA.

¿Si es éste?

BRITO.

Pienso que sí.

REY.

Buena gente, ¿habrá posada
Para esta noche?

BRITO.

Sí hubiera,
Como su merced no fuera
Soldado.

REY.

¿No es gente honrada?

BRITO.

Los que son de profesión
Soldados, es noble gente;
Pero éstos que van á Oriente
Y no salen del mesón,
De mujercillas cargados,
Robando los labradores,
Si viven de salteadores
¿Por qué los llaman soldados?
Esos que á las Indias van,
Y los negros han traído,
Hónrelos el Rey.

REY.

Yo he sido
De una nave capitán,
Y sé que tenéis razón.
Aunque el Rey no sé qué intenta,
Si ya no es que envidia sienta
De las Indias de Colón.

MADANELA.

¡Envidia el Rey! ¡Malos años!

REY.

De Castilla bien podrá,
Pues que la enriquecen ya
Mares y reinos extraños.

MADANELA.

¿Cómo el rey don Juan había
De envidiar los castellanos,
Si sus fuertes lusitanos
Llegan donde nace el día?
Pardiez, vos debéis de ser
Algún parvo ó mal nacido.

REY.

Éstos no me han conocido. (Aparte.)
Oirlos me da placer.
Pues decidme: si es el Rey
Tan perfecto y celebrado,
¿Cómo esta empresa ha intentado
Entre una gente sin ley?
Bárbaros negros conquista,
Mares no vistos penetra,
Bulas romanas impetra,
Naves hace, gente alista.
Á la fe, debe de ser
Perfeto por sólo el nombre.

BRITO.

Por Dios, vos seréis buen hombre;
Pero no se echa de ver.
Y á no haberme el Rey mandado
Que no riñera otra vez,
Porque no siempre el jüez
Se puede hallar sobornado,
Que os había de pegar.

MADANELA.

Dale, Brito, seis pencadas;
Que unas natas presentadas
Nos puede el hombre costar
Y, como el otro, unas nueces.

BRITO.

No; que me dijo al partir
Que me guarde de reñir
Y que tema los jüeces.
Y con palabras más llanas,
Que las natas del lugar
Se podían acedar,
Y las nueces salir vanas.
Lo que haré será cerralle
La puerta.

REY.

Amigos, oid.

MADANELA.

¿Qué es oir?

REY.

Paso, advertid.....

BRITO.

Duerma en el fresco del valle,
Tirai-lá, villaon ruin.

REY.

Advertid que soy el Rey.

MADANELA.

¿El Rey?

REY.

Pues, ¿es buena ley
Cerrarme la puerta? En fin,
Estáis falto de nobleza.

BRITO.

De rodillas.

¡Misericordia, señor!
¿Quién pensó que ese valor

Honrara tanta aspereza?

REY.

¿No me vistes?

BRITO.

Cosa es clara;
Pero en la ciudad, señor,
El Rey tiene resplandor
Y nadie le ve la cara.
El sol en el mediodía
De nadie se deja ver;
Ahora, al anochecer,
Puse en vos la vista mía.
¿Cómo estáis solo?

REY.

He venido
Á hablar con un hombre aquí.

MADANELA.

Pues, ¿en este monte?

REY.

Sí,
Y que me dejéis os pido.

MADANELA.

Pardiez, que habéis de cenar.

BRITO.

Á dos pollos mi mujer
Puso unas calzas ayer,
Porque os los quiere llevar.
Para vos son: todo es uno
Comerlos acá ó allá.

REY.

El hombre se ofrece ya,
Y no me ha de ver ninguno.
Entraos; que he de hablar con él
Cosas de gran confidencia.

BRITO.

Dios guarde á su reverencia.

MADANELA.

Y el arcángel San Miguel.

Vanse Brito y Madanela.

Octavio.

OCTAVIO.

Á dicha he tenido hallaros,
Gran señor, en tal lugar.

REY.

Por aquí podéis bajar.

OCTAVIO.

Si acaso queréis sentaros,
No suena mal esta fuente.

REY.

¿Estamos bien apartados
De lugares y criados
Y el concurso de la gente?

OCTAVIO.

Sí, señor.

REY.

En fin, ¿aquí
No ha hay persona que nos vea?

OCTAVIO.

No, señor.

REY.

Pues porque crea
Tu maldad lo que hay en mí,
Lee esta carta en voz alta.

OCTAVIO.

¡Maldad, señor!

REY.

Sin turbarte
La lee parte por parte:
Luego verás lo que falta.

OCTAVIO.

Lee.

«La envidia de vuestro nombre clarísimo, rey don Juan, la gloria de vuestras conquistas y el casamiento de vuestro hijo con la Infanta de Castilla, ha movido el mal inclinado ánimo de ciertas personas graves destas provincias, que no es bien nombráros las, á quitaros la vida; y para esto envían desde Italia á Octavio Castellón, que está en vuestro servicio. Guardaos dél, que os ha de hacer una traición.»

No me mandéis que prosiga;
Que todo aquesto es maldad.

REY.

Yo sé, Octavio, que es verdad,
Y que su interés te obliga.
En mi servicio has entrado
Sólo á buscar ocasión
Para matarme á traición:
Por valiente te han pagado.
Bien pudiera, en recibiendo
La carta, hacerte colgar
De un palo; pero el pensar
Que á mi real nombre ofendo,
Porque cuando esto se sepa
Dirán que fué imperfección,
No me sufre el corazón
Que en él tal bajeza quepa.
Por eso saca la espada

Sácala el Rey.

Y procúrame matar,
Pues el monte da lugar
Y aquí no te estorba nada.
Ea, valiente, ¿qué esperas?
¿Para matarme no vienes?
Pues dime, ¿en qué te detienes?
¿Qué aguardas? ¿Qué consideras?
Un hombre soy. ¿Qué te espanta?

OCTAVIO.

¿Pues no quieres que me espante
De ver acto semejante
Y de fortaleza tanta?
Confieso á tus pies, señor,
Que de Italia vine aquí
Para matarte, y que fuí
Á tus mercedes traidor;

Pero también te confieso
Que viendo tu gran valor,
Te he cobrado tanto amor,
Que no sólo tanto exceso
Tan vilmente acometiera (1),
Pero que antes me matara
Que matarte imaginara,
Ni un cabello te ofendiera.
En fe de lo cual te ruego,
Para verme el corazón,
Rompas mi pecho.

REY.

Afición
Te tuve, no te lo niego;
Eso te pudo obligar,
Que no virtud que haya en mí.

OCTAVIO.

Señor, sírvete de mí,
Pues no me quieres matar,
Y verás que por ti pierdo
Mil vidas.

REY.

No era razón
De quien quiso hacer traición
Confiarse un hombre cuerdo.
Esto hice, porque veas
Que soy hombre cuya espada
Ni teme ni estima nada
Que diestro y valiente seas:
Pesadumbres he tenido
Con hombres vivos y muertos,
Y en los peligros más ciertos
Más valor me han conocido.
Tú no me has de servir más,
Ni estar un punto en Lisboa.

OCTAVIO.

No en balde el mundo te loa.
¡Fuerte sentencia me das!

REY.

Desde aquí te has de partir.

OCTAVIO.

No tengo, señor, con qué.
Allá, aunque poco, dejé
Con lo que me puedo ir.

REY.

Pues toma aquesta cadena
Y estas tres sortijas, tales,
Que pocas has visto iguales.

OCTAVIO.

Tu valor crece mi pena.

REY.

Todas tres diamantes son,
Y del Oriente traídos.
Á esos príncipes fingidos
Que me envidian sin razón
Las muestra, y di que conquisto
Unas tierras que á tributo
Me dan diamantes por fruto;
Pero que ninguno has visto,
Como yo, ni le verás.

OCTAVIO.

En ti se engendran mayores.

REY.

Ve delante; que traidores
Nunca fueron bien detrás.

Vanse.

Lope.

LOPE.

Fálaris, el tirano de Agrigento,
Tuvo en tormentos tan extraño estilo,
Como bramando lo mostró Perilo,
Autor del toro y de su fin violento.
Puso Dionisio (¡extraño pensamiento!)
Sobre la frente de la espada el filo
Al que dió de comer, y el Rey del Nilo
El áspid de Cleopatra vió sangriento.
Mas ni Perilo, que en el toro grave
Por alma de su cuerpo gime y brama,
Ni el áspid, de Cleopatra fin suave,
Merecen del mayor tormento fama;
Porque el mayor tormento que se sabe
Es resistirse del amor quien ama.

El Príncipe.

PRÍNCIPE.

Para sí.

Topáronse el amor desnudo y ciego
Y el que de la virtud se engendra y cría
En una selva deleitosa un día,
Y comenzaron su contienda luego.
Venció el divino, y al humilde ruego
No se dejó vencer de su porfía;
Que atado á un sauce que en el valle había
Le puso con sus mismas flechas fuego.
Tal yo, que de nobleza al fin presumo;
Y atando á amor mi noble pensamiento,
Puesto que como fénix me consumo,
Para que no renazca mi tormento
Púsele fuego, y convertido en humo,
Di al mar la llama y la ceniza al viento.

Doña Leonor.

DOÑA LEONOR.

Para sí.

Yo muero y vivo, yo me hielo y ardo,
Y de lo que me alegro me entristezco;
Á un mismo tiempo adoro y aborrezco,
Y despreciando el bien, del mal me guardo;
Temo el remedio y el remedio aguardo;
Con dicha pierdo y con temor merezco;
Huyo el peligro y al mayor me ofrezco,
Y donde más me animo, me acobardo.

(1) No acometiera.

Ya mi amor se levanta, ya se humilla,
Ya se mira los pies y ya la rueda,
Ya tiene el gusto y ya el desdén la silla.
Pero viendo que ya resuelto queda,
Al mismo amor espanta y maravilla
Que entre tantos contrarios vivir pueda.

LOPE.

Apenas alzo los ojos (Aparte.)
Del centro de mis tristezas,
Cuando ven mis asperezas
La causa de mis enojos.
Sin duda mira Leonor
La gentileza de un Rey;
Que si en el gusto no hay ley,
El gusto es hijo de amor.

DOÑA LEONOR.

Del amor oí contar (Aparte.)
Que fué un tiempo pescador,
Viendo que le iba mejor
Al interés con pescar,
Y que en los dulces anzuelos
Celos por cebo ponía,
Porque las almas prendía,
Más que con amor, con celos.
Aquí está Lope, y aquí
Alfonso también está:
Demos celos, pues que ya
No tiene amor fuerza en mí.
¿Está firme todavía
En su desdén vuestra alteza?

PRÍNCIPE.

Quien tiene tanta nobleza,
Tan justamente porfía.
Ya os dije mi pensamiento
Y el consejo que me dió
Mi padre, con que templó
Mi amoroso atrevimiento.
No habrá cosa que por vos,
Fuera de amores, no haga.

DOÑA LEONOR.

Amor con amor se paga.

PRÍNCIPE.

Bien puede haberle en los dos.
Lope me enseñaba á mí
Cierta opinión de Platón.....

DOÑA LEONOR.

¿Y qué es, señor, la opinión?

PRÍNCIPE.

¡Qué! ¿No lo sabéis?

DOÑA LEONOR.

No y sí.
Bien sé que se puede amar
El alma; pero no sé
Que el cuerpo en sosiego esté.

PRÍNCIPE.

Pues hacelle sosegar.

DOÑA LEONOR.

No sé qué tiene, señor,
Vuestra alteza en el cabello.

PRÍNCIPE.

No sé, no he mirado en ello.

LOPE.

¿Qué aguardas, infame amor? (Aparte.)

PRÍNCIPE.

¿A qué lado?

DOÑA LEONOR.

En el izquierdo.

PRÍNCIPE.

Quitádmelo.

DOÑA LEONOR.

Un mondadientes
Era.

LOPE.

Amor, ¿esto consientes? (Aparte.)
De celos el seso pierdo.

DOÑA LEONOR.

Vuestra alteza me le dé,
Ya que me costó el sacalle.

PRÍNCIPE.

Pedir después de tomalle,
Excusado, Leonor, fué.

DOÑA LEONOR.

Por prenda vuestra le guardo;
Que ya su punta en rigor
Será una flecha de amor.

Póncsele entre los botones de la pechera del jubón.

LOPE.

Ya, ¿qué desengaño aguardo? (Aparte.)

DOÑA LEONOR.

El corazón me ha pasado.

PRÍNCIPE.

Si heriros, Leonor, podía,
No en balde yo le tenía
De los cabellos atado.

DOÑA LEONOR.

Antes como dardo fué,
Que en la cuerda atado, admira
Que se vuelva al que la tira.

PRÍNCIPE.

Pues ¿vuelve á mí?

DOÑA LEONOR.

No lo sé.

PRÍNCIPE.

Leonor, quien quiere vencer
Al amor, intente huir.

DOÑA LEONOR.

¡Qué! ¿Tan presto os queréis ir?

PRÍNCIPE.

Para hoy concerté ayer
Un partido de pelota.
Adiós.

DOÑA LEONOR.

Desde el corredor
Os quiero ver.

Vase el Príncipe.

LOPE.

¡Ah, Leonor!

DOÑA LEONOR.

¿Quién llama, y quién me alborota?

LOPE.

Yo soy. ¿No me conocéis?

DOÑA LEONOR.

¡Ah! Sí. ¿Qué hay, Lope de Sosa?

LOPE.

¿Hay mudanza más graciosa?

DOÑA LEONOR.

Pues bien, señor, ¿qué queréis?

LOPE.

Oí decir que os había
Pasado el pecho una flecha,
Que del cabello derecha
De Alfonso al vuestro venía;
Y quise saber si es cosa
De algún peligro la herida.

DOÑA LEONOR.

De ésa estoy agradecida,
Pero no estoy peligrosa;
Que flechas de los cabellos,
Por forzadas ocasiones,
No pasan de los botones,
Y así se quedan en ellos.

LOPE.

¿Y queréis dármela á mí?

DOÑA LEONOR.

No me la podré sacar,
Y témome desangrar;
Que no está el remedio aquí.

LOPE.

Id en buena hora. Yo muero. (Aparte.)

DOÑA LEONOR.

¡Ah celos, cuánto podéis! (Aparte.)
¡Bien haya, pues me le hacéis,
El que os inventó primero!

Vase.

LOPE.

¿Qué aguarda mi pensamiento
Que de aborrecer no acaba?
¿Qué aguarda mi loco amor?
Mis esperanzas, ¿qué aguardan?
Un mondadientes, que acaso
Sobre la oreja guardaba
Alfonso, es flecha de amor,
Que á Leonor el pecho pasa.
En los botones le lleva,
Y dice que no la saca
Porque desangrarse teme.
¡Melindre en celos! ¡Qué rabia!
Ya con botones de fuego
Diré que mi pecho abrasa:
La flecha que lleva en ellos
Á mí me penetra el alma.
El favor del mondadientes
Atrevidamente habla,
Porque de estar en la boca
Aprendió lengua tan clara.
Paciencia, amor, ó acaba;
Si tú no puedes, sinrazones bastan.

Oyense tiros dentro.

Tristán.

TRISTÁN.

Cuando de tiros y fuego
De Belén arde la playa,
Y el castillo de San Juan
Hace á las naves la salva
Que ha traído de la India
El fuerte Vasco de Gama,
¿Estás tú con esa flema?

LOPE.

Pues bien, que venga ó que vaya,
¿Qué me importa á mí, Tristán?

TRISTÁN.

¿Pues no es gloria lusitana
Que un portugués valeroso
Con tres navichuelos salga
Y ciento y cincuenta hidalgos
De Belén una mañana
Á buscar un mundo nuevo,
Y desde Buena Esperanza,
Que antiguamente el león
Del Océano llamaban,
Llegue con tantas tormentas,
Sin ver más que cielo y agua,
Al golfo de Monicongo
Y al reino con que se espantan
Los gatos, llamado Zape,
De donde por señas traiga
Hombres y mujeres negros,
República gobernada
Sin sastres, porque en efeto
En los vivos cueros andan?
Pero como sobre negro
Dicen que no se ve nada,
Pardiez que es gente discreta,
Pues no se pierden por galas.
¡Ah Dios! Si por estas tierras
Andar como ellos se usara,
¡Qué ricos fuéramos todos!
¡Qué se excusaran de infamias!
Las galas han destruído
El mundo: todo se gasta
En disparates de telas
Y en necedades bordadas.
El diamante que más luce
Á una bujía no iguala.....
¡Qué bujía! Ni á un candil.

LOPE.

Calla, bestia; bestia, calla;
Que en tiempos de tal desdicha
Y de tan loca mudanza
Mal bufonizan los libres
A los que tristezas pasan.
Paciencia, amor, ó acaba;
Si tú no puedes, sinrazones bastan.

TRISTÁN.

¿Ahora tenemos eso?
¿Qué amor y qué calabaza?
Ven, señor, á entretenerte;
Oirás mentiras más largas

Que en la Ulisea de Homero,
Aunque Polifemos haya.
Verás, Lope, lo que cuentan
De los reinos de Sofala,
De Quiloa y Mozambique,
Melinde y Ormuz.

LOPE.

Si hablas
Otra palabra en Oriente,
No hablarás otra palabra.

TRISTÁN.

Yo, señor, en Portugal
Hablo, y en la más nombrada
Ciudad; que estoy en Lisboa;
Pero digo que allá tratan
Del reino de Calicut.
Y que Vasco.....

LOPE.

¡Malas bascas
Te den en el corazón!

TRISTÁN.

Pues ¿no fué notable hazaña
Atravesar esos mundos?

LOPE.

Atraviésete una jara
Por medio. Déjame aquí.....
Déjame.

TRISTÁN.

¿No es cosa brava
Que de ciento y cincuenta hombres
Que sacó de aquesta playa,
No vuelve más de cincuenta?

LOPE.

¿No ves, Tristán, que me matas?
Pues para que también sepas
Qué vïaje, qué jornada
Han hecho mis pensamientos,
Escucha.

TRISTÁN.

Adelante pasa.

LOPE.

Con la nave del deseo
Salí por la hermosa playa
De los ojos á buscar
Las Indias en una dama.
Embarqué cien mil soldados
Con plumas de confianzas,
Con armas de mil servicios,
Prometiendo mil hazañas.
Navegué el mar de Castilla,
También entre cielo y agua,
Agua de mi llanto humilde,
Cielo de su hermosa cara.
Llegué al cabo en el principio,
Pues fué de buena esperanza;
Pero estando en ella alegre,
Revolvióse el mar; que estaba,
Como era mar de mujer,
Sujeto á mayor mudanza.
Mis tres pobres navichuelos,
Aunque potencias del alma,
Perdieron en la tormenta
Arboles, velas y gavias.
Allá fué la racamenta
De trinquetes y mesanas,
Aflechates, trizas, trozas,
Estayes, escotas, armas.....
Favores, quiero decir,
Papeles, manos, palabras:
Con que solo, cual me ves,
Llegué al puerto en una tabla.
Ésta quiero que, en el templo
Del desengaño colgada,
Á todos diga mi historia.

TRISTÁN.

Sí; pero Vasco de Gama.....

LOPE.

Si el Príncipe no viniera,
Te diera una cuchillada.

El Príncipe, D. Nuño, Silva y Ataíde, con palas de jugar á la pelota.

PRÍNCIPE.

No juego más.

DON NUÑO.

Vuestra alteza
Saca valerosamente;
Pero mucho el perder siente.

PRÍNCIPE.

¿Á quién no causa tristeza?
Este es partido robado;
Pero ayúdeme Ataíde.

DON NUÑO.

Para serlo, lo que pide
Vuestra alteza.

PRÍNCIPE.

Estoy cansado.

DON NUÑO.

Ayúdeme Silva á mí.

PRÍNCIPE.

Tomad esa pala allá.

El Rey y un paje.

PAJE.

Aquí con don Nuño está

REY.

Alfonso, ¿qué haces aquí?

PRÍNCIPE.

Señor, un poco he jugado.

REY.

Es buen entretenimiento.
¿Cómo va del pensamiento
De aquel caballero honrado
Que os escribió de Castilla?

PRÍNCIPE.

Señor, jugar y cazar
Le han divertido de amar.

REY.

No es, Alfonso, maravilla,
Y más si añadir pudiera

Un pleito.

PRÍNCIPE.

Un pleito, señor,
No solamente el amor,
La vida le suspendiera.

REY.

¿No os ha dado gran contento
El ver á Vasco de Gama?

PRÍNCIPE.

Cierto que es menos su fama
Que su gran merecimiento.

REY.

Mañana veré sus naves.

PRÍNCIPE.

Y yo os acompañaré.

PAJE.

Aquí está el Prior.

REY.

No sé
Que haya nuevas más suaves.

El Prior.

PRIOR.

Si vuestra majestad me diera albricias,
Aunque á sus pies las hallo con besarlos,
Direle que ya viene la Princesa....
Quiero decir que aprestan la jornada
Con la mayor grandeza de Castilla.

REY.

De Castilla, Prior, no es maravilla;
Porque ella sola es la mayor grandeza,
La mayor gala y la mayor riqueza.
Dale albricias, Alfonso, pues las nuevas
Más te tocan á ti.

PRÍNCIPE.

Yo lo confieso;
Más vuestra majestad me dé que darle;
Que no lo tengo yo, sino los brazos.

PRIOR.

Esos estimo tanto, que por vida
De mi señor el Rey, que no tomase
Reinos ni imperios.

PRÍNCIPE.

No, Prior, no es justo:
Yo os doy.....

PRIOR.

No me deis nada.

PRÍNCIPE.

Desto gusto.

PRIOR.

No se dirá, cuando me dais los brazos,
Que yo estuve tan necio.....

REY.

Alfonso, Alfonso,
Deja al Prior, que es grande cortesano;
Pero pues tanto tu favor estima,
Yo no le di los brazos, y yo puedo
Hacerle destos mares almirante
Que ahora corre el valeroso Gama.

PRIOR.

Serán para que llanos los ofrezca
Á vuestras quinas, príncipe perfeto.

REY.

La cárcel voy á visitar.

PRIOR.

Al Príncipe.

Aparte
Tengo que daros un retrato hermoso
Del ángel castellano, y un recado.

PRÍNCIPE.

Soy portugués; ya finco enamorado.

Vanse.

Un Alcalde y criados.

ALCALDE.

Poned ese estrado bien,
Que vendrá su majestad.
Ya veis su puntualidad.

UN CRIADO.

¿Pondré el alfombra también?

ALCALDE.

A otro criado.

Limpia esa silla, ¿qué aguardas?

CRIADO.

¿Y quién es hoy relator?

ALCALDE.

Lope de Sosa.

CRIADO.

Señor.....

ALCALDE.

Abre, que suenan las guardas.

Chirimías, acompañamiento, Lope de Sosa, el Prior, el Rey, que se sienta debajo del dosel y el criado.

REY.

Siempre que en este lugar,
Fidalgos, á verme llego,
Del persa me acuerdo luego.

LOPE.

Tú le excedes en juzgar.

REY.

Desollar hizo un jüez
Cambises, y con el cuero
Aforró la silla.

PRIOR.

Es fiero
Ejemplo, y bastó una vez
Para los demás jüeces.

REY.

Su hijo en ella asentó,
Que del padre se acordó
Por la silla tantas veces.
Cierto que los buenos pueden
Con pocas leyes juzgar.

LOPE.

Esa gente haced llamar.

Vase un criado.

PRIOR.
Los vicios, señor, exceden.
REY.
De la multitud de leyes,
Agesilao decía
Que los vicios conocía.
PRIOR.
¡Gran cuidado el de los reyes,
Atlantes de un peso eterno!
REY.
Por eso Crisipo un día,
Preguntado por qué huía
Los oficios del gobierno,
Respondió: «Si lo hago mal,
Á Dios desagradaré,
Si bien, á los hombres.»
PRIOR.
Fué
Respuesta á su nombre igual.

Fernando, Rodrigo, Julián, Julia, Porcelo, Alberto, un letrado y otros varios presos.

LOPE.
Éste, señor, está preso
Porque mató con violencia
Un gobernador.
REY.
La causa.....
LOPE.
La causa, señor, es ésta:
Que el gobernador mató
Á su padre.
REY.
Un poco espera.
Di, hombre, ¿no era mejor
Pedir la muerte, y que fuera
Castigado por justicia?
FERNANDO.
Ya la pedí, y la sentencia
Del jüez fué la ocasión
Para que muerte le diera.
REY.
¿Pues en qué le sentenció?
FERNANDO.
En que dos años, por pena,
No pudiese ejercitar
Su oficio.
REY.
¡Extraña sentencia!
FERNANDO.
Yo, viéndole libre ya,
Puesto que sin vara vuestra,
Con el agravio y la sangre,
Le maté, y aún no me pesa.
REY.
¿Dos años le suspendió
Del oficio?
LOPE.
Así se prueba.
REY.
¿Qué oficio tienes?
FERNANDO.
Señor,
Zapatero de obra gruesa.
REY.
Pues yo mando que en dos años
Coser zapatos no puedas,
Y te suspendo de oficio.
FERNANDO.
¡Viva mil años tu alteza!

Vase.

LOPE.
Éste que ves deste talle
Es ladrón.
REY.
En mis galeras
Le dad posada de balde.
LOPE.
¿Qué tiempo?
REY.
Diez años sean.

Llévanle.

LOPE.
Éste, señor, es pintor.
REY.
Honralde, por la excelencia
De la pintura.
LOPE.
No es éste
De los que el arte profesan,
Sino destos que en las calles
Pinturas infames (1) cuelgan.
REY.
¿Qué ha hecho?
LOPE.
Retratos tuyos,
Mas con pintura tan fea,
Como es él tan mal pintor,
Que es en tu notable ofensa.
REY.
¿Cómpranlos?
LOPE.
Los ignorantes
De aquesta divina ciencia,
De tan pocos conocida.....
REY.
Abrilde luego la puerta;
Que ya que pinta mi rostro
Con mano torpe y grosera,
No á lo menos mis costumbres.
PRIOR.
¡Piedad cristiana y discreta!
LOPE.
Vengan más.

Vase el pintor.

(1) Malas, mal hechas.

ALCALDE.

Julia está aquí.

LOPE.

Esta mujer está presa
Porque dicen que dió á un hombre
Los sesos de cierta bestia.

REY.

¿Qué tiempo tuviste amores
Con él?

JULIA.

Señor.....

REY.

No me mientas.

JULIA.

Diez años.

REY.

¿Y no queréis
Que en diez años se convierta
En bestia un hombre? Dejalda
Para la primera audiencia;
Porque en pasando, Prior,
De un año quien desto enferma,
Los sesos de bestia son
Los que él tiene en la cabeza.

Vase Julia.

LOPE.

Éste es, señor, un filósofo:
Claramente se le prueba
Haber muerto á su mujer.

REY.

Pues ¿por qué?

LOPE.

Por no tenella.

REY.

¿Cómo la mató?

LOPE.

Señor,
Tres días tuvo á cautela
Una mula sin beber;
Puso á su mujer en ella
Y llevóla á cierto río,
Concertando una merienda.
La mula, en mirando el agua,
Entró furiosa por ella:
Cayó la mujer, ahogóse.....
Sentenciáronle á que muera.

REY.

Justamente.

LETRADO.

Señor.....

REY.

Dime,
¿No eres letrado? Sentencia
Tú mismo esta causa.

LETRADO.

Advierte
Una cosa extraña y nueva.
¿Es bien que mi habilidad
Tan peregrina se pierda?

REY.

¿En qué la tienes?

LETRADO.

Escucha:
En que, fuera de mis letras,
Haré tan notables cosas,
Que será la menor dellas
El hacer que un elefante
Hable nuestra propia lengua.

REY.

¿Un elefante?

LETRADO.

¿Eso dudas?
Intenta, señor, la prueba
Con los que Gama ha traído,
Ó á mil muertes me condena.

REY.

¿En qué término le harás
Hablar?

LETRADO.

Diez años.

REY.

Pues sea:
Él y el elefante estén
Presos mientras que le enseña.

ALCALDE.

Aparte al Letrado.

Hombre, ¿qué es lo que habéis dicho?
¿Cómo intentáis tal quimera?

LETRADO.

Callad, Alcalde: ¿no veis
Que en diez años que me quedan
De término, es imposible
Claramente que no muera
Yo, ó el Rey, ó el elefante?

ALCALDE.

¡Qué peregrina advertencia! (Aparte.)

Llévanse al Letrado.

LOPE.

Aparte al Rey.

Pues ¿vos perdonáis este hombre?

REY.

Es por estimar las letras,
Y porque el mayor castigo
Que puede darse en la tierra
Es condenar á un discreto
Que trate con una bestia.

LOPE.

Este preso es vidriero:
De seis cruzados de pena
Apela á vos.

REY.

¿De qué culpa?

LOPE.

Tienen por ofensa vuestra

Hacer copas, que por vos
Las ha llamado *perfectas.*

REY.

¿Por qué perfectas las llamas?

TORCELO.

Porque de una de Venecia,
En que vos soléis beber,
Al vivo saqué la muestra;
Y como os llaman *perfecto*,
Perfectas las puse á ellas.
Pero decidme, señor,
El que gobierna la Iglesia,
¿No es más que vos?

REY.

Claro está.

TORCELO.

Pues Roma en públicas tiendas
Vende copas papalinas,
Porque el Papa bebe en ellas.

REY.

Bien decís, y desde hoy más
Llamad *perfectas* las vuestras.

TORCELO.

Pues, por Dios que como á naipes
He de poner *con licencia.*

Vase.

LOPE.

Éste viene bien ahora,
Porque contra él se prueba
Decir que no sois perfecto.

REY.

¿Pues qué cosa hay en la tierra
Que, en razón de perfección,
De todo punto lo sea?
Mas dime en lo que he faltado,
Para que yo tome enmienda.

ALBERTO.

El mismo nombre *perfecto*
Dentro en sus letras encierra
Lo que ha de tener un Rey
Para que perfecto sea.
Vos tenéis la siete partes
Que piden las siete letras;
Pero ha sido imperfección
El faltaros la postrera.
Por la P sois propio, en fin,
Sois portugués, sangre nuestra.
Por la E sois entendido,
Y mucho, en todas materias.
Por la R sois resuelto,
Y por la F á la Iglesia
Fiel en las obras y fe,
Y fuerte en el defenderla.
Vos sois por la E segunda
Estudioso, honráis las letras;
Por la C compuesto y grave,
Como es bien que un Rey lo sea.
Por la T temido sois;
La O, que es letra postrera
Y olvidado decir quiere,
Os falta, y queda imperfecta.

REY.

Pues ¿olvidado ha de ser
Un rey?

ALBERTO.

Sí, de las ofensas
Y de cosas ordinarias,
Que el ejemplo manifiesta.
Un oficio entré á pediros,
Cargo honroso de la guerra:
Dijísteme que era viejo.
Volví á mi casa con pena,
Y como supe mejor,
Aderecé mi cabeza
Y mi barba, y de allí á un mes
Volví á ver vuestra presencia.
El mismo oficio os pedí.
Respondistes: «¡Bueno fuera
Que ahora os le diera á vos,
Si ahora un mes se me acuerda
Que le negué á vuestro padre!»
Pues quien de cosas como éstas
Se acuerda, ya veis que falta
En esta letra postrera.

REY.

Ya es tarde: venid conmigo;
Que porque imperfecto sea,
No me olvidaré de vos;
Y si sois pobre, me pesa.
Porque como no hay halcón
Que sin un pájaro duerma
Por la frialdad de los pies,
No hay noche que yo no tenga
Un hombre pobre en las manos.

LOPE.

¡Qué piedad!

PRIOR.

Abrid las puertas.

Vanse.

El Príncipe, D.ª Leonor, músicos con chirimías, y acompañamiento. Después, y detrás, Lope.

DOÑA LEONOR.

Pues se casa vuestra alteza,
De que el parabién le doy,
Y sabe también que estoy
Por su causa en tal tristeza,
Muestre su grandeza en mí.

PRÍNCIPE.

Si yo la culpa he tenido,
¡Bien lo he pagado!

DOÑA LEONOR.

Yo pido
Justicia en esto.

PRÍNCIPE.

Es ansí.

DOÑA LEONOR.

Y pues vuestra alteza es
Hijo de Rey tan perfeto,

Y no menos que él discreto,
Mire que estoy á sus pies

PRÍNCIPE.

Basta, Leonor: levantad.
Que no es imposible cosa
Hacer que Lope de Sosa
Os pague tal voluntad.
Hoy será vuestro marido.

DOÑA LEONOR.

Los pies os vuelvo á besar.

PRÍNCIPE.

Ahora yo os quiero enseñar
Un retrato que he tenido
De un serafín en belleza.

DOÑA LEONOR.

La Princesa, mi señora,
Es un sol que á España dora.

El Prior.

PRIOR.

¿Agora está vuestra alteza
Con este descuido aquí?

PRÍNCIPE.

¿Pues qué tenemos, Prior?

PRIOR.

Que quiere el Rey, mi señor,
Y será forzoso ansí,
Partir á Yelves ahora,
Donde dicen que ya llega,
Con el Guzmán que la entrega,
La Princesa mi señora.

PRÍNCIPE.

Leonor, adiós.

DOÑA LEONOR.

Vuestra alteza
Cumpla lo que prometió.

PRÍNCIPE.

La vuestra imagino yo
Por mi pasada tristeza.

Vanse el Príncipe, el Prior, los músicos y el acompañamiento.

LOPE.

¿Sabes como has de partir
Con la Reina?

DOÑA LEONOR.

¡Tú me adviertes!

LOPE.

Como tanto te diviertes,
Bien te puedo yo advertir.
¿Qué retrato te enseñaba
El Príncipe?

DOÑA LEONOR.

El de su esposa.

LOPE.

¿El suyo no?

DOÑA LEONOR.

¡Linda cosa!
Deja de ser necio; acaba.

LOPE.

Como no puedo dejar
De ser celoso, no puedo
Dejar de ser necio.

DOÑA LEONOR.

El miedo
Con que ya te vengo á hablar
Me aparta, Lope, de ti.

LOPE.

¿Pues de qué tienes temor?

DOÑA LEONOR.

De que ofendes el amor
Honesto que puse en ti.
Vine á tus manos ingratas,
Donde ya la muerte espero,
Por lo bien que yo te quiero
Y lo mal que tú me tratas.

Vase.

LOPE.

Señora, señora, advierte.....
Porque, si yo te ofendí.....
Fuese, y dijo que por mí
Espera Leonor la muerte.
Haced amistad, mis ojos,
Conmigo; que no hay mayor
Gusto de paces de amor,
Después de celos y enojos.

Vase.

Tocan chirimías, acompañamiento; la Princesa, por palenque, y Guzmán de Sidonia.

PRINCESA.

De la fiesta estoy contenta.

GUZMÁN.

Muy bien nos han recibido.

PRINCESA.

Por la carta que he tenido,
El Rey, mi señor, intenta
Venir con su alteza aquí.

GUZMÁN.

La Reina vendrá también.

PRINCESA.

Vendrá todo junto el bien;
Que no hay más bien para mí.

El Rey, la Reina, el Príncipe, D.ª Leonor, Lope, el Prior, músicos y gente.

REY.

Bien nos podéis dar los brazos,
Como á padres vuestros ya.

PRINCESA.

Quien á vuestros pies está,
Y sube á tales abrazos,
Podrá decir que ha medido
Lo que hay de la tierra al cielo.

REY.

Hoy tengo todo el consuelo,
Con veros, que al cielo pido.

PRÍNCIPE.

Dadme, señora, las manos.

PRINCESA.

Turbada estoy con razón.

REY.

Esta generosa unión
Es vuestra paz, lusitanos.
Dad vuestra mano á Leonor.

PRINCESA.

Seas, Leonor, bien hallada.

DOÑA LEONOR.

Y vos para bien casada
Con prenda de tal valor.

PRINCESA.

Yo te traigo un casamiento.

PRÍNCIPE.

Eso no, señora esposa,
Que es para Lope de Sosa.

PRINCESA.

Basta, si es á tu contento.

PRÍNCIPE.

Mi Camarero mayor
Y marqués de Marïalva
Le hago.

LOPE.

Con esa salva
Daré la mano á Leonor.

DOÑA LEONOR.

Este fué el premio de amarte.

LOPE.

Y aquí, senado discreto,
Cesa *El Príncipe perfeto*
Hasta la tercera parte.

FUENTE OVEJUNA

FUENTE OVEJUNA

PERSONAS

El rey D. Fernando.
La reina D.ª Isabel.
El Maestre de Calatrava.
Don Manrique.
Fernán Gómez.
Laurencia.
Frondoso.
Pascuala.
Jacinta.
Ortuño.
Flores.
Esteban. } *Alcaldes.*
Alonso. }
Juan Rojo.
Mengo.
Barrildo.
Leonelo.
Cimbranos, *soldado.*
Un juez.
Un niño.
Tres Regidores.
Labradores y labradoras.
Soldados.
Músicos.—Acompañamiento.

ACTO PRIMERO.

El comendador Fernán Gómez, Flores y Ortuño.

COMENDADOR.
¿Sabe el Maestre que estoy
En la villa?
FLORES.
Ya lo sabe.
ORTUÑO.
Está, con la edad, más grave.
COMENDADOR.
Y ¿sabe también que soy
Fernán Gómez de Guzmán?
FLORES.
Es muchacho: no te asombre.
COMENDADOR.
Cuando no sepa mi nombre,
¿No le sobra el que me dan
De Comendador mayor?
ORTUÑO.
No falta quien le aconseje
Que de ser cortés se aleje.
COMENDADOR.
Conquistará poco amor.
Es llave la cortesía
Para abrir la voluntad,
Y para la enemistad
La necia descortesía.
ORTUÑO.
Si supiese un descortés
Cómo le aborrecen todos
Y querrían de mil modos
Poner la boca á sus pies,
Antes que serlo ninguno
Se dejaría morir.
FLORES.
¡Qué cansado es de sufrir,
Qué áspero y qué importuno!
Llaman la descortesía
Necedad en los iguales,
Porque es entre desiguales
Linaje de tiranía.
Aquí no te toca nada;
Que un muchacho aún no ha llegado
Á saber qué es ser amado.
COMENDADOR.
La obligación de la espada
Que se ciñó el mismo día
Que la cruz de Calatrava
Le cubrió el pecho, bastaba
Para aprender cortesía.
FLORES.
Si te han puesto mal con él,

Presto lo conocerás.

ORTUÑO.

Vuélvete si en duda estás.

COMENDADOR.

Quiero ver lo que hay en él.

El Maestre de Calatrava y acompañamiento.

MAESTRE.

Perdonad, por vida mía,
Fernán Gómez de Guzmán;
Que agora nueva me dan
Que en la villa estáis.

COMENDADOR.

Tenía
Muy justa queja de vos;
Que el amor y la crianza
Me daban más confianza,
Por ser, cual somos los dos,
Vos maestre en Calatrava,
Yo vuestro comendador
Y muy vuestro servidor.

MAESTRE.

Seguro, Fernando, estaba
De vuestra buena venida.
Quiero volveros á dar
Los brazos.

COMENDADOR.

Debéisme honrar;
Que he puesto por vos la vida
Entre diferencias tantas,
Hasta suplir vuestra edad
El Pontífice.

MAESTRE.

Es verdad.
Y por las señales santas
Que á los dos cruzan el pecho,
Que os lo pago en estimaros,
Y como á mi padre honraros.

COMENDADOR.

De vos estoy satisfecho.

MAESTRE.

¿Qué hay de guerra por allá?

COMENDADOR.

Estad atento, y sabréis
La obligación que tenéis.

MAESTRE.

Decid, que yo lo estoy ya.

COMENDADOR.

Gran Maestre, don Rodrigo
Téllez Girón, que á tan alto
Lugar os trajo el valor
De aquel vuestro padre claro,
Que de ocho años en vos
Renunció su maestrazgo;
Que después por más seguro
Juraron y confirmaron
Reyes y comendadores,
Dando el Pontífice santo
Pío segundo sus bulas,
Y después las suyas Paulo,
Para que don Juan Pacheco,
Gran Maestre de Santiago,
Fuese vuestro coadjutor:
Ya que es muerto, y que os han dado
El gobierno sólo á vos,
Aunque de tan pocos años,
Advertid que es honra vuestra
Seguir en aqueste caso
La parte de vuestros deudos;
Porque muerto Enrique cuarto,
Quieren que al rey don Alonso
De Portugal, que ha heredado,
Por su mujer, á Castilla,
Obedezcan sus vasallos;
Que aunque pretende lo mismo
Por Isabel don Fernando,
Gran príncipe de Aragón,
No con derecho tan claro
Á vuestros deudos; que, en fin,
No presumen que hay engaño
En la sucesión de Juana,
Á quien vuestro primo hermano
Tiene agora en su poder;
Y así, vengo á aconsejaros
Que juntéis los caballeros
De Calatrava en Almagro,
Y á Ciudad Real toméis,
Que divide como paso
Á Andalucía y Castilla.
Para tomarlos á entrambos
Poca gente es menester,
Porque tienen por soldados
Solamente sus vecinos
Y algunos pocos hidalgos,
Que defienden á Isabel
Y llaman rey á Fernando.
Será bien que deis asombro,
Rodrigo, aunque niño, á cuantos
Dicen que es grande esa cruz
Para vuestros hombros flacos.
Mirad los Condes de Irueña,
De quien venís, que mostrando
Os están desde la tumba
Los laureles que ganaron;
Los Marqueses de Villena
Y otros capitanes, tantos,
Que las alas de la fama
Apenas pueden llevarlos.
Sacad esa blanca espada,
Que habéis de hacer, peleando,
Tan roja como la cruz;
Porque no podré llamaros
Maestre de la cruz roja
Que tenéis al pecho, en tanto
Que tenéis blanca la espada;
Que una al pecho y otra al lado,
Entrambas han de ser rojas,
Y vos, Girón soberano,
Capa del templo inmortal
De vuestros claros pasados.

MAESTRE.

Fernán Gómez, estad cierto
Que en esta parcialidad,
Porque veo que es verdad,
Con mis deudos me concierto.
Y si importa, como paso,
Ciudad Real al intento,
Veréis que como violento
Rayo sus muros abraso.
No porque es muerto mi tío
Piensen de mis pocos años
Los propios y los extraños
Que murió con él mi brío.
Sacaré la blanca espada
Para que quede su luz
De la color de la cruz,
De roja sangre bañada.
Vos, ¿adónde residís?
¿Tenéis algunos soldados?

COMENDADOR.

Pocos, pero mis criados;
Que si dellos os servís
Pelearán como leones.
Ya veis que en Fuente Ovejuna
Hay gente humilde, y alguna
No enseñada en escuadrones,
Sino en campos y labranzas.

MAESTRE.

¿Allí residís?

COMENDADOR.

Allí
De mi encomienda escogí
Casa entre aquestas mudanzas.
Vuestra gente se registre;
Que no quedará vasallo.

MAESTRE.

Hoy me veréis á caballo,
Poner la lanza en el ristre.

Vanse.

Laurencia y Pascuala.

LAURENCIA.

Mas que nunca acá volviera

PASCUALA.

Pues á la he que pensé
Que cuando te lo conté
Más pesadumbre te diera.

LAURENCIA.

¡Plega al cielo que jamás
Le vea en Fuente Ovejuna!

PASCUALA.

Yo, Laurencia, he visto alguna
Tan brava, y pienso que más;
Y tenía el corazón
Brando como una manteca.

LAURENCIA.

Pues ¿hay encina tan seca
Como está mi condición?

PASCUALA.

Anda ya, que nadie diga:
Desta agua no beberé.

LAURENCIA.

¡Voto al sol, que lo diré
Aunque el mundo me desdiga!
¿Á qué efeto fuera bueno
Querer á Fernando yo?
¿Casárame con él?

PASCUALA.

No.

LAURENCIA.

Luego la infamia condeno.
¡Cuántas mozas en la villa,
Del Comendador fiadas,
Andan ya descalabradas!

PASCUALA.

Tendré yo por maravilla
Que te escapes de su mano.

LAURENCIA.

Pues en vano es lo que ves,
Porque ha que me sigue un mes,
Y todo, Pascuala, en vano.
Aquel Flores, su alcahuete,
Y Ortuño, aquel socarrón,
Me mostraron un jubón,
Una sarta y un copete:
Dijéronme tantas cosas
De Fernando, su señor,
Que me pusieron temor;
Mas no serán poderosas
Para contrastar mi pecho.

PASCUALA.

¿Dónde te hablaron?

LAURENCIA.

Allá
En el arroyo, hoy habrá
Seis días.

PASCUALA.

Y yo sospecho
Que te han de engañar, Laurencia.

LAURENCIA.

¿Á mí?

PASCUALA.

Que no, sino al cura.

LAURENCIA.

Soy, aunque polla, muy dura
Yo para su reverencia.
¡Pardiez! más precio poner,
Pascuala, de madrugada,
Un pedazo de lunada
Al huego para comer,
Con tanto zalacatón
De una rosca que yo amaso,
Y hurtar á mi madre un vaso
Del pegado cangilón;
Y más precio al mediodía
Ver la vaca entre las coles,
Haciendo mil caracoles
Con espumosa armonía;
Y concertar, si el camino
Me ha llegado á causar pena,
Casar una berenjena

Con otro tanto tocino;
Y después un pasatarde,
Mientras la cena se aliña,
De una cuerda de mi viña,
Que Dios de pedrisco guarde;
Y cenar un salpicón
Con su aceite y su pimienta,
Y irme á la cama contenta,
Y al inducas tentación
Rezalle mis devociones,
Que cuantas raposerías
Con su amor y sus porfías,
Tienen estos bellacones;
Porque todo su cuidado,
Después de darnos disgusto,
Es anochecer con gusto
Y amanecer con enfado.

PASCUALA.

Tienes, Laurencia, razón;
Que en dejando de querer,
Más ingratos suelen ser
Que al villano el gorrïón.
En el invierno, que el frío
Tiene los campos helados,
Descienden de los tejados
Diciéndole: «Tío, tío»,
Hasta llegar á comer
Las migajas de la mesa;
Mas luego que el frío cesa
Y el campo ven florecer,
No bajan diciendo «tío»,
Del beneficio olvidados,
Mas saltando en los tejados,
Dicen: «Judío, judío.»
Pues tales los hombres son:
Cuando nos han menester
Somos su vida, su ser,
Su alma, su corazón;
Pero pasadas las ascuas,
Las tías somos judías,
Y en vez de llamarnos tías,
Anda el nombre de las pascuas.

LAURENCIA.

No fiarse de ninguno.

PASCUALA.

Lo mismo digo, Laurencia.

Mengo, Barrildo y Frondoso.

FRONDOSO.

En aquesta diferencia
Andas, Barrildo, importuno.

BARRILDO.

Á lo menos aquí está
Quien nos dirá lo más cierto

MENGO.

Pues hagamos un concierto
Antes que lleguéis allá;
Y es, que si juzgan por mí,
Me dé cada cual la prenda,
Precio de aquesta contienda.

BARRILDO.

Desde aquí digo que sí.
Mas si pierdes, ¿qué darás?

MENGO.

Daré mi rabel de boj,
Que vale más que una troj,
Porque yo le estimo en más.

BARRILDO.

Soy contento.

FRONDOSO.

Pues lleguemos.
Dios os guarde, hermosas damas.

LAURENCIA.

¿Damas, Frondoso, nos llamas?

FRONDOSO.

Andar al uso queremos:
Al bachiller, licenciado;
Al ciego, tuerto; al bisojo,
Bizco; resentido al cojo,
Y buen hombre al descuidado.
Al ignorante, sesudo;
Al mal galán, soldadesca;
Á la boca grande, fresca,
Y al ojo pequeño, agudo.
Al pleitista, diligente;
Gracioso al entremetido;
Al hablador, entendido,
Y al insufrible, valiente.
Al cobarde, para poco;
Al atrevido, bizarro;
Compañero al que es un jarro,
Y desenfadado al loco.
Gravedad, al descontento;
Á la calva, autoridad;
Donaire, á la necedad,
Y al pie grande, buen cimiento.
Al buboso, resfriado;
Comedido, al arrogante;
Al ingenioso, constante;
Al corcovado, cargado.
Esto al llamaros imito,
Damas, sin pasar de aquí,
Porque fuera hablar así
Proceder en infinito.

LAURENCIA.

Allá en la ciudad, Frondoso,
Llámase por cortesía
De esa suerte; y á fe mía,
Que hay otro más riguroso
Y peor vocabulario
En las lenguas descorteses.

FRONDOSO.

Querría que lo dijeses.

LAURENCIA.

Es todo á esotro contrario:
Al hombre grave, enfadoso;
Al que es veraz, descompuesto;
Melancólico al compuesto,
Y al que reprehende, odioso.
Importuno, al que aconseja;
Al liberal, moscatel;

Al justiciero, cruel,
Y al que es piadoso, madeja.
Al que es constante, villano;
Al que es cortés, lisonjero;
Hipócrita al limosnero,
Y pretendiente al cristiano.
Al justo mérito, dicha;
Á la verdad, imprudencia;
Cobardía, á la paciencia,
Y culpa á lo que es desdicha.
Necia, á la mujer honesta;
Mal hecha, á la hermosa y casta,
Y á la honrada..... Pero basta,
Que esto basta por respuesta.

MENGO.

Digo que eres el dimuño.

BARRILDO.

Soncas que lo dice mal.

MENGO.

Apostaré que la sal
La echó el cura con el puño.

LAURENCIA.

¿Qué contienda os ha traído,
Si no es que mal lo entendí?

FRONDOSO.

Oye, por tu vida.

LAURENCIA.

Di.

FRONDOSO.

Préstame, Laurencia, oído.

LAURENCIA.

Como prestado y aun dado,
Desde agora os doy el mío.

FRONDOSO.

En tu discreción confío.

LAURENCIA.

¿Qué es lo que habéis apostado?

FRONDOSO.

Yo y Barrildo contra Mengo.

LAURENCIA.

¿Qué dice Mengo?

BARRILDO.

Una cosa
Que, siendo cierta y forzosa,
La niega.

MENGO.

Á negarla vengo,
Porque yo sé que es verdad.

LAURENCIA.

¿Qué dice?

BARRILDO.

Que no hay amor.

LAURENCIA.

Generalmente, es rigor.

BARRILDO.

Es rigor y es necedad.
Sin amor, no se pudiera
Ni aun el mundo conservar.

MENGO.

Yo no sé filosofar;
Leer, ¡ojalá supiera!
Pero si los elementos
En discordia eterna viven,
Y de los mismos reciben
Nuestros cuerpos alimentos,
Cólera y melancolía,
Flema y sangre, claro está.

BARRILDO.

El mundo de acá y de allá,
Mengo, todo es armonía.
Armonía es puro amor,
Porque el amor es concierto.

MENGO.

Del natural, os advierto
Que yo no niego el valor.
Amor hay, y que entre sí
Gobierna todas las cosas,
Correspondencias forzosas
De cuanto se mira aquí;
Y yo jamás he negado
Que cada cual tiene amor
Correspondiente á su humor,
Que le conserva en su estado.
Mi mano, al golpe que viene
Mi cara defenderá,
Mi pie, huyendo, estorbará
El daño que el cuerpo tiene.
Cerraránse mis pestañas
Si al ojo le viene mal,
Porque es amor natural.

PASCUALA.

Pues ¿de qué nos desengañas?

MENGO.

De que nadie tiene amor
Más que á su misma persona.

PASCUALA.

Tú mientes, Mengo, y perdona;
Porque ¿es mentira el rigor
Con que un hombre á una mujer
Ó un animal quiere y ama
Su semejante?

MENGO.

Eso llama
Amor propio, y no querer.
¿Qué es amor?

LAURENCIA.

Es un deseo
De hermosura.

MENGO.

Esa hermosura,
¿Por qué el amor la procura?

LAURENCIA.

Para gozarla.

MENGO.

Eso creo.
Pues ese gusto que intenta,
¿No es para él mismo?

LAURENCIA.

Es así.

MENGO.

Luego ¿por quererse á sí,
Busca el bien que le contenta?

LAURENCIA.
Es verdad.
MENGO.
Pues dese modo
No hay amor, sino el que digo,
Que por mi gusto le sigo,
Y quiero dármele en todo.
BARRILDO.
Dijo el cura del lugar
Cierto día en el sermón,
Que había cierto Platón
Que nos enseñaba á amar;
Que éste amaba el alma sola
Y la virtud de lo amado.
PASCUALA.
En materia habéis entrado,
Que por ventura acrisola
Los caletres de los sabios
En sus cademias y escuelas.
LAURENCIA.
Muy bien dice, y no te muelas
En persuadir sus agravios.
Da gracias, Mengo, á los cielos,
Que te hicieron sin amor.
MENGO.
¿Amas tú?
LAURENCIA.
Mi propio honor.
FRONDOSO.
Dios te castigue con celos.
BARRILDO.
¿Quién gana?
PASCUALA.
Con la quistión
Podéis ir al sacristán,
Porque él ó el cura os darán
Bastante satisfacción.
Laurencia no quiere bien,
Yo tengo poca experiencia;
¿Cómo daremos sentencia?
FRONDOSO.
¿Qué mayor que ese desdén?

Flores.

FLORES.
Dios guarde á la buena gente.
PASCUALA.
Éste es del Comendador
Criado.
LAURENCIA.
¡Gentil azor!
¿De adónde bueno, pariente?
FLORES.
¿No me veis á lo soldado?
LAURENCIA.
¿Viene don Fernando acá?
FLORES.
La guerra se acaba ya,
Puesto que nos ha costado
Alguna sangre y amigos.
FRONDOSO.
Contadnos cómo pasó.
FLORES.
¿Quién lo dirá como yo,
Siendo mis ojos testigos?
Para emprender la jornada
Desta ciudad, que ya tiene
Nombre de Ciudad Real,
Juntó el gallardo Maestre
Dos mil lucidos infantes
De sus vasallos valientes,
Y trescientos de á caballo
De seglares y de freiles;
Porque la cruz roja obliga
Cuantos al pecho la tienen,
Aunque sean de orden sacro;
Mas contra moros, se entiende.
Salió el muchacho bizarro
Con una casaca verde,
Bordada de cifras de oro,
Que sólo los brazaletes
Por las mangas descubría,
Que seis alamares prenden,
En un bridón corpulento,
Rucio rodado, que al Betis
Bebió el agua, y en su orilla
Despuntó la grama fértil,
El codón labrado en cintas
De ante, y el rizo copete
Cogido en blancas lazadas,
Que con las moscas de nieve,
Que bañan la blanca piel,
Iguales labores teje.
A su lado Fernán Gómez,
Nuestro señor, en un fuerte
Melado, de negros cabos,
Puesto que con blanco bebe,
Sobre turca jacerina,
Peto y espaldar luciente,
Con naranjada orla saca,
Que de oro y perlas guarnece.
El morrïón, que corona
Con blancas plumas, parece
Que del color naranjado
Aquellos azares vierte;
Ceñida al brazo una liga
Roja y blanca, con que mueve
Un fresno entero por lanza,
Que hasta en Granada le temen.
La ciudad se puso en arma;
Dicen que salir no quieren
De la corona Real,
Y el patrimonio defienden.
Entróla bien resistida,
Y el Maestre á los rebeldes,
Y á los que entonces trataron
Su honor injuriosamente,
Mandó cortar las cabezas,
Y á los de la baja plebe,
Con mordazas en la boca,
Azotar públicamente.

Queda en ella tan temido
Y tan amado, que creen
Que quien en tan pocos años
Pelea, castiga y vence,
Ha de ser en otra edad
Rayo del África fértil,
Que tantas lunas azules
Á su roja cruz sujete.
Al Comendador y á todos
Ha hecho tantas mercedes,
Que el saco de la ciudad
El de su hacienda parece.
Mas ya la música suena:
Recebilde alegremente;
Que al triunfo las voluntades
Son los mejores laureles.

El Comendador, Juan Rojo, Esteban, Alonso, Ortuño, músicos y labradores.

MÚSICOS.

Cantan.

Sea bien venido
El Comendadore
De rendir las tierras
Y matar los hombres.
¡Vivan los Guzmanes!
¡Vivan los Girones!
Si en las paces blando,
Dulce en las razones.
Venciendo moricos
Fuertes como un roble,
De Ciudad Reale
Viene vencedore;
Que á Fuente Ovejuna
Trae sus pendones.
¡Viva muchos años!
¡Viva Fernán Gómez!

COMENDADOR.

Villa, yo os agradezco justamente
El amor que me habéis aquí mostrado.

ALONSO.

Aun no muestra una parte del que siente.
Pero ¿qué mucho que seáis amado,
Mereciéndolo vos?

ESTEBAN.

Fuente Ovejuna
Y el regimiento que hoy habéis honrado,
Que recibáis os ruega é importuna
Un pequeño presente, que esos carros
Traen, señor, no sin vergüenza alguna,
De voluntades y árboles bizarros,
Más que de ricos dones. Lo primero,
Traen dos cestas de polidos barros;
De gansos viene un ganadillo entero,
Que sacan por las redes las cabezas
Para cantar vueso valor guerrero.
Diez cebones en sal, ¡valientes piezas!
Sin otras menudencias y cecinas,
Y más que guantes de ámbar sus cortezas.
Cien pares de capones y gallinas,
Que han dejado viudos á sus gallos
En las aldeas que miráis vecinas.
Acá no tienen armas ni caballos,
No jaeces bordados de oro puro,
Si no es oro el amor de los vasallos.
Y porque digo puro, os aseguro
Que vienen doce cueros, que aun en cueros
Por Enero podréis guardar un muro,
Si dellos aforráis vuestros guerreros,
Mejor que de las armas aceradas;
Que el vino suele dar lindos aceros.
De quesos y otras cosas no excusadas
No quiero daros cuenta: justo pecho
De voluntades que tenéis ganadas,
Y á vos y á vuestra casa buen provecho.

COMENDADOR.

Estoy muy agradecido.
Id, regimiento, en buen hora.

ALONSO.

Descansad, señor, agora,
Y seáis muy bien venido;
Que esta espadaña que veis
Y juncia á vuestros umbrales,
Fueran perlas orientales,
Y mucho más merecéis,
Á ser posible á la villa.

COMENDADOR.

Así lo creo, señores.
Id con Dios.

ESTEBAN.

Ea, cantores,
Vaya otra vez la letrilla.

MÚSICOS.

Cantan.

Sea bien venido
El Comendadore
De rendir las tierras
Y matar los hombres.

Vanse los alcaldes, los labradores y músicos.

COMENDADOR.

Esperad vosotras dos.

LAURENCIA.

¿Qué manda Su Señoría?

COMENDADOR.

¡Desdenes el otro día!
Pues ¿conmigo? ¡Bien por Dios!

LAURENCIA.

¿Habla contigo, Pascuala?

PASCUALA.

Conmigo no, tirte ahuera.

COMENDADOR.

Con vos hablo, hermosa fiera,
Y con esotra zagala.
¿Mías no sois?

PASCUALA.
Sí, señor;
Mas no para cosas tales.

COMENDADOR.
Entrad, pasad los umbrales;
Hombres hay, no hayáis temor.

LAURENCIA.
Si los alcaldes entraran
(Que de uno soy hija yo),
Bien huera entrar, mas si no.....

COMENDADOR.
Flores.....

FLORES.
Señor.....

COMENDADOR.
¿Qué reparan
En no hacer lo que les digo?

FLORES.
Entrad, pues.

LAURENCIA.
No nos agarre.

FLORES.
Entrad, que sois necias.

PASCUALA.
Arre;
Que echaréis luego el postigo.

FLORES.
Entrad, que os quiere enseñar
Lo que trae de la guerra.

COMENDADOR.
Si entraren, Ortuño, cierra. (Ap. á Ortuño.)

Éntrase.

LAURENCIA.
Flores, dejadnos pasar.

ORTUÑO.
También venís presentadas
Con lo demás.

PASCUALA.
¡Bien á fe!
Desvíese, no le dé.....

FLORES.
Basta, que son extremadas.

LAURENCIA.
¿No basta á vueso señor
Tanta carne presentada?

ORTUÑO.
La vuestra es la que le agrada.

LAURENCIA.
Reviente de mal dolor.

Vanse las dos.

FLORES.
¡Muy buen recado llevamos!
No se ha de poder sufrir
Lo que nos ha de decir
Cuando sin ellas nos vamos.

ORTUÑO.
Quien sirve se obliga á esto.
Si en algo desea medrar,
Ó con paciencia ha de estar,
Ó ha de despedirse presto.

Vanse.

El rey D. Fernando, la reina D.ª Isabel, Manrique y acompañamiento.

DOÑA ISABEL.
Digo, señor, que conviene
El no haber descuido en esto,
Por ver á Alfonso en tal puesto,
Que su ejército previene;
Y es bien ganar por la mano
Antes que el daño veamos;
Que si no lo remediamos,
El ser muy cierto está llano.

REY.
De Navarra y de Aragón
Está el socorro seguro,
Y de Castilla procuro
Hacer la reformación
De modo, que el buen suceso
Con la prevención se vea.

DOÑA ISABEL.
Pues Vuestra Majestad crea
Que el buen fin consiste en eso.

DON MANRIQUE.
Aguardando tu licencia
Dos Regidores están
De Ciudad Real: ¿entrarán?

REY.
No les nieguen mi presencia.

Dos Regidores.

REGIDOR 1.°
Católico rey Fernando,
Á quien ha enviado el cielo,
Desde Aragón á Castilla,
Para bien y amparo nuestro:
En nombre de Ciudad Real
Á vuestro valor supremo
Humildes nos presentamos,
El Real amparo pidiendo.
Á mucha dicha tuvimos
Tener título de vuestros;
Pero pudo derribarnos
Deste honor el hado adverso.
El famoso don Rodrigo
Téllez Girón, cuyo esfuerzo
Es en valor extremado,
Aunque es en la edad tan tierno,
Maestre de Calatrava,
El ensanche pretendiendo
Y el honor de la encomienda,
Nos puso apretado cerco.
Con valor nos prevenimos,
Á su fuerza resistiendo,
Tanto, que arroyos corrían
De la sangre de los muertos.
Tomó posesión, en fin;

Pero no llegara á hacerlo,
Á no le dar Fernán Gómez
Orden, ayuda y consejo.
Él queda en la posesión,
Y tus vasallos seremos
Suyos, á nuestro pesar,
Á no remediarlo presto.

REY.

¿Dónde queda Fernán Gómez?

REGIDOR 1.°

En Fuente Ovejuna creo,
Por ser su villa, y tener
En ella casa y asiento.
Allí, con más libertad
De la que decir podemos,
Tiene á los súbditos suyos
De todo contento ajenos.

REY.

¿Tenéis algún capitán?

REGIDOR 2.°

Señor, el no haberle es cierto,
Pues no escapó ningún noble
De preso, herido ó de muerto.

DOÑA ISABEL.

Ese caso no requiere
Ser de espacio remediado,
Que es dar al contrario osado
El mismo valor que adquiere;
Y puede el de Portugal,
Hallando puerta segura,
Entrar por Extremadura
Y causarnos mucho mal.

REY.

Don Manrique, partid luego,
Llevando dos compañías;
Remediad sus demasías
Sin darles ningún sosiego.
El Conde de Cabra ir puede
Con vos, que es Córdoba osado,
Á quien nombre de soldado
Todo el mundo le concede;
Que éste es el medio mejor
Que la ocasión nos ofrece.

DON MANRIQUE.

El acuerdo me parece
Como de tan gran valor.
Pondré límite á su exceso,
Si el vivir en mí no cesa.

DOÑA ISABEL.

Partiendo vos á la empresa,
Seguro está el buen suceso.

Vanse.

Laurencia y Frondoso.

LAURENCIA.

Á medio torcer los paños,
Quise, atrevido Frondoso,
Para no dar que decir,
Desviarme del arroyo,
Diciendo á tus demasías
Que murmura el pueblo todo
Que me miras y te miro,
Y todos nos traen sobre ojo.
Y como tú eres zagal
De los que huellan briosos,
Y excediendo á los demás,
Vistes bizarro y costoso,
En todo el lugar no hay moza,
Ó mozo en el prado ó soto,
Que no se afirme diciendo
Que ya para en uno somos;
Y esperan todos el día
Que el sacristán Juan Chamorro
Nos eche de la tribuna,
En dejando los piporros.
Y mejor sus trojes veas
De rubio trigo en Agosto
Atestadas y colmadas,
Y sus tinajas de mosto,
Que tal imaginación
Me ha llegado á dar enojo:
Ni me desvela ni aflige,
Ni en ella el cuidado pongo.

FRONDOSO.

Tal me tienen tus desdenes,
Bella Laurencia, que tomo,
En el peligro de verte,
La vida, cuando te oigo.
Si sabes que es mi intención
El desear ser tu esposo,
Mal premio das á mi fe.

LAURENCIA.

Es que yo no sé dar otro.

FRONDOSO.

¿Posible es que no te duelas
De verme tan cuidadoso,
Y que imaginando en ti,
Ni bebo, duermo ni como?
¿Posible es tanto rigor
En ese angélico rostro?
¡Viven los cielos, que rabio!

LAURENCIA.

Pues salúdate, Frondoso.

FRONDOSO.

Ya te pido yo salud,
Y que ambos, como palomos,
Estemos, juntos los picos,
Con arrullos sonorosos,
Después de darnos la Iglesia.....

LAURENCIA.

Dilo á mi tío Juan Rojo;
Que aunque no te quiero bien,
Ya tengo algunos asomos.

FRONDOSO.

¡Ay de mí! El señor es éste.

LAURENCIA.

Tirando viene algún corzo.
Escóndete en esas ramas.

FRONDOSO.

Y ¡con qué celos me escondo!

Ocúltase.

El Comendador, con una ballesta.

COMENDADOR.

No es malo venir siguiendo
Un corcillo temeroso,
Y topar tan bella gama.

LAURENCIA.

Aquí descansaba un poco
De haber lavado unos paños;
Y así, al arroyo me torno
Si manda Su Señoría.

COMENDADOR.

Aquesos desdenes toscos
Afrentan, bella Laurencia,
Las gracias que el poderoso
Cielo te dió, de tal suerte,
Que vienes á ser un monstro.
Mas si otras veces pudiste
Huir mi ruego amoroso,
Agora no quiere el campo,
Amigo secreto y solo;
Que tú sola no has de ser
Tan soberbia, que tu rostro
Huyas al señor que tienes,
Teniéndome á mí en tan poco.
¿No se rindió Sebastiana,
Mujer de Pedro Redondo,
Con ser casadas entrambas,
Y la de Martín del Pozo,
Habiendo apenas pasado
Dos días del desposorio?

LAURENCIA.

Éstas, señor, ya tenían,
De haber andado con otros,
El camino de agradaros;
Porque también muchos mozos
Merecieron sus favores.
Id con Dios, tras vuestro corzo;
Que á no veros con la cruz,
Os tuviera por demonio,
Pues tanto me perseguís.

COMENDADOR.

¡Qué estilo tan enfadoso!
Pongo la ballesta en tierra,
. . . . (1).
Y á la práctica de manos
Reduzgo melindres.

LAURENCIA.

¡Cómo!
¿Eso hacéis? ¿Estáis en vos?

COMENDADOR.

No te defiendas.

Frondoso.

FRONDOSO.

Si tomo (Aparte.)
La ballesta, ¡vive el cielo,
Que no la ponga en el hombro!

Cógela.

COMENDADOR.

Acaba, ríndete.

LAURENCIA.

¡Cielos,
Ayudadme agora!

COMENDADOR.

Solos
Estamos; no tengas miedo.

FRONDOSO.

Comendador generoso,
Dejad la moza, ó creed
Que de mi agravio y enojo
Será blanco vuestro pecho,
Aunque la cruz me da asombro.

COMENDADOR.

¡Perro, villano!.....

FRONDOSO.

No hay perro.
Huye, Laurencia.

LAURENCIA.

Frondoso,
Mira lo que haces.

FRONDOSO.

Vete.

Vase Laurencia.

COMENDADOR.

¡Oh, mal haya el hombre loco
Que se desciñe la espada!
Que, de no espantar medroso
La caza, me la quité.

FRONDOSO.

Pues ¡pardiez, señor, si toco
La nuez, que os he de apiolar!

COMENDADOR.

Ya es ida. ¡Infame, alevoso,
Suelta la ballesta luego!
¡Suéltala, villano!

FRONDOSO.

¿Cómo?
Que me quitaréis la vida.
Y advertid que amor es sordo,
Y que no escucha palabras
El día que está en su trono.

COMENDADOR.

Pues ¿la espalda ha de volver
Un hombre tan valeroso
Á un villano? ¡Tira, infame,
Tira, y guárdate, que rompo
Las leyes de caballero!

FRONDOSO.

Eso no. Yo me conformo
Con mi estado, y pues me es
Guardar la vida forzoso,
Con la ballesta me voy.

Vase.

(1) Falta un verso.

COMENDADOR.
¡Peligro extraño y notorio!
Mas yo tomaré venganza
Del agravio y del estorbo.
¡Que no cerrara con él!
¡Vive el cielo, que me corro!

ACTO SEGUNDO.

Esteban y un Regidor.

ESTEBAN.
Así tenga salud, como parece
Que no se saque más agora el pósito.
El año apunta mal y el tiempo crece,
Y es mejor que el sustento esté en depósito,
Aunque lo contradicen más de trece.
REGIDOR.
Yo siempre he sido, al fin, deste propósito,
En gobernar en paz esta república.
ESTEBAN.
Hagamos dello á Fernán Gómez súplica.
No se puede sufrir que estos astrólogos,
En las cosas futuras ignorantes,
Nos quieran persuadir con largos prólogos
Los secretos á Dios sólo importantes.
¡Bueno es que, presumiendo de teólogos,
Hagan un tiempo el de después y antes!
Y pidiendo el presente lo importante,
Al más sabio veréis más ignorante.
¿Tienen ellos las nubes en su casa,
Y el proceder de las celestes lumbres?
¿Por dónde ven lo que en el cielo pasa,
Para darnos con ello pesadumbres?
Ellos en el sembrar nos ponen tasa;
Daca el trigo, cebada y las legumbres,
Calabazas, pepinos y mostazas.....
Ellos son, á la fe, las calabazas.
Luego cuentan que muere una cabeza,
Y después viene á ser en Trasilvania;
Que el vino será poco, y la cerveza
Sobrará por las partes de Alemania;
Que se helará en Gascuña la cereza,
Y que habrá muchos tigres en Hircania;
Y al cabo, que se siembre ó no se siembre,
El año se remata por Diciembre.

Leonelo y Barrildo.

LEONELO.
Á fe que no ganéis la palmatoria,
Porque ya está ocupado el mentidero.
BARRILDO.
¿Cómo os fué en Salamanca?
LEONELO.
Es larga historia.
BARRILDO.
Un Bártulo seréis.
LEONELO.
Ni aun un barbero.
Es, como digo, cosa muy notoria
En esta facultad lo que os refiero.
BARRILDO.
Sin duda que venís buen estudiante.
LEONELO.
Saber he procurado lo importante.
BARRILDO.
Después que vemos tanto libro impreso,
No hay nadie que de sabio no presuma.
LEONELO.
Antes que ignoran más siento por eso,
Por no se reducir á breve suma;
Porque la confusión, con el exceso,
Los intentos resuelve en vana espuma;
Y aquel que de leer tiene más uso,
De ver letreros sólo está confuso.
No niego yo que de imprimir el arte
Mil ingenios sacó de entre la jerga,
Y que parece que en sagrada parte
Sus obras guarda y contra el tiempo alberga,
Y éste las destribuye y las reparte.
Débese esta invención á Gutenberga,
Un famoso tudesco de Maguncia,
En quien la fama su valor renuncia.
Mas muchos que opinión tuvieron grave,
Por imprimir sus obras la perdieron;
Tras esto, con el nombre del que sabe,
Muchos sus ignorancias imprimieron.
Otros, en quien la baja envidia cabe,
Sus locos desatinos escribieron,
Y con nombre de aquel que aborrecían,
Impresos por el mundo los envían.
BARRILDO.
No soy de esa opinión.
LEONELO.
El ignorante
Es justo que se vengue del letrado.
BARRILDO.
Leonelo, la impresión es importante.
LEONELO.
Sin ella muchos siglos se han pasado,
Y no vemos que en éste se levante
Un Jerónimo santo, un Agustino.
BARRILDO.
Dejaldo, y asentaos, que estáis mohino.

Juan Rojo y un labrador.

JUAN ROJO.
No hay en cuatro haciendas para un dote,
Si es que las vistas han de ser al uso;
Que el hombre que es curioso, es bien que note
Que en esto el barrio y vulgo anda confuso.
LABRADOR.
¿Qué hay del Comendador? No os alborote.

JUAN ROJO.
¡Cuál á Laurencia en ese campo puso!
LABRADOR.
¿Quién fué cual él tan bárbaro y lascivo?
¡Colgado le vea yo de aquel olivo!

El Comendador, Ortuño y Flores.

COMENDADOR.
Dios guarde la buena gente.
REGIDOR.
¡Oh, señor!
COMENDADOR.
Por vida mía,
Que se estén.
ESTEBAN.
Vusiñoría
Adonde suele se siente.
Que en pie estaremos muy bien.
COMENDADOR.
Digo que se han de sentar.
ESTEBAN.
De los buenos es honrar;
Que no es posible que den
Honra los que no la tienen.
COMENDADOR.
Siéntense; hablaremos algo.
ESTEBAN.
¡Vió Vusiñoría el galgo?
COMENDADOR.
Alcalde, espantados vienen
Esos criados de ver
Tan notable ligereza.
ESTEBAN.
Es una extremada pieza.
¡Pardiez, que puede correr
Al lado de un delincuente
Ó de un cobarde en quistión!
COMENDADOR.
Quisiera en esta ocasión
Que le echarais diligente
Á una liebre, que por pies
Por momentos se me va.
ESTEBAN.
Sí haré, ¡par Dios! ¿Dónde está?
COMENDADOR.
Allá vuestra hija es.
ESTEBAN.
¡Mi hija!
COMENDADOR.
Sí.
ESTEBAN.
Pues ¿es buena
Para alcanzada de vos?
COMENDADOR.
¡Reñilda, Alcalde, por Dios!
ESTEBAN.
¿Cómo?
COMENDADOR.
Ha dado en darme pena.
Mujer hay, y principal,
De alguno que está en la plaza,
Que dió, á la primera traza,
Traza de verme.
ESTEBAN.
Hizo mal;
Y vos, señor, no andáis bien
En hablar tan libremente.
COMENDADOR.
¡Oh, qué villano elocuente!
¡Ah, Flores! Haz que le den
La *Política*, en que lea,
De Aristóteles.
ESTEBAN.
Señor,
Debajo de vuestro honor
Vivir el pueblo desea.
Mirad que en Fuente Ovejuna
Hay gente muy principal.
LEONELO.
¿Vióse desvergüenza igual?
COMENDADOR.
Pues ¿he dicho cosa alguna
De que os pese, Regidor?
REGIDOR.
Lo que decís es injusto.
No lo digáis; que no es justo
Que nos quitéis el honor.
COMENDADOR.
¿Vosotros honor tenéis?
¡Qué freiles de Calatrava!
REGIDOR.
Alguno acaso se alaba
De la cruz que le ponéis,
Que no es de sangre tan limpia.
COMENDADOR.
Y ¿ensúciola yo juntando
La mía á la vuestra?
REGIDOR.
Cuando
Es mal, más tiñe que alimpia.
COMENDADOR.
De cualquier suerte que sea,
Vuestras mujeres se honran.
ESTEBAN.
Esas palabras deshonran;
Las obras no hay quien las crea.
COMENDADOR.
¡Qué cansado villanaje!
¡Ah! Bien hayan las ciudades,
Que á hombres de calidades
No hay quien sus gustos ataje;
Allá se precian casados
Que visiten sus mujeres.
ESTEBAN.
No harán; que con esto quieres
Que vivamos descuidados.
En las ciudades hay Dios,
Y más presto quien castiga.
COMENDADOR.
Levantaos de aquí.
ESTEBAN.
¿Que diga

Lo que escucháis por los dos?

COMENDADOR.

Salí de la plaza luego;
No quede ninguno aquí

ESTEBAN.

Ya nos vamos.

COMENDADOR.

Pues no ansí.

FLORES.

Que te reportes te ruego.

COMENDADOR.

Querrían hacer corrillo
Los villanos en mi ausencia.

ORTUÑO.

Ten un poco de paciencia.

COMENDADOR.

De tanta me maravillo.
Cada uno de por sí
Se vayan hasta sus casas.

LEONELO.

¡Cielo! ¿Que por esto pasas?

ESTEBAN.

Ya yo me voy por aquí.

Vanse los labradores.

COMENDADOR.

¿Qué os parece desta gente?

ORTUÑO.

No saben disimular;
Y no quieres escuchar
El disgusto que se siente.

COMENDADOR.

Éstos, ¿se igualan conmigo?

FLORES.

Que no es aqueso igualarse.

COMENDADOR.

Y el villano, ¿ha de quedarse
Con ballesta y sin castigo?

FLORES.

Anoche pensé que estaba
Á la puerta de Laurencia,
Y á otro, que su presencia
Y su capilla imitaba,
De oreja á oreja le dí
Un beneficio famoso.

COMENDADOR.

¿Dónde estará aquel Frondoso?

FLORES.

Dicen que anda por ahí.

COMENDADOR.

¡Por ahí se atreve á andar
Hombre que matarme quiso!

FLORES.

Como el ave sin aviso,
Ó como el pez, viene á dar
Al reclamo ó al anzuelo.

COMENDADOR.

¡Que á un capitán cuya espada
Tiemblan Córdoba y Granada,
Un labrador, un mozuelo,
Ponga una ballesta al pecho!
El mundo se acaba, Flores.

FLORES.

Como eso pueden amores.

ORTUÑO.

Y pues que vives, sospecho
Que grande amistad le debes.

COMENDADOR.

Yo he disimulado, Ortuño,
Que si no, de punta á puño,
Antes de dos horas breves,
Pasara todo el lugar;
Que hasta que llegue ocasión,
Al freno de la razón
Hago la venganza estar.
¿Qué hay de Pascuala?

FLORES.

Responde
Que anda agora por casarse.

COMENDADOR.

¿Hasta allá quiere fiarse?.....

FLORES.

En fin, te remite donde
Te pagará de contado.

COMENDADOR.

¿Qué hay de Olalla?

ORTUÑO.

Una graciosa
Respuesta.

COMENDADOR.

Es moza briosa.
¿Cómo?

ORTUÑO.

Que su desposado
Anda tras ella estos días
Celoso de mis recados,
Y de que con tus criados
Á visitalla venías;
Pero que si se descuida,
Entrarás como primero.

COMENDADOR.

¡Bueno, á fe de caballero!
Pero el villanejo cuida.....

ORTUÑO.

Cuida, y anda por los aires.

COMENDADOR.

¿Qué hay de Inés?

FLORES.

¿Cuál?

COMENDADOR.

La de Antón.

FLORES.

Para cualquiera ocasión
Te ha ofrecido sus donaires.
Habléla por el corral,
Por donde has de entrar si quieres.

COMENDADOR.

Á las fáciles mujeres
Quiero bien y pago mal.
Si éstas supiesen ¡oh Flores!
Estimarse en lo que valen.....

FLORES.

No hay disgustos que se igualen
Á contrastar sus favores.
Rendirse presto desdice
De la esperanza del bien;
Mas hay mujeres también
Por que el filósofo dice
Que apetecen á los hombres
Como la forma desea
La materia; y que esto sea
Así, no hay de qué te asombres.

COMENDADOR.

Un hombre de amores loco
Huélgase que á su accidente
Se le rindan fácilmente,
Mas después las tiene en poco;
Y el camino de olvidar
Al hombre más obligado,
Es haber poco costado
Lo que pudo desear.

Cimbranos.

CIMBRANOS.

¿Está aquí el Comendador?

ORTUÑO.

¿No le ves en tu presencia?

CIMBRANOS.

¡Oh gallardo Fernán Gómez!
Trueca la verde montera
En el blanco morrïón,
Y el gabán en armas nuevas;
Que el Maestre de Santiago
Y el Conde de Cabra cercan
Á don Rodrigo Girón,
Por la castellana Reina,
En Ciudad Real; de suerte
Que no es mucho que se pierda
Lo que á Calatrava sabes
Que tanta sangre le cuesta.
Ya divisan con las luces,
Desde las altas almenas,
Los castillos y leones
Y barras aragonesas.
Y aunque el Rey de Portugal
Honrar á Girón quisiera,
No hará poco en que el Maestre
Á Almagro con vida vuelva.
Ponte á caballo, señor;
Que sólo con que te vean
Se volverán á Castilla.

COMENDADOR.

No prosigas; tente, espera.
Haz, Ortuño, que en la plaza
Toquen luego una trompeta.
¿Qué soldados tengo aquí?

ORTUÑO.

Pienso que tienes cincuenta.

COMENDADOR.

Pónganse á caballo todos.

CIMBRANOS.

Si no caminas apriesa,
Ciudad Real es del Rey.

COMENDADOR.

No hayas miedo que lo sea.

Vanse.

Laurencia y Pascuala huyendo; Mengo.

PASCUALA.

No te apartes de nosotras.

MENGO.

Pues ¡aquí tenéis temor!

LAURENCIA.

Mengo, á la villa es mejor
Que vamos unas con otras
(Pues que no hay hombre ninguno),
Porque no demos con él.

MENGO.

¡Que este demonio cruel
Nos sea tan importuno!

LAURENCIA.

No nos deja á sol ni á sombra.

MENGO.

¡Oh! Rayo del cielo baje,
Que sus locuras ataje.

LAURENCIA.

Sangrienta fiera le nombra,
Arsénico y pestilencia
Del lugar.

MENGO.

Hanme contado
Que Frondoso, aquí en el prado,
Para librarte, Laurencia,
Le puso al pecho una jara.

LAURENCIA.

Los hombres aborrecía,
Mengo; mas desde aquel día
Los miro con otra cara.
¡Gran valor tuvo Frondoso!
Pienso que le ha de costar
La vida.

MENGO.

Que del lugar
Se vaya será forzoso.

LAURENCIA.

Aunque ya le quiero bien,
Eso mismo le aconsejo;
Mas recibe mi consejo
Con ira, rabia y desdén,
Y jura el Comendador
Que le ha de colgar de un pie.

PASCUALA.

¡Mal garrotillo le dé!

MENGO.

Mala pedrada es mejor.
¡Voto al sol, si le tirara
Con la que llevo al apero,
Que al sonar el crujidero,
Al casco se la encajara!
No fué Sábalo, el romano,
Tan vicioso por jamás.

LAURENCIA.
Heliogábalo dirás,
Más que una fiera inhumano.

MENGO.
Pelicálvaro, ó quien fué,
Que yo no entiendo de historia;
Mas su cativa memoria
Vencida de éste se ve.
¿Hay hombre en naturaleza
Como Fernán Gómez?

PASCUALA.
No;
Que parece que le dió
De una tigre la aspereza.

Jacinta.

JACINTA.
Dadme socorro, por Dios,
Si la amistad os obliga.

LAURENCIA.
¿Qué es esto, Jacinta amiga?

PASCUALA.
Tuyas lo somos las dos.

JACINTA.
Del Comendador criados,
Que van á Ciudad Real,
Más de infamia natural
Que de noble acero armados,
Me quieren llevar á él.

LAURENCIA.
Pues, Jacinta, Dios te libre;
Que cuando contigo es libre,
Conmigo será cruel.

Vase.

PASCUALA.
Jacinta, yo no soy hombre
Que te puedo defender.

Vase.

MENGO.
Yo sí lo tengo de ser,
Porque tengo el sér y el nombre;
Llégate, Jacinta, á mí.

JACINTA.
¿Tienes armas?

MENGO.
Las primeras
Del mundo.

JACINTA.
¡Oh, si las tuvieras!

MENGO.
Piedras hay, Jacinta, aquí.

Flores, Ortuño y soldados.

FLORES.
¿Por los pies pensabas irte?

JACINTA.
Mengo, ¡muerta soy!

MENGO.
Señores.....
¡Á estos pobres labradores!.....

ORTUÑO.
Pues ¿tú quieres persuadirte
Á defender la mujer?

MENGO.
Con los ruegos la defiendo,
Que soy su deudo y pretendo
Guardalla, si puede ser.

FLORES.
Quitalde luego la vida.

MENGO.
¡Voto al sol, si me emberrincho,
Y el cáñamo me descincho,
Que la llevéis bien vendida!

El Comendador y Cimbranos.

COMENDADOR.
¿Qué es eso? ¡Á cosas tan viles
Me habéis de hacer apear!

FLORES.
Gente de este vil lugar
(Que ya es razón que aniquiles,
Pues en nada te da gusto)
Á nuestras armas se atreve.

MENGO.
Señor, si piedad os mueve
De suceso tan injusto,
Castigad estos soldados,
Que con vuestro nombre agora
Roban una labradora
Á esposo y padres honrados;
Y dadme licencia á mí
Que se la pueda llevar.

COMENDADOR.
Licencia les quiero dar.....
Para vengarse de ti.
Suelta la honda.

MENGO.
¡Señor!.....

COMENDADOR.
Flores, Ortuño, Cimbranos,
Con ella le atad las manos.

MENGO.
¿Así volvéis por su honor?

COMENDADOR.
¿Qué piensan Fuente Ovejuna
Y sus villanos de mí?

MENGO.
Señor, ¿en qué os ofendí,
Ni el pueblo, en cosa ninguna?

FLORES.
¿Ha de morir?

COMENDADOR.
No ensuciéis
Las armas que habéis de honrar
En otro mejor lugar.

ORTUÑO.
¿Qué mandas?

COMENDADOR.

Que le azotéis.
Llevalde, y en ese roble
Le atad y le desnudad,
Y con las riendas.....

MENGO.

¡Piedad,
Piedad, pues sois hombre noble!

COMENDADOR.

Azotalde hasta que salten
Los hierros de las correas.

MENGO.

¡Cielos! ¿Á hazañas tan feas
Queréis que castigos falten?

Flores, Ortuño y Cimbranos se llevan á Mengo.

COMENDADOR.

Tú, villana, ¿por qué huyes?
¿Es mejor un labrador
Que un hombre de mi valor?

JACINTA.

¡Harto bien me restituyes
El honor que me han quitado
En llevarme para ti!

COMENDADOR.

¿En quererte llevar?

JACINTA.

Sí;
Porque tengo un padre honrado
Que, si en alto nacimiento
No te iguala, en las costumbres
Te vence.

COMENDADOR.

Las pesadumbres
Y el villano atrevimiento
No templan bien á un airado.
Tira por ahí.

JACINTA.

¿Con quién?

COMENDADOR.

Conmigo.

JACINTA.

Míralo bien.

COMENDADOR.

Para tu mal lo he mirado.
Ya no mía, del bagaje
Del ejército has de ser.

JACINTA.

No tiene el mundo poder
Para hacerme, viva, ultraje.

COMENDADOR.

¡Ea, villana, camina!

JACINTA.

¡Piedad, señor!

COMENDADOR.

No hay piedad.

JACINTA.

Apelo de tu crueldad
Á la Justicia divina.

Llévanla y vanse.

Laurencia y Frondoso.

LAURENCIA.

¿Cómo así á venir te atreves
Sin temer tu daño?

FRONDOSO.

Ha sido
Dar testimonio cumplido
De la afición que me debes.
Desde aquel recuesto vi
Salir al Comendador,
Y fiado en tu valor,
Todo mi temor perdí.
Vaya donde no le vean
Volver.

LAURENCIA.

Tente en maldecir,
Porque suele más vivir
Al que la muerte desean.

FRONDOSO.

Si es esto, viva mil años,
Y así se hará todo bien,
Pues deseándole bien
Estarán ciertos sus daños.
Laurencia, deseo saber
Si vive en ti mi cuidado,
Y si mi lealtad ha hallado
El puerto de merecer.
Mira que toda la villa
Ya para en uno nos tiene,
Y de cómo á ser no viene,
La villa se maravilla.
Los desdeñosos extremos
Deja, y responde no ó sí.

LAURENCIA.

Pues á la villa y á ti
Respondo que lo seremos.

FRONDOSO.

Deja que tus plantas bese
Por la merced recibida,
Pues el cobrar nueva vida
Por ella es bien que confiese.

LAURENCIA.

De cumplimientos acorta;
Y para que mejor cuadre,
Habla, Frondoso, á mi padre,
Pues es lo que más importa,
Que allí viene con mi tío;
Y fía que ha de tener
Ser, Frondoso, tu mujer,
Buen suceso.

FRONDOSO.

En Dios confío.

Éntrase Laurencia en su casa.

Esteban y el Regidor.

ESTEBAN.

Fué su término de modo,
Que la plaza alborotó:
En efeto, procedió

Muy descomedido en todo.
No hay á quien admiración
Sus demasías no den;
La pobre Jacinta es quien
Pierde por su sinrazón.

REGIDOR.

Ya á los Católicos Reyes,
Que este nombre les dan ya,
Presto España les dará
La obediencia de sus leyes.
Ya sobre Ciudad Real,
Contra el Girón que la tiene,
Santiago á caballo viene
Por capitán general.
Pésame, que era Jacinta
Doncella de buena pro.

ESTEBAN.

Luego á Mengo le azotó.

REGIDOR.

No hay negra bayeta ó tinta
Como sus carnes están.

ESTEBAN.

Callad; que me siento arder
Viendo su mal proceder
Y el mal nombre que le dan.
Yo, ¿para qué traigo aquí
Este palo sin provecho?

REGIDOR.

Si sus criados lo han hecho,
¿De qué os afligís ansí?

ESTEBAN.

¿Queréis más, que me contaron
Que á la de Pedro Redondo,
Un día, que en lo más hondo
Deste valle la encontraron,
Después de sus insolencias,
Á sus criados la dió?

REGIDOR.

Aquí hay gente: ¿quién es?

FRONDOSO.

Yo,
Que espero vuestras licencias.

REGIDOR.

Para mi casa, Frondoso,
Licencia no es menester;
Debes á tu padre el sér,
Y á mí otro sér amoroso.
Hete criado, y te quiero
Como á hijo.

FRONDOSO.

Pues, señor,
Fiado en aquese amor,
De ti una merced espero.
Ya sabes de quién soy hijo.

ESTEBAN.

¿Hate agraviado este loco
De Fernán Gómez?

FRONDOSO.

No poco.

ESTEBAN.

El corazón me lo dijo.

FRONDOSO.

Pues, señor, con el seguro
Del amor que habéis mostrado,
De Laurencia enamorado,
El ser su esposo procuro.
Perdona si en el pedir
Mi lengua se ha adelantado;
Que he sido en decirlo osado,
Como otro lo ha de decir.

ESTEBAN.

Vienes, Frondoso, á ocasión
Que me alargarás la vida,
Por la cosa más temida
Que siente mi corazón.
Agradezco, hijo, al cielo
Que así vuelvas por mi honor,
Y agradézcole á tu amor
La limpieza de tu celo.
Mas como es justo, es razón
Dar cuenta á tu padre desto;
Sólo digo que estoy presto
En sabiendo su intención;
Que yo dichoso me hallo
En que aqueso llegue á ser.

REGIDOR.

De la moza el parecer
Tomad antes de acetallo.

ESTEBAN.

No tengáis deso cuidado,
Que ya el caso está dispuesto:
Antes de venir á esto,
Entre ellos se ha concertado.
En el dote, si advertís,
Se puede agora tratar,
Que por bien os pienso dar
Algunos maravedís.

FRONDOSO.

Yo dote no he menester;
Deso no hay que entristeceros.

REGIDOR.

Pues que no la pide en cueros
Lo podéis agradecer.

ESTEBAN.

Tomar el parecer della,
Si os parece, será bien.

FRONDOSO.

Justo es, que no hace bien
Quien los gustos atropella.

ESTEBAN.

Llamando.

¡Hija! ¡Laurencia!.....

Laurencia, saliendo de su casa.

LAURENCIA.

Señor.....

ESTEBAN.

Mirad si digo bien yo.
¡Ved qué presto respondió!

Hija, Laurencia, mi amor
Á preguntarte ha venido
(Apártate aquí) si es bien
Que á Gila, tu amiga, den
Á Frondoso por marido,
Que es un honrado zagal,
Si le hay en Fuente Ovejuna.

LAURENCIA.

¿Gila se casa?

ESTEBAN.

Y si alguna
Le merece y es igual.

LAURENCIA.

Yo digo, señor, que sí.

ESTEBAN.

Sí; mas yo digo que es fea,
Y que harto mejor se emplea
Frondoso, Laurencia, en ti.

LAURENCIA.

¿Aun no se te han olvidado
Los donaires con la edad?

ESTEBAN.

¿Quieresle tú?

LAURENCIA.

Voluntad
Le he tenido y le he cobrado;
Pero por lo que tú sabes.....

ESTEBAN.

¿Quieres tú que diga sí?

LAURENCIA.

Dilo tú, señor, por mí.

ESTEBAN.

¿Yo? Pues tengo yo las llaves,
Hecho está. Ven, buscaremos
Á mi compadre en la plaza.

REGIDOR.

Vamos.

ESTEBAN.

Hijo, y en la traza
Del dote, ¿qué le diremos?
Que yo bien te puedo dar
Cuatro mil maravedís.

FRONDOSO.

Señor, ¿eso me decís?
Mi honor queréis agraviar.

ESTEBAN.

Anda, hijo, que eso es
Cosa que pasa en un día;
Que si no hay dote, á fe mía
Que se echa menos después.

Vanse Esteban y el Regidor.

LAURENCIA.

Di, Frondoso, ¿estás contento?

FRONDOSO.

¿Cómo si lo estoy? ¿Es poco,
Pues, que no me vuelvo loco
De gozo, del bien que siento?
Risa vierte el corazón
Por los ojos, de alegría,
Viéndome, Laurencia mía,
En tan dulce posesión.

Vanse.

El Maestre de Calatrava, el Comendador, Flores, Ortuño y soldados.

COMENDADOR.

Huye, señor, que no hay otro remedio.

MAESTRE.

La flaqueza del muro lo ha causado
Y el poderoso ejército enemigo.

COMENDADOR.

Sangre les cuesta é infinitas vidas.

MAESTRE.

Y no se alabarán que en sus despojos
Pondrán nuestro pendón de Calatrava,
Que á honrar su empresa y los demás bastaba.

COMENDADOR.

Tus designios, Girón, quedan perdidos.

MAESTRE.

¿Qué puedo hacer, si la fortuna ciega
A quien hoy levantó mañana humilla?

Voces dentro:

¡Victoria por los Reyes de Castilla!

MAESTRE.

Ya coronan de luces las almenas,
Y las ventanas de las torres altas
Entoldan con pendones victoriosos.

COMENDADOR.

Bien pudieran de sangre que les cuesta;
A fe que es más tragedia que no fiesta.

MAESTRE.

Yo vuelvo á Calatrava, Fernán Gómez.

COMENDADOR.

Y yo á Fuente Ovejuna, mientras tratas,
Ó seguir esta parte de tus deudos,
Ó reducir la tuya al Rey Católico.

MAESTRE.

Yo te diré por cartas lo que intento.

COMENDADOR.

El tiempo ha de enseñarte.

MAESTRE.

¡Ah, pocos años,
Sujetos al rigor de sus engaños!

Vanse.

Acompañamiento de boda, músicos, Mengo, Frondoso, Laurencia, Pascuala, Barrildo, Juan Rojo y Esteban.

MÚSICOS.

Cantan.

¡Vivan muchos años
Los desposados!
¡Vivan muchos años!

MENGO.

Á fe, que no os ha costado
Mucho trabajo el cantar.

BARRILDO.

Supiéraslo tú trovar
Mejor que él está trovado.

FRONDOSO.

Mejor entiende de azotes
Mengo, que de versos ya.

MENGO.

Alguno en el valle está,
Para que no te alborotes,
Á quien el Comendador.....

BARRILDO.

No lo digas, ¡por tu vida!
Que este bárbaro homicida
Á todos quita el honor.

MENGO.

¡Que me azotasen á mí
Cien soldados aquel día!.....
Sola una honda tenía;
. . . . (1).
Pero que le hayan echado
Una melecina á un hombre,
Que, aunque no diré su nombre,
Todos saben que es honrado,
Llena de tinta y de chinas,
¿Cómo se puede sufrir?

BARRILDO.

Haríalo por reir.

MENGO.

No hay risa con melecinas;
Que aunque es cosa saludable.....
Yo me quiero morir luego.

FRONDOSO.

Vaya la copla, te ruego,
Si es la copla razonable.

MENGO.

¡Vivan muchos años juntos
Los novios, ruego á los cielos,
Y por envidia ni celos
Ni riñan ni anden en puntos;
Lleven á entrambos difuntos,
De puro vivir cansados!
¡Vivan muchos años!

FRONDOSO.

¡Maldiga el cielo el poeta
Que tal coplón arrojó!

BARRILDO.

Fué muy presto.....

MENGO.

Pienso yo
Una cosa desta seta.
¿No habéis visto un buñolero,
En el aceite abrasando
Pedazos de masa echando
Hasta llenarse el caldero?
¿Que unos le salen hinchados,
Otros tuertos y mal hechos,
Ya zurdos y ya derechos,
Ya fritos y ya quemados?
Pues así imagino yo
Un poeta componiendo,
La materia previniendo,
Que es quien la masa le dió.
Va arrojando verso aprisa
Al caldero del papel,
Confiado en que la miel
Cubrirá la burla y risa.
Mas poniéndolo en el pecho,
Apenas hay quien los tome;
Tanto, que sólo los come
El mismo que los ha hecho.

BARRILDO.

Déjate ya de locuras;
Deja los novios hablar.

LAURENCIA.

Las manos nos da á besar.

JUAN ROJO.

Hija, ¿mi mano procuras?
Pídela á tu padre luego
Para ti y para Frondoso.

ESTEBAN.

Rojo, á ella y á su esposo
Que se la dé el cielo ruego,
Con su larga bendición.

FRONDOSO.

Los dos á los dos la echad.

JUAN ROJO.

Ea, tañed y cantad,
Pues que para en uno son.

MÚSICOS.

Cantan.

Al val de Fuente Ovejuna
La niña en cabellos baja;
El caballero la sigue
De la cruz de Calatrava.
Entre las ramas se esconde,
De vergonzosa y turbada;
Fingiendo que no le ha visto,
Pone delante las ramas.
«¿Para qué te escondes,
Niña gallarda?
Que mis linces deseos
Paredes pasan.»
Acercóse el caballero,
Y ella, confusa y turbada,
Hacer quiso celosías
De las intrincadas ramas;
Mas como quien tiene amor
Los mares y las montañas
Atraviesa fácilmente,
La dice tales palabras:
«¿Para qué te escondes,
Niña gallarda?
Que mis linces deseos
Paredes pasan.»

El Comendador, Flores, Ortuño, Cimbranos y soldados.

COMENDADOR.

Estése la boda queda

(1) Falta un verso.

Y no se alborote nadie.

JUAN ROJO.

No es juego aquéste, señor,
Y basta que tú lo mandes.
¿Quieres lugar? ¿Cómo vienes
Con tu belicoso alarde?
¿Venciste? Mas ¿qué pregunto?

FRONDOSO.

¡Muerto soy! ¡Cielos, libradme! (Aparte.)

LAURENCIA.

Huye por aquí, Frondoso.

COMENDADOR.

Eso no; prendelde, atalde.

JUAN ROJO.

Date, muchacho, á prisión.

FRONDOSO.

Pues ¿quieres tú que me maten?

JUAN ROJO.

¿Por qué?

COMENDADOR.

No soy hombre yo
Que mato sin culpa á nadie;
Que si lo fuera, le hubieran
Pasado de parte á parte
Esos soldados que traigo.
Llevarle mando á la cárcel,
Donde la culpa que tiene
Sentencie su mismo padre.

PASCUALA.

Señor, mirad que se casa.

COMENDADOR.

¿Qué me obliga el que se case?
¿No hay otra gente en el pueblo?

PASCUALA.

Si os ofendió, perdonadle,
Por ser vos quien sois.

COMENDADOR.

No es cosa,
Pascuala, en que yo soy parte.
Es esto contra el maestre
Téllez Girón, que Dios guarde;
Es contra toda su Orden
Y su honor, y es importante
Para el ejemplo el castigo;
Que habrá otro día quien trate
De alzar pendón contra él,
Pues ya sabéis que una tarde
Al Comendador mayor
(¡Qué vasallos tan leales!)
Puso una ballesta al pecho.

ESTEBAN.

Si puesto que el disculparle
Ya puede tocar á un suegro,
No es mucho que en causas tales
Se descomponga con vos
Un hombre, en efeto, amante;
Porque si vos pretendéis
Su propia mujer quitarle,
¿Qué mucho que la defienda?

COMENDADOR.

Majadero sois, Alcalde.

ESTEBAN.

Por vuestra virtud, señor.

COMENDADOR.

Nunca yo quise quitarle
Su mujer, pues no lo era.

ESTEBAN.

Sí quisistes..... Y esto baste;
Que reyes hay en Castilla,
Que nuevas órdenes hacen
Con que desórdenes quitan.
Y harán mal, cuando descansen
De las guerras, en sufrir
En sus villas y lugares
Á hombres tan poderosos
Por traer cruces tan grandes.
Póngasela el Rey al pecho,
Que para pechos reales
Es esa insignia, y no más.

COMENDADOR.

¡Hola! La vara quitalde.

ESTEBAN.

Tomad, señor, norabuena.

COMENDADOR.

Pues con ella quiero dalle,
Como á caballo brioso.

ESTEBAN.

Por señor os sufro. Dadme.

PASCUALA.

¡Á un viejo de palos das!

LAURENCIA.

Si le das porque es mi padre,
¿Qué vengas en él de mí?

COMENDADOR.

Llevalda, y haced que guarden
Su persona diez soldados.

Vase el Comendador con los suyos, llevándose presos á Frondoso y Laurencia.

ESTEBAN.

Justicia del cielo baje.

Vase.

PASCUALA.

Volvióse en luto la boda.

Vase.

BARRILDO.

¿No hay aquí un hombre que hable?

MENGO.

Yo tengo ya mis azotes,
Que aún se ven los cardenales
Sin que un hombre vaya á Roma.
Prueben otros á enojarle.

JUAN ROJO.

Hablemos todos.

MENGO.

Señores,
Aquí todo el mundo calle.
Como ruedas de salmón
Me puso los atabales.

ACTO TERCERO.

Esteban, Alonso y Barrildo.

ESTEBAN.
¿No han venido á la junta?
BARRILDO.
No han venido.
ESTEBAN.
Pues más apriesa nuestro daño corre.
BARRILDO.
Ya está lo más del pueblo prevenido.
ESTEBAN.
Frondoso con prisiones en la torre,
Y mi hija Laurencia en tanto aprieto,
Si la piedad de Dios no los socorre.....

Juan Rojo y el Regidor.

JUAN ROJO.
¿De qué dais voces, cuando importa tanto
Á nuestro bien, Esteban, el secreto?
ESTEBAN.
Que doy tan pocas es mayor espanto.

Mengo.

MENGO.
También vengo yo á hallarme en esta junta.
ESTEBAN.
Un hombre cuyas canas baña el llanto,
Labradores honrados, os pregunta
Qué obsequias debe hacer toda esta gente
Á su patria sin honra, ya perdida.
Y si se llaman honras justamente,
¿Cómo se harán, si no hay entre nosotros
Hombre á quien este bárbaro no afrente?
Respondedme: ¿hay alguno de vosotros
Que no esté lastimado en honra y vida?
¿No os lamentáis los unos de los otros?
Pues si ya la tenéis todos perdida,
¿Á qué aguardáis? ¿Qué desventura es ésta?
JUAN ROJO.
La mayor que en el mundo fué sufrida.
Mas pues ya se publica y manifiesta
Que en paz tienen los Reyes á Castilla,
Y su venida á Córdoba se apresta,
Vayan dos Regidores á la villa,
Y echándose á sus pies, pidan remedio.
BARRILDO.
En tanto que Fernando al suelo humilla
Á tantos enemigos, otro medio
Será mejor, pues no podrá, ocupado,
Hacernos bien, con tanta guerra en medio.
REGIDOR.
Si mi voto de vos fuera escuchado,
Desamparar la villa doy por voto.
JUAN ROJO.
¿Cómo es posible en tiempo limitado?
MENGO.
Á la fe, que si entiende el alboroto,
Que ha de costar la junta alguna vida.
REGIDOR.
Ya, todo el árbol de paciencia roto,
Corre la nave de temor perdida.
La hija quitan con tan gran fiereza
Á un hombre honrado, de quien es regida
La patria en que vivís, y en la cabeza
La vara quiebran tan injustamente.
¿Qué esclavo se trató con más bajeza?
JUAN ROJO.
¿Qué es lo que quieres tú que el pueblo in- [tente?
REGIDOR.
Morir, ó dar la muerte á los tiranos,
Pues somos muchos, y ellos poca gente.
BARRILDO.
¡Contra el señor las armas en las manos!
ESTEBAN.
El Rey sólo es señor después del cielo,
Y no bárbaros hombres inhumanos.
Si Dios ayuda nuestro justo celo,
¿Qué nos ha de costar?
MENGO.
Mirad, señores,
Que vais en estas cosas con recelo.
Puesto que por los simples labradores
Estoy aquí, que más injurias pasan,
Más cuerdo represento sus temores.
JUAN ROJO.
Si nuestras desventuras se compasan,
Para perder las vidas, ¿qué aguardamos?
Las casas y las viñas nos abrasan:
Tiranos son; á la venganza vamos.

Laurencia, desmelenada.

LAURENCIA.
Dejadme entrar, que bien puedo,
En consejo de los hombres;
Que bien puede una mujer,
Si no á dar voto, á dar voces.
¿Conocéisme?
ESTEBAN.
¡Santo cielo!
¿No es mi hija?
JUAN ROJO.
¿No conoces
Á Laurencia?
LAURENCIA.
Vengo tal,
Que mi diferencia os pone
En contingencia quién soy.
ESTEBAN.
¡Hija mía!
LAURENCIA.
No me nombres
Tu hija.

ESTEBAN.

¿Por qué, mis ojos?
¿Por qué?

LAURENCIA.

Por muchas razones,
Y sean las principales,
Porque dejas que me roben
Tiranos sin que me vengues,
Traidores sin que me cobres.
Aun no era yo de Frondoso,
Para que digas que tome,
Como marido, venganza,
Que aquí por tu cuenta corre;
Que en tanto que de las bodas
No haya llegado la noche,
Del padre, y no del marido,
La obligación presupone;
Que en tanto que no me entregan
Una joya, aunque la compre,
No han de correr por mi cuenta
Las guardas ni los ladrones.
Llevóme de vuestros ojos
Á su casa Fernán Gómez:
La oveja al lobo dejasteis,
Como cobardes pastores.
¿Qué dagas no vi en mi pecho?
¡Qué desatinos enormes,
Qué palabras, qué amenazas,
Y qué delitos atroces,
Por rendir mi castidad
Á sus apetitos torpes!
Mis cabellos, ¿no lo dicen?
Las señales de los golpes,
¿No se ven aquí, y la sangre?
¿Vosotros sois hombres nobles?
¿Vosotros padres y deudos?
¿Vosotros, que no se os rompen
Las entrañas de dolor,
De verme en tantos dolores?
Ovejas sois, bien lo dice
De Fuente Ovejuna el nombre.
Dadme unas armas á mí,
Pues sois piedras, pues sois bronces,
Pues sois jaspes, pues sois tigres.....
Tigres no, porque feroces
Siguen quien roba sus hijos,
Matando los cazadores
Antes que entren por el mar
Y por sus ondas se arrojen.
Liebres cobardes nacisteis;
Bárbaros sois, no españoles.
Gallinas, ¡vuestras mujeres
Sufrís que otros hombres gocen!
Poneos ruecas en la cinta:
¿Para qué os ceñís estoques?
¡Vive Dios, que he de trazar
Que solas mujeres cobren
La honra destos tiranos,
La sangre destos traidores,
Y que os han de tirar piedras,
Hilanderas, maricones,
Amujerados, cobardes,
Y que mañana os adornen
Nuestras tocas y basquiñas,
Solimanes y colores!
Á Frondoso quiere ya,
Sin sentencia, sin pregones,
Colgar el Comendador
De una almena de la torre:
De todos hará lo mismo;
Y yo me huelgo, medio hombres,
Porque quede sin mujeres
Esta villa honrada, y torne
Aquel siglo de amazonas,
Eterno espanto del orbe.

ESTEBAN.

Yo, hija, no soy de aquellos
Que permiten que los nombres
Con esos títulos viles.
Iré solo si se pone
Todo el mundo contra mí.

JUAN ROJO.

Y yo, por más que me asombre
La grandeza del contrario.

REGIDOR.

Muramos todos.

BARRILDO.

Descoge
Un lienzo al viento en un palo,
Y mueran estos inormes.

JUAN ROJO.

¿Qué orden pensáis tener?

MENGO.

Ir á matarle sin orden.
Juntad el pueblo á una voz;
Que todos están conformes
En que los tiranos mueran.

ESTEBAN.

Tomad espadas, lanzones,
Ballestas, chuzos y palos.

MENGO.

¡Los Reyes nuestros señores
Vivan!

TODOS.

¡Vivan muchos años!

MENGO.

¡Mueran tiranos traidores!

TODOS.

¡Traidores tiranos mueran!

Vanse todos los hombres.

LAURENCIA.

Caminad, que el cielo os oye.
¡Ah, mujeres de la villa,
Acudid, porque se cobre
Vuestro honor, acudid todas!

Pascuala, Jacinta y otras mujeres.

PASCUALA.

¿Qué es esto? ¿De qué das voces?

LAURENCIA.
¿No veis como todos van
Á matar á Fernán Gómez,
Y hombres, mozos y muchachos,
Furiosos al hecho corren?
¿Será bien que solos ellos
Desta hazaña el honor gocen,
Pues no son de las mujeres
Sus agravios los menores?
JACINTA.
Di, pues, ¿qué es lo que pretendes?
LAURENCIA.
Que puestas todas en orden,
Acometamos un hecho
Que dé espanto á todo el orbe.
Jacinta, á tu grande agravio,
Que seas cabo corresponde
De una escuadra de mujeres.
JACINTA.
No son los tuyos menores.
LAURENCIA.
Pascuala, alférez serás.
PASCUALA.
Pues déjame que enarbole
En un asta la bandera;
Verás si merezco el nombre.
LAURENCIA.
No hay espacio para eso,
Pues la dicha nos socorre:
Bien nos basta que llevemos
Nuestras tocas por pendones.
PASCUALA.
Nombremos un capitán.
LAURENCIA.
Eso no.
PASCUALA.
¿Por qué?
LAURENCIA.
Que adonde
Asiste mi gran valor,
No hay Cides ni Rodamontes.

Vanse.

El Comendador, Flores, Ortuño, Cimbranos;
Frondoso, con las manos atadas.

COMENDADOR.
De ese cordel que de las manos sobra,
Quiero que le colguéis por mayor pena.
FRONDOSO.
¡Qué nombre, gran señor, tu sangre cobra!
COMENDADOR.
Colgalde luego en la primera almena.
FRONDOSO.
Nunca fué mi intención poner por obra
Tu muerte entonces.

Alboroto dentro.

FLORES.
Grande ruido suena.
COMENDADOR.
¿Ruido?
FLORES.
Y de manera que interrompen
Tu justicia, señor.
ORTUÑO.
Las puertas rompen.
COMENDADOR.
¡La puerta de mi casa, y siendo casa
De la encomienda!
FLORES.
El pueblo junto viene.
JUAN ROJO.

Dentro.

¡Rompe, derriba, hunde, quema, abrasa!
ORTUÑO.
Un popular motín mal se detiene.
COMENDADOR.
¡El pueblo contra mí!
FLORES.
La furia pasa
Tan adelante, que las puertas tiene
Echadas por la tierra.
COMENDADOR.
Desatalde.
Templa, Frondoso, ese villano Alcalde.
FRONDOSO.
Yo voy, señor; que amor les ha movido.

Vase.

MENGO.

Dentro.

¡Vivan Fernando é Isabel, y mueran
Los traidores!
FLORES.
Señor, por Dios te pido
Que no te hallen aquí.
COMENDADOR.
Si perseveran,
Este aposento es fuerte y defendido.
Ellos se volverán.
FLORES.
Cuando se alteran
Los pueblos agraviados, y resuelven,
Nunca sin sangre ó sin venganza vuelven.
COMENDADOR.
En esta puerta, así como rastrillo,
Su furor con las armas defendamos.
FRONDOSO.

Dentro.

¡Viva Fuente Ovejuna!
COMENDADOR.
¡Qué caudillo!
Estoy porque á su furia acometamos.

FLORES.

De la tuya, señor, me maravillo.

Estéban, Frondoso, Juan Rojo, Mengo, Barrildo y labradores, armados todos.

ESTEBAN.

Ya el tirano y los cómplices miramos.
¡Fuente Ovejuna, los tiranos mueran!

COMENDADOR.

Pueblo, esperad.

TODOS.

Agravios nunca esperan.

COMENDADOR.

Decídmelos á mí, que iré pagando,
Á fe de caballero, esos errores.

TODOS.

¡Fuente Ovejuna, viva el rey Fernando!
¡Mueran malos cristianos y traidores!

COMENDADOR.

¿No me queréis oir? Yo estoy hablando;
Yo soy vuestro señor.

TODOS.

Nuestros señores
Son los Reyes Católicos.

COMENDADOR.

Espera.

TODOS.

¡Fuente Ovejuna, Fernán Gómez muera!

Pelean: el Comendador y los suyos van retirándose, y los amotinados se entran persiguiéndolos.

Laurencia, Pascuala, Jacinta y otras muchas mujeres, armadas.

LAURENCIA.

Parad en este puerto de esperanzas,
Soldados atrevidos, no mujeres.

PASCUALA.

¿Los que mujeres son en las venganzas,
En él beban su sangre, es bien que esperes?

JACINTA.

Su cuerpo recojamos en las lanzas.

PASCUALA.

Todas son de esos mismos pareceres.

ESTEBAN.

Dentro.

¡Muere, traidor Comendador!

COMENDADOR.

Dentro.

Ya muero.
¡Piedad, Señor, que en tu clemencia espero!

BARRILDO.

Dentro.

Aquí está Flores.

MENGO.

Dentro.

Dale á ese bellaco,
Que éste fué el que me dió dos mil azotes.

FRONDOSO.

Dentro.

No me vengo si el alma no le saco.

LAURENCIA.

No excusamos entrar.

PASCUALA.

No te alborotes.
Bien es guardar la puerta.

BARRILDO.

Dentro.

No me aplaco.
¡Con lágrimas agora, marquesotes!

LAURENCIA.

Pascuala, yo entro dentro; que la espada
No ha de estar tan sujeta y envainada.

Vase.

BARRILDO.

Dentro.

Aquí está Ortuño.

FRONDOSO.

Dentro.

Córtale la cara.

Flores, huyendo de Mengo.

FLORES.

Mengo, ¡piedad! que no soy yo el culpado.

MENGO.

Cuando ser alcahuete no bastara,
Bastaba haberme el pícaro azotado.

PASCUALA.

Dánosle á las mujeres, Mengo, para.....
Acaba, por tu vida.

MENGO.

Ya está dado;
Que no le quiero yo mayor castigo.

PASCUALA.

Vengaré tus azotes.

MENGO.

Eso digo.

JACINTA.

¡Ea, muera el traidor!

FLORES.

¡Entre mujeres!

JACINTA.

¿No le viene muy ancho?

PASCUALA.
¿Aqueso lloras?
JACINTA.
¡Muere, concertador de sus placeres!
PASCUALA.
¡Ea, muera el traidor!
FLORES.
¡Piedad, señoras!

Sale Ortuño, huyendo de Laurencia.

ORTUÑO.
Mira que no soy yo.....
LAURENCIA.
Ya sé quién eres.
Entrad, teñid las armas vencedoras
En estos viles.
PASCUALA.
Moriré matando.
TODAS.
Fuente Ovejuna, y ¡viva el rey Fernando!

Vanse.

El rey D. Fernando y el maestre D. Manrique.

DON MANRIQUE.
De modo la prevención
Fué, que el efecto esperado
Llegamos á ver logrado
Con poca contradicción.
Hubo poca resistencia;
Y supuesto que la hubiera,
Sin duda ninguna fuera
De poca ó ninguna esencia.
Queda el de Cabra ocupado
En conservación del puesto,
Por si volviere dispuesto
Á él el contrario osado.
REY.
Discreto el acuerdo fué,
Y que asista es conveniente,
Y reformando la gente
El paso tomado esté;
Que con eso se asegura
No podernos hacer mal
Alfonso, que en Portugal
Tomar la fuerza procura.
Y el de Cabra es bien que esté
En ese sitio asistente,
Y como tan diligente,
Muestras de su valor dé;
Porque con esto asegura
El daño que nos recela,
Y como fiel centinela,
El bien del reino procura.

Flores, herido.

FLORES.
Católico rey Fernando,
Á quien el cielo concede
La corona de Castilla,
Como á varón excelente;
Oye la mayor crueldad
Que se ha visto entre las gentes
Desde donde nace el sol
Hasta donde se obscurece.
REY.
Repórtate.
FLORES.
Rey supremo,
Mis heridas no consienten
Dilatar el triste caso,
Por ser mi vida tan breve.
De Fuente Ovejuna vengo,
Donde, con pecho inclemente,
Los vecinos de la villa
Á su señor dieron muerte.
Muerto Fernán Gómez queda
Por sus súbditos aleves;
Que vasallos indignados
Con leve causa se atreven.
Con título de tirano,
Que le acumula la plebe,
Á la fuerza desta voz
El hecho fiero acometen;
Y quebrantando su casa,
No atendiendo á que se ofrece
Por la fe de caballero
Á que pagará á quien debe,
No sólo no le escucharon,
Pero con furia impaciente
Rompen el cruzado pecho
Con mil heridas crueles,
Y por las altas ventanas
Le hacen que al suelo vuele,
Adonde en picas y espadas
Le recogen las mujeres.
Llévanle á una casa muerto,
Y á porfía, quien más puede,
Mesa su barba y cabello,
Y apriesa su rostro hieren.
En efeto fué la furia
Tan grande que en ellos crece,
Que las mayores tajadas
Las orejas á ser vienen.
Sus armas borran con picas,
Y á voces dicen que quieren
Tus Reales armas fijar,
Porque aquéllas les ofenden.
Saqueáronle la casa,
Cual si de enemigos fuese,
Y gozosos, entre todos
Han repartido sus bienes.
Lo dicho he visto escondido,
Porque mi infelice suerte
En tal trance no permite
Que mi vida se perdiese;
Y así estuve todo el día
Hasta que la noche viene,
Y salir pude escondido
Para que cuenta te diese.

Haz, señor, pues eres justo,
Que la justa pena lleven
De un tan riguroso caso
Los bárbaros delincuentes:
Mira que su sangre á voces
Pide que tu rigor prueben.

REY.

Estar puedes confiado
Que sin castigo no queden.
El triste suceso ha sido
Tal, que admirado me tiene,
Y que vaya luego un juez
Que lo averigüe conviene,
Y castigue los culpados
Para ejemplo de las gentes.
Vaya un capitán con él,
Porque seguridad lleve;
Que tan grande atrevimiento
Castigo ejemplar requiere;
Y curad á ese soldado
De las heridas que tiene.

Vanse.

Esteban, Frondoso, Barrildo, Mengo, Laurencia, Pascuala, labradores y labradoras.

Traen la cabeza de Fernán Gómez en una lanza.

MÚSICOS.

Cantan.

¡Muchos años vivan
Isabel y Fernando,
Y mueran los tiranos!

BARRILDO.

Diga su copla Frondoso.

FRONDOSO.

Ya va mi copla á la fe;
Si le faltare algún pie,
Enmiéndelo el más curioso.
«¡Vivan la bella Isabel,
Y Fernando de Aragón,
Pues que para en uno son,
Él con ella, ella con él!
Á los cielos San Miguel
Lleve á los dos de las manos.
¡Vivan muchos años,
Y mueran los tiranos!»

LAURENCIA.

Diga Barrildo.

BARRILDO.

Ya va;
Que á fe que la he pensado.

PASCUALA.

Si la dices con cuidado,
Buena y rebuena será.

BARRILDO.

«¡Vivan los reyes famosos
Muchos años, pues que tienen
La victoria, y á ser vienen
Nuestros dueños venturosos!
Salgan siempre vitoriosos
De gigantes y de enanos,
Y ¡mueran los tiranos!»

MÚSICOS.

Cantan.

«¡Muchos años vivan, etc.

LAURENCIA.

Diga Mengo.

FRONDOSO.

Mengo diga.

MENGO.

Yo soy poeta donado.

PASCUALA.

Mejor dirás lastimado
Del envés de la barriga.

MENGO.

«Una mañana en domingo
Me mandó azotar aquél,
De manera que el rabel
Daba espantoso respingo;
Pero agora que los pringo,
¡Vivan los reyes cristiánigos,
Y mueran los tiránigos!»

MÚSICA.

¡Vivan muchos años, etc.

ESTEBAN.

Quitá la cabeza allá.

MENGO.

Cara tiene de ahorcado.

REGIDOR.

Ya las armas han llegado.

Juan Rojo, que trae un escudo con las armas reales.

ESTEBAN.

Mostrá las armas acá.

JUAN.

¿Adónde se han de poner?

REGIDOR.

Aquí en el Ayuntamiento.

ESTEBAN.

¡Bravo escudo!

BARRILDO.

¡Qué contento!

FRONDOSO.

Ya comienza á amanecer,
Con este sol, nuestro día.

ESTEBAN.

¡Vivan Castilla y León
Y las barras de Aragón,
Y muera la tiranía!
Advertid, Fuente Ovejuna,
Á las palabras de un viejo,
Que el admitir su consejo
No ha dañado vez ninguna;
Los Reyes han de querer
Averiguar este caso,
Y más tan cerca del paso

Y jornada que han de hacer.
Concertaos todos á una
En lo que habéis de decir.

FRONDOSO.

¿Qué es tu consejo?

ESTEBAN.

Morir
Diciendo *Fuente Ovejuna*,
Y á nadie saquen de aquí.

FRONDOSO.

Es el camino derecho.
Fuente Ovejuna lo ha hecho.

ESTEBAN.

¿Queréis responder así?

TODOS.

Sí, sí.

ESTEBAN.

Pues yo quiero ser
Agora el pesquisidor,
Para ensayarnos mejor
En lo que habemos de hacer.
Sea Mengo el que esté puesto
En el tormento.

MENGO.

¿No hallaste
Otro más flaco?

ESTEBAN.

¿Pensaste
Que era de veras?

MENGO.

Di presto.

ESTEBAN.

¿Quién mató al Comendador?

MENGO.

Fuente Ovejuna lo hizo.

ESTEBAN.

Perro, ¿si te martirizo?

MENGO.

Aunque me matéis, señor.

ESTEBAN.

Confiesa, ladrón.

MENGO.

Confieso.

ESTEBAN.

Pues ¿quién fué?

MENGO.

Fuente Ovejuna.

ESTEBAN.

Dalde otra vuelta.

MENGO.

Es ninguna.

ESTEBAN.

Cagajón para el proceso.

El Regidor.

REGIDOR.

¿Qué hacéis desta suerte aquí?

FRONDOSO.

¿Qué ha sucedido, Cuadrado?

REGIDOR.

Pesquisidor ha llegado.

ESTEBAN.

Echá todos por ahí.

REGIDOR.

Con él viene un capitán.

ESTEBAN.

Venga el diablo; ya sabéis
Lo que responder tenéis.

REGIDOR.

El pueblo prendiendo van,
Sin dejar alma ninguna.

ESTEBAN.

Que no hay que tener temor.
¿Quién mató al Comendador,
Mengo?

MENGO.

¿Quién? Fuente Ovejuna.

El Maestre y un soldado.

MAESTRE.

¡Que tal caso ha sucedido!
Infelice fué su suerte.
Estoy por darte la muerte
Por la nueva que has traído.

SOLDADO.

Yo, señor, soy mensajero,
Y enojarte no es mi intento.

MAESTRE.

¡Que á tal tuvo atrevimiento
Un pueblo enojado y fiero!
Iré con quinientos hombres,
Y la villa he de asolar;
En ella no ha de quedar
Ni aun memoria de los nombres.

SOLDADO.

Señor, tu enojo reporta,
Porque ellos al Rey se han dado,
Y no tener enojado
Al Rey es lo que te importa.

MAESTRE.

¿Cómo al Rey se pueden dar,
Si de la encomienda son?

SOLDADO.

Con él sobre esa razón
Podrás luego pleitear.

MAESTRE.

Por pleito, ¿cuándo salió
Lo que se entregó en sus manos?
Son señores soberanos,
Y tal reconozco yo.
Por saber que al Rey se han dado,
Me reportará mi enojo,
Y ver su presencia escojo
Por lo más bien acertado;
Que puesto que tenga culpa
En casos de gravedad,
En todo mi poca edad
Viene á ser quien me disculpa.
Con vergüenza voy; mas es

Honor quien puede obligarme,
É importa no descuidarme
En tan honrado interés.

Vanse.

Laurencia.

Amando, recelar daño en lo amado,
Nueva pena de amor se considera;
Que quien en lo que ama daño espera,
Aumenta en el temor nuevo cuidado.
El firme pensamiento desvelado,
Si le aflige el temor, fácil se altera;
Que no es á firme fe pena ligera
Ver llevar el temor al bien robado.
Mi esposo adoro; la ocasión que veo
Al temor de su daño me condena,
Si no le ayuda la felice suerte.
Al bien suyo se inclina mi deseo:
Si está presente, está cierta mi pena;
Si está en ausencia, está cierta mi muerte.

Frondoso.

FRONDOSO.
¡Mi Laurencia!
LAURENCIA.
¡Esposo amado!
¿Cómo á estar aquí te atreves?
FRONDOSO.
¿Esas resistencias debes
Á mi amoroso cuidado?
LAURENCIA.
Mi bien, procura guardarte,
Porque tu daño recelo.
FRONDOSO.
No quiera, Laurencia, el cielo
Que tal llegue á disgustarte.
LAURENCIA.
¿No temes ver el rigor
Que por los demás sucede,
Y el furor con que procede
Aqueste pesquisidor?
Procura guardar la vida;
Huye, tu daño no esperes.
FRONDOSO.
¿Cómo que procure quieres
Cosa tan mal recebida?
¿Es bien que los demás deje
En el peligro presente,
Y de tu vista me ausente?
No me mandes que me aleje,
Porque no es puesto en razón
Que por evitar mi daño,
Sea con mi sangre extraño
En tan terrible ocasión.

Voces dentro

Voces parece que he oído,
Y son, si yo mal no siento,
De alguno que dan tormento.
Oye con atento oído.

Un juez, Esteban, un niño, Pascuala y Mengo, en la cárcel inmediata.

JUEZ.

Dentro.

Decid la verdad, buen viejo.
FRONDOSO.
Un viejo, Laurencia mía,
Atormentan.
LAURENCIA.
¡Qué porfía!

ESTEBAN.

Dentro.

Déjenme un poco.
JUEZ.
Ya os dejo.
Decid, ¿quién mató á Fernando?
ESTEBAN.
Fuente Ovejuna lo hizo.
LAURENCIA.
Tu nombre, padre, eternizo.
FRONDOSO.
¡Bravo caso!
. . . . (1)
JUEZ.
Ese muchacho
Aprieta. Perro, yo sé
Que lo sabes. Di quién fué.
¿Callas? Aprieta, borracho.

NIÑO.

Dentro.

Fuente Ovejuna, señor.
JUEZ.
¡Por vida del Rey, villanos,
Que os ahorque con mis manos!
¿Quién mató al Comendador?
FRONDOSO.
¡Que á un niño le den tormento,
Y niegue de aquesta suerte!
LAURENCIA.
¡Bravo pueblo!
FRONDOSO.
Bravo y fuerte.
JUEZ.
Esa mujer al momento
En ese potro tened.
Dale esa mancuerda luego.
LAURENCIA.
Ya está de cólera ciego.
JUEZ.
Que os he de matar, creed,
En este potro, villanos.
¿Quién mató al Comendador?

(1) Falta un verso.

PASCUALA.

Dentro.

Fuente Ovejuna, señor.

JUEZ.

Dale.

FRONDOSO.

Pensamientos vanos.

LAURENCIA.

Pascuala niega, Frondoso.

FRONDOSO.

Niegan niños: ¿qué te espantas?

JUEZ.

Parece que los encantas.
Aprieta.

PASCUALA.

¡Ay, cielo piadoso!

JUEZ.

Aprieta, infame. ¿Estás sordo?

PASCUALA.

Fuente Ovejuna lo hizo.

JUEZ.

Traedme aquel más rollizo,
Ese desnudo, ese gordo.

LAURENCIA.

¡Pobre Mengo! El es sin duda.

FRONDOSO.

Temo que ha de confesar.

MENGO.

Dentro.

¡Ay, ay!

JUEZ.

Comienza á apretar.

MENGO.

¡Ay!

JUEZ.

¿Es menester ayuda?

MENGO.

¡Ay, ay!

JUEZ.

¿Quién mató, villano,
Al señor Comendador?

MENGO.

¡Ay, yo lo diré, señor!

JUEZ.

Afloja un poco la mano.

FRONDOSO.

Él confiesa.

JUEZ.

Al palo aplica.
La espalda.

MENGO.

Quedo, que yo
Lo diré.

JUEZ.

¿Quién lo mató?

MENGO.

Señor, Fuente Ovejunica.

JUEZ.

¿Hay tan gran bellaquería?
Del dolor se están burlando;
En quien estaba esperando,
Niega con mayor porfía.
Dejaldos, que estoy cansado.

FRONDOSO.

¡Oh Mengo, bien te haga Dios!
Temor que tuve de dos,
El tuyo me le ha quitado.

Barrildo y el Regidor salen de la cárcel con Mengo.

BARRILDO.

¡Vítor, Mengo!

REGIDOR.

Y con razón.

BARRILDO.

¡Mengo, vítor!

FRONDOSO.

Eso digo.

MENGO.

¡Ay, ay!

BARRILDO.

Toma, bebe, amigo.
Come.

MENGO.

¡Ay, ay! ¿Qué es?

BARRILDO.

Diacitrón.

MENGO.

¡Ay, ay!

FRONDOSO.

Echa de beber.

BARRILDO.

. . . . . . Ya va.

FRONDOSO.

Bien lo cuela. Bueno está.

LAURENCIA.

Dale otra vez á comer.

MENGO.

¡Ay, ay!

BARRILDO.

Ésta va por mí.

LAURENCIA.

Solenemente lo embebe.

FRONDOSO.

El que bien niega, bien bebe.

BARRILDO.

¿Quieres otra?

MENGO.

¡Ay, ay! Sí, sí.

FRONDOSO.

Bebe, que bien lo mereces.

LAURENCIA.

A vez por vuelta las cuela.

FRONDOSO.

Arrópale, que se hiela.

BARRILDO.

¿Quieres más?

MENGO.

Sí, otras tres veces.

¡Ay, ay!

FRONDOSO.

Si hay vino pregunta.

BARRILDO.

Sí hay: bebe á tu placer,
Que quien niega ha de beber.
¿Qué tiene?

MENGO.

Una cierta punta.
Vamos, que me arromadizo.

FRONDOSO.

Es aloque: éste es mejor.
¿Quién mató al Comendador?

MENGO.

Fuente Ovejunica lo hizo.

Vanse Barrildo, el Regidor y Mengo.

FRONDOSO.

Justo es que honores le den.
Pero decidme, mi amor,
¿Quién mató al Comendador?

LAURENCIA.

Fuente Ovejuna, mi bien.

FRONDOSO.

¿Quién le mató?

LAURENCIA.

Dasme espanto.
Pues Fuente Ovejuna fué.

FRONDOSO.

Y yo, ¿con qué te maté?

LAURENCIA.

¿Con qué? Con quererte tanto.

El Rey, la Reina y D. Manrique.

DOÑA ISABEL.

No entendí, señor, hallaros
Aquí, y es buena mi suerte.

REY.

En nueva gloria convierte
Mi vista el bien de miraros.
Iba á Portugal de paso,
Y llegar aquí fué fuerza.

DOÑA ISABEL.

Vuestra Majestad le tuerza,
Siendo conveniente el caso.

REY.

¿Cómo dejáis á Castilla?

DOÑA ISABEL.

En paz queda, quieta y llana.

REY.

Siendo vos la que la allana,
No lo tengo á maravilla.

DON MANRIQUE.

Para ver vuestra presencia
El Maestre de Calatrava,
Que aquí de llegar acaba,
Pide que le deis licencia.

DOÑA ISABEL.

Verle tenía deseado.

DON MANRIQUE.

Mi fe, señora, os empeño,
Que, aunque es en edad pequeño,
Es valeroso soldado.

Vase.

El Maestre.

MAESTRE.

Rodrigo Téllez Girón,
Que de loaros no acaba,
Maestre de Calatrava,
Os pide humilde perdón.
Confieso que fuí engañado,
Y que excedí de lo justo
En cosas de vuestro gusto,
Como mal aconsejado.
El consejo de Fernando
Y el interés me engañó:
Injusto fué; y ansí, yo
Perdón humilde os demando,
Y si recibir merezco
Esta merced que suplico,
Desde aquí me certifico
En que á serviros me ofrezco,
Y que en aquesta jornada
De Granada, adonde vais,
Os prometo que veáis
El valor que hay en mi espada,
Donde sacándola apenas,
Dándoles fieras congojas,
Plantaré mis cruces rojas
Sobre sus altas almenas;
Y más quinientos soldados
En serviros emplearé,
Junto con la firma y fe
De en mi vida disgustaros.

REY.

Alzad, Maestre, del suelo,
Que siempre que hayáis venido,
Seréis muy bien recibido.

MAESTRE.

Sois de afligidos consuelo.

DOÑA ISABEL.

Vos, con valor peregrino,
Sabéis bien decir y hacer.

MAESTRE.

Vos sois una bella Ester,
Y vos un Jerjes divino.

Don Manrique.

DON MANRIQUE.

Señor, el pesquisidor
Que á Fuente Ovejuna ha ido,
Con el despacho ha venido
A verse ante tu valor.

REY.

Sed juez destos agresores.

MAESTRE.

Si á vos, señor, no mirara,

Sin duda les enseñara
Á matar comendadores.

REY.

Eso ya no os toca á vos.

DOÑA ISABEL.

Yo confieso que he de ver
El cargo en vuestro poder
Si me lo concede Dios.

El Juez.

JUEZ.

Á Fuente Ovejuna fuí
De la suerte que has mandado,
Y con especial cuidado
Y diligencia asistí,
Haciendo averiguación
Del cometido delito.
Una hoja no se ha escrito
Que sea en comprobación;
Porque conformes á una,
Con un valeroso pecho,
En pidiendo quién lo ha hecho,
Responden: «Fuente Ovejuna.»
Trescientos he atormentado
Con no pequeño rigor,
Y te prometo, señor,
Que más que esto no he sacado.
Hasta niños de diez años
Al potro arrimé, y no ha sido
Posible haberlo inquirido
Ni por halagos ni engaños.
Y pues tan mal se acomoda
El poderlo averiguar,
Ó los has de perdonar,
Ó matar la villa toda.
Todos vienen ante ti
Para más certificarte:
Dellos podrás informarte.

REY.

Que entren, pues vienen, les di.

Esteban, Alonso, Frondoso, Laurencia, Mengo, labradores y labradoras.

LAURENCIA.

¿Aquéstos los Reyes son?

FRONDOSO.

Y en Castilla poderosos.

LAURENCIA.

Por mi fe, que son hermosos:
¡Bendígalos San Antón!

DOÑA ISABEL.

¿Los agresores son éstos?

ESTEBAN.

Fuente Ovejuna, señora,
Que humildes llegan agora
Para serviros dispuestos.
La sobrada tiranía
Y el insufrible rigor
Del muerto Comendador,
Que mil insultos hacía,
Fué el autor de tanto daño.
Las haciendas nos robaba
Y las doncellas forzaba,
Siendo de piedad extraño.....

FRONDOSO.

Tanto, que aquesta zagala,
Que el cielo me ha concedido,
En que tan dichoso he sido,
Que nadie en dicha me iguala,
Cuando conmigo casó,
Aquella noche primera,
Mejor que si suya fuera,
Á su casa la llevó;
Y á no saberse guardar
Ella, que en virtud florece,
Ya manifiesto parece
Lo que pudiera pasar.

MENGO.

¿No es ya tiempo que hable yo?
Si me dais licencia, entiendo
Que os admiraréis, sabiendo
Del modo que me trató.
Porque quise defender
Una moza de su gente,
Que con término insolente,
Fuerza la querían hacer,
Aquel perverso Nerón,
De manera me ha tratado,
Que el reverso me ha dejado
Como rueda de salmón.
Tocaron mis atabales
Tres hombres con tal porfía,
Que aún pienso que todavía
Me duran los cardenales.
Gasté en este mal prolijo,
Porque el cuero se me curta,
Polvos de arrayán y murta,
Más que vale mi cortijo.

ESTEBAN.

Señor, tuyos ser queremos.
Rey nuestro eres natural,
Y con título de tal
Ya tus armas puesto habemos.
Esperamos tu clemencia,
Y que veas esperamos
Que en este caso te damos
Por abono la inocencia.

REY.

Pues no puede averiguarse
El suceso por escrito,
Aunque fué grave el delito,
Por fuerza ha de perdonarse.
Y la villa es bien se quede
En mí, pues de mí se vale,
Hasta ver si acaso sale
Comendador que la herede.

FRONDOSO.

Su Majestad habla, en fin,
Como quien tanto ha acertado;
Y aquí, discreto senado,
Fuente Ovejuna da fin.

ÍNDICE

DE LAS

COMEDIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO

Páginas.